

DC

A

117-5-15

+ 152373
C 1191584

VERDADERO RETRATO

DE LA COMPAÑIA

VERDADERO

RETRATO AL DAGUERREOTIPO

DE LA

COMPAÑIA DE JESUS.

BARCELONA.

IMPRESION DE PONS Y C. CALLE DE BURGOS, N.º 4.

1853.

VERDADERO

RETRATO AL DAGUERESTIPO

DE LA

COMPAÑIA DE JESUS.

VERDADERO RETRATO

AL DAGUERREOTIPO

DE LA COMPAÑÍA DE JESUS;

ESCRITO EN IMPUGNACION DE UN PRETENDIDO RETRATO
AL DAGUERREOTIPO DE LOS JESUITAS.

Publicalo con licencia

UN ECLESIASTICO DE ESTA CIUDAD.



BARCELONA,

IMPRENTA DE PONS Y C.^a, CALLE DE COPONS, N.^o 4.

1852.

VERDADERO RETRATO

AL PAPERBROTHERHOOD

DE LA COMPAÑIA

DE JESUS;

FORMA EN INTERIOR DE UN PRETENDIDO RETRATO
AL PAPERBROTHERHOOD DE LOS JESUITAS.

Publicado con licencia

EN RECESARIO DE ESTA CIUDAD

BARCELONA

IMPRESA DE PONS Y C.^a CALLE DE CAPON, N.^o 4.

1873



ADVERTENCIA.

Sale á luz esta obra en impugnacion de un pretendido RETRATO AL DAGUERREOTIPO DE LOS JESUITAS, cuyo autor ha publicado solamente las primeras entregas, si bien que basta cualquiera de estas para formar juicio de lo que serán las restantes. Ignoramos el plan que este se haya trazado, como los argumentos, débiles siempre, que citará en su abono. Esta es la razon porque tratando de seguirle en su camino, no estamos enteramente seguros de cual será este y por consiguiente el nuestro. Podemos decir, sí, que haremos lo posible para que nuestra historia salga escrita con la mayor claridad, y que no sentaremos hecho alguno, ni consignaremos cita, que no estemos en disposicion de mantener y comprobar.

Nuestro libro es hijo de la conviccion; antes de abrigarla lo pensamos y estudiamos mucho.

Fortalecidos en la idea de vindicar el nombre de la Compañía de Jesus, el dia en que nos decidimos á escribirle, contábamos con el elemento mas necesario, la íntima persuasion de que era una justicia lo que íbamos á hacer.

El Autor.

Aunque por ser obligacion en nuestro cargo temporal, profesemos paternal ternura á todos los religiosos, que despreciando las pompas de este mundo pasajero, se han sometido voluntariamente al yugo de la religion renunciando á su propia voluntad, sin esperar mas tesoros que los del cielo; esto empero, nos sentimos animados á conceder mayores favores y gracias á aquellos que han tomado el nombre de Compañía de Jesus, los cuales, por medio de sus obras, doctrina y ejemplos se esfuerzan en imitar y seguir las huellas de nuestro Señor Jesucristo.—PAULO IV.

— Los trabajos de los obreros evangélicos (Jesuitas del Canadá) son tan grandes que no tengo espresiones para hacérselos comprender. Y lo que mas me sorprende, es que procuran ocultarse con una modestia admirable.—VENERABLE MARIA DE LA ENCARNACION.

Es imposible acercarse á ningun estante de nuestras bibliotecas, sin que se ofrezcan á los ojos los escritos de algun Jesuita... El espíritu de los siglos que iban á comenzar, era esencialmente de adelanto científico y literario; el instituto de los Jesuitas no desconoce esta verdad, la comprende perfectamente; es necesario marchar con rapidez, no quedarse rezagado en ningun ramo de conocimientos; y así lo ejecuta, y los conduce todos de frente, y no permite que nadie le aventaje.—BALMES.

La bondad de Dios es tan grande, que ordinariamente convierte en bien el mal que á los suyos procura hacerse. Vosotros creéis perjudicar á los Jesuitas, y trabajais admirablemente en su favor; por cuanto no habrá quien desconozca cuanta gloria cabe en ser atacado por la misma boca que acusa á la Iglesia, calumnia á los Santos, injuria á Jesucristo, y hasta á Dios achaca defectos. Muchos son los que profesan particular afeccion á los Jesuitas, nada mas que porque vosotros los odiais.—RICHELIEU.

Ya debeis saber que no soy muy amigo de los Jesuitas, pero levantaria la posteridad en favor suyo, si les acusara de un crimen (el regicidio) de que la Europa y Damiens les han justificado. Si otra cosa dijera, me constituiria en vil eco de los jansenistas.—VOLTAIRE.

VERDADERO

RETRATO AL DAGUERREOTIPO

DE LA

COMPañÍA DE JESUS.

INTRODUCCION.

MAS de tres siglos han transcurrido desde la fundacion de la Compañía de Jesus.—Cerca de un siglo ha pasado despues de su estincion.—Al cabo de tanto tiempo, creemos ha llegado el dia de la justicia.—La voz de la razon, tarde ó temprano ha de dominar el clamoreo de los pretendidos regeneradores.

Todo empero en el mundo se ofusca; todo se confunde; todo se calumnia. La Compañía de Jesus, fundada para la lucha, tuvo que sostenerla, quizás ya antes de su establecimiento, contra los enemigos de éste, que lo eran al par de la Iglesia. Para derribar una arcada no hay como socavar los estribos.

Por esto han declamado siempre contra ella; por esto en este siglo, heredero de la falsa filosofia del pasado, y padre de una pretendida ilustracion, que nunca puede ser tal cuando falsea por su base, se han desatado algunos genios fatales,

constituyéndose en apóstoles de una propaganda anti-jesuitica y anti-católica.

Sue, Gioberti, Boucher, y otros hombres tristemente célebres en nuestros tiempos, han querido hacer, no leña sino oro del árbol caído. Y del fondo de su gabinete, los ojos fijos en unas hojas de papel, como el alquimista en su crisol, han elaborado y obtenido el codiciado metal, que adquirian á costa de la felicidad de muchos, muchísimos de sus hermanos.

¡ Oh! grandes filósofos, políticos y literatos que predicáis á las engañadas masas, *uno para todos*, ¿por qué no decís mejor *todos para uno*?

Vosotros que usurpando el nombre de la humanidad, que lleváis engañada, no dudáis en vender por el precio del sudor y del trabajo una dosis de veneno, que pérfidamente introducis en el corazon de los incautos; ¿ vosotros, decid, querreis arrastrar al pueblo á vuestras ideas? ¿ Con qué derecho? ¿ En nombre de quién? ¿ Acaso puede llamarse derecho ese vértigo destructor de todo lo bueno, de todo lo grande, de todo lo santo? ¿ Acaso en nombre de unos llamados apóstoles que especulan con su falsa doctrina; de una humanidad á la cual engañáis con vileza; de una religion insultada todos los dias torpemente por vosotros?

Si así es, ha sonado ya la hora de que caiga la máscara que os cubre; la hora en que os presenteis con toda vuestra deformidad; la hora en que sepan unos cuantos ilusos, que los castillos fabricados en el aire, el aire se los lleva. Y esta hora ha llegado, porque á pesar de todos vuestros esfuerzos, impotentes esfuerzos, se ha visto que vuestra doctrina era falsa, que la humanidad sensata os desprecia y que la religion os condena.

Desde su aparicion hizo sombra á vuestros planes la Compañía de Jesus; y conspirasteis para derribarla. Cuando creis-
teis que la despreocupacion la hacia justicia, os entró el temor y procurasteis por todos los medios arrojar una mancha en la tela de su rehabilitacion.

¡ Necios ! Mientras pasará una nube por delante del sol , asegurareis que los rayos de éste no hieren los ojos ; y el vapor desvanecido , al hacer la prueba , os cegará su fuego....

¡ Compañía de Jesus ! habeis dicho , y no ha habido palabras infamantes en el diccionario que no la hayais apropiado ; vicio que no la hayais atribuido ; crimen de que no la declareis responsable.... ¿ Y en qué os apoyais para ello ? ¿ Dónde lo habeis encontrado ? Mostradnos , mostrad al público las pruebas.

No las teneis. — Palabras de hombres desacreditados ; libros que no merecen fe en crítica ; textos mal intencionadamente truncados.... estas son vuestras credenciales ; tan buenas como la causa que defendeis.

Nosotros hemos hecho mas , y el sentimiento de la justicia nos ha guiado al templo de la verdad , como la milagrosa estrella guió en otro tiempo á los Reyes Magos.

En este santuario donde no tiene entrada la calumnia , cara á cara con el presente , hemos interrogado el pasado ; y pasado y presente se han ofrecido desnudos á nuestra vista.

La imprenta nos ha puesto de manifiesto los pensamientos , que durante tres siglos han hecho concebir á grandes hombres los hijos de Loyola ; y la realidad ha puesto una confesion en boca de aquellos , que aunque predispuestos en contra , llamaban con buena fe á las puertas del templo de la verdad.

Ni podia menos de ser así. Cuando interrogamos á la historia , la historia nos contesta con hechos ; pedimos su testimonio al mundo entero , y el testimonio del mundo es uniforme. Tendimos nuestra mirada , y abarcando una época de tres siglos , hemos visto á esta Compañía militando desde su cuna en pro de la Iglesia , de las potestades legítimas y de la libertad de los pueblos , que el protestantismo se habia encargado de destruir.

Cual el águila desde la region de las nubes , recorrimos ávidos la inmensidad del globo , y en las mas apartadas tierras , en las mas espesas selvas , que un tiempo fueran mansión de fieras ; en aquellos climas mas fatales al europeo ; hemos en—

contrado la huella de peregrinacion y el sello de cultura, que en los montes de nieve y en las abrasadas arenas ha dejado el Jesuita.

Paso á paso hemos caminado, y el viaje ha sido largo, pero fecundo. Al fin de él pedimos á nuestro corazon nos manifestára sus sentimientos, y el corazon nos contestó desahogándose con un grito de supremo entusiasmo. Y es que por un momento abarcamos y comprendimos los ópimos frutos dados por el árbol de Ignacio de Loyola.

Y esto, empero, no nos bastó aun. Podíamos ser víctimas de una ilusion, podian nuestros humanos sentidos engañarse, y al leer las hediondas páginas en que el anti-jesuitismo ha exprimido la hiel en que rebosa su alma herida, buscamos algun nombre que valiera mas que el nuestro; alguna inteligencia superior que viniera en nuestro apoyo. Porque, aunque no nos atormentaba la duda, atormentábanos la idea de la injusticia; sentíamos ver deprimido lo que á nuestro juicio era digno de toda consideracion, y fuimos á buscar parecer en un voto mejor que el nuestro; fuimos á buscar una voz que nos dijera—adelante—y esta voz precisamente habia de ser la de una persona autorizada para nosotros, que alguna vez hubiese fijado especialmente su atencion en los Jesuitas.

La Compañía fué aprobada por un pontífice. Recorramos el juicio de sus sucesores. Y en apoyo, defensa y alabanza de los Jesuitas, vienen en poquísimo tiempo, no con embozadas palabras, sino con esplicitos testos, Paulo III ¹, Julio III ², Paulo IV ³, Pio IV ⁴, Pio V ⁵, Gregorio XIII ⁶, Gregorio XIV ⁷,

1. Bula de aprobacion de la Compañía de Jesus. — Bula *Regimini* de 1540. Bula *Licet debitum* de 1549, y otras muchas.

2. Bula *Exposcit debitum* de 1550, y Bula *Sacræ religionis* de 1552.

3. Bula *Et si ex debito* de 1561.

4. Carta dirigida en 1564 al emperador Maximiliano, y Breve dirigido en 1565 á Carlos IX de Francia.

5. Bula *Innumerales* de 1568. — Bula *Dum indeffesse* de 1571.

6. Bula *Salvatoris* de 1576.

7. Bula *Ecclesiæ catholicæ* de 1591.

Paulo V ¹, Gregorio XV ², Urbano VIII ³, Inocencio X ⁴, Alejandro VII ⁵, Clemente IX ⁶, Clemente X ⁷, Clemente XI ⁸, Benedicto XIII ⁹, Clemente XII ¹⁰, Benedicto XIV ¹¹, Clemente XIII ¹², el mismo Clemente XIV ¹³, Pio VI ¹⁴, Pio VII ¹⁵, Leon XII ¹⁶, y el actual pontífice Pio IX ¹⁷.

Hay mas todavía. Al testimonio de los papas podemos agregar el poderosísimo de ininidad de santos y venerables, entre los cuales citaremos á S. Carlos Borromeo ¹⁸, S. Francisco de Sales ¹⁹, S. Alfonso María de Liguori ²⁰, Sta. Teresa de Jesus ²¹, S. Cayetano, S. Juan de Dios, S. Camilo de Levis, S. Felipe

1. Bula *Quantum Religio* de 1606.
2. Bula *Pietatis* de 1622.
3. Bula *Rationi congruit* de 1623.
4. Bula *Prospero felicius* de 1646.
5. Bula *Cum sicut accepimus* de 1646.—Bulla *Debitum pastoralis officii* de 1663.
6. Bula *Religiosorum* de 1668.
7. Bula *In eminenti* de 1670.
8. Bula *Viros gloriosos* de 1716.
9. Bula *Rationi congruit* de 1724.—Bula *Christianæ virtutes* de 1726.—Bula *Redemptoris nostri* de 1729.
10. Bula *Ad sublime* de 1737.
11. Bula *Devotam* de 1746.—Bula *Præclaris* de 1748.—Bula *Constantem* del mismo año.—Bula *Gloriosæ dominæ* del mismo año.—Bula *Quantum successus* de 1753.
12. En 1765 publicó Clemente XIII una constitucion en que aprueba de nuevo la órden de S. Ignacio, acreditando la irregularidad del proceso seguido contra los Jesuitas y la estima en que les tenia el soberano Pontífice.
13. *Bullarii Rom. continuatio*, etc. Romæ 1841, tom. 4. pag. 24.
14. La proteccion que Pio VI dispensó á los Jesuitas puede verse en las memorias del cardenal Pacca.
15. Constitucion apostólica de 7 de agosto de 1814.
16. Bula *Cum multa in urbe* de 47 de mayo de 1824.
17. Enciclicas y breves de este Pontífice.
18. Carta á monseñor Speciano, fecha 27 de marzo de 1579.—Carta al Pontífice en 25 de octubre de 1584.
19. *Œuvres complètes* de S. François de Sales. Tomo 2.º pag. 459, y tomo 3.º pag. 407. Paris 1833.
20. Vida de S. Alfonso Maria de Liguori por Jeaneard. Part. 4, c. 9.
21. Capitulo 23 de su vida, escrita por la misma Santa.

de Neri, Sta. Juana Francisca Fremiol de Chantal, S. Vicente Paul, Sto. Tomás de Villanueva, S. Luis Beltran, S. Andrés Avelino y Sta. Magdalena de Pazis ¹. ¿Recusareis el testimonio de veinte y cuatro papas y catorce santos?

Recorramos pues al extremo opuesto, y enaltezcamos á los Jesuitas con sus mortales enemigos y de la Santa Sede. ¡Plaza á los jefes del protestantismo! — Enemigos de la Compañía de Jesus, leed á Kern ², Juan de Muller ³, Scholossier ⁴, Schoell ⁵, Ranke ⁶ y Macaulay ⁷.

¿No es verdad que se os hacen estrañas estas citas? ¿No es verdad que, ó no conoceis los dichos de estos hombres, ó que si los conociais creiais que no iríamos á buscar armas en el arsenal en donde os proveeis vosotros? Pues mas os habeis de admirar todavía.

Todos sois discípulos de la falsa filosofía del siglo pasado, y tan poco aplicados habeis sido, que ignorais respecto á la Compañía de Jesus el parecer de vuestros mas ilustrados profesores y modelos. Héroe tristemente célebres, que han rendido tributo á otros héroes por quienes fueron vencidos.

¿Dudais? Y no obstante, para confundiros, nos basta con poneros de manifiesto los libros de Voltaire ⁸, Buffon ⁹, Montesquieu ¹⁰, Alembert ¹¹, Haller ¹², Muratori ¹³, Ray—

1. Véanse las vidas y escritos de dichos Santos.

2. Lecciones de Kern en la universidad de Göttinga.

3. Historia universal por Juan de Muller, tomos 3 y 4.

4. Historia de las revoluciones políticas y literarias de Europa en el siglo XVIII, tomo 1.

5. Curso de Historia de los estados europeos, tomo 39.

6. Historia del Papado en los siglos XVI y XVII.

7. Edinburg Review.

8. Diccionario filosófico, artículo *Jesuita*.—Correspondencia de Voltaire.

9. Historia natural. Discurso sobre la variedad de la especie humana.

10. Espiritu de las leyes.

11. Opúsculo sobre la destruccion de los Jesuitas.

12. Tratado de diversas cuestiones políticas y morales.

13. Descripción de las misiones del Paraguay.

nal ¹, Robertson ², Rousseau ³, Leibnitz ⁴, Grocio ⁵, Bacon ⁶, Bayle ⁷, Descartes ⁸, Lalande ⁹ y la Chalotais ¹⁰.

¿Quereis mas nombres aun? Podríamos citaros tantos que formáran por sí solos un diccionario; nombres todos de varones sobresalientes en ciencia ó en virtud; nombres que por sí solos bastarian á hacer la apologia de los Jesuitas, si ya no la hubieseis hecho vosotros en vuestras diatribas. Entre estos grandes hombres, que cada uno de ellos es un mentís á vuestros infundados escritos, encontramos á Richelieu ¹¹, el mariscal de Tavanés ¹², Fenelon ¹³, Bossuet ¹⁴, Lally-Tolendall ¹⁵, el cardenal Maury ¹⁶, Boulay ¹⁷, René de La Fon ¹⁸, Lamennais ¹⁹, Maistre ²⁰, Saint-Marc Girardin ²¹,

1. Historia política y filosófica de las Indias.—Historia del comercio de entrambas Indias.

2. Historia de Carlos V.

3. Carta al Arzobispo de Paris.

4. Epist. ad Teutzelium.—Præfat. in novisium sinic.

5. Annales de reb. belg.

6. De dignit. augm. scient.

7. Diccionario histórico, artículo Loyola.

8. Cartas, 50.

9. Boletín de Europa.

10. La Chalotais, acusador de los Jesuitas sin conocerlos, llegó á decir: «Léjos de acusar de fanatismo á toda la órden de los Jesuitas, disculpo á cuasi todos, en particular á los franceses.»

11. Respuesta dada á los ministros de Charenton.—Testamento político del cardenal Richelieu.

12. Memorias de Gaspar de Saulx, mariscal de Tavanés, edicion en folio pág. 216.

13. Instruccion pastoral, 1714.—Carta escrita por Fenelon en 1686.

14. Obras de Bossuet, tomo 1.º

15. Periódico *El Mercurio*, 25 de enero de 1806.

16. Elogio de Radouville.

17. Historia de la Universidad.

18. Respuesta de René de La Fon, en nombre de los religiosos de la Compañía de Jesus.

19. Reflexiones acerca del estado de la Iglesia.

20. Ensayo sobre el principio de vida de las Constituciones.

21. Curso de historia seguido en la Sorbona, durante el año 1833.

J. Janin ¹, Beausset ² y Chateaubriand ³.

Los reyes, decís vosotros, *les calificaron de execrables asesinos* ⁴. ¿Donde están estos reyes? Sepamos quienes son y formaremos concepto. Nosotros nos hemos tomado el trabajo de buscar en la historia la opinion de los reyes. ¿Y sabeis cual ha sido el resultado? Sobre muchos, en España los Reyes Católicos, Felipe II ⁵ y Fernando VII ⁶; en Francia Enrique IV, Luis XIII y Luis XIV; en Alemania Fernando II ⁷, en Nápoles un Fernando ⁸, en Inglaterra Jorge III ⁹, en Rusia Pablo I ¹⁰ y Catalina II ¹¹, y en Prusia Federico II, han con—signado la admiración, el respeto y el amor que les inspirará la Compañía de Jesus. ¿Qué faltaba pues á nuestra convicción? Hasta los reyes, ante quienes se esforzó la falsa filosofía para pintar con denigrantes colores á los Jesuitas, á estos predicadores del regicidio, y aun regicidas, como decís vosotros; hicieron justicia á la benemérita Compañía de Jesus.

¡Regicidas! Decid, pretendidos apóstoles de una mal llamada libertad, ¿fueron los Jesuitas los que cortaron la cabeza á Carlos I de Inglaterra? ¿No fué despues de la estincion de los Jesuitas que en Francia rodaron por las escaleras del cadalso las cabezas de Luis XVI y de Maria Antonieta? ¿Prepararon los Jesuitas la mina que debia hacer volar el coche de Napoleon? ¿Armaron los Jesuitas el brazo de los que intentaron tantas veces asesinar á Luis Felipe?

1. Diario de los *Debates*.
2. Historia de Fenelon.
3. Genio del cristianismo, tomo 4.
4. Retrato al daguerreotipo de los Jesuitas, pag. 4.
5. Dictámen del fiscal D. Francisco Gutierrez de la Huerta.
6. Real cédula de 3 de mayo de 1816.
7. Dictámen del fiscal de la Huerta citado.
8. Solicitó de Pio VII el restablecimiento de los Jesuitas, segun se desprende de la Bula de este Pontífice.
9. Bill espedido en 25 de mayo de 1778.
10. Solicitó el restablecimiento de los Jesuitas al igual que el rey Fernando de Nápoles.
11. Carta escrita al Papa por esta emperatriz en 1783.

Los pueblos veían en ellos á sus mas encarnizados enemigos ¹. ¡Calumnia! Si se trata de pueblos cultos, nunca pueden conceptuar enemigos suyos aquellos á quienes deben la mayor parte de su ilustracion. Si se trata de pueblos bárbaros, les vemos besando la mano del Jesuita, á quien se lo debe todo.

Las universidades les denunciaron como á corruptores de la juventud, cuya enseñanza les estaba esclusivamente confiada ². ¡Envidia! Los Jesuitas cultivando su talento y el de sus discipulos, demostraron la rudeza de la mayor parte de los profesores de su tiempo; y á la escelencia de su método, y á haber salido de los bancos de sus colegios un Condé, un Bossuet, un Montesquieu, un Buffon, un Corneille, un Moliere, un Iriarte, los Dou y otros, debieron su justa fama, y que del hijo del rey al del artesano todos los jóvenes estudiáran en sus escuelas.

Los parlamentos pedían su esterminio ³. ¡Celos! Los parlamentos debían mirar con horror á los Jesuitas, por cuanto representaban á sus ojos la potestad opuesta á sus fatales designios. Estos designios de insubordinacion que merecieron su abolicion repetidas veces y el destierro de sus miembros por perjudiciales al Estado; estos designios, sangrientos y revolucionarios, por complemento de los cuales estalló la horrorosa y bárbara revolucion del 93: aquellos parlamentos y los Jesuitas eran tan incompatibles como la paz y la guerra, como la anarquía y el órden.

Los prelados y teólogos condenaban sus hechos, sus doctrinas y sus máximas ⁴. ... ¿Dónde están estos prelados? ¿Quiénes son estos teólogos? Sepamos lo que dicen; sepamos al menos donde consta esta censura que no consta en ninguna parte. Constará probablemente en el libro de Adolfo Boucher, libro sin fe, crédito, ni crítica, y que no obstante, y puede que por

1. Retrato al Daguerreotipo de los Jesuitas, página 4.

2. Id.

3. Id.

4. Id.

esto mismo, es el modelo, el tipo, la obra de consulta para el autor del *Retrato al daguerreotipo de los Jesuitas*.

Mas hemos hecho aun, antes de salir á la defensa de esta Compañía de Jesus tan calumniada. Que muchos y eminentísimos varones la habian enaltecido, no podíamos dudarlo, porque nuestros ojos lo vieron, nuestras manos lo palparon. Quisimos empero conocer á fondo hasta qué punto era digna la Compañía de Jesus de estos elogios. Habíamos leído ya la historia general de las naciones en los siglos XVI, XVII y XVIII, y fuimos á buscar la luz apetecida en la historia particular de los Jesuitas. Colocámonos frente á frente del panteon de sus hechos, y evocamos sus glorias. Estas eran tantas que podian contarse por los dias de su existencia.

Ignacio de Loyola, Francisco Javier, Francisco de Borja, Francisco de Regis, Francisco de Jerónimo, Luis de Gonzaga, Estanislao de Koska, Pablo Miki, Juan de Goito, Santiago Kisai, Alfonso Rodriguez, Pedro Claver, Baltasar Alvarez, Andrés Bobola, Ignacio Acevedo y sus treinta y nueve compañeros, Rodulfo Aquaviva y sus cuatro compañeros, Pedro Canicio, Luis de Puente, Roberto Belarmino, Juan Berkman, Juan de Britto, Pablo Señeri, Carlos Spinola, José Pignatelli y otros muchos, son astros de virtud que iluminaron la Compañía, que se ofrecieron en imitacion á sus hermanos, y cuyos méritos ha premiado la Iglesia, ornándoles con el título de santos, beatos y venerables.

¿Fueron estos ó los discípulos de estos *los hombres que albergaron tan execrables máximas, y eran capaces de los mas horribles hechos* ? Decid que sí, y os habreis quitado de una vez esta máscara que os sofoca, y que ya se os está cayendo por momentos.

Alentados por el encuentro de esta primera falange — ¡adelante! — dijimos, y continuamos penetrando en la historia.

Hijos de la abnegacion y de la caridad los Jesuitas; ligados

por un voto de pobreza; ardiendo en deseos de propagar la fe de Jesucristo, *única que salva y remueve las montañas*¹, parten para remotos climas; y al par que conquistadores sin ejércitos clavan en los salvajes bosques el estandarte de la Cruz; verdaderos filántropos de la verdadera filantropía, obligan á esclamar entre otros al filósofo Raynal: «Nada iguala la pureza de costumbres, el dulce y tierno celo, los paternales cuidados de los Jesuitas en el Paraguay, por ejemplo. Cada párroco es allí verdaderamente el padre; el guia de sus parroquianos: nadie se resiente de su autoridad, por cuanto no manda, no prohíbe, no castiga, sino lo que está mandado, prohibido ó castigado por la religion, adorada de todos como de él mismo.

»Allí, desde el primer gobernante al último gobernado, nadie está ocioso, ni se fatiga con un inmoderado trabajo. El alimento es sano, abundante, igual para todos los ciudadanos, cómodamente vestidos, cómodamente alojados. Allí los ancianos, las viudas, los huérfanos, los enfermos son socorridos de un modo desconocido en el resto de la tierra.» ¡Sorprendente cuadro! ¿no es cierto? Cualesquiera pudiera copiarlo, poniendo al frente por ejemplo el nombre de Mr. Cabel, y decir á las engañadas masas: «Este es el comunismo de mi invencion.»

Y no obstante, estos comunistas, segun el Evangelio, que hemos descrito, no se llaman Gabel, ni Proudhon, ni Fourier, ni San Simon; sus nombres menos conocidos, aunque mas dignos de conocerse y bendecirse, son los de Anchieta, llamado el apóstol del nuevo mundo; Claver, el padre de los negros; Intorcetta, Kægler, Figueira, Diaz, Gilli, Havestadz, Longobardi, Nau, Vieira, Rasle, Ovalle, Trigaut, Nobili, Sambianini, Quirós, Premare, Blendé², y mil y mil otros, que hicieron por sus hermanos el sacrificio de su reposo, de su patria, de su vida.

1. Pastoral del Escmo. é Ilmo. Sr. obispo de Barcelona de 26 de agosto de 1852.

2. Dictionaire biographique universel.

A este segundo descubrimiento una expansion de gozo dilató nuestro corazon, y — *adelante!* — exclamamos con mayor fe. Vamos á investigar qué otros adelantos han proporcionado los Jesuitas á la humanidad.

La enseñanza.—He aquí otro de los principales objetos de su instituto. Sepamos como cumplieron con ella. Mas arriba citamos unos pocos de sus innumerables y famosos discípulos. Conozcamos á su vez los maestros. Una órden, fundada especialmente para la propagacion y defensa de la fe, debia por fuerza contar entre sus hijos insignes predicadores y teólogos. La fuerza de la elocuencia arrastra los corazones, y el estudio de las sagradas letras vence los argumentos de la impiedad. La Compañía de Jesus, fecunda en toda clase de grandes hombres, puede citar con orgullo entre sus muchos predicadores á Judde, Lambert, Lemoyne, Auger, Bellati, Chapelain, Colombiere, Garasse, Becan, Señeri, Veron, Zucchi, Vieyra y Maccarthy ¹.

Entre sus teólogos á Inchofer, Vazquez, Lugo, Laresi, Maldonado, Masenio, Meyer, Pichler, Rosignoli, Saa, Schoenberg, Mannoir, Poirey, Realino, Suarez, Azor y Corder ².

Si se trata de los beneficios de que la literatura les es deudora, responderán por la Compañía, Andres, Rossi, Mambrun, Terveroy y Pando, Jault, Eggs, Heser, Viger, Oidoini, Barbosa, Wastelain, Souciet, Hervas, é infinidad de eruditos, cuyas obras son consideradas como clásicas en su mayor parte ³. Pocos, poquísimos amantes de las bellas letras desconocerán los nombres, por lo menos, de Tournemine, Artega, Mayre, Barruel, Gracian, Cresola, Duhalde, Jacquet, Lejay, Negri, Lassala, Requena y Vives, Olivé, Frizon, Duhalde y Santé ⁴, individuos de la ínclita Compañía de Jesus.

1. Dictionaire biographique universel.

2. Id.

3. Id.

4. Id.

La historia, esta madre de los tiempos que iluminando el pasado nos despeja las sombras del porvenir, ha tenido en gran número de Jesuitas, la mayor parte de sus mas apreciables cultivadores. Mariana, Masdeu, Duchesne, Palafox, Warsewitz, Maffei, Acosta, Orlandini, Nadasi, Roa, Velli, Lablée, Strada, Bártoli, Cellot, Torsinello, Ferrari, Griffet y Keri ¹, figuran en primera línea en España, Francia, Italia, Alemania y Portugal.

Asombrados por tantos descubrimientos, solo la fe que teníamos en nuestra causa y la esperanza de poder derrotar por completo á los enemigos de la Compañía, hubiéranos podido decidir á entrar mas adelante en el campo de sus glorias. Parecíanos imposible que en todos los ramos del saber humano tuvieran sus representantes los Jesuitas; y no obstante nada hay mas cierto. Dímonos por satisfechos; y todavía, y mirando al azar el libro de las glorias de esta Compañía, encontramos que Aguado, Warsewitz, Monod, Possevin y Fonseca se hicieron notables por sus talentos diplomáticos ²; que Devand, Castiglione, Martel y Pozzo gozan de gran celebridad como profesores de bellas artes ³; que Agnillon, Belgrado, Bunon y Beyorald ⁴ fueron los primeros físicos de su tiempo; que Benvenuti, Angeli, Biancani, Casati, Borri, Bonoet, Briga y Boscowich ⁵ sobresalieron en las ciencias matemáticas; Casio y Wartel ⁶ en las naturales; Buonanni y Eckel ⁷ en la numismática, y en la astronomía Benoit, Berand y Boscowich ⁸.

Aquí dimos por terminada nuestra investigacion, y creímos haber encontrado la verdad apetecida. Vimos á la Compañía estendida por toda la faz de la tierra, y en algunos momentos

1. Dictionaire biographique universel.

2. Id.

3. Id.

4. Id.

5. Id.

6. Id.

7. Id.

8. Id.

tan floreciente , tan respetada , que quizás monarca alguno no haya podido blasonar de otro tanto. En los artesonados salones del palacio y en la buhardilla del obrero ; en el consejo de los reyes y en las escuelas de párvulos ; en las populosas ciudades y en los desiertos del Nuevo Mundo , hemos visto brillar el esplendente sol de la Compañía.

Empero el sol está sujeto á eclipses , y el de los Jesuitas no se libró de ellos. A los dias prósperos sucedieron los años de desgracia. La calumnia, este asqueroso reptil, que por do quiera que pasa, deja impresa la huella de su baba inmundada , no temió cebarse, apoyada por los sectarios de la impiedad , en las glorias de los hijos de Ignacio.

¡ La calumnia ! ¿ Qué es la calumnia ? La calumnia es el veneno que arroja la enemistad, la rivalidad, la envidia , sobre el objeto de su odio. ¡ Calumnia ! Todas las pasiones bajas contribuyen á formarla ; se ceba en todos los hechos y hombres grandes. ¡ Calumnia ! La gran fortuna es que te desacreditas por tí misma ; eres como el verde lagarto , que muerde traídoramente , y en castigo deja sus dientes clavados en la herida. ¡ Calumniadores ! Al dirigiros con vuestras diatribas á la Compañía de Jesus , escupis al cielo , y os manchais el rostro con vuestra inmundada saliva. Dirigís vuestras saetas á un blanco invulnerable , que devolviéndolas de rechazo os las clava en mitad del corazon.....

Acabamos de trazar el croquis del cuadro de las glorias jesuíticas, y quisiéramos saber si el corazon de sus antiguos enemigos se ha conmovido ante él , como se ha conmovido el nuestro. Lo dudamos: tras el anti-jesuitismo hay oculta una idea pérfida é impía , que el transcurso de muchos siglos y la inspirada voz de grandes varones no ha podido desterrar del todo. El porqué lo manifestamos en otro lugar : el combate entre el bien y el mal será interminable mientras subsista la humanidad. Un genio maléfico impelió al primer hombre á desobedecer los preceptos del Señor , y antes del fin del mundo el Antecristo ha de tentar por última vez diabólica fortuna en una

terrible campaña. Dios en sus inescrutables designios consiente á los malos, sin duda para probar la fortaleza de los buenos.

Nosotros que con fe en el corazon hemos salido á la defensa de un Instituto tan vilmente calumniado, lo hemos hecho en la entera seguridad de que obrábamos conforme la moral, conforme la religion nos mandaba. No dudamos en afirmarlo: atacando á los Jesuitas se ataca á la Iglesia en sus mejores hijos, en sus mejores defensores; se ataca tambien á la sociedad en sus principios de progreso y orden.

Esta conviccion al análisis de la historia se la debemos; á este análisis minucioso que hemos hecho, unas veces en la parte exterior del cuerpo; otras veces, como el médico que estudia el mecanismo del hombre en un cadáver, soltando la pluma para empuñar el escalpelo, abriendo y destrozando hasta encontrar el principio de vida. Cuando ya estuvimos satisfechos del estudio de los diferentes miembros, nos abrimos paso con el acero hasta el corazon. Allí estaba el principio de vida tan deseado: este principio era la organizacion de la Compañía; era el admirable trabajo de Ignacio asistido de la divina gracia, dando por resultado el gran libro de las *Constituciones de la Compañía de Jesus*. Quien quiera que despreocupadamente las lea, despreocupadamente despreciará estas sátiras, estas necedades, estas acusaciones, que el amor propio ofendido, la ignorancia y la mala fe han dirigido contra ella, pretendiendo probar que estas constituciones fueron el resultado de la desmesurada ambicion de S. Ignacio, escedida por la de sus sucesores.

Os lego el mundo!.... dijo al morir el gran Loyola; y sobre esta frase no hay comentario que no hayan hecho, mala idea que no hayan abrigado los enemigos de la Iglesia. *Os lego el mundo!* equivale á decir entre los anti-jesuitas y anti-católicos — haceos dueños del mundo; el mundo es vuestro, porque yo os he dado con que hacerlo vuestro por todos los medios reprobados.... — Vileza en aquellos que suponen tales pensa-

mientos en un Santo , que asombró á los suyos y á los venideros con el ejemplo del desprecio en que tenia las cosas mundanas ; con el ejemplo de su profunda humildad , pobreza y modestia.

Os lego el mundo ! es un legado de penalidades , de abnegacion , de martirios. Es el legado santo que hizo Jesucristo á sus apóstoles cuando les dijo : « Id , y enseñad mi doctrina por toda la tierra. »

Os lego el mundo , equivalia á decir en boca de S. Ignacio y en el corazon de sus discípulos : el mundo necesita de vuestros auxilios : allí léjos , muy léjos , hay un mundo entero , cuyos habitantes mueren de alma y cuerpo , porque hasta ellos no ha llegado la luz del Evangelio. Id , corred á este mundo , y os lego su salvacion.

Os lego el mundo , equivale á decir : en el mundo hay gentes que padecen ; enjugad las lágrimas de los afligidos. —

— Hay infelices que gimen en cárceles ; consolad á los presos. —

— Hay jóvenes , cuya ignorancia puede ser causa de su pérdida ; enseñad á la juventud. —

— Hay esclavos tratados brutalmente por sus dueños ; socorred al oprimido. —

— El mundo en fin se halla al borde de un precipicio ; salvad al mundo de hundirse en él. —

Así legó Ignacio el mundo á sus discípulos ; así aceptaron y conservaron estos el legado.

Y ahora que hemos desplegado al aire el estandarte de los Jesuitas ; ahora que arrancando unas cuantas páginas al libro de su gloriosa historia , las hemos echado á volar por España ¿ podriais decirnos quienes fueron estos 373 autores , cuyas obras decis , nunca quisierais haber leído ? ¿ Podriais citarnos quienes son , en donde están estos escritos en que *habeis apacentado vuestras miradas ; esas hediondas páginas escritas con sangre y veneno ; esas páginas , de las cuales cada una encierra una máxima , y cada máxima es una apología del perjurio ,*

el robo, el asesinato, el parricidio, el regicidio ¹? Decidnos algunas de estas obras para que podamos verlas y apreciarlas; decidnos al menos, y no os ruboriceis por ello, en qué autor habeis encontrado tan falsa como absurda cita.

Decís que el Jesuitismo cree llegada su hora... La hora que ha sonado es la de su rehabilitacion; el sol que se ha levantado sobre ellos y sobre todos, es el sol de la verdad.

Vamos pues caminando iluminados por su luz: algo ha de alumbrar de que alguno se resienta y confunda.

Caminando con tiento desde Paulo III á Clemente XIV, hemos de hacer ver á los anti-jesuitas, que si honrados fueron los hijos del ínclito Ignacio en la bula de su fundacion, no menos lo fueron en la de su estincion. Sí, Ganganelli solo cedió á las amenazas que se le hacian; solo cedió creyendo evitar consecuencias funestísimas; solo cedió al clamoreo de unos pocos favorecedores del protestantismo, bien que los protectores de aquellos pocos ignoraban sus planes siniestros. Ganganelli, lleno de temores, llegó á decir ante aquellos que se esforzaban en hacerle temer el veneno de los Jesuitas: «No estos sino la presencia de Floridablanca me causará la muerte.» Son palabras testuales del Pontífice.

Mucho tiempo despues de haber promulgado el breve, se le veia divagar por sus aposentos y esclamar con voz entrecortada por los suspiros: «¡Perdon! ¡perdon! me violentaron. ¡*Compulsus feci!* ¡*compulsus feci!*»

«Los Jesuitas han comprado su rehabilitacion á plumas venales ²» habeis osado decir.

—¡Cuán pronto habeis olvidado, ó qué bien fingís no saber, que las cortes de Europa tuvieron el atrevimiento de proponer al Jefe de la Iglesia la venta de la estincion de la Compañía de Jesus por el precio de dos ciudades...! Aviñon y Benevento.

1. Retrato al daguerreotipo de los Jesuitas.

2. Id.

¡Oh! hemos estudiado muy á fondo esta cuestion , y en este estudio descubierto muchas vilezas.

Quisisteis colocar frente de los Jesuitas una máquina para sacar su retrato.....

Nosotros hemos hecho lo mismo , perfeccionando la máquina , y nos ha dado , no tan solo su retrato , sino el vuestro.

CAPÍTULO I.

EL SIGLO XVI.

AQUEL que traza el curso á los siglos, tenia destinado á grandes hechos, á grandes hombres y á grandes abortos el siglo XVI.—Taso, Ariosto, Bocacio y el Petrarca ciñen en Italia el laurel de Homero y de Virgilio.

Cervantes, Lope de Vega, Calderon y Ercilla immortalizan las letras españolas.

Camoens vive pobre y muere pobre, sin que Portugal levante el mas sencillo monumento al autor de las *Lusiadas*.

Leon X manda levantar el Vaticano, esta suntuosa basílica, digna tan solo de la religion á que es consagrada.

Felipe II, vencedor en San Quintin, da gracias al Señor, erigiendo el soberbio monasterio del Escorial, á costa de seis millones de ducados.

Shakespeare ciñe la corona de los poetas trágicos, que en vano le han disputado mas tarde Alfieri y Schiller.

Fr. Francisco Jimenez de Cisneros, ministro universal en España, da lecciones de humildad á los grandes y de política á los diplomáticos.

Maquiavelo escribe su libro *El príncipe*, que da origen al *maquiavelismo*.

Rafael, Miguel Angel, Caravagio y Corregio truecan en lienzos sin precio pedazos de grosera tela.

Cristobal Colon arranca á la naturaleza el secreto de un nuevo mundo.

El condestable de Borbon toma por asalto la ciudad eterna.

Los tribunales seculares condenan á las llamas al furibundo Juan Hus ¹, pero no consumen por desgracia á la herejia con los herejes. Como la hidra de cien cabezas retoña, cortada la de este monstruo se levantan ¡dignos sucesores! Lutero y Calvino.

Cárlos I y V, el rey que empezó como Alejandro y acabó como Wamba, se sienta en los tronos de España y Alemania.

Francisco de Valois, apellidado el galante, manda en Francia.

Enrique VIII, el verdugo de Catalina de Aragon, Ana Bolena, Juana Seymour, Ana de Cleves y Catalina Howart, muertas unas á pesares y otras sobre el cadalso; este monstruo de la mas desenfrenada lascivia y abominable tiranía, rige los destinos de Inglaterra.

Juan III, monarca afortunado por los descubrimientos hechos durante su reinado en el nuevo mundo, gobierna en Portugal.

El siglo XVI es el siglo de los grandes guerreros, de los grandes ingenios, de los grandes artistas, de los grandes escándalos.

Es el siglo de las grandes luchas: luchas de las armas; luchas de la inteligencia. Cárlos V y Francisco I, los dos ilustres rivales ², ensangrientan la Europa. La Iglesia y la mala refor-

1. Este monstruo de soberbia anegó su patria en sangre, por el placer de ver *su retrato y su fiesta reemplazar las de Jesucristo y de la Virgen.*

2. El origen de las rivalidades entre estos dos reyes fué indudablemente la mutua pretension que tenían al imperio de Alemania. Vacante este por muerte de Maximiliano, el francés quiso hacerle suyo, alegando la vecindad que tenía con él, su nombradía y la fama de gran guerrero. El español alegaba ser nieto del emperador difunto, igual en poderio á su contrario, presentándose al propio tiempo como natural defensor de Alemania, pues los estados que le dejara su abuelo le colocaban en esta posicion.—La eleccion tuvo lugar, y Cárlos fué emperador: fácilmente se concibe que desde el momento habia de tener un rival constante en Francisco I; á este rey ambicioso á quien batió diferentes veces. De este choque forzosamente terrible entre dos prin-

ma; un poder constituido por Dios y un poder que avanza revolucionariamente, colócanse frente á frente, y este último causa mas daño que las tropas del invicto César y del monarca francés.

Tan pronto es el César uniéndose al Pontífice contra la Francia ¹, como el Pontífice uniéndose á la Francia contra el César ².

Y mientras el príncipe de la Iglesia y los dos monarcas católicos andan entre sí en guerra, las chispas de la infernal doctrina luterana prenden en la multitud, seducida por el aliciente del robo de los bienes de la Iglesia; y la mala reforma avanza, avanza, avanza ³, y sus funestos progresos, hijos del des-

cipios los mas poderosos de Europa; de la mezcla de los pueblos en toda clase de relaciones; de la multiplicacion de las ideas; de la estincion de las milicias feudales; de la ilustracion italiana propagada á muchos puntos donde todavía no habia llegado; de todos estos elementos provocados por las contiendas de Carlos y Francisco, resultó la necesidad del *equilibrio europeo*.

1. Carlos V se coaligó con el Pontífice contra Francisco I, sentido con éste porque habia invadido á España en tiempo de las sediciones de los comuneros.

2. Leon X y Francisco I se coaligaron contra Carlos V: el primero disgustado por las providencias que se daban en Castilla contra los derechos de la curia romana; y el segundo por deseos de vengarse de la afrenta de Pavia y del ajuste de su rescate, que le costó la Borgoña, las pretensiones sobre Milan, etc. etc.

3. La diabólica reforma avanzó, protegida especialmente por los reyezuelos de Alemania, á quienes sedujo con el cebo de los bienes del clero y con licencia para los mas grandes desenfrenos.

A los pueblos se les embaucaba con la *palabrería*, de que los bienes debian ser comunes, y todos los hombres libres é independientes; que habia llegado el tiempo de restablecer la igualdad, esterminar á los tiranos, etc. etc. etc. Pocos habrá que no sepan por esperiencia lo que significan y valen semejantes palabras; y pocos hay tambien que ignoren el cuadro horroroso, manchado con toda clase de crímenes, cometidos por los jefes y partidarios de esta infernal apostasia, que la reforma misma nos ha dejado. Esto obligó al grande O'Connell á decir á la reina actual de Inglaterra en la famosa *Memoria* que le dirigió: que la reforma fué evidentemente la obra de todo lo que el siglo XVI encerraba de mas vicioso.

enfreno de las mas inmundas pasiones que predica , se dejan sentir hasta en la misma Italia.

Muere Leon X, y sucédele Adriano VI. Diez y nueve meses despues espira en 14 de setiembre de 1523, y le reemplaza en 26 de noviembre Clemente VII.

Lutero por este tiempo ya ha arrojado la máscara , y ataca directamente y sin recelo la supremacia del papa y la corte romana.

No se apagaron las chispas, merced en gran parte á las intrigas del rey de Francia, celoso de los laureles y glorias del César, y el resultado fué un incendio.

El rey de Inglaterra, apóstata de los dogmas que en un principio sostuviera en un libro que le valió el título de *Defensor de la fe*¹; se emancipa de Clemente VII, porque este pontífice rehusa decretar el divorcio del inglés con Catalina de Aragon. De aquí toma origen el *cisma anglicano*; informe mezcla de catolicismo y protestantismo; nueva iglesia, cuya cabeza se llama Enrique VIII, y en la cual se promulgan como artículos de fe los delirios contradictorios del lascivo y sanguinario monarca.

Este verdadero mar de pasiones escitadas, invadiendo con sus negras aguas á pueblo y nobleza, no respetó el territorio de la Iglesia, y aun quiso precipitarse por las calles de Roma, subir á los palacios y hasta intentó esparramarse dentro los claustros.

Desgraciadamente en aquel período de grandezas y de miserias, no faltaron algunos pocos que mancilláran el honor de la Santa Iglesia, facilitando por este medio un pretesto á los

1. Este libro tenia por título *Defensa de los siete sacramentos*. En él probaba el principe con sólidas razones la doctrina católica sobre las indulgencias, la autoridad del Papa, el número de los sacramentos y los demás artículos combatidos por el impúdico Lutero, haciendo la observacion de que los principios de este destruian no menos la sociedad que la religion; pero mas adelante no queriendo reconocer otra autoridad que la de la Escritura interpretada á su arbitrio, tuvo la audaz temeridad de suprimir los libros que juzgó serle desfavorables.

enemigos de la religion para calumniarla. Ya que no pudieron atacarla en sus principios, porque contra ellos no prevalecerán las puertas del infierno, atacáronla en sus ministros.

Los protestantes inculparon á la Iglesia los exagerados desarreglos de algunos de sus ministros.—A las órdenes religiosas echaron en cara sus ponderadas riquezas, porque deseaban robárselas.—A los eclesiásticos seculares su pretendida ignorancia, para desacreditarles ante el pueblo.

Los pueblos, ansiosos siempre de novedades, y deslumbrados por los nuevos predicadores con el goce de las mas innobles pasiones, empezaron á dudar, y mas tarde á burlarse de aquello mismo que el dia antes era objeto de su veneracion.

De esta burla impía á la apostasia no hay mas que un paso. Lutero lo habia ya andado, y convidaba á los pueblos alemanes á que siguieran sus huellas con el cebo de la codicia.

Los príncipes pudieron contener á la muchedumbre al desbordarse; pero disolutos, sanguinarios, ciegos ó cobardes; estos principes raquíticos, sin mas voluntad que la contraria á la del César, quisieron atacar al papado porque el emperador estaba de parte del Papa; quisieron destruir la Iglesia, cabalmente porque uno de sus apoyos en la tierra eran los hombros del segundo Carlo-Magno; pero en realidad porque ambicionaban los bienes del clero y les era muy pesado el yugo de la continencia.—Esto en la época ya de Paulo III, sucesor de Clemente VII.

Unirse en los vínculos de la infernal reforma; hacer á la nueva secta trampantojo de su mezquina política; reunir las fuerzas de todos contra uno; esto intentaron los príncipes alemanes.

Bamboleaba su trono, segun pretendian, bajo la planta de Carlos V; y era preciso no dejarle caer; era preciso que se sostuviera un dia mas; y como aquella sanguinaria reina de Inglaterra, la digna hija del tirano Enrique VIII, que en el momento de espirar ofrecia todos sus tesoros por un solo

minuto de vida ; aquellos príncipes ilusos vendieron su paz , su conciencia y las de sus pueblos por unas horas de mando. Dejaron que la infernal reforma tomara creces en sus estados , y bien pronto tomó tantas que ellos mismos se asustaron de sus proporciones. Bien como aquel que cria al abrigo de su seno pintado é inofensivo reptil , y al otro dia se lo encuentra convertido en venenosa serpiente.—Los príncipes tenian en su poder á los pueblos , y los sublevaron contra Dios , por un efecto de su ambicion ; á su vez el Señor , que tiene en su poder á pueblos y reyes , lanzó aquéllos sobre éstos y el choque fué terrible.—Quisieron pueblos filósofos , pueblos novadores , y vino un tiempo en que la falsa filosofia y las novaciones exigidas por los pueblos , han dado mas que hacer á los reyes que la soñada monarquía universal de Carlos V.

De todos modos , lo cierto es que la diabólica doctrina de los reformadores, auxiliada con especialidad por los reyezuelos de Alemania , llegó á sublevar los ánimos del pueblo bajo y de los estudiantes , que seguian las huellas de sus jefes y maestros. Lutero ya no iba como en otro tiempo de casa en casa y de convento en convento mendigando una limosna ó un albergue. Disputaba contra los legados del Papa ; habia quemado delante de un pueblo soez , que le aplaudia frenéticamente , la bula de Su Santidad ; y orgulloso de sus triunfos , despues de haber protestado ante el concilio general y rehusado presentarse al Tridentino, se creyó mas fuerte que sus enemigos. Arrojó con toda libertad al viento sus semillas , que esparcidas por todas partes , en todas partes dieron frutos los mas amargos , menos en la católica España.—Esta es otra de las glorias de nuestra amada patria.

Bien conoció Paulo III que esta nube al descargar amenazaba á la Iglesia con una inundacion. Quiso contenerla , ¿pero á quién volverse , en quién apoyarse , de quién fiarse para tan grande obra ? El único en quien podia tener confianza era el César ; pero éste tenia que luchar contra la mayor parte de los soberanos de Alemania , fautores y protectores de la diabólica

reforma; y por otra contra el turco, con quien el rey de Francia habia hecho un tratado al objeto de que penetrára con un formidable ejército en los estados alemanes del César y con una formidable escuadra en Italia ¹.

Para quitar el Papa todo pretexto á los diabólicos reformadores, nombró una congregacion de cuatro cardenales y cinco abades y prelados, encargando á estos médicos espirituales estudiáran la enfermedad de que pudieran adolecer algunos miembros de la Iglesia; y así lo cumplieron ².

Como es de suponer los titulados reformadores pintaban con los mas negros colores las faltas siempre exageradas, particularmente de algunos individuos del clero regular, que les eran mas temibles; pero no serian estas tantas y tan graves, á

1 El rey de Francia, por medio de su enviado en Constantinopla La Foret, concluyó un tratado secreto con Soliman II y con el rey de Argel Barbaroja para atacar al César en sus estados de Alemania y conquistas de la Italia. Este último salió de Constantinopla el 28 de abril de 1543 con 200 galeras, 40 buques de guerra de menor dimension, muchos barcos de trasporte y 14000 hombres de desembarco, el cual se efectuó por el mes de mayo en las costas de Calabria, causando muchas desgracias y haciendo muchos esclavos, que vendió despues en Marsella.—La flota francesa se reunió con la turca en Villafranca, puerto de Monaco; y el 10 de agosto 7000 franceses unidos con 15000 turcos atacaron la ciudad de Niza. Soliman al propio tiempo invadia la Hungria con un formidable ejército, amenazando el Austria y la Bohemia.

Este comportamiento del rey de Francia favoreció notablemente á los infernales reformadores, al paso que indignó á la Europa toda la causa comun formada con los enemigos de la fe, tan simpáticos á los reformadores, de cuyo jefe, Lutero, decia Soliman, que deseára fuese mas jóven, pues tendria en él un *protector* declarado. Concibense estas simpatias entre el heresiarca y Soliman, pues decia aquel que *pelear contra el turco*, era pelear contra Dios. Basta leer con reflexion las doctrinas diabólicas de Lutero para convencerse, de que el luteranismo y el mahometanismo son hijos de un mismo padre.

2. Esta congregacion la compusieron los cardenales Contarini, Sadoleto, Caraffa, y Polo, con los prelados Fregosi, arzobispo de Salerno; Jerónimo Alejandro, arzobispo de Brindis; Giberto, obispo de Verona; Cortesi, abad de S. Jorge de Venecia; y Tomás Badia, maestro del Sacro Palacio.

juzgar los hombres eminentes en virtud y letras que florecieron en aquellos tiempos ¹.

Tal era el aspecto moral, debido á la diabólica reforma, que presentaba el mundo católico, aspecto tan deplorable como el del mundo político. Así encontró á ambos mundos el año 1539; y mientras todos los pechos se exhalan en un grito uniforme protestando contra la obediencia; mientras revoluciona todos los corazones la ambición de riquezas, de gloria y de licencia; mientras la libertad del pensamiento esclaviza las aspiraciones del alma; mientras el infernal protestantismo se ceba en la pérdida de tantos millones de hombres para Dios; mientras las sombras de la impiedad y de la ignorancia amenazan envolverlo todo en la noche del crimen y del oscurantismo; el Señor que nunca falta á los suyos, dispuso que brillase un nuevo astro para la Iglesia católica, y á su resplandor se vió abierto un nuevo camino, el camino que conducía lejos del precipicio.

¿Podía ser de otra manera? Pues qué, el Señor que mandó á Sanson contra los filisteos, á David contra Goliath, á Josué

1. En efecto florecieron en aquel tiempo no pocos esclarecidos varones, lumbreras á un tiempo de virtud y ciencia. Entre los franciscanos Bernardino de Sena, Pedro Regalado, Juan de Capistrano, Didacio, Jaime de la Marcha, Jaime de Esclavonia, Pedro de Moliano, Angel de Clavasio, Tomás Bellacio, Juan de Dukla, Pacifico de Ceredano y Vicente d'Aquila; entre los dominicos Antonino de Florencia, Pedro de Palermo, Andres de Pescheria, Constante de Fabriano y Matteo Carrieri; entre los cartujos los cardenales Luis Alamani y Albergati; entre los agustinos Juan de Sahagun y Andres de Mòndola, Andres de Montreal etc.; entre los canónigos de S. Jorge Lorenzo Justiniano; Francisco de Paula fundador de los minimos; Jerónimo Emiliano fundador de los somascos; Cayetano Tineo fundador de los teatinos; Juan de Dios fundador de la órden de la caridad; Felipe Neri, Tomás de Villanueva, Pedro de Alcántara, Juana de Valois reina de Francia, Catalina de Bolonia de la órden de Santa Clara, Angela de Merici fundadora de las ursulinas, Catalina de Génova, Verónica de Milán, Teresa y Carlos Borromeo, todos Santos, Beatos ó Venerables contemporáneos, reconocidos por la Iglesia; constituyen una hermosa falange bastante á contrarestar el mal efecto que algunos pocos hubiesen podido causar.

contra Gabaon , á Jael contra Sisara y á Judit contra Holofernes ; el Señor que aun para el último dia guarda á Elías y Enoch contra el Antecristo ; ¿no habia de mandar contra Lutero y su progreso infernal á un hombre , á un poder que supiera atajar el paso de la abominable reforma , que prestára su apoyo al Vicario de Jesucristo infamemente combatido ?

De ningun modo : el hombre aparecióse ; el poder se constituyó ; la diabólica reforma tembló ante él , y respiró el Papa con libertad desde el momento en que vió á su lado una milicia fuerte que le prestaba su apoyo.—El Dios que suscita las tempestades , es el mismo que dice á las olas ¡hasta aquí !

— Antes de dar por concluido el cuadro de la situacion de Europa en la primera mitad del siglo xvi , es menester que digamos algo de la España , porque de esta gran nacion ha de salir el gran protagonista de esta historia.

Como hemos dicho antes , Carlos I se sentaba en su trono. Rey caballero y soldado , aunque aleman por su cuna , bien se conocia circulaba por sus venas sangre española ¹. El espíritu caballeresco ; este principio innato en el corazon de todo buen ibero , no podia cuadrar mejor al pueblo que debiese gobernar el nieto de Fernando el Católico. Fresca todavía la memoria de las hazañas llevadas á cabo en la reconquista contra los árabes ; palpitantes todavía los cadáveres de aquellos que en Villalar murieron por sacudir el yugo de los flamencos ; ebrios de las victorias conseguidas contra franceses y turcos ; los españoles conservaban todavía el espíritu guerrero que asombró al mundo durante setecientos años. Bajo el reinado de Carlos I no hubo menos estruendo de armas en España , que antes de tomar á Granada los Reyes Católicos. Con el acero en la mano se hicieron los políticos ; del ejército salieron los ingenios. Al español que no vestia el hábito de religioso , no habia porque preguntarle de su profesion ; era la de soldado.

1. Carlos V era hijo de D.^a Juana la loca , y nieto por parte de su madre de los Reyes Católicos D. Fernando y D.^a Isabel.

Costumbres , artes , libros , teatro , llevaban impreso este sello. La moda habia ya invadido el reino de Francisco I , cuando en España solo se pensaba en fabricar las mejores armaduras para entrar en combate. En Francia eran honrados los sabios , en España los buenos capitanes. El monarca francés componia versos , mientras el español trazaba planes de campaña. Francisco , para honrarles , representaba él propio las comedias de sus poetas , y Carlos para enaltecer á sus oficiales se alistaba como simple soldado en los tercios de D. Antonio de Leyva. —Quede pues sentado , porque mucho importa , que en España dominaba en todo el espíritu militar.

Empero , nadie puede negar , que á esta organizacion militar , á este espíritu caballeresco , debió España ser la primera nacion de Europa bajo el reinado de Carlos I. Entonces la diplomacia , esta guerra hecha con el pensamiento y con la pluma , que tan bien cuadró mas adelante á Felipe II , era cosa punto menos que desconocida y aun despreciada. Habia reyes políticos , el invicto gantés era otro de ellos ; pero toda la política acababa en los campos de batalla ; y si los monarcas hacian alguna vez uso de ella , no así sus súbditos , nobles ó pecheros , para quienes la mejor razon era la espada , y el mejor código la ordenanza ó la táctica.

Las familias de los grandes no se ocultaban al servicio de las armas para dedicarse al cultivo de las letras , ó para gozar los sibaríticos placeres de sus palacios. Las letras se habian refugiado en los claustros desde la invasion de los árabes ; y si bien habian aparecido algunos talentos é ingenios , cuasi siempre en las tiendas del ejército ó en los buques de la real armada , es indudable que pocos pertenecieron á la clase de señores feudales , en cuyas bibliotecas solo se encontraban los exagerados cuentos de caballería , con tal ó cual libro ascético ó historia de santos , que alternando leia por las noches el capellan á las mujeres de la casa. —Quede pues asimismo sentado , que los grandes señores del siglo XVI no conocian por lo regular mas educacion que la religiosa y la de las armas , y aun muy á me-

nudo el ejercicio de esta última hacia olvidar la práctica de la primera.

No obstante , de un español , de un caballero , de un soldado , quiso valerse el Señor para confundir á los enemigos de su Iglesia ; y de esta misma instruccion militar , secundando la inspiracion divina , se valdrá para reglamentar su nuevo ejército beligerante , si bien sus armas no fuesen de acero , ni sus campeones se encerráran tras de otros muros que los de su fe.

Era en 1521 ; era por aquel tiempo en que Francisco I aprovechándose de las sediciones que reinaban en Castilla , invadió la España ; y Andrés de Foix al frente de los franceses puso sitio y tomó á Pamplona. Entre aquellos españoles vencidos , que cuatro años despues tomaron tan soberbio desquite en Pavía , habia uno á quien Dios destinaba á mas altos fines. Rindió el último su espada , y la rindió para no empuñarla mas.

Este soldado , este caballero , este español era

—D. IGNACIO DE LOYOLA.

CAPÍTULO II.

D. IGNACIO DE LOYOLA.

En aquella parte de la Cantabria española, que hoy lleva el nombre de Guipúzcoa, se levantaba por los años 1491 un soberbio castillo perteneciente á D. Beltran, señor de Oñez y de Loyola, noble castellano, emparentado con las mas ilustres familias del reino, y esposo de D.^a Maria Saez de Valde, de no menos esclarecida cuna.—Siete hijos y tres hijas habian tenido de este matrimonio, cuando quiso el cielo concederles nuevo fruto, y vino al mundo en el castillo de Loyola el niño Ignacio, que cuarenta y nueve años mas tarde debia llamarse el P. Ignacio, en 1609 el beato Ignacio, y desde 1622 S. Ignacio de Loyola.

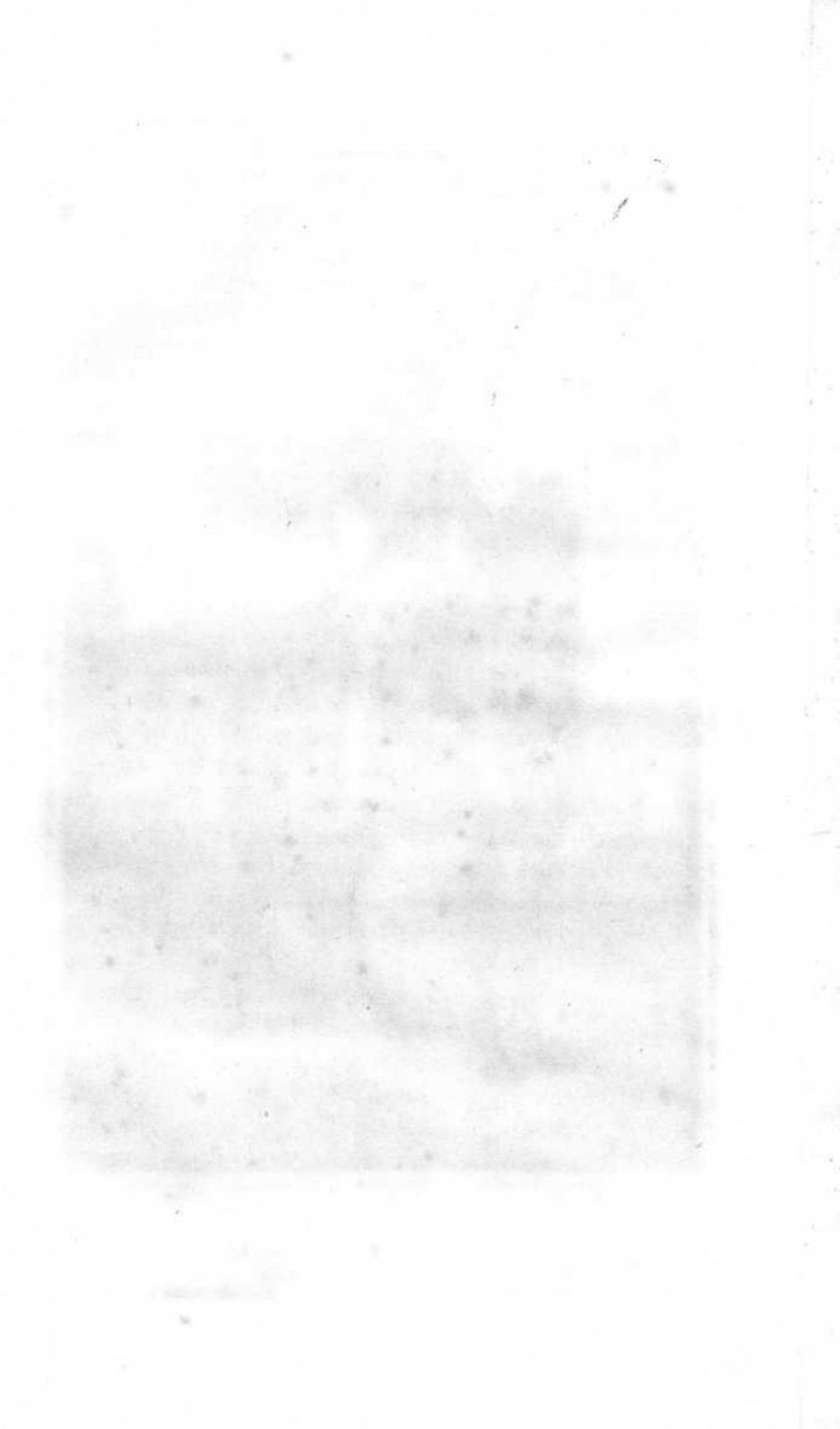
Nadie que hubiese conocido los principios de su vida le hubiera pronosticado semejante fin.—Pero qué ¿comenzó de mejor modo Magdalena? ¿Prometia llamarse S. Pablo apóstol, aquel Saulo, que camino de Damasco, corria valiente guerrero sobre fogoso corcel á esterminar á los cristianos?

La juventud de Ignacio, sin ser borrascosa, se resintió del influjo de su siglo. De apuesta figura, aire noble, genio elevado, sagaz talento y amante de gloria, parecióle á su padre el mas á propósito de entre sus hijos para mandarle á la corte. Sin instruccion ninguna, como era costumbre en su tiempo, y escudado con su nombre y cuna, partió de su casa y entró de paje al lado de D. Fernando. Poco tiempo tardó en captarse la voluntad del monarca, pero mas difícil fué que la corte



EL CAPITAN DE LOYOLA.

La palabra jesuita interesa mi corazón, mi espíritu, mi reconocimiento... Carello y Choiseul han destruido para siempre la mas hermosa obra de los hombres.
(*Asamblea, Botero de Europa.*)



captára la suya. Tenia noticias de que sus hermanos se distinguian en el ejército de Nápoles ; parecíale mejor el bullicio del campamento que el de la corte ; creyéndose mas á propósito para andar á cintarazos que para servir al rey en su palacio.

Antonio Manrique , duque de Najera , pariente de Ignacio y varon esforzado , mandaba el ejército de Cantabria. Bajo su enseña partió el paje , niño todavía ; y dentro de poco se acostumbraron las tropas á ver en él á uno de sus mas valientes y entendidos capitanes. En la toma de Najera particularmente , Ignacio de Loyola se atrajo la admiracion de todo el ejército. —Adquirió , empero , con la libertad de los campamentos , un carácter altanero y obstinado ; y con el trato de otros caballeros aquellas falsas ideas de honor , por las cuales se fia la conservacion de esta hermosa prenda , no á las nobles acciones del hombre honrado , sino á la punta de la espada del matón. — Ignacio era un buen soldado , pero no un buen cristiano.

Así pasaron dias y meses y años , hasta aquel tiempo en que , como hemos dicho antes , Andrés de Foix puso cerco á Pamplona. El virey salió de la ciudad en busca de socorro , y fió la defensa al capitán Loyola. —Este como á buen caballero y buen militar , cumplió dignamente tan noble encargo.

Empero tras muchos asaltos y noches en vela , comprendió el pueblo de Pamplona que era inútil toda resistencia , y abrió al francés las puertas. —Desapruébalo Ignacio : llevando la obediencia y el valor á un exagerado extremo , grita que la obligacion del soldado no es pelear hasta que pueda , sino hasta que caiga ; y resuelto á poner por obra lo mismo que dice , enciérrese con unos pocos en la ciudadela de aquella plaza. Allí no hay gente , ni municiones , ni pertrechos para sostenerse ; pero hay valor , hay decision , hay tenacidad y una palabra empeñada. Mas fuerte cuanto mayor es el peligro , el jóven Loyola desprecia la honrosa capitulacion con que le brindan los franceses.

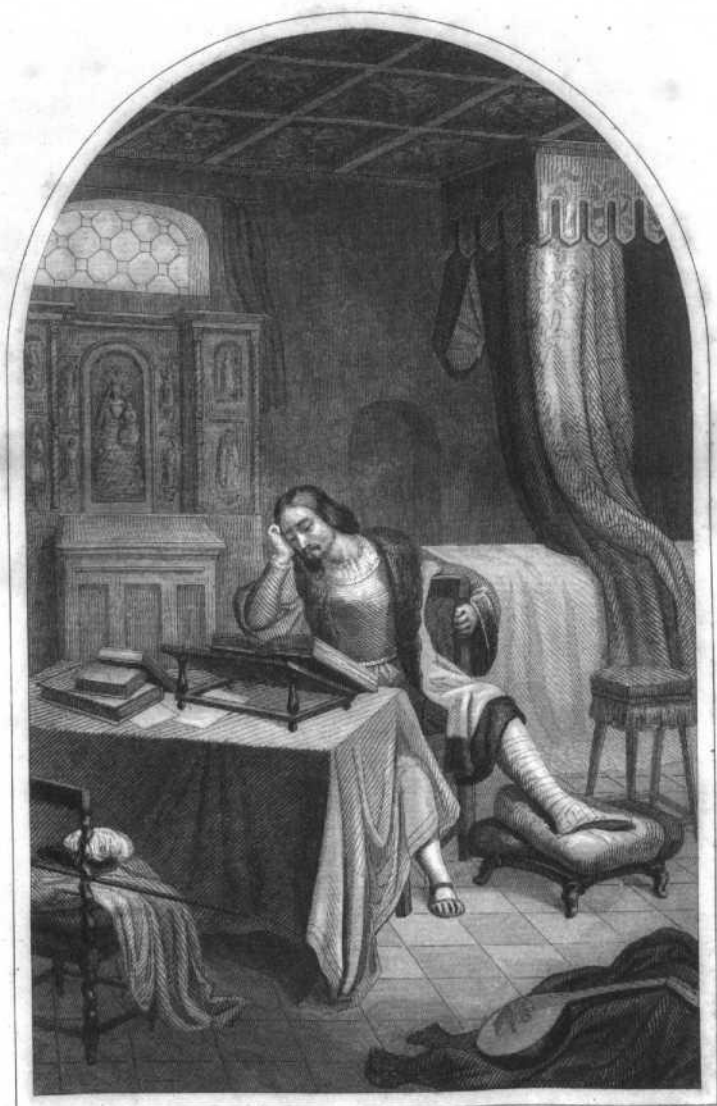
Llega la hora del combate : la espada de Ignacio brilla en todas partes y derriba cuantos enemigos se ponen á tiro de sus

golpes. La ciudadela se resistirá mientras él esté en pié. Pero ¿y si cae? ¡Funestos azares de las batallas! Loyola de repente cae como herido del rayo : un casco de piedra le ha herido en la pierna izquierda, y al mismo tiempo una bala de artillería le rompe la derecha. — Derribado el alma de la defensa, los franceses toman sin resistencia la ciudadela.

El primer cuidado del general francés fué informarse de quien era el valiente caballero que tan terriblemente se habia batido, ordenando al propio tiempo fuese tratado con todo el respeto y esmero que su estado y mérito requerian. Los cirujanos del ejército invasor practicaron la primera cura en las piernas de Ignacio. Verificada, el general francés quiso dar al capitán español una prueba de la grande estima en que le tenia, dejándole ir con toda libertad al castillo de Loyola, distante algunas leguas de Pamplona. — Allí debia dar Ignacio la mayor prueba de esta voluntad inflexible, de esta serenidad, de este valor que no le abandonó jamás.

Los cirujanos franceses habian estado poco felices en curar las heridas del capitán. Los médicos del castillo declararon que era indispensable practicar segunda operacion, á cuyo efecto tenia que ser nuevamente rota la pierna. El herido pasó por los dolores agudísimos de esta segunda operacion sin exhalar un solo suspiro, sin que en su fisonomia se trasluciese el menor síntoma de pena, como si el alma de aquel hombre extraordinario no se resintiera en lo mas mínimo de los tormentos del cuerpo.

No basta aun : arrancado á una muerte probable, se percibe de que uno de sus huesos ha quedado deforme por el lado de la rodilla. Ignacio no transige con la deformidad ; llama nuevamente á los médicos y manifiéstales como quiere que el hueso sea aserrado. La operacion será dolorosísima, peligrará nuevamente la vida del paciente ; pero este desprecia el dolor, lo ha dicho una vez, y el hueso es aserrado hasta la carne. El caballero no se quejó mas en esta operacion que en las otras : su inflexible voluntad era superior á todas las sensibi-



CONVALECENCIA DE IGNACIO DE LOYOLA.

Abre la historia, leo las acusaciones que se dirigen á los Jesuitas, busco las pruebas y lo único que encuentro es su plenísima rehabilitación.

(Lamennais, Reflexiones sobre el estado de la Iglesia.)

lidades.—Ha resuelto ser mas fuerte que el dolor, y lo será.

Hay mas : uno de sus muslos ha quedado mas corto que el otro, y el presumido caballero deja encajonarse en una máquina de hierro que le tira la pierna con violencia. Empero este nuevo suplicio que en nada le inmuta ni altera, no le privó de quedar cojo, como quedó toda su vida.

Concíbese fácilmente por lo dicho, que Ignacio de Loyola á los treinta años era ya el hombre fuerte por escelencia; que la energía andaba en él en poderoso nivel con la resistencia, y que con dificultad concebía un proyecto que desistiera de él por temor ó debilidad. Concíbese asimismo fácilmente que la parte moral dominaba por completo en Loyola á la parte física, y que si tan notables victorias alcanzó sobre el cuerpo, mas notables habian de ser aquellas en las cuales entrara únicamente como potencia y con entera libertad el espíritu.

La enfermedad de Ignacio habia sido terrible; la convalecencia por lo tanto habia de ser larga y enojosa. Sujeto en una silla é imposibilitado de salir fuera de su cuarto, en algo habia de discurrir para matar el tiempo, y pidió para ello algunos libros de caballería. El capitán Loyola tenia como buen noble, soldado y español, la cabeza llena de cuentos é historias fabulosas de caballeros andantes y hechos de armas, que serian admirables si ya la exageracion con que lo cuentan los autores, no tomara de su cargo el ridiculizarlos. Estos libros que tantas cabezas habian trastornado, y que tan bien criticó mas adelante el inmortal Cervantes, formaban, como de costumbre, la gran mayoría de los que contenia la biblioteca del castillo. Pero AQUEL que todo lo dispone segun sus altos designios, en vez del *Amadis* y del *Gaiferos* dispuso le trajeran la *Vida de Jesucristo* y la *Flor de los santos*. Leyóles Ignacio, asombráronle las vidas de los grandes héroes del cristianismo, y llegó á comprender que aun fuera de la guerra habia trofeos que conquistar y victorias que conseguir. Comparó las vidas de aquellos santos varones con la suya propia, y se asombró del cotejo. Por un momento vino á la imaginacion que el Dios por quien ha-

bian derramado su sangre tantos miles de hombres, el Dios por quien habian llegado al sublime de la virtud tantos millones de criaturas, era un poder, una fuerza, una grandeza, para la cual eran miseria, polvo, nada las mas altas grandezas de la tierra. Rasgóse el velo de su ceguera religiosa y abrió los ojos á la luz de su salvacion. Abarcó en un instante el pasado, avergónzóle el presente, estremecióle el porvenir, y tomó una resolucion suprema.

La Europa se hallaba en un período de trastorno: sosteníanse tantos principios políticos cuantos hombres eminentes habia para proclamarlos. Bajo cien distintas enseñas marchaban los ejércitos; todas las causas, justas ó injustas, encontraban paladines. Loyola tambien será paladin, solo que su espada se consagrará al sosten de mas altos principios, de mas noble empeño.—Para ello es necesario despojarse de la corteza humana, romper todos los lazos que unen al hombre con la sociedad.... No importa: su voluntad es mas inflexible que una barra de hierro. No le costará mas despojarse de la corteza humana, que á la serpiente de su seca piel.—En la corte de Castilla hay una señora á quien Ignacio ama: en el corazon de Ignacio ya no cabe mas amor que el de Dios. Quiere sufocar esta pasion y la sufoca.—En el ejército tiene un destino y un nombre que le auguran un brillante porvenir: Ignacio no ambiciona mas destino que el de servir á Dios. Quiere apagar la sed de gloria y la apaga.—Ignacio altanero es humilde, apuesto es andrajoso, rico es mendigo, noble se confunde con la mas baja plebe: no sabe todavía donde está fijamente lo que él desea, pero como Cristóbal Colon adivina un mundo y se lanza intrépido, confiando en la divina gracia, á tomar posesion de él.

La fe, solo la fe puede inspirar semejantes pensamientos y conceder el valor necesario para llevarlos á cabo. La fe en la ciencia hizo del genovés un sabio; la fe en Dios hizo de Loyola un santo.

—Tomada la resolucion de no servir á mas señor que al Dios

del cielo, poniéndose bajo la proteccion de su santísima Madre, viste por última vez sus armas y emprende caballero de la religion el camino de Cataluña. Su intencion es la de visitar la sagrada y milagrosa imágen de la Sma. Virgen de Monserrate, y en los pilares de su célebre santuario colgar la brillante espada, vencedora en tantos combates. Llega en efecto al monasterio, introdúcese en la iglesia, y por cumplir en todo con las leyes caballerescas, postulante de una nueva orden, pasa la noche velando las armas que de aquí en adelante deben servirle de defensa. Estas armas son el amor encendido de Dios, los votos de vivir y morir en su santo temor y servicio, y la ambicion de ser útil en algo á la santa causa que con tan ferviente celo abraza.

Ya caballero de Jesus y María, para nada necesita espada y daga, que cuelga en la capilla, como un mueble cuyo uso se ha perdido; así como cuelga el peregrino su bordon finido su viaje.

Allí queda una espada y con ella los recuerdos de ayer: en esta espada cifró Ignacio su glorioso porvenir durante muchos años; pero el porvenir de Ignacio ha cambiado totalmente y para llegar á él las armas de acero no le ayudarian mejor que las de palo.

Soldado ha colgado sus armas, caballero renuncia á sus lujos vestidos: el lujo no merece otra cosa que su desprecio; pero hay pobres mendigos que no tienen con que cubrir su desnudez, y Loyola regala á uno de ellos sus vestidos. Cubre sus carnes con un grosero saco, ciñeselo al cuerpo con una cuerda, y á pié, descalzo, con hambre y con sed emprende el camino de Manresa.

Desde este momento desaparece de la historia D. IGNACIO DE LOYOLA, para dar lugar á LOYOLA el penitente.

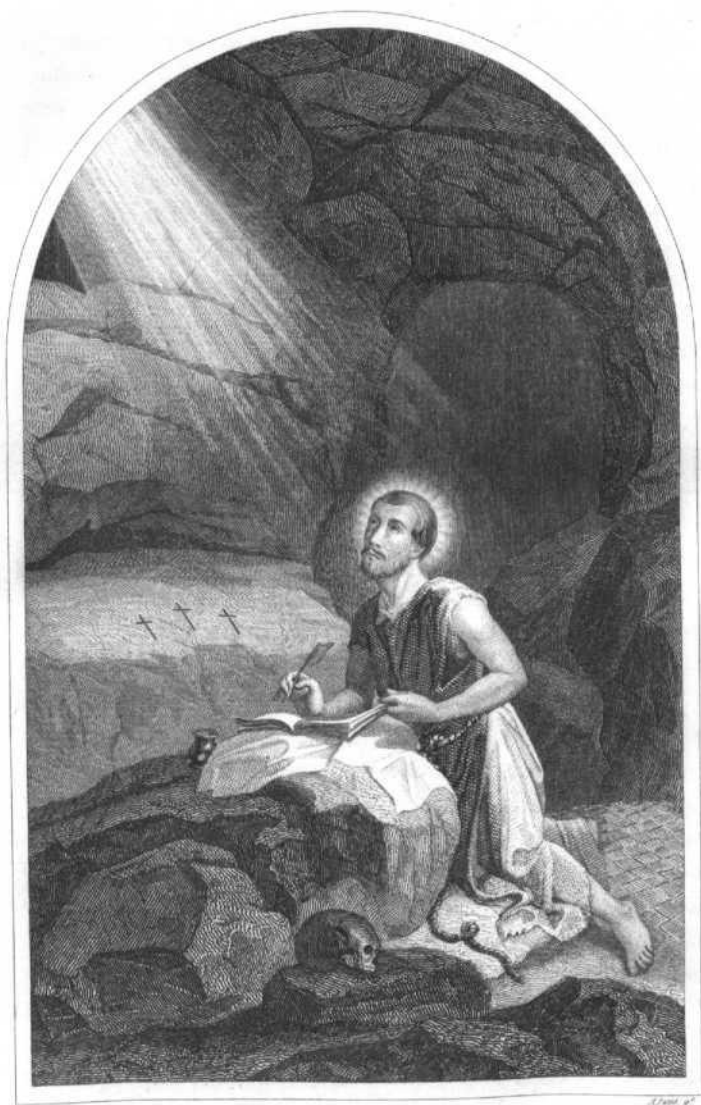
Era el dia de la Asuncion del año 1522. Ignacio rendido de fatiga va á llamar, indigente voluntario, á la puerta del hospital de Manresa. Él, el noble y gallardo mancebo, el famoso militar, cuya vida se habia deslizado entre la gloria y

las comodidades , llega á creer supérflua y aun regalada , la vida de un hospicio. Para mortificar el demonio de la carne , macera su cuerpo ; para castigar el demonio del orgullo , pide limosna ; para dominar el demonio de la impetuosidad y de la ira , busca que los hombres le mofen y los muchachos le insulten y apedreen.—Todo empero es poco para su fervor , y luego que sabe que el pueblo ha descubierto algo grande é ilustre bajo el tosco sayal del penitente, huye donde no puedan verle , honrarle ni socorrerle. Poco es un hospital para lo que desea ; busca y encuentra una cueva á seiscientos pasos de Manresa ; trepa por inaccesibles riscos , ensangriéntase con las malezas , llega hasta la cueva apetecida , y toma posesion de ella con mas satisfaccion que la toma el potentado de su nuevo y ostentoso palacio.

Allí acaba de purificar su alma ; allí , nuevo anacoreta del desierto , vive para mortificar su vida ; vive para amar á Dios , y no apetecer mas premio , segun se le oia decir , que amarle mas.—Quiso el Señor premiar tan ardiente celo , y Loyola experimentó los efectos de la divina gracia.

Su espíritu se robusteció en la soledad , reposó aquella aca-lorada imaginacion , consolidóse su natural talento , y fuéle revelada la ciencia de los santos.—Éstasis , visiones , aspiraciones , todo lo pasó el trasformado Loyola ; aunque estas visiones , estos éstasis , estas aspiraciones en que el alma arrobada se desprende del cuerpo mortal , como el opulento de un vestido andrajoso , no fueron otra cosa en Loyola , segun Boucher , que delirios de una imaginacion enferma ¹.—¡ Boucher ! escelente testimonio. Testimonio del hombre , que ni aun pudo decir de donde tomó tan absurda idea ; testimonio del autor , que sin mas autoridad en apoyo que la suya propia , se atreve á suponer , mas que á suponer , á afirmar , que S. Ignacio mintió sus éstasis sobrenaturales para reforzarse en el concepto de profeta de Dios ; testimonio del mal escritor , del escritor sin

1. Retrato al daguerreotipo de los Jesuitas , pag. 16.



Thompson del.

Alago del.

YGNACIO EN MANRESA

El libro de los Ejercicios espirituales ha convertido más almas que letras contiene.

(S. Juan de Sales)

fe, ni crédito ni religion, que tiene la osadía de comparar en lo farsante al ínclito Loyola con Mahoma ¹....

Nosotros no podemos echar en cara ni á Boucher ni á la Francia, á un autor protestante sin crítica y á una nacion en que se tolera la libertad de cultos, que semejantes desatinos se escriban, se impriman y se lean; pero sí podemos decir al autor del *Retrato al daguerreotipo de los Jesuitas*, á quien hacemos el honor de creer respetuoso á la religion católica y á las leyes de sana crítica, que antes de consignar una idea, una frase de la cual pudiera colegirse ser delirio, superchería, mentira, lo que la Iglesia ha reconocido como virtud y favor del cielo á un hombre venerado en los altares; debe estarse muy seguro de lo que se dice, y muy dispuesto á probarlo, no con la aislada cita de un Adolfo Boucher ú otro cualquiera de su calibre. Lo contrario no es escribir; es calumniar.

Para contestar de una vez á los que como Boucher suponen delirante la imaginacion de Ignacio en la cueva de Manresa, no diremos mas sino que en ella concibió y compuso sus admirables *Ejercicios espirituales*, obra que en sentir de S. Francisco de Sales ha convertido mas pecadores que letras contiene.—El que se ha atrevido á reproducir, tomándolo de donde quiera, que deliraba la cabeza de Ignacio, ¿ha leído alguna vez este libro? Seguros estamos de la negativa: nosotros que lo hemos leído y meditado muchas veces; nosotros que á nuestra conviccion unimos la opinion de hombres eminentísimos ², no vacilamos en afirmar, que una cabeza enferma, una cabeza delirante, no pudiera haberlo escrito; mas aun, que no lo hubiera escrito el mismo Loyola, ignorante á la sazón de las bellas letras, si como dijeron los oidores de la Rota en el acta de la canonizacion del Santo, no le hubieran sobrevenido de un modo sobrenatural la inteligencia y la luz que en ella

1. Historia pintoresca de los Jesuitas, por A. Boucher, pág. 22.

2. Citaremos entre ellos á Jouvency, Paulo III, Benedicto XIV, el cardenal Contarini, el doctor Ortíz, otros varios, y aun al famoso protestante Ranke.

resplandecen.—Mas, qué mucho... Quizás Adolfo Boucher y los suyos hayan leído los *Ejercicios espirituales* en el falsificado testo ¡falsificado! lo repetimos, y hasta el mismo D'Alambert lo reconoció en una carta á Voltaire, que para mejor alcanzar su estincion circularon los enemigos de los Jesuitas.—Ni qué es de estrañar llamen loco é impostor al autor de los *Ejercicios espirituales*, aquellos mismos que han calificado de *libro terrible, que solo contiene ideas de venganza, desprecio, muerte y desesperacion, á la IMITACION DE JESUCRISTO*; este libro que Fontenelle califica del mas bello que ha salido de manos de los hombres; que tradujo en verso el gran Corneille, que entusiasmó á Lamennais y dilató en la cárcel el afligido corazon de La Harpe el filósofo...

Y en tanto mas no podemos consentir que se suponga débil, enferma, ni menos perdida la razon de Ignacio en la cueva, en cuanto es indudable que allí le acudió el primer pensamiento de formar un ejército, cuyo jefe fuera el mismo Jesucristo, la divisa AD MAJOREM DEI GLORIAM, y la conquista, la salvacion de los hombres.

Ya hemos dicho que la educacion de Ignacio y el espíritu de su alma ardiente era la milicia, hasta tanto que la penitencia le arrebató para siempre de los ejércitos españoles. La imágen de la Sociedad de Jesus la vió su fundador en una de las visiones que tuvo en la cueva, y se halla continuada en los *Ejercicios espirituales*; es á saber: JESUCRISTO REY, QUE CONVOCA Á SUS SÚBDITOS PARA CONDUCIRLOS AL COMBATE.

De tal modo es cierto que Ignacio concibió militarmente la organizacion de un cuerpo campeon del bien contra el monstruo defensor del mal, que en la semana segunda de dicha obra, se espresa en estos términos: «Me figuraré y pondré ante mis ojos á un hombre, que por eleccion de Dios está ocupando un trono, y á quien deben obediencia y respeto todos los príncipes y pueblos cristianos. Me figuraré escuchar á este rey, que dirigiéndose á sus soldados, les dice: Propón— gome someter á mi dominio todas las regiones de los infieles.

» Quien quiera seguirme , debe estar pronto á no tener otro
 » vestido ni otro alimento que los que posea yo mismo ; en una
 » palabra , vivirá en un todo como yo viva. Prepárese asimis-
 » mo á sufrir los mismos trabajos , á suportar las mismas vi-
 » giliias , á correr los mismos peligros que yo corra. Así tienen-
 » do parte en mi victoria , gozará de mi gloria y felicidad , en la
 » misma proporcion en que se haya distinguido por su celo y
 » valor.» Luego añade : « El primer paso es considerar históri-
 » camente á Jesucristo de una parte y á Lucifer de otra , lla-
 » mando entrambos á los hombres é invitándoles á que vengan
 » á alistarse bajo sus respectivas banderas.»

Dos cosas se infieren de estas líneas ; primera , que la educa-
 cion recibida influa no poco en el modo de pensar de Ignacio ,
 y en la forma en que se le ofrecian los objetos á la imagina-
 cion : observacion que no debe perderse de vista , y que mas
 adelante tendremos ocasion de esplayar. Segundo , que desde
 el momento en que escribió Loyola aquellas frases , ya no se
 ocupó mas que en la realizacion de lo que él tan claramente
 concebía , y por consiguiente ya se presenta con distinto carác-
 ter ante el biógrafo.

Ignacio de Loyola , sin que por esto deje de ser el penitente ,
 debe ya ser estudiado como á fundador.

CAPÍTULO III.

LOYOLA EL FUNDADOR.

IGNACIO ha concebido ya la idea de que debia dedicarse á la salvacion de los hombres , contrarestando el influjo de aquellos , que empleaban en su perdicion todos sus esfuerzos. Ha probado ya en sí propio y en los estraños la eficacia de los *Ejercicios espirituales*. Se siente con vocacion de apóstol y parte para la Tierra Santa.—Allí, en aquel suelo que regará la sangre de Jesucristo ; en aquellos países en que el divino Maestro sembrára su salvadora semilla ; bajo aquel sol que alumbró la muerte del Redentor ; á la sombra de aquellos seculares árboles á cuyo pié se sentaron quizás los primeros discípulos del Salvador, Ignacio se sentirá animado de nueva perseverancia , abrasado mas y mas en fuego de divino amor.

Las Cruzadas , aquel hermoso episodio del siglo xi , se ofreció á su imaginacion. Vió tantos miles de hombres , dependientes de tantos reyes , partir bajo la enseña de la Cruz á conquistar el sepulcro de Jesucristo ; y vió mas tarde los restos de estos hombres volver en el siglo xiii , despues de haber abandonado á viva fuerza los Santos Lugares , de que les despojára la victoriosa espada del Soldan de Egipto. En aquel suelo que debiera ser el clásico de la Religion cristiana , léjos de ser así solo se encuentran mahometanos ó judíos : los pocos católicos que en él moran son víctimas de las mas brutales vejaciones.

¿Por qué Ignacio no ha de ir á predicar su fe ? ¿Por qué no ha de postrarse ante el augusto sepulcro de piedra en que Je-

sacerdote reposó por tres dias, y pedirle la ardiente inspiracion, la irresistible elocuencia, necesaria para su noble mision? ¿Por qué el general que dentro de poco habrá de partir al combate, no ha de tener la ambicion de besar la mano del Rey por quien entrará en batalla al dia siguiente?—Ignacio, hará todo esto. Fáltanle recursos, pero tiene fe: *la fe trasporta las montañas*; la fe trasportará un hombre desde Europa al Asia.

Sin apoyo, sin provisiones, sin socorro, si cae en aquellas ardientes arenas tantas veces mortales, empuña el bordon del peregrino, y apoyándose en él toma el camino de Venecia.— Venecia, la reina del Adriático, la de dias plácidos y noches tranquilas, la ciudad de las ilusiones y de la poesia, no le interesa mas que cualquiera de los cortijos pobres y tristes que ha dejado en su patria. Ignacio no va á Venecia, va á Jerusalem.— Hácese por fin á la vela desde la ciudad de los Dux, arriba á las suspiradas costas de Tierra Santa; y el 4 de setiembre de 1523, un hombre, en cuya fisonomía se traslucen á la vez sus padecimientos y su gozo interior, se postra de rodillas ante el Santo Sepulcro.

Este hombre era Ignacio de Loyola. Fiando en Dios, habíase decidido á atravesar el mundo, y Dios le condujo ileso al término de su peregrinacion. No bien llegado, empieza á predicar á aquellas gentes, pero le es negado el permiso para permanecer en Palestina, y vuelve á embarcarse con el sentimiento de no haber podido prestar servicio alguno á su santa causa.

En otro escollo debia tropezar asimismo. ¿Quién era Ignacio, qué ciencia era la suya, qué estudios poseia para entregarse debidamente al ministerio de la predicacion? Si creyó de su deber entrar en lucha con los enemigos de la fe, ¿con qué armas contaba para detener los tiros de la impiedad? A los sutiles, capciosos y fascinadores argumentos de la falsa filosofía, ¿qué argumentos opondrá Ignacio? Su educacion literaria ha sido descuidada como su educacion científica; posee la voluntad, pero fáltanle los medios.—Y esto, empero, es pre-

ciso luchar; es preciso oponer razones á sinrazones, y seguir á sus enemigos en todos terrenos; á sus enemigos que poseen el arte de disputar, que en el campo de la discusion han dado que hacer á varones muy eminentes.

Bueno: si esto es necesario, Ignacio lo intentará, y mas aun, con el éxito apetecido.—Durante la travesía de Palestina á Venecia, reconoce su insuficiencia; pero confortado por la divina gracia, no temerá entrar en combate con los enemigos de la fe.

Loyola contaba á la sazón treinta y tres años de edad. Un poco tarde era para empezar como un niño los primeros estudios; pero tarde ó no, estos son indispensables á la grande obra preparada por Ignacio, y con este objeto se dirige á Barcelona á principios del año 1524.

Ignacio, el orgulloso mancebo, el ilustre capitan, el galante caballero de la corte de Fernando, á la edad de treinta y tres años, despreciando el orgullo, la juventud, el mundo y el sarcasmo, se sienta como niño en los bancos de la escuela de latinidad, dirigida por Jerónimo Ardevalo.

Risa causaba á muchos ver á un hombre de edad entrada, y en apariencia mas anciano, segun las arrugas que surcáran su frente, y la debilidad de todo su cuerpo, rodeado de chiquillos y aprendiendo con ellos los primeros rudimentos de latinidad.—Sacrificio fué del amor propio, á bien que Ignacio lo sacrificará todo á su vocacion, y con la vista fija en un punto determinado, avanza continua y rectamente hácia él, sin hacer caso de lo que á su lado deja.—El latin se le hace indispensable á sus santos propósitos... Sabrá el latin porque quiere saberlo, y entre su voluntad y los medios de ejecucion no se interponen las mezquindades del mundo que desprecia, los temores del hombre que él no siente.

¿Descuidaba por esto Ignacio su salud espiritual ó la de sus hermanos? Nunca. El estudio era nada mas que otro de los caminos que conducian á su objeto principal; le quiso recorrer para llegar á él por todos lados; pero escolar durante algu-

nas horas, era modelo de virtud en las restantes del día, padre espiritual en todas, vencedor de sí mismo siempre. Por esto cuantos biógrafos se han ocupado de este esclarecido varón, en bien ó en mal, han admirado ante todo esta rara perseverancia, con cuya ayuda era imposible hacerle desmayar de las mas difíciles empresas. Ni la pobreza le hizo volver jamás la vista con sentimiento á las riquezas de su familia que habia abandonado, ni la persecucion le hizo cejar un paso en su camino. Su espíritu es superior á todo; su fé comunicativa, su palabra inspirada. En el árido terreno de la indiferencia ó criminalidad religiosa, siembra Ignacio amor divino, echa raíces el arrepentimiento, y brota para su satisfaccion y estímulo el árbol de la conversion.

Dos años vivió y cursó Loyola en Barcelona; despues pasó á Alcalá á estudiar la filosofia. Aquí es donde el autor del *Retrato al daguerrotipo de los Jesuitas* dice¹, que la Inquisicion mandó prenderle, le amenazó con sus martirios y sus hogueras, y le obligó á abandonar su traje y sus predicaciones.

De estas líneas, sentadas quizás con demasiada ligereza, podria tal vez deducirse que la conducta de Ignacio mereció la reprobacion de un tribunal eclesiástico; y tendria esta idea tanta mas apariencia de verdad, en cuanto el mismo que la ha vertido ha tenido buen cuidado ó buen descuido de no continuar el desenlace que para Ignacio tuvieron estas persecuciones. El lance, segun lo refieren Croisset, Ribadeneira y otros escritores respetables, sucedió de la siguiente manera. — Granjeósele á Loyola gran reputacion por la conversion de cierta persona de alta categoria, que era *lazo de la juventud*, á la cual se siguieron la de muchos cursantes de aquella universidad. Epoca la de Ignacio, que se resentia algun tanto de la de hierro y de ignorancia, acusáronle sus enemigos de hechicero y hereje. Delatado ante el tribunal de la Inquisicion, bri-

1. Pág. 16.

lló como el sol su inocencia ; y Loyola , como no podia menos de ser así , fué no tan solo absuelto de la acusacion , sino aplaudido por su fervoroso celo ; celo que por el bien de su misma causa debia mitigarse , por cuanto el esceso del mismo perjudicaba notablemente la salud del nuevo apóstol , cuya pérdida era demasiado sensible para no evitada. Así es que ordenáronle moderase sus rigores , no anduviese con los pies descalzos , y vistiera , en lugar del tosco saco con que cubria sus carnes , una sotana negra.

A esto , y nada mas que á esto , se reducen los martirios y hogueras con que se ha dicho fué amenazado el Santo ; ligera nube que empañó por un momento la luz de sus brillantes rayos , para que luego volvieran á alumbrar con mas fulgente resplandor. Lo repetimos : no hubo amenazas de martirios ; no hubo amenazas de hogueras ; no hubo interdicto de predicaciones... y si el autor que tal ha supuesto no está conforme con la esplicacion que á su cargo hemos dado , vea de exhibir en su apoyo los testos de algun hombre cuya reputacion esté tan bien sentada , como la de los que nosotros le hemos citado. — Contestado este cargo , vamos á hacer lo propio con otro del mismo autor en la misma obra , y que á decir verdad puede tanto mas impresionar , en cuanto el autor lo ha presentado como sin intencion. Tal es la enormidad del crimen , del horroroso crimen que astuta y embozadamente se atribuye á Ignacio. Digamos asimismo de paso , que la narracion que vamos á hacer , la ha encontrado el autor del *Retrato al daguerreotipo* , en la obra del desacreditado y calumniador Adolfo Boucher , cuya segunda edicion por lo visto se ha propuesto hacer. Y en tanto lo creemos así , en cuanto observamos en este pasaje , como en muchos otros , cuasi todos , que no contento con tomar el hecho , ha tomado asimismo las palabras. Dice Boucher haber tomado la historia de este lance de Ribadeneira , Maffei y Bouhours , y el autor de la obra á que contestamos , para separarse en algo del original que transcribe , dice haberlo tomado de Bouhours , Maffei y Ribadeneira. Nosotros desde

ahora le aseguramos, que no pudo tener ninguno de los tres autores á la vista, pues á ser de otro modo, imposible fuera que se continuára una relacion tan contraria á la verdad. Veamos sino como refiere el hecho el autor del *Retrato al daguerreotipo*, y luego veremos como lo refiere á su vez Ribadeneira; otro de los tres por él citado. El P. Bouhours refiere el hecho cuasi en las mismas palabras que Ribadeneira; y el P. Maffei nada de él dice.—*Tomaremos*, dice, *de la biografía del P. Bouhours, Maffei y Ribadeneira un episodio, que cuando menos prueba la fuerza de carácter y voluntad de hierro de que estaba dotado Ignacio*¹. Citamos testuales estas palabras, porque luego llamaremos la atención sobre ellas. El lance en extracto viene á ser el siguiente:

«Concluida una partida de pelota entre varios caballeros, salió la conversacion sobre los *tunantes del saco* (S. Ignacio y sus discípulos), que en sentir de los jugadores levantaban de cascos á los crédulos y ponian enfermos á los *fanatizados*. Y habiendo contestado un lindo jóven de diez y ocho años, que por nota se sabe ser S. Francisco de Borja (á la sazón esté santo tendria quince años, pues nació en 1510): — Pero ese hombre (Loyola) dicen que es un santo. — Replicóle un tal D. Lope de Mendoza: — Por Cristo, señor duque de Gandía, que haceis mal en llamar santo á ese vil hereje, que debiera ya estarse achicharrando en las parrillas de la Inquisicion. Quemado muera yo, si ese hombre no merece la hoguera. — Así sea, hermano mio! ¡Dios te oiga y nos juzgue....²!» exclamó un hombre que era S. Ignacio. Lo que sigue merece la pena de trasladarse íntegro.

«El mismo dia llegó de Alcalá la noticia del feliz natalicio de Felipe II. D. Lope de Mendoza trató de celebrar tan fausta nueva, disparando un castillo de fuego en el magnífico jardín de su casa, que dominaba la poblacion. El pueblo en masa

1. Retrato al daguerreotipo de los Jesuitas, pág. 16.

2. Id. pág. 17.

»acudió á disfrutar del espectáculo. Por una fatal casualidad,
 »ó por efecto de una malvada intencion¹, mientras D. Lope
 »activaba los preparativos de la fiesta, se inflamaron varias
 »piezas de pólvora, el incendio se propagó con la rapidez del
 »rayo, y en breve desapareció D. Lope entre un torbellino de
 »culebras de fuego y de la densa humareda que producian: en
 »medio de la confusion y clamoreo que eran consiguientes, se
 »oyó una voz atronadora que pronunció estas palabras:

«— Quemado muera yo, si ese hombre no merece la ho-
 »guera. Estas fueron tus espresiones de esta tarde, desgracia-
 »do D. Lope...! ¡Dios no las ha querido olvidar, como yo las
 »habia olvidado...! ¡Hermanos míos, roguemos á Dios por el
 »alma de este hombre!

» Una ráfaga de viento disipó la humareda, y el pueblo ató-
 »nito pudo ver en el terraplen del jardin un cadáver calcina-
 »do: era el de D. Lope de Mendoza. Varios hombres cubiertos
 »con una negra capa y un gran sombrero, estaban de rodillas
 »junto al cadáver: eran Ignacio y sus discípulos.

» Nos abstendremos de hacer acerca de este suceso el menor
 »comentario. El discreto lector lea y juzgue.

» Al poco tiempo, Ignacio de Loyola abandonó la España. »

Aquí acaba el capítulo, y aquí decimos ahora nosotros, que semejante hecho es inexacto, es falso, es calumnioso!!! y llamamos altamente la atencion sobre él, porque de él se desprende la idea de un crimen, de un crimen perpetrado por un hombre venerado en los altares.....

Hemos dicho que el hecho es falso, y vamos á probarlo. Se ha citado la autoridad de Ribadeneira en comprobacion del aserto, y Ribadeneira, en la vida de S. Ignacio, continuada en la página 315 de su *Flos sanctorum*, dice ni mas ni menos de lo que nosotros vamos á transcribir:

«Echase de ver, cuán á su cargo tomaba Dios las injurias
 »de este grande siervo suyo, por lo que sucedió en Alcalá, que

1. Retrato al daguerreotipo de los Jesuitas, pág. 17.

»llegando á pedir limosna á un caballero, para hacer un vestido á S. Ignacio, por haberle mandado el vicario que anduviese como los demás; el caballero volviéndose al Santo, dijo : *» Quemado muera yo, si este no merece ser quemado. Cosa maravillosa !* Aquel dia se pegó fuego en su casa, y murió quemado.»

No dice más Ribadeneira ; y á fe que á no ser por las palabras : *Quemado muera yo*, que son iguales, hubiésemos dudado de que el lance fuera el mismo. Tan poca semejanza encontramos entre el uno y el otro. Damos pues de falso el hecho, y pasamos á decir porque es calumnioso.

Desde luego se desprende del simple extracto del hecho, que D. Lope de Mendoza murió de muerte violenta, que así, dice el autor que impugnamos, pudo ser efecto de una fatal casualidad como de una *malvada intencion*. Aquella misma mañana, Ignacio de Loyola, cuando Mendoza habló de morir quemado contestóle : *Dios te oiga*, y este hecho prueba cuando menos, según el autor del *Retrato al daguerreotipo*, la fuerza de carácter y voluntad de hierro del fundador. El narrador se abstiene de hacer todo comentario, pero deja que el discreto lector lea y juzgue ; y añade que al poco tiempo Ignacio de Loyola abandonó la España. La verdad ; de esto á dejar entender que el ex-soldado tenia una gran parte en esta catástrofe, hay bien poca distancia, y aun diremos que en el siglo XIX, Ignacio de Loyola hubiera obrado muy prudentemente en abandonar la España, porque atendidas las circunstancias que mediaron, según el citado autor, es indudable que los magistrados de justicia hubieran tenido que habérselas con el *tunante del sacco*.

Y bien, decimos ahora, ¿de cuando acá es permitido al escritor adulterar los hechos hasta este punto ? ¿De cuando acá se permite en justa crítica arrojar torpemente una mancha impura en el cuadro de la vida de un hombre, de un apóstol, de un santo ? ¿De cuando acá consiente la sana razón, que así se abuse del nombre de autores respetables, para escudar la re-

lacion de calumniosos hechos, que nunca contaron, y que desmentirian si pudieran, como nosotros en su nombre y con sus obras en la mano lo desmentimos? ¿De cuando acá es lícito dejar entrever á un criminal, á un asesino — ¡horror causa el decirlo! — en uno de los santos mas venerables de la celestial milicia?

Y si tal no era la opinion del autor del *Retrato al daguerreotipo* ¿á qué continuar un hecho, que solo en la desacreditada obra del impostor Adolfo Boucher veia enarrado? Y si el calumniador Boucher se apoyaba en Bouhours, Maffei y Ribadeneira, ¿á qué no leer estos autores antes de hacerles responsables de tamaña injuria? Y si los ha leído, ¿á qué hacerles decir lo que nunca han dicho; á qué contar fábulas que nunca han soñado; á qué inventar lances que nunca han descrito; á qué no desmentir al petulante Adolfo Boucher en lo que, como hemos dicho antes, era falso, inexacto, calumnioso?

Ultimamente, es indudable que del hecho en cuestion se desprende la idea de un crimen, y que del modo de relacionarlo pudiera atribuirse su perpetracion á Loyola. O el autor del *Retrato al daguerreotipo* abrigaba esta idea, ó no. Si lo primero, que se nos resiste el creerlo, nosotros hemos probado que el hecho era tan falso como calumnioso. Si lo segundo, ó no debia continuarlo, ó de hacerlo, debia ser de modo que no dejara lugar á la interpretacion de la malicia. De todos modos la falta ha sido cometida, y su autor no puede evitar, cuando menos, la nota de *ligero*, bien poco honrosa para un escritor de historia.—Sigamos ahora el interrumpido hilo de los hechos.

Sediento Ignacio de instruccion; de esta instruccion que le era necesaria para realizar el vasto plan que concibiera; de esta instruccion que se le hacia indispensable para batir á los enemigos con armas iguales, abandona la universidad de Alcalá y entra á estudiar en la de Salamanca. Permanece en ella hasta principios de 1528, y luego, para perfeccionar sus estudios, parte para París. Esta corte le ponía en contacto con

los primeros hombres del siglo, cuyas palabras, en unos rebosando fe, en otros impiedad, debía recoger Ignacio, para acudir al combate de estos y á la defensa de aquellos. Allí debía oír las lecciones de historia dadas por Buchanan, el funesto reformista, cuya parcialidad ha hecho que los modernos despreciaran sus obras; allí debía adquirir nociones de justicia en la cátedra del célebre jurisconsulto portugués Gonvea; allí debía ensanchar sus conocimientos teológicos asistiendo á las esplicaciones de Latomus, este profundo talento que pulverizó á Lutero; allí debía perfeccionarse en el latin oyendo á Budé, el sabio helenista que determinó á Francisco I á que fundara el colegio de Francia; allí debía aprender el griego con Pedro Danés, el embajador por Francisco I en el concilio de Trento; allí debía iniciarse en la lengua árabe con oír á Lascaris, el fundador de la biblioteca de Fontainebleau; allí en fin, en idiomas y en filosofía, debía encontrar al P. La Ramée, uno de los primeros hombres que en Europa se atrevieron á herir el edificio de la Dialéctica aristotélica.

Y no tan solo aprendió Ignacio en París la ciencia de los libros y de las esplicaciones de los sabios, sino aquella que solo se lee en la inmensa obra llamada el mundo, de la cual cada hombre es una idea y cada sociedad un capítulo. En París, en esta Babilonia del siglo XVI; en esta universidad, palenque de todos los principios; en este caos en que pueblo y reyes, y sabios y santos y herejes sembraban en confusa amalgama libertad, leyes, ciencia, fe é impiedad; en este festin universal, en donde tantos en número como Baltasar provocaban la ira del Señor, mientras tan pocos como Daniel preveían la sentencia de destruccion; Ignacio de Loyola debía ratificarse mas en la necesidad de dar forma, movimiento, vida, regla y armas al ejército que en su corazon y en su mente veía entrar en combate. El maestro pues debía buscar discípulos, el general reclutar soldados. Otro que nuestro fundador hubiese desmayado ante lo gigantesco de la empresa. Ignacio, empero, no era hombre para temblar ante ningun obstáculo. Para la fe y

la voluntad no hay cima que no pueda escalararse, ni profundidad que no pueda medirse. Estudiante escoge sus aliados entre sus mismos compañeros de estudios. Pedro Lefevre y Francisco Javier fueron los primeros. Aquel era saboyardo, de carácter dulce, sobresaliendo en él la piedad á la par con el talento. Francisco Javier era oriundo de Nayarra, y cursaba con brillo la filosofía en el colegio de Beauvais. Esto tenia lugar en 1528: Lefevre y Javier contaban apenas veinte y dos años.

A estos tres hombres unieronse luego Diego Laynez, natural de Sigüenza ó Almazan, jóven de veinte y tres años; Alonso Salmeron, de Toledo, que contaba á la sazón quince años; Nicolás Alonso, denominado Bobadilla, del pueblo de su naturaleza, y Simon Rodriguez de Avedo; españoles todos, pobres todos, virtuosos todos, y dispuestos todos á seguir el camino que Ignacio trazára. De los siete fundadores de la Compañía de Jesus, solo Lefevre no era español; solo Lefevre estaba revestido con el sagrado carácter sacerdotal.—¡Qué honor para España! seis hijos suyos fueron los primeros en plantear el árbol que tan ópimos frutos debía dar; el árbol cuya sombra provechosa para los amigos de la religion, debía ser mortal para la herejía; el árbol cuyas frondosas ramas debian primero estenderse á una sola nacion, luego á una parte del mundo, mas tarde al universo entero. El árbol que plantado por la fe debía aclimatarsé en todos los países, así bajo el fuego de los trópicos, como bajo el pálido sol de la Siberia; así en las nunca escaladas montañas de las Indias, como en las llanuras sin término del Asia. Seis españoles debian echar los cimientos del edificio colosal, del edificio de la predicacion, de las misiones, de las luchas, de las penalidades, de los martirios. Como Pedro se colocó á la cabeza de los apóstoles, Ignacio se encargó de dirigir á estos hombres, que algunos años despues, siguiendo las huellas de los santos individuos del primer apostolado, debian repartirse el mundo; debian esparramarse por toda la faz de la tierra á predicar la doctrina de AQUEL que dijo: «Id y estended mi fe por todo el ámbito del orbe.» Cuando

no hubiera para inmortalizar á España, ya no héroes sino ejércitos de ellos en todos sentidos y en todos terrenos, los seis hombres que hemos citado serian bastantes á adquirirla con la historia del pasado, un glorioso nombre para el porvenir.

No era bastante á la grandeza de nuestra nacion haber conquistado un mundo con las armas; debia conquistar por la fe una civilizacion para este mundo. Lo que no podian hacer Colon, Magallanes, Pizarro y Cortés, estos cuatro colosos, cuyos nombres murmuran todavía al estrellarse las olas del Atlántico, lo llevaron á cabo otros españoles, que así como aquellos rodeados de lanzas clavaron en sus playas desiertas el pendon de Castilla, estos sin mas armas que el Crucifijo, clavaron en medio de las tribus feroces el estandarte de la Cruz. ¡Honor, honor á España, patria del ínclito Ignacio, de Laynez, Salmerón, Javier, Bobadilla y Ayedo!

Ignacio de Loyola ya tiene quien le auxilie en su grande obra; es necesario por lo tanto comprometerse ante Dios para llevarla á efecto. Caballeros que instituian una nueva orden, debian prestar su juramento antes de poderse llamar tales; soldados de un nuevo ejército, debian ante todo saludar unánimes la misma bandera; paladines de una misma causa, debian antes uniformar sus movimientos en la próxima lucha; apóstoles de la única fe, debian consagrarse juntos al Señor, solicitando una bendicion en cambio de un sacrificio. — Era en 1534, y en 15 de agosto, festividad de la Asuncion de la Santisima Virgen.

CAPÍTULO IV.

LA PRIMERA PIEDRA.

Junto á París se eleva una montaña denominada Montmartre, ó monte del Mártir, á consecuencia de ser tradicion que en aquel sitio fué decapitado S. Dionisio. En esta montaña hay una capilla dedicada á la Santísima Virgen: en ella celebra la misa un sacerdote y seis jóvenes asisten al santo sacrificio. El celebrante es Pedro Lefevre; los asistentes Loyola, Javier, Laynez, Salmeron, Bobadilla y Rodriguez de Avedo. Estos siete hombres reunidos en una capilla subterránea, se habian preparado con la oracion y el ayuno para el solemne acto que iba á tener lugar.

No parece sino que el dedo de Dios habia señalado á Ignacio aquel sitio, que recordando el pasado de los antiguos defensores de la fe, enseñaba á los nuevos el porvenir que les esperaba. En aquel mismo sitio la ignorancia y la impiedad habian derramado la sangre de un confesor de la fe. ¡Cuanta no era la sangre que habian de derramar los hijos de los nuevos apóstoles! Aquel lugar recordaba, con la memoria de un mártir, la historia de las persecuciones de los hijos de la Iglesia. ¡Y qué persecuciones, qué calumnias, qué suplicios no habian de pasar los que en nombre de Jesus se iban á lanzar al combate contra la herejía y la ignorancia de la verdadera religion! Allí una Virgen Santísima, cuya principal festividad se celebra aquel dia, recibe culto de los fieles; y allí van á venerarla, á ofrecerle sus votos los que bajo su proteccion harán resonar las

toscas chozas de las feroces hordas salvajes, con las alabanzas de su dulcísimo nombre y entrañable amor de María..... Los ecos de Montmartre parecían decir á los siete jesuitas—esto he visto, esto os aguarda;—y los siete jesuitas al prestar inalterables sus juramentos, contestaban al simbólico lenguaje del monte—nada nos arredra, esto apetecemos, esto buscamos, esto deseamos de todo nuestro corazon.—

Pedro Lefevre distribuye á aquellos seis hombres el sagrado Pan de los ángeles, antes de prestar el juramento, no despues, como dice el autor del *Retrato al daguerreotipo* ¹; y concluida la misa siete hombres á una sola voz, á un solo movimiento, á un solo impulso, á una sola inspiracion, hacen el siguiente voto: Ir á Jerusalem acabados sus estudios, y dejar todas las cosas del mundo, con perpetua pobreza y castidad, para emplearse totalmente en ayudar á las almas; pero si dentro de un año no les fuese posible cumplir su promesa por falta de navegacion, ó una vez allá no les permitiesen quedar, hubiesen de volver á Roma y presentarse al sumo pontífice para que les emplease en el servicio de la Iglesia ².—Para esto se habian reunido aquellos siete hombres en Montmartre: pres-tado el juramento oraron y se retiraron.

El autor del *Retrato al daguerreotipo*, tomándolo por supuesto de la para él infalible autoridad del calumniador Boucher, se afana por pintarnos este cuadro con los mas lúgubres colores, y para que nada falte, hasta la voz de Ignacio es acompañada con música de truenos, con que el ángel de las tempestades sanciona las palabras del Santo ³. Esta sustitucion de la historia por la farsa trágico-cómica no mueve mas que á dos cosas, desprecio y risa. Para que en todo haya dado motivo de cogérsele en falso, el autor del *Retrato al daguerreotipo*, obra que mejor pudiera titularse: Copia al daguerreotipo del

1. Pág. 19.

2. Este es el juramento que en todos los autores encontramos pres-taron Ignacio y sus primeros discípulos.

3. Léase sino la descripcion que hace en la pag. 20.

libro de Adolfo Boucher, en menos testo que ocupa una página ha incurrido en una notabilísima contradicción. Este es el mal que ofrece el copiar servilmente y sin atención lo que otro escribe, que al poner el copiadore algo de su cosecha contradice las ideas del copiado. Adolfo Boucher, para quien los Santos no merecen mas respeto que los herejes, y que en su obra, lo mismo ha infamado y calumniado á Loyola y á Javier, que hubiera calumniado é infamado á S. Ambrosio y á S. Pedro y á todos los Santos, si S. Ambrosio y S. Pedro y todos los Santos del cielo hubiesen pertenecido á la Compañía de Jesus, dice en su desacreditada obra al hablar de la reunion en Montmartre: «Se ha dicho por algunos autores que un pacto terrible siguió al juramento que conocemos ya, y que ese nuevo pacto podria esplicarnos las catástrofes, desórdenes y sangrientas escenas que durante tres siglos han conmovido el universo.»

El autor del *Retrato al daguerreotipo* ha insertado *cándidamente* estas frases, y las ha dado publicidad haciéndolas propias ¹, porque sin duda ha creído que tan *magistrales* pinceladas no debían faltar en el cuadro del anti-jesuitismo. Pero lo que se nos hace sumamente extraño, es como mas abajo continúa de cosecha propia, que *al darla el ser* (á la Compañía de Jesus) *Ignacio no podía presumir que los que un dia se llamarían sus hijos, habían de escandalizar al mundo con sus desórdenes é impiedades* ². ¿Pues cómo no había de presumirlo si era otro, y sin duda el motor de aquellos que firmaron en la capilla de Montmartre el *pacto terrible que explica las catástrofes, desórdenes y sangrientas escenas que durante tres siglos han conmovido el universo*? El que forma pactos de esta naturaleza bien debe conocer su resultado, y siendo así no podía dejar de presumir el rumbo que seguirían sus hijos, cuando el pacto terrible era el timon de su nave. Dígasenos si esto es ó no es contradicción.

1. Retrato al daguerreotipo de los Jesuitas, pág. 19.

2. Id. pág. 20.

Vamos ahora á considerar esta cuestion bajo otro punto de vista. Siete hombres forman un pacto terrible, que explica las catástrofes, desórdenes y sangrientas escenas que han conmovido el universo durante tres siglos. Este pacto es un pacto criminal, y cada uno de sus factores criminal asimismo. Ningun letrado nos dirá lo contrario, ni magistrado alguno dejaría de sentenciar en este sentido.—Es así que entre estos siete factores están dos Santos, reconocidos por la Iglesia, venerados en los altares, Ignacio de Loyola y Francisco Javier; luego segun el autor del *Retrato al daguerreotipo*, Javier y Loyola son criminales; luego los que beatificaron á estos dos hombres, beatificaron á dos criminales; luego se venera al crimen en los altares.....

¿Y esto se imprime en Barcelona, y esto se lee? Vergüenza y horror nos causa.

Aquí, en la historia que tratamos de impugnar, sigue un cuadro de criminales y crímenes, cuyo mismo autor califica de sangriento y repugnante. Dice que quiere apartar su vista de él, y nosotros lo haremos porque él lo dice y lo hace, esperando como esperamos, que cuando el curso de los acontecimientos lo ordene, se detendrá en probarnos cada uno de los hechos consignados al principio de la página 21 de su obra. Nosotros se lo suplicamos; nosotros que ya que nos hemos visto en la necesidad de tomar el escarpelo que anatomiza el cadáver de la historia, no hemos de soltarle hasta tanto que no nos quede arteria que herir ni hueso que descarnar. Puesto que el autor del *Retrato al daguerreotipo* ha querido levantar una punta del sudario que cubre la historia de las naciones, nosotros nos le llevaremos de un tirón, y la verdad aparecerá desnuda y por entero. ¡Cuántas bajezas, cuántas intrigas, cuántas vilezas hemos de descubrir que hoy día yacen en el sepulcro de la ignorancia, cerrado por la losa de la mala fama pesada que las losas de mármol!

Sigamos mientras tanto á Ignacio y á sus seis hermanos! — Un voto de pobreza les ligaba: los que tenían bienes debían

despojarse de ellos. Javier, Salmeron y Laynez tienen que partir á España para arreglar este asunto ; pero en España es fácil que el cariño á la familia les escite á no romper sus vínculos ; en España es fácil que el amor á la patria haga difícil su renuncia ; en España es fácil que la vuelta á las comodidades haga imposible el sacrificio. Jóvenes todos, neófitos todos, ¿por qué no es de temer ? Júzgalo así Ignacio, y se encarga de partir á España por los tres. Sepáranse en efecto, y dentro de dos años, para el 25 de enero de 1537, se citan en Venecia.

El que partió galante caballero del castillo de Loyola, vestido de lujosas armas, brillando en sus ojos el fuego del ardor bélico y en su frente el terso sol de la mañana de la vida, vuelve al hogar paterno viejo sin años, pobre teniendo riquezas, humilde teniendo escudos, solo teniendo pajes, con un tosco hábito y fatigado pudiendo brillar entre las turbas de los cortesanos en los dorados salones. Este cuadro, del cual estaba tan distante, no hizo mella alguna en su alma grande. Hermanos, paisanos, amigos, sitios predilectos de su niñez, afecciones de su juventud, todo volvió á verlo, á recorrerlo, á encontrarlo. Todos eran lo mismo para él, pero él no era el mismo para los demás : la Providencia habia cambiado totalmente á este hombre. ¡Quién le hubiera visto atravesar el puente levadizo, alta la orgullosa cimera, haciendo temblar el suelo bajo los cascos de su caballo, al frente de sus victoriosos hombres de armas ; y lo viese pocos años despues llamar humildemente en la puerta como el mas infeliz peregrino, que solicita del magnate un lecho de paja en que pasar una noche ! Y ni aun esto queria Ignacio de lo suyo. En vano se esfuerza su hermano mayor para que se hospede en el paterno albergue ; Ignacio, pobre voluntario, ya no debe hospedarse sino en el albergue de los pobres : el hospicio de Azpeitia le recibe como á un mendigo cualquiera. No obstante, Ignacio es poseedor de una regular fortuna, y el que ha venido á España á renunciar los bienes de sus discípulos, no ha de conservar los propios. Los bienes de Loyola son repartidos entre los pobres : Ignacio

ya es mas pobre que todos ellos : ha cumplido la primera parte de su juramento. Mas aun : predica al pueblo que le escucha atónito, convierte á los mas incrédulos, funda la oracion de el *Angelus*, y bien pronto la fama de sus virtudes le mueve á huir de aquel punto para evitar la gloria que en él le espera.

— A todo esto, tres nuevos discípulos se han agregado á los seis antiguos. Los tres habian probado su vocacion; los tres eran útiles por sus talentos; los tres eran dignos por su virtud. Claudio Le-Jay, el escritor eclesiástico, natural de las cercanías de Génova; Juan Codure, de Embrun, y Pasquier Brouet, de Bretancourt. — Se acercaba el dia de la cita señalado por Ignacio, y el 8 de enero salieron á pié de París y á pié llegaron poco tiempo despues á Venecia, donde Ignacio les aguardaba. La escena de la reunion de estos diez hombres, la pinta el autor del *Retrato al daguerreotipo* con los mismos tétricos colores que la del voto en Montmartre; y para que nada falte hasta nos describe el fisico de S. Ignacio, cuyos ojos eran los del ave de rapiña (escandaloso es que esto se permita publicar en Barcelona), cuyo reconocimiento frenológico hubiese dado por resultado, que este hombre se hubiera dejado clavar en cruz, con tal que esta cruz estuviese suficientemente elevada y tuviese por pedestal la cabeza de un pueblo; y finalmente, que su aspecto tenia una cosa que hacia se santiguáran y alejáran de él cuantos en él reparaban ¹. Por de contado que estas señas y otra, que es la elevada figura de Ignacio, las posee el autor del *Retrato al daguerreotipo* de haberlas encontrado en el desacreditado libro del citado Adolfo Boucher, que como creó á su manera la parte moral, creó tambien la parte fisica de Loyola.

Tambien por esta vez tenemos el sentimiento de oponernos á Boucher, y á su eco, á su espejo, el autor del *Retrato al daguerreotipo*. En un libro, escrito en latin é impreso en 1585, obra considerada como clásica en su género, su autor Pedro

1. *Retrato al daguerreotipo de los Jesuitas*, pág. 22.

Maffei, que nació en Bérgamo en 1535, y que por lo tanto pudo conocer personalmente á Loyola, que murió en 1556, encontramos las siguientes señas del santo fundador: «Fué de estatura *pequeña*; presencia *agradable* y llena de dignidad; color entre blanco y moreno; frente ancha y despejada; mirada viva; nariz larga y aguileña; que en sentir de los fisionomistas revela prudencia.»—Nos ha parecido oportuno trasladar aquí estas señas, para que se vea que el que en vez de escribir historia forja novelas, concibe á veces los personajes muy distantes de la realidad. *Un hombre tenebroso, terrible, como Loyola*, es de mucho mejor efecto decir que fué alto de talla que no de baja estatura. Ya se ve, ¿quién no se figura á Atila ó á Barbaroja tres palmos mas altos que las personas regulares?... ¿A quién se le ocurriría, sino á la naturaleza, la idea de que el corazon de Alejandro Magno pudiera caber en un cuerpo pequeño?

De nuevo volvian á hallarse reunidos los primeros jesuitas; pero ya no como antes son estudiantes oscuros, cuyo paso no deja huella, cuyo nombre no resuena con glorioso murmullo en oído alguno, cuyo pasado no se pregunta, cuyo presente á nadie interesa, cuyo porvenir á nadie alarma. Ignacio habia dejado un nombre en España, y sus compañeros con las victorias alcanzadas sobre el protestantismo por su invulnerable lógica, habian conmovido muchos corazones en Francia, Alemania é Italia. La fama de los nuevos predicadores empezaba á estenderse por el mundo. Como el agua que brota de una peña, primero es fuente, luego salto, despues torrente, mas tarde es rio, y por último es mar; así lo que como primeras gotas brotaron del pensamiento de Ignacio, empezaban ya como manantial fecundo á recorrer y fertilizar el mundo de las ideas. Todo consistia en saber aprovechar y dar direccion á los raudales.

Cumplida la primera parte de su voto, faltaba todavía la peregrinacion á la Tierra Santa. Antes de partir, los amigos de Ignacio quisieron ir á recibir la bendicion de Paulo III; Ig-

nacio juzgó oportuno quedarse en Venecia. Partieron pues los nueve discípulos, y presentados al sumo pontífice por Pedro Ortiz, diputado de Carlos V, Paulo III conociendo la virtud de aquellos hombres y la utilidad que de sus trabajos apostólicos debía reportar la Iglesia, concedióles licencia para ordenarse de sacerdotes.—El día 24 de junio de 1537, Ignacio y sus ocho discípulos recibieron pues el sagrado orden del presbiterado en Venecia por el Ilmo. Sr. Obispo de Arbe.

Otro de los votos hechos en Montmartre era el de ir en romería á Jerusalem; empero concertada ya la liga entre la Santa Sede, Carlos V y la república de Venecia contra el turco, la política y la guerra levantaron una alta muralla entre los jesuitas peregrinos y el santo sepulcro de Jerusalem. La palabra que debía caer en la Tierra Santa, la benéfica semilla que debía sembrarse en Asia, fué sembrada por los jesuitas en Vicenza, Monsalicio, Treviso, Bassano y Verona. Cumplida del mejor modo que su celo les dictó la primera parte del voto, y cortado el camino que conducia al Oriente, Roma llamó desde luego la atencion de Ignacio; Roma, en cuyo recinto habita el Vicario de Jesucristo, á quien los jesuitas han ofrecido sus servicios y prometido obediencia; Roma, la ciudad de los cé-sares y de los pontífices; Roma, la ciudad poseedora de cuanto mas grande tienen las artes, de cuanto mas sublime tiene la religion, despues de Jerusalem. Roma, la ciudad eterna, la ciudad ante cuyas puertas detuvo Atila la devastadora planta, va á recibir en su seno por primera vez á Ignacio de Loyola y á dos de los suyos. ¿Quién que en medio del bullicio y lujo de aquella capital hubiese visto entrar vestidos con un tosco sayal y fatigados á Ignacio, Lefevre y Laynez, preveyera que los que por las calles se confundian con los mendigos, habian de ser con el tiempo el mas robusto apoyo de la religion?

Esto tenia lugar en 1539; pero para seguir en su carrera al autor del *Retrato al daguerreotipo*, nos es forzoso retrogradar hasta últimos del 36 ó principios del 37, y penetrar en un rincón de un abovedado recinto en Venecia, donde Ignacio sentado

en una gruesa piedra, escribe ¹, lo que trasladado al papel son las constituciones de la Compañía de Jesus, las constituciones, cuya lectura hizo esclamar á Paulo III: «El dedo de Dios está aquí.» El autor del *Retrato al daguerreotipo* dice, que en la dificultad de encontrar una obra que le merezca entera fe para poder transcribir de ella las constituciones de la Compañía, *maxime* cuando partidarios y contrarios han procurado desfigurarlas segun los intereses de cada uno, se decide á tomarlas de una obra empezada á imprimir en 1768 y acabada de publicar en 1770. Para hacer ver en pocas palabras cuan indigno es el autor de este trabajo de ser tomado como fuente de verdad en tan delicada cuestion, y si el tal será ó no enemigo de la Compañía de Jesus, solo citaremos un párrafo de su obra. Dice así: «Sujetos al despotismo mas escesivo en sus casas, son » los jesuitas los mas viles promovedores de él en el Estado. Adul- » lan las pasiones de los poderosos; ponen restricciones menta- » les en los juramentos, etc. etc.» Y decimos nosotros ahora ¿reñe este autor las circunstancias de imparcialidad, para tomar de su obra un documento oficial, que segun confiesa el mismo autor del *Retrato al daguerreotipo* ha sido adulterado por los enemigos de la Compañía? Y no se nos arguya que este libro estaba impreso por el tipógrafo del rey y con las licencias necesarias; porque á esto contestaremos nosotros, que nada tiene de particular se consintiera la impresion de este libro en 1768, cuando en 2 de abril de 1767 habian sido espulsados los jesuitas por Carlos III ²; nada tiene de particular, repetimos, se consintiera y aun ordenára su circulacion en una época en que el anti-jesuitismo acababa de obtener tan gran triun-

1. Retrato al daguerreotipo de los Jesuitas, pág. 23 y 24.

2. Este príncipe era religioso y hábil, íntegro é ilustrado, pero impetuoso y tenaz. En Nápoles como en Madrid se habia mostrado siempre afecto á la Compañía de Jesus. Cuando el tirano Pombal trató de abogarla bajo el peso de sus inmundos folletos y torturas, el rey de España fué el primero en desmentir las calumnias oficiales de la corte de Lisboa, supeditada por Pombal. Si mas tarde cedió Carlos III á la espulsion de los jesuitas, á su tiempo veremos cómo y porqué.

fo; nada tiene de particular que semejante libro se tolerase por las autoridades cuarenta y seis años antes de la rehabilitacion y restauracion de la Compañía de Jesus por el rey Fernando VII.

Al mas imparcial dejamos decidir si este libro debe ó no merecerle fe; y por lo que toca al autor del *Retrato al daguerreotipo* diremos, que cuando se escribe de historia debe andarse con mucho tiento en escoger los documentos oficiales, y en particular un documento que en su sentir es «la espesa malla de la red en que Ignacio encerró el globo¹». Dirémosle tambien, que cuando se escribe sin tener mas autores á la vista que el desacreditado protestante Adolfo Boucher, y uno ó dos mas de su calaña, no es fácil dar con documentos auténticos; pero que si estos se buscan como deben ser buscados, se encuentran con poca dificultad. Y puesto que necesitaba un ejemplar oficial de las constituciones, nosotros en muy pocas líneas le contaremos una historia que probablemente él no sabe. El libro de las constituciones y declaraciones de la Compañía de Jesus, cuyo único autor es Ignacio de Loyola, nunca se publicó mientras vivió el Santo. Escrito todo de su mano en lengua española, fué traducido en latin por el P. Polanco, su secretario, con una fidelidad escrupulosa. La primera edicion data del año 1558, impresa en Roma bajo la inmediata inspeccion de los sumos pontífices y del Colegio romano. Esta es la historia, que como la hemos encontrado nosotros, podia haber encontrado el autor del *Retrato al daguerreotipo*, y que, como á nosotros, le hubiera traído á la mano la verdad apetecida.

La sesta clase de las seis en que se dividen los miembros de la Compañía, dice el autor de la obra de 1768, «es la de los *drohijados*, asociados ó jesuitas de ropa corta con carta de hermandad;» añadiendo en seguida, que «se asegura que esta clase es numerosa; que se halla incorporada en todos los estados de la sociedad civil, y disfrazada con todo género de trajes²». Si hemos de hablar con franqueza, esto de los je-

1. Retrato al daguerreotipo de los Jesuitas, pag. 24.

2. Id.

suitas de ropa corta, nos hizo mucha gracia cuando lo encontramos en el infame *Judio errante* del censurado Eugenio Sue, y aun creímos que aquella invencion del mercenario escritor francés quedaba bastante desacreditada, despues que metieron mano en ella los redactores del *Charivari*, que por cierto no serán jesuitas de ropa corta ni larga ¹. Pero ya que así no es; ya que esto hay quien cree ó aparenta creer, bueno será que digamos que tales prohijados, asociados ó jesuitas de ropa corta con carta de hermandad, ni los hemos encontrado nosotros, ni los ha encontrado nadie en las seis clases ó estados en que Ignacio dividió la Compañía, y que son: Novicios, hermanos temporales, escolares aprobados, coadjutores espirituales, profesos de tercer voto, y profesos de cuarto voto. El autor anónimo de la obra de 1768 ha suprimido de su propia autoridad los profesos de tercer voto, y en cambio nos ha reintegrado con los jesuitas de ropa corta. — Por lo que hemos estudiado de esta cuestion, creemos que los jesuitas de ropa corta son los mismos que soñó Pasquier, á quienes llamó jesuitas de la *pequeña observancia*. Para no entretenernos mas en una cuestion, cuando menos ridícula, citaremos las palabras con que contestó sobre este particular á la obra de Pasquier el célebre René de la Fon. Dice así: «La quinta falsedad que contiene esta obra es, que al hablar de la regla de los Jesuitas aborda la cuestion por donde le da la gana, concluyendo por asegurar que segun las constituciones, no sería difícil de encontrar una poblacion donde todos fueran jesuitas. Esta suposicion encierra tantas mentiras como palabras tiene. Mas de veinte años hace que analizo los actos de esta Compañía y leo detenidamente sus constituciones, sin que jamás haya oido hablar de esta division de la observancia en pequeña ó grande; ni he encontrado sobre este particular una palabra en ninguno de sus libros, ni menos en las bulas pontificias espedidas para la fundacion de los Jesuitas.» — Pasquier no replicó, y Bayle,

1. Esta obra se publicó en esta ciudad, en la tipografia de Oliveres.
— *Parodia del Judio errante.*

el célebre crítico Bayle, decia á propósito de este silencio en su *Diccionario histórico crítico*, artículo LOYOLA: «Pasquier ha dicho que la profesion de jesuita no escluye el matrimonio, y que un particular que se aliste en las filas jesuíticas, puede domiciliarse donde le acomode y vivir en casa aparte con una mujer. Pero Pasquier ha sido públicamente desmentido, y hasta el presente no veo que haya contestado al adversario que le trató de embustero y calumniador. Esto me mueve á creer que Pasquier ha reconocido su error.»

De la lectura que hemos hecho de estas constituciones deducimos la íntima convicción, de que su objeto era en efecto la *mayor gloria de Dios*, el medio la obediencia; obediencia ciega al Pontífice, obediencia ciega al general de la Compañía; pero no esta obediencia ciega del esclavo de Neron, que se deja conducir al suplicio, sin que le digan ni pregunte por qué; sino la obediencia hija de la convicción, de la razon madura, de la reflexion durante muchos años, de la verdad que se ha visto desnuda, y de la voluntad sin coaccion. Ignacio no hizo como aquellos jurisconsultos romanos, que escondieron las fórmulas legales para mantener su absolutismo en el foro: al contrario, mandó enseñar, comentariar, razonar sus constituciones á los novicios, para que al prestar sus votos supieran á qué y por qué se obligaban.

Tambien pregunta el autor de la obra de 1768 ¿si un jesuita es clérigo secular ó regular? y se contesta él mismo diciendo, que precisamente no es nada de esto ¹. Mucha ignorancia es esta, y si la calificacion de los pontífices es de algún peso para el autor del *Retrato al daguerreotipo*, diremos, que los jesuitas son clérigos regulares y muy regulares: al menos tales les llamaron todos los papas desde Paulo III hasta Clemente XIV.

Hemos dicho otra vez que de la educacion militar de Ignacio se resintieron todos los actos de su vida, y ahora añadire-

1. Retrato al daguerreotipo de los Jesuitas, pág. 25.

mos, que donde mas se conoció fué en las constituciones de la Compañía. Principio de accion fijó la obediencia, la obediencia primer elemento de la disciplina militar: pero como no ha faltado quien ha querido suponer, que de la reunion en una mano de tantos y de tan poderosos medios de accion como reunia el general de los Jesuitas, resulta indudablemente el dominio absoluto y despótico de un hombre sobre los demás, despotismo que si por *desgracia estuviere inclinado por genio ó por interés á mezclarse en los negocios políticos, qué daño no podria hacer* ¹! es de mucha utilidad que desvanecemos esta idea y probemos, que el general de la Compañía de Jesus reúne todos los medios de accion necesarios al desarrollo del plan vasto de Ignacio; pero que por las mismas constituciones está imposibilitado de salirse fuera del curso trazado, y mucho menos de erigirse en despota.

Veamos sino. Ignacio no quiso que el general de la Compañía abusara para sí del manejo de los tesoros de la Sociedad; así es que la primera precaucion que tomó fué referente á su alimento, vestido y gastos particulares. La Sociedad se halla con la facultad de aumentar ó disminuir el presupuesto de estos gastos, de modo que en tesoros no tiene mas el general que el último jesuita. En prueba de esto, tomamos de una obrita francesa titulada *Coup d'oeil*, cuyo autor enarra lo que habia visto, las siguientes líneas:

«Solo, solitario, casi siempre ocupado en escribir, el general de los Jesuitas, ni aun tiene lumbre en su cuarto en invierno; y en los mayores frios apenas templá su antecámara
 »un brasero; algunas sillas viejas, algunos libros piadosos,
 »unas estampas, tal cual cuadro, son todos sus muebles; un
 »gabinete para trabajar, un oratorio para decir misa, son todas sus salas: cuando va á la audiencia del Papa, ó á visitar
 »algunos cardenales, es menester que algun noble romano le
 »preste el coche: una silla de dos asientos está de reserva para

1. Retrato al daguerreotipo de los Jesuitas, pág. 27.

»la casa de campo de Castelgandolfo: este es todo su equipaje. El primer asiento en el refectorio es la única dignidad que goza. No tiene ni fondos, ni renta, ni mesa particular, ni pension anual: es verdad que no tiene criados que pagar, ni casa que mantener, ni otro gasto que hacer. Dos hermanos coadjutores para servirle, cuatro secretarios para responder á las cartas, un asistente de cada nacion para ayudarle con sus consejos, un Monitor que es testigo de su conducta y vela sobre todos sus pasos, es toda su corte y su cortejo. No tiene otra distincion, otro aparato, otra consideracion, que la que le aseguran en su orden el respeto á su autoridad, el amor á su persona y la veneracion á sus virtudes.»

La segunda precaucion que tuvo Ignacio fué relativa á la salud corporal del general, para que este no consuma sus fuerzas con excesivos trabajos ó austeridades. Y pensó muy bien Ignacio: el general, la cabeza de tantos cuerpos, no se pertenece á sí mismo, sino á la Compañía. Hay celos que deben moderarse, porque de dejarles tomar creces, pueden ser inocentes causas de muy grandes males. El general de la Compañía de Jesus, sobre quien tanto trabajo y responsabilidad pesan, debe por fuerza de sentirse robusto y apto para atender con la mente á todas las casas que la fe ha levantado, así en el antiguo como en el nuevo mundo. Ya pues que era indispensable, como pensamos probar mas adelante, que todos los hilos fueran á parar á una mano, indispensable era asimismo escoger esta mano entre las mas robustas y cuidar no se debilitara.

La tercera precaucion se refiere á su alma. La congregacion general elige un vigilante ó Monitor, que coloca á su lado, con la obligacion de advertirle cualquiera irregularidad que en su conducta ó acciones observára ú observáran los demás padres. ¿Es déspota ni puede pensar en erigirse tal el hombre que aceptó á su lado un observador constante, que sigue sus pasos, que observa sus movimientos, que hasta á través de su frente parece leer, y que por obligacion de conciencia se halla imposibilitado de disimular en lo mas mínimo? Al contrario,

léjos de ser déspota, como quiera que el general tenga de pasar por lo que la Compañía ordene, y la idea de esclavitud no pueda concebirse sin la de un señor, diremos, que el Monitor es la reprension constante del general, el general el esclavo perpetuo de la Compañía.

La cuarta precaucion tiende á destruir los efectos de su ambicion, pues al general, aun á propuesta de un rey y con aprobacion de la Santa Sede, como no sea so pena de falta grave, no le es permitido aceptar cargo alguno sin el consentimiento de la Compañía, que nunca lo dará á no ser que mediase obligacion moral por parte del sumo pontífice. Así cerró Ignacio el paso á la ambicion de sus sucesores.

La quinta precaucion es dirigida á los casos en que el general, por habitual descuido, ancianidad ó enfermedad con peligro de muerte, descuide los intereses de la Compañía, en cuyo caso las funciones del generalato son ejercidas por un vicario. De modo, que aun por este lado pone Ignacio una traba á los actos del general, imposibilitado de escusarse con la falta de salud ó debilidad ocasionada por los años. La línea trazada para los generales no puede torcerse. Ignacio preveyó todos los casos fortuitos y encontró salida para todos.

La sesta precaucion adoptada por el ínclito fundador bastaría por sí sola á desacreditar cuanto se ha dicho sobre el supuesto despotismo del general. Si este peca mortalmente, si emplea las rentas que le están confiadas en provecho propio ó de su familia, si enajena inmuebles de la Compañía, ó propaga alguna perversa doctrina; los miembros de la Sociedad están en la obligacion de deponer al general de su cargo, y aun pueden espulsarle de la Compañía.

A pesar del gran contrapeso que estas seis precauciones oponen al poder del general, todavía quiso Loyola velar mas de cerca su conducta, y poner á su lado quien le recordara constantemente, que no era omnímodo y perpetuo este poder. Los hermanos de España, Portugal, Italia, Francia y Alemania mandaban un asistente al lado del general, asistentes que eran

sus fiscales, y que si bien tenia aquel el derecho de suspenderlos, estos tenian el de suspender, juzgar y aun deponer al general. Estos asistentes, que unas veces han sido cuatro, otras cinco y otras seis, están encargados asimismo por la Compañía hasta de arreglar el alimento y vestido del general, y de añadir y quitar á sus gastos segun los tiempos y las necesidades.

¿Y qué déspota, si el general debiese de haberlo sido, hubiera consentido en tener á su lado tanto censor, tantos individuos puestos allí nada mas que para observarle y acusarle? Y ¿habrá ahora quien trea en este despotismo? Búsquennos un déspota, que no emplee su despotismo en sus gustos y comodidades; búsquennos un déspota, que sufra á su lado seis ú ocho constantes fiscales; búsquennos un déspota que no se arroge el derecho de propiedad, ni el de posesion, ni el de enajenacion; búsquennos un déspota cuyo imperio no se funde en el capricho, ni en la confusion, ni en el miedo, sino en la ley, en el orden y en el amor, como todo así se encuentra en el general de los Jesuitas; y si es posible hallar tal fenómeno de contradiccion, entonces diremos y confesaremos, que un general es un déspota, pero al propio tiempo rectificaremos la acepcion en que comunmente se toma esta palabra.

Finalmente, nosotros entendemos por autoridad suprema, única compatible con el despotismo, la autoridad que reúne en sí las circunstancias de legislativa, absoluta, independiente y perpetua.—El general de los Jesuitas puede hacer ordenanzas, pero no leyes; luego no reúne las circunstancias de legislador.—El general de los Jesuitas, tratándose de crear lo puede todo, tratándose de destruir no puede nada: luego es mentira que su voluntad sea fuerza siempre; luego no reúne las circunstancias de absoluto.—El general de los Jesuitas tiene por superior en lo espiritual al papa, en lo temporal al rey, en cuestiones personales y de intereses de la Compañía á la congregacion general; luego no reúne las circunstancias de independiente.—El general de la Compañía, si bien su cargo es

perpetuo, no obstante varios son los casos en que puede ser destituido por los mismos que le han elevado; luego no reúne las circunstancias de perpetuidad.—Pues si no es legislador, ni absoluto, ni independiente, ni perpetuo ¿de donde se han sacado ciertas gentes que el general de los Jesuitas pueda ser un déspota? —Y téngase en cuenta que todo lo que aquí hemos dicho, estamos prontos á probarlo, pensamiento por pensamiento y palabra por palabra con el mismo libro de las Constituciones en la mano.

Creemos haber contestado al cargo de pretendido absolutismo en el general de los Jesuitas, y vamos á hacerlo ahora con otro no menos mal entendido por unos que desfigurado por otros.

«Un artículo extravagante del gobierno de la Compañía es que los hombres que la componen se obligan con juramento á ser espías y delatores unos de otros¹.» — ¡Absurdo en quien tal suponga ó así disfrace la verdad!

Cierto que una de las disposiciones del sabio fundador, previene que el jesuita está en la obligacion de revelar *con todo amor y caridad* las faltas que en sus hermanos observáre. Pero se nos dirá ahora ¿por qué de este grano de arena se ha hecho tan asombrosa montaña? Decimos mal, grano de arena, ¿por qué, diremos mejor, ha de ser objeto de censura lo que solo es digno de toda alabanza, lo que no es nuevo, ni perjudicial, ni odioso? —Antes de todo, veamos qué mira llevaba Ignacio en ello: él mismo nos lo dice, la conservacion de la disciplina regular: quien por ella se interesa debe procurarla por todos los medios. ¿No era en este sentido que lo comprendieron los antiguos? ¿No era en este sentido que en Roma y otras ciudades era lícito á todo ciudadano acusar á otro? ¿No era en este sentido que Platon, el ilustre filósofo, el concienzudo legislador dijo, que los que dejan de avisar á los magistrados las faltas que se cometen en la república, deben ser castigados como

1. Retrato al daguerreotipo de los Jesuitas, pág. 27.

si fueran cómplices? — Así debe entenderse, y así lo entendió Montesquieu ¹, buscando la razon en el espíritu de la república en la cual todo ciudadano debe tener un celo sin límites por el bien general. ¿ En qué gobierno debe haber censores? pregunta el escritor francés; y se contesta diciendo, que en todos los gobiernos, cuyo principio sea la virtud.

A estas pruebas tomadas de la política, añadamos otras pruebas religiosas, que no son menos favorables á esa revelacion de faltas, por mal nombre llamada espionaje. Una órden religiosa es una sociedad de hombres unidos para auxiliarse mutuamente en la práctica de las virtudes y en la fuga de los vicios. Y el que descubre alguna falta en un hermano que puede afectar desfavorablemente el todo de la órden ¿ debe ser infiel y mal amigo de sus compañeros, debe callar haciendo por este medio traicion al empeño en que está de procurar la perfeccion y regularidad amenazadas de esta misma órden? — Y si ha de hablar ¿ á quién debe hacerlo, delante de quién para que cese el peligro? Delante del superior con toda caridad, para que este lo remedie con toda discrecion. Por este medio se corrigen las faltas y no se infaman los delinquentes; por este medio se concilia la práctica del amor y la observancia de la disciplina; por este medio se satisface el bien de todos y el crédito de uno.

Además, útil, como fácilmente se concibe, esta revelacion de faltas, no es invencion de Ignacio. Antes que Loyola, santo Domingo habia dado á sus discípulos regla de delaciones mutuas ²; antes de Loyola estaban sujetos á la misma regla los frailes menores ³; antes que Loyola, S. Buenaventura, valiéndose del ejemplo del patriarca José, que descubrió á Jacob los pecados de sus hermanos, probó que hay circunstancias en que se deben delatar al superior las faltas del próji-

1. Espíritu de las leyes.

2. Const. Trat. Præd. cap. 13.

3. Const. gen. Trat. Ord. Minor. cap. 7.

mo ¹; antes que Loyola habia enseñado Sto. Tomás que se podian delatar al superior las faltas de los particulares, considerando á aquel mas como padre que como juez ²; antes que Loyola lo comprendieron los carmelitas, los agustinos y todos los fundadores y maestros de la vida espiritual ³.

Luego el instituto de la Compañía no se diferencia en este punto del de las otras órdenes; y si en algo existe tal diferencia, será probablemente en las muchas precauciones que tomó su prudente fundador para que esta regla, sabia y útil por su objeto, no degenerase en abuso por sus resultas. Entre estas precauciones hay una que salva todos los derechos de la reputacion, pues previene á todos esta obligacion y pregunta si la aceptan. Luego en la revelacion de las faltas no hay vulneracion de derechos, porque tales derechos han sido solemnemente renunciados con pleno conocimiento de causa.

Otra precaucion hay que salva todos los derechos del secreto y de la confianza, echando un velo impenetrable y eterno sobre las faltas, cuyos únicos depositarios son el confesor ó el amigo. Y si se nos arguye que los secretos de amistad pueden ser revelados alguna vez, contestaremos, que solo cuando la falta conocida puede ser fatal ó calamitosa para los demás, porque entonces la falta puede ser crimen, y el criminal tiene cómplices pero no amigos. Por esto decia un antiguo filósofo: *yo prefiero mi amigo á mí, mi patria á mi amigo, y el género humano á mi patria.*

Otra precaucion hay que salva todos los derechos de la caridad, haciendo que el inferior que delata tenga por único fin el bien de la comunidad con la enmienda del particular delatado, y nada haga ó diga ó revele que no sea de un modo conforme á las reglas de la mas sincera caridad. Y asimismo se previene al superior á quien le es revelada una falta, que solo

1. Sanct. Bonav. in Luc. cap. 17.

2. S. Thom. quod lib. 110, part. ult.

3. Reglas y constituciones de los Carmelitas; cap. 15. Reglas y constituciones de las Ursolinas; regla de S. Agustin, etc., etc.

emplee en la corrección del delincuente medios honestos, advertencias secretas, vigilancia mas particular y cuidados mas paternales. Todo para llevar al buen camino al hombre frágil, nada para desacreditar al hombre culpable.

Otra precaucion hay que salva todos los derechos de la inocencia y de la justicia, ordenando á los inferiores no hagan la revelacion á los superiores mediatos, sino cuando se haya probado el remedio por los superiores inmediatos, previniendo á estos y á aquellos que no sean fáciles en dar oídos á las delaciones y menos en creerlas; que inquieran á todo trance la verdad ó falsedad de la delacion, libren de toda sospecha injuriosa al acusado inocente, y castiguen con toda severidad al delator falso; entendiéndose por falso no solo el que delata cosas enteramente falsas, sino tambien las dudosas; no solo el que delata á los superiores una falsedad, sino el que delata la verdad á otros que no sean los superiores; no solo al que no tiene fiador ó pruebas de su delacion, sino al que rehusáre señalarle ó mostrarlas.

Un eminente escritor italiano hace sobre este particular una reflexion. «Lo que es de regla en el Instituto, dice, acerca de las delaciones fraternas, se ha tomado de las constituciones de otras órdenes religiosas. ¿Por qué pues se hace delito únicamente á la Compañía de Jesus? Las precauciones que tomó Loyola no las tomó otro fundador alguno. ¿Por qué no se hace mérito de esto? Porque nadie piensa en dar elogios á la Compañía y solo se estudia el modo de causarla agravio.»

Hasta aquí de los razonamientos que hacen la verdad creíble; vamos ahora á los hechos que la hacen palpable. Aun los mismos enemigos de la Compañía confiesan que no hay cuerpo cuyos miembros estén mas unidos entre sí. Es hecho probado que la sola idea de una division ó separacion general les horroriza, porque en parte alguna creen encontrar la dulzura y seguridad que les inspira el trato con sus hermanos. ¿Y sería así si cada uno de estos fuese un espía, un traidor, un delator; si todas las bocas vertieran perfidia y brotára venganza

de todos los corazones ; si no fuesen sumamente raras las delaciones ; si se practicasen en otras ocasiones que en las que no permiten reservarlas ó el bien general de la comunidad , ó el honor de la religion ó el grito del escándalo ; si no se observasen respetos ; y en fin , si no estuviesen tomadas todas las medidas para que nunca un celoso jesuita pueda aparecer como lo que no es , como el Judas de sus hermanos ?

He aquí como se disipa una sombra ; he aquí como se deshace una nube ; he aquí como los montes que se fabrican con arena el menor huracan los convierte en lluvia de polvo ; he aquí como el supuesto espionaje no es mas que otra de tantas exageraciones.

No entraremos en mas profundo exámen de las constituciones , porque creemos que el autor del *Retrato al daguerreotipo de los Jesuitas* se detendrá en hacerlo mas adelante , y nosotros nos proponemos contestar á los cargos á medida que los encontramos formulados. — Sigamos pues el curso de la interrumpida historia.

CAPÍTULO V.

ROMA.

ERA en octubre de 1538. Ignacio, Lefevre y Laynez divisan los muros de la capital del mundo cristiano. El resto de los discípulos se reparte entre las mas célebres universidades. Cuando se les pregunta ¿quiénes son? contestan : «Estamos reunidos bajo las banderas de Jesucristo, para combatir las herejías y los vicios : formamos la Compañía de Jesus. »

Otras veces lo hemos dicho : Ignacio habia sido militar. En sus estáticas visiones, el Señor se le habia aparecido combatiendo : la mente del guerrero soñó desde aquel momento con un ejército que saliera en auxilio del Señor ; creyó que él era el escogido para reclutar gente bajo una enseña celestial, y por esto llamó á los suyos *Compañía*; Compañía de soldados que estaban prontos á sacrificarlo todo, hasta su vida, por su Rey, su Rey Jesus.

Paulo III dirigia la nave de S. Pedro cuando los tres jesuitas fueron á deponer á los pies del Pontífice sus auxilios y los de sus hermanos. Bien comprendió el Papa el celo de estos tres hombres y las ventajas que los nuevos operarios debian aportar á la religion católica, amenazada y combatida. Era pues necesario que se dejase oír la voz de estos tres hombres, á la cual nada resistia. Laynez fué nombrado profesor de escolástica y Lefevre de Escritura Santa en el colegio de la Sapiencia. A Loyola se le confió mas importante trabajo.

Un largo período de prosperidad ; una pasion ya estremada

por las artes que habia llegado á su último punto desde el célebre pontificado de Leon X; el paganismo que iba asomando la cabeza como una traidora víbora, mayormente entre los literatos y los profesores de bellas artes; el lujo que se habia desplegado, aniquilador de las fortunas, y la licencia á que da origen la misma pujanza; habian notablemente alterado las costumbres, en términos que se hacia indispensable su reforma. Concíbese no obstante fácilmente, que el que debia ponerse al frente de esta reforma, que por desgracia tenia que alcanzar á varios individuos de todas las clases de la sociedad, habia de ser un hombre en quien se reunieran los siguientes tres elementos. El elemento de la voluntad, hijo de la conviccion de la necesidad; el elemento religioso, por cuyo principio debia emprenderse la reforma; y el elemento intelectual, sin el que hubiesen fracasado los mas buenos deseos. Todo esto creyó Paulo III encontrar reunido en Loyola, y así fué que confiara á él el cuidado de trabajar bajo su apostólica autoridad en la reforma de las costumbres romanas.

La esperiencia demostró luego cuan acertada habia sido la eleccion. Los mas encarnizados enemigos de la Compañía; los que mas agriamente han censurado á Ignacio durante la primera época de su permanencia en Roma, no le dirigen otra acusacion que la de haber *fanatizado* la ciudad; es decir, el haber reformado las costumbres de algunos licenciosos. Esto solo habla en favor de Ignacio mas que cuanto digamos de sus triunfos en el desempeño de su importante mision. — Entonces fué, cuando creyendo era llegada la hora de dar formal cuerpo á su pensamiento y de consolidar la idea que concibió en Manresa y empezó á realizar en Montmartre, llamó á Roma á sus siete diseminados compañeros. Llega la voz de Ignacio á todos los puntos de Italia, y al poco tiempo vuelven á encontrarse reunidos los diez primeros jesuitas. Unánimes todos y conformes con el pensamiento de Loyola, á la segunda reunion, y despues de haber rogado á Dios cada uno de ellos para que se dignára manifestarles su voluntad, acordaron sujetar su Com-

pañía á la aprobacion de Paulo III para que la erigiera en instituto religioso.

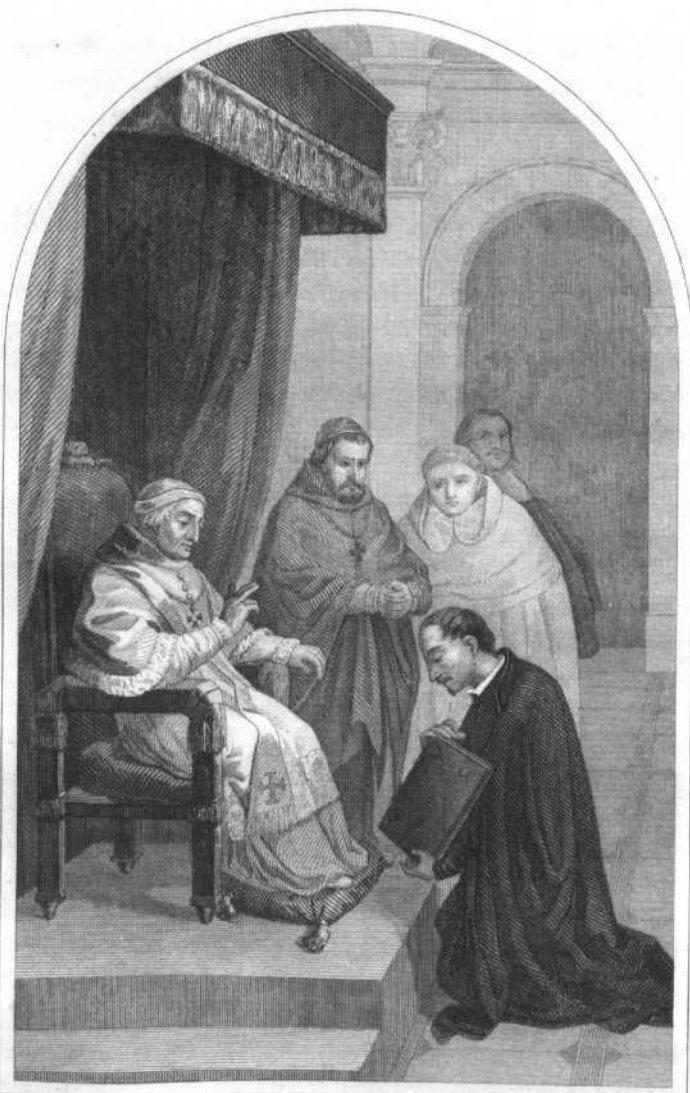
Desgraciadamente Paulo III no se hallaba á la sazón en Roma. Francisco I y Carlos V tenían una entrevista en Niza, y el Papa salió para asistir á ella, dejando de legado al cardenal Vicente Caraffa, quien, ya que no tenía facultades para acceder del todo á la solicitud de Ignacio y los suyos, prorogóles las licencias de predicar. Loyola era el único que predicaba en español, en la iglesia de Nuestra Señora de Monserrate: los demás hacíanlo en italiano: Lefevre y Javier en S. Lorenzo in Damaso, Lejay en S. Luis de los franceses, Laynez en S. Salvador in Lauro, Palmerón en Santa Lucía, Rodríguez en S. Angelo in Pescheria, y Bobadilla en S. Celso. Laynez, además, había recibido autoridad del cardenal Savelli, vicario del Papa, para visitar y reformar los abusos que se habían introducido en algunas parroquias de Roma.

Aquí empieza para Ignacio un largo período de prueba. Un llamado Agustin de Piamont, contaminado por la herejía de Lutero y desenmascarado por Laynez y Salmeron, hace acusar á Ignacio de hereje y hechicero, declarando en union de cuatro españoles que había sido quemado en estatua en Alcalá, París y Venecia. Loyola oye la acusacion, conoce que de no desvanecerla, probando plenamente su inocencia, ha de perder indudablemente el beneficioso prestigio que él y los suyos han alcanzado, y en este supuesto se presenta al señor obispo de Bertinoro, Benedicto Conversini, gobernador de Roma, y pide con instancia que se instruya inmediatamente el proceso que ha de poner en claro la verdad.

Singular providencia del Señor! Los tres eclesiásticos que como magistrados fallaron en Alcalá, París y Venecia la causa seguida contra Loyola, se hallaban á la sazón en Roma: son citados como testigos, y deponen su declaracion ante el tribunal, acreditando la inculpabilidad de Ignacio, cuya inocencia por un momento manchada volvió á aparecer mas limpia, mas pura, despues que pasó por el crisol de la calumnia. Quedó el

calumniador derrotado, fué á esconder á Génova su vergüenza, donde no pudiendo detener el ímpetu de su corazón criminal, fué preso y castigado por las mas inmundas injurias que proferia contra la Santa Sede.

Rehabilitado Ignacio á los ojos de la Iglesia, faltábale rehabilitarse delante del pueblo: el pueblo es en general desconfiado, y el de Roma tocante á herejía era inexorable. Los Jesuitas aguardaron siempre que el Señor les ofreciese una ocasion en que rehabilitar su inocencia, y no confiaron mal. Necesitaban hacer palpables las pruebas, y palpables las hicieron para que en nadie absolutamente quedara el menor átomo de duda. Sobrevino el invierno de 1539, y con él la crudeza, el frio, la carestía y por consecuencia el hambre terrible y amenazadora. Este cruel azote hizo sus primeras víctimas, como es natural, entre las gentes del pueblo. Bien pronto los mendigos, sin hogar, faltos de fuerzas, de aliento, de vida, cayeron desfallecidos sin socorro ni esperanzas, en las calles y en las plazas. Ignacio y sus nueve compañeros tenian un albergue en Roma, pero este albergue estaba desnudo: despues del voto de pobreza que habian hecho no les quedaba mas medio de subsistencia que la limosna del rico, que iban á mendigar de puerta en puerta. La gaveta empero del poderoso no se abria á los Jesuitas, que ni podian socorrerse á sí propios ni menos socorrer á los demás. En esta cruel situacion creyó Ignacio que los que se habian reunido en Jesus nunca debian desconfiar de su divino Maestro, y en consecuencia, se decidió de acuerdo con los suyos á tentar un milagro de caridad, un verdadero milagro, que consistia en proveer á los demás de lo que ellos carecian. Ya no solo son diez sacerdotes que vierten palabras de vida eterna en el púlpito, son tambien diez amigos, diez hermanos, diez padres del pueblo romano, que han brotado del seno de la miseria para hacer menos terribles los efectos de esta funestísima plaga. Su morada se convierte en hospicio: allí son conducidos los infelices que no saben donde volver los ojos sino es al cielo, y de óbolo en óbolo, de palmo en palmo, de chispa en chispa, los



YGNACIO ANTE EL PAPA

El dedo de Dios está aquí.

(Baila III)

Jesuitas, mendigos voluntarios, en nombre del pueblo mendigo por necesidad, reúnen comestibles, tela y fuego con que alimentar, vestir y calentar á mas de cuatro mil personas que tienen reunidas. Desde aquel momento el pueblo que habia visto y tocado la verdad, despreció á los pocos que habian pintado á Ignacio con negros colores, para revestirle con todos los de una auréola de virtud que bien habia acreditado.—¿Por qué, pobres detractores de los Jesuitas; por qué decimos nosotros ahora, interrumpis el curso de la historia; por qué saltais y eliminais los hechos gloriosos; los hechos que como este último colocan en las sienes de sus fautores la corona cívica que entretejen los pueblos reconocidos? ¿Temeis que este pueblo, á quien conduéis con los ojos vendados, llegue un dia á abrirlos á la luz de la razon, y conozca quién son para él los buenos y los malos; de quién debe recelar la desgracia y de quién aguardar la prosperidad? Si tales son vuestros temores, fundadamente los abrigais: el pueblo que un dia cediera al viento que de allende soplabá, hoy cede tan solo á pruebas, pasa por cima de mas ó menos estudiadas frases y se atrinchera en el baluarte de los hechos, de donde no es tan fácil sacarle con mas ó menos furibundas invectivas.

Rehabilitado Loyola ante la Iglesia y el pueblo, creyó aquella ocasion la mas oportuna á la realizacion de su objeto; y habiendo el cardenal Contarini presentado á Paulo III el proyecto de las constituciones, es fama que exclamó el pontífice, como ya en otro lugar hemos dicho: «El dedo de Dios está aquí.» Era necesario empero proceder en debida forma: la corte romana conserva aun hoy dia antiquísimas tradiciones y costumbres, y manteniéndolas en su vigor es como guarda este prestigio moral que desde S. Pedro ha ido inherente á las decisiones de los sumos pontífices. Paulo III pues sometió el exámen del proyecto á tres prelados; el primero el cardenal Guidicioni, hombre de eminente virtud, pero cuyas ideas respecto á reforma no admitian admision de nuevas órdenes; por el contrario creía altamente útil imponer algunas restricciones á las

establecidas. Guidicioni por consecuencia ni aun se tomó el trabajo de leer las constituciones. ¿Para qué? Él no se oponía al establecimiento de la sociedad de Ignacio, sino á la de cualquiera que fuese; podia ser muy bueno el objeto del instituto, muy prudente su ordenanza, muy respetables sus fundadores; todo esto podia reconocer el cardenal en la Compañía, pero todo esto no bastaba á que consintiese en aumentar un nuevo instituto religioso. Sepan pues los que hicieron gala de la oposicion que el cardenal Guidicioni hizo al establecimiento de la Compañía, que esta oposicion no fué hecha á los Jesuitas por ser jesuitas, sino por efecto de una idea general arraigada, que comprendia á estos como comprendia á todos. Muy al contrario de ser desfavorable al buen nombre de los hijos de Loyola la conducta del cardenal Guidicioni, mas adelante probaremos la justicia, la honorífica justicia que posteriormente les hizo, al reclamar, aun persistiendo en la idea de restriccion de órdenes religiosas, la creacion del Instituto, la ereccion de la Compañía de Jesus, cuyo fundador fué bastante á conquistarse una escepcion en la inflexible voluntad del cardenal.

No podemos pasar por alto, que el autor del *Retrato al daguerreotipo*, en las páginas 28, 29, 30 y 31 de su obra, refiere una anécdota que dice haberle sido contada en Roma en 1846. La trasladaríamos íntegra, si no temiéramos emborronar demasiado papel; no obstante como para el que la contó, dice, tenia un baño de verosimilitud, solo diremos que refiere como en 1539, al ser nombrado el cardenal Guidicioni examinador del instituto de la Compañía de Jesus, se introdujo en su palacio un hombre que predijo á Su Eminencia treinta y un escándalos á que darian lugar los Jesuitas en tres siglos, y que le habian sido revelados en sueños; y despues el 21 de julio de 1773, es decir, 234 años despues de la primera aparicion del hombre misterioso, viósele salir del Vaticano tan frescote como dos siglos y medio antes. Quisiéramos que el autor del *Retrato al daguerreotipo*, que dice parecerle imposible el hecho, nos dijese á qué fin lo ha continuado si no cree en él. ¿Es tal vez á

fin de aglomerar treinta y un calumniosos cargos á los hijos de Loyola? ¿Es á fin de ridiculizar al cardenal Guidicioni suponiendo que en tan ilustrado varon pudieron influir los delirios de un anciano, caso que tal anciano y tales delirios fuesen realidad? ¿Es para burlarse del sugeto que se dice contó la anécdota, y que á haberla contado con formalidad era por cierto bien digno de burla? ¿O es quizás, que ya que le era imposible al autor del *Retrato al daguerreotipo* justificar debidamente cada uno de los crímenes imputados, prefirió contarlos por vía de conseja, como condena la crítica, á pasarlos por alto como exigía la ley de buen historiador? De todos modos, nosotros que no creemos en el cuento; nosotros para quien la doble aparición del anciano misterioso, nos recuerda algo de la doble aparición de Herodias en el abominable y censurado *Judio errante*; nosotros que no nos cansaremos en pedir esta palabra, PRUEBAS; nosotros pedimos encarecidamente al autor del *Retrato al daguerreotipo* se sirva indicarnos en qué tradicion oral ó escrita se apoya la leyenda del *cicerone*, y al propio tiempo que cuando el curso de la historia le conduzca á los años 1560, 1581, 1588 y demás hasta 1773, nos pruebe con buenas razones qué relacion guardan los Jesuitas con el grave escándalo de Portugal, con el inminente riesgo de la reina de Inglaterra, con la monstruosa asociacion manchada con la sangre de los mas horribles asesinatos, y en fin con todos y cada uno de los hechos que predijo el anciano, ó sino lo predijo así se cuenta. Entonces sabrán todos la diferencia que media entre referir y probar. Si para honor de la verdad, no hubiera fijado la misma literatura las sanas leyes de critica ¡con cuanta ligereza y perjuicio correrian las envenenadas plumas de ciertos escritores!....

Volviendo ahora al cardenal Guidicioni, diremos, que la autoridad de tan insigne prelado determinó la opinion de sus dos compañeros de exámen, y la de estos tres determinó la del pontífice: Paulo III se negó á la pretension de Ignacio.

Esta fué indudablemente la gran prueba porque pasaron los hijos de Loyola, empero cuando Dios ha puesto la vista en cier-

tos hombres para altos destinos, en vano es que se opongan obstáculos á su paso: la oposicion que experimentaron los Jesuitas en su origen, fué el crisol en donde se purificó su concepto para salir tan respetado y brillante que sus propios enemigos se avergonzâran de su primitiva conducta.

La negativa de Paulo III no desanimó á los diez sacerdotes, ni tampoco rebajó su mérito á los ojos de los obispos, que desde un principio conocieron todas las ventajas que á la Iglesia habian de traer Ignacio y los suyos. En este sentido, aquellos diez hombres se vieron encargados de las mas difíciles misiones. Ennio Filonardi, cardenal de S. Angelo y legado en Parma, tenia por compañeros suyos á Laynez y Lefevre. ¿Cuales fueron los resultados? Que esta poblacion, en donde la herejía amenazaba echar raices, siente de nuevo renacer la mas pura fe dentro de sus muros. Hombres y mujeres, niños y ancianos acuden á oir la voz de los dos ilustres predicadores, que cuentan tantos triunfos como oyentes. Al influjo de su evangélica palabra, funda el clero congregaciones; y hasta las mujeres, entre ellas Hipólita de Gonzaga, condesa de la Mirándola, y Julia Zerbini, célebres por su cuna noble y belleza rara, se disputan el honor de catequizar á sus hermanas. Parma se ha salvado, y esto gracias al Señor y á sus dos celosos apóstoles Lefevre y Laynez.

Mientras tanto ¿qué hacian sus compañeros? Busquémolos. En la isla de Ischia está Bobadilla: las disensiones intestinas amenazaban destruir la paz en aquel punto, y ante Bobadilla cesan las disensiones. Pasemos á Brescia; allí se halla Lejay: los innovadores han levantado en la poblacion un templo á la herejía; pero este templo cae columna por columna y piedra por piedra desde el momento en que el jesuita descarga sobre él los golpes de su irresistible y católica lógica. Trasladémonos á Padua: en ella Codure aviva la luz del Evangelio. Reconozcamos los pasajeros de este buque que parte para Portugal. ¿Quiénes son estos dos hombres en cuyo rostro irradia el esplendor de la fe? Francisco Javier y Rodriguez que emprenden su viaje á

las Indias , vírgen pais , á donde van á sembrar el Evangelio para que nazca y crezca la verdadera Religion.

¿Y Loyola? ¿En donde está la cabeza de estos hombres? ¿En qué se ocupa? En buscar y educar adeptos que le ayuden en su hermosa empresa. Su primera victoria la alcanza sobre Pasquier Brouet y Francisco Estrada , quienes parten para Siena competentemente autorizados para reformar cierto convento de religiosas, en que es mayor el desarreglo que el buen ejemplo.

Distribuidos de este modo , al poco tiempo se llena la Italia entera de las alabanzas de estos hombres; llega á Roma la fama de su virtud y conquistas , y son tantas las maravillas que para consuelo de la Iglesia se refieren de ellos , que el mismo cardenal Guidicioni piensa si se habrá equivocado al fulminar su voto contra la ereccion de los Jesuitas en estado religioso. Entonces fué cuando resolvió enterarse por primera vez de las constituciones , en que se señalaba la regla de conducta á uros hombres de quienes tantos asombros se referian. Leyó, meditó y en tanto modificó el concepto que de los Jesuitas tenia formado, que aun persistiendo en su primitiva idea de que léjos de aumentarlas debian reducirse las órdenes á cuatro principales , declaró y solicitó la orden propuesta por Ignacio como INDISPENSABLE para detener en su marcha á la herejía y servir de columna al catolicismo. ¿Qué mejor demostracion pudiera hacer Guidicioni del alto aprecio en que tenia á Loyola y los suyos?—Esta esplicacion de la conducta del cardenal no es del todo conforme con la espuesta por el autor del *Retrato al daguerreotipo* en las páginas 28 y 31 ; pero créanos , en esta como en todas las demás cosas nuestro aparato óptico ha sido mas fiel que el suyo.

En vista de tantas maravillas obradas , cayó el velo que por algun tiempo cegó á Paulo III , y el dia 27 de setiembre de 1540 dió al mundo católico la bula *Regimini militantis Ecclesiæ* , que instituye solemnemente la Compañía de Jesus , y dice así :

PAULO OBISPO SIERVO DE LOS SIERVOS DE DIOS , PARA PERPETUA
MEMORIA.

«Colocado , aunque indigno , por disposicion del Señor , al frente del gobierno de la Iglesia militante , y penetrado para la salud de las almas de todo aquel celo que nos impone el cargo de pastor , dispensamos todo el favor apostólico á los fieles , quienes quiera que sean , que esponen á Nos sus deseos , reservándonos mandarlo despues segun nos lo haga juzgar útil y saludable en el Señor el exámen de los tiempos y de los lugares.

»Acabamos pues de saber que *nuestros queridos hijos* Ignacio de Loyola , Pedro Lefevre , Diego Laynez , Claudio Lejay , Pasquier Brouet , Francisco Javier , Alfonso Salmeron , Simon Rodriguez , Juan Codure y Nicolás de Bobadilla , sacerdotes todos de las respectivas diócesis de Pamplona , Génova , Si-güenza , Toledo , Vico , Embrun y Plasencia , todos maestros en artes , graduados en la universidad de Paris , ejercitados de muchos años en los estudios teológicos ; acabamos de saber , repetimos , que estos hombres , como piadosamente se cree , impelidos por el soplo del Espíritu Santo , se han reunido procedentes de diferentes paises del mundo , y despues de haber renunciado al siglo y sus placeres , han consagrado para siempre su vida al servicio de Jesucristo nuestro Señor , de Nos , y de los demás pontífices romanos sucesores nuestros. *Han trabajado ya de un modo laudable en la viña del Señor* , predicando públicamente la palabra de Dios , despues de obtener las licencias necesarias ¹ ; exhortando á los fieles en particular á llevar una vida santa y que merezca la eterna felicidad , moviéndoles á

1 Dice el autor del *Retrato al daguerreotipo* pag. 34 : «Los juramentados de Montmartre predicaban en todas partes como si fueran admitidos por la Iglesia.....» ¿Será bastante para el que ha escrito estas líneas, una bula auténtica de Paulo III si ha de creer que los juramentos de Montmartre predicaban porque tenían licencia para ello?

hacer piadosas meditaciones, sirviendo en los hospitales, instruyendo á los niños y á los sencillos en las cosas necesarias á la educacion cristiana; en una palabra *ejerciendo con un ardor digno de todo elogio* en cuantos paises han recorrido, los oficios de caridad y demás funciones propias para consolar las almas.

»En fin; despues de haber pasado á esta ciudad ilustre, conservándose siempre unidos con el lazo de la caridad, á fin de cimentar y conservar la union de su Compañía en Jesucristo, se han trazado un plan de vida *conforme á los consejos evangélicos y á las decisiones canónicas de los padres*¹, segun que la esperiencia les ha enseñado ser mas provechoso para el fin que se han propuesto. Y este género de vida, espresado en la fórmula de que acabamos de hablar, no tan solo *ha merecido elogios de hombres sabios y celosos de la honra de Dios*, sino que ha gustado tanto á algunos de ellos que han tomado la resolucion de abrazarla.

»No encontrando pues en esta manifestacion cosa alguna que no sea piadosa y santa, á fin de que estos asociados, que con este objeto nos han presentado su humilde súplica, puedan abrazar su plan de vida con tanto mas ardor en cuanto se vean mas favorecidos de la silla apostólica; Nos, en virtud de apostólica autoridad, por el tenor de las presentes y de nuestra cierta ciencia, *aprobamos, confirmamos, bendecimos y prometemos estabilidad perpetua* á la transcrita esposicion, así en el todo como en sus partes; y en cuanto á los asociados, les ponemos bajo nuestra proteccion y de la Santa Sede apostólica; concediéndoles además poder formular á su voluntad y con amplias facultades las constituciones que juzguen conformes al fin de esta Compañía, á la gloria de nuestro Señor Jesucristo y á

1. Se nos figura que si, como afirma el autor del *Retrato al da-querreetipo*, el cardinal Guidicioni hubiese leído y examinado detenidamente la obra de Ignacio, antes de negarse á dar su consentimiento, lo que hemos probado anteriormente no ser así, probablemente hubiese encontrado lo mismo que Paulo III y entonces la conducta del prelado hubiera sido algo distinta.

la edificacion del prójimo , en nada obstante las constituciones y decretos apostólicos del concilio general y de nuestro predecesor de feliz memoria el papa Gregorio X y demás que contrarios les sean.

» Queremos empero, que las personas que tal género de vida deseáran profesar, no puedan ser admitidas en la Compañía , ni en clase de agregadas en número mayor que el de sesenta.

» Ninguno en el mundo sea osado á infringir ni contradecir ninguno de los puntos que aquí dejamos consignados por ser de nuestra aprobacion y beneplácito , pues así lo concedemos y tal es nuestra voluntad. Y el que se atreviere á intentarlo , sepa que incurrirá en la indignacion de Dios Todopoderoso y de los bienaventurados apóstoles S. Pedro y S. Pablo.

» Dado en Roma en S. Marcos , año de la Encarnacion del Señor 1540, á 5 de las calendas de octubre, y el sexto de nuestro pontificado.»

Falta ahora saber, cual era este plan de vida conforme á los consejos evangélicos y á las decisiones canónicas de los padres, plan de vida que mereció tantos elogios, y que es, por decirlo así, el alma de la Compañía, el desarrollo de la idea de Ignacio, á cuyo mayor cumplimiento contribuyeron posteriormente con sus talentos y virtudes los grandes genios y preclaros varones que ingresaron en las filas de la nueva milicia. Este plan de vida lo circunstancia el mismo Paulo III en la citada bula *Regimini militantis Ecclesie*, desde la cláusula que empieza *Formulae autem prædictæ*, hasta la que dice *et honor in sæcula*, Amen. Es tanto mas de consignar este trozo de la bula, en cuanto por él la corte de Roma, confiada en las luces superiores y fe ardiente de Ignacio y sus discípulos, autorizó un instituto, no por el análisis de sus futuras constituciones sino por un simple bosquejo de estas, como observa muy bien un ilustrado historiador francés. Dice pues así el escrito de Ignacio consignado en la bula del pontífice.

« Quien quiera bajo la enseña de la cruz, sostener las armas por Dios y servir solamente al Señor y al pontífice romano, su

Vicario en la tierra , en nuestra Compañía , que deseamos sea conocida por la *Compañía de Jesus* , despues de haber hecho en ella voto solemne de castidad , debe querer formar parte de una sociedad principalmente instituida para trabajar en el adelantamiento de las almas en la vida y doctrina cristiana , y en la propagacion de la fe por medio de la predicacion y el ministerio de la palabra de Dios , por ejercicios espirituales y obras de caridad , enseñando el Catecismo , á los niños en particular , y á los que no están instruidos en el cristianismo , y oyendo las confesiones de los fieles para su consuelo espiritual. Debe asimismo hacer de manera que tenga siempre presente primero á Dios y luego la forma de este Instituto que habrá abrazado , el cual siendo un camino que á él conduce , debe emplear todos sus esfuerzos para lograr aquel fin que le propone Dios mismo segun sea la porcion de gracia que haya recibido del Espíritu Santo y siguiendo el grado propio de la vocacion , no sea que alguno se deje llevar de un celo no conforme con la ciencia. El general ó prelado que elegiremos señalará este grado propio á cada uno , así como los empleos de que él solo será distribuidor , á fin de que se observe el orden conveniente , tan necesario en toda comunidad bien arreglada. Este general estará autorizado para hacer unas constituciones conformes con el fin del Instituto , con consentimiento de los que le sean asociados , y en un consejo en que todo se decidirá por mayoría de votos.

» En los asuntos importantes y que deben subsistir en lo sucesivo , este consejo se formará de la mayor parte de la Compañía , que el general podrá reunir de la manera que mas cómoda sea , y para las cosas de poca entidad y del momento la formarán todos los que se hallaren en el lugar de la residencia del general. En cuanto al derecho de mandar será esclusivamente del general. Sepan pues y tengan presente todos los individuos de esta Compañía , no solo al principio de su profesion sino en todos los dias de su vida , que toda esta Compañía y todos cuantos la componen , pelean por Dios bajó las órdenes de

nuestro santísimo padre el papa y sus sucesores los demás pontífices romanos. Y aunque por el Evangelio y por lo que nos enseña la fe ortodoxa, sabemos y hacemos profesion de creer firmemente que todos los fieles de Jesucristo están sometidos al pontífice romano como á su jefe y Vicario de Jesucristo; con todo, á fin de que sea mayor la humildad de nuestra Compañía y mayor el desprendimiento de cada uno de nosotros, y mas perfecta la abnegacion de nuestras voluntades, hemos creído de mucha utilidad á todos los fieles, á mas de este lazo comun, obligarnos además con un voto particular, por manera que cualquiera cosa que el actual romano pontífice y sus sucesores nos ordenen tocante al adelantamiento de las almas y á la propagacion de la fe, estemos obligados á ejecutarla al momento sin rodeos ni excusas, cualquiera que fuese la tierra adonde nos enviaren, ya sea á turcos ó á otro pais de infieles, aun á las Indias, á los herejes, cismáticos ó pais de fieles. Examinen pues bien los que quieran á nosotros unirse antes de cargar sobre sí esta obligacion, si cuentan con bastante espíritu para acabar esta torre, insiguiendo el consejo del Señor; es decir, si el Espíritu Santo, que les impulsa, les ofrece gracia bastante para que con su auxilio puedan prometerse suportar el peso de esta vocacion; y cuando por inspiracion del Señor se encuentren que han ingresado ya en esta milicia de Jesucristo, es menester que dia y noche ceñidos con el cilicio, se hallen prontos á responder de tan gran deuda. A fin, empero, de que no podamos ni solicitar ni rehusar estas misiones á diferentes paises, todos y cada uno de nosotros nos obligaremos á no hacer jamás con este objeto demanda directa ni indirecta alguna al papa, sino á abandonarnos enteramente á la voluntad de Dios, del papa que es su Vicario, y del general. El general prometerá tambien como los demás no impetrar jamás del papa un punto mas bien que otro para mision de su persona, á menos que no preceda el consentimiento de la Compañía. Todos rendirán voto de obediencia al general en cuanto concierna á la observancia de nuestra regla, y el general ordenará todo aquello

que conozca conduce al fin que Dios y la Compañía se han propuesto.

»En el ejercicio de su ministerio tenga presente siempre la bondad, la dulzura y la caridad de Jesucristo, con las humildes palabras de S. Pedro y S. Pablo, sin que se aparten jamás de esta norma él ni su consejo.

»No olvide nunca sobre todo la instruccion de los niños y de los ignorantes en la doctrina cristiana, los diez mandamientos y demás principios indispensables segun convenga, atendiendo á las circunstancias de las personas, lugares y tiempos. Y es muy necesario que el general y su consejo vigilen sobre este punto con la mayor atencion, ya porque es imposible levantar como es conveniente, el edificio de la fe en el prójimo, ya porque es de temer suceda que á proporcion que se vaya adelantando en ciencia, se desdeñe esta ocupacion como menos agradable y menos brillante, siendo de otra parte la mas útil, tanto al prójimo para su edificacion, como á nosotros para ejercitarnos en la caridad y en la humildad. Por lo que á los inferiores hace, tanto por las grandes ventajas que resultan del orden, como para la práctica asidua de la humildad, virtud nunca bastantemente alabada, estarán obligados á obedecer siempre al general en todo cuanto mira al Instituto, creyendo ver en su persona al mismo Jesucristo que presente estuviese y venerándole en ella en cuanto sea conveniente. Mas como sabemos por la esperiencia que la vida mas pura, mas gustosa y mas edificante para el prójimo es la mas apartada del contagio de la avaricia y la mas conforme con la pobreza evangélica, y sabiendo tambien que Dios nuestro Señor sufragará lo necesario para alimentar y vestir á sus servidores que no buscan sino el reino de Dios, queremos que todos los nuestros y cada uno de ellos hagan voto de pobreza perpetua; declarándoles que no pueden adquirir ni en particular ni en comun para la manutencion ó uso de la Compañía ningun derecho civil á bienes raices, ni á rentas ni réditos, sean cuales fueren; sino que deben contentarse con el uso de lo que se les dará para procurar-

se lo necesario. Podrán no obstante, tener en las universidades colegios que posean rentas, censos y fondos aplicables al uso y á la manutencion de los estudiantes, conservando el general y la Compañía toda la administracion y manejo de dichos bienes y de dichos estudiantes con respecto á la eleccion, repulsa, recepcion y exclusion de los superiores y de los estudiantes, y para los reglamentos de instruccion, edificacion y correccion de los mismos, el modo de alimentarlos y vestirlos y demás objetos de administracion y de régimen; de manera que ni los estudiantes puedan abusar de dichos bienes, ni la Compañía misma destinarlos á su propio uso; sino solamente subvenir á las necesidades de los estudiantes. Y estos, despues de tener seguridad de sus adelantos en piedad y ciencia, y pasadas las pruebas suficientes, podrán ser admitidos en nuestra Compañía, cuyos miembros todos, constituidos en sagradas órdenes, aunque no tengan beneficios ni rentas eclesiásticas, estarán obligados á rezar el oficio divino segun rito de la Iglesia, en particular y no en comun. Este es el bosquejo que hemos podido trazar de nuestra profesion con el beneplácito de nuestro santo padre Paulo y de la Santa Sede apostólica, con el objeto de instruir por medio de este resúmen tanto á los que se informen ahora de nuestro Instituto, como á nuestros sucesores, si es voluntad de Dios que haya quienes nos imiten en tal género de vida. El cual como tenga muchas y grandes dificultades, como hemos podido reconocer por esperiencia, hemos creido oportuno prescribir que nadie sea admitido en esta Compañía sin haber sido antes probado por mucho tiempo y con la mayor escrupulosidad, y solo cuando se haya dado á conocer por prudente en Jesucristo y se haya distinguido en la doctrina ó pureza de la vida cristiana, podrá ser admitido en la milicia de Jesucristo, de cuyo agrado sea favorecer nuestras débiles empresas por la gloria de Dios el Padre, á quien sea dada gloria y honor en los siglos de los siglos. Amen.»

CAPÍTULO VI.

EL GENERAL.

TENIA Ignacio á la sazón cuarenta y nueve años: la fuerza del pensamiento habia encanecido y despoblado su cabeza: en su espaciosa frente leíase su elevado talento, y su rostro flaco, sus ojos hundidos irradiaban con un fuego particular. Tan acostumbrado estaba á la meditacion y tal dominio tenia sobre su cuerpo, que los médicos le tenían por flemático. No obstante su complexion era ardiente y su espíritu vivo. De continente airoso y comedido, curado cuasi del todo de su cojera, en la edad en que las pasiones sufocadas dejan al hombre la experiencia como indemnizacion del daño que en otro tiempo le han causado, si por sus virtudes era venerado como un santo, por las pruebas que habia dado era tenido por hábil diplomático y concienzudo legislador. Roma entera le admiraba, y hoy dia le admira el mundo.

Su plan se hallaba realizado y la Compañía de Jesus instalada. El proyecto habla empero de un general, y este general debe ser nombrado. Dice asimismo que será elegido por mayoría de votos, y á este efecto se reúnen los jesuitas presentes en Roma, y que son Loyola, Laynez, Lejay, Brouet, Codure y Salmeron. A Javier y Rodriguez que se hallan en Lisboa, á Lefevre que es legado del Papa en la dieta de Worms, y á Bobadilla que permanece todavía en Ischia, se les escribe para que remitan su voto por escrito. Todos rogaron á Dios les iluminase en la eleccion, tres dias continuaron las oraciones y la me-

ditacion , y al cabo de ellos fueron depositados los votos de los presentes y abiertos los de los ausentes.—Diez eran los votantes: Ignacio de Loyola fué elegido general por nueve votos , es decir, por UNANIMIDAD.

La humildad de Ignacio le impedía aceptar este nombramiento : sorprendido por él , le combatió con todas sus fuerzas, suplicó á sus hermanos le libertáran de semejante carga , rogó que se procediera á nueva votacion , y los seis jesuitas, mayoría de diez , volvieron á reunirse. Escudriñados los votos , un mismo nombre se leía en todos ellos, IGNACIO DE LOYOLA.

Ya no era dable rehusar : el dia 17 de abril de 1541 , festividad de la Pascua , aceptó el antiguo capitán el mando de la Compañía de Jesus . Pocos en número eran sus soldados , pero en materias religiosas valian por un ejército.

El autor del *Retrato al daguerreotipo* , despues de haber dado cuenta en brevisimas palabras de como Paulo III erigió en órden religiosa á los Jesuitas , y de como Ignacio fué nombrado general , dice de la Compañía de Jesus que *¿quienes eran los soldados de Lucifer si los de Cristo eran tan solo los Jesuitas?*—Estas palabras solas bastan á formar juicio de un escritor. Deberíamos detener nuestra pluma y tirarla léjos por no prostituir la impugnando á quien así ataca. No obstante , mas considerados y previsores que el autor del *Retrato al daguerreotipo* , le recordaremos lo que otra vez le hemos ya dicho , es á saber , que entre los diez hombres que le han inspirado semejante idea , se cuentan dos santos venerados en los altares , y que no es lícito mofarse de cosas tan respetables , sino es al escritor que como Adolfo Boucher empieza por arrojar lo que en él seria máscara religiosa , sigue comparando al Sacro Colegio con los siete pecados capitales vestidos de púrpura , y acaba por negar la santidad de Ignacio de Loyola , á quien califica de ambicioso , loco y algo mas. Vea pues el autor del *Retrato al daguerreotipo* si quiere compararse á Adolfo Boucher , célebre autor como le llama , y á quien nosotros concedemos lo de célebre , pero es una celebridad tan triste como despreciable.

Y pues seguidamente encontramos en el *Retrato al daguerreotipo* una proposicion, de la cual no se retirará una letra, y cuya segunda parte dice: *el instituto de esta Compañía jamás ha sido legalmente aprobado*; nosotros ensayaremos á conven- cer al autor de estas líneas de que anda errado en este parti- cular, como anda en muchos, y de la destruccion de sus argu- mentos saldrá la siguiente tesis á reemplazar la tesis suya: «La Compañía de Jesus fué legal y canónicamente aprobada.»

¿Quién, preguntaremos al autor del *Retrato al daguerreo- tipo*, aprueba las órdenes religiosas en la Iglesia católica? El Papa. ¿Aprobó Paulo III el instituto de Loyola? Nadie tratará de negarlo. ¿Falta algun requisito á la bula *Regimini militan- tis*? Ninguno. ¿Necesitaban mas los Jesuitas para darse por es- tablecidos legal y canónicamente? De ningun modo. Luego la Compañía de Jesus, aprobada por Paulo III y como tal reco- nocida en el mundo católico, lo fué con todas las fórmulas pres- critas, y durante tres siglos treinta y tantos Papas como aprobada la han mirado. Todos ellos han admitido la Compañía; todos ellos, mas ó menos, lo han declarado y aun se han servido de sus trabajos como de órden aprobada: todos ellos conocian la historia de los Jesuitas, ¹ y á buen seguro que á no

1. Julio III, en la bula: *Exposit debitum* de 1550, y en la *Sacrae Religionis* de 1552, «consigna del modo mas esplicito las laudables in- tenciones de los Jesuitas.»

Paulo IV, en la bula: *Et si ex debito* de 1561, dice: «querer apoyar particularmente con toda su autoridad al instituto de la Compañía de Jesus.»

Pio IV: «No contento con alabar á los Jesuitas, toma su defensa, segun se desprende de una carta que en 1564 dirigió al emperador Ma- ximiliano, y de un breve al rey de Francia Carlos IX en 1565.»

Pio V, en las bulas: *Innumerabiles* de 1568 y *Dum indefessæ* de 1571, dice: «Obtener cada dia mayor éxito la enseñanza y predicacion por los Jesuitas, quienes profesan una vida ejemplar consagrada al ejerci- cio de todas las virtudes.»

Gregorio XIII, en la bula *Salvatoris* de 1576, «compara á la Compañía de Jesus á un árbol fecundo, que da escelentes y abundantes frutos en todo el universo.»

Gregorio XIV, en la bula *Ecclesiae Catholicae* de 1591, dice: «Que

ver en estos los miembros de un instituto aprobado se hubieran apresurado, ó á disolver la Compañía ó á llenar los requisitos y fórmulas de que tan celosa se ha mostrado siempre la

cualquier contratiempo que sobreviniera á la Sociedad de Jesus, habia de serlo asimismo para la Iglesia católica.»

Paulo V, en la bula *Quantum Religio* de 1606, dice: «Saber ya todo el mundo cristiano cuanto ha contribuido y contribuye la Sociedad de Jesus al aumento de la fe, de la piedad y de la religion.»

Gregorio X, en la bula *Pietatis* de 1622, califica de «ejercicio santo y necesario á la república cristiana, la enseñanza dada por la Sociedad de Jesus.»

Urbano VIII, en la bula *Rationi congruit* de 1623, «canoniza al fundador de la Compañía de Jesus, y espresa la admiracion y respeto que este instituto le causa.»

Inocencio X, en la bula *Prospero felicique* de 1646, dice: «Que la Sociedad de Jesus produce continuamente abundantes frutos en la viña del Señor.»

Alejandro VII, en las bulas *Cum sicut accepimus* de 1661 y *Debitum Pastoralis Officii* de 1663, «elogia á los individuos de la Compañía de Jesus, por su ciencia, piedad, celo y adhesión á la causa de la Iglesia católica.»

Clemente IX, en la bula *Religiosorum* de 1668, dice, «profesar especial cariño á la Compañía de Jesus; añadiendo que este cariño está prescrito por la piedad y por la prudencia.»

Clemente X, en la bula *In eminenti* de 1670, canoniza á Francisco Javier, y «elogia no poco á los religiosos de la Compañía.»

Clemente XI, en la bula *Viros gloriosos* de 1716, beatifica á Francisco de Regis, jesuita; Benedicto XIII, en la bula *Rationi congruit* de 1724, canoniza á Francisco de Borja, jesuita; en 1726, canoniza á Luis Gonzaga, jesuita; y en el mismo año hace lo propio con Estanislao de Kostka, jesuita asimismo; y en 1729 dice en la bula, *Redemptoris nostri*, «que la venerable Sociedad de Jesus da de dia en dia mas y mas frutos.»

Clemente XII, en la bula *Ad sublimem* de 1737, canoniza á Francisco de Regis.

Benedicto XIV, en las bulas *Devotam* de 1746, *Præclaris* de 1748, y *Constantem*, del mismo año, despues de estenderse en mil y mil elogios sobre la Compañía de Jesus, «dice ser esta órden obra providencial, y sus individuos los adversarios mas formidables de la herejia y los defensores mas celosos de la Santa Sede.» Este Sumo Pontifice prodigó en las bulas *Gloriosæ Dominæ* de 1748 y *Quantum successus* de 1753, «nuevos elogios á la compañía de Jesus.»

Clemente XIII, en 1765, despues de haber dado mil pruebas de afecto á los Jesuitas, publicó una Constitucion, aprobando de nuevo la

corte romana. — Hay mas aun : cuando el poder de la intriga herética se esforzó con Ganganelli hasta el punto de arrancarle el decreto de abolicion de los Jesuitas, nadie dijo al Papa, la Compañía de Jesus no está legalmente aprobada , porque si aprobada legalmente no hubiese estado , la hubiese faltado la vida legal , y malamente podia pedirse á Clemente XIV que legalmente matára lo que legalmente no vivia. Para dejar de ser, es necesario primero haber sido.—¿ Pretenderia ahora

orden de S. Ignacio, dando una idea de la irregularidad del proceso seguido contra los Jesuitas, y del alto aprecio en que les tenia. Escribió tambien al rey de España Carlos III la siguiente carta, el 16 de abril de 1767, que insertamos en estracto: « De todos los golpes que nos han herido durante los desgraciados nueve años de nuestro pontificado, el que mas ha sentido nuestro corazon paternal ha sido el que V. M. acaba de anunciarnos (la bárbara espulsion de los Jesuitas). ¿ Con que vos tambien, hijo mio, *tu quoque, fili mi?* ¿ Con que el rey católico Carlos III, á quien tanto queremos, llena el cáliz de nuestros sufrimientos, sumerge nuestra vejez en un torrente de lágrimas y nos precipita á la tumba? ¿ El piadoso rey de España se asocia á los que tienden el brazo que Dios les ha dado para proteger su culto, el honor de la Iglesia y la salvacion de las almas, á los enemigos de Dios y de la Iglesia, los cuales se afanan en destruir una institucion tan útil y tan querida (la Sociedad de Jesus) de esta misma Iglesia, que debe su origen y su esplendor á estos santos que Dios escogió en la nacion española para que derramasen su gloria por toda la tierra?... Dicha Compañía no solo es inocente, sino piadosa, útil y santa en su objeto, en sus leyes y en sus máximas »

Clemente XIV abolió la Compañía de Jesus por la coaccion moral que se le hizo; la abolió pero sin condenar ni la doctrina, ni las costumbres, ni la disciplina de los Jesuitas, lo cual obliga á decir al ilustrado autor de la *Verdad sobre los Jesuitas*, « que su espulsion no debe ser mirada como decision de fe, sino como acto de mera política. »

Pio VI declaró e tambien á favor de los Jesuitas. Véase á Cretineau-Joly, en su historia religiosa, política y literaria de la Compañía de Jesus, tomo 7.

Pio VII la restableció en 1814, y empieza así el breve: « El mundo católico demanda á voz en grito y unánimemente el restablecimiento de la Compañía de Jesus, etc etc. »

Pio IX. Entre las diferentes demostraciones de su paternal afecto á favor de la Sociedad de Jesus, basta leer el *Motu proprio*, que publicó en marzo de 1848, el cual es y será un eterno monumento de su particular aprecio al instituto del inclito Loyola.

acaso el autor del *Retrato al daguerreotipo* que, ya no nosotros, sino persona alguna recusara el indestructible testimonio de la bula de fundación de Paulo III, de las bulas y actos posteriores de los sumos Pontífices, reconociendo de hecho el instituto, y aun del breve de estincion, de acuerdo todas estas pruebas con la existencia legal de la Compañía, y asimismo capaces muchas de ellas por sí solas de asegurar tal legalidad; porque á él le ha parecido bien decir lo que á nadie se le habia ocurrido, es á saber, que el Instituto nunca ha sido legalmente aprobado? ¿En donde están las pruebas de este aserto?

Segun el autor del *Retrato al daguerreotipo* el concilio de Trento no estendió *ad hoc* el nombramiento, y por tanto el Instituto carece de aprobacion legal. Y podria decirnos este autor ¿qué tiene que ver el sacrosanto concilio con la existencia legal de los Jesuitas? ¿Pues acaso el concilio de Trento debió, creó, legalizó, órden alguna religiosa?—Muy al revés de servir á nuestro contrario este debilísimo argumento, si tal puede llamarse, es un arma contra él. En el concilio de Trento se habló de la Compañía de Jesus como de cosa reconocida; el mismo hecho de hablar prueba que conoce su existencia, y siendo así, si los padres del concilio elogian, como lo hacen, la conducta de este instituto, señal es de que por su parte sobre reconocerle profésanle voluntad, respeto, veneracion; señal es de que el concilio en nada se opone al decreto de fundacion. Veamos sino como se espresan dichos padres del concilio. En la sesion 25, cap. 16 de *Reformatione*, dicen: *Per hæc tamen Sancta Synodus non intendit aliquid innovare aut prohibere quin Religio Clericorum Societatis Jesu, juxta pium eorum institutum à Sancta Sede apostolica APPROBATUM, Domino, et ejus Ecclesie inservire possint.*—Aquí se ve como el concilio reconoce la órden y la llama *Instituto aprobado por la Santa Sede apostólica*, en el cual, cosa rara, ninguna innovacion tiene el concilio que introducir. Si la aprobacion del concilio es necesaria ¿qué mas esplicita aprobacion puede darse?—Los padres del concilio hacen asi-

mismo mérito de la Sociedad de los Jesuitas, que como legalmente aprobada conocen, en la sesion 14 donde se ocupan de los profesos de la Compañía; en la sesion 25, donde hablan de los bienes de que pueden disponer, calificándola de religion *que profesa verdadera mendicidad*; y finalmente en tres distintos parajes en que espresamente tratan de la Sociedad de Jesus.—Pues si los padres del concilio no hubiesen reconocido la Compañía como legalmente aprobada ¿no es natural que en vez de ocuparse y darla leyes hubiesen declarado su no existencia legal, y no es del mismo modo natural que cuando se ocupó es porque tácitamente pero no con menos esplicitud la reconocia, aprobaba de su parte y como tal la presentaba al mundo católico, cuyos intereses representaba un concilio de los mas célebres de que habla la historia de la Iglesia?—¿Quiere mas pruebas el autor del *Retrato al daguerreotipo*? No entra en nuestra cuenta el hacerle reconocer públicamente su error, seria exigir demasiado á su amor propio: nos basta con que en su interior conozca la sinrazon que ha cometido, y el público falle segun su corazon le dicte y de las pruebas alegadas por ambas partes se desprenda.

Antes de seguir adelante queremos voluntariamente hacer un paréntesis para confesar con toda ingenuidad, que si al emprender nuestra obra de impugnacion á un *pretendido retrato al daguerreotipo*, hubiésemos sabido que lo que íbamos á impugnar era la impía y repugnante historia de los Jesuitas publicada por Adolfo Boucher, reimpressa, *mutatis mutandis*, bajo otro título, de seguro hubiésemos rehusado la parte de gloria que en ello pudiera habernos cabido. Impugnar la desacreditada obra de Boucher es desacreditarse á sí propio el que lo hace, porque es hacerse cargo y dar importancia á una cosa despreciable en todos sentidos. El trabajo de Adolfo Boucher acerca de los Jesuitas es un lodazal asqueroso, en donde un escritor hasta sin conciencia literaria ha hacinado cuantas inmundicias al paso se ha encontrado; es un cuadro en donde á nuestra vez no quisiéramos *haber apacenta-*

do la mirada, porque pinturas hay cuyo exámen ruboriza al observador, que por un momento sufre por su curiosidad la pena que al autor debiera haberse impuesto; es el descrédito de la historia y la historia del descrédito.—Y nadie nos diga que exageramos: por cualquier parte que el libro abramos, la mano del escritor ha dejado impresa la huella de su odio torpe, como el reptil la inmundada baba en el suelo por donde se arrastra. Veamos en prueba las palabras que consigna en su obra, pág. 69, y que reproduce el desgraciado autor del *Retrato al daguerreotipo* pág. 33 y 34.—«¡Oh! si las constituciones de los Jesuitas, tales como las tenemos, dice, fuesen por entero la obra de Ignacio de Loyola, y se nos preguntase: ¿Ignacio mandó, ó previó sin impedirlos, ó presintió sin deplorarlos, los crímenes con que se ha manchado la negra y peligrosa milicia de que fué creador? Sin titubear responderíamos: Sí! sí! mil veces sí!..... Porque en las constituciones¹, como á su tiempo demostraremos, por ser tan fácil y claro como la luz del día, se encuentra el manantial mas ó menos oculto de ese torrente tórtuoso, pero siempre formidable, que en casi todos los puntos de la tierra ha depuesto su hez corrompida y mortífera; porque todos los venenos con los cuales el jesuitismo infecta al mundo tres siglos hace, salieron de esa caja infernal mas terrible que la caja de Pandora, en la que al menos quedó la esperanza; copa que solo estará vacía cuando se haya hecho pedazos. ¡Quiera el cielo que sea pronto!» (La conversion del desgraciado que ha concebido semejantes ideas, calificadas de heréticas por la autoridad competente, añadiremos nosotros.)

La verdad: desgraciadamente estamos acostumbrados á presenciar discusiones literarias, en que la fuerza de los argumentos estriba en las palabras mas ó menos soeces que se em-

1. Estas constituciones son obra de Ignacio. Así lo reconocen amigos y enemigos de la Compañía, y aun el mismo Adolfo Boucher, de cuyas palabras se desprende en esta cita y en muchas otras de su asquerosa obra.

plean ; estamos acostumbrados á leer escritos en que sus autores arrojan la máscara y se presentan en medio de su deformidad , desnuda la cara ; diremos mas , diremos que para nosotros no es imposible que el orgullo , la vanidad , el odio , todas las pasiones distraigan al hombre de su deber , le hagan olvidar por un momento lo que debe á su dignidad . Habíamos leído , autorizados , el *Judio errante* del impúdico Sue , y el *Jesuita moderno* del desgraciado Gioberti ; pero nunca habíamos visto escritas en idioma alguno europeo , y menos en español , en la nacion católica por excelencia , donde está vijente el reciente Concordato y el real decreto sobre imprentas , palabras tan ofensivas al decoro humano , al honor de un instituto religioso , á la gloria de un Santo , ante el cual mil pueblos doblan cada día la rodilla . Lo repetimos , al desacreditado Boucher no hubiéramos contestado de otro modo , que haciendo pedazos cuantos ejemplares de su infernal obra nos hubiesen venido á mano . Boucher protestante , ó mas bien sin religion alguna conocida , no podia levantar la voz ni hacerla levantar entre un pueblo que tiene encarnado en sí el espíritu religioso , y en medio del cual solo una culpable imprudencia ó un lamentable descuido pudo hacer que se introdujera su abominable libro : pero nuevamente este libro vuelve á aparecer con apologia , y esta vez es á la faz de todos ; su apologista es español y se titula católico . . . Hemos tomado la pluma y no la soltaremos : estamos seguros , segurísimos , de que el autor del *Retrato al daguerreotipo* habrá pecado de ligero ó mal aconsejado , y que aun cuando su opinion sea contraria á los Jesuitas , lo que les es muy honorifica opinando como opina ahora , solo sin premeditar ha reproducido muchos de los pasajes del calumniador Boucher , cuya malicia no ha comprendido , ó cuyos funestos resultados no ha sabido prever . Es español y se llama católico : ó es cierto cuanto hemos dicho antes ó no tiene el derecho de llevar estos dos títulos , que si ahora parece estimar en poco , tarde ó temprano reclamará con empeño . Seguros estamos , segurísimos , volvemos á decir , de que el autor del *Retrato al daguerreotipo* , ciego al

presente á la luz de la razon, abrirá un dia los ojos á la luz de la verdad. ¿Nos engañará el deseo? No lo permita el Señor.

Esto hemos dicho para evitar que alguno se nos queje preguntando ¿por qué no desahogamos nuestra justa cólera de católicos contra el hombre que así ha ofendido á personas sagradas; por qué no vindicamos el puro nombre del ínclito Loyola; por qué no arrojamos á la cara de sus enemigos la mancha que en la blanquísima tela de su vida han querido imprimir? Nunca; Ignacio se defiende por sí solo; por mas que haya quien lo intente, no se encontrará fuerza bastante á derribarle de miles de pedestales, desde donde es venerado y aclamado por un dechado de virtudes.

Ya es Ignacio general de la Compañía de Jesus. ¿Y á quién mejor que á él podia ser confiada esta dignidad? Tambien lo reconoce el autor del *Retrato al daguerreotipo*, y nó obstante no puede menos de consignar que en opinion del jesuita Lorin, cuya obra no tenemos á la vista, así como Pedro fué el elegido del Señor para cabeza de la Iglesia, porque habia cortado la oreja al criado del sumo Pontífice, Ignacio fué tambien el escogido para jefe de la Compañía porque quiso matar cruelmente á un moro blasfemador ¹.—Si no dice mas el jesuita Lorin ², por cierto que dejó bien incompleta la idea y muy á propósito para censurada, que no basta con ser jesuita para no incurrir en error ni menos para que este error pase sin su

1. Estas palabras encierran una herejia y una criminal falta de conocimiento del Evangelio, por cuanto nadie ignora que Jesucristo hizo de Pedro su Vicario en la tierra, en premio de la confesion que hizo el santo apóstol de su divina Persona.

2. Las obras de que tengamos noticia fueron escritas por el jesuita Lorin son: «Comentarios sobre el Levítico, los Números, Deuteronomio, Salmos, Eclesiástico, Sabiduria, los Hechos de los Apóstoles y las Cartas católicas. «Para poder confrontar si la opinion de Lorin es conforme con la que le atribuye el autor del *Retrato al daguerreotipo*, bueno será que este nos diga en cual de estas obras se halla consignada. Veremos entonces si nos sucede con esta cita lo que nos sucedió antes con otra de Bouhours, Maffei y Ribadeneira, que nada decian de lo que les fué atribuido.

debida correccion. Muchas veces el deseo engaña, y no es nuevo que un celo mal entendido cause los mismos perjuicios que una enemistad declarada.

Es histórico el lance del moro: verdad que podrian hacerse algunas observaciones al modo como lo refiere el autor del *Retrato al daguerreotipo* en las páginas 40 y 41¹. Empero esta no es razon para decir, primero, que Jesucristo escogió á san Pedro por cabeza de la Iglesia porque cortó una oreja á Malcos; segundo, que Ignacio de Loyola-fué escogido por cabeza de la Compañía de Jesus porque quiso matar cruelmente á un moro, como dice el autor del *Retrato al daguerreotipo*.

A nuestro turno, sea que contestemos al jesuita Lorin, ó al autor del *Retrato al daguerreotipo*, diremos á este, que todo buen cristiano sabe los méritos que tenia Pedro para ser elegi-

1. Camino de Monserrat encontró Ignacio á un moro: en un principio hablaron de este célebre santuario y despues de la pureza de la santísima Virgen; el mahometano negaba esta singular prerogativa á la Madre de Dios, lo que horrorizó á Ignacio, quien no obstante se esforzó á convencer al moro, inspirándole su devocion razones superiores á su alcance en aquel entonces; pero todo fué inútil en un ánimo prevenido y enconado contra nuestra santa Religion. No solamente el moro se burló de las razones alegadas por Ignacio para convencerle, si que tambien de su fe; conociendo que estas burlas indignaban á Ignacio, y temiendo que éste no las sufriria, procuró separarse desde luego echando al galope su caballo.

Lleno Ignacio de celo y de indignacion, dudó si su fe le obligaba á vengar el honor de la santísima Virgen, dando la muerte al mahometano: y no debe admirarse ocurriese semejante duda á un hombre educado en la vida militar, acostumbrado á los combates parciales y poco instruido en los deberes de un buen cristiano. Lleno de dudas acerca de lo que debia hacer, temiendo faltar á su obligacion, tomó la resolucion de correr á encontrar el moro y hacer lo que Dios le inspirase: encontró dos caminos, uno que conducia á Monserrat y otro al pueblo donde iba el mahometano: paróse repentinamente, y tomó la resolucion de matar al moro si el caballo á quien echó las riendas al cuello se dirigia al pueblo donde iba el discipulo del impostor Mahoma: el camino cuya direccion habia tomado este era bueno, pero el caballo tomó el otro, que era escabroso, y con esto creyó Ignacio que el cielo no le exigia vengar las blasfemias del mahometano. (P. Bouhours, vida de S. Ignacio, tom. 1, pág. 27, edicion de Paris de 1679.)

do cabeza de la Iglesia por su divino Maestro, aun sin cortar orejas de criados; como méritos tenia tambien Loyola para ser general de la Compañía, aun sin haber perseguido moros en su vida. Si esto lo ha dicho ó lo ha trasladado el autor del *Retrato al daguerreotipo*, para poder decir luego que algunos han descrito á Loyola como hombre de un carácter feroz, duro y cruel, le contestaremos que esto muy léjos de ser un defecto en el santo fundador es un mérito, por cuanto prueba cuan grande esfuerzo y voluntad, cuanta paciencia y resignacion se necesitaria en él para cambiar en dulce, blando y cariñoso el carácter feroz, duro y cruel de que dió muestras en su juventud. ¿Lo entiende bien el autor del *Retrato al daguerreotipo*? En su juventud, es decir, cuando vivia en el mundo para el mundo; cuando soldado en campaña se hacia notar por su bravura y talentos militares; cuando la humildad religiosa no habia aun vencido al orgullo en aquel cuerpo; finalmente, cuando Ignacio de Loyola no habia todavía vuelto los ojos á Dios. Despues de su milagrosa conversion, ábrase por donde se quiera el libro de su vida, y cada accion de las descritas es un paso mas hácia el cielo; cada relacion un ejemplo digno de imitarse.

Nombrado ya ¿qué hizo Ignacio? Era el 22 de abril de 1541, cuando los Jesuitas, despues de haber visitado las basílicas romanas penetraron en la de S. Pablo, estramuros de la ciudad eterna. Allí, como Lefevre en Montmartre, Loyola se reviste de los ornamentos sacerdotales, celebra misa en el altar de la Virgen, y antes de la comunión vuélvese para recibir los votos de sus hermanos. Tiene en una mano la sacratísima hostia y como implorando á Jesus en calidad de testigo renueva sus juramentos de obediencia al sumo Pontífice, con todo lo demás especificado en la bula *Regimini militantis*. A su imitacion Laynez, Lejay, Codure, Brouet y Salmeron se adelantan y depoen sus votos, y Loyola que ha colocado cinco hostias en la patena las distribuye entre sus cinco discípulos para que el Pan de vida eterna sea alimento espiritual que fortalezca sus cuer-

pos en la ardua lucha que van á comenzar. Así se constituyó una orden, que concebida por un solo hombre é inaugurada por solos diez sacerdotes, en pocos años se estenderia por sobre la superficie del mundo, siempre á una sola seña del romano Pontífice ó mandato del general.—Ignacio habia llevado á término su deseo: ya habia fundado una orden; necesario era ahora que el mundo católico palpára las ventajas que habia de reportar con la instalacion de los Jesuitas; y estas ventajas no se hicieron aguardar mucho. Ignacio ha comprometido su inflexible voluntad, y nada hay imposible para el que tiene fe.

Constituida la Compañía de Jesus, poco tardó en dar óptimos resultados, tantos y tan evidentes que calculando la santidad de Paulo III que cuantos mas serian los trabajadores mas frutos daria la sagrada viña, en 1543 publicó la bula *Injunctum nobis desuper*, por la cual quitó la limitacion que al número de 60 habia impuesto á los Jesuitas. Figúrasenos que mas esplicito testimonio de aprecio no puede darse.

No bien el general se hizo cargo de su importante mision y á solas corrió los ojos por sobre la faz de la Europa entera, y aun de paises allende los mares; llamó á sus hermanos, señalóles la tierra y en ella un lugar para cada uno. En todos habia fuegos que apagar, lágrimas que secar, desgracias que socorrer, ciegos que alumbrar é ilusos que convertir: el dedo de Ignacio señala un punto, y hácia él se encamina el jesuita.—Allí, dice á Acevedo, señalando á Lisboa, y Acevedo parte.—Allí, dice á Araosio, señalando á Madrid, y parte Araosio. Obedientes á la propia indicacion, Brouet pasa á Francia; Maguncia, Colonia, Ratisbona y Spira reciben en su seno á Lefevre, Bobadilla, Canisio y Hoffeo; Javier emprende nuevamente su viaje á las Indias, Laynez y Salmeron se presentan al concilio de Trento. Distribuidos así estos hombres, pronto tendremos ocasion de ver como cumplieron los compromisos que se habian impuesto, y respondieron del depósito que se les habia confiado á Dios, al mundo, al pontífice y al general.

Pero el autor del *Retrato al daguerreotipo*, tan católico en

este punto, como su predilecto el descarriado Boucher, duda en la pág. 43 de los milagros atribuidos á Ignacio de Loyola, y como estamos empeñados en contestar á un cargo do quiera que le hallemos formulado, aquí le encontramos y aquí interrumpimos nuestro discurso para contestar á él. Aduce en su favor el autor del *Retrato al daguerreotipo* la autoridad de Ribadeneyra, y por la misma hemos de contestarle. En el *Flos Sanctorum* de este autor, edicion de Barcelona, año 1790, tomo 2.º, pág. 398, leemos: «Por esta confianza tenian tanta eficacia sus oraciones, para recabar de Dios lo que queria; y así diré aquí *algunos milagros* de los que hizo en vida.» Y luego añade la relacion de varios hechos milagrosos, de entre los cuales citaremos al autor del *Retrato al daguerreotipo* los siguientes.—En Barcelona, un desgraciado se dió la muerte por estrangulacion: súpolo Ignacio, y al instante voló á la casa del suicida, hizo colocar al muerto en la cama, retiróse á orar por él y en el mismo punto resucitó á vista de todos; pidió un confesor, y despues de haberse arrepentido de sus pecados en el tribunal de la penitencia, tornó á espirar.—Estando una vez para morir el P. Simon Rodriguez, abrazóle Ignacio y tornóle la salud con el abrazo.—A Juan Bautista Cogno se le quemó una mano con que no podia hacer accion ni obra alguna, y el Santo con su oracion le sanó luego.—A un hombre que habia tenido muchos años gota coral, con hacer que levantára los ojos y el corazon al cielo le dió sanidad.—A una mujer tísica y para morir, la dió con su oracion entera salud.—El P. Leonardo Cesellio, por el ardiente deseo que tenia de conocer á Ignacio, le pidió deseo de ir á pié desde Colonia de Alemania, donde estaba, hasta Roma. El Santo le contestó que se estuviese quedo, que Dios daria traza como se pudiesen ver, y estando una vez en su aposento descuidado, se le apareció Ignacio que vivia en Roma y habló con él.—Una mujer que tenia un brazo seco y muerto, con solo lavar la ropa de S. Ignacio sanó.—A Alejandro Petronio, enfermo, dióle salud con solo visitarle.—A un judío de corazon empedernido llamado Isaac, con solo que le

dijo: *quedaos con nosotros, Isaac*, se convirtió y bautizó luego.—Fué en París á visitar á un doctor á fin de ganarle para Dios, y hallóle jugando á los trucos. Corrido de que Ignacio le encontrára dado á tal ocupacion, le importunó para que jugase con él, y sintiéndose Loyola inspirado del Señor aceptó la partida, á condicion de que el vencido debia estar durante treinta dias á merced del vencedor. Ducho en el juego era el doctor y el Santo jugaba por vez primera. Ganó empero las partidas y con ellas el alma del doctor para Dios.—Estos y muchos mas milagros refiere Ribadeneyra y muchos mas dice callarse. Damos pues de falsa é impia la alegacion del desgraciado autor del *Retrato al daguerreotipo*, y la damos de tal con el testimonio del mismo Ribadeneyra.

¿Cómo es posible que este escritor se contradijera hasta tal punto, que en una obra concediera á Ignacio de Loyola el don de milagros y en otra se lo negara? Dos alternativas hay no mas para nosotros: ó el Ribadeneyra de que habla el autor del *Retrato al daguerreotipo* no es el Ribadeneyra que nosotros citamos, ó Ribadeneyra no dijo ó no quiso decir lo que el autor del *Retrato al daguerreotipo* le atribuye. Vamos al primer extremo. En la obra que impugnamos leemos, que el Ribadeneyra en ella citado, es jesuita y contemporáneo de Loyola, es decir, que debió de haber vivido á mediados del siglo xvi. El Ribadeneyra aducido por nosotros es el P. Pedro Ribadeneyra, natural de Toledo, jesuita, compañero de S. Ignacio, agiógrafo, que nació en 1527 y murió en 1611, como todo se desprende de un diccionario biográfico que tenemos á la vista, siendo de observar que con ser este diccionario el mas completo que se ha publicado hasta nuestros dias, no figura en él otro Ribadeneyra jesuita ni escritor. Es pues cuestion fuera de duda que los dos Ribadeneyras son uno mismo, y de este modo, como no neguemos el testimonio de nuestros sentidos, imposible nos es creer que tal contrasentido quepa en autor tan ilustrado, y que diga no haber hecho milagros aquel santo varon de quien refiere en otro lugar haber entre otros muchos

llevado á cabo el concedido á tan pocos, cual es, la resurreccion de muertos, confirmado asimismo con muchísimos mas por Croisset, quien dice á la pág. 575 del tomo 7.º, *Año cristiano*, que los milagros que todos los dias obraba Dios por intercesion de Ignacio decidieron para su beatificacion á la santidad de Paulo V.

Como refiriéndose luego de los milagros de Ignacio, refiere el autor del *Retrato al daguerreotipo*, que una vez Ignacio libró del demonio á una mujer con solo recitar un verso de la Eneida, añadiendo que esto lo refiere el P. Turriano, jesuita. No tenemos la obra en que esto se cuenta, pero mucho tememos que tampoco la tenga el autor del *Retrato al daguerreotipo*, por la razon de que á conocer á este autor, hubiera sabido que tal P. Turriano no es nombre español, ni nadie en nuestra patria conoce por tal al P. Torres, natural de Herrera, que murió en 1584. Ni en otro autor ninguno encontramos la relacion de esta anécdota, que ó se atribuye malamente al P. Torres ó este no asegurará, ó relatará de otro modo, á lo que nos inclinamos mas, porque hay absurdos que no pueden concebirse y menos atribuirse á personas respetables. Agradeceríamos no obstante al autor del *Retrato al daguerreotipo* nos dijera, en qué obra ó escrito del P. Torres, *Turriano* en latin y *Tourrieu* en francés, se halla lo del verso de Dido y Eneas, para que cotejando lo que dice este sabio jesuita y lo espuesto por el autor de la obra que impugnamos, veamos si tambien nos sucede esta vez lo que en otra al cotejar las citas de Bouhours, Maffei y Ribadeneyra.

A esta negacion de los milagros de Ignacio, negacion enteramente de acuerdo con las ideas de Adolfo Boucher, quien en la pág. 52 de su obra y tomo 1.º, califica de *pretendidos* los milagros de Loyola, sigue la relacion de una aventura, cuyo fundamento si bien es cierto, es inexacto, inexactísimo cuanto despues sobre ella se refiere. Cuenta el P. Bouhours en el lib. 4, pág. 287 de la vida de S. Ignacio, que—un jóven aleman de buen talento tuvo la tentacion de salirse de la Compañia. El

P. Ignacio que le recibiera , y que le juzgaba á propósito para el ministerio evangélico , hizo cuanto pudo para conservarle ; mas la tentacion era grave y el alemán nada escuchaba. El padre dando á entender que accedia , suplicó al novicio que se quedara algunos dias en la casa , y que viviera como mejor le viniese en talante sin sujetarse á ninguna distribucion. Aceptó pues la propuesta y vivió al principio con toda la licencia de un hombre que ha sacudido el yugo de la disciplina, mas luego se avergonzó de la vida que llevaba y se arrepintió.—Estas son las palabras *testuales* de Bonhours , que no dice mas ni menos sobre el particular y que confrontadas son las mismas que traslada Adolfo Boucher , haciéndolas servir de base á su mal zurcida , descabellada , ridícula é infamante anécdota. No hay que decir que el autor del *Retrato al daguerreotipo* la cuenta con las mismas palabras y la concede entera fe y crédito porque Boucher lo dice , mas que no dice ni puede decir de qué acreditado libro ha tomado la repugnante historia de Antonio y Honorina, la hermosa ribereña. Esta historia la negamos nosotros porque no la encontramos en libro alguno ni menos dice Boucher de donde se la ha sacado ; la calificamos de novela forjada por la mala fe del autor de la *Historia pintoresca de los Jesuitas* ; la juzgamos calumniosa , sino para Ignacio, para el jesuita al menos que figura en ella como el héroe de seducción y asesinato , aun tambien para Loyola á quien se supone escudo de criminales , y para la Compañía toda en fin sobre la cual , á ser cierta , se estenderia esta mancha. Lo repetimos , á nuestro juicio el hecho es falso, y la mejor prueba que de ello tenemos, despues que semejante cuento ni tan siquiera mencionado hemos visto en obra alguna, es la de hallarle consignado en la pesadilla jesuítica del desacreditado Adolfo Boucher. Si este autor estuviera presente para contestarnos , nos atreveriamos á decirle: ¿no es cierto que la historia de Honorina es un episodio que Vd. creyó de buen efecto é inventó para que léjos de resaltar la prudencia y sabiduria que brilló en Ignacio cuando la conversion del jesuita alemán , sobre este y sobre Ignacio y

sobre todos recayera un sentimiento de horror y aborrecimiento? ¿No es cierto que en paraje alguno consta el nombre del alemán; que Antonio y Honorina, ó son tipos de fantasía ó nada tuvieron que ver con la Compañía de Jesús, y en fin que esta farsa no tiene mas vida que la que le dió Vd., que por fortuna es una vida tan efímera como despreciable? Boucher indudablemente callaría.

Pero no hemos de callar nosotros, ni hemos de cesar de decir que si la emision de semejantes farsas es en Boucher una falta á la exactitud, en el autor del *Retrato al daguerreotipo* es una desobediencia notoria á la crítica; á esta ley que debe acatar sin comentarios todo historiador. Aquél vendiendo en una época de furor protestante anti-jesuitico por historia una novela, no autorizaba á este para hacer lo propio hoy que calmada la efervescencia de los ánimos ya no se dice entre sectarios y contrarios de una causa—ríñamos,—sino,—discutamos. Apelear á mal zurcidos cuentos para desacreditar á una Sociedad es un proceder tan pobre como reprobado: el escritor que á la luz de la verdad anteponga el odio personal, firma en cada una de las letras que traza la sentencia de su descrédito y su condena por la razon y la justicia ¹.

A una cosa no menos formal hemos de contestar, y al hacerlo quisiéramos que nuestra voz resonara tan potente, que llegase á oídos de todos. En el año 1100 nació en Maguncia santa Hildegarda, que murió abadesa del monasterio de S. Ruperto en 1178. Esta mujer, inspirada del Señor, dejó escritas varias

1. Nuestro dignísimo Prelado, en su pastoral de 30 de setiembre último, página 30, dice lo siguiente de la abominable obra del *Retrato al daguerreotipo*. «En su consecuencia y en uso de nuestras facultades, reprobamos y condenamos el *Retrato al daguerreotipo de los Jesuitas*, por contener errores perjudiciales á la religion, injuriosos á su santa economía, escandalosos, calumniosos y denigrativos del sacerdocio.» Otro tanto dicen el venerable anciano señor Arzobispo de Tarragona, y los Ilmos. SS. Obispos de Gerona, Tortosa y Lérida. Nosotros pues dudamos pueda titularse católico, interin no retracte los errores de que está plagada su obra.

obras, y en ellas se leen algunos párrafos referentes á unos hombres cuyos delitos é impiedades habian de escandalizar al mundo. Cuatrocientos años despues vinieron los Jesuitas, y posteriormente los enemigos de estos les han atribuido la profecía de Sta. Hildegarda. Léjos está de nosotros el negar que el Señor ha concedido á algunos de sus predilectos hijos el don de profetizar lo futuro, como si la divina llama iluminára á su vista el oscuro velò del porvenir; pero sí está en nosotros el no conceder á los hombres la facultad de atribuir las profecias á quien mejor parezca á ellos. Si la facultad de interpretar profecias es dada á todos, como unos han visto á los Jesuitas en la relacion de Sta. Hildegarda, otros, que ven la cuestion á través de otro prisma, pueden con el mismo derecho decir que la profeta mujer hablaba por los ilusos cortesanos de una patria engañada, que vocearon y vocean todavia contra los beneméritos hijos de Loyola.—¿Habrá por ventura quien niegue la profecía de la venida del Antecristo? ¿Y habrá quien niegue que en tiempo de la restauracion se publicó en la vecina Francia una obra, en la cual queria probarse que el Antecristo no era otro que el emperador Napoleon? ¿No hubo quien dijo que el Antecristo era el rey de los hunos Attila? ¿En nuestros tiempos, y bien pocos años hace, no se atribuyó á un general español y á las circunstancias de que fué protagonista, una profecía de S. Vicente Ferrer, que desde entonces se hizo vulgar entre todas las clases del pueblo? Las mismas circunstancias profetizadas para la venida del Redentor, ¿no hallan en mucha parte aplicacion entre los moros respecto á la venida de Mahoma?—Y esto ¿qué quiere decir? Que cada uno aplica los antecedentes á las consecuencias que mejor le parecen ó mas le interesan. ¿Quién, por mas que estudie y compare una profecía, es capaz de decir—á esto se refiere—cuando hay de otra parte para confundir el cálculo y apoyar la duda, las tinieblas de la insondable noche del *qué será?*

Hay, sí, profecias, cuyas circunstancias no dejan dudar de cuando es llegada la hora de su realizacion, por cuanto las

ideas son claras, el lenguaje no interpretable, y los hechos determinados. Las profecías que precedieron al nacimiento del Hijo de Dios, v. g.; pero otras hay que convienen á todo y á todos, y que si bien debe suponerse celestialmente inspirado su autor en el momento de escribirlas, preciso es confesar que el razonamiento humano es poco para buscar su aplicacion. Si aplicamos esta teoría á la de Sta. Hildegarda, veremos cuan difícil es deducir de ella que hablara por los futuros padres de la Compañía de Jesus: diremos mas, diremos que es imposible hablara por ellos. Y lo probaremos.

¿Qué puntos de contacto guarda la Compañía de Jesus con la profecía de Sta. Hildegarda? ¿En qué se descubre que ésta alude á aquélla? A nuestro modo de ver en nada. Y ¿qué es en nuestro modo de ver? Véalo quien quiera no puede declarar semejante absurdo sin hacerse responsable de funestísimas consecuencias, sin declararse abiertamente contra toda autoridad y respeto humano, sin insultar á la majestad de la corona y sin despreciar la santidad de la tiara. La misma profecía nos servirá para probarlo. Dice la de Sta. Hildegarda: *Será esta perniciosa orden maldita por los sabios y por los que fueren fieles á Jesucristo* ¹. De modo que cuantos santos, reyes, papas, prelados y esclarecidos varones, tantos y tan virtuosos todos, léjos de maldecir han elogiado y bendecido á la Compañía de Jesus, dejan de ser fieles á Jesucristo, no ante santa Hildegarda, que nunca pudo pensar en ello, sino ante el calumniador Adolfo Boucher y el desgraciado autor del censurado y condenado *Retrato al daguerreotipo*, que tienen un modo tan particular como poco inocente de buscar interpretacion á las profecías. *Se arraigará el diablo en sus corazones con cuatro vicios principales*, añade la profecía. Otra vez hemos dicho que las eminentes virtudes que albergaron muchísimos de los padres de la Compañía de Jesus, movieron para su beatificacion á los pontífices. ¿Era en el corazon de

¹ Retrato al daguerreotipo pág. 27.

Ignacio, de Francisco Javier, de Pedro Claver, de Luis Gonzaga, de Estanislao de Kotska, etc. etc., que se arraigó el diablo? Dígase que sí, y acabaremos de una vez las discusiones; consígnese la distancia que media entre nosotros católicos y los hombres irreligiosos, y entonces habrá finido nuestra lucha ó la sostendremos en su verdadero terreno.—*Predicarán continuamente delante de los príncipes, pero sin devoción y sin esponerse al peligro del martirio.* Basta esto para probar á todos cuantos conozcan la historia de los Jesuitas y de sus misiones, que no habla con ellos la profecía de la santa abadesa. No, no es delante de los príncipes, no es al pié del trono, no es entre los dorados de la corte, no en medio de las comodidades de las grandes poblaciones de Europa, que debemos oír como resuena la voz del jesuita. Allende los mares, allí donde el sol abrasa ó el frío hiela, allí donde la planta se hunde bajo charcos pestíferos ó el pié no deja huella en arenas de fuego, allí donde el aire es fatal y hasta la sombra de los árboles mortífera, allí donde de la otra parte de una peña parte la flecha del salvaje ó detrás de un monte arde la hoguera del antropófago, allí donde civilización quiere decir muerte y europeo víctima, allí debemos ir en busca de la huella ó los restos del jesuita. Vosotros que decís cínicamente—no se espondrán al martirio—¿sabeis como murió Jerónimo Angelis? quemado vivo en Yedo. ¿Sabeis como murieron Ignacio Acevedo y sus treinta compañeros? asesinados por un corsario calvinista. ¿Sabeis como murió Cipriano Baraze? martirizado en la América del Sur. ¿Sabeis como murió Bartolomé de Blende? asesinado por los layagnas. ¿Sabeis como murió Juan de Brebeuf? quemado por los salvajes. ¿Sabeis como murió Alfonso de Castro? asesinado en las Indias. ¿Sabeis como murió Luis Figueira? asesinado por los arouans en la embocadura del río de las Amazonas. ¿Sabeis como murió Luis Gonzaga? víctima de su celo por socorrer á los apestados. ¿Sabeis como murió Alberto Carlos Lenfant? martirizado en 1792. ¿Sabeis como murió Juan Schall? martirizado en China. Y como

estos, muchos y muchísimos cuya noble sangre fecundó el árbol de la fe. Atreveos ahora á decir que Sta. Hildegarda profetizaba á los Jesuitas...—*Acordaos que no hicisteis bien alguno*, prosigue la profecía.—Tampoco puede esto regir con los PP. de la Compañía de Jesus. Id, ilusos, corred todas las poblaciones de Europa, desde la orgullosa ciudad en cuyo recinto se levanta un trono, hasta el último villorrio en donde no hay un lecho que ofrecer á un viajero. Iglesias, conventos, colegios, capillas, ermitas han edificado: donde no han podido otra cosa, han levantado una cruz de piedra, cuyos brazos al parecer se extienden sobre los hogares á que hacen sombra como asegurándoles su proteccion. Corred á remotas regiones, y la obra del jesuita ya no es un edificio aislado; es una aldea, un pueblo, una villa, una ciudad populosa. Los abuelos de estos hombres que hoy dia en ellas se entregan al trabajo ó dedican al comercio, de estos hombres que viven felices en una sociedad establecida sobre el principio religioso, eran infelices salvajes, sujetos á todas las intemperies del tiempo, incapaces de atender á ninguna de sus necesidades, esclavos todos ó de su ignorancia ó del mas fuerte entre ellos. Cuando vino el jesuita, y en nombre de Dios y de la civilizacion dió á estos infelices comodidades, instruccion, libertad y salud; salud física, salud espiritual:—*Los Jesuitas no han hecho bien alguno*—osais decir. Enmudeced, enmudezcamos todos para oír como se expresa sobre la Compañía el célebre Buffon: «Las misiones, dice, han hecho mas hombres en las naciones bárbaras, que han podido nunca destruir las victoriosas armas de los príncipes que las han subyugado. La dulzura, la caridad, el buen ejemplo, la práctica de la virtud constantemente ejercida por los Jesuitas, han ablandado á los salvajes, venciendo su desconfianza y ferocidad, hasta el punto de que quisieran espontáneamente conocer la ley que tan perfectos hacia á los hombres. Ninguna cosa honra mas á los Jesuitas que la civilizacion de estas naciones, y el haber echado los cimientos de un imperio sin mas armas que las armas de la virtud»—*Los Jesuitas*

no han hecho bien alguno;—¡silencio todavía! y oigamos al historiador Robertson, al crítico Robertson, al protestante Robertson: «Ninguna orden de clérigos regulares en la Iglesia romana se ha hecho mas de distinguir por la pureza de sus costumbres como la Compañía de Jesus. Empero en el Nuevo Mundo es donde los Jesuitas han empleado sus talentos con mas celebridad y del modo mas útil á la especie humana. Los conquistadores de esta parte del globo no habian tenido mas mira que la de despojar, encadenar y esterminar á sus habitantes: solamente los Jesuitas se establecieron allí bajo el punto de vista humanitario. Cuando penetraron en la provincia del Paraguay, que atraviesa el continente meridional de la América desde el fondo de las montañas del Potosí hasta los confines de los establecimientos españoles y portugueses en las riberas de la Plata, hallaron á los habitantes de estas comarcas en un estado de sociabilidad que apenas habia comenzado. Desconocian todo arte, buscaban una existencia precaria en el producto de su caza y pesca, y conocian apenas los primeros principios de la subordinacion y de la policía. Los Jesuitas se encargaron de instruir y civilizar á estos salvajes. Ellos les enseñaron á cultivar la tierra, á utilizarse de los animales domésticos, á levantar casas, á reunirse en poblaciones, á dedicarse al cultivo de las artes y elaboracion de manufacturas, ó gustar las dulzuras de la sociedad y las ventajas resultantes de la seguridad y del buen orden. Así fué que estos pueblos vivian enteramente sujetos á sus bienhechores, por quienes eran gobernados con toda la ternura que profesa un padre á sus hijos. Respetados, queridos, cuasi adorados, algunos jesuitas presidian á millares de indios, estableciendo una perfecta igualdad entre los miembros de esta numerosa comunidad. Cada uno estaba obligado á trabajar, no para sí, sino para todos. El producto de los campos y los frutos de la industria eran depositados en almacenes del comun, de donde eran distribuidos á cada uno de sus individuos segun sus necesidades. Esta forma de institucion destruia de raiz todas las

pasiones que alteran la paz de la sociedad y hacen desgraciados á los hombres. Un reducido número de magistrados, escogidos por los mismos indios, velaban por la tranquilidad pública y la observancia de las leyes. Las penas sanguinarias, tan comunes bajo los anteriores gobiernos, eran desconocidas: una reprimenda dada por un jesuita, una ligera nota de infamia, ó en casos extraordinarios, algunos latigazos, bastaban para mantener el buen orden entre este pueblo inocente y feliz.» Esto dice Robertson.—*Los Jesuitas no han hecho bien alguno.* Por última vez, ¡silencio! habla Lalande: «El nombre de jesuita, dice, interesa mi corazon, mi espíritu, mi gratitud... Carvalho y Choiseul ¹ han destruido para siempre la mas bella obra de los hombres, á la cual ningun establecimiento sublunar podrá igualarse, el objeto eterno de mi admiracion y reconocimiento. La especie humana ha perdido para siempre esta célebre y escogida reunion de veinte mil hombres ocupados sin descanso ni interés en la instruccion, predicacion, misiones, reconciliaciones, en socorrer á los moribundos, es decir, en todas las ocupaciones mas caras y útiles á la humanidad. Entre las absurdas calumnias que la rabia de protestantes y jansenistas exhalaba contra ellos, recuerdo que La-Chalotais llevó la ignorancia y la ceguedad hasta el punto de decir que entre los Jesuitas no habian florecido matemáticos. A la sazón escribia yo la tabla de mi astronomía; continué en ella un artículo sobre los jesuitas astrónomos, y su número me asustó. Posteriormente en 1773 tuve ocasion de ver á La-Chalotais en Saintes, y le eché en cara su injusticia: La-Chalotais convino en ella.»

Despues de cuanto hemos espuesto y consignado y que en obsequio á la brevedad dejamos de citar innumerables hechos y citas conformes todas con las ventajas y adelantos que el mundo debe á los Jesuitas, ahora somos nosotros los primeros en decir con Sta. Hildegarda—no han hecho bien alguno—pero á

1. Viles acusadores de los Jesuitas.

todo el anti-jesuitismo en masa desafiamos para que nos pruebe que estas palabras profetizaban á la Compañía de Jesus.

Párrafo á párrafo, cláusula á cláusula, idea por idea y hasta palabra por palabra nos empeñaríamos en demostrar que la venerable abadesa de S. Ruperto ni se dirigió á los Jesuitas, y que ni aun la más refinada malicia pudiera nunca acreditarlo con poca ni mucha sombra de razon. No por esto pretendemos disminuir el valor de la profecía ni sospechar siquiera que venga un día en que tenga cumplimiento ¹. Pero como han pasado ocho siglos sobre ella, pueden pasar otros tantos, ó mas, ó menos, y las futuras generaciones, al verse doblegadas bajo el peso de la órden profetizada, si encuentran el documento de la inspirada Sta. Hildegarda, podrán decir, lo que nos está vedado á nosotros: hé aquí que se cumplió la profecía. Interin, créanos el autor del *Retrato al daguerreotipo*, porque unos pocos ciegos ó de mala fe hayan dicho convenir las señas á los PP. de la Compañía de Jesus, no quiera hacerse por eso responsable de tamaño absurdo, de tanta impiedad.

Y para que se vea cuán de ligero proceden los que así atacan á los hijos de Ignacio, hemos de hacer notar una ligera cosa, á fin de que sentencie el público si merece crédito una relacion que con ninguna ley de historia se halla conforme, cuyos personajes son fabulosos, y en la cual una sola escena, medio renglon no mas, encierra el mayor anacronismo que pudiera sugerir el deseo de destruir una reputacion.—El autor del *Retrato al daguerreotipo*, copiándolo por supuesto de Adol-

1. Nuestros lectores estrañarán, y nosotros con ellos, que entre tantos herejes no haya habido uno siquiera, que nosotros sepamos, que haya atribuido la profecía de Sta. Hildegarda á los dignos hijos del inclito Loyola; esta gloria estaba entre ellos particularmente reservada al desacreditado calumniador Adolfo Boucher, y al censurado y reprobado *Retrato al daguerreotipo de los Jesuitas*, que lo reproduce.

¿Y quién negará que la profecía de Sta. Hildegarda cuadra en todo caso, mucho mejor que á los Jesuitas, á la Reforma protestante y á sus principales jefes?

fo Boucher , pone la profecía de Sta. Hildegarda en boca de un sastre , que habiendo sido interpelado con estas palabras ¿ qué pensais de ciertos hombres negros ? contestó , no puedo satisfacer á esta pregunta , sin embargo oid lo que acerca de los hombres negros ha dicho una Santa. Así se espresa Pasquino en una escena , que aunque no trae fecha , dice ser por su contenido , de á poco de haberse instalado los Jesuitas. Era pues poco conocida esta órden , los beneficios ó las calamidades que habia de producir eran todavía un problema, la profecía de santa Hildegarda , aun en el supuesto , negado , que se dirigiera á los PP. de la Compañía , no podia haber encontrado aplicacion. Y no obstante Pasquino , el sastre decidor , el bufon de la *piazza* romana, el cronista escandaloso de la ciudad , habia dado en el *quid* de la dificultad y señalado con el dedo á los profetizados de Hildegarda. Confiéscese francamente que mucha prevision era esta en Pasquino , y que si la Santa profetizó que vendrian unos hombres que se cubririan con toda suerte de escudos , el sastre profetizó que estos hombres serian los Jesuitas , que en aquel entonces , segun Boucher , cometian ya el crimen de hacer que las mujeres perdidas se avergonzáran y arrepin-tieran de su mala vida. Estraño es que el autor de la *Historia pintoresca de los Jesuitas* no haya solicitado de los suyos que Pasquino fuese incluido en el catálogo de los profetas , porque bien lo merecia. — Imposible parece que así se juegue con la honra de personas y cosas tan respetables.

CAPÍTULO VII.¹

LA MUERTE DEL JUSTO.

Las nubes, deshaciéndose en agua sobre la tierra, fertilizan los campos y forman naturales estanques en los huecos de las peñas. Despues, al influjo de los rayos del sol, esta agua se evapora y este vapor sube al cielo, de donde era emanacion.— He aquí en alegoría la vida y la muerte del varon justo. Así vivió y murió Ignacio de Loyola.

Veamos antes de hacernos cargo de la descripcion que de sus

1. Escrito el anterior capitulo encontramos en Cretineau-Joly, en su *Historia de la Compañia*, autor tan buen literato como crítico, la siguiente esplicacion:—Los luteranos é incrédulos del siglo xvi ponian en duda aquellas profecías cuya autenticidad reconoce la Iglesia católica. Al paso que las discutian, las tergiversaban y las esplicaban á su modo, no eran tan escrupulosos con las que se forjaban contra la Compañia de Jesus. Hacíanlas circular con profusion, dando como incontestable su autenticidad por el mero hecho de ser hostiles á los Jesuitas. Atribuyóse á Sta. Hildegarda una prediccion del siglo xi, prediccion en la cual á buen seguro no tuvo tanta parte la Santa como los protestantes.—Luego transcribe la prediccion tomándola de la obra titulada: *Historia de los religiosos de la Compañia de Jesus*, diciendo que esta obra, en el dia muy rara, está impresa en 1741 por Juan Palfin, en Utrech, que no trae nombre de autor, pero que el *Diccionario de anónimos y seudónimos* de Barbier demuestra que la compuso el famoso jansenista Quesnel.—En apoyo de esto veamos como se espresa el citado Mr. Cretineau-Joly en una nota á su mencionada historia.—«Sta. Hildegarda, abadesa de la orden de S. Benito en Monte-S. Ruperto, nació en 1098 y falleció en 1179. Principióse la causa de su canonizacion en 1237 y se prosiguió en 1243 y 1317, y todavia no se ha terminado. La lista de sus obras auténticas está continuada en Trite-

últimos momentos hace el autor del *Retrato al daguerreotipo*, como los refiere el P. Bouhours, biógrafo que no puede tachársenos por cuanto nuestros adversarios han recurrido repetidas veces á su autoridad. Despues de haber espuesto las últimas medidas adoptadas por Loyola para mayor y mejor organizacion de la Compañía de Jesus, dice en el libro 5.º de su obra :

«El P. Ignacio se tomaba todos estos cuidados y gobernaba toda su órden con una salud quebrantada, que frecuentemente le obligaba á guardar cama. Sus fuerzas disminuian de día en día, y creciendo los negocios á medida que crecia la Compañía, creyó de su deber asociarse con alguno que compartiera su trabajo, ó mejor que tomára la carga sobre sí. Empero no se juzgó á propósito para verificar por sí solo esta eleccion. Reunió á todos los sacerdotes de la Compañía que se hallaban en Roma, á escepcion de uno ó dos, cuyo noviciado no habia finido aun; y

mio, *Crónica de Hirsauge* 1147, y con mayor exactitud en el proceso de su canonizacion. Estas son las obras que en él se mencionan. *Acta Hildegardæ*, anno 1232: el libro intitulado *Dei-vias*: los de la *Medicina simple y compuesta*: el de la *Exposicion del Evangelio*: el canto de la *Celeste armonia*: el de la *Lengua desconocida*, con sus letras: el de los *Méritos de la vida*, y el de *Obras divinas*. Entre dichas obras místicas no se encuentra la profecía relativa á las órdenes mendicantes, forjada seguramente á mediados del siglo XIII, dirigida entonces contra las órdenes de S. Francisco y Sto. Domingo, cuando Guillermo de Santo Amore y otros profesores de la universidad de Paris atacaban á las dos naciescentes órdenes. (Guillermo de Sto. Amore escribió contra los religiosos mendicantes, siguióle su discípulo Desiderio Longobardo, y condenó sus errores el papa Alejandro IV.) Posteriormente los herejes, modificando un tanto dicha profecía, la aplicaron á los Jesuitas. Trite-mio, en sus *Crónicas* para el año 1147, afirma haber leído todas las obras originales de Hildegarda, sin haber dado con la profecía. Papebrochio en sus *Actas de los santos* de los Bolandistas, tom. 4.º, página 607, declara que en 1660 pasó al monasterio de Bingham, residencia de Hildegarda, donde tuvo en sus manos las obras de la abadesa, de las cuales no hacia parte la decantada profecía.

Por lo que toca á la plaga de langostas, con que el autor del *Retrato al daguerreotipo* dice haberse señalado la instalacion de los Jesuitas, cuento es asimismo del jansenista Quesnel, en el tomo 2.º, página 72 de su ya citada obra, y es por lo mismo una *fábula*.

habiéndoles espuesto el estado á que le habian reducido sus padecimientos, conjuróles para que le designáran un hombre capaz de sostener el peso del gobierno. Pasados tres dias en continuas oraciones, fué nombrado por unanimidad el P. Jerónimo Nadal, recién llegado de España, á donde fuera con encargo del general para publicar las constituciones, y en quien se encontraban reunidas todas las circunstancias que una carga tan importante requería. Algunos de los de la asamblea pretendieron que tomara el título de vicario ó comisario general; empero él fué de parecer de no tomar título ninguno, á fin de hacer inviolable en todo tiempo la autoridad del general, y este parecer prevaleció.

» Aprobó el general la eleccion y descargó en Nadal el despacho de los negocios: reservóse únicamente el cuidado de los enfermos, pues no creía en conciencia poder descansar en persona alguna, y juzgaba que un superior estaba obligado á atender por sí mismo á las necesidades de aquellos que le miraban como á un padre.

» Así fué que toda su aplicacion se dirigió á este punto, y no es fácil imaginar cuan sensible le hizo su ternura paternal á las menores incomodidades de sus hijos. Decía que su falta de salud era particular disposicion de la Providencia, que haciéndole sufrir de antemano los males de los otros, movíale á compasion para con toda clase de enfermos.

» Pero por mas esmero que pusiera en consolar y aliviar á los que padecian, nunca estuvo contento de sí mismo, oyéndosele decir cierto dia que el cuidado de los enfermos le hacia temblar cuando pensaba en las obligaciones de un buen superior.

» En cuanto sus padecimientos, que cada dia aumentaban mas y mas, y el peso de los años no le permitieron salir fuera de su casa, quiso que se le diera noticia de cuantas buenas obras hacian ruido en Italia y fuera de Italia. Supo un dia que habiendo algunos jóvenes de Macerata preparado una comedia poco honesta para celebrar el carnaval, los padres que estaban

ejerciendo la mision en el colegio de Loreto habian espuesto el Smo. Sacramento en una capilla magníficamente adornada ; que durante los tres dias que preceden al miércoles de ceniza se habia celebrado la funcion de las Cuarenta horas, y que el pueblo escitado por aquella nueva ceremonia habia abandonado el teatro para ir á adorar á Jesucristo en los altares.

»Agradó tanto esta devocion al P. Ignacio, que ordenó se practicára todos los años en las casas de la Compañía ; y á él debemos estas solemnes oraciones que hoy dia se elevan durante los últimos dias de carnaval, para alejar á los fieles de los escándalos y locuras de la época.

»Sintiéndose un dia algo mas débil que de costumbre y considerando que la obediencia era el alma y el carácter de su orden, hizo llamar al compañero de su secretario, y despues de haberle hecho comprender que ya poco tiempo le quedaba de vida, *escribid*, le dijo : *deseo que la Compañía conozca mis últimos pensamientos sobre la virtud de la obediencia ;* y dictóle lo siguiente :

1. Desde que habré entrado en religion, mi primer cuidado será, el de abandonarme enteramente á la voluntad de mi superior.
2. Seria de desear que cayera yo en manos de un superior, que se dedicára con empeño á reformar y domar mi carácter.
3. En todas aquellas cosas en que no hay peligro de pecado, es necesario que siga el parecer de mi superior y no el mio.
4. Hay tres maneras de obedecer ; la primera, cuando hacemos lo que se nos manda en virtud de obediencia, y este es un buen modo de obrar ; la segunda, que es mejor, cuando obedecemos por simples órdenes ; la tercera, y es la mejor, cuando no aguardamos la orden del superior, sino que prevenimos y adivinamos su voluntad.
5. Es necesario obedecer indistintamente á toda clase de superiores, sin hacer distincion del primero al segundo y de este al último. En todos debo ver igualmente á nuestro Se-

ñor, por quien tienen todos sus destinos, y recordar que la autoridad es transmitida al último por aquellos que están antes que él.

6. Si un superior juzga que es bueno aquello que me ordena, y yo creo no poder obedecer sin ofender á Dios, como esto no me conste con toda evidencia, debo obedecer. No obstante, si me siento acosado de algun escrúpulo, consultaré con dos ó tres personas de buen sentido y estaré en lo que ellas me digan: si esto no me basta, estaré bien léjos de la perfeccion que exige la escelencia del estado religioso.

7. En fin, yo no me pertenezco á mí mismo, sino á mi Creador, y á aquel bajo cuya direccion me ha puesto. Yo debo ser en manos de mi superior como la cera derretida que toma la forma que se quiere, y hacer todo lo que á él plazca; por ejemplo, escribir cartas ó no escribirlas, hablar á una persona ó dejar de hablarla, y otras semejantes cosas.

8. Debo mirarme como un cuerpo muerto que ningun movimiento puede hacer por sí mismo, y como el baston de que se sirve un anciano que toma ó deja segun le acomoda; de modo que la religion se sirva de mí en todo aquello para que me juzgare útil.

9. No puedo pedir á un superior que me destine á tal punto ó que me confiera tal empleo: puedo no obstante declararle mi pensamiento y vocacion, siempre poniéndome enteramente en sus manos, y pareciéndome lo mejor aquello que él me ordene.

10. Esto no impide el solicitar algunas cosas que no pueden tener consecuencias, como son visitar las iglesias ó practicar otras devociones para obtener de Dios alguna gracia, á la condicion siempre de quedar igualmente satisfechos, ya nos conceda ó niegue el superior aquello que le hubiésemos pedido.

11. Sobre todo dependo del superior en todo aquello que atañe á pobreza, no teniendo nada propio, y usando de todo como una estatua que se puede desnudar sin que dé muestras de oposicion ni queja.

»Este es el testamento del P. Ignacio y la última acción que hizo para el bien común de su orden. Sus enfermedades corporales no le impedían dedicarse á todas horas á la contemplación de las cosas divinas, y deseaba con ardor extremo verse desatado de los lazos del cuerpo para unirse mas estrechamente con Dios.

»Como habia deseado tres cosas antes de morir, son á saber, que la Compañía fuese confirmada por los soberanos Pontífices; que el libro de los *Ejercicios Espirituales* fuese aprobado por la Santa Sede, y que fuesen publicadas las constituciones en todos los puntos en donde trabajaban sus hijos; decia que ya nada le quedaba que desear en el mundo; que era ya en él inútil, y que su único pensamiento debia ser el cielo. Dominado por estos sentimientos, viósele suspirar dia y noche pensando en su Dios, y los esfuerzos de amor que hacia durante sus oraciones, debilitábanle todos los dias en gran manera.

»No contribuyó poco á abreviarle la vida el ver encendida la guerra entre el rey católico y el Papa. Para deplorar en silencio la nueva calamidad de la Iglesia y prepararse mejor para la muerte que veia próxima, quiso salir de Roma, y retirarse á la pequeña casa de campo del Colegio Romano, que hiciera construir el año anterior. Pero habiéndole hecho presente los padres antiguos, que no es sano un edificio recién construido; que los vientos fuertes podian dañarle durante los calores del mes de julio, hizo consultar á algunos médicos su determinación, para que no se dijera despreciaba el aviso que se le daba, y temeroso al mismo tiempo de que pudiera echársele en cara su falta de salud, pues por deseos que tuviera de morir y presentimientos de su muerte, conservaba su acostumbrado método de vida, enemigo de singularizarse, y amante hasta el fin de la vida en comun.

»Alejandro Petrone, el mas famoso médico de Roma, permitióle trasladarse á la casa de campo, despues de haberla examinado por sí mismo. Sin embargo, apenas el P. Ignacio permaneció algunos dias en ella, que sintiéndose mucho

peor, fué preciso trasladarle de nuevo á la ciudad. El médico, á pesar de esto, no juzgó peligrosa la enfermedad. Aquello no era mas que una debilidad sin accidente alguno maligno, y cuasi sin calentura, que á nadie debia alarmar, y entre muchos enfermos que se encontraban en la casa profesa, el general parecia ser el que menos cuidado le inspiraba.

«Algunos que oyéronle hablar de la muerte, se atrevieron á decir que abrigaba vanos temores. Ignacio no intentó desengañarles, pero insiguiendo sus inspiraciones y las órdenes del cielo, confesóse y recibió el Cuerpo de nuestro Señor con extraordinarios sentimientos de devocion. Dos dias despues, hizo llamar por la tarde á su secretario el P. Polanco, y habiendo dispuesto quedar á solas con él: *Mi hora ha llegado*, le dijo: *id á pedir al Papa su bendicion para mí y una indulgencia para mis pecados, á fin de que mi alma esté mas segura en el terrible momento. Y decid á Su Santidad, que si voy á algun lugar desde donde mis súplicas puedan influir en algo. como así lo espero de la misericordia divina, no dejaré de rogar por él, ni mas ni menos que mientras he podido he rogado por mí.— Pero qué, padre mio*, respondió Polanco *¿seria posible que os perdiésemos para siempre? Los médicos no os creen en peligro, y yo espero que nuestro Señor os conservará todavía para su servicio.—Id*, replicó el enfermo, *y pedid la bendicion apostólica para otro padre*. Polanco, creyó que este otro era el padre Laynez, que habia recibido los últimos sacramentos, pero la esperiencia hizo ver que iba dirigido al P. Olavio.

«Polanco se encontró en un estado bastante perplejo. No se atrevia á publicar lo que el P. Ignacio le habia dicho en secreto, ni tampoco podia presumir sobreviniera catástrofe alguna: el enfermo parecia tener mas fuerzas que nunca, y todos aseguraban que nada debia temerse. De otra parte, le apuraba la orden terminante que por dos veces habia recibido. Por último adoptó el partido de volver al lado del P. Ignacio y pedirle si se oponia á que difiriera la visita al Papa hasta el dia siguiente. *Haced lo que querais*, contestó el padre, que creyó

quizás no se atribuyera una tercera orden á una verdadera revelacion. Polanco, que aquella tarde tenia que escribir dos cartas á España, dejó el encargo para el dia siguiente, fiando en la respuesta del P. Ignacio y en la palabra de los médicos; que aquella misma tarde habian repetido nuevamente que ningun asomo de peligro se manifestaba.

» Dos ó tres de los principales padres no se separaron del enfermo hasta una hora muy avanzada. Antes de retirarse habláronle de una sencilla cuestion del Colegio Romano, y dióles su parecer con la serenidad que acostumbraba.

» Pasó la noche solo, entregado á Dios, y cuando á la mañana siguiente fueron á enterarse de su estado, encontráronle próximo á la agonía. Los padres acudieron en masa y fuera de sí; Polanco fué precipitadamente á ver al Papa, acusándose por no haber ido antes, y Su Santidad accedió á todos sus deseos con grandes muestras de benevolencia y dolor. Mientras tanto quisieron hacer tomar algun alimento al P. Ignacio, creídos que aquel accidente era efecto de debilidad; pero él contestóles con moribunda voz, que todo aquello era inútil; y juntando las manos, elevando los ojos al cielo y pronunciando el nombre de Jesus, espiró dulcemente una hora despues de la salida del sol. Era en dia de viernes 31 de julio de 1556.

» Tenia 65 años, databa de 35 su conversion y de 16 la fundacion de la Compañía. Vióla antes de su muerte estendida por todo el mundo y dividida en doce provincias, con mas de cien colegios. Vióla asimismo ceñir la corona del martirio en la persona del P. Antonio Criminal, y de los hermanos Pedro Correa y Juan de Sosa, los tres muertos por la fe á manos de los bárbaros del Brasil.»

Así se espresa, sin añadir ni quitar palabra, el P. Bouhours, biógrafo minucioso de Ignacio, crítico reconocido é historiador alegado algunas veces por nuestros contrarios, de los cuales, el autor del *Retrato al daguerreotipo* estamos seguros no le ha leído. Tan acreditado como el P. Bouhours, el P. Maffei, cuya biografía de S. Ignacio es reputada como libro clásico, re-

fiere la muerte de Loyola en el mismo sentido, con las mismas escenas, y en algunos pasajes hasta con las mismas palabras. Croisset y Ribadeneyra, en la relacion de la muerte del primer general de los Jesuitas, se espresan, aunque no tan detalladamente, del mismo modo que Bouhours y Maffei. A estos cuatro nombres ilustres, á estos cuatro historiadores intachables, verídicos y aprobados, podríamos agregar nuevos nombres y nuevas relaciones; pero con los dichos basta y sobra con mucho para oponer un peso superior al que pueda hacer el nombre del desacreditado Boucher, que no pesa nada ni en historia ni en crítica, y es el único autor en que el del *Retrato al daguerreotipo*, su fiel traductor, ha sabido ir á buscar la relacion de la muerte de Ignacio. Por supuesto que el calumniador Boucher al escribir lo que escribe no dice en qué opinion, buena ó mala, se funda. ¡Pues qué! ¿Necesitaba mas que la suya? ¿Para escribir despropósitos y asestar calumnias, se necesita algo mas que voluntad de escribirlos y ser calumniador? ¡Oh! Adolfo Boucher tiene bien poco adelantado para convencer á sus lectores con decir, *yo lo digo*; y todavía tiene adelantado menos el autor del *Retrato al daguerreotipo* cuando dice, *así lo cuenta Adolfo Boucher*. Persona, y sensata, hay, que como sepa que Boucher es el fianza de una verdad, no necesita mas razon para darla por mentira. Pero en fin, veamos lo que dice Adolfo Boucher, ó lo que es lo mismo, veamos como se relata en la obra que impugnamos la muerte del santo fundador, muerte en todos conceptos digna y muy digna de su vida.

Antes de todo transcribamos un párrafo del *Retrato al daguerreotipo* para que nuestros lectores aprendan á leer y juzgar su condenada obra. Dice así: «Algunos han creído que Ignacio encubria un carácter orgulloso y una ambicion sin límites bajo el sayal del mendigo de Manresa: otros le han juzgado como loco, dominado por manías caballerescas, religiosas y guerreras: otros le han calificado de ente ridiculo: nosotros nos limitamos á deplorar la fatal casualidad que convirtió á

Ignacio el guerrero en Loyola el predicador ¹, y le hizo adquirir por discípulos á los Laynez, los Salmeron y los Bobadilla, que dieron al jesuitismo una funesta inclinacion y le convirtieron en azote del género humano ².»

Examinemos ahora este párrafo. De cuantos autores ha leído el autor del *Retrato al daguerreotipo*, si es que ha leído á alguno mas que á su predilecto el incalificable Boucher, ni uno solo ha encontrado que no califique á Ignacio de Loyola, al fundador, al *Santo* Ignacio de Loyola, de orgulloso y ambicioso, ó de Quijote cristiano, ó de ente ridículo. ¿Qué autores serán estos que así se atreven á denigrar al hombre lumbrera de su siglo; al hombre que con un solo libro logró convertir mas almas que letras tenia su obra; al hombre que en una sola institucion produjo mas sabios que fuera de ella contaba la Europa; al hombre que con sola la plantificacion de una idea aportó mas beneficios á la humanidad que humanamente pudieran concebirse? Serán autores á quienes la venda de la anti-religion cegára la vista de las hazañas jesuíticas; serán autores que encerrados en la mezquindad de sus miras, en el cálculo frio de su egoismo, en el reducido terreno de su impotencia para el bien, han querido exhalar por su boca las terribles ideas que infestaban su mente, han mojado su pluma en la hiel de que rebosaba su corazón. ¿Qué autores son estos? ¿Qué obras son las suyas? ¿Qué aprecio ha hecho el mundo de estas y de aquellos? Si se llaman Adolfo Boucher, Sue, Gioberti, ú otros pocos apellidos parecidos, guárdense en buen hora su celebridad y sus libros que solo les han conquistado el desprecio de los prudentes y un sello de infamia con que la sociedad pura, moral, religiosa ha marcado sus reprobados y abominables frutos.

1. El que semejantes herejias profiere, no puede titularse español ni decirse católico, por mas que blasoné de tal con la mas refinada hipocresia.

2. Los verdaderos azotes del género humano no son, no, los beneméritos individuos de la Compañia de Jesus; lo son, sí, el desacreditado Boucher y sus partidarios.

El autor del *Retrato al daguerreotipo* deplora la fatal casualidad que convirtió á Ignacio el guerrero en Loyola el predicador. Quisiéramos poder atribuir estas palabras á otro escritor que no fuera español ; quisiéramos poder verlas escritas por la mano de alguna celebridad de la escuela anti-social y anti-católica , para contestar á ellas lo siguiente. Tambien el infierno deploró la conversion de Ignacio ; tambien el infierno rugió de rabia cuando vió escapársele su presa ; tambien los precitos lanzaron un grito de horror cuando el capitán Loyola , iluminado por la divina gracia , dijo adios al mundo y fijó la vista. la mente , el corazon , todo su ser en el cielo. El malhechor que aguarda en una encrucijada al caminante extraviado para despojarle vida y hacienda , tambien deplora la salida del sol que ilumina el verdadero camino á los ojos de su víctima. Loyola en el viaje de la vida seguia ciego y á oscuras un camino sembrado de flores , á cuyo extremo habia un precipicio y en su fondo un torrente de llamas. Todas las pasiones mundanas tenian cabida en su corazon : la falta de compasion del rico , la vanidad del noble , la dureza del soldado , la incontinencia del licenciado... De repente todos los vicios se alzan á sus ojos desnudos y en toda su horrible hediondez ; la virtud ofrece ampararle bajo su escudo ; trábese el combate, Ignacio lucha, vence y se salva. Los pasos que le conducian al abismo truécense en acciones dignas de ser imitadas , y que afortunadamente imitan sus hijos ; los escalones que descendia hácia el infierno vuelve á subirlos hasta aquel que se apoya en el cielo. Vive para el prójimo , su muerte es edificante, el segundo periodo de su existencia ha sido tan ejemplar que un soberano pontífice procede á su canonizacion ; el capitán Loyola se convierte en S. Ignacio... Y la casualidad de esta conversion es fatal ! ; la casualidad de esta conversion es de deplorar ! , segun el condenado autor del *Retrato al daguerreotipo*. ¿Podemos, debemos hacer ninguna reflexion ? Una no mas : ó Ignacio es santo ó no es santo. O reconoce el autor del *Retrato al daguerreotipo* la comunión de los santos ó no la reconoce. Si no la reconoce , hemos acabado ; si

la reconoce, silencio! y doble el desgraciado la rodilla ante el ínclito, el glorioso S. Ignacio de Loyola, astro brillante de la Iglesia y honor de la España.

Dícese luego en el *Retrato al daguerreotipo* con la mayor sangre fría, que causa risa y compasión a un mismo tiempo: «Dios creó la luz y la vida. El jesuitismo creó la muerte. La muerte del alma y de la inteligencia; la muerte del amor y de la caridad; la muerte de cuanto hay mas grande, mas noble, mas generoso en este mundo.» — En tan pocas palabras compiten entre sí la primacia, la inexactitud, la ignorancia y la necedad. No es cierto que los Jesuitas matáran el alma, al contrario, la sublimaban, la iluminaban, la empujaban en su vuelo á la mansion celeste. Si es en Europa, la voz del jesuita resuena potente en el púlpito, en la cátedra, en el consejo; la voz del jesuita, siempre llena de uncion, siempre evangélica, siempre persuasiva, siempre salvadora. Al oirla conmueves el corazón del impío, ilústrase su mente y cambia el aspecto religioso de los pueblos. Atrinchérase el jesuitismo en España y Portugal contra la secta de Lutero, y escudado tras la santa promesa de que las puertas del infierno no prevalecerán contra la Iglesia del Señor (puede que el autor del *Retrato al daguerreotipo* ignore esta divina promesa) ¡atrás! dice á la mal llamada reforma, y la infernal reforma se detiene en su carrera de perdicion; y mientras en distintas naciones piérdense innumerables almas por seguir la nueva secta, españoles y portugueses dicen muy alto al mundo católico: «El mortífero soplo que vomitó Lutero no ha infestado nuestras poblaciones: vedlas, ni uno solo de nuestros hermanos ha padecido la peste reformista.» Bien dijo el impío D'Alambert, que era inútil la pretension de un triunfo completo mientras hubiera jesuitas. — Aquel que en la primera enseñanza forma el corazón de los niños según las leyes y amor de Dios, jesuita es. Aquel que se sienta á la cabecera del moribundo y le enseña el camino que debe recorrer su alma para llegar al cielo, jesuita es. Aquel que dice al desgraciado—

espera — y al incrédulo — ten fe — jesuita es tambien. Estas consideraciones en abstracto tendrán aplicacion directa en el decurso de este libro.

Atravesemos el mar en un frágil leño y abordemos remotas orillas. Millares de millares de hombres no conocen mas los preceptos de la verdadera religion que las leyes de la culta sociedad. Unos se postran, cantan, bailan ó toman penosas posturas ante el sol que nace y ante el sol que muere, por un espacio de horas. Otros adoran informes masas de piedra con tantos atributos de hombre como de bestia. Otros sacrifican victimas humanas á un dios de sangre que solo vive de la muerte. Otros adoran animales mas ó menos feroces; otros árboles; otros flores; otros nada. Sin embargo estos hombres son hermanos de los europeos; tienen un alma que perder, un alma perdida, inculto terreno en el cual durante treinta generaciones nadie cuidó de sembrar fe. Y sin embargo, por ellos como por todos murió el Salvador clavado en una cruz. — ¿Quién duda que á tenor de las doctrinas de la religion católica, única razonable, única divina, única verdadera, única que salva, estos hombres tienen muerta su alma, perdido el lugar que les correspondía en el paraíso? La ignorancia es la que ocasiona esta muerte: los Jesuitas son los primeros en comprender esta verdad, en comprenderla con el ardor necesario, con el valor que conduce al triunfo ó al martirio. Parten, llegan, predicán, trabajan, mueren algunos; redoblan su constancia y esfuerzos; y familias, tribus, pueblos, naciones se convierten al Dios de los cristianos, al cual el jesuita les ha enseñado á conocer, bendecir y amar. — Diga la censurada y reprobada obra del *Retrato al daguerreotipo*: ¿es así como el jesuitismo mata el alma?

Falso, falso mil veces, que los Jesuitas mataran la inteligencia. Cultivadores eran de ella y en otro lugar hemos citado muchos nombres gloriosos de jesuitas maestros y de sus ilustres discípulos. Podríamos repetirlos ahora y aumentarlos con innumerables, pero solo para esto necesitaríamos muchas en-

tregas : el número es tan extraordinario y tantos los frutos de sus talentos que formarían por sí solos una obra aparte. Además , este trabajo sería inútil , por cuanto nadie hasta ahora , que nosotros sepamos , sino la censurada obra del *Retrato al daguerreotipo* , se ha atrevido á decir que los Jesuitas mataban la inteligencia. Aun sus mas acérrimos enemigos , enemigos mucho mas temibles que el alucinado autor del *Retrato al daguerreotipo* , han concedido que las ciencias como las artes ganaron no poco con el establecimiento de los Jesuitas , cuyos padres eran los mejores guardianes y dispensadores de ellas. Empero por si queda algun escrúpulo al autor del *Retrato al daguerreotipo* , ó sus palabras han hecho alguna mella en alguno de sus pocos lectores , para el fin de esta obra prometemos un diccionario biográfico de jesuitas célebres. Por él será mas fácil formarse una idea de los beneficios que á la inteligencia prestaron los padres de la esclarecida Compañía de Jesus.

Falso no menos que el jesuitismo creára la muerte del amor y la caridad. Por amor al prójimo , al prójimo salvaje , á quien nadie amaba en el mundo , perdía el jesuita , patria , familia , la vida muchas veces ; por caridad alimentaba , vestía y albergaba en Roma á millares de pobres durante un horroroso período de hambre. Por amor y caridad al prójimo nada tenía suyo el jesuita , ni aun el patrimonio de su ciencia , que caritativa y amorosamente repartía entre todas las clases del pueblo.

Hemos dicho que la ignorancia competía con la inexactitud en las transcritas líneas del *Retrato al daguerreotipo* , y es así , por cuanto si su autor antes de emprender la publicación hubiese leído y estudiado lo que debía , no se encontrara en el sensible caso de ver desautorizados los asertos que con demasiada ligereza sentó. Por fortuna las bibliotecas públicas y particulares están atestadas de libros donde en pro y en contra se dilucida esta cuestion , y muy prudente hubiese sido enterarse de ellos , siquiera por no decir tan garrafales disparates. Bastaba haber

abierto cualquiera de estas obras , con tal que su autor hubiese tenido una poca de responsabilidad en la república de las letras , para convencerse de que los Jesuitas no mataron el alma , ni la inteligencia , ni el amor , ni la caridad. Pero ya se ve ; suponer es siempre mas corto que estudiar.

Hemos dicho tambien que la necedad competia con la ignorancia ; y en efecto pecar de necio es salir en letras de molde á la afirmativa de una proposicion , que á la primera embestida debe venir abajo ; pecar de necio, es como escupir al cielo, como levantar con arena un dique contra las olas , como negar que dos y dos son cuatro. El que incurre en semejante pifia acostumbra á captarse el poco envidiable título de hazme reir literario. Sus escritos gozan de poco favor y de menos prestigio.

Prosigamos. «El jesuitismo , impulsado y dirigido por hombres ardientes y apasionados , llenos de odio al mundo y dotados de una energia y perseverancia á toda prueba, ahogó la poesía y el entusiasmo, el genio y las pasiones humanas.» Esto se dice en el *Retrato al daguerreotipo*: y esto es inexacto, inexactísimo. De estas cuatro cosas que se suponen muertas por los Jesuitas , diremos que no nos es comprensible la muerte del entusiasmo , por cuanto esta palabra por sí sola no dice nada. Los Jesuitas mataron el entusiasmo ¿de qué? preguntamos nosotros. Cuando se nos diga qué entusiasmo es el que mataron los Jesuitas , entonces podremos saber qué es lo que hicieron matando este entusiasmo anónimo.—Por lo que toca á las pasiones humanas, si eran las malas , como son cuasi todas las humanas , no hicieron sino muy santamente los padres Jesuitas. Por lo regular cuando quiere esplicarse que un hombre ha perdido á otro, dícese que lo ha hecho halagando sus pasiones. De este modo , si los Jesuitas mataron las pasiones que son la desgracia del hombre , merecieron por ello un voto de la humanidad agradecida y una recompensa en el cielo. Vean nuestros lectores como muchas veces se escribe nada mas que para ganar líneas.

Por lo que hace á la poesía , á este bello estudio y don de la

naturaleza, es una equivocacion decir que ha padecido por causa del jesuitismo. Léjos de ser así, en muchos padres de la Compañía ha tenido celosos y célebres cultivadores, cuyas obras, que desconocerá de todo punto el autor del *Retrato al daguerreotipo* cuando así afirma que los Jesuitas mataron la poesía, son admiradas en el mundo literario. Sin habernos tomado gran molestia, podemos citar ahora mismo jesuitas poetas á Balde, Becan, Doissin, Cordara, Lefeyre, Rapin, Rue, Gualfreducci, Lambert, Cerceau, Mambrun, Vallins, Borelli, Fellon, Giattini, Bonaffos de la Tour, Mazzolari, Chevalier, Noceti, Donati, Fuzon, Cottast, Lasala, Olivé, Garasse, Bauhuis, Zamagna, Clairé, Reiffenberg, Maray, Benci, Cresola, Beschi, Bellini, Logomarsini, Bouzonié, Ladovici, Burgundio, Lebrun, Oudin, Magnet, Porée, Sanadon, Mayre, Meyer, Rubbi, Dondini, los dos Eggs, Commine, Zyll, Millien, Sante, Desbillons, Vincart, Ceva, Sarbiewski, Colomer, Deslions, Savastano, Serrano y Vionnet, etc. etc. etc. ¿Qué dirá ahora el censurado y condenado autor del *Retrato al daguerreotipo*? Callar y llenarse de vergüenza.

Esto por lo que hace á Jesuitas maestros: por lo que toca á discípulos lo han sido cuasi todos los poetas que desde la fundacion de los Jesuitas hasta nuestros dias han florecido en Europa. En efecto, encargados durante tres siglos de la educacion de la juventud por entero, desde el príncipe al hijo del último obrero, han visto salir de los bancos de sus escuelas todos los talentos privilegiados que en su tiempo se conquistaron un noble sitio en el panteon de los varones esclarecidos. Ciencias, artes, literatura, armas, todos los ramos del saber humano han tenido sus mejores representantes en los discípulos de los Jesuitas. Es una equivocacion pues suponer que los hijos de Loyola, premeditada ó impremeditadamente sufocaran el genio ó la poesía en sus tiempos; es una equivocación tanto mas ridicula en cuanto no hay pueblo, casa, familia que no deba un grande vástago á los desvelos, á los talentos, á la propaganda que de su ilustracion hacian los padres de la Compañía de Je-

sus. Por cada prueba animada que se nos exigiera, podríamos citar ciento. En este punto, ó nuestros contrarios proceden de malicia, ó son ciegos que no ven, sordos que no oyen¹.

«Entre los Jesuitas, prosigue el *Retrato al daguerreotipo*, no hay mas que un hombre que goce de voluntad y de vida, el general. Sus inferiores no son mas que unos instrumentos pasivos, un baston en la mano de un viejo, una especie de cadáver.» Por lo que hace al supuesto omnímodo poder del general, creemos haber desvanecido, pulverizado esta falsa opinion en las páginas 70, 71, 72, 73 y 74 de esta obra. Haremos ahora lo propio con la idea de que los Jesuitas no generales distan mucho de ser una especie de cadáveres, con la esplicacion de la célebre frase *perinde ac cadaver*, que tanto ha dado que hablar y murmurar.

Advertiremos de paso, que si entre los Jesuitas solo hay una voluntad, la del general, y que sus inferiores hasta para morir necesitan superior permiso, hace mal el autor del *Retrato al daguerreotipo* en ensañarse contra tan mansos corderos, y en pintarnos á todos los Jesuitas que fueron miles de miles como unos verdaderos tigres de sociedad. Donde solo manda uno, solo uno puede ser responsable de los resultados; si los Jesuitas inferiores son un baston en manos de un viejo ¿qué culpa tiene el baston de que el viejo sacuda con él las espaldas de los groseros chiquillos que le atropellan? Diga el autor del *Retrato al daguerreotipo*, tantos fueron los generales de la Compañía de Jesus, y sabremos á punto fijo cuantos eran los malos:

1 En un autor que tenemos á la vista, encontramos ser en Francia discípulos de los Jesuitas, los varones siguientes: Condé, Luxembourg, Richelieu, Flechier, Lalande, La Rochefoucauld, Bossuet, Fénélon, Huet, Fleury, Lamoignon, Talon, Pothier, Montesquieu, Maupeou, Juste-Lipse, Descartes, La Condamine, Fontenelle, Buffon, Corneille, Molière, etc. etc. Si quisiésemos consignar los nombres de los poetas discípulos de los Jesuitas, que florecieron durante la dominacion de la casa de Austria en España, podría formarse de ellos un volumen. —¿Sufocaron pues los Jesuitas maestros la poesia ó el genio de tan inmortales discípulos?

el resto es inocente, como no se le ocurra al autor del *Retrato al daguerreotipo* acusar y procesar á un hombre por los crímenes que pudiera haber cometido despues de cadáver.—Esta suprema voluntad del general, si existiera, seria la mejor defensa, caso de no haber otra, sino de la Compañía de Jesus, al menos de los Jesuitas.—Pero hemos dicho y repetido que todo esto no pasa de ser una exageracion adulterada, y vamos á explicar el verdadero sentido del citado *perinde ac cadaver*, y del no menos combatido *baston del viejo*.

Los argumentos de mas valer que se han descargado contra esta aparente obediencia pasiva, se reducen á que es igualmente contraria á los principios de la ley natural, á las luces de la recta razon, á la seguridad de los estados y al honor de la Divinidad.—A la primera de estas objeciones contestaremos con el escritor italiano Juan Antonio Joaquin Cerutti: Sectarios de la ley natural ¿por qué juzgais que le es contraria la obediencia de los Jesuitas? ¿Acaso porque reprime la libertad y establece la subordinacion? ¿O solo porque es obediencia? Luego la que los vasallos rinden á sus príncipes, la de los soldados á sus jefes, la de los pueblos á sus magistrados, la de un hijo á su padre, la de un discípulo á su maestro, la de un criado á su amo, serán igualmente contrarias á la ley natural, pues todas reprimen la libertad, todas establecen la subordinacion. Desengañémonos: la libertad no escluye la subordinacion, ni la subordinacion la libertad. Desengañaos: la naturaleza produce mil principios de superioridad y dependencia. En la naturaleza la fuerza manda á la flaqueza; en la naturaleza el talento manda á la incapacidad; en la naturaleza la ciencia dirige á la inesperienza, el número menor cede al mayor ó á los que le representan; en la naturaleza el hombre reverencia á su autor y á los que son su imágen en la tierra. Destruid todos los lazos, cuya relacion forma la armonía social; deshaced la gran cadena que abraza, une y subordina todo el sistema de los seres; trastornad de alto abajo el orden del universo y la gradacion de la naturaleza, defendiendo que

toda obediencia, toda dependencia le es contraria, ó confesad que no lo es la de los Jesuitas en calidad de mera obediencia. ¿Acaso porque es obediencia servil? Es evidente que la ley natural reprueba toda esclavitud, ¿pero es probado que lo sea la obediencia de los Jesuitas?

Por esclavitud entendemos nosotros un yugo involuntario: la obediencia de los Jesuitas es un yugo que nadie les impone, sino que voluntariamente se imponen ellos á sí mismos. ¿Es comparable este origen de esclavitud, con la del negro de América, que viene al mundo esclavo porque tiene la desgracia de nacer de padres esclavos? Donde hay voluntad de obedecer á todo trance no hay despotismo en mandar á todo evento. La esclavitud no es hija de la voluntad, lo es del nacimiento ó de la conquista: la de los Jesuitas es efecto de su inclinacion y eleccion. La esclavitud proviene, ó de raptor ó venta, y trae consigo por esto mismo la privacion de la libertad; cuando por el contrario la obediencia de los Jesuitas es el don, el homenaje, el uso de una libertad bien entendida. La esclavitud es la sumision prestada á un hombre que no acepta sino que fuerza; la obediencia del jesuita es una sumision prometida á Dios, que no fuerza, solamente acepta. El grito de queja, el ¡ay! dolorido del esclavo es sufocado por la férrea mano de su señor; mientras la obediencia del jesuita autoriza la queja y crea el derecho de representacion. La esclavitud es obra repentina, imprevista, de algunos momentos ó á lo mas de algunos dias; la obediencia del jesuita no es imprevista ni repentina: sobre ser el resultado de una libre eleccion, deja al neófito dos años de espera y diez ó doce de prueba. La esclavitud no tiene leyes fijas, ni mitigacion cierta, ni limite señalado; en tanto que la obediencia del jesuita tiene limites que no puede pasar, mitigaciones que todo lo aseguran y leyes que no pueden faltar si no falta con ellas la Compañía. La esclavitud es el interés del que manda producido por la sangre y el sudor del que obedece; la obediencia del jesuita tiende á la gloria de Dios, por quien obedece, y tiene por fin la salvacion del obediente.

Como no se opone la obediencia en el jesuita á la ley natural , tampoco se opone á la recta razon. En toda sociedad manda la recta razon que el interés personal, ó sea la voluntad particular ó la pasion, debe sacrificarse al público , esto es , á la voluntad general ó ley , lo mas pronto , lo mas universal y lo mas perfectamente que se pudiere. Sacrificar la voluntad particular ante la voluntad general , rendir la pasion tributo ante el ara de la ley , es lo que se llama obedecer; pero esta ley tiene sus sacerdotes , esta voluntad general tiene sus representantes que son los superiores ; luego obedecer á los superiores es obedecer á la ley , como en ejemplo vulgar , obedecer á un alcalde es obedecer á la persona del soberano cuya representacion tiene , como la persona de un magistrado fiscal es á los ojos de la ley la sociedad refundida , simbolizada , representada por un individuo.

El jesuita obedece á su superior *sin exámen* , dejando cualquier obra , *aun la letra empezada* , y no por esto se perjudica á nadie ni menos resulta ofendida la razon. ¿No responden cien mil hombres á la voz de un general de ejército , y *sin exámen*, *dejando toda obra* se arrojan sobre el parapeto enemigo , donde caerán víctimas ó se levantarán sacrificadores ? A una voz , á una seña , á un toque de clarin , cien mil hombres obedecen ciegos la voluntad de otro hombre , que puede conducirles á la muerte , que puede estar vendido á sus enemigos , que por ignorancia ó malicia puede sembrar la mortandad entre los suyos ; de un hombre que el soldado no se ha escogido sino que le han puesto al frente ; de un hombre que no permite volver la espalda al peligro sino es para ir á morir en la vergüenza. ¿Y habria quien se quejára de este general ? ¿Puede comprenderse de otra manera la disciplina militar ?—Pues ¿cómo , siendo así , hay quien censure la obediencia del jesuita respecto al general , la obediencia limitada con prudentes restricciones que vamos á demostrar ?—El instituto de la Compañía de Jesus no dice que la obediencia deba ser ciega *absolutamente* , sino de *algun modo ciega* : *cæca quadam obedientia*. Ordena

que el súbdito empiece mirando si en el camino que le señalan ponen algun embarazo la religion ó la obligacion. Si no le ponen quiere que disparado prontamente en la carrera, la corra el súbdito *cuasi á ciegas*, es decir, apartando los ojos de los objetos que le rodean para fijarlos en el término de su viaje; genuino y único racional sentido de aquellas palabras *en algun modo ciega*, que significan atencion y prontitud, con esclusion de toda distraccion, mas no de todo exámen.—El Instituto además no cuida de examinar solamente si la obediencia prescrita es conforme á la justicia, sino tambien si es conforme á la caridad; no cuida solamente de examinar si el órden del superior incluye pecado grave, sino aun leve; no cuida solamente de examinar si el hombre manda cosa contraria al hombre, sino cosa contraria á Dios. La Compañia de Jesus nunca ha prohibido el exámen sino en los casos en que se ve que no hay pecado; de suerte que el no exámen en punto á obediencia empieza cuando acaba el exámen en punto á pecado. Cuantos den otro sentido á la obediencia de los Jesuitas y la condenen como contraria á la razon, no juzgan segun la razon que ve las cosas tales cuales son en sí mismas, sino segun la passion que las ve segun las quiere ver.

Lo que hemos defendido en el terreno del jesuita como religioso, defenderemos en el terreno del jesuita como ciudadano. Si debiera darse fe á las palabras del anti-jesuitismo, no hay estado que no deba asustarse de tal obediencia. Y no obstante ignoran ó fingen ignorar, que las mismas constituciones que prescriben la obediencia la limitan; que esta obediencia, aun limitada, solo se refiere al jesuita miembro de una órden, no al hombre individuo de un estado; que los fundadores de órdenes religiosas imponiendo á sus discípulos obligaciones nuevas, estaban muy distantes de emanciparlos de las antiguas; que la obediencia monástica nace de la misma fuente que la obediencia política; que el Evangelio es el fundamento de una y otra; que son dos hermanas; que no pueden ser rivales; que el Instituto dice con el Apóstol que debemos obede-

cer á las potestades seculares como á Jesucristo; que este dijo *dad al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios*; que por consiguiente no puede un jesuita ser vasallo rebelde á su príncipe sin ser cristiano rebelde á su Evangelio y religioso rebelde á su orden. ¿De donde se han sacado los anti-jesuitas que haciendo estos voto de ser obedientes, le hagan de ser insensatos ó discolos? Insensatos si no supieran conciliar la regla de la obediencia á los superiores religiosos con la obediencia á los soberanos; discolos si como buenos ciudadanos no supiesen contestar al llamamiento de la patria y de su jefe, cosa que nunca han hecho los hijos de Ignacio. Y si en la astuta argumentacion arguyerais el caso de posibilidad, no verosímil, contestaríamos no haber en la tierra cosa útil, necesaria, sagrada, que no se pueda tachar, combatir, destruir. Inconveniente seria, y no pequeño, el haber generales en los ejércitos, porque es posible que el baston de mando se convierta en sus manos en estandarte de rebelion. Inconveniente es que haya magistrados en los tribunales, porque es posible que la espada de la ley que les está confiada para defender á la inocencia se emplee en inmolarla. Inconveniente es el principio de familia, porque es posible que un padre forme el corazon de un hijo para el vicio cuando debiera formarle para la virtud. Inconveniente es que haya ciencias, porque es posible que tras el aparente cultivo se esconda la ociosidad. Inconveniente es que adelante la industria, porque es posible que el fabricante convierta al hombre en máquina de produccion. Inconveniente es, si á tanto extremo quiere llevarse, que haya culto religioso, indispensable á la religion y al estado, porque posible es que en el templo del Señor se cometa algun escándalo. ¿Podríamos ir á parar á peores disparates?—Argüís con la posibilidad, y nosotros os refutamos con la esperiencia; es decir, que á la objecion mas débil y al pretexto mas frívolo oponemos la respuesta mas firme y el motivo mas racional. ¿Qué extraño si la verdad está de nuestra parte! — Y qué seria si á la no esperiencia del mal añadiéramos la

experiencia del bien? Si el hilo de la historia no debiera conducirnos á ello mas adelante, nosotros os haríamos ver ¡oh enemigos de los Jesuitas! que á la voz de la obediencia se han transformado estos *cadáveres* en hombres estimables, en héroes admirados; que á la voz de la obediencia este *baston de hombre viejo*, cual la vara de Moisés, ha devorado las serpientes de la herejía y ha abierto á los fieles derrotero seguro en el peligroso mar de los vicios; que á la voz de la obediencia, los Jesuitas, obedeciendo en cosas indiferentes, han obrado cosas grandes; que á la voz de la obediencia, convencidos de que los superiores no son hombres injustos, se han hecho los Jesuitas súbditos útiles; en fin, que á la voz de la obediencia y sujetándose ciegamente á las luces de otro, han logrado ilustrarse á sí mismos y alumbrar al mundo.

Los que echan en cara su obediencia á los Jesuitas, ignoran sin duda que segun la Iglesia debe obedecerse á los superiores religiosos, á los superiores eclesiásticos y á los superiores temporales como á Dios mismo ¹; que S. Pablo decia á los Efesios: «Obedeced á vuestros superiores como á Jesucristo ²»; que S. Basilio exigia de cada inferior para con las órdenes del superior, una plenitud de consentimiento y de adhesion igual á la que debe tenerse para con la fe ³; que S. Benito prescribia la obediencia á los superiores lo mismo que á Dios ⁴; que San Agustín queria que en la persona de un superior se mirára la de Jesucristo ⁵; y S. Buenaventura sostenia ser mas meritorio obedecer á un hombre por amor de Dios que obedecer á Dios mismo ⁶, y que para ser obediente con toda verdad era necesario ser como un *cadáver*, que se deja tocar, remover y manejar sin oponer resistencia alguna ⁷; que S. Bernardo llamaba á la obe-

1. Mat. xxv, 45; xviii, 3; ix, 33.

2. Ephes. vi, 5.

3. Sermo 2 de instit. monach.

4. Reg. S. Benedict., cap. 5.

5. Reg. de S. August., et Const., cap. 2.

6. Tract. de gradi virt., cap. 2.

7. In vita Franc., cap. 60.

diencia rendida al superior, obediencia rendida á Dios¹; que S. Cesario ordenaba que se recibiera la orden del superior como si viniera del cielo, como pronunciada por la boca misma de Dios²; que S. Bruno, S. Fulgencio, S. Gregorio Magno, S. Fructuoso, S. Columbano, S. Juan Climaco, S. Francisco de Sales y S. Francisco de Paula³, prescribían á los suyos la misma obediencia que S. Ignacio de Loyola prescribió á los Jesuitas. Ignoran asimismo que el cardenal de Richelieu hizo á los ministros reformados de Charenton la siguiente respuesta: «Si no estuviérais ciegos todos vosotros, sabríais que la obediencia que calificais de vergonzosa no es condenable, puesto que á ella debe sujetarse un verdadero religioso. Los Jesuitas no son culpables al hacer y guardar un voto que los padres de la Iglesia antigua, no solamente *aprueban*, sino que *ordenan* como necesario á los religiosos⁴.» Ignoran en fin que el célebre Bossuet, hablando en nombre de la razon, escribía: «Cese la autoridad en un reino, y todo será confusion, ni mas ni menos que caeria en tierra el universo entero el dia en que la Providencia divina cesára de sostenerle⁵.» — Todo esto ignoran, y mucho mas: la razon está en que al estudiar esta cuestion no han procedido como debian, sino como les ha convenido: no al imparcial estudio que al anticipado juicio se deben sus declamaciones.

Ya hemos visto á qué se reduce el tan cacareado *cadáver y baston de viejo*, que ni el cadáver de César ofrecido á los ojos del pueblo por Antonio, ni la formidable clava de Hércules,

1. Lib. 3, discip. præcept.

2. In Bibl. patr., edit. Lugd., 1677, t. VIII.

3. Ann. ord. Carthus., lib. 1, chap. 8.—Surius, in vita S. Fulg. tom. 4.—S. Greg. Mag., lib. 2, cap. 4.—S. Hier., Epist. ad Rusticum.—S. Thom., 1, 2, q. 13, art. 5, ad 3.—Reg. S. Fruct., pag. 14.—Reg. S. Columb., pag. 92.—S. Juan Climaco llamaba á la obediencia *tumba* en que descansa la voluntad.—Espiritu de S. Francisco de Sales.—Vida de S. Francisco de Paula, p. 213.

4. Principales puntos de fe contra los ministros de Charenton.

5. Política sacada de las santas Escrituras, p. 431.

hicieron mas impresion en el pueblo romano ó en el Mino-tauro.

Quien hubiese tenido menos fe en la causa de su defensa, hubiera quizás hecho presente que esta obediencia, este principio de pasiva aquiescencia, no era en Ignacio otra cosa que una derivacion muy natural de los principios militares que en su juventud recibió, y de los cuales, nunca para el mal, siempre para el bien, hemos dicho varias veces se resintieron todos los actos de su vida. Bien se pudiera decir que si el ejército es el modelo de la disciplina, y la disciplina es el primer elemento de la fuerza, aquello será mas fuerte, aquello será mas estable y contribuirá mas eficazmente al fin que se propuso, cuando mayores garantías de orden constituido y regularidad ofrezca. Ignacio fundador pudo volver los ojos al pasado y acordarse de las victorias obtenidas por el capitan Loyola al frente de un ejército; victorias debidas todas á los talentos y valor del que mandaba y á la prontitud en obrar sin réplica de los que obedecian.

Pero á los que reunimos á la fe el convencimiento, no debe amedrentarnos el atacar de frente la cuestion, y defender la obediencia en el jesuita por la misma obediencia en general y por la especial obediencia de la Compañía de Jesus. No alegamos subterfugios para evadirnos ni escusas para paliar el mal efecto que en algunos causar puede el *cadáver* y el *baston de viejo*, sino razones que apoyen la obediencia, esplicaciones que la ilustren, citas que la corroboren, leyes divinas y humanas que la exijan.

Detrás de este robusto parapeto aguardamos impávidos cuantos ataques puedan dirigirse á la *en algun modo ciega* obediencia de los Jesuitas, necesaria entre los hombres, origen de ópimos frutos, y no menos agradable á la Iglesia que al SEÑOR su Dios. Adelante los enemigos de todos estos poderes: seguros estamos: *contra ellos no prevalecerán las puertas del infierno!*

Despues de los párrafos transcritos y otros en que se pasa

revista á los actos de los pocos jesuitas que al parecer conoce de nombre el autor del *Retrato al daguerreotipo*; párrafos que pulverizaremos en los sucesivos capítulos, viene la descripción de la muerte de Ignacio. Pero como el que la escribe no ha querido tomarse el trabajo de consultar para ello cronista alguno, bueno ni malo, ha apelado al indestructible testimonio de Adolfo Boucher, y se limita, como él mismo nos dice en la pág. 58 de su obra, á describir lo que ha descrito el desventurado autor de la *Historia pintoresca de los Jesuitas*. Según este, Ignacio muere como el ambicioso que lega su pasión de conquista á los discípulos que rodean su cama; muere formando el sol una *sangrienta auréola* al rededor de su cráneo; muere sin acordarse de Dios y fiando á sus sucesores la misión del exterminio y degradación de la humanidad.—Y no obstante este es otro de los innumerables santos que el catolicismo venera en sus altares. ¡Qué ferviente católico será el autor del *Retrato al daguerreotipo*!

Como quiera que en el fondo y aun en las palabras, Adolfo Boucher y el autor del *Retrato al daguerreotipo* están enteramente conformes; como quiera que en otro lugar hemos descrito la muerte del varón justo, tal como la encontramos en libros y cronistas sin tacha; como quiera que nuevamente á la opinión de estos tendríamos que referirnos para contestar é impugnar el falso relato; como quiera que de pocos es desconocida la muerte de Ignacio, y á los que no la conozcan y pudieren dudar de nuestra veracidad les es fácil ir á beber la verdad en otras fuentes; como quiera que en un país católico, como este en que por fortuna escribimos, los repugnantes ataques dirigidos á todos los santos en un santo, no son creídos y sí despreciados; como quiera que hay blancos tan altos que á ellos no puede llegar la saeta de la calumnia; como quiera finalmente, que nosotros creeríamos rebajarnos contestando á Adolfo Boucher, cuyo descrédito está tan colmado que no es posible añadamos una gota mas al vaso de su reprobación; concluimos por decir que la lúgubre descripción de la muerte de S. Ignacio de Loyola ha hecho

asomar la risa á nuestros labios, lo cual sucederá á todos aquellos que malgasten el tiempo en leerla. Por último, hemos dicho siempre al escritor del *Retrato al daguerreotipo* en donde constaba nuestra opinion, ó en qué autores contemporáneos de los hechos ó cronistas reconocidos en sana crítica se apoyaba. Que él nos salga y quiera hacernos pasar por cuentos inverosímiles y ridículas farsas, nada mas que porque así plugo á la delirante y estraviada imaginacion de Adolfo Boucher, sin anterior autor en que apoyarse, sin posterior autor con cuya aprobacion defenderse, no pasa de una ridiculez que baña de lleno á aquel que en ella se envuelve. En Bouhours, en Croisset, en Rivadeneyra, en Maffei, en otros escritores, y en el testimonio de la posteridad, hemos basado nuestra relacion de la muerte de Ignacio. El autor del *Retrato al daguerreotipo* la apoya únicamente en Adolfo Boucher sin religion conocida. El combate no es igual: antes de pelear le llevamos de ventaja ante todos los hombres sensatos, lo que va de la verdad á la calumnia. La victoria es nuestra.

CAPÍTULO VIII.

FRANCISCO JAVIER.

En la página 56 del *Retrato al daguerreotipo* léense, con escándalo de todo fiel y dolor de la Iglesia católica, las siguientes líneas :

«Javier desembarca en Mozambique y pasa á Goa. Predica en el Malabar, en la costa de Coromandel, y Amboine. En este último punto obliga á retirarse á los españoles. Se traslada á Malaca sitiada por las fuerzas de Aladino, y lo mismo que Bobadilla en Mulhberg, da el grito de guerra en nombre de un Dios de paz y arroja á los sectarios de Mahoma. Pasa al Japon, donde se le califica de loco, y se le arroja de Amanguchi. Se lanza á la China, llega á Sancian y muere.»

Así se calumnia por un autor que se dice católico á un santo, cabalmente de los que mas devotos tienen en los altares; así para el autor del *Retrato al daguerreotipo*, Francisco Javier es un hombre que vende á su patria, que predica la efusion de sangre, que merece ser calificado de loco, y que desaparece de la historia de los Jesuitas sin ser acreedor á un recuerdo, á un voto de gracias en favor de aquel, cuyo corazon lleno de la verdadera filantropía, le inclinó á dar su vida temporal por la eterna de sus hermanos. No es así como se destaca á nuestros ojos la interesante figura de Francisco Javier. Sigamos sus pasos : la huella que deja en la arena es digna de ser besada.

Ignacio de Loyola habia tenido intencion de pasar por sí mismo á la mision de las Indias; pero falto de salud é imposi-

bilitado de ponerse en camino, recurrió á la oracion, y el cielo le dió á entender claramente ser Francisco Javier el vaso de eleccion. Recibió el padre la mision de estender por el mundo el Evangelio de Jesucristo, con el mismo reconocimiento y gozo, con el mismo valor, con la misma sed de padecer, con el mismo celo, con el mismo ardor, con el mismo afan de salvar almas que animaba á los primeros discípulos de nuestro divino Redentor. Por esto al recibir la órden de partir y al postrarse á los pies del sumo Pontífice para recibir su bendicion, no dudó el Vicario de Jesucristo de que mandaba un verdadero apóstol á las Indias.

Era el 5 de marzo de 1540. Javier parte con el breviario debajo el brazo, único equipaje que lleva consigo; pasa por Loreto, conságrase de nuevo á la Madre de Dios, pone bajo su especial patrocinio la mision que va á emprender, atraviesa por delante el castillo de su familia, sin que puedan decidirle á entrar en él, por no faltar al voto de pobreza que tiene hecho, y al cabo de tres meses arriba á Lisboa y se aloja en el hospital, viviendo de limosna y despreciando el hospedaje que le ofrece el monarca. Las predicaciones que hizo en la capital del reino portugués, fueron bastantes á cambiar la faz moral de la ciudad. Probaron á detenerle, mas él persistió en adelantar su marcha, y habiéndole entregado el rey cuatro breves del Papa, en dos de los cuales le nombraba Su Santidad su Nuncio apostólico, dándole poderes amplísimos para conservar y estender la fe en Oriente, y en los otros dos le recomendaba á los gobernadores de las islas, partió Francisco Javier de la bahía de Lisboa el dia 7 de abril de 1541, en compañía del P. Paulo de Camerin, italiano, y del P. Mansilla, portugués. Trece meses después desembarcaba en Goa, habiendo merecido que sus compañeros de viaje, que pasaban de novecientos, le dieran el título de santo padre, á que se hizo acreedor por su humildad, celo evangélico, afan por cuidar á los enfermos, aun á los apestados, haber hecho del viaje una continua mision, y de los viajeros otros tantos catequizados. Con este honroso tí-

tulo de santo padre fué conocido siempre, hasta entre los idólatras y mahometanos. Esto solo bastara para hacer su apologia.

Dentro de pocos años nacerá en la Iglesia de Dios una nueva religion de clérigos, que llevará el nombre de Jesus; y uno de sus primeros padres, conducido por el Espíritu Santo, penetrará hasta los rincones mas distantes de las Indias orientales, cuya mayor parte abrazará la fe ortodoxa por el ministerio de este predicador evangelico. Así se espresaba en 1497, mientras los salvajes de la India despedazaban su cuerpo á flechazos, un santo varon, Pedro de Covillan, religioso trinitario, á quien el cielo favoreció con la corona del martirio.

Llegó Javier y se realizó la profecía. Como en Lisboa se resistió á los ruegos del monarca, en Goa no cedió á los del vi-rey, que no pudo recabar del misionero tomara otro alojamiento que el hospital. La situacion del cristianismo en la India oriental era deplorabilísima. Abandonados los templos católicos, la idolatría de un lado y el mahometismo de otro, habian levantado altares y corrompido las costumbres, aun de los mismos portugueses. Tal era la faz de la cristiandad del nuevo mundo, cuando el P. Javier arribó á él; viña inculta que se convirtió en verjel florido desde el momento en que el celoso misionero trabajó en ella.

Para lograr la bendicion del cielo en su arriesgada empresa, pasaba la mayor parte de la noche pidiendo al Señor le iluminara con la luz de la divina gracia. Dormia solamente tres ó cuatro horas, se ponía en oracion al amanecer y concluida celebraba el santo sacrificio de la misa, dirigiéndose luego á visitar cárceles y hospitales. De vuelta, iba por la ciudad agitando una campanilla, á cuyo son reuníanse los muchachos que adoctrinaba en el Catecismo; jóvenes arbustos que crecian del lado á que el Santo les inclinaba y por quienes empezó la ciudad á mudar de faz. Sus predicaciones acabaron de hacer la reforma de las costumbres: los mas escandalosos pecadores, penetrados del horror de sus delitos, fueron los primeros que se presentaron al tribunal de la penitencia. Anu-

laronse los contratos ilícitos, desaparecieron los usureros, separóse el licencioso de la concubina, restituyóse lo mal adquirido y á mucha parte de los esclavos les fué concedida su libertad. Milagrosa era la transformacion: Francisco Javier la habia obrado.

Goa abrazaba de nuevo el cristianismo y con él la práctica de sus virtudes, cuando Miguel Vaz, vicario general de la India, pone en conocimiento de Javier que desde el cabo Comorin hasta la isla de Manar se estiende la costa de la Pescheria, en la cual su celo puede inflamar el enteramente decayido espíritu religioso. Sus habitantes, los páravas, solo por nombre y bautismo podian llamarse cristianos. El incansable Francisco parte en compañía de dos jóvenes eclesiásticos que entienden el dialecto malabar, único que se habla en la costa; y sin mas riquezas que una cruz de madera y su breviario, sin mas armas que las irresistibles de su elocuencia evangélica; apenas ha pisado una playa idólatra cuando esta se conmueve al oír su palabra. Mientras los portugueses despojando de sus tesoros á los vencidos vejaban á los habitantes de esta parte del globo, solamente Francisco Javier va á enjugar lágrimas; solamente en su pecho ha encontrado digno albergue la compasion y la filantropía. Por esto el célebre historiador Robertson, al hablar de la situacion de la India, esclama en el libro 6.^o de la *Historia de Carlos V*: LOS JESUITAS SON LOS ÚNICOS QUE SE FIJAN EN ELLA Á IMPULSO DE LA HUMANIDAD: elocuente testimonio arrancado por la fuerza de la verdad á una pluma protestante.

—Francisco Javier estudió el dialecto párava, y luego que hubo traducido las oraciones de la Iglesia, tomó como en Goa una campanilla, recorrió las treinta poblaciones de la costa, y haciéndose intérprete de aquel Señor que decia: *dejad que los niños se acerquen á mí*; reunió los muchachos, enseñóles la doctrina cristiana, catequizóles y trabajó para el cristianismo su corazon de cera. Al poco tiempo levantábanse altares al verdadero Dios sobre las ruinas de los altares idólatras, y

aquel pueblo infeliz aprendia á conocer la diferencia que va del Dios de los cristianos á los mentidos dioses del gentilismo. Con tanto acierto se conduce el misionero jesuita ; tan visiblemente protege el Señor su obra , que ya mas que un extraño entre salvajes , es el padre , el hermano , el amigo , el consultor y el jefe de sus catecúmenos. Llega á tal la confianza de estos que corren á su encuentro , ya no á fin de buscar un guia para su alma , sino un médico para su cuerpo. Sacrifica todas las horas del dia y de la noche , y aunque su caridad las multiplica , no bastan para atender á cuantos reclaman sus auxilios , y encarga á algunos de sus neófitos que suplan por él en lo posible. Aceptan estos el cargo , y dignos discípulos de tan gran maestro , secundan su obra de regeneracion y cada uno de ellos es otro celoso y afortunado misionero. La Pescaería ha mudado de aspecto como mudó Goa : todavia es Francisco Javier el autor de la transformacion ; todavia es un jesuita que salva á un pueblo ; todavia es á la Compañía de Jesus que se debe la civilizacion de una parte del mundo. Y esto que hasta ahora solamente hemos esparcido las primeras páginas de sus glorias.

¿ Merece Francisco Javier , que el autor de la censurada y condenada obra del *Retrato al daguerreotipo* le continúe el dictado de loco ? ¿ Loco el que abandona su familia , su patria , sus comodidades , por las amarguras de un destierro voluntario , por los sufrimientos del catequista , por las penalidades del misionero , por los riesgos del que á cada momento espone su vida ante la turba embrutecida , cuyas manos están aun teñidas con la sangre de las víctimas sacrificadas en aras de carnívoras deidades ? Loco podrán llamar á Francisco Javier aquellos cuyo diminutivo talento no alcance á la altura de su imaginacion ; aquellos cuya alma mezquina sea incapaz de comprender ni sentir la virtud de la abnegacion ; aquellos que profesan la filantropía del egoismo y como Judas besan á los mismos que venden. Sí , solamente estos podrán llamar loco á Francisco Javier , al héroe cristiano , de quien decia Clemen-

te X haber colmado Dios de beneficios, y haber merecido por unánime consentimiento del universo cristiano el hermoso título de apóstol de las Indias.—Prosigamos empero: mas ha de crecer todavía la confusion de nuestros contrarios.

Los rápidos progresos de Javier no podian menos de atraerle numerosos enemigos, especialmente de parte de aquellos que veian desplomarse su ambicion con sus ídolos. Existia en la India una raza temible, cuyas absurdas creencias religiosas la hacian descender nada menos que de los mismos dioses cuyo sacerdocio ejercian. Esta ridícula secta, que pretendia tener alguna grosera semejanza con el cristianismo, adoraba á tres dioses, representados por una estatua de tres cabezas y un solo cuerpo, llamadas aquellas Masio, Visnou y Brama, engendradas por una sustancia que se da el ser á sí misma, conocida por los indios con el nombre de Parabrama. Este, al igual de Saturno, señaló á sus tres hijos el imperio que debian ejercer, tocando en el reparto á Masio el cielo, á Visnou el juicio de los hombres, y á Brama la presidencia de su religion, de quien se derivan los bracmanes. Bajo el velo de ridículas austeridades, como eran habitar las cavernas y hendiduras de las rocas, esponerse completamente desnudos á los rigores de la estacion y abstenerse de comer cualquier alimento que haya tenido vida, se esconde una insaciable sed de riquezas y un ilimitado afecto á los placeres sensuales. No es menos ridícula su doctrina que corrompidas sus costumbres. Persuádense, bien que se ignora el origen de la tradicion, que las vacas proceden de la Divinidad, y que la dicha es inseparable de aquel que cubra su cuerpo con escrementos de vaca quemados por un bracman, como tambien de que el alma del que logra morir agarrado á la cola del *divino animal*, pasa directa y enteramente limpia al cuerpo de una vaca; inapreciable favor que de otra suerte solo dispensan los dioses á los que se precipitan de la cima de una montaña, arrójanse á las llamas de una hoguera, ó déjanse aplastar por las ruedas del carro que sirve de trono á sus dioses.—Triste condicion la de estos hom-

bres, condenados á vivir en una religion tan torpe para la humanidad y tan degradante para la razon.

Bien conoció Javier que para asegurar el éxito de su mision convenia ante todo convertir á los bracmanes, que como á sacerdotes y especuladores de ídolos, estaban interesados en sostener el, para ellos, especulativo culto. Pero la elocuencia de Javier se embotaba en una naturaleza inerte, que solo á impulsos del crimen ó del deleite sacudia su habitual pereza. Confundióles, obligóles á confesar la esclencia del cristianismo, pero triunfaba en ellos el egoismo de la conviccion. «¿Qué será de nuestras familias acostumbradas á vivir de las ofrendas que se recogen en los templos?» decian. Y maldiciendo en su interior los bracmanes de Pescheria el cielo, para ellos funesto, de Francisco Javier, velanse obligados á respetarle. No empero los de Travancor, en cuyo pais repítense los triunfos del jesuita hasta el punto de convertir á la familia real, levantar cuarenta y cinco iglesias católicas, y bautizar en un solo dia, como dice el propio misionero en una carta, mas de diez mil personas. Los bracmanes de Travancor avarientamente interesados en detener los progresos de Javier, seducen á algunos de sus fanáticos creyentes; y para que en su santa historia no pueda faltar ni la gloriosa página del martirio, su cuerpo es herido á flechazos, y por haber escapado con vida se incendian las casas en que se supone está descansando. Dios velaba empero por su leal siervo, y la antorcha de los incendiarios no obtuvo mejor éxito que el arco de los asesinos.

Entre tanto el territorio de Travancor era invadido por los bagades, horda de ladrones de Bisnagor, á cuyo frente caminaba el jefe de Maduré. Reune sus gentes el rey de Travancor para cerrar el paso á su enemigo. Avistanse entrambos ejércitos, el choque ha de ser sangriento, pero Javier no puede consentir en que sus neófitos mueran como pobres ovejuelas en las garras de rabiosos lobos. Puesta su confianza en Dios y armado de un crucifijo, sale al encuentro de los bagades, y en nombre de Dios vivo les prohíbe pasar adelante. La tonante

voz del misionero es oída en las primeras filas, el Todopoderoso obra un milagro, y los bagades aterrados huyen en desorden de un extranjero, que segun ellos despidе rayos por los ojos. El rey de Travancor que es testigo de esta escena, llama al misionero, y dícele ante el ejército reunido: «A mí me llaman el gran Monarca, vos sereis el gran Padre;» y en seguida publicó un edicto mandando que se obedecieran como del rey mismo las órdenes de Javier, y autorizando en sus Estados la religion católica.

Díganos el autor del *Retrato al daguerreotipo* ¿es así como Francisco Javier obligó á retirarse á los españoles? ¿Es así como en nombre de un Dios de paz da el grito de guerra? Pobres imaginaciones raquíticas, que ni el trabajo quereis tomaros de consultar la historia ó leer un libro autorizado, ¿cómo no conoceis que el descrédito sigue á la calumnia, y cómo no advertís que la luz de la verdad rompe las tinieblas del oscurantismo y atraviesa las nubes de la pasion, tan bien como la luz del sol rompe las tupidas nubes que se interponen entre la tierra y sus rayos? ¿De qué sirve pedir á la poesia ó á la ficcion galas prestadas? ¿La mentira, por mas que se emboce, dejará nunca de ser mentira? Amortajad un cadáver con el manto de un rey: cuando levanteis el recamado sudario ¿hallareis debajo algo mas que sucio barro? Y semejantes faltas en un libro, las tolera la crítica y las tolera el público una vez, dos, tres: el escudo que guarece á un caballero en el combate resiste una cuchillada y dos y tres; pero viene al fin que la fuerza del golpe aumenta ó el trabajo del arma se resiente, y entonces roto el escudo y herido el caballero, viene rodando al suelo donde muerde el polvo de la vergüenza. ¿Y qué será cuando el escudo es la irreligion, y el arma que lo hiere el rayo del Señor?—Volvamos á Javier.

La poblacion de Coulan abraza el cristianismo, mayormente desde que ha presenciado el milagro obrado por el misionero de resucitar un muerto. De todas partes acuden los gentiles que se arrojan á sus pies pidiéndole la regeneracion por

el bautismo; de todas partes llegan enviados que en nombre de sus hermanos solicitan su presencia; y el apóstol de la India, el gran Padre de Travancor, á quien Dios, el celo y la caridad multiplican, no puede atender por sí mismo á tantos servicios como de él se reclaman, y manda nuevos misioneros que cultiven el jardín ya plantado. A los habitantes de Coulan siguen los habitantes de Manar, cuyo rey Jofanapatan, usurpador de la corona de su hermano, se convierte para los cristianos en otro Diocleciano emperador. Tertuliano lo ha dicho: la sangre de los mártires era como la semilla de nuevos cristianos. Propónese el príncipe deber al dolor lo que ni al corazón ni al entendimiento puede arrancar, y tantos son los que se le presentan para morir, que como el prefecto romano que cita la historia, no puede con el número. Nuevo Herodes sacrifica sin piedad hasta los tiernos niños cuyo labio no puede pronunciar todavía la profesion de su fe, pero de la cual responden sus padres con el valor de la madre de los Macabeos. Y todo, todo en vano. El eco de la voz de Francisco Javier resuena en la real morada, y su influjo, escalon tras escalon, sube hasta el último del trono. El hijo mayor, heredero del príncipe de Jofanapatan, recibe el agua del bautismo: sábelo su padre y segundo Hermenegildo es ejecutado en presencia del tirano.

Como de cada gota de lluvia que en la abrasada tierra cae durante el ardiente estío brota un insecto, así de cada gota de sangre que se derramaba en Manar salia un neófito dispuesto á derramar toda la de sus venas. La familia real se convierte en su mayor parte á la verdadera religion, y cuando su muerte parece inevitable, un negociante portugués tiene medio para sacar de Jofanapatan á los reales neófitos, preséntalos á Javier para que su bendicion les fortalezca en la fe, y entran luego en un colegio que dirige en Goa Pablo de Camerino. Redoblan los cristianos su fervor, redobra el príncipe su crueldad, y redobra su celo Javier. Despues de haber recabado de Juan III la correccion de varios abusos, y de haber concertado una espedicion contra el de Jofanapatan para proteger á sus perse-

guidos y cristianos neófitos, aspira el misionero nada menos que á difundir el Evangelio en el fondo del Oriente. El dia 25 de setiembre de 1545 llega á Málaca y tres meses despues, al partir en 1.º de enero de 1546, tiene la satisfaccion de dejar en la ciudad tantos católicos cuantos son los ciudadanos. Arriba á Amboina el 16 de febrero, y halla que la isla solo tiene siete aldeas cristianas: el resto de la poblacion es idólatra. Javier vivifica la fe en los corazones, y recorriendo las selvas, examinando las hendiduras de las rocas, busca neófitos en cuyas penas toma parte, enseñándoles en cambio los deberes que Dios les impone. El infatigable misionero no se limita á ser el médico de las almas: sabe que en las escuadras ancladas en el puerto se ha desarrollado una fiebre pestilente. El contagio es tan temible que ni los mismos físicos quieren asistir á los enfermos. Javier desprecia el peligro, y en mar como en tierra es el padre protector de los que padecen; y no satisfecho con asistir á los enfermos, velar á los moribundos y enterrar los cadáveres, mendiga de puerta en puerta el sustento para aquellos á quienes el dedo de Dios ha señalado con una pestífera mancha. La flota apesada era la española, el punto del contagio Amboina. ¿Es como hemos descrito, es salvando las vidas de sus hermanos y arriesgando cien veces al dia la suya propia, como Francisco Javier obligó á retirarse á los españoles, con lo cual, al parecer, quiere el autor del *Retrato al daguerreotipo* insultar la memoria del Santo? Si así es, lo que ha conseguido este escritor es incluir un error mas sobre los muchos en que su obra abunda, y contraer un nuevo mérito para que nadie dé fe al escrito de su pluma.

Concluida esta mision, se embarcó Javier para las Molucas. Ternate es la primera de estas islas, y en ella despues de haber hecho entrar de nuevo á sus habitantes en el camino de la virtud, bautiza á la implacable enemiga de los cristianos, Neachila Pocaraga, hija de Almanzor, rey de Tidor, y esposa de Boleifa, que antes de la conquista se sentaba en el trono de Ternate. Neachila ardia en deseos de vengarse de aquellos que

habian usurpado el cetro á su marido , profundizaba la ciencia del Alcorán , y quiso confundir al infatigable apóstol. ¡ Vana esperanza ! Por término de estas conferencias Neachila olvida su venganza , su ambicion , su Alcorán , y es la mas humilde sierva del Señor.

Tres meses trascurrieron de la llegada de Javier á Ternate , cuando vinieron á decirle que en direccion á Oriente , á sesenta leguas de distancia , existian unas islas que en lo antiguo habian sido cristianas , pero que degeneradas enteramente , no tan solo tornáran antropófagos sus habitantes , sino que los hijos , en criminales y asquerosos banquetes en honor de sus dioses , inmolaban y devoraban á sus ancianos padres. El pais era estéril , el clima nocivo , y el suelo agitado de convulsiones volcánicas. Ni peligros , ni ruegos , ni súplicas , ni lágrimas detienen á Javier. Antes de partir , escribe al inclito Loyola lo siguiente :

« Voy á un pais sembrado de peligros , muy temible por la
» barbarie de sus moradores y por el uso de ciertos venenos que
» se mezclan en los manjares. Esto ha retraido á muchos , pe-
» ro en atencion á la urgencia y á las obligaciones de mi car-
» go , que me prescribe librar á las almas de la muerte eterna ,
» aun á costa de la vida , he resuelto arriesgarlo todo. Mi es-
» peranza y mis deseos están en conformidad con lo que el Sal-
» vador nos dijo : El que quiera salvar su alma la perderá , y
» el que la pierda por mi amor la encontrará. Muchos de los
» que me profesan indecible cariño , han empleado toda clase de
» resortes para disuadirme de esta idea. Cuando han visto que
» ni sus súplicas ni sus lágrimas hacian mella en mí , han queri-
» do proveerme de contravenenos , que no me ha parecido bien
» aceptar de temor que el recelo no me exagerase el daño. Fio
» mi vida en manos de la Providencia : ningun preservativo
» necesito contra la muerte ; pues figúraseme que cuantos me-
» nos sean los remedios , mas será mi confianza en Dios. » —
Javier no se equivoca : Dios vela por él y por su empresa. La isla abraza el cristianismo ; y en julio de 1547 está ya de nuevo en Málaga.

« Esto tenia lugar en la época en que la funesta y mal dirigida política de los portugueses les hacia el blanco de los reyes indios, que á cada paso se confederaban contra sus conquistadores. Entre estos reyes figuraba Alaradino, rey de Achem, uno de los mas poderosos, y tan enemigo de los portugueses por nacion como por espíritu religioso. Alaradino aborrecia el nombre cristiano, habia armado en corzo sus galeones, y al frente de un ejército formidable, en la noche del 8 al 9 de octubre de 1549 fuerza el puerto, incendia la flota portuguesa, cañonea la ciudad y se dispone á asaltarla. Recházale el gobernador Francisco de Mello, pero los achemitas, orgullosos del éxito de la tentativa, cortan la nariz y orejas á unos pescadores, haciéndoles al propio tiempo portadores del siguiente mensaje, que reproducimos para que de su contenido se pueda apreciar la poca compasion que los portugueses podian esperar de sus sitiadores.

« Bajaja Soora, que tiene la honra de ofrecer el arroz en » vasos de oro al gran sultan Alaradin, rey de Achem y de las » tierras que uno y otro mar riegan, te prevengo escribas á tu » rey como pese á él estoy aquí, difundiendo en su fuerte el » terror que mi fiero rugido causa, y que no me alejaré hasta » que me diere gana. Pongo por testigo de mis palabras no so- » lo á los habitantes de estas playas, sino á los elementos y has- » ta al cielo de la luna, declarando ante todos ellos que tu rey » es un cobarde sin reputacion; que sus humilladas banderas » no volverán á ondear sin permiso del que acaba de vencerle; » que la victoria obtenida pone la cabeza de tu soberano bajo » el pié del nuestro; que desde hoy mas es su súbdito y esclavo, y que para que tú mismo confieses esta verdad, te desafio » á que salgas á combatir conmigo en el punto donde me hallo, » si es que tu valor alcanza á resistirme. »

« ¿Qué contestacion merecia tamaño insulto? El honor portugués y el lustre de la religion aconsejaban la guerra; la situacion de las fuerzas cristianas y el desaliento de muchos oficiales transigian con una vergonzosa inaccion, que podia

costar mas cara que la misma batalla; cuando Javier, invitado por el gobernador, penetra en el consejo, y nuevo Pedro en la unción de predicar una cruzada religiosa, nuevo Godofredo en el valor que se necesita para conducirla á la victoria, animado del espíritu de Dios, inflama el entibiado ardor de los portugueses, y montando unas quillas que todavía quedaban en los arsenales ofrece ponerse él propio al frente de la expedición. Empero el pueblo amante del misionero opónese á su partida: la flota parte y Javier queda en tierra. Entonces el Señor que queria probar la fe de los suyos, permitió que á poco de haberse hecho á la vela se abriera de quilla el navío almirante, y se hundiera con él su tripulación. Fácil es comprender que á la vista de este primer contratiempo, volverian contra el jesuita las murmuraciones y los odios de los portugueses; pero Javier, fiando siempre en el Señor, anuncia á los suyos la victoria. Dios combate con las armas portuguesas, y contra Dios no hay achemilas ni pueblo alguno que pueda lo mas mínimo. Con efecto, despues de un reñido combate, la armada cristiana entra en Málaga vencedora, habiendo desbaratado y puesto en fuga la flota del orgulloso monarca, cuya altanera mirada creia poder tenderse por cima la cruz del Gólgota. Málaga se habia librado, y sus habitantes á nadie creian deber vidas y haciendas sino era á Javier. Por esto en su obsequio fueron decretados los honores del triunfo. Los malaquenses no sabiendo como mostrar al Santo su gratitud, victoreábanle en las calles, abrazábanle en las iglesias, felicitábanle en las casas, bendecíanle en todas partes. Alaradino era el terror de las Indias, y Javier era el vencedor de Alaradino.

Vamos ahora al autor del *Retrato al daguerreotipo*, que como hemos dicho continua en la pág. 56 de su censurada obra las siguientes palabras: «Se traslada á Málaga sitiada por las fuerzas de Aladino, da el grito de guerra en nombre de un Dios de paz y arrolla á los sectarios de Mahoma.» Todo esto es falso, no tan solo en el fondo, sino aun en la forma, aun

en las palabras. Javier no se traslada á Málaga sino que vuelve á ella; no sitian á esta ciudad las fuerzas de Aladino, sino de Alaradino, y este nunca profesó, ni sus pueblos menos, la ley de Mahoma, sino la informe y gentilica ley de la mayoría de las Indias antes de la conquista portuguesa. Decimos esto para que se vea cuan poco cuidado ha tenido de repasar la historia, el historiador *que saca retratos nada menos que al daguerreotipo*. No obstante, prescindamos de estas nimiedades, que tales son para nosotros, y hagámonos cargo de la acusación principal, es á saber, Javier animó los portugueses al combate.

Establezcámos ante todo una separacion en nuestra defensa, y sea, primero ¿es lícita la guerra? Segundo ¿es lícito predicarla en nombre de Dios y la religion por uno de sus ministros ó principales ungidos?

A lo primero respondemos: la guerra es un azote de los pueblos, un azote como la peste, como los terremotos, y aun mas horrible que todo esto, porque en la peste y en los terremotos el sacrificador es la naturaleza en estado de revolución, y en las batallas el verdugo es el hombre. La sangre que corre del herido, es muchas veces la sangre que circula por las venas del que le hiere; festin sangriento, opíparo banquete con que la ciega humanidad obsequia á la muerte; paso fatal del gigante de la devastacion, que deja impresa en el suelo una huella de llamas y levanta en las ciudades monumentos de ruinas. Es la verdadera espresion de la cólera de Dios, y por esto permite muchas veces que tenga lugar entre aquellos pueblos, cuyos hijos se han hecho acreedores al divino castigo. Dios castigó con guerra á Babilonia, la ciudad de los placeres impuros, y á Jerusalem, la ciudad deicida. Dios pues que suscita y enfrena las tempestades, provoca y acaba las guerras; el mismo Dios que vela la cuna de los niños huérfanos, tiende su potente mirada sobre los campos de batalla.—Los hombres, empero, se han permitido algunas veces hacer uso de este derecho de vida y muerte que sobre la humanidad tiene el Señor,

y se han declarado entre sí la guerra, la guerra madre de los combates, los combates, rios que continuamente proveen de cadáveres el ancho mar de la tumba. Sin embargo, este uso que el hombre hace de su fuerza contra otro hombre, este acto por el cual quien no puede dar una vida la quita ¿es lícito ó no es lícito? Si en algun caso debe serlo, si en algun caso la defensa y aun el ataque no son una usurpacion de los derechos de la divinidad, es aquel en que un pueblo defiende contra injustos conquistadores la hacienda, la libertad, la vida y la religion de sus hijos; es aquel en que se encontraban los malaquenses cuando el feroz Bajaja Soora se presentó á su vista. En semejantes casos, la guerra es no tan solo tolerable, sino de obligacion, porque la generacion presente seria, de lo contrario, causa de la desgracia temporal y eterna de las generaciones futuras. Estas á su vez podrian preguntar á aquella ¿donde están el hogar de mi familia y la fe de mis mayores? El hombre que cuando todos se abaten salva estas dos cosas, es el héroe de su siglo, es el padre de sus conciudadanos. Esto es lo que hizo Francisco Javier, y estos son los dictados que merece.

Respondamos á la segunda cuestion: ¿es lícito predicar la guerra en nombre de Dios y la religion por uno de sus ministros ó principales ungidos? Responda la historia. Allá, muchos siglos hace, cuando entre el pueblo escogido se destacaba la imponente figura de Moisés, vemos á este supremo sacerdote y legislador, que mereció recibir de las propias manos del Señor el divino código del Decálogo, armar su pueblo, conducirle á la batalla repetidas veces, y en su hora postrera, desde la cima de una montaña, animar á los suyos y entonar á Dios un cántico, mezcla de oracion é himno de guerra. Y el pueblo escogido, guiado, escitado y entusiasmado por Moisés, penetra con las armas en la mano en la tierra de promision, y su destierro no acaba sino despues de una sangrienta batalla. Muere Moisés, y el último acto de su vida, y el último legado que ha hecho al pueblo israelita, es el triunfante desenlace de una

guerra de muchos siglos, por él predicada, por él mantenida, en nombre de Dios llevada á cabo.

Josué, el virtuoso general, por su Dios entra en combate, el arca de la alianza lleva delante de su ejército, y obra contra sus enemigos el milagro de detener el curso de los elementos. Huye ante su espada, que Dios ha bendecido, la tropa de Gabaon, y al sonido de las sagradas trompas de los levitas, caen piedra sobre piedra los robustos muros de Jericó. El Señor protege todavía á su pueblo, y Josué en nombre del Señor combate á sus enemigos.—Joyada y Leví hacen lo propio, y el primero no duda en hacer campo de palestra el sagrado recinto de un templo.

Sanson, amigo de Dios, declara la guerra á los filisteos, y despues que Hércules del verdadero creyente siembra la matanza en ellos, pone fin á su obra desplomando sobre sí y sus enemigos el templo santo, convertido por Sanson en montaña, cuya base la forman los aplastados cuerpos de mil y mil filisteos.

Recórranse en fin las páginas del Antiguo Testamento, y en cada una de ellas encontraremos nuevos combates, y en cada combate nuevos Moisés, Josuées, Joyadas, Levís y Sansones. Vengamos á la nueva ley y los encontraremos así mismo.

Leovigildo, rey arriano, tiene un hijo llamado Hermenegildo, príncipe heredero y dignísimo miembro de la comunidad cristiana. Persigue el padre al hijo, quiere hacerle apostatar de su religion, niégase este, se hace mas insufrible la persecucion, y llega el tiempo de tomar las armas. Hermenegildo en defensa de su tierra, de su Dios y de sus hermanos cristianos, atropella las leyes de la sangre, y con lágrimas de dolor, pero tranquilo de conciencia, entra en guerra con su propio padre. Unas veces vencedor, otras vencido, llama en torno de sí á los suyos; en nombre de Dios y de la religion católica predica la guerra y llama á la batalla, hasta que Dios quiso premiar al varon fuerte y justo con la palma del martirio. La Iglesia

llama hoy S. Hermenegildo , al que en otro tiempo se llamó Hermenegildo rey y batallador.

Honor de nuestra patria S. Fernando , desde 1230 hasta 1252, esto es, desde que fué proclamado rey de Leon hasta que aconteció su muerte, ni un solo dia dejó tranquila la espada en la vaina , ni un solo instante dejó de predicar, alentar, dirigir y llevar á la victoria á sus guerreros. Terror de los árabes Fernando III , viéronle en la diestra la temible espada y en la izquierda el santo pendon de la cruz , á cuya vista cayeron los guardadores y los muros de Córdoba , Jaen , Sevilla , Jerez y Cádiz. Y Fernando es la gloria de su patria, el tipo que se cita entre sus reyes ; y la Iglesia le ha colocado entre el número de sus santos.

Con el renombre de *Católico* es conocido Fernando V, y este título debe á la constancia y valor que mostró en la persecucion de los enemigos de la Iglesia. Con la toma de Baza y Granada acabó en España la dominacion de ocho siglos por los infieles , y para clavar el signo de la Redencion en la mas alta cúspide de la Alhambra , Fernando V tuvo que abrirse paso con su espada por entre numerosos ejércitos que caian bajo sus golpes. Desde la invasion musulmana , todos los reyes de España, desde Pelayo al monarca católico, tendian á la mayor gloria de Dios y rehabilitacion de su culto , y no obstante todos ellos tapizaron á España con una alfombra de sangre. Era un deber de religion y patriotismo , cuyo cumplimiento ha dejado atónito al mundo entero.

La primera Isabel de España , esta reina modelo de todas prendas , esta mujer magnánima cuya vida es la epopeya de todas las virtudes , no se mostró menos acérrima que su esposo en la guerra contra los infieles. Haciéndose superior en todo á la debilidad de su sexo, no tan solo hablaba como capitán en el consejo, sino que entraba como general en las batallas. El fervor religioso hizo de esta mujer un esforzado caudillo. Nunca su compasivo corazon desmayó ante el cuadro desgarrador de una guerra tan cruel como indispensable y no-

ble, por la misma razon que ni Judith ni Jael temblaron ante los cadáveres de dos monstruos como Sísara y Holofernes.

A últimos del siglo XI seiscientos mil infantes y cien mil caballos al mando de Godofredo de Bouillon y de los mas célebres principes de la cristiandad, invadieron espada en mano la Palestina, para conquistar la ciudad que fué teatro de la muerte del Redentor. Un santo ermitaño habia predicado esta cruzada. Ademaro, como legado apostólico marchaba con ella, y el papa Urbano II concedió absolucion general de sus pecados á todos los que murieren en tan cristiana empresa. Jerusalem fué tomada, pero las aguas del Cedron y del Jordan se tiñeron con sangre mora y cristiana.

Si hubiéramos de enumerar las guerras sostenidas con piadosa intencion, necesitaríamos un volúmen. Basten los hechos citados para probar que es lícito á los ministros y principales ungidos del Señor, el predicar y sostener guerras que en mayor gloria del Señor redundan. ¿Y qué? Javier saliendo á resistir la invasion de los enemigos de su Dios y patria ¿obraba de otra manera que Moisés, Josué, Joyada, Levi, Sanson, S. Hermenegildo, S. Fernando, Fernando V, Isabel I, Pedro el ermitaño, Urbano II y los numerosos jefes de las Cruzadas? Contéstenos el autor del *Retrato al daguerreotipo*, opóngase á la semblanza si sabe, niegue los hechos si puede.—Siga el curso de la narracion.

Los honores que á Javier tributaron los vencedores, alarmaron la humildad del jesuita, y sabiendo que en el Japon hay tanta necesidad de su presencia como probabilidades de morir en la empresa, parte para el Japon el 15 de abril de 1549, en compañía de Pedro Cosme de Torres, Juan Fernandez, y Anger, japonés convertido que toma el nombre de Pablo de Santa Fe. Despues de una travesía de cuatro meses en unas aguas donde se estrellan la mitad de los buques que á ellas se lanzan, aborda Javier en Cangoxima el 15 de agosto. El carácter y costumbres de los japoneses nos le describe un autor francés en los siguientes términos:

«Es el Japon un mundo de montañas é islas en los confines
 »del Asia, frente la China. El terreno poco fértil en granos,
 »abriga en sus entrañas muchísimas minas de oro y plata. Sus
 »habitantes son ateos ó idólatras: los unos en nada creen, y
 »los otros sujetan su fe á los mas chocantes delirios. Los hay
 »que adoran el sol y la luna, que rinden sus homenajes á Ca-
 »mis, hijo del sol, y á Fotoques, que son unos dioses inventa-
 »dos por los chinos. Algunos dan asimismo culto á varias cla-
 »ses de animales. La mayor parte veneran á Amida y Jaca,
 »dioses popularizados por la mitología pitagórica, que en todas
 »las ciudades tienen sus templos, donde la magnificencia cor-
 »re parejas con la supersticion. En honor de estos dioses se pre-
 »cipitan los japoneses de la cumbre de las rocas y se sepultan
 »vivos en las cavernas. Véanse á menudo hombres y mujeres
 »cantando en la playa las alabanzas de Amida y Jaca, y á su
 »compás arrojarse á las olas con una piedra atada al cuello.
 »El pontífice de esta religion se llama el Sazo, y los sacerdotes
 »bonzós, que vienen á ser unos bracmanes, públicamente tan
 »austeros como estos y en el fondo como estos tan desmorali-
 »zados.»—Esta era la gente con quien iba á luchar Francisco
 Javier.

Y no obstante, son tan persuasivas sus palabras, es tan sim-
 pático su trato, hay tanta abnegacion y pureza en sus actos,
 que dos bonzos se convierten al cristianismo y en pos de ellos
 la mayor parte de la poblacion de Cangoxima. Desde este pun-
 to pasa á Firando, donde la escuadra portuguesa le recibe
 izando banderas y haciendo en su honor repetidas salvas.
 El 27 de octubre de 1550, al embarcarse para Meaco, capital
 del imperio, deja á Firando enteramente convertida al cristia-
 nismo.

En el Japon es calificado de loco, dice el autor del condena-
 do *Retrato al daguerreotipo*. ¿Donde ha encontrado semejante
 idea? ¿en qué libro hay una página tan sucia que se atreva á
 decir esto? Léjos de ser considerado como loco, vióse á Javier
 caminando de triunfo en triunfo, alcanzar tantos para la reli-

gion que conquistador alguno haya continuado tantos en su historia; triunfos no debidos á la segur de Diocleciano ni al alfanje de Mahoma, sino al arrepentimiento y á la conviccion. ¿Y loco le llama alguno? El loco será quien tal diga.

Para llegar á Meaco, tiene que pasar Javier por Amanguchi; Amanguchi Sodoma de las Indias; Amanguchi Babilonia del Japon. Sentada en el trono de sus riquezas, forman su corte los criminales placeres, y la corrupcion se arrastra en todas partes como asquerosa serpiente que se desliza á través de toda hendidura. Para sus habitantes ayer es un goce pasado, hoy un goce presente, mañana un goce futuro: predicar contra el placer seria revolucionar sus costumbres. Creen en muchos dioses y poseen muchas mujeres.—Javier echó una ojeada sobre este cuadro, y se horrorizó. Sin curarse de los peligros á que se espone, recorre las calles en compañía de Fernandez, y traslada á la embrutecida muchedumbre la palabra de Dios. Quieren todos oirla, pero se sublevan todos contra ella.

Con tales gentes tiene que luchar Javier, que no quieren sacrificar el placer á la conviccion. El misionero les echa en cara sus vicios, les predica una religion que no transige con las repetidas impurezas de los habitantes de Amanguchi, y estos que temen se lleve á cabo la reforma, injúrianle, persiguenle, contestan con pedradas á sus manifestaciones. Todo lo intenta Javier, todo lo arriesga, todo lo prueba: pero inútilmente. Los de Amanguchi no quieren abandonar el lecho de sus placeres: Javier pierde un tiempo precioso, y se resuelve á partir. Su caridad le llama á donde haya almas que quieran salvarse, en Amanguchi no quieren, y prosigue su viaje para Meaco.

Comprenda ahora el autor del *Retrato al daguerreotipo*, que Javier no fué arrojado de Amanguchi, como se atreve á decir, sino que salió de buena voluntad, porque las atenciones que inútilmente prodigaba á unos, podia prodigarlas con provecho á otros. Muy al contrario de arrojársele de Amanguchi, ni de ser mal recibido en ella, sus discursos y desprendimiento le

captaron la atención pública, y lo mismo él que su compañero Fernandez tienen que penetrar en todas las casas á satisfacer la curiosidad de aquellos que les dirigen mil preguntas acerca de su religion. Si una parte del pueblo, y los bonzos en particular, suscitaron contra él algunos discolos, armaron contra él algunos brazos, no prueba que se le arrojase de la ciudad, sino que en la ciudad corrió peligro de recibir la palma del martirio. Arroja de un punto la autoridad que manda en él, no el asesino que en él se conjura contra su víctima. El que sale para resguardarse, para defenderse, no sale arrojado; el que sale como Javier, sale voluntariamente para evitar un daño y proporcionar muchos beneficios.

Como no ha sido nuestro intento trazar por entero la vida de Francisco Javier, sino aquella parte que convenia para contestar á los cargos que tan infundada como ligeramente le dirige el autor del censurado *Retrato al daguerreotipo*, y no añadiendo ya este sino que el misionero se lanzó á la China, llegó á Sancian y murió; pondremos fin á este capítulo. No lo haremos, sin embargo, antes de rogar al citado autor, que en lo posible vea de enmendar el yerro, por no decir el solemnisimo disparate, que contiene todo el párrafo de la página 56 de su obra, referente al inclito Francisco Javier, de quien decia Clemente X en 1670, *haberle Dios colmado de todos sus dones apostólicos y merecido con unánime consentimiento del universo cristiano, el título de Apóstol de las Indias*.

CAPÍTULO IX.

BOBADILLA.

« Los protestantes de Alemania firman con el emperador
 » Carlos V el *interim* como preliminar de las bases para la paz.
 » Pero llega Bobadilla, el sanguinario y feroz Bobadilla, fa-
 » natiza á los batallones católicos, recorre las filas escitando á
 » la matanza en nombre de un Dios que ultraja, predica con-
 » tra la ley de paz que acaba de promulgar el emperador, y
 » corona sus frenéticos y furibundos esfuerzos la sangrienta
 » jornada de Mulhberg, en la que se le vió caer herido y mo-
 » ribundo despues de haber provocado una horrible carnicería
 » con sus palabras, sus profecías y su ejemplo. » *Retrato al da-
 guerreotipo de los Jesuitas*, pág. 56, par. 2.º

Estas cuantas líneas no tienen mas fundamento, que otras muy parecidas del calumniador Adolfo Boucher, que es como si dijéramos carecer de todo fundamento. No dudamos en afirmar, y la historia agitando en su poderosa mano la antorcha de la verdad, vendrá en nuestro apoyo. Si con robustas pruebas en la mano le negáramos el hecho, habríamos salido del empeño; no obstante dejaremos por ahora las palabras tales como están escritas, para tener el gusto de probar á su desgraciado autor cuan ligero ha andado al escribirlas sin meditarlas. Contéstenos sino ¿es católico apostólico romano? Si así es ¿sabe lo que es el *Interim*, y si estaba todo buen católico en obligacion de atacarle? Nosotros se lo esplicaremos, y estamos seguros de que si es buen católico ha de reconocer su error.

Habiéndose interrumpido las sesiones del concilio de Trento, el emperador Carlos V destinó algunos teólogos á preparar un sistema de doctrina, al cual tuvieran que conformarse sus pueblos. Este sistema lo hizo examinar por Flug y Sidonio, católicos, y Agrícola, ministro protestante. Sirvieron de modelo á este sistema los artículos que se habian presentado á la dieta de Ratisbona en 1541, con el fin de conciliar los opuestos partidos. Conocióse este sistema de doctrina con el nombre de *Interim*, porque contenia reglamentos provisionales, que solo debian valer hasta la celebracion de un concilio general. Presentólo el emperador á la dieta, anunciando al mismo tiempo su intencion de restablecer la tranquilidad y el orden en la Iglesia; y añadiendo que esperaba que aquellos reglamentos, aprobados por esta, contribuirian eficazmente al logro de tan apetecido objeto. Acabado que hubo de leer su discurso, levantóse bruscamente el elector de Maguncia, presidente del colegio electoral, y despues de haber dado las gracias al emperador por sus piadosos y constantes esfuerzos para devolver la paz á la Iglesia, en nombre de la dieta declaró que esta aprobaba el nuevo sistema de doctrina, y que estaba dispuesta á conformarse con él en todo. Pasóse toda la asamblea, así de una declaracion tan poco conforme con las reglas y la costumbre, como de la osadía con que pretendia el elector declarar los sentimientos de la dieta acerca de un punto que hasta entonces ni siquiera habíase puesto en deliberacion, ni menos discutido; pero ningun miembro tuvo valor para contradecir lo que el elector habia afirmado; pues á unos les contuvo el temor, y otros callaron por complacencia. Recibió el emperador la declaracion del elector presidente de la dieta, como una entera y legal ratificacion del *Interim*, y preparóse á sostener su ejecucion como decreto imperial. Así se desprende de Sleid. 460, Fra-Paolo, 273. Robertson tom. IV, pág. 51, y Pallavicini 63; estando conformes todos con otros varios en que el *Interim* fué presentado y promulgado en 1548.

— ¿Recuerda ahora el autor del censurado y condenado *Retrato al daguerreotipo* cual fué el juramento que á su instalacion prestaron los Jesuitas? Consagrar entera su vida á la defensa de la religion de Jesucristo. Y el *Interim* de Carlos V, cuya disciplina no podia ser mas favorable á los herejes, ¿debía sufrirlo, ni menos aprobarlo, un buen ministro católico? No, mil veces no.

— Vamos ahora á ver que es lo que hizo Bobadilla. Quejábanse del *Interim* los católicos, por las concesiones que en él se hacian á los protestantes; quejábanse á su vez estos porque se les había concedido algo y ambicionaban mas. Bobadilla quejóse asimismo. Era católico. Habia merecido la confianza de los principes electores católicos, y de los señores españoles é italianos que componian la corte del emperador. Buen religioso, sabia que el *Interim* perjudicaba los derechos de la Iglesia católica; sabia tambien que la aprobacion de la dieta habia sido forzosa; sabia que su mision sobre la tierra era combatir por la causa de Dios y de su Vicario contra los enemigos de aquella omnipotencia y de este poder, y Bobadilla combatió, como á buen católico; combatió de viva voz y por escrito el *Interim* de Carlos V, porque en el franco y recto corazon del jesuita no hallaba cabida clase alguna de consideraciones, cuando se trataba del cumplimiento de su sagrado ministerio. Carlos no quiso que se pusiera á discusion su obra, ni tampoco que ofendiera; segun él presumia, un simple sacerdote, la dignidad real que los mas grandes de la tierra se habian visto obligados á respetar. Bobadilla, prefiriendo la amistad de Dios á la del César, se concilió la enemistad de este, lo cual le valió muy

— 1. No es fácil explicar la sensacion que causó la publicacion del *Interim*: desde el momento el público pensó que el emperador se habia arrogado la autoridad en materias de fe, y que la habia empleado para aprobar una doctrina errónea, y por consiguiente opuesta á la creencia de la Iglesia y á los decretos del santo concilio de Trento. Desagrado á los principes católicos de Alemania y á todos los que de católicos se preciaban, como es de ver en Pallavicini, historia del concilio de Trento, tomo 3.º

luego una orden imperial para que en perentorio y breve tiempo saliera de los dominios del imperio. Víctima de su ardiente celo, abandonó Bobadilla la corte y pasó á Italia.

El hecho de Bobadilla predicando contra el *Interim* de Carlos V tenía por testigo á toda la corte imperial, pero debia resonar mas léjos: apoderáronse de él los protestantes y esgrimiéronle como arma para escitar al emperador contra la Compañía de Jesus y contra la Santa Sede, que en espresion de los herejes, tenía á sueldo semejantes aventureros de palabras. Mas claro: los tiros, no á los Jesuitas que á la Iglesia romana iban dirigidos: un autor habia llamado á los hijos de Ignacio *genízaros de la Santa Sede*: para llegar hasta el corazon del defendido, preciso era pasar por cima del de los defensores; Bobadilla era uno de ellos y no el menos fuerte: por esto no ha llevado la peor parte en el ataque. El solo autor del censurado y condenado *Retrato al daguerreotipo* le ha llamado fanático, sanguinario y feroz. Bastára esto solo á hacer la mas completa apología de Bobadilla.

En cuanto hemos dicho, ¿qué ha hecho, de qué modo ha obrado que no sea en un todo digno de un ministro de la Iglesia católica, y no poco celoso? Vió publicado un sistema que en modo alguno favorecia al catolicismo, y probó los inconvenientes de este sistema; su aprobacion era forzosa y su promulgacion estemporánea, y predicó contra su plantificacion; colocado frente á frente con el mismo emperador, pudo mas en él el ardor de la fe que el respeto debido á un grande y poderoso monarca, á quien se atrevió á echar en cara su propia obra; víctima de su celo fué desterrado, y resignado y sin replicar se trasladó á Italia. Si el autor del condenado *Retrato al daguerreotipo* cree que Bobadilla hubiese obrado mejor dejando pasar el *Interim* sin reprension ó enmudeciendo ante la majestad imperial, nosotros, y con nosotros todos los buenos católicos, somos de contrario parecer; nosotros que orgullosos con el dictado de católicos procuraremos siempre, como Bobadilla, atajar con nuestras débiles fuerzas el paso de la he-

reja.—Concluido el exámen de Bobadilla y el *Interim*, vamos á buscarle en el campo de batalla de Mulhberg: esto concediendo que sea cierto el hecho, ó al menos que tenga el fundamento que le supone el autor del condenado *Retrato al daguerreotipo*; cosa que se verá mas tarde y en la que no creemos lleve la mejor parte.

Cualquiera que haya leído la historia de mediados del siglo XVI y particularmente la del emperador Carlos V, sabrá que la mala fe de los jefes protestantes habia colocado al César en una posicion cada dia mas insoportable. Comprendió por fin el monarca que el interés del protestantismo estaba en sembrar desunion para recoger luego en la discordia. Su cólera largo tiempo comprimida, estalló con violencia, decidiéndose á la guerra, y la declaró al duque de Sajonia y al landgrave de Hesse. Llegó la noticia á Su Santidad, y creyendo justa esta guerra, agregó sus tropas á las de Carlos V y mandó de legado en los ejércitos al cardenal Alejandro Farnesio. Bobadilla va con las tropas del duque Octavio Farnesio, y su voz temida ya de los protestantes en el recinto de las ciudades, no desmaya en el campamento. Nómbrasele superior de los hospitales ambulantes, y se hace médico de los cuerpos y de las almas: cura los heridos, alienta á los moribundos, y predica á los soldados la ley de aquel Dios en cuyo nombre han de vencer. Llega el dia del combate: las llanuras de Mulhberg se han de convertir en teatro de la muerte. Cae el duque de Sajonia prisionero en poder de los imperiales, y Bobadilla que en el peligroso trance de la batalla no ha abandonado á los suyos, recibe una herida en la cabeza. Recuerda empero su carácter de sacerdote, y piensa que no pocas víctimas como él necesitarán de sus auxilios. A impulso de su energía moral, mas fuerte que la debilidad del cuerpo humano, levántase cubierto de sangre y corre á los hospitales. Aquella alma no se rendia á la fatiga, y algunos dias despues, sin atender á los cuidados que su salud exigia, se traslada á Passau y ocupa la tribuna. Hállase en medio de un senado luterano y de un pueblo luterano tam-

bien. Y no obstante Bobadilla exige desde el púlpito que se den gracias al cielo por el triunfo que han obtenido las armas católicas. Compromiso era, pero el jesuita desconoce el peligro cuando se trata del lustre de su religion, y su voz resuena poderosa y convincente. Los de Passau se rinden á la elocuencia de Bobadilla; y este, solo, sin poder que le auxilie, sin fuerza que le proteja contra la venganza ó la traicion, atraviesa en seguida toda la Alemania. Su paso es una continua mision: sus palabras como la benéfica lluvia fecundan el sembrado de la fe, y el obispo de Viena, testigo de tantas hazañas y tanta abnegacion, le llama verdadero apóstol.

Tenemos pues que Bobadilla predicó contra el *Interim* porque era su obligacion; que no promovió la guerra, porque la guerra la declaró el César, y que en la jornada de Mulhberg, por no desamparar á los suyos, por poner delante de sus ojos la imagen del Redentor, como los israelitas hacian marchar delante de sus ejércitos el Arca santa, recibió una peligrosa herida en la cabeza. Todo esto léjos de rebajarle, le exalta; sin disminuir de una línea su colosal figura, la engrandece, la transmite dignísimamente á la historia.

Hemos contestado á los cargos que el autor del censurado y condenado *Retrato al daguerreotipo* dirigia á Bobadilla, no porque viéramos en ellos átomo de verdad, ni aun de sentido comun histórico, sino porque no se dijera que como se ha defendido á los demás no podia defenderse á este varon fuerte. Ahora que por este lado hemos concluido nuestra tarea ¿nos permitirá el autor del condenado *Retrato al daguerreotipo* le digamos, que ni siquiera ha saludado la historia de Carlos V tan íntimamente ligada con la de los Jesuitas, y de la cual son fragmentos los hechos en que se cita tomó parte Bobadilla? No se alarme, y le haremos ver en que faltas históricas ha incurrido.

— Su predilecto el abominable Adolfo Boucher, en la pág. 63 del tomo 1.º de su obra, escrita sin ley, ni concierto, ni datos, ni estudio, ni critica, dice lo siguiente: — «Cuando los protes-

tantes de Alemania daban muestras de concluir el tratado de paz (el *Interim*) con el emperador, ven levantarse entre ellos el sombrío Bobadilla, que con la mano armada de un crucifijo da la señal de las terribles guerras religiosas! En la batalla de Mulhberg, en que las tropas imperiales y papales se encontraron con el ejército de los príncipes luteranos á orillas del Elba, el 24 de abril de 1554, Bobadilla blandiendo en su mano impía, etc. etc.»

De aquí ha tomado pié el autor del condenado *Retrato al daguerreotipo* para decir lo que ha dicho; y solo de aquí, porque solo tambien Adolfo Boucher era capaz de insertar, por su conveniencia, un disparate tan garrafal. ¿Cómo pudo ser que el *Interim* fuera motivo de que Bobadilla hiciera estallar las guerras religiosas, á consecuencia de las cuales se dió la batalla de Mulhberg, si esta batalla tuvo lugar en 1547 y el *Interim* se presentó á la dieta de Augsburgo en 1548? ¿Cómo puede ser que primero haya sido el *Interim* que Mulhberg, cuando procedente de esta batalla llegó Bobadilla á la corte del emperador á tiempo en que este publicaba el *Interim*? ¿Cómo? Muy sencillamente. Adolfo Boucher no se detiene ni en uno, ni en siete años mas ó menos para insertar una calumnia; y su fiel traductor, el autor del condenado *Retrato al daguerreotipo*, no quiere tomarse el trabajo de consultar autores para no incurrir en garrafales faltas históricas. El calumniador Boucher ha colocado muy bonitamente la batalla de Mulhberg en 1554 en vez de 1547, lo cual le ha valido poder decir, que *el horrible fanatismo*, es decir el catolicismo ó los católicos, hizo en aquella llanura una de sus mayores cosechas.

— Y por si dudáre el autor del condenado *Retrato al daguerreotipo* de que la batalla de Mulhberg tuvo lugar en 1547 y el *Interim* se publicó en 1548, se lo probaremos con autoridades mucho mejores que Boucher.

Feller en su diccionario histórico, artículo Carlos V, dice: «Pero ni la señalada victoria que alcanzó en Mulhberg sobre el ejército de los confederados en 1547, ni la prision del elector

de Sajonia y del landgrave de Hesse, pudieron contener á los protestantes, apoyados por la Francia y por los turcos, los cuales obligaron al emperador á que usára de indulgencia. En el año de 1548 publicó el grande *Interim* en la dieta de Augsburgo, formulario de fe, católico en el dogma y favorable á los herejes en la disciplina.» De donde se deduce bien claramente que primero fué ganar la batalla de Mulhberg, y al año siguiente el publicar el *Interim*. ¿Esto no lo sabia Boucher ni el autor del reprobado *Retrato al daguerreotipo*?

El historiador Robertson, autor nada sospechoso para los protestantes, dice en el año 1547: «Dejáronse entretener mucho tiempo en negociaciones y proposiciones, de manera que antes que pudiesen entrar en Sajonia, ya se habia perdido la batalla de Mulhberg, despojado al elector de su dignidad y de sus estados, arrestado el landgrave en rigurosa prision y disuelto enteramente la liga de Smalkalde.» Y luego refiere en el año 1548 como el 15 de mayo fué presentado á la dieta de Augsburgo el nuevo sistema conocido por *Interim*. De donde, ni mas ni menos que de Feller, se deduce que en 1547 se ganó la batalla de Mulhberg y en 1548 se publicó el *Interim*, sin que por consecuencia este pudiera ser causa de aquella; cosa que aparentaba ignorar, ó realmente ignoraba, el inexacto historiador y autor de la *Historia pintoresca de los Jesuitas*, que colocó la batalla de Mulhberg en 1554. Véase el caso que se puede hacer de una obra, cuyos datos son poco mas ó menos tan verídicos y bien confrontados como este. Y no obstante, retratando á los Jesuitas por esta obra, ha sacado otro autor un retrato nada menos que al daguerreotipo. Esto nos trae á la memoria el cuento de aquel francés que viajaba en compañía de un español resfriado, y escribía en sus impresiones de viaje:—los españoles estornudan frecuentemente.—Así saldrian los españoles como han salido los Jesuitas.

Cretineau Joly dice en el capítulo 5.º de su historia de la Compañía de Jesus: «El cielo y el emperador realizan la pro-

fecia; mas en las llanuras de Mulhberg, donde se dió en 24 de abril de 1547 la batalla en que el duque de Sajonia fué hecho prisionero por los soldados del emperador, Bobadilla salió herido en la cabeza.»—Y añade luego: «Anunciando la palabra de Dios y disputando con los ministros protestantes y los anabaptistas que encuentra á su paso, llega (Bobadilla) á la corte del emperador, quien en esta misma época (1548) hacia publicar en la dieta de Augsburgo una fórmula de ley, que llamó el *Interim*.» Lo cual prueba de concierto con Feller y Robertson que la batalla de Mulhberg se dió un año antes de publicarse el *Interim*, y que en su consecuencia no pudo ser predicando contra este sistema como fanatizó Bobadilla á los soldados imperiales.—En apoyo nuestro, del mismo modo que hemos citado tres autores, pudiéramos citar treinta, y entre ellos todos los historiadores de la época y todas las historias de Alemania, que merezcan un poco de fe.

En conclusion, Bobadilla predicando contra el *Interim* dió

1.º Nicolás Alfonso, español, conocido por Bobadilla, del nombre de su pueblo, fué uno de los primeros compañeros de S. Ignacio. El papa Paulo III le dió dos comisiones importantes: la primera, procurar la paz y union entre Juana de Aragon y su esposo el duque Ascanio; y la segunda auxiliar con sus consejos al obispo de Bitimano, nombrado por el Papa su nuncio en Nápoles. Igual encargo desempeñó cerca del cardenal Polo, legado en Viterbo.

Pasó á Viena con el nuncio Moron, en cuya ciudad se dedicó á la predicacion y al confesonario con notable provecho de las almas, particularmente por las numerosas conversiones de judios y moros.

En esta ciudad alcanzó tambien un notable triunfo de un noble luterano, quien le habia provocado en certámen delante del rey de romanos y de varios próceres: este triunfo aumentó su fama en letras y virtud.

Acompañó al obispo de Casserta, nuncio apostólico, á la dieta de Nuremberg, para impedir se decretase cosa alguna contra la religion, siéndole muy útiles los trabajos del virtuoso jesuita.

Habiendo regresado á Viena, donde fué muy bien recibido por el rey de romanos y la corte, dedicóse nuevamente á la salvacion de las almas. Pasó poco despues por orden del rey de romanos á Spira, para asistir á la dieta, en compañía del obispo de Passau, donde trabajó con brillante éxito: el obispo, con permiso del rey de ro-

una prueba de su ardiente celo por la causa católica; en la batalla de Mulhberg cumplió como buen sacerdote y buen vasallo; el *Interim* no fué el pretexto de esta guerra religiosa, porque se publicó un año despues de la sangrienta jornada que enrojeció el Elba; y todo cuanto ha escrito el autor del

manos, se lo llevó consigo, para arreglar los negocios de su diócesis.

Nombrado visitador por el rey de romanos de los monasterios de Austria, el celoso religioso se negó á aceptar este encargo, contestando al monarca que sin el permiso de la autoridad eclesiástica no se atreviese á adoptar la menor providencia.

Enviado por el mismo rey de romanos á la dieta de Worms en calidad de teólogo, protestó no se hiciese cosa alguna sin la autoridad de la Santa Sede; pero habiéndole invitado el nuncio á que asistiese, obedeció sin la menor dilacion, con notable ventaja para nuestra santa religion. Con igual provecho asistió posteriormente á la dieta de Ratisbona.

Viendo el César que de nada aprovechaban las contemplaciones con los sectarios de la impiedad, reunió un gran ejército, con el cual quiso tambien fuese Bobadilla, para suministrar los ejercicios espirituales, y era tanto mayor su trabajo, en cuanto el cardenal Farnesio le nombró presidente del hospital de las tropas italianas, en el cual, por motivo de los combates que cada dia tenian lugar, entraba de continuo un número considerable de heridos y enfermos. Durante una accion, estando animando á los soldados á pelear con valor contra los herejes, recibió una herida en la cabeza, sin que esto fuese causa de que olvidara á los enfermos y heridos.

Era tanta su humildad, que renunció un obispado. Su cama el duro suelo, su vida un continuo trabajo, recorriendo incesantemente las poblaciones como un verdadero apóstol. El continuo trabajo le causó una peligrosa enfermedad.

Cuando se publicó el *Interim* en la dieta de Augsburgo, Bobadilla, como á buen católico se opuso á él de palabra y por escrito por ser contrario á la religion, lo cual le valió ser desterrado de Alemania.

Llegado á Italia recorrió por espacio de dos años varias diócesis, predicando con mucho fruto: esto fué causa de que algunos malévolos le envenenasen, y se tuvo por un milagro el no haber sucumbido. Luego de restablecido, volvió nuevamente á la predicacion de la divina palabra con igual fervor, y con no poco fruto de las almas.

Regresó á Nápoles de orden de S. Ignacio, con algunos compañeros, para fundar un colegio. Poco despues le fueron confiadas varias comisiones honorificas en el Pisenó y en Loreto. Recorrió mas adelante con notable fruto las diócesis de Folino y de la Valltelina, en donde tuvo que sufrir toda clase de privaciones y luchar con los herejes. De

condenado *Retrato al daguerreotipo* tocante á Nicolás Alonso , por sobrenombre Bobadilla, en la página 56 de su repugnante obra , es tan infundado, tan desconcertado y tan inexacto, como todo lo demás que hasta el presente hemos destruido , criticado y puesto en claro.

aquí pasó á la Iliria , donde predicó por espacio de dos años , hasta que la falta de salud le obligó á regresar á Italia.

El cardenal Sforzia le envió en calidad de visitador á recorrer algunos monasterios de Sicilia , cuyo reino atravesó nuevamente , dejando en todas partes el aroma de sus virtudes , hasta que , agotadas sus fuerzas por el continuo trabajo , penitencias y enfermedades , terminó santamente sus dias en Loreto , el 23 de setiembre de 1590 , á la edad de ochenta años , cincuenta despues de aprobada la Compañia. Todo lo que nos resta de este piadoso y sabio varon se conserva en Roma en los archivos de la Compañia de Jesus. (*Bibliotheca scriptorum Societatis Jesu* , artículo Bobadilla.)

CAPÍTULO X.

Como la cabeza es la reina y directora del cuerpo, Roma, cabeza del orbe católico, dirige el movimiento de las naciones sus hermanas en religion. Asiento de la cabeza de la Iglesia, abraja en su recinto los tribunales. Ignacio de Loyola, general de la Compañía de Jesus, no podia abandonar á Roma, pero podia y debia pensar en las demás provincias; y al distribuir á sus hijos por la estension de la tierra no olvidó á su patria, clásica nacion del catolicismo.

El nombre y fama del mendigo de Manresa, léjos de haberse estinguido, se estendia por la Península toda, acompañado del eco de sus triunfos. España ha sido siempre católica en sus principios y en su gobierno. En la época que nos ocupa, acababa de sostener contra los moros una lucha de ocho siglos, lucha que la aferrára mas y mas en sus creencias, fortalecidas y triunfantes á costa de tanta sangre. Los que han atribuido la facilidad con que los Jesuitas se introdujeron en España al temor que habia de que los herejes de Francia y Alemania sembráran en ella con éxito sus perniciosas y condenadas máximas, olvidan sin duda que en España nunca han tenido entrada los sofismas de la impiedad, y que el corazon de sus hijos, de cera para Dios, ha sido siempre de bronce para sus enemigos, por mas que el infierno conspire.

Antonio Araoz, español, de noble cuna, pariente de Ig-

nació , y uno de los primeros profesos en la Compañía , fué el encargado de introducirla en este suelo. Habiendo desembarcado en Barcelona , los numerosos amigos y admiradores que tiene Loyola en la ciudad , le reciben con entusiasmo , y á sus instancias toma el jesuita posesion de la cátedra evangélica. Araoz tenia fe, estaba íntimamente convencido de los beneficios que debía proporcionar la Compañía , y Dios le habia favorecido con el don de la elocuencia. Sube al púlpito , traza la historia de los hijos de Ignacio , el cuadro de las misiones y de las disputas con los herejes , de sus triunfos y de sus martirios ; y sus oyentes , animados de noble celo , resuelven fundar en Barcelona una casa de la orden. El virey de Cataluña don Francisco de Borja , duque de Gandía , cuyo busto como modelo de virtudes religiosas , cívicas y militares se eleva en esta ciudad sobre el palacio de sus capitanes generales , quiso hablar con Araoz. Esplicóle este los planes de Loyola , púsole de manifiesto la Bula apostólica , y obtuvo del virey la promesa de asociarse con todas sus fuerzas á una obra , cuyo origen le parecia un especial favor de la Providencia. Francisco de Borja cumplió su palabra ; mas tarde profesó en la Compañía , fué su tercer general , y la Iglesia le venera hoy dia entre sus santos.

Fundada la casa de Barcelona , prosigue Araoz su viaje , saliendo para Castilla. En Burgos y Valladolid escita el mismo entusiasmo y obtiene los mismos triunfos que en Barcelona. Igual éxito corona sus evangélicos esfuerzos en las provincias Vascongadas , donde es tan numerosa la concurrencia que á su alrededor se apiña para escuchar su santa palabra , que varias veces tuvo que predicar á campo raso.

Dice el autor del condenado *Retrato al daguerreotipo* en la página 56 de su obra , una de las mas floridas de su descuidado jardin antijesuitico , que *Araoz apenas llegó á España empezó á combatir y á desacreditar á los dominicos , rivales eternos de la Compañía*. Nosotros negamos la rivalidad eterna de los dominicos y los jesuitas , y debemos hacerlo así

porque en testos fehacientes vemos el aprecio en que los religiosos de Sto. Domingo tenían á los religiosos de S. Ignacio. Cuando Melchor Cano, cuya oposicion á los jesuitas ha sido tan cacareada, empezó á hablar y escribir contra ellos, los dominicos de su mismo convento de Salamanca desaprobaron su conducta; Juan Peña, dominico tambien, los defendió de palabra y por escrito, y el general dió al orbe católico la siguiente acta oficial como público testimonio de su amor á la paz y de su afecto á los jesuitas, sus nuevos hermanos en el apostolado.

«A todos los venerables padres y hermanos de la orden de los Predicadores en cualquier lugar en que se encuentren: — Fray Francisco Romeo de Chatillon, profesor de teología y humilde ministro general y siervo de dicha orden, salud y la gracia del Espíritu Santo. — Sea notorio á todos vosotros que en estos tiempos calamitosos en que la religion cristiana se ve atacada por los dardos de los herejes, y manchada por las perversas costumbres de los malos cristianos, ha sido enviado de Roma, por la bondad divina, una nueva orden de padres regulares, bajo el título de la Compañía de Jesus, como un batallon de reserva, la cual, á causa de los bienes que produce á la Iglesia con sus lecciones y sermones públicos, con sus exhortaciones privadas, con su asiduidad en oír las confesiones y en los demás ejercicios del santo ministerio, como tambien por los ejemplos que da de una vida santa, ha sido aprobada y confirmada por nuestro Santísimo Padre en Jesucristo el papa Paulo III. Todo lo cual hemos querido poner en vuestro conocimiento, temerosos de que alguno de vosotros, engañado por la novedad de este instituto, ataque tal vez por ignorancia á estos compañeros de armas que llevan igual objeto que nosotros, y que el Señor nos ha enviado como un refuerzo, y calumnie las instituciones de unos hombres, de los cuales deberia mas bien aplaudir los triunfos é imitar la piedad. Creemos ciertamente que todos vosotros, como amigos y amados del celestial Esposo, léjos de murmurar contra la variedad con

que se engalana la Esposa, la abrazareis y la querreis con la caridad que se alegra en la verdad; sin embargo, por no faltar á nuestro deber y prevenir todas las disensiones, os ordenamos por las presentes, por la autoridad de que nos hallamos revestidos, en virtud del Espíritu Santo y de la santa obediencia y bajo las penas que tengamos á bien imponer, que de ninguna manera os atrevais, sea en las lecciones, pláticas ó reuniones públicas, sea en las conversaciones particulares, á calumniar la susodicha orden, aprobada y confirmada por la Sede apostólica, ni sus constituciones, ni á hablar desfavorablemente de ellas; sino que por el contrario os esforceis en ayudar dicha orden y sus sacerdotes como vuestros compañeros de armas y en protegerlos y defenderlos contra vuestros adversarios. En fe y confirmacion de lo cual hemos ordenado que las presentes fuesen espedidas y selladas con el sello de nuestro oficio. Dadas en Roma á 10 de diciembre de 1548 — Fray Francisco Romeo, ministro de la orden de predicadores, año tercero de nuestro generalato.»

Así apreciaron los dominicos á los jesuitas en tiempo de su prosperidad; veamos como correspondieron en tiempo de su desgracia.

El día 24 de octubre de 1759, ciento treinta y tres padres de la Compañía de Jesus, desterrados de Portugal, gracias á las intrigas y groseras calumnias de un ministro de abominable memoria, desembarcaron en Civita-Vecchia, despues de un viaje tan penoso y amargo como pudo proporcionarles el odio de su perseguidor. Los jesuitas habian sido recibidos con todo respeto en cuantos puntos tuvieron precision de tocar; pero en esta ciudad su entrada fué un verdadero triunfo. Los magistrados tuvieron á honor el rodear de afectuosos cuidados á unos sacerdotes, que imitando la conducta de su divino Maestro, bendecian al autor de su desgracia, besaban la mano de sus verdugos, y rogaban á Dios por aquellos que le ofendian en sus personas. Las corporaciones religiosas acogieronles con fraternal hospitalidad, y entre ellas la de los dominicos se hizo de

notar por el testimonio público de admiracion que dió en favor de los hijos del ínclito Loyola. Este testimonio solemne, duradero, franco y el mas honroso, fué la creacion de un monumento levantado en la iglesia de religiosos Predicadores, con una lápida concebida en estos honrosísimos términos:

D. O. M.

LUSITANIBUS PATRIBUS SOCIETATIS JESU.

OB GRAVISSIMAS APUD REGEM CALUMNIAS,

POST PROBOSAS NOTAS,

MULTIPLICES CRUCIATUS,

BONORUM PUBLICATIONEM

AD ITALIE ORAM AMANDATIS

TERRA MARIQUE

INTEGRITATE, PATIENTIA, CONSTANTIA

PROBATISSIMIS,

IN HAC SANCTI DOMINICI AEDE EXCEPTIS

ANNO M.DCC.LIX,

PATRES PRÆDICATORES,

CHRISTIANÆ FIDEI INCREMENTO ET TUTELÆ

EX INSTITUTO INTENTI

IPSIQUE SOCIETATI JESU

EX MAJORUM SUORUM DECRETIS

EXEMPLISQUE DEVINCTISSIMI,

PONENDUM CURARUNT ¹.

Cuando empezaba á brillar la estrella de los jesuitas, y cuando esta estrella se eclipsaba, sus hermanos en la fe, los

1. Dios Optimo Máximo.

A los religiosos portugueses de la Compañía de Jesus, gravemente calumniados ante el rey; despues de vergonzosas imputaciones y penalidades sufridas; despues de haber sido deshonorados y enviados á Italia; despues de haber dado, tanto por mar como por tierra, pruebas inequívocas de integridad, paciencia y constancia, recibidos en este convento de Sto. Domingo el año 1739, los religiosos dominicos, obligados por su instituto á trabajar por el aumento y conservacion de la santa fe, y muy afectos á la Compañía de Jesus por las disposiciones y ejemplos de sus mayores, pusieron este epitafio.

dominicos, vinieron á unir su voto al voto de admiracion que consignaba el mundo entero. En 1548 era un acta oficial del general de la órden, en 1759 una detallada apología escrita sobre mármol, encargada de trasmitir á los venideros tiempos el aprecio en que eran tenidas las hazañas de la Compañía de Jesus.

¿Empieza á convencerse el autor del reprobado *Retrato al daguerreotipo* de que los dominicos no han sido los *eternos rivales de la Compañía*? Rivales en hacer bien, si; rivales en odiarse, jamás.

No estrañamos, empero, esta equivocacion en quien seguídamente ha cometido la siguiente. «Acevedo, dice, que domina ya completamente en la corte de Lisboa, llama á su auxilio á Laynez, y este se encarga de negociar el matrimonio entre la hija del rey de Portugal y Felipe II. La nueva reina de España llega á Madrid acompañada del jesuita, que mas tarde debía hacerse célebre por la sagacidad y supercherías que desplegó en el concilio de Trento.» Esto prueba bien claramente que el autor del condenado *Retrato al daguerreotipo* cree que Felipe II fué rey de España, lo cual era preciso para que su esposa fuese la reina, antes de que Laynez se hiciera célebre en el concilio de Trento. Equivocacion es: Laynez era célebre en el concilio de Trento desde que este empezó, y la prueba nos la suministra el propio autor del condenado *Retrato al daguerreotipo* en la página 60 de su abominable obra, donde da cuenta de un hecho tan culminante como falso en que Laynez figura como protagonista, y que se supone tuvo lugar en la sesión 6.^a del concilio. Esta se celebró el 13 de enero de 1547, y como quiera que Felipe II no fué rey de España hasta la renuncia de su padre Carlos I en 1556, resulta que hay una discrepancia de nueve años entre la verdad y el asqueroso *Retrato al daguerreotipo*. Si su autor en vez de estudiar en Adolfo Boucher, hubiese estudiado la historia de España en cualquier acreditado autor, hubiera sabido que Felipe II no era rey sino príncipe cuando casó con D.^a María de Portugal. Hacemos este correc-

tivo para que se vea lo poco enterado que está nuestro adversario, y cuan ciega fe ha dado á todas las calumnias y necesidades de su predilecto Boucher.

Y á fe que ya que tantos deseos tiene el autor del horrible *Retrato al daguerreotipo* de popularizar la obra de la *Historia pintoresca de los Jesuitas*, á cuyo autor, Adolfo Boucher, ha dispensado el honor de preferir á cuantos historiadores han tratado la cuestion, nosotros hemos de ayudarle en la propaganda y continuar un trozo de la tal *Historia pintoresca*, para que se vea en que envenenada fuente ha ido á beber agua de salud el autor del *Retrato al daguerreotipo*. Dice así:

«En verdad que tal resultado conseguido en menos de diez y seis años refuta victoriosamente la idea de los que solo ven en Loyola un hombre mediocre, que debió su celebridad y sus triunfos á su estravagancia; un pobre demente puede ser un santo, como esos sencillos é ingenuos entusiastas los Antonios, los Simeones Stilitas, pero no como los Bernardos, los Domingos, mas grandes políticos aun que grandes santos. Cuando se quiere juzgar á Ignacio de Loyola es preciso acordarse de que pertenecia á esos vascos españoles de imaginacion ardiente y de cabezas algun tanto venáticas, y que á la fria pertinacia de los bretones parecen unir la volcánica escentricidad de las cabezas meridionales. Por otra parte la mojiganga de Manresa junto con las demás estravagancias de Ignacio, aunque no hubiesen sido un medio de hacer fijar la atencion en él, como nosotros creemos firmemente, eran mucho menos raras, mucho mas admitidas en aquella época que en nuestro siglo, que se rie de todo, hasta de sí mismo; y en verdad que no le falta razon para hacerlo.»—*Historia pintoresca de los Jesuitas*, por Adolfo Boucher, tom. 1, pág. 68.

Podemos asegurarlo: escrito en idioma castellano y publicado en nuestros dias á la faz de la nacion católica, nunca hemos leído un libro donde en tan pocas líneas hayamos encontrado agrupadas tantas blasfemias, tan criminales palabras. Ignacio fué un estravagante, su vida en Manresa una moji-

ganga, el siglo XIX se burlaría en público, y haría muy bien, de un hombre que practicára en alto grado las virtudes cristianas; y de los santos, los que se parecen á S. Bernardo, á Santo Domingo, son nada mas que grandes políticos, y los que se parecen á S. Antonio ó S. Simeon Stilita nada menos que infelices locos... Nuestro corazon, nuestro orgullo nacional, nuestra fe, que fué la de nuestros padres, se rebela ante estas inmundas y sacrílegas frases, que con mano torpe ha trazado el impío que no respeta creencia humana ni ley de Dios. Estraño, imposible se nos hace que en España se dejára publicar un libro que tales máximas contiene; y mas estraño, mas imposible, que un español, que poco hace hacia alarde de ser católico, sabe Dios con qué objeto, haya tomado á su autor por modelo, por guia, por responsable, por maestro. Dígannos, ya no los fervientes católicos, sino aquellos en cuyo pecho se esconda una pálida, débil sombra de la doctrina de Jesucristo, ¿qué juicio puede formarse de Adolfo Boucher, y qué juicio de otro autor que por boca de Adolfo Boucher así habla? La fortuna, que cegado por el odio inconsiderado, este autor se ha desmandado hasta tal punto, que léjos de perjudicar, favorece. Lo sublime está cerca de lo ridículo y el insulto con mentira de la apología con verdad. Para con las personas sensatas, Adolfo Boucher y cuantos siguen sus huellas, han prestado un eminente servicio á la causa de los Jesuitas, porque á no haber mas razones en su defensa, bastáran ellos á desacreditar el anti-jesuitismo en masa.

Hemos dicho que el autor del horrible *Retrato al daguerreotipo* hablaba del concilio de Trento, y vamos á ver como.

« Conociendo los Jesuitas, dice, que era preciso confundir á este terrible adversario (Melchor Cano), intrigaron para que Paulo IV le nombrára teólogo del concilio de Trento, confiando torpemente que no podría competir con la dialéctica de Laynez y Salmeron. Estos atrevidos canonistas, en la sesion sesta del concilio, echaron las primeras semillas de la doctrina de la Compañía. El concilio á petición de Cano, hizo un cánón ful-

minando anatema contra todos aquellos que dijeren «que el libre albedrío movido y escitado por Dios, no coopera de ningún modo, en el acto de dar su consentimiento á Dios mismo, que lo escita y llama.» El P. Laynez creyó que era escésivamente rígida la palabra *movido*, con la cual el concilio quiso denotar la acción de Dios sobre el libre albedrío, y resueltamente exigió que se mudase, apoyando su pretension en máximas inadmisibles. Los padres del concilio despreciaron con indignación semejante demanda, y pidieron unánimes que Salmeron y Laynez fuesen echados del concilio por pelagianos.» —¿Podría saberse de donde ha sacado el autor del *Retrato al daguerreotipo* tanto disparate?

Hacemos presente, para no repelir las citas, que nuestra defensa es basada en la obra *Historia del concilio de Trento* por Pallavicini, la que mas se merece á todos los críticos.

Diego Laynez, dice este sabio historiador, era español, segundo general de la Compañía de Jesus, natural de Almazan, obispado de Sigüenza. Dotado de grande memoria, teólogo y predicador célebre. Asistió al concilio de Trento en todas sus sesiones, y en ellas fué muy útil en su calidad de teólogo enviado por el Papa. Murió en Roma á los 19 de enero de 1565, de edad de 53 años. Claudio Clemente, Juan Rho, y muchos autores le colman de elogios.

Alfonso Salmeron, teólogo célebre, natural de Toledo, muy versado en los autores griegos y latinos, ilustre predicador: asistió á todas las sesiones del concilio de Trento en calidad de teólogo enviado por el Papa. Falleció en Nápoles (Chifflet dice que en Salamanca) el 13 de febrero de 1585 á la edad de 70 años. Alábanle con toda justicia el cardenal Federico Borromeo, Nicolás Antonio y un considerable número de autores. Alegamba y el sabio autor de la *Biblioteca española* hablan de las obras que escribió este jesuita.

Quedan identificadas las personas de Diego Laynez y Alfonso Salmeron.

— En la sesion 6.^a del concilio escribiéronse las palabras que

cita el autor del condenado *Retrato al daguerreotipo*, pero no es cierto que las impugnára Laynez, cosa que no consta en historia alguna del concilio, ni menos que los padres las dictáran á petición de Cano, porque Cano no asistió al concilio de Trento hasta la sesion 11, (la sesion 6.^a se tuvo el 13 de enero de 1547) y no como enviado de Paulo IV, sino de Carlos V; la sesion 11 tuvo lugar el 1.^o de mayo de 1551, 1.^a de las celebradas en tiempo del pontífice Julio III; y Paulo IV, en cuyo pontificado no celebró sesion alguna el concilio de Trento, subió á la silla de S. Pedro el 23 de mayo de 1555. Y nunca, nunca los padres del concilio pidieron que se echára de él á Salmeron, ni menos á Laynez, á quien tuvieron en tan grande estima como es de ver del siguiente pasaje de la *Biografia universal de Feller*, tomo 2.^o, pág. 25, col. 1.^a.—«Asistió (Diego Laynez) al concilio de Trento como teólogo de Paulo III, Julio III y Pio IV. Señalóse por su saber, su fuerza de carácter, y sobre todo por su celo contra las sectas de Calvino y de Lutero, habiéndose hecho apreciar hasta tal punto, que padeciendo de fiebres cuartanas, las congregaciones de teólogos y de cardenales no celebraban sesion los dias en que le entraba la calentura.»—¿Puede darse testimonio mas esplicito, mas grande, mas directo del aprecio en que los padres del concilio tuvieron á Diego Laynez? Por nadie se hizo lo que por él se hizo.

Y siendo esto cierto, indestructible, fácil de saber á todos, público como la luz, claro como la verdad ¿de qué modo se explica que el autor del repugnante *Retrato al daguerreotipo* falsee, destruya, ignore, niegue y confunda los hechos hasta tal punto? Si la verdad es como el aceite ¿como no temió que por mas que quisiera cubrirle con agua habia de sobrenadar para su descrédito? ¿Qué intencion habrá llevado en que se le impugne y conozcan todos las faltas en que ha incurrido, la crasa ignorancia en que se encuentra, las herejías que ha insertado?

¿Como se explica? ¿Cual es la intencion? La intencion

es aquella que desenmascara nuestro celoso Prelado en la octava página de su Pastoral del 26 de agosto de 1852.

«Notemos aquí de paso, dice, que nunca se impugna á los regulares sin que venga la Religion á quedar herida y lastimada por estas plumas fatales... Son una verdadera calamidad, A. H., de la que Dios sea servido librarnos... Todo lo confunden, todo lo involucran, todo lo ridiculizan, y es preciso armarse de la fe y de la oracion, para no dejarse fascinar por los secuaces del infame principio: *Miente y calumnia que siempre queda algo.*» S. E. I. puso el dedo en la llaga.

Si ahora quiere saber el autor del horrible *Retrato al daguerreotipo* cual fué la conducta de Laynez en el concilio, á propósito de la sesion 6.^a en que se trató de la justificacion y se escribió el antes transcrito cánón, le diremos que la cuestion tantas veces suscitada y tan largamente discutida en la Iglesia y en los púlpitos del modo como el alma es santificada por la gracia habitual, era á la sazón de una importancia decisiva. El concilio confió á Laynez, cuya memoria rayaba en prodigio, el cargo de recapitular las discusiones y presentarlas reasumidas. La claridad y orden con que procedió en este trabajo, hicieron tal impresion en los ánimos, que desde aquel dia los legados le ordenaron que continuase haciéndolo en todos los asuntos que se discutiesen; y el comentario escrito que compuso acerca de esta cuestion de *justificatione*, fué por orden de la asamblea copiado palabra por palabra en las actas del concilio.

Díganos el autor del horrible *Retrato al daguerreotipo* ¿son estas *las sagacidades y supercherias* que hicieron célebre á Laynez en el concilio de Trento?—Mientras los hijos de la infernal reforma seguian el consejo de Sarpi, que decia: «lo mas esencial es destruir el crédito de los Jesuitas: lográndolo se arruina á Roma, y perdida esta, la religion se reformará (en sentido católico quiere decir aniquilará) por sí misma;» el concilio de Trento escribia en un diploma refiriéndose á los Jesuitas: «Esta Compañia, que se abre ya la entra-

da con gran provecho de las almas á una multitud de reinos cristianos y paganos ; » y el cardenal Cárlos Borromeo , este tan gran santo como gran sabio , escribia en 11 de mayo de 1562 á los presidentes del concilio : « Juzgo supérfluo manifestar las razones que tiene el soberano Pontífice para tener afecto á la Compañía y desear que tome pié en todas las provincias católicas ; mas toda vez que en Francia se mira con desvío á los Jesuitas , Su Santidad desea que el concilio , cuando se ocupe de los regulares , haga honrosa mencion de la Compañía para recomendarla á aquel reino. » Y luego añadía : « Estos padres , además de las virtudes que sabeis poseen , son muy adictos á la Sede Apostólica : yo soy su patrono. » — Semejantes palabras escritas por el eminente arzobispo de Milan , pesan mas á favor de los Jesuitas en Trento , que cuantas diatribas pueda inventar en contra la torpe maledicencia.

CAPITULO XI.

LA COMPAÑÍA EN ESPAÑA.—MELCHOR CANO.

MELCHOR Cano había nacido en Tarancon el año 1523, y en la época á que nosotros nos referimos era profesor de teología en Salamanca. Los magistrados de esta ciudad no podían menos de apreciar á los Jesuitas recién instalados, que en medio de su escasez y aun miseria, proporcionaban al pueblo toda clase de consuelos é instruccion. Cano era varon de esclarecido talento, predicador famoso y escritor de mérito. Conocía la historia de los Jesuitas, sabia lo que habian hecho y á donde se dirigian; no le eran desconocidos los triunfos que la nueva Sociedad habia alcanzado en cuantos puntos se instaláran, y hombre al fin sujeto á pasiones, sublevóse en él la de los celos. Donde avanzaba la flamante Compañía, las restantes sociedades religiosas pagaban tributo de postergacion, si es lícito espresarnos así, á los hijos de Loyola; era pues forzoso que Cano les saliera al paso y les atajara en el camino. La ocasion era oportunísima: Cárlos V estaba irritado contra la Compañía por causa de la oposicion que su *Interim* encontró en Bobadilla, y Melchor, alentado con la esperanza de la impunidad, declama contra los Jesuitas; y en el calor de su combate, en el delirio de su oposicion, en la ceguera de sus celos, pasa por sobre todo miramiento, y como tantos otros desgraciados autores se atreve á pronosticar muy próxima la venida del Ante-Cristo, puesto que segun él han llegado ya sus precursores. Semejante idea, ni aun el mérito de la invencion tenia.

Cuando en el orbe católico aparecieron las órdenes de S. Francisco y Sto. Domingo, tambien los que preveían su ruina en el triunfo de la religion, veían en franciscanos y dominicos la vanguardia del Ante-Cristo. Han transcurrido no pocos siglos; el Ante-Cristo gime todavía encadenado por el poder de Dios en el oscuro antro, y los religiosos de Francisco, de Domingo y de Ignacio de Loyola han llenado el mundo con la fama de sus triunfos y el resultado de sus evangélicos trabajos. Cano no advirtió que su cólera solamente le habia conducido al plagio¹.

Los padres existentes en Salamanca eran Torres, Sevillan, Sanci y Capella. Preséntanse los cuatro á Cano y pónenle á la vista la Bula de fundacion, haciéndole presente que Laynez y Salmeron son teólogos del Papa en el concilio de Trento, y Javier su Nuncio apostólico en el Nuevo Mundo.—Atacar á la Orden era cuasi atacar al Papa.

La conducta de Cano no podia encontrar aplaudidores sino entre los enemigos personales de los Jesuitas, que eran muy pocos: por esto, aun cuando el principal móvil de sus bruscos ataques fuera el mal entendido orgullo de dominico, tuvo que pasar por el desaire de ver como encontraba opositores en su propia Orden y hasta en su mismo convento de Salamanca. En su instalacion los PP. de Sto. Domingo habian sufrido iguales combates, y convencidos de la utilidad de los Jesuitas como de la suya propia, no quisieron dejar á estos solos en el campo; antes por el contrario, hemos dicho ya otra vez, que el padre

1. *Melchor Cano*. Este era hombre de mucho ingenio, pero tuvo su genio. El P. S. Luis Beltran y el venerable Granada solian lamentar algunas de sus cosas, mientras se reía de ellas el célebre P. Peña. Dió-le por augurar siniestramente de los Jesuitas y no se recataba de hablar. El P. general de Predicadores espidió una circular elogiando á la Compañía y prohibiendo que se la zahiriese ó censurase. Parece que el P. Cano no cejó. Si esto es así, no prueba que los Jesuitas fuesen malos, sino mas bien que en este caso el P. Melchor no fué muy bueno, porque al fin, rehusó obedecer á su legítimo superior.—Pastoral del Esco. é Ilmo. Sr. Obispo de Barcelona á los 28 de abril de 1832.

Juan Peña, dominico, los defendió de palabra y por escrito, y Fr. Francisco Romeo de Chatillon, general de la orden, publicó las letras que antes hemos transcrito. Por este documento se ve bien claramente el desagrado con que la orden vió el comportamiento de Cano, del todo señalado y fuertemente reprehendido en el párrafo que dice: « Todo lo cual hemos querido poner en vuestro conocimiento, temerosos de que alguno de vosotros, engañado por la novedad de este instituto, ataquen tal vez por ignorancia á estos compañeros de armas, que llevan igual objeto que nosotros, y que el Señor nos ha enviado como un refuerzo, y calumnien las constituciones de unos hombres, de los cuales deberia mas bien aplaudir los triunfos é imitar la piedad. »

Cano, empero, no hizo mas caso, á lo que parece, de la Bula de Paulo III y de las altas muestras de aprecio con que Su Santidad distinguia á los Jesuitas, que hizo de las letras de su general, las cuales bien explícitamente le obligaban á cesar en sus mal fundadas acusaciones. Si hemos de creer á Bouhours, en su libro 5.º, Cano no se portó con nobleza ni aun sin doblez en el modo como atacó á la Compañía de Jesus, pues á propósito de los tiros que dirigió al libro de los *Ejercicios espirituales* de S. Ignacio, leemos en el citado historiador las siguientes líneas: « El testimonio de Torres fué de un gran peso y suspendió el curso de este negocio, pero la mala fe de Cano no terminó felizmente. Este enemigo, otras veces declarado, pero en esta ocasion encubierto, viendo que los doctores de Salamanca echaban por tierra sus cálculos, trató de ganar á Mancio, uno de los mas célebres doctores de su orden, profesor de teología en la universidad de Alcalá. Para asegurarse del voto de este teólogo contra los ejercicios de la Compañía, hízole ver una copia manuscrita, en la cual se insertó algo que no constaba en los libros impresos. Leyó el teólogo dicho manuscrito con suma detencion, y declaró que nada encontraba en él que no fuera muy católico, á escepcion de un punto que no podia menos de señalar como herético. Examinóse este punto, y des-

cubrióse en la confrontacion del manuscrito con el impreso, que todo habia sido una superchería de Cano. Así fué que la verdad descubrió una mentira, y los mismos inquisidores tornaron apologistas de los *Ejercicios espirituales* ^{1.}»

Tenaz en sus opiniones Melchor Cano siguió manteniendo en alto el estandarte contra los Jesuitas, aun despues de presentado para el obispado de Canarias. Y esta presentacion no fué hecha en el pontificado de Paulo IV, como equivocadamente dice el autor del condenado *Retrato al daguerreotipo*, sino en el de Julio III, y la razon está en que Melchor Cano fué presentado para dicho obispado en 1552 y Paulo IV subió al pontificado en 23 de mayo de 1555.—Debiera comprender el autor del condenado *Retrato al daguerreotipo* que para escribir la historia de los Jesuitas debe estarse un poco enterado de la general de la Iglesia, de otro modo sucederá que á cada paso tengamos que enmendarle la plana, como sucede ahora y otras muchas veces, lo cual por cierto redundá bien poco en honor suyo.

Han dicho los enemigos de la Compañía, que el nombramiento de Cano para obispo de Canarias, fué una venganza de los Jesuitas; y añade el autor del condenado *Retrato al daguer-*

1. Y no es de estrañar, siendo como eran católicos, que se declarasen apologistas de un libro escrito por un Santo, alabado y aprobado por Paulo III; libro que puesto en práctica de tres siglos á esta parte, lanzó á S. Francisco Javier á las Indias; arrancó á S. Francisco de Borja de las ilusiones de las grandezas mundanas; alimentó con las virtudes heroicas de la edad madura á S. Luis Gonzaga, que falleció á los diez y seis años de su edad, y á S. Estanislao Koska á los diez y ocho; libro que inflamó con el celo de los apóstoles á S. Francisco Regis y á S. Francisco de Jerónimo; libro que ennobleció los humildes y silenciosos trabajos del jesuita beato Alfonso Rodriguez; libro que dió al Japon tres santos mártires, de los cuales Roma ha proclamado el heroismo; libro que llenó el Nuevo Mundo de obreros evangélicos, á los cuales no detuvieron ni las tempestades, ni las montañas, ni los bosques impenetrables, ni el hambre, ni los horrores de la muerte; libro que abrió en Europa tantos asilos al arrepentimiento y á la indigencia, tantas escuelas á la ciencia, á las bellas letras y á las artes como á la virtud. (*Des Jesuites*, par Cahour, t. 1.^o)

reotipo que fué para alejarle de su cátedra de Salamanca. Ni una cosa ni otra es verosímilmente creíble. Vengarse de un hombre elevándole á la dignidad episcopal, es una venganza tan poco ingeniosa como poco dura. Ni menos puede creerse que fuera para separarle de su cátedra de Salamanca por el temor que en ella inspiraba á los Jesuitas, por ser á todas luces visible que un enemigo obispo es mucho mas temible que un simple profesor de teología, sujeto á la obediencia de sus superiores, que á cada momento podian imponerle silencio. A bien que Cano en este punto sabia muy bien prescindir de las órdenes de sus superiores.

Melchor Cano, despues de presentado para el obispado de Canarias, no fué mas obediente religioso ni mas amigo de los Jesuitas. «¡Ojalá, decia en una carta, que no suceda lo que, segun la fábula, aconteció á Casandra, á cuyas predicciones solo se dió crédito despues de la toma é incendio de Troya! Si los religiosos de la Sociedad continuan como han comenzado, quiera Dios que no llegue un tiempo en que los reyes querrán resistirles, y no encontrarán medios de hacerlo.»—En esto dió Melchor Cano una prueba de que estaba tan enterado de la historia antigua, como poco enterado de la de los Jesuitas. Si Cano hubiera podido sondear el oscuro porvenir, hubiera visto como los padres de la Compañía de Jesus, despues de haber prestado grandes servicios á los pueblos y á los reyes, cuando á estos, gracias á los manejos de intrigantes y monopolizadores, les pareció útil decretar su espulsion, se retiraron sin oponer la mas mínima resistencia, sin preguntar por qué, con la pasiva obediencia que en ellos era ley. En fin, cuestion es esta que en el decurso de esta historia ventilaremos, mientras por ahora creemos dejar rebatidos todos los argumentos verdaderos ó supuestos de Melchor Cano.

Dice el autor del reprobado *Retrato al daguerreotipo*, que los Jesuitas no encontraron mejor acogida en Alcalá que en Salamanca. Bien es verdad que en Salamanca no encontraron mala acogida sino por parte de Melchor Cano.

¿Qué es pues lo que pasó en Alcalá? Lo diremos para que confrontada nuestra relación con la del censurado *Retrato al daguerreotipo*, se vea palmariamente con cuanta inexactitud se han adulterado, exagerado, truncado y espuesto los hechos en la obra que rebatimos.—Muerto Pedro Ortiz, uno de los amigos de Loyola, los contrarios de la Compañía aprovecharon la ocasión para encarnizarse contra ella. El P. Villanueva, rector del colegio, no se intimidó ante esta mezquina oposición, y llamando al rector de aquella universidad, le franquea todas las puertas, le pone al corriente del verdadero estado de la casa, y demanda en nombre de sus hermanos justicia. El rector elige en tribunal á tres enemigos decididos de la Compañía; entéranse estos con escrupulosa y rigurosa fiscalización, y su sentencia confirma la completa inculpabilidad de los Jesuitas. Alcalá parece el pueblo destinado por el Señor para que en él resplandezcan las virtudes de Loyola y sus hijos, confirmadas por competentes jueces. Recuerden nuestros lectores que en Alcalá fué acusado una vez el mismo san Ignacio, y los inquisidores dieron al público el testimonio de su inocencia. Si en tiempo de Loyola la sentencia fué favorable, no menos lo fué en tiempo de Villanueva. El Dr. Casa, empero, no la acepta con tanto desinterés, y viendo que el tribunal declaraba que todo en el Instituto estaba conforme con el Evangelio y la moral, estremadamente violento en sus ideas se atreve á atacar la misma bula de Paulo III. Casa es citado ante el Santo Oficio de Roma, y el jesuita Villanueva, el hombre á quien mas tenia ofendido, es el que le avisa con anticipación del peligro, para que prudentemente se libre de él. Así correspondían y corresponden los padres de la Compañía al mal que se les había hecho y se les hace. Sin embargo, sus adversarios no desisten, y creen alcanzar mejor éxito comprometiendo para que forme parte con ellos el Ilmo. Sr. don Juan Martínez Siliceo, cardenal arzobispo de Toledo.—Aquí es bueno que citemos testualmente un párrafo de la página 32 de la Pastoral del Escmo. é Ilmo. Sr. Obispo de Barcelona del

28 de abril de 1852. Nuestro dignísimo Prelado se espresa así respecto al Ilmo. Sr. Siliceo: «Este distinguido Prelado habia sido mal informado con respecto al comportamiento de los Jesuitas en Alcalá, y dictó providencias severas contra ellos para reprimir escesos que no existian. Súpolo el P. S. Ignacio y se quejó respetuosamente al Sumo Pontífice, porque estaba bien enterado de que no habia sino chismes y exageraciones. El Papa dió comision al Sr. Nuncio apostólico, residente en Madrid, quien abrió un espediente informativo, y terminado avisó al cardenal arzobispo de Toledo. Ningun mérito ofrecieron semejantes diligencias, instruidas severa y concienzudamente. Terminóse este asunto por revocar el Sr. Cardenal arzobispo de Toledo las medidas dictadas contra la Compañía, penetrándose de la falsedad de las acusaciones. Poco despues el santo patriarca le dirigió una carta llena de ternura, humildad y gratitud.»

A esta esposicion, que no por ser breve es menos fuerte é incontestable, podemos añadir la siguiente de otro autor francés: «Tronaba la tempestad sobre la Compañía, y se hacia indispensable conjurarla. El P. Villanueva, rector de dicho colegio, dirigióse al Sr. Poggi, Nuncio de Su Santidad en la corte, quien procura infructuosamente calmar la irritacion del arzobispo. El cardenal Mendoza, arzobispo de Burgos, que empezaba la construccion de un edificio para los jesuitas, sale en fiador de ellos ante su colega en el episcopado. El soberano Pontífice hace escribir á Toledo por medio del cardenal Maffei, su secretario; pero el Sr. Siliceo se mantiene inexorable á las súplicas y á las reprensiones. Ignacio, que no ha podido vencerle con sumision, le cita ante el consejo real de España, el cual, en vista de las bulas y privilegios en favor de la Compañía, pronuncia su sentencia por la que condena al arzobispo, y este levanta su excomunion.»—Tenemos, pues, que el tribunal erigido en Alcalá, el nuncio de Su Santidad, el arzobispo de Burgos, el mismo soberano Pontífice y el consejo real de España, se pronuncian en contra la conducta del arzobispo

de Toledo y acreditan plenamente la inocencia y méritos de la Compañía de Jesus. Ahora, si para el autor del condenado *Retrato al daguerreotipo* puede mas el cardenal Siliceo atacando á los Jesuitas que las cortes romana y española defendiéndoles, es probable que no tenga muchos imitadores en su modo de pensar. El público imparcial sabe apreciar debidamente las pruebas.

Pero en la obra de nuestra impugnación, al dar cuenta de la conducta de Ignacio, dícese que *pidió y alcanzó de Paulo III una nueva bula atestada de monstruosos privilegios*.—Prescindimos del calificativo *monstruoso* aplicado á un acto de Paulo III, y que bien puede tacharse de poco católico y de desprecio; de poco respeto y de oposicion á la Santa Sede. Vayamos á ver qué es lo que contenia la bula de Su Santidad, como tambien las de sus sucesores Julio III y Pio IV. Los privilegios concedidos á los Jesuitas eran los siguientes ¹: —1.º Perpetuidad del general.—Hemos visto anteriormente que los principales miembros en consejo podian suspender y destituir á su general.—2.º Duracion del noviciado por mas de un año, y prolongacion del tiempo de pruebas por muchos años antes de los votos públicos y solemnes.—Tambien anteriormente hemos hablado y aplaudido como se debia una medida, que aseguraba con suma prudencia la libertad y vocacion del novicio antes de su indisoluble enlace con la Compañía.—3.º Admision á las sagradas órdenes despues de los votos simples y antes de los votos públicos y solemnes.—Disposicion muy oportuna y consiguiente á lo dispuesto en el segundo privilegio, pues si el tiempo de prueba para ingresar en la Sociedad habia de ser mas largo que el establecido ordinariamente para la ordenacion, natural era que en semejantes casos la ordenacion tuviera lugar antes de la profesion.—4.º Admision á las sagradas órdenes sin intersticios.—Admitida la utilidad de retrasarse la profesion hasta tanto que las pruebas hayan acreditado el buen estado del novicio, debe

1. La mayor parte de estos privilegios están concedidos á las Órdenes Mendicantes.

tambien concederse que siempre y cuando un superior juzgue á propósito á otro de sus hermanos para recibir órdenes sin ulterior demora , por responder su vocacion , virtud y ciencia del buen uso que hará de su sagrado ministerio, se le confiera este con dispensa de intersticios , haciendo el mérito gracia del tiempo.—5.º Separacion ó dimision de la Compañía de Jesus con dispensa de votos así públicos como simples por la autoridad del general.—Privilegio que nada de monstruoso tiene , si se atiende á que era libre el salirse de la Compañía , que á nadie queria sujetar forzosamente á su seno.—6.º Exencion de coro.—Dedicados y fundados especialmente los Jesuitas para la asidua enseñanza , continúa predicacion y otros ejercicios que reclaman esclusiva atencion y dedicacion de tiempo , sumamente útil era que empleára cada cual en el rezo las horas que segun sus distintas ocupaciones les quedáran desocupadas , sin absoluta precision de horas fijas y reunion en comunidad , que muy á menudo podia ser sumamente difícil ¹.—7.º Distincion en diferentes clases entre las personas que componen la Compañía , con sus diferentes atribuciones segun las respectivas capacidades.—Esto ya no es privilegio sino cosa muy natural , cuya monstruosidad existirá únicamente en la imaginacion del autor del reprobado *Retrato al daguerreotipo*. ¿Qué cosa mas natural y mas de costumbre, así en la república religiosa como en la civil , que premiar á cada uno segun su trabajo , y aprovechar este trabajo segun el talento de cada uno? —8.º Facultad de tener en todos sus dominios un oratorio en donde puedan celebrar misa , aunque sea en un altar portátil , y recibir allí los sacramentos, hasta en tiempo de entredicho , cuyo privilegio se estiende á los servidores de los Jesuitas.—Para la esplicacion de este privilegio es necesario tener presentes tres cosas : primera , las grandes ocupaciones de los Jesuitas , que les imposibilitaban muchas veces salir de sus ca-

1. Por iguales causas tambien disfrutaban de este privilegio los padres de las Escuelas pías , por razon de la enseñanza á que se dedican , con notable beneficio de la moral y de la sociedad.

sas; segunda, que muchas veces se encontraba el jesuita en pais desierto ó no católico, donde no le era fácil encontrar un altar; y tercero, que siendo los individuos de la Compañía de Jesus viajeros errantes á la voluntad de sus superiores, no podian ser comprendidos en los entredichos puestos á algun territorio determinado por los escesos irreligiosos en él cometidos, cuando los padres Jesuitas eran nuevos en el pais, y en diferentes ocasiones legados especialmente para reformar las costumbres en el mismo punto sobre el cual pesaba el entredicho; razones todas por las cuales parte de este privilegio comprendia tambien á los servidores de los Jesuitas.—9.º Exencion de cargos de visitador, director de monasterios de religiosas, etc. no mediando en contra espresa orden de la Santa Sede.—Sabido es que los padres de la Compañía por su institucion no debian reconocer otros superiores que el general y el Sumo Pontífice. Si distrayendo de sus ocupaciones habituales á un jesuita, se le destinaba por una autoridad cualquiera á un cargo para cuya aceptacion no le obligaba su regla, era muy justo que no quisiera ó estuviera en el derecho de no querer aceptarle, sin espreso mandamiento del único que estaba autorizado para espedirlo.—10. Facultad para absolver de censuras, dispensar impedimentos matrimoniales, bendecir y edificar iglesias, etc. en aquellos paises infieles que carecen de obispo.—Este privilegio no es monstruoso; lo seria mas bien su falta. El jesuita misionero en tierras adonde nunca ha llegado la luz del Evangelio, ó si ha llegado no ha encontrado adeptos, ó si los encontró en otro tiempo, se ha perdido toda huella de su raza, se ha destruido toda obra de sus manos, se ha profanado todo signo de su religion, se ha ofendido á todo precepto de su código, se ha faltado á todo respeto de su moral; debe estar por precision autorizado, si á consecuencia de la tardanza el infierno no ha de hacer allí una de sus mayores cosechas, á aplicar el remedio con la misma prontitud que el mal lo exige. ¿Dejará que un hombre ó una mujer mueran en estado de ofender la santa ley de Dios, porque falte un obispo que dispense

ciertos impedimentos? ¿Dejará que el pueblo catecúmeno deje de frecuentar los templos, porque no haya un obispo que ponga la primera piedra de una basílica? ¿Dejará que los convertidos dejen de asistir al santo sacrificio de la misa, porque la mano del prelado no está ni puede estar allí para rehabilitar la profanada iglesia? En la vida del jesuita son muy frecuentes estos casos en remotos climas de países salvajes, á donde llega el primero con la cruz en las manos, el Evangelio en los labios, y el divino fuego en el corazón. La mas obtusa y rebelde razón se hará cargo de la necesidad de este privilegio, *en países infieles que carecen de obispo*.—11. Los superiores pueden por justos motivos eximir á sus inferiores del ayuno, abstinencias y rezo del oficio divino en caso de enfermedad.—Nada mas conforme con las leyes de la naturaleza, que el cuerpo rendido á la fatiga no se acabe de estenuar con escesivas penitencias y trabajos. Lo monstruoso seria que por un exceso de celo se hundiera en el sepulcro á hombres sumamente útiles en la sociedad religiosa y civil.—12. Facultad de conferir grados académicos á los que previos exámenes se consideren dignos.—Esta facultad no es esclusiva de los Jesuitas: los dominicos, agustinos, servitas y otras órdenes confieren asimismo grados de licenciado ó presentado y el de maestro en sagrada teología, sin que á nadie hasta ahora se le ocurriera escribir en contrario, ni menos atacar este privilegio que ha dado á conocer á muchos sabios, especialmente entre los alumnos de la Compañía de Jesus.—13. Potestad para erigir casas, colegios, etc., que por el mero hecho de su erección fuesen considerados como erigidos por autoridad apostólica.—Esta transferencia de derechos de la Santa Sede redunda á mayor gloria y provecho de la religion, especialmente allende los remotos climas en que los Jesuitas tienen establecidas sus misiones. Derecho es de la Santa Sede, y en ningun modo monstruoso, que quien tenga un derecho se despoje de él á beneficio de quien mejor le parezca, tanto mas en cuanto al obrar los padres de la Compañía en virtud de autoridad apostólica, no hacian mas que obrar

en nombre de aquella autoridad á la cual están obligados y sometidos por solemnes votos y juramentos. Los Jesuitas que se deben todos á la Santa Sede, recibieron de ésta, para mayor éxito en sus santas empresas, una autoridad apostólica que los sucesores de S. Pedro han delegado muchas veces á varios de sus apostólicos ministros.—14. Exenciones de diezmos y otras contribuciones eclesiásticas.—Los Jesuitas pertenecen á la clase de órdenes mendicantes. ¿Qué extraño pues que no paguen contribucion de ningun género aquellos que nada poseen? ¿Por qué razon deben pagar impuestos unos hombres que en distintas ocasiones tuvieron que alimentarse con las limosnas que les proporcionaba la caridad pública?—15. Facultad de contratar sin intervencion de los capítulos por la sola autoridad del general.—Consecuencia natural de las prerogativas que en las Constituciones de la Compañía se confirieron al superior general; prerogativas cuyos contrapesos especificamos en otro lugar.—16. La Compañía de Jesus es declarada orden mendicante y participa de todos los privilegios concedidos á las corporaciones mendicantes.—Esto, como bien claramente se ve, ya no es privilegio sino derecho.—17. Facultad de ganar en sus propias iglesias ú oratorios, cumpliendo con los ejercicios establecidos, las indulgencias concedidas á las demás iglesias ú oratorios de los puntos en que se hallen establecidos los padres de la Compañía.—De este privilegio ha hecho uso repetidas veces la Santa Sede en favor de iglesias y oratorios, así de regulares como no regulares. Aun hoy dia en que, gracias á la revolucion, el culto y las bellas artes han perdido no pocos de sus hermosos templos, se conservan en muchos de estos gracias concedidas por distintos Sumos Pontífices, que hacen que las oraciones y actos celebrados en uno de ellos, valgan por otro tanto celebrado en alguna de las privilegiadas basílicas del orbe católico.

Entre estos diez y siete privilegios ¿se nos podria manifestar cuál de ellos es el monstruoso? El autor del condenado *Retrato al daguerreotipo* encuentra tal el que se exima á la Com-

pañía de toda superioridad, jurisdiccion y correccion del Ordinario. Pero en esto da una nueva prueba de lo poco enterado que se halla en la historia de la Iglesia y de las sociedades religiosas. Los privilegios de que gozan estas son de dos distintas especies; una que es la exencion de cargos incompatibles con el objeto y fin para que una órden fué establecida, y otra que son los favores, gracias y facultades espirituales concedidas para llegar mas fácilmente á este mismo fin, y alentar á los religiosos en la obra de su institucion. Entre esta última clase de privilegios se cuenta el que exime á las comunidades religiosas de la jurisdiccion del Ordinario; privilegio basado en la conservacion del estado religioso en general y de cada órden en particular. Necesario se hace pues, para que esta conservacion sea permanente, que una clase de gobierno particular rijan los destinos de cada una de las sociedades, establecidas para diferentes objetos, aunque siempre coadyuvando á un mismo fin. Y á no ser este gobierno independiente en su esfera, si bien sujeto á la cabeza principal de la Iglesia, no podia reunir las circunstancias de fuerza y duracion indispensables al éxito. Así se reconoció desde muy antiguo, y por esto vemos que tres concilios franceses, el de Agde, el primero de Orleans y el tercero de Arles, prohiben á los obispos conferir el sacerdocio á los religiosos sin el permiso del superior de su monasterio: ejemplo palpable de que era reconocida la exencion de la jurisdiccion del Ordinario sobre los religiosos, cuando estos para recibir una órden y el obispo para conferirla, necesitaban del permiso del superior de la comunidad. Los Papas que posteriormente confirmaron esta exencion, no hicieron mas que dar nueva fuerza de ley á lo que ya la tenia por la costumbre de muchos siglos, y aun por los actos de los mismos obispos, que la decretaron en sus concilios provinciales y fué confirmada en los generales de Letran, Lyon y Trento. Ya en el siglo v el papa Pelagio habia declarado que el gobierno de los monges pertenecia á sus abades, y posteriormente S. Gregorio el Grande dió un ejemplo de la necesidad de esta exencion, que decretó en una bula pontificia.

Ya puede conocer el autor del reprobado *Retrato al daguerreotipo* que los monstruosos privilegios de que dice atestada la bula de Paulo III, y entre ellos el de la exencion del Ordinario, son meras ilusiones de su imaginacion, nada tranquila cuando de Jesuitas se trata. Y atienda á que en la sesion 25 y última del concilio de Trento escribieron los Padres la siguiente declaracion: «No obstante el santo sínodo no entiende innovar ni impedir que la religion de clérigos de la Compañía de Jesus, pueda servir al Señor y á su Iglesia segun su piadoso instituto aprobado por la Santa Sede apostólica ». Si despues de cuanto hemos descrito, de cuantos grandes varones hemos citado, de cuantos célebres concilios hemos exhibido, el autor del censurado *Retrato al daguerreotipo* persiste en la idea de que hay monstruosidad en los privilegios á los Jesuitas concedidos, sírvase indicarnos cual sea esta, en dónde se encuentra, para que destruyamos donde quiera que él nos diga una mala opinion, que sin fundamento alguno se ha empeñado en apoyar.

Al dar ahora cuenta de los tristes sucesos que para los Jesuitas tuvieron lugar en la capital de Aragón, debemos hacer presente á nuestros lectores, que á medida que hemos ido reconociendo el condenado *Retrato al daguerreotipo* y confrontado sus descripciones con descripciones de obras imparciales y reconocidas de mucha mayor autoridad en crítica, nos ha chocado ver siempre como el autor de la obra de nuestra impugnacion relata y recarga la primera parte de todo desagradable suceso, y calla como si nunca hubiese tenido lugar todo suceso honorifico que al primero sucediese; es decir, refiere la ofensa

1. Aunque esta declaracion se refiera únicamente al decreto del concilio sobre la renuncia de los novicios, y sobre la profesion que han de hacer luego despues del noviciado; con todo, en aquellas circunstancias significa alguna cosa mas, pues viene á ser una aprobacion indirecta y bastante esplicita de la Compañía, tal como los mismos Sumos Pontífices la habian aprobado, tal como subsistia, con sus usos, con sus privilegios, con su forma de gobierno. (Cretineau-Joly, *Histoire de la Compagnie de Jesus*, tomo 1.º)

y no el desagravio ; da cuenta de la infamante sentencia , no de la incontestable rehabilitacion.

Es cierto que en Zaragoza por razon de una competencia sobre el lugar donde los Jesuitas edificaban su colegio , á consecuencia de una costumbre de la antigua Iglesia , que prohibia construir capillas ó conventos demasiado cerca de las parroquias y de otros conventos ya establecidos , la cual tenia por objeto precaver las disputas de preferencia , hubo un tumulto en el pueblo , y aun que Lopez Marcos , vicario general de la ciudad , no el arzobispo de Aragon , que nunca se mostró hostil á la Compañía , como malamente presume el autor del condenado *Retrato al daguerreotipo* , trató de lanzar escomunion contra los Jesuitas. Pero es igualmente cierto que el P. Brama contestó que no podia obedecer á una órden tan poco fundada como era la que le mandaba desocupar el colegio ó casa que estaba para inaugurarse , y que presentando los privilegios de la Compañía á los canonistas , declararon estos que se podia pasar á la inauguracion , de cuyo mismo parecer fué el arzobispo de Aragon , que señaló para la ceremonia el dia siguiente al martes de la Pascua. Y es no menos cierto , que cuando despues de quince dias de asedio en su propia casa , los Jesuitas tuvieron que abandonar su recinto , habiendo intervenido en el asunto el arzobispo de Aragon , Ilmo. Fernandez , el Nuncio del Papa y la reina Juana , madre de Carlos V , examinóse judicialmente el fondo de la cuestion , y el tribunal eclesiástico falló en favor de los Jesuitas. Anuláronse las censuras , el entredicho y la escomunion , y el pueblo , que no creia ya en los cuentos que de los Jesuitas le habian referido , persuadióse al fin de la inocencia de estos , y reclamó su establecimiento en Zaragoza. Volvieron estos á la ciudad , y salieron á su encuentro los magistrados , el clero , la nobleza y el mismo vicario general Lopez acompañándoles hasta su habitacion , donde el virey , que les aguardaba en ella , les ofreció sus llaves , pudiendo desde aquel dia entregarse sin obstáculos á sus ejercicios espirituales y á sus provechosísimos trabajos , de los

cuales la capital de Aragon fué la primera beneficiada.

¿Por qué, pues, siendo esto cierto y público, el autor del condenado *Retrato al daguerreotipo* no lo continuó en su obra? Referir la acusacion sin pronunciar la reparadora sentencia, es en último resultado una calumnia como otra cualquiera. El hombre mas inocente puede ser acusado de los mas horrendos crímenes; pero para esto están los tribunales de justicia que ponen la verdad en claro y rehabilitan lo que la calumnia quiso destruir. Los tribunales de justicia que fallan en cuestiones de antiguos tiempos, son la historia auxiliada de la crítica. La historia se ha encargado de vengar á los Jesuitas de los ultrajes que el jansenismo, la impiedad y la intriga les habian hecho; y hoy dia nos permite, que alambicados por la máquina de los siglos y censurados por la opinion de muchos hombres inteligentes, así favorables como contrarios á la Compañía, los hijos del ínclito Ignacio se ofrezcan á los ojos del pueblo, hasta hoy ciego ó engañado, rodeados de la auréola de su grandeza y de su amor á la humanidad. La historia es la que nos suministra datos y razones para combatir á nuestros antagonistas; y si la victoria es nuestra, no á nuestras fuerzas se atribuya, sino á la escelencia de nuestras armas, un dia olvidadas en el arsenal de la verdad y la justicia. La historia nos refiere los acontecimientos de Zaragoza, como nos refirió los de Alcalá, los de Venecia, los de París, los de Roma, los de Trento, los de Salamanca, los del Nuevo Mundo; como nos referirá los del universo entero, porque entero le pisaron los Jesuitas. La historia nos ha franqueado las puertas de su templo y guiado en el camino; la historia nos ha animado á clamar en alta voz ¡calumnia! Por fin, la historia nos ha dicho: truncar la narracion de los hechos es desfigurarlos; desfigurar un hecho es cometer un crimen literario: no puede ser escritor, ni menos historiador, el que como en los sucesos de Zaragoza, deja que la pasion le ciegue; deja que el odio ponga ante sus ojos una venda mas espesa que un muro de piedra; deja que su mano se detenga cuando la verdad opone un obstáculo á su en-

gañoso paso. Nunca este escritor podrá hacer fe. Y cuando alguien intente disputarlo, ponedle de manifiesto, nos ha dicho la historia, entre mil de los errores de su obra, la relacion de la primera entrada de los Jesuitas en España ¹.

1. En la página 180 hemos referido, que el P. Antonio Araoz vino á España, por encargo del inclito Loyola, á fundar colegios de su orden. Este sabio y virtuoso religioso, pariente cercano de san Ignacio, era natural de la villa de Vergara: hizo su profesion en la Compañía en manos de su santo fundador. En Barcelona predicó en la iglesia parroquial de Nuestra Señora del Pino, y lo hizo, segun costumbre, con tanta uncion, que al bajar del púlpito se le acercó un número considerable de fieles, suplicándole permaneciese en la ciudad para fundar un colegio. En esta ciudad dirigió los ejercicios espirituales compuestos por S. Ignacio, que hizo, entre otros, el virey de Cataluña D. Francisco de Borja, duque de Gandia, quien mas adelante abandonó las vanidades del siglo para entrar en la Compañía de Jesus, y por sus heroicas virtudes mereció ser venerado en los altares.

El P. Araoz en el púlpito se parecía al Doctor de las gentes: tan inflamado era el celo con que predicaba la divina palabra, con notable aprovechamiento de las almas. El rey Felipe II y toda la corte oían al P. Araoz con notable avidez. Empleaba diariamente en la oracion catorce horas. Era tanta su humildad, que no pudo recabarse de él aceptase el arzobispado de Toledo, que el rey Felipe II le presentó. Se le veía salir con sus vestidos rotos de las espléndidas mansiones, en las cuales la nobleza le recibia con veneracion, para entrar en la cabaña de la indigencia ó en los calabozos; para cada situacion encontraba Araoz palabras adecuadas de aliento y esperanza. Finalmente, después de una vida llena de méritos y virtudes, acabó sus dias en Madrid en 1573. (Vida de S. Francisco de Borja escrita por el Emmo. Sr. Cardenal D. Alvaro Cienfuegos, y *Fasti Societatis Jesu* por el P. Juan Drews, tomo 1.º)

CAPITULO XII.

FRANCIA.

En enero de 1550 hizo espedir Enrique II, rey de Francia, unas reales cédulas, por las cuales, «aceptando y aprobando las bulas en favor de la Sociedad de Jesus, permitia á dichos hermanos que pudiesen construir, edificar ó hacer erigir de los bienes que hubiesen recibido en limosna una casa y colegio en la ciudad de París únicamente, y no en las demás ciudades, para vivir en ella segun sus reglas y estatutos; y mandaba á su parlamento que espidiese las mencionadas cédulas reales ó privilegios, y que hiciese ó permitiese á los susodichos hermanos el libre goce de sus privilegios.»

Dos años despues, el 10 de enero de 1552, el rey dirigió un mandato al parlamento, que con subterfugios y falsas razones se le habia resistido, para que registrase sus reales cédulas de 1550, afianzado en el parecer de su consejo privado, al cual habia sometido el exámen de las bulas y constituciones de la Compañía, que decia no haber encontrado cosa alguna contraria á las leyes y á la conservacion de la jerarquía eclesiástica ó civil en todos los actos sometidos á su conocimiento. —Esto empero, la oposicion siguió, y siguió en ella el Ilmo. Sr. Eustaquio de Bellay, obispo de París, uno de los primeros que hicieron oposicion á los Jesuitas. Necesario es por lo tanto que esponamos el motivo puramente personal que tenia el Prelado, para hacer la contra á unos hombres á quienes solo podia conocer por la fama de sus grandes hechos.

El Sr. de Bellay, oriundo de una familia tan distinguida en la carrera de la Iglesia como en la de las armas, hacia honor al ilustre apellido que llevaba. El cardenal Juan de Bellay, su pariente y predecesor en la silla episcopal de París, habia sido el íntimo amigo del rey Francisco I, y creyó por un momento á la muerte de este monarca conservar el mismo influjo en el trono. Esta esperanza se desvaneció bien pronto; el cardenal de Lorena le reemplazó en la amistad del nuevo rey, y de Bellay se retiró á Roma, haciendo pasar su mitra á Eustaquio de Bellay, presidente del parlamento, el cual heredó á un tiempo la silla de París y el odio á la casa de Lorena. El nuevo Prelado que sentia en su alma la necesidad de luchar, no encontraba motivo para una declaracion de guerra contra los dos modernos favoritos, cuando la presencia de los Jesuitas le proporcionó lo que de tanto tiempo andaba buscando. Los cardenales de Guisa y de Lorena se habian declarado abiertamente á favor de la Compañía. Eustaquio, sin pensarlo un solo momento, abrazó el partido opuesto. No es el obispo de París contra los Jesuitas, es un de Bellay contra un de Lorena, dos poderosos rivales cara á cara; el presidente del parlamento y el valido del rey. En su alta posicion respectiva debian ser asimismo rivales: el parlamento y el rey eran dos poderes en continua pugna: los efectos de un orgullo mal entendido obligaban á aquella asamblea á hacer de continuo la oposicion á la voluntad del monarca; quien por otra parte se hallaba perplejo en esta cuestion, por cuanto hombres de talento como sus mismos abogados de la asamblea apoyaban la negativa contra el Instituto; mientras otros hombres de no menos talento, como Bruslart, Seguier, Lorena, Guisa, Du Prat y muchos otros obispos afirmaban los beneficios que la Francia reportaria de la introduccion de los Jesuitas. Así las cosas hasta el 1554, en que Eustaquio de Bellay se encarga de redactar á nombre del parlamento un dictámen basado en once puntos contrarios á los Jesuitas, quienes por su parte se encargaron de anonadar los cargos.

Léese en el *Retrato al daguerreotipo*, y es muy cierto, que el obispo de París en su censura niega rotundamente á los Jesuitas el derecho que se abrogaban de titularse compañeros de Jesus. Esto, que á primera vista no pasa de una cuestion de puras palabras, fué una idea que hecha cundir por los enemigos de los hijos de Ignacio, se apoderó de no pocos hombres ilustres, entre ellos Melchor Cano, que del título de la Compañía pretendió sacar la mas ridícula consecuencia. Nosotros á la verdad, y apoyados en la autoridad de insignes varones, tales como Francisco Suarez, el cardenal Sfortia, Pallavicini y Jaime Agustin Huano, ningun orgullo encontramos en el título que Ignacio dió á la nueva congregacion. De dos modos pueden entenderse las palabras *Compañía de Jesus*. Es innegable, y el mismo autor del censurado *Retrato al daguerreotipo* lo ha reconocido, que como dice Jouvency, Ignacio que tenia ideas militares, «se representaba á Jesucristo como un general combatiendo los enemigos de la gloria divina, y llamando á todos los hombres á ponerse en sus filas para combatir bajo su bandera. De aquí el deseo de formar un ejército, cuyo jefe y emperador fuera el mismo Jesucristo, y la divisa: *Ad majorem Dei gloriam*: el objeto y el fin la salud de los hombres. Bajo este diseño presentóse desde luego al pensamiento de Ignacio la Compañía de Jesus.» En el cuarto dia de la segunda semana de sus *Ejercicios espirituales*, siguiendo Ignacio en la misma militar alegoría que le venia animando desde que en Monserrate se declaró el caballero de MARÍA, dice: «El primer preludio es considerar como históricamente á Jesucristo de una parte y á Lucifer de otra, llamando entrambos á los hombres é invitándoles á que vengan á alistarse bajo sus respectivas banderas.» Vése bien que lo que Loyola quiso organizar era una milicia, y que por el mismo sistema que cuando soldado habia defendido al rey Fernando, queria esta vez defender al Rey de reyes. Por esto llamó á sus adeptos Compañía y á su superior General: Compañía, es decir, voz militar, que como de todos es sabido, espresa un cuadro de gentes

que la táctica bélica ha agrupado en número que le ha parecido útil para la composicion y organizacion de los ejércitos. El capitán Loyola levantó una Compañía á la que dió el nombre de Jesus, como otros las llamaron francas, blancas, negras; una Compañía de soldados religiosos que en pro de la Religion iban á hacer una guerra moral á las fuerzas de la impiedad; una Compañía cuyo emperador Jesucristo tenia á sueldo de méritos para la otra vida; una Compañía que en el campo de batalla de la herejía iba á entrar desde luego en lucha con las avanzadas del protestantismo. En una palabra, Compañía es vocablo militar, y cuasi indudable que al llamar así el ex-capitán á la reunion de sus hijos, lo hizo de militar idea imbuido. Siendo de este modo, ningun orgullo cabe en llamar á los Jesuitas Compañía de Jesus; como si dijéramos cuerpo reglamentado del ejército defensor del verdadero Dios, en cuyas filas cada católico debe aparecer como un soldado.

Si compañía es sinónimo de compañeros, tampoco sabemos ver orgullo en que unos hombres que iban á consagrar entera su vida á la mayor gloria de Dios, se titulen compañeros de este Dios; pues por compañeros entendemos aquellos que mas pronto se hallen á dar una prueba incontrastable del amor que hacia una persona demuestran; aquellos que entendiendo lo que es amistad en su verdadera acepcion, dan una y repetidas veces muestras de ella; en fin, Compañía de Jesus equivale para nosotros á decir, buenos servidores del verdadero Dios, que en cualquier circunstancia sabrán dar pruebas de su leal y constante amistad. Que así lo hicieron los Jesuitas es innegable; no ha de ser pues orgullo titularse Compañía de Jesus aquellos que verdaderamente son sus compañeros.

Por último, para que se vea cuán infundados eran todos estos cargos que por su título provinieron á los Jesuitas, diremos que resucitar esta cuestion es ya inútil y quizás imprudente, despues que en el año de 1591 la Santidad de Gregorio XIV, para desvanecer toda sospecha y acabar de una vez

con una disputa con tan mala fe entablada como por ilustres varones sostenida, dijo en un diploma especial: «Establecemos que el nombre de Compañía de Jesus, con el cual ha sido nombrado por la Santa Sede apostólica esta laudable y naciente Orden, lo mantenga para siempre en lo venidero.»—Ha hablado Roma, el Vicario de Jesucristo en la tierra autoriza y manda que la Compañía de Jesus se titule tal; el único que podia agravarse de que hubiese quien llevara el título que se califica de orgulloso, ordena que así se mantenga en lo venidero; á nadie le es lícito oponerse á la suprema voluntad de Gregorio XIV, que ningun soberano Pontífice, entre sus sucesores, ha tratado de combatir ni aun de poner en cuestion. Compañía de Jesus la llamó el primero de sus Papas, Paulo III; Compañía de Jesus la llamó el sacrosanto concilio de Trento, que en la sesion última dijo que nada pretendia innovar en esta órden; Compañía de Jesus *mandó* que se llamara Gregorio XIV; por Compañía de Jesus la ha conocido sin dificultad ni oposicion la Iglesia católica. Quede pues resuelto que cuando ningun obstáculo se ha encontrado en el uso de este nombre, ni por parte de los Papas, ni de los concilios, ni de la Iglesia, prueba que orgullo alguno ni falta cupo en Ignacio ni en sus hijos al titularse Compañía de Jesus.

Dice seguidamente el autor del condenado *Retrato al daguerreotipo*, que el señor de Bellay hizo observar ser contradictorio el voto de pobreza prestado por los Jesuitas, y su ambicion de elevarse á las primeras dignidades de la Iglesia. El que tal idea emitió y el que tal idea ha transcrito, se conoce que abrigaba tantos deseos de perjudicar á la Compañía como pocas noticias de su historia. ¿A qué dignidades eclesiásticas aspiraron los Jesuitas? Aun mas ¿qué dignidades les fueron ofrecidas que humildemente no renunciáran? ¿Cómo murió Ignacio de Loyola? Simple presbítero. ¿Qué dignidades obtuvo Laynez? Ninguna. ¿No renunció Bobadilla el obispado de Trento? ¿No renunció Francisco de Borja la púrpura cardenalicia? ¿No renunció Canicio el obispado de la capital de Austria? ¿No re-

nunció Lejay en 1546 otro obispado? ¿En 1552 Antonio de Córdoba, á la edad de veinte y tres años rector de la universidad de Salamanca, jóven de talento, rico y favorecido de Carlos V, no renunció el birrete de cardenal para entrar como humilde novicio en la Compañía? Finalmente, dígasenos cuantos pontífices, cardenales, arzobispos, obispos ú otras cualesquiera dignidades eclesiásticas han salido del seno de una Compañía, proporcionalmente la mas numerosa, abundante en superiores talentos y protegida de Papas y reyes. No; no cuidó Eustaquio de Bellay de buscar á los Jesuitas en el oscuro rincon desde donde difundian en la sociedad las salvadoras ideas de la fe y la instruccion, base de la felicidad de todos los pueblos. No, no han cuidado de irles á buscar donde humildemente se escondian, los autores que con Eustaquio de Bellay han llamado ambiciosos á los Jesuitas; no, no ha cuidado de leer el autor del *Retrato al daguerreotipo* los escritos de aquellos varones que reunian á la solidez de su talento la piedad de su corazon, y que como la venerable Maria de la Encarnacion dicen que lo que mas sorprende en los Jesuitas, es que procuran ocultarse con una modestia admirable.

Eustaquio de Bellay, que en los once puntos sobre los cuales basaba su censura, cometió once solemnes errores, debia poner el sello á su trabajo con una idea tan ridicula como fuera de tiempo. El autor del *Retrato al daguerreotipo* la espone en la página 63 de su obra, cual es, que *ya que la creacion de la orden llevaba por objeto ir á predicar á los turcos y á los infieles y atraerlos al conocimiento de Dios, era indispensable establecer las casas de la Sociedad en lugares próximos á los infieles.*—Decir esto, apoyar esto y transcribir esto, es no solo dar una prueba de que no se conoce la historia de los Jesuitas, sino ni aun para qué fueron instituidos. ¿Para qué fueron instituidos los Jesuitas? Nos parece que citando las textuales palabras de la bula de Paulo III *Regimini militantis*, nadie ni racionalmente, ni con derecho bueno ó malo, podrá dudarlo. «El que quiera bajo el estandarte de la Cruz llevar

» las armas por Dios , y servir solamente al Señor y al Pon-
 » tífice romano , Vicario suyo en la tierra , en nuestra Com-
 » pañía, que deseamos sea llamada Compañía de Jesus¹, des-
 » pues de haber hecho en ella voto solemne de castidad , debe
 » proponerse formar parte de una sociedad principalmente ins-
 » tituida para trabajar en el adelantamiento de las almas en la
 » vida y en la doctrina cristiana , y en la propagacion de la fe
 » por medio de predicaciones públicas y el ministerio de la pa-
 » labra de Dios ; por ejercicios espirituales y por obras de ca-
 » ridad , esplicando el catecismo particularmente á los niños y
 » á los que están instruidos en el cristianismo , y oyendo las
 » confesiones de los fieles para su consuelo espiritual.»

Esto debiera de haber sabido Eustaquio de Bellay y tambien que en la Compañía de Jesus las misiones no son mas que ac-
 cesorias ; su objeto principal es la reforma de las costumbres ,
 y el hacer guerra á la herejía por medio de la educacion y por
 el ejercicio del santo ministerio. No por esto pretendemos de-
 cir que la Compañía de Jesus mirára con indiferencia cuanto
 pertenecia al ramo de misiones : muy al contrario ; desde Fran-
 cisco Javier hasta los mismos Jesuitas que aun hoy dia siem-
 bran en paises de infieles las semillas regeneradoras del Evan-
 gelio , entre los hijos de Ignacio se han contado miles y miles
 de misioneros que han dedicado su vida á beneficiar la estéril
 tierra de la ignorancia y la falsa religion ; sellando no pocas ve-
 ces la obra de salvacion con su sangre derramada por el fana-
 tismo y todas las pasiones criminales. Esto empero , lo repeti-
 mos, Eustaquio de Bellay y todos los que hacen eco con acep-
 tacion á sus palabras , no tan solo no conocian el objeto para
 que eran fundados los Jesuitas , sino que ni aun recordaron la
 época de su fundacion. Ignacio de Loyola armó á los suyos
 contra la herejía en una época en que la herejía habiendo le-

1. En prueba de que el título de Compañía está aqui tomado en
 acepcion militar , como antes hemos defendido , obsérvese como en
 este sentido figura por primera vez en la historia de los Jesuitas : *bajo
 el estandarte de la Cruz llevar las armas etc.*

vanfado su cabeza de fiera en Alemania , amenazaba invadir la Europa entera , sin perdonar tan siquiera la ciudad de los Papas. En medio del desquiciamiento europeo , que preveía y no podía evitar el celo de Paulo III , un hombre concibe un plan vasto y realizable ; un plan de tanta grandeza que aun asegurando la tranquilidad interior de la Iglesia por medio de los encargados de velar por ella , encerraba en sí fuerzas suficientes y sobrantes para echar en remotos climas los cimientos del edificio que acababa de fortificarse en Europa. Paulo III se admiró á pesar de su esclarecido talento, y exclamó : *el dedo de Dios está aquí*; el dedo de Dios está en aquellos que salvan á la fe católica de la invasion protestante ; en aquellos que aseguran la religion por medio de la instruccion ; en aquellos que enemigos de la herejía confunden y anonadan á los herejes , en aquellos que sin rendirse bajo el peso de su mision en Europa , todavía desde sus primeros momentos encuentran útiles y obreros que animados de apostólico fervor van á levantar templos al Señor en los mas remotos confines de un mundo cuasi nuevo.

Y si tales eran las obligaciones á que por su fundacion estaban sujetos los Jesuitas ¿ á qué venia que el obispo de París considerara indispensable establecer las casas de la sociedad en lugares próximos á los infieles? ¿Era en las Indias ó en la China donde Lutero y sus discípulos pervertian los corazones y perdian las almas? ¿Era en América ó en Asia donde los protestantes y todos los hijos de la infernal reforma amenazaban sumir la Europa en un lago de sangre , llanto y perdición? ¿Era fundando casas junto á lugares de infieles como el jesuita habia de salir al paso y cerrárselo á los satánicos reformadores , que pese al anti-jesuitismo en masa , confesaron no era posible derribar el edificio católico sin derribar antes á la Compañía de Jesus? ¡Oh! sí , quizás á algunos hubiese convenido que los Jesuitas como los caballeros de Rodas hubiesen ido á situar todas sus fuerzas en las fronteras de la cristiandad , para que cuidando no las atacaran enemigos estranjeros , hubiesen olvidado defen-

derla de los interiores ; para que con la sola idea de conversion de infieles , perdiesen en Europa doble y triple de lo que en otras partes ganáran ; para que fijas todas las miradas en otro punto , no vieran los que se habian encargado de verlo , como la infernal reforma tomaba proporciones y amenazaba tragar la Europa con sus gigantescas fauces. Empero , los nuevos religiosos habian sido creados así para el exterior como para el interior ; mientras unos eran misioneros otros eran preceptores ; unos introducian en el corazón de los salvajes las primeras semillas de la fe , y otros trabajaban para que no se evaporára del alma de los civilizados el último aroma de la religion.—Eustaquio de Bellay , por lo tanto , se equivocó , y los Jesuitas tenían precision de establecer casas y colegios en todos los principales puntos de Europa.

Dícese en el reprobado *Retrato al daguerreotipo* , y es muy cierto , que el parlamento y la universidad se declararon contra la introduccion de los Jesuitas en Francia. Hemos , empero , de ver qué papel representaban á la sazón esas masas , cuyas turbulencias fueron causa de su esterminio. Hemos de ver qué era ese parlamento ; qué era esa universidad , y qué desenlace tuvo esta historia de la ignorancia , de la calumnia , del egoismo , de la herejía y del orgullo mal entendido.

Los parlamentos , que á una independencia absoluta unieron un tiempo la buena y severa administracion de justicia , se componian de hombres , y estos hombres no estaban al abrigo de las humanas pasiones. Los parlamentarios , por espíritu de corporacion , ni aspiraban á honores ni solicitaban distinciones ; mas este desprendimiento escitó en muchos el deseo de aumentar el poder , ya que no en cada uno de sus miembros , si en la corporacion por lo que ella representaba. Para cobrar fama de intachables y asegurar el poder que estribuaba en la popularidad de su desprendimiento , procuraban alejar de sí toda sospecha de codicia ó especulacion ; al paso que por una tendencia natural al hombre , hacian alarde de una oposicion que muchas veces era mas en la forma que en

el fondo ; oposicion que á menudo fué mas perjudicial á la Francia que la misma corrupcion que pudiera apoderarse del cuerpo. Creyendo hacer un bien , eran los parlamentos tenaces cuando se trataba de modificar la opinion que abrazáran ; y aun en este empeño rechazaban á veces de un modo muy poco respetuoso las enmiendas que por parte del poder real se les proponian. De aquí la perpétua pugna de estas corporaciones con el rey ; pugna que no en pocas ocasiones fué origen de serias discordias y ensangrentó el suelo francés.—Estas noticias no son españolas : multitud de autores franceses, y la historia de esta nacion nos suministra los datos para trazar línea á línea esté difícil y verídico cuadro.

Los parlamentos hacian la guerra á la potestad real, ó bien por medio de decretos, ó bien negándose á reunirse para sancionar los espedidos por el trono. Este modo pacífico de luchar tenia hasta un cierto carácter de legalidad ; y los parlamentos que de este modo habian conquistado un gran poder de iniciativa ó de resistencia , usaron de él de una manera desastrosa. Elevada á su conocimiento la causa de la Compañía de Jesus, hicieron de ella una cuestion de palacio , en vez de un negocio religioso y político. Hasta cierto punto no carecia de fundamento esta idea. El gran valido de Enrique II , cardenal de Lorena , y la corte en masa se habia declarado por los Jesuitas ; el rey les protegía abiertamente ; en 1552 habia exigido al parlamento registrára las cédulas de 1550 ; y empeñada la lucha, aquella corporacion siguió peleando con la maña é hipócrita táctica que en ella era costumbre, hasta que el rompimiento de las hostilidades descubrió el lugar de donde partía el tiro. El parlamento sabia que el obispo y la universidad , que atacando á los Jesuitas defendia causa propia , eran contrarios á los hijos de Loyola ; así fué que entreteniéndolo fallo y sin respeto al consejo privado del rey , que como antes hemos dicho declarára no haber encontrado nada contrario á las leyes y á la conservacion de las jerarquías civil y eclesiástica en cuantas actas de los Jesuitas se le habian puesto de mani-

liesto ; decretó dos años despues , en 8 de enero de 1554 , que suspendiendo toda determinacion se pasáran antes las bulas y privilegios de la Compañía á exámen del obispo y facultad de teología de París. Ahí se ve la extrema parcialidad con que obraba el parlamento , que para formar una opinion iba á consultar á aquellos cuyo voto sabia de antemano habia de ser desfavorable á los Jesuitas ; parcialidad que estos no desconocieron como no desconoció nadie , y que iba á poner la decision de este trascendental asunto , no en manos de la religion ni de la justicia , sino de las pasiones y del odio. Las fuerzas eran respetables por ambos lados. La universidad contaba en sus filas al Sr. de Bellay , á los calvinistas , al parlamento y á la Basocha , siempre preparada para explotar el primer pretexto de armar tumulto , con mas todos los enemigos de la Religion y de la corte francesa. La Compañía de Jesus tenia en su favor, como hemos dicho , al rey , á las casas de Guisa y de Lorena , y á todos los honrados y religiosos ciudadanos de París, que encontraban mucho mejores los discursos de los Jesuitas que las pedantescas disertaciones de los doctores de la Sorbona. En este estado llegó el 3 de agosto de 1554 y cada partido se mantenía fuerte en su sitio ; cada interesado se mantenía fuerte en su partido. Entonces fué cuando la universidad que queria dar á su decision un baño de justicia , escogió de entre sus coligados aquel cuyo pronunciamiento debiera ser de mas peso en el asunto , y se pronunció en este sentido el señor de Bellay , por las causales antes espuestas. Tronaba la tempestad sobre los Jesuitas ; predicábase contra ellos ; esplicábase en las cátedras ; fijábanse pasquines ; circulábanse anónimos , y completó esta obra del orgullo auxiliado de la impiedad por prohibir el Sr. de Bellay á los PP. de su diócesis el ejercicio de su santo ministerio.—Nuevamente en la historia de los Jesuitas vemos por desgracia á un prelado , que llevado únicamente de miras personales , atropella los salvo conductos del Pontífice ; pasa por cima las órdenes que han sido espedidas por el Principe de la Iglesia católica , y arroja

la máscara de la oposicion , luchando frente á frente con los protegidos del Papa. ¿ Por qué razon , con que derecho Eustaquio de Bellay ponía inconvenientes ¡ que es poner inconvenientes ! se oponía abiertamente con escándalo y rebeldía á multitud de bulas pontificias que instituian y reglamentaban á los Jesuitas ? ¿ De cuando acá es lícito á un prelado condenar la obra de los Papas ; y sin mas que su propia voluntad , sin consultar á Roma , sin estudiar la cuestion , sin antecedentes ni ciencia , decir *no quiero* , despues que asesorado el Vicario de Jesucristo é iluminado por la gracia del Espiritu Santo ha dicho á la cristiandad entera , *lo mando* ?— Los Jesuitas , sin embargo de que podian erigirse en colegio por autoridad apostólica , como á ello estaban autorizados por bulas pontificias , no quisieron alterar la paz de la Iglesia que otros turbaban ; y proscritos por los prelados residentes en París , atravesaron el Sena y pidieron hospitalidad al prior de S. German de los Prados. Esta abadía , de la cual dependía el arrabal del mismo nombre , no estaba sujeta á la autoridad episcopal de Eustaquio , y su abad recibió con todos los miramientos debidos á los ilustres proscritos , encargándoles prosiguieran á su lado la obra de salvacion que habian empezado á la otra orilla del rio.

Estas injurias , empero , debian ser vindicadas en el terreno de la sana razon , en tanto que la suprema inquisicion y los obispos de España proclamaban las falsedades , escándalos é injurias hechas á la Santa Sede , que contenian las obras que en contra de los Jesuitas escribia la turbulenta y no muy sabia universidad. Loyola , que con profunda humildad se habia negado á acudir contra sus enemigos de Francia , aprovechó la ocasion de desarrollar el plan de su instituto á Claudio Despençe , Jerónimo de Sanchiere , Crispín de Brichanteau y Renato Benoit , sus jueces de París , que con el cardenal de Lorena habian pasado á Roma. Estos cuatro doctores se reunieron en el palacio del cardenal , y la Compañía de Jesus delegó para la conferencia y controversias que se suscitaren , á Laynez , Olave , Polanco y Frusis. Olave , que á su título de jesuita y á

su fama de hombre de talento reunia el carácter de doctor de la Sorbona y de la universidad de París, se encargó de sostener la defensa en la oposicion que hizo Benoit. Robusta fué esta, pero mas robusta é incontestable fué aquella, hasta el punto de que los cuatro teólogos franceses se dieron por vencidos, y declararon, como consta de Orlandini y otros historiadores, que el decreto de proscripcion de los Jesuitas fué publicado sin conocimiento de causa; sentencia que debia llenar de vergüenza á esa universidad, á esa Sorbona, á ese parlamento, á esos prelados que hablaban de lo que no entendian y fallaban de lo que no sabian.

Esta es la historia de la entrada de los Jesuitas en Francia; y si á sus primeros pasos la envidia y la calumnia pretendieron abrir un precipicio debajo sus pies, es indudable que la verdad y la fe se encargaron de cegarle y de volver en Roma, en el centro de la cristiandad, por aquella benemérita Compañía de Jesus que de tan torpes tiros habia sido blanco en París. Este plausible desenlace no lo ha contado el autor del reprochado *Retrato al daguerreotipo*, como no ha contado ninguno de los hechos que podian redundar en honor de los hijos de Ignacio; porque, como otras veces hemos dicho, no la historia de la verdad, sino la historia sin datos, truncada y desfigurada horriblemente, es la suya. Y tan poco cuidado se ha tomado en ocultar la ignorancia en que estaba de las crónicas de los Jesuitas, que en la pág. 63 de su censurada obra, confunde á la Sorbona en masa con el Sr. de Bellay, y hace que aquélla hable lo que única y testualmente habló el prelado de París en su dictámen citado antes, donde á través el odio que respira á los Jesuitas, déjase traslucir que á no temer el partido anti-jesuitico la ruina que indudablemente se le habia de seguir de introducirse en Francia aquellos que mucho mas que ellos sabian, ninguna dificultad se hubiera opuesto á esta introduccion, como evidentísimamente se desprende del parecer del mismo de Bellay, que ignorante de los fines para que habian sido instituidos los Jesuitas, aconsejaba su ereccion en

lugares inmediatos á tierra de infieles; absurdo que prueba lo enterados que se encontraban acusadores y jueces de la ilustre regla que para bien del mundo concibió Loyola.

Seguidamente en el reprobado *Retrato al daguerreotipo* viene la relacion de un cuento, novela, farsa, ó lo que quiera llamársele, tan repugnante como inexacta; tan indigna de figurar en una historia como de que la lean personas católicas. Toda ella se reduce á demostrar: 1.º que Loyola era un ambicioso: 2.º que el prelado de la Iglesia que despues fué Marcelo II era un hipócrita de escandalosa vida: y 3.º que Marcelo II murió de muerte violenta, que déjase entrever le proporcionaron los Jesuitas.—Por supuesto, que como es costumbre en el condeñado *Retrato al daguerreotipo*, nadie sale en abono de estas calumnias, que se dicen tomadas de la obra de Laurine y Brot, dos personajes á quienes no conocemos, pero que desde luego comparámos, caso que hayan existido, con Adolfo Boucher en lo descreyentes, cínicos, calumniadores y faltos de datos.—Loyola, en primer lugar, no es ambicioso: cien veces hemos probado esta verdad histórica, que empezando en el campo guerrero de Fernando termina en la celda desnuda de un pobre religioso. No ambicionó laureles que ceñir á su frente de jóven militar, puesto que en el vigor de sus años y cuando mas la suerte le sonreía, despojóse de los bélicos arreos que tanto halagan la ambicion del triunfador, y vistió el tosco sayal del penitente, debajo el cual enterróse un corazon muerto al orgullo, á la fama, á la ambicion: al amor, lo que tan fácil le era satisfacer como soldado; esa ambicion que hace bullir el cerebro debajo el casco; que hace latir el corazon detrás de la coraza, matóla Ignacio, matóla tirando léjos de sí todos esós objetos tentadores de una vanidad necia, de una envidia torpe. Solo una ambicion puede echarse en cara á Ignacio; la misma ambicion que tenian los apóstoles al estenderse por la faz del mundo; la misma ambicion que tenian los mártires al regar con su sangre las plazas de la ciudad idólatra; la misma ambicion que tenian las vírgenes al plantar una

flor mas en el purísimo jardin donde MARIA es *reina de las flores*. La ambicion de Ignacio era vivir para Dios en el prójimo, y morir para el prójimo en Dios. Y la prueba es evidente: Loyola no renunció los principados de la milicia por los principados de la Iglesia, puesto que amigo y protegido de los pontífices se le vió morir sin que la mas pequeña insignia decorase su hábito; sin que este se diferenciara en nada, como no fuera en ser mas pobre, al del último de sus mendicantes hijos; sin que en la corte romana, donde todos son titulados, aun los mismos eclesiásticos, condes, príncipes, señorías y eminencias, monseñores y escelencias, se conociera á Loyola por mas título que el modesto de P. Ignacio. Sus cálculos no pueden haberle fallido: muere de edad avanzada cuando la Compañía puebla el mundo; su ambicion, si alguna abriga, ha tenido tiempo de ver realizados sus sueños; nadie le es enemigo en Roma; todos le admiran en él y en su obra; y á pesar de esto muere pobre, tan pobre como vivió, y mucho mas pobre que le estaba destinado por su ilustre y rica cuna. ¿Su ambicion en qué se ha demostrado? Suponen que tenia en su mano la eleccion de los papas, y lo suponen en un Papa á quien luego se supone asimismo enemigo de los Jesuitas en solos veinte y un dias que reinó. Poca seria la penetracion de Ignacio cuando así elevó á un hombre que no habia de ser, sino que ya era enemigo suyo y de los suyos; contrasentido que no se explicaria ni puede explicarse sino es negando, como nosotros negamos, la ambicion pretendida por la ignorancia ó la mala fe en S. Ignacio de Loyola ¹.

1. A lo que hemos referido en otra parte de nuestra obra, acerca de la santa muerte del glorioso Loyola, añadiremos los siguientes pormenores. Apenas acababa de espirar S. Ignacio, cuando por todos los cuarteles de Roma se oia repetir la misma voz: «Ha muerto el Santo: se nos ha arrebatado al Santo.» El gentío acudió presuroso al lugar donde estaba espuesto el cadáver, y se tenian por felices en poderle besar la mano, tocar sus vestidos, y particularmente poder quitarle algun pedacito, que veneraban como á una reliquia. No menos expresivos fueron los sentimientos de los altos personajes que la voz del

Por lo que toca á la indecente pintura que se hace de Marcelo II, á quien, se dice, humillaba el pueblo con el burlesco epíteto de cardenal *Simia*, no deberíamos contestar, porque

pueblo: entre los prelados, los sabios y mas virtuosos personajes, el piadoso y santo fundador de la congregacion del Oratorio, Felipe Neri, fué el que se espresó con mas fervor haciendo el elogio del Santo, de quien se regocijaba haber aprendido á hacer oracion.

El olor de santidad se esparció con rapidez desde Roma á todas las naciones, particularmente á España, su patria. El castillo de Loyola se convirtió luego en una especie de templo, y el cuarto donde se convirtió fué un santuario que inspiraba horror al pecado, y particularmente remordimientos á las almas impuras. En cuanto á la cueva de Manresa, depositaria de sus comunicaciones intimas con Dios, el pueblo no entraba en ella sino de rodillas, besando la tierra arrasada de sangre y lágrimas de un penitente, que ha atraído tantos otros.

La voz del cielo ó de los milagros confirmaba de dia en dia la devoción de los pueblos por el inclito Loyola: muchísimos se hicieron al solo tocar un silicio del Santo que se conservaba en Barcelona, el cual era llevado de casa en casa á los enfermos, la fe de los cuales era seguida de una curacion perfecta: estos milagros se multiplicaron de tal modo y en tantas maneras, que las actas de su canonizacion refieren mas de 200 bien probados: en favor de sus virtudes heroicas declararon 660 testigos. Clemente VIII, al insertar el nombre de este Santo en el Martirologio, usó de esta fórmula, que quiso redactar por sí mismo: «Roma, S. Ignacio, confesor, fundador de la Compañía de »Jesus, ilustre por su santidad, por sus milagros, y por su celo en »estender la religion católica por todo el universo.» Una celestial sabiduria pintada hasta en su frente, un valor invencible, llevado por la gracia á un punto de perfeccion del cual hay pocos ejemplos; tal es en dos palabras el retrato de un Santo, venerable á todos los fieles virtuosos, á todos los eclesiásticos celosos; y lo que S. Jerónimo (Epist. 80, ad S. Aug.) encontraba mas honorífico todavia, ODIADO, Á LO MENOS EN SUS OBRAS, POR TODOS LOS HEREJES. Otro tanto decimos nosotros á los desgraciados detractores del inclito Loyola.

Todos los que de católicos nos preciamos, reconocemos con la Iglesia la esclencia de las virtudes y la autenticidad de los milagros de aquellos á quienes coloca en el número de los santos. Loyola pertenecía á este número de elegidos. Los protestantes de buena fe se han unido á los católicos para celebrar su santidad. «No creemos, dice »Macaulay (Edinburgh Review, 1842), que el que lea imparcialmente »sus escritos en un exacto historiador de su vida, ponga en duda la integridad y probidad de ese hombre (Ignacio), ni tampoco que nadie »pueda negarle el mérito de una devoción tan sincera como habitual y »profunda.» (Henrion, historia general de la Iglesia, tomo 7.)

se resisten nuestros ojos á leerlo y nuestra pluma á trazarlo, como diz que el arriero se resiste á atravesar la charca de sucio barro que el diestro cazador ha fabricado en su camino. Pero como quiera que para convencernos de la verdad, hayamos pedido á la historia la semblanza de Marcelo II, he aquí lo que la historia en brevisimas palabras nos ha referido del sucesor de Julio III.—El Sr. Rohrbacher (*Historia general de la Iglesia*, tomo 21) se espresa en estos términos: «Todos, y con fundado motivo, se prometian de él un escelente Papa en todos conceptos. Con efecto, Marcelo II á los grandes deseos que tenia de restablecer el concilio de Trento, suspendido desde 1552, añadía un celo ardiente por la reforma de costumbres; pero mientras estaba ocupado en las disposiciones que debia tomar para estirpar los vicios y las herejías, apaciguar las guerras y las divisiones de los príncipes y cortar los abusos, fué atacado de apoplejía el dia 30 de abril, falleciendo la noche siguiente, despues de un corto pontificado de 21 dias.»—No dice mas Rohrbacher; pero dice lo bastante para probarnos que no se burlaria ni motejaria el pueblo de un cardenal, de quien nombrado pontífice, esperaban todos un digno jefe de la Iglesia.—Henrion (*Historia general de la Iglesia*, tomo 7) dice lo siguiente hablando de Marcelo II: «Papa de las mas altas esperanzas; enemigo del fausto y aun de la ostentacion en materias de beneficencia, y tambien de todas las liberalidades indiscretas que solo se obtienen á espensas del pueblo, y muy á menudo en perjuicio del verdadero mérito. Reunia las mas brillantes cualidades; pero lo que con mas razon hizo sentir su muerte, fué su celo práctico por la reforma de costumbres y las sanas ideas en que abundaba sobre este particular. Este Papa tenia por máxima el hablar poco, no prometer nada, pero obrar mucho, ó no prometer para imponerse la necesidad de hacer bien, evitando la vergüenza de no hacerle. Pero la edad de hierro en que vivió, no era digna de este escelente pontífice. Elegido en 9 de abril, murió de apoplejía el 30 del

mismo mes á la edad de 54 años.»—El autor del censurado *Retrato al daguerreotipo*, dice hablando de Cervini, despues Marcelo II: *su piedad no es mas que una máscara y su caridad un cálculo.* ¿Qué cálculo podia caber en un hombre que ni aun públicamente hace sus limosnas; que con humildad evangélica se oculta á las bendiciones de sus protegidos, y que caritativo segun Jesucristo, pone en planta aquella sublime máxima: Ignore la mano izquierda la limosna que hace la derecha? El cálculo no estaba en Marcelo II; está en Laurine y Brot, caso que estos autores hayan existido; está en el autor del reprobado *Retrato al daguerreotipo*; el cálculo está en poner por obra aquello de: «Calumnia, calumnia, que algo se pega;» á lo cual contestaremos nosotros: lo que se pega es el descrédito que sigue siempre al calumniador.

Contra todos los Laurine, Brot, Chaudon, Delaudine, Boucher y *Retratos al daguerreotipo*, citaremos tambien á Beaufort en su historia de los Papas, tomo V. «Marcelo II, dice, se educó en Sena y no fué á Roma hasta el pontificado de Clemente VII. Paulo III le nombró su secretario, cardenal en 1539, y mas adelante otro de los presidentes del concilio de Trento. Su firmeza, celo y virtud infundieron las mas halagüeñas esperanzas; esperanzas que los primeros actos de su pontificado no desmintieron. Sus mas ardientes deseos eran de continuar el concilio de Trento y trabajar en la grande obra de la reforma de costumbres y pacificacion de la Iglesia. La muerte no permitió á Marcelo II poner por obra sus grandes proyectos: un ataque de apoplejía le arrebató á los 21 dias de pontificado. Sus contemporáneos le aplicaron este verso de Virgilio: «El destino queria nada mas que mostrarle á la tierra.»—No desdican estos elogios de los anteriores; y finalmente, en el biógrafo Feller, al artículo Marcelo II, se lee lo que sigue:—«Nació en Fano por los años de 1501; siguió sus estudios con mucha distincion, y fué muy estimado de Paulo III, quien le nombró su primer secretario. Acompañó á Francia al cardenal Farnesio, sobrino de este Papa, donde se concilió el aprecio

general por sus costumbres y profundos conocimientos. De regreso á Roma fué promovido á la púrpura cardenalicia y elegido para otro de los presidentes del concilio de Trento. Sucedió al papa Julio III bajo el nombre de Marcelo II en 9 de abril de 1555, y falleció de apoplejia 21 dias despues de su eleccion, á tiempo en que estaba disponiéndose para pacificar las turbulencias, reformar los abusos y hacer florecer las ciencias y piedad en la Iglesia.»—De modo que Chaudon y Delaudine, que segun cita el autor del censurado *Retrato al daguerreotipo* tacharon de desarreglada la vida del prelado Cervini, han faltado groseramente á la verdad; pues Marcelo II, segun Rohrbacher, segun Henrion, segun Beaufort, segun Feller, y segun todos los autores de mas nota, no tan solo era digno del pontificado por sus nada comunes talentos, sino por la pureza de sus costumbres, humildad cristiana, celo religioso, y corazon caritativo de la verdadera caridad; aquella caridad que es enteramente opuesta á la que el Divino Redentor echó en cara á los hipócritas fariseos.

Han dicho tambien Laurine y Brot, y ha copiado el autor del reprobado *Retrato al daguerreotipo*, que á las intrigas de Marcelo fué debido el que á espensas del tesoro de Julio III, Loyolá pudiese abrir una escuela alemana, no de aleman como equivocadamente dicen esos señores, en la capital del orbe católico. Esto es inexacto, completamente inexacto: la historia lo dice. El cardenal Moroni fué el que en un viaje á la otra parte del Rin habia visto y tocado el estado de la Iglesia católica de aquellos paises. Conocedor del plan de Ignacio, apruébalo y logra interesar en él al cardenal Marcelo, despues segundo de este nombre entre los Papas. Todavía se conserva la respuesta que el cardenal Moroni dió á la objecion de Julio III.—«Mas ¿quién sostendrá estos gastos? exclamó el pontifice. La guerra de Parma ha agotado el tesoro público; estamos empeñados. Yo ofrezco al momento parte de mis rentas anuales; pero este dinero no bastará para hacer brotar de tierra este colegio.—Lo que falte, santísimo padre, contestó Moroni, lo suministrarán los

cardenales ; vuestra beatitud dé el ejemplo y ellos no quedarán rezagados. Vuestra Santidad se impone sacrificios para socorrer la Alemania, y es deber de los príncipes de la Iglesia seguir á su jefe.»—Juntóse el consistorio de cardenales : desarrollada la proposicion por Moroni y defendida por Cervini, los treinta y tres cardenales reunidos declararon por unanimidad que el establecimiento del colegio ideado por Ignacio, era la única idea practicable y útil para asegurar la conservacion de la Iglesia en Alemania. Julio III descendió de su trono, y entusiasmado escribió : «Para una obra tan piadosa, tan santa, tan laudable, daremos cada año quinientos escudos de oro; y seguidamente firmaron los cardenales en la siguiente proporcion :—el cardinal de Ostia por 100 escudos, —el de Porto por 100, —el de Tournon por 80, —Juan de Bellay, cardinal de París, pariente y antecesor de Eustaquio de Bellay, por 150, —el de Carpi por 40, —el de S. Jaime por 100, —el de Sta. Cruz por 80, —Moroni por 120, —el de Trento por 120, —el de Armañac por 60, —el de Augsburgo por 120, —Cueva por 120, —Cesis por 100, —Pacheco por 100, —el de Saint-Angelo por 20, —el de Lorena por 240, —Veralli por 40, —Médicis por 50, —Crispi por 25, —el de Perusa por 100, —el de Montepulciano por 40, —Campegi por 40, —Poggi por 40, —el de S. Clemente por 40, —Farnesio por 120, —el de Sta. Flora por 120, —Polo por 100, —Sermonetta por 50, —el de Ferrara por 150, —Savelli por 40, —el de Orvieta por 120, —el de Monte por 200—y Corneli por 40.—Total treinta y tres cardenales, que con los quinientos escudos de Julio III forma una total suscripción de 3465 escudos de oro anuales, ó sean 183,645 rs.—Esto probará hasta la evidencia al autor del reprobado *Retrato al daguerreotipo*, que ni fué Marcelo Cervini el que intrigando arrancó á Julio III la erección del colegio aleman ; ni menos se construyó con los fondos del Pontífice, sino con los del sacro colegio en masa, que espontáneamente quiso contribuir por cada uno de sus miembros á la plantacion del árbol religioso y científico, que con

el tiempo ha dado tantos frutos á la Iglesia y á las letras.

Tambien negamos que Marcelo II muriera de muerte violenta, por cuanto cuatro distintos autores están contestes en que murió de apoplejia, sin que á ninguno de ellos se le haya ocurrido la absurda idea de pensar ni menos escribir con mas ó menos claras palabras, algo que pusiera en duda su muerte natural.

Tambien le negamos que Marcelo fuera enemigo de los Jesuitas; pues si bien como Papa es imposible juzgarle, porque las historias están contestes en que su corto pontificado de veinte y un dias no le permitió obrar á tenor de plan alguno, limitándose á insinuar algunos de los vastos planes que contra los protestantes y en favor de la religion tenia concebidos; es indudable, no obstante, que los actos anteriores de su vida respondian de su adhesion á los hijos de Ignacio, que siempre tuvieron un defensor en el cardenal Cervini. No habiendo, como no hay, prueba en contra, debemos creer que Marcelo II, tan acérrimo enemigo de la reforma luterana, tendria buen cuidado de apreciar en lo que valian los discípulos de un hombre, de quien uno de los jefes de los herejes, el aleman Kemnitio, decia á propósito de la ereccion del Colegio aleman en Roma: «Solo esto faltaba: ¿no le basta aun á Ignacio su Compañía? No contento con hacernos atacar por extranjeros, suelta contra nosotros á nuestros mismos compatriotas.»

Ha osado tambien decir el autor del reprobado *Retrato al daguerreotipo*, que Paulo IV no estaba dispuesto á favor de los Jesuitas, y que combatió á la Compañía. Esto es inexacto, inexactísimo; tan inexacto como todo lo anterior y lo que vendrá despues. Léanse los epígrafes de nuestra obra, y se encontrará que cabalmente el primero de ellos es de este pontífice, en su bula *Et si ex debito* de 1561, donde bien claro dice: «Aunque por ser obligacion en nuestro cargo pastoral, profesemos paternal ternura á todos los religiosos, que despreciando las pompas de este mundo pasajero, se han sometido voluntariamente al

yugo de la religion, renunciando á su propia voluntad, sin esperar mas tesoros que los del cielo; esto empero, nos sentimos animados á conceder mayores favores y gracias á aquellos que han tomado el nombre de Compañía de Jesús, los cuales por medio de sus obras, doctrina y ejemplo se esfuerzan en imitar y seguir las huellas de nuestro Señor Jesucristo.» — Aquí tiene el autor del censurado *Retrato al daguerreotipo*, una prueba sin contestacion de cómo Paulo IV no fué enemigo de los Jesuitas. Si mas desea mas le daremos. Cuando tuvo noticia Paulo IV de que Julio III prometiera á Loyola una dotacion anual de dos mil escudos de oro para atender á las necesidades del colegio romano, muriendo sin haber podido realizar su palabra, el pontífice que se supone enemigo de los Jesuitas, hizo saber á estos que estaba dispuesto á pasar aun mas adelante. En 1556 el mismo Paulo IV concedió al Colegio romano todos los privilegios de que gozaban las universidades. Tambien fué Paulo IV el Papa que ofreció el capelo de cardenal al P. Laynez, segundo general de la Compañía de Jesús, quien tan humilde como digno, se negó á admitir tan distinguido favor. Hay mas: contra lo prescrito en las constituciones de los Jesuitas, ordenó que el general fuese elegido para número determinado de años; y tal fué la conviccion que luego abrigó en contrario, que á la primera ocasion, cuando por muerte de S. Ignacio fué elegido Laynez en general, Paulo IV mandó un cardenal á la junta de electores, para que declarase en su nombre juzgaba conveniente que el cargo de general fuera vitalicio en el agraciado, como es de ver en el ya citado Rohrbacher.

Muerto ya S. Ignacio de Loyola, ínclito fundador, una de las lumbreras de su siglo, modelo de humildad, á quien debe el catolicismo la orden que mas contribuyó á atajar el paso de la infernal reforma protestante; saca á relucir el autor del reprochado *Retrato al daguerreotipo* al P. Laynez, á quien pinta como un monstruo sanguinario, que quiso regar con sangre la tumba de su primer general. Ya otra vez hemos espuesto

los méritos que este ilustre jesuita tenia contraidos ; ahora para dar un toque que acabe de perfeccionar su retrato, referiremos un suceso que prueba á donde llegaba la virtud de este varon apostólico. Durante la suspension del concilio de Trento, S. Ignacio llamó á Laynez á Padua , nombrándole provincial de Italia. Laynez cree que todavía no sabe obedecer tanto como necesita para saber mandar ; y rehusa este cargo. Loyola le obliga á aceptarlo ; pero apenas ha tomado el gobierno de aquella provincia , se admira de que sean llamados á Roma los mas distinguidos jesuitas , lamentándose en sus cartas de que se priva á los colegios de Italia de sus mas distinguidos profesores. Ignacio le contesta convenir así ; y sin tener en cuenta esta esplicacion, Laynez, que tal vez tenia razon cuando decia no saber obedecer lo bastante , escribe nuevamente al santo general tocante al mismo asunto. Laynez era íntimo amigo de Ignacio , su brazo derecho y una de las lumbreras de la Compañía , á quien el sacro colegio designaba para cardenal. Pero Loyola prescinde de todas estas consideraciones , y le escribe : « Reflexionad sobre vuestro proceder ; decidme si conoceis haber faltado , y en caso de que os reconozcais culpable, hacedme saber que pena estais dispuesto á sufrir por vuestra falta. » La obediencia del jesuita es pasiva ; Laynez debia saberlo , y no obstante habia replicado. Ignacio sabia que el principio de autoridad descansa en el principio de respeto debido , y que si una sola vez se falta á este , es muy difícil remontar el edificio de una supremacia que se ha disputado y socavado. Por esto quiso que el castigo fuese tan veloz como la falta. Empero si el inteligente jefe habia mandado una carta á Laynez, el súbdito no menos inteligente , desde Florencia y con la mayor humildad , contestaba de este modo á Ignacio de Loyola : « Padre mio : cuando recibí la carta de vuestra reverencia , me puse á orar ; y habiendo dirigido mi oracion con abundantes lágrimas , lo cual me acontece raras veces , he aquí el partido que he tomado y que tomo todavía con lágrimas en los ojos. Deseo que vuestra reverencia , en cuyas manos me pongo y

abandono enteramente; deseo, repito y pido por las entrañas de nuestro Señor Jesucristo, que á fin de castigar mis pecados y de domar mis pasiones desarregladas, origen de aquellos, me priveis del gobierno, de la predicacion y del estudio, sin dejarme mas libro que mi breviario; que me mandeis ir á Roma pidiendo limosna; que me ocupeis hasta la muerte en los oficios mas humildes de la casa, y que si no soy apto para ello, me ordeneis pasar el resto de mis dias enseñando los primeros elementos de la gramática, sin tenerme ningun miramiento, y no considerándome sino como la escoria de la orden. Esto es lo que desde ahora escojo por penitencia.» Laynez como el príncipe de los apóstoles habia faltado por un momento; pero tambien como en Pedro las lágrimas del arrepentimiento borraban un pecado que habia de amargarle toda la vida.

Y en vista de esto, ante este ejemplo de humildad, ante esta colosal figura que espontáneamente se confunde en el polvo de los pigmeos, ante el varon apostólico Laynez ¿cómo se atreven á hablar esos hombres que juzgan pasiones cuya nobleza nunca han sentido; esos hombres que escupen al cielo como si su saliva fuera bastante á apagar el sol de la verdad? No queremos que se nos crea bajo nuestra sola palabra. Léase á Rohrbacher, á Cretineau-Joly, á Feller y á cuantos historiadores merezcan fe; y todos, todos á una han de convenir en la escelencia de las virtudes morales y científicas que poseia el segundo general de los Jesuitas¹. Ahora si al lado de todos estos ilus-

1. Cuando los PP. Laynez y Salmeron fueron enviados por el Papa al concilio de Trento, en calidad de teólogos suyos, estos dos religiosos habitaban en el hospital de aquella ciudad: barrian sus salas, servian y curaban á los enfermos, catequizaban á los niños, y pedian limosna para vivir.—Nuestros filósofos incrédulos ó escépticos; nuestros filántropos y nuestros utopistas modernos, nada comprenden de esta para ellos estraña doctrina; de esta sublime filosofia del cristianismo; pero no importa; ese celo fervoroso, esa caridad ardiente, ese desprendimiento mas que humano, del cual el inclito Loyola y sus dignos hijos nos han dado tantos y tan continuos ejemplos, durarán

tres autores se nos cita algun testo de plumas tan bien cortadas y CATOLICAS como las de Boucher, el autor del condenado *Retrato al daguerreotipo* y comparsa, en el cual testo se diga de Laynez lo que tambien se ha dicho de un santo como Loyola, contestaremos UN TRIUNFO MAS; siempre es una gloria ser murmurado por aquella boca que murmurára de Dios, á estar Dios al alcance de sus inofensivos tiros. La muerte en cruz era infamante entre los buenos, hasta que el Redentor la trocó en ara del sacrificio mas sublime. Desde entonces, morir en cruz fué para los cristianos la apoteosis de la fortuna y el objeto del mas cumplido parabien. Dejemos pues que murmuren de la Compañía en todos y en cada uno de sus individuos. Esto ennoblece á los Jesuitas. «Si la Compañía empleara en fomentar estas murmuraciones parte de sus caudales, decia el gran Richelieu, es bien seguro que haria un escelente uso de su dinero.»

El autor del censurado *Retrato al daguerreotipo* atribuye á Laynez y á los Jesuitas la desgracia de los Caraffas, sobrinos de Paulo IV, quienes muerto su tio fueron rigurosamente castigados. De inocentes les califica, añadiendo que la frente de Laynez está salpicada de esa sangre. Todo esto podrá engañar á quien no conozca la historia, y para que no engañe á nadie nosotros probaremos á cuantos quieran leernos que los Caraffas fueron castigados *por sus crímenes*, en vida y pontificado de su tio y juez Paulo IV.—En la *Historia de los Papas* por Beaufort leemos lo siguiente: «Luego que tuvo noticia de los escesos ambiciosos y criminales que cometian los miembros de su familia, quiso comenzar el meditado proyecto, dando un ejemplo de gran severidad.» «Este Papa para siempre ilustre, dice el protestante Ranke, supo forzar su corazon y sacrificar el amor de los parientes. El 26 de enero de 1449 convocó el

tanto como el catolicismo que los inspira. Para la carne y la sangre, esto es, para el hombre animal, esta doctrina es enteramente incomprensible. Hace mucho tiempo que S. Pablo lo dijo: *Animalis homo non percipit ea quæ sunt spiritus Dei.* (Cor. 1, 2, 14.)

sacro colegio ; hizo presente con la mas viva emocion la mala vida de sus sobrinos , y desterrólos á diferentes plazas lejanas , privándoles de sus empleos.»—Si el autor del reprobado *Retrato al daguerreotipo* hubiese leído estas líneas ¿ se atreviera á llamar inocentes á los sentenciados Caraffas contra el testimonio de la historia ?—Henrion en su *Historia general de la Iglesia*, dice : «A consecuencia de un aviso que le dió el cardenal Pacheco, abrió el Papa los ojos acerca de la mala conducta de sus parientes , los cuales se habian convertido en opresores de todos los Estados Pontificios. Un piadoso teatino, en quien el Papa tenia particular confianza , fortificó estas primeras disposiciones , empeñándole en que observara sus actos. El Papa reunió un consistorio extraordinario , que fué muy concurrido, y con lágrimas en los ojos dió cuenta de la desarreglada vida de sus sobrinos , pronunciando seguidamente un decreto , por el cual se les intimaba salir de Roma en el espacio de doce dias con sus familias ; se les despojaba de sus empleos , y se les prohibia saliesen de los puntos á donde eran desterrados.»—Vese pues con toda claridad , que Paulo IV , como aquel otro jefe de Roma que sacrificó sus hijos á la república , sacrificó sus mas próximos parientes á la felicidad de sus pueblos , contra la cual atentaban. No basta aun.—El historiador Rohrbacher se explica así : «Sus sobrinos abusaron de su afecto y confianza , haciéndole dar algunos pasos que no fueron elogiados como justos , por cuyo motivo , y desengañado , los desterró de Roma. Dos sobrinos de este Papa fueron causa de que estallase la guerra entre Su Santidad y Felipe II rey de España. Durante este pontificado falleció S. Ignacio de Loyola , y fué elegido para sucederle el humilde y sapientísimo Laynez. Después que el Papa arrojó á sus sobrinos de Roma , se dedicó con esmero á reparar las faltas que le habian hecho cometer.»—Feller en su diccionario biográfico , al artículo Paulo IV , dice entre otras cosas : «Arrojó á sus sobrinos y á las familias de sus sobrinos de Roma porque abusaban de su autoridad contra las leyes de la justicia y la religion.»—Decidase en vis-

ta de estas exactas citas , si los sobrinos de Paulo IV eran tan inocentes como supone el autor del condenado *Retrato al daguerreotipo*. Paulo IV al sentenciarlos se hizo superior á las leyes de la naturaleza , y pensó muy bien que antes y mas próximos á él que sus sobrinos, estaban los romanos, que eran sus hijos; estaba la Iglesia , que era su madre. Mas adelante Pio IV, en 1560 , mandó decapitar á Juan Alfonso y Carlos Caraffa. Ni Laynez , ni los Jesuitas son responsables de esas muertes , casó , que negamos , hubiesen sido decretadas contra ley ; pues aun los mayores enemigos de la Compañía de Jesus, como son los protestantes, cuando han llegado á este hecho han dicho, que las sentencias de los sobrinos de Paulo IV, las ordenó Pio IV por enemistad personal que tenia con estos Caraffas; otro absurdo tan absurdo como el primero. Hay mas: el autor del censurado *Retrato al daguerreotipo* apoya el que Laynez fuese causa de la muerte de los Caraffas por vengarse en ellos de su tio Paulo IV , á quien supone enemigo de los Jesuitas. Hemos visto ser esto completamente inexacto, y hemos visto que los Caraffas eran rigurosamente condenados por su tio el Pontífice ; luego se equivoca plenamente en la suposición y acusacion el autor del censurado *Retrato al daguerreotipo* , que ha leído bien poco ó nada de la historia de los Caraffas. La frente de Laynez no está manchada de esta sangre inocente ; pero en cambio la pluma del primer historiador que lo ha supuesto está manchada en el veneno que destila la inmundada boca del asqueroso reptil, la calumnia. Cuantos lean de buena fe , se pondrán á nuestro lado en esta importante cuestion ; los que lean preocupados por opuestas influencias , aunque nieguen en público , tendrán que transigir con la vergüenza de su derrota ante el tribunal de su conciencia.

Despues de tantos hechos ilustres , de tantas pruebas incontrastables, de tantas relaciones verídicas , de tantos argumentos fuertes , quedanos el derecho de contestar al censurado *Retrato al daguerreotipo* cuando nos dice :

El concilio de Trento calificó de pelagianos á los hijos de Loyola.

FALSO !!! Lo hemos completamente demostrado.

En España fueron arrojados de Salamanca , Alcalá, Toledo y Zaragoza, y escomulgados como impíos detestables y enemigos de la Iglesia de Dios.

CALUMNIA ! MALA FE !! IGNORANCIA !!! También hemos victoriosamente refutado estos asertos.

En Francia fueron reputados como peligrosos en materias de fe , perturbadores de la paz de la Iglesia , encaminados á derribar el estado monástico y nacidos mas para destruir que para edificar.

ENVIDIA ! ORGULLO !! CALVINISMO !!! Apelamos al criterio de nuestros lectores.

Fuertes sabremos hacernos en cada uno de los puntos que hemos tocado , y fuertes defenderemos á los Jesuitas contra los rudos ataques de la impiedad. Si no célebres , al menos verídicos historiadores , no callamos ni desfiguramos los hechos , como hace el autor del reprobado *Retrato al daguerreotipo* ; pero tampoco nos esponemos á que mañana un tercer autor haga con nuestra obra lo que nosotros con la de nuestra impugnacion, esto es : clamar en alta voz á la faz del anti-jesuitismo en peso y el público todo , esta historia contiene tantas inexactitudes como relaciones ; tantas injurias como páginas ; tantas necedades como líneas ; tantas indiscreciones como palabras. El lenguaje de la verdad no es el empleado en el censurado *Retrato al daguerreotipo* ; no es el lenguaje animoso , un lenguaje que huele á odio inestinguible y respira sangre. Su autor ha cumplido el juramento que diz tener hecho—*¡ guerra á muerte al jesuitismo !*—Pero ¡ qué guerra !...

Hemos hablado en este capítulo del Colegio romano y del germánico , y no hemos de finirle sin enumerar sus glorias. Estos son los títulos que los Jesuitas tienen para reclamar del mundo un completo voto de gracias.

Desde su fundacion no dejó el Colegio romano de producir hombres eminentes , formados por hombres no menos eminentes , como lo fueron los profesores jesuitas el historiador Sac-

chini, natural de Paciono, que murió en 1625 á la edad de 55 años, despues de haber empleado 19 en la historia del instituto de S. Ignacio que empezó Orlandini.—Maffei, el autor del *Historiarum indiarum libri XVI*.—Clavio, el matemático y teólogo, honor de Bamberg su patria, que trabajó de órden de Gregorio XIII en la reforma del Calendario.—Mariana, el autor clásico de la historia de España.—Maldonado, que á su muerte á la temprana edad de 49 años, dejó un nombre célebre entre los teólogos y comentadores.—Suarez, uno de los primeros teólogos que ha producido Granada.—Azorio, teólogo y moralista español.—Vazquez, etc. etc. etc.

Entre sus primeros discípulos, citaremos á Possevin, célebre diplomático, erudito y bibliógrafo, autor de la *Bibliotheca selecta*.—Belarmino, teólogo y canonista, cardenal, arzobispo de Capua y bibliotecario del Vaticano, cuyas opiniones son fallos en asuntos eclesiásticos.—Aquaviva, que habiendo profesado en la órden de Ignacio mereció ser su quinto general.—Urbano VIII, Inocencio X, Clemente IX, Clemente X, Inocencio XII, Clemente XI, Inocencio XIII y Clemente XII, pontífices que brillan en la historia de la Iglesia, y célebres todos en letras, política, ciencias y santidad.—A la par que sabios, salian del colegio romano jóvenes cuyas virtudes habia de premiar la Iglesia con la póstuma glorificacion. Allí están entre ellos Juan Berchmans, Camilo de Lelis, Leonardo de Porto Mauricio y el mártir Pedro Berna.

Entre los ilustres nombres de los discípulos que se formaron en el colegio germánico, están Fernando do Baviera, condes de Horach, Dietrichstein, Thun, Kuenburg, Furstenberg, Schrattenbach, Kollonitz, Chimay, Sotern, Kollovrat, Metternich, Esterhazy, Firmian, Breiner, Frankenberg, Lodron, Waldstein, Erdoedy, Reinach, Margraves de Bade, Wastenbergl, Holstein, Orsini, Bacalar, Cibo, Sadolet, Chisholm, Conti, Aldobrandini, Seyton, Justiniani y Jimenez.

Ultimamente, al siglo y medio de su fundacion, habian salido de sus bancos un pontífice, Gregorio XV, veinte y cua-

tro cardenales, seis electores del Santo Imperio, diez y nueve príncipes, veinte y un arzobispos y prelados, ciento veinte y un obispos titulares, cien obispos *in partibus infidelium*, cuarenta y seis abades y generales de órdenes, trescientos mártires de la fe y multitud de la caridad.

Lo repetimos, estos son sus títulos: cuando el impío anti-jesuitismo nos muestre otros tan buenos, lo cual es imposible, ó nos destruya estos, que no lo es menos; podremos hacer caso de sus razones. Interin, mientras la impiedad no haya adelantado mas en la obra de destruccion del edificio que levantó la fe, el anti-jesuitismo debe enmudecer y doblar la rodilla ante los monumentos del ínclito Ignacio de Loyola y de sus dignísimos hijos.

CAPÍTULO XIII.

GENERALES JESUITAS.

El autor del censurado *Retrato al daguerreotipo* continua la relacion de los veinte y tres hombres ilustres, que por sus virtudes y talentos merecieron gobernar la Compañía de Jesus. Plácenos que así lo haga, pues nos proporciona la ocasion de enarrar las glorias de algunos de los mejores hijos de Ignacio.

SAN IGNACIO DE LOYOLA, fundador y primer general.

JACOBO DIEGO LAYNEZ. Por lo que llevamos publicado en nuestra obra acerca de este varon apostólico, juzgamos inútil estendernos mas.

SAN FRANCISCO DE BORJA. Este astro brillante de la Compañía de Jesus y de la Iglesia, nació en España en 1510, de Juan, duque de Gandía. Los principes tienen en él un ejemplar para tratar con amor y cariño á sus súbditos; los cortesanos un modelo de fidelidad y piedad; los casados un ejemplo patente de continencia conyugal; los adultos un espejo con que mirarse para la integridad de costumbres; los religiosos un apóstol en el desprecio de las cosas del mundo; los sacerdotes con quien consultar para ejercer con todo celo su santo ministerio; los prelados á quien admirar para ser verdaderamente humildes; y en fin todos con que celebrar su serviente caridad con Dios y con el prójimo. Nuestro Santo fué elegido general de la Compañía en 1565. En todos los cargos importantes que desempeñó durante el curso de su vida, en

nada desmintió su pobreza, su humildad, castidad, mortificación y las mas relevantes virtudes de que estaba adornado, las cuales le hicieron digno de ser venerado en los altares.

EVERARDO MERCURIANO. Nació en una pequeña aldea de la provincia de Luxemburgo, diócesis de Lieja. Cursó en Lovaina, haciendo rápidos progresos así en las ciencias como en la piedad. Su celo por la salud de las almas, le hizo preferir un curato en el campo á un canonicato en Lieja. Estando en Paris, entró en la Compañía de Jesus á los 8 de setiembre de 1540, y fué enviado á Roma en 1551, donde S. Ignacio formó de él ventajoso concepto. Muerto S. Francisco de Borja, fué elegido general de los Jesuitas en 1573; cargo en que se hizo de estimar por su blandura y buen tacto, hasta su muerte acaecida en Roma el 1.º de agosto de 1580. Consérvase de él una carta encíclica dirigida á los superiores de la Compañía, abundantísima en sabios preceptos.

CLAUDIO AQUAVIVA. De la casa de los príncipes de Téramo, general de los Jesuitas, nombrado en 1581, murió en Roma en 1615 á la edad de 72 años. Entre otras de sus apreciadas obras se encuentra el *Directorium exercitiorum sancti Ignatii industriae, pro superioribus Societatis ad curandos animae morbos*, en que dió una patente muestra del conocimiento que tenía del corazón humano. Aquaviva tenia un carácter sumamente constante y firme en todo aquello que le parecia justo y razonable. Pensábalo mucho antes de tomar una resolución, pero era inflexible en ellas.

Era religioso de mucha oración, y mereció oír de Jesucristo las siguientes palabras: «No temas, porque yo estoy contigo.» Era tanta su humildad que el papa Clemente VIII no pudo recabar de él aceptase el arzobispado de Nápoles. S. Felipe Neri le vió rodeado de luces celestiales: otros arrobado en éstasis por espacio de media hora. Cuando el cardenal Belarmino le anunció su próxima muerte, respondió con aquellas palabras de S. Ambrosio: «No temo á la muerte, ni tampoco siento el vivir, porque tengo á un buen Señor.» Asistieron á

sus funerales un concurso extraordinario, así de nobles como de religiosos y habitantes de Roma.

MUSCIO VITTELESCHI. Nació de una ilustre familia en Roma y año 1563, entró en la Compañía de Jesus el 15 de agosto de 1583 y se distinguió por su piedad y talento. Enseñó filosofía y teología en Roma; fué rector del colegio de Nápoles, provincial de Roma, asistente del general, y por último general en 1615. Fué tan excelente predicador que el sabio Vittorelli le comparaba con los Ciprianos, los Crisóstomos y los Bernardos. Con suma prudencia gobernó la Sociedad por espacio de 30 años, siendo tal la pureza de sus costumbres é inocencia de su vida, que el papa Urbano VIII no le llamaba por otro nombre que por *el ángel*. Murió en Roma á los 9 de febrero de 1645, á la edad de 82 años. Era tan humilde, que para sustraerse á los deseos del papa Paulo V, que queria elevarle á la dignidad cardenalicia, se fugó de Roma. Poseia en alto grado las virtudes de la prudencia, paciencia y mortificación. Enseñaba á sus súbditos á observar las reglas de la Compañía mas con su ejemplo que con sus palabras.

VICENTE CARAFFA. Hijo del duque de Andria. Nació en Nápoles en 1588 y entró en la Compañía á los 16 años. Se hizo célebre como profesor de filosofía, y desempeñó en Nápoles los cargos de maestro de novicios, rector del colegio, prepósito de la casa profesa y provincial, hasta que en 1646 fué elevado al generalato. Lleno desde niño, como otro Samuel, de las bendiciones del Señor, siguió el ejemplo de los santos. Cuando jóven era llamado el ángel, y se le vió en efecto, al acercarse á recibir el cuerpo del Señor, con el rostro encendido en llamas del divino amor y rodeado de una luz celestial. Cuando súbdito, lo mismo que cuando superior, era exacto observador de la disciplina regular, siendo un perfecto modelo para todos. Era tanta su caridad para con los pobres, que se le vió por espacio de dos meses distribuirles la sopa en la puerta de su convento, á cuyo sustento corporal no olvidaba añadir el espiritual, por medio de prácticas y exhortacio-

nes fervorosas, hasta que contrajo una enfermedad mortal del roce con los mismos pobres. Los opúsculos que publicó manifiestan cuan inflamado estaba en el divino amor.

FRANCISCO PICCOLOMINI. Célebre profesor de filosofía y teología. Antes de su última ascension habia ejercido con mucho celo los cargos de secretario, visitador en Sicilia, rector del Colegio romano y provincial en los Estados Pontificios, Milan, Nápoles y Venecia: fué elegido general el 21 de diciembre de 1649. Era de costumbres muy ejemplares y un perfecto modelo en todo género de virtudes, de lo que dió un ejemplo en su última enfermedad: al ofrecerle un poco de agua para refrescar la boca, la derramó toda ofreciéndola al Señor diciendo: «Esto seria buscar delicias en la cruz, en que me ha puesto mi Dios. Guardadme, exclamaba, Jesus mio, un pequeño lugar en vuestra cruz.» Espiró en estos suavisimos coloquios en Roma el 17 de junio de 1651.

ALEJANDRO GOTHIFREDI. De ilustre cuna: abrazó desde muy jóven el estado eclesiástico, adornado con la inocencia de costumbres. Tuvo que luchar con sus padres y parientes para entrar en la Compañía, y solo pudo efectuarlo por mediacion del Sumo Pontífice. El cardenal Perbenedicto, en cuyo palacio fué repetidas veces explorada la vocacion de este digno religioso, admirado de la constancia del jóven le dijo: «Anda, entra en la Compañía de Jesus, y pórtate como corresponde al que ha de ser un dia su general.» Era de un talento á propósito para toda clase de ciencias: tan buen poeta como excelente orador: fué profesor de filosofía en el Colegio romano. Fué elegido general el 21 de enero de 1652. Cuando se le hablaba de la nobleza de su cuna, respondia: «La verdadera nobleza es ser perfectamente humilde.» Falleció este virtuoso religioso en Roma en 1652.

GOSWINO NICKEL. Nació en Juliers el 1.º de mayo de 1582, entró en los Jesuitas en 1604, enseñó la filosofía en Colonia, y despues de haber desempeñado dignamente distintos cargos en la Compañía, fué elegido general el 17 de marzo de 1652. Tú-

vole en grande estima el papa Alejandro VII y logró por medio de los esfuerzos que hizo este Pontífice que los Jesuitas volvieran á establecerse en Venecia. Murió despues de una larga enfermedad el 31 de julio de 1664, día de S. Ignacio. Fué varon de acendrada virtud : reunia todas las circunstancias de que debe estar adornado un prelado. De este varon eminente escribia el cardenal Sfortia Pallavicini , «que habia gobernado la Compañía , habiéndose hecho amar y venerar de todos sus súbditos.»

JUAN PABLO OLIVA. Nació en Génova el año 1600 de una familia ilustre que habia dado dos dux á la república. Predicó con grande aplauso y éxito en las principales ciudades de Italia , y en presencia de los papas Inocencio X , Alejandro VII , Clemente IX y Clemente X. Fué elegido vicario general de su órden con futura sucesion y autoridad para gobernar el 7 de junio de 1661 y murió en Roma en 1681 , á los 81 años de edad. Sus escritos manifiestan el celo apostólico de que estaba lleno : en el mando fué un perfecto modelo en todo género de virtudes.

CARLOS DE NOYELLE, belga , nació en Bruselas el 28 de julio de 1615 : fué asistente por Alemania ; era varon de mucho mérito y muy piadoso. Fué elegido general el 5 de julio de 1682. Falleció en Roma en 1686.

TIRSO GONZALEZ. Español : fué elegido general el 6 de julio de 1687, y murió en Roma en 27 de octubre del año 1705 ; despues de haber impugnado fuertemente las doctrinas del *probabilismo* sostenidas por los casuistas. Fué un varon muy docto y misionero no menos celoso , muy apreciado del papa Inocencio XI.

ANGEL TAMBURINI. Nació en Módena el 27 de setiembre de 1618 , y fué elegido general el 30 de enero de 1706. Era un religioso modelo de todas las virtudes. Falleció el 30 de febrero de 1730.

FRANCISCO RETZ. Nació en Praga, año 1672, y entró en los Jesuitas año 1689. Elegido general en 1730, durante 20 años

gobernó la Sociedad con suma prudencia y calma tan completa que parecia anunciar las próximas borrascas. Murió en Roma á los 19 de noviembre de 1750. Este general fué muy apreciado de los papas Clemente XII y Benedicto XIV.

IGNACIO VISCONTI. Era oriundo de una familia opulenta de Milan, y fué provincial de la Lombardía. El 4 de julio de 1751 fué elegido general. Era muy apreciado del Papa, y sus virtudes y talentos le habian hecho muy útil á la Iglesia. Falleció el 4 de mayo de 1755.

ANGEL CENTURIONE. Fué elegido general el 30 de noviembre de 1755 y falleció el 2 de octubre de 1757: su muerte fué muy sentida por su piedad y demás virtudes de que estaba adornado.

LORENZO RICCI. Nació en Florencia de una familia ilustre el 2 de agosto de 1703 y fué elegido general en 21 de mayo de 1758. El mas célebre acontecimiento de su generalato fué la abolicion de la Compañía en 21 de julio de 1773. Ricci con sus asistentes y otros varios jesuitas fué trasladado al castillo San Angelo, despues de haberle obligado á firmar una circular á todos los misioneros de su orden, notificándoles la supresion. Murió en dicho castillo el 24 de noviembre de 1775. Poco tiempo antes de su muerte firmó una especie de *memoria*, que fué publicada segun demostró ser su voluntad. En ella protestaba: 1.º De que la Compañía de Jesus no habia dado motivo alguno para su supresion, lo cual declaraba en calidad de superior bien informado de lo que pasaba en ella. 2.º Que como particular no creia haber merecido el encarcelamiento que se le habia hecho sufrir y el duro trato que siguió á la estincion de la Compañía. Y 3.º, que perdonaba de todo corazon á todos aquellos que le habian atormentado ó afligido, en un principio por los insultos hechos á sus compañeros, y despues por las manchas que se arrojáran en su honor y reputacion.

ESTANISLAO CZERNIEWICZ. Vicario general perpétuo de los Jesuitas en la Rusia Blanca, á quien se debe el que la Compañía no fuese abolida en aquel país. Murió el 18 de julio de 1785.

à la edad de 56 años en Stryki , poblacion de la dependencia del colegio de Polotsk. Despues de su muerte, circuló en Polonia y Rusia un escrito, en el cual se hacia una completa apologia de este digno religioso.

LENKIEWICZ , vicario general, elegido el 27 de setiembre de 1785 , dotado de una prudencia consumada y de un celo apostólico. Falleció el 10 de noviembre de 1798, lleno de virtudes.

FRANCISCO JAVIER KAREU , provincial , y vicario general perpétuo, fué elegido el 1.º de febrero de 1799. Habia pasado por todos los grados de la órden , y dejó donde quiera una reputacion de virtud , moderacion y sabiduria , que no se desmintió nunca durante los veinte y cuatro años de su generalato. Falleció el 30 de julio de 1802.

GABRIEL GRUBER. Elegido general el 10 de octubre de 1802. Nació en Viena de Austria el 6 de mayo de 1740 ; era una de aquellas naturalezas estraordinarias , que al conocimiento de los negocios políticos , juntaba en alto grado las virtudes que deben adornar à un sacerdote. Piadoso, sabio, arquitecto, físico, médico, pintor, geómetra, músico, se presentaba al propio tiempo como diplomático y literato. Falleció este digno jesuita en la noche del 25 al 26 de marzo de 1805.

TADEO BRÓSZOZOWSKI. Fué elegido general el 2 de setiembre de 1805. Este sabio jesuita se distinguió por su celo verdaderamente apostólico , y por su consumada prudencia en el mando. Falleció el 5 de febrero de 1820.

LUIS FORTIS. Fué elegido general el 18 de octubre de 1820. Nació en Verona el 26 de febrero de 1748. Era un religioso muy instruido, de una prudencia consumada y un modelo en todo género de virtudes. Falleció el 27 de enero de 1825.

ROOTHAAN. Fué elegido general el 9 de julio de 1825. Nació en Amsterdam el 20 de noviembre de 1785. Dotado de grande moderacion en todos sus actos. Dedicado al estudio , à la oracion , à la enseñanza y al apostolado la mayor parte de su vida , se hace apreciar por todos los que tienen

ocasion de tratarle. Gobierna felizmente la Compañía de Jesus.

El autor del condenado *Retrato al daguerreotipo* incluye despues del nombre de Ricci las siguientes palabras. «Los Jesuitas, que tantos alardes hacen de un mentido catolicismo, fueron á pedir hospitalidad y proteccion á un príncipe hereje, y se refugiaron en Rusia.» Este cargo es tan infundado como inexacto. No entraremos á contestarle tan detalladamente como su importancia merece, porque mas adelante el curso de la historia volverá á conducirnos al mismo punto. Contestáremos sin embargo de modo que nada puedan reargüir nuestros contrarios. Los argumentos serán fuertes como la justicia que nos asiste.

Viendo el jesuita ruso Czerniewicz que el decreto de supresion de la Compañía no tan solo no se publicaba en Rusia sino que ni aun la Santa Sede insistia en su publicacion, tomó el partido de acudir á la emperatriz. Los Jesuitas de Rusia continuaron por lo tanto en sus ejercicios. No fueron pues á buscar hospitalidad en ese imperio, sino que continuaron en él como estaban antes de su supresion, gracias al celo de su provincial, esperando dias mas felices; y esto es lo que sucedió con los jesuitas rusos, como la esperiencia se encargó de demostrar. En efecto, en 7 de marzo de 1801, el papa Pio VII publicó un Breve por el cual permitia á los Jesuitas establecerse en Rusia, nombrando por superior de la órden á Francisco Javier Kareu, delegado de la Santa Sede. El autor del escrito que como hemos dicho se publicó seguida la muerte del provincial Czerniewicz, despues de haber demostrado que los decretos pontificios en materia de disciplina, y en particular por lo que toca á las órdenes religiosas, no obligan en aquellos puntos donde no han sido publicados, dice así: «Todo esto le constaba (á Czerniewicz); sin embargo no se atrevió á seguir este camino. Muy léjos de esto, queriendo dar con respecto al Breve del Papa una muestra sin ejemplar de obediencia, dirigió á la emperatriz de Rusia una memoria para que fuera permitido á los jesuitas de la Rusia Blanca conformarse con la voluntad del Pontífice, prometiéndole que á pesar de estar secularizados trabajarían para ser

útiles con tanto ó mas ardor que antes. Todavía dió una nueva prueba de su sumision al Breve de Clemente XIV. Sin embargo de que la Compañía subsistia en la Rusia Blanca, pasaron seis años sin que se atreviera á recibir un solo novicio, á pesar de contar con un noviciado, para el cual con posterioridad al Breve de supresion, en 28 de junio de 1779 recibió permiso formal y auténtico del obispo diocesano, despues arzobispo de Mohilow, quien á este efecto habia recibido pleno poder del papa Pio VI, firmado en Roma á los 15 de agosto de 1778 con el título y carácter de delegado apostólico. Finalmente, apoyados en la órden en forma de ukase espedita por la emperatriz en 5 de julio de 1782 y la aprobacion del referido prelado, los jesuitas de la Rusia Blanca, reunidos en congregacion general en el colegio de Polocz, eligieron en 17 de octubre de 1782 para su vicario general con toda la autoridad de un general al P. Czerniewicz, que ocupó este destino por espacio de dos años, nueve meses y un dia.»—Estas noticias que no pueden recusarse por cuanto la historia las continúa, se citan nombres, se incluyen fechas y se habla de documentos auténticos; son apoyadas por las siguientes del mismo género tan irrecusables como las anteriores y que nos suministra una curiosa obrita de Cahour, titulada: *Des Jesuites*.

«El mismo Clemente XIV (dice) permitió á los jesuitas de la Silesia Prusiana y de la Rusia Blanca observar su regla y vivir en comun, no ya bajo la autoridad de un general sino simplemente bajo la de un vicario general. El príncipe obispo de Warmia escribia á los jesuitas rusos en 7 de junio de 1774, tres meses antes de la muerte de Clemente XIV, que falleció el 22 del próximo setiembre, que acababa de recibir del Papa, por conducto del Nuncio Garampi, una contestacion muy favorable para el caso, y que les dejaba permanecer *in statu quo* hasta nueva órden. El obispo de Mallo, M. Siestrzencewicz, vicario apostólico en Rusia, hizo asimismo mencion, en un mandamiento espedito en 1779, del privilegio concedido por el mismo Clemente XIV en favor de los Jesuitas protegidos por Catalina II.»

«Pio VI (continúa) que estimaba á los Jesuitas, pues nos dice él mismo haber caído en desgracia durante el pontificado de su antecesor porque les compadeció y protegió; Pio VI, sucesor inmediato de Clemente XIV, autorizó la existencia de la Compañía de Jesus en la Rusia Blanca; y desde 1785 contaban en ella seis casas y ciento setenta y dos individuos protegidos por Catalina II, animada secretamente á ello por la Santa Sede. Pio VII, elegido en 14 de marzo de 1800, aprobó y confirmó solemnemente la existencia de los Jesuitas en los Estados de Pablo I, por un Breve de 7 de marzo de 1801, dado en Santa María la Mayor, al año primero de su pontificado, y dirigido á *Francisco Kareu, presbítero, superior de la congregacion de la Compañía de Jesus en el imperio de Rusia.*» ¿Qué contesta á todo esto el autor del censurado *Retrato al daguerreotipo*?

Quede pues consignado, repetimos, que los Jesuitas no fueron á buscar hospitalidad á Rusia, sino que permanecieron en Rusia los jesuitas rusos; y permanecieron porque estaban en su derecho sin atacar el de nadie; porque las prácticas religiosas les protegían en su admitida costumbre; porque los Papas mismos lo autorizaron, consintieron y aun mandaron, y en apoyo de los Jesuitas venia la ley de Roma. Imposible parece que haya quien se precie de historiador y así destruya la verdad histórica; tan imposible como que no diera la razón á nuestra parte todo aquel que sin prevención leyera el condenado *Retrato al daguerreotipo* y nuestra impugnación. No porque pretendamos hacernos una gloria literaria de ello lo decimos, sino porque la razón está con nosotros, y de la razón á la calumnia va lo que de nosotros á nuestros contrarios.

A la espresion *Los Jesuitas que tantos alardes hacen de un mentido catolicismo*¹, infamante frase que solo ha podido salir

1. Con muy fundado motivo nuestro dignísimo Prelado, en su Pastoral de 26 de agosto de 1852, llama DESGRACIADO al autor del inmundado *Retrato al daguerreotipo*. Cada cláusula, añade, es un testimonio auténtico de su funesto desvío de los sanos principios. Como

de la pluma del autor del condenado *Retrato al daguerreotipo*, solo haremos un argumento, el argumento invencible de los hechos. Aquí no se trata de hacer alardes, sino de dar pruebas; mas que pruebas, buenos católicos; mas que buenos católicos, santos. Si el anti-jesuitismo hubiese leído la gloriosa historia de los hijos del ínclito Loyola en algun libro autorizado, de fijo que los hubiese encontrado. La *negra* Compañía, la Compañía de Jesus, en menos de un siglo, es decir, de mediados del xvi al xvii, proporcionó al catolicismo cerca de 300 mártires que dieron sus vidas á manos de indios; mahometanos, herejes y toda clase de cismáticos. No hemos de dejar de consignar sus inmortales nombres, ya para que vea el autor del condenado *Retrato al daguerreotipo* procedemos en todo con buena fe, ya para que el anti-jesuitismo se avergüence y los amigos de la verdad se admiren del invulnerable y santo blanco á que la calumnia ha dirigido sus tiros. A cada paso un nuevo rayo de luz viene á alumbrar nuestro camino; á cada momento una nueva gloria de la Compañía nos dice—adelante!—La causa es justa, nuestros arsenales están llenos de armas irresistibles. He aquí los nombres de estos gloriosos Jesuitas, astros brillantes de la Iglesia.

Abrahan Georgio padeció en abril de 1395.—Egidio de

si se escribiera en un país de donde estuvieran relegadas la religion y la ilustracion, asi está nuestro escritor insultando á la una y á la otra con grave detrimento de entrambas. No hay que dudarlo, continua; escarnece á la religion infiriéndola un grave detrimento el que con su lenguaje soez y rencoroso calumnia á la Compañía de Jesus, porque un concilio general, asistido con las luces del Espíritu Santo, la califica de *piadosa*; porque los sumos Pontífices, prelados y todos los HOMBRES DE BIEN, segun afirma el Santo Padre reinante, la desean y se interesan por ella; porque jamás se han prodigado mayores ni mas generales elogios en favor de cuerpo alguno benemérito de la religion..... Insultan á la ilustracion sus detractores, porque es preciso basta carecer de sentido comun para negar lo mucho que la Compañía de Jesus la ha promovido. En todo el periodo de su existencia se la ve colocada al frente del verdadero progreso moral, científico é intelectual, etc., etc. (Léase la citada pastoral.)

Abreu en 1622.—Alejandro Brianto en 1.º de diciembre de 1581.—Alejo Delgado en 15 de julio de 1570.—Alfonso de Castro en enero de 1558.—Alvaro Fernando en 14 setiembre de 1571.—Alfonso Pacecco en 15 de julio de 1583.—Alfonso Rodriguez en 15 de noviembre de 1628.—Alfonso Baena en 15 de julio de 1570.—Alonso Mendez en 15 de julio de 1570.—Mauro Moreira en 30 de setiembre de 1639.—Amado Vazquez en 15 de julio de 1570.—Ambrosio Fernandez en 7 de enero de 1620.—Andres Gonzalez en 15 de julio de 1570.—Andres Gualdanez.—Andres Martini en 15 de febrero de 1634.—Andres Paez en 14 de setiembre de 1571.—Andres Saito en 28 de febrero de 1615.—Dos jesuitas cuyos nombres se ignoran en 1554.—Otros dos en 1555.—Otro en el mismo año.—Antonio Bellania en 4 agosto de 1633.—Antonio Correa en 15 de julio de 1570.—Antonio Criminal en 7 de febrero de 1549.—Antonio Critana en 28 de noviembre de 1614.—Antonio Fernandez en 15 de julio de 1570.—Antonio Francisco en 15 de julio de 1583.—Antonio Kiuni en 10 de setiembre de 1622.—Antonio Lopez en 1596.—Antonio Pinto en 3 de setiembre de 1632.—Antonio Ripario en 1639.—Antonio Sosa en 18 de octubre de 1632.—Antonio Suarez en 15 de julio de 1570.—Antonio Vasconsello en 16 de agosto de 1633.—Apolinario de Almeida en junio de 1638.—Arnoldo Boccop en 19 de febrero de 1622.—Agustin Ota en 10 de agosto de 1622.—Baltasar de Torres en 20 de julio de 1626.—Benito Castro en 15 de julio de 1570.—Benito Fernandez en 3 de octubre de 1633.—Bernardino Peccio en 15 de setiembre de 1628.—Bernardo de Cisneros en 18 de noviembre de 1616.—Bernardo Pereira en setiembre de 1625.—Bernardo Reus en 11 de junio de 1629.—Blas Ribeiro en 15 de julio de 1570.—Blas Scholling en 1532.—Bruno Bruno en febrero de 1640.—Camilo Constancio en 15 de setiembre de 1622.—Carlos Sagerio en 24 de mayo de 1596.—Carlos Spinola en 10 de setiembre de 1622.—Cristobal Czar-noslowski en 1642.—Cristóbal de Mendoza en 24 de marzo

de 1636.—Cristóbal Rotundo en 3 de febrero de 1568.—Cristóbal Spoteco en 1601.—Gonzalo Fusai en 10 de setiembre de 1622.—Damian Fucaya en 9 de octubre de 1633.—Diego de Alfaro en 17 de enero de 1639.—Diego Andrada en 15 de julio de 1570.—Diego Carvalio en 14 de setiembre de 1571.—Otro Diego Carvalio en 22 de febrero de 1624.—Diego Gondisalvo en 1571.—Diego de Montalban en 14 de diciembre de 1612.—Diego de Orosco en 18 de noviembre de 1616.—Diego Perez en 15 de julio de 1570.—Diego Quisai en 5 de febrero de 1597.—Diego Yuqui en 1636.—Dionisio Fugexima en 1.º de noviembre de 1622.—Dionisio Yamamoto en setiembre de 1633.—Domingo Collinos en 31 de octubre de 1602.—Domingo Fernandez en 15 de julio de 1570.—Edmundo Arousmithheus en 7 de setiembre de 1628.—Edmundo Campian en 1.º de diciembre de 1581.—Edmundo Donato en 1580.—Eduardo Olcomo en 7 de abril de 1606.—Manuel Alvarez en 15 de julio de 1570.—Manuel Barretto en 11 de marzo de 1620.—Manuel Borgas en 16 de agosto de 1633.—Manuel Fernandez en 15 de julio de 1570.—Manuel Fernandio en 18 de febrero de 1555.—Manuel Lobo en 29 de octubre de 1568.—Manuel Martinez en 1.º de febrero de 1632.—Manuel Nigar en 9 de junio de 1603.—Manuel Paceco en 15 de julio de 1570.—Manuel Rodriguez en 15 de julio de 1570.—Fernando Alvarez en 14 de setiembre de 1571.—Fernando Sanchez en 15 de julio de 1570.—Fernando de Santaren en 19 de noviembre de 1616.—Fernando de Tovar en 16 de noviembre de 1616.—Francisco Alvaro en 15 de julio de 1570.—Francisco Aranea en 15 de julio de 1583.—Francisco Carrion en 1592.—Francisco Castro en 17 de setiembre de 1571.—Francisco Fernandio en 14 de noviembre de 1602.—Francisco Lopez en 29 de octubre de 1568.—Francisco Macciado en setiembre de 1625.—Francisco Magalano en 15 de julio de 1570.—Francisco Martinez en 31 de marzo de 1606.—Francisco Pacecco en 20 de julio de 1626.—Francisco Pagio en 29 de abril de 1602.—Francisco Paulo en

13 de setiembre de 1571.—Francisco Pérez Godoya en 15 de julio de 1570.—Francisco Pinto en 11 de enero de 1608.—Francisco Ribera en 1620.—Francisco Rodríguez en 1638.—Gabriel Gomez en 3 de febrero de 1568.—Gaspar Alvarez en 15 de julio de 1570.—Gaspar de Castro en 7 de mayo de 1626.—Gabriel de Solis en 3 de febrero de 1568.—Gaspar Goes en 17 de setiembre de 1571.—Gaspar Ozorio en 1639.—Gaspar Paez en 1634.—Gaspar Sandamatzo en 20 de julio de 1626.—Gaspar Wornicz en 1641.—Jorge Carvajal en 1592.—Jorge Fernandez en 28 de setiembre de 1580.—Gerardo Paesman en 20 de julio de 1638.—Godofredo Thelen en 25 de setiembre de 1620.—Gomez Damaralio en 28 de setiembre de 1580.—Gonzalo Cardoso en 22 de mayo de 1574.—Gonzalo Henriquez en 15 de julio de 1570.—Gonzalo Silveria en 15 de marzo de 1561.—Gregorio Scribano en 15 de julio de 1570.—Guillermo Saltemochio en 7 de febrero de 1593.—Gundalao de Tapia en 10 de julio en 1594.—Enrique Garneto en 3 de mayo de 1606.—Henrique Walpolo en 17 de abril de 1595.—Hernoco Maluesio en 21 de febrero de 1622.—Jacinto Francisco en 1638.—Jerónimo de Angelis en 4 de diciembre de 1623.—Jerónimo de Morante en 19 de noviembre de 1616.—Horacio Vecchio en 14 de diciembre de 1612.—Jacobó Anton en setiembre de 1633.—Jacobó Antonio Gianonio en 25 de agosto de 1633.—Jacobó Antonio Tacuxima en 1633.—Jacobó Chisai en 1597.—Jacobó Mesquita en 4 de noviembre de 1614.—Jacobó Salesio en 7 de febrero de 1593.—Ignacio Quidó en 16 de agosto de 1633.—Ignacio Acevedo en 15 de julio de 1570.—Ignacio Fiaglio en 1633.—Juan de Acosta en 8 de octubre de 1633.—Juan Alvarez en 14 de setiembre de 1571.—Juan Arnoldo en 11 de noviembre de 1631.—Juan Baeza en 15 de julio de 1570.—Juan Bautista Baeza en 7 de mayo de 1626.—Juan Bautista Boddens en 20 de julio de 1638.—Juan Bautista Macciado en 22 de mayo de 1617.—Juan Bautista Mendez en 3 de febrero de 1568.—Juan Bautista Segura en 3 de febrero de 1568.—

Juan Bautista Zola en 20 de julio de 1626.—Juan de Beiera en 1556.—Juan del Carpio en 3 de diciembre de 1634.—Juan Carvallo en 29 de octubre de 1568.—Juan del Castillo en 17 de noviembre de 1628.—Juan Ciugoca en 10 de setiembre de 1622.—Juan Cornelio en 3 de julio de 1594.—Juan Domagalski en 1642.—Juan Esto en 1601.—Juan Fernandez en 15 de julio de 1570.—Juan Fonseca en 29 de setiembre de 1620.—Juan de Fonte en 19 de noviembre de 1616.—Juan La Garde en 15 de agosto de 1622.—Juan de Goto en 5 de febrero de 1597.—Juan Guindora en 25 de agosto de 1633.—Juan Guisacu en 20 de julio de 1626.—Juan Jamma en setiembre de 1633.—Juan Lelesio en 26 de febrero de 1594.—Juan de S. Martino en 15 de julio de 1570.—Juan Mateo Adan en 18 de octubre de 1633.—Juan de Magorga en 15 de julio de 1570.—Juan Meach en 1639.—Juan Metella en 6 de diciembre de 1616.—Juan Ogilbeo en 10 de marzo de 1615.—Juan Sandeo en 30 de marzo de 1622.—Juan Sanctus en 15 de julio de 1570.—Juan Sosa en diciembre de 1554.—Juan de Valle en 18 de noviembre de 1616.—Juan Zauro en 15 de julio de 1570.—Yodoco Magerio en 15 de febrero de 1634.—José Ruomui en 16 de agosto de 1633.—José Fornaletto en 1593.—Julian Nacaura en 18 de octubre de 1633.—Julio Pascual en 1.º de febrero de 1632.—Lorenzo Eyerardi en 2 de julio de 1600.—Leonardo Chimura en 28 de noviembre de 1619.—Luis Caldeira en febrero de 1640.—Luis Yamamoto en setiembre de 1633.—Luis de Alabes en 18 de noviembre de 1616.—Luis Cofocu en setiembre de 1633.—Luis Cavara en 10 de setiembre de 1622.—Luis Correa en 15 de julio de 1570.—Luis Goveano en 1584.—Luis Mateo Pilin-gotti en 6 de diciembre de 1616.—Ludovico Mendio en 1552.—Luis de Quiros en 3 de febrero de 1568.—Mancio Firabayaxi en mayo de 1615.—Mancio Misoguchi en febrero de 1615.—Mancio Taixicu en 20 de enero de 1615.—Marcelo Francisco Mastrillo en 17 de octubre de 1637.—Marcos Caldeira en 15 de julio de 1570.—Martin Aranda en 14 de diciembre

de 1612.—Martin Gutierrez en 21 de febrero de 1573.—Martin Ignacio en 1639.—Martin Laterna en 30 de setiembre de 1598.—Mateo Yapon en 18 de octubre de 1633.—Mateo de Couros en 29 de octubre de 1633.—Mateo Fernandez en 15 de setiembre de 1628.—Matias Burnasio en 9 de agosto de 1629.—Matias Sanga en 24 de febrero de 1615.—Matias Vitriario en 1601.—Mauricio Serpio en 4 de agosto de 1578.—Melchor Grodecio en 7 de setiembre de 1619.—Miguel Aragon en 1571.—Miguel Carvalo en 25 de agosto de 1624.—Miguel Nacaxima en 25 de diciembre de 1628.—Miguel Pineda en setiembre de 1633.—Miguel Tarraconense en 13 de setiembre de 1571.—Miguel Tozo en 20 de julio de 1626.—Miguel de Urrea en 28 de agosto de 1597.—Miguel Xumpo en 10 de setiembre de 1622.—Miguel Xunuan en octubre de 1628.—Nicolás Dinys en 15 de julio de 1570.—Nicolás Fucumanga en 31 de julio de 1633.—Nicolás Mercator en 1601.—Nunnio Riberio en 22 de agosto de 1549.—Otton Campeusis en 2 de julio de 1600.—Pablo Michi en 5 de febrero de 1597.—Pablo Rioin en 17 de febrero de 1615.—Pablo Saito en 3 de octubre de 1633.—Pablo Xinxuque en 20 de julio de 1626.—Pedro de Espinosa en 1635.—Pedro Japon en 18 de octubre de 1633.—Pedro Berna en 15 de julio de 1583.—Pedro Buselino en 2 de julio de 1600.—Pedro Correa en diciembre de 1554.—Pedro Diaz en 13 de setiembre de 1571.—Otro Pedro Diaz en 14 de setiembre de 1571.—Pedro Fernando en 14 de setiembre de 1571.—Pedro Fonseca en 15 de julio de 1570.—Pedro de Linarez en 15 de julio de 1570.—Pedro Martinez en 24 de setiembre de 1566.—Pedro Mascarenha en 7 de enero de 1570.—Pedro Miguel en 25 de agosto de 1595.—Pedro Muñoz en 15 de julio de 1570.—Pedro Ouizucha en 1.º de noviembre de 1622.—Pedro Pablo Navarro en 1.º de noviembre de 1622.—Pedro Pinxei en 20 de julio de 1626.—Pedro Pontareus en 15 de julio de 1570.—Pedro Sumpo en 10 de setiembre de 1622.—Pedro Venusto en 19 de octubre de 1564.—Felipe Nottin en 14 de julio de 1638.—Rafael Ferrer en

marzo de 1611.—Roberto Southvello en 3 de marzo de 1595.
 —Roque Gonzalez en 15 de noviembre de 1628.—Rodulfo
 Aquaviva en 15 de julio de 1583.—Rogerio Filaoco en 27 de
 febrero de 1601.—Sancio Savalio en 3 de febrero de 1568.—
 Santos Juan en 15 de julio de 1570.—Sebastian Chimura en
 10 de setiembre de 1622.—Sebastian Viëira en 6 de junio
 de 1634.—Estanislao Bronowski en 1642.—Simon Acosta en
 15 de julio de 1570.—Simon Yempo en 4 de diciembre
 de 1623.—Simon López en 15 de julio de 1570.—Sixto To-
 cuum en 10 de octubre de 1633.—Esteban Pungrats en 7 de
 setiembre de 1619.—Esteban Zurairé en 15 de julio de 1570.
 —Teodoro Mantalles en 1593.—Teodoro Riswig en 4 de julio
 de 1625.—Tomás Agafozki en 10 de setiembre de 1622.—
 Tomás Cottano en 30 de mayo de 1582.—Tomás Garneto en
 23 de junio de 1608.—Tomás Mettano en junio de 1592.—
 Tomás Nicofori en 22 de julio de 1633.—Tomás Rican en
 setiembre de 1633.—Tomás Tevii en 6 de setiembre de 1627.
 —Vicente Alvaro en 18 de enero de 1606.—Vicente Caun en
 20 de julio de 1626.—Venceslao Trnoska en 1639 ¹.

Ante este público testimonio, panteon de las glorias jesuíticas, monumento levantado al catolicismo con la sangre de trescientos de sus mas celosos defensores y propagadores, no se ha conmovido el anti-jesuitismo, que avanzando sin pudor en la carrera de la calumnia y de la impiedad, cierra los ojos á la verdad y corre un velo á la ilustracion y á la virtud.

Ante testimonios tan irrecusables como los que nosotros exhibimos; ante el interminable catálogo de gloriosos nombres que podríamos producir, célebres todos en los anales de los santos, de los mártires, de los virtuosos, de los humildes y de los sábios; continuar los insultos contra la Compañía, es dar una continua prueba de terquedad sistemática, de oposicion caprichosa, de impiedad. A los que así lo hacen pudiéra-

1. *Bibliotheca scriptorum Societatis Jesu.*

mos aplicar las palabras de la Escritura : *Tienen ojos y no ven; tienen oídos y no oyen.*

¿Pues no deberíamos hacerlo así , no es justa nuestra cólera , no es fundado nuestro enojo , si como nos ha sucedido en la pág. 70 del repugnante *Retrato al daguerreotipo* , encontramos que se llama á los Jesuitas *espíritus del infierno* ? Diganos su autor : ¿ no acabamos de probarle que la Compañía de Jesus dió en menos de un siglo cerca de 300 mártires ? ¿ No le hemos probado anteriormente que en su seno , en el número de sus hijos contaba multitud de Beatos , Venerables y Santos ? ¿ No es igualmente cierto que de los bancos de las escuelas jesuíticas han salido no pocos hombres , lumbreras del catolicismo por sus virtudes ó talentos ? ¿ No es indudable que el último siervo de Dios que ha beatificado la Iglesia , Pedro Claver , el apóstol de los negros , era pura y simplemente un jesuita misionero ?

¿Pues cómo hay quien llama á los Jesuitas *espíritus del infierno* ? ¿ Qué espíritus del infierno son santos y forman santos ?

1. *Espíritus del infierno* , como acabamos de leer con el mayor disgusto , llama el desgraciado autor del abominable *Retrato al daguerreotipo* á los Jesuitas : calificación impia que ofende hasta á cuanto se debe á la evidencia misma. Veamos el juicio que de tan dignos religiosos hace entre otros el ilustrado D. Francisco Gutierrez de la Huerta , en su *Dictámen fiscal* , presentado y leído en el Consejo de Castilla el 21 de octubre de 1815. « La educacion que ha dado la Compañía de Jesus , dice , es una educacion CRISTIANA , metódica , juiciosa y sabia , dirigida por grados á elevar las almas al CONOCIMIENTO y VENERACION DEL CRIADOR , MISTERIOS Y DEBERES RELIGIOSOS , á doblegar la voluntad , dirigir las inclinaciones , PERFECCIONAR LAS COSTUMBRES , ennoblecer los modales , enriquecer la memoria , arreglar la imaginacion y dilatar la esfera del entendimiento : educacion la mas propia para formar buenos maestros y para hacer buenos discípulos ; discípulos á la vez buenos CRISTIANOS , á la vez buenos súbditos , y á la vez buenos literatos : un Instituto que ha dado á la Iglesia nueve Santos , mas de 700 Mártires , mas de 9,000 Apóstoles , y millones de neófitos generosos , aplaudido y ensalzado por los hombres mas esclarecidos y sábios. » Al autor de calificación tan impia puede aplicársele con justicia lo del Apóstol , en su carta segunda á Timoteo , capítulo 4 , versículo 4 : « Gerrarán sus oídos á la VERDAD , y los aplicarán á las FÁBULAS. »

Semejante calificacion merece, una de dos; ó un solemne castigo, ó un solemne desprecio. El que tal ha dicho, si no quiere pasar por criminal, tiene que pasar por poco instruido ó por anti-católico ¹.

Ha dicho asimismo el autor del censurado *Retrato al daguerreotipo*, los Jesuitas fueron á pedir hospitalidad y proteccion á un príncipe hereje. A esto contestamos en primer lugar, que no hay tal príncipe sino princesa, ó mejor emperatriz, pues cuando la espulsion de los Jesuitas imperaba en Rusia Catalina II, la reina que mas grandes recuerdos ha dejado en el helado imperio del Norte. Y tampoco tiene razon cuando dice hereje, pues en todo caso le cuadra el epíteto de cismática. No es este, empero, nuestro argumento, sino que preguntaremos al autor del reprobado *Retrato al daguerreotipo*, ya que así echa en cara á los Jesuitas el que se refugiáran en un pais no católico, ¿qué clase de catolicismo era el que profesaban los enemigos de la Compañía, como Pombal, Aranda, Choiseul y Tanucci, sus encarnizados perseguidores en Portugal, España, Francia y Nápoles? La historia lo ha consignado en las vidas de estos hombres tristemente célebres. Todos ellos, ó los mas, eran partidarios de los enciclopedistas, afiliados en los clubs de masonería. Porque bien público y sabido es, que la destruccion de los Jesuitas debióse á los filósofos del siglo XVIII; á estos filósofos que cerrando los templos cristianos, abrian templos á la diosa *Razon*; á estos filósofos por cuya

1. Con razon ha dicho nuestro dignísimo Prelado en su Pastoral de 26 de agosto de 1832, hablando del *Retrato al daguerreotipo*, lo siguiente: «Los escritos de esta naturaleza gozan del privilegio de llevar consigo la mas sólida refutacion. Pocas lineas bastan y aun sobran para desacreditar al autor. Cumple, se dice en la página 4 de la citada Pastoral, cumple pues á nuestro ministerio pronunciar de una manera esplicita que el *Retrato al daguerreotipo de los Jesuitas* merece toda nuestra REPROBACION, y es uno de los que se hallan ya de antemano SENTENCIADOS y CONDENADOS por la santa Iglesia; y cita en apoyo la carta de nuestro Smo. P. Pio IX, escrita en 20 de noviembre de 1849, á los SS. Obispos del concilio provincial de Imola.»

cuenta estalló la horrorosa revolucion del año 90 en Francia; sangrienta corona digna de la obra que habia emprendido Lutero y llevado á término Voltaire. Para que tuviera lugar esta desastrosa década, que entapizó de sangre el territorio francés, era necesario alejar á los Jesuitas, firme baluarte que defendia á la sociedad moral contra la sociedad filosófica. Los enciclopedistas lograron su objeto: faltaron los Jesuitas y el edificio de la Francia vino abajo, como la columna cuyo pedestal se destruye. Una vez temieron los filósofos su restablecimiento; la reina de Portugal el 10 de marzo de 1777 habia sacado de los calabozos del fuerte San Julian á los jesuitas que Pombal habia aherrrojado, y he aquí como d'Alembert se espontaneaba en una carta á Ferney escrita en 23 de junio: «Asegúrase, decia, que esta canalla jesuítica va á ser restablecida en Portugal, con la escepcion de que no vestirán el mismo hábito. Esta nueva reina se me figura una supersticiosa majestad dirigida por sacerdotes y frailes. Si el rey de España muere, no respondo de que esta nacion no imite á Portugal. Esta canalla se parece á los gusanos de tierra, se les hace pedazos y no mueren. Si las armas enemigas ganan esta gran batalla, adios triunfo de la razon.»

He aquí quienes eran los enemigos de los Jesuitas, y si no es bastante lo dicho pasaremos revista de alguno de ellos y sabremos lo que consta de su vida, de sus actos y de su catolicismo. De Pombal, dice un escritor francés, que nadie duda fué el instrumento de la secta filosófica y jansenista, que le creyó á propósito para preludiar las operaciones de mucho tiempo antes proyectadas, de las cuales las primeras se esplican por las últimas. Cuando caido en desgracia de su valimiento que encadenó y aterrorizó á Portugal por espacio de veinte años, le obligaron á restituir los fabulosos caudales que su ambicion habia amontonado, se vió en la precision, vergonzosa para él, gloriosa para los Jesuitas, de confesar haber empleado la enorme cantidad de ochocientos mil ducados en la destruccion de la Compañia de Jesus, cantidad que otros hacen subir á un mi-

llon doscientos mil ducados, como todo consta del *Journal historique et littéraire*, 19 de junio de 1792, pág. 206.

Abarca de Bolea, conde de Aranda, á quien se debe la espulsion de los Jesuitas en España, estando de embajador en París, gozó de gran consideracion por las relaciones que le unian con los principales apóstoles de la impiedad, conducta que le atrajo la enemistad de los amigos de la religion. Mas tarde provino su desgracia de haber atacado duramente á Godoy por la guerra que se estaba sosteniendo contra la república francesa, aquel monstruo de cien bocas que habia engendrado la filosofia, y que en nombre de la libertad filosófica hizo patrimonio del verdugo las cabezas de la décima parte de los franceses.

El autor de la *Vida privada de Luis XV*, dice hablando del duque de Choiseul, lo siguiente: «Este ministro revoltoso y audaz, buscando revolucionar, no solo las cortes y los estados, sino el espíritu de los pueblos, habia sido reconocido por los filósofos modernos, cuya secta empezaba á tomar grandes proporciones, digno de ser su protector, á cuya eleccion correspondió por su celo para la propagacion de su doctrina. Uno de los principios de esta doctrina era la estirpacion de los mon-

1. La idea de protestantizar al Portugal, casando al inglés duque de Cumberland con la princesa de Beyra, bullia hacia mucho tiempo en la cabeza de Pombal. «Se sabe que el duque de Cumberland estaba consentido en ser rey de Portugal, y no dudo lo hubiera conseguido si los Jesuitas, confesores de la familia real, no se hubieran opuesto. He aquí el crimen que jamás se les perdonó.» (*Testament politique du marechal de Belle-Isle*, pág. 108. *Histoire de la Chute des Jesuites*, pág. 34, por el conde de Saint-Priest.)

2. El conde de Aranda reemplazó en el ministerio al marqués de Esquilache. Aranda tenia sed de alabanzas, y los enciclopedistas (incrédulos) con quienes habia formado desde mucho tiempo causa común, se la apagaban siempre que era necesario. Aranda caminaba bajo las banderas de la incredulidad. (Cretineau-Joly, *Clemente XIV y los Jesuitas*, pag. 153.) «Embriagado Aranda, dice el protestante Schoell, con el incienso que los filósofos franceses quemaban sobre su altar, no cifraba su gloria sino en ser contado entre los enemigos de la religion y de los tronos. (*Cours d'histoire des Etats européens*, t. 29.)

ges y destruccion de los conventos y despues la de la religion. El duque comprendió que esto no podia intentarse mientras subsistieran los Jesuitas : se hizo por lo tanto preciso empezar por ellos , auxiliándole la cortesana Pompadour ¹.»—Muerto ya , fué transportado á Chanteloup y enterrado en un sitio del cementerio que habia hecho preparar , al pié de un álamo que por sí mismo plantára. El biógrafo Feller dice á propósito de este hecho , que un ministro mas adicto á la religion de sus padres , hubiese preferido ser enterrado al pié de una cruz. Entre los grandes servicios que se supone prestó á la Francia , colocan los anti-jesuitas el primero la destruccion de la Compañía. No es este lugar para responder de semejante hecho , pero sí lo es para decir que los servicios de Choiseul serian de tal clase , que en 24 de diciembre de 1770 le merecieron del rey una carta breve y compendiosa concebida en estos términos : «El descontento que me causan vuestros servicios , me obliga á desterraros á Chanteloup , á donde pasareis en el término de veinte y cuatro horas. Os hubiera enviado mucho mas lejos , á no ser el particular afecto que profeso á la señora duquesa de Choiseul. Teneos cuenta que vuestra conducta no me haga tomar otro partido.» No decia mas el rey , pero decia bastante.

Tanucci , el omnipotente ministro napolitano , era peor que los otros. Veamos sino algunos rasgos de su vida. Una vez un soldado acusado de homicidio , se acogió al sagrado de una iglesia , de donde fué violentamente arrancado. La corte de Roma reclamó contra esta violacion del derecho de asilo y de la inmunidad eclesiástica , y Tanucci publicó contra esta reclamacion un opúsculo que apoyó el gobierno toscano , y fué gérmen de largas discusiones entre la Santa Sede y la corte de Nápoles. Llamado Carlos III al trono de España por muerte de su hermano , colocó á Tanucci al frente de la nueva regen-

1 Choiseul y la cortesana Pompadour fabricaban decretos , en los cuales la iniquidad se disputaba con la impiedad. He aqui porque eran tan ensalzados de los impios. (Crétineau-Joly , *Clemente XIV y los Jesuitas.*)

cia, y entonces arrojando completamente la máscara, declaró una guerra encarnizada á la corte de Roma. Restringió los antiguos derechos de los Nuncios y atropellando la autoridad pontificia, disminuyó el número de obispos, suprimió setenta y ocho monasterios, y preparó y provocó la supresión de la *hacanea*, homenaje establecido en honor de los Papas por Carlos de Anjou, cuando en 1267 recibió la investidura de este reino de manos de Clemente IV. Los filósofos, dice un biógrafo francés, han colmado de elogios á este ministro, cosa que nadie tiene que extrañar por cuanto destruyó el orden establecido y se mostró implacable enemigo de los Papas y de la Iglesia ¹.

Y ahora ¿se servirá decirnos el autor del tan dignamente condenado *Retrato al daguerreotipo* si eran mas católicos los hombres que dominaban en Portugal, España, Francia y Nápoles que la emperatriz de Rusia? Confiese que de cismáticos á impíos nada va. ¿Qué crimen pues cometieron los Jesuitas en permanecer en Rusia; qué crimen que pudiera traducirse por anti-catolicismo?

Hemos probado que los Jesuitas no fueron á pedir hospitalidad y proteccion en Rusia, sino que se quedaron en Rusia los Jesuitas que en Rusia estaban; hemos probado que las leyes eclesiásticas y el permiso de los Pontífices les autorizaban á ello; hemos probado que el filosofismo ó los incrédulos del siglo XVIII dominaban á sus enemigos, y hemos probado finalmente que es un crimen religioso, que es anti-católico llamar á los hijos del ínclito Ignacio *espíritus del infierno*. ² Conteste

1. Tanucci, adulator de los filósofos (impíos), estaba imbuido de un odio mortal hácia la Santa Sede; no es pues de extrañar que hiciese la guerra á los Jesuitas. El rey de España tenia toda autoridad sobre Tanucci y le escribió para que espulsára de los Estados de Nápoles á los Jesuitas, lo que hizo desde luego el ministro, aprovechando aquella ocasion de atraerse los elogios de los enemigos de la religion. (Cretineau-Joly, *Clemente XIV y los Jesuitas*, pág. 179. Sismondi, *Histoire des français*, t. XXIX, p. 373.)

2. Creemos muy oportuno y muy conveniente copiar lo que contra el tan dignamente condenado *Retrato al daguerreotipo* dice nues-

quien quiera á nuestras objeciones , y cuando sus argumentos pesen mas que los nuestros , lo que es imposible , retiraremos esta defensa. SINO , NO!!!

tro celoso Prelado en su *Pastoral* de 30 de setiembre de 1852, la cual firman en señal de aprobacion y conformidad todo el episcopado de Cataluña, á saber el Esco. é Ilmo. Sr. Arzobispo de Tarragona, y los Ilmos. SS. Obispos de Gerona, Tortosa y Lérida. En ella se **REPRUEBA Y CONDENA** dicha publicacion, por contener **ERRORES PERJUDICIALES** á la religion, **INJURIOSOS** á su santa economia, **ESCANDALOSOS**, **CALUMNIOSOS** y **DENIGRATIVOS** al sacerdocio. ¿Puede haber mayor desgracia para todo el que se precie de católico, que el ver así calificados sus escritos por aquellos á quienes Dios y la Santa Iglesia han puesto por centinelas, para vigilar, conservar y defender el sagrado baluarte de la religion?

CAPITULO XIV.

LA LIGA Y LAS DRAGONADAS.

Dice el autor del condenado *Retrato al daguerreotipo* á la página 70 : «Los católicos de Francia instigados por los Jesuitas , formaron una asociacion acaudillada por los Guisas , llamada la *Liga*. En la noche de S. Bartolomé , en el año 1572 , los asociados sorprendieron durante el sueño y degollaron inhumanamente á todos los protestantes que pudieron encontrar. Muchos autores afirman que en esta horrorosa matanza fueron sacrificadas mas de sesenta mil personas.» Atribuir la matanza de S. Bartolomé á los Jesuitas, no se ha ocurrido mas que al autor del censurado *Retrato al daguerreotipo*. Mas fuerza que este nos hace el historiador francés Mr. de Receveur , quien en el tomo 13 de su historia general de la Iglesia refiere en los siguientes términos este sangriento episodio:

«En el mes de agosto de 1572 ocurrió la matanza de san Bartolomé , que tanto ha servido para declamar contra la religion. Los filósofos, en especial los del último siglo, solo vieron en este aciago acontecimiento un efecto de la intolerancia y del fanatismo; y para hacer odiosa la religion , la pintaron aguzando los puñales y exageraron el número de las victimas. Léjos de nosotros querer disminuir el horror que debe causar tan execrable matanza; pero conviene advertir que fué una consecuencia del encono producido por las guerras civiles y que la religion no tuvo absolutamente parte alguna en ello. Mas de doce años hacia que los calvinistas se habian empeñado

en provocar la indignacion pública ; sus continuas sediciones y revueltas habian espuesto la Francia á todos los desórdenes imaginables , que todavía la tenian en un estado de turbacion y desasosiego. Habian llamado tropas extranjeras y entregado el Havre y otras ciudades de la Normandía á los ingleses. Habian insultado y ultrajado de infinitas maneras la religion que profesaba la mayoría de Francia , saqueado y talado las provincias y cometido espantosos desmanes, llevándolo todo á sangre y fuego. En el espacio de tres ó cuatro meses habian asesinado los sectarios cerca de tres mil religiosos ; y el historiador protestante Thon , nada sospechoso , cuenta que en la villa de Sully fueron degollados treinta y seis sacerdotes y otros muchos arrojados al Loira. Los clérigos de Nimes y gran número de católicos fueron ahogados en el pozo del palacio episcopal : por los registros públicos de las ciudades , se sabe que en Montpellier, Montalban y donde quiera que dominaron los protestantes , habian recurrido á las multas , á la confiscacion y al tormento para compeler á los católicos á abrazar la llamada reforma ; y muchas veces habian degollado á los que rehusaban oir sus sermones. Tales eran las causas que habian llevado al mas alto grado la irritacion de la corte y del pueblo. Lo único que puede conjeturarse en medio de relatos incoherentes de si el rey dió ó no orden para esta matanza , es que la corte se quiso deshacer de las principales cabezas de la rebellion , y el pueblo irritado hizo lo demás. Tres dias duró la matanza que cundió á las provincias , donde varias ciudades imitaron el ejemplo de París ; siendo de notar que aquellas fueron las amotinadas que mayores horrores y violencias habian sufrido de los calvinistas. En esta ocasion el clero dió un ejemplo digno de ser imitado. El señor obispo de Lisieux , Juan Hennuyer , de la orden de Sto. Domingo , impidió la matanza en su diócesis , y tuvo la satisfaccion de que al poco tiempo los herejes conmovidos por esta conducta , abjuraron en su mayor parte sus errores. Mas de trescientos calvinistas fueron acogidos en el palacio arzobispal de Lyon. Es imposible determinar el nú-

mero de las víctimas. El Martirólogo protestante publicado en 1582 cuenta seis mil entre París y las provincias, y solo nombra personalmente á 786.

¿Qué fe pueden merecer pues los asertos del desacreditado *Retrato al daguerreotipo*? El voto de M. de Receveur no es en manera alguna sospechoso, y menos aun lo son las autoridades por él citadas. Tenemos pues que los ataques que ha sufrido el catolicismo por la matanza de S. Bartolomé á los llamados filósofos se deben; que léjos de ser esta cuestión religiosa, fué cuestión de oprimidos contra opresores; que los sacerdotes católicos salvaron no pocas víctimas; y finalmente que los *sesenta mil* sacrificados segun el reprobado *Retrato al daguerreotipo*, se reducen á seis mil segun el Martirólogo protestante de 1582, que en este punto es documento oficial y no tachable para nuestros contrarios.

Al testimonio de Recêveur añadiremos el de Rohrbacher, quien al tomo 14 de su *Historia general de la Iglesia* dice, con referencia á la matanza de S. Bartolomé, lo que seguidamente continuamos. «Vése claramente que los calvinistas, es decir, los franceses renegados de la fe de sus padres, de la fe de su patria, conspiradores, enemigos de su nacion, eran una débil minoría que por todos los medios posibles intentaba promover guerras, traiciones, asesinatos, haciendo que imitaran su apostasía el rey, los magistrados y la nacion entera. De esto se infiere que toda la sangre derramada, todos los crímenes cometidos en estas guerras civiles, deben caer sobre la cabeza de los calvinistas. El rey de Francia Carlos IX y su familia acababan de escapar á una nueva conjuracion de los calvinistas, cuyos autores y cómplices fueron presos y castigados en la noche del sábado al domingo 24 de agosto de 1572. Coligni, jefe de los conspiradores, mil veces culpable de insurreccion y atentado contra su soberano y otras tantas perdonado, queria exterminar á toda la familia real, esceptuando al príncipe de Condé, de quien queria hacer un fantasma de rey para gobernar en su puesto.» Y luego añade: «Los historiadores no están acordes

en decir si este plan de esterminio (la matanza de S. Bartolomé) fué premeditado, aunque parece mas probable lo contrario; ni tampoco en el número de las víctimas; bien que sobre este particular puede darse crédito á lo que dice el autor del Martirologio de los hugonotes impreso en 1582. La religion y el clero no tuvieron parte alguna en esta tragedia. La historia habla solo de un eclesiástico mezclado en la matanza, y aun este asesinado como calvinista.»

Henrion, en su *Historia de la Iglesia*, hablando de este sangriento episodio, profesa idéntica opinion á la de los dos antes citados historiadores, y añade que debe creerse que el gobierno no dió consentimiento para esta catástrofe, hasta tanto que los furoros de los sectarios la hicieron inevitable.

Hemos dicho antes que atribuir la matanza de S. Bartolomé á los Jesuitas es un pensamiento que solo al autor del reprochado *Retrato al daguerreotipo* se le habia ocurrido, y es de creer esto por cuanto ni uno solo de los autores que hemos consultado deja entrever tan absurda suposicion. La version mas verosímil de este hecho la hemos dado ya, y por si no bastare daremos la última, tal como la encontramos en Feller al artículo Carlos IX. Nos estendemos mas en este punto, no tanto para dejar plenamente convencido al autor del condenado *Retrato al daguerreotipo* sobre la inculpabilidad de los Jesuitas, como porque el anti-jesuitismo, anti-católico asimismo, ha querido deducir de la matanza de S. Bartolomé consecuencias harto desventajosas para nuestra religion, que afortunadamente tiene armas con que defenderse y triunfar de sus tiros, sin que tenga porque recurrir á falsedades históricas.

Carlos IX fué coronado á la edad de diez años, y Catalina de Médicis gobernó el reino en compañía del rey de Navarra Antonio de Borbon, que fué proclamado teniente general. Catalina asediada por dos distintas facciones, Borbones y Guisas, resolvió destruir á la una por la otra, y á este efecto encendió la guerra civil. Comenzó por convocar en 1561 el coloquio de Pois-

sy entre los católicos y los protestantes, y habiendo dado por resultado un edicto favorable á estos últimos, ardió el reino luego, probando la esperiencia que los privilegios concedidos á los sectarios solo servian para reforzar el espíritu de apdacia y rebellion. Otro acontecimiento vino en ayuda de la guerra civil. El duque de Guisa pasando junto á Vasir en Champagne, encontró á algunos calvinistas que en una granja cantaban salmos con tono de orgulloso insulto. Algunas de sus gentes interrumpieron la ceremonia y en consecuencia trabóse un combate. Guisa corre para sufocar el tumulto, pero es herido de una piedra y sus soldados furiosos sacrifican gran número de protestantes. Esta matanza exagerada por los facciosos sirvióles de pretexto para levantar un ejército, y fué como la señal del combate. Condé, declarado en 1562 jefe y protector de los protestantes, sorprendió á Orleans, que desde entonces pasó á ser baluarte de la herejía, y siguiendo su ejemplo, los hugonotes se hicieron dueños de Ruan y otras ciudades. Vencióles el duque de Guisa en Dreux y desde el campo de batalla partió para poner sitio á Orleans. Estaba á punto de tomarla, cuando Poltrot, fanático hugonote, le asesinó el 15 de febrero de 1563. Mucho han hecho resaltar los anti-católicos el asesinato de Coligni en la noche de S. Bartolomé, pero ninguno de ellos ha consignado que este Guisa, que valia mucho mas que este Coligni, tambien cayó bajo el puñal asesino, primera demostracion de la suerte preparada por la irreligion á los católicos y principalmente á los sacerdotes, nobles y principes de la sangre.

En el propio año, Carlos IX fué declarado mayor de edad en el parlamento de Ruan á los trece años y un dia, despues que los ingleses, enemigos de la Francia y amigos de los hugonotes ó herejes, se habian apoderado del Havre. Al año siguiente se hizo la paz con Inglaterra, y despues de haberla jurado, Carlos partió para visitar su reino, y en Bayona tuvo una entrevista con su hermana Isabel, mujer de Felipe II de España. La presencia del rey en las provincias no pacífico

las turbulencias, y en Monceaux los hugonotes, animados por Condé y Coligni, quisieron apoderarse de su persona. En 1567 dieron los rebeldes la batalla de S. Dionisio contra el condestable, que fué herido de muerte despues de haber obtenido la victoria. El duque de Anjou, despues Enrique III, púsose á la cabeza del ejército real, y general tan afortunado como despues fué príncipe débil, en solo el año 1569 ganó la batalla de Jarnac contra Condé, y la de Montcontour contra Coligni. Esta guerra sangrienta terminó con una paz favorable á los protestantes, que aumentando la audacia de estos, puso en alarma á los católicos. Carlos creyó poder tranquilizar los ánimos dando su hermana en matrimonio al jóven Enrique, rey de Navarra; pero el rumor de que se tramaba una nueva conjuracion, dió repentinamente lugar á una escena horrible, que algunos autores han creído malamente tenerse de mucho tiempo premeditada ¹. La noche vispera de S. Bartolomé en 1572, fueron allanadas las casas del barrio, vivian los hugonotes de París, y asesinados cuantos fueron encontrados en ellas. Coligni fué asesinado por Besme, y su cuerpo separado de la cabeza, fué colgado por los pies en las horcas de Montfaucon. Carlos IX murió en 31 de mayo de 1574 á la edad de 24 años, arrepintiéndose con mucha razon de haber querido defender su reino por medios violentos é inhumanos. La verdad de la historia nos obliga sin embargo á confesar, que la matanza de S. Bartolomé, horrorosa en sí y universalmente reprobada por los escesos que se cometieron, ha sido desfigurada por medio de exageraciones desmentidas por los mejores y mas reputados autores.

1. M. Auguste Saint-Prosper, autor nada sospechoso á nuestros contrarios, en su *Histoire de France*, dice: «Que el plan de la matanza fué concebido muy pocos dias antes por la reina madre para salvar su vida y la de su hijo Carlos IX;» y añade que para decidir al rey á llevarle á cabo lo sujetó á la deliberacion del consejo, en el cual fué aprobado; y cita los nombres de los consejeros que asistieron. Nada, absolutamente nada dice de Jesuitas. Lo mismo leemos, entre otros muchos que podriamos citar, en el autor de la *Solution de grands problèmes*, tomo 2.º

Repetiremos aquí las palabras del condenado *Retrato al daguerreotipo* : *Los católicos de Francia, instigados por los Jesuitas formaron una asociacion acaudillada por los Guisas, llamada la Liga. En la noche de S. Bartolomé, en el año 1572, los asociados sorprendieron durante el sueño y degollaron inhumanamente etc.*

En vista de cuanto hemos espuesto, afirmamos sin temor de que se nos desmienta, que ninguna parte tuvieron los Jesuitas, ni los religiosos de ninguna orden, en esta matanza; que el duque de Guisa, habia sido asesinado, lo propio que muchísimos católicos, por un hugonote nueve años antes que ocurriera la matanza de S. Bartolomé; que esta fué efecto, de la cólera irritada de Carlos IX; que en la historia de este monarca, célebre por la firmeza que desplegó en su temprana edad, no consta que sufriera influencia alguna de Jesuitas ni de religioso alguno; y finalmente que este sangriento episodio es mejor una consecuencia política que una cuestion de católicos y calvinistas.

Sobre todas las pruebas espuestas, tenemos otra mas concluyente, sino á nuestros ojos, á los ojos al menos de nuestros contrarios. M. Le-Bas, historiador de Francia, filósofo de la escuela de Sue y Adolfo Boucher, enemigo como estos implacable de los Jesuitas, refiere la matanza de S. Bartolomé; se remonta á sus causas, y nunca se acuerda de mezclar en ello á los hijos del grande Ignacio, que en este hecho pasan enteramente olvidados. Cuando M. Le-Bas no ha inmiscuido á los Jesuitas en la matanza de los hugonotes, prueba y no recusable es, de que en relacion ó documento alguno autorizado ha encontrado donde apoyar tan absurda idea. A ser de otro modo, no hubiese dejado escapar el historiador anti-jesuitico y anticatólico tan magnífica ocasion de arrojar una indeleble mancha en la obra del ínclito Ignacio ¹.

I. En justa vindicacion de los dignos hijos del grande Loyola, añadiremos el testimonio de otros cuatro historiadores, poco sospechosos al autor de nuestra impugnacion: el primero es el de M. Saint-Prosper,

Concluiremos nuestra defensa , que consiste en probar que la matanza de S. Bartolomé fué obra esclusiva de Carlos IX , con las citas de dos célebres autores. Uno de ellos es M. Mayer, nada sospechoso para los anti-jesuitas , quien en su *Galeria filosófica* se espresa en los siguientes términos : « Bravo era Carlos IX , y hombre que sabia tomar una resolucion. Cercado por los rebeldes en Monceaux , metióse entre los suizos diciendo: *Moriré como rey entre vosotros antes que ir prisionero*, y se retiró á Meaux , en donde es sabido se le tendieron nuevas emboscadas , de las cuales le libró su madre llamándole á París. De aquí provino este odio invencible que Carlos IX abrigaba contra los hugonotes , en quienes veia con razon á otros tantos rebeldes. Despues de haber agotado todos los recursos de la dulzura con los protestantes, irritóse contra ellos por los escesos de su indisciplina. Siempre que se le intercedia por ellos contestaba que la severidad era justicia. Muchas veces les perdonó y restituyó bienes y empleos , y no obstante cuando coronado rey se vió en la dolorosa precision de exigir algunos crecidos impuestos , oyó como respondian aquellas palabras con que los Licianos contestaron á Bruto : *Si quieres que te paguemos doble tributo, ordena á nuestras tierras que den dos cosechas á la vez*. Tal era este partido sedicioso y rebelde , nada amado de Carlos IX , y víctima de una orden efecto de la debilidad y temor en que habia puesto al rey. » — ¡Qué bella pintura de los calvinistas ! Y no obstante es obra de un autor anti-católico, que no se ha acordado para nada de los

Historia de Francia , pag. 365 ; el segundo el conde de Segur , en su *Historia de Francia* , tomo 22 ; el tercero M. Dunham (protestante inglés), en su *Historia de España* , tomo V ; y el cuarto D. Evaristo San Miguel , *Historia de Felipe II* , tomo 2.º , quien aun añade , pag. 270 : « La matanza de S. Bartolomé fué inmensamente popular en Francia. » (sin duda por los robos , incendios , saqueos etc. etc. cometidos por aquellos enemigos de su patria.) Si estos autores hubiesen encontrado en alguna relacion la menor prueba para apoyar el hecho absurdo que supone sin el menor fundamento el autor de nuestra impugnacion , no hubieran dejado de consignarla.

Jesuitas en la matanza de S. Bartolomé. Esto debía aparecer por primera vez en la historia cuando se publicara el reprobado *Retrato al daguerreotipo*, y su autor debe pedir por ello patente de invencion...

La otra cita, tomada del biógrafo Feller, dice lo siguiente: «Probado es por documentos incontestables, que la religion no fué causa alguna en esta matanza y que los eclesiásticos no tuvieron parte alguna en ella. El atentado emprendido por los calvinistas de alzar un segundo rey, multitud de ciudades sustraídas á la obediencia, una porcion de asedios puestos y sostenidos, tropas extranjeras introducidas en el reino, cuatro batallas formales dadas contra el soberano ¿no eran causa bastante para irritar á Carlos IX, sin cuestion alguna religiosa, y hacer que mirara á los calvinistas como culpables dignos de muerte?»

Dice asimismo el autor del reprobado *Retrato al daguerreotipo*, que los Jesuitas promovieron la persecucion que sufrieron los protestantes de Francia en 1685, reinando Luis XIV, y por toda razon de semejante inexactitud dice de *motu proprio* que los instigadores fueron el P. Lachaise y Mad. de Maintenon, manceba del rey. No sabemos qué libros forman la biblioteca del autor del censurado *Retrato al daguerreotipo*, pero es bien seguro que haya ninguna historia de Francia que

1. En la matanza del dia de S. Bartolomé la religion ni tuvo parte alguna, ni fué aun alegada como pretesto por los autores del crimen, cuando quisieron justificarse á los ojos de la Francia y de la Europa.

Carlos IX, en su declaracion hecha al parlamento despues de la matanza, como tambien en las cartas que escribió á los comandantes de las provincias y á sus representantes en las cortes extranjeras, no alegó otra razon, aunque muy poderosa por cierto, para justificarse, que el haberse descubierto un complot, formado por el almirante, para esterminar la familia real y elevar al principe de Condé al trono. El clero intervino en estas dolorosas escenas para disminuir el número de victimas, donde no pudo, como en Lisieux, salvarlas todas. Este es un hecho confirmado por el mismo Martirologio de los calvinistas. (*Solution de grands problèmes*, tomo 2; Caveyrac, *Disertation sur la Saint-Barthelemy*, p. 3.)

merezca gran fe, si de ella ha sacado esta noticia de las dragonadas. Como ningun argumento alega en su razon, nos es imposible rebatir uno solo: dirémosle no obstante, que el hecho de las dragonadas, consignado en algunas historias, es un hecho aislado, en que ningun biógrafo ha inmiscuido ni á los Jesuitas en general ni á Mad. de Maintenon ó el P. Lachaise en particular. Cítesenos sino una prudente biografía de cualquiera de estas dos celebridades, y veamos si ni siquiera se hace mencion de este hecho. Podríamos enseñarlas escritas por enemigos de la Compañía, y en ninguna se hace al P. Lachaise responsable ni siquiera actor en semejante jornada. No hablaremos de Mad. de Maintenon, que no influye ni en pro ni en contra de los Jesuitas: diremos empero al autor del censurado *Retrato al daguerreotipo*, que ha llamado manceba del rey á la legítima mujer de Luis XIV, y que en este error no hubiera incurrido, si como le hemos dicho antes hubiese tenido á la vista una historia de Francia escrita en buena crítica, donde probablemente encontrara que á la época de las dragonadas, Mad. de Maintenon, que por su talento y bondad habia desterrado del corazón del rey su criminal pasion por la Montespan, estaba ya unida en matrimonio secreto con Luis XIV; este Luis á quien la posteridad ha calificado con el epíteto de *el Grande*.—Digamos algo ahora del P. Lachaise.

Nacido en 1624 en el castillo de Aix en Forez, hizose jesuita no bien terminó los estudios de retórica. Habiéndose hecho célebre como profesor de bellas letras, filosofía y teología, fué elegido provincial en Lyon, dignidad que sirvió hasta que Luis XIV le tomó para su confesor en reemplazo del P. Larricr en 1673. Por su figura noble y simpática, por su carácter dulce y estrema finura, adquirió bien pronto gran crédito con su real penitente. El duque de Saint-Simon, nada sospechoso para el anti-jesuitismo, se espresa en estos términos hablando del P. Lachaise: «Tenia mediano espíritu, pero buen natural, justo, recto, sensato, sabio, dulce y moderado, muy enemigo de la delacion, la violencia y el ruido. Honra—

do, probo, humano, bueno, afable, cortés, modesto y respetuoso. Era altamente desinteresado, aunque muy amigo de su familia; picaba de nobleza y favoreció á esta en lo que pudo; ponía gran cuidado en las elecciones episcopales, especialmente en las grandes sedes, y fué feliz en esto hasta el punto de gozar gran crédito por ello. Fácil de volver en sí, cuando era engañado, y ardiente en reparar el mal que un engaño le pudo hacer causar, era por otra parte juicioso y precavido. Entre las buenas cosas que hizo en vida y muchas picardías con que acabó, está la supresion de anónimos contra muchas personas. Hizo muchos favores, y á NADIE CAUSÓ daño como no fuera á sí mismo, por cuyas cualidades fué muy llorado. Los mismos enemigos de los Jesuitas viéronse obligados á hacerle justicia, confesando que era un hombre DE BIEN Y HONRADO, muy á propósito para desempeñar el destino que ocupaba.

De un hombre á quien hasta los anti-jesuitas hacen justicia ¿es de esperar un hecho como el supuesto por el autor del tan pulverizado *Retrato al daguerreotipo*? ¿Puede atribuirse en buena ley el origen de la persecucion de los protestantes á un sacerdote de quien Saint-Simon, el hombre tachado de jansenismo y tan suspicaz que hasta á Fenelon acusó de simulado, dijo que á NADIE CAUSÓ DAÑO? No nos rebatirá el autor que tiene jurada guerra á muerte al jesuitismo el testimonio de otro autor anti-jesuita, que confiesa espontáneamente que hasta los enemigos de la Compañía de Jesus viéronse obligados á hacer justicia á las virtudes del P. Lachaise. Esto de atribuir al P. Lachaise las justas persecuciones que sufrieron los calvinistas bajo el reinado de Luis XIV, y en especial de la revocacion del famoso edicto de Nantes, débese á Elías Benoit, protestante, en una obra muy poco verídica sobre las causas del destierro de sus correligionarios. Veamos la historia en aclaracion de este hecho.

Receveur, *Historia de la Iglesia*, tomo XV, pág. 30, dice: «A instancias del consejo, y sobre todo del canceller Miguel »Letellier, el rey determinó descargar el último golpe. En

»octubre de 1685 publicó una ley que revocaba el edicto de
 »Nantes. Todas las concesiones de este edicto eran sacadas á la
 »fuerza por la rebelion criminal de los sectarios y otorgadas
 »solo temporalmente y por la necesidad de las circunstancias.»
 Lo mismo sustancialmente dicen Henrion, *Historia de la Iglesia*, tomo IX, página 283; Flores, *Clave historial*, pág. 361; el conde de Segur, *Historia universal*, M. Auguste Saint-Prosper, *Histoire de France*, reinado de Luis XIV. También Anquetil niega lo que sin el menor fundamento dice del P. Lachaise el censurado *Retrato al daguerreotipo*. He aquí sus palabras, pág. 737, edicion de 1848: «Para que á la Francia
 »no la faltase calamidad alguna, desplegó la guerra civil sus
 »furores: se rebelaron los protestantes por la imprudencia de
 »haber revocado Luis XIV EN TALES CIRCUNSTANCIAS (la agi-
 »tacion que se notaba en el reino por las intrigas de aquellos)
 »el edicto de Nantes.» Mr. Choisy, que vivia en la corte, de la cual conocia los secretos, en sus *Memorias*, al tomo 63, pág. 284 dice: «Que Louvois (Miguel le Tellier) solicitó enérgicamente la revocacion del edicto de Nantes. El rey sujetó la
 »medida á la deliberacion de su consejo.»

»Ni los Jesuitas tuvieron parte en ella, ni el P. Lachaise tampoco. El marqués de La Fare, enemigo de la Compañia de Jesus, al tomo 63, pág. 234 de sus *Memorias* declara: «Que el
 »P. Lachaise, confesor del rey, no tuvo siquiera noticia de
 »las violencias que se habian hecho;» y Oroux en su *Historia eclesiástica de la corte de Francia*, tomo 2, pág. 531, contestando á una acusacion de Duclos en sus *Memorias*, tomo 36, pág. 188, dice: «Es bien sabido que Lachaise por el contrario se rebeló ante los excesos cometidos contra los protestantes.» Si los autores referidos no bastasen á convencer al desgraciado autor del reprobado *Retrato al daguerreotipo*, le citaremos uno de la escuela de los Sue, Gioberti, Michelet y comparsa, cuyas obras han sido condenadas por la Santa Sede y prohibidas por muchos gobiernos: le citaremos á Mr. le Bas (autor sin duda respetable para el desgraciado au-

tor de nuestra impugnacion), quien en su *Historia de Francia*, tomo 2.^o, pág. 42, dice lo siguiente: «*Revocacion del edicto de Nantes.*» — Despues de haber vencido en Europa... no podia dejar Luis XIV subsistir á su último enemigo. »Desde la paz de Alais no existian ya en Francia los calvinistas como potencia política. Sin embargo lo eran fuera de Francia por su religion, sus sentimientos y sus deseos. La nacion francesa miraba pues como extranjeros á los que en ella residian. Sentia en su seno una Holanda que se regocijaba de los triunfos de la otra, y deseaba vivamente que fuese restablecida en el reino la unidad religiosa. LA CONDUCTA DE LOS CALVINISTAS HABIA INDISPUESTO CONTRA ELLOS LA FRANCIA.» No dice mas este autor, pero dice lo bastante para negar del modo mas solemne lo que se lee en el tan desacreditado *Retrato al daguerreotipo* acerca del P. Lachaise: esto es lo que se nos ocurre contestar contra su asercion tan poco verídica. No hemos defendido á la Compañia de Jesus en masa, porque solo á uno de sus hijos se acusaba de un hecho del todo inexacto, aunque justificable por otra parte si hubiese sido el autor, pero no de algunos escesos cometidos en su ejecucion¹. El hilo de la historia nos volverá á traer de nuevo

1. La historia nos ha puesto de manifiesto la causa principal de la revocacion del edicto de Nantes. Los escesos cometidos por los calvinistas, los robos, incendios, asesinatos, degüellos, rebeliones armadas contra la autoridad, llamamiento de tropas extranjeras para hacer la guerra á la madre patria, continua agitacion en el reino, etc. etc. he aqui lo que obligó á Luis XIV á revocar aquel edicto concedido temporalmente por la necesidad apremiante de las circunstancias. Al revocar el monarca este edicto no infringió las leyes de la equidad y de la justicia. Es verdad que los calvinistas habian erigido de su propia autoridad las concesiones forzadas de los predecesores del rey, y hasta las mismas contravenciones de estos reglamentos, en leyes irrevocables, que segun ellos no podian en lo sucesivo infringirse; pero Grocio, tan versado en el derecho de gentes como poco sospechoso á los calvinistas, conoce perfectamente la ilusion de estas preocupaciones: «Los que toman el nombre de reformados, dice, (*Rivottian. Apol. Discurs.* p. 22) no deben olvidar que estos edictos no son tratados de alianza, sino meras declaraciones de los reyes que las dieron en vista del bien

á este terreno; y como el autor del pulverizado *Retrato al daguerreotipo* no es probable deje pasar esta ocasion de zaherir á los dignos hijos del ínclito Loyola, allí desplegaremos las fuerzas que para combatir las suyas nos prestan crónicas, libros y documentos, y en particular la historia, que como la antorcha de la verdad disipa las sombras del fanatismo.

Terminamos nuestra primera parte donde el desgraciado autor del condenado *Retrato al daguerreotipo* termina la suya. En el camino que acabamos de recorrer, no se ha debilitado nuestro entusiasmo, no ha disminuido nuestra fe, no ha perdido un ápice nuestra conviccion. La misma voz que cuando empezamos nuestra obra de vindicacion nos dijo — ¡adelante! — nos repite ahora esta palabra. — No era necesario. — El estudio que hemos debido hacer de la historia del ínclito Loyola y de sus esclarecidos hijos, nos ha decidido de cada vez mas á levantar con nuestra pluma un monumento, aunque indigno, á su memoria. Hemos citado las obras de donde sacamos los testos; no hemos ocultado nombre ni hecho alguno; hemos atribuido á sus verdaderos autores la responsabilidad de los hechos que á los Jesuitas se imputaron, y la Compañía de Jesus, que como pedazo de sucio barro se la queria presentar al público, despues de sujeta al alambique de la critica, ha dado un producto de oro puro. Era la obra de un gran Santo; un célebre Pontifice habia dicho que en ella resplandecia el dedo de Dios, y el dedo de Dios no puede trazar derrotero alguno

público, y que podrán revocarlas si el bien público lo reclama.

La mejor apologia de Luis XIV estriba en los terribles resultados de la resolucion tomada por el infortunado Luis XVI, quien, por los pérfidos consejos de su ministro Brienne, revocó en 1787 el decreto de su abuelo de 22 de octubre de 1685, devolviendo á los protestantes los privilegios arrancados á Enrique IV en 1598 por las penibles circunstancias. Esta reintegracion de los protestantes en sus privilegios, despues de suprimidos los Jesuitas, sus formidables adversarios, en presencia de los filósofos (impíos) sus auxiliares naturales, apresuró la revolucion espantosa que destruyó el trono del virtuoso monarca y convirtió la Francia en un lago de sangre. (Henrion, *Historia de la Iglesia*, tomo IX.)

que no sea el recto. La cadena que empezó en el glorioso Ignacio de Loyola tiene una porcion de eslabones, y el último de ellos el beato Pedro Claver. ¡Dichoso árbol que plantado en la tierra, da semejantes frutos á la gloria!

Una idea no hemos podido rechazar desde que profundizamos la historia de los Jesuitas. El grande Ignacio de Loyola colocó su ejército militante al lado del Pontífice, para defender la Iglesia contra la invasion del protestantismo ¹. Cuantos ata-

1. Acometida la Iglesia de dos nocivos heresiarcas, necesitaba un poderoso socorro del cielo, y Dios le envió con la institucion de la Compañía de Jesus.—En los calamitosos tiempos en que permitió la Providencia que vomitase el infierno las herejías de Lutero y Calvino opuso Dios la virtud y sabiduría de los hijos de Ignacio, siempre formidables á los herejes. (*Historia general de la Iglesia*, por M. de Choisy, tomo XIII.)

La fundacion de la Compañía de Jesus y su prodigioso aumento despues de un año de fundada, ocasionaba harta pena á los herejes, y á Melancton le aceleró la muerte. A este heresiarca se le oía esclamar lleno de amargo dolor: «Ay, ay, que lo que acabo de ver es que en breve han de llenar el mundo los Jesuitas.» (Ribadeneyra, *vida de S. Ignacio de Loyola*.—«Levantó Dios un excelente capitán (S. Ignacio) para que defendiese su Ciudad Santa, resistiese á los enemigos y reedificase por una parte, lo que ellos (los herejes) habian asolado por otra.» (Id. ibidem).—«Vino (S. Ignacio) como un nuevo Elias para volver por la honra y gloria de Dios, que no solo de un reino de Israel, sino de muchos de Europa estaba despreciada y hollada.» (Id. ibidem).—«Este capitán Ignacio, Dios le dió á su Iglesia con singular providencia en estos tiempos, para que como Atlante sustente el mundo con los hombros de su doctrina y piedad.» (Concilio tarraconense, año 1602).—«Que es universal y constante opinion de todos, confirmada tambien con el supremo oráculo pontificio, que el Omnipotente Dios, así como en otros tiempos se valió de otros santos varones, así echó mano de S. Ignacio y de la Compañía que fundó para oponerse á Lutero y á los herejes de su tiempo; y que los religiosos alumnos de la Compañía, siguiendo las pisadas de tan grande Padre y Patriarca con los continuos ejemplos de sus religiosas virtudes, y por los ilustrisimos documentos de todo género de doctrinas, particularmente las sagradas, prosiguen acreditando esto mismo.» (Benedicto XIV, en la Bula que comienza: *Constantem omnium*, espedita en el año de 1748).—«Puede afirmarse sin temor de errar, que la Compañía de Jesus realiza al propio tiempo que un pensamiento eminentemente evangélico, un pensamiento altamente político y gubernamental; pensamiento feliz y providencial, que arrancó la Europa de las garras del protes-

ques ha sufrido; cuantas injurias se han hecho; cuantas calumnias se han vertido; cuantas acusaciones se han dirigido contra la Compañía de Jesus, en los protestantes de mala fe y en sus dignos hijos los impíos han tenido origen. ¿Qué prueba esto? Que heridos en el blanco, los hijos de Lutero y Calvino y los modernos secuaces de Voltaire, han tratado de cortar la mano que tan bien disparaba sus tiros¹. Cuantos pues se precien de buenos católicos; cuantos estimen en algo los triunfos de la única verdadera madre la santa Iglesia, deben esclamar en alta voz:

Bendito de Dios el país á que presta sombra el árbol del ínclito Loyola! De sus hojas se desprende el aroma de catolicismo, que despues de llenar el mundo antiguo pasó á embalsamar el nuevo mundo! En su jardin florecen las puras azucenas, que despues de haber adornado el verjel de la ínclita Compañía de Jesus, hablaron de flores la mansion celeste.

tismo, en los mismos dias que llevaba la cruz y la civilizacion á las mas remotas regiones del globo.» (Prólogo al *Dictamen fiscal* de D. Francisco Gutierrez de la Huerta.)—«La Compañía de Jesus es el adversario natural de la infernal reforma.» (Henrion, *Histoire de la Papauté*, tomo 3.º)—«Es singular que en la misma época en que con tantas y tan diversas legiones se atacaba por todas partes la autoridad del Papa y de la Iglesia, se le presentase un adalid nada comun en su favor, ofreciendo á sus servicios fuerzas bastante respetables. Se ve que aludimos á la Compañía de Jesus.» (D. Evaristo San Miguel, *Historia de Felipe II*, tomo 1.º)—«La reforma (protestante) se hubiera propagado mas, sin los esfuerzos de los Jesuitas para contenerla.» (Juan Muller, protestante, *Histoire universelle*, tomos III y IV.)—Por último, dejando otros infinitos, citaremos el del célebre Saint-Marc Girardin, autor poco sospechoso á los impíos, quien en su obra: *Cours d'histoire à la Sorbonne*, en 1835, dice lo siguiente: «Esta célebre Compañía de Jesus, nacida cuando el protestantismo, se encontró desde su origen en estado de pelear con valor y denuedo con él, y preservó de su invasion á mas de la mitad de la Europa.»

1. Para poder los impíos destruir la religion y precipitar al mundo entero en la anarquía y en todos los males que son inseparables de ella, era necesaria la ruina é indispensable el exterminio de la Compañía de Jesus. (*Dictamen* del fiscal D. Francisco Gutierrez de la Huerta.) Véase además, entre otros muchísimos, en comprobacion de lo referido, las correspondencias de Voltaire con Federico de Prusia, Diderot, Condorcet, etc. en el compendio de las *Memorias para servir á la historia del Jacobinismo*, por el abate Barruel, tomo 1.º.

CAPITULO XV.

PORTUGAL.

Príncipe mas jesuita que monarca llama el autor del des-acreditado *Retrato al daguerreotipo* á Juan III de Portugal, bajo cuyo reinado fueron llamados los jesuitas á aquel reino. Como al parecer trata de probarse que solo un rey de este jaez pudiera haber dado semejante paso, consignaremos algunas líneas á la memoria de este rey, para que el resultado sea del todo diferente al que intentó el anti-jesuita autor.

Juan III rey de Portugal, sucesor de su padre Manuel el *Afortunado*, heredero de sus virtudes, de su felicidad y de su celo por la fe, comenzó á reinar en 1521. En 1542 sus bajeles descubrieron el Japon, y murió de apoplejía en 1557 á la edad de 55 años, designando para sucederle á D. Sebastian, su nieto, bajo la regencia de su abuela D.^a Catalina de Austria. Su nombre se hizo célebre y respetable por su amor á la paz, por la proteccion que dispensó á las ciencias y á los sabios, y sobre todo á la religion cuyos progresos fueron siempre interesantes para él. Una multitud de naciones infieles debieronle la luz del cristianismo, por la cual se libraron de la ignorancia y de la barbarie. Entrambas Indias están sembradas de monumentos que acreditan su piedad y los cuidados que se tomó para la instruccion de los pueblos. Ningun príncipe conoció como él la verdadera regla de los impuestos. Cuando sus ministros le proponian decretara alguna contribucion, es fama que les contestaba: «Examinemos antes si es necesaria;» y cuando este punto estaba resuelto, deciales todavia: «Veamos qué gastos pueden suprimirse por supérfluos.» Supo conocer á

los hombres y escogerles para los cargos. Económico para sí, era espléndido en tratándose del bien público. Colonizó el Brasil, á pesar de los esfuerzos que hicieron para su conquista los franceses, y Portugal le debe varias obras importantes ¹.

Tal es el rey que en 1540 encargó á D. Pedro de Mascarenhas, su embajador en Roma, le obtuviera del Papa seis jesuitas, á quienes llamaba varones apostólicos, cuyo nombre era ya popular en Europa. Las armas portuguesas se habian abierto paso en las Indias Orientales, y Juan III que queria hacer partícipe al cielo de su conquista, ardía en deseos de introducir en ella el Evangelio. Ignacio contestó al Pontífice: Pídenme seis para las Indias cuando no somos mas que diez para todo el mundo.—Dos solos padres quedaban á su disposicion, y los puso á la del Soberano Pontífice y del rey de Portugal. Rodriguez partió el primero; Bobadilla debia seguirle, pero la calentura le detuvo en Roma y fué reemplazado por Francisco Javier.

Así llegaron los primeros jesuitas á Portugal. No se lo señalará el ínclito Loyola á Rodriguez de Acevedo como mina de oro acuñado que debia explotar, segun se atreve á suponer el autor del condenado *Retrato al daguerreotipo*; fué el Pontífice, fué Juan III quienes señalaron, no el Portugal sino las Indias; y como el general obedeció á la voz del Jefe supremo de la Iglesia, Rodriguez y Javier obedecieron la orden del general, este especialmente que solo permaneció en Roma el tiempo indispensable para remendar su miserable sotana.

Niega la obra de nuestra impugnacion que los Jesuitas hayan podido llamarse apóstoles ², y en confirmacion á esto, cita

1. No menos expresivos en honor de este monarca son los testimonios del P. Mariana en su *Historia de España*, continuada por el Dr. D. José Subau y Blanco, en el tomo XIII; M. Auguste Saint-Prosper, *Histoire de Portugal*; D. Evaristo San Miguel, *Historia de Felipe II*, tomo 3.º; D. Juan Herreras, en el tomo 14 de su *Sinopsis histórica crónológica de España*.

2. Era costumbre en Portugal llamar apóstoles á los jesuitas, título que dimanaba de los trabajos apostólicos de S. Francisco Javier y de sus sucesores en las Indias.

un párrafo escrito por el rey de Portugal en 1761. Nosotros negamos que este documento pueda hacer fe alguna; vemos en él la espresion del odio mezquino, de la saña torpe; vemos en él no al monarca portugués, sino á Pombal, al cínico favorito de odiosa memoria, al tirano de su patria, que no contento con haber atraído sobre sí la animadversion de la posteridad, quiso hacer extensiva esta animadversion hasta la persona de su soberano: otro crimen agregado á los muchos que pesan sobre su memoria. Pombal y deslealtad; Pombal é impiedad son ya dos palabras sinónimas en la historia.

Cien tomos podrian escribirse probando y alegando los títulos que los Jesuitas tienen para ser calificados de apóstoles¹, no de este ó aquel punto del globo, sino del mundo entero. Hablamos empero de Portugal, hablamos de la mision de las Indias y á ella nos circunscribiremos. En diez años, Francisco Javier dió á la Iglesia un mundo nuevo. El cielo no quiso que los imitadores de sus trabajos no lo fueran en parte de su éxito. El P. de Nobili convirtió él solo mas de cien mil idólatras; los PP. de Britto y Bouchet aumentaron cada uno con treinta mil hijos la Iglesia del Señor. Refiere Croisset en sus *Ejercicios de*

1. Apóstoles y por cierto bien verdaderos; apóstoles de oficio y de hecho, sin serlo de mero nombre; apóstoles de fatigas y no de honor, que engendran los cristianos y las cristiandades, sin ser por esto sus jefes principales; apóstoles que formaban obispos sin querer jamás ser obispos, y que reservándose sus trabajos abandonaban á los demás las distinciones y los gozes; apóstoles que levantaban los altares de Jesucristo en medio del paganismo, en las regiones mas distantes, en los pueblos mas idólatras, entre los horrores de la barbarie y el furor de las persecuciones; sin mas fuerza que la de su palabra; sin mas apoyo que el de su constancia; sin mas auxilios que los de las privaciones y las fatigas, y sin otra seguridad probable que la del sacrificio y la pérdida de sus propias vidas. Tales sin duda alguna el apostolado de los misioneros jesuitas: apostolado el mas digno de este nombre, el mas glorioso para la Iglesia, el mas terrible para el infierno, el mas combatido por los herejes. ¿La historia nos lo ha puesto de manifiesto: solo el mas obcecado puede negarlo. (Henrion, *Historia de la Iglesia*, tomo IX; Chateaubriand, *Genio del cristianismo*, tomo 4.º; *Dictámen del fiscal D. Francisco Gutierrez de la Huerta*.)

piedad para todos los dias del año, al 5 de febrero, que en 1587, treinta y ocho años despues que Javier echó en el Japon las primeras semillas del Evangelio, contábanse ya en él mas de doscientos mil cristianos, y entre ellos muchos reyes, príncipes y generales de ejército.

Por esto en 1794 el sabio autor de la *India Orientalis*, Paulino de San Bartolomé, deploraba la ruina de las grandes misiones de la India en los siguientes términos: «Si es cierto que varones superiores y celosos predicaron en otro tiempo la religion en los estados de Taujaour, Maduré, Maissour, Concau, Carnate, Golconda, Balagata, Delhi y otras regiones indianas; el celo y la llama de la fe se han estinguido por lo difícil de los tiempos y lugares, porque nadie envia colaboradores ni sostiene esta obra. Desde la supresion de la Compañía de Jesus, cuasi todas las iglesias languidecen privadas de sus pastores, y los cristianos vagan errantes sin ley que les dirija, sin luz que les ilumine.» Lo mismo dice, entre otros autores que podríamos citar, Mr. de Saint-Victor, *Tableau de Paris*, tomo 4, part 2, p. 252.

¿Dígasenos ahora si fueron ó no verdaderos apóstoles los sucesores de Rodriguez y Javier. Estos dos jesuitas rechazaron desde su llegada á Lisboa las ofertas de real hospedaje que les hizo el monarca, y ambos buscaron un asilo en el hospicio público, viviendo de las limosnas que por sí propios mendigaban. No por esto permanecia inactivo su celo: ora se les encontraba á la cabecera de los enfermos, ora en los calabozos de los presos, ora catequizando á la juventud, ora instruyendo los tiernos niños, siempre trabajando en pro de la virtud y conquistando para ella á los estraviados. Ocupan luego la cátedra del Espíritu Santo, su elocuencia les proporciona numerosos oyentes, su tono de conviccion y su fervoroso lenguaje les hacen alcanzar innumerables triunfos. La corte y el pueblo experimentan luego el ascendiente ejercido por estos padres. De las tierras recientemente conquistadas, habian sido traídas á Portugal desconocidas riquezas, inspirando con especial á los lisbonenses, un

amor insaciable á los placeres y un refinamiento de lujo, cuyos desgraciados progresos nada era bastante á contener. Javier y Rodriguez oponen un dique : á su voz los señores abandonan las máximas del mundo para seguir los preceptos evangélicos. Abrazan unos el Instituto, practican otros los ejercicios espirituales, y entran todos en una nueva senda. Admirado por semejantes prodigios de conversion, que hasta en su palacio tienen lugar, Juan III manifiesta el deseo de conservar en su reino á semejantes apóstoles ; pero el infante D. Enrique su hermano, el mismo á quien el autor del censurado *Retrato al daguerreotipo* llama *decidido protector de los Jesuitas*, se opone á este pensamiento del monarca y forma un partido de oposicion apoyado por algunos individuos del consejo real. Las Indias eran una nueva provincia agregada á Portugal : para conservar esta conquista del grande Alburquerque, se hacia indispensable mandar á aquellos remotos paises algunos hombres animados del espíritu de Dios. A pesar de esta observacion que no se escapó á Juan III, solicitó de la Santa Sede permiso para conservar en Lisboa á los des misioneros, que en tan poco tiempo habian cambiado de faz á Portugal. Paulo III no sabia como salir de este doble compromiso, cuando Ignacio de Loyola, adoptando un término medio, propuso al monarca portugués conservára en sus Estados del continente á Rodriguez, y dejára que Javier siguiera su viaje á las Indias. Semejante proposicion conciliaba ambas necesidades, y Juan III la aceptó reconocido.

Así se establecieron los Jesuitas en Portugal. Oigamos ahora al desgraciado autor del condenado *Retrato al daguerreotipo* !

« Querian los Jesuitas hacerse dueños del poder, dice, y á este fin trataron de tomar todas las avenidas. Rodriguez de Acevedo fué nombrado preceptor del príncipe D. Juan ; el padre Miguel de Torres quedó encargado de la direccion espiritual de la reina Catalina ; el P. Santiago Mirao se puso al frente de la universidad. » — Para contestar á esto, nos bastará un argumento bien sencillo.

Simon Rodriguez de Acevedo nació en Voussella, en la diócesis de Viseo en Portugal; fué discípulo de S. Ignacio de Loyola y rehusó humilde el obispado de Coimbra. Fué preceptor del príncipe D. Juan y predicó la fe á los salvajes del Brasil. Fué tambien provincial de Aragon, y murió en Lisboa en 1579 con la muerte edificante y tranquila del que espira en el Señor. Esto sabemos del primer jesuita que llegó á Portugal, y no sabemos qué modo de tomar la avenida del poder era el dejarse nombrar preceptor de un príncipe. Esta plaza la confiere el monarca, no es dignidad que la intriga escale. Si fuera un crimen ser preceptor de príncipes ¿á donde iria á parar la memoria de los principales talentos que han tenido las naciones? ¿Ni qué tiene de particular que D. Juan III, testigo de las virtudes que adornaban á Simon Rodriguez, de sus talentos y de la gracia especial que tenia para desterrar de los mas empedernidos corazones la última huella del vicio, le confiriera el encargo de hacer del príncipe D. Juan lo que habia hecho de tantos otros?

La eleccion que para su confesor hizo la reina Catalina del P. Miguel de Torres, no prueba nada mas sino que esta señora reconoció en él la posesion de las elevadas prendas que para tan importante cargo se hacen necesarias. ¿Si querrá hacernos creer el autor del censurado *Retrato al daguerreotipo* que tambien hay medios para hacerse confesor de un monarca contra su voluntad? La direccion espiritual, ya no de un rey sino del último de los penitentes, ¿se confia á nadie mas que á aquel en quien el pecador deposita toda su confianza? ¿Le impusieron por fuerza á la reina Catalina el P. Torres? La eleccion que recayó en el digno jesuita, léjos de perjudicar en lo mas mínimo á su fama ó á la fama de su Instituto, le honra sobremanera. Y el ningún trabajo que se tomó en inclinár á favor de los Jesuitas el ánimo de su real penitente, lo acredita que esta fué su mayor enemigo en Portugal, segun dice el mismo autor del ridiculo *Retrato al daguerreotipo*. Véase qué modo de tomar todas las avenidas del poder.

Crimen es tambien que Santiago Mirao se pusiera al frente de la universidad. De modo que un hombre llamado Santiago Mirao puede ser un sabio, puede ser honrado, puede reunir todas las circunstancias apetecibles para colocarse ó ser colocado á la cabeza de un establecimiento literario... pero es jesuita, y cata ahí que ya no sirve para nada. La manía no deja de ser rara.

No deja en efecto de ser notable, y de ello han querido hacer un arma los anti-jesuitas, que desde la fundación de la Compañía de Jesus, vemos á sus individuos do quier ensalzados y ocupando altos puestos, ya en la carrera eclesiástica, ya en la literaria. Hé aquí uno de sus mas gloriosos timbres; hé aquí el mérito triunfando irresistiblemente de la rastrera envidia.

Antes de la invasion bárbara, do quiera el águila y la loba romanas se encontraban esculpidas en eternos monumentos de bronce y mármol. Despues de veinte y mas siglos el curioso viajero recorre la Europa, y á cada paso un sepulcro, un baño, un acueducto, un obelisco, le dicen en el mudo lenguaje de la tradicion: Aquí pusieron sus victoriosas plantas los romanos. ¿Y esto qué prueba respecto al pueblo de Ciceron y Augusto? Que hubo un tiempo en que los romanos, mas sabios, mas fuertes, mas grandes que pueblo alguno del mundo, llenaron de su ciencia, de su fuerza, de su gloria el mundo todo. Trátase de jurisprudencia y descuellan los autores romanos; hablamos de guerras y sobresalen los generales de Roma; discutimos de artes y recordamos las obras del pueblo rey; nombramos perfectos ciudadanos y citamos los nombres de los hijos de la gran república; evocamos grandes recuerdos y volvemos los ojos á la ciudad del Capitolio. Esto prueba

1. Orlandino, *Historia Societatis Jesu*; Ribadeneyra, en la *Vida de S. Ignacio*, y otros autores contemporáneos, nos dicen que los PP. Rodriguez, Gonzalvez y Mirao fueron unos perfectos religiosos. Don Evaristo San Miguel en la vida de Felipe II, tomo 1.º, dice lo mismo, al hablar de los primeros Jesuitas.

que las leyes de Roma y las costumbres de los romanos les habian conferido el único derecho respetable para la posesion del mundo, el derecho de la civilizacion y de los adelantos.

He aquí lo que en menor escala sucedió con la Compañía de Jesus. Su organizacion y la indole de sus individuos la daban una supremacia sobre todos los sabios de su tiempo; la colocaban á una altura donde nadie podia colocarse. No es extraño, antes bien es del todo natural y justo, que si en la Compañía florecian los primeros hombres en las diversas relaciones del saber humano, ocupáran con preferencia los puestos á que eran acreedores por sus talentos y estudios ó por sus virtudes. El mérito debe ser respetado en todas partes: antes que jesuita el jesuita es hombre, y el talento que no tiene patria ni reconoce condiciones, debe ser aplaudido, buscado y ensalzado, ora germine bajo el cuadrado bonete del jesuita, ó bajo el mugriento sombrero del mendigo, ó bajo la poderosa corona del rey. Los hombres del siglo xvi comprendieron tan bien como nosotros esta verdad, y para conferir un alto puesto no preguntaban ¿es jesuita? sino ¿es capaz de desempeñarle? Así se hiciera ahora, y tal vez los hombres vivirían en mayor fraternidad.

Acúsase luego á los Jesuitas de que para consolidar su poderío, tomaron á su cargo la educacion del rey, confiriendo este cargo al P. Luis Gonzalez, «hombre sagaz, hipócrita y malvado, en concepto del autor del reprobado *Retrato al daguerreotipo*, que trató de hacerse dueño del corazón del joven monarca, halagando torpemente sus pasiones, desviándole de la senda de la virtud y dándole una educacion viciosa y perjudicial.» Estas son las palabras testuales que transcribimos de la asquerosa obra de nuestra impugnacion. Poco nos ha de costar el refutarlas victoriosamente.

En 1559, el P. Luis Gonzalves de Camera, y no Gonzalez como dice el ridículo é inexacto *Retrato al daguerreotipo*, asistente en el generalato de Laynez, fué llamado á la corte portuguesa, por cuanto la familia real queria encargarle la

educacion del jóven rey D. Sebastian. Gonzalves se resistió : la delicadeza de este cargo era grande ; la educacion de un rey es trabajo difícil y comprometido. El carácter impetuoso de Sebastian ; su amor por las armas ; su pasion por los combates , que mas tarde habia de causar la ruina de Portugal y de su dinastía , no se escapaban á la penetrante vista de Gonzalves , que en este sentido escribia á su general. Asustábase el jesuita al contemplar tan marciales inclinaciones ; retrocedia ante este peligroso honor : á pesar de todo , la Compañía , despues de no pocas renunciias y consultas , declaró no poder negar al nieto de Juan III, al sobrino de Carlos V este testimonio de su gratitud. Documentos auténticos prueban que la Compañía no solicitó este destino para ninguno de sus individuos ; antes al contrario se resistió á aceptarle. Hé aquí como se espresaba Laynez en una carta á la reina madre regenta :

« Como sea cosa justa que estemos dispuestos á condescen-
» der en todo aquello que dependa de nosotros á las solicitudes
» de Vuestra Alteza , despues de haber encomendado el asunto
» á nuestro Señor y examinádolo minuciosamente , me he de-
» cidido á mandaros el P. Luis Gonzalves. Sé , y es cierto , que
» este padre es un fiel servidor de Dios ; que su vida es la de
» un buen religioso ; que es experimentado en el manejo de los
» negocios y versado en literatura ; que no le faltará ni buena
» voluntad ni sincera adhesion para hacer todo el bien que le
» sea posible. Sin embargo , como el empleo para el cual le
» llama Vuestra Alteza es de la mas alta importancia , y ade-
» más tengo poco conocimiento de las cualidades que son nece-
» sarias para desempeñarlo debidamente , no puedo decidir si
» concurren en la persona de este padre. Suplico pues humil-
» demente á Vuestra Alteza se asegure por sí misma , y lo
» piense de nuevo , recomendándolo á Jesucristo. Vuestra Al-
» teza no le confiera el cargo hasta tanto que vea en ello la
» mayor gloria de nuestro Señor , su propia satisfaccion , el
» bien del rey y el de sus pueblos.

» Si tales circunstancias se reunieren , abrigó la confianza de

»que el P. Gonzalves lo tomará sobre sí como verdadero siervo
 »de Dios, y no como un frívolo honor ó una efímera elevacion
 »mundana. Solo bajo este punto de vista que acabamos de
 »esponer admitirá el cargo, como una cruz, que con la ayuda
 »del Señor se esforzará en sostener por obediencia á Vuestra
 »Alteza, trabajando en la felicidad de la nacion portuguesa.

»Finalmente, por poco que Vuestra Alteza entrevea ser mas
 »útil á la gloria de nuestro Señor que recaiga en otro la elec-
 »cion de este empleo, todos nosotros la suplicamos por el amor
 »que á este Señor tiene, no piense mas en confiárselo. La
 »mas sensible afliccion que puede sobrevenirnos, es ver á un
 »individuo de la Compañía por cuya causa se perdiera ó pa-
 »ralizárase el bien que podria hacerse. Aquel á quien nada se
 »esconde, sabe perfectamente que si hablo de esta suerte, no
 »es solamente en la forma, sino que tales son en efecto los
 »deseos de mi corazón. Así es que no me he creído en deber
 »de nombrar sustituto en el cargo que deja vacante, ya como
 »asistente, ya como gobernador del colegio germánico, cuya
 »direccion le está confiada. Así, ó podrá volverse ó permane-
 »cer en Portugal, á voluntad de Vuestra Alteza.»—El origi-
 »nal de esta carta se conserva en la torre del Tombo.

Aquí se ve bien que ni el puesto de preceptor del rey don Sebastian fué asaltado, ni el P. Gonzalves era en modo alguno digno de los epítetos que gratuitamente segun acostumbra le aplica el autor del *Retrato al daguerreotipo*. Para terminar el bosquejo del preceptor de D. Sebastian, recorreremos al historiador portugués Barbosa Machado, que en el siglo pasado recibió encargo por la Academia real histórica de Lisboa de recoger datos sobre la vida, aventuras y muerte de D. Sebastian. Las memorias redactadas á este efecto, fueron aprobadas por la Academia, bajo el título de *Memorias para la historia de Portugal*, y en el tomo 1.º, p. 210 y siguientes, es donde se leen estas palabras:

«Todas las cualidades necesarias al preceptor de un príncipe, capaces de constituir un maestro perfecto, se encontra-

»ban felizmente reunidas en el P. Luis Gonzalves. Ilustre por
 »su cuna y por la exacta observancia de su instituto, era ins-
 »truidísimo en la literatura sagrada y profana, y muy versa-
 »do en la lectura de las historias seglares y eclesiásticas. Po-
 »seía en toda su pureza la lengua latina, y no era extraño á las
 »dificultades del hebreo y del griego. Hablaba con facilidad
 »el francés, el español y el italiano, que tuvo ocasion de
 »aprender en las principales capitales de Europa, donde habia
 »residido. Era de carácter dulcísimo; la prudencia guiaba su
 »juicio y poseía profunda capacidad. Todas estas ventajas le
 »hacían propio á formar un príncipe y enseñarle á gobernar
 »sábiamente una monarquía.»—¿Puede alegarse mas honorifi-
 co relato, ó hay algo que oponer á la autoridad del hombre
 que despues de la espulsion de los Jesuitas se espresaba de esta
 manera respecto á uno de ellos; autoridad y voto apoyados na-
 da menos que por toda una Academia real de historia?

Hemos completado el retrato del P. Luis Gonzalves, y por
 él creemos que no merece los epítetos de *sagaz*, *hipócrita* y
malvado, que tan injustamente le adjudica el autor del tan
 desmentido *Retrato al daguerreotipo*. Fáltanos ahora trazar
 el del rey D. Sebastian, y lo haremos con la imparcialidad que
 en nosotros es ley.

En la *Historia universal por una sociedad de literatos ingle-
 ses*, y en la *Historia moderna de Portugal*, tomo 33, se des-
 cribe á este rey en el sentido que vamos á hacerlo; opinion
 apoyada asimismo por Mr. Cretineau-Joly en su *Historia de la
 Compañía de Jesus*.

«Amaba la guerra é indicaba una vivísima afición á las es-
 pediciones marítimas. Era escesivo en todas las cualidades,
 adelantaba la virtud hasta la rudeza, el valor hasta la tenaci-
 dad, la fuerza de carácter hasta una invencible obstinacion. Si
 este jóven, rey desde su mas tierna edad, hubiese nacido de
 vulgar condicion, todo induce á creer que la comun educa-
 cion, el deseo de elevarse, y los obstáculos que hubiera en-
 contrado en su camino, le dieran mas sabia direccion. Hijo

del pueblo , hubiese sido un héroe , pues sintiera la necesidad de combatir , y comprendiera que muchas veces la mas generosa pasion tiene necesidad de refrenarse. Hijo de rey y jugando con la corona desde su cuna , acostumbróse á ver como todo el mundo obedecia sus caprichos ; estos caprichos tornaron luego para él en convicciones , y este jóven en quien se revelaban todos los signos característicos del héroe , no fué por efecto de su nacimiento , otra cosa que una especie de aventurero , cuya razon algunas veces ponen en duda los historiadores.» Lo mismo sustancialmente dicen , entre otros, S. Mignel, *Historia de Felipe II*, tomo III; Mr. Dunham, *Historia de España*, tomo V; Flores, *Clave historial*, etc. etc.

Don Sebastian , segun nos le han transmitido los historiadores , ni escuchaba razones , ni seguia consejos. En tanto es así , y en tanto es tambien que ni su preceptor ni los jesuitas se habian apoderado de su confianza , que Jerónimo de Mendoza (*Jornada de Africa*, Lisboa 1607 , pág. 22) , testigo ocular de la espedicion al Africa , ha conservado en la historia de esta jornada la contestacion que el P. Gonzalves dió á la consulta que sobre este particular le hizo el rey. «Si me hablais , señor , con formalidad y no á la ligera , os diré , que para poder pensar en hacer vos mismo la guerra de Africa , deben reunirse tres condiciones á un tiempo. Primera , que vuestros súbditos véan en las gradas del trono á cuatro ó cinco niños robustos , esperanza de la prosperidad futura del reino. Segunda , que Portugal no se halle espuesto á peligro ni turbacion alguna por consecuencia de vuestra ausencia. Tercera , que tengais para la guerra preparativos sobrantes en tropas , en dinero , en provisiones de toda especie , sin que para hacerlos con todo esto sea necesario atropellar ni oprimir á los pueblos .»

1. Antonio Vasconcelos , en su *Anacephalaësis in regno Sebastiani* , pag. 318 , refiere , entre otros , los esfuerzos que hizo el confesor de D. Sebastian para disuadirle de pasar al Africa. Mendoza ya citado , dice en su *Jornada de Africa* , pág. 22 : que todos los Jesuitas se

Despreció D. Sebastian el consejo que le daba aquel de quien decia no haber conocido mas padre, y partió para la primera expedicion de Africa, tan funesta para el rey y para el reino, digna predecesora de aquella otra donde perdió corona y vida ¹.

Supone asimismo el autor del tan reprobado *Retrato al daguerreotipo*, que los Jesuitas despojaron de la regencia á la reina Catalina, para confiarla al infante D. Enrique, tio del rey, cuyo escaso talento, dice, le inhabilitaba completamente ², á cuyo fin el P. Torres hizo traicion á su real penitente. Todo esto se encuentra referido en pocas lineas en la obra de nuestra impugnacion, é imposible parece que en tan breve espacio se den tan repetidas pruebas de dos cosas; una de odio ciego llevado al extremo que nadie se ha atrevido, y otra de falta de conocimientos y consultas históricas, que enseñarian al desgraciado autor de tan infeliz libro á no escri-

ponian á la expedicion de Berberia. Lo mismo dice el presidente de Thou, en su *Historia universal*, traduccion del latin, tomo VII, pág. 600. La prueba de este hecho se encuentra en las mismas confesiones de los escritores protestantes (*Historia universal*, tomo XXXIII, nota 37, pág. 630).

1. El historiador Brito, que vivió en el reinado de D. Sebastian, en su obra intitulada: *Elogio dos reis de Portugal*, el rey Sebastian; pág. 93, impreso en Lisboa en 1607, dice lo siguiente: «Las grandes victorias que alcanzaban los portugueses en las Indias durante la infancia de D. Sebastian, y los prósperos sucesos que obtenian entonces en Africa, y que el príncipe oia referir, junto con su natural y sus generosas inclinaciones, todo le alentaba para concebir grandes empresas. Juntense á esto las repetidas insinuaciones de sus áulicos, que conociendo su gusto por la guerra, adulaban su persona y exageraban su poder.» El mismo lenguaje usa Vasconcellos en su *Historia compendiada de los reyes de Portugal*, pág. 316. Los aduladores de que habla Brito, segun los historiadores ingleses, *Historia general* ya citada, y la Clede, *Historia general de Portugal*, fueron D. Pedro Alcozova (enemigo de los Jesuitas), y los cortesanos que seguian su bandera.

2. San Miguel, entre otros varios autores que podriamos citar, en su *Historia de Felipe II*, tomo III, hace un elogio del infante D. Enrique, de todo el tiempo que fué regente; M. Denis, anti jesuita furibundo, dice lo mismo en su *Historia de Portugal*.

bir sino aquello que puede apoyar en buenos datos. A hacerlo así hubiese sabido, que desde que la reina Catalina fué nombrada regenta del reino, formóse un partido de oposicion entre el pueblo y nobleza, que no sabian apreciar debidamente las cualidades de la abuela de D. Sebastian ; partido al cual nunca perteneció el infante D. Enrique , cuya afeccion por la regente reprobaba estas intrigas. En este estado es cuando suponen los anti-jesuitas , aunque muy pocos en número , que el P. Torres reveló al infante las confesiones de D.^a Catalina. Un ilustre escritor francés dice á propósito de esta confesion lo siguiente : « Los escritores protestantes no se han atrevido á tomar bajo la responsabilidad de su honor semejante calumnia : han creído sin duda que era imposible semejante crimen cometido por un sacerdote : y la razon está de su parte , porque en medio de las apostasias sacerdotales que las revoluciones ó las pasiones originan , jamás ha podido mencionarse un eclesiástico que á sabiendas haya violado el secreto de la confesion. Este secreto ha tenido á menudo sus mártires, pero nunca ha tenido divulgadores.» Y esto es tan cierto, que desafiamos al autor del tan desacreditado *Retrato al daguerreotipo* á que nos cite si sabe un solo secreto de confesion que haya sido violado. Si el infante D. Enrique hubiese ambicionado la regencia atropellando por todo , como quiere suponerse , sin necesidad de adoptar tan violentas medidas hubiese visto colmado su deseo , con dejar obrar á la alta nobleza y á los habitantes de Lisboa, que por cierto no disimulaban sus pocas simpatías por Catalina. Conoció por fin esta el espíritu que animaba á los portugueses, y en 1562 abandonó voluntariamente las riendas del Estado á su cuñado , retirándose en seguida á un monasterio¹. El nuevo regente gobernó en paz el reino, y seis

1. *El nuevo Anquetil*, impresion de 1848 , al hablar de la renuncia de D.^a Catalina no hace mencion de Jesuitas ni de individuo alguno del clero : el mismo significativo silencio guardan el protestante inglés Mr. Dunham, *Historia de España*, tomo V; Mr. Denis, furibundo anti-jesuita, *Historia de Portugal*, etc. etc. En la *Historia de España*, pu-

años después fué declarado mayor de edad D. Sebastian.

El rey, como es de suponer, no podía ejercer ninguna influencia, pues D. Sebastian no contaba á la sazón mas allá de ocho años, tierna edad en que los reyes mas que ciñan corona son unos niños. Ni menos podemos creer en la contestación que se supone dada por Felipe II á una carta del monarca portugués, es á saber, que «el único medio de contener las maquinaciones del jesuitismo en sus Estados era arrojar de ellos á los revoltosos Jesuitas.» Felipe II, al paso que fué uno de los reyes de España mas celosos de su autoridad, fué tambien de los que mas distinguieron á la Compañía con públicos testimonios de su real aprecio. El mismo autor del calumnioso *Retrato al daguerreotipo*, en las págs. 92 y 93 de su ridícula obra nos pinta á los Jesuitas como á instrumentos los mas activos á favor de Felipe II. Negamos pues la noticia sin temor de ser desmentidos. Basta á quien conozca la historia de aquel reinado hacer memoria por un momento del carácter y costumbres que concurrían en *Felipe el Prudente*: sus enemigos, y especialmente los franceses, que nunca han podido olvidar la jornada de S. Quintín, han querido ó creído insultarle, calificándole de mas jesuita que los Jesuitas. Ha olvidado sin duda el autor del ridículo *Retrato al daguerreotipo* cuando ha aventurado esta asercion, que Felipe II, lejos de pertenecer á la raza de los reyes filósofos, declaró la guerra mas constante á la herejía, y que su celo religioso le atrajo de algunos, aunque con mucho honor, el epíteto de fanático; ha olvidado sin duda que al lado de Felipe II no se admitían Pombales ni Arandas; ha olvidado sin duda que el poderoso rey, por cuya cuenta se ganó la batalla de Lepanto, honró mucho á los buenos soldados y á los sabios, pero sin jamás olvidar á los

blicada hace poco en esta ciudad por una *Sociedad literaria*, cuyos autores no pueden ser sospechosos al anti-jesuitismo, se explica la verdadera causa de la renuncia en cuestion, que es la siguiente. «Los portugueses aborrecían las reinas viudas, especialmente siendo españolas, y la reina D.^a Catalina halló conveniente abdicar la regencia.»

buenos religiosos ; ha olvidado sin duda que entre el huésped del Escorial y los Jesuitas mediaba mas de un punto de contacto , mas de una simpatía. Nosotros no lo hemos olvidado ; y créanos , donde quiera que haya encontrado reproducida la noticia *absurda* que traslada , allí , en el momento de darle fe , se engañó completamente ; cometió un error que no perdona la historia.

Tampoco nos merece crédito la supuesta carta escrita por la reina abuela á S. Francisco de Borja , fechada en 8 de junio de 1571 , donde al par que de los soñados crímenes de los Jesuitas se hace la pintura mas repugnante , tambien de la situacion del pueblo portugués se hace la mas triste descripcion. Hemos dicho no damos crédito á esta carta , y diremos por qué : « La voz *crisis*, de quien deriva la *crítica* , significa » en griego lo mismo que en castellano *juicio* ; pero como son » mas los ignorantes que los doctos , para los mas está (como » se suele decir) en griego cuanto pertenece á la crítica. » Esto dice el ilustrado P. Florez , y luego añade : « ¿ De qué sirven » las historias si no encontramos en ellas la verdad ? ¿ Quién » descubrirá las fábulas y mentiras , que la corrupcion de los » tiempos , la credulidad de algunos , la parcialidad y envidia » de no pocos , la variedad de ediciones y la limitacion de la » capacidad de los hombres , han mezclado en un campo tan » vasto como la historia , en tiempo en que ha sido tan comun » la ignorancia ?... » Indudablemente una de las reglas de critica es la autoridad de los libros ; pero para que esta llegue á hacer fuerza , es preciso informarse primero de la calidad del escritor , de su genio é ingenio , del tiempo en que escribió y de las circunstancias y fines porque lo hizo. Este supuesto , volvamos á la carta de la reina Catalina , cuya autenticidad hemos negado y volvemos á negar.

Esta carta , como confiesa el autor del desacreditado *Retrato al daguerreotipo* , aparece en un libro titulado *Teatro Jesuítico* , que como dice un escritor francés han citado mu-

1. El autor del *Teatro jesuítico* es el infernal Gaspar Sciopio , aquel

chos y leído muy pocos. ¿Qué circunstancias reúne para hacer fe el dicho del compilador de esta obra? Ninguna. ¿Donde dice haber visto el original ó copia alguna manuscrita ó impresa que mereciera crédito de la crítica? En ninguna parte. Paremonos ahora á examinar la índole del libro. Contiene este dos partes. La primera encierra una coleccion absurda de mas absurdas profecías contra los Jesuitas. La segunda, multitud de hechos calumniosos y desfigurados, como en lugar oportuno podria probarse.

¿Qué carácter oficial tiene este libro? ¿Qué fuerza hace en sana crítica una carta injuriosa que aparece por primera vez en una obra plagada de calumnias, y escrita con toda la hiel que el odio puede dictar? Los autores, ya no jesuitas, sino imparciales y aun enemigos suyos de aquel tiempo, no la citan; las historias no la continúan; insertada en un libro sospechoso, solamente la reproducen mucho mas adelante dos ó tres autores enemigos evidentes y encarnizados de la Compañía; los sucesos posteriores destruyen el espíritu con que se supone dictada; los acontecimientos anteriores, aun tales como los anti-jesuitas los refieren, no convienen con la letra de su redaccion... ¿Y debemos pasar por ella? Nunca: la ley de crítica, la sola razon natural nos manda rechazarla, y advertir á los que se llaman historiadores, que los documentos apócrifos son armas vedadas en las luchas históricas.

Y aun á ser cierta ¿probaria, como presume el autor del reprobado *Retrato al daguerreotipo*, la ambicion, la intriga y la maldad de los Jesuitas? De ningun modo. Si no temiéramos molestar á nuestros lectores con la reproduccion de tan estensa carta, verian estos como toda ella no es mas que una fulminante acusacion contra el preceptor y confesor del rey D. Sebastian, sin que en toda ella se inmiscue para nada á los Jesuitas ni su Compañía, á la cual entre otros elogios dispensa el siguiente: «Y este religioso será culpable de haber hecho

grande oraculo de anatemas y de calumnias contra la Compañía de Jesus. (Dictámen del fiscal D. Francisco Gutierrez de la Huerta.)

decir que la Compañía, *tan llena de siervos de Dios*, etc.»

Otra contradiccion encierra la carta y el desacreditado *Retrato al daguerreotipo*. Hemos visto que en este se calificaba al P. Torres de traidor que abusaba indignamente de las confianzas que en confesion le hacia la reina regenta, crimen que ni el Estado ni la Iglesia perdonan nunca y por el cual se supone fué desterrado el jesuita. Ahora encontramos en la repetida carta las siguientes lineas: «Ultimamente, para sosegar mi conciencia y la de otros, ordené al P. Torres que no fuese ya mi confesor. Yo quiero creer que él se compadecia del modo como yo era tratada: tambien yo me afligí DE VERME PRECISADA Á SEPARARME DE ÉL, despues de haber sido mi padre espiritual muchos años.» Y alega como motivo que la obligó á separarse del P. Torres, que era estrañado de todos se confesára con el mayor amigo del P. Gonzalves. He aquí como la misma reina Catalina hacia justicia al jesuita que se ha querido humillar; justicia completa que hasta la hora de su muerte le hizo, como tambien á la Compañía, pues consta que en su muerte acaecida en 12 de febrero de 1578, *quiso ser asistida por el mismo P. Torres, y legó á la casa profesa de Lisboa una suma considerable, un precioso relicario y el retrato de la Virgen pintado por S. Lucas*. Este es el lógico argumento de los hechos, que las diatribas no pueden deshacer y que por si solo basta á desbaratar cuantos insultos en contra se redacten.

Ni es menos equivocado que D. Sebastian y el cardenal Enrique quisieran deshacerse de los Jesuitas, como se supone en la obra de nuestra impugnacion, pues una vez que Francisco de Borja quiso retirar de la corte á los PP. Gonzalves, Henriquez y Torres, para quitar á dos ó tres intrigantes todo pretesto por donde pudieran atacar á los Jesuitas; el monarca y el regente declararon que nunca se separarian de sus confesores. Esto tenia lugar cabalmente cuando el autor del inexacto *Retrato al daguerreotipo* supone que D. Sebastian escribió á Felipe II la carta de que antes hemos hecho mencion. Hay

mas; durante la última enfermedad de Gonzalves, el rey le dió repetidísimas pruebas de su afectuosa veneracion, llegando á su colmo el dolor del monarca, cuando el jesuita cerró para siempre los ojos. A cuantos quisieron consolarle, respondia: «¿Qué quereis? Yo no he conocido mas padre que al padre Luis, y sé muy bien cuanto ha tenido que aguantar de mi parte y cuanto ha sufrido por mí.» Y en prueba de su acerbo dolor vistieron luto el monarca y la corte.

Hé aquí esplicados los hechos tales como tuvieron lugar en Portugal. Quisiéramos que cuantos han leído el ridículo *Retrato al daguerreotipo* leyera nuestra impugnacion, para que pesado pro y contra en la balanza de la imparcialidad, vieran si declina el platillo al lado del inclito Loyola ó al lado de sus enemigos.

CAPITULO XVI.

CÁRLOS BORROMEO.—RIBERA.—MENA.

PUDIMOS creer un momento que el anti-jesuitismo obraba con pasion, sí, pero no podíamos creer que obrara con tanta mala fe. Pudimos creer que los anti-jesuitas eran ciegos; pero no podíamos creer que su ceguera era consecuencia de que voluntariamente cerráran sus ojos á la luz de la verdad. Pudimos creer que eran débiles; ahora creemos que son criminales, y la acusacion que sobre la Compañía de Jesus lanzaron, queremos que á nuestra vez nos sirva para formular una terrible contra ellos. En su consecuencia les acusamos formalmente de calumniadores y difamadores, que todo lo atropellan ó lo insultan como convenga á sus bastardos planes.

Tal decision nos ha dictado la lectura de la acusacion que el autor del asqueroso *Retrato al daguerreotipo*, haciéndose eco del jansenismo y del hereje Quesnel, fulmina en la página 81 de su repugnante obra, es á saber, que el jesuita Ribera engañó vilmente al cardenal S. Carlos Borromeo: 2.º que este ilustre Santo fué enemigo de la Compañía de Jesus: 3.º que el tal Ribera se hizo culpable de un crimen contra naturaleza; de aquel crimen por el cual irritado el Señor, llovió su cólera en fuego hasta abrasar la impúdica Sodoma.—Vamos por partes.

Costumbre es en Roma que todas las órdenes religiosas tengan un cardenal por patron ó protector. A la muerte del car-

denal Carpi, que lo era de la Compañía de Jesus, los Jesuitas deliberaron sobre qué miembro del Sacro Colegio le darian por sucesor, cuando el papa Pio IV puso en su conocimiento, que de aquel en adelante se reservaba para sí el título de protector de la Compañía. ¿Quiérese mas esplicita prueba de los méritos que tenían contraidos los hijos del inclito Loyola?—Costumbre era en la antigua caballería, que cada pretendiente escogiera un padrino para presentarse á calzar la dorada espuela. ¡Qué orgullo para el paladin á quien el rey en persona se ofrecia á apadrinar!—Esto es lo que sucedió á los Jesuitas.

Habia decidido el concilio de Trento que cada obispo estableciera un seminario en su diócesis. El Papa quiso dar un ejemplo, y nombró para Roma una congregacion compuesta de diez cardenales y cuatro prelados, con encargo de examinar á quien debia confiarse la direccion del colegio. La comision declaró que el Seminario romano debia ser confiado á la Compañía de Jesus. He aquí otro de los mil testimonios que abogan por la calumniada Sociedad; testimonio espedido en la época en que el anti-jesuitismo supone á los hijos del grande Loyola encenagados en el crimen y la corrupcion. Recúsenlo si pueden nuestros adversarios. Y no se nos arguya que la hipocresía de los Jesuitas era causa de esta predileccion. Aparte de que varias veces sus enemigos calumniaron á la Compañía y debió de ponerse en claro oficialmente y por exámen su inocencia; aparte que los mismos anti-jesuitas han declarado repetidas veces en su favor y honor, es ridiculo hacer á las gentes tan cándidas y ciegas como algunos suponen. No así se engaña á un soberano Pontífice; no así se engaña al romano y sacro colegio de cardenales; no así se engaña al mundo entero; no así se engaña á una comision compuesta de catorce eminentes prelados, particularmente en una cuestion en que es fácil suponer cuan delicados serian los procedimientos y cuantas influencias promoverian los anti-jesuitas.

De todos modos, ello es cierto que tan repetidas muestras de

predileccion escitaron los celos de algunos, y que estos celos fueron explotados por los emisarios secretos y los partidarios de los herejes. Entonces fué, cuando convencidos de que era inútil todo ataque á la fe y doctrinas de los Jesuitas, sistema que cuantas veces se habia intentado habia caído en derrota; se apeló al partido de atacar por el lado de las costumbres. No era tampoco nuevo el ataque: en varias ocasiones se habia intentado hacer responsables á los Jesuitas de crímenes fingidos; pero ni el soberano Pontífice, ni la corte romana, ni el mismo Laynez, ni el mundo tampoco hizo caso de semejantes imposturas, porque la inocencia de los Jesuitas nadaba como el aceite por cima del agua fétida de las calumnias. Probóse por lo mismo á ahondar la herida, yéndola á causar, no donde todos pudieran examinarla y ponerla remedio, sino donde no llegára la medicina á tiempo de evitar el escándalo. El dardo era bien dirigido; pero esta vez como siempre se rompió en la formidable cota de los hijos del grande Loyola. ¡Oh! Bien sabia este el legado que hacia al mundo, y bien dijo su primer pontífice: «El dedo de Dios está aquí!...» El caso fué el siguiente:

Cárlos Borromeo, que despues fué cardenal y santo de este nombre, pasó repentinamente de una vida pura á una perfeccion extraordinaria, huyendo los placeres del mundo y entregándose á toda clase de austeridades. Era su director espiritual el P. Ribera¹, y como jesuita, los enemigos de la Compañía intentaron degradar las virtudes de Cárlos, que tuvieron la avilantez de tachar de fanatismo y locura. No hizo mella el recurso en Pio IV, y entonces en su impotente rabia imaginaron vengarse acusando bastardamente al P. Ribera y á todos los colegios jesuíticos del Milanesado de crímenes contra la naturaleza. Semejante acusacion debia por fuerza de

1. Godescard, *Vidas de los Santos*, tomo 8; Leyenda de oro, tomo 4.º, 4 de noviembre, y Godeau, *Vida de S. Cárlos Borromeo*, libro 1, cap. 5, hacen el mas completo elogio de las virtudes del P. Ribera.

producir un conflicto, y le produjo. Empecemos por la defensa del calumniado Instituto, y luego daremos cuenta del éxito que el asunto tuvo; éxito que vino á alumbrar como el sol los campos despues de la noche, la inocencia, honradez, talentos y virtudes de los Jesuitas, siempre puros, nobles, sabios y grandes. Sirva de advertencia que los textos que á propósito de esta cuestion vamos á citar, están tomados de autores poco favorables á la Compañia, y algunos de ellos hasta supuestos rivales.

Dice el P. Guissano, sacerdote Oblato¹: «Sin embargo, descontentos de la reforma que Carlos Borromeo habia establecido en su casa y de la vida perfecta que llevaba bajo la direccion del P. Ribera, los parientes y amigos del cardenal concibieron una grande aversion contra este Padre..... La maldad de algunos cortesanos adelantó hasta acusar á un hombre tan respetable como Ribera de un crimen que no puede nombrarse; pero esta tenebrosa maniobra del infierno no obtuvo éxito alguno. Habiendo reconocido san Carlos, así la inocencia de su piadoso director como la criminal malicia de sus enemigos, aumentó la afeccion y confianza que le inspiraba el jesuita, tanto que mientras permaneció Ribera en Roma, S. Carlos continuó aprovechándose de su ministerio para bien de su alma.» Estas son las palabras testuales de un biógrafo contemporáneo de Carlos Borromeo y de Ribera; no habla de oídas sino por ciencia propia, y su aseveracion destruye completamente el cargo hecho al P. Ribera, y destruye solemnemente la frase vertida con tan falso fundamento por el autor del tan ridiculo *Retrato al daguerreotipo*, es á saber, que «Carlos Borromeo penetrado de una justa indignación, arojó de su lado á su indigno confesor; no quiso verle mas, y prohibió severamente que se le recordase ni hablase de él siquiera.» Y en tanto es así que el acusado padre mereció cons-

1. *De vita rebusque gestis Sancti Caroli Borromei*, in 4.º, Mediolani, 1751.

tanamente la gracia de su ilustre penitente, que como refiere el P. Oltrocchi de la misma congregacion de Oblatos, estando á punto de embarcarse en Lisboa para la mision de las Indias, escribió al cardenal Borromeo con fecha 4 de noviembre de 1564 una carta, donde entre otras cosas le decia su espiritual director, *haberse alegrado mucho de los progresos que tenia hechos en la via del Señor*; progresos de que le habia informado el general S. Francisco de Borja.—¡Cuán pronto una calumnia es probada!

Tenemos empero otros testigos. El P. Touron, de la órden de Predicadores, en la vida de S. Carlos Borromeo ¹, continua las siguientes espresiones: «Cuanto creian ver de escesivo ó desmedido en las prácticas del jóven cardenal, atribuyéronlo, no al espíritu de Dios y á su gracia, sino á la direccion del P. J. B. Ribera, á quien osaron acusar de rigorismo. Desde el momento dejaron de tener por este director la misma estima que antes se le manifestára. De la frialdad pasaron á las burlas y á las injurias. Ensayaron por fin á cerrarle todas las avenidas por donde pudiera acercarse al cardenal, que le honraba con su confianza. Carlos no podia ignorar ni dejar de sentir vivamente la indecencia de esta conducta; disimuló empero con su habitual prudencia, y continuó aprovechándose de las luces que creyó le eran necesarias para su progreso espiritual.»

El rígido Baillet, que á ninguno perdona la falta cometida, habla de los directores espirituales de Carlos Borromeo, y estimando en mucho su decoro de escritor condena á despreciativo silencio tantos, tan grandes y tan repetidos ultrajes.

Para que se vea el concepto en que Carlos Borromeo tenia y tuvo siempre á los Jesuitas, y cuan calumniosa es la asercion vertida en el desacreditado *Retrato al daguerreotipo* de que el ilustre cardenal opinó y dijo que «si estuviera en su mano quitaria sin demora á los Jesuitas la direccion de cuantos colejos

1. En 4.º, edicion de Paris, 1761.

habian establecido en el universo,» citaremos el siguiente notabilísimo hecho, que basta por sí solo á destruir cuanto sobre este particular invente el anti-jesuitismo en masa. Muchos años despues que Ribera y los Jesuitas fueron víctimas de la calumnia que antes nos ha ocupado, y en el período en que mas resplandecia la acrisolada virtud del arzobispo de Milan, asombro y admiracion de sus contemporáneos, en 1580, Juan Francisco Bouhomi, obispo de Verceil y nuncio en los cantones suizos, escribió á la Santa Sede informándola del mal estado en que se encontraba aquel país, refugio de herejes y pozo donde abocaban sus envenenadas aguas Génova, Italia, Francia y Alemania. «Para destruir los principios irreligiosos, decia en su informe, y restituir á las depravadas costumbres su antigua pureza, no queda mas que un medio, la ereccion de un colegio de jesuitas en Friburgo.» Esta idea era apoyada por Pedro Schneulin, vicario general de la diócesis, y por el cardenal arzobispo de Milan. Propuesta al gran consejo, los pocos herejes que en él tenian asiento opusieron algunas dificultades, tales como la miseria de los cantones, que no les permitiria atender á la sufragacion de los gastos. Convencido el Pontífice de la utilidad de esta ereccion, obvió este inconveniente destinando al proyectado colegio las rentas de la antigua abadía de Marsens, despues de cuya determinacion, el gran consejo adoptó por unanimidad el plan del Nuncio y de Carlos Borromeo.—Así se erigió el colegio de Friburgo. Han pasado cerca de tres siglos sobre su fundacion, y el mundo entero ha hablado con admiracion de un establecimiento, entre cuyos discípulos no hay rincon de Europa que no haya tenido su representante. No ha habido familia pudiente de nobles ó pecheros, que tratando de dar esmerada educacion á sus hijos no haya pensado en mandarlos al colegio de jesuitas de Friburgo. Viven aun miles de sus discípulos, y así los ancianos como los jóvenes que acaban de lanzarse al mundo son otros tantos ecos de la fama que pregoná la escelencia de este colegio. Estas no son visiones nuestras: al mas corrompido filósofo háblesele del

colegio de PP. jesuitas de Friburgo, y repetirá nuestras mismas palabras ¹.

¿Se nos exigen todavía mas pruebas del afecto que profesó siempre Carlos Borromeo á la Compañía de Jesus? Las daremos, y mas irrecusables, si cabe, que la última. La falsa acusacion causa del supuesto enojo del cardenal, tuvo lugar en tiempo del papa Pio IV. Este Pontífice murió en 9 de diciembre de 1565. Trasladémonos pues al 5 de julio de 1569. El arzobispo de Milan, apóstol de la Lombardía, que guardaba á los Jesuitas en torno suyo como sus mas fervientes auxiliares; que tenia por compañero en sus visitas pastorales al P. Leonti, y que bajo su inmediata proteccion y órdenes hacia trabajar en la salud de las almas y educacion de la juventud á los PP. Palucio, Perucci, Adorno y Gagliardi, ponía en dicho dia 5 de julio la primera piedra de la iglesia de S. Fidel, cedida por él á los Jesuitas. El 4 de octubre de 1572 les daba posesion de la abadía de Brera, y trazaba con ellos el plan de la célebre universidad de este nombre. En el mismo año creaba un noviciado de Jesuitas en Arona, sobre el Lago Mayor; y en 1573 confiaba en Milan á los PP. de la Compañía el colegio de Nobles.

—Quisiéramos que se nos dijera ahora, ahora que citamos como testigos de nuestra verdad, ya no obras sino monumentos; quisiéramos que se nos dijera por parte del anti-jesuitismo ¿qué ventaja se gana con infamar al que de fijo debe rehabilitarse; qué favor hace á un escritor el que así se pulverizen sus calumniosos escritos; en una palabra, por qué se dijo de Carlos Borromeo lo que era inexacto, completamente inexacto ²? ¿Por

1. Cuando los bárbaros del siglo XIX empezaron á dominar en Suiza, conculcando las leyes, atropellando á los pacíficos ciudadanos, y cometiendo tantos y tan abominables escesos que han llenado de horror y de consternacion á toda la Europa, el colegio de Friburgo dejó de existir, como han dejado de existir otros edificios notables que eran la gloria de la Suiza. Esta es la suerte que han deparado á la Suiza los hombres que iban á civilizarla!!!

2. San Carlos Borromeo, este grande celador de la fe, de la reforma de las costumbres y de la disciplina, hizo conocer á los Padres del

qué? Mal hacemos de preguntarlo: el porqué le hemos dado varias veces; el porqué está en la máxima de los impíos ya citada: *Calumniā, calumniā que algo queda* ¹.

Negamos asimismo que el cardenal Borromeo quitara á los Jesuitas la direccion de seminarios y colegios. Lo cierto es, que ya desde un principio los PP. de la Compañía, pocos y abrumados de trabajos, se vieron en la precision de renunciar voluntariamente al seminario de Milan y al colegio de Nobles. El mismo Carlos Borromeo así lo testifica, en su carta al prelado Speciano, fecha 9 de abril de 1579, que se lee en la biografía del santo cardenal escrita por Oltrocchi. Esta carta dice: « Dos años ha que he terminado este asunto con los PP. de la Compañía. Pidiéronme con mucha instancia, que confiara á sacerdotes de esta diócesis la administracion de mi seminario. »

Lo mismo refiere Guiussano, historiador de S. Carlos. « Los PP. de la Compañía tuvieron por algunos años el gobierno del seminario. Carlos se servia de ellos en todos los ministerios de su iglesia; pero viendo cuantas y cuan grandes eran las obligaciones que sobre ellos pesaban, de su consentimiento le confirió á la congregacion de Oblatos. »

Probada ya la inocencia del P. Ribera y de los Jesuitas, y probado asimismo el alto aprecio en que antes y despues de tan villana acusacion les tuvo S. Carlos Borromeo ², debemos esconciilio de Trento, el aprecio que profesaba á la Compañía de Jesus, y la particular benevolencia que los frutos del celo de los religiosos de la misma inspiraba por ellos al Sumo Pontífice. (Pallav. *Hist. Conc. Trid.*, p. 830.)

1. *Calumniare, calumniare; aliquid semper remanet.* Este plan es ya antiguo; es de los herejes de los primeros siglos de la Iglesia.

2. Algunos meses despues que el jesuita Mazarini se habia indispuesto con el santo cardenal Carlos Borromeo, de cuyo hecho puramente aislado quisieron los anti-jesuitas deducir graves consecuencias contra la Compañía, especialmente por lo que hace á la enemistad futura del santo cardenal, quiso hacer por si mismo la dedicacion del templo de S. Fidel. Sentóse á la mesa con los Jesuitas, en Roma visitó á los PP. y colegios de la Compañía, probando de este modo que no hacia al cuerpo entero responsable de las faltas que pudo cometer uno

poner las causas que han contribuido á que algunos historiadores tuvieran la maligna debilidad de dar asenso á semejante impostura, como tambien el origen de ella. A este efecto nos serviremos de una nota continuada en el primer tomo de la *Historia de la Compañía de Jesus* por Cretineau-Joly. Por ella se explica mucho mejor que pudiéramos hacerlo nosotros, el reprobado sistema que en sus falsos libros han seguido los anti-jesuitas.

Dice así: «En la primera edicion de esta obra, el jansenista »Quesnel nos ha inducido á error. Por un momento habíamos »creído en la buena fe de sus citas, y sin remontarnos á la »fuente, habíamos copiado de su libro una cita del historia- »dor Sacchini. Consultándolo luego, nos hemos convencido de »que los jansenistas guardan comunmente por los textos el mis- »mo respeto que por la verdad. Tratábase de cosas vergonzosa-

de sus miembros. Carlos Borromeo sobrevivió cinco años á este acontecimiento, y despues, como antes, viósele rodeado de los PP. de la Compañía. En 1583 el jesuita P. Gagliardi le acompañaba en su visita á los suizos y grisonos. El anotador Oltrocchi dice: «Que él (S. Carlos) fué quien estableció ó hizo establecer á los Jesuitas en Verona, Mantua, Lucerna, Vercel, Ginebra y Friburgo.» Y añade luego: «A fin de circunvalar, por decirlo así, su provincia con una indestructible barrera, practicó S. Carlos, aunque sin éxito, mas de una diligencia, para que los Jesuitas ocuparan las casas que los hermanos de la Humildad habitaban en Lorciano.»—El cardenal Borromeo habia estimado toda su vida á la Compañía de Jesus, y quiso estimarla hasta en su muerte. En Arona, donde hoy dia su colosal estatua domina el Lago Mayor, quiso celebrar por última vez los santos misterios. El conde René Borromeo, su sobrino, habitaba un palacio en esta ciudad, y en él habia nacido el santo cardenal. Suplicó por tanto á su tio santificárala con su presencia la cuna de la familia. El cardenal contestó, «que tenia gran necesidad de socorros espirituales, para no ir á donde estaba seguro de encontrarlos,» y llamó á la puerta de los Jesuitas. El 1.º de noviembre de 1584 celebró su última misa en la iglesia de los Jesuitas de Arona, como diez y nueve años antes habia celebrado la segunda en el Gesu de Roma, asimismo de la Compañía. Espiró por fin en Milan en los brazos del jesuita P. Adorno, su confesor, que habia reemplazado á Ribera, á la sazón misionero en Indias.—Oltrocchi, *De vita sancti Caroli*; Cretineau-Joly, *Historia de la Compañía de Jesus*; Leyenda de oro, *Vida de S. Carlos Borromeo*, y otros.

»sas; de estos crímenes que nunca perdonan los hombres, y
 »que por consecuencia exigen tanta discrecion en la acusacion,
 »como repulsion en el infamante caso que el crimen se descu-
 »bra. El jansenista hablaba con tanto aplomo, citaba con tan-
 »ta autoridad el libro y la página del P. Sacchini, que crei-
 »mos no haber lugar ni ser permitida la duda. Completo era
 »nuestro error, y la prueba no se hizo de aguardar. Quesnel
 »habia mutilado un importante testo de Sacchini, y de él de-
 »ducia odiosas consecuencias. He aquí el testo tal como le dá
 »el jansenista, tal como nosotros lo tomamos de él. En la nota
 »de la pág. 41, tomo 3.º de su *Historia de los religiosos de la*
 »*Compañía de Jesus*, leemos á propósito del P. Juan Bautista
 »Ribera:—El desórden de este jesuita era tan público en la
 »casa de S. Carlos, que el historiador mismo de esta órden no
 »pudo evitar el ocuparse de él. He aquí sus mismas palabras:
 »*Domesticorum plerique, per varias artes, vel fictis impudicissi-*
 »*mum hominem fœdissimis criminationibus, tentarunt dirimere.*
 »Tal es la version del jansenista; he aquí el testo que le sirve
 »de escudo para ultrajar á un jesuita. Tenemos á la vista la
 »obra de Sacchini, y en el paraje citado por Quesnel, leemos
 »este pasaje que ha truncado para las vergonzosas necesidades
 »de su causa. *Domesticorum plerique (quorum fixis humi con-*
 »*siliis tanta in opulento ac juvene principe severitas parum com-*
 »*modabat) sæpe illum cum P. Joanne-Baptista (Ribera) usum,*
 »*per varias artes vel fictis in pudicissimum patrem fœdissimis*
 »*criminationibus, tentarunt dirimere.* Quesnel trunca pues á
 »ciencia cierta, y su error es voluntario. Nosotros lo hacemos
 »notar porque hemos caído en ello, y es útil demostrar á los
 »demás con cuanta facilidad puede incurrirse en la mentira
 »histórica. No es este el único ejemplo que podríamos citar.
 »Una sola vez hemos dado crédito á los enemigos de la Com-
 »pañía de Jesus, y habian alterado un testo»

Conteste el anti-jesuitismo á este cargo: Quesnel¹, su jefe

1. Los jansenistas son los hijos naturales y herederos legítimos de los calvinistas. Al remontarse á la época de la fundacion de la Compañía

es un falsario, porque falsedad comete el que desfigura los textos, haciendo decir á un autor lo que nunca ha soñado, para deducir de ello las mas vergonzosas consecuencias. Las leyes castigan este crimen en el hombre vivo, al hombre muerto le castiga la posteridad que desprecia sus escritos y condena sus errores. Quesnel acusa á Ribera en la página 40 de su obra, en la 41 acusa á la orden entera; pero en todas falta á la verdad; y el dardo maligno despedido contra los Jesuitas vuelve de rechazo á herir la reputacion del degradado escritor. ¡Ay de la de aquellos que han seguido sus huellas!

He aquí la base de la acusacion: si levantada la tela que encubria la falta, hay todavía algunos que quisieran hacer coro al autor jansenista, solo nos toca compadecer su ceguedad, ya que ni es decoroso nos detengamos mas en deshacer sus errores.

Falta nada mas añadir que Quesnel y sus colegas apoyan su dicho sobre este particular en el testimonio de Schopp, á quien atribuyen haber oido de propia boca de S. Carlos Borromeo acusaciones de crímenes horribles contra los Jesuitas. Para que se vea el caso que hay que hacer de estos anti-jesuitas y de los que tan neciamente han dado fe á sus asertos y le han servido en lo sucesivo de eco, basta saber que S. Carlos Borromeo murió en 1584 en Milan, y Gaspar Schopp, llamado en latin Scioppius, nació en Neumarkt (Palatinado) año 1576, es decir, que TENIA OCHO AÑOS y vivía lejos de Su Eminencia cuando aconteció la muerte del santo cardenal.

Réstanos ahora, conforme hemos ofrecido, explicar el desenlace que este asunto tuvo para la Compañía; desenlace que á poderse presumir, hubiera entrado en cuenta á los PP.

ña de Jesus, descúbrese fácilmente que la intencion pública y manifiesta de este santo Instituto habia sido de defender la Iglesia católica contra los luteranos y calvinistas, y que su objeto político era de proteger el orden social y la forma del gobierno establecido en cada nacion contra el torrente de las opiniones anarquicas, que caminan siempre de frente con las innovaciones religiosas. (Henrion, *Discours sur l'état de l'Eglise au XVII siècle*).

provocar la acusacion. Si el anti-jesuitismo no logró vencer, logró por lo menos alarmar en un principio á Pio IV que temia por su sobrino, sobre el cual fundaba grandes esperanzas. El general Laynez se encontraba enfermo, pero apenas convaleciente se manda trasportar al Vaticano, prueba la inocencia de los suyos, y el Pontífice que conoce ha de enmendar un tuerto, visita una á una todas las casas de la Compañía y confia á los Jesuitas el cuidado de su nuevo Seminario. Un miserable se habia constituido eco de los insultos vertidos contra los hijos del ínclito Loyola, desnaturalizando la doctrina, las intenciones y la regla de la orden. Ofrece pruebas de su dicho, y el Pontífice deseoso de esclarecer la verdad ordena al cardenal Savelli cite al acusador ante su tribunal. Comparece en efecto, y los testigos que ministra son jóvenes arrojados ignominiosamente como indignos de la Compañía ó del colegio Germánico. Recibe Savelli sus declaraciones, convéncese de su falsedad, y el autor de los impostores escritos acusatorios es condenado á prision. Entonces Pio IV para destruir el crédito que su conducta pudiera por un momento haber hecho cobrar á los enemigos de la Compañía, en 29 de setiembre de 1564 dirige al emperador Maximiliano de Alemania, nacion que como cuna de la herejía estaba mas sometida al funesto contagio, el siguiente Breve:

«Hemos sido advertidos de que algunos sin respeto al temor de Dios ni á la salud de su propia conciencia, dejándose cegar por la envidia y dominar por la pasion de sus malos deseos, han publicado y sembrado en diversos puntos ciertos libelos infamatorios, llenos de mentiras é imposturas, contra toda la Sociedad de Jesus, y particularmente contra algunos de sus miembros, que son los mas conocidos y estimados. Desesperados estamos al ver atacar de este modo el buen nombre y disminuir la estima de una religion que tanto ha servido y sirve todavía con tanto fruto la santa Iglesia católica. Al propio tiempo hemos sido advertidos de que dichos libelos infamatorios han circulado, no solamente en Italia sino tambien en Ale-

mania, y que han llegado á oídos de V. M. á la cual nos ha parecido conveniente hacer saber, que para descubrir y conocer claramente la verdad, hemos encomendado este negocio á algunos de nuestros hermanos del sacro colegio de cardenales, personajes muy graves, encargándoles hicieran una pronta averiguacion y se informáran cuidadosamente de todo lo que se ha dicho contra la orden en general y contra algunos particulares de esta misma orden, que al presente habitan en Roma. Despues de haber empleado toda diligencia en el despacho de su mision, y despues de haber descubierto la verdad, nuestros delegados nos han asegurado que era falso todo cuanto se habia dicho, inventos de la calumnia, y obra de los enemigos jurados de la Compañia, que solo tenian por objeto esponerla al odio y desprecio universal. Hemos querido al escribir á V. M. no solo rendir á la verdad el homenaje que la debemos, y advertiros no deis fe alguna á estas mentiras desvergonzadas publicadas contra la Compañia; sino tambien rogaros favorezcáis como justo, católico y sabio principe, la inocencia y virtud de los PP. de esta Compañia.»

Recusar este testimonio es cerrar los ojos á la evidencia, y admitirle es lavar hasta la última sombra la mancha que quería imprimirse en la blanquísima tela de los Jesuitas. El Vicario de Jesucristo es su defensor; es el campeón que en el terreno de la Iglesia mantiene, sin que nadie sea fuerte á resistirle, la ultrajada honra de los hijos del ínclito Ignacio. Pueden ahora sus enemigos vomitar en insultos la hiel en que rebozan: ha hablado el Pontífice, centinela vigilante de la fe, á cuyos ojos nada se oculta. De sus labios que no yerran; de su pluma que no miente, ha salido potente la rehabilitacion de la virtud calumniada en los descendientes del grande Loyola.

Leemos en el censurado *Retrato al daguerreotipo* pág. 81 lo siguiente: «Este suceso (el del P. Ribera) y los escándalos dados por el P. Mazarini, hicieron patente á los ojos del santo cardenal el espantoso abismo de corrupcion en que la Sociedad no tardaria á precipitarse.» Del P. Ribera y del carde-

nal Borromeo hemos hablado ya ; réstanos hablar del P. Mazarini , probando que las faltas cometidas por este , nada tienen de comun con la Compañía , que las reprobó , condenando á su causante.

En 1579 el gobernador del Milanesado por Felipe II púsose en desacuerdo con el cardenal , so pretesto de que habian sido violados algunos de sus privilegios. El hombre de guerra , como dice un autor francés , creyó fácil triunfar del hombre de paz ; pero observando que la humildad cristiana no impedía á Carlos Borromeo el sostener sus derechos de arzobispo y de príncipe de la Iglesia , organizó contra él una persecucion. Durante las turbulencias escitadas en Milan por resulta de esta lucha entre los dos poderes , los Jesuitas no estuvieron de acuerdo. No estuvieron de acuerdo y no faltaron en esto , porque á todo el mundo es lícito tener su opinion , como sea esta racional , y el resultado de esta opinion ni comprometa el carácter del opinante ni menos le fuere á obrar contra las reglas de la corporacion civil ó eclesiástica á que por destino , voto ó juramento pertenezca. Así fué que algunos de los padres , y entre ellos el P. Adorno rector del colegio , tomaron partido por el cardenal ; y otros , bajo la inspiracion de Perucci , declararon , que aun sin condenar ni desaprobár la conducta del prelado , sentian ver á la Compañía inmiscuirse en cuestiones estrañas á su instituto. Hasta aquí todos estaban en su derecho y ninguno era causa de escándalo. El jesuita Julio Mazarini , tio del cardenal Mazarini , predicaba entonces la escacion cuadragesimal en la iglesia de S. Fidel. Mazarini era amigo y confesor del gobernador español , ocupaba á la sazón un púlpito , y convirtiéndole en batería , descargó desde ella algunas espresiones contra nuestro Santo. Mazarini obró mal ; S. Carlos Borromeo se resintió como era justo de semejante proceder ; pero mas se resintieron los Jesuitas ; la conducta del profanador de la cátedra de la verdad debia ser reprobada y castigada. Los PP. de Milan manifestáronle el vivo sentimiento que su imprudencia les inspiraba ; el general de la Compañía

ña le reprendió fuertemente , y Mazarini fué trasladado á Roma y juzgado por un tribunal , que le condenó á suspension por dos años de las licencias de predicar , debiendo pasar este tiempo en una casa de la órden. Cumplió su condena Julio Mazarini , cumplió asimismo la condena que le impuso su general Everardo Mercuriano , y aun juzgando Claudio Aquaviva , provincial de Italia , que ni el cardenal ni la Compañía estaban suficientemente desagraviados , condujo á Mazarini á los pies de S. Carlos , y el ofensor pidió humildemente perdon al ofendido. Nada de esto necesitaba el cardenal Borromeo para convencerse de la irresponsabilidad en que estaba la órden por los errores de uno de sus individuos : era ilustrado tanto como piadoso , y nunca , como antes hemos demostrado , manifestó el menor resentimiento contra la Compañía , á la cual al tiempo de su desavenencia con Mazarini y antes y despues dió repetidas pruebas de aprecio sumo y confianza entera. Cinco años pasaron desde esta desagradable polémica hasta la muerte del Santo : rodeado vivió siempre de jesuitas , y su desvelo era esotraordinorio para estender y conservar en todas partes á los dignos hijos del grande Loyola.

Ya ven pues nuestros lectores , que los *escándalos* del padre Mazarini , que tales no deben quizás llamarse , ni tienen nada que ver con la Compañía de Jesus , ni menos disminuyeron de un punto el inalterable afecto de S. Carlos , que hasta su muerte fué el protector , el amigo , el discípulo y el penitente de aquellos que á no tardar debían precipitarse en un *espantoso abismo de corrupcion* , segun el condenado *Retrato al da-
guerrcotipo*.

Por lo que hace á la asquerosa farsa , al repugnante cuento , á las cínicas páginas consagradas á un tal Mena , jesuita , en la obra de nuestra impugnacion , solo una cosa podemos decir. Tenemos á la vista diccionarios biográficos de autores así amigos como enemigos de la Compañía : tenemos historias escritas en todos sentidos , y en ninguna de ellas aparece tal nombre. Tenemos mas ; tenemos la obra de Adolfo Boucher ,

y aunque á decir verdad no la hemos leído con gran detención, en la rápida ojeada que á este efecto hemos dado á dicha obra, no hemos sabido encontrar la relacion de semejante enredo. ¿Cómo pues Adolfo Boucher, el autor que si no ha hecho ha pretendido hacer mas daño á los beneméritos hijos del inclito Loyola, ha dejado escapar tan buena ocasion de insultar á la Compañía en un hombre? No nos atreveremos á negar la existencia de Mena; pero la verdad, dudamos de ella; dudamos porque en el panteón anti-jesuitico que la impiedad ha levantado, no encontramos el cadáver de este jesuita, envuelto en la repugnante mortaja que sus enemigos le han proporcionado; dudamos, porque aun sin ser incrédulos, necesitamos para creer lo que la razon rechaza un pretesto, un dato, un apoyo; y ni apoyo, ni dato, ni aun pretesto encontramos. La biografia de Mena ¿dónde está, dónde consta? El autor del tan desmentido *Retrato al daguerreotipo*, cita una obra en que se habla de él: concluido el pulverizado

1. Esta obra es el *Teatro jesuitico*, informe recopilación de mentiras y necesidades de que hemos tenido ocasion de ocuparnos en la página 294. Si todas las autoridades que alega en su favor el ridículo *Retrato al daguerreotipo* son como esta, mal ha hecho en deshacerse de Boucher, porque es escapar de Scila para dar en Caribdis.

El autor del *Teatro jesuitico* Gaspar Schopp, es conocido por Scioppius, Alfonso de Vargas, Melandro, Junipero de Ancona, Geraldo ó Geraldus, nombres, ó mejor caretas con que procuraba disfrazarse cuando dirigia bruscos ó infundados ataques á la Compañía de Jesus. No obstante, este mismo anti-verídico y poco consecuente autor, en 14 de julio de 1630 escribió una carta á Corneille Mottmann, auditor de Rota (*In notis ad Poggianum*, tom. IV, pag. 423) recomendándole, que de las rentas que debian ser devueltas á la Iglesia en Alemania se fundasen colegios dirigidos por los JESUITAS, porque despues de Dios á ELLOS SE DEBE el no haber desaparecido enteramente la religion en Alemania.

En la publicacion de este y otros libelos infamatorios, sus autores no estaban animados de un verdadero celo por la sana doctrina, sino de un deseo anticipado de infamar y perder un Instituto, cuya adhesion á la religion y sumision á las decisiones de la Iglesia irritaba á los enemigos solapados de esta. Al efecto no reparaban en los medios, y publicaban unos mismos libelos bajo diferentes títulos. En 1632 el

Retrato al daguerreotipo serán dos los que tal hagan, y esto no obstante nada probará. El testimonio de una sola obra basta muchas veces para hacer fe en historia, pero la primera regla de crítica es saber apreciar estas obras. ¿Qué nos importa afirmar un hecho, no una sino cien obras; si aquellos que mas enterados pudieran estar permanecen mudos? Historias antiguas, y mas acreditadas que nunca será el ridículo *Retrato al daguerreotipo*, hablan de la Cava como de la causa que ocasionó la perdición del reino godo, y no obstante semejante cuento no merece crédito de nuestros mas modernos é ilustrados historiadores. Crónicas de mucho respeto hablan del origen del blason de Cataluña, y un erudito académico de la Real española de la Historia, ha probado todo el absurdo de semejante relacion. Tenemos en cien libros la biografía de Homero, y los mas profundos literatos convienen en lo ideal de este ser. Finalmente, fingir un nombre y escribir un cuento, es mas fácil que defender una proposicion ó renunciar á una idea.

protestante Dumoulin compuso un libelo contra la Iglesia, que hizo imprimir en Ginebra, al cual intituló: *Catálogo de las tradiciones romanas*; en 1642 se volvió á publicar bajo el título de *Teología moral de los Jesuitas*; en 1656 volvió á reproducirse con el título de *Nueva Teología moral de los Jesuitas y de los nuevos casuistas*; en 1667 apareció de nuevo con el título de: *La moral de los Jesuitas*; en fin este mismo libelo fué reproducido cuando la persecucion de los Jesuitas y de la religion por los impíos del siglo XVIII, añadiendo algunos nombres y dándole por título: *Extracto de las aserciones etc.*, libelo infamatorio contra la Compañía, de 542 pág. y en el cual se notaron 758 falsificaciones sin contar citas falsas, pasajes truncados, objeciones tomadas por respuestas, etc. etc. etc. En comprobacion de esta verdad véase la brillante Pastoral del Ilmo. Sr. de Beaumont, arzobispo de París, de 1763, en la cuestion de los Jesuitas, parte 3.^a: *La vérité défendue et prouvée par les faits; Sur la destruction des Jésuites en France, par un auteur désintéressé*, etc. etc.—Nuestros lectores habrán podido convencerse en lo que llevamos publicado, de la buena fe de que ha estado y está animado el anti-jesuitismo: CALUMNIAR y SIEMPRE CALUMNIAR: repetidas veces lo hemos dicho y probado. En la confeccion del *Teatro jesuitico* se siguió poco mas ó menos el mismo sistema: nada tiene de particular; unos mismos hombres debían ser causa siempre de unas mismas producciones.

Y si reconociéramos la verdad de la relacion que hace el autor del tan dignamente condenado *Retrato al daguerreotipo*, lo que está muy léjos de nosotros; si concediéramos la existencia de este Mena, lo cual no es fácil si otras razones no se nos arguyen, ¿qué triunfo creeria haber alcanzado el autor de nuestra impugnacion sobre la Compañía de Jesus? Ninguno: lo alcanzára sobre uno de sus miembros, que malamente introducido en el lugar que no le correspondia, zángano entre abejas, traidor entre leales, tuvo que retirarse avergonzado é ir á esconder su ignominia donde no le alcanzára el sello de infamia con que la Compañía marcó su frente. Esto es lo que se desprende del relato hecho en el reprobado *Retrato al daguerreotipo*; y á fe que aun de este modo pudiera empezar: «Érase un hombre malo en una ciudad de hombres buenos.» Porque en un regimiento de valientes haya tenido entrada un cobarde ¿se llamará cobarde al regimiento? ¿En qué ejército de héroes no ha habido su escaso número de traidores y medrosos? No, si la existencia de Mena fuera real, si su apostasia fuera cierta, nunca por el crimen de uno se condenaria á todos. Santos son los once apóstoles que se mantuvieron fieles á Jesus, y no obstante con ellos vivió y sus pasos siguió y sentóse en una misma mesa y durmió bajo un mismo techo Judas, el mal discípulo. La maldicion lanzada contra Judas ¿alcanza á sus once compañeros? Y porque uno de ellos vendió á su Divino Maestro ¿habria razon para condenar al apostolado en masa? Pero, nuevamente lo decimos: dudamos de la existencia de Mena: hubiéramos tenido una satisfaccion particular en que se nos hubiera identificado su persona, porque probablemente nos sucediera con Mena lo que nos sucedió con Ribera. De todos modos, visto queda: el autor del tan desmentido *Retrato al daguerreotipo* retrata á los personajes con la fisonomía que á él le interesa, y cuando no hay originales que copiar, fiel ó infielmente, hace dibujos ideales. Verdad es que en lo de ideales así salen de su pluma los últimos como los primeros. O su máquina al daguerreotipo está muy estropeada, ó no

asesta el foco á las personas que quiere retratar, sino á algunas copias muy malas con que el anti-jesuitismo ha embadurnado el lienzo de su odio ¹.

1. La prueba pátente de este odio anti-jesuitico tiene por único origen el plan que se habia propuesto de acabar con los Jesuitas, para poder destruir despues con mas facilidad la religion: para conseguirlo no hay absurdo, falsedad ni calumnia que no haya inventado, ora sobre el objeto de la fundacion de la Compañia de Jesus, ora sobre la moral practica de los dignos hijos del grande Loyola: este plan fué concebido y adoptado con la mayor hipocresia. Los enemigos de la Compañia de Jesus la han atacado con la mayor virulencia, porque ella se ha propuesto constantemente sostener el catolicismo, la unidad de la Iglesia, la autoridad pontificia; y como sus enemigos no querian catolicismo, no querian jerarquia sacerdotal, no querian papado, para acabar con todo esto con mas seguridad hicieron recaer todo su odio y todo su furor sobre la órden que mejor habia comprendido la defensa de la Iglesia y del Soberano Pontifice. (*La vérité sur les Jésuites*)—Esta santa y célebre Compañia de Jesus, desde su fundacion hasta los momentos que precedieron á su destruccion, habia sido objeto sin interrupcion de los tiros de la calumnia y de la persecucion. (Henrion, tom. x de la *Historia general de la Iglesia*.)—Hemos anticipado la publicacion de este documento (el *Dictámen* del fiscal Gutierrez de la Huer ta), porque ilustrará sin duda la opinion de los hombres de buena fe, en un punto en que por tantos medios y con tan tenaz empeño han procurado estraviarla los sectarios de la impiedad... Para nosotros, los ataques dirigidos á la Compañia de Jesus no son embestidas indiferentes dados á una corporacion particular; el constante empeño en perseguirla manifiesta de un modo claro y evidente, que alguna cosa grande hay que derribar, cuando tantos esfuerzos para conseguirlo se concentran... Abrazando este Instituto un fin religioso y político, necesariamente habia de provocar el encono de los enemigos de estos principios, con toda la vehemencia de que eran capaces aquellos cuyas pretensiones se dirigian á borrar del mundo la memoria del Dios que en la cruz lo redimiera y conquistára. Para prevalecer las ideas filosóficas (impias), debian atacar á los Jesuitas; los Jesuitas para defenderse debian redoblar el celo y esfuerzo de su Instituto... Si la Europa aspira á vivir dividida y despedazada por la anarquía y el individualismo, la victoria, no hay duda, será de los enemigos de la Compañia. Si por el contrario, despues de tantos años de trastornos y de desgracias, los pueblos y los gobiernos desean sinceramente y en bien de todos restablecer los principios eternos de la monarquia, la religion y el órden, entonces esperemos confiados en que á pasos de gigante se acerca el dia en que los gobiernos y los pueblos harán completa justicia á los trabajos y esfuerzos de los hijos de S. Ignacio... (Prólogo

al *Dictámen* fiscal de D. Francisco Gutierrez de la Huerta.)—Al recorrer los anales de la Compañía de Jesús, encontraremos cien otros ejemplos de este odio ridiculo é inicuo. Basta consultar la historia universal, y su lectura nos manifestará que los gritos de muerte y de destierro, las calumnias y las falsedades, aun proferidas por todo un pueblo, no fueron siempre sentencias dictadas por la justicia. Los atenienses presentaron el veneno á Sócrates y desterraron á Aristides; los romanos forzaron á Camilo á espatriarse y le condenaron á pagar una multa; oyeron las declamaciones de sus fogosos tribunos contra Escipion el Africano, reduciendo al papel de acusado al vencedor de Anibal. Mario proscrito de Italia se vió obligado á esconderse en los pantanos de Minturno, y lloró sus desgracias sentado sobre las ruinas de Cartago. La cabeza de Ciceron fué puesta á precio. S. Atanasio se vió obligado cuatro veces á abandonar su silla episcopal, y S. Juan Crisóstomo acabó sus dias en el destierro.

Si el odio, las calumnias, los clamores públicos bastasen para probar los crímenes que se han atribuido á los Jesuitas, ¿qué diríamos de los mártires, cuya sangre por espacio de mas de tres siglos no pudo saciar la justicia de sus perseguidores? ¿Qué diríamos del mismo Jesucristo? Todo un pueblo, sus jefes y sus ministros al frente gritaron: Crucifícale.

¿Acaso los discípulos de Dios hecho hombre serán mas respetados que su divino Maestro? No han olvidado estas palabras del Salvador: «Si el mundo os aborrece, sabed que primero que á vosotros me aborreció á mí. Si fuerais del mundo, el mundo os amaría como cosa suya; pero como no sois del mundo por eso el mundo os aborrece.» (Joan. xv. 18 y 19.)

Las calumnias, los cuentos ridiculos inventados contra la Compañía entera, ó contra alguno de sus miembros, tienen por origen el odio ciego, el plan meditado para destruir la religion. (*Des Jésuites*, par Cahour; Henrion, *Historia general de la Iglesia*, tomo x; Cretineau-Joly, en diferentes puntos de su *Historia de la Compañía de Jesús*; Leibnitz, *Epist. ad Teutzelium*; Fenelon, *Pastoral*, 1714; Barriel, *Memorias para servir á la historia del jacobinismo*, tomo i; Balleydier, *Histoire de la révolution de Rome*, de 1846 á 1850, tomo i; *Adieux aux Jésuites*, Epitre à Mr. l'abbé Marquet, OÉuv. de Cresset; *Biblioteca de la religion*, tomo xxiv; *Cartas de Zafrilla*, pág. 154; Receveur, tomo xv de la *Historia de la Iglesia*; Carta del Sumo Pontífice Pio IX de 20 de noviembre de 1849 á los señores obispos del concilio provincial de Imola; Pastorales del Esco. é Ilmo. Sr. Obispo de Barcelona de 26 de agosto y 30 de setiembre de 1852, etc., etc.)

CAPITULO XVII.

PORTUGAL.—ESPEDICION DE ÁFRICA.

CUANDO un hombre se empeña en que el ridículo le caiga encima con todo su peso; cuando ya en la senda del descrédito avanza en ella á paso redoblado sin poderse contener, rueda infatigable hasta el precipicio con la velocidad del cuerpo que busca su centro. ¡Pobre cuerpo el de aquel que busca el centro de su ignominia! Esto le está aconteciendo al autor del ridículo *Retrato al daguerreotipo*. Cuando no ha sabido qué decir de los jesuitas portugueses; cuando se ha embrollado cien veces en su relacion y otras tantas ha faltado á la exactitud, apela á hacer reir á las gentes, y á fe que en esto se ha salido con la suya. ¿A qué nadie diria qué horrendo crimen cometieron en el vecino reino los dignos hijos del grande Loyola? Pues sépase que intentaron nada menos que hacer sóbrios á los portugueses, dar buena direccion á los bienes de fortuna, y ¡oh colmo de maldad! prohibir la adquisicion y uso de las materias extranjeras! Esto es á donde puede llegar el despotismo.

Lleno de ideas tan bellas como falsas viene un pretendido filósofo humanitario, y allende una tierra de promision funda la sociedad modelo, la célebre Icaria. Este hombre que tiende, segun dice, á la perfeccion de la humanidad, anda reclutando gentes á guisa de capitán de bandera; y entre las circunstancias que en letras muy grandes marcan las inclinaciones que deben tener sus asociados, léese con asombro de gastrónomos humanitarios y Heliogábalos filántropos, SER SOBRIOS. Hele aquí dos palabras que deben ser de terrible significado para el autor

del condenado *Retrato al daguerreotipo*; y no obstante, así él como todos los de su escuela divinizarían, si se lo permitieran, al célebre Mr. Cabet; una especie de monómano á quien se le ha antojado que los hombres son mas buenos de lo que son en realidad; al contrario del autor de nuestra impugnacion que cree á los Jesuitas malos cuando no lo han sido.—Ahora bien, esta sobriedad que exige y es aplaudida en un comunista, no pueden predicarla los Jesuitas, y hasta querrán hacernos creer sus enemigos, que la sobriedad no es virtud, y que es mucho mejor quemar incienso en aras de la gula.

Por lo que toca á la direccion que debe darse á los bienes de fortuna y el buen uso que debe hacerse de ellos ¿quién les mete á los Jesuitas en semejantes enredos? Verdad es que llamados á Portugal en una época en que los portugueses nada-ban en oro y corrupcion, muy natural era que los misioneros tratáran de imbuir á los poderosos las máximas que aseguran una buena distribucion de aquellos caudales con que el Señor ha querido favorecer á los suyos, para probar su fe en la fortuna como al día siguiente puede probarla en la desgracia. Verdad es asimismo que gracias á las predicaciones de los Jesuitas, Portugal cambió de aspecto, y que la nacion amenazada del lujo de la antigua Roma, prometia entrar en una reforma lacedemoniana. Esto era en Portugal, y es en todos los reinos del mundo, un gran paso dado hácia la estabilidad de los imperios; pero es la obra de los Jesuitas, y desengañarse; los Jesuitas no pueden hacer obra buena. Lo ha dicho el *verídico* y *sapientísimo* autor del *Retrato al daguerreotipo*; como si dijéramos ¿lo ha dicho Blas? Punto redondo.

Pero lo que indudablemente tiene mas chiste es hacer un crimen á los Jesuitas de que clamáran contra la adquisicion y uso de materias extranjeras. Hoy día los enemigos de la Compañía de Jesus harían cargos al que predicase lo contrario. Imposible parece que el odio ciego hasta tal punto, que sin reflexion se increpe como delito lo que siempre se ha mirado como una virtud cívica. Y esto no lo decimos nosotros, lo di-

ria el propio autor del condenado *Retrato al daguerreotipo* si viera en otros lo que en Jesuitas ha visto. Responda el menos imparcial y diga si la introduccion de géneros extranjeros en Portugal y en todas las partes del mundo, cuyo mercado de esportacion no esté al nivel de los primeros ¿no es un elemento de ruina y de rápida decadencia? Asaz conocieron los Jesuitas que los portugueses corrian ciegos á precipitarse en el abismo que engulló el poder de la antigua Roma; de sobras comprendieron que el mal empleo del oro de las Américas trocaria en elemento de muerte lo que debiera ser elemento de vida, y que dominados los descendientes de Albuquerque por los muelles placeres y sibaríticas necesidades cuya aficion habian adquirido de los géneros importados por los extranjeros, perderian los tesoros americanos, y tras los tesoros las Américas mismas. El lujo, hijo de la riqueza mal empleada y padre de la enervacion del cuerpo y del espíritu, habíase apoderado de los portugueses: los Jesuitas quisieron poner un remedio al inminente riesgo, y predicaron contra el lujo, contra la incontinencia y contra el uso de materias extranjeras. Deber suyo era hacerlo; deber de misioneros; deber de ciudadanos. Cuando Juan III les confió la salud de una nacion corrompida, los Jesuitas prometieron cambiar la faz de Portugal, y los Jesuitas no prometian en balde. Predicaron lo que creyeron justo, lo que realmente era útil; y á ninguno por cierto se le hubiese ocurrido sino al autor del ridículo *Retrato al daguerreotipo*, hacerles un cargo de lo que es un mérito.

Esto basta, sin embargo, para que el autor de nuestra impugnacion, que sienta máximas segun le parecen impías y no segun le parecen ciertas, diga con otros ilusos que le han precedido en ello, que los eclesiásticos no solo son inhábiles sino perjudiciales para gobernar los Estados. Para decir esto, y decirlo un español, es fuerza cerrar los ojos y tapar los oidos y matar la memoria de toda nocion histórica. ¿Olvida quien tal dice, que en 1517 la España vistió luto por el primer hombre de su siglo, por Fr. Francisco Jimenez de Cisne-

ros, cardenal arzobispo de Toledo, ministro universal y regente del reino; el hombre bajo cuyo mando España se sentaba en el trono de las naciones; el hombre omnipotente que de sus fondos particulares armó una expedición de ochenta bajeles y regaló á su patria Oran conquistada; el hombre que no contento con haber sembrado á sus espensas la nación de casas de beneficencia, de sus rentas propias pagaba la deuda del Estado; y que mas alto que todos y mas fuerte y mas poderoso, daba á nobles y pecheros, á plebeyos y cortesanos, el ejemplo de la humildad suma, que nunca le permitió presentarse con otro traje que el tosco y miserable de la austera orden de S. Francisco á que pertenecía?—¿Qué responde á esta objecion el autor del ridículo *Retrato al daguerreotipo*?

Vuelva ahora los ojos á Francia, y á principios del siglo xvi verá descollar la figura de un enemigo implacable de los protestantes, Armando du Plessis, obispo de Luzon, cardenal y duque de Richelieu. No creemos que nadie pueda negarnos el singular talento que desplegó el vencedor de la Rochela, á quien indudablemente debe la Francia su prosperidad y gloria, ni menos se nos citará un solo ministro francés, que en la esfera de los conocimientos guerreros, diplomáticos y rentísticos haya ascendido á la altura que el cardenal de Richelieu.—¿Qué arguye el autor de nuestra impugnacion contra Cisneros y contra Richelieu? ¿Qué argüiria contra Mazarini, qué argüiria contra tantos prelados que en todas las cortes de Europa, y especialmente en la romana, han estado al frente de los negocios; qué argüiria contra tantos sumos pontífices, lumbreras de la política como eran faros de la religion; qué argüiria del gran Carlos I si al cabo y al fin vino á parar en vestir el hábito religioso; qué argüiria del mismo Moisés si al pensar en el supremo legislador de los hebreos, recordára que antes de hablar en nombre de la nación israelita habló en nombre de Dios, que antes que funciones de magistrado las ejerció de sacerdote?

Inhábiles y perjudiciales ha llamado á los eclesiásticos que

gobiernan Estados : pocos son aquellos á quienes Dios ha llamado á semejantes destinos ; pero han bastado para probar que las inteligencias privilegiadas para la diplomacia y el mando, no se ofuscan ni entorpecen debajo del bonete, la túnica, la mitra, el birrete ó la tiara. Antes bien hemos visto, y la historia ofrece de ello repetidísimos ejemplos, grandes monarcas buscando consejos de grandes eclesiásticos ; y lo que es mas, poderosos y hábiles reyes que han renunciado el mundo y la corona por el claustro. Conste pues que el autor del repugnante *Retrato al daguerreotipo* la ha errado en esto como la yerra en todo.

Lo mejor de todo es indudablemente haber atribuido á las tenebrosas y maquiavélicas maquinaciones de los Jesuitas la malhadada expedicion de Africa ; infeliz ocurrencia de un autor asaz infeliz en todo. Por de contado que semejante noticia carece de todo fundamento ; como lo hemos probado y vamos nuevamente á probar. Está empero de Dios que los anti-jesuitas, y el autor del condenado *Retrato al daguerreotipo* mas que ninguno, andan dando vueltas al tornillo de su cacúmen para inmiscuir á los dignos hijos del grande Loyola del mejor modo que sepan, en cuantos hechos malos ó desgraciados han tenido lugar. Al decir de estas gentes la Compañía de Jesus mereciera que no la insultáran necios con sus invectivas, ya que su talento sin limites la pone sobre la raquítica comprension de aquellos que ven en ella infamias tan solo, porque son incapaces de conocer las grandezas, de respetarlas y de ensalzarlas.—Volvamos empero al influjo supuesto de los Jesuitas en la jornada de Africa.

A las pruebas tan concluyentes que hemos continuado en la pág. 289, y en la nota primera de la pág. 291, añadimos ahora que D. Sebastian estaba rodeado de aduladores que le engañaban, y que estos aduladores ni eran los Jesuitas ni sus amigos ; eran D. Pedro de Alcazova y los cortesanos de su bandera. Así resulta probado de la *Historia universal* por una sociedad de literatos ingleses, tomo 33, pag. 359 ; La Clede,

Historia general de Portugal, tomo 2.^o pág. 56; Mariana, *Historia de España*; Saint-Prosper, *Historia de Portugal*; el protestante inglés Dunham, *Historia de España*; Herreras, *Sinopsis histórica cronológica de España*; por último San Miguel, no sospechoso para nuestros contrarios, que nada de los Jesuitas portugueses habla en este sentido en su *Historia de Felipe II*; y Antonio Vasconcelos, que en la *Anacephalæosis in regno Sebastiani*, pág. 318, afirma que el confesor de D. Sebastian hizo los mayores esfuerzos para disuadirle de pasar al Africa.

Estas citas, que cada una es una prueba sin contestacion, no puede rehusarlas el autor del reprobado *Retrato al daguerreotipo*; y como quiera que en su abono no nos cite una sola autoridad, estamos en nuestro derecho cuando decimos que es una falsedad histórica suponer que los Jesuitas fueron causa de la guerra de Africa. Pocas líneas antes hemos dicho que el fautor no fué otro que D. Pedro de Alcazova; ahora diremos la causa visible de este empeño por parte de dicho Alcazova. Valido del rey era D. Martin de Camera, que en punto á expediciones contra moros pensaba ni mas ni menos que los Jesuitas, habiendo repetidas veces reprobado esta idea de D. Sebastian. Como quiera que Camera contrariára en esto y en muchas cosas la voluntad del soberano, cayó de su valimiento y entró á sucederle en la real privanza el repetido Alcazova, que como sucede siempre en semejantes casos, trató de obrar en una línea de conducta enteramente opuesta á la de su predecesor. Este se habia opuesto á los bélicos proyectos de D. Sebastian, y creyendo asegurar su valimiento, cayó en desgracia; Alcazova por idéntico motivo debia secundarlos.

El autor de nuestra impugnacion no sabe encontrar mas racional motivo para probar que los Jesuitas aconsejaron al rey la expedicion de Africa, que su deseo de comprometer la vida de D. Sebastian para que la corona de Portugal pasára al rey de España. Aquí hay un contrasentido y una contradiccion. Contradiccion, porque en la pág. 76 de su condenada obra di-

ce que Felipe II era enemigo de los Jesuitas y que aconsejaba á D. Sebastian arrojára de sus Estados á los revoltosos *Jesuitas*. Contrasentido, porque no bastaba que muriera D. Sebastian para que se coronára rey de Portugal el Sr. D. Felipe II, por cuanto el nieto de Juan III tenia parientes mucho mas próximos que el rey de España, los cuales parientes sucediéronle en la persona de su tio el príncipe D. Enrique. Y pues este príncipe debía ser rey antes que el español, y el español no podia ser rey sino por voluntad del príncipe D. Enrique y del pueblo, y el príncipe y el pueblo eran anti-jesuitas, segun dicho del autor del tan desmentido *Retrato al daguerreotipo*; es un contrasentido, y no pequeño, suponer y buscar semejante pretesto para la guerra de Africa.—Ignoramos si despues de esta nuestra contestacion constará en la historia por privilegio de inventiva á favor del ridículo *Retrato al daguerreotipo*, que «á las tenebrosas y maquiavélicas maquinaciones de los Jesuitas» se debe la desgraciada jornada de Africa.

¿Y sabe el autor de nuestra impugnacion, porque el rey don Sebastian empezó á mirar con malos ojos á los Jesuitas, aunque nunca los desterró de su reino, como se atreve á suponer? Precisamente por lo mismo, porque á los dos años de la muerte del P. Luis Gonzalvez cayeron en desgracia Martin de Camera, el cardenal D. Enrique, Mascarenhas y la mayor parte de los consejeros de Estado, sin mas culpa que el haber participado de las opiniones mismas que abrigaban los Jesuitas, opuestos siempre á la expedicion del Africa. El mismo golpe que hirió á los consejeros y privados del rey, hirió á los hijos del grande Loyola, y como dice el anti-jesuita de Thou en su *Historia universal*, «por lo que toca á los Jesuitas creian que des-»
 »pues de haber hecho fracasar la idea de una expedicion á las
 »Indias, poco trabajo les costaria, con el ascendiente que te-
 »nian sobre el príncipe, destruir las miras que tenia sobre el
 »Africa. Los hechos destruyeron sin embargo sus esperanzas, y
 »entonces vióseles caer insensiblemente del gran crédito que
 »hasta entonces gozaran.» El testimonio del protestante de Thou no es sospechoso.

Hemos probado que los Jesuitas no tuvieron parte en la expedición de Africa, y vamos á entrar en la narración de esta guerra. En el terreno de la razón hemos batido hasta ahora á nuestro contrario; vamos á hacerlo en el templo de la historia, donde en el pulverizado *Retrato al daguerreotipo* se ha sacrificado en aras del odio la verdad de los hechos y el respeto á la desgracia. Ya no tendremos necesidad en este punto de los argumentos de la lógica; los argumentos mas fuertes de la historia se pondrán de nuestro lado contra las aseveraciones del censurado autor. También la historia se resiente y queja cuando en vez del noble manto le cuelgan el traje del arlequin; cuando esto se hace con ella, sacude el vestido, y con la antorcha en la mano corre al sitio fatal y despeja fidedigna las sombras de la impostura.

El autor del ridículo *Retrato al daguerreotipo* reconoce en D. Sebastian la misma exaltación de ideas y el mismo caballeresco espíritu que dejamos en otro lugar reseñado. Acusa á los Jesuitas por lo tanto de que á un monarca de suyo *ardiente y aventurero* (son sus palabras) se le imbuyera la máxima de que *Dios ha colocado á los reyes en los tronos para que empleen su poder en propagar la religion*. No sabemos si es cierto que los Jesuitas inculcáran esta máxima á D. Sebastian; pero desde luego suponemos que sí; que de católicos preceptores es enseñar lo que enseñan los libros santos. Creencia es en nuestra santa fe, y cien veces se ha repetido y escrito, que Dios demandará á los reyes estrecha cuenta del estado religioso de sus súbditos y del espíritu que animó el corazón bajo la púrpura. Y esta verdad es tanto menos controvertible para un español, en cuanto una de las glorias nacionales es la lucha que por espacio de ocho siglos siguieron contra infieles nuestros pasados; esa lucha de la cruz contra la media luna, que empieza en Pelayo postrado ante la Santísima Virgen de Covadonga, y concluye en Fernando el Católico de rodillas en los regenerados templos de Granada. Si crimen fuera el propagar la religion católica ¿á donde iríamos á parar? ¿Qué

seria de la memoria , hoy día santa , de tantos reyes héroes , que se empeñaron en lucha con los infieles , ó que tras las naves de sus conquistadores ejércitos mandaron á los pacíficos religiosos que empezaban la conquista para Dios allí donde finia la conquista para los hombres ? ¿ Por qué sino para propagar la religion , los principes de la tierra se desprenden de fuertes sumas y mandan misioneros católicos á donde se habia estinguido ó nunca habia brillado la luz del Evangelio ?

Moisés tenia de Dios el encargo de conducir el pueblo escogido á la tierra de promision , y á este encargo iba unido el de estender el culto de la verdadera ley. Cuantos se oponian al paso del pueblo de Dios , eran humillados ; porque con los escogidos luchaba la divina voluntad que queria ver estendidos los creyentes como rio que avanza ; como mar que adelanta y lame con su espuma distante campo. Moisés desde lo alto del monte Nebo ve á Josué peleando con sus enemigos , y Josué triunfa porque el Señor bendice sus esfuerzos , y el Señor le bendice porque de estender su santo nombre trata el vencedor de Haï y Gabaon. No , no es un crimen en los Jesuitas aconsejar al monarca y predicar que los reyes son los encargados de estender la religion : podian y debian alzar la voz como la alzó Moisés cuando animaba á los suyos á la sagrada y sangrienta peregrinacion.

Nada prueba empero que los Jesuitas predicáran el deber en que están los reyes de estender el nombre de Dios , si de esto quiere deducirse que D. Sebastian partió al Africa instigado por los hijos del grande Loyola. Muchos argumentos hemos aducido anteriormente y sobre este particular en nuestro favor : el de remate sin embargo nos le proporciona el mismo autor del ridículo *Retrato al daguerreotipo* en la página 86. En ella dice que el rey , antes de abandonar á Portugal , *admitió de nuevo á su gracia á los Jesuitas* , lo cual supone que antes no gozaban de ella , y malamente en la desgracia y el destierro, como supone nuestro impugnado autor,

podieran dominar y jugar á su antojo con el albedrío de don Sebastian. Tengan presente cuantos con sus insidiosos ataques quieran perjudicar á la Compañía de Jesus, que la primera obligacion del escritor es no confundirse, no tergiversar los hechos, no desmentirse á sí propio á cada paso, y no dar pié á que se diga que se suple con odiosas farsas lo que de buena fe en enorme dosis hace falta. O los Jesuitas estaban en Portugal y en Lisboa y poseian la confianza real; ó estaban desterrados y habian perdido la gracia del rey. Si lo primero, hase faltado á la verdad en el condenado *Retrato al daguerreotipo*, cuando en la pág. 84 de tan ridícula obra se lee, que D. Sebastian desterró de la corte á los Jesuitas y á su preceptor Martin Gonzalez: si lo segundo era materialmente imposible que ninguna influencia ejercieran los Jesuitas en el ánimo del rey, puesto que en la página últimamente citada dice el autor de nuestra impugnacion, que con el destierro de los Jesuitas solo alcanzó D. Sebastian librarse de sus insidiosos consejos y presencia.—El dilema está patente. ¿Qué contestará el desgraciado autor de nuestra impugnacion? Callar y llenarse de rubor.

Hubiésemos estrañado que un autor hiciera un crimen á una corporacion religiosa de inculcar á su monarca la propagacion de la fe católica, si este autor no fuera el del tan dignamente censurado *Retrato al daguerreotipo*; si antes no le hubiésemos visto negar principios fundamentales en religion; si no encontráramos á cada paso en su obra los mas crasos errores dogmáticos y disciplinarios, y si echando por casualidad la vista en la primera línea de la pag. 87 no hubiéramos leído estas anti-católicas palabras: *La muerte de D. Sebastian estaba escrita en el libro del destino*, etc. Esta frase, repetimos, es anti-religiosa y gentilica: la perdonáramos tal vez á un novelista; pero no podemos perdonarla á un historiador: la pasáramos por alto á quien por inadvertencia pudiera haberla escrito; pero no se la perdonaremos á quien la ha insertado con toda fe, y á quien es mas fácil conozca la historia de

Roma gentilica que la historia de Roma católica. En las mas mínimas espresiones se conoce á veces la índole de un escritor, *maxime* cuando estas espresiones se hallan apoyadas por otras espresiones ó máximas anteriores. Y no se defienda como figura lo que repugna como idea: el destino y Dios son incompatibles: la fatalidad y el libre albedrío se repugnan entre si: decidase nuestro autor, ó la Mitología ó la Biblia; decidase; pero pronto, con franqueza: sepamos de una vez si es musulman ó católico; protestante ó si profesa religion alguna conocida.

Volviendo empero á D. Sebastian, recordaremos á nuestro impugnado autor, que algunos historiadores han llegado á fijar el motivo que obligó al rey de Portugal á pasar á Africa, y que si bien casi todas las historias convienen en que la primera expedicion fué hija del valor y celo religioso del monarca, señalan á la segunda causa mas determinada y material. Dicen, y entre ellos Herrera, Feller, Machado y Vasconcelos, que Muley-Mohammed, hijo de Abdalla, rey de Marruecos, pidió auxilios á D. Sebastian contra Muley-Abdelmalek, su tio, que se habia apoderado del reino; que el monarca portugués al frente de lo mas escogido de su nobleza, abordó en Tanger el 29 de julio de 1578, y que el 4 del siguiente agosto dióse una gran batalla, en la cual quedaron en la arena la mayor parte de los portugueses y su rey D. Sebastian que murió á los veinte y cuatro años de su edad.

No pretendemos que este sea el Evangelio de la historia, pero son de grande importancia las noticias y los nombres de los que las reproducen; siendo de estrañar que en cuatro obras de alta significacion y crédito, nada se hable del influjo ó parte que tuvieron los Jesuitas en la jornada de Africa.

Dejando á un lado esta cuestion, trasladémonos al monasterio de Ntra. Sra. de Guadalupe, y veamos como de la entrevista que el rey Felipe II tuvo con D. Sebastian, no resulta, como pretende el autor del tan desmentido *Retrato al daguerreotipo*, que el rey de España desaconsejase con doble

intento al de Portugal, *para exaltar mas y mas todavía el exagerado entusiasmo del desgraciado D. Sebastian*, produciéndose en espresiones de una fingida admiracion. Felipe II, *el prudente*, veia mucho mas léjos que D. Sebastian el impetuoso; y San Miguel en la historia del sucesor de Carlos I, tomo v, asegura, que Felipe II trató de disuadir al rey D. Sebastian de una guerra, que sin traerle ventaja alguna, solo desastres y gastos habia de causarle. Asegura asimismo que nada pudo recabar del obstinado portugués, por lo cual intentó el último medio y fué que llegada la espedicion á Cádiz, el gobernador de esta plaza duque de Medinasidonia, rogó á don Sebastian en nombre del rey que no pasára adelante. La juventud despreció el consejo, y los posteriores sucesos vengaron á la prudencia.—San Miguel, como hemos dicho repetidas veces, es autor respetable para todos y nada sospechoso para nuestros contrarios: su ilustrado voto es conforme con los no menos ilustrados del inglés Mr. Dunham, *Historia de España*, tomo v; Mariana, *Historia de España*; Nuevo Anquetil, *Historia de Portugal*; Saint-Prosper, *Historia de Portugal*; Herreras, *Synopsis histórica cronológica de España*, y Ortiz y Sanz, *Historia de España* ¹. ¿Como pues el autor

1. No habiendo podido recabar Felipe II de que abandonase don Sebastian el temerario proyecto de una espedicion al Africa, ó cuando menos de que no la mandase personalmente, consintió en auxiliarle, pero con la condicion de que no se internase mucho en Africa. Todavía con esperanza de que no se efectuase la espedicion, envió á uno de sus capitanes mas experimentados á Marruecos, para que examinase bien el terreno y otras circunstancias de aquellos lugares, dándole orden de pasar por Lisboa á su vuelta y de enterar al monarca portugués de todo cuanto hubiese observado y fuese digno de tomarse en consideracion. Desempeñóse esta comision con fidelidad por quien la tenia á su cargo; pero ninguna representacion de persona juiciosa y experimentada, ni las cartas del rey Felipe II hicieron mella en el animo de D. Sebastian.—Poco antes de emprender la jornada las tropas, llegó á su campamento el general Aldana, trayendo cartas del duque de Alba, con las cuales aquel hábil é ilustre guerrero declaraba cuanto se temia que los portugueses se internasen á larga distancia de la costa; pero el presuntuoso monarca desestimó este y otros consejos pru-

de nuestra impugnacion se ha atrevido á escribir semejantes hechos, sin haber consultado una sola de tantas obras como le hemos citado, con otras tantas que pudiéramos citarle, y de ignorante peca en un error histórico que no cometerian los mas desaplicados alumnos de primera enseñanza? Vergonzoso es para un autor que así tengan que enmendarse sus desaciertos; sensible y poco honorífico para nosotros que creíamos derribar un castillo y nos encontramos con menos que una choza.

El autor del reprobado *Retrato al daguerreotipo* que sobre anti-jesuita es anti-español, llama á Felipe II *viejo zorro*; que faltó abiertamente á su palabra de rey empeñada. Esta palabra parece ser la de auxiliar á D. Sebastian con cinco mil soldados, lo cual en vez de hacer, *publicó un edicto prohibiendo rigurosamente que ningun súbdito suyo pasase al Africa*. Este último aserto no lo ha encontrado su autor en ningun historiador razonable, ya que ninguno reuniendo este carácter se atreviera á decir lo que de todo punto es completamente inexacto. Los autores San Miguel, Dunham, Mariana, antes citados, afirman, que si bien Felipe II habia prometido á D. Sebastian cinco mil hombres, solo pudo auxiliarle con *dos mil*, por la necesidad en que se encontraba de enviar refuerzos á Flandes.

Mayor prueba que esta tenemos todavía. El autor de nuestra impugnacion, asaz desgraciado en toda su condenada obra, cita por nota á la pág. 86, tratando de la entrevista de los reyes de España y Portugal, la historia de este último por un tal Denis. Nosotros le decimos, que ó no ha leído esta obra, ó no ha leído sino lo que le convenia, pues á pocas páginas de su cita, es decir, en la 225, hubiese encontrado como Mr. Denis, por señas furibundo anti-jesuita, apoyado en docu-

mentos. (Dunham, *Historia de España*, tomo v; Mariana, *Historia de España*, tomo II; San Miguel, *Historia de Felipe II*, tomo III. Véase además, en confirmacion de cuanto llevamos dicho á Ferreras, *Historia de España*, Cabrera, Leli y demás biógrafos de Felipe II.)

mentos que dice tener por fieles , inserta el siguiente estado de las tropas que formaban el ejército de D. Sebastian en Africa, es á saber : Portugueses , 9000.—Alemanes , 3000.—CASTELLANOS, 2000.—Cuerpo de aventureros, 1000.—Caballería y tren, 3000.—Italianos del cuerpo de reserva , 600.—Total , 18600.—Es de advertir que el mismo Denis , hablando en otra ocasion de los castellanos que fueron con don Sebastian , dice eran en número de 3000.—El mismo autor del ridiculo *Retrato al daguerreotipo* , olvidándose de lo dicho en la pág. 87 habla en la 90 de los españoles que entraron en combate. ¡Qué olvido ! Y no nos diga que estos españoles son los aventureros que contra la voluntad de Felipe II salieron de España y de que nos habla en la pág. 87 , pues sobre que estos aventureros nunca pudieran desobedecer al rey en número de 2000, tenemos que Mr. Denis se hace cargo de los aventureros cuando fija su número en 1000 , y aun el propio autor del pulverizado *Retrato al daguerreotipo* , contradiciéndose á cada paso como tiene de costumbre , escribe las siguientes líneas en la pág. 90 : «El cuerpo de aventureros avanzó tambien con una intrepidez imponderable ; siguieron el movimiento los ESPAÑOLES , los alemanes y los italianos , etc. » de donde se desprende que habia cuerpo organizado de españoles aparte de los aventureros.—Otra vez se lo hemos dicho al desgraciado autor de nuestra impugnacion. Cuando no se es muy fiel en la verdad , debe ponerse sumo cuidado en los asertos que se producen, para no contradecirlos á vuelta de página. Esto le ha pasado á nuestro autor repetidas veces en su tan ridícula obra ; y esto es bien poco honroso para el que en algo estime su reputacion de escritor !

Cuando el autor del infiel *Retrato al daguerreotipo* se ocupa del brillante cuadro que ofrecia la vista de la comitiva con que D. Sebastian partió al Africa , dice que en él descollaba una figura fatídica cubierta con el negro ropaje de los juramentados de Montmartre : era el jesuita confesor del rey , añade , que no le abandonaba un instante. No vuelve á ha-

blarse mas de él sino en la pág. 92, donde nuestro desgraciado autor, al dar cuenta del desenlace que tuvo la batalla librada por D. Sebastian á los moros, dice: que el sol del 5 de agosto iluminó los cadáveres de D. Sebastian abrazado al estandarte real, del rey Mahomet, del usurpador Moluc, y á lo lejos (no se rían nuestros lectores) *un buitre se cernia sobre otro cadaver horriblemente mutilado, envuelto en un negro ropaje. La cabeza estaba separada del tronco sangriento: aquel rostro cárdeno y frio conservaba un aspecto siniestro, y en sus labios contraídos se leía una última espresion de desden, de desprecio y de venganza satisfecha. Aquel cuerpo y aquella cabeza eran los inanimados restos del jesuita P. Mauricio, confesor del rey.*

Vamos poco á poco: esto es ridiculo y torpe; ridiculo como la trova del paje Domingo Madeira, de quien supone nuestro desgraciado autor pronosticaba la ruina de D. Sebastian. ¿Son estos cuentos de niños ó de viejas? ¿Cree el autor del inexacto y parcial *Retrato al daguerreotipo*, que basta para hacerse creer y arrastrar la voluntad de los lectores, urdir tonterías de buitres y cadáveres y embadurnar la historia con los colores de la insulsa farsa? ¿Andaba nuestro hombre caballero en algun globo aereostático paseando por la region de los aires sobre el campo de batalla, cuando el buitre hacia presa en los despojos del jesuita? Oiga de nosotros un buen consejo, y es que en vez de historias mal zurcidas, que son el hazme reir de la gente ilustrada, se dedique á escribir y publicar cuentos de vieja. Esto interesa mucho á su honor, si, como lo creemos, en algo le estima.

Torpe es la relacion, decimos por segunda vez, porque le irrita á uno y le subleva ver manchada la memoria de un mártir de tan inicuo modo. El P. Mauricio, que por no abandonar á su real penitente partió con él al Africa; que selló su amor con el sacrificio de su vida; que fué víctima inocente de una guerra que él y sus hermanos habian tratado de impedir y desaconsejado; este hombre ¿puede haber dado lugar

para que uno que se titula escritor ; que ha visto censurada y condenada la infeliz obra objeto de nuestra impugnacion por aquellos que ha puesto Dios por centinelas de la fe en sus respectivas diócesis ¹, profane su cadáver y su pura memoria , diciendo que en sus helados labios se leía una espresion de desden , desprecio y venganza satisfecha ? Torpe por demás ha andado el tan pulverizado autor. El traidor nunca muere en el campo de su traicion : el traidor hiere alevosamente á su enemigo y huye á donde no le alcance el peligro. Si el P. Mauricio hubiese querido perder á D. Sebastian , no se hubiera perdido con él : léjos del combate , á donde solo un extremo de celo y amor podia llevar al religioso , hubiese gozado en sitio seguro el espectáculo de su venganza satisfecha ; hubiera gozado en el peligro y en la agonía de su víctima y corrido á comunicar la placentera nueva á los interesados en la derrota. Léjos de esto cae en la arena y muere. Nunca , nunca , decimos en muy alta voz , el sacrificador cae al lado de la víctima : el puesto de los traidores no está entre los vencidos , sino donde se satisface el recibo de la traicion. La sangre del P. Mauricio borra hasta la última sombra la mancha de la deslealtad. En Lisboa el P. Mauricio pudiera tal vez traer en la frente la mancha de Judas ; muerto en Africa , ondea en derredor de su cercenada cabeza la auréola de los mártires.

Despues de decirnos el autor del tan anti-verídico y ridículo *Retrato al daguerreotipo*, que en la batalla de Alcazar-Quivir D. Sebastian tenia solos 17 años , en lo cual prueba no tan solo no haber leído la historia , sino ni aun haber copiado la relacion del combate de autor que mereciera dos adarmes siquiera de fe , pues todo el mundo sabe que el desgraciado rey de Portugal nació en 1554 y murió en 1578 , total veinte y cuatro años de vida , pasa á describir como tuvo lugar la

1. Pastorales del Escmo é Ilmo. Sr. Obispo de Barcelona de 26 de agosto y 30 de setiembre de 1832.

accion , en cuya historia , plagada de errores como es de suponer , no le seguiríamos, porque no atañe en nada á la Compañía de Jesus. Forzoso es empero advertir , que en opinion de nuestro impugnado autor , compilador ó llámesele como se quiera , D. Sebastian llevaba lo mejor del combate , y hubiera indudablemente vencido , si una traidora boca (por supuesto de un jesuita) no hubiese sembrado la confusion en su ejército , haciendo correr en las filas la voz de mando ¡atrás! ¿Quién dió este grito? Oigamos al autor del impugnado *Retrato al daguerreotipo*. El mismo que hasta entonces habia murmurado constantemente al oido del rey la palabra ¡adelante! es decir , un jesuita , y como no nos habla en Africa de otro que del P. Mauricio , resulta en conclusion , que el confesor del rey fué el traidor por cuya culpa se perdió una batalla tan ganada!

Ya hemos dicho antes , que los traidores raras veces mueren en los campos de su traicion , y que la justificacion del P. Mauricio estaba en su muerte. Ahora añadiremos , que semejante cuento puede referirse á niños falderos ó á los cegados por la pasion , cuya razon es aun mas dudosa. Pues qué ¿ así un ejército no sabe á quien tiene que obedecer , que acata una orden tan comprometida , y abandona á su rey peleando porque á un religioso se le antoje cambiar la cruz del pastor por el baston del general? Si nos dijera , por ejemplo , que el P. Mauricio entonó una *Salve* , que en el fragor del combate repitieron diez y ocho mil hombres , difícil era , pero en fin no es imposible que un ejército cristiano se bata rezando , porque un sacerdote se lo aconseje ; pero creer que obedezca á la intimacion de ¡atrás! ordenada por un simple jesuita , una de dos , ó es neciamente cándido el que lo escribe , ó cuenta mucho para que ruede la bola con la candidez de sus lectores.

Don Sebastian perdió la jornada porque no podia ganarla; y esto lo habia previsto hasta el mismo autor del ridículo *Retrato al daguerreotipo* , cuando ya en la pág. 85 dice que su tio el

príncipe D. Enrique y todas las personas sensatas de la corte le aconsejaban desistiera de tal guerra. Además, basta leer la descripción hecha del combate en la obra de nuestra impugnación, para conocer que era materialmente imposible que Portugal llevase la victoria sin que ningún traidor ¡atrás! viniera á arrancársela de entre manos. Citaremos sus propias palabras, que hacemos desde luego argumentos en favor. Después de sentar como en opinión de los hombres de guerra veteranos y prudentes D. Sebastian no sabría jamás mandar un ejército, dice: *El rey había resuelto dirigirse hácia el Arache y apoderarse de la plaza, y esto fué en parte lo que le perdió.* Las desventajas que tenía en este terreno eran el sofocante calor de las calcinadas arenas, la falta de víveres, pues solo traía para cinco días, y cortarse él propio la retirada. Tenemos ya á D. Sebastian en una malísima posición, y á sus soldados obligados á pelear en un clima mortífero, que en este particular les hacía muy inferiores á los árabes. Pasemos ahora á la confrontación de los ejércitos. Nuestro tan justamente criticado autor confiesa que D. Sebastian traía solos 18,600 entre peones y ginetes; que la artillería estaba mal servida y peor guardada, al paso que Moluc traía *cuarenta mil caballos, ocho mil infantes y toda la tropa de árabes y aventureros que se había reunido á su ejército*, con más la artillería emboscada, que no rompió el fuego hasta que tuvo el ejército portugués á boca de jarro. A la peor condición del ejército de D. Sebastian, agrégase desde ahora una diferencia de 18,000 á más de 48,000 soldados, desigualdad que bastara á decidir del choque. Conviene también nuestro desgraciado autor en que el plan de batalla seguido por los marroquíes era el que convenia á la disposición del terreno, y que todas las medidas adoptadas dan á conocer la presencia de espíritu de que se sentía animado el jefe árabe, en tanto que D. Sebastian *no era capaz de penetrarse de cuanto peso deben ser para un general las observaciones contradictorias que pueden suscitarse para la adopción de un plan de campaña.* Los disparos de

la artillería de Moluc *causaron una horrible carnicería. Las baterías cristianas contestaron á los fuegos, pero con muy poco fruto, y los artilleros abandonaron luego los trenes.*—Póngase cualquiera la mano en el corazon, y siquier sea entendido militar, siquier no haya saludado en su vida las leyes de la táctica, resuelva de qué parte estaba la seguridad del triunfo, y si para vencer al monarca portugués era necesario que la traicion recorriera su campo. No se quiera encubrir la imprudencia bajo la capa de la desgracia.

Y ahora que hemos dado la razon de ley en que nos apoyamos para negar que tal voz de ¡atrás! resonára en el campo, haciendo volver vergonzosamente la espalda á los portugueses vencedores, ¿podrá decirnos el autor del tan pulverizado *Retrato al daquerreotipo* de que historia ha sacado la noticia? Se lo exigimos, porque no le creemos; se lo exige el público, porque le ve impugnado: y es por cierto sorprendente que un escritor, que buenas ó malas, ciertas ó falsas ha plagado su obra de citas, no tenga un autor semi-decente, un libro semi-fidedigno en que apoyar su dicho. Pues si para las mas ignoradas escenas pasadas en la soledad de la celda ó en el invisible hogar doméstico ha encontrado quien le ayude á suportar en su censurada obra el peso de la falsedad ó de la calumnia ¿cómo en un hecho tan culminante como el de la batalla de Alcazar-Quivir no ha encontrado entre tantos buenos historiadores que se han ocupado de ella, uno siquiera sobre cuya conciencia descargar la responsabilidad del ¡atrás! de esta palabra que decidió la suerte de tres naciones y tres reyes? Créanos nuestro desgraciado autor: si es invencion propia, pobre y de mal género es; si la ha encontrado en alguno de los desacreditados libros que desgraciadamente para él consulta con demasiada frecuencia, antes de dar asenso á semejante parrucha, podia pedir á la historia imparcial los datos de que carecen las ya juzgadas obras de su consulta.

Aquí concluye la historia de D. Sebastian donde empieza la de los tres pretendientes al trono portugués, son á saber, el

cardenal D. Enrique, el duque de Braganza y Felipe II. El autor del ridículo *Retrato al daguerreotipo* acusa á los Jesuitas de haber favorecido los intereses del monarca español. No contestaríamos á este cargo, que por sí sola deshace la historia, si no supusieran los anti-jesuitas que de esta proteccion concedida á Felipe *el prudente* resulta efusion de sangre; sangre con que se quiere manchar la frente de los hijos del grande Ignacio. La lógica de los hechos y el voto de autores competentes nos guiarán ¹.

1. Si bien, en nuestra opinion, las pruebas que hemos presentado son las mas concluyentes para probar la temeridad de D. Sebastian en su plan de expedicion al Africa, plan contrariado por todas las personas sensatas, y secundado por unos pocos de sus áulicos; creemos que nuestros suscritores nos agradecerán les traslademos lo que San Miguel, nada sospechoso al autor de nuestra impugnacion, continua en su *Historia de Felipe II*, acerca de esta desgraciada jornada.

«Se componia la vanguardia del ejército portugués de tres escuadrones de infanteria: en el costado izquierdo los CASTELLANOS mandados por D. ALONSO DE AGUILAR; á la derecha los alemanes por el coronel Talvér, y en el medio los aventureros portugueses al cargo de Cristóbal de Tabora. Componian el cuerpo de batalla los tercios de infanteria portuguesa mandados por D. Miguel de Noroña y Basco de Silveira, y la retaguardia otros dos tercios de la misma nacion al cargo de Diego Lopez Siqueira y Francisco de Tabora. Iban los tres cuerpos flanqueados por mangas de arcabuceros de todas naciones, y la caballeria formaba dos alas en el cuerpo de vanguardia. El rey, que hacia veces de maestre de campo general y de general en jefe, pues todo lo disponia por sí mismo, marchaba en el cuerpo de batalla, llevando á su lado á Muley-Hamet, seguido de sus 400 moros. Los bagajes iban protegidos por la caballeria, y las piezas de campaña en los huecos que dejaban los tres cuerpos ó trozos del ejército.

»Los historiadores convienen en alabar mucho la actividad y genio militar de Abdel-Muley-Moluc, emperador de Marruecos: tomó, al efecto de oponerse á la expedicion de D. Sebastian, todas las medidas necesarias para sacar á campaña el mayor número de tropas posible, á cuya cabeza se puso en persona, aunque conducido en litera.... Se componia su ejército de 36000 caballos, entre los que se hallaban 2000 con arcubuces, 7000 infantes, todos arcabuceros, y 34 piezas de campaña, sin contar una porcion de tropas irregulares árabes que igualmente le seguian. Con toda esta gente caminó hácia Arcilla, observando los movimientos de los portugueses. Sabedor de la desacerada jornada que estos emprendian, envió 3000 hombres para ocupar

Llamado al trono el cardenal D. Enrique por muerte de D. Sebastian su sobrino, conservó á los Jesuitas en la misma estimacion que hasta entonces les habia profesado. Como en su calidad de sacerdote el nuevo rey se hallaba imposibilitado de tener sucesion, ya que el Sumo Pontífice se negó á relevarle de los sagrados votos, en vida del cardenal fueron ya varios los partidos que se declararon en favor de este ó aquel sucesor. ¿En cuál de estos partidos figuraron los Jesuitas? En ninguno. Portugueses los mas, debian naturalmente sentir por todo lo que fuera español una repulsion nacional. No podian declararse por lo tanto á favor de Felipe, de quien hasta aquel entonces, observan los historiadores, no habian recibido proteccion alguna especial. ¿Podian tal vez declararse partidarios del duque de Braganza, en quien no existia ni el ánimo necesario al fundador de una dinastía, ni la audacia de un conquistador? Tampoco. Portugal no podia confiar sus destinos á un hombre, que en persona se habia presentado á Felipe II, y solo en el terreno de la conciencia se atrevia á disputar la corona lusitana. De Thou, en su *Historia universal*, tomo VIII, se espresa en los siguientes términos, hablando de este pretendiente: «El duque, que conocia su propia debilidad, comenzó á creer que le era mas ventajoso hacerse

un vado por donde tenian que pasar el rio Larache; y los portugueses, destituidos de este recurso, creyendo haber encontrado otro, se hallaron con la novedad de que estaba intransitable. En aquel conflicto, sin poder pasar adelante, sin poder ni querer retroceder, hallándose sin viveres, no se presentó mas recurso que el desesperado de dar batalla al moro, que se hallaba con fuerzas tan superiores á los portugueses. El 4 de agosto en un sitio llamado Alcazar-Quivir, tuvo lugar esta refriega... En aquellas llanuras, en aquella estacion, en aquel clima, no era dado á la infanteria portuguesa, aunque superior, resistir el impetu de tantos caballos que por todas partes sobre sus filas se arrojaban. Eran precisas otras disposiciones, y para tomarlas un hombre de mas capacidad ó de mas genio. Quedó derrotada la retaguardia portuguesa; se fué destrozando poco á poco toda la vanguardia en medio de grandes esfuerzos de valor, abrumada bajo la superioridad del número, etc. etc. etc.»

con la proteccion de un principe tan poderoso como Felipe , que obstinarse en sostener sus derechos , mal seguro como estaba del éxito. » San Miguel , *Historia de Felipe II* ; Dunham , *Historia de España* , tomo v ; la *Historia de España* por una sociedad literaria , obra poco sospechosa á todos los enemigos de las glorias españolas , dicen sustancialmente lo mismo.

Neutrales los Jesuitas , sucedió , como era de esperar , que ambos partidos estuvieron descontentos de ellos , de modo que mientras en la corte española se les tenia por defender con los franceses al prior D. Antonio de Crato , en Lisboa y en Coimbra eran considerados como partidarios del rey de España ; y esto era tan falso , que una vez que Felipe II quiso disuadir al cardenal D. Enrique de su plan de matrimonio , léjos de mandar á un jesuita envió á un dominico , el P. Fernando del Castillo. Muerto el cardenal , despues de haber significado su voluntad de que el trono pasára al monarca español , encontróse este con dos competidores , á bien que el duque de Braganza se habia ya dado á partido y solo Crato podia sostener la competencia. ¿ Pero qué competencia era posible con Felipe II , el monarca mas fuerte de su época ? El duque de Alba pasó á Portugal , y las lanzas españolas conquistaron para su rey un nuevo reino. No los Jesuitas , sino el incontrastable poder del hijo de Carlos V ganó el Portugal : venció en Lisboa , como venció en San Quintin , en Peñon de los Velez , en Túnez , en Flandes y en Lepanto. No le ciñeron los Jesuitas la corona : fué á buscarla con su espada , y se la ciñó de propia mano.

Vencido D. Antonio de Crato en Portugal , refugióse á las islas Terceras ; pero el marqués de Santa Cruz pasó allá con treinta navios ; venció al pretendiente por mar como habia sido vencido por tierra , y apaciguó las turbulencias castigando á algunos de sus promovedores. Esto ha dado pié á que el autor del inexacto *Retrato al daguerreotipo* haya afirmado por sí y ante sí , con la autoridad de su ciencia y sin escrúpulo

de su conciencia, *que en la isla Terceira los Jesuitas hicieron decapitar en un solo día á veinte y dos señores y cincuenta y dos caballeros llegados á la isla para sostener los intereses del Prior de Ocrato, é hicieron sufrir igual suerte á unos quinientos clérigos regulares que habian defendido la misma causa.* —Esta relacion de la obra por nosotros impugnada es inexacta, completamente inexacta: los Jesuitas nunca fueron verdugos, ni en la isla Tercera; fueron en todo caso víctimas. Esta acusacion no tiene fundamento; el mismo hereje y calumniador Antonio Arnaud¹ en su *Memorial* á favor de la universidad de París, entre los mil denuestos y calumnias de que hace blanco á la Compañía de Jesus, y á pesar de ocuparse especialmente de los Jesuitas en la isla Tercera, no habla de estas ejecuciones provocadas por los beneméritos hijos del grande Ignacio, y que á ser ciertas hubiese transcrito en letras de sangre para horrorizar mas y mas á los enemigos de la Compañía, cuya efervescencia trataba de explotar.

Los Jesuitas no figuraron en la isla Tercera sino es por el siguiente hecho, único que encontramos en muchos historiadores que hemos consultado. No hay historia nacional que no cuente sus falsos monarcas, y cuando el misterio ó la ignorancia envuelven los últimos momentos de algun rey, es cuan-

1. Antonio Arnaud ó Arnaldo, es uno de los concurrentes al primer conciliábulo de Burgo-Fontaine, donde se fraguó el plan y se echaron los cimientos de la conjuracion jansenista, que unida con los filósofos de la impiedad destruyó la Compañía de Jesus y despues la religion en Francia, abriendo con esto las puertas á la mas horrorosa revolucion que han visto los siglos. Al inventar y propagar Arnaldo las calumnias contra la Compañía de Jesus, no hacia mas que seguir la infernal doctrina de Calvino, Pasquier, Jansenio y San-Ciran; adoptando la doctrina con estos últimos del conciliábulo de Dodrax, que no es otra que la del infernal heresiarca Calvino, quien establecia por precepto y dogma para sus sectarios, que: *Jesuitæ aut necandi, aut calumniis opprimendi sunt.* (A los Jesuitas ó se les ha de asesinar, ó bien se les ha de oprimir con multitud de calumnias.) He aquí los autores favoritos de que se vale para calumniar á los dignos hijos del grande Loyola el autor de nuestra impugnacion. Aquí viene de molde aquel adagio español: «Dime con quien vas y te diré quien eres.»

do los aventureros se aprovechan con mas fruto del estado de incertidumbre de los pueblos y las historias manifiestan disparidad en las opiniones. Dióse la batalla del Guadalete , y tratando de averiguar el paradero de D. Rodrigo , unos le suponen muerto en el campo , otros en el rio , otros creen que se hizo ermitaño , y otros monge ; todos empero se hallan faltos de pruebas , y aprecian como tales las mas inverosímiles conjeturas. A la muerte de D. Sebastian aparecieron dos ó tres falsos Sebastianes. El rumor de que D. Sebastian no habia muerto en las costas de Africa llegó á la isla Tercera , donde corrió la voz de que el rey vuelto á Europa iba á recobrar su trono. Algunos isleños y religiosos , cuyo celo tenia mejor intencion que fundamento , dieron ascenso á la noticia , y empezaron á predicar una cruzada en favor del pretendido don Sebastian. « Los Jesuitas, dice de Thou, autor nada sospechoso para nuestros contrarios , se esforzaron en desengañar al pueblo. » « Esta conducta, añade Cretineau-Joly, era la única que podian observar los hombres prudentes ; pero pesa sobre la prudencia una condena de error cuando la exaltacion dirige los ánimos. Creyóse en la isla Tercera que los Jesuitas negaban la verdad del hecho por favorecer el partido del rey de España, y el odio nacional fué causa de una insurreccion parcial contra los dignos hijos del grande Ignacio. Los partidarios del falso D. Sebastian muraron la casa de estos Padres ; sin embargo á poco se restableció la calma y volvió á reinar el orden. La única acusacion que en este punto pesa sobre los Jesuitas , debida á uno de sus mas implacables enemigos, Antonio Arnaud , es la de que los Padres derribaron los muros y salieron de su casa en procesion , colocando á la cabeza como prenda de seguridad el Santísimo Sacramento del Altar. — Bueno está el crimen si esto puede llamarse tal ; y sin embargo nada mas hicieron los Jesuitas, ni otra cosa puede echarles en cara el ya citado hereje Antonio Arnaud , que por cierto no anduvo escaso en buscar noticias ni en hacer comentarios. Finalmente , quien castigó á los insurgentes de la isla Tercera,

consta por la historia ser D. Alvaro de Bazan , primer marqués de Santa Cruz , quien en dos combates navales batió las fuerzas de los portugueses y de sus aliados los franceses , con muerte en la primera del mariscal Felipe Arozzi y prision de muchos señores; y en la segunda aprisionando á Mr. de Chartres , cuñado del rey de Francia y general de sus armadas en aquellas islas.—Esta es la verdad , y no se dé de cabezadas nuestro impugnado autor para impugnarla inútilmente.

Los Jesuitas se habian vengado , concluye el capítulo. Vengado..... ¿De quién ? ¿Por qué? ¿Cómo? ¿Podian vengarse de D. Sebastian , cuando este monarca les habia colmado de honores y depositado en ellos su mayor confianza ? ¿Podian vengarse del pueblo portugués , que siempre les respetára y fiára en ellos la educacion de sus hijos ? Para que haya venganza , fuerza es que haya habido afrenta ; y esta afrenta ¿dónde está ? El autor del reprobado *Retrato al daguerreo-tipo* dice que con la muerte de D. Sebastian *quedaban vengados de los antiguos agravios* : pero estos agravios ¿cuáles eran ? D. Sebastian tuvo desde la niñez maestros jesuitas ; siguió tomando consejo de ellos en la mayor parte de las cosas ; jesuita era su confesor , á quien amaba como á su padre ; y hasta en su espedicion al Africa lleva consigo al P. Mauricio Serpes , que muere sobre el mismo campo donde cayó su real penitente. ¿Dónde están estos agravios ? ¿Cómo los vengaban ? Nuestro desgraciado autor dice , que haciendo pasar la corona á Felipe II : esto no deja de ser una suposicion tan aventurada como ridícula. En primer lugar que era muy incierta la sucesion de D. Felipe al cardenal Enrique , ya porque Roma pudiera haber accedido á los deseos de este y obtener sucesion directa á la corona ; ya porque el duque de Braganza ó el prior de Ocrato pudieran haber salido triunfantes en sus pretensiones. En segundo lugar que nada ganaban los Jesuitas con deshacerse de D. Sebastian para dejarse gobernar por el rey de España ; antes por el contrario , trocaban un jóven que , en sentir de nuestro tan desmentido autor , era un juguete de los

Jesuitas , por un rey que no era juguete de nadie , á quien el mayor privado no pudo doblegar una vez la férrea voluntad. En tercer lugar que Portugal nada perdió con que ciñera la corona lusitana el prudente hijo del gran Carlos I , antes bien es un hermoso período de su historia aquel que empieza en el fundador del Escorial y acaba en Felipe IV , traidoramente vendido por el conde—duque de Olivares.

Entiéndalo bien el autor del tan ridículo *Retrato al daguerreotipo* : no hay venganza donde no hay agravio previo , y los Jesuitas no habian sido agraviados en Portugal : no hay venganza donde no hay castigo , y los Jesuitas no castigaron á la nacion de sus protectores D. Juan , D. Sebastian y D. Enrique. Si por sistema y odio hay empeño de buscar el modo como achacar á los Jesuitas la responsabilidad de los hechos desgraciados que continua , no es difícil que la fortaleza anti-jesuitica y anti-católica que se propuso levantar venga abajo piedra sobre piedra , arrastrando en su caída el manchado estandarte que en él hacia ondear la impiedad.

CAPITULO XVIII.

LOS ESLABONES DE UNA CADENA IMPÍA.—POMBAL.

DESDE que el grande Ignacio , venciendo obstáculos para bien de la Religion y de la humanidad , puso por obra el plan que Dios mismo le inspirára , la impiedad que rugió herida , no cesó , como hemos visto , de atacar con ruines medios la obra del santo fundador . Las nubes agrupadas durante mas de dos siglos estallaron en deshecha tempestad , que principió á últimos del pontificado de Benedicto XIV . La santa y célebre Compañía de Jesus desde su fundacion hasta los momentos que precedieron á su destruccion , habia sido el blanco á donde apuntaron sus tiros la persecucion y la calumnia . La impiedad , que por un instante se sentára al pié de los tronos mas reverenciados de la cristiandad , ocupando todas las avenidas del poder , llegó á ser bastante fuerte para descargar el postrer golpe á unos adversarios , que ni un solo dia la habian dejado respirar ; que no la habian permitido un solo momento de descanso , y en los cuales veia el único obstáculo á su definitivo triunfo . Sensible es , pero la hora ha llegado en que veamos á reyes católicos , entregados al vertiginoso espíritu de la filosofia , en aquella época sinónimo de impiedad , y á la perversidad de sus ministros , conjurarse contra los Jesuitas con un encarnizamiento inconcebible , ó dejarse por debilidad arrastrar á la conjuracion que desde el siglo XVI se estaba tramando . Vamos á ver como puestas de acuerdo las cortes para tan desgraciado objeto , no se dan un momento de reposo hasta aniquilar los mas firmes apoyos de la Religion en sus Estados , en cuya cruzada uno no sabe qué admirar mas , si la

ceguedad de los príncipes, ó la perversidad de sus consejeros. El primer eslabon de esta cadena impía, en cuyo extremo estaba la abolicion de la Compañía de Jesus, es Carvalho, conocido despues por conde de OEyras y mas adelante con el funesto nombre de marqués de Pombal. «*No me hableis nunca de este hombre*, decia Juan V, príncipe sabio y pacífico, que conocia el carácter ambicioso é intrigante de Carvalho; *él es quien pondrá mi reino en combustion.*» Juan V habia juzgado bien al favorito; pero este príncipe murió en 1750, y el trono de Portugal pasó á su primogénito José, rey débil, tímido y voluptuoso, hecho al parecer para servir de juguete al primer ambicioso que tuviese el suficiente talento para subyugarle. Por desgracia este ambicioso fué Carvalho. La reina madre, que no sentia por él aprecio ni afecto, profesaba especial cariño á su mujer; este cariño la sedujo hasta proponer al rey para ministro de negocios extranjeros á Sebastian José Carvalho.

El nuevo ministro miró su elevacion como un medio de elevarse mas, y nada le parecia imposible como le aproximára al término de su ambicion, es decir, á una autoridad absoluta y despótica, como difícilmente se encontraria semejante en la historia de los ministros mas poderosos y mas perversos¹. Los portugueses, al ver que el cielo solo habia concedido hijas al rey José, deseaban que María, la primogénita, princesa del Brasil y heredera presunta de la corona, casára con su tío D. Pedro, hermano del rey: Juan V que deseaba esta alianza, habia obtenido de Roma las dispensas necesarias, y la reina madre no era menos partidaria de este enlace. Carvalho, empero, que queria dominar, y dominar solo, supo atacar á José por la parte flaca: hízole concebir sospechas acerca del carácter de D. Pedro, príncipe querido de los grandes y del

1. La violencia y la crueldad se hallaban tan arraigadas en la familia de Carvalho, que en el mismo OEyras existia una memoria que la hacia constar. Todos los domingos el cura en la misa mayor rezaba con los fieles tres veces el *Padre nuestro*, para que el cielo les librase del furor de Carvalho. (Cretineau-Joly, *Clemente XIV y los Jesuitas.*)

pueblo por su afabilidad y brillantes prendas, en el cual la nacion entera hubiera visto gustosa al sucesor del trono. Recordóle malignamente el valido que el nombre de Pedro siempre habia sido funesto á Portugal; que Pedro I se habia revolucionado contra su padre; que Pedro II, secundado por los nobles, habia usurpado la corona á su hermano Alfonso. «*El que vos pensais hacer Pedro III, tiene partidarios en todas partes, añadia el valido; si el matrimonio proyectado se lleva á término y de él nace un heredero ¿hasta donde no podrá entonces elevar sus miras ?*»

Estas artificiosas insinuaciones, frecuentemente repetidas con un aire de franqueza y lealtad hácia la persona del rey, hicieron sobre su espíritu débil y supersticioso todo el efecto que el pérfido Carvalho se habia prometido. Por ellas le entró al rey tal desconfianza de D. Pedro y de la nobleza, que acabó por creer no habia en sus Estados otra persona fiel que su ministro, y en los brazos de este se arrojó ciegamente.

La reina madre descubrió la trama del privado; pero la descubrió demasiado tarde, cuando ya era imposible destruirla, y durante cuatro años que vivió todavía, tuvo el suficiente tiempo para reprenderse el haber colocado al lado de su hijo á un hombre en quien entreveía el enemigo de su familia, el tirano de Portugal y el azote de la Religion. Verdad es que esta alianza de que acabamos de hablar, tuvo lugar diez años despues, por uno de esos resortes inesplicables que la Providencia pone en juego algunas veces para desconcertar la po-

1. En la nota primera de la pág. 259 de nuestra obra manifestamos el plan que el tirano Pombal se habia propuesto de protestantizar el Portugal, casando al inglés duque de Cumberland con la princesa de Beyra. Por esto se oponia á que esta princesa casara con el infante D. Pedro, su tio. Véase además *La vérité sur les Jésuites*; Cretineau-Joly, *Clemente XIV y los Jesuitas*; Henrion, *Historia general de la Iglesia*, tomo x; Gutierrez de la Huerta, *Dictámen fiscal*; Pombal, *Choiseul et Aranda ou l'intrigue des trois cabinets*; Receveur, *Historia general de la Iglesia*, tomo xv; Cretineau-Joly, *Historia de la Compañia de Jesus*; Theiner, *Tableau de l'époque*, etc. etc.

lítica de los hombres ; pero no es menos verdad que cuantos contribuyeron á ella pagaron caro el atentado contra el despotismo del omnipotente ministro. El Nuncio del Papa fué indignamente arrojado , y dos de los hermanos del rey encerrados como criminales en lóbregos calabozos. Júzguese por estas odiosas escenas de cual seria la suerte de los pretendidos culpables menos ilustres , y de como vengaba el pérfido Carvalho su humillado orgullo ¹.

No bien la muerte cerrára los ojos á la reina madre, cuando el ministro, libre de la última traba para obrar á entera libertad , obtuvo del débil monarca un edicto hasta entonces inaudito en los anales de la historia. Dando consistencia á un rumor vago , forjó un cuento de cierto desconocido que habia dicho , *podria muy bien asesinarse á un ministro de estado*. El edicto , haciendo realidad la grosera invencion , mandó , *que semejantes palabras proferidas contra los ministros , es decir contra Carvalho , serian consideradas como crimen de lesa majestad*. A mas de esto ordenábase practicar *informaciones continuas é ilimitadas* ²; prometíanse treinta mil reales á todo delator , y el que mostráre negligencia en la denuncia , de-

1. Pombal, déspota, orgulloso, vengativo y hombre incapaz de hacer bien sino por medio del mal, concibió un odio profundo en Inglaterra y Alemania á los religiosos y jerarquía eclesiástica: era enemigo de la nobleza portuguesa por haberle rechazado de su seno. (Cretineau-Joly, *Clemente XIV y los Jesuitas*; Gutierrez de la Huerta, *Dictámen fiscal*; *La vérité sur les Jésuites*; Cahour, *Des Jésuites*, parte 2.^a; Schlosser, *Histoire des révolutions politiques et littéraires de l'Europe au dix-huitième siècle*, tom. 1; Schoell, *Cours d'histoire des Etats européens*, tom. XXXIX; Receveur, *Historia de la Iglesia*, t. xv; Theiner, *Histoire du pontificat de Clément XIV*, tom. 1.)

2. Pedro Gonzalez Cordeiro, el alma del tirano Pombal, fué el encargado de hacer amplias y continuas informaciones. La arbitrariedad se ejercia sin máscara. (Cretineau-Joly, *Clemente XIV y los Jesuitas*; Gutierrez de la Huerta en su *Dictámen fiscal*; *Biographie universelle*; Crist. de Murr, *Journal sur Kunstgeschichte*, part. 7, pág. 280-292; *La vérité sur les Jésuites*; Schlosser, *Histoire des révolutions politiques et littéraires de l'Europe au dix-huitième siècle*, tom. 1; Cretineau-Joly, *Historia de la Compañía de Jesus*, etc. etc. etc.)

bia ser asimismo castigado como reo de lesa majestad. Este inconcebible edicto sirvió de pretesto á las tiránicas medidas con que Carvalho aterrizó al comercio, haciendo pasar á sus arcas la fortuna pública, contra ley, contra derecho, contra razon.

Los portugueses no quisieron suportar tamaña tiranía y empezaron á murmurar del ministro; pero este, armado de su edicto, sufocó los gritos y atestó las cárceles de presos. Pronto las prisiones de Lisboa no fueron bastantes para contener el número de las víctimas del tirano Pombal, y entonces hizo construir un buen número de ellas en subterráneos á donde no llegaba la luz ni el aire, ya á lo largo del Tajo, ya en los mismos palacios reales, ya en los fuertes bañados por las olas del mar. Valiéndose de los espías que tenia á su sueldo en todos los puntos del reino, pronto los espantosos calabozos se vieron atestados de seculares, eclesiásticos y religiosos, que sin saber por qué, se encontraban de repente presos y condenados sin forma de proceso á una cautividad mas dura que la muerte ¹. Para sufrir esta pena bastaba que cualquier enemigo se convirtiera en delator; bastaba ser rico, ó no humillarse ante este nuevo Sejan ². La confiscacion seguia siempre al encarcelamiento; Carvalho reunió por este abominable sistema

1. Pombal llenó de prisiones las orillas del Tajo, y cuántos le eran odiosos ó le infundian sospecha, fueran sacerdotes ó religiosos, nobles ó ciudadanos, poblaron aquellas oscuras mansiones. La delacion recibia su premio, el ministro la tenia á sueldo, y así no perdonaba á nadie. José I se dejó persuadir fácilmente de que si la vida de Pombal se hallaba en riesgo, la suya necesariamente debia correr peligros mucho mayores, y aterrizado con esta idea, dejó pasar libremente las atrocidades de su ministro. Toda persona cuya franqueza le pareciese expansiva al ministro, era sumida en lo profundo de un oscuro calabozo, y semejante peligro contenia á los demás que adoleciesen de esta franqueza. (Cretineau-Joly, *Clemente XIV y los Jesuitas*; Gutierrez de la Huerta en su *Dictamen fiscal*; el furibundo anti-jesuita Mr. Denis en su *Historia de Portugal*; Cretineau-Joly, *Historia de la Compañia de Jesus*; el autor de la *Administration du marquis de Pombal*, etc. etc.)

2. El toscano Elio Sejan; como si dijéramos el Pombal de Tiberio.

inmensas riquezas , que trasladó á países extranjeros para encontrar un recurso en caso de desgracia.

Mientras nobleza y pueblo temblaban al aspecto de tantos horrores , el rey por su parte sufría continuadas crisis con motivo de las pretendidas conjuraciones ¹ con que el pérfido ministro no cesaba de espantar su pusilanimidad ; no veía sino por los ojos del privado , en quien creía tener el mejor escudo. En efecto , Carvalho afectaba asimismo temor por su propia seguridad , é hizo creer al débil monarca que los pretendidos conjurados trabajaban para perderle á fin de llegar seguidamente hasta el príncipe ; que no cesaban de perjudicarle y que sucumbiría al cabo á los tiros del odio y de la envidia , víctima de su leal fidelidad. A esto añadió diestramente que esperaba tendría á bien el rey comunicarle cuanto los traidores pudieran inventar en perjuicio suyo , pues se sentía con la fuerza necesaria para destruir todas las calumnias. El crédulo monarca cayó en el lazo , y desde entonces ¡ desgraciado aquel que osaba depositar una queja al pié del trono ! El miedo embargó todos los corazones , y ya nadie se atrevió á acusar al prepotente y tirano Carvalho.

Sin embargo , el pérfido ministro no se creyó enteramente seguro , temiendo que tarde ó temprano su tiranía traspirara por medio de los Jesuitas. Sin el P. Moreira , confesor del rey ,

1. Para dominar completamente el cruel Pombal al débil José I , empleó el medio de tenerle en tutela , aterrorizando su imaginacion con fantásticas conspiraciones contra su vida. Para llevar á cabo sus diabólicos planes , tuvo Carvalho á su favor la sencillez característica de José I , la docilidad con que se prestó este rey á seguir el camino que le enseñaron de ciertas pasiones vergonzosas , y la natural timidez de su ánimo , sostenida y aumentada por medio de misteriosos avisos y diarias ficciones de peligros con que el falso celo de Carvalho , Texeira y otros favoritos mantenían el ánimo del monarca en continuo abatimiento y perpetua dependencia de sus amañes y sugerencias. (*Dictámen del fiscal Gutierrez de la Huerta ; Henrion , Historia general de la Iglesia*, tom. x ; Mr. Denis , furibundo anti-jesuita , *Historia de Portugal ; Cretineau-Joly , Clemente XIV y los Jesuitas ; Pombal , Choiseul et Aranda , ou l'intrigue des trois cabinets* , etc. etc. etc.)

habia otros cuatro religiosos confesores de principes y princezas de la sangre, bienquistos todos y respetados por la real familia. Carvalho resolvió alejarlos á todo trance. Hizo entender al rey que abusaban de la confianza de D. Pedro para inspirarle ideas de revuelta; que disponian á su antojo de cuasi todos los grandes que les habian tenido por maestros, y que apoyados hasta este punto podian atreverse aun al legítimo principe. Al propio tiempo puso en manos del rey cuantos libelos habian sido publicados contra la Compañía de Jesus desde el primer dia de su fundacion. El rey José, que de mucho antes, como hemos visto, estaba prevenido contra D. Pedro, y cuyo carácter era naturalmente espantadizo y sospechoso, leyó los libelos que le presentaba su *fiel* Carvalho. Ignorante de que todas estas calumnias habian sido victoriosamente refutadas, bebió cándidamente todo su veneno, y prestóse desde luego á las miras de su pérfido ministro. Aprovechándose este de la disposicion en que estaba el ánimo del principe, hizo imprimir y repartir por todo el reino cuantas falsedades habia inventado la herejía contra los Jesuitas, y por este medio consiguió un momentáneo triunfo entre una parte del pueblo, cuya ignorancia le hacia juzgar por simples apariencias. Cuando llegó á este punto, creyó poder arrojar la máscara y hacer un primer ensayo de su poder, á propósito de una Compañía mercantil que acababa de establecer en provecho propio y perjuicio de todo el comercio portugués ¹. En este interin, uno de los jesuitas de Lisboa predicó sobre el Evangelio del dia: *Facite vobis amicos de mammona iniquitatis*. (S. Lucas, cap. 16, v. 9.) Carvalho le acusó injustamente de

1. El tirano Pombal tenia necesidad de oro; las confiscaciones no llenaban sus arcas tan pronto como quisiera; y así creó una compañía llamada del Maraño, que arruinaba el comercio; y era preciso, bajo pena de espatriacion ó de ir á aumentar el número de los infelices de que estaban atestados los calabozos, no solo consentir sino aplaudir el monopolio que ejercia. (Cretineau-Joly, *Clemente XIV y los Jesuitas*; Gutierrez de la Huerta, *Dictamen fiscal*; *Historia de la Compañía de Jesus* por Cretineau-Joly; Mr. Denis, *Historia de Portugal*, etc. etc.)

haber satirizado su empresa ; y aun cuando el predicador nada de ella habia dicho ni soñado, el sacerdote fué desterrado por la sola deposicion del ministro. Cuando esta víctima salia para su destierro, mandó su sermon al P. Provincial, poniendo estas palabras al márgen : «Afirmo bajo juramento que no cambié una sola palabra al predicarlo.» En vano el infante D. Pedro y el P. Moreira, sabedores de su inocencia, intercedieron por él con el rey.

Otro jesuita á quien los negociantes de Lisboa pidieron consejo sobre la nueva compañía mercantil, contestó que la creia mas perjudicial que útil. La franqueza ó si se quiere la imprudencia de esta contestacion, le valió el destierro. Con mas rigor fueron aun tratados los comerciantes, pues cuantos firmaron una esposicion dirigida al rey contra el monopolio establecido en favor de la nueva compañía, fueron arruinados, desterrados y encerrados en oscuras mazmorras por el vengativo Carvalho. No le bastaba esto, sino que aprovechándose de la ocasion, hizo creer al rey, que los Jesuitas habian invadido todo el comercio de América, no miraban con buen ojo á la moderna compañía mercantil y desaconsejaban á los particulares que colocáran en ella sus fondos. — Confesemos francamente que si Pombal no era un genio en política, lo era, y de primera clase, en calumnia.

Tantas acusaciones, cuya mala intencion y falsedad fueron mas tarde demostradas, parecian haber decidido al crédulo José á desterrar á los Jesuitas de la corte ; y ya este rumor se habia esparcido en público, cuando tuvo lugar el horrible terremoto de 1.º de noviembre, que transformó á Lisboa, esta ciudad opulenta y orgullosa, en un espectáculo de horror, que infundia lástima ¹. Los conventos que los Jesuitas tenian

1. La ciudad de Lisboa quedó convertida en un montón de ruinas : las familias andaban dispersas ; en todas partes no se veian sino huérfanos y viudas : esto no obstante el carácter feroz de Pombal no se desmintió un solo momento, pues segun el autor de la *Administration du marquis Pombal*, partidario de este tirano, viéronse despues del

en ella, aunque padecieron algun tanto, escaparon al fuego que devoró una gran parte de la ciudad ¹. Entonces, haciendo objeto de su encendida caridad á los muertos y moribundos, cuidaron y alimentaron á mas de trescientos heridos en las tiendas que apresuradamente construyeron en el ámbito de sus huertos. Semejante proceder conmovió el corazon de S. M., cuyas prevenciones parecieron disminuir hasta el punto de asignar una cantidad para reparar los daños que habia padecido la casa profesa. Carvalho agriado mas con esta novedad, que derribaba todos sus ambiciosos planes, criticó las prácticas de piedad sugeridas por los Jesuitas para escitar el pueblo á aplacar la cólera celeste, escribiendo y propalando

terremoto al rededor de Lisboa doscientos cadáveres ahorcados: el sistema de terror, dice el mismo autor, duró demasiado, y al fin degeneró en tiranía. Promulgóse luego una ley, tendiendo á reprimir toda palabra contra el gobierno, y ofrecióse una recompensa de cuantia á quien denunciase á los culpables. Mucho se pondera hoy dia la administracion de Pombal: mas preguntaremos nosotros á los hombres del presente siglo, si les acomodaria un ministro capaz de promulgar semejantes leyes, y mayormente con el poder de darles cumplimiento. (Mr. Denis, furibundo anti-jesuita, *Historia de Portugal*.) Nosotros dejamos al autor de nuestra impugnacion, admirador del tirano Pombal, el encargo de contestar á la pregunta de Mr. Denis.

1. La casa del tirano Pombal permaneció ilesa en este desastre general, y el rey quedó asombrado de este hecho. El conde de Obidos, célebre por sus dichos agudos, contestó al rey sobre este particular: «Es cierto, señor, que se ha conservado la casa de Carvalho; pero tambien lo es que las de la calle de la Suja han tenido la misma suerte.» Es de advertir que esta calle era el receptáculo de todas las prostitutas de Lisboa. Segun refiere Linka, *Viaje á Portugal*, este chiste costó al conde de Obidos muchos años de prision. (Cretineau-Joly, *Clemente XIV y los Jesuitas*.) Pasado el terremoto que asoló Lisboa, interrogado el marqués de Aozua por el rey lo que debia hacerse, contestóle el ilustre general: «Enterrar los muertos, atender á los vivos y cerrar las puertas;» palabras que ofendieron al malvado Pombal, por cuyo motivo fué enviado el marqués á Setubal, de donde no volvió á salir! (Mr. Denis, *Historia de Portugal*.) El autor del anti-verídico *Retrato al daguerreotipo* podrá añadir estos rasgos de mansedumbre á la biografía de Pombal, de este Calígula del siglo XVIII, de quien el autor de nuestra impugnacion es tan celoso admirador.

por todas partes, que el pasado terremoto provenia de causas puramente naturales, sin que el cielo tuviera nada que ver en el castigo que Lisboa acababa de sufrir.—Carvalho era calumniador é impío á un mismo tiempo.

Entre los misioneros jesuitas se habia hecho notable el padre Malagrida, quien no contento con predicar la penitencia, habia sobre este particular escrito una obrita y distribuido ejemplares de ella á toda la familia real. Este fué el origen del odio que desde entonces le profesó el ministro. Púsose este furioso á la vista de un libro que destruia sus irreligiosas aserciones; y en su ambicioso frenesí tuvo la audacia de arrancarle de manos del débil monarca como la obra de un fanático, buena sola para encender el fuego de la sedicion. Otro motivo tenia además Carvalho para deshacerse á todo trance del P. Malagrida. Este misionero habia persuadido al rey, á la reina y á la real familia sobre las ventajas de hacer unos ejercicios espirituales, y al efecto se habian tomado ya algunas disposiciones. Carvalho conoció que si este plan se ponia en ejecucion, se le escapaba para siempre el rey de entre las manos y que su pérdida era inevitable. Un incidente, de que supo aprovecharse, vino á sacarle del embrazo. José habia autorizado al P. Malagrida para edificar una casa de retiro, y el infante D. Pedro era quien debia atender á los gastos. El rey, incapaz, por desgracia, de ocultar secreto alguno á Carvalho, comunicóle el plan y el privilegio: al oirlo Pombal exclamó, que aquello era lo único que hacia falta para autorizar las asambleas clandestinas y fomentar las conspiraciones; declamó contra los ejercicios espirituales, que calificó con la mayor impiedad de mojiganga, y habló de los Jesuitas como unos traidores, rebeldes y partidarios del infante D. Pedro. El rey que seguia temblando con solo oir hablar de rebeliones y conspiraciones, adquirió nuevamente el carácter asustadizo, miedoso y suspicaz de otro tiempo: el plan de la casa retiro fué abandonado y el P. Malagrida desterrado.

Carvalho, durante los años 1755 y 56, no cesó de continuar intrigando contra los Jesuitas, imputándoles crímenes, ya cometidos en Europa, ya sobre todo en América, de donde era menos fácil traer las pruebas de la inocencia de la Compañía y las calumnias del valido. En fin, tanto intrigó y con tanto éxito y perseverancia, que á últimos del año 1757 llegó á echar de la corte á los Jesuitas, privándoles de todas relaciones con la familia real. No faltaron, aunque pocos, aduladores de Carvalho y algunos malos religiosos que aplaudieron esta medida; pero la inmensa mayoría, y con ella la de nobles y pueblo, conocieron muy bien que la ruina de la Compañía de Jesus arrastraría consigo la de las otras órdenes y la del clero y la de la piedad y la de las costumbres y moral pública. Carvalho por otra parte ningún cuidado ponía en ocultar sus proyectos; sin temor ninguno, y con un aire de impiedad triunfante, decia que el rey era muy libre de hacer adoptar en sus Estados la religion que mejor le pluguiera; que la felicidad de Portugal consistiria en que, como la Inglaterra, se formase una Iglesia nacional', y así por este estilo un sin

1. Pombal aspiraba á destruir la religion en la Península, y perseguía á los Jesuitas como á los defensores mas perseverantes de la Santa Sede. Nada menos intentaba que cambiar el orden de sucesion de la monarquia portuguesa, y colocar la corona por medio de un enlace en las sienes del protestante inglés duque de Cumberland. (Véase sobre este particular la nota primera de la página 259 de nuestra obra.) Con esto envilecía la familia real, y humillaba á los grandes que no se hacian esclavos de sus caprichos y de sus abominables planes. Para este ministro, que no sabia ser moderado en el bien ó mal que concebía, eran de absoluta necesidad aquellos hombres cuya inteligencia pudiese quedar reasumida en una obediencia pasiva. Al frente de la jerarquia administrativa colocó á sus próximos parientes ó hechuras inmediatas, redujo al rey á no ser mas que un autómatas de movimiento, le aisló completamente de toda influencia católica ó monárquica; ganó su corazón, arrancó de él los principios religiosos, sustituyéndolos con los de las universidades, de los jansenistas y protestantes. (Cretineau-Joly, *Clemente XIV y los Jesuitas*; Henrion, *Historia general de la Iglesia*, tom. x; Pombal, *Choiseul et Aranda, ou l'intrigue des trois cabinets*; Barruel, *Memorias para servir á la Historia del jacobinismo*; Schoell, *Cours d'histoire des Etats européens*, t. xxxix; Schlos-

fin de impiedades. Pero para llegar á su objeto era necesario perder á los Jesuitas¹, y para perderles faltaba desacredi-

ser, *Histoire des révolutions politiques et littéraires de l'Europe au dix-huitième siècle*, tom. 1; Theiner, *Tableau de l'époque*, etc. etc.)

1. En comprobacion de esta verdad citaremos el testimonio, no de un católico, que podria reputarse parcial, sino el de un protestante imparcial, que se preocupa ante todo de la verdad histórica, y que no se deja cegar por espíritu de secta ó de partido. He aquí en resumen en qué términos juzga Schoell al tirano Pombal en su *Cours d'histoire des Etats européens*, tom. XXXIX: «El gran adversario de los Jesuitas en Portugal estaba seducido por las ideas de los filósofos, y su pasión dominante era la destrucción de la Compañía de Jesus, para LLEGAR MAS ADELANTE Á LA DEL CATALICISMO. Pombal, añade, empleó para llevar á cabo su plan las armas de la MALA FE, de la EXAGERACION y de la CALUMNIA.» A este testimonio añadiremos el de Mr. Kern, luterano y profesor en la universidad de Gotinga, testimonio tampoco sospechoso: «La experiencia ha demostrado que los enemigos de la Compañía de Jesus lo eran para zapar con mayor seguridad los cimientos de la Iglesia, de la cual los Jesuitas son las columnas, el sosten, los auxiliares... que la Compañía de Jesus era un muro destinado á preservar y sostener todas las autoridades: en fin, que despues de la supresion de los Jesuitas las doctrinas irreligiosas y anárquicas jamás habian hecho tanto progreso; que jamás la autoridad habia sido tan amenazada, y que jamás tampoco la fe católica habia sido mas altamente despreciada por la orgullosa razon humana.» No menos esplicito es el testimonio del protestante Juan Muller, á favor de los Jesuitas, en su *Histoire universelle*, tom. III et IV, pues dice terminantemente: «Que los principales jefes de los Estados de Europa, siguiendo las tendencias de la época, buscaban librarse de la dominacion pontificia; que no podian soportar por mas tiempo una órden (la Compañía de Jesus) que habia sido fundada para oponerse á los progresos de la herejía y proteger la unidad de la Iglesia: por esto se ligaron contra los Jesuitas.» Aun añadiremos otro testimonio no menos significativo, el del protestante Schlosser, quien en su *Histoire des révolutions politiques et littéraires de l'Europe au dix-huitième siècle*, tom. 1, dice: «No puede formarse una idea del plan de batalla formado por los jansenistas y filósofos para abolir la Compañía de Jesus. No se proponian otro objeto que la ruina del catolicismo.» Concluiremos citando la autoridad del famoso protestante Ranke, quien en su *Histoire de la papauté pendant les seizième et dix-septième siècles*, toma con calor la defensa de los Jesuitas, y no es por causa de las apologias de la Compañía ni de los libelos publicados contra de ella, sino porque él mismo, lo propio que los otros que hemos citado, ha examinado por sí con la mayor exactitud los hechos avanzados por los apologistas y por sus acusadores, y este examen le ha obligado á conde-

tarles ante la opinion pública. Este es el plan que llevó en un libelo que se imprimió de orden suya, con el título de *Relacion compendiada de la república que los Jesuitas de Portugal han establecido en las posesiones de Ultramar y de la guerra que han escitado y sostenido*, etc ¹.

nar á estos para dar toda su aprobacion á aquellos. «Una vez apoderados de las murallas exteriores (la destruccion de los Jesuitas) se atacó » la fortaleza (la religion) con mas energia... La destruccion de la Compañía de Jesus *socavó el mundo catolico hasta sus cimientos*, hasta la » esfera donde se forman las nuevas generaciones.» Fácil es pues comprender que Pombal, sectario fogoso de la impiedad, emplease todos los medios viles y denigrantes para destruir á los Jesuitas, á estos granaderos de la Iglesia, y que la victoria alcanzada por su destruccion sea considerada por los enemigos de la religion como la mas brillante desde Lutero hasta la horrorosa revolucion francesa. Ya tiene pues esplicada el desgraciado autor de nuestra impugnacion la causa porque el tirano Pombal persiguió á los Jesuitas y procuró la destruccion de su orden.

1. Pombal además estendió con profusion por la Península y resto de Europa infinidad de asertos, cuya prueba siempre anunciada jamás llegó á presentarse. Segun estas relaciones, los Jesuitas monopolizaban en el Paraguay los cuerpos y las almas; eran los reyes de la Reduccion y habian intentado reunir estas provincias bajo el cetro y dominacion de uno de sus hermanos coadyutores, á quien darian el título de emperador, bajo el nombre de Nicolás I, etc. etc. A esta distancia de lugares y personas, Pombal tenia elementos para la calumnia, y se calumnió por cuenta de ambos reinos. En Portugal, su autoridad y sus amenazas le impedian hacer su tejido de mentiras; pero la España á quien asociaba en sus criminales pensamientos, rehusó aceptar semejante mancomunidad. Pombal habia buscado en el gobierno de Fernando VI cómplices tan interesados como él en popularizar el error, y á escepcion del duque de Alba, no halló sino personas indignadas de su atrevimiento. El rey de España y su consejo de Castilla, ilustrados por Ceballos, gobernador del Paraguay, apreciaron en lo que se merecia la obra del ministro portugués, y á fin de manifestarlo de una manera ostensible, el tribunal supremo de Madrid condenó el libro de Pombal á ser quemado públicamente por mano del verdugo. Mas adelante, en 13 de mayo de 1755, en 27 de setiembre de 1750, y en 19 de febrero de 1761, Fernando VI y Carlos III reprodujeron por reales decretos la misma condenacion.

Cuando Ceballos fué enviado para destruir el supuesto trono y ejércitos del fabuloso emperador Nicolás, que la imaginacion del tirano Pombal y la impiedad del duque de Alba habian creado en el Para-

¡Oh! hemos estudiado muy á fondo esta cuestion ; hemos pedido noticias á muchos autores , y contamos dejar tan confundido á nuestro adversario , que no se atreva mas á ensuciar con su pluma las páginas de la historia de la célebre y digna Compañía de Jesus. Una sola cosa sentimos ; la verdad histórica reclama justicia , la inocencia ultrajada exige reparacion , y una y otra no pudieran tener lugar si para dejar á cada uno en el sitio que le corresponde, no arrancáramos de un tiron la máscara que encubre la fealdad de muchos perso-

guay , y cuyo jefe decian acuñaba por su cuenta cantidades inmensas con los metales de las minas, cuyo lazo se tendió á la ignorante y ociosa credulidad , ¿ qué halló de todo esto en aquellas poblaciones inocentes ? pregunta el ilustrado D. Francisco Gutierrez de la Huerta en su informe al consejo de Castilla de 12 de abril de 1813 , (Madrid, imprenta de D. Agustin Espinosa y compañía, calle del Caballero de Gracia, 1845) y añade : « Que se examinen sus relaciones , y ellas responderán á esta cuestion , diciendo que lo que se halló fué el desengaño y la evidencia de las calumnias forjadas en Europa : pueblos sometidos en lugar de pueblos sublevados ; vasallos pacíficos en vez de súbditos rebeldes ; religiosos ejemplares y no malvados seductores , y misioneros celosos denunciados como jefes de bandidos. En una palabra, se encontraban conquistas hechas en favor de la Religion y del Estado por las solas armas de la dulzura , del buen ejemplo y de la caridad , y un imperio compuesto de salvajes civilizados , presentados voluntariamente á pedir el conocimiento de la ley , sujetos á ella , y viviendo en sociedad sin mas freno que los lazos del Evangelio, la práctica de la virtud y las sencillas costumbres de los primeros siglos del cristianismo. » Los libelos de Pombal , repudiados por el clero, la nobleza y el pueblo portugués , encontraron asilo en los folletos y sátiras de los filósofos de la impiedad , en las obras de sus primos hermanos los jansenistas y en las rancias animosidades de los protestantes : para todos estos sectarios Pombal fué el ministro predilecto : celebraron su valor , ensalzaron sus talentos y le dotaron de todas las perfecciones. Las fábulas inventadas á su capricho se sancionaron como verdades incontestables por hombres que dudaban de todo ; y en aquel siglo , en que todo presentaba materia al sofisma , se creyó ciegamente una impostura manifiesta y sin el menor disfraz. (Cretineau-Joly , *Clemente XIV y los Jesuitas* ; Gutierrez de la Huerta en su *Dic-támen fiscal* ; Juan Muller , *Histoire universelle*, tom. III et IV ; Schoell , *Cours d'histoire des Etats européens*, tom. XXXIX ; Cretineau Joly , *Historia de la Compañía de Jesus* ; Theiner , *Tableau de l'époque*, etc. etc. etc.)

najes y el disfraz bajo el cual ocultaron sus malas acciones. Procuraremos sin embargo que nuestro comportamiento sea lo mas digno posible , para que mas y mas contraste con el modo brusco y anti-civilizado de nuestros opositores.

Se ha tratado de ponernos en un aprieto y saldremos de él triunfantes con el auxilio del Señor : la causa que defendemos es santa ; es defender la religion contra los ataques encubiertos de la impiedad. Quizás al escudriñar con ojo de lince la historia de las naciones y de los hombres que contribuyeron á la espulsion de los Jesuitas , tengamos que derribar alguna opinion ó rebajar alguna grandeza : ¿será nuestra la culpa si los lectores salen convencidos de que hay hombres , cuyo interior es mas feo que el mas feo rostro , aun cuando no hayan faltado cronistas ni historiadores que cubrieran con recamada mortaja el cadáver de sus vicios ? No , no es nuestra la culpa si encontrándonos de buenas á primeras cara á cara con el pérfido Pombal , decimos y probamos ser falsas , ó ridículas , ó mal forjadas las noticias que acerca del ministro omnipotente continúan en el tan desacreditado *Retrato al daguerreo-tipo*. Por esto al lado de una biografia queremos continuar otra biografia , porque nos place conozca todo el mundo al odioso marqués de Pombal ¹; á este representante de las ideas impías y filosóficas que caracterizan al siglo XVIII; á este botafuego de la mina irreligiosa , á quien cabrá siempre el infamante título de haber conjurado contra unos hombres baluartes de la fe católica , los numerosos ejércitos de la calumpnia , la intriga y el dinero. Uno por uno hemos de recorrer los eslabones de esta cadena , y todos han de fundirse en el crisol de la luminosa verdad. Pombal es el primer eslabon : no le disputemos tan triste preferencia.

1. Pombal es un hombre que no debe recordarse á los reyes y á sus ministros sino para inspirarles horror al despotismo , por cuyo medio pisoteó todas las leyes y conculcó la religion , su mas firme baluarte. Preferiria , decia el mismo Voltaire , recordando lo que Pombal hizo contra los Jesuitas , ser esclavo antes que portugués. (Mr. de Montlosier , enemigo de la Compañía de Jesus , en su libro *Des Jesuites*.)

La biografía del ominoso Pombal inserta en el anti-verídico *Retrato al daguerreotipo*, es, como se supone, un reto á la verdad histórica, y nosotros aceptamos este reto, pasando á trazar someramente el cuadro degradante de los actos de su vida, que obligan á esclamar al conde Alejo de Saint-Priest, furibundo anti-jesuita: « Sobre su valor, paciencia é infatigable energía, proyectan espesísimas sombras su crueldad, celos y avaricia. »—Sebastian José Carvalho Melho, conde de OEyras y mas adelante marqués de Pombal, nombre con que es mas conocido en la historia, nació en 1699 de D. Manuel Carvalho, pobre gentil-hombre de Soura, en la provincia de Coimbra. La oscuridad de su nacimiento y el orgullo de que abundaba su pecho, hizo que desde luego se mostrara abiertamente hostil con la aristocracia portuguesa, una de las mas exclusivas y ensoberbecidas de Europa. Mandáronle sus padres á que cursara el derecho en la universidad de Coimbra; pero enemigo de la aplicacion y ardiendo en su pecho el foco de las mas vivas pasiones, se disgustó muy pronto del estudio y abrazó la carrera de las armas. Una talla casi gigantesca, una distinguida figura y una fuerza extraordinaria le hacian muy á propósito para su nuevo estado; pero cansado asimismo de esta carrera, sea efecto de su inconstancia, sea por haber sido desatendido en una promocion, sea, como él mismo ha dejado escrito, que estravíos de jóven le obligaron á abandonar el regimiento, lo cierto es que se retiró á Soura. Pombal habia sabido cautivar el corazon de una jóven, hija de la primera nobleza del reino, llamada D.^a Teresa de Noronha-Almada, á quien desposó contra la oposicion de sus parientes, y á los ojos de la indignada nobleza de Portugal. Débil y atrevido á la vez, en vano se esforzó para calmar á los *fidalgos* y hacerse adoptar por ellos: todos sus esfuerzos fueron vanos, y desde aquel dia juró en el fondo de su alma la ruina de aquellos hasta los cuales no habia podido elevarse. A fuerza de intrigas y de solicitudes, fué enviado en 1743 á Viena con una comision secreta, sin estar

emperero revestido de carácter alguno público. Si en el ejercicio de su cargo no demostró gran talento para las negociaciones diplomáticas; si nada sacó de su sencilla y facilísima misión, dió pruebas no obstante de que cuanto le faltaba para ser un diplomático, le sobraba para merecer el título de galanteador de primera clase. El 7 de enero de 1739 habia perdido á su consorte, y en libertad de su mano, la ofreció á la jóven condesa de Daun, parienta del célebre mariscal de este nombre; y si bien encontró en Viena las mismas dificultades que en Portugal, llevó á cabo su objeto y contrajo segundo matrimonio con una segunda noble, es decir, con una persona perteneciente á la clase que mas él aborrecia. Pombal queria engrandecerse, y todos los medios eran buenos y lícitos como le condujeran al objeto.

Ahora entra lo bueno en la tan justamente condenada obra de nuestra impugnacion: su desgraciado autor se ha reido de los milagros del grande Loyola, ni mas ni menos que pudiera haberlo hecho el mas completo ateo. No nos ha sorprendido esta confesion; por esto le hemos rogado otras veces nos dijera francamente, si era musulman, protestante, ó si profesaba religion alguna conocida. Con reirse de los milagros de S. Ignacio de Loyola ha rehusado además el testimonio de autores piadosos y respetables; pero al autor de nuestra impugnacion nada le importan estos testimonios; prefiere á ellos sin duda el del impio Boucher, el del jansenista Arnould, y otros de esta calaña: tratábase de dañar á los Jesuitas, y ningun reparo ha sido para él la fe de los pueblos y la aseveracion de los sabios: ha sido sin embargo necesario para desacreditar á los dignos hijos del ínclito Loyola contar alguna insulsa ó descarada paparrucha, y entonces el tan desgraciado autor de nuestra impugnacion no ha dudado un momento en dar fe á cuantas necedades le han sido, dice, referidas, y que á juicio de toda persona sensata no tienen mas mérito que el de una invencion ridícula, que condenaríamos seguramente si no estuviéramos ciertos de que los mas se han reido

con su lectura , y los menos lo han tirado sin leerlo. Quede pues sentado que el desgraciado autor del ridiculo *Retrato al daguerreotipo* no cree en los milagros que obra Dios por intercesion de sus santos ; quede tambien sentado que nuestro impugnado autor , negando los milagros obrados por Dios , por intercesion de S. Ignacio , se hace indigno del nombre español por declararse , indudablemente sin advertirlo, hereje ; y quede por último sentado que si no cree en los milagros que obra el Todopoderoso por intercesion de sus escogidos , cree en cambio en la existencia de brujos , magos y adivinos , como de ello nos da una prueba en la pág. 29 de su censurada obra , atacada en las pág. 84 y 85 de la nuestra , y ahora tras otros cuentos del mismo jaez , en las pág. 96 , 97 y 98 nos habla de una profetisa que anunció á Carvalho su futuro engrandecimiento y los crímenes , no se rían nuestros lectores , con que los Jesuitas mancharian su historia ; con sola la diferencia , que así como esta clase de profecías por lo regular van acompañadas de grandes libaciones de vino y licores , y acostumbran á salir de los labios de hombres barbudos vestidos á guisa de cucurucho , la profetisa del impío Carvalho era jóven y linda , especie de mariposa blanca que habia formado el nido en la cima de una montaña. ¿ Y qué es lo que mas asombra en todo esto al desgraciado autor de nuestra impugnacion ? La circunstancia de llamarse Pombal Sebastian y José , *los dos nombres á la vez de los dos reyes de Portugal cuya sangre fué derramada por los hijos de Loyola* , segun dice , aunque con la mayor inexactitud , el autor de nuestra impugnacion.

Constantes en nuestro propósito de contestar á los cargos donde quiera que los encontramos consignados , no dejaremos ciertamente pasar por alto este último , que encierra nada menos que una terrible acusacion de regicidio. Por lo que á don Sebastian hace , hemos probado ya , con muy poca gloria para el desgraciado autor de nuestra impugnacion , la completa inocencia de los Jesuitas en su pérdida ; y aun sin ser así , no vemos motivo porque este rey muriera en un combate para decir

que los Jesuitas derramaron su sangre. No hablemos pues de D. Sebastian, que bastante hemos hablado; hablemos de don José y desvanecemos esta acusacion, cosa que por cierto nos ha de costar bien poco, pues hechos son los que vamos á referir que constan no en una sola acreditada historia.

Levantóse Lisboa una mañana con la noticia de que en la noche anterior habian sido disparados tres tiros contra el rey. Verdad es que nadie habia oido los disparos, ni el monarca habia sido visto por persona alguna, escepto Pombal y un cirujano su favorito; pero se hizo cundir la voz de que el atentado habia sido dirigido por la mano de los Jesuitas, y se instituyó una comision presidida por el tirano Pombal para juzgar á los pretendidos culpables. En su consecuencia fueron presos muchos nobles, y el duque de Aveyro, á impulsos del dolor que sentia en la tortura, confesó haber querido matar al rey á instigacion de los Jesuitas ¹, como se le exigia de-

1. Bien fácil es observar por el solo contesto de la atroz é injusta sentencia, que de los diez jesuitas aprehendidos el dia antes que esta se pronunciase, ni de los tres especialmente calificados en ella de autores, sugestores y propagadores del proyecto de regicidio, ninguno resulta incluido, ni en la nómina de los reos con que aquella comienza, ni en la de castigos ó penas con que concluye.—Fácil es advertir tambien que toda la realidad de su crimen y toda la incertidumbre de la imputacion que de él se les hace, está fundada en la liviana presuncion de su anterior malignidad, y esta en la voluntaria asercion del que estendió la sentencia, atendida la imposibilidad de que se hubiesen justificado en el proceso tantos y tan enormes delitos precedentes, y cometidos segun la misma sentencia en puntos tan lejanos é inco nexos.—Fácil es asimismo conocer que no habiendo sido ni tan siquiera interrogados los Jesuitas sobre el atentado de la noche del 3 de setiembre, ni era posible conocer sus escepciones, ni dificultoso fingir, suponer y amontonar cuanto se quisiera contra ellos, ocultando lo que pudiera favorecerles y callando maliciosamente las retractaciones específicas y terminantes que el duque de Aveyro, sus criados y otros hicieron, hallándose sin coaccion y en visperas de morir, de lo que habian declarado en el potro, y por evitar su tormento á gusto y contemplacion de Carvalho, empeñado en afligirlos mientras que no hiciesen cómplices y sugestores del proyecto á los padres Malagrida, Alejandro y Matos; y finalmente, es bien fácil percibir la contradiccion que envuelve el hecho de calificar á estos padres de reos y criminales

clarase. Esta es la única prueba que tienen los anti-jesuitas ; prueba que no prueba nada , como no sea la barbaridad de Pombal , y que no obstante merece las simpatías de nuestro impugnado autor ; del tirano Pombal , repetimos , que aplicaba las gentes al tormento para arrancarles confesiones entre ayes y delitos entre suspiros. En vano el mismo duque de Aveyro quiso retractarse ¹ de su declaracion no bien mitigaron el rigor de su suplicio ; en vano se hizo presente á los jueces que solo rumores de conspiracion era lo que habia , sin que tal conspiracion hubiera podido ser justificada ; la sentencia se estendió y ejecutó ², y por ella Ferreira, ayuda de cámara del rey , fué condenado á las llamas ; otros muchos fueron enrodados ; Leonor , marquesa

convictos del regicidio , y no pronunciar contra ellos las penas correspondientes á tan execrable delito , á la manera y al tiempo que se practicaba con los otros desgraciados reos que sufrieron el último suplicio (Gutierrez de la Huerta, *Dictamen fiscal*; Pombal, *Choiseul et Aranda*, ou *l'intrigue des trois cabinets*; Henrion, *Historia general de la Iglesia*, tomo x, etc. etc. etc.)

1. El duque de Aveyro quiso retractarse delante de los jueces , y habiendo estos negádose á oírle , encargó á su confesor empleara todos los medios posibles para hacer publica, si fuese dable , en todo el universo su retractacion. (Henrion, tomo x de su *Historia general de la Iglesia*.)

2. Para juzgar á los pretendidos reos , el tirano Pombal creó un tribunal presidido por él mismo ; tribunal escándalo del derecho y de la razon , cuyo modo de enjuiciar hizo que vistieran de luto todas las instituciones humanas. La sentencia fué digno desenlace de tan sangrienta farsa. Carvalho la estendió , y eran tan inverosimiles los cargos y tan palpablemente contradictorias las pruebas , que bastará citar algunas solas de sus testuales palabras para que se borre hasta la última duda sobre el particular. Decia primero : *El tiro atravesó la parte posterior del carruaje...* Y luego decia asimismo : *Seis tiros penetraron en el pecho del rey.* De modo que entrando las balas por detrás , hirieron al rey por delante. Para mayor contradiccion y prueba en favor nuestro , dice mas abajo : *El tiro no hizo mas que rozar la espalda...* Y despues se desmiente á si propio con las siguientes palabras : *El rey ha recibido mortales heridas.* ¿ Como un tiro que solo rozó la espalda , ocasiona heridas mortales ?—A pesar de esto la sentencia se ejecutó para vergüenza de los jueces que la firmaron y horror de la humanidad.

de Tavora y viireina que habia sido de Goa, mujer de suma belleza y estremado talento, fué decapitada y arrojadas al mar las cenizas de su cuerpo despues de quemado; su esposo descuartizado, sus hijos, yerno y criados ahorcados; rotos los huesos de brazos y piernas, puestos en las ruedas y quemados sus cuerpos, arrojadas sus cenizas al mar, sus bienes confiscados, sus palacios demolidos y abolido para siempre su infamado nombre ¹. ¡Muy bien por Pombal! A este tirano, tan elogiado en el inmundo *Retrato al daguerreotipo*, se debe haber presenciado Portugal en la segunda mitad del siglo XVIII una escena de barbarie, que no presenciaron los siglos férreos de la edad media. ¡Qué honor para el autor de nuestra impugnacion el constituirse panegirista del antecesor de Robespierre, Danton y comparsa!

César Cantu, historiador moderno y acérrimo anti-jesuita, dice á propósito de este acontecimiento lo siguiente: «Todo lo que pudo descubrirse es que el rey volviendo de una cita amorosa con la marquesa de Aveyro, fué acometido por el marido y el cuñado de esta dama, quienes emprendieron la fuga cuando el cochero gritó ser el rey la persona acometida. Esto es lo que parece mas probable, y lo que menos fué una conspiracion. En el fondo era una venganza de Pombal, para cuyo hijo le habian negado la mano de una Tavora; ó quizás el ministro inventó este incidente, del cual supo aprovecharse para herir á la vez á los Jesuitas y á la aristocracia, doble po-

1. Todo cuanto se diga es menos que la idea horrible que hace concebir la sola vista de este extraordinario documento (sentencia), incomparable con todo otro que no sea de los tiempos de los Caligulas y Caracallas, ó de los Neronos y los Decios; documento que demuestra hasta qué punto sabe llevar sus iniquidades un ambicioso privado que para su conservacion y venganzas acomete decididamente la carrera de los maleficios. (*Dictámen* del fiscal D. Francisco Gutierrez de la Huerta presentado y leído en el consejo de Castilla; Mr. Denis, furibundo anti-jesuita, *Historia de Portugal*, dice sustancialmente lo mismo; Henrion, *Historia general de la Iglesia*, tom. x; *Pombal, Choiseul et Aranda ou l'intrigue des trois cabinets*, etc. etc. etc.)

der que se oponia al despotismo central que habia soñado. Por esto cundió la voz de que los Jesuitas habian sido los instigadores del crimen..... Entonces, poniendo Pombal en práctica la máxima imputada á los Jesuitas de que el fin justifica los medios, declaró culpables á los Jesuitas y ordenó, que no como sentencia judicial sino como medida económica y para proteger á la persona del rey y la tranquilidad pública, fueran secuestrados sus bienes y encerrados sus individuos, señalando á cada uno la cantidad de sesenta céntimos diarios. Semejante conducta fué desaprobada aun por los mismos filósofos ¹ (impíos).»—He aquí como obraba Pombal; este es el ministro á quien hemos quitado la máscara. He aquí el regicidio que tanto ha ponderado el anti-jesuitismo; regicidio nunca cometido y para los siniestros fines de Pombal inventado ². Y la mejor prueba de que todo esto fué pura invencion del ministro, es que por la reina de Portugal Maria Ana, en sentencia de 7

1. Voltaire, á quien no es de suponer trate de parcial el autor de nuestra impugnacion, ocupándose de esta pretendida conspiracion, escribia lo siguiente: «La conducta de Carvalho relativa al P. Malagrida y á la supuesta conspiracion de los Jesuitas en Portugal, es el *exceso del ridiculo unido al exceso del horror*. (Siglo de Luis XV, cap. XXIII.) ¿Quiérese mayor prueba? Hasta los jefes de la impiedad repueban la conducta de Pombal.

2. Hemos dicho *inventado* por el tirano Pombal, y en prueba de este aserto trasladaremos sin comentario alguno lo que Mr. Denis, furibundo anti-jesuita, dice en su *Historia de Portugal* al hablar de este sangriento episodio: «Debemos confesar que un tenebroso misterio envuelve todavia este suceso á los ojos del historiador. Lo único de que no queda duda es que el ministro de José (Pombal) continuó en su sistema de terror, y que por medio de sentencias sangrientas sembró el espanto entre los grandes... hasta SEIS MESES despues (del supuesto atentado), á saber, en 13 de diciembre de 1758, no fué preso ninguno de los (pretendidos) reos.»—La interesante obra titulada: *Pombal, Choiseul et Aranda, ou l'intrigue des trois cabinets*, páginas 29—34, pone tambien en duda semejante atentado; y en el caso de ser cierto, supone, «que el duque de Aveyro, insultado de un modo vil por un criado del rey, cuya privanza le hacia orgulloso y altanero, habia jurado vengarse de él, y apostado algunos para asesinarle: estos viendo pasar el coche del criado é ignorando que fuese en él el rey, dispararon, etc.»

de abril de 1781, las personas de todo rango y condicion, complicadas en este asunto, fueron declaradas completamente inocentes; y por otro decreto de 16 de agosto del propio año, el ministro fué declarado culpable de todas las injusticias ejercidas con las victimas de su odio y venganza. Por largo tiempo las mas espesas tinieblas rodearon las intrigas de Pombal; pero la desgracia en que á consecuencia de sus crímenes cayó Pombal, vino á despejar estas sombras, poniendo de manifiesto las negras acciones del ministro que mas daño haya causado á la nacion portuguesa.—Volvamos ahora á la interrumpida biografía de Pombal.

Encargado de negocios en Londres aprendió á desdeñar á los grandes de su patria, imbuido de las máximas dominantes á la sazón entre la aristocracia inglesa; aristocracia de una nacion pobre que queria engrandecerse, y que no desdeñaba de admitir en su seno á cualquiera que animado del espíritu nacional fuera capaz de prestar un servicio á su patria. Si Pombal hubiese nacido inglés figurára indudablemente entre la aristocracia de la Gran Bretaña; oriundo de Portugal, donde la preocupacion de la *sangre azul* rayaba

1. Apenas se encontrará uno de cuantos autores se han ocupado del atentado del 3 de setiembre de 1758 que no afirme que las personas complicadas en él eran inocentes; que solo fué un plan de venganza fraguado por Pombal; plan cuyas misteriosas tramas ocuparon por espacio de tres meses toda su atencion; y no pocos autores no temen atribuirle á él mismo aquel atentado: lo que se le debe imputar sin duda alguna es la iniquidad con que procedió en este asunto, pudiendo decirse con el protestante inglés Shirley, *Magasin de Londres*, marzo de 1739: «Que la sentencia del tribunal de inconfidencia no puede considerarse, ni como concluyente para el público, ni como justa respecto á los acusados... ¿Qué peso puede tener un juicio que desde el principio hasta el fin no es mas que una vaga declamacion, donde se ocultan al público las deposiciones de los testigos, las pruebas, y donde todas las formas legales no han sido menos violadas que la equidad natural...?» (Cretineau-Joly, *Clemente XIV y los Jesuitas; Pombal, Choiseul et Aranda, ou l'intrigue des trois cabinets; Memoires de S. I. Carvalho, marquis de Pombal; Aneddoti del ministero di Sebastiano Giuseppe Carvalho, marchese di Pombal, etc. etc. etc.*)

en ridiculo , el futuro ministro no tenia mas que dos medios , ó confundirse entre la muchedumbre , lo cual estaba en oposicion con su orgulloso carácter , ó derrocar el poder de aquellos que se sentaban sobre él. Optó por este último medio , y á su logro dedicó los mayores afanes. Terminada su mision en Londres de un modo mas ventajoso para el embajador que para su monarca , Pombal regresó á Lisboa , donde pasó mucho tiempo sin destino , gracias á que su conducta en Viena habia desagradado á S . M. D. Juan V , por mas que se suponga lo contrario sin el menor fundamento en la obra de nuestra impugnacion. En vano la reina D.^a María Ana de Austria , que como hemos dicho , tenia mucho cariño á la esposa de Carvalho , se interesó por este al lado del monarca: el rey D. Juan se mantuvo inexorable; pero desgraciadamente el 30 de julio de 1750 bajó á la tumba este escelente soberano , dejando por sucesor á su hijo José, primero de este nombre , de quien recabó su madre nombrára á Pombal ministro de negocios extranjeros.

Un autor ya citado , el conde de Saint-Priest , anti-jesuita , y no de los flojos , hace la siguiente relacion á propósito del nuevo rey : «José I , sucesor de Juan V , era el Luis XIII de Portugal : como el rey de Francia tenia su Richelieu : este paralelo lisonjeaba la vanidad de Pombal ; hacíase aplicacion de él en sus desahogos íntimos , y en público se comparaba á Sully. José I estaba desposeido hasta de este exterior imponente y de estas gracias de soberano que ennoblecen el desórden aunque no lo justifiquen : perezoso , malhumorado , melancólico , abandonaba los negocios á su ministro , contento con guiar sobre el Tajo en los hermosos dias de verano una barca soberanamente empavesada , tripulada por mujeres y músicos. Desconfiado y supersticioso , daba oido á los delatores y vivia en el perpetuo pensamiento de una conjuracion. Un principe de esta naturaleza era muy fácil de manejar por medio del terror. Pombal utilizó con destreza este medio , cuyo empleo le aconsejaba el carácter mismo del monarca. Pegado constante-

mente al lado de José , no le rodeaba de obsequiosas adulaciones , pero le tenia en continuo temor por su vida. Con un rey como este ¿ qué no podia hacer un omnipotente favorito ? No se descuidó Pombal : Portugal lo llora todavía con lágrimas de oro y sangre ¹.»

No bien empezó á tomar ascendiente en el ánimo del rey , que ya se atrevió á oponerse , como hemos dicho , al matrimonio del infante D. Pedro con la princesa heredera , aunque este era el voto de la nacion y habia sido el del difunto don Juan V. Hizo mas : llegó su audacia hasta el punto de querer enlazar á la infanta con el duque de Cumberland , atropellando las leyes fundamentales del reino relativas á la sucesion de la corona , que escluyen á todo príncipe extranjero , mucho mas si no pertenece al gremio de la Iglesia católica. Murió la reina madre el 14 de agosto de 1754 , y desde entonces arrojó el ministro la máscara , ofreciéndose á los ojos de todos en su horrible desnudez.

Para que nuestros lectores se hagan cargo de á qué clase de gobierno pertenecia el de Pombal , que el mismo autor del ridículo *Retrato al daguerreotipo* se ve obligado á confesar era duro y despótico , oigamos las palabras de un autor francés ², burlándose de la supuesta conspiracion contra el rey José : « Chistosa conspiracion , dice , y única en los siglos , tramada

1. La historia escrita con insercion de los documentos y comprobantes de la vida de D. Sebastian José de Carvalho y Melo , conde de OEyras , marqués de Pombal y secretario de estado del rey de Portugal D. José I , impresa en 4 tomos en 12 , año 1784 en Lisboa , presenta un cuadro horroroso , ora de las victimas sacrificadas por este tirano , ora de las fabulosas sumas que dilapidó y las cuales tuvo que devolver por disposicion de los tribunales , despues del fallecimiento del rey D. José I. Véase además Gutierrez de la Huerta, *Dictámen fiscal*; Pombal, *Choiseul et Aranda ou l'intrigue des trois cabinets*; Mr. Denis, furibundo anti-jesuita, como hemos observado; Schlosser, *Histoire des révolutions politiques et littéraires de l'Europe au dix-huitième siècle*, tom. 1; Schoell, *Cours d'histoire des Etats européens*, t. xxxix, etc. etc. etc.

2. Cretineau-Joly, *Clemente XIV y los Jesuitas*.

sobre seguro y á un tiempo mismo por capuchinos , mercaderes , nobles , militares , obispos , jesuitas de Goa , del Brasil , de Lisboa , alemanes , húngaros , polacos , italianos , portugueses , etc. Si esta mentira se lleva la primacía entre las atrocidades y sangrientas , tambien se la lleva entre las groseras y ridiculas.» Para mejor cimentar su gobierno , abolió Pombal el tribunal conocido por *Juzgado de la real corona* , compuesto de veinte y cuatro jueces , los cuales conocian de las causas contra los grandes del reino , reemplazándole por el de la *inconfidencia* , compuesto de solos seis senadores nombrados por el ministro , cuyo poder era tal que no hubo queja ni reclamacion que el terror no sufocara. «¿Quién creyera , decia el abate Garnier en la oracion fúnebre de José I , pronunciada en Lisboa , año 1777 , que un solo hombre , abusando de la confianza y de la autoridad de un buen rey , pudiera durante veinte años encadenar todas las lenguas , cerrar todas las bocas , herir todos los corazones , poner á la verdad en cautiverio , pasear en triunfo á la mentira , borrar todo rastro de justicia , hacer respetar la iniquidad y la barbarie , y dominar la opinion pública de un extremo á otro de Europa?»—¡Qué epitafio para el cadáver del tirano Pombal!

Mientras el reino entero vestia luto , el ministro desplegaba un fausto y una opulencia que contrastaban estrañamente , no solo con la triste situacion de los grandes , sino con la situacion aun mas triste de los negocios de Estado. A pesar de los innumerables tesoros que produjeron los bienes confiscados de los nobles que se habian captado la malevolencia de Pombal , el erario estaba exhausto , las atenciones no se cubrian , el ejército no cobraba sus haberes y el descontento era tan general , que observa un autor francés hubiera sido facilísimo á los españoles ocupar por entero el Portugal durante la guerra de 1762. El conde d'Albon hace de este reino una pintura tan lastimosa que no parece sino que el Dios de los imperios quiso que Portugal sufriera por el despotismo de un hombre , lo que pocos años despues debia sufrir la Francia por el despotismo de un

pueblo.—¡Oh! conocemos á Pombal perfectamente: el retrato vendrá á probarlo.

En la obra de nuestra impugnacion y pág. 99 leemos lo siguiente hablando del ministro portugués: *Un hombre de Estado que se encuentra frente á frente con la Inquisicion, cuyas hogueras alimentadas con sangre humana ahumbraban el despotismo universal.* No es de nuestro ánimo, ni menos propio de este lugar, que encendamos ni apaguemos hogueras inquisitoriales; no es de este lugar el probar, de que el odio contra la Inquisicion por los cristianos de solo nombre, tiene por origen el haber sido este tribunal un baluarte que preservó á la España de verse protestantizada; pero sí lo es de que hagamos lugar en nuestra obra á una descripcion original de un furibundo anti-jesuita, pintando una de las muchas escenas que tuvieron lugar en Portugal bajo el tirano mando del omnipotente Pombal, tan admirado por el autor de nuestra impugnacion, puede por las inequívocas pruebas que dió de una impiedad repugnante. El argumento de esta tragedia le conocemos en la tentativa de regicidio que inventó Carvalho para satisfacer su odio contra los Jesuitas y los nobles, y en especial los Tavoras ¹. Lúgubres imágenes despiertan en algunos cató-

1. Pombal, como hemos dicho en otra parte, era enemigo de los Tavoras porque habian rehusado la mano de su hijo. Para llevar á cabo sus sanguinarios planes, hizo recaer las sospechas del supuesto regicidio sobre la distinguida casa de los Tavoras y demás nobles cuyo crédito temia, ó cuyas riquezas codiciaba, presentando siempre á los Jesuitas como á instigadores del soñado atentado, bien que sin perder de vista un solo instante su plan infernal de bañarse en la sangre de las personas de la mas elevada alcurnia. La opinion pública no vió en el supuesto atentado mas que una maquinacion del ministro, para envolver á sus epemigos en un complot atroz. Los meditados cálculos y las mentiras diplomáticas ó judiciales de Pombal se vieron tan á las claras, que aun sus mas exaltados aduladores no pudieron menos de reprobar semejantes crueldades, ni se atrevieron á asociarse á sus inicuos planes de venganza. (*Memoires de S. I. Carvalho et Melo, marquis de Pombal*; Gutierrez de la Huerta, *Dictámen fiscal*; *Pombal, Choiseul et Aranda, ou l'intrigue des trois cabinets*, etc.; Henrion, *Historia general de la Iglesia*, tom. x; *Aneddoti del ministero di Se-*

licos semi-protestantes ó sin religion alguna conocida, los actos inquisitoriales; vamos á ver por una descripción que no puede tacharse sino es de anti-jesuita, si frente á frente Pombal con la Inquisicion, esta ó aquel llevaban la ventaja en el camino de la crueldad y en el terreno de la fiereza.

«La ejecucion, dice, siguió de cerca á la sentencia. En la
»noche del 12 al 13 de enero de 1759 levantóse en la plaza
»de Belen, de cara al Tajo, un cadalso de diez y ocho pies de
»alto. Desde el amanecer de este dia la plaza se habia llenado
»de tropas, el pueblo la invadia, y hasta el rio se hallaba
»cuajado de espectadores. Los criados del duque de Aveyro
»perecieron los primeros en el cadalso, en uno de cuyos ángu-
»gulos fueron atados para ser QUEMADOS VIVOS. Llegó en se-
»guida la marquesa de Tavora, ceñida una cuerda al cuello
»y sosteniendo un crucifijo entre sus manos; cubrianla apenas
»algunos harapos; pero todo en ella revelaba energía y dig-
»nidad. Queriendo el verdugo atarla los pies, levantóla un
»poco la estremidad de su vestido.—Detente, le dijo, no olvi-
»des quien soy yo y no me toques sino es para malarme.—El
»verdugo se arrodilló ante D.^a Leonor y la pidió perdon. Sa-
»gó ella una sortija del dedo y le dijo:—Toma; es lo único
»que me queda en el mundo (sabido es que todo lo demás se lo
»habia confiscado Pombal), acéptalo y cumple con tu deber.
»—Colocó luego esta animosa mujer la cabeza sobre el tajo y
»recibió el mortal golpe. Su marido, sus hijos, el MAYOR DE
»VEINTE AÑOS, su yerno y muchos de sus criados murieron
»en pos de ella, en el dolor de horribles tormentos. El duque
»de Aveyro pereció el último: atado á la rueda, vestido de
»harapos, desnudos los brazos y muslos, DESCOYUNTADO

bastiano Giuseppe Carvalho, marchese di Pombal, etc. etc. etc.) «Los documentos emanados de la corte de Lisboa, dice el anti-jesuita conde Saint-Priest, en su *Histoire de la Chute des Jesuites*, les parecieron (á los enciclopedistas) ridiculos en su forma y calumniosos en su fondo.... tanta crueldad formaba contraste con las costumbres de una sociedad ya muy antigua en verdad, pero aun muy elegante. Finalmente, hubo piedad para las víctimas y escarnio para el verdugo (Pombal).»

»vivo, murió al cabo de largos dolores, haciendo resonar en
 »la plaza y en el río sus espantosos aullidos. En seguida pu-
 »sieron fuego á la máquina, y en un momento rueda, cadal-
 »so y cadáveres ¹ fué reducido á ceniza y la ceniza arrojada
 »al Tajo. Los palacios de los sentenciados fueron demolidos y
 »sembrado de sal el sitio donde se levantáran; sus escudos de
 »armas fueron borrados de todos los sitios particulares y pú-
 »blicos, especialmente de la sala de caballeros en el palacio
 »de Cintra.»—Esto hizo Pombal, el hombre á quien quiere
 defenderse colocándole frente á frente con los castigos de la
 Inquisicion. Nunca tal defensa es buena: Pombal, si creia
 inconvenientes las cacareadas hogueras de la Inquisicion,
 podia apagar estas hogueras; si creia cruel el sistema del
 tormento, debia abolir el sistema; pero jamás debió en-
 cender nuevas hogueras para las víctimas, ni menos va-
 lerse como prueba de la confesion ARRANCADA DE INTENTO
 al duque de Aveyro en el suplicio y por medio de espan-
 tosos tormentos. Pombal, el verdugo Pombal, pues ningun-
 no mejor que él ha merecido este título, despreció la opi-
 nion pública con tal de llegar á su venganza. Esta se hallaba
 de acuerdo con sus anti-católicos proyectos; y haciendo de
 todo una horrible mezcolanza, y atropellando las nociones de
 justicia y humanidad, envolvió en la catástrofe á los jesuitas
 portugueses. Aveyro, los Tavora, Atonquía y la mayor parte
 de los acusados, debieron ser juzgados por el tribunal de sus
 pares: Pombal creó el tribunal de la *Inconfidencia*. Por un

1. Este espectáculo de horror y de la mas refinada crueldad de Pombal, arranca gritos de indignacion hasta al furibundo anti-jesuita M. Denis, quien en su *Historia de Portugal*, dice lo siguiente: «Todos los cuerpos que en el (tablado) estaban espuestos quedaron reducidos á cenizas: los del duque de Aveyro y del marqués de Tavora RESPIRABAN TODAVIA... Antonio Alvarez Ferreira, que no tenia ninguna herida, por mas de un cuarto de hora pareció LLENO DE VIDA en medio de las llamas.» Véase además *Nouvelle intéressante au sujet de l'attentat de 1759*. ¡Y este verdugo, oprobio de la humanidad, es encomiado, ensalzado por el autor del tan ridiculo *Retrato al daguerreotipo!!!*

OLVIDO DE LAS MAS SAGRADAS REGLAS, presidió el mismo esta comision escepcional, siendo á un tiempo de este modo acusador, juez y verdugo. Este tribunal, en que se sentaban los colegas del ministro, Acunha y Corte Real, sujetó los acusados á la prueba del tormento: todos resistieron esforzados; solo el duque de Aveyro, como hemos dicho, vencido al rigor del suplicio, confesó todo lo que á su dolor exigieron. Declaróse culpable; hizo lo mismo con sus amigos y con los Jesuitas; pero libre del tormento se apresuró á negar lo que la violencia le habia arrancado. Negáronse los jueces á oir su retractacion; no hubo testigos, ni interrogatorios, ni debates; hasta se ignora si los acusados fueron defendidos; todo lo que se sabe es que el fiscal Costa Freire PROCLAMÓ LA INOCENCIA DE LOS ACUSADOS, arranque de su honradez que le valió verse CARGADO DE CADENAS; que Juan Bucallao se quejó de la violacion de las formas judiciales y de la iniquidad de los procedimientos; que Pombal REDACTÓ la sentencia de muerte¹, y que el 12 de enero de 1759 la escribió de su puño y letra. —A todo esto ¿eran culpables los Jesuitas de regicidio?

Oigamos á dos testigos nada sospechosos. En 27 de marzo de 1759, la Condamine escribia á Maupertuis: *Jamás podrán convencerme de que los Jesuitas hayan cometido en efecto el horrible atentado de que se les acusa.* Y el escéptico Maupertuis contestaba: *Por lo que á los Jesuitas hace soy de vuestro mismo parecer; preciso es que sean muy inocentes cuando todavía no han sido castigados; y si les viera quemados vivos, ni aun así lo creeria.*—Maupertuis tenia razon; pero

1. No solamente Pombal redactó la sentencia de muerte, sino que dió orden para que á los supuestos reos se les condujese al patíbulo de manera que VIESEN LOS RESTOS PALPITANTES AUN DE LAS OTRAS VÍCTIMAS. El verdugo recibió orden del tirano Pombal, de hacer morir al marqués de Tavora lentamente, martirizándole con golpes repetidos de un martillo en las piernas y brazos!!! (*Aneddotti del ministero di Sebastiano Giuseppe Carvalho, etc.; Pombal, Choiseul et Aranda, ou l'intrigue des trois cabinets; Nouvelle interessante au sujet de l'attentat de 1759; Memoires de S. I. Carvalho, marquis de Pombal, etc. etc.*)

el odio de Pombal necesitaba desahogarse, y tarde ó temprano lo hizo. El P. Malagrida fué sentenciado á la hoguera ¹, y

1. El P. Malagrida era para el tirano Pombal, un ser aborrecible; y contra este varon apostólico, contra este anciano venerable, encanecido en las misiones de los salvajes, dirigió sus tiros el verdugo del siglo XVIII, para ver si podria descargar sobre aquel venerable sacerdote la reprobacion universal con que los pueblos miraban sus abominables actos. El padre Gabriel Malagrida rayaba en aquel entonces á los ochenta años de su edad: nacido en 18 de setiembre de 1689, habia pasado en las misiones la mitad de su existencia. Llamado á Portugal, era para todos, ora fuesen pobres, ora ricos, objeto de veneracion y muy particularmente despues del horroroso terremoto de Lisboa, en cuya catástrofe su ardiente caridad hizo prodigios. Pombal deseaba que el P. Malagrida y otros individuos de la Compañia fuesen los fautores del supuesto regicidio, y así se declaró por los cobardes jueces, sus hechuras, en la sentencia que condenó á los Tavoras. El P. Malagrida debia pues haber perecido con sus coacusados; pero el tirano Pombal le reservó para mayores padecimientos. Este venerable religioso hacia tres años estaba sumido en un oscuro calabozo, y todos creian se le tenia olvidado, cuando el verdugo-ministro lo sacó de él. El P. Malagrida estaba condenado á muerte como á instigador del supuesto atentado contra el rey, en virtud de una sentencia ejecutoriada, que podia llevarse á efecto cuando se quisiese. Pombal se desentendió de este fallo, y quiso que la Inquisicion pronunciase á su vez otra sentencia contra este venerable anciano: en ella ya no se trataba del soñado regicidio, sino que se le acusaba de falso profeta y de devocion inmoral. Se le imputó haber compuesto en la oscuridad del calabozo dos libros, uno sobre el *Retnado del Ante-Cristo*, y otro intitulado: *Vida de la gloriosa Sta. Ana, dictado por Jesus á su Santísima Madre*.

El P. Malagrida, enfermizo, encadenado, sin fuerzas, sin luz, sin tinta, plumas y papel, era acusado de escritor de delirios, los cuales relatados en su proceso, y á ser ciertos, mejor parecen efecto de una imaginacion trastornada que razonamientos de un heresiarca. El manuscrito nadie le vió, y solamente el digno amigo del feroz Pombal, el hereje Norberto, cita en la obra que escribió por encargo de aquel tirano, algunos fragmentos que sin duda alguna inventó para fundar la acusacion ante el santo Oficio. Uno de los hermanos del rey era en aquel entonces inquisidor general, quien se negó á juzgar al P. Malagrida: sus asesores imitaron su ejemplo. Entonces Pombal hizo nombrar inquisidor general á su hermano Pablo Carvalho, que en el Marañon habia sido enemigo implacable de los Jesuitas. En su consecuencia se formó un nuevo tribunal sin institucion pontificia y sin autoridad juridica; pero el tirano Pombal sabia prescindir de todo para

un grito de universal reprobacion protestó contra esta última cobardía de la fuerza. Al mismo tiempo fueron presos muchos jesuitas, entre ellos el provincial Henriquez y Juan de Matos, cuyos cabellos habian encanecido en los ejercicios del apostolado entre los salvajes del Marañon y del Brasil. Pero Pombal no perdonó á Matos como no perdonó á Malagrida: Matos estaba enlazado con la familia Ribeira; Malagrida era el di-

llevar á cabo sus planes de venganza; dictó sus tiránicas órdenes al tribunal, y este con oprobio de la humanidad se conformó á ellas. El P. Malagrida pues fué declarado hereje, impúdico, blasfemo, y en su consecuencia degradado del sacerdocio y entregado al brazo secular, siendo quemado vivo el 21 de setiembre de 1761, en medio de los mas fervorosos actos de piedad. El verdugo Pombal, para impedir de que hablase cuando era conducido al suplicio, le hizo poner una mordaza. Un grito general de reprobacion condenó la abominable venganza de Pombal, y hasta los mismos impíos, entre otros Voltaire (*Siglo de Luis XV*), la llamaron ESCESO DEL ABSURDO Y DEL RIDÍCULO. (Cretineau-Joly, *Historia de la Compañia de Jesus*; Pombal, *Choiseul et Aranda*, ou *l'intrigue des trois cabinets*; Henrion, *Historia general de la Iglesia*, tom. x; *Aneddoti del ministero di Sebastiano Giuseppe Carvalho, marchese di Pombal, sotto il regno di Giuseppe I, Re di Portogallo*; *Memoires de S. I. Carvalho, marquis de Pombal*; etc.) M. Denis, furibundo anti-jesuita, y católico por consiguiente á lo Voltaire, dice lo siguiente en su *Historia de Portugal*, al mencionar la sentencia pronunciada contra el virtuoso P. Malagrida: «Somos enteramente del dictamen de un escritor portugués, que ve en aquella horrorosa sentencia una mancha eterna para el ministro de José.» El mismo historiador, que no podrá tachar de parcial el autor de nuestra impugnacion, refiere otro hecho no menos bárbaro del verdugo Pombal; hecho que vamos á transcribir para completo desengaño de nuestros lectores y confusion de los anti-jesuitas, partidarios del Caligula del siglo xviii. «Vió tambien Lisboa, dice en la pág. 298, en aquel tiempo algunos actos de crueldad, emanados del ministro (Pombal); entre otros el suplicio de un italiano llamado Juan Bautista Pelle, acusado de tentativa de asesinato contra aquel; suplicio que llenó la ciudad de horror y de compasion. Despues de haber sufrido horribles tormentos, aquel infeliz fué condenado á ser descuartizado por cuatro caballos, como así se ejecutó; y finalmente echaron el cuerpo semivivo de Pelle en una hoguera, para que terminase en ella su espantosaagonia. Fuerza es decir, en verdad, que cuesta trabajo el creer que semejante acto de atrocidad y barbarie haya podido pasar en tiempos tan próximos á los nuestros.» He aqui el hombre tan encomiado por el autor del ridiculo *Retrato al daguerreotipo*!!!

rector espiritual de la marquesa de Tavora, y en su consecuencia Matos y Malagrida fueron condenados á muerte. A estas tres víctimas debia unirse una tercera. Juan Alejandro al regresar de las Indias hizo la travesía con algunos de los Tavoras; y por este solo delito Alejandro siguió á Malagrida y á Matos, mártires de la mas odiosa iniquidad ¹.—Ahora frente á frente Pombal con la Inquisicion ²; frente á frente el tribu-

1. Si bien los impíos celebraron, como era regular, la persecucion suscitada en Portugal y dominios de aquel monarca contra la inclita Compañia de Jesus por el tirano Pombal, no se dejaron empero engañar sobre la abominable acusacion en que pretendia apoyarla aquel ministro; tampoco sobre la injusta y arbitraria sentencia que condenó á muerte á los PP. Malagrida, Matos y Juan Alejandro por el supuesto atentado contra el débil y desgraciado José I. A las pruebas y testimonios consignados en diferentes puntos de nuestra obra, nos limitaremos en añadir el del mariscal de Belle-Isle, quien en su *Testament politique*, impreso en 1762, se espresa en los siguientes términos: «No hablo de una orden religiosa que el ministro (Pombal) de Lisboa ha querido complicar en este regicidio; pero si me atrevo á decir que es tan fácil probar que los Jesuitas no han tomado parte en esta conjuracion, como demostrar los resortes de la acusacion..... ¡Desgraciado el monarca que en casos tan graves como este, deja de examinarlo todo por si mismo! —La sentencia contra el virtuoso anciano P. Malagrida, á quien los portugueses y pueblos del Nuevo Mundo habian honrado como á un hombre de eminente santidad, y al cual hasta los protestantes ingleses llamaban el apóstol del Brasil, en cuyas misiones habia pasado veinte y siete años, era una produccion tan informe y tan repugnante, que no podria leerse sin indignacion: por esto Carvalho, advertido por sus confidentes de las chocantes contradicciones que contenia, hizo todo cuanto estuvo de su parte para ocultarla al público; pero era ya tarde, pues este monumento de ineptia y de crueldad habia recorrido la Europa. (Henrion, *Historia general de la Iglesia*, tom. x; Pombal, Choiseul et Aranda, etc.; Cretineau Joly, *Historia de la Compañia de Jesus*; id. Clemente XIV y los Jesuitas; Aneddotti del ministero di Sebastiano Giuseppe Carvalho, marchese di Pombal, etc. etc. etc.)

2. Como los que solo conocen la Inquisicion por las descripciones tan falsas como odiosas por escritores católicos en el nombre, apenas podrán dar crédito á la sentencia proferida por aquel tribunal contra el digno religioso P. Malagrida, creemos oportuna una explicacion, que hará cesar semejante sorpresa, cuando sepan lo que hizo Carvalho para procurarse jueces dignos de su odio y venganc-

nal de la *Inconfidencia* con el tribunal de la fe, véase quien pudiera ruborizarse (hablamos de los católicos como el autor de nuestra impugnacion) de quien, y si se llevaban mucho, muchísimo, unos hombres á otros.

Prosigamos hasta terminar la biografía de Pombal, el Calígula del siglo XVIII. En 1777 murió José I, cuya muerte llevó consigo la muerte moral del odiado ministro. La caída del favorito demasiado tardía para el bienestar de los pueblos, rasgó el velo con que por mucho tiempo se habian embozado los mas atroces escesos. Llamada al trono la reina María Ana, abrió con bondadosa mano las puertas de las cárceles, y de sus sepulturas salieron á ocupar un puesto entre los vivos mas de *nuevecientas* personas que habian desaparecido, y á las cuales por mucho tiempo se *creyó difuntos*. Estos eran

zas. El tirano quitó á los inquisidores que no quisieron ser sus instrumentos dóciles, reemplazándoles por su propia autoridad con cuatro de sus hechuras, á los cuales, como dejamos consignado en otra parte, dió por presidente bajo el título de Inquisidor general á su hermano, que habia aniquilado en el Marañon aquellas florecientes cristiandades. Este tribunal intruso y sin jurisdiccion fué el que instruyó el proceso del P. Malagrida, cuya sentencia del tribunal civil fué ejecutada en medio de un pueblo lleno de indignacion, persuadido como estaba de su inocencia, y recordando los eminentes servicios prestados á la religion. Hemos consignado tambien en otra parte de nuestra obra el odio mortal que el vengativo Carvalho profesaba al P. Malagrida; odio que tenia su principal origen desde que el virtuoso religioso redobló su celo (cuando el terremoto de Lisboa) para exhortar al pueblo á la penitencia, y dar ejercicios espirituales á diversas clases de los habitantes de aquella capital. Las obras apostólicas y el éxito del P. Malagrida indignaron á Carvalho: el escrito sobre la causa de las calamidades públicas le irritó; en fin, los ejercicios espirituales que debia dar al rey alarmaron al ministro filósofo, y encendió en su corazon un odio implacable contra un religioso, que no satisfecho con haber impugnado en un escrito público sus máximas peligrosas, podia todavia hacer volver al rey á la práctica de los deberes de soberano, y romper en un momento el yugo despótico bajo el cual vivian sus pueblos. (Henrion, *Historia general de la Iglesia*, tom. x; *Il buon raziccinio dimonstrato in due scrilli*, etc., Lugano, 1784; Pombal, Choiseul et Aranda, ou *l'intrigue des trois cabinets*; *Memoires de S. I. Carvalho, marquis de Pombal*; *Aneddoti del ministero di Sebastiano Giuseppe Carvalho, marchese di Pombal*; etc. etc. etc.)

los restos de unos nueve mil hombres, que el cruel ministro habia robado al Estado. Asimismo por decreto de la reina fueron revisados detenidamente los procesos de los presos y sentenciados, y el consejo de Estado despues de un maduro exámen declaró su completa inocencia el dia 7 de abril de 1781, dia grande en que la justicia y la rehabilitacion vistieron galas. Orgullosa é intrigante aun despues de su caída, prometió justificarse², publicando al efecto una *Memoria* que el gobier-

1. A las convincentes pruebas que hemos consignado en diferentes partes de nuestra obra, de que el atentado contra el rey José I sólo fué una abominable ficcion del tirano Pombal para vengarse de los Tavoras, apoderarse de sus bienes y deshacerse de los Jesuitas para poder llevar á cabo sus planes de protestantizar el Portugal, solo añadiremos las tres siguientes: 1.^a, que dos dias despues del soñado atentado, Carvalho anunció al cuerpo diplomático que la indisposición del rey procedia de una caída de caballo: 2.^a, que luego despues que se habló de asesinato, fueron designados hasta ocho puntos distintos, donde aquel tuvo lugar; y 3.^a, que en el sitio citado por Carvalho, donde pretendia haberse disparado tres tiros contra el coche del rey, ninguno de los vecinos oyó el menor ruido. (Henrion, *Historia general de la Iglesia*, tom. x; *Memoires de S. I. Carvalho, marquis de Pombal*; Pombal, Choiseul et Aranda, ou *l'intrigue des trois cabinets*; Saint-Victor, *Tableau de Paris*; *Aneddoti del ministero di Sebastiano Giuseppe Carvalho, marchese di Pombal*; *Il buon raziocinio dimonstrato in due scritti*, Lugano, 1784, etc. etc. etc.)

2. Como el autor del reprobado *Retrato al daguerreotipo* se constituye en defensor, apologista y admirador del tirano Pombal, siquiera por haber sido el verdugo de la ínclita Compañía de Jesus, le rogamus se digne contestar á las siguientes preguntas. 1.^a: ¿Por qué contra toda ley divina y humana jamás fué examinado ni oido un solo jesuita acerca de los enormes delitos que les fueron calumniosamente imputados, poniéndoles por este medio en la imposibilidad de defenderse? 2.^a: ¿Sobre qué fundamentos estriba la acusacion de que la Compañía de Jesus hacia un comercio ilícito, y que tenia bancos abiertos? 3.^a: ¿Por qué en la sentencia proferida contra los Tavoras, Aveyros etc., fueron implicados en el número de los autores y cómplices de la conspiracion tres jesuitas, los cuales ni habian sido ni fueron interrogados, confrontados, ni aun presos hasta despues de la sentencia? 4.^a: ¿Por qué no se quiso insertar en el proceso la retractacion del duque de Aveyro, por más que lo reclamase con tanta instancia, sosteniendo hasta el último suspiro que la confesion que habia hecho en el tormento, en perjuicio de otros nobles, de sus parientes y de los Jesuitas, le habia sido arrancada por la violencia de los tormen-

no mandó recoger por infamante. Esto empero, por respeto á la memoria del rey su padre, la reina abandonó al ex-ministro á sus remordimientos, dejando que bajára con tranquilidad á la tumba. A esta causa añaden otra muchos autores, y es la verdadera, el empeño con que el partido de la impiedad y una corte vecina á Portugal, que para baldon eterno del filósofo Aranda y corifeos suyos tenemos que confesar avergonzados era la de Madrid, defendieron la seguridad personal de su principal instrumento Pombal, de triste memoria como la suya, segun probaremos en el decurso de nuestra obra. No por esto la reina dejó de hacer justicia: el 16 de agosto de 1781 apareció el decreto definitivo, en que el gobierno de la reina proclamaba la criminalidad de Pombal. «Despues de haber usado
»de tanta clemencia, decia la reina en este documento, no po-
»dia creer que este hombre en el proceso civil entablado contra
»él, produjera una defensa de su conducta durante el tiempo
»de su ministerio. Que habiéndola hecho examinar ú oír acer-
»ca de varios puntos capitales de la acusacion, léjos de ami-
»norarla, los agravó de tal modo, que despues de un maduro
»exámen los jueces decidieron que era criminal y merecia
»ejemplar castigo. Que sin embargo, teniendo en cuenta
»su avanzada edad (83 años), era su real voluntad eximirle
»del castigo corporal que debió sufrir, mandándole alejarse
»veinte millas de la corte, y dejando en toda su fuerza las
»pretensiones legales y justas entabladas contra la casa del
»marqués.» Júzguese ahora cuál seria la agitacion y rabia de

los? 5.ª: ¿Bajo qué fundamento y en castigo de qué crímenes hizo encarcerar y tratar con una inhumanidad sin ejemplo tan considerable número de jesuitas, de los cuales muchos eran oriundos de paises estranjeros, y todos habian sido conducidos cargados de cadenas desde las costas de Asia, Africa y América, sin que pudiesen tener el menor conocimiento de la pretendida conspiracion y atentado contra el rey? (Henrion, *Historia general de la Iglesia*, tom. x; Pombal, Choiseul et Aranda, etc.; *Aneddoti del ministero di Sebastiano Giuseppe Carvalho*; etc. etc. etc.) Esperamos la contestacion á estas preguntas, que no dudamos harán fuerza al autor de nuestra impugnacion, si de lógico y de humanitario se precia.

esta alma altiva y feroz, viendo á sus enemigos resucitar¹, por decirlo así, á la inocencia, á la gloria y á la consideracion pública; leyendo los decretos en su favor espeditos, que eran

1. Mientras el P. Malagrida espiaba en la hoguera el crimen de haber desagradado personalmente á Carvalho por el ascendiente que sus talentos, virtudes, y particularmente su celo apostólico le habian merecido del pueblo, de la nobleza y de la familia real, aquellos de sus cohermanos que no habian sido transportados á Italia, se consumian en número de doscientos veinte y uno en horrorosas prisiones construidas por el verdugo Pombal: ochenta y ocho perecieron de miseria; algunos fueron puestos en libertad pocos años despues á instancias de la princesa heredera del trono, á la cual Carvalho no se atrevia á negar todo cuanto pedia, y otros á petición de la reina de Francia y de la emperatriz Maria Teresa de Austria: los restantes se consumieron en sus sepulcros por espacio de diez y ocho años, hasta la muerte de José en 1777. El mismo dia que D. Pedro y D.^a Maria subieron al trono, todas las cárceles de Carvalho fueron abiertas, como dejamos consignado en otra parte: viéronse salir mas de ochocientas personas en el estado mas deplorable: eran los restos de NUEVE MIL SEISCIENTAS CUARENTA victimas inocentes que habian sido hacinadas, la mayor parte sin formacion de proceso, sin mas motivo que el odio, los celos ó la ferocidad del cruel ministro. Los jesuitas reaparecieron como los demás, medio desnudos, sin otro vestido que la paja que les servia de cama, livido el rostro, el cuerpo hinchado, tan débiles la mayor parte que no podian sostenerse apenas; muchos privados de la vista por la profunda oscuridad en que habian sido sepultados, y aun del uso de la palabra por el forzado silencio que habian tenido que guardar por espacio de tantos años; en fin, algunos con los pies consumidos por la humedad y raidos por los ratones é insectos. En este intermedio llegaron de las Indias diez y nueve cajones á la direccion del odioso Pombal, llenos de plata y de piedras preciosas procedentes del sepulcro de S. Francisco Javier en Goa. Este robo sacrilego llenó de horror á los portugueses, que en nada habia disminuido en ellos la devocion por el santo apóstol de las Indias: la reina particularmente se indignó vivamente de este robo impío, y ordenó que los cajones fuesen dirigidos inmediatamente á Goa, devolviendo estas riquezas, prenda sagrada del reconocimiento de los reyes y de los pueblos que la impiedad de Carvalho habia osado atacar. (*Pombal, Choiseul et Aranda, ou l'intrigue des trois cabinets*; Henrion, *Histoire general de la Iglesia*, tom. x; *Memoires de S. I. Carvalho, marquis de Pombal*; *Aneddoti del ministero di Giuseppe Carvalho, marchese di Pombal*; etc. etc. etc.) ¡Y este ministro, oprobio de la humanidad, es encomiado por el desgraciado autor de nuestra impugnacion, por un autor que blasona de humanitario, benéfico etc.!!! Es el mayor contrasentido que darse pueda.

otras tantas pruebas de las crueldades del favorito; teniendo que restituir las inmensas sumas que por los mas inicuos modos habia reunido; contemplando como un pueblo entero arrancaba su orgulloso retrato del pedestal en que habia sido colocado, le revolcaba en el lodo, y le hacia pedazos entre los alegres y entusiastas gritos que inspirar puede la libertad despues de la mas vergonzosa opresion. A este tormento y al de su destierro siguióse una larga enfermedad, y á esta una lepra humillante y asquerosa, hasta que nueve meses despues de su pública sentencia murió á los 8 de mayo de 1782. (Cretineau-Joly, *Clemente XIV y los Jesuitas*; el mismo autor, *Historia de la Compañía de Jesus*; Gutierrez de la Huerta, *Dictámen fiscal*; Barruel, *Memorias para servir á la historia del jacobinismo*; Clemente XIII, *Breve de 9 de junio de 1762 dirigido al episcopado francés*; *L'Eglise, son autorité, ses institutions et l'ordre des Jésuites*, par un homme d'Etat; Schoell, *Cours d'histoire des Etats européens*, tom. xxxix; Pombal, *Choiseul et Aranda, ou l'intrigue des trois cabinets*; Henrion, *Historia general de la Iglesia*, tom. x; Theiner, *Histoire du pontificat de Clement XIV*, tom. 1; Mr. de Saint-Victor, *Tableau de Paris*, tom. iv, part. 2; *Mém. pour servir à l'hist. eccl. pend. le dix-huitième siècle*; *Notizie sul Portogallo et sulla nunziatura in Lisbona del cardinale Bartolomeo Pacca, scritte da lui medesimo*; *Il buon raziocinio dimostrato in due scritti ó siano siaggi criticer-apologetici sul famoso proceso etc.*, Lugano, 1784; *Aneddoti del ministero di Sebastiano Giuseppe Carvalho, marchese di Pombal*; etc. etc.)

En el tiempo que medió desde su desgracia á su muerte, opinan algunos que su alma se purificó por el arrepentimiento, y aun el Ilmo. Sr. Miguel dell'Anunciata, obispo de Coimbra, refirió que habiéndole visitado en su posesion de Pombal, encontróle arródlado, pidiéndole con grande instancia le perdonára y bendijera. ¿Quién sabe si al fin aquella alma, aquel corazon empedernido se habia ablandado?

Algunos escritores han querido suponer que Pombal estaba

afiliado al partido de la infernal filosofía jansenista, del cual se habia constituido en instrumento. Otros autores, no menos respetables, son de distinto parecer. En efecto, recuerda muy bien el historiador Cretineau-Joly que las ideas despóticas del funesto Pombal no podian correr buenas parejas con las ideas dichas liberales de los filósofos de la impiedad, cuyos escritos reprobaba el ministro, por cuanto tendian, segun aquellos decian, á la emancipacion de los pueblos. En esto la erraba el ministro portugués: la libertad de los enciclopedistas no era mas libre que otra cualquiera esclavitud; pero el error del cruel Pombal no impidió se uniera con ellos contra el enemigo comun. Carvalho servia á los mal llamados filósofos sin estimarlos, ni personalmente ni por sus principios; los filósofos de la impiedad secundaban á Carvalho, porque sin profesar este sus mismas ideas, empleaba para llegar á su fin los mismos medios que escogió la infernal filosofía del siglo XVIII. Pombal y los escritores impiós del siglo pasado usaron iguales artes para derribar el edificio social: las miras, sin embargo, que en ello se llevaron no eran iguales: el ministro queria entronizar su atroz despotismo; los mal llamados filósofos querian entronizar su impiedad. El osado portugués señalaba sus innovaciones religiosas á imitacion del culto anglicano, esperando resucitar á orillas del Tajo las sangrientas peripecias del brutal reinado de Enrique VIII. Los llamados filósofos iban mas allá, pues prometian nada menos que la consagracion legal del ateismo. Desgraciadamente para estos y para aquel habia un poder formidable, contra el cual se estrellaba de continuo el anti-catolicismo: este poder era la COMPAÑIA DE JESUS. *Una vez hayamos destruido á los Jesuitas*, escribia Voltaire á Helvecio en 1761, *el juego contra el infame* (Jesucristo) *se nos presentará muy bien*; y á esto añadia D'Alembert (tom. xv, pág. 297 de sus obras): *tendremos adelantado lo mas difícil cuando la filosofía* (la impiedad) *se verá libre de los formidables granaderos* (los Jesuitas) *del fanatismo* (la religion). El mismo corifeo de los sofistas D'Alembert, enemigo mortal de

la Compañía de Jesus , en la obra que publicó bajo el título de *Historia de la destruccion de los Jesuitas* , dice lo siguiente : «La filosofía (la impiedad) es la que ha pronunciado verdaderamente el decreto contra los Jesuitas por boca de los magistrados , sin que el jansenismo haya desempeñado otras funciones que las de un simple procurador..... Los Jesuitas eran tropa de línea y bien disciplinada bajo el estandarte de la supersticion (la religion)..... formaban la columna Macedonia , cuya ruina y esterminio importaba tanto á la razon (la impiedad).» Rabaut , uno de los principales corifeos de la impiedad en el siglo XVIII , en su *Compendio de la revolucion de Francia* decia lo siguiente : «La filosofía (la impiedad) no pudo hacer progresos en el reino á pesar de medio siglo de esfuerzos , hasta que fueron proscritos de él los Jesuitas , quienes oponian el mayor obstáculo á la propagacion de sus luces (infernales desvarios), porque eran los enemigos mas hábiles , mas diestros y constantes en hacer la guerra.»—Ambos partidos pues debian deshacerse de los dignos hijos del grande Loyola ; ambos partidos armaron sus fuerzas , y haciendo arma de la calumnia , empezó en Portugal la intriga mas execrable de los siglos , que dió por resultado uno de los acontecimientos mas funestos para el catolicismo. Ya que conocemos á los intrigantes impíos , pasemos á enterarnos de la abominable intriga.

CAPITULO XIX.

LOS IMPIOS ESTABONES DE UNA CADENA.—INTRIGAS ABOMINABLES.

Ya conocemos á D. Sebastian José Carvalho, conde de OEyras y marqués de Pombal; ya hemos bosquejado su sangriento carácter, y la anterior biografía nos autoriza á desmentir el aserto que se lee en el ridículo *Retrato al daguerreotipo*, pág. 99, es á saber, «que atacando el favorito al despotismo abolió el suplicio del fuego.» Ya sabemos cuales son sus planes; ya no se nos oculta de donde viene ni á donde va; ya hemos descubierto algunos de los violentos medios que para conseguir su tiránico objeto empleó cruel y déspota; pero todos estos medios no bastaban al anhelado fin; y Pombal, el tirano y cruel Pombal, necesitaba un recurso heroico; un recurso á vida ó muerte para quitarse estorbos de delante, y sobre todo para deshacerse de los Jesuitas. La farsa de conspiracion y regicidio, que hizo presenciar á Lisboa una de aquellas escenas digna de las edades bárbaras, no comprometia á los Jesuitas lo suficiente para lograr del rey y del Papa su abolicion: era necesario que antes y despues se hubiesen hecho dignos de ella; y Pombal tenia necesidad de todos los recursos de la intriga para forjar una calumnia-monstruo¹; una

1. Todas las calumnias, falsedades y tergiversaciones que desde su fundacion habian publicado los impios contra la inclita Compañía de Jesus, se reunieron en la obra titulada *Memorias históricas*, impresa en Lisboa en 1766. El autor fué un tal M. Platel, capuchino apóstata, casado despues, divorciado por consecuencia y escritor por último á sueldo y merced del tirano-impostor Pombal. Semejante compilador era digno de tal Mecenas.

vasta red tendida mañosamente en donde el que se enredara inútilmente buscara la salida. Esta red debia tenderse á la Compañía de Jesus; así se hizo, y los hijos beneméritos del inclito Ignacio cayeron en ella. Cuando un genio malévolo pide á la calumnia auxilio para causar un gran daño, nunca aquella madre de la discordia deja de venir en su auxilio. No falló el axioma por esta vez: Pombal, este genio infernal, luchó y venció. ¡Pero con qué armas! Victoria conseguida por una traicion que deshonorra al general que manda en el combate.

A la intrigante penetracion de Carvalho no se escapó, que estando tan bienquistos los Jesuitas en Portugal y habiéndose colocado por la práctica de todas las virtudes en inespugnable sitio, era imprudencia atacarles en un terreno, en que si el ministro tenia al rey por suyo, los hijos del grande Loyola tenían en su defensa nobleza y pueblo. Además, cualquier calumnia que inventara como acaecida en territorio lusitano, era de fácil contestacion, y de fijo el descrédito recayera sobre el inventor una vez la verdad hubiese tomado de su cuenta el negocio. Por esto buscando lejano campo á su invectiva fatal, fijó la vista en América y la escogió para teatro de su comedia; comedia triste y sangrienta en que tocaba á Pombal hacer el papel mas odioso.

El Paraguay es una vasta region situada entre el Brasil, Perú y Chile. En 1516 la habia descubierto el español Juan de Solis, que fué devorado por los salvajes á tiempo que remontaba el rio. Algunos años despues, García y Sedenó sufrieron igual suerte, hasta que el veneciano Sebastian Gabot ofreció á Carlos V probar nueva fortuna en aquellos rios, tintos ya en sangre europea. En su consecuencia remontó el Paraguay y cambió su nombre en el de rio de la Plata. El Ilmo. Sr. D. Fr. Francisco Victoria, obispo de Santiago, del órden de Predicadores, llamó á los Jesuitas para que le auxiliasen en la conversion de aquellos isleños, víctimas no pocos de la avaricia de sus conquistadores; avaricia y crueldad tan pon-

deradas por los enemigos de nuestra patria , por los mismos que en la Jamaica y otros puntos de las Américas han dado el fatal ejemplo de la mas repugnante crueldad y barbarie. Estas tropelías las reprobaba la Religion, y los misioneros tuvieron que padecer y trabajar para vencer los obstáculos que á sus evangélicos triunfos oponian de un lado la instintiva crueldad de los indios , de otro su carácter indómito y perezoso. Hacer sentir á semejantes hombres las bellezas del cristianismo y asociarles á la práctica de sus virtudes , era empresa mas que humana. Séanos licito consignar los nombres de algunos de estos atletas de Jesucristo , en particular los primeros , que fueron Alfonso Barsena , Angulo , Juan Salonio , Estéban de Grao , Manuel de Ortega , Juan Romero , Gaspar de Monroy , Juan de Viana , Marcelo Lorenzana , Estéban Paez , etc. Lo que consiguieron estos hombres en aquellos climas , necesitaríamos volúmenes para especificarlo. Nos sacarán empero honrosamente del apuro los dichos de algunos hombres célebres , ninguno de ellos sospechoso á nuestros contrarios. Voltaire , el padre de los filósofos de la impiedad , en su obra *Ensayo sobre las costumbres* , dice lo siguiente : «El establecimiento de algunos aislados jesuitas españoles en el Paraguay. » parece por muchas razones el triunfo de la humanidad. » D'Alembert , en un opúsculo *Sobre la destruccion de los Jesuitas* , hace en los siguientes términos el elogio de los Jesuitas en el Paraguay : «Los Jesuitas han adquirido en el Paraguay » una autoridad monárquica , fundada sobre la sola persuasion » y sobre la dulzura de su administracion... hacen felices á los » pueblos que les obedecen , á los cuales han conseguido so- » meter sin emplear la violencia... de desear fuera que tan- » tos otros países bárbaros , donde los pueblos son oprimi- » dos y desgraciados , tuviesen á Jesuitas por apóstoles y por » señores. » Alberto de Haller , el célebre médico de Berna , en su *Tratado de diversos puntos interesantes sobre política y moral* , se espresa en los siguientes términos : «Los » enemigos de la Compañía de Jesus deprimen sus mejo-

»res instituciones. Acúsanla de una ambicion desmesurada al
»verla formar una especie de imperio en lejanos climas ; pero
»¿qué proyecto puede haber mas bello y ventajoso para la hu-
»manidad , que el de juntar pueblos dispersos en los horroro-
»sos bosques de América, arrancándoles al estado salvaje, que
»es un estado de desgracia ; acabar con sus guerras crueles y
»destructivas, iluminarles con la luz de la verdadera religion ,
»y reunirlos en una sociedad que por la igualdad de los ciu-
»dadanos y la comunidad de bienes es trasunto de la edad de
»oro ? »—Consignados en otro lugar de nuestra obra los votos
de admiracion que las misiones del Paraguay han arrancado á
Bufon y á Robertson , concluiremos nuestras citas por ahora
con la de Montesquieu y Raynal , aquel al libro iv, cap. vi del
Espíritu de las leyes. «Gloriosísimo es, dice, para la Compañía de Jesus haber llevado á aquellas naciones (el Paraguay)
»la idea de la religion unida á la humanidad : reparando las
»devastaciones de los conquistadores , ha principiado á curar
»una de las mayores llagas que han afligido al género huma-
»no. El esquisito conocimiento que tiene esta Compañía de lo
»que titula honor, y su celo por una religion que huma-
»niza mucho á los que la escuchan y á los que la predicán ,
»la han hecho emprender grandes cosas , y todas las ha con-
»seguido. Ha sacado de los bosques pueblos dispersos , les ha
»dado una subsistencia segura y los ha vestido , y aun cuando
»no hubiera hecho con esto mas que aumentar entre los hom-
»bres la industria , su obra seguramente seria grandísima.»—
Raynal , el hombre que tantas blasfemias ha proferido contra el
catolicismo , en su *Historia política y filosófica de las Indias*,
tom. II , pág. 289 , se espresa en estos términos : « Cuando
»en 1768 salieron de manos de los Jesuitas las misiones del Pa-
»raguay , habian llegado tal vez al mas alto grado de civiliza-
»cion á que puedan llegar las naciones modernas , y verdadera-
»mente muy superior á todo lo que existia en el resto del nue-
»vo hemisferio. Las leyes eran observadas , reinaba la mas
»exacta policia y pureza de costumbres , una feliz fraternidad

»unia los corazones : todas las artes necesarias se hallaban en
»su perfeccion, y aun conocíanse algunas de puro recreo : en
»todas partes reinaba la abundancia.»—No menos espresivo es
el elogio que el mismo autor hace de los Jesuitas del Paraguay
en su *Historia del comercio de las dos Indias*. ¿Qué dice á tan-
tos, tan esplicitos é imparciales testimonios nuestro impugnado
autor? Táchelos, si se atreve ; aunque mejor será fiar al silen-
cio su rubor. No hemos de salirnos empero de aquí hasta ver
como obraron los Jesuitas este milagro de civilizacion.

Los hijos del Paraguay tenian una inteligencia embotada ,
que solo se afectaba por aquello que visiblemente heria sus
sentidos. Llegar á su lado y vivir en su compañía habia sido
triunfo y no corto en los Jesuitas ; pero estos buenos misione-
ros no pudieron menos de alarmarse al ver que aquel estado
de completo embrutecimiento amenazaba hacer inútiles todos
sus heroicos esfuerzos. El Paraguay es un país inmenso , sem-
brado de bosques y pastos, pantanos y llanuras enteramente
inundadas en la estacion de las lluvias , y montañas desiertas
que se levantan sobre llanuras tambien desiertas. Abundante
en caza de toda especie , lo es asimismo en tigres , en osos , en
abejas que producen blanquísima cera y perfumada miel , y
en pájaros de deslumbrantes colores que se posan sobre los ár-
boles como grandes flores encarnadas y azules. Los indios que
pueblan su suelo , solo se parecen á los otros indios por el lado
feo. Raza indolente , estúpida y feroz , muestra en toda su re-
pugnancia al hombre primitivo degradado por su caida. Nada
prueba mejor la degeneracion de la especie humana, que la pe-
queñez del salvaje en medio de la grandeza del desierto. Así nos
describe Chateaubriand este país , á donde intrépidos aborda-
ron los misioneros jesuitas. Las primeras diligencias de estos
hijos de la fe y de la abnegacion , se limitaron á simples escur-
siones , en las cuales convertian de cuando en cuando algunos
indios, sin empero levantar poblacion alguna cristiana. El ma-
yor, y quizás único beneficio que premiaba tan piadosos tra-
bajos, era el bautismo de algunos niños moribundos, á quienes

los Jesuitas rehabilitaban para traspasar las celestes puertas. Apartaban de la compañía de los salvajes á los adultos que abrazaban la fe , y les comprometian á permanecer en las tierras ocupadas por los cristianos.

Hácia el año 1680 los Padres de la Compañía de Jesus, cansados de obtener tan pocos resultados , escribieron á la corte de España , que la falta de éxito en las misiones dependia de la brutalidad de los conquistadores y del odio que su insolencia inspiraba á los indios ; asegurando que sin este obstáculo , el cristianismo haria inmensos progresos en las mas desconocidas regiones de América , y que todo el Paraguay podria sujetarse al dominio de España sin gasto alguno y sin derramamiento de sangre. La solicitud de los Jesuitas fué bien acogida; señalóseles el país en que podrian funcionar, y se les concedieron al propio tiempo los necesarios poderes. Prevínose asimismo á los gobernadores de las provincias adyacentes , que en modo alguno interrumpieran sus trabajos á los apóstoles del Paraguay, ni aun dejarán penetrar español alguno en el país que se estuviera catequizando , sin espreso consentimiento de los Padres. Estos por su parte prometieron pagar una determinada capitacion en proporcion al número de sus prosélitos, sometiendo á estos al poder del rey católico. Aceptadas mutuamente estas convenciones , los Jesuitas se embarcaron á orillas de la Plata, y entrando en las aguas del Paraguay, se dispersaron en los bosques para dar comienzo á su apostolado.

Las antiguas relaciones nos describen á estos misioneros andando con el Breviario debajo el brazo izquierdo, con una gran cruz en la derecha , y sin mas provisiones que su confianza en Dios. Palabras son estas y las que siguen debidas entre otros al autor del *Genio del cristianismo*. Pintannoslos caminando á través de los bosques , atravesando con agua hasta la cintura terrenos pantanosos, escalando escarpadas rocas y penetrando en cuevas y precipicios á riesgo de encontrar serpientes y animales feroces, en lugar de los hombres que buscaban. Muchos de ellos murieron de hambre y de fatiga ; otros fueron marti-

rizados y devorados por los salvajes , y á poco descubrióse el cadáver del P. Lizardi , muerto á flechazos , y cuyo Breviario abierto por el oficio de difuntos probaba la serenidad y cristiana resignacion del ilustre mártir. Cuando un misionero encontraba los restos de uno de sus compañeros , apresurábase á darles sepultura , y lleno de fervorosa alegría entonaba un *Te-Deum* solitario sobre la modesta tumba del sacrificado apóstol.

Semejantes escenas , muy á menudo repetidas , llenaban de asombro á los mismos salvajes. A veces se detenian al rededor del desconocido sacerdote que les hablaba de Dios , y miraban al cielo que el misionero les señalaba : otras veces huian de él como de un mago y se sentian sobrecogidos de un terror extraño , y entonces el jesuita iba á su encuentro tendiéndoles las manos en nombre de Jesucristo. Si ni aun así podia detenerles en su fuga , plantaba su cruz en un sitio descubierto y se escondia en los bosques. Los salvajes se acercaban poco á poco á examinar el estandarte de paz clavado en aquellas soledades , sintiéndose atraídos como por un secreto iman hácia aquel signo de salud. Entonces el misionero , apareciéndose de repente y aprovechándose de la sorpresa de los bárbaros , les invitaba á abandonar una vida miserable y gustar las dulzuras de la sociedad. Luego que por este medio se hicieron con algunos indios , aprovecharon otro resorte para mejor alcanzar su proyecto de salvacion. Habian llegado á observar que los salvajes de aquellas orillas eran muy sensibles á los efectos de la música , y aun decian que las aguas del Paraguay embellecian la voz ; en su consecuencia los Jesuitas embarcáronse en sus piraguas acompañados de sus nuevos catecúmenos , y remontaron los rios entonando sagrados cánticos , cuyos melodiosos aires repetian los neófitos como pájaro doméstico de reclamo que cita á sus salvajes compañeros. Pronto este medio dió los presumidos resultados. Los indios abandonaban sus montañas y venian á orillas de los rios para mejor oir aquellas armonías , y muchos de ellos se arrojaban al agua para seguir nadando la encantada navecilla. El arco y la flecha caian de la mano del

salvaje , y en su corazon conmovido sentian nacer los primeros síntomas de las virtudes sociales , gustando por primera vez las delicias de la humanidad. Veia á su mujer y á su hijo llorar de ignota alegría , y muy pronto subyugado por una fuerza irresistible caia al pié de la cruz y mezclaba un torrente de lágrimas á las aguas regeneradoras que el jesuita derramaba sobre su cabeza. Esto es triunfo ; esto se llama gloria.

De este modo se infiltró el cristianismo en el corazon de aquellas tribus errantes. Para mejor trabajar en la salud de las almas , los misioneros se ocuparon en reunirlos bajo formas sociales , á cuyo efecto hicieron traer de Buenos Aires bueyes , carneros y toda clase de ganados , que multiplicándose en breve , bastaron en poco tiempo para la subsistencia de los neófitos. Desde aquel momento pensaron en levantar poblaciones , y á Buenos Aires mandaron asimismo por útiles para cortar árboles , trabajar la piedra y los metales , laborar las tierras y trabajar en todas aquellas cosas de perentoria necesidad. Hiciéronse provisiones de trigo , de legumbres y de toda clase de granos ; enseñaron á los indios el modo de hacer ladrillos y cal ; trazóseles el plano de las casas que debian construirse ; y los Jesuitas á la vez predicadores , legisladores y obreros , tuvieron el gran consuelo de ver muy pronto numerosas viviendas habitadas por sus queridos indios. Para llegar hasta este punto es necesaria mucha paciencia , mucha constancia , mucho valor , mucha caridad , mucho amor al prójimo y mucha fe. Es necesario hacer el sacrificio de la vida para dar la vida ; es necesario poseer un corazon que no todos tienen y que algunos son incapaces de sondear. Estos son los que han atacado á los Jesuitas ; y ¡ qué estraño que se mofen del amor de padre aquellos cuyo corazon no ha latido á la idea de un hijo , conquistado á costa de tantos afanes y peligros!...

Estos nuevos ciudadanos , animados del espíritu de caridad que inspira la verdadera religion , apresuráronse á hacer partícipes á sus parientes y amigos de la felicidad que ellos disfrutaban. Constituyéndose á su vez misioneros de sus herma-

nos, hacian escursiones á lejanos puntos, y nunca volvian sin traer consigo gran número de infieles. La dulzura con que eran recibidos, y las pruebas de ternura que se les prodigaban, civilizaban insensiblemente á estos bárbaros. Todos los habitantes en poblaciones dábanse prisa á construir nuevas casas, en tanto que los misioneros les preparaban á recibir el bautismo. Habiendo aumentado considerablemente el número de los indios convertidos, pensóse en levantar nuevas poblaciones, para cuyos trabajos daban ya materiales los propios catecúmenos: en pocos años el número de villas ascendia á treinta, formando entre sí esta república cristiana, parecida á un resto de la antigüedad descubierto en el Nuevo Mundo. Por este medio venimos á parar al conocimiento de una verdad inconcusa, acreditada en Grecia y Roma, es á saber, que con el auxilio de la religion, y no con los abstractos principios de la filosofia, se civilizan los hombres y se fundan los imperios.

A medida que se edificaban nuevas poblaciones, fijábanse sus límites, á fin de prevenir quejas y murmuraciones, llegando hasta el punto algunos distritos de comprender mas de cuarenta leguas de territorio. En cada poblacion eran examinadas las cualidades del terreno y sus propiedades particulares. Las abundantes en pastos destináronse á los ganados; las restantes fueron sembradas. Vinieron de Buenos Aires operarios que enseñaron á los indios las artes mas útiles en sociedad, y la natural disposicion que aquellos ex-salvajes tenian para aprender toda clase de oficios, hizo que en breve se pusieran al corriente de cuasi todas ellas. Finalmente, sabiendo distinguir los misioneros entre la muchedumbre de niños aquellos á quienes la naturaleza tenia preparados para mayores destinos, siguieron en este punto las máximas de Platon, y colocaron aparte á los que por su genio parecian mas á propósito para iniciados en las letras y ciencias. A esta fraccion de niños llamábanla *Congregacion*, educada en una especie de seminario, y sujeta á la rigidez del silencio, del recogimiento y del estudio. Era tanta la emulacion que reinaba entre estos jóvenes,

que la sola amenaza de ser enviados á las escuelas comunes desesperaba á los alumnos. De esta porcion escogida debieron salir, y salieron un dia los sacerdotes, los magistrados y los héroes de la patria. ¡Nuevo triunfo alcanzado sobre el embrutecimiento salvaje!

Las mujeres trabajaban separadas de los hombres y en el interior de sus casas. Al principio de cada semana se las distribuia una determinada cantidad de lana y algodón, que el sábado próximo por la tarde debían devolver trabajada á punto de tejerse. Se las destinaba asimismo al laboreo de los campos, cuyos trabajos, sin ser superiores á sus fuerzas, ocupábanlas en los ratos libres, cerrando el paso de este modo á la vagancia y pereza.

En esta sociedad eran desconocidos los contratos y el mercado público. En determinados dias distribuíanse á cada familia los víveres y demás cosas necesarias á la vida, bajo la inspeccion de un misionero que velaba para que las partes fuesen proporcionadas á los individuos de cada familia. ¡He aquí el verdadero comunismo planteado por el cristianismo!

Las poblaciones indianas ocupaban un vasto territorio, y generalmente se levantaban sobre sitios pintorescos ó á orillas de los rios. Las casas eran uniformes en su construccion, de un solo piso y de piedra labrada. Las calles prolongadas y tiradas á cordel. En el centro de la poblacion se encontraba la plaza pública, formada por la iglesia, la casa de Padres Jesuitas, el granero comun, la casa de refugio y el hospicio para los extranjeros. Las iglesias eran de bellísima construccion, esquisitamente adornadas, ricas en cuadros, y tapizadas de flores naturales sus paredes. Los dias festivos regábanse con aguas de olor y alfombrábanse con hojas de bejuco.

A esta poética pintura que Chateaubriand entre otros hace de los templos del Paraguay, debemos añadir un cuadro de la piedad indiana. Un autor, tan buen religioso como verídico, nos ha descrito por propio conocimiento el modo con que aquellos nuevos cristianos practicaban la religion. «Al rayar el alba

suenan la campana , llamando los fieles á la iglesia : un misionero reza la oracion de la mañana y celebra en seguida el santo sacrificio de la misa , despues de la cual retirase cada uno á sus quehaceres ; á las ocho todos los niños menores de doce años se presentan en el templo , y despues de haber rezado la oracion matutinal , recitan á coro y en alta voz el Catecismo : los niños colocados en el presbiterio comienzan la leccion , y la repiten las niñas desde la nave : concluido el repaso oyen la misa , se les da luego nueva leccion de Catecismo , y concluida , de dos en dos se dirigen á sus escuelas. Al ver la modestia y piedad de estos tiernos niños , siente uno inspirarse de sin igual ternura. A la caida de la tarde , suena nuevamente la campana que llama á la oracion vespertina , concluida la cual rezan el Rosario á dos coros. Pocos son los que se dispensan de estos ejercicios , y aun aquellos que por poderosísimas razones dejan de asistir á la iglesia , rezan las mismas oraciones en sus casas : los domingos y dias festivos celébranse tres misas cantadas , y en cada una de ellas el misionero ocupa la cátedra evangélica ; todos los jueves se recibe la bendicion del Santísimo Sacramento , con facultad obtenida del Papa ; y al ver el número de fieles que concurren á esta ceremonia , diríase que todos los jueves del año son dias festivos. Cuantas veces tiene que administrarse el Viático á los enfermos , un determinado número de individuos de la cofradía del Santísimo Sacramento acompañan por las calles , con hachas encendidas , á su Divina Majestad : su fe es tan viva , que la penitencia mas sencilla para ellos cuando cometen alguna falta , es verse privados de este honor. » — ¿ Es ó no este triunfo el mas grande que han admirado los hombres ? »

Semejantes sistemas cambiaron radicalmente el carácter de los indios convertidos. Los misioneros promulgaron leyes penales , cuya mansedumbre pudiera ser motivo de estudio á nuestros legisladores ; y no obstante durante el largo tiempo que subsistieron esas repúblicas patriarcales en el Paraguay , apenas llegaron á dos ó tres los casos en que debiera aplicarse

la ley en todo su rigor. El libro de Dios y el ejemplo dado por los misioneros obraron este milagro de conversion entre las feroces hordas. Para que se vea donde llegaban la tranquilidad y pureza de sus costumbres, bastará decir, que el Ilmo. Sr. obispo de Buenos Aires escribia al rey Felipe V, que no creia se cometiera un solo pecado mortal en todas las poblaciones indianas regidas por los Jesuitas.—Tal era la sociedad que los dignos hijos del grande Loyola habian establecido en el Paraguay. Este es el testo conforme con la opinion respetada y fidedigna de Chateaubriand, Henrion, Cretineau-Joly, César Cantu, Gutierrez de la Huerta y otros varios. Ya empero que en la pendiente de esta historia nos encontramos, proseguiremos hasta su fin, y hemos de patentizar á todos el porqué de la acusacion de los Jesuitas del Paraguay.

Por los años 1644 tomó pié en las Indias y en toda la Europa un rumor extraño. Afirmábase que los Jesuitas poseian minas de oro, que explotaban secretamente, y cuyos productos eran remitidos desde Buenos Aires á Roma. El consejo de Indias, sin comprender la imposibilidad material de semejante acusacion, tomó un partido de susceptibilidad. El afecto tan natural que los indios manifestaban hácia los Padres Jesuitas, y el cariño de que les rodeaban aquellos cristianos, fueron motivo de inquietud para algunos ministros de Felipe IV: por esto y á fin de poner trabas á tan constante progreso, decidióse que de aquel dia en adelante las residencias del Paraguay serian gobernadas por súbditos del rey católico. El delator de los Jesuitas que descubrió el secreto de las minas de oro, era un indio llamado Buenaventura, que habia pasado algunos años en una de aquellas reducciones. Conociendo los Jesuitas que podia irrogárseles perjuicio de la propalacion de semejante farsa, tanto mas en cuanto la daban fe algunas personas de suposicion, entre ellas el Ilmo. Sr. obispo de la Asuncion¹, rogaron por boca del rector de la casa de

1. Véase su retractacion sobre el particular en el *Dictamen fiscal* del Sr. Gutierrez, pag. 247, 48 y 49.

Buenos Aires, que fuese puesta en claro y descubierta la falsedad de tamaño cuento. En efecto, los magistrados procedieron á jurídicas informaciones, y el gobernador del rio de la Plata ordenó un escrupuloso registro en todo aquel territorio: de estas primeras y escrupulosas averiguaciones resultó ser fábula lo de las minas de oro; pero de todos modos la fábula habia circulado y el vulgo la habia dado crédito. Los Jesuitas no podian en consecuencia cargar con esta nota, ni el gobierno español quedar en esta duda. Para disiparla, el 2 de octubre de 1637, una nueva comision, nombrada por el rey de España y presidida por uno de los oidores de la Audiencia de la Plata, Velasquez de Valverde, gobernador y capitán general de las provincias del Paraguay, pronunció su definitivo fallo, que dice lo siguiente en uno de sus párrafos: «Es deber de la comision declarar como declara, nulos y de ningun valor todos los actos, decretos, informaciones y otros procedimientos verificados en este particular...; que deben ser borrados de los libros y registros como llenos de falsedades y calumnias contrarias á la verdad, que ha sido justificada y reconocida en dichas provincias del Paraguay y Uruguay, en presencia de los mismos delatores, jurídicamente citados. Declaramos además no haber encontrado indicio alguno que pueda dar pié á creer que en este país existan minas de oro, ni hayan existido jamás en los rios que se encuentran, como así los antedichos lo habian temeraria y maliciosamente declarado y depuesto, con el fin, segun parece, de desacreditar por medio de calumnias la conducta de una orden tan santa, como es la Compañía de Jesus, la cual de cincuenta años á esta parte se dedica á la predicacion de la fe en este país y á instruir los numerosísimos infieles que estos religiosos han ya convertido con sus ejemplos y predicaciones.»—Iguales resultados dieron las investigaciones que se practicaron con igual objeto, particularmente la confiada á D. Juan Vazquez de Agüero en 1740. De modo que el gobierno español, el que tenia inmenso in-

terés en descubrir las pretendidas minas, el que practicó todos los esfuerzos para venir á su descubrimiento, constata y afirma que todo es una mentira y que ni apariencia de tal oro hay en el Paraguay: el mismo Gomez de Andrada se vió obligado mas adelante á confesar su engaño. Esta prueba es tan plena y es tan convincente para todo el mundo, que hasta ridiculo fuera detenerse mas en este punto. Esto sin embargo, el anti-jesuitismo cree á pié juntillas en lo de las minas ¹. Bien hecho:

1. El anti-jesuitismo aparenta creerlo por sus fines siniestros, ó sea anti-religioso-sociales. Carvalho, uno de sus principales corifeos, fué tambien el mas activo, mas tenaz en propagar semejante fábula; y entonces fué, dice el Sr. Huerta en su *Dictámen fiscal*, cuando rompió el freno de la vergüenza, si alguna conoció en su vida; y sin reparar en la honestidad y congruencia de los medios, adoptó todos los recursos del artificio para alucinar al público contra los Jesuitas: entonces fué cuando los periódicos de Londres y las plumas fecundas en ficciones del impio Norberto y otros escritores tan impios como él, y Carvalho su protector, empezaron en Portugal con toda libertad á publicar todo género de imposturas contra los Jesuitas, mientras se preparaba la publicacion de la obra fundamental bajo el título de: «Breve idea de la república que los religiosos Jesuitas de las provincias de España y Portugal han establecido en los dominios ultramarinos de las dos monarquías, etc.» cuya obra hizo distribuir Carvalho á todo el cuerpo diplomático. Los ingleses apoyaron por su parte el descrédito de los Jesuitas, por resentimiento de lo ocurrido en el Paraguay, y por temor de que se opusiesen tambien á la negociacion del matrimonio que á la sazón se promovía con gran calor, entre el protestante duque de Cumberland y la princesa del Brasil, heredera del trono, con el fin de protestantizar el Portugal.

No es fácil determinar si es mayor el número de las mentiras y necedades que forman el tejido de este folleto, que el de las letras que contiene. En él juegan todas las fábulas del imperio jesuítico en el Paraguay; el misterio de la reclusion de aquellas provincias á los europeos, su independencia rebelde á la metrópoli, la formacion de ejércitos de 150,000 hombres capitaneados por Jesuitas, en defensa del soñado emperador Nicolás I; allí las minas, las monedas acuñadas por este pretendido monarca, etc. etc. etc. No bien se dió á conocer en Europa esta produccion soez y anti-verídica, se hizo público y universal su menosprecio entre RACIONALES, sin que uno siquiera de estos dejara de tenerla por la mas absurda estravagancia, ni dejara de conocer que la aparicion repentina de un monarca tan poderoso y tan formidable como el soñado Nicolás I, de cuyo nombre, poder y riquezas no se habia oído hablar hasta entonces, no podia menos de atri-

si la evidenciada inocencia de los Jesuitas debiera hacer mella en sus anti-católicos pechos, nunca hubiesen puesto mano á sus reprobadas obras. Ceder á la razon se guarda para los HOMBRES RAZONABLES.

Los enemigos de la Compañía popularizaron en Europa lo de las minas soñadas del Paraguay, pero el gobierno español sabia á qué atenerse en este particular. Por este tiempo, en 1740, Gomez de Andrada, gobernador de Rio Janeiro, pensó neciamente que si los Jesuitas defendian tan bien las reducciones del Paraguay era para que indiscretas miradas no descubrieran las huellas de la quimérica fortuna. En este concepto, Andrada concibió el proyecto de un cambio entre las dos coronas; y para obtener las siete Reducciones pensó ceder á España la hermosa colonia del Sacramento¹. Participó el

buirse á cosa de encantamento. El gobierno español mandó quemar públicamente por mano del verdugo este y otros libelos de la misma procedencia. Lo mismo dicen sustancialmente Henrion, *Historia general de la Iglesia*, tom. x; Pombal, *Choiseul et Aranda, ou l'intrigue des trois cabinets*; etc. etc. etc.—Ciego é irracional el anti-jesuitismo, insiste en querer hacer tragar al público tan insulsas fábulas!!!

1. Para hablar con la debida claridad acerca de este cambio, dice el Sr. Huerta en su *Dictámen fiscal*, cambio que fué el principio de las ficciones y de la persecucion ejecutiva de los Jesuitas en Portugal, de donde se estendió á los reinos de la casa de Borbon, se hace preciso recordar antecedentes, que aunque conocidos por los que han estudiado la historia moderna de los reinados de D. Juan V, D. José I de Portugal y de D. Fernando VI y D. Carlos III de España, no han salido todavía de la clase de los que no se hacen vulgares por cierto tiempo.

Desde 1747 en que la Compañía inglesa del Sud y el gabinete inglés previeron que el término próximo de la guerra en que estaba envuelta la Europa debia ser favorable á España y producir la anulacion del tratado llamado del Asiento, y la del permiso de la expedicion directa y sin visita del navío anual, desde los puertos de Inglaterra á los de la América española, calcularon tambien las pérdidas que debian resultar á su comercio, privado de toda contratacion libre y directa con las posesiones españolas, y la dificultad de poder salvar la enorme deuda que pesaba á la sazón sobre el erario inglés, por consecuencia de las obligaciones contraidas para ocurrir á los gastos de la guerra.

Con este motivo y otras miras de interés y política, fué fácil al in-

plan á la corte de Lisboa, y esta entró en relaciones con la corte de Madrid. El cambio ofrecia sobradas ventajas á Castilla para que no se apresurara á aceptarlo. Portugal cedia un pais fértil, que por su situacion á orillas de la Plata abria ó cerraba á voluntad la navegacion de este rio, y en recompensa recibia una tierra estéril. Adhirióse España al tratado; y co-

flujo británico cerca de la corte de Portugal, inducir á esta á proponer á la nuestra el cambio de la colonia del Sacramento en el rio de la Plata, por los siete pueblos ó misiones llamadas del Uruguay, situados en la orilla oriental del mismo rio, y pertenecientes á nuestra provincia del Paraguay, en el vireinato de Buenos-Aires; recordando la importancia de esta negociacion para el Portugal, á causa de las riquisimas minas de oro y plata de que abundaban, segun suponian sin el menor fundamento, dichos pueblos. El gabinete de Portugal escuchó favorablemente en el año 47 las primeras especies del cambio, pero la propuesta no llegó á verificarse hasta despues del año 50. Entonces fué cuando á nuevas instigaciones de los proyectistas, apoyados por el gobernador portugués de Rio Janeiro, Gomez de Andrada, que confirmó la existencia de las soñadas riquisimas minas del Uruguay, se resolvió la corte de Lisboa á formalizar la propuesta del cambio por medio de un convenio secreto, estipulándose debian subsistir en ellas los habitantes al tiempo de las respectivas entregas.

Para inclinar pues el ánimo de D. Fernando VI al cambio propuesto se le hizo entender que la posesion de la colonia del Sacramento era la llave para impedir el trato con los extranjeros en aquella parte de América, y el medio mas seguro de destruir la factoria general del comercio clandestino ó de contrabando que tenian en ella los ingleses y portugueses. Para llevar á cabo este convenio con la misma reserva con que se habia ajustado, se cometió este encargo al marqués de Valdelirios por parte de España, y al esprezado Freyre de Andrada por la de Portugal: enterado el capitán general de Buenos Aires del verdadero objeto de la mision del comisario español, creyó debia oponerse á que tuviera efecto, representando que el cambio que se intentaba era doloso, contrario y perjudicial á los intereses, decoro y aumento de la monarquía española.

Al virey se unieron despues los jesuitas de Buenos Aires y del Paraguay, diciendo y probando con datos, que por la cesion de las siete misiones del Uruguay á los portugueses se les abria el paso á ellos y á los ingleses para penetrar en el centro de la América Meridional y adquirir de un golpe en ella mas de 30,000 súbditos: añadian tambien, que en atencion á que la banda septentrional del rio

mo observa un historiador francés (Cretineau-Joly, *Historia de la Compañía de Jesus*) ni mas ni menos que si los diplomáticos de ambos Estados tuvieran poder para mandar á salvajes hechos hombres que se llevarán su patria en el polvo de su calzado, estipulóse que los habitantes de las siete Reducciones cedidas irian á desmontar lejos de su país un terreno tan desierto como inculto; de modo que para esplotar á sus anchas

de la Plata estaba poblada de todo género de árboles y maderas las mas propias para la construcción naval, seria muy fácil á los portugueses, y principalmente á los ingleses sus amigos, construir todos los armamentos que les conviniesen para penetrar por el rio en lo mas interior del Paraguay, y aproximarse lo mas posible á las minas del Potosí, cuya ocupacion era el verdadero fin del proyecto de cambio.

A pesar de las representaciones del virey y de los Jesuitas, se comunicaron órdenes terminantes para que tuviera efecto á viva fuerza la ejecucion del convenio, menos en cuanto á la permanencia de los habitantes, que se convirtió en riguroso precepto de retirarse con sus fortunas á los países limítrofes de las respectivas dominaciones. Habiendo entrado las tropas combinadas á verificar la evacuacion, causaron los horrores y estragos que son públicos. El cambio se hubiera efectuado si el rey D. Carlos III, que á la sazón estaba en Nápoles, escitado por el marqués de la Ensenada á tomar la mano en tan perjudicial empeño, no hubiera interpuesto por medio del principe Laci, su embajador en Madrid, las mas solemnes protestas, como heredero presuntivo de la corona, así contra la subsistencia del convenio en caso de verificarse, como contra la injusticia y la violencia de los medios que se empleáran al efecto. Esta reclamacion hizo suspender la permuta.

Cuando el general Ceballos pasó con su expedicion al Paraguay á destruir los pretendidos tronos y ejércitos del soñado rey Nicolás I, ¿qué encontró en aquellos pueblos inocentes? Véanse sus relaciones, y ellas contestarán á esta pregunta, diciendo, que lo que halló fué el desengaño y la evidencia de las falsedades inventadas en Europa por los impíos: pueblos sumisos en vez de alborotados, súbditos pacíficos en vez de rebeldes, religiosos ejemplares en lugar de seductores, misioneros celosos en vez de capitanes de bandidos, y en una palabra, conquistas hechas á la religion y al estado por las solas armas de la mansedumbre, del buen ejemplo y de la caridad, y un imperio compuesto de salvajes civilizados unidos en sociedad por los vínculos del Evangelio, la práctica de la virtud y las costumbres sencillas de los primeros siglos del cristianismo.—¡Qué nos presente el anti-jesuitismo un ejemplar como este!!!

las minas de oro que habian tragado los portugueses, Gomez de Andrada y su gobierno pusieron por condicion que treinta mil almas se encontraran de repente sin patria, sin familia, y empezando nuevamente á la buena de Dios su vida insocial y errante.

¿Y querian estos gobiernos, que unos hombres acostumbrados á la sociedad y sus dulzuras y beneficios, abandonaran pasivos sus hogares, y obedecieran como perros las órdenes de unos señores á quienes solo por sus crueldades conocian? No hagamos á los hombres mejores de lo que son; no queramos por nuestra conveniencia negar á los isleños del Paraguay, lo que no negaríamos á ningun pueblo del mundo, su nacionalidad, su amor patrio. Lucharon los indios con los españoles para defender su independencia salvaje, sus tiendas errantes, sus guaridas, verdaderos antros de fieras. Y todo esto era muy natural, porque los indios defendian en esta lucha, mas que sus personas sus principios y su estado. ¿No habian de salir asimismo á su defensa cuando este principio era un principio social y su estado habia cambiado de mal en bien, contra aquellos que querian trocarle de bien en mal?

Los Jesuitas hemos visto eran los padres, los maestros, los amigos de sus neófitos, y este triple carácter, no lo negamos, les habia concedido grande influencia sobre los indios. La diplomacia, empero, no respetó ninguno de estos antecedentes y quiso que esos santos artífices destruyesen su propia obra. El 15 de febrero de 1750 fueron encargados por las dos cortes signatarias del tratado y por el propio general de la Compañía de Jesus, de disponer el pueblo indiano á la transmigracion. El Rmo. P. Francisco Retz, general del Instituto, espidió para mayor seguridad cuatro copias de su orden; y despues de haber tomado todas las precauciones añadia, que por todos los medios posibles veria de romper los lazos que le detenian en Roma y traspasaria los mares para favorecer con su presencia la pronta ejecucion de las reales vo-

luntades. Véase si la Compañía de Jesus trató nunca de sublevar el país que habia civilizado.

El P. Barreda, provincial del Paraguay, se puso inmediatamente en camino, pero viejo é inutilizado por la edad, nombró en su reemplazo al P. Bernardo Neydorffert, residente de mas de treinta y cinco años entre los neófitos y apreciado de estos por mas de un título. El P. Bernardo comunica este extraño proyecto á los caciques, y todos le dan á una la misma contestacion. ¿Cual es esta? La contestacion natural, racional, la única que podia esperarse y la primera que debia temerse. Todos los caciques declararon que mejor querian morir en el patrio suelo que partir para un destierro interminable, inmerecido, y que les separaba para siempre de la tumba de sus abuelos y la cuna de sus hijos.—¿Quién en semejante caso tiene valor para inculcar y predicar la obediencia á una órden, si bien suprèma, anti-natural, anti-civilizadora, triste é injusta? ¿Quién? Los Jesuitas.

El mismo Schoell lo ha dicho: su anti-jesuitismo protestante no ha podido menos de rendirse á la evidencia. Oigamos como se espresa en su *Curso de historia de los Estados europeos*, tomo XXXIX, pág. 31: «Desde que los indios de la colonia del Sacramento, dice, disciplinados en número de diez á catorce mil, ejercitados en las armas y provistos de cañones, rehusaron someterse á la órden de espatriacion, con dificultad dióse fe á las aserciones de los Padres, que decian haber empleado todo su poder para reducirles á obediencia. Probado es, sin embargo, que los Padres hicieron todos los medios necesarios á este fin; pero puede suponerse que sus exhortaciones, dictadas por el deber, repugnantes empero á sus sentimientos, no eran tan vivas, como en otras circunstancias hubiesen sido. Semejante suposicion no basta para formalizar una acusacion de revuelta. ¿Qué seria de la historia, qué seria de la justicia, si la palabra de un ministro, destituida de prueba, fuera bastante á destruir la reputacion de un hombre ó de una corporacion?»

César Cantú, algunas veces citado, y por señas, repetimos, nada amigo de los Jesuitas, en la pág. 151 y 152 de su *Historia de los cien años*, tomo I, se espresa en estos términos: «Sobré la costa oriental del Uruguay encontrábase un país cedido por el Portugal á España, y en el cual los Jesuitas habían fundado siete parroquias ó *reducciones* con un arte admirable, introduciendo en ellas la agricultura y la educación cristiana. Un gentil-hombre portugués llamado Gomez Pereira, gran confeccionador de proyectos, propaló la voz de que el Paraguay nadaba en oro; que los Jesuitas sacaban anualmente de él tres millones de cruzados, y que este era el motivo porque tenían á este país en misterioso aislamiento. Ponia en consecuencia que Portugal recobrára los siete distritos del Uruguay, mediante la cesion hecha en favor de España de la colonia del Sacramento. Esta idea sonreia á la corte de Lisboa y mucho mas á la de Madrid, que en cambio de un territorio improductivo adquiria una plaza de una importancia estrema para los propietarios americanos, al mismo tiempo que escluia á los portugueses de todo comercio con el interior de la América meridional. — Habíase decidido primero, que los habitantes del Sacramento y del Uruguay permanecerian en sus respectivos países, cambiando solamente de dueños; pero decretóse luego su reciproca emigración. Este sentimiento profundo que nos encadena al suelo que nos ha visto nacer, hizo comprender á los indios la iniquidad de estas medidas; y sobre todo á los colonos del Sacramento repugnábales la idea de trasladarse á estériles terrenos. Pegaron fuego á todos los postes con las armas de España que había plantados en su territorio natal; y tomando las armas contra los españoles y los portugueses esperaron á pié firme las tropas, que en media hora mataron á dos mil insurgentes, y dispersaron ó hicieron prisioneros á los restantes. — Como era de todos conocida la autoridad que los Jesuitas ejercian en ellos, creyóse que la revolucion era obra suya, y que su intento era de fundar una república en

»el centro de las posesiones de un rey y encendiendo en ellas
»el fuego de la rebelión. Habian disgustado á Pombal, minis-
»tro despótico, y queria destruir todo obstáculo : especula-
»dor al propio tiempo, temia á la sombra que podia hacerle
»la competencia con unos hombres tan activos; y adepto de
»los filósofos, deseaba de todo corazon sus aplausos.»

Parécenos haber citado bastantes y acreditados autores para fortalecer la opinion de la completa inocencia de los Jesuitas en el Paraguay : á estos autores podríamos añadir el testimonio no menos respetable de Henrion, *Historia general de la Iglesia*, tomo X; el del juicioso autor de la obra *Pombal, Choiseul et Aranda*, etc.; el no menos digno del autor de las *Aneddoti del ministero di Sebastiano Giuseppe Carvalho*; el del crítico Gutierrez de la Huerta, en su *Dictámen fiscal*; y el del sabio autor de las *Memoires de S. I. Carvalho, marquis de Pombal*, etc. etc. etc. Con el derecho, pues, de aquel que pone sus pruebas de manifiesto al público, pedimos á nuestros opositores que muestren las citas en que apoyan su temeraria opinion. El desgraciado autor de nuestra impugnacion tiene la costumbre de abonar bajo su palabra los hechos que voluntariamente refiere; pero su palabra en asuntos históricos ni es prueba ni cosa que lo parezca. Por esto queremos saber qué autor y qué razones vienen en su abono, pues si el dicho de un particular, cegado por la pasion, puede ser de fe histórica, falsos serán la mayor parte de testimonios escritos que en lo sucesivo como documentos probatorios se exhiban al público. Volvemos pues al tema nuestro : ¿ en qué funda su opinion el autor del tan inexacto *Retrato al daguerreotipo* para acusar en este punto á los Jesuitas ? De fijo estamos ciertos, no lo sabe; y esta conviccion nuestra nos obliga á decir, que los enemigos de la Compañía de Jesus, á trueque de acusar á sus ilustres miembros, con tal que queden estos con la nota de rebeldes, no tienen inconveniente alguno en despojar á los pueblos de su mas preciosa cualidad, el patriotismo. Mejor quieren los anti-jesuitas, y mas fácil pretenden encontrar la

causa de los desórdenes buscándola en los PP. de la Compañía, que no en el instinto patrio, arraigado, no tan solo en aquellos indios civilizados, sino en el pecho del mas rudo salvaje, del mas brutal habitante de los bosques, que tiene cariño y sabe defender en caso necesario el terreno donde levanta su grosera choza, donde le ha nacido un hijo, donde ha dado sepultura á una madre. Y quien de tal idea se aparte, no tiene, ó finge no tener idea alguna de lo que es el corazon humano.

¿Quién es mas verosímil se sublevára, el Jesuita, libre de seguir á sus neófitos, y para el cual todo el mundo era patria, ó el indio á quien se le despojaba de casa y hogar; casa y hogar que habia adquirido á costa de tantos sudores y trabajos? Decídalo el menos imparcial.

Y para que se vea á donde llegaron las intrigas de Pombal en este punto, basta con que esgrimamos el arma misma que nos presta nuestro adversario en la pág. 101 de su ridícula obra, donde confiesa que el ministro de José I *envió á América á su hermano D. Francisco Javier con el título de gobernador del Marañon, y con el encargo de echar á los Jesuitas del Paraguay y de todas las posesiones portuguesas.* ¿Quién habia sentenciado á los Jesuitas, que así un ministro mandaba echarlos de tierra de América, solo porque así placía á su déspota voluntad y siniestras miras? ¿Quién le concediera poder para tanto? ¿Quién? Su ambicion y su impiedad que no reconocian traba.

Interminable seria nuestra tarea, si hubiéramos de consignar cuantos datos y pruebas tenemos recopiladas para evidenciar, ya no la completa inocencia de los Jesuitas del Paraguay, sino los inmensos beneficios que aportaron, así religiosos como económicos y políticos, en aquella parte del globo. A la acusacion que se les dirigió en la tan pulverizada obra de nuestra impugnacion, hemos contestado, no con palabras huecas, sino con razones sólidas. Cuando el grito de la conciencia y la conviccion propia no se levantára en este asunto á favor

de los dignos hijos del ínclito Ignacio, nunca el voto particular, débil y destituido de todo fundamento, de nuestro impugnado autor y dos ó tres como él tan desautorizados, pesaría un adarme en la balanza comparativa donde nuestros campeones arrojan un enorme peso. Y lo repetimos: el público, que tiene derecho á llamarse tal, ya no vive de ilusiones; lee y compara: lado á lado nuestra obra y la de nuestra impugnacion, llevamos una ventaja inmensa; los votos que exhibimos en favor nuestro, bastarian por sí solos á hacer matemáticas las verdades que defendemos. Por más esfuerzos que se hagan, el ejército militante de la verdad es invencible. Para el fallo de esta lucha, erigimos en jueces á cuantos jesuitas y anti-jesuitas se dignen leer imparcialmente las dos producciones rivales.

CAPITULO XX.

BENEDICTO XIV Y CLEMENTE XIII.

«FINALMENTE, Nos que durante nuestra juventud hemos
 »sido miembros de la Congregacion de la bienaventurada Vir-
 »gen Maria, erigida bajo el título de su Asuncion en la casa
 »profesa de la Compañía de Jesus en Roma; Nos, que recor-
 »damos con satisfaccion haber frecuentado estos piadosos é
 »instructivos ejercicios para nuestro mayor consuelo espiritual;
 »por lo tanto, juzgamos deber en nuestro ministerio pastoral
 »favorecer y promover con la ayuda de nuestra autoridad y
 »liberalidad apostólica estas instituciones sólidas y piadosas
 »que hacen avanzar en el camino de la virtud y contribuyen
 »poderosamente á la salud de las almas; por nuestras letras
 »espedidas en forma de Breve el 24 de abril último, hemós
 »aprobado, confirmado, estendido y amplificado las conce-
 »siones y gracias anteriores de nuestros predecesores, como
 »es de ver del contesto de aquellas letras.»—Así manifestaba
 Benedicto XIV su opinion sobre los Jesuitas en la bula *Glorio-*
sæ Domine, de 27 de setiembre de 1748, firmada del Pontí-
 fice y contrafirmada por el cardenal Passionei.

¿Cómo es pues posible que este mismo Pontífice, al poco
 tiempo publicara un Breve de reforma contra los Jesuitas, á
 quienes tanto aprecio manifestaba? ¿Cómo es posible? Muy
 fácilmente se explica, y el propio desgraciado autor del ridí-
 culo *Retrato al daguerreotipo* ha tenido la bondad de prestar-
 nos la llave de este laberinto. Desgracia es para ciertos escri-

tores, que poniendo muy poco cuidado en la redaccion ó traduccion de sus obras, suelten inadvertidamente la prenda con que ha de hacérseles la oposicion. Este aparente contrasentido de Benedicto XIV lo esplican las siguientes líneas de nuestro impugnado *Retrato*: «José I envió á su ministro en »la corte de Roma una instruccion escrita en este sentido, con »fecha 10 de febrero de 1758, la cual fué presentada al Pa- »pa, quien cediendo á las reiteradas y casi *amenazadoras* sú- »plicas del primer ministro, espidió en 1.º de abril un Breve de »reforma de los Jesuitas de Portugal.» Obsérvese que de intento hemos subrayado la palabra *amenazadoras*, porque en ella está la llave del enigma. Amenazar á un Pontífice achacoso, he aquí las hazañas diplomáticas del *escelso* Pombal. Y damos tanta mas fuerza á la palabra *amenazadoras*, porque esta es el arma que la impiedad confundida en el terreno de la razon, esgrimió constantemente hasta aniquilar á los beneméritos hijos del grande Loyola.—«No el veneno de los Jesuitas sino la presencia de Floridablanca me dará la muerte,» decia Clemente XIV antes de firmar el Breve, que poco tiempo despues le obligaba á esclamar: *Compulsus feci!* Voz de la conciencia que se sublevaba en la víctima de Aranda.

Benedicto XIV se habia mostrado siempre favorable á los Jesuitas: célebre en el mundo científico, en donde por sus talentos y conocimientos ocupaba un puesto tan distinguido como por sus virtudes en el católico, no podia olvidar que á los PP. de la Compañía de Jesus debia su instruccion. Sencillo, afable y dulce en su carácter, era enemigo de disputas y siempre tendió á la reconciliacion mas que al rigor. Al lado de Benedicto XIV, y como figura de contraste, destacábase la del cardenal Passionei, enemigo de los Jesuitas, no por ser tales, sino porque como el cardenal Guidiccioni en el siglo xv, participaba en el xviii de la opinion contraria á las comunidades religiosas. Pombal hizo suyo á este cardenal, y fué una de sus mas formidables palancas para remover el edificio del grande Loyola.

No queremos rebajar en lo mas mínimo el mérito de este cardenal, en quien la verdad nos ha hecho reconocer eminentes dotes políticos y literarios; pero desgraciadamente á sus antipatías unia la terquedad mas ciega, llegando esta hasta el punto de hacer víctima de ella á la ciencia, pues en su biblioteca, una de las mejores de Roma, nunca dió cabida á obra alguna de escritor jesuita. Benedicto XIV le profesaba singular amistad, aunque muchas veces en disputa con el cardenal se habia visto obligado á ceder ante la dura inflexibilidad de Passionei.

Por este tiempo, un gran criminal, á quien la historia supone afiliado en todas las sectas protestantes, de vuelta de un viaje á las Indias y América publicó en Italia un libro titulado: *Memorias históricas sobre los asuntos de los Jesuitas*, verdadera cosecha de cuantos odios el anti-jesuitismo ó la impiedad habia sembrado. Roma pasó el libro á la censura del Santo Oficio, y este tribunal nombró una comision para examinarlo. El fallo fué como debia ser; las *Memorias históricas* fueron condenadas: entonces Passionei se constituyó en defensor de su autor el impio Norberto ¹, y aunque para el éxito de su defensa quiso atenuar el mal efecto que causaron las estúpidas exageraciones del protestante, negando que del libro se dedujeran las acusaciones, que en realidad se deducian contra los Jesuitas, lo cierto es que ninguna persona sensata hizo caso del libro ni de la pretendida defensa.

Entonces fué cuando el tirano Pombal solicitó de la Santa Sede un Breve de reforma para los Jesuitas, contando con el apoyo que en el consejo del Papa le prestaban los dos cardenales Passionei y Archinto. Benedicto XIV estaba postrado en el lecho de muerte de donde ya no debia levantarse, y en este estado firmó el 1.º de abril de 1758 el Breve tan ardientemente

1. Véase sobre este desgraciado la nota de la pág. 384 de nuestra obra. Este inmundo sectario del protestantismo, ocultaba su verdadero nombre con el de Platel y otros diferentes, segun convenia á sus infernales proyectos, ó al de sus impios protectores.

solicitado. ¿Cómo se alcanzó semejante resolución de un Pontífice tan ilustrado como Benedicto XIV? Lo hemos dicho antes, y también lo ha dicho el autor del condenado *Retrato al daguerreotipo*. Si á esto añadimos, por ser de todo historiador sabido, que el Papa en sus relaciones con los príncipes y grandes escritores de su época llevaba la condescendencia hasta la debilidad, nadie extrañará que en su última hora hiciera lo que nunca pudo recabarse de él en plena salud, mayormente cuando Benedicto XIV tenía el suficiente valor y talento para despreciar las amenazas del tirano Pombal, solo vencedoras, por la mano y astucia de Passionei, en la hora postrera de su peregrinación.

Esto sin embargo, en medio de los dolores de su agonía, el Papa presintió que algunos espíritus celosos de las glorias jesuíticas podían hacer mal uso del Breve de reforma. Este Breve había sido dirigido para su ejecución al cardenal Saldanha; el Papa quiso iniciarle en sus últimas miras, y dictó al cardenal Archinto unas instrucciones tan justas como prudentes, que pueden verse bajo el título de: *Benedicti XIV Pontifici Maximi secretiora mandata circa visitationem cardinali Saldanha observanda*. Los encargos que Benedicto XIV hacia al cardenal portugués, visitador de las casas de la Compañía en Portugal, eran de proceder con discreción y dulzura; guardar absoluto silencio respecto á los puntos sobre que la acusación versaba, imponiendo igual silencio á sus subordinados; pesar con madurez todos los hechos, rechazar las sugerencias de los enemigos de la Compañía, nada decir al público, ni aun á los ministros del Estado sobre el resultado de su visita, y finalmente *nada decidir por sí y ante sí, limitándose su encargo á informar concienzudamente á la Santa Sede*, que SE RESERVABA EL DERECHO DE FALLAR. Sabias eran las prevenciones, pero por lo mismo contrariaban los planes del tirano Pombal, que contaba con su protegido Saldanha para lograr su objeto y desacreditar públicamente á los Jesuitas. Por esto la última voluntad del Papa, aquella que ponía un coto á

las funestas consecuencias que pudiera acarrear un Breve con fuerza y amañes arrancado, la voluntad en fin de quien quería, debía y podía reparar un acto de debilidad, fué despreciada por convenir así á los infernales planes del tirano Pombal. El 2 de mayo de 1758 fué comunicado el Breve á los Jesuitas, y el 3 espiró Benedicto XIV.—Es de notar que los Jesuitas no tuvieron noticia de semejante intriga, hasta tanto que el déspota Pombal, armado del decreto pontificio, promulgó su anti-católica victoria. Esto nos despierta dos ideas; primera, que el ominoso Pombal fraguó su torpe intriga en la oscuridad y el silencio, como el monedero falso su obra, como el salteador de caminos su proyecto. Y bien hizo el flamante y moderno marqués: hay acciones parecidas á aquellas sustancias químicas que la luz del sol descomponen. Segunda idea; que era tanto mas de respetar la voluntad de Benedicto XIV espresamente dirigida al cardenal Saldanha, en cuanto el Papa obró sin instigacion de influencia alguna y solo á impulsos de su corazon. Al tirano Pombal empero no le convenia respetarla: lo que él necesitaba eran escándalos y presentar á los Jesuitas como habiendo incurrido en el total desagrado del Papa, practicando la visita de modo que sus planes surtieran completo efecto. Si el proyecto no requeria talento, requeria sí audacia y perversidad, que sobran por cierto al ominoso marqués.

Para que se pueda juzgar del modo anti-católico, anti-político y anti todo lo razonable con que se procedió á la ejecucion del Breve, permitasenos trasladar aquí el siguiente párrafo de Mr. Cretineau-Joly, al tomo V de su citada historia: «El Breve de Benedicto XIV, dice, fué notificado por el cardenal Saldanha al provincial de la Compañía. El Papa estaba agonizando, y su prevista muerte ponía en cuestion cuanto se arrancára á su debilidad; Pombal creyó que precipitando los acontecimientos, podría darle la sancion de cosa cumplida. Saldanha, infiel á Dios y profanador de su santo ministerio, se constituyó en servil adulator del tirano Pombal, quien por

» premio de sus complacencias le prometió el patriarcado de
 » Lisboa¹: al efecto puso á disposicion del ministro la autoridad
 » de que se hallaba revestido. Segun las leyes eclesiásticas, las
 » comisiones de los nuncios ó visitadores apostólicos espiran por
 » muerte del Papa en todos aquellos lugares á donde el Breve
 » no ha sido puesto de manifiesto en vida. En este caso se en-
 » contraba la provincia del Brasil. Saldanha destruye los es-
 » crúpulos de Pombal; Pombal espide á este tenor un decreto
 » del consejo. La irregularidad canónica estaba manifiesta;
 » Saldanha sigue adelante, y el 15 de mayo, trece dias despues
 » de haber recibido el Breve, declaró en una pastoral que los
 » Jesuitas se dedican á un comercio prohibido por las leyes
 » eclesiásticas. En el espacio de trece dias, el reformador habia
 » abarcado los hechos é historia del Instituto en las cuatro par-
 » tes del mundo, y condenaba á todos sus individuos ante su
 » tribunal sin haber oido siquiera á uno en su defensa. El mi-
 » nistro en sus debates y en sus edictos acusaba á los Jesuitas
 » de faltar á los cánones; el cardenal en su pastoral les decla-
 » raba convictos de ilícito comercio. En esto habia no tan solo
 » un exceso abominable de precipitacion, si que tambien una
 » injusticia, por quanto el comercio á que se dedicaban los
 » procuradores de las misiones estaba autorizado por el buen
 » sentido, por los soberanos Pontífices y por los monarcas; pe-
 » ro de lo que menos allí se trataba era de equidad y derecho.
 » La fuerza y la astucia se coaligaron para destruir; la ambi-
 » cion y la impericia se dieron la mano para secundar la vio-
 » lencia.» — ¡Hermoso árbol el que dió tal fruto! — La citada
 pastoral, á mas de estas y otras inexactitudes, contenia otra
 no de poca monta, la traduccion *villarum* (cortijos) por villas
 ó pueblos: con esto se hacia á los Jesuitas señores de tantos
 pueblos como cortijos ó granjas poseian. El inventario de bie-

1. Henrion, *Historia general de la Iglesia*, tomo X; Cretineau-Joly, *Historia de la Compañia de Jesus*; Pombal, *Choiseul et Aranda*, etc.; *Aneddoti del ministero di Sebastiano Giuseppe Carnalho*, etc. etc. etc.

nes se tomó con la mayor minuciosidad : todo se registró é inventarió : hasta se remontó la investigacion al origen mismo de la Compañía : la inocencia no pudo ser mas manifiesta ; pero el terrible Pombal se apresuró á ocultar el resultado : lo que le convenia era calumniar sin pararse en los medios ¹.

Saldanha sirvió con culpable celo á Pombal , y Pombal con no menor infamia á la irreligion. Por lo que á los Jesuitas hace , víctimas de tan infernales intrigas , no tuvieron mas medio que esperar en el silencio y la resignacion el golpe fatal que debia aniquilarles. ¿ A qué debian defenderse ? Cuando una sentencia está de antemano firmada , toda defensa es inútil. Los mártires del cristianismo defendieron en los antiguos tiempos la verdad de su doctrina con mil y mil milagros , y esto no impidió que cayeran miles y miles de cabezas. El acusado puede defender su inocencia ante un juez ; ante el verdugo no le toca mas que prepararse á morir. Así lo hicieron los Jesuitas , que tuvieron el heroico valor y cristiana resignacion de padecer á sus rastreros enemigos. En apoyo de esta opinion , citaremos al protestante Schœll , quien á la página 52 del tomo 33 de su *Curso de historia de los Estados europeos*, dice : «El 3 de febrero de 1757 , publicó Pombal , bajo »la forma de un manifiesto , la diatriba intitulada *Resumen de »la conducta y últimos actos de los Jesuitas en Portugal y en »la corte de Lisboa*. Era este un relato enteramente apasionado , de todo cuanto habia tenido lugar en América desde »los primeros establecimientos que los Jesuitas habian formado en el interior de aquel vasto país. La calumnia era tan »manifiesta , que el provincial y luego el general de la orden , »juzgaron conveniente abandonar esta fábula á su éxito , sin »dignarse refutarla.»—Tenemos , pues , que un protestante , un anti-jesuita , se encarga de defender á los dignos hijos del

1. Henrion, *Historia general de la Iglesia*, tomo X; Pombal, Choiseul et Aranda, etc.; *Aneddoti del ministero di Sebastiano Giuseppe Carvalho*; Cretineau-Joly, *Historia de la Compañía de Jesus*, etc. etc.

inclito Loyola, á quienes pretendidos católicos quieren herir.

Y aquí hemos de dar una pequeña esplicacion de nuestra conducta en la obra que venimos escribiendo. Nuestras miras al tomar la pluma han sido varias: una es vengar al Instituto de S. Ignacio de los ultrajes que se le hacian en el imprudente *Retrato al daguerreotipo*; otra es fortificar en su útil y justa conviccion á los admiradores de la Compañía de Jesus; y la tercera, quizás la preferente, arrancar la venda que cegaba á algunos ilusos, á quienes la preocupacion y la lectura de falsos libros habia descarriado el juicio de una de las mas célebres órdenes religiosas. En este concepto, como el amor propio no nos alucina, hemos creido que para algunos nuestra palabra no valia mas que la de nuestro adversario, y que era por lo tanto necesario llamar en nuestro auxilio el voto de hombres á quienes el mundo científico hubiese espedido diploma de autoridad para el caso. De aquí que en algunos puntos nuestra obra haya sido enriquecida con numerosas é interesantes notas, para que cotejada con la de nuestra impugnacion, que en su mayor parte sale bajo la única garantia de su autor y de su modelo el cínico Adolfo Boucher ¹, viese el mas topo del lado á que la balanza se inclina. Ya pues que hubiésemos de constatar el voto de autorizados escritores, hemos creido preferibles, mientras nos ha sido posible, los de aquellos que por sus antipatías personales, científicas ó religiosas, fueran menos adictos al calumniado Instituto. Al lado, por lo tanto, del juicio emitido por hombres eminentes del bando católico, que han reconocido siempre como poderosos aliados á los Jesuitas, hemos continuado el de jefes de la escuela filosófica y aun el de ene-

1. Para tener alguna noticia del impostor Boucher, hemos consultado, aunque en vano, la Biografía de Feller; la obra intitulada: *Société des professeurs et des gens des lettres*; á Rabbe; á Viell de Boisjolin et Sainte-Preuve; á Bescherelle; la Biographie universelle; la Encyclopedie catholique, etc. El autor será un hereje, que habrá ocultado su inmundo nombre con el supuesto de Adolfo Boucher. Esta táctica no es nueva en los enemigos de la Compañía de Jesus. Véase en confirmacion la nota de la pag. 313 de nuestra obra.

migos declarados de la Compañía, para que los que se encuentren en este último caso puedan aprender de sus propios modelos. Este hemos creído era el medio mas útil para satisfacer á las exigencias de amigos y enemigos, y nuestra conducta esperamos será apreciada por todos nuestros lectores, aun aquellos que menos dispuestos se encontraban á la conversion y que quizás habrán modificado un tanto sus ideas.

Los Jesuitas, como hemos demostrado, habian quedado completamente justificados ante toda persona sensata, ora sobre todos los puntos en que la impiedad les acusara, ora sobre el asunto ridiculo del soñado monarca Nicolás I, de sus fabulosos é improvisados ejércitos, etc.; empero lo que mas irritó al cruel Pombal fué el resultado de la reunion tenida en 1757 por el general Ceballos, nuevo gobernador del Paraguay, quien hizo levantar un estrado en la plaza pública, asistido de Valdelrios y cuatro de sus oficiales, sus cómplices. Al pié de este tribunal estaban los caciques y detrás de ellos una multitud de habitantes de las siete *Reducciones*. El gobernador Ceballos preguntó á los caciques si habian tenido conocimiento de las reales órdenes, en las cuales se les mandaba desocupar el pais y trasladarse al que les habia sido designado, y si los misioneros habian aprobado su rebelion. A esta pregunta contestaron entre sollozos, que no ignoraban las órdenes de su soberano; que los Jesuitas incesantemente les habian exhortado á acatarlas; pero que ellos y los habitantes de las *Reducciones* se habian obstinado en desechár sus consejos al ver se les negaba el tiempo necesario para emigrar, y dando solo oidos á su desesperacion resolvieron por la guerra, contra la voluntad espresa de los misioneros, á los cuales encerraron y aun maltrataron para vengarse de sus reprensiones. Los Jesuitas quedaron pues justificados de las torpes calumnias del cruel Pombal; lo quedaron tambien en España por haber mandado el gobierno quemar en la plaza pública el libelo del tirano de Portugal, y por otros tres reales decretos, publicados en 1755, 59 y 61. Tan completa justificacion destruia los planes anti-religiosos de Pom-

bal, al ver que en nada habian desmerecido los dignos hijos del grande Loyola á los ojos del público, y que las violencias empleadas contra de ellos en el Marañon, las vejaciones en el Uruguay, solo habian producido el resultado de hacer á los Jesuitas mas dignos de aprecio, si cabe, á los ojos de todos. Entonces fué, cuando Pombal lleno de despecho, concibió el diabólico proyecto de hacer intervenir para desacreditarles la autoridad de la Santa Sede, solicitando un Breve de visita y de reforma ¹.

Volviendo ahora al Breve de Benedicto XIV, debemos decir que nunca jesuita alguno se ha permitido decir que el Papa chocheára al firmarle, y que sin estas chochees bien podian defenderse los calumniados padres, como en efecto se defendieron y se rehabilitaron en el siguiente pontificado de Clemente XIII. A pesar de esto, el golpe estaba dado, y el tirano Pombal no se descuidó en aprovecharse de la buena posicion en que sus intrigas le habian colocado, y blandiendo el adulterado Breve pontificio fuése derecho á herir aquel blanco, en el cual tantas impías armas se habian embotado.

Muere Benedicto XIV y ocupa la silla de S. Pedro Clemente XIII. Bosquejaremos á este Jefe de la Iglesia para que conozcan todos quien era el hombre que iba á reparar y reparó el acto de debilidad cometido por su antecesor, víctima de las amenazas de Pombal y de la mala fe con que procedió el cardenal Saldanha en su ejecucion, faltando á lo que le habia prevenido el Papa al enyiarle el Breve.—Clemente XIII, antes del pontificado Carlos Rezzonico, nació en Venecia por los años 1693 de una familia originaria de Como en el Milanésado. Fué primero protonotario apostólico participante, despues gobernador de las ciudades de Rieti y Fano y seguidamente auditor de la Rota por Venecia. Clemente XII, admirador de su

1. Henrion, *Historia general de la Iglesia*, tomo X; Pombal, *Choiseul et Aranda, ou l'intrigue des trois cabinets*; Aneddotti del ministero di Sebastiano Giuseppe Carvalho: Gutierrez de la Huerta en su *Dictámen fiscal*, etc. etc. etc.

ciencia y virtudes, le decoró con la púrpura en 1737. En 1743 fué elevado á la silla de Padua, haciéndose tan célebre su episcopado por su tierna piedad y caridad generosa, que después de la muerte de Benedicto XIV fué elegido Papa á los 6 de julio de 1758. Juzgando á este Pontífice dice el conde de Albón: «Los buenos ciudadanos no pueden pronunciar sin conmocion el nombre de Clemente XIII: era el verdadero padre del pueblo; su única mira fué hacerle feliz y para lograrlo trabajó con gran celo. El mayor pesar que tuvo y le costó no pocas lágrimas, fué la presencia de desgraciados, á quienes no pudo socorrer. Murió á principios de 1769.»

A los pies de este Pontífice se arrojó en 13 de julio de 1758 el general de los Jesuitas Lorenzo Ricci, cuyo bosquejo en otro capítulo de esta obra hemos trazado. Ricci entregó al Papa una detallada memoria, que el autor del inexacto *Retrato al daquerreotipo* se atreve á censurar. Conózcase y júzguese. El documento es importante. Ricci decía:

«Santísimo Padre. El general de la Compañía de Jesus, postrado ante Vuestra Santidad, os hace humildemente presentes la estremada afliccion y las desgracias que afligen á su órden, por las conocidas revoluciones de Portugal. Porque, atribuyendo los mas graves crímenes á los religiosos del Instituto establecidos en las posesiones de S. M. fidelísima, se obtuvo de Benedicto XIV de feliz memoria, un Breve por el cual se nombra á Su Eminencia el cardenal Saldanha visitador y reformador, confiriéndole los mas amplios poderes. Este Breve ha sido no solo publicado en Portugal, si que tambien reimpresso en toda Italia. En su virtud el eminentísimo visitador ha publicado un decreto en que declara á todos los citados religiosos culpables de dedicarse al comercio. A mas, Su Eminencia el cardenal Patriarca, sin atender en modo alguno á la constitucion *Superna* de Clemente X, que prohíbe á los obispos retirar á las comunidades religiosas las licencias de confesar sin haber consultado antes á la Santa Sede, ha prohibido confesar y predicar á todos los religiosos de la Compañía residentes no

solo en su diócesis de Lisboa sino en todo el territorio de su patriarcado. Sin que semejante prohibicion les fuera personalmente notificada, ha hecho fijar el decreto en todas las iglesias de Lisboa, de cuyos hechos el general puede presentar pruebas auténticas.

» Los religiosos de Portugal han suportado esas sensibles ejecuciones con la humilde sumision que debian. Están íntimamente persuadidos de la rectitud de intenciones de S. M. fidelísima, sus ministros y los dos eminentísimos cardenales; temen sin embargo no estén prevenidos por los artificios de personas mal intencionadas. No pueden persuadirse de que sus hermanos sean culpables de tan atroces delitos, mayormente cuando no habiendo sido llamado ninguno de ellos en justicia, no han podido encontrarse en el caso de producir sus defensas y descargos.

» Y aun cuando hubiere algunos particulares culpables de los crímenes atroces que se les imputan, creen que este delito no le habrán cometido todos ni aun la mayor parte, para que se vean envueltos todos en el mismo castigo. En fin, aun cuando todos los religiosos que se encuentran en los Estados de S. M. fidelísima fuesen culpables desde el primero al último, lo cual no es probable; los restantes que en las diversas partes del mundo emplean sus trabajos y fatigas á procurar la honra de Dios y la salvacion de las almas, según los posibles de cada uno, piden con instancia ser tratados al menos con bondad. El mal y el descrédito se estienden á toda la orden, por mas que esta mire con horror los crímenes atribuidos á los padres de Portugal, especialmente todo lo que pueda tender en lo mas mínimo á ofender á sus superiores, así eclesiásticos como seculares. Al contrario, desea y procura en cuanto le es posible, verse exenta de aquellas faltas á que la condicion humana se halla sujeta en su mayor parte.

» Es evidente, que los superiores de la Sociedad, como consta de los registros y cartas escritas ó recibidas, han insistido siempre en la mas exacta observancia de las reglas, lo

mismo en las provincias de Portugal que en todas las otras. Algunas veces se les han delatado faltas de otro género; pero en cuanto á los delitos que ahora imputan á estos religiosos, nunca han llegado á su noticia, ni se les ha advertido ni requerido de antemano para que procuren remediarlos.

» Informados finalmente de que estos padres habian incurrido en desgracia con S. M., han manifestado por ello el mas vivo dolor y suplicado se les diera particular noticia de los delitos y de los culpables. Han ofrecido enviar de los paises extranjeros á los individuos mas capaces y acreditados de la Compañía para visitar y reformar los abusos que pudieran haberse introducido; pero sus humildes súplicas y ofrecimientos no han merecido siquiera ser escuchados ¹.

» Además, es muy de temer que esta visita y reforma, en

1. En una *Memoria* impresa en 1790, dirigida á las altas, soberanas y poderosas señorías de los Estados-Unidos de los Países-Bajos católicos, sobre el restablecimiento de los Jesuitas, pág. 47 y 48, se lee la siguiente nota: «Los Jesuitas fueron destruidos en Portugal, suponiendo no observaban las reglas de su Instituto; en Francia por el contrario, lo fueron por demasiado observantes; podía pues hacerse un cambio y acomodarlos todo; enviar los Jesuitas de Francia á Portugal para que observasen dichas reglas, y los de Portugal á Francia para que no las observasen.»—Voltaire, *Siglo de Luis XIV*, pag. 354, dice: «Lo que hubo de mas chocante en este desastre cuasi universal (la persecucion de los Jesuitas) fué, que en Portugal fueron proscritos por haber degenerado de su Instituto, y en Francia por ser demasiado observantes.» Estos celosos acusadores eran los mismos enemigos de nuestros dias, CATÓLICOS DE SOLO NOMBRE. Esto nos recuerda una anécdota ocurrida en cierta villa de España, donde un católico á lo Boucher clamaba por el trabajo que se perdía teniéndose que oír misa en tantos dias de precepto: cierto perillan le contestó: «¿Cabalmente es V. el que se queja; V. que nunca va á oírla? Amigo mio; yo me atengo al antiguo refran castellano: «Por oír misa y dar cebada, no se pierde la jornada.» Nosotros solo añadiremos una corta observacion á nuestros lectores que podrá servirles de regla cierta, á saber, que si quieren saber quienes son los enemigos de los Jesuitas, recuerden aquella sentencia del Evangelio: *à fructibus eorum cognoscetis eos*. S. Mateo, cap. vii, vers. 16. (Por sus frutos ú obras los conoceréis.) Serán católicos de solo nombre, de aquellos que no profesan religion alguna conocida; hombres enriquecidos con lo ajeno, y á bien poca costa, etc. etc. etc.

lugar de ser provechosas, ocasionen disgustos sin utilidad alguna. Esto es mas de temer en las posesiones de Ultramar, para las cuales el eminentísimo cardenal Saldanha se verá obligado á nombrar delegados. Existe una completa confianza en todo lo que haga este cardenal por sí mismo; mas parece que puede temerse con razon que las delegaciones no recaigan en personas poco adictas á las Constituciones de Regulares, ó tal vez mal intencionadas, y que por lo mismo podrian causar grandes males. Por todas estas razones, el general de la Compañía de Jesus, en nombre de la Sociedad, implora con las humildes y sinceras súplicas la autoridad de Vuestra Santidad, á quien suplica que por los medios que su alta prudencia le sugiera, alienda á la seguridad y garantía de aquellos que no son culpables, y particularmente por el honor de la Sociedad: que no se la inutilice para la gloria de Dios y bien de las almas, que no se la prive de servir á la Santa Sede y secundar el piadoso celo de Vuestra Santidad, por quien el general y toda la Compañía ofrecerán á Dios las mas fervientes súplicas, para obtenerle la bendicion del cielo, y una larga serie de años para el bien y prosperidad de toda la Iglesia.»

¿Podia ser mas humilde la súplica? ¿Qué pedia el general Ricci que así se alarma por ello el apasionado autor del no menos apasionado *Retrato al daguerreotipo*? Pedia fueran señalados los culpables y que se les castigara. Dicen los antiesuitas y dice la repugnante obra de nuestra impugnacion, que en la memoria presentada á Clemente XIII, Ricci convino en que habia en la Compañía de Jesus miembros reos de los crímenes hasta atroces que se les imputaban. Esto es una equivocacion; lo que Ricci decia era, que caso que existieran tales reos no se hiciera responsable de los estravíos de unos pocos á la órden entera. Y esto no podia ser mas natural: el jefe de la Compañía pedia una cosa muy justa. Ni afecta en nada á la benemérita Sociedad de Jesus, el caso, aun concedido, de que contara entre sus filas algunos indignos de los altos fines á que aspiró el grande Loyola, y que tan bien secundaron sus

sucesores. El número de PP. Jesuitas era de muchos miles en Europa y América, y nada de particular tendria que entre tantos se hubiese deslizado alguno, cuya conducta ofendiera á sus hermanos. Pero esto en nada afecta á la Compañía. No se declara contagiada una poblacion porque en ella haya algunos enfermos, ni se dice cobarde á un ejército porque en sus filas haya algunos miedosos. Doce solos hombres, y escogidos por el Salvador, formaban el Apostolado, y uno de ellos correspondió con la mas negra ingratitud á los favores de su Divino Maestro. ¿Y seria justo condenar a todo el Apostolado por el delito de Judas? Ni justo ni razonable. El delito de uno ó mas hombres no es bastante á acusar por él á una corporacion. Por el delito de algunos jesuitas acusar á toda la Compañía de Jesus, es un absurdo lógico, una aberracion ridícula. Como motivo para la destruccion de los Jesuitas es poco; como pretesto es digno de sus enemigos.

Clemente XIII, queriendo obrar justicia sin pasion, nombró una comision que conociera del asunto. La comision cumplió con su deber y justificó la inocencia de los Jesuitas. Pombal y los suyos rugieron de cólera, y el comandante Almada, pariente del ministro portugués y su embajador en Roma, inventó la venganza mas ruin y necia. Hizo imprimir y repartir

1. Pombal sembraba el oro y las promesas para multiplicar sus cómplices, y como era de esperar los encontró entre la gente corrompida. Su digno cómplice y pariente Almada, embajador de Portugal en Roma, era como casi todos los diplomáticos de aquel tiempo un *filósofo*, y por consecuencia enemigo de los Jesuitas. El fué quien se encargó de imprimir contra estos los folletos de la oficina del cruel Pombal, valiéndose de Nicolas Pagliarini, uno de aquellos aventureros que venden el vicio, el error ó la mentira como otra cualquier mercancia; Pagliarini era infatigable, ambicioso é intrigante: por esto fué escogido por Almada: corrompido por este se ocupó en corromper á otros. Tuvo especial mision de infestar la Europa de libros obscenos ó irreligiosos: era enemigo declarado de la Santa Sede y por consiguiente de la Compañía de Jesus. Fué el alma de Pombal, Tanucci, Roda y demás sectarios de la impiedad. Estos, como era de esperar, apoyaron en Francia todas las falsedades de Pombal, con folletos y otros diferentes escritos. (Cretineau-Joly, *Historia de la Compañía*

por todas partes una falsa decision de la Congregacion romana, creyendo alcanzar por este medio todo al revés de lo que alcanzó. Efectivamente, la fingida sentencia fué quemada en Roma y en Madrid por mano del verdugo, como documento apócrifo y calumnioso. Pagliarini, convicto de haberlo impreso, fué encarcelado y desterrado despues de los Estados romanos. En su desgracia, bien merecida, acogiósse á Pombal y este le colmó de obsequios y honores, ya que tan bien habia servido con una vergonzosa falsedad la causa de su despotismo. Pombal tenia que habérselas con un Pontífice á quien no era fácil sorprender, y entonces fué cuando hizo responsables á los Jesuitas de la tentativa de regicidio en la persona de D. José I.

Por la rehabilitadora sentencia de la comision quedaba moralmente destruido el Breve ¹, arrancado con maña y violencia á la debilidad mortal de Benedicto XIV; pero el omnipotente ministro no se dió por satisfecho, y prosiguió con Sal-danha en su obra de destruccion. Esto sin duda mueve á decir al desgraciado autor del pretendido *Retrato al daguerreotipo* que Clemente XIII no se atrevió á revocar el Breve de su antecesor. Se equivoca en esto como en lo demás el censurado autor. Clemente XIII en defensa de los Jesuitas se atrevió á todo para vergüenza de Pombal y de los suyos. Y cuando decimos á todo, es porque este Pontífice dió á la Compañía de Jesus la mas alta prueba de su aprecio en un documento que es el INRI de su inocencia. Lea sino el que dude y se convencerá.

En 7 de enero de 1763, es decir, seis años despues que los Jesuitas fueron abolidos en Portugal, y un año despues que lo fueron en Francia, Clemente XIII publicó la Bula *Apostolicum*.

de Jesus; id. Clemente XIV y los Jesuitas; Pombal, Choiseul et Aranda, etc.; Gutierrez de la Huerta, en su *Dictámen fiscal*; Henrion, *Historia de la Iglesia*, tomo X; *Aneddoti del ministero di Sebastiano Giuseppe Carvalho*, etc. etc. etc.)

1. Este Breve era *subrepticio*, porque el tirano Pombal lo habia alcanzado alegando falsedades y calumnias.

En ella, juez supremo en materia de fe, de moral y de disciplina, el Papa de lo alto de su infalible cátedra, decia al mundo católico: «Nos rechazamos la grave injuria hecha á un mismo tiempo á la Santa Sede y á la Iglesia. Declaramos de nuestra propia voluntad y cierta ciencia, que el Instituto de la Compañía de Jesus respira en el mas alto grado la piedad y santidad, por mas que se encuentren algunos hombres que despues de haberla desfigurado con las mas perversas interpretaciones, no han temido calificarla de irreligiosa é impía, insultando del mas ultrajante modo á la Iglesia de Dios, que equivalentemente acusan de haberse engañado hasta el punto de juzgar y declarar solemnemente piadoso y agradable al cielo lo que era irreligioso é impío.»

— Este es el grande argumento que el anti-jesuitismo no puede destruir. Y mientras le hacemos constar para que en otra ocasion nos sirva de arma defensiva, quede consignado que Clemente XIII tuvo el suficiente valor y la necesaria conviccion para echar en cara á los enemigos de la Compañía su ruin y anti-católico proceder. El Papa salió en defensa de los Jesuitas: todos los que de buenos católicos se preciasen debieron enmudecer; pero los soberanos rodeados de sectarios de la impiedad, seducidos por estos, ni vieron ni pudieron prever, que con la destruccion de los Jesuitas se intentaba con una mano destruir los tronos y con la otra aniquilar los altares. Pombal, uno de ellos, dice el Sr. Gutierrez de la Huerta, en su *Dictámen fiscal*, aspiraba á generalizar la herejía de la llamada reforma anglicana, con la esperanza fundada de arribar por este medio á la destruccion de los altares católicos y á la subversion de los tronos, poniendo en guerra abierta de pretensiones al sacerdocio y al imperio, y seduciendo ante todas cosas el corazon de los reyes con la idea lisonjera de que lo eran todo comparados con la Iglesia, para poder mostrarles despues que se vieran solos y sin el auxilio de aquellos el horrible precipicio de que no eran nada comparados con los pueblos.

— La historia de estos acontecimientos, confirmada á los ojos

de la reflexion con la esperiencia posterior de los horrores en que se ha visto sucesivamente envuelta la Europa, á medida que la profunda malicia de los unos y la indiscreta vanidad de los otros ha podido proclamar sin resistencia como dogmas de eterna verdad estos principios fundamentales de la anarquía y de la rebelion; da muchos grados de fuerza á las pruebas documentales con que se propone convencer Mr. Barruel en sus *Memorias para servir á la historia del jacobinismo*, que entre los medios generales de primer orden adoptados por los conspiradores del siglo XVIII contra la religion y los tronos, tuvo el segundo lugar el de la estincion de los Jesuitas, como paso preliminar y condicion sin la cual ni debia esperarse la propagacion de la doctrina, ni los triunfos sangrientos que meditaban, y se han debido, segun ellos, á las *luces* (desvarios) bienhechoras de la filosofia (impiedad) moderna.

Carvalho obtuvo lo que deseaba, y fué el primero que en el siglo XVIII, abriendo las sendas tortuosas de la persecucion jesuítica, dejó marcadas en ellas las huellas que siguieron otros despues sin prevision de las resultas, y guiados tal vez de la vanidad de merecer por estos servicios el título de sabios y despreocupados, con que honraba la impiedad dominante del siglo á los que mostraban mas celo en promover cerca de los gobiernos el patrocinio de estas novedades.

Carvalho fué el primer jefe ministerial declarado en el siglo XVIII de la persecucion y absoluto esterminio en Portugal y demás paises católicos de la Compañía de Jesus... el decantado regicidio de José I fué el falso y calumnioso pretesto con que se cubrió la impiedad para vomitar todo el veneno de las imposturas, falsedades y aun despropósitos que debian conducir á la destruccion jesuítica, cubrir los fines profundos de este misterio y alentar la cobardía de aquellos que sin conocerlos escucharon por vanidad la tentacion de merecer bien de la filosofia (impiedad) del siglo, á tan poca costa como la de repetir á manera de ecos las imposturas de Carvalho, y la de imitar su política sombría en cuanto á preparar la sor-

presa en las tinieblas y el secreto. Pero cedieron, cooperaron y consiguieron que los enemigos ardientes de la seguridad de los tronos, lograsen la satisfaccion de ver desacreditados y confundidos á los que, segun D'Alembert, formaban la columna Macedonia; aquel cuerpo igualmente irresistible á los ataques de la impiedad que á los esfuerzos de la rebelion.

Por eso Voltaire no se atrevió hasta esta época á hacer público el aborrecimiento que encerraba su corazon contra los reyes. Diderot no se atrevió á publicar mientras hubo jesuitas en Francia, el *Sistema de la naturaleza*, la mas infame y frenética produccion que han visto los siglos. Baille, D'Alembert, Rousseau, no emprendieron hasta despues de la destruccion de la Compañia de Jesus la carrera pública del magisterio de los dogmas de la impiedad.

Era necesario que los soberanos creyesen todos los sofismas, falsedades y calumnias inventadas por Carvalho, propagadas por su cuenta y apoyadas por los impíos de Francia para destruir la Compañia de Jesus: era necesaria la ruina é indispensable el exterminio de la Compañia de Jesus para llevar á cabo los sofistas sus planes de iniquidad; para ello imitaron la política del lobo que á fin de devorar á su salvo las inocentes ovejas, consiguió arrojar del rebaño á los perros que las defendian, persuadiéndolas de que eran sus mayores enemigos, y de que en él tendrian el guardian mas celoso y diligente. Los Jesuitas desaparecieron... los reyes seducidos como las ovejas creyeron tener en los impíos que los rodeaban los ángeles tutelares de la dignidad de los cetos; y las consecuencias sangrientas de este error de la confianza, se hicieron sentir en el momento en que no hubo perros vigilantes y ladrones continuos que les avisasen del riesgo ¹.»

1. Véase además sobre el particular: *Documents historiques, etc. concernant la Compagnie de Jesus*: Paris 1827; *La vérité défendue et prouvée par les faits*: Paris, 1817; Picot. *Mémoires pour servir à l'Histoire ecclésiastique*, etc. Paris, 1813; *Nouvelles considérations philosophiques et critiques sur la Société des Jésuites*: Versailles,

Si, á pesar de los Breves y cartas del Papa á los soberanos avisándoles del peligro; si, á pesar de las pastorales y escritos de muchos prelados y escritores religiosos en que se denunciaba el plan, las nubes agrupadas descargaron en deshecha tempestad sobre el santo instituto del grande Loyola: no se olvide, como lo acabamos de manifestar y hemos consignado en diferentes partes de nuestra obra, que esto fué en una época en que la filosofía protestante hizo temblar al mundo para pronosticar aquel terremoto social, moral y religioso, que derribando las instituciones humanas y divinas, hizo presenciar á la Europa atónita el drama de un rey sentado en la guillotina y la diosa *Razon* adorada en los profanados templos del catolicismo!!!

1817; *Mémoires pour servir à l'Histoire des événements de la fin du dix-huitième siècle*: Paris, 1819; *Louis XVI déroné avant d'être roi*: Paris, 1819; *Nouvelle conspiration contre les Jésuites dévoilée et brièvement expliquée*, etc.: Paris 1817; *Juicio y testimonios legítimos sobre el Instituto y ministerios de los Jesuitas*, etc. etc. etc.

CAPITULO XXI.

¡ABAJO LA MÁSCARA!

POMBAL se iba desacreditando de cada vez mas en el asunto de los Jesuitas. Cuantas calumnias propalára ó hiciera propalar, cuantas acusaciones formulára, cuantas injurias vertiera, las destruian ya los mismos Jesuitas, ya el pueblo portugués, ya la Sante Sede. Pombal conoció por fin que era necesario jugar el todo por el todo en una última lucha, en que ó el ministro, ó sea la impiedad, ó los hijos de Ignacio, ó sea la religion, debian decidir la cuestion. Para esto no descuidó Pombal de preparar todos sus recursos, y encastillándose detrás de su mala fe é impudente descaro, empezó el ataque del modo mas cínico y grosero. Pombal y los suyos acusaban á los Jesuitas de aquella máxima de « todos los medios son buenos como conduzcan al fin propuesto. » Y no obstante esta conducta, que nunca observaron los dignos hijos de S. Ignacio, es la que adoptó Pombal sin ningun escrúpulo, sin remordimiento alguno. Pombal era muy á propósito para ello. Con decir que los mas furibundos anti-jesuitas le echan en cara sus groseros vicios, podrán apreciar nuestros lectores á este hombre funesto. — Los franceses rechazan todo punto de comparación entre el ministro portugués y el duque de Choiseul: el mismo conde de Saint-Priest, dice á propósito de esto lo siguiente: « Nada habia de comun entre el *grosero y vengativo* portugués y el deslumbrador, ligero y gracioso ministro de Luis XV. Nunca Choiseul aplaudió el proceder de Pombal, » de quien hablaba con frialdad y muy á menudo con despre-

»cio. Su *rudeza* le parecia grosera ; su énfasis intempestivo y
 »su audacia impertinente. Frecuentemente se mofaba de él
 »con el príncipe Kaunitz.—Este caballero, decian, tiene siem-
 »pre sobre la nariz un jesuita á caballo.—Como ministro, co-
 »mo favorito, y mas aun como gran caballero, rechazaba to-
 »da comparacion con el marqués advenedizo. Todo en Pombal
 »disgustaba á Choiseul, quien le encontraba injusto, cruel, y
 »lo que es peor, de muy mal gusto.»—He aquí el retrato de
 Pombal trazado por un amigo.

La lucha empero estaba empeñada, y el combate era para el ministro á vida ó á muerte. Empezó por escribir una carta á nombre del rey, en la cual se aprobaba y justificaba el modo de proceder del conde-marqués *advenedizo*. Esta carta, dice el autor del inexacto *Retrato al daguerreotipo*, aprobáronla directa ó indirectamente los prelados y toleráronla los nobles. Negamos lo primero, y por lo que á lo segundo hace, el mismo autor de nuestra impugnacion se ha encargado de darnos el motivo cuando dice en la pág. 110 de su censurada obra, que la *nobleza aterrorizada por los suplicios de los marqueses de Tavora no se atrevia á moverse en favor de sus aliados de sotana*. Demasiado cierto es, y que nadie ignoraba, que para destruir alianzas que le perjudicáran, Pombal la habia hecho con el verdugo.

La carta que Pombal escribió en nombre de José I era á un tiempo la apoteosis del ministro y la vergüenza del rey. Los Jesuitas estupefactos, rodeados de enemigos inesperados que la desgracia aglomeraba en torno de sus victimas, tuvieron el valor y la abnegacion de sufrir sin murmurar tan rudos golpes. Conociendo Pombal que estos agujijones no eran bastantes á promover su cólera, ideó un medio infernal para hacerles odiosos ante la nacion y ante el monarca, un medio ruin y bajo, un medio á lo Pombal y está dicho todo. Hizo redactar por sus asalariados escritores violentas sátiras é infames libelos contra el rey, y tuvo la avilantez de darles á la prensa, poniendo al frente el nombre de varios padres de la Compañía.

La medida de la iniquidad estaba colmada , y la paciencia de los espectadores hasta entonces impasible , estalló en unánime grito de reprobacion , como tan vil conducta se merecia. Mas de doscientos obispos de todas las partes del mundo cristiano , muchos cardenales , los tres electores eclesiásticos , y la cristiandad entera , clamaron contra esta violacion de la verdad , contra esta fragante impostura. Una súplica unánime se elevó hasta Clemente XIII para que desde su altura vengára , como era justo , á la ultrajada Compañía de Jesus. La voz del catolicismo fué atendida , y el Padre comun de los fieles satisfizo el unánime voto de la Iglesia. Ciertó que en Portugal algunos obispos cedieron ó prestaron su aquiescencia á la carta de Pombal firmada del rey ; pero ¿ por qué cedieron ? Por temor al omnipotente ministro , cuya tiranía así en eclesiásticos como en seglares les era bien conocida. No de otro modo se esplica la aquiescencia de unos prelados que hasta entonces se habian constituido ecos de las virtudes de los padres , y sobre todo de el obispo de Evora , quien poco tiempo antes , cuando supo que el patriarca de Lisboa ¹ habia derramado lágrimas de ar-

1. Seguro el tirano Pombal del desgraciado Saldanha , quiso que el patriarca de Lisboa secundase sus inícuos planes : fué en efecto á encontrarle , y despues de haber declamado con mucha virulencia contra los Jesuitas , le instó vivamente para que les retirára las licencias de confesar y predicar. El patriarca se defendió con razones poderosas , entre otras de que no podia secundar á Saldanha , cuyas providencias notoriamente injustas habia reprobado. No pudiendo el inflexible Pombal vencer su resistencia acudió á las amenazas : se valió del nombre del rey , amenazándole si no le complacia , en deponerle del patriarcado y en hacer participantes de su desgracia á todos sus parientes. Intimidado el anciano patriarca cedió , y Pombal hizo redactar el decreto apetecido ; pero este decreto produjo un efecto contrario al que se proponia el tirano de Portugal , por cuanto escandalizó á todos. El patriarca salió el dia siguiente por la mañana para su casa de campo , derramando abundantes lágrimas por su culpable debilidad : cayó enfermo á los pocos dias , y en el acto de recibir el Viático confesó la inocencia de los Jesuitas , haciendo al efecto redactar una acta : reparacion tardía que bastaba para su justificacion , pero que no podia impedir el que el tirano Pombal prosiguiese su plan de destruccion :

repentimiento por su conducta contra los Jesuitas, exclamó en un arranque de celo é indignacion: «No con lágrimas sino con sangre debiera de haber lavado tan cobarde prevaricacion.» —Y esto sin embargo ¿qué tal seria Pombal cuando en almas de este temple hacia mella?—Volvamos á la historia.

Roma habia manifestado el desagrado que la causara la conducta de Pombal, y por su parte el omnipotente ministro habia llegado á convencerse de que no le era posible hacer mudar de opinion á la santidad de Clemente XIII. Firme empero Pombal en su invariable determinacion de aniquilar á los Jesuitas, no se amedrentó ante las censuras de Roma, y por el contrario creyó era la hora de arrojar la máscara y ofrecerse al mundo tal como era, es decir, en su horrible deformidad. El 20 de abril de 1759, Pombal remitió á Clemente XIII en nombre de José I una carta, en que le manifestaba su última voluntad de espulsar á los Jesuitas. Bien conoció el déspota portugués que el Sumo Pontífice nunca aprobaria semejante resolucion, al menos tal como de él se exigia, y entonces metiéndose á falsario el que hasta aquí habia sido tirano, para engañar al rey, hizo forjar por Almada, pariente suyo, y embajador de Portugal en la corte del Papa, un Breve figurado del Pontífice, en que se aprobaba el proyecto de espulsion, se señalaba el uso que debia hacerse de los bienes de los Jesuitas y se concedia autorizacion para castigar de muerte á los culpables. ¡Qué hazaña para un ministro falsificar unos documentos! ¡Como su admirador, el autor del inexacto *Retrato al daguerreotipo*, no propone levantar una estatua que eternice la memoria de semejante FALSIFICACION!

Pombal presentó el Breve al rey, y el rey llegó á creer que efectivamente el Soberano Pontífice convenia en los planes del ministro. Pero éste no contaba con que el Breve impetrado de Clemente XIII debia llegar tarde ó temprano, como llegó, y

(Henrion, *Historia general de la Iglesia*, tomo x; Pombal, *Choiseul et Aranda*, etc; *Aneddoti del ministero di Sebastiano Giuseppe Carvalho*, etc. etc. etc.)

este documento hubiese puesto en conflicto á otro menos audaz y mas escrupuloso. Por lo que á Pombal hace , poco tardó en escogitar el medio. Todo consistia en hacer desaparecer el verdadero Breve de Su Santidad , y para esto bastaba con que se metiera á fullero el que ya habia sido falsario. Quien habia hecho lo mas no podia retroceder ante lo menos. El Breve vino á manos del ministro, y bien hizo en evitar que llegara hasta las del rey. Clemente XIII rogaba en él de lo íntimo de su alma al rey y al ministro desistieran de su injusta obstinacion. El marqués *advenedizo* irritóse con el Pontífice que de todos modos trataba de disputarle su presa, y creyó á propósito provocar un conflicto diplomático entre las dos cortes. Por otra parte el nuncio del Papa , Acciajuoli , que creyó en un principio hacer un bien secundando los planes de Pombal, descubrió mas tarde las perversas miras del ministro , y se negó rotundamente á secundarlas. Viendo pues , que ni por parte de Clemente XIII , ni por parte de su secretario de estado el cardenal Torregiani , ni por parte del nuncio Acciajuoli , podia esperar apoyo alguno ; creyó lo mas útil á sus infernales intereses , romper con Roma, y buscando el pretesto fué cuando le acudió resucitar la tentativa de regicidio, y acusando como instigadores de este crimen á los PP. Malagrida , Henriquez , Matos , Moreira y Alejandro , los condenó á dolorosa muerte.

Y aquí nos parece sumamente del caso hacer una reflexion, que antes que nosotros ha hecho ya el reputado historiador Cretineau Joly. Una terrible acusacion de regicidas y asesinos pesa sobre los hijos de S. Ignacio : por do quiera sus enemigos han esparcido esta calumnia emanada de la odiosa y sangrienta farsa de Pombal. Los Jesuitas , en sentir de sus necios detractores , poseen secretos medios para deshacerse de sus enemigos , sin que crimen alguno les haga retroceder en su camino. Aconsejan el regicidio , le absuelven en confesion , y cuando no descubren otro medio para llegar al logro de sus ambiciosos proyectos , el puñal ó el veneno vienen en su ayuda. Nota—

ble es, empero, que hasta el día en que Pombal se encarnizó contra el Instituto, los Jesuitas, tan á menudo acusados de legitimar los medios por el fin, no hubiesen sido nunca acusados de asesinato alguno. Tarde por cierto apelaron á los recursos extraordinarios, y poco certero era el brazo que descargaba el golpe. Nunca permitiremos nosotros que semejante insulto se dirija á la ínclita Compañía de Jesus; nunca consentiremos que algunos enemigos interesados jueguen hasta tal punto con objetos tan respetables, sin mas objeto que el de embaucar la fácil credulidad de algunos imbéciles. En la Compañía de Jesus, ni profesos, ni novicios, ni amigos, hubo si-carios asalariados. Esto se deja para el verdugo de los Aveiros y de los Tavoras. Pero si como afirma este, la vida de los hombres era cosa de poca entidad á los ojos de la órden cuando peligraban sus intereses, preciso es convenir que en 1759 los Jesuitas dejaron escapar la ocasion mas urgente para hacer aplicacion de su soñado mortífero principio. Un hombre, un hombre solo, calumniaba el pasado y mataba el porvenir de la Sociedad. Su existencia era peligrosa, mas que peligrosa, era incompatible con la existencia de la Compañía. Ningun escrúpulo contenia su intencion, abusaba de la debilidad del rey, desafiaba á la Santa Sede, y con mano sacrílega profanaba el sagrado del grande Loyola. Despojaba de sus propiedades á los Jesuitas, les acusaba arbitrariamente de todos los crímenes imaginables; y para colmo de barbarie y poder habia sabido encontrar magistrados que conocieran las causas sin oirlas, y condenáran á los reos sin examinar sus causas. Pombal desterraba de su patria á los Jesuitas¹, amenazábalos

1. A los Jesuitas que el tirano Pombal conservó despues de la espulsion en Portugal, les sometió á cuantas privaciones pudo inventar la tiranía mas astuta y refinada. Véase sobre el particular lo que hemos consignado en la nota de la pag. 380. Algunas cartas de estos desgraciados que pudieron salvarse, retratan al vivo los mismos padecimientos y la misma resignacion. El protestante Cristobal de Murr, ha recogido algunas del autógrafo latino para reproducirlas en su dia-

con abrasarlos todos en la hoguera, ó arrojarlos como apes-
tados en alguna desierta playa. Los lazos de los Jesuitas se ro-
bustecian con la posibilidad de una próxima espulsion y quizás
muerte; no obstante no hubiera sido imposible armar un brazo
vengador de la Compañía. Viendo su causa desesperada, estos
hombres, en sentir de los impíos, tan esencialmente vengativos,
tan cegados por el fanatismo, podian herir á Pombal en la oscu-

rio intitulado: *Journal de la Littérature et des Arts*, tomo IV, pág. 306.
Trasladaremos en confirmacion algunos párrafos de una carta del R.
P. Lorenzo Kaulen, escrita el 12 de octubre de 1766, en uno de los ca-
labozos del fuerte de S. Julian, á orillas del Tajo, siete años despues
de su prision: — «Va ya á concluir el año octavo de mi cautiverio, y por
» primera vez encuentro ocasion de hacer llegar la presente... Es'oy en
» la cárcel desde 1759: preso por soldados que me condujeron espada
» en mano á un fuerte llamado Oloreyda en la frontera de Portugal, se
» me encerró en una horrible mazmorra llena de ratones, tan importu-
» nos que infectaban mi cama y compartian mis alimentos, sin poderlos
» esquivar á causa de la oscuridad del sitio. Eramos veinte jesuitas pre-
» sos, separados unos de otros.... Se nos quitaron de un modo brutal
» nuestros breviarios y todas las medallas, imágenes y demás objetos
» de devocion; hasta se quiso arrancar á uno de nosotros el Crucifijo...
» tuvimos que sufrir en estos oscuros calabozos el hambre y muchas
» otras incomodidades: ningun socorro se dispensaba á los enfermos...
» Estoy en una cárcel subterránea, oscura y mofítica... se nos da una
» escasa y mala comida, agua muchas veces infecta y llena de gusa-
» nos... Los calabozos están llenos de gusanos, insectos y otros bichos.
» El agua filtra por las paredes, siendo causa de que se pudran en poco
» tiempo nuestros vestidos y los demás objetos... Apenas tenemos para
» cubrirnos del modo que exige la modestia. Nuestra manta es un teji-
» do de un pelo áspero lleno de agudas puntas, y nuestra cama un po-
» co de paja. Púdrese en breve tiempo la paja y la manta, y nos cuesta
» mucho obtener que se repongan otras, y muchas veces no lo logra-
» mos hasta pasado mucho tiempo de habernos visto enteramente priva-
» dos de ambos objetos... A nadie podemos hablar, ni nadie puede ha-
» blarnos, ni preguntar por nosotros... Se ofrece la libertad y los mejo-
» res tratamientos al que se resuelva á abjurar la Compañía, etc. etc.»
Las demás cartas manifiestan el mismo elocuente dolor y el mismo va-
lor cristiano, que no pudo abatir el ministro-verdugo, que se compla-
cia en verlos sufrir. Véase además Cretineau Joly, *Historia de la Com-
pañía de Jesus*; id. Clemente XIV y los Jesuitas; Henrion, *Historia
general de la Iglesia*; Pombal, Choiseul et Aranda, ou *l'intrigue des
trois cabinets*; *Aneddotti del ministero di Sebastiano Giuseppe Carva-
lho*, etc. etc.

ridad; nada mas fácil; y muerto el ministro, la Compañía podia respirar libre, no solo en Portugal, sino en el mundo. Cerca de dos mil jesuitas que se contaban en Portugal, mas fuertes por los terribles juramentos con que dicen los impíos estaban ligados unos á otros; hijos de una ciega obediencia que hacia de dos mil un solo hombre, ni uno de ellos ha podido ser remotamente acusado de concebir el plan de una espacion que lo salvaba todo. Pombal les acusaba de ser gérmen y predicadores de todos los crímenes, y Pombal servia como testimonio de esta calumnia. «Si nunca muerte alguna, dice un autor francés, pudo preservar á la Compañía de tantos desastres como la amenazaban, la de Pombal debió de ser la preferente. Y sin embargo, nunca este hombre en las combinaciones de su audacia, llegó á soñar que sus dias corrián peligro alguno.» Hábito, y prudente, es en los tiranos, parápetar sus crímenes tras las armas ofensivas y defensivas de que se rodean y cubren. El ministro portugués jamás se tomó tal trabajo, sobrevivió veinte y tres años á la destruccion de la Compañía, y murió de viejo y consumido por los remordimientos. Vamos al argumento.

¿No era mas sencillo, mas fácil, mas impune, y mas, mucho mas interesante á la Compañía de Jesus, deshacerse de Pombal que de José I? En este perdíase un rey que les diera pruebas nada equívocas de su benevolencia; en aquel perdian al enemigo mas poderoso, encarnizado y temible que tenian en Europa. ¿Como pues se esplica que no temieran ser regicidas y se asustáran ante un homicidio que podia serles la vida al borde de la muerte?—«¿Podemos suponerles tan inconsecuentes, dice el antes citado autor, para intentar contra reyes que les protegian y amaban un sistema mortífero, que no se hubieran atrevido á aplicar á sus mas determinados enemigos, cuya muerte no ofrecia ni peligros ni desórdenes?»—Pero nosotros empleamos tiempo en probar lo que TODO RACIONAL ni siquiera pondrá en duda, convencidos como están todos de que lo del regicidio jesuítico fué, como en otra ocasion dijimos y probamos, sangrienta farsa del gran *marqués*. El mismo

D'Alembert lo ha dicho : «Las causas (de la persecucion y destruccion de los Jesuitas) no son las que han publicado los manifiestos de los reyes... los hechos alegados por Portugal, especial y señaladamente con respecto á Malagrida, son igualmente ridículos que crueles.»—Quisiéramos que nuestro impugnado autor contestára á estas reflexiones.

El medio escogitado sirvió admirablemente. El Nuncio de Su Santidad se retiró de Lisboa, y Pombal pudo satisfacer su constante criminal deseo : los Jesuitas fueron espulsados de Portugal, no con conocimiento y consentimiento del Pontífice, como era natural, sino por la omnipotente voluntad del marqués de nuevo cuño, engañando con sus calumnias, tiranías y falsificaciones al débil soberano que tuvo la desgracia de encontrar á su lado tan funesto valido. Como se efectuó la espulsion, vamos á verlo : bastaria decir que fué de un modo digno de Pombal y sus antecedentes.

Arrestados en sus casas los Jesuitas de la manera mas arbitraria, víctimas de tropelías las mas repugnantes, y preparando el buque que debia trasportarlos á los Estados Pontificios, fueron revistados en número de ciento treinta y tres, los primeros que partieron, por el portugués Pereira, que les recogió los nombres y condujo al puerto con escolta. Habíase tenido la precaucion de alejar del puerto la lancha y el buque, para que nadie pudiera verles ni hablarles. El buque estaba cuajado de guardias, y algunos de ellos verificaban constantemente el mas riguroso servicio. Tres senadores y un escribano sentados en la popa y constituyendo tribunal, recibian los nombres de estos desterrados á medida que iban subiendo al buque, y luego se les bajaba á la bodega. Alguna vez se les permitió respirar un aire menos impuro, pero nunca subir á cubierta, ni tampoco asomarse á ninguna de las ventanas de la embarcacion. A pesar de esto, consoláronse al ver que cuando menos se les permitia sufrir y padecer juntos por Jesucristo. Este primer convoy se componia en su totalidad de sacerdotes y profesos, á escepcion de un corto número de

novicios , que por un feliz descuido se encontraban reunidos con sus compañeros. Abrazáronse cordialmente , y ni la incomodidad del sitio fué bastante á turbar su alegría. Algunos de entre ellos , los de las diócesis de Santaren y de Evora , que habian sido amenazados con ser encerrados en las cárceles de Carvalho , y que en este momento de su embarque creian ser trasportados al Africa , apenas podian dar crédito á tan feliz sorpresa , cuando supieron que la ruta era hácia Italia. Senadores, soldados y marineros quedaron maravillosamente sorprendidos al ver á estos Padres , que en el momento de abandonar sus hogares , sus parientes y su patria , enjugaban sus lágrimas y daban salida á los dulces trasportes de una modesta alegría. Enterado desde luego el verdugo ministro de esta escena, reconoció su error, pero ya no era tiempo de dar al buque nuevo destino. Al dia siguiente que era domingo , algunos de ellos celebraron el Santo Sacrificio de la Misa , que oyeron los demás. A la hora de la comida , sirvióles de tal un pedazo de pan negro , un trozo de pesca salada , y un poco de agua ya corrompida , efecto de que mucho tiempo hacia , y en calurosa estacion , que estaba embarrilada. Asimismo por falta de vasos les fué preciso beberla en los platos en que antes comieran. Los oficiales de guardia , no pudiendo resistir la vista de semejante crueldad, se retiraron á sus camarotes; y el oficial Cabra, encargado de este punto , puso de manifiesto todas las provisiones que les estaban destinadas , que eran asaz infelices y en extremo escasas. Los Jesuitas creyeron de su deber dirigir una representacion á uno de los senadores, diciendo que con víveres tan corrompidos y escasos , corrian riesgo de morir de hambre ó de enfermedad. Divisándose entonces un buque de guerra que salia del puerto , permitió el senador que volviera á entrar en él , trayendo luego algunos vasos , platos de barro, pero poco refuerzo de víveres. Este buque , que seguia al otro á corta distancia, era la escolta de los Jesuitas. El capitán Antonio Britto , léjos de abandonar á los Padres en estas angustias , mandóles una bota de vino , una caja de azúcar , una li-

bra de te y un canasto de fruta , añadiéndoles el encargado de palabra que podian disponer de toda la ropa propia del capitan. Mucho arriesgaba este y la caridad podia costarle bien cara. Las prisiones del conde de Ribeira y de Obidos bien claramente manifiestan á quanto se esponia.

No paró en esto el benéfico capitan. Libróles de la presencia de los guardias y dejóles en libertad para subir sobre cubierta á tomar el fresco. No por esto estaban exentos de inquietud , encontrándose como se encontraban en un buque indefenso , espuestos á caer en manos de los corsarios , máxime si pensaban que Carvalho podia tener negociada su pérdida con los berberiscos. Este temor era tan poco infundado , que cuando salieron del estrecho oyéronse algunos cañonazos , y supose luego que los españoles se habian apoderado de dos galeras de Salé que navegaban á lo largo de aquellas costas , y que al parecer espianaban el paso de los desterrados. Todo debia esperarse de Pombal : quien hace lo mas , hace lo menos.

Despues de haber tocado por causa de los vientos contrarios en Alicante , donde fueron acogidos y visitados á bordo por muchísimos eclesiásticos y seculares respetables , y donde se hicieron admirar por su resignacion y cristiana conformidad , se hicieron á la vela para el término de su viaje. El buque estaba tan mal provisto , que su capitan llegó á decir francamente , que semejante trato no podia ser mas bárbaro , y que aun el emperador de Marruecos hubiese suministrado mejores víveres á un buque conductor de desterrados. En prueba de ello ponía de manifiesto la carne , salazon y utensilios de que se les habia provisto , y pensó cargar lo necesario en Alicante. Pero como tenia orden de Pombal para que en ningun punto fondeara , á no ser en caso de extrema necesidad , bajo multa de cuatrocientos cruzados , aprovechó un soplo de aire favorable y salió de Alicante , sin atreverse á aguardar las provisiones que debian ser embarcadas á la siguiente madrugada. El 4 de octubre levantóseles una fiera borrasca en el golfo de Lyon , y en dos dias y dos noches mas de una vez estuvieron á punto de

ser sumergidos por las olas. Al tercer día, y cuando comenzó á calmar la tempestad, encontráronse frente la isla de Córcega; pero soplando de pronto un viento tan fuerte como contrario fueron arrojados á la isla de Hyeres, en donde permanecieron por tres días. El día 10 de octubre, festividad de S. Francisco de Borja, sacóles de este punto un viento favorable, y al siguiente día encontráronse frente el golfo de la Spezia, sobre Génova. De nuevo dejóse sentir la escasez á bordo, y como era muy temible una próxima tempestad, acercáronse al puerto para ponerse á cubierto del temporal que duró seis días. En este punto, el capitan dióles permiso para trasbordarse, pasear por la playa y aun entrar en la ciudad. Los nobles genoveses que habitaban aquellos alrededores, y asimismo el comandante de la fortaleza vecina, fueron á visitar á estos desterrados, en cuya desgracia se interesaron vivamente. Finalmente, provistos esta vez de víveres para el resto de la navegacion, salieron del puerto viento en popa el 18 de octubre, con direccion á Civitavecchia, término de su viaje, á donde abordaron el 24 del mismo mes, día en que la Iglesia celebra la fiesta de S. Rafael, bajo cuya proteccion habian salido de Lisboa. El viaje habia durado treinta y nueve días.

Esta relacion está fielmente entresacada del verídico cuanto raro libro italiano, *Aneddoti del ministero di Sebastiano Giuseppe Carvalho*, cuyo autor estaba enterado de los hechos mucho mas que no lo está el de nuestra impugnacion: pretende este y dice, que en los lamentables pormenores de su espulsion y viaje, *los hijos de Loyola han mentado tambien*. Se engaña nuestro desgraciado autor, y se engaña porque no conoce ni remotamente los hechos. Dice que el capitan del buque era José Orebich, y que existe un diario del viaje, que como se sabe es costumbre escriben los capitanes. Nosotros le argüimos que tal capitan nunca ha existido, y que el que condujo á los Jesuitas fué el capitan Ragusco, primero que se lamentó del bárbaro trato que recibian los Padres. Dice que fueron trescientos los primeros trasportados, y probado es que fueron

ciento treinta y tres. ¿No ve ahora cómo esto es hablar por hablar, y que con razon puede dudarse de la exactitud de quien ha tratado á los Jesuitas de embusteros?

En confirmacion de cuanto llevamos dicho, oigamos á M. Cretineau Joly: «A través de todos los dolores que un carácter como el de Pombal podia inventar, el primer convoy de desterrados llegó á la embocadura del Tajo, en donde les aguardaba un buque del comercio, sin provisiones ni preparativo alguno para recibir tan gran número de pasajeros. Falta-ron desde luego el pan y el agua, pero las olas no secundaron el proyecto del ministro. El buque se vió obligado á tocar en algunos puertos de España, y los mismos vientos, contrarios durante muchos dias, les trasladaron á las costas de Italia. En todas partes era uno el grito en favor de estos proscritos, bendiciendo la mano que les heria: la caridad hizo renacer á bordo la abundancia, y devolvió á los viajeros la energia, que tanto necesitaban. El 24 de octubre de 1759 desembarcaron en Civitavecchia, en número de ciento treinta y tres.»

Henrion en la *Historia eclesiástica* se explica en estos términos: «Quiso Carvalho poner el colmo á los insultos que tenia ya hechos á la Cabeza de la Iglesia desembarcando en sus estados á mil trescientos religiosos, y dejándole el cuidado de atender á su subsistencia. Los ciento treinta y tres desterrados, que creian, porque con ello se les habia amenazado, ser arrojados á las costas del Africa, sorprendiéronse agradablemente cuando se les comunicó que su partida era para Italia. Esta noticia les hizo olvidar sus penas, en particular aquella de verse espulsados de una ingrata patria, en cuyo servicio se habian consumido. La travesía fué de las mas penosas, pues el agua que se les habia dado era corrompida por haber pasado todo el verano á bordo; los víveres eran de mala calidad y en cantidad suficiente nada mas que para no morir de hambre. Felizmente al pasar por Alicante y Génova probaron los efectos de la caridad mas compasiva y generosa. Llegaron finalmente á Civitavecchia el 24 de octubre, dia de S. Rafael,

bajo cuya proteccion se habian colocado á su salida de Lisboa.» Concuerda con lo que dicen Crelineau Joly, en su *Clemente XIV y los Jesuitas*; Pombal, Choiseul et Aranda; Gutierrez de la Huerla, en su *Dictámen fiscal*, etc. etc. etc.

—Hete aquí como seis libros de reconocido crédito, vienen á impugnar el dicho de nuestro autor, y á probarle por la centésima vez que falta á la verdad histórica. ¿Ni qué tiene de extraño que Pombal rodeára de privaciones á los Jesuitas, cuando su carácter era el mas á propósito para cebarse en sus víctimas? ¿No dice el mismo conde de Saint Priest, furibundo anti-jesuita, que *si Pombal ha sido justo, su crueldad ha servido muy mal á su gloria*? El autor del impugnado *Retrato al daguerreotipo* dice que los Jesuitas han mentido en esto como en todo; nosotros no diremos tanto de él; pero diremos sí, que se ha equivocado en esto como se equivoca en todo. Lo mismo conoce él á Pombal que á los Jesuitas, lo cual le ha llevado á estampar tal herejía histórica, que no se conociera á sí mismo el ministro portugués. Prueba de ello al punto. Como es muy natural, nuestro censurado autor nos coloca á Pombal como al mas acérrimo enemigo de lo que él llama fanatismo, y los católicos religion, y por consecuencia enemigo mortal del tribunal de la Inquisicion. Nada mas natural y nada mas histórico desde que lo ha dicho el autor del anti-verídico *Retrato al daguerreotipo*. Pombal é Inquisicion parecen dos cosas tan incompatibles como Pombal y Jesuitas. Tenemos pues que en sentir de nuestro autor era malo para Pombal todo lo que olía á fanatismo; la Inquisicion olía á tal, luego el magnánimo, el despreocupado, el libre, el regenerador, el vencedor, el *divino* Pombal era enemigo de la Inquisicion. Tal así consta de la pág. 99 de la obra, si tal merece llamarse, de nuestra impugnacion.

Pues nada de esto. Pombal no era mas enemigo de la Inquisicion que nuestro impugnado autor lo es de su predilecto Adolfo Boucher; Pombal no era sino un hombre que ponía en práctica la máxima falsamente atribuida á los dignos hijos del

índito Loyola : todos los medios son buenos como conduzcan al fin. En prueba de lo que decimos , produciremos las testuales palabras que dirigió un día al encargado de negocios de Francia. «Quiero reconciliar á vuestro país con la Inquisicion »y hacer ver al universo la utilidad de este tribunal. En los »reinos de S. M. fidelísima ha sido establecido para llenar »ciertas funciones de los obispos , funciones mas seguras en »manos de una corporacion escogida por el soberano , que en »las de un individuo que puede engañarnos ó engañarse.» Conozca nuestro autor que no ha estudiado á Pombal sino muy superficialmente.

Al tribunal de la Inquisicion remitió Carvalho á los PP. Malagrida , Matos y Alejandro , y aunque los tres salieron sentenciados, incluso el primero que fué quemado en una hoguera , no por esto convenimos en su culpabilidad , por mas que el autor del inexacto *Retrato al daguerreotipo* diga que *era natural alcanzar mas favor en un tribunal compuesto de gentes de su misma ralea*. Todo esto seria muy bueno , si no supiera el mundo que el marqués advenedizo separó á todos los jueces de este tribunal que no eran hechuras suyas, sin perdonar al inquisidor general, que era uno de los infantes hermano del rey , en cuyo eminente puesto sentó á Pablo Carvalho Mendoza , su digno hermano y verdugo como él , que habia sido en el Marañon el mas implacable enemigo de la Compania de Jesus. Este tribunal , constituido sin la debida autorizacion pontificia, é incapaz legal y moralmente de ejercer imperio jurídico, fué el que conoció de esta causa. Por lo que al padre Malagrida hace, su martirio merece que le hayamos consagrado algunas líneas en la página 374 de nuestra obra, para que al par de su inocencia resalte el despotismo ministerial.

¿Logró Pombal con el suplicio del P. Malagrida , realizar su intento de hacer odiosos á los Jesuitas á los ojos de los portugueses y de la Europa ? Si este fué en realidad su intento , no lo logró en modo alguno. Con el mártir Malagrida sucedió lo que sucede siempre con las víctimas de la negra tiranía : se

les sacrifica en holocausto para engañar ó aterrorizar al pueblo; y el pueblo, que va mas allá de lo que ven los sacrificadores, deja de respetar al hombre, pero venera su memoria como la de un mártir. Pombal, pues, el verdugo Pombal se engañó. Las obras que se atribuyeron al virtuoso P. Malagrida, queda completamente probado, que habian sido escritas por el tristemente célebre apóstata Norberto, afiliado en todas las sectas protestantes, cuya envenenada pluma estaba á sueldo del ominoso Pombal, mercader de conciencias, como fué falsario y fautor de Breves. Una vez interrogaron los jueces al P. Malagrida sobre lo que pensaba de sus revelaciones, á lo que contestó con la mayor humildad: «Confieso que soy un pecador: por lo que á mis revelaciones hace no debo juzgarlas. —Pero ¿no sabeis, le replicaron, que Dios no oye á los pecadores?—Lo sé, contestó, y sé tambien que está escrito que Dios juzgará á los jueces.» —No se engañó el virtuoso anciano. Dios juzgó á los jueces, y permitió que antes de morir fueran asimismo juzgados por los hombres.

Dice el autor del inexacto *Retrato al daguerreotipo*, que el populacho no gozó menos de los encantos de un auto de fe porque figurase en él un jesuita. Nosotros le decimos, que prescindiendo de la palabra *populacho*, que no la comprendemos y menos en la boca de nuestro impugnado autor, la sentencia se ejecutó en setiembre de 1761, tres años despues de preso, á los ojos de un pueblo indignado de la injusticia y consternado de espanto, convencido como estaba de la inocencia de la víctima, y teniendo muy presentes los servicios que á la religion tenia prestados. A punto de ser ahorcado, oyéronsele pronunciar con el mayor fervor al P. Malagrida estas palabras: «Señor, tened piedad de mí; en vuestras manos encomiendo mi espíritu.» Dijo y voló al Criador aquella alma tan hermosa á recibir el premio de sus trabajos apostólicos¹.

1. Cretineau-Joly, *Historia de la Compañia de Jesus*; id. *Clemente XIV y los Jesuitas*; Henrion, *Historia general de la Iglesia*, t. X; Gutiérrez de la Huerta, en su *Dictámen fiscal*; Pombal, *Choiseul et*

¿Pero es así que Pombal se engañó en los resultados del asesinato, verdadero asesinato del P. Malagrida, ó tal vez llevaba en ello una mira distinta de lo que generalmente se le supone? Nuestro parecer apoyado en el de ilustres escritores declina á este último extremo. El ministro portugués no podia romper con los Jesuitas sin romper con la Santa Sede, y no podia sin romper con la Santa Sede resucitar á orillas del Tajo, como en otra ocasion hemos dicho, el cisma de Inglaterra, su constante propósito de establecer una Iglesia nacional. Entregando á Malagrida, Matos y Alejandro al tribunal de la Inquisicion, salvaba las apariencias, cuando en realidad dirigia la mas sangrienta mofa á la Santa Sede para promover un conflicto que viniera en auxilio de sus anti-religiosos proyectos. El Papa defendia una clase benemérita: Pombal la enviaba á la hoguera en la persona de uno de sus mas esclarecidos individuos. La mina estaba bien preparada; Roma, sin embargo, apoyó la mecha con sumo tacto, pero en vez de mojarla en el agua tuvo que rociarla con lágrimas.

Ya ha dado el marqués advenedizo el primer paso decisivo, ya ha arrojado de una vez la máscara que le sufocaba. Pero lo que no previó Pombal, lo que no supo conocer el verdugo de los Jesuitas, es que su dominadora planta resbalaria sobre sangre, y el cadalso del inocente se convertiria en trono de su gloria. La de los Jesuitas, como el ave Fenix, renació de sus propias cenizas.

Por lo que hace al real decreto de espulsion, nadie dudará un momento acerca de la pluma que le escribió. Ningun buen portugués, ni hombre alguno de razon, hará á José la injusticia y el disfavor de atribuirle tales sentimientos. Ni el rey tenia que vengar su reputacion, ni su independencia habia peligrado nunca, ni los grandes, inveterados y abominables vicios que dicen los impíos poseian los Jesuitas, existieron nunca sino

Aranda, etc.; Aneddoti del ministero di Sebastiano Giuseppe Carvalho; Receveur, Historia della Iglesia, etc. etc. etc.

es en la cabeza y mejor en el corazón de Pombal. Una sola cláusula del edicto nos bastará á confirmar en esta opinion. «A este fin, dice, prohibo bajo pena de muerte natural é irremisible y de confiscación de todos los bienes en provecho de mi tesoro y real cámara, á todos y á cada uno de mis súbditos de cualquier estado y condicion que sean, que den entrada á muchos ó solamente á uno de dichos religiosos proscritos; y que tengan correspondencia verbal ó epistolar con la Compañía ó con alguno de ellos.»

Diganos el autor del impugnado *Retrato al daguerreotipo* ¿era Portugal en 1759 algun islote de desiertos mares; era algun antro de salvajes habitantes; dominaba en su suelo la ley de la fuerza bruta, retrogradábase hasta los tiempos bárbaros, ó anticipábanse los de la revolucion francesa, para promulgar decretos de injustificable ferocidad y establecer un sistema de proseripcion, á cuyo lado son dulces represalias las terribles listas de emigrados que un dia dictaron los jueces de hecho que entronizó la revolucion francesa? Pena de muerte por ocultar á un jesuita; pena de muerte por hablarle; pena de muerte hasta por escribirle..... ¿Adonde vamos á parar? ¿Es este el gran ministro de una nacion? Pues sepa nuestro impugnado autor que á esto llamamos nosotros tiranos de los pueblos y verdugos. La historia ha justificado que José I no fué lo uno ni lo otro: su debilidad le imposibilitaba para ello. Pero Pombal era el verdadero rey de la nacion portuguesa y á él demanda cuentas la razon ofendida y la justicia ultrajada.

¿Eran ó no eran culpables los Jesuitas? Si no lo eran ¿á qué castigarlos con tanto rigor? Y si efectivamente lo eran de los crímenes que se les imputaban ¿á qué castigarlos con tanta blandura? ¿Donde se ha visto que mereciese pena de muerte el que ocultara, hablara ó escribiera á un hombre, sobre el cual pesa una simple sentencia de estrañamiento? Cuando treinta años despues los revolucionarios de Francia llevaban al cadalso á cuantos mantuvieran relaciones con los realistas emigrados, estremeciósese de terror la Europa y unánime grito

de reprobacion se alzó contra los opresores de los franceses. Y téngase en cuenta que el que ocultaba á un emigrado, ocultaba á un hombre condenado á muerte en aquel período de sangre y llanto, en que el vértigo que se apoderó de las almas puso á la Francia en estado mas escepcional de despotismo que estuvo Roma en tiempos de Neron. ¿Qué será pues en Portugal y en un período histórico en que ninguna guerra, ninguna revolucion vino á turbar el reinado de José ni á sacudir el trono de su ministro? No nos cansaremos de repetirlo: para gobernar como gobernó Pombal, basta con un rey en apariencia y un buen número de verdugos en realidad; UN TRONO MUY BAJO Y UN CADALSO MUY ALTO.

No podemos pasar por alto unas cuantas líneas que con rubor de la conciencia histórica se leen en las págs. 109 y 110 del reprobado *Retrato al daguerreotipo*. Dicen así: «Por otra parte (y esto desvanece todas las dudas) la revision del proceso mandada en 1780 por la reina María, tres años despues de la muerte de José, y por consiguiente cuando Pombal no tenia influjo alguno, ha confirmado la culpabilidad de los marqueses de Tavora, y por lo mismo la del P. Malagrida, que era confesor y consejero de la marquesa Leonor de Tavora; la de los PP. Matos y Souza, que eran confesores, amigos y comensales de los otros miembros de esta familia, é implicitamente la de todos los Jesuitas de Portugal.»

Todo esto LO NEGAMOS ROTUNDAMENTE, é imposible nos parece que así se atropelle el sagrado de la historia. ¿Como finge ignorar este ciego autor lo que tantas veces le hemos dicho, es á saber, que la reina María Ana hizo revisar el proceso, no en 1780 sino en 1781, y que el día 4 de abril segun unos, y el 7 segun otros, el consejo de estado, despues de un largo y maduro exámen, proclamó la inocencia de las víctimas de Pombal? ¿Quiere nuestro hombre conocer las palabras testuales de la sentencia? Óigalas para confusion suya: «El consejo declara unánimemente que las personas, así vivas como muertas, que fueron ajusticiadas ó desterradas, ó encarceladas,

»en virtud de la sentencia del 12 de enero de 1759, ESTABAN
»TODAS INOCENTES DEL CRÍMEN de que habian sido acusadas.»

¿A qué pues hacer alarde de un fantasma que no existe ; á qué engañar á las gentes refiriéndolas lo que no es? ¿A qué citar documentos que dicen todo lo contrario de lo que se les quiere hacer decir? ¿Qué gana el autor del impugnado *Retrato al daguerreotipo* ; qué pierden los Jesuitas con que la calumnia hinque en la triple coraza de la inocencia su envenenada pero impotente dentadura? El autor gana su descrédito en buena ley ; y los dignos hijos del ínclito Ignacio , que su inocencia aparezca mas pura despues que ha sido sujeta al crisol de la discusion. Esta viene apoyada, no en el simple cuanto desacreditado voto de Boucher y comparsa , sino en el de ilustres y numerosos autores, cada uno de los cuales hace mas fe , por lo común y en este punto siempre , que todos los alegados por el autor de nuestra impugnacion, cuyo arsenal literario está bastante desmantelado de buenas piezas.

Ya que hayamos seguido paso á paso el curso de los acontecimientos en Portugal y hayamos ofrecido al público el triste cuanto repugnanté espectáculo de Pombal luchando contra la Compañía de Jesus , es decir , el ave de rapiña cerniéndose sobre el vuelo de castas palomas , finiremos aquí esta parte , y entraremos de lleno en la segunda al exámen de las causas que promovieron en Francia la espulsion de los Jesuitas , las intrigas que á este efecto llevaron á cabo sus enemigos , y el modo como á tantos ultrajes correspondieron los hermanos de Javier y Claver , mientras la Europa católica levantaba en su favor un testimonio mas duradero que las pirámides de Egipto y el sepulcro de los Escipiones ; un monumento que nunca podia ser derribado , puesto que le levantaba la justicia , se cimentaba en la verdad y terminaba en la reparacion. Este monumento es el voto de los pueblos.

Si despues de cuanto llevamos espuesto, nos preguntára alguno ¿de qué pueden servir al presente los Jesuitas , que así han sido llamados en todos los puntos de donde la calumnia

les arrojó? Contestaríamos que un jesuita sirve siempre, cuando menos, para llevar su amor al prójimo y su abnegacion hasta la muerte. Un bello y moderno ejemplo vendrá en apoyo de este aserto y servirá al propio tiempo de final á esta parte, coronando dignamente la primera parte de este panteon de las glorias jesuíticas y vindicacion incontrastable de las torpes calumnias de que ha sido y es purísimo y no merecido blanco. Es la marquesa de Crequi la que relata la siguiente escena de un viaje que hizo á la China.

El buque que la conducia se habia encallado y abierto en un escollo á flor de agua, á la vista de la isla de Poulo-Pinang. El tiempo nada tenia de borrascoso, ni la mar de agitada. A la maldad de un piloto malayo debióse el que entrara el buque á velas llenas en este archipiélago de arrecifes, escapándose el muy traidor en la lancha de reserva: habia cuarenta y dos personas á bordo que debian y querian salvarse, y la falua solo podia contener hasta treinta y cuatro. Faltaban medios y tiempo para construir balsas, y el capitan mandó sortear las treinta y tres personas que debian ser salvadas. Este capitan era el honorable M. Magon de Boisgarin, de quien ni pasajeros ni marineros pudieron recabar que se embarcara en la falua.—El puesto de un capitan está en su buque hasta morir. Soy vuestro capitan y el mas viejo de entre vosotros, les decia; huid, hijos míos; huid pronto, y sobre todo salvad al Padre d'Estelan.—Era este Padre un jóven jesuita que iba de misionero á la China: su corazon que rebosaba grandeza y amor, columbraba el martirio por premio de su apostólico celo. Esto empero iba á la China, iba gozoso; porque para el misionero, y para el misionero jesuita, dar la vida por salvar un alma ó un cuerpo es una felicidad de todos ansiada. El P. d'Estelan habia sido favorecido por la suerte; podia muy bien escapar en la falua; pero poniéndose del lado del capitan, declaró que nada seria capaz de hacerle abandonar el teatro del naufragio.

—Embarcadle mal de su grado, gritaba el capitan; em—

barcadie : es vicario apostólico : pronto , pronto , padre mio ; dadme vuestra absolucion ! A la chalupa , hijos mios ; á la chalupa ! ¡ Obedecedme por la última vez !

Ningun esfuerzo humano fué capaz de vencer la firme resolucion del misionero ; y apenas la chalupa estaria á unas cuarenta brazas de á bordo , que el buque se hundió entre las olas y desapareció oculto por una sábana de agua.

La mayor parte de los náufragos á los pocos minutos aparecieron nuevamente sobre el abismo , y entonces los que escaparon en la chalupa á la catástrofe , vieron al P. d'Estelan , que nadaba infatigablemente de un hombre á otro , alzándoles en sus brazos para exhortarles , oírles en confesion y bendecirles. Terminado su trabajo , depositaba á cada uno de sus penitentes sobre la ola que le envolvía como una sábana ; y luego nadaba nuevamente en otra direccion , buscando nuevos desgraciados en quienes ejercer con sublime energía su meritorio apostolado.

Era visiblemente la divina Providencia quien le sostenia en el ejercicio de su ministerio , teniendo no solamente los pies sino todo el cuerpo hundido en el abismo , con la certidumbre y la espantosa vision de una muerte horrible , infalible , inevitable para él.

Los testigos de esta admirable escena evangélica , declararon que habia desaparecido el noveno y último. Mientras su cuerpo se hundia en aquel precipicio de agua , su alma volaba al trono de Dios !

Todos estos pormenores los proporcionó el venerable duque de Penthièvre y constan en los registros y oficinas del grande Almirantazgo de Francia.

¡ Honor al P. d'Estelan !

¡ Honor á la Compañía de Jesus que produce semejantes héroes !

¡ Honor al árbol del grande Loyola que da semejantes frutos !

CAPÍTULO XXII.

EL PORQUE DEL ANTI-JESUITISMO.—FRANCIA.

El capítulo 3.º de la obra de nuestra impugnacion empieza con una invectiva tan neciamente infundada como torpemente asquerosa. A estas razones del que no tiene ninguna, opon-dremos argumentos : la lógica contra la ira. Veremos quién llevará la palma de la victoria. Entra nuestro impugnado autor á tratar de los jesuitas en Francia : tambien en Francia le se-guiremos, y al fin de mundo le seguiríamos con la conviccion por locomotora. Vamos á Francia : allí nos esperan nuevos triunfos.

D'Alembert en su opúsculo de la *Destruccion de los Jesuitas* se espresa en los siguientes términos : « Apenas la Compañia »de Jesus acababa de aparecer en Francia, opusieronse á su »establecimiento dificultades sin cuento. Las Universidades so- »bre todo hicieron los mas grandes esfuerzos para destruir á »los reciénvenidos : difícil es decidir si esta oposicion forma el »elogio ó la condena de los Jesuitas que la experimentaron. »Ofrecieronse á enseñar gratuitamente; contaban ya entre »ellos hombres sabios y célebres, superiores quizás á aquellos »de que podian gloriarse las Universidades. El interés y la »vanidad podian por lo tanto bastar á sus adversarios, al me- »nos en los primeros momentos, para intentar negarles la en- »trada. »

He aquí un trozo escrito por uno de los jefes de la escuela anti-jesuita y anti-católica, que basta por sí solo para destruir

cuanto inserta nuestro contrario. Sigamos analizando el opúsculo, que algo mejor hemos de encontrar.

« Añadamos por ser de justicia, dice*, que ninguna Sociedad religiosa, *sin escepcion*, puede gloriarse de tantos hombres célebres, así en ciencias como en literatura. Los Jesuitas se dedicaron con éxito á todos los géneros, elocuencia, historia, antigüedades, geometría, literatura profunda y americana; ninguna clase de escritos hay en que no cuenten hombres de *primer mérito*. A todos estos medios de aumentar su consideracion y crédito, añaden otro no menos eficaz, y es la *regularidad en su conducta y costumbres*. Su disciplina en este punto es tan prudente como sabia, y por mas que la *calumnia* haya publicado, forzoso es confesar que ninguna orden religiosa ha cumplido mejor en este punto. Estos hombres á quienes se creía dispuestos para jugarse la Religion, y que como tales se les habia pintado en ciertos escritos, rehusaron cuasi todos prestar el juramento que se exigia de ellos. » He aquí el voto del maestro, conteste ahora nuestro desgraciado autor que es el discípulo.

¿ Como pues se explica que unos religiosos que civilizaron los pueblos y se hicieron tan célebres por su piedad, moralidad é ilustracion, merecieron ser proscritos? Tambien D'Alembert corre el velo de este misterio: los jesuitas de Francia no quisieron ser condescendientes con la marquesa de Pompadour, y rehusaron dar su aprobacion á la Enciclopedia; es decir, se malquistaron con la omnipotente manceba del rey, y corrieron contra el viento filosófico del siglo ¹. Oigamos sino al propio autor en el citado opúsculo.

« Negáronse por motivos de humano respeto á recibir bajo su direccion poderosas personas, que no esperaban de ellos

1. Cretineau-Joly, *Historia de la Compañia de Jesus*; id. *Clemente XIV y los Jesuitas*; Henrion, *Historia general de la Iglesia*; *Des Jesuites*, par Cahour; *La verité sur les Jesuites*; Pombal, Choiseul et Aranda, etc.; *Aneddoti del ministero di Sebastiano Giuseppe Carvatho*, etc. etc. etc.

» una severidad tan particular á todas luces. Esta negativa in-
» discreta contribuyó á precipitar su ruina por aquellas mis-
» mas manos de qué hubiesen podido hacerse un apoyo. De
» modo que estos hombres á quienes se acusaba de una moral
» tan relajada , y que por sola su moral se habian sostenido en
» la corte , fueron perdidos desde el momento en que quisieron
» profesar el rigorismo. Sus predicaciones en la corte y en la
» ciudad contra la Enciclopedia , suscitaron contra ellos á to-
» das las personas que tenian interés en esta obra , y eran en
» gran número. »

Venga despues de esto el autor del nunca bastante ridiculo *Retrato al daguerreotipo* y escriba otra vez, que quisiera apartar la vista de estos dramas horribles que escandalizaron al mundo durante mas de dos siglos ; escriba que ¿ donde hallará un período de la abolida Compañía que no haya quedado escrito en la historia con lágrimas y sangre ? Sepa quien tales calumnias ha escrito que las lágrimas y la sangre la han costado y la costarán estas obras que se escriben bajo la impresion del odio y que destruyen las creencias religiosas y sociales ; sepa tambien que en este punto los principales jefes de su desacreditada banda han desertado sus banderas , y que mas razonables que sus sucesores y discípulos, porque tenian mas talento que ellos, han hecho á viva fuerza justicia á un Instituto que está mas alto que todas las invectivas de sus enemigos.

No hemos de ocuparnos nuevamente de la matanza de San Bartolomé y de las dragonadas , porque en otro lugar de esta obra lo hemos hecho cumplidamente. Si nuestro desgraciado autor no tiene acusaciones mejor fundadas para dirigir , lo que es esta, tiene , como la espada de Bernardo , el privilegio de que no corta. Y en este punto y en todos otra vez se lo hemos dicho ya ; no nos crea á nosotros , crea solamente á las autoridades que le citemos , todas las cuales hemos de poner cuidado no tengan motivo alguno de recusacion para nadie y menos para él. Este es el modo de juzgar lo que fué: lo contrario , escribir invectivas , amontonar crímenes , vestir á la his-

toria de arlequín , y envolver á los Jesuitas en todo esto , es ponerse voluntariamente en ridículo y perder inútilmente unos bellos trozos de dicción , que nosotros , censores imparciales , confesamos ser de muy buen efecto para todos aquellos que no sepan lo que son juegos de prestidigitacion.— Volvamos empero á Francia.

Juan de Muller, el célebre historiador protestante de Suiza, se espresa en estos términos en los tomos 3.º y 4.º de su *Historia Universal*: «El duque de Choiseul, poderosísimo ministro de Luis XV, enemigo de los Jesuitas, y PROTECTOR DE LA ESCUELA FILOSÓFICA, el que despues de haber zapado los cimientos del catolicismo acabó por destruir la autoridad real, encargó al parlamento de París examinára las constituciones de los Jesuitas.»

El autor de nuestra impugnacion dice en la pág. 119: «Os titulais defensores del catolicismo, y vuestra doctrina es opuesta al espíritu y piedad de la religion cristiana.» Muller se ha encargado de confundirlo por nosotros. No hemos apelado, no, al testimonio de un autor católico, que para nuestro impugnado autor hubiese sido de poca autoridad; hemos, sí, exhibido el voto de un protestante, de un enemigo del catolicismo y de Roma, y este protestante ha reconocido que Choiseul, el verdugo de los Jesuitas en Francia, habia zapado los cimientos de la Iglesia católica; estos cimientos que Choiseul zapó, eran los padres de la Compañía. Muchas veces lo hemos dicho; el tiro iba dirigido no á los Jesuitas sino á la Religion.

La coalicion hecha por los enemigos del catolicismo, filósofos, jansenistas y la cortesana Pompadour, contra los Jesuitas, es asimismo testificada por Schlosser, profesor de historia en la universidad de Heidelberg, y conocido por su *Historia de las revoluciones políticas y literarias de la Europa en el siglo XVIII*, en cuyo primer tomo se lee lo siguiente: «Habíase jurado un odio irreconciliable contra la religion católica, de mas de diez siglos incorporada al Estado. Para acabar con esta revolucion interior, y arrebatár á los antiguos sistemas político y

»religioso de los estados católicos su principal sosten, las di-
 »versas cortes de la casa de Borbon, ignorando que por este
 »medio iban á conferir la instruccion de la juventud á manos
 »muy distintas, se juntaron contra los Jesuitas, á quienes de
 »mucho los jansenistas habian hecho perder por medios fre-
 »cuentemente muy equívocos la secular estimacion que habian
 »sabido granjearse.»—«En Francia mucho tiempo hacia que
 »los jansenistas se habian declarado sus enemigos. Acusába-
 »seles en los parlamentos, unos porque como galicanos veian
 »en ellos á los enemigos de las libertades de la iglesia de Fran-
 »cia y los fautores de la supremacia absoluta de la Sede apos-
 »tólica; otros porque como jansenistas veian detestados sus re-
 »lajados principios sobre la penitencia y la gracia. Tenian á
 »mas de esto contra sí la doctrina de Voltaire y de sus parti-
 »darios.»—«España y Portugal hubiesen perdido todo su tra-
 »bajo, los parlamentos franceses en vano habrian hecho á la
 »Compañía responsable del hecho de uno solo de sus individuos,
 »y sin éxito hubiesen buscado en las constituciones de la órden
 »un motivo para proceder judicialmente, si *Choiseul no hubie-*
»ra hecho causa comun con todos los enemigos de los Jesuitas,
»y si Mad. de Pompadour no tuviera intencion de perder á
»esta órden, por muchas razones estrañas á la Historia gene-
»ral.»—«Al mismo tiempo que se dispersaba el cuerpo de pro-
 »fesores jesuitas, elevábase otro de un género enteramente dis-
 »tinto, compuesto de todos aquellos que trabajaban en la Enci-
 »clopedia.»—¡Qué gloria para nuestro impugnado autor que
 así se destruyan sus asertos uno por uno!

El protestante Schoell no es menos esplicito en el tomo 39 de su *Curso de historia de los Estados europeos*. «Era en la
 »época, dice, en que la Europa admiraba nuevas doctrinas en
 »materias administrativas y comerciales; era en aquella época
 »en que dominaba esta pretendida filosofía que conspiraba
 »contra la religion.»—«Un indicio se conoce al presente para
 »entrever la proximidad del fin de los Estados, decia un publi-
 »cista en 1828, y es la prodigiosa debilidad de la razon huma-

»na. Lo mismo podria decirse de los últimos períodos del rei-
»nado de Luis XV, preparatorios de los desastres del de
»Luis XVI. Dos facciones que debian detestarse recíprocamen-
»te desde el momento en que se conocieron, los jansenistas y
»los filósofos, estaban de acuerdo en punto á odiar á la au-
»toridad legítima. Su mision, el talento de sus corifeos y sus
»imposturas, alucinaban á la multitud de ignorantes que por
»parecer filósofos, clamaban contra todo aquello que condena-
»ban los filósofos. Penetrando perfectamente el delfin las inten-
»ciones del partido, que para llegar á la destruccion del poder
»secular y derribar la autoridad real minaba la Iglesia, acor-
»dó proteger á los adversarios de este partido impío; ó mejor,
»insiguiendo el fanático lenguaje de aquellos tiempos, que se
»ha hecho ya lenguaje nuestro, el delfin *era jesuita*. Lo cierto
»es que este principe estaba sinceramente ligado á la religion,
»y que era devoto: esto era muy ridículo á los ojos de los filó-
»sofos, ó tal vez mejor, esta secta para la cual nada mas for-
»midable habia que la verdadera piedad, escondia su miedo,
»dando al mas sublime sentimiento una apariencia de la Divini-
»dad. Luis XV no podia ignorar que su sobrino veia con horror
»los escándalos de su vida privada; sabia que tenia perdido el
»cariño popular, y por esto se dejó fácilmente persuadir de que
»existia una liga á la cual le convenia alejarse de sí y atraer al
»delfin, y que los Jesuitas eran el alma de esta cábala.» Si-
gue el historiador protestante esponiendo la infame liga que
formaron el duque de Choiseul y la cortesana Pompadour, cu-
rriosa historia de que mas tarde nos ocuparemos estensamente.
Esta liga de la cual ya nadie duda, es asimismo publicada por
Lacretelle el jóven en su *Historia del siglo XVIII*. Oigamos
como se espresa al tomo 4.º de su obra, donde no es menos
explicito que sus compañeros.

«No olvidó Mad. de Pompadour, dice, con cuanta prisa el
»partido del delfin la habia expulsado de Versailles, desde que
»el crimen de Damiens hizo concebir inquietudes por la vida
»del rey. Sabia tambien hasta qué punto en medio de sus des-

»órdenes era Luis accesible á los terrores de la religion ; un
»solo instante de remordimiento pudiera hacerla incurrir en la
»real desgracia con un monarca que de mucho tiempo no se
»mostraba tan esclavo de sus gracias como lo fué un dia. Los
»Jesuitas , y de acuerdo con ellos la reina , sus hijos, el delfin,
»la delfina , y muchos señores respetables , espiaban la ocasion
»de atraer á Luis á un piadoso arrepentimiento. Mad. de Pom-
»padour , ocupada en defenderse contra toda la familia real ,
»quiso quitarla el apoyo de los Jesuitas. *Si el rey consentia es-
»te sacrificio , separábase mas que nunca de su familia , y por
»mucho tiempo se retardaba su vuelta á la religion.* (Parece
imposible que la verdad haya arrancado semejante elogio á
la pluma de uno de los furibundos enemigos de la Compañía.)
»Mad. de Pompadour habia tomado ya la resolucion de
»perder á los Jesuitas, cuando encontró en el duque de Choi-
»seul un asociado que compartia con ella la direccion de todos
»los negocios. Este ministro para darla una garantía de su sin-
»ceridad no temió ofender al heredero del trono, y muy
»luego todos los enemigos de la favorita fueron los suyos.»
—¿ Es menos esplicito Lacroix que fueron sus predecesores?

De intento procuramos citar textos de autores de la escuela anti-jesuitica ; si nos acogiéramos á la católica , otras veces lo hemos dicho , pontífices, reyes , prelados , escritores, todos los hombres célebres de los siglos XVI , XVII , XVIII y XIX han ensalzado las glorias de los dignos hijos del inclito Ignacio y proclamado sus virtudes. ¿ Como , pues , se comprende que una orden tan bien quista haya encontrado enemigos , y estos enemigos tan acérrimos y poderosos , ó mejor tan ciegos y decididos , que aun despues de su espulsion , antes y siempre hayan llenado el mundo de sus voces ? Es que la cuestion , necio fuera quien la creyese entre los Jesuitas y sus enemigos ; esta maniobra es ya muy gastada , y nadie da mas ascenso á ella que á una farsa como cualquier otra. La cuestion se agita entre el catolicismo , la Iglesia , y el racionalismo moderno con todas sus orgullosas pretensiones. La cuestion era

entre la Iglesia y los gobiernos filosóficos; la cuestion es hoy resolver qué parte de libertad dejarán á la Iglesia, á su autoridad y á sus instituciones, aquellos hombres y aquellos sistemas hijos de la revolucion del pasado siglo. El porvenir europeo está en la solucion del problema que simultáneamente se agita en Francia con su vieja cosecha de sectas y filosofías heréticas y políticas; en Bélgica por una corta faccion de falsos liberales y francmasones; en Suiza por los radicales y protestantes; en Alemania por la supremacia luterana; en Rusia por las astucias de una aristocracia que quisiera chupar á los pueblos la última gota de sangre católica; en la Gran Bretaña por una aristocracia protestante que ha enseñado al autócrata ruso el modo de matar las nacionalidades para acabar con un culto, y en España por los católicos de solo nombre, que pretenden introducirnos la libertad de cultos para poder protestantizarnos á la vez. La hora del desengaño ha llegado; la polémica empezada so pretexto de los Jesuitas, es el principio de esta gran lucha, que debe decidir por mucho tiempo de la suerte del catolicismo en Europa. A los Jesuitas deberian seguir las demás órdenes, á las órdenes los sacerdotes, á los sacerdotes la Iglesia, y todo debiera confundirse y perderse en un mar de sangre y lágrimas, si escrito no estuviera que contra la Iglesia de Dios no han de prevalecer las puertas del infierno. No son estas sinietras predicciones al azar aventuradas; son, sí, la suma de los datos históricos que tenemos á la vista.

En la *Guia del viajero en Aviñon* refiere su autor el siguiente hecho.—Salian en corporacion los jesuitas de su convento para espatriarse, cuando un religioso de otra orden, apoyado contra las columnas de la puerta del colegio, les veia desfilar y casi sonreia al pensar en la repentina espulsion. Uno de los hijos de S. Ignacio se apercibió de ello y acercándose le dijo: «Reid, reid, padre mio; ya vendrá vuestro turno. Esta es una procesion, nosotros llevamos la cruz, y vosotros marchareis detrás.» Diez y ocho años despues se cumplia la profecia del jesuita; el monge semi-burlon salia de su convento para la espatriacion.

Después de los monges vinieron los obispos y los sacerdotes; á las proscripciones siguió la muerte. Después de la Iglesia se inmoló á la monarquía, y un rey inocente pagó con su cabeza las faltas de los reyes imprudentes. Quince años habían transcurrido apenas, y la revolucion del año 89 tñia los funerales de la monarquía, de la aristocracia y de la sociedad entera, rodando al pié del cadalso las cabezas de los ministros, de los magistrados y de los mismos filósofos.

En 1828 los mismos principios y los mismos hombres empezaron de nuevo la misma persecucion: dos años después la monarquía sucumbia de nuevo en una revolucion y por la tercera vez se desterraba á una dinastía. En 1848 estalló nuevamente el mismo volcan, y la dinastía de Julio seguía al destierro á la dinastía Borbon; y la demagogia, esta filosofía infernal del siglo XIX, ensangrentaba las calles de París y á balazos recibía al arzobispo mártir que iba á predicar la unión de los hombres.

Los Jesuitas *llevan la cruz*; perseguidles, espulsadles, exterminadles; vosotros seguireis en pos de ellos, y ¡ay! del que cierre la comitiva!—Esta es la cuestion, este el verdadero punto de vista. Dice nuestro impugnado autor: *¡Abajo la falsa careta! ¡Abajo el velo hipócrita!*—Esto mismo decimos nosotros, y desenmascarados los hombres aprenderán todos á apreciar en lo que valen páginas tan cínicamente groseras, tan groseramente insultantes como la 117, 118 y 119 del tan repugnante, tan ridiculo y tan anti-verídico *Retrato al daguerreotipo*, que otras ha quemado el verdugo, mas puras en el fondo, mas dignas en la forma ¹.

1. Al desgraciado autor del repugnante *Retrato al daguerreotipo*, que dice tener *declarada guerra á muerte al jesuitismo*, solo le haremos al concluir el capítulo, la misma pregunta que el protestante Mr. Kern, profesor de la universidad de Gottinga, dirigia á los enemigos de la Compañía de Jesus. «¿Quiénes son en el dia los enemigos de los Jesuitas? Los que no los conocen, dice, ó bien los ateos, los filósofos revolucionarios y los jacobinos.» Que medite bien esta pregunta el autor de nuestra impugnacion y conteste á ella.

CAPITULO XXIII.

LOS PRIVILEGIOS DE LA ORDEN.

Cuando los anti-jesuitas pudieron convencerse de cuan inútiles eran los esfuerzos que hacian para desacreditar á los dignos hijos del gran Loyola, intentaron atraer sobre ellos el odio de las demás comunidades religiosas, para que lograra el amor propio ofendido lo que en vano intentó la calumnia disfrazada. A este efecto abultaron los privilegios de que gozaba la Compañía de Jesus, atacáronlos y pidieron su estincion. Esta arma, que sin duda era la más fuerte, por cuanto se clavaba traidoramente en el corazon de aquellos á quienes amagaba, no se ha embotado todavía, y la esgrime de nuevo el desgraciado autor de nuestra impugnacion en la página 121 de su tan justamente censurada obra, en que transcribe un párrafo de la declaracion hecha en 1560 por la universidad de París ¹. Pero como la calumnia nunca está tan bien disfrazada

1. No es difícil conocer cuales eran los motivos del odio que la universidad de París profesaba á los Jesuitas: sus intereses pecunarios tenian en él mas parte que el celo que afectaba por la religion. Ella hacia pagar sus lecciones, al paso que los Jesuitas enseñaban gratuitamente y tenian maestros mas doctos y mas virtuosos. El historiador de la universidad *Du Boulay*, no ha disimulado este motivo tan poco honorífico para la universidad. Despues de habernos dicho que los Jesuitas abrieron su colegio de Clermont en 1564, añade: «Sus clases eran frecuentadas por un considerable número de estudiantes, mientras que las de la universidad estaban desiertas. El brillo que despedian antes se eclipsó, pero la religion católica ganó mucho en esto, como lo confiesan los mismos que con mas violencia

que la verdad no trasluzca como las orejas del asno asomaban por encima la piel del león; hemos de probar hasta la evidencia cuan infundada es semejante acusación, y vengar plenamente á los Jesuitas de este ultraje, como de tantos otros lo hemos hecho. A este efecto nos serviremos de los argumentos que en su razonada Pastoral de 28 de octubre de 1763 inserta el Ilmo. Sr. Cristobal de Beaumont, arzobispo de Paris, sabio y respetabilísimo prelado:

Confundir los privilegios del Instituto con el Instituto mismo, solo puede ser efecto de crasa ignorancia ó de insigne mala fe. Esta distincion se prueba porque los privilegios de los Jesuitas son en su mayor parte los mismos que han obtenido otras órdenes religiosas; mientras que el instituto de la Sociedad es muy distinto de los otros institutos monásticos. Pruébese ade-

»trataron á los Jesuitas. No es fácil explicar el incremento que en poco tiempo tomó la Compañía de Jesus, el consentimiento unánime con que fué recibida en todas partes, y el fruto que dió convirtiendo las naciones bárbaras y á los herejes.»

Esta conducta de la universidad con los Jesuitas no sorprenderá al lector instruido que sabe muy bien, que en el siglo xiii habia tratado del mismo modo al órden de Sto. Domingo. Los mismos motivos que le movió á declarar á la Compañía de Jesus enemiga de la Iglesia y del Estado, le habia inducido tres siglos antes á mirar á los hijos de Sto. Domingo como á falsos predicadores y precursores del Anticristo. Siete bulas tuvo que espedir el Papa para obligar á la universidad á que confiriese el grado de doctor á Sto. Tomás de Aquino. ¡Tan cierto es que la razon no tiene imperio alguno cuando el hombre escucha la voz de las pasiones! No se crea que la universidad amase mas á los otros religiosos; todos los que ensayaron recorrer la misma senda que los Jesuitas, fueron como ellos perseguidos. Tenemos un ejemplo en los profesores del *Colegio Real*. Cuando Francisco I hizo un llamamiento á los sabios de todos los paises para instruir á sus súbditos, los jefes de la universidad «vieron con indignacion á es-» tranjeros abrir escuelas públicas, quedar las suyas desiertas, disminuir sus ganancias, y arrebatarseles el aprecio y consideracion del público. No hubo arteria que no empleasen para destruir en su infancia el *Colegio Real*.» (Véase *Querelles litteraires*, t. III, pag. 162; *La verité defendue et prouvée par les faits; Autorités comparées et accusations refutées*, por el protestante inglés Dallas; *Luis XVI detroné avant d'être roi; Nouvelle conspiration contre les Jesuites*; etc., etc.)

más porque muchos de los privilegios concedidos á los Jesuitas fueron suprimidos por el concilio de Trento y por los Pontífices, mientras que el Instituto de estos religiosos mereció los elogios del santo concilio y de un gran número de soberanos Pontífices. Finalmente ; pruébase tambien porque los privilegios de la Sociedad , muchos de ellos pudieron ser y fueron renunciados por los Jesuitas , mientras que ninguno de estos profesos pudo , debió , ni quiso renunciar ó abandonar el Instituto. Hete aquí como en todo caso los privilegios de la Compañía son muy distintos de esta y de sus esenciales constituciones , de las cuales forman , por decirlo así , una parte accesoria , como así lo declararon los obispos de Francia , evacuando una consulta del rey. A pesar de esto , el anti-jesuitismo inmiscuye una cuestion en otra , porque no le permite la pasion hacer las distinciones suficientes , apreciando al Instituto en sí mismo y considerando los privilegios tales cuales son y subsistieron por la costumbre. La razon es muy sencilla : en un Instituto de este género lo que debe mirarse es el espíritu y el fundamento : esle debe verse en sus constituciones , y las constituciones de los Jesuitas obligaron á esclamar á un Pontífice : *El dedo de Dios está aquí*. Los privilegios son efecto de las circunstancias : tales nos parecen estraordinarios al presente , que eran muy razonables en su origen : cuando cesó la causa , cesó el efecto de parecer natural. Si los enemigos de los Jesuitas se hubiesen tomado la pena de hacer esta ligera reflexion , no dijeran tantos dislates como han dicho en esta cuestion : pero en su afan es-terminador todo lo han condenado , proscrito , infamado y anatematizado , método mucho mas fácil que el de discutir para dar un fallo concienzudo é imparcial.

Hecha esta observacion preliminar , entremos en el exámen de estos tan ponderados privilegios , exenciones del derecho comun ó concesiones que derogan las leyes ordinarias y las costumbres admitidas , y que los Papas han acordado muchas veces á las demás órdenes. Los enemigos , no solo de los Jesuitas sino de todas las órdenes religiosas , han querido presentar es-

tos privilegios como atentatorios á la autoridad de los diocesanos ; pero no pocos varones respetables , entre ellos Tomasino, *Disciplina eclesiástica* , parte 4.^a , libro 1.^o , cap. 53 , 54 y 55 , prueban que estos privilegios se conseguian , gracias muchas veces á las recomendaciones y apoyo de los obispos , cosa que no hubiese sucedido si estos prelados creyeran amenguada su autoridad por semejantes beneficios.

A pesar de cuanto se ha escrito sobre los privilegios concedidos á los Jesuitas , preciso es que convengan sus mas encarnizados enemigos en que ninguna de sus prerogativas puede compararse con los notables privilegios de que fueron objeto las grandes abadías , los capítulos catedrales , y las órdenes militares. Los privilegios de que consta oficialmente fué objeto la Compañía de Jesus , se reducen , como la mayor parte de los de las órdenes religiosas , al gobierno interior y al ejercicio del santo ministerio. Ni es menos cierto que en este punto la Compañía de Jesus no obtuvo mas distinciones que cualquier otra. Esta es una verdad descubierta por muchos historiadores , y el citado arzobispo de París dice , que despues de exactísimas indagaciones se ha convencido de que en número y calidad de privilegios , la Sociedad se queda muy atrás respecto á otras órdenes de regulares. A medida que en los escritos publicados contra los Jesuitas hemos encontrado , añade , acusaciones ó invectivas contra tal ó cual privilegio , idénticos y mas amplios los hemos encontrado en los Bularios de los religiosos de santo Domingo , franciscanos , agustinos , carmelitas , benedictinos , bernardos y otros muchos religiosos. El que dudáre de esta verdad puede hacer por sí mismo la comparacion.

A pesar de esto , repítase siempre en libelos y obras preñadas de animosidad , que los Jesuitas poseian una multitud espantosa de privilegios , y citanse en ejemplo algunos de ellos , sacados del primer tomo del Instituto , donde se encuentran las gracias acordadas en todos tiempos por la Santa Sede. Pero , si haciendo abstraccion de los Jesuitas , vamos á registrar los anales de los dominicos ó franciscanos , ó de cualquiera de

las órdenes mas conocidas, nadie encontrará entre estos y la Compañía de Jesus diferencia notable, como no sea tal vez á favor de los primeros, cuyos Bularios conocen muchos para venir en ayuda nuestra. En prueba de ello, Eugenio IV concedió á los franciscanos facultad para bendecir por sí mismos los Santos Oleos y Santo Crisma. Clemente VII autorizó á los mínimos para que mandáran á galeras á aquellos de sus religiosos que fueren causa de discordia ó escándalo. Sixto IV prohibió la entrada en la Iglesia á los obispos que quisieran contradecir los privilegios de los agustinos, etc. etc.

Pero aun dando de bueno que semejantes privilegios existen, vamos á ver qué motivos hay para echarlos en cara á los Jesuitas. Una de las mas formales y graves acusaciones que sobre este particular les son dirigidas, es que posean los hijos de Ignacio Bulas que, se dice, conceden privilegio para derogar las disposiciones de los obispos y aun de la Santa Sede. La base de esta acusacion no prueba sino que los enemigos de los Jesuitas son hombres que se han tomado muy poco la pena de examinar documentos procedentes de la Santa Sede. El caso es que en las Bulas y privilegios se encuentra la cláusula, *no obstante etc. disposiciones en contrario*, y que de aquí han tomado pié algunos para decir que las gracias acordadas subsistían aun cuando los Papas posteriores hubiesen publicado disposiciones en contrario. Todo esto sería muy bueno y estaría muy puesto en razon, si estos señores pudiesen enseñarnos muchos breves ó bulas pontificias en que no se encuentre la tal cláusula: *No obstante etc.* fórmula establecida en las expediciones de la Cancillería romana y sin la cual difícilmente se encontrará un documento formal de este género. Esto lo comprenderá cualquiera, y mucho mejor los que estén acostumbrados á leer escritos curiales, que todos tienen una ú otra fórmula que por ridicula que parezca ó fuera del caso, ha sancionado la costumbre y es ya ley imprescindible continuar. No hay testamento redactado conforme á principios de derecho, en que el testador no proteste de que es

el último y quiere que se obedezca su voluntad en él espresada; y no obstante el testamento posterior deroga el anterior, y quien tiene poder para hacer una cosa lo tiene para deshacerla. Consígnese pues, que las cláusulas derogatorias que se encuentran en los privilegios de la Compañía de Jesus, son formularias, como ningun hombre de recta razon se atreverá á poner en duda. ¿Cómo, pues, puede acusarse á los Jesuitas por una frase rutinaria y de estilo que en todas partes se lee? Admitamos este principio, y entonces uniformando y generalizando el ataque, digamos que cuantos de siete ú ocho siglos á esta parte han impetrado y conseguido gracias apostólicas, se han sublevado contra los derechos de los concilios y de los Papas. En este caso, todos los cuerpos eclesiásticos, así seculares como regulares, todos los principes católicos, todos los fundadores de iglesias y otros lugares piadosos, todos los bienhechores insignes de capítulos, hospitales, colegios, universidades, establecimientos de beneficencia, en una palabra, todos aquellos que hubieren obtenido un rescripto apostólico, debieran ser mirados como enemigos y usurpadores de la autoridad de los concilios y de la Santa Sede, porque sin duda alguna la cláusula, *No obstante* etc. se encontrará en cuasi todos los actos de Roma.

Igual argumento milita en favor de las cláusulas de perpetuidad, pues no teniendo un Pontífice mas derechos que otro, nadie pondrá en duda que el posterior puede revocar los decretos del anterior, y la cláusula de perpetuidad no prueba nada mas sino la mucha voluntad que tenia de ser obedecido el Papa que otorgaba el privilegio, habiendo introducido la costumbre la práctica de que semejantes gracias deben ser derogadas espresamente y no de otro modo alguno. En este sentido se entienden todas las cláusulas de perpetuidad, y nadie por esto se admira de encontrarlas en las Bulas y Breves, no solo de Jesuitas, sino de muchas y muchas órdenes, como v. g. en 1727 en una Bula que obtuvieron los religiosos observantes, y en 1728 en otra Bula que regulaba la dependencia

del obispo de Pasaw al arzobispado de Estrasburgo. Buscar otra esplicacion ó tergiversar el sentido, no prueba sino que hay hombres que tienen la fatal desgracia de admirarse de todo porque no han visto nada.

Atacan tambien los anti-jesuitas los privilegios contenidos en las cláusulas conminatorias contra toda clase de personas, por muy altas que fueren, y para cuya observancia se nombran en las mismas Bulas jueces conservadores revestidos de toda clase de poderes. Esta costumbre, formularia asimismo de la Cancillería romana, habia dado lugar á muchas reclamaciones, y hace ya cerca de un siglo ha sido suprimida en las letras apostólicas. Mas de trescientos años hace que un Dux de Venecia quejóse de ello al papa Eugenio IV, quien seguidamente contestó que semejantes cláusulas eran las estiladas, que la costumbre las habia introducido, pero que estaba pronto á borrarlas, si la delicadeza de alguno se habia de resentir por ellas. Por lo que á los Jesuitas hace, en solas dos Bulas de su pertenencia es dable encontrar semejante cláusula; mientras que si se registráran los archivos de muchos monasterios, capitulos, hospitales, etc., encontraríamos muchas y muchas letras y Bulas espedidas por Roma en términos semejantes, ó quizás mas fuertes, como son de ver en Gregorio V, Leon IX, Victor II, Gregorio VII, Pascual II, Inocencio II, Leon X, y otros varios. Con una simple mirada al Bulario de Cluny, nos convenceremos de que esta conminacion se encuentra en cuasi todas sus paginas, como tambien los decretos de los concilios de Constancia y Basilea, el primero en la sesion 14 y 39 y el segundo en la sesion 27. No sabemos por lo tanto encontrar razon para que se reproche á los Jesuitas solamente el empleo de una fórmula que únicamente dos veces se ve usada en su Bulario, cuando probado es que semejante espresion es mucho mas antigua que la Sociedad; que otras Congregaciones la tienen asimismo y repetidas veces en sus Bularios, y que un Pontífice la ha creído de tan poca importancia que se podría muy bien suprimir, si á alguien disonára en lo mas mínimo.

Otras clases de privilegios han sido atribuidos á los Jesuitas, y son los de exencion á la jurisdiccion del Ordinario. Si bien de igual privilegio gozan los franciscanos, los dominicos, los agustinos, los carmelitas, y en general euasi todas las Ordenes religiosas, y si bien posteriormente el concilio de Trento restableció en muchos puntos esta jurisdiccion, hemos de hacer ver á los calumniadores de los Jesuitas que no saben lo que se dicen cuando semejante censura fulminan. Ciertó que los Jesuitas, segun Bula de Paulo III en 1545, *pueden administrar la Eucaristia y otros sacramentos sin perjuicio de persona*; pero cierto es tambien que en 1549 el mismo Pontífice aclaró la concesion y dijo, que semejante privilegio se entendia estensivo á todos los casos, menos en el de Domingo de Pascua de Resurreccion, y en peligro de muerte, pues en semejantes casos al párroco ó á sus vicarios toca ejercer el sagrado ministerio. Consignadas estas dos escepciones, el privilegio se reduce á la cosa mas sencilla del mundo, á una cosa que todo sacerdote en el uso de su ministerio puede hacer. No ignoramos que la administracion de sacramentos, sin esceptuar el de la Eucaristia por modo de Viático, es cargo pastoral; pero tampoco ignoramos, ni ignora nadie que haya saludado los cánones ó la disciplina, aun mas, nadie que haya frecuentado las iglesias católicas, que es práctica constante distribuir un simple sacerdote la sagrada Comunión en el templo donde ha celebrado el santo Sacrificio ó en el que es beneficiado, agregado, etc. Sépase pues que el *sin perjuicio de persona* de la Bula de 1545, encierra la misma idea que las palabras *menos en fiesta de Pascua ó peligro de muerte*, es decir, que son la garantía de los derechos episcopales y parroquiales. Ya otra vez hemos dicho que era preciso estudiar la índole de la institucion de S. Ignacio para comprender ciertas particularidades de su ineumbencia. Quien se forme juicio, siquiera se parezca en algo á la verdad, del jesuita misionero, comprenderá muy bien, no la utilidad sino la necesidad de semejante privilegio de poder administrar algunos sacramen-

los sin permiso de los obispos ó párrocos. Franciscanos, servitas, mínimos, teatinos, barnabitas y otra porción de regulares gozan idénticas exenciones por razones iguales ó muy parecidas. Cuando la salvacion de un moribundo ó de una ó mas personas á quienes de mucho tiempo no ha de llegar la voz del catequista, depende de que su alma se haya regenerado por el bautismo, de que la bendición haga legitimo matrimonio lo que antes solo fué torpe union, de que el arrepentimiento borre el pecado en el tribunal de la penitencia ¿podrá aguardarse á que venga un permiso, á cuyo recibo toda tentativa será inútil? A quien tal diga aplicaremos los versículos de las Escrituras: *Tienen ojos y no ven; tienen oidos y no oyen.*

Los restantes privilegios de los Jesuitas son los privilegios concedidos á todos los regulares, mayormente si se tiene presente, que hubo un tiempo en que bastaba que una orden obtuviera una gracia de la Santa Sede para que todas solicitaran lo mismo. La facultad de conceder indulgencias, los poderes necesarios é indispensables á los misioneros, las censuras contra los apóstatas de la Sociedad, las concesiones para tiempos de interdictos generales ó particulares, las facultades del general, etc. etc., cosas son todas que se esplican muy fácilmente, y que en otros lugares hemos largamente detallado y puesto en claro ¹. Este es el catálogo de los grandes privilegios concedidos á la Compañía. Y ahora qué sabemos cuál es el cargo, vamos á la data.

En la parte X, párrafo 12 de las constituciones de la orden se lee, que los hijos de la Sociedad usarán de sus privilegios *con prudencia, moderacion, y con la única mira de procurar la salud de las almas*. En la regla 7 para los misioneros encontramos las siguientes palabras: *Los obreros evangélicos se presentarán en llegando á los ordinarios*, y luego añade, que les ofrecerán humildemente sus servicios y pedirán modesta y

¹ Véase desde la pág. 199, hasta la pág. 203 de esta obra.

religiosamente permiso para ejercer las funciones de su ministerio; pruebas evidentes todas de que el espíritu de esta corporacion no es contrario al respeto debido á los superiores, ni á la voluntad y direccion de los obispos. En prueba de ello leemos en las *Antiguas memorias del clero*, tomo 1.º, que los Jesuitas declararon desde su entrada en Francia, «que por sus privilegios no entendian perjudicar las leyes, las libertades de la Iglesia, los concordatos entre la Santa Sede y la nacion francesa, ni los derechos de los obispos, párrocos, capítulos y otras dignidades.» No son privilegios abusivos aquellos que colocan á sus obtentores en la escala de primeros observantes. Así sucedió con los Jesuitas: cuando algun autor, como lo hace el de nuestra impugnacion, se atreva á atacar la monstruosidad de los privilegios que disfruta la Compañía de Jesus, sirva este capítulo de correccion y respuesta á sus mas fundados asertos. Venga ahora el autor del ridículo *Retrato al daguerreotipo* y diga, sin el menor fundamento, que los Jesuitas conspiran *contra la autoridad episcopal y contra la de los párrocos*; añada luego, como hace en la pág. 119: ¡*Abajo la falsa careta!* ¡*Abajo el velo hipócrita!*!—Nosotros sabemos

1. ¡*Abajo la falsa careta!* ¡*Abajo el velo hipócrita!* Esto mismo repetimos nosotros, y todos sabrán, si por desgracia queda todavía algun incauto, que todos los conspiradores contra la religion, y sus fieles discipulos en lo sucesivo, que pronunciaron en un principio la sentencia de muerte contra los Jesuitas, lo hicieron porque las escuelas de estos dignos religiosos eran muy numerosas en Europa; y para los enemigos de toda religion conocida eran un foco de todo cuanto llaman fanatismo, beatería y supersticion, es decir, celo, fe y devocion, que ellos querian estirpar, para sustituir el *fanatismo*, la *beatería* y la *supersticion* de otro género, es decir, la igualdad, la razon y la filosofia modernas, ó sea la impiedad, la rebelion, con todas sus funestas consecuencias. Para alcanzar el jacobinismo este *sumo bien* (la supresion de los Jesuitas) no titubeó en recurrir á la calumnia, á la falsificacion, á la blasfemia, al perjurio, al asesinato, al regicidio, en una palabra, á todos los crímenes que puede sugerir un corazon corrompido, una cabeza pervertida dirigir, y un brazo venal cometer. Véase sobre el particular, entre otros muchos autores que podríamos citar, á Mr. Georgel, *Memoires pour servir á l'histoire des evenemens de la fin du XVIII siecle: Louis XVI détrôné avant d'être roi*, par Pro-

quitar máscaras y arrancar velos, y no es culpa nuestra si hay hombres cuya desnudez moral sea tan horrible. Pero la verdad antes que todo.

En las repetidas páginas 119 y 121 del repugnante *Retrato al daguerreotipo*, leemos que los Jesuitas son *contrarios á la autoridad de los concilios*, y que *no habian sido aprobados por consejo* (creemos quiso decir concilio) *general ni provincial*. Anteriormente hemos refutado semejante suposicion, y si el concilio de Trento, uno de los mas célebres en el catolicismo, es autoridad competente para dirimir la cuestion, consignado hemos dejado el voto de admiracion y aprecio que las virtudes de los hijos de la Compañía arrancaron á los PP. del concilio y á los embajadores de los príncipes¹.

Esta es la verdad histórica y documentada, que en nada se parece á la pretendida verdad con que el anti-jesuitismo, ó sea la impiedad con todas sus horrorosas consecuencias, ha querido perder al objeto de su odio rastrero, de su parcial é inmundo interés.

yart; id. *Louis XVI et ses vertus; La vérité prouvée par les faits contre les calomnies*, etc. par Rosaven; Henrion, *Histoire de la Papauté; Nouvelle conspiration contre les Jesuites*, por el protestante Dallas; *Le triomphe de la Philosophie au XVIII^e siècle*, obra de un protestante alemán, publicada en 1804; *Autorités comparées et accusations réfutées* por el protestante inglés Dallas. *La Iglesia, su autoridad, sus instituciones y el Instituto de los Jesuitas; Historia de los Papas*, por el conde A. de Beaufort; *Juicio y testimonios legítimos sobre el Instituto y ministerios de los Jesuitas; Pastoral* del Ilmo. Sr. Crisóbal de Beaumont, arzobispo de Paris, de 28 de octubre de 1763; etc.

1. No solamente los Padres del santo concilio de Trento dieron un brillante testimonio á favor de los Jesuitas, si que tambien los embajadores de los príncipes cerca del concilio, y todos declararon, que el medio mas eficaz para restablecer la religion y las buenas costumbres en Alemania, era el aumentar los colegios de la Compañía de Jesus. ¿Qué contestará el autor del anti-verídico *Retrato de los Jesuitas* á estas pruebas? Callar y llenarse de vergüenza. Véase sobre el particular: *Historia del concilio de Trento*, por Pallavicini; *La vérité prouvée par les faits; Des Jesuites*, par Cahour; *Juicio y testimonios de los Jesuitas*; Henrion, *Historia de la Iglesia*; Cretineau Joly, *Historia de la Compañía de Jesus; Nouvelle conspiration contre les Jesuites*, etc., etc., etc.

CAPITULO XXIV.

FRANCIA.

CON la autoridad de Herveto ¹ pretende nuestro autor acusar á los Jesuitas de ir contra el Vicario de Jesucristo. Todo lo demás de la carta transcrita se refiere á la observancia de la disciplina eclesiástica, de que Herveto fué defensor acérrimo en el concilio de Trento, y que lo mismo puede aplicarse á los Jesuitas que al clero en masa del catolicismo entero. Nos detendríamos en probar que nunca los dignos hijos de S. Ignacio fueron contra la autoridad de la Santa Sede, si esta no fuese cosa probada y fuera de toda cuestion. Nadie ignora que ni un solo Pontífice, desde el origen de la Compañía hasta Clemente XIV, incluso éste que se vió forzado á decretar su abolicion ², han dejado de consignar una y cien veces el voto de su admiracion, aprecio y respeto hácia unos hombres, que por su institucion estaban inmediatamente consagrados á la defensa de los derechos de la Tiara. Muchos testos de Papas hemos citado, estraídos de formales documentos, como son Bulas, Breves etc., y aun pudiéramos citar tantos y tan esplicitos que formarían en un tomo las glorias jesuíticas proclamadas por la Santa Se-

1. Herveto, doctor de la Sorbona, nació en Olivet (Orleans) en 1499.—Murió en 1584. Tenia mas aplicacion que talento, mas erudicion que buen gusto. (Eeller, *Biografía universal*; el autor de la *Biografía portátil*; Pallavicini, *Historia del concilio de Trento*; etc. etc.)

2. A su tiempo haremos constar los medios inicuos de que se sirvió la impiedad para alcanzar, por la mas inicua coaccion, la destruccion de la Compañía de Jesus.

de. Saben todos que en tiempo alguno faltó á los jefes y á los subalternos de la Compañía la íntima confianza de los Pontífices, y que los filósofos, cuyo principal objeto era echar por tierra la Silla de S. Pedro, llamaban á los Jesuitas *granaderos* y *genízaros* de la Santa Sede. Abolidos coacciosamente por un Papa, otro Papa los aprueba nuevamente, *cediendo á las instancias de la cristiandad*, y el Pontífice reinante les llama á sí y colma de honores y distinciones. Si los Jesuitas hubiesen sido enemigos de los Pontífices, estos ¿hubiesen obrado con ellos del modo que lo hicieron? Decir que sí, es cegar los ojos, ya no á la razon, sino á la evidencia que limpia se destaca. Guárdese el autor del anti-verídico *Retrato al daguerreotipo* la autoridad de Herveto, y con ella intente probar que los Jesuitas eran enemigos de los Papas: nosotros cuando de Pontífices se trata, creemos que la mejor autoridad es la de los Pontífices: lo contrario es andarse por las ramas; créanos nuestro autor.

Como con la autoridad de Herveto quiso el autor del ridículo *Retrato al daguerreotipo* probar que los Jesuitas eran enemigos de los Papas, intenta luego con la autoridad de Eustaquio de Bellay, obispo de París, probar que los Jesuitas pretenden abatir el orden episcopal y hacer de los obispos unos simples vicarios. Tamaña acusacion la sostiene apoyado en un discurso que Lainez pronunció en el concilio de Trento. Estamos seguros de que no ha leído el discurso cuando tal cosa asienta, pues por tortura que se le dé, nunca se hará decir al segundo general de los Jesuitas lo que jamás tuvo intencion. Pero como la acusacion es lata, y no es el solo autor de nuestra impugnacion quien la ha sentado, ni tampoco el testo de Lainez el único argumento que en su apoyo se cita, probaremos con irrecusables testimonios que nunca la Compañía de Jesus fué enemiga de la jerarquía episcopal; y las pruebas que aduciremos serán plenas, muy plenas. A la soñada enemistad de los Papas hemos contestado con testos de los Papas; á la de los obispos contestaremos con los de los obispos. Este es el gran modo de dejar la verdad en su sitio.

Por lo que hace al testó de Eustaquio de Bellay y á su modo de juzgar á los Jesuitas ¹, hemos ya hablado en otra ocasion , y á lo que entonces dijimos nos referimos ahora. Entremos por lo tanto en otro terreno.

El 30 de noviembre de 1761 se reunió una asamblea de obispos en París. Habíala convocado el rey á solicitud de los comisarios del consejo encargados de informar sobre las constituciones de los Jesuitas. Cuatro eran los extremos sobre los cuales se habia de fallar, son á saber: 1.º ¿De qué utilidad pueden ser los Jesuitas en Francia, y cuáles son las ventajas y los inconvenientes de las distintas funciones que les están confiadas?—2.º ¿Qué comportamiento guardan en la enseñanza y en su modo de vivir, con las opiniones contrarias á la seguridad de las personas de los soberanos, con la doctrina de los cuatro artículos de 1682, y en general con las opiniones ultramontanas?—3.º ¿Cuál es su conducta respecto á la subordinacion debida á los obispos, y si son usurpadores de los derechos y funciones de los párrocos?—4.º ¿De qué atemperancia es susceptible en Francia la autoridad del general de los Jesuitas?—El 30 de diciembre se reunió la asamblea general y en ella tomaron asiento cincuenta y un obispos. Leyóseles el dictámen de los encargados de examinar los cuatro artículos, y el dictámen sobre ser favorabilísimo á los Jesuitas, alejaba y rechazaba todas las calumnias de que la órden habia sido objeto. De los cincuenta y un obispos, cinco solamente reclama-

1. El Ilmo. Sr. Eustaquio *du Bellay* hizo alguna oposicion cuando se establecieron los Jesuitas en Francia. Si los impios hubiesen obrado de buena fe, debian haber añadido que esta oposicion fué momentánea, y que procedia únicamente de no conocer á los Jesuitas, contra de los cuales se habia procurado prevenirle por algunos *católicos* como el autor de nuestra impugnacion. Lo cierto es, que mejor informado, desistió de su oposicion, como es de ver de la sentencia del Parlamento de 1561, en la cual se hace espresa mencion de su consentimiento á la admision de los Jesuitas; y en lo sucesivo fué tan favorable á la Compañia como en un principio le fué contrario. (*La vérité défendue et prouvée par les faits.*)

rón alguna modificación en la regla de la Compañía, opinando empero y pidiendo la conservación de la orden. Un solo obispo, que lo era de Soissons, M. de Fitz-James, opinó por la supresión. Cuarenta y cinco defendieron á los Jesuitas contra las acusaciones de sus enemigos, é hicieron ver que su supresión seria una desgracia para las respectivas diócesis. Estos dictámenes se imprimieron y fueron el mas irrecusable testimonio de la inocencia y virtudes de unos religiosos atacados por la herejía y la impiedad filosófica. Los prelados de la asamblea, rodeados en el exterior por tantas prevenciones y odios, supieron hacerse superiores á la calumnia, sin dejarse arrastrar por la corriente ni intimidar por los clamores. El mismo Mr. de Fitz-James remitió su opinion por escrito al rey en una carta particular, en la cual rendia á los Jesuitas el siguiente testimonio: «Por lo que hace á sus costumbres, puras son. Voluntariamente se les hace la *justicia* de reconocer, que quizás no haya orden alguna en la Iglesia cuyos religiosos ofrezcan mayor regularidad y austeridad de costumbres.» Esto vale mas que cuantas páginas escriban sus enemigos.

El 1.^o de mayo de 1762, reunióse en París una asamblea extraordinaria del clero, la cual dirigió al rey un manifiesto extenso y razonado en defensa de los Jesuitas, donde entre otras cosas se leía lo siguiente: «Señor: al pedirnos hoy la conservación de los Jesuitas, nos hacemos eco del voto unánime de todas las provincias eclesiásticas de nuestros reinos. No pueden estos contemplar sin alarmarse la destruccion de una Sociedad de religiosos recomendables por la integridad de sus costumbres, la autoridad de su disciplina, la estension de sus trabajos y de sus luces, y los servicios sin cuento que han prestado á la Iglesia y al Estado. Esta Sociedad, señor, desde la primera época de su establecimiento, no ha cesado de probar mil contradicciones: los enemigos de la fe la han perseguido en todos tiempos, y en el seno mismo de la Iglesia ha encontrado adversarios, rivales tan peligrosos de sus triunfos y talentos, como prontos á aprovecharse de sus mas ligeras fallas.

A pesar empero de muchas y violentas sacudidas, alguna vez removida, nunca derribada, la Sociedad de los Jesuitas gozaba en vuestro reino, de un estado, si no tranquilo, honroso y floreciente al menos. Encargados de un depósito el mas precioso para la nacion, como es el de la educacion de la juventud, participando bajo la autoridad de los obispos de las mas delicadas funciones de su ministerio, honrados con la confianza de los reyes en el santo tribunal de la penitencia, queridos, buscados por un gran número de vuestros vasallos, estimados de aquellos mismos que les temian; obtuvieron una consideracion demasiado universal para ser equívoca..... Y ¿quién pudiera pronosticar el deshecho huracan que les amenazaba? Sus constituciones deferidas al parlamento de París¹, fueron una

1. El parlamento de París y la mayoría de los otros del reino, eran los aliados y protectores de la impiedad: los parlamentos y Choiseul eran unos lazarillos de la mas impúdica de las cortesanas, la Pompadour, digna protectora del mas impío é impúdico Voltaire. Basta consultar los autores contemporáneos, y nos dirán con Georgel: *Mémoires pour servir à l'histoire des événemens de la fin du XVIII^e siècle*, «que los parlamentos eran unos serviles instrumentos de la cortesana Pompadour, y que esta como aquellos en su mayoría, eran los protectores de la impiedad.—A mitad del último siglo, el filosofismo y el jansenismo dominaban en la mayor parte de los parlamentos de Francia: los parlamentos fueron los instrumentos puestos en obra, igualmente favorables á los principios anti-católicos de los jansenistas, que á los principios anti-cristianos de la impiedad.» (*La vérité défendue et prouvée par les faits.*)—«La impiedad conspiraba en el consejo de Luis XV, el jansenismo (herejía) en sus parlamentos.» (*Louis XVI et ses vertus.*)—«La supresion de los Jesuitas en Francia, fué obra de la conspiracion formada contra ellos por los jansenistas, los parlamentos y los filósofos de la impiedad.» (El protestante Dallas en su obra: *Nouvelle conspiration contre les Jésuites.*)—«El objeto constante de los parlamentos fué favorecer los partidos opuestos á la Iglesia y á la corona.» (Dallas en sus *Lettres de Clericus à Laicus.*)—«Los parlamentos sirven á la razon (impiedad); los parlamentos son los ejecutores de la soberana justicia por parte de la filosofía (impiedad), de la cual reciben sus órdenes.» (*Cartas 90, 98, 100 y 102 de d'Alembert á Voltaire.*) «Entusiasmado el jefe de los incrédulos Voltaire, al ver la mayoría de los parlamentos profesar doctrinas las mas impías y máximas las mas revolucionarias; exclamaba en su carta 76: *Es imposi-*

señal que muy pronto imitaron los demás parlamentos; y en un plazo tan breve que apenas bastára á la instruccion de un proceso particular¹, sin oír á los Jesuitas, sin admitir sus que-

«*ble que la razón* (impiedad) *no haga grandes progresos con tales magistrados!*» Nos haríamos interminables si quisiésemos amonlonar testos sobre testos para probar, que los parlamentos solo fueron los ejecutores de las órdenes de la impiedad y unos miserables lazarillos de la impúdica Pompadour. La enemistad de semejantes hombres honra á los Jesuitas, certificando su virtud é inocencia; el fallo de los Pilatos del siglo XVIII debía condenar á los alletas de la Religion, fundada por la divina víctima, sentenciada por aquel.

1. El 17 de abril de 1761 mandó el parlamento de Paris se examinasen las Constituciones, libros, sermones, tesis, papeles impresos y manuscritos de los Jesuitas de todas las naciones. El rey mandó el 2 de agosto del propio año que por espacio de un año nada resolviesen los parlamentos, ni provisional ni definitivamente, acerca del Instituto, Constituciones y colegios; pero la mayoría de estos magistrados revolucionarios no hizo caso de la orden de su soberano. Los cuatro comisionados para tan vasto trabajo llenaron el cometido con una brevedad asombrosa, por no decir escandalosa, en términos que por decreto del día 5 de marzo del siguiente año se mandó pasar á los obispos copias de los *Estractos* que habian hecho. En dichos *Estractos* se mezclaron todas las calumnias sacadas de los escritos de los protestantes, jansenistas y demás filósofos de la impiedad; los *Estractos* formaban un tomo en 4.º de dos columnas; y para producir el efecto deseado, estaban alterados, truncados y hasta falsificados, no bajando de 758 las falsificaciones. (Véase sobre el particular la nota de la pág. 314 de esta obra.) Los Jesuitas contestaron con sólidas refutaciones y victoriosas apologías en el *Mandarin chinois*; *l'Examen impartial*; *l'Appel à la raison*; *le Coup d'œil*; *l'Apologie de l'Institut*. Dichos escritos arrancaban la máscara á los comisionados por el parlamento; se descubrian todas las maniobras inicuas, todas las baterías subterráneas que el odio y la mala fe emplearán para escitar la animadversion contra los Jesuitas: pero se habia jurado perderles, y el parlamento de Paris pronunció su destruccion en el mes de agosto de 1762: los otros parlamentos, por las maniobras de ministros esclavos de la mas escandalosa de las cortesanas, la Pompadour, pronunciaron sucesivamente la misma sentencia, y por aquellos medios reprobados de que se valen los revolucionarios para obtener mayoría, el resultado fué el siguiente: En Rennes, 32 contra 29; en Ruan, 20 contra 13; en Tolosa, 41 contra 39; en Perpiñan, 5 contra 4; en Burdeos, 23 contra 18; en Aix, 24 contra 22. La reparticion de votos en los otros parlamentos es igual á estos, de suerte que jamás una mayoría tan disputada ha producido un acontecimiento de tanta importancia. (Cretineau-Joly, *His-*

rellas ni sus memoriales ¹, sus constituciones fueron declaradas

historia de la Compañía de Jesus; id. Clemente XIV y los Jesuitas; Georgel, Mémoires pour servir à l'histoire des événemens de la fin du XVIII^e siècle; La vérité prouvée par les faits; Louis XVI détrôné avant d'être roi; Des Jésuites, par Cahour; Nouvelles ecclésiastiques, pag. 209, col. 1 et 2; Recueil par ordre des dates, de tous les arrêts, etc.; Henrion, Histoire de la Iglesia; Réponse au livre intitulé: Extraits des assertions, etc. tomo 1: Documents historiques etc. concernant la Compagnie de Jesus; Nouvelles considérations sur la Société des Jésuites, etc., etc., etc.

1. Los parlamentos en sus sentencias faltaron á todas las reglas de la justicia: NI UN SOLO JESUITA FUE OIDO. Los parlamentos además se arrogaron una jurisdicción que no tenían; fallaron sobre materias dogmáticas reservadas á los jueces de la fe; apelaron como de abuso de todas las sentencias emanadas de la Santa Sede; impusieron silencio á los testigos de defensa, hasta á la misma Iglesia; condenaron al fuego las memorias que podían esclarecer la cuestion. Se constituyeron á la vez árbitros, acusadores y testigos; y sin haber citado á los Jesuitas, sin haber oido sus reclamaciones, sin haber respetado jurídicamente á sus apologías, pronunciaron la sentencia mas inicua, tal como se la habian impuesto los jefes de la impiedad. La sentencia del parlamento de Paris es repugnante y cómica á la vez; en ella se declara: que el Instituto de los Jesuitas es inadmisibile *por su naturaleza en todo estado civilizado*, como contrario al derecho natural, atentatorio á la autoridad espiritual y temporal, etc.; etc. Hé aqui pues á Enrique III, Enrique IV, Luis XIII, Luis XIV, la mayor parte de los principes de Alemania y todos los reyes de Europa, acusados por el parlamento impio de Paris de haber admitido en sus estados un Instituto *inadmisibile por su naturaleza en todo estado civilizado*. Hé aqui pues á veinte Soberanos Pontífices, un concilio general, cuasi todos los obispos de la cristiandad, convencidos por este parlamento ateo de haber alabado, preconizado, aprobado un Instituto, que debian reprobear y condenar, como opuesto al derecho natural y atentatorio á la autoridad espiritual y temporal. Hasta la época en que unos magistrados ateos dieron semejante sentencia, los primeros ministros de la Religion no habian visto en este extracto de máximas y de reglas destinadas á perpetuizar en la Sociedad el espíritu de S. Ignacio, mas que un código sublime de legislación, cuyos principios y disposiciones estaban tomadas en los consejos evangélicos, en el conocimiento del corazón humano, en la experiencia de los siglos; pero el parlamento de Paris, iluminado repentinamente de Satanás, ha anatematizado la sabiduría de los Pontífices y la infalibilidad de los concilios. Mas versado el parlamento ateo, en la ciencia de la moral que los jueces de la fe y los doctores de los fieles, ha creído ver misterios de iniquidad, atentados al derecho natural, en lo que la Iglesia universal respetaba como á

impias, sacrílegas¹, atentatorias de la majestad divina y de la autoridad de los dos poderes, y bajo pretesto de acusaciones

inspiraciones divinas y admiraba como un Instituto piadoso y santo, como á una obra maestra de perfeccion religiosa.

En cuanto á los emperadores, reyes y príncipes soberanos que han alabado el Instituto y protegido los Jesuitas en sus estados, deben saber, que en esto, pues un parlamento impio lo ha fallado así, querian que sus pueblos volviesen al tiempo de la barbarie y al estado de las naciones que están para civilizar. Si pues el Instituto de S. Ignacio es inadmisibile en todo estado civilizado, los Jesuitas que le profesan y siguen las máximas, son necesariamente hombres peligrosos que deben encaminar los pueblos hácia las costumbres del estado salvaje y conducirlos insensiblemente á este ignoble embrutecimiento en que se encontraban los hurones, los iroqueses, etc., etc., antes que el cristianismo, predicado por los Jesuitas, los hubiese humanizado y civilizado. Estas son las consecuencias legítimas del fallo de un parlamento, servil instrumento de los jefes de la impiedad, y miserable lazarillo de la impúdica Pompadour, de esta Herodias del siglo XVIII. (*Des Jésuites*, par Cahour; Georgel, *Mémoires pour servir à l'histoire des événemens de la fin du XVIII^e siècle*; *La vérité prouvée par les faits*; Louis XVI détrôné avant d'être roi; *Recueil par ordre des dates, de tous les arrêts, etc.*; *Réponse au liere intitulé: Extraits des assertions, etc.*; *Nouvelles considérations sur la Société des Jésuites*, etc., etc.

1. En esta declaracion los parlamentos fueron consiguientes con sus doctrinas impías y promotoras del jacobinismo y de la horrorosa revolución francesa, plan de ataque contra la Compañía que se habian propuesto los ateos. Los verdaderos católicos, y hasta los protestantes de buena fe, opinaban y opinan de otro modo muy distinto, pues sabian y saben, como lo dice entre otros el protestante inglés Dallas, en su obra: *Nouvelle conspiration contre les Jésuites*, «que no puede formarse una idea exacta del Instituto de los Jesuitas sin consultar sus Constituciones. A la primera ojeada reconócese que su autor ha sido hombre de un discernimiento profundo y animado hasta el último grado del espíritu de un celo religioso. La divisa de S. Ignacio de Loyola, el primer móvil de su conducta era: *A mayor gloria de Dios. Ad majorem Dei gloriam*. El Santo estaba convencido de que el Instituto que formaba para procurar la mayor gloria de Dios debía trabajar en la imitacion, no solamente de una ó dos virtudes, sino generalmente de todas las mas brillantes, si nos es lícito espresar en estos términos, de nuestro divino Redentor; y al redactar las Constituciones las reunió todas bajo un movimiento dominante, el cual, segun él, era la mas pura emanacion de la caridad y el apogeo de la perfeccion cristiana. En todas partes se deja ver su primer principio, como el lazo universal que debe unir á su Compañía con Dios y el prójimo: cada

tan odiosas como imaginarias; fueron cerrados sus colegios, destruidos sus noviciados, secuestrados sus bienes y anulados sus votos....» Esta esposicion terminaba con las siguientes pa-

»precepto de sus Constituciones es de esto una consecuencia directa.
 »La *mayor gloria de Dios* es el primer objeto que llama la atencion al
 »abrir las Constituciones; es la primer pregunta que se dirige al que
 »desea formar parte de tan santo Instituto; y si la respuesta es favora-
 »ble, es en lo primero que se le emplea: ella sola decide la admision ó
 »negativa; ella les sirve de regla para adelantar en la virtud y en las
 »ciencias, para perfeccionar sus talentos, sus progresos en los estu-
 »dios y la distribucion de su empleo. Los preceptores deben enseñar
 »y los escolares deben aprender á la *mayor gloria de Dios*; es la regla
 »de los superiores que mandan y la razon de los que obedecen; por ella
 »sola se rigen en el establecimiento de la disciplina doméstica y en la
 »formacion de leyes y reglas; es el lazo que todo lo reune y el resorte
 »que todo lo mueve; preside todas las impulsiones que la Compañia re-
 »cibe; acelera su progreso y preside su estabilidad. Las personas y las
 »cosas, la oracion y la accion, el trabajo y el descanso, las reglas y
 »las escepciones, los castigos y los premios, las concesiones y las
 »negativas, en una palabra, todo en el Instituto de S. Ignacio tiene un
 »solo objeto, un solo motivo, una idea común, la *mayor gloria de*
 »*Dios*: por ella empieza, y con ella acaba.

»Cualesquiera que sea el punto de vista, bajo el cual las personas
 »de distintas religiones analicen este código de santidad, siempre se
 »observará en su plan algo grande y majestuoso, y que en los prin-
 »cipios de la Iglesia católica conduce al mas alto grado de santidad.
 »Los hombres que operan bajo un tal principio no pueden ser extraños
 »á ninguna virtud, porque cada virtud á su turno es necesaria para
 »adelantar á *mayor gloria de Dios*. *Ad maiorem Dei gloriam.*» (Los mis-
 »mos autores de la nota anterior.) Hé aquí la orden que destruyeron en
 Francia los parlamentos, instigados por el protector de los impios,
 ministro Choiseul, digno intérprete y lazarillo de la mas impúdica de
 las cortesanas, Mme. Pompadour. ¿Quisiera nuestro impugnado au-
 tor, que su nombre figurara en la *escogida* lista de impios y prostitu-
 tas, que aunarón sus vicios para derribar el árbol del gran Lo-
 yola?

1. El Sr. Arzobispo de Paris Cristóbal de Beaumont, este Atanasio del siglo XVIII, en su célebre *Pastoral* de 28 de octubre de 1763, examinó y discutió el libro *Estraccio*, instrumento de la proscripcion de los Jesuitas, demostrando hasta la evidencia, á saber, que esta extraña recopilacion era: 1.º inoportuna; 2.º inexacta; 3.º llena de parcialidad; 4.º completamente llena de errores dogmáticos; 5.º fundada sobre textos mutilados, alterados, truncados, tomados en un sentido opuesto al de sus autores, y 6.º en fin, inspirado, no por la equidad, sino por la pa-

labras: «Así, señor, todo os habla en favor de los Jesuitas. La religion os recomienda á sus defensores, la Iglesia sus ministros, las almas cristianas los depositarios del secreto de sus conciencias, un gran número de vuestros vasallos los maestros que les han educado, toda la juventud de vuestro reino aquellos que han de formar su talento y su corazon. No os negueis, señor, á tantos votos reunidos, no sufraís que en vuestro reino, contra las reglas de la justicia, contra las de la Iglesia, contra el derecho civil, sea destruida una Sociedad entera sin haberlo merecido». El interés de vuestra autoridad lo exige, y

sion y la violencia. Este libro, concluía el piadoso y elocuente Prelado, es una escuela, donde se ataca los sanos principios pretendiendo defenderlos, donde se corrompen las costumbres queriendo reformatas, y donde se insinúa el veneno del error manifestando un falso celo por el dogma. (Véase la citada *Pastoral* y demás autores mencionados en las dos anteriores notas, con los siguientes lógicos escritos: *La réponse aux extraits des assertions*; *Le Compte rendu des Comptes rendus*; *Mercur du 25 janvier 1866*; el protestante inglés Dallas en sus *Lettres de Clericus*, etc., etc., etc.)

1. La sentencia estaba pronunciada por los parlamentos, y la Compañía de Jesus debia ser destruida. La envidia, el odio, la malicia trabaron el combate; el ateismo, el deísmo, la filosofia impia, con sus aliados el ridiculo y el sofisma, protegieron el ataque, y muy pronto la victima sucumbió. Los fundadores ó mejor los adeptos de la moderna escuela de la *razon*, no podian tolerar unos hombres que predicaban doctrinas y sostenian principios tan opuestos á sus nuevos sistemas. Sabian que el respeto por las verdades reveladas y la sumision á la autoridad establecida, estos dos objetos de su execracion, eran las principales bases sobre que descansaba el sistema de educacion de los Jesuitas. *Deum time, regem honorifica*; temed á Dios, honrad al rey, eran los dos preceptos sagrados que se esforzaban por inculcar en el corazon de sus educandos. La Religion y la sumision eran dos hermanas que procuraban con gran cuidado no separar nunca; mientras los conspiradores revolucionarios habian jurado destruirlas ambas á dos. En su consecuencia aquellos que abrieran en todas partes academias de filosofia, es decir, escuelas de impiedad y de irreligion, en donde Dios, sus misterios y sus leyes eran citadas ante el tribunal de una razon soberbia y corrompida; en donde era regla rechazar lo que no se entendia, ridiculizar cuanto sufocaba las pasiones de la juventud, y examinarlo todo superficialmente para acabar no creyendo en nada, ¿cuántos artificios no emplearon para hacer gustar sus odiosas máximas? Sabian hacerlas mas seductoras mediante los

nosotros hacemos profesion de ser tan celosos de sus derechos como de los nuestros.» Y firmaban: *Los arzobispos, obispos y otros eclesiásticos diputados, componiendo la asamblea general del clero de Francia.*

No se habian engañado estos Prelados en sus pronósticos. Algunos años despues estos mismos parlamentos de que se hace mérito en la esposicion, habiendo ganado una victoria sobre la Iglesia, atentaban á la autoridad real, y apenas habian transcurrido diez y seis años de la Bula de supresion de la Compañia de Jesus, cuando el trono, la Iglesia y la magistratura desaparecian envueltos en las olas sangrientas del mar revolucionario. Ahora, si á pesar de cuanto llevamos dicho, el autor del desacreditado *Retrato al daguerreotipo* continua sosteniendo que los Jesuitas eran enemigos de los obispos y los obispos de los Jesuitas, con razon podremos decir que hay hombres que escriben la historia sin haber, ya no saludado sus elementos, sino aprendido á discernir *racionalmente*.

Los párrafos del discurso de Estéban Pasquier citados por el autor de nuestra impugnacion, y en los cuales fuertemente se desmanda é insolenta contra la Compañia de Jesus, son tan poco fielmente trasladados como poco fielmente traducidos. No negaremos que el memorial de Estéban Pasquier acusara á los Jesuitas por faltas que nunca cometieran; no negaremos que su estilo era mas propio de un orador de café que de un abogado que debe ser sesudo y moderado, imparcial é impassible como la ley que interpreta; pero tampoco nos negará nuestro autor que el ilustre Berryer, al juzgar el discurso de Pasquier, dice se encuentran en él *todas las exageraciones y*

agradables cuadros que ofrecian del vicio y de la licencia; corrompian el alma por sus obscenas lecciones y el corazon en sus abominables obras. Véase sobre el particular *La vérité prouvée par les faits; Nouvelle conspiration contre les Jésuites; Louis XVI détrôné avant d'être roi; Louis XVI et ses vertus; Mémoires pour servir à l'histoire des évènements de la fin du XVIII siècle; La vérité sur les Jésuites; de l'Ordre et de l'Institut*, por el protestante inglés Dallas, etc., etc., etc.

1. Modelos de elocuencia forense.

acritud escolástica de la época. Pasquier dice en su informe ni mas ni menos que dijeron antes y han dicho despues todos los enemigos de los Jesuitas, siendo de notar que el abogado de la Universidad de París reconviene á los hijos del ínclito Loyola por el misterio de que supone está rodeado su instituto. Pero ¿qué misterios son estos que tan bien han servido para alucinar al vulgo crédulo? En todos tiempos, cuando no ha habido razones para combatir una sociedad, se han referido paparruchas y cuentos inverosímiles para desacreditarla á los ojos de la necia credulidad. Así diciendo que el proceder de los Jesuitas era misterioso, escusaban sus émulos tener que revelar cuál era el tal proceder, que, ó no les era conocido ó no querían lo fuera del pueblo. Disipemos, por lo tanto, esta sombra, y pongamos en claro los misterios.

Existe un artículo en las constituciones de los Jesuitas que prohíbe á estos referir á personas estrañas los sucesos que tienen lugar en la casa profesa, y poner de manifiesto estas constituciones ú otros escritos que traten del Instituto sin consentimiento del superior. He aquí lo que se ha querido calificar de peligroso, he aquí lo que se presenta como indicio y prueba de los profundos secretos y política peligrosa de los Jesuitas. Si es delito ocultar ó no referir á estraños las escenas que tienen lugar en la casa profesa, delito será en los particulares tomar precaucion alguna para esconder á los ojos del público ciertas escenas domésticas que para ignoradas son. Las comunidades religiosas son como grandes familias compuestas de diferentes personas, pensando de diferentes modos, sujetas á pasajeros altercados propios de la debilidad humana y que la subordinacion disipa. ¿Seria, pues, razonable hacer públicos á todo el mundo estos detalles domésticos y este gobierno interior concentrado en la soledad? La regla de los Jesuitas prohíbe poner de manifiesto sin permiso del superior las constituciones ú otros libros de la Compañía, y semejante disposicion no debe parecer sospechosa ni menos imprudente. La lectura de ciertos libros no es para gentes que

vivan en el siglo , y mucha malignidad se necesita para atribuir á criminalidad lo que únicamente es prudencia y sencillez evangélica. Y esto atendido , entremos en el argumento principal para derribar el misterioso castillo de tantos misterios. ¿ Fué S. Ignacio el primero ó el único que semejante precaucion adoptó en las constituciones de su orden ? No por cierto.

Las constituciones de los monges de Monte Casino prohíben en el capítulo 67 con severísimas penas , contar á estraños las escenas que tienen lugar en el monasterio. Las de los Camaldulenses conminan con penas graves , en el libro 1.º cap. 18 , á todo aquel que revele á alguno fuera de la orden los secretos de la Congregacion. S. Buenaventura recomienda encarecidamente la necesidad de tener ocultos los secretos domésticos , á no ser en casos de extrema necesidad. Cien años despues , Guillermo Fariner , general de la orden de Padres Franciscos , prohibió enseñar á los esternos las constituciones de la orden franciscana , disposicion renovada en el capítulo general celebrado en 1718. Encargóse en él á todos los superiores tuvieran consigo un ejemplar de las constituciones de la orden , pero poniendo gran cuidado que ojos profanos fijasen en él la mirada. Dilatada fuera la comision si tuviéramos que citar uno á uno todos los legisladores monásticos , á quienes la prudencia aconsejára idéntica determinacion. Siendo así , nadie se podrá persuadir de que al imitarles S. Ignacio y cuantos gobernaron su orden , se hicieran reos , ni aun sospechosos , de manejos secretos ó punibles artificios. Finalmente lo que destruye del todo el pretendido misterio de los Jesuitas , es que nunca estos han ocultado sus constituciones á persona alguna que tuviera un derecho para conocerlas ; es que de estas se han publicado gran número de ediciones ; que se encuentran ejemplares en todas las Bibliotecas públicas ; que Rodriguez en su tratado de la perfeccion cristiana y Bouthours en la vida de S. Ignacio han trazado el plan con mucha estension y exactitud ; que cuantas personas , amigas ó ene-

migas, han querido examinarlas, han satisfecho su curiosidad en las mismas casas de los Jesuitas, por cuanto estos han podido siempre facilitar su lectura, como se la facilitarán al autor del censurado *Retrato al daguerreotipo*, si quiere, pidiendo de antemano, segun la regla establece, el competente permiso de sus inmediatos superiores. He aquí los misterios que pondrá Pasquier, y que no son mas misteriosos que lo que han querido hacerles sus enemigos. Estéban Pasquier se equivocó en el juicio que formó de los Jesuitas, pero no se equivocó involuntariamente, sino á ciencia cierta, como se equivocan todos los que le siguieron en su anti-jesuitica cruzada. El autor del informe á la Universidad debia de haber estudiado muy poco la cuestion y la historia de la Compañía, para incurrir maliciosamente en el absurdo de decir que la *secta* de Ignacio *se edificó sobre la ignorancia*. Las glorias cientificas y literarias de los PP. de la Compañía, la han hecho acreedora á la admiracion del mundo sabio; cien veces lo hemos dicho, nadie lo ignora y Pasquier mucho menos: el mundo está lleno de la ciencia de los Jesuitas, baluarte de la instruccion en todos los paises del globo.

Dijo tambien Pasquier, y copia tambien como es de presumir el autor del ridiculo *Retrato al daguerreotipo*, que la *secta de Jesuitas es mas para temer en cierto modo, que la de Lutero*. Esta frase que parece ser de un peso enorme en la balanza de los enemigos de la Compañía y de la Religion, á muy poca costa declinará el platillo al lado de los hijos de Ignacio. Prescindiendo de que el menos amigo del nombre del grande Loyola y todo católico se ha de horrorizar al verle pospuesto para el bien y antepuesto para el mal al execrable y condenado nombre de Martin Lutero, militan en favor de nuestros padres circunstancias que han de hacer gran mella en todo aquel que virtuoso sea y á la comunión católica pertenezca. El autor del anti-verídico *Retrato al daguerreotipo* ha copiado del informe de Pasquier aquello que mas le ha convenido, y aunque ninguna obligacion tenia de trasladarle inte-

gro, bien pudiera por lo menos insertar completas las cláusulas que esplican testos dudosos, mayormente cuando de la interpretacion errónea de estos testos puede deducirse una consecuencia fatalísima para el catolicismo, pues si los Jesuitas, fortaleza del catolicismo contra el protestantismo, son peores que los luteranos, identificada en unos la Iglesia romana y en otros la Iglesia de la infernal reforma, resulta, á establecer tales precedentes, que la secta de Lutero es preferible á la Religion representada por el Pontífice romano, Vicario de Jesucristo en la tierra. Nosotros, pues, que hemos tenido la curiosidad de conocer testual el discurso de Estéban Pasquier, nos hemos procurado un ejemplar, cosa que probablemente no habrá tenido á mano el autor de nuestra impugnacion, pues á tenerlo y á leerlo de buena fe no habia de truncar los párrafos en circunstancias tan interesantes. Vamos á citar ahora unas cuantas líneas del informe, y por ellas conocerán nuestros lectores, en qué, segun el abogado de la Universidad, se diferenciaban S. Ignacio de Loyola y el heresiarca Martin Lutero. Pocas palabras nos bastarán luego para descifrar el enigma de la comparacion, y tambien para conocer el verdadero origen y causales de un discurso de que el anti-jesuitismo y la impiedad se han apoderado y blanden como el arma mas fuerte de su causa, ya que esta tenga tan pocas armas y de tan pobre calidad como sus campeones. Dice así Estéban Pasquier:

«Y bajo este pié, el uno de ellos (Lutero) quiso abrogar del todo la autoridad de la Santa Sede de Roma, y el otro (Loyola) por un voto particular la concede mas derechos que por lo general nuestra Iglesia le concediera. Martin quiso suprimir la confesion auricular y muchas constituciones canónicas recibidas de una larga y santa antigüedad. Por al contrario, Ignacio no solo las aprobó, sino que como gran capitán y abanderado de la Iglesia, quiso que él y los suyos administráran los santos sacramentos de la penitencia y del altar.» De aquí deduce Pasquier que S. Ignacio no es menos parcial y perturbador de nuestra religion que Lutero, y aun

que la *secta* de aquel es mas de temer que la de este. Y nosotros deduciremos, que aun cuando el tal abogado quiso protestar de su religiosidad, diciendo ser *hijo de la Iglesia romana y querer vivir y morir en su fe*, el tal catolicismo se parece mucho al del desgraciado autor del censurado *Retrato al daguerreotipo*, pues no concebimos como se puede ser hijo de Roma y alacar y condenar lo que Roma protege y ensalza, tanto mas cuanto se reconoce en Iguacio el carácter de *gran capitán y abanderado de la Iglesia*. ¿Como se esplica, pues, esta inconsecuencia de Pasquier? Vémoslo.

Estéban Pasquier estaba dotado de singular talento, y sus profundos estudios del derecho le habian proporcionado mas conocimientos que celebridad y fortuna. A pesar de las ventajosas circunstancias que en él concurrían, vivia olvidado de sus contemporáneos y quizás muriera en tan humilde estado, si por fortuna no contara en el número de sus amigos á Seguin y Levasseur, dos de los hombres mas influyentes de la Universidad de Paris. Agitóse la ruidosa cuestion de los Jesuitas, y estos dos intrigantes decidieron á sus colegas en favor de Pasquier, á quien fué confiada la causa. El eminente jurisconsulto y reputado crítico Berryer es quien nos ha facilitado estos datos. Estéban Pasquier comprendió su posicion con respecto á la Universidad, y la de la Universidad con respecto á los Jesuitas. Sabia que aquel cuerpo odiaba á esta órden¹, y dedujo justamente, que tanto mejor serviria y daria gusto á sus comitentes cuanto mas virulento, acre y furibundo se mostrara en sus discursos. La Universidad usaba un tono impregnado de hiel cuando tenia que hablar de la Compañía de Jesus; Pasquier quiso igualarla y aun superarla. En este punto se salió efectivamente con la suya; y cuantos gusten de leer un discurso destemplado, cuya lógica desaparezca entre insolencias, y cuyos argumentos se emboten por venir en ar-

1. La causa de este odio la hemos consignado en la nota de la página 438.

ma de insultos trocados, recurran al informe de este abogado y de seguro quedarán superadas sus esperanzas. La Universidad agradeció como debia los esfuerzos del orador, y Estéban Pasquier alcanzó desde aquel dia la celebridad de que goza entre los *católicos* como él. Pero como, repetimos, los ataques son mas ó menos peligrosos, prueban mucho ó nada segun de parte de quien vengan, negamos, pese á las protestas de Pasquier, que este reuniera las necesarias condiciones de imparcialidad, religiosidad y moralidad para el caso requerido. El informe de Pasquier, por lo tanto, no prueba sino que un hombre estraviado hizo presa de un cuerpo para hacer de su cadáver pedestal de su trono. Que un hereje ataque la religion de la Compañía, es una gloria para la misma; que un ente inmoral ataque su honradez, gloria es tambien; y que un ignorante haga desprecio de su ciencia, gloria y mas gloria. No diremos que Estéban Pasquier fuera un perdido, ni un necio; pero si diremos que no era buen juez para alegado por nuestros contrarios, y veremos por qué. Es autor de un libro en 8.º titulado *Ordenanzas del amor*, impreso en Anvers año 1564, obra obscena y plagada de espresiones de que se avergonzarian aun los impúdicos concurrentes del mas asqueroso lupanar. Escribió tambien *El catecismo de los Jesuitas*, 1602, en 8.º, libro lleno de groseros sarcasmos y ultrajantes sátiras. Al glorioso S. Ignacio de Loyola, venerado en tantos altares y al cual tantos millones de hombres dirigen sus súplicas, trata de *caballero errante*, *tramposo*, *embustero*, *hipócrita*, etc., etc., etc. Tales son las injurias que á manos llenas vierte contra el santo fundador de la Compañía de Jesus, cuyo solo nombre irritaba su bilis. El filósofo Bayle hablando de Pasquier, dice: «Cuanta debió ser su rabia al ver incluido en el número de los santos á aquel que habia pintado con tan negros colores!» Segun él, el gran S. Francisco Javier, el apóstol de las Indias, el alma pura á quien los mas impíos y escépticos rinden continuas alabanzas, era *un hipócrita*, *un Maquiavelo*, *un sucesor del heresiarca Manés*, y sus milagros cuentos

de viejas. Los Jesuitas eran los escorpiones de Francia, y no los primeros pilares, sino los primeros pillos de la Santa Sede. Finalmente en su furor anti-jesuita llega al extremo de decir, que en los votos de los Jesuitas hay herejía, maquiavelismo y manifiesta fulleria, y el sentido en que toma la palabra *Padres* respecto á Jesuitas, es digno de la pluma del autor de las *Ordenanzas del amor*; no ha inventado la lujuria mas desenfrenada cosa alguna mas atroz. Al fin de este *Catecismo* se encuentra el *Padre nuestro* burlescamente traducido y una parodia del *Ave María* que contienen tantos sacrilegios como palabras, especialmente la última, en que la mas execrable impiedad y la mas repugnante obscenidad combaten por quien se llevará la palma.—Tal es el abogado que la Universidad de París escogió para su campeón en la contienda jesuítica: nosotros no podemos menos de hacer público, que semejantes enemigos emplean sus argumentos en pro mejor que en contra de sus contrarios. Lo que Pasquier hizo, insultar groseramente al grande Loyola y á sus hijos, lo hubiera hecho cualquier otro, sin reunir el talento de Estéban: bastaba el talento necesario para escribir las *Ordenanzas del amor* y la parodia del *Ave María*. A él pudieran aplicar los beneméritos padres de la Compañía aquellas célebres palabras de Ter-tuliano: *Tali dedicatore damnationis nostræ etiam gloriamur*¹.

1. Con lo que dejamos consignado de este hereje, podrán nuestros lectores acabar de convencerse de la pureza de su doctrina y de los autores tan católicos de que echa mano el de nuestra impugnacion para calumniar á los dignos hijos del gran Loyola. Solo añadiremos en conclusion, que el católico Pasquier es autor de una *Exhortacion* á los principes, en la cual pretende probar la necesidad de favorecer y admitir en sus estados á los calvinistas. Si el abominable Pasquier no puede compararse en sus producciones en lo cínico y brutal de su lenguaje á Lutero, á lo menos hace los mayores esfuerzos para igualarle. Honorífico es por cierto para los Jesuitas tener semejantes adversarios. Véanse entre otros: *Nouvelles considerations sur la Société des Jésuites*; *Nouvelle conspiration contra les Jésuites*, por el protestante inglés Dallas; Henrion, *Histoire de la Iglesia*; Gutierrez de la Huer-ta, *Dictámen fiscal*; etc., etc., etc.

Sigue nuestro autor trasladando diatribas contra la orden, reducidas muchas de ellas á acusar de avaros á los Jesuitas, que desde el principio de su establecimiento en Francia, quisieron y lograron atraer á sí, segun nuestro impugnado autor, el caudal del obispo de Clermont. Como nada alega en defensa de esta arriesgada proposicion, nada de ella podemos combatir, pues con decir que es inexacta de todo punto y falsa, terminamos nuestro compromiso. Diremos, si, en muy breves palabras, que Guillermo Du Prat, prelado que gozó de gran reputacion por su celo evangélico y vasto talento, comprendió que solo la envidia pudo alimentar en Francia una acusacion contra la orden de Jesuitas, acusacion hija de los herejes reformadores de Alemania. Apreció por lo tanto como se merecia la conducta de Ignacio, que dejaba al tiempo el cuidado de volver por su calumniado Instituto, y en 1545, siendo obispo de Clermont, se declaró el protector de la Compañía, fundando para los Padres el colegio de Billon. En París alojó á los Jesuitas en su palacio de Clermont, que algunos años despues daba su nombre á la primera casa que la Compañía tuvo en la capital de Francia. Guillermo Du Prat era el escudo de la orden, pero desgraciadamente murió en 1560 á la edad de cincuenta y tres años, legando una parte de sus bienes á la Compañía de Jesus. De aquí toma pié la acusacion: si no tiene mas fundamento que este, bien hicimos en llamarla infundada.

Por lo que toca al uso que de la proteccion y largueza de Du Prat hicieron los Jesuitas, sirvanos de testimonio el propio autor del ridiculo *Retrato al daguerreotipo*. La justicia le obliga algunas veces á confesar como lo hace en la pág. 126 de su obra, que los Padres procuraron tener en el colegio de Clermont *profesores célebres, cuyas lecciones deseaban escuchar y seguir muchísima gente*. En pos de esta confesion, nada debemos añadir.

Hablaríamos de la *Liga* y de la matanza de San Bartolomé, y disipáramos la última sombra que pudiera proyectarse en la

Compañía de Jesus respecto á la parte que sus individuos tomaron en estos acontecimientos, si ya en otro lugar de esta obra no hubiéramos tratado largamente este asunto, demostrando la completa inocencia de los Jesuitas. Irrebatibles eran los argumentos que consignamos entonces y á que nuevamente referimos á nuestros lectores ¹, y por lo mismo una sola reflexion nos permitiremos en este lugar. En cuantas páginas el autor de nuestra impugnación consagra al relato de este sangriento hecho, no se ha atrevido una sola vez á acusar directamente á los Jesuitas, ni cita un solo hecho en que tuviera parte hijo alguno de Loyola. A su modo refiere minuciosamente los hechos sin descuidar episodio alguno, cita nombres propios, refiere hechos determinados, y en tal fárrago histórico ningun jesuita toma parte. La mitad de lo que refiere es dudoso y la otra mitad falso: esto empero, ni él ni los autores de donde ha copiado ó tomado las noticias, han tenido medio de acusar ni entrometer á la Compañía de Jesus en este triste episodio de las revoluciones francesas. Hace mas el autor de nuestra impugnación, justifica plenamente á los Jesuitas y aleja toda sospecha contraria. ¡ Tan cierto es que el Señor hace á los hombres muchas veces, instrumento reparador de sus mismos agravios! Refiriendo el autor del censurado *Retrato al daguerreotipo* la escena que pasó cuando el acuerdo de la matanza, dice así: «La reina madre, que tenia algunos espías »entre los calvinistas, supo todas estas deliberaciones, y de- »terminó adelantar la ejecucion de sus planes sangrientos, que »fijó para el amanecer del dia de S. Bartolomé, 24 de agosto. »Esta decision se tomó en el palacio de las Tullerías, entre la »reina, el duque de Anjou, el duque de Nevers, Enrique de »Angulema, gran prior de Francia, hermano bastardo del »rey; René de Birague, guarda sellos; el mariscal de Tavannes, y Alberto de Gondy, digno confidente de su com- »patricia la florentina.»—Habla luego particularmente de Pe-

1. Véase el capítulo XIV de esta obra.

trucei, Siennois, Beme, Guisa, Montpensier, el mariscal de Saint-André, Antonio de Borbon, Condé, el condestable de Montmorency, el cardenal de Chatillon; del mismo rey Carlos IX habla como conjurado y asesino, y ni uno, ni un solo nombre de jesuita ha podido citar; nos trasmite los nombres de los que fijaron el día y la hora; ¿hay un jesuita entre ellos? Ni uno; y no nos hará creer ni hará creer á nadie el autor del anti-verídico *Retrato al daguerreotipo* que á saber de alguno, no se hubiese apresurado á imprimir su nombre y sus hechos con la fidelidad que en él es costumbre. En el curso de su obra no ha guardado respeto alguno á los santos, tampoco lo ha guardado á los reyes, ni ha reconocido creencias, ni jerarquías, ni principios; ha atropellado hombres y cosas; ¿y habia de faltar á su sistema por un sencillo jesuita, cuando en la órden entera y en muchos de sus individuos se ha cebado con un encarnizamiento que le rebaja á los ojos de todos los hombres imparciales y pensadores? No, no se concibe; los Jesuitas son inocentes en la matanza de San Bartolomé, completamente inocentes.

CAPITULO XXV.

UN CATOLICISMO NUEVO. — LA LIGA.

—VARIOS JESUITAS.

EL autor del inexacto *Retrato al daguerreotipo* ha protestado muchas veces de sus sentimientos religiosos, y muchas veces tambien hemos nosotros dudado de que tales sentimientos sean los que inspira la religion católica. Si cien ejemplos no nos hubieran hasta ahora convencido de esta verdad, la introduccion del capítulo IV, páginas 139 y 140, nos bastára á la íntima conviccion hasta borrar la última sombra de duda. Ya no son los Jesuitas los que en ellas salen escarnecidos é insultados, es el papa Gregorio XIII, es el clero católico, es la corte romana, es en fin la religion de nuestros padres, la nuestra, la que profesarán nuestros hijos. Roma, la ciudad *teocrática*, segun de tal la califica nuestro desgraciado autor, aparece como la meretriz impúdica que en torpes bacanales celebra el degüello de S. Bartolomé, y aunque semejantes escenas quieren luego atribuirse á los Jesuitas¹, bien ve el lector por la direccion de la piedra el blanco á que va apuntada. No somos nosotros quien debe salir en este punto á la defensa de la Iglesia católica, que está muy alta para que hasta ella alcancen los bastardos tiros de sus enemigos; pero sí consignamos que siempre habrá discrepancia en el modo de ver las cuestiones por parte nuestra y por parte del autor del anti-verídico *Retrato al daguerreotipo*, por la sencilla razon de que nosotros las

1. Véase sobre el particular desde la pág. 263 hasta la 271 de esta obra.

miramos á través del prisma de nuestra fe católico-romana, y él á través de una fe, especialidad en su género y que nos abstenemos de calificar. Abrigamos la esperanza de que no los débiles esfuerzos nuestros, sino la gracia de Dios que todo lo ilumina, herirá tambien el corazon del impugnado autor, quien reconocerá su falta, ya no por lo que á los Jesuitas toca, sino por lo que á la religion hace. Mientras tanto, no podemos ni debemos dejar sin su merecido correctivo, que se sienten principios y se consignent hechos, que mentidos por uno, desfigurados por otros, exagerados por aquellos y mal interpretados por todos, puedan servir un dia de precedente á falsedades que nuestro silencio en parte legitimaria. Quien calla, otorga, se dice, y por lo que á nosotros hace, no queremos callar, mientras la razon esté de nuestra parte y la fe anime nuestra pluma.

1. Quede consignado, que el autor de nuestra impugnacion, en su odio y afan de calumniar á los Jesuitas, parece ha querido tomar sobre sí uno de los principales encargos que el heresiarca Calvino legó á sus discipulos, y en la persona de estos á los impios de todos los tiempos. El odio del heresiarca provenia de la guerra constante que los Jesuitas hacian á la infernal reforma, y el de los impios por considerar indispensable la destruccion de la Compañía de Jesus para poder acabar con la Religion. He aqui el infernal legado de Calvino. «Con respecto á los Jesuitas que son nuestros mayores adversarios, dice, es necesario asesinarles, y si esto no puede llevarse á cabo con facilidad, espulsarles, ó á lo menos llenarles de imposturas y de calumnias.» *Jesuitas vero, qui se maxime opponunt nobis, aut necandi, aut si hoc commode fieri non potest, ejiciendi, aut certe mendaciis et calumniis opprimendi.* (Calvin. apud Becam. Aph. 15 de modo propagandi calvinismum.) ¿Qué responderá nuestro impugnado autor, que se vanagloria de tener jurada guerra á muerte á los Jesuitas, cuando vea que en esto secunda los planes del infernal heresiarca Calvino? Ya no ignora la declaracion de guerra de este heresiarca contra la Compañía de Jesus: ella es notable por su enérgica precision. El objeto ó motivo verdadero y único de esta guerra no se disimula ni oculta: son, dice Calvino, nuestros mayores adversarios: *qui se maxime opponunt nobis*. Su crimen es de oponerse á la infernal reforma: este crimen no puede ser suficientemente espado: así pues la guerra que se les declara es una guerra á muerte. Si caen en poder de Calvino, ya tienen la causa formada, deben pe-

No, no consentiremos que se diga que las saturnales romanas son la *hecatombe ofrecida al que murió en la cruz*; no consentiremos que se diga que la católica Roma celebró con *festines el atroz atentado que consternara al mundo*; no consentiremos, *necandi*. Si esto no puede conseguirse, débeseles arrojar de cualquier punto donde se encuentren, *ejiciendi*. ¿Y de qué armas se echará mano? El cuchillo sería por cierto la mejor, pero en defecto de este, débense emplear todas; las mas eficaces y recomendadas son la MENTIRA y la CALUMNIA, *mendaciis et calumniis opprimendi*.

Calvino y sus discípulos ejecutaron puntualmente, en cuanto estuvo de su parte, este plan diabólico, y sus sucesores los jansenistas y los filósofos de la impiedad han seguido unánimemente el mismo camino. A los Jesuitas esclusivamente dirigieron sus declamaciones y todos los pretendidos cargos que antes hacían á la Iglesia romana. La doctrina de la Iglesia católica fué llamada *doctrina jesuitica*. (¡Qué gloria para los dignos hijos del inclito Loyola!) La palabra *jesuita* ó *partidario de los Jesuitas*, fué sustituida á la de *papista*. (¡Qué honor para la benemérita Compañía de Jesus!) Para hacer odiosos á estos atletas de la religion, no hubo crimen que no se les imputase: sus modernos enemigos nada han podido inventar contra de ellos, que los mal llamados reformadores no hubiesen publicado á últimos del siglo xvi y á principios del xvii. Es digno de leerse sobre el particular la obrita publicada en 1693, bajo el título de: *La vérité defendue pour la Religion catholique, en la cause des Jesuites, contre le plaidoyer d'Antoine Arnaud*, par François Des Montaignes; la Pastoral de 1714, entre otras, del inmortal Fenelon, arzobispo de Cambray; la elocuente Pastoral de 28 de octubre de 1763 del venerable arzobispo de Paris, Cristóbal de Beaumont, prelado caritativo, digno de todo aprecio, que poseia todas las virtudes de su elevado ministerio; las del Sr. obispo de Lodeve; de Lisieux; de Saintes; de Sisteron; de Puy; de Castres; Langres, Amiens, etc., etc., etc. Véanse tambien las obras siguientes: *Nouvelles considerations philosophiques et critiques sur la Societé des Jesuites*; *La vérité defendue et prouvée par les faits contre les calomnies anciennes et nouvelles*; *Nouvelle conspiration contre les Jesuites*, etc.; *La vérité sur les Jesuites*; *Des Jesuites*, par Cahours; *Memoires pour servir à l'Histoire des événemens de la fin du xviii siècle*; Henrion, *Historia de la Iglesia*; *La Iglesia, su autoridad, sus instituciones y el instituto de los Jesuitas*; *Historia de los Papas*, por el conde A. de Beaumont, etc., etc., Aquí se presenta una dificultad que no queremos disimular, á saber, el atribuir el odio de los infernales novadores del siglo décimosesto contra los Jesuitas á la oposicion que estos hicieron á la diabólica reforma: no faltará alguno que diga, y es muy cierto, que este odio era comun á todas las órdenes religiosas, que defen-

remos que se diga que las ceremonias del catolicismo y las preces de su rito, y el *Te-Deum* de su alegría, fueron cantados por los ministros de un Dios de paz en accion de gracias por haberse vertido la sangre de tantos inocentes¹. No, no lo consen-

dieron igualmente la Religion contra los ataques de sus enemigos. ¿Por qué pues este odio particular contra los Jesuitas? Independientemente del celo de los Jesuitas y demás órdenes religiosas á combatir la infernal reforma, es fácil asignar una causa especial de este odio particular de los novadores contra la Compañía de Jesus: los pretendidos reformadores y los Jesuitas habian nacido, digámoslo así, casi al mismo tiempo, y la Compañía de Jesus parecia haber sido formada espresamente para oponerse á la diabólica reforma y á su establecimiento, como se lee al final de la segunda leccion del segundo nocturno del rezo de S. Ignacio de Loyola... *Ut constans fuerit omnium sensus, etiam Pontificio confirmatus oraculo, Deum sicut alios aliis temporibus sanctos viros, ita Luthero, ejusdemque temporis hæreticis, Ignatium, et institutam ab eo Societatem objecisse.* Los pretendidos reformadores, pues, debieron considerarles en cierto modo como á sus enemigos personales: ellos odiaban en general á la Iglesia, y particularmente á las órdenes religiosas; pero este odio comun, en el cual estaban comprendidos tambien los Jesuitas, dejaba curso libre á los motivos particulares que tenian de odiar mas á estos últimos que á todos los demás religiosos, con los cuales de tiempo en tiempo parecia hacian tregua, ó á lo menos no les perseguian siempre con el mismo encarnizamiento; pero con los Jesuitas jamás estaban suspendidas las hostilidades; les atacaban de continuo y siempre con encarnizamiento, al efecto de poder exterminarles para poder acabar despues con la Religion. Este plan infernal fué seguido despues por los jansenistas, filósofos de la impiedad, y por todos los enemigos de la Compañía de Jesus, fundada por el glorioso S. Ignacio de Loyola para propagar la mayor gloria de Dios, y para proporcionar un nuevo subsidio á la Iglesia militante, segun se lee en la oracion del rezo de dicho Santo. Quisiéramos que nuestro impugnado autor leyera con detencion estas observaciones.

1. Dado y no concedido lo que supone nuestro desgraciado autor, se seguiria de aqui, que todos los gobiernos que disponen sea cantado el *Te Deum* en accion de gracias al Todopoderoso cuando sus ejércitos alcanzan alguna victoria, encargarian á los ministros de un Dios de paz á que dirigieran sus oraciones al Señor en accion de gracias por haberse vertido la sangre de tantos inocentes, como son sus contrarios. ¡Lo que puede el corazon cuando una odiosa pasion le ciega!

Vamos ahora á relatar, aunque someramente, la INOCENCIA, por supuesto imaginaria, de los clientes de nuestro impugnado autor. «No puede formarse una idea (*Rec. de chos. memorab. l. 2, p. 135*) sin

tiremos ! Por al contrario, demandaremos pruebas, exigiremos responsabilidad de los autores en que se hayan bebido tan envenenadas doctrinas, tacharemos el único que se nos cita, Anquetil; y concluiremos por sentar una proposicion al lado

»horrorizarse, de las atrocidades y sacrilegios cometidos por estos
 »sectarios en el Languedoc, en el Delfinado, Auvernia, Proven-
 »za, etc., etc. Asesinaban, incendiaban, robaban, inventaban su-
 »plicios para hacer sufrir cien veces antes de dar la muerte. Vióse á
 »esposos asesinados entre los brazos de sus esposas é hijas; redu-
 »cidas estas al último soplo de vida por brutalidades mas crueles y
 »mas odiosas que la misma muerte; á madres y á sus hijos aplastados
 »contra las paredes ó bajo las plantas de los caballos.» — «Los Pre-
 »lados particularmente (*Essai hist. sur l'influence de la religion en*
 »*France, pendant le xviii siècle*, t. 1, p. 27) eran objeto del odio de
 »los sectarios, viéndose obligados á huir ó á ocultarse, dejando á sus
 »ovejas sin guia y espuestas á los medios de seduccion de una religion
 »cómoda.» — «Mas de ciento cincuenta catedrales y abadías dice la *Ga-*
 »*llia Cristiana*, fueron destruidas por los protestantes, y en este número
 »no van comprendidas las iglesias parroquiales y conventos destrui-
 »dos en Castres, Montpellier, Nimes, etc. etc. En este número no van
 »comprendidas tampoco las trescientas iglesias destruidas en Beauce y
 »las que tuvieron igual desgracia en la diócesis de Beauvais y en otros
 »obispados, como ni tampoco las quinientas iglesias destruidas en las
 »diócesis de Uzés, Viviers, etc. etc.» — «Los escesos cometidos por
 »los calvinistas, dice Mr. le Bas en su *Historia de Francia*, causan
 »horror. Destruian las imágenes, arrastraban por el lodo ó quemaban
 »en las plazas públicas las reliquias, los copones y las santas formas.
 »Asesinaban á los católicos, les hacian morir en medio de los mas crue-
 »les tormentos; deshonraban á sus esposas é hijas, etc. etc.» — «Los
 »sectarios, dice Henrion, *Historia general de la Iglesia*, no se limita-
 »ban á incendiar las iglesias, destruir los monasterios, asesinar á los
 »sacerdotes, á los religiosos y hasta las religiosas, á las cuales, des-
 »pues de haber cometido con ellas mil obscenidades, no las libraban
 »de una horrorosa muerte; sino que uno de sus jefes cometió la bar-
 »barie de mutilar inhumanamente á los sacerdotes asesinados por él,
 »haciéndose de sus orejas un collar que llevaba como un trofeo.» —
 »Viéronse asesinados, dice de Thou, tomo 10, y David, 1, 3, á magis-
 »trados y prelados venerables, á mujeres y niños, victimas de un po-
 »pulacho desenfrenado; no satisfecha aun su venganza despues de
 »muertos, arrastraban por las calles sus entrañas aun palpitantes,
 »mordiéndolas como á perros rabiosos, etc. etc.» Véase además sobre
 el particular al baron Henrion, *Historia de Francia*; Sismondi, *His-*
toria de los franceses; *Historia de Francia*, por A. M. D. G.; *Compen-*
dio de la Historia de Francia, por Daniel; Saint-Victor, *Tableau de*

de otra, es á saber, Roma, en representacion del catolicismo, nunca ha reido ni escarnecido la muerte de sus mayores enemigos; ha llorado, sí, sus estravíos, ha parado, sí, sus golpes, pero alza noble la frente, porque no ha manchado las páginas doradas de su historia con las impiedades y terrores de otros pueblos. Esto es lo que decimos al por tantos títulos desgraciado autor del *Retrato al daguerreotipo*, y esto queremos que nos valga y se nos aprecie en la defensa que por lo que á los sucesos de la *Liga* pertenece, vamos á hacer de la Compañía de Jesus, es decir, de los *granaderos* del catolicismo, de los *genizaros* de la Santa Sede, como llamaban á los hijos del ínclito Ignacio los filósofos de la impiedad.

Alvaro Levi, autor que nada tiene de jesuita y un poco de despreocupado, en el mal sentido que últimamente se ha atribuido á esta palabra, hace sobre la célebre Santa Liga¹, como se titulaba, las siguientes reflexiones. «La idea, dice, de la liga concebida por el talento de los Guisas, fué propuesta al concilio de Trento por el cardenal de Lorena, y Enrique III creyó hacer un grande acto de política declarándose su jefe por sugestion de su madre Catalina de Médicis; pero no hizo mas que descubrir su debilidad y manifestar que no podia gobernarla. Bajo el punto de vista político nada produjo la Liga; pero bajo el aspecto religioso, la Liga á pesar de algunos escesos, salvó en Francia el catolicismo, defendiendo principios é ideas anti-guas que las nuevas querian destronar. He aquí como en el

Paris, etc. etc. etc. Quede pues consignado que el autor de nuestra impugnacion, llama VÍCTIMAS INOCENTES á estos canibales, á estos buitres, oprobio de la humanidad. Aquí si que repetiremos y con nosotros todos los que de católicos se precien. ¡Honorifico es por cierto para los Jesuitas tener un adversario como el autor desgraciado de nuestra impugnacion y todos sus secuaces!

1. Debe considerarse la *Liga* como uno de aquellos golpes extraordinarios de la Providencia, que sabe sacar los mas grandes bienes de los mayores males, y hacer servir las mismas pasiones de los hombres para el cumplimiento de sus designios. (Baron Henrion, *Historia de Francia*.)

fondo, esta asociacion pudo ser y fué un elemento de vida católico.»

¿Qué es la *Liga*? se nos preguntará ahora. Otro autor francés contestará, y en breves palabras daremos á comprender su origen. «En medio de la crisis que el protestantismo evocaba en la segunda mitad del siglo XVI, pocos reyes tuvieron la audacia de aceptar el papel que un calvinista acababa de trazarles, temblando al verse cara á cara con la situacion. Como todos los esfuerzos de su genio no fueron bastantes á conjurar semejante crisis, tentaron dar un atrevido paso en sentido católico, pero tampoco supieron asociarse á las inspiraciones de las masas. Semejante estado de destruccion á que se condenaba la monarquía, podia traer funestas consecuencias á la Iglesia y á la fidelidad de los pueblos, á quienes su fe mas viva que ilustrada, hacia repugnante la sumision á unos predicadores como los mal llamados reformistas, que predicaban la libertad á mano armada y el ultraje de continuo en los labios. Estos pueblos pues, y el pueblo francés sobre todo, inquietábanse por esta postracion moral que dejaba los imperios espuestos á conmociones que se renovaban todos los dias. Desde el momento en que se convencieron de que ni el corazon ni la cabeza de los soberanos reunian la energía, acordáronselas á si mismos. Ya la voz de Dios no resonaba en el oido de los reyes, el pueblo creyó oirla, quiso interpretarla, y hete aquí que formó la *Liga*.» Mr. Receveur, *Historia de la Iglesia*, dice sobre la *Liga* lo siguiente: «El objeto de la *Liga*, como se ve por un documento firmado en Perrone el 15 de febrero de 1577, era mantener la religion católica, defender la autoridad real y las prerogativas de la corona contra los atentados de los herejes.» Lo mismo sustancialmente dice Henrion, *Historia general de la Iglesia*. D. Evaristo San Miguel, *Vida de Felipe II*, rey de España, se espresa del modo siguiente: «La asociacion ó *Liga* habia cundido desde Paris, que era su gran centro, á todas las provincias en que el catolicismo dominaba. Todos los hombres celosos para la conservacion y lustre del antiguo cul-

to (el católico) corrieron á alistarse en sus banderas. Se armaban las ciudades principales en defensa de la fe católica etc.»

—Mr. Ph. le Bas, en su *Historia de Francia*, dice sobre la *Liga* lo siguiente: «Los gentiles-hombres, los prelados y los ciudadanos se unieron para sostener las leyes y la religion de la monarquía contra el calvinismo.» — «¿Qué es la *Liga*? Confederacion poderosa; pero conforme á los principios de la sociedad toda católica en aquella época, y sin la cual el calvinismo se hubiera entronizado en Francia.» (*Rec. de chos. memorab.* l. 2, p. 133.) Aquí tiene explicado nuestro impugnado autor lo que fué la *Liga*.

Ha querido suponer el autor del anti-verídico *Retrato al daguerreotipo* que los Jesuitas fueron el alma de la *Santa Union*, á la cual pretende se abandonaron para cometer toda clase de excesos; pero lo que no ha observado el citado autor es como se contradice á sí mismo sobre este particular, pues en una parte de su obra llama á los hijos del ínclito Loyola autores y en otra trompetas de la *Liga*. Ni una cosa ni otra, y á conocer mejor la historia nuestro impugnado autor, no diría semejantes dislates ni tergiversaria los hechos como al presente lo hace. En prueba de ello, que afirma haber Enrique III convocado los estados en Blois en el año 1579 para disipar la conspiracion de la *Liga*, siendo así que por aquel entonces supone seguidamente el mismo autor fué invitado para ponerse al frente de esta asociacion de los católicos contra los hugonotes. Pero ¿como habia de ser general de la *Liga* el hombre que acababa de firmar la paz de Nerac con los mal llamados reformistas y escandalizaba la Francia con el cuadro de sus vicios y embrutecimiento? ¿Qué guerras son pues las que sostuvo Enrique? ¿De qué partido era el jefe? Esto es lo que ignora el autor del censurado *Retrato al daguerreotipo*, y esto es lo que le enseñaremos en breves palabras para que otra vez no incurra en error.

La paz de Nerac habia descontentado á los católicos tanto como envalentonado á los hugonotes. Temian aquellos que el

calvinismo acabaria por ser la religion dominante en Francia ; temian mas, y para ello les daba pié la muerte de Francisco, duque de Alençon , único hermano del rey, sobrevenida en Chateau-Thierry , año 1584. Por esta muerte, el rey de Navarra, jefe de los hugonotes ó herejes , quedaba de heredero presunto de la corona , y á su gobierno no podian avenirse los católicos. A consecuencia de esto , la nacion francesa se dividió en tres bandos , guerra conocida en la historia por *la de los tres Enriques*. Uno de estos bandos era el de la liga católica comandada por Enrique , duque de Guisa ; el otro era el de la liga de los hugonotes , cuyo jefe era Enrique , rey de Navarra , y luego de Francia bajo el nombre de Enrique IV ; y por último el de Enrique III , á cuyo partido se designaba con el título de el de los *políticos* ó *realistas*. En 1585 , es cierto se reconoció á sí propio culpable por las deferencias y concesiones que habia hecho á los hugonotes, y se alistó en la *Liga*, haciendo causa común con el de Guisa contra el de Navarra ; pero nunca se tituló ni fué jefe de la *Santa Union*.

Ahora por lo que hace al comportamiento de los individuos de la Compañía de Jesus , dividiremos en dos partes nuestra defensa. Será la una probar que los superiores, no tan solo no toleraron sino que prohibieron á sus gobernados inmiscuirse en tal cuestion ; y la otra alejar de los jesuitas que cita nuestro impugnado autor la última sospecha de criminalidad en el asunto. Estos jesuitas son principalmente Edmundo Auger , Claudio Matthieu y Enrique Sammier.

Edmundo Auger habia nacido en Allemans , aldea de la diócesis de Troyes, y en vida de S. Ignacio habia vestido en Roma el hábito de jesuita. Distinguióse como profesor de humanidades en Italia, y en Francia por su celo en la conversion de herejes. El hugonote y bárbaro de Adrets , habiéndole hecho prisionero en Valencia , le condenó á ser ahorcado como católico ; y ya subia Auger la escalera fatal , cuando uno de los ministros de justicia, enternecido por su elocuencia, solicitó y obtuvo su perdon , prometiéndose atraerle á sus

creencias. ¡Loca esperanza! Auger se mostraba cada dia mas celoso de su religion y proseguia infatigable y victorioso en la conversion de herejes. Este celo y su ardiente caridad le hicieron ser la admiracion de la Auvernia y de Lyon, donde prestó grandes servicios en tiempo de su horrorosa peste, mereciendo por su fervor que esta importante capital abrazara con nuevo empeño la católica religion, de la cual por algun tiempo se alejara. Enrique III le nombró su predicador y confesor, destinos entonces peligrosos y desagradables, gracias á ser el real penitente un personaje que por sus vicios mal encubiertos, so capa de la hipocresía, se habia hecho aborrecible á la mayor parte de la nacion. Edmundo Auger es el primer jesuita confesor de los reyes de Francia. Una de las máximas que muy á menudo repetia, era que en disputas religiosas, la calma y la moderacion producian tan buen efecto sobre los contrarios como pudieran hacer los mejores argumentos. El historiador Pedro Mathieu (gran partidario é historiador del hugonote Enrique IV) le llamó el Crisóstomo francés, el mas elocuente y docto predicador de su siglo, y tal que si la religion erigiera estatuas á sus oradores, á la de este debian ponerle lengua de oro, como á la de Berosio: predicando apasionado el servicio de Enrique III, suportando paciente los movimientos de la *Liga*, despues de la ejecucion de Blois (matanza de los Guisas) iba en Lyon de casa en casa fortificando los corazones en la obediencia debida al príncipe, que por aquel atentado empezaba á decaer. En prueba de que este jesuita nunca tomó parte activa en los movimientos de la *Liga* y mucho menos fué uno de sus principales instrumentos, que consta de positivo haber sido uno de los que con mas ardor trabajaron en los estatutos é instalacion de la órden del Espiritu Santo, creada en 1578, unida posteriormente á la órden de San Miguel, é inaugurada con mucha pompa en la iglesia de los Agustinos, cuya regla profesa. Enrique III se declaró su jefe soberano y unió para siempre á la corona el maestrazgo de esta órden. El objeto que así el rey como Auger se llevaron en la fundacion de esta ór-

den, era llamar al trono y ligarles á él por solemne juramento que el jesuita habia redactado, á todos los nobles de Francia, que con ardor, para la corona temible, ingresaban todos los dias en la *Santa Union*. El cálculo no estaba mal concebido, pero ya el impulso era dado, y ni distinciones ni honores hicieron mella en la nobleza francesa. Cuando mas tarde el rey Enrique vió bambolear el edificio de su soberanía, y como naufrago que se ampara de una salvadora tabla pasó á engrosar las filas de los *unidos*, declaró vencido por la corriente de la opinion pública que la religion católica seria la del Estado; pero en cambio de tantas concesiones pidió le dejarán al lado, como consuelo y salvaguardia, al P. Edmundo, para quien solicitó el birrete de cardenal. Los *unidos*, sin embargo, no se avinieron muy bien con la privanza de Auger, que por su conducta se les habia hecho sospechoso, ya que el virtuoso padre deploraba los bandos que dividian la nacion, escribiendo cada cual en sus banderas el lema religioso que hacia sombra á sus planes. No hemos de juzgar los buenos ó malos efectos de la *Liga*; basta digamos que sin criticarla ni ensalzarla, Edmundo Auger no perteneció á ella. Y la mejor prueba de que no era tal fanático ni partidario acérrimo de la *union Guisa*, que muerto su real penitente Enrique III, gozó de la amistad íntima y confianza estrecha de su sucesor Enrique IV, principal jefe de los hugonotes, como antes hemos ya dicho, y convertido á la religion católica. Mereció este padre los elogios de los primeros escritores de su siglo, entre ellos Flosimond, Remond, Chopin, Ronsard, Aurat, y hasta del mismo Estéban Pasquier, que en varias de sus cartas rinde tributo de elogios á la elocuencia del jesuita que nos ocupa. Murió Edmundo Auger en Como, al año 1591 y sesenta y uno de su edad, dejando en varias obras dignos monumentos de su ciencia.

Este es el hombre á quien el autor del anti-verídico *Retrato al daguerreotipo* creyó tan metido en *Ligas*, que refiriéndose á él escribe estas palabras, que solo puede proferir quien no conozca una letra de la vida de Auger: «Retirado de la cor-

»te este jesuita, dice, el crédito de sus hermanos disminuyó en ella estraordinariamente; y por consiguiente, la Santa Union pareció muerta por algun tiempo.» Una línea antes, el mismo autor dice que Edmundo Auger tuvo que dejar la corte por desavenencias con sus hermanos en religion, porque *la Sociedad no pudo sufrir que en los sermones dejase de expresarse en favor de las conmociones que anhelaba la Compañía, con todo el calor y arrebato que los individuos de esta hubieran deseado.* ¿En qué quedamos? ¿Corrian ó no en buena armonía Auger y los Jesuitas? Si corrian, la segunda suposicion de la ausencia de Auger es falsa; si no corrian, falsa deberá ser la desgracia de los Jesuitas originada de la desgracia de Auger. Una de dos elija nuestro hombre el autor del daguerreo-típico Retrato, y sea cual fuere de las dos que elija, nosotros le decimos que anda errado.

Claudio Matthieu es un modelo de obediencia: cegado momentaneamente por el espíritu de la Liga¹ y uniendo su catolicismo á esta aspiracion católica, pudo merecer que Enrique III le llamára *el correo de la Union*. Correo, en efecto, pudo haber sido, pero era correo de París á Roma, para explorar la voluntad del Pontífice respecto á la Liga. ¿Qué crimen habia en ello? Gregorio XIII no se habia mostrado amigo ni enemigo de los *unidos*. El historiador Schœell en su *Curso de historia de los Estados europeos*, tomo 17, pág. 83, dice, que *el papa Gregorio, aunque favorable á la Liga, no la aprobó nunca en documento alguno oficial*. Nada de particular tiene por lo tanto que un jesuita se apersona con el Pontífice para probar á decidirle en favor de una causa como la que se agitaba en Francia, en la cual han visto cuantos han estudia-

1. La cuestion del dia, la única, la que tenia á todos ocupados era el peligro de ver sentado en el trono de Francia á un principe hereje. Tanto los predicadores en los sermones, como los profesores en sus escuelas no se ocupaban mas que de esta cuestion; ni habia hombre alguno por ignorante y grosero que fuese que no se apasionase por estos debates. (Baron Henrion, *Historia de Francia*.)

do los hechos un movimiento defensivo del catolicismo contra un movimiento agresivo del calvinismo. El Pontífice, sin embargo, resistió á las instancias del jesuita, porque comprendió muy bien que aunque su corazón le hiciera partidario de la *Liga*, su oficial declaración era la sancion de una rebeldía, á consecuencia de la cual, lejos de sufocar el incendio iba á acrecentar la llama. Hete aquí todos los cargos que al P. Claudio pueden dirigirse: esta es su falta; sepamos la espiación y en ella no sabremos qué admirar mas, si la pasiva obediencia de Matthieu, la prudencia consumada del general de la orden Claudio Aquaviva, ó la inflexibilidad de los estatutos de la Compañía respecto á los PP. que se entrometen en negocios temporales y mucho menos políticos. En este punto hemos de probar cuánta fué la prevision del ínclito Loyola y la firmeza de sus sucesores.

Ya una vez el general Aquaviva se habia dirigido al provincial Matthieu, y en sus cartas decia entre otras cosas lo siguiente: «Por lo que hace á los otros puntos, decid al rey »con cuanto rigor nuestras instituciones prohiben inmiscuirse »en la administracion de los negocios temporales. Si alguno »de los nuestros falta á la regla en este punto, nómbrele el »rey, que no quedará impune.»—Elevado al solio pontificio Sixto V, el mismo general se quejaba al Pontífice de la conducta de Matthieu en los siguientes términos: «Santísimo Padre: es necesario á la gloria de Dios y á la salud de las almas, que la Sociedad se abstenga de todo asunto civil, y no »solo es preciso que se la liberte de tales actos, sino que se la »aleje hasta la última sombra de ello. Por esto os rogamos con »grande instancia no permitais que jesuita alguno se mezcle »en combinaciones estrañas y peligrosas al Instituto; espedid »una orden confirmativa de estas palabras á Claudio Matthieu, »y permitidme enviarle á un pais donde no pueda sospecharse »de él.» Despréndese de este importante documento, que el general Aquaviva, cabeza visible de la Compañía, y como tal representante del espíritu que animaba á sus individuos, re-

prueba la conducta del provincial y hace presente al Soberano Pontífice, que á ningún padre le es permitido mezclarse en asuntos temporales, reclamando que una orden de la Santa Sede llame al cumplimiento de su deber á aquellos que de su deber se apartáran. Sixto V, empero, esta figura colosal que se destaca en la historia de la Iglesia como Carlos V en la historia de la guerra, abrigaba una energía indomable contra todo aquello que pudiera redundar en perjuicio de la verdadera Religión. Católico celoso, creía que la herejía era, como en efecto lo es, la enemiga nata del catolicismo: era preciso abatir á la herejía por todos los medios que estaban al alcance humano, y donde quiera que un obstáculo se oponía en el camino, remover, destruir el obstáculo.

Claudio Matthieu era á sus ojos un hombre que combatía denodado por la causa católica, y Sixto V se negó á la rigurosa medida solicitada por el general de la Compañía de Jesús. No desistió este de su empeño: no ignoraba que de la exacta observancia de las prudentísimas prevenciones del gran Loyola dependía la suerte de la orden. Así fué que aprovechando la primera favorable circunstancia, escribió prohibiendo á los jesuitas de Francia que por acto alguno contribuyeran al progreso de la coalición, y á Claudio Matthieu, de quien supo hallarse en Lorena, ordenó dejara de ocuparse en negocios temporales hasta tanto que una orden de su general le autorizara á ello. Obedeció Matthieu, como en los Jesuitas era cumplidísima ley, hasta que á fines del año 1585 los príncipes de la casa de Guisa, que tenían en el provincial absoluta confianza, le encargaron de pasar á Roma para entablar negociaciones con el nuevo Pontífice y el cardenal de Pellevé, arzobispo de Sens y embajador junto al romano Pontífice ¹. Matthieu,

1. Los asuntos de la *Liga* eran dirigidos por dos comisiones ó consejos, uno llamado *de los diez y seis*, el otro *de los cuarenta*, ó gran consejo. La historia nos ha conservado los nombres de los que los componían: en ellos figuran quince presidentes del parlamento, abogados, procuradores, etc.; pero no se encuentra el nombre de un solo jesuita. (*La vérité défendue et prouvée par les faits.*)

instigado por un plausible ardor , pero cuyo esceso le arrastraba á la imprudencia , se puso en camino , mas al llegar á Loreto el dia 27 de febrero de 1586, recibió del general de su órden la carta que vamos á transcribir para público testimonio de la inocencia de la Compañía en la cuestion de la *Liga* , y á mas para gloria de Claudio Aquaviva , cuya memoria tan mal han honrado los anti-católicos anti-jesuitas. Decia así la carta, fecha á los 22 de febrero , y copiada fielmente de una traduccion del original :

«Ayer el cardenal de Sens vino á encontrarme para que
»permitiera á Vuestra Reverencia volver por algun tiempo á
»Francia, á fin de evacuar ciertos asuntos. Yo me esforcé en
»probarle con muchas razones que en modo alguno podia con-
»sentir, ya porque esta clase de asuntos son estraños á nues-
»tro Instituto , ya para no ofender no solo á aquellos á quienes
»estos asuntos incumben , sí que tambien á los que no incum-
»ben , ya en fin por la promesa que tenemos hecha. El carde-
»nal pareció resentirse de esta contestacion , y me ha dicho
»que los príncipes de Francia la recibirian con desagrado y
»que por ella podríamos perder su proteccion. Con mucho
»sentimiento he debido creerlo , conociendo , como conozco ,
»cuanta es su prudencia y amor por la Compañía ; por esto
»me ha parecido oportuno que Vuestra Reverencia le escriba,
»á fin que de hoy mas se encuentre libre de semejantes moti-
»vos de inquietud , esponiéndole cuán funesto podria ser á la
»Compañía y al servicio de Dios, si es que la Compañía en al-
»gun modo puede serle útil en ese reino, que Vuestra Reve-
»rencia volviera allí en una época en que todo se ha hecho
»sospechoso ; y á mas que vuestra presencia traeria bien po-
»cas utilidades , ó tal vez no traeria ninguna , puesto que la
»cuestion se decide por las armas y la guerra, para lo cual no
»piden ni los consejos ni el brazo de Vuestra Reverencia ; tan-
»to mas en cuanto no les faltarán otras personas de confianza,
»tales , por ejemplo , como el agente que aquí en Roma tie-
»nen. Finalmente , rogadle no quiera alejaros de vuestro reti-

»ro y hacer á la Compañía odiosa, no solo en Francia, si que
 »tambien á los ojos de otros príncipes, que alarmados por esta
 »conducta, temerian por si mismos. En este sentido es como
 »deseo escribais al cardenal, esforzándoos todo lo posible en
 »convencerle por estas razones. Nos ha sido en efecto muy
 »sensible disgustar á un prelado de tal mérito y que siempre
 »se ha mostrado adicto á la Compañía, en una cuestion á que
 »conozco le impele su celo y deseo de la gloria de Dios. Nada
 »debe hacernos perder de vista la conservacion de nuestro
 »Instituto, porque el Señor nos demandará cuenta, y no nos
 »la demandará de aquello que no nos haya confiado. Yo me
 »prometo de la prudencia y destreza de Vuestra Reverencia,
 »qué convencerá al cardenal y á los suyos de la utilidad de
 »esta conducta. Por lo demás, cuide en gran modo Vuestra
 »Reverencia su salud, y si cree que alguna cosa la perjudica,
 »aviselo simplemente á los superiores del sitio en que se en-
 »cuentra, ó escribanos directamente si es preciso, y tenga
 »muy presente el rogar por nosotros en ese santuario. Roma
 »22 de febrero de 1586.—Claudio.

»P. D.—Debo advertir á Vuestra Reverencia que el cardenal
 »ha hablado de este asunto al Soberano Pontífice. Su Santi-
 »dad nada ha querido disponer, diciendo que enteramente
 »ponia en mis manos el negocio; de modo que á querer yo,
 »podriais partir. He querido informaros de esto, á fin de que
 »si algo os escribieran sobre la voluntad del Santo Padre, su-
 »pierais á qué debiais ateneros, y que no saldreis de Loreto
 »hasta tanto que os demos á conocer cual debe ser vuestra
 »conducta.»

El valor de esta carta nadie puede desconocerlo; el general de los Jesuitas en representacion de la órden condenaba la conducta de uno de sus miembros que se habia apartado del espíritu de la regla. El P. Matthieu tenia sobrado talento para no ver en esta carta de un modo positivo, á pesar de sus reticencias y del tono fraternal en que estaba escrita, una verdadera órden superior que le relegaba á Loreto. El

ex-provincial era el alma de los Guisas y decidido partidario de la *Liga*; pero antes que esto era jesuita y queria permanecer fiel al voto de obediencia que tenia prestado. Aquaviva le desterraba lejos del centro de los conciliabulos á que un dia imprudentemente perteneciera el francés; Matthieu no hizo una sola observacion, no replicó una sola vez; sometióse absolutamente, y partió para su destierro. Quince meses despues murió en él: era en el año 1587. La inaccion le habia muerto, pero en cambio no habia faltado á su deber.

La historia de Enrique Sammier se parece mucho á la de Claudio Matthieu. Nació en Marche, ducado de Luxemburgo, y por sus virtudes mereció ser confesor de la infortunada reina María Stuart. Fué celoso misionero en su patria, y como el provincial Claudio recorrió la Francia con objeto de la *Liga*, Sammier recorrió la Alemania, la Italia y la España. Habiendo incurrido por esto en el desagrado del general Aquaviva, este le desterró á Lieja, y murió en el año 1610, á los setenta de su edad.

¿Y ahora se atreverá alguno á decir que los Jesuitas son promovedores, instigadores ó trompetas de la *Liga*? Se nos argüirá que jesuitas eran Matthieu y Sammier; pero muchas veces hemos repetido que no por la falta de algunos debe acusarse á una corporacion entera: bueno estaria el mundo si por la falta de un miembro debia acusarse al cuerpo entero. Cuando se dice que los Jesuitas son promovedores de *ligas*, cualquiera entenderá que se trata de la Compañía en general, salvo aquellos pocos que en este punto desistieran de sus ideas.

1. Los temores muy fundados por la fe católica, fueron la causa única y esclusiva de la inmensa mayoria de los partidarios de la *Liga*. San Miguel, en su *Historia de la vida de Felipe II rey de España*, autor que no nos recusará el de nuestra impugnacion, dice sobre el particular lo siguiente: «Los liguistas temian en efecto por su fe católica al ver al legitimo pretendiente de la corona de Francia acérrimo calvinista, sostenido por la (sanguinaria) reina Isabel de Inglaterra, por los protestantes holandeses y alemanes y hasta por el sultan Amurates III.»

Pero al contrario sucede en nuestro caso : la Compañía rehusa entrar en la *Liga* ; ni el espíritu del Sumo Pontífice, ni las súplicas de los cardenales, ni la indisposicion con los poderosos príncipes franceses Guisa, Nemours, Montpensier, Mercœur, Aumale, etc., son bastantes á doblegar la inflexible voluntad del general Aquaviva, que léjos de favorecer á los *unidos*, castiga rigurosamente á aquellos que faltan al principio de Loyola, sobre que los Jesuitas para nada deben mezclarse en asuntos temporales. Acusar á la Compañía á propósito de la *Liga* porque dos ó cuatro ó seis padres formaron causa con los *unidos*, es tan absurdo, como absurdo seria llamar santos á todos los verdugos de los mártires cristianos, porque algunos de entre ellos pagaron con la vida su conversion á la fe de Cristo. Lo que el autor del censurado *Retrato al daguerreotipo* quiso hacer un borron para la Compañía, ha redundado en mayor gloria de los hijos del gran Loyola; aun los dos culpables, Matthieu y Sammier, vienen á probar la escelencia de las doctrinas jesuíticas, ofreciéndose en holocausto al riguroso voto de obediencia que es la base de todas sus acciones y la palanca de su fuerza ¹.

1. Creyendo el pueblo francés que peligraba la fe de sus padres y que la infernal doctrina de Calvino iba á dominar en Francia, opinó que la insurreccion era una virtud y la sumision un crimen. Al efecto, en la famosa procesion que se hizo en Paris para implorar los auxilios del cielo á favor de los de la *Liga*, asistieron á ella los nobles y los plebeyos, los eclesiásticos y religiosos, todas las condiciones en fin del reino, á escepcion de los Jesuitas; pero querer que en esta tempestad política y religiosa que agitaba todos los ánimos y conmovia todos los corazones, solo los Jesuitas permaneciesen meros espectadores, tranquilos y pasivos; querer que en esta diversidad de opiniones atrevidas y teorías peligrosas que cegaban la Francia, solo los Jesuitas tuviesen el privilegio de ver la luz y enseñar la verdad, es exigir un milagro en su favor; es pedir, con una virtud heroica, una infalibilidad en la doctrina y en la enseñanza que no está en la naturaleza del hombre. Necesariamente pues tuxieron que dejarse arrastrar algunos pocos como los demás por tan deshecha tempestad, que conmovió hasta en sus fundamentos el trono y el estado, ofuscando los verdaderos principios sobre los cuales se afianza el ór-

Y aquí pueden observar tambien los enemigos de las instituciones de S. Ignacio, los que vociferan contra este voto de obediencia, los que fingen aterrorizarse al escuchar las tres palabras mágicas *perinde ac cadaver*, cuán errados andan en sus conjeturas. A no mediar este solemnísimo voto, cuya sola reguladora es la prudencia del general; á no tener este en sus instituciones los medios de llamar y traer al verdadero camino los padres que de él se separen ¿cómo Claudio Aquaviva desde la celda de su convento de Roma, Claudio Aquaviva lejos del teatro de la guerra, sin poder terreno y no pudiendo contar en este punto ni aun con el apoyo del Pontífice, se hubiese atrevido y logrado atajar en su camino los propósitos de Matthieu y Sammier, secundados por los mas principales hombres de su siglo, así en Francia como en Roma mismo?

El autor del anti-verídico *Retrato al daguerreotipo* no quiere creer que Claudio Matthieu pasara tantas veces á la corte pontificia sin conocimiento de su general, y de aquí quiere deducir que las *intrigas* de este jesuita no eran obra de un hombre solo, sino *expresion de los sentimientos de toda la Compañía*. Esta deduccion es tan lógica, como si dijéramos que porque un hombre visita á otro se hace responsable de los crímenes que su amigo cometiere. Aquaviva desde el momento en que tuvo noticia de la mision de Matthieu se opuso á que se mezclara en ella, como hemos visto en la representacion que dirigió al Santo Padre, y á todos probó en documentos irrecusables que la Compañía de Jesus, y su general en nombre de ella, rehusaba toda participacion en mundanos negocios. Hizo mas Aquaviva, delató á la Francia y al mundo católico los nombres de los que en este punto habian faltado á sus votos, y supo castigarlos con todo el rigor que su administracion le permitia. Si

den social. Si se pretende infamar á los Jesuitas por haber tomado unos pocos parte en favor de la *Liga*, que era la enfermedad de aquel tiempo, otro tanto deberá hacerse con la nobleza, los plebeyos, la magistratura y demás órdenes del reino. (*Nouvelles considerations sur la Société des Jésuites*; Dallas, *Autorités comparées et accusations refutées*, etc., etc., etc.)

el autor del censurado *Retrato al daguerreotipo* cree que por la conducta del general puede justificar sus pretensiones contrarias á la Compañía, de todas veras confesamos que nuestra ignorancia no nos deja ver hasta donde alcanza su PRIVILEGIADO TALENTO.

Desde los colegios de los Jesuitas, dice el autor del anti-verídico *Retrato al daguerreotipo*, pag. 142, se distribuían los apóstoles en diversas provincias; unos para mantener las disensiones por medio de la predicacion, como los PP. Commolet y Bouillet¹; otros para alentar á los homicidios y asesinatos, como Varadé y el mismo padre Commolet². Rechazamos con toda la energía dable semejante calumnia, y creemos que el mejor modo de contestar á ella será dando cuenta de quienes eran estos padres, cosa que por lo visto no sabe nuestro impugnado autor. No crean por esto nuestros lectores que aquel esté falto de autoridad en que apoyar su dicho, nada de esto; Estéban Pasquier, á quien antes hemos quitado la máscara, es quien dice lo que nuestro autor copia. Pero lo que ignora sin duda éste, es la con-

1. Esta asercion calumniosa la desmiente el mismo historiador de Enrique IV, á quien no podrá tacharse de parcial. He aqui como se espresa: «Los predicadores de la Compañía se distinguían en sus sermones por mas modestos, mas graves y mas moderados que otros.» El mismo Enrique IV contestará á nuestro impugnado autor, en su respuesta al presidente de Harlay: «No puede, dice, reñiéndose á los pocos jesuitas partidarios de la Liga; no puede llamárseles facciosos por haber sido de la Liga, que fué la pasion dominante de aquel tiempo; creían obrar bien como muchos otros que se inmiscuyeron en los negocios de aquel tiempo; pero fueron engañados, y reconocieron todo lo contrario de lo que antes suponían de mis intenciones; quiero creer que fué con menor malicia que los demás, y estoy cierto que los mismos Jesuitas me serán tanto y mas afectos que lo fueron á la Liga.»

2. Esta asercion es del todo falsa. Entre los autores contemporáneos unos nada dicen sobre el particular, los otros lo niegan formalmente. El P. Fabre, continuador de la *Historia eclesiástica de Fleuri*, á quien no se sospechará de adicto á los Jesuitas, ni siquiera se digna hacer mencion de semejante fábula; Chandon, autor del *Diccionario histórico*, en la edicion de 1789, la desmiente. Admirable por cierto es el criterio y veracidad histórica de nuestro impugnado autor!!!

testacion que á tal cargo da un eminente historiador francés. Los jesuitas Pigenat, dice, Gontheri, Commolet, Guinard, Varade y Bouillet se juntaron á los predicadores de la *Liga*, y escitaron á los parisienses, que por cierto no lo necesitaban, á resistir hasta el último extremo las armas del protestante Enrique IV. En Tolosa, Burdeos, Lyon, Rouen, Bourges, en el Norte y en el Mediodía, tomaron parte en el movimiento popular, y aun á menudo lo regularizaron¹. Pero desde que fué entregada al verdugo la cabeza del presidente Brisson, Lascher y Tardis; desde que el cardenal de Gondi se vió forzado á abandonar su catedral de Nuestra Señora, porque al ejemplo de aquellos tres magistrados se oponia á aceptar el señorío de España; desde que el 20 de setiembre de 1591, los principales de los *unidos*, animados por un sentimiento anti-nacional, ofrecieron á Felipe II la corona de Francia y se pusieron á su discrecion por una acta firmada de un presidente, tres consejeros del parlamento y tres doctores de la universidad, ya es imposible descubrir en medio de estos desórdenes la mano, la palabra ó el consejo de jesuita alguno. Desháganse estas razones, y entonces vociférese cuanto se quiera; y sobre todo, no basta decir, los jesuitas hicieron esto ó aquello, es menester probarlo, y lo que desde Pasquier hasta Adolfo Boucher han hecho los enemigos de la Compañía, ha sido hablar mucho y probar poco. A esto contestaremos, obras son amores y no buenas razones.

Entre las muchas pruebas que pudiéramos aducir para justificar que los Jesuitas nunca fueron como corporacion el alma de la *Liga*, cuéntanse las *Memorias de la Liga*, tomo V, página 495, y el *Diario de Enrique IV*, á los 11 de marzo y 3 de junio de 1590, donde se ve claramente que á las varias procesiones que hicieron los *unidos*, á fin de escitar el entusiasmo popular contra los soldados de Enrique IV, que estaban

1. Hemos consignado cuan reducido fué el número de jesuitas que tomó parte en la *Liga*, y aun debemos suponer que estos pocos se dejaron llevar de su celo por los excesos, sacrilegios, etc., cometidos por los herejes. Véase la nota de la pág. 493.

sitiando á París, procesiones á las cuales concurrieron el cardenal Cayetano, el Parlamento, el tribunal de cuentas, el rector de la universidad, y mas de mil doscientos religiosos, carmelitas, capuchinos, mínimos, etc., nunca concurrieron los Jesuitas. Este proceder, contrario al espíritu que reinaba en la capital de Francia, escitó vivamente la atención de los de la *Liga*, y confirma plenamente la opinion de que los Jesuitas como orden religiosa para nada se mezclaron en este asunto. Las obras citadas no han de ser sospechosas á ninguno, como no lo sean á los PP. de la Compañía.

Y sobre todo, el cardenal de Ossat, plenipotenciario de Francia en Roma, ha constatado en una de sus cartas á Villeroy, ministro de estado de Enrique IV, cuanto este soberano debia á los buenos oficios del cardenal Toledo, miembro de la Compañía de Jesus, que trabajó cuanto le fué dable para destruir la *Liga*. ¿Y por qué el cardenal Toledo prohibió á Enrique IV contra la *Liga* católica? Por lo mismo que el P. Commolet, el tan calumniado jesuita, predicaba en París el 3 de diciembre de 1593: «Decis que el rey de Navarra es un príncipe magnánimo, guerrero, victorioso, benigno y clemente; lo creo,» «creo mas que vosotros me direis; pero por lo que á la religion» «loca, no me habéis de él. Aseguradnos siquiera que conservará nuestra religion y que no hará mal alguno á los pobres» «católicos; y entonces venid á mí, yo os probaré que no soy» «partidario de España.» Este deseo se cumplió: el cardenal Toledo fué el que mas trabajó en la conversion del protestante rey de Navarra, y desde el momento en que el P. Commolet tuvo noticia de cuan sincera era la real transformacion, emprendió el viaje á Roma; y segun refiere el cardenal de Ossat, embajador por Enrique IV, y Dupleix, cronista de este rey, es decir, dos escritores de los menos adictos á la Compañía; el jesuita que segun el autor del ridículo *Retrato al daguerreotipo* predicaba trastornos y asesinatos á los furibundos *unidos*, empleó todos los recursos de su persuasiva junto al Soberano Pontífice, para que este absolviera al arrepentido monarca.

El celo que en esta ocasion desplegó el P. Commolet solo es comparable al que antes habia demostrado para alejar á la herejía del trono de Francia. Tan satisfecho quedó de su conducta el rey Enrique IV, el monarca contra quien se habia formado la *Liga*, que escogió á este jesuita para catequista de su hermana, la duquesa de Bar. El cardenal Tolet no trabajó menos, y merced á los esfuerzos de estos dos jesuitas, Clemente VIII admitió á Enrique IV á la comunión romana, quitando de este modo á *los unidos* todo pretexto de complot ó rebelión. He aquí la obra de los Jesuitas en la *Liga*.

Entre los miembros que con preferencia han merecido del anti-jesuitismo el honor de ser atacados con mayor acritud y denuedo, el P. Molina es uno de los primeros, y el autor del *Retrato al daguerreotipo* no podia rezagarse en este punto. En la pág. 144 es aquel jesuita objeto de un ataque particular á propósito de la obra *Concordia de la gracia y del libre albedrío*, contra la cual tantas plumas, la mayor parte infieles, se han desatado. Como la cuestión fué ruidosa, y la Europa entera se ocupó de este libro, que dió lugar á grandes combates científico-teológicos y causó una especie de revolucion escolástica, de la que se aprovecharon no poco los enemigos de la Compañía, hemos, ya no de decidir la cuestión, que á tan altos fines no estamos llamados, pero al menos saber entre quienes se agitó y el desenlace que la dió la Santa Sede.—Luis Molina, español, nacido en Cuenca, año 1535, y talentó privilegiado para la enseñanza, entró en los Jesuitas á la edad de 18 años, y á los 53 publicó el libro, objeto de tan acalorados defensa y ataque. No hemos de tocar al fondo de la cuestión, porque no es este lugar de entrar en discusiones teológicas; nos limitaremos á otro terreno. Queremos solo constatar, que la mayor parte de los opositores de Molina fueron los dominicos, y que esta cuestión fué debatida entre estos y los Jesuitas. Prueba de ello que en 7 de febrero de 1605 y en 23 de enero de 1606, el cardenal Du Perron en su correspondencia á Enrique IV, siempre que hablaba de esta cuestión,

llamaba al un bando simplemente jesuitas y al de la oposicion dominicos. Y esto que Du Perron era embajador por Enrique IV, el famoso navarro contra quien se armó la *Liga*. En prueba de que decimos bien, léanse las *Embajadas y negociaciones del cardenal Du Perron*, pag. 283 y 450.

Lo cierto es, que entablada la discusion, que inauguró Enriquez en su obra *De fine hominis*, tomaron cartas en ella los dominicos, y empeñada la lucha, creyó Clemente VIII que lo mejor era nombrar una congregacion que resolviera en justicia el asunto. Hay aquí que atender á que el libro de Molina habia sido publicado en Coimbra con las mas amplias aprobaciones del inquisidor general el cardenal Alberto de Austria, y aun del padre Bartolomé Ferreira de la misma órden de Sto. Domingo. A mayor abundamiento la universidad de Avila uniera su voto al del inquisidor, declarando exenta de todo error la obra del P. Molina. A pesar de todo, el fallo de la primera congregacion fué mas favorable á los dominicos que á los jesuitas, lo cual no es difícil de comprender, si se atiende á que entre el corto número de jueces que debian fallar, contábanse dos cardenales de la órden de Sto. Domingo. Convenciósese en efecto Clemente VIII de que no les era posible á los hijos del inclito Loyola aceptar la proferida sentencia, y aunque partidario de los *Tomistas* y dominado en este punto por la corte de España que habia tomado la defensa de los dominicos, como la de Francia la de los jesuitas, escribió el Pontífice á los generales de entrambas órdenes, escogitasen teólogos, que ante Su Santidad sostuvieran con buenos argumentos la verdad y escelencia de su respectiva causa. Estas controversias se llevaron á cabo; pero hacia ya que duraban cuatro años, cuando se interrumpieron por muerte de Clemente.

Ciñó entonces la triple corona Paulo V, quien cuando era simplemente el cardenal Borghese habia tomado parte activa en la discusion. El nuevo Pontífice conocia su fondo mas que ninguno y la habia estudiado como el primero: quiso por lo mismo terminarla, y el 26 de agosto de 1606, segun otros en

1607, espidió un decreto decidiendo que cada una de las dos escuelas era muy libre de profesar su sistema, prohibiendo á los partidarios del uno censurar los del otro, y mandando á los superiores de entrambas órdenes castigáran severamente á los contraventores de tal disposicion. Providencia fué esta sabia y del todo equitativa, pues si las dos escuelas convenian en todos los puntos decididos por la Iglesia y condenaban los errores que la Iglesia condenaba, la disparidad observada entre una y otra era mejor cuestion de lógica que de teología, pues yendo todos á un mismo fin, en los medios tan solo discrepaban, ó mejor, en la fórmula de estos medios, como observan muy bien Lemos, Lessius, Meyer, Livino y Serry. Habló el Papa, y callaron todos.

Esta es la gran cuestion del jesuita Molina, abultada y exagerada y desfigurada por los enemigos del catolicismo, que quisieran sacar pié de estas disputas para presentar á los verdaderos fieles como divididos en sus principios fundamentales, cuando Dios nunca ha faltado á su Iglesia y la unidad de sus hijos ha sido la principal causa de su fuerza, contra la cual en vano lucharán los enemigos de los Jesuitas, mas que forjen calumnias y falsifiquen documentos, como con la decision pontificia hicieron; á bien que no sea de este lugar referirlo, ni haga poco ni mucho en nuestra cuestion.

CAPITULO XXVI.

ENRIQUE III Y JACOBO CLEMENTE.—SOÑADOS REGICIDAS.

DECIA el duque de Choiseul que el marqués de Pombal tenía siempre un jesuita á caballo de sus narices. El autor del ridículo *Retrato al daguerreotipo* tiene otra gracia y es, que donde quiera haya un hombre malo ó acontezca un funesto hecho, de por fuerza ha de ser jesuita ú obra de la que con gracia suma llama *negra Compañía*. Esta es una monomanía como cualquier otra: á unos les da porque se les aparecen brujos, á otros almas, á otros, como á nuestro desgraciado autor, se les aparecen jesuitas. Pete ó no pete, venga mal ó venga bien, pueda ó no pueda probarse, ello es lo cierto que los dignos hijos del gran Loyola tienen, á su modo de ver, la culpa de cuantas calamidades han tenido lugar desde el siglo XVI al presente. Para ello dirá y probará, como dijo el otro, que lo blanco es negro y que dos y dos son veinte y cinco, pero siempre con sujecion á la idea de: *Guerra sin tregua al jesuitismo!* Este es el estandarte que dice enarbolar, y nosotros le decimos que otros brazos le han ya sustentado antes que él, brazos de atletas de la herejía ó la impiedad, Lutero, Voltaire, Michelet, el sin par Boucher y demás sectarios sus discípulos¹.

1. Entre miles de autores que podriamos citar en confirmacion de esta verdad, preferimos el sabio y critico autor de la *Historia de Su Santidad Pio IX*, por referirse á hechos que hemos presenciado todos. Dice lo siguiente: «El odio cobarde contra los Jesuitas es un medio que los revolucionarios han explotado por muchos años. No hay sacerdotes mas admirables, piadosos, inteligentes, caritativos ni em-

Insiguiendo pues la idea de que los Jesuitas son los autores de cuantas maldades se han cometido desde su institucion, le da en el capítulo IV de su inmunda obra, parte 2.^a, por achacar á los PP. el asesinato de Enrique III, cometido vil y traidoramente por Jacobo Clemente. Verdad es, que Jacobo Clemente no era jesuita, y que nuestro mismo censurado autor tiene la candidez de confesar que no existe prueba alguna de esta suposicion gratuita; pero decimos mal, no existe prueba: existe una, infalible, plenísima, incontrastable, tal es que á Adolfo Boucher, el cínico é impostor Boucher, le dió por decir lo mismo, y Adolfo Boucher es un oráculo, poco mas ó menos tan verídico y honrado como el de Delfos. De aqui deduce nuestro impugnado autor que los colegios de Jesuitas eran unos antros de fieras, que la Compañía era regicida por esencia ¹, que sus au-

prendedores que ellos; y por este motivo los enemigos de la Iglesia se han encarnizado contra ellos; han empleado sus mejores fuerzas en combatirlos; su derrota hubiera sido la señal de la dispersion de la armada entera (la Iglesia).

» Primero se han cansado sus verdugos que su paciencia en sufrir. Ellos han servido de pretexto á una multitud de revoluciones; se les ha infamado, se les ha despojado, se les ha martirizado, ora por odio, ora por envidia, cuando por preocupacion, cuando por cálculo; empero se les ha podido matar, diezmar, robar, JAMÁS VENCER.

» El momento les pareció oportuno á los conjurados (cuando la revolucion de Roma) para declarar la guerra á las órdenes religiosas. Comenzaron por los Jesuitas. Siempre y en todas partes se les hace el honor de perseguirles antes que á los demas. Ninguno mas que ellos paga con el martirio el bien que han hecho á la humanidad. Admirémosles sin compadecerlos; las persecuciones les engrandecen; si fuesen menos perseguidos quizás serian menos virtuosos. Los Jesuitas han sido indignamente CALUMNIADOS, y calumniados por su virtud. No hay infamia que no se haya dicho contra ellos. Se les ha llamado opresores, siendo así que habian vencido en las persecuciones y seria difícil contar sus heridas. Se les ha llamado conspiradores, siendo así que son predicadores evangélicos, que han regado todas las partes del mundo con sus sudores y sangre generosa, etc. etc.»

1. Para refutar las aserciones anti-verídicas de nuestro impugnado autor, copiaremos lo que el sabio fiscal del consejo de Castilla, Gutierrez de la Huerta, escribió en su razonado y lógico *Dictámen* de 21 de octubre de 1815. «*Nació en la Compañía la doctrina del tiranicidio*

tores panegirizaban en sus obras á los perpetradores de esos crímenes de lesa majestad, con otras mil lindezas y calumnias tan groseras como necias, de que hubo de burlarse el mismo

y regicidio? ¿La autorizó el Instituto, ó la dió ser el plan de estudios de Aquaviva? ¿Se enseñó por constitucion en sus escuelas? ¿La han sostenido todos sus escritores? ¿La practicaron en alguna parte los Jesuitas?» A la primera pregunta, dice el citado Sr. Gutierrez de la Huerta, que no, y añade: «que se conoció y enseñó tres siglos antes de la fundacion de la Compañía... cita en obsequio de la verdad, las obras magistrales del oráculo de la escuela tomística, el angélico doctor Sto. Tomás, cuya sublime é incomparable perspicacia no pudo librarse del contagio de la adopcion de los errores del siglo tenebroso en que vivía

» ¿La autorizó el Instituto, ó la dió el ser el plan de estudios de Aquaviva? Los testimonios que acerca de esto sufragán el Instituto y el método lo relevan de toda otra contestacion. El primero, conforme á la carta del santo fundador, inculca y repite á cada paso el precepto de que se obedezca á las potestades seculares como á Jesucristo: Encarga á los súbditos de la Compañía que rueguen incansablemente á Dios por los príncipes seculares; encomienda á los superiores que no den por su parte ni permitan que ninguno de sus súbditos dé la menor ocasion de disgusto á los reyes ni otra potestad alguna. Manda que los predicadores y misioneros de la Compañía inculquen constantemente el respeto y la veneracion que se debe á los obispos, no menos que la sumision y fidelidad que corresponde á los soberanos, etc. El general (Aquaviva) renovando estos mismos preceptos, encarga con el mayor rigor á los maestros y revisores de libros, que no permitan publicar, ni que se lean en las escuelas, libros ú obras que contengan doctrinas contrarias á los principios antedichos.—Esta es la autorizacion que el Instituto y el plan de estudios dieron á la doctrina régida.

» ¿Se ha enseñado por constitucion en las escuelas jesuíticas? El Instituto y el método de estudios tienen dada ya la respuesta. Pero hay mas. Apenas el tiempo y las circunstancias dieron á conocer la extravagancia y peligro de la doctrina del regicidio, que desde la mitad del siglo xvi habia empezado á generalizarse y á infestar no menos los cuerpos religiosos que los eclesiásticos y seculares, cuando los generales Aquaviva y Viteleschi ocurrieron con providencias eficaces á preservar á la Compañía del contagio del error y de sus efectos.

» ¿La han sostenido todos sus escritores? La interpretacion maligna que dieron los franceses á las doctrinas del P. Juan de Mariana en la obra que hizo imprimir y publicar en Toledo en el año de 1599, con el título de *Rege et Regis institutione*, provocó los clamores de la Com-

Voltaire en su tiempo, cuando este padre de la filosofía impía defendió á los Jesuitas contra los mentidos ataques de soñados regicidios. «Ya sabeis que no soy muy amigo de los Jesuitas,» decia el jefe de la impiedad, pero levantaria la posteridad en

»pañía en Francia, y dió márgen á que el general Aquaviva publicase
»un decreto en 6 de julio de 1610, en el cual manifiesta bien á las cla-
»ras el sentimiento que le causó la primera noticia por la prontitud con
»que tomó providencias, y que tomara aun mas fuertes, dijo, para ob-
»viar el mal en lo sucesivo; y mandó publicar y circular á toda la ór-
»den el decreto referido.

»Sin embargo de esto, y para evitar hasta la posibilidad, y que por
»descuido de los revisores provinciales, ó por otra causa se que-
»brantase el decreto referido en los impresos ú obras de los escritores
»de la Compañía, ordenó el mismo Aquaviva por otro decreto de 3 de
»enero de 1616, que no se publicase libro alguno en que directa ó in-
»directamente se tratara de estas materias sin preceder la remision
»del manuscrito original á Roma, y la censura y correspondiente li-
»cencia del mismo general para imprimirle y publicarle.

»Todavía hizo mas el general Viteleschi, quien prohibió de nue-
»vo bajo las mismas penas, por decreto espedido en 13 de agosto
»de 1626, que ningun individuo de la Compañía pudiese de palabra
»ni por escrito, con licencia ó sin ella del general de la misma, tratar
»de propósito ni aun incidentalmente del tiranicidio y regicidio.

»¿La han sostenido todas sus escritores? Muy distantes estamos de
»aprobar las equivocaciones que puede haber ó á que haya dado lugar
»el tratado de *Rege et Regis institutione* del P. Mariana... débese atri-
»buir á la calamitosa oscuridad de un siglo en que eran casi del todo
»desconocidos los principios del derecho público, y mucho mas las
»obras didácticas sobre este ramo de legislacion, en cuyo catálogo
»puede con bastantes títulos aspirar al primer lugar la de Hugo Gro-
»cio, de *Jure belli et pacis*, publicada por primera vez en 1625; siendo
»bien digno de notar que el tratado de Mariana corrió en España sin
»extrañeza ni prohibicion y ningun cargo se le hizo por las opiniones y
»doctrinas estampadas en el *Rege et Regis institutione*.... No llegó á
»tanto el aturdimiento de los acusadores de la Compañía que se atre-
»viesen á avanzar una proposicion tan temeraria, á saber: de haber
»sostenido los escritores de la Compañía tan absurda doctrina.

»¿Practicaron en alguna parte los Jesuitas la doctrina matadora y
»sacrilega del regicidio? La Historia responde no. Asi lo dice tambien
el protestante Dallas, en sus *Cartas de Clericus*; *Nouvelles considera-
tions philosophiques et critiques sur la Société des Jesuites*; Pombal,
Choiseul et Aranda, etc.; *Aneddoti del ministero di Sebastiano Giu-
seppe Carvalho*, etc.; *La vérité défendue et prouvée par les faits*; y mu-
chos otros autores que por no ser molestos omitimos citar.

»favor suyo, si les acusára de un crimen de que la Europa y »Damiens les han justificado. Si otra cosa dijera, me consti- »tuiría en vil eco de los jansenistas.» Pero lo que Voltaire no pudo averiguar lo ha averiguado el autor del inexacto *Retrato al daguerreotipo*, y en apoyo de su dicho presenta la razon de la sin razon, como se decia en tiempo de Cervantes. Vamos, empero, al atentado contra Enrique de Valois.

Tenemos en resúmen, y sin movernos de la descripcion hecha en la obra que venimos impugnando, que cuando mas encarnizada estaba la guerra en Francia y los de la *Liga* (esto no lo dice nuestro impugnado autor) ardian en deseos de vengar la cobarde muerte que en 23 y 24 de diciembre dieron los feroces satélites de Enrique III al duque de Guisa asesinado en el castillo de Blois, y al cardenal su hermano, Jacobo Clemente clavó en el pecho del último Valois hierro homicida. ¿Por qué, sin embargo, los Jesuitas son responsables de este hecho? Por nada, porque algunos de ellos, al decir de nuestro censurado autor, habian predicado en favor de la *Liga**, consecuencia tan

1. La animosidad que se notaba en todo el reino contra Enrique III, aumentó considerablemente despues de los asesinatos cometidos de su orden en la persona del duque de Guisa y de su hermano el cardenal de este nombre. «Era grande, dice Anquetil, *Historia universal*, el furor y rabia contra Enrique III en esta gran ciudad (Paris), y con la noticia de la muerte del duque de Guisa, declararon habia caido del trono su asesino, borrando su nombre de las oraciones públicas. Decíase públicamente seria una accion meritoria quitarle la vida.»

2. He aqui los nombres de los predicadores de la *Liga*, nombres, dice Mr. A. J. C. San Próspero, profesor de historia, en su *Historia de Francia*, que se encuentran á cada paso en las memorias contemporáneas. «Hamilton, cura de Saint-Come; Juan Boucher, cura de San Benito; Guillelmo Rose, obispo de Senlis; Cristóbal Aubri, cura de San Andres des Arcs; Fr. Bernardo de Mont-Gaillard; Francisco Pigenat, doctor de la Sorbona, cura de San Nicolás des Champs; Jaime Commolet, jesuita; el doctor Guillelmo Lucain; Cœuilli, cura de San German l'Auxerrois; Feuarent, franciscano; Juan Guarino, id.; Jaime Pellefier, cura de San Jaime de la Boucherie.» Entre tantos predicadores solo figura un jesuita: pero el autor de nuestra impugnacion, cuando de jesuitas se trata, así se burla de la verdad histórica, como de la fe religiosa, segun hemos probado en el decurso

lógica como si dijéramos que Cristóbal Colon es el culpable de que haya esclavitud en las Américas por la razón de que á él se debe el descubrimiento del Nuevo Mundo. ¿Qué relaciones mediaban entre el regicida y los PP. de la Compañía? Ninguna: el mismo autor del ridículo *Retrato al daguerreotipo* no ha podido señalar una sola.

Un autor jesuita, Feller, juzga del modo siguiente este atentado. «Inútil y fuera de tiempo sería detallar aquí las circunstancias de un hecho odioso, cuya memoria hará gemir igualmente á la religion y á la humanidad. La fatal division que desgarraba el reino, el odio recíproco de católicos y sectarios, han debido naturalmente ser causa de efectos mas ó menos funestos en distintos corazones, segun los diversos grados de entusiasmo que las pasiones, el espíritu de secta, ó un celo mal entendido por la religion, hicieron nacer; pero cuando estos peligrosos paroxismos han hecho plaza á la razón y á mas tranquilas épocas, prudente es, segun aconsejó el antiguo Statio, envolver todo el mal que han hecho en la noche del olvido. Las máximas de la filosofía moderna, en par-

te de nuestra obra. Aun mas, cuando puede calumniar á la Iglesia, por mas que se titule católico, título que le negamos y negaremos mientras no retracte los errores de que está plagada su abominable obra, no deja pasar por alto la ocasion. En prueba de ello (véase la pág. 493 y primeras líneas de la 494 de esta obra) refiriéndose á *Anquetil*, dice: «Haberse cantado un *Te-Deum* en Roma por los ministros de un Dios de paz en acción de gracias por haberse vertido la sangre de tantos inocentes.» La buena fe exigia copiarse á continuacion lo que se lee en la citada obra, *Historia de Francia* continuada por un tal *Tourette*, que suponemos será un católico á lo Boucher: «Brantome refiere, tomo 8, pág. 190, que el Sumo Pontifice derramó lágrimas por la suerte de tantos infortunados.» ¿En qué quedamos: se cantó ó no el *Te-Deum*? De que no hubo tal *Te-Deum* están en favor nuestro una infinidad de autores, entre ellos el mismo *Anquetil*, *Historia universal*, y lo que se lee en la *Historia de Francia*, del propio autor, debemos creer fué una *oficiosidad* de su continuador *Tourette*; si se cantó, segun opinion de nuestro impugnado autor, apoyado en la de *Tourette*, no venian al caso las lágrimas del Sumo Pontifice por la suerte de tantos infortunados. ¡Lo que puede el corazon cegado por una inmundada pasión!!!

»ticular las de Rainal en su *Revolucion de América*, justifican »esta clase de crímenes, pero el espíritu del cristianismo los »rechaza con horror.»—Esta es la opinion consignada por escrito de un jesuita, y de la cual queremos tomen acta nuestros lectores, para la colmada y completa defensa que haremos de la Compañía de Jesus, hasta que desaparezca la última sombra de la mancha regicida, la mas terrible sin duda que se quiere atribuir por unos pocos, católicos en el nombre, sobre los dignos hijos del gran Loyola. Pero ¿qué apoyos cita nuestro desgraciado autor en defensa del pretendido regicidio? Ninguno; en su relato no cita ni hace mencion una sola vez de los Jesuitas en general ni de jesuita alguno en particular; mas, *acostumbrados*, dice, *á buscar en el mismo arsenal de nuestros adversarios las armas con que les combatimos, vamos á apelar al testimonio de los mismos Jesuitas*. ¿Y qué testimonio es este? Ninguno tampoco, sino, repetimos, pretender probar que los Jesuitas apoyan la doctrina del regicidio¹. A este efecto cita

1. En la nota de la pág. 516 de esta obra, hemos consignado la doctrina de la Compañía y disposiciones de sus superiores relativas á esta acusación. Cumple pues á nuestro deber quitar la máscara á todos los revolucionarios, á estos *regicidas de oficio*, que cuando conviene á sus infernales planes, se presentan como los *defensores* de los tronos, cuando son sus mas encarnizados enemigos.

El primero de los autores que enseñó al principio del siglo xv la doctrina infame del regicidio, fué Juan Petit, doctor de la Universidad de Paris: esta abominable doctrina fué condenada por el concilio general de Constancia. Solo un jesuita, llamado Mariana, trató de reproducir esta opinion, de que era licito matar á un tirano, pero lo hizo muy diferentemente de como la habia sostenido Juan Petit, añadiendo modificaciones que la hacian menos odiosa. El doctor Petit avanzaba *que todo vasallo y todo súbdito* podia matar á un tirano; Mariana pretende, que en defecto de una asamblea general de la nacion, un particular podria matarle *si estaba autorizado por la voz pública y por el parecer de personas graves y sabias*. El libro de Mariana fué dedicado al rey de España, quien admitió la dedicatoria: pero el cuerpo de la Compañía permaneció sin tacha, y luego que el libro fué público, los Jesuitas lo avisaron á su general, quien mandó espresamente fuese corregido: todo lo cual es de ver, dice el P. Richeome, en el *Examen de l'Anti-Coton*: «Ningun ejemplar de la obra de Mariana hubiera corrido sin el debido correctivo, si los herejes, que pensaban

una lista de una porcion de padres escritores , que supone han hablado en defensa de este crimen , y nosotros nos tomaremos la libertad de decirle , que no solo no ha leído las obras de estos autores , sino que no sabe de qué tratan tan siquiera , por el juicio que otros eminentes varones forman de ellos. A decir verdad , nosotros no conocemos los escritos , regicidas ó no re-

»sacar partido de este libro , no lo hubiesen reimpresso al momento.»

Los protestantes en efecto deseaban sacar partido del libro de Mariana para infamar á los Jesuitas ; pero Hessio les respondió que no podian sin manifiesta calumnia atribuirles la doctrina que el libro contenia ; Gretzer añadió que esta opinion es particular á Mariana ; y Keller , que Mariana con razon la llama su opinion , pues no recuerda haberla leído en la obra de otro jesuita. La opinion pues de Mariana no es la doctrina ni la enseñanza de los Jesuitas ; por el contrario es condenada y reprobada por estos , con su general al frente como hemos probado.

Para esclarecer mas este punto , y dejar completamente confundido al autor del anti-verídico *Retrato al daguerreotipo*, diremos : que los teólogos y jurisconsultos distinguian en el siglo xvi dos clases de tiranos , uno de *usurpacion* y el otro de *administracion*. El primero es un bandido que atenta á la libertad de un Estado , esforzándose para invadir el trono del principe legitimo : el segundo tiene derecho á gobernar , pero ejerce el poder soberano de una manera tan vejatoria , que es tan temible á sus súbditos como un animal feroz. Los teólogos y jurisconsultos de aquel siglo opinaban , que era permitido á un particular matar al tirano de *usurpacion* , porque ningun derecho tiene á la corona , y además que esta es la voluntad presunta del principe y de la nacion de que se le quite la vida , si de otro modo no puede salvarse el Estado. En cuanto al tirano de *administracion* , que comete escesos intolerables , decian que la nacion en cuerpo podia deponerle en una asamblea general , y aun sentenciarle á muerte , en el caso en que continuase ejerciendo sus violencias á pesar de ser depuesto. Para probar que esta era la opinion comun en aquel tiempo , bastará consultar las *Réponses aux assertions*, t. 3, art. *Tiranicidio* ; ó el *Appel á la raison* , de Mr. de Caveyrac.

La mala fe de los impíos , enemigos de la Compañía de Jesus , procura ocultar que esta era la opinion comun en las universidades , en las órdenes religiosas y en el mismo cuerpo de la magistratura. Aun entre este reducidísimo número de autores jesuitas , hay algunos que hablan de la deposicion del tirano , sin hablar una palabra de la pena de muerte. Esta opinion tan comun como hemos visto , fué no obstante rechazada y combatida con tanta solidez como energia por el general de la Compañía P. Oliva , en su obra *In 1. Esd. c. 7.*

En fin , hay una opinion relativa á la justa defensa de su propia vida ,

gicidas, de todos los ochenta jesuitas acusados por nuestro impugnado autor; pero por lo que sabemos y hemos leído, desde luego le diremos que la tal lista es inexacta, falsa, pues incluye en ella nombres, que no tan solo no han hecho la apología del regicidio, sino que ni tan siquiera han tocado la cuestión. No nos probará lo contrario nuestro impugnado au-

sobre la cual los enemigos de los Jesuitas, que lo son tambien de la Religión, se han atrevido á formular una acusacion de regicidio contra los dignos hijos del gran Loyola. El P. M. Daniel Concina, de la esclarecida órden de Predicadores, y muchísimos otros teólogos y jurisconsultos han enseñado, era permitido conservar su vida á espensas de la del príncipe, cuando es injusto agresor, y cuando no se tienen otros medios de evitar la muerte (en el *Appel à la Raison* de Mr. de Caveyrac, se insertan testuales las autoridades de estos escritores). Pues bien, entre mas de quinientos autores de moral que ha producido la Compañía, y de los cuales muchos han tenido ocasion de tratar esta cuestión, solamente siete abrazaron esta opinion. Pero los impíos, á fuerza de reticencias, de mala fe y de calumnias, acaban por ser absurdos, pretendiendo calumniar una órden de 15 ó 20,000 religiosos, por la opinion de unos 45 á 20 que admitieron aquella opinion comun en su tiempo, pero con las salvedades que hemos espuesto.

Mas aun; la mayor parte admitieron aquella opinion, pero poniéndole tantos limites, que el caso en que permiten matar al príncipe injusto agresor, es verdaderamente *metafísico*. Esta limitacion es, que si de la muerte del príncipe se temiesen inconvenientes al Estado, la caridad y amor del bien público imponen la *obligacion de dejarse matar*. Por infame, pues, que sea un príncipe, siempre deberán temerse esta clase de inconvenientes, y por consiguiente habrá siempre la obligacion de dejarse matar. Por último, Mr. de Monclar, enemigo de los Jesuitas, confesó, nota 70, que esta doctrina no es *muy peligrosa en la práctica*. Esto no obstante, los Jesuitas protestaron contra esta doctrina, y los predicadores, los historiadores, los autores, los teólogos de la Compañía enseñaban, y sin reticencia alguna, la doctrina opuesta á estos sentimientos perniciosos y envejecidos. (Véase t. III, pág. 599, de *Réponses aux assertions*; como igualmente la 2.^a parte de *Appel à la Raison*, pág. 121 y siguientes, donde se continúan una infinidad de testimonios de autores jesuitas que proscriben la referida doctrina.) Así pues, para denigrar la célebre Compañía de Jesus, se ha procurado ensuciar la imaginacion del público, recordando estos antiguos sistemas que fueron el error del siglo, y que pasaron con él. Tal es la observacion que la asamblea general del clero de Francia de 1761 hizo á Luis XV. Debemos recordar el honorífico testimonio que dió esta venerable asamblea á la Compañía, relativo á la pureza de su enseñanza, sobre el respeto debido á la sagrada persona de los

tor; y para que vea que no obramos de ligero desde ahora le retamos á que manifieste al público en qué lugar, obra, sermón, ó escrito cualquiera han cometido tal falta los PP. Dicastillo, Platel, Taberna, Muszka, Laymann, Malagrida, Matos, Fegeli, Colonia y los redactores de los periódicos de Trevoux. Incapaz es él y todos los escritores de donde ha

soberanos. ¡Qué testimonio tan brillante para los acusados, y tan terrible al mismo tiempo para los impíos acusadores! Es la voz de los primeros ministros de la religion, es decir, de los protectores natos de la inocencia; es la voz de los jueces de la fe, es decir, de los depositarios de las buenas doctrinas, que vengó una orden religiosa tan vilmente calumniada, por haber sido eminentemente útil al cristianismo y á la Iglesia; es la voz de los sucesores de los apóstoles; la voz de aquellos que son centinelas avanzadas de la fe, á quienes el Espíritu Santo ha instituido obispos para apacentar ó gobernar la Iglesia de Dios; la voz de los mismos que en España y en nuestros días, en sus pastorales, han condenado el inmundo *Retrato al daguerreotipo* por IMPÍO, BLASFEMO, HERÉTICO, PERJUDICIAL Á LA RELIGION, INJURIOSO Á SU SANTA ECONOMÍA, ESCANDALOSO, CALUMNIOSO, SUBVERSIVO DEL ORDEN DE LA CATÓLICA IGLESIA Y DENIGRATIVO DE SU SACERDOCIO. (Pastoral, entre otras, del Ilmo. señor obispo de Segovia de 24 de diciembre de 1853.) No puede haber mayor desgracia para el que de católico se precie, que ver tan enérgicamente censurada y condenada su inmunda obra.

1. Para que nuestros lectores se convenzan mas y mas de la mala fe de los enemigos de los Jesuitas, que lo son al mismo tiempo de la Religion, citaremos testual la refutación que de los impíos de su tiempo hacia el elocuente y virtuoso señor Arzobispo de Paris, Ilmo. señor Cristóbal de Beaumont, en su Pastoral de 28 de octubre de 1763, en los cargos contra los mismos padres jesuitas Dicastillo, Platel, Taberna, Muszka, Laymann, Fegeli, Colonia y los redactores del periódico de Trevoux. (De los PP. Malagrida y Matos, hemos probado en el decurso de nuestra obra, ser una solemne impostura el cacareado regicidio.) Dice el citado Prelado: «Dicastillo, Platel, Taberna, Muszka, Fegeli, Colonia y los redactores del periódico de Trevoux, cuyos nombres han servido á los redactores de las *Aserciones* (el autor de nuestra impugnación no es mas que un servil copista de aquellos, según parece) para engrosar la lista de los criminales de lesa majestad, NADA HAN ESCRITO DE ESTA MATERIA. El P. Laymann dice lo siguiente: *Quare etiam Catonis factum* (el haberse suicidado por no sobrevivir al triunfo de César) *à multis commendatum fuit*; pero los impíos tradujeron: «Siendo esta la causa de que muchos ponderasen la accion de Caton como digna de ser imitada.» (Estracto de las *Aserciones*, in 4, pág. 439.) ¿Qué responderá ahora el autor de nuestra impugnación? Callar, y llenarse de vergüenza.

copiado servilmente la suposición, de citarnos un solo pasaje que la confirme; ¡qué es confirmar! que dé ocasion á suponerlo. No hablamos de los demás porque no tenemos noticia, y nosotros tenemos por costumbre no hablar sino de lo que sabemos; pero la bastarda conducta empleada con estos, nos da fundadamente el derecho de suponer que *quien hace un cesto hace ciento*, y como fueron calumniados los unos lo han sido sin duda los otros. Además no nos tomamos el trabajo de estudiar á los restantes, porque á la defensa que vamos á hacer interesa muy poco. No es el autor del inmundo *Retrato al daguerreotipo* quien con sus calumnias ha de hacernos quedar mal.

Nosotros, que como hasta ahora hemos probado, en el arsenal de los enemigos de la Compañía, en la razon y en la lógica, buscamos las espadas que contestan á los puñales de nuestros adversarios, vamos tambien otra vez á proveernos de armas en la propia obra de nuestra impugnacion. Dice este en la pag. 149 que Juan de Mariana confiesa en su obra *De Rege et Regis institutione*, que «Jaime Clemente hirió al rey después de haber sido instruido por los teólogos, á quienes se habia dirigido, que era lícito matar á un tirano.» Puede que Mariana dijese esto, que á la verdad no pasa de ser un dato histórico; lo que nos falta saber es quienes fueron esos teólogos á quienes se habia dirigido. Tambien el autor del anti-verídico *Retrato al daguerreotipo* nos saca de esta duda, pues en las págs. 146 y 147 nos ha dicho de antemano, que el asesino de Enrique III se dirigió al P. Bourgoing, prior de dominicos, á fin de que le dijese si en conciencia podia matar á Enrique de Valois; á lo cual contestó el prior: — «Si el que quiere matar á Enrique de Valois no se siente impulsado á esta acción por un sentimiento de odio ni por un motivo de venganza, sino por un puro amor de Dios y verdadero celo por el bien de la Religion y del Estado, puede ejecutarlo sin incurrir en pecado: esa accion puede ser muy meritoria delante de Dios, y si su autor muere en la ejecucion puede contar con irse directamente al cielo!.....»

No entraremos en la legitimidad de esta respuesta que nos parece muy dudosa, mas que dudosa, inverosímil y apócrifa. Imposible es que un religioso la diera, y mas imposible que se hiciera pública, cuando buen cuidado tendria de darla en secreto, y cuando el único que la sabia, Jacobo Clemente, murió al llevar á cabo su atentado. Debemos pues suponer, que esta contestacion la inventó algun novelista á lo Eugenio Sue, para los cuales infamar á un hombre ó á una corporacion, es una bagatela que no merece la pena.

Sin embargo circunscribámonos á lo nuestro. El prior Bourgoing ¿era jesuita? No, sino dominico. Un teólogo pudo aconsejar á Clemente su atentado, Mariana, segun supone el autor de nuestra impugnacion, lo dice; pero tenemos que este teólogo no pertenecia á la Compañía de Jesus. ¿Cómo el autor del ridículo *Retrato al daguerreotipo* no ha encontrado uno solo de ella que citar? Ha tenido maña para encontrar las *tes-tuales palabras* de un dominico ¿y no ha sabido dar con las de un solo jesuita? Reconozca su error, y véa en Clemente un hombre extraño á las ideas de la Compañía de Jesus.

Con citar el testo de Mariana en el libro de *Rege et Regis* ¹,

1. Mariana, uno de los mayores sabios de su siglo, y aun hoy dia el primer historiador de España, es autor de un tratado intitulado: *De Rege et Regis institutione*; tratado que compuso á peticion de varios personajes de la corte de España, el cual fué impreso en Toledo en 1598, con licencia del rey y aprobacion de la Inquisicion. En este escrito que por desgracia vino á ser famoso, Mariana, sin ir de mucho tan léjos como el autor protestante de *Vindiciæ contra tyrannos*; sin hacer aplicaciones tan atroces de los principios de la doctrina del tiranicidio como los escritores de la universidad y los parlamentos, avanza no obstante esta opinion, que en ciertos casos *es permitido á un particular matar un tirano de administracion*. (Véase la nota de la pág. 521 de nuestra obra.) Es decir, que despues de haber establecido como los otros casuistas y jurisconsultos, que es necesario antes amonestar al principe; en seguida, si no hace caso del aviso, pronunciar su deposicion; en fin, fallar contra de él la sentencia de muerte si continua en la tirania, Mariana añade, que «si la nacion por el hecho mismo de esta tirania se encuentra en la imposibilidad de reunirse, la voz pública y la autoridad de personas graves y sabias basta para autorizar á todo particular á matar el tirano,» exigiendo no obstante

cree el autor del censurado *Retrato al daguerreotipo* que ha conseguido un gran triunfo para su causa, pues al parecer aquel insigne jesuita encomia como acto de intrepidez el procedimiento de Jacobo el regicida. Esto no prueba nada en la cuestion que venimos agitando. Mariana nunca ha sido el apologista del regicidio, y á serlo para nada comprometeria su voto aislado al buen nombre de una Compañía que por mil títulos lo adquirió en todo el mundo. Y para que se vea cuan cierto es esto y cuan de ligero obra el censurado autor, que en su obra, hablando á la pág. 150, de la opinion de Mariana sobre el regicidio, dice: «Este juicio, que no sabemos como calificar, no pertenece solo al P. Mariana, sino á toda la Compañía, porque su general Aquaviva le dió su asentimiento.» —Para decir estas pocas palabras, es necesario cerrar los ojos

estas dos condiciones como absolutamente necesarias, y no dando esta decision sino como una *opinion particular suya*, porque, añade, la cuestion de derecho «que es permitido matar un tirano» no tiene la menor dificultad; pero la cuestion de hecho puede ser controvertida, á saber *cual es el principe que debe ser considerado como un tirano*. Ita facti quæstio in controversia est, quis merito tyrannus habeatur; juris in aperto, fas fore tyrannum perimere. (*Des Jésuites*, par Cahour.) —Folletos de los hugonotes, libelos de católicos en el nombre, declaraciones de profesores rivales que temian ser humillados por el éxito de los Jesuitas, alegatos, requisitorias, arengas calumniosas de los Pasquier y Harlay, enemigos encarnizados de los Jesuitas, sentencias de parlamentos, siempre dispuestos á rebajar la autoridad espiritual de la Iglesia, ó restringir el poder del rey para aumentar el suyo, tales son los hombres apasionados, tales los manantiales envenenados de donde manaron las acusaciones de regicidio contra los Jesuitas en Francia, durante la confusion horrible de las guerras de los hugonotes. Restablecida la tranquilidad pública cayeron en olvido por espacio de ciento cincuenta años, hasta que el jansenismo y el deismo las renovaron en 1760, sirviéndose de este poderoso medio para llevar á cabo la completa destruccion de sus enemigos comunes y defensores natos de la Iglesia, los Jesuitas. (El protestante inglés Dallas en sus *Cartas de Cléricus*.) Con lo dicho basta y aun sobra para contestar á nuestro impugnado autor sobre el infundado cargo de regicidio con que los impios pretenden infamar á la benemérita Compañía de Jesus, del contrario nos haríamos interminables. Para los lectores racionales, sobra; para los que están cegados por una pasion ignoble, anti-cristiana, toda defensa es inútil.

y no ver, ó proceder de mucha malicia, ú obrar por muy crasa ignorancia. Un solo documento auténtico entre otros, bastará á desmentir, destruir y pulverizar este dicho infundado y calumnioso.

Muchos jesuitas, especialmente franceses, quejáronse á su general de que la conducta del P. Juan de Mariana podia comprometer el buen nombre de la Sociedad, mayormente cuando á pesar de las correcciones que se habian hecho en el libro de *Rege et Regis*, los herejes para descrédito de la Compañía le habian reimpresso sin enmienda alguna. Claudio Aquaviva, el prudente superior á quien tantos insultos prodiga nuestro tan desgraciado competidor, (para Aquaviva son otros tantos elogios) espidió en 6 de julio de 1610 un decreto bien explícito, que traducido á la letra dice:

« En virtud de santa obediencia, prohibimos bajo pena de
 » escomunion, inhabilidad para todos los oficios, suspension
 » á *divinis*, y otras penas arbitrarias á nos reservadas, que re-
 » ligioso alguno de nuestra Compañía, en público ó en priva-
 » do, leyendo ó de palabra, y mucho menos dando á luz obra
 » alguna, intente sostener que es laudable á cualquiera que
 » sea y bajo cualquier pretexto de tiranía, matar á los reyes ó
 » príncipes, ó atentar contra sus personas; á fin de que la tal
 » doctrina no abra el camino á la ruina de los príncipes y tur-
 » bacion de la paz, ó ponga en duda la seguridad de aquellos,
 » á quienes, segun Dios manda, debemos honrar y respetar co-
 » mo personas sagradas y puestas por nuestro Dios para feliz-
 » mente regir y gobernar su pueblo. » — El precepto no puede
 ser mas terminante. Si despues de esto, el autor del ridiculo
Retrato al daguerreotipo persiste en su idea de que la Compañía y su general aprobaban el regicidio, cualquiera podrá decirle que no pasa de una monomanía como cualquier otra.

¿Y qué interés, nos dirá, tenían los Jesuitas en la muerte de Enrique III? La corona de Francia pasaba como pasó á las sienes de Enrique de Navarra el protestante, y este, de quien no era de esperar la conversion posterior, podia muy bien, y

aun era sumamente natural, vengarse en los Jesuitas de los pocos predicadores de la *Liga*, promovida principalmente contra el navarro. Así sucedió, y los Jesuitas fueron perseguidos en tiempo de Enrique IV, como mas adelante tendremos ocasion de ver. Que á la víctima de Clemente la llamarán y calificáran en los púlpitos de Neron y Sardanápalo y pérfido y tirano, con otra porcion de moles á cual mas ofensivo, ni nada tiene de particular ni fué conducta especial de los predicadores de la Compañía, ni tiene nada que ver con ello el atentado de Jacobo Clemente. El que estrañe semejante conducta, afecta ignorar la triste historia del siglo xvi, y el modo de obrar seguido en Francia durante aquellos calamitosos tiempos en que sus ciudades y sus campos, sus palacios y cabañas eran presas de las llamas, mientras los que en ellos ponian los pies resbalaban en sangre. Cada cosa en su tiempo y á cada época sus costumbres: nosotros no podemos aprobar que de lo alto de la cátedra del Espíritu Santo se profieran palabras agresivas, ni tampoco que los ministros de un Dios de paz se mezclen demasiado directamente en las cuestiones de la guerra: como tampoco aprobamos que cuatro charlatanes, sin religion conocida, se metan á desfacedores de tuertos, como se decia en tiempo de Cervantes, queriendo hablar de lo que no entienden. No lo aprobamos, repetimos, ni lo aprobaron tampoco los superiores de la Compañía de Jesus, dando en aquel tiempo un ejemplo de moderacion no la mas acostumbrada.

Pero lo repetimos ahora, y cien veces lo repetiremos; que algunos jesuitas siguieran en Francia la corriente general; algunos, muy pocos, no como corporacion ó espíritu de ella, sino individualmente, no es causa ni remotamente bastante para decir que la Compañía de Jesus promovió la *Liga*, y mucho menos para deducir que sus predicaciones pusieron en manos de Jacobo Clemente el puñal homicida de Enrique. Si nuestro autor no tiene mejores armas, retirese del palenque: lo que es estas se le han embotado del todo en mal combate.

No queremos detenernos mas en este hecho, porque seria

darle una importancia que no se merece , atendido á que ninguna persona sensata duda en él de la inocencia de los Jesuitas y mas despues que el autor del censurado *Retrato al daguerreotipo* ha sostenido tan mal la acusacion. A necios dichos del torpe Boucher y comparsa contestamos con documentos auténticos y argumentos lógicos : cruzamos nuestra formidable tizona con una caña rajada ; ¿tiene nada de particular que al primer golpe venga abajo el arma del adversario que nos provocó ?

Pero si en este hecho no nos detenemos, en el calificativo de *regicidas* aplicado á los Jesuitas por sus enemigos si nos hemos de detener un instante siquiera : es demasiado grave el cargo para no contestar á él como se merece. Dejar á la Compañía sin plena satisfaccion de esta terrible calumnia , seria quedarnos en el camino.

Nuestro impugnado autor , como todos los que le han precedido en su ridículo empeño y todos los que en él le seguirán, no tiene mas medio de defensa que confundir el todo por la parte y hacer responsable á la Compañía de la conducta de algunos padres. Donde no ha encontrado individuo alguno á quien acusar ó delito de que hacerlo , se ha forjado á su antojo delito ó individuo , citando en testimonio de verdad á su lazarillo Adolfo Boucher , quien en honor de la verdad , hasta el presente ha dicho *Amen* á todo. Así confundiendo épocas , mintiendo hechos , forjando padres y cargando á todos la cruz de uno solo , ha deducido bien estravagantes consecuencias y la mas estravagante la de la doctrina del regicidio. Si el ligero autor se hubiese tomado la pena de leer cualquier obra que abordára esta cuestion con toda imparcialidad , de fijo hubiera encontrado , que quienes predicaron en Francia la doctrina, no del regicidio , pero si la del tiranicidio , fueron los Parla-mentos , la Universidad , los jurisconsultos y los jefes del protestantismo. Y esto no lo decimos porque se quede del mismo modo, segun es costumbre en nuestro impugnado autor ; lo sentamos , lo defenderemos y lo probaremos.

El canceller Gerson , llevando la palabra en nombre de la

Universidad, definia del siguiente modo á los tiranos. «El príncipe es un tirano cuando sobrecarga al pueblo impuestos, tributos y servidumbres, oponiéndose á las asociaciones y al progreso de las letras.» Y luego amenaza á este príncipe, que si por desgracia incurre en algun error contrario á la fe, él y su raza serán perseguidos á hierro y fuego conforme las leyes civiles y eclesiásticas autorizan.—Juan Major, doctor de la Sorbona, años antes que el gran Loyola viera establecida su Compañía de Jesus, predicaba ya que «el rey tiene el reino por el pueblo, y que mediante causa razonable el pueblo tiene derecho de arrebatárle la corona:» añadiendo que hay un poder mas alto que el rey y el pueblo y el Papa, y que este poder es la *Universidad*; conforme es de ver en *Joannes Major, de auct. conc. super Papam, t. II.*

Hay más: Enrique III fué asesinado el primero de agosto de 1589, y ya el 4 de enero del mismo año, como lo acredita el *Diario de Enrique III*, t. II, p. 467, la Sorbona «escomulgaba á este tirano rey y á cuantos rogáran por él, mandando asimismo al cardenal de Gondi, obispo de París, que escomulgára á dicho tirano, y que de no hacerlo, la Sorbona escomulgaria al mismo Prelado.» Tres dias después, el 7 de enero, la Sorbona en número de setenta doctores, dispensaron á todos los franceses del juramento de fidelidad debida á Enrique de Valois. De semejante proceder al crimen hay un solo paso y este muy corto. ¿Quién, pues, se dirá puso el puñal regicida en las manos de Jacobo Clemente? La Sorbona que despues de la ejecucion de Blois, aprobó los insultos y degradaciones cometidas por el pueblo en las estatuas y retratos del rey sacrificado; la Sorbona que glorificó al asesino; la Sorbona que decretó que Enrique III y sus sucesores quedaban escluidos del derecho á la corona; la Sorbona, dice Julian Pelens, le mató, incitando y decidiendo á los sicarios para que llevarán á cabo su escandaloso parricidio; la Sorbona que en 1589 elegia conservador de sus privilegios á Guillermo Roze por unánime votacion del 7 de octubre; la Sorbona que

el 16 de diciembre nombraba rector á Juan de Magnanes , furibundo *unido* ; la Sorbona que el 7 de mayo de 1590 lanzaba su anatema contra Enrique IV ; la Sorbona que prohíbe á todo francés reconocer por su rey á Enrique de Borbon ; la Sorbona , en fin , que amenaza castigar rigurosamente á cualquiera que defienda la memoria de Enrique III ó las pretensiones de Enrique IV , á cuyos partidarios llama desertores de la religion que están en continuo pecado mortal.—Estas son las máximas de la Sorbona tan cacareada por el autor del anti-verídico *Retrato al daguerreotipo*.

¿ Por qué los historiadores que han conservado las unas no han conservado las otras ? ¿ Por qué el impugnado autor no cita textos de los Jesuitas como nosotros los citamos de esos graves doctores de la Universidad , que tuvieron la avilantez mas tarde de achacar á los dignos hijos del gran Loyola los crímenes de que ellos solos eran responsables ? Porque no puede ; porque el manto de la Compañía de Jesus es de una ropa que sacude toda mancha , como esas telas que escupen el agua ; porque la inocencia brilla siempre , pese á sus detractores , con luz que nunca se empaña ni tiembla.

Conocido el modo de pensar de la Sorbona , examinemos el del Parlamento. Cuando Enrique III hizo asesinar en los estados de Blois al duque de Guisa , ordenó al Parlamento de París instruyera el proceso de la víctima. Aquel tribunal contestó , que « todos los procedimientos seguidos ó que se siguieran por autoridad del monarca , eran notoriamente nulos. » En 3 de febrero de 1589 , consta por los registros del Parlamento , que esta cámara comenzó los primeros escritos del proceso contra « Enrique de Valois , tercero de este nombre , *en otro tiempo* rey de Francia y de Polonia. » ¿ Y saben nuestros lectores cuál fué el resultado de este juicio y qué sentencia fulminó el Parlamento contra su rey ? Peor sentencia que la ejecutada por Jaime Clemente : este se contentó con matar al rey , cuando el Parlamento deshonoraba y escarnecía al monarca y con él á la monarquía. Con letras tamañas como el puño quisiéramos po-

der transcribir el decreto que decia así: DICHO ENRIQUE DE VA-
LOIS SERÁ CONDENADO Á HACER ENMIENDA PÚBLICA, DESNUDO EN
CAMISA, LA CABEZA DESCUBIERTA, UNA CUERDA AL CUELLO, ACOM-
PAÑADO DEL EJECUTOR DE ALTA JUSTICIA, SOSTENIENDO EN SU
MANO UNA ANTORCHA ENCENDIDA DE PESO TREINTA LIBRAS; DES-
DE ESTE MOMENTO SERÁ DESTITUIDO Y PROCLAMADO INDIGNO DE
LA CORONA DE FRANCIA, RENUNCIANDO Á TODO DERECHO QUE SO-
BRE ELLA PUDIERA ALEGAR; Y DE NO, SERÁ DESTERRADO Y CON-
FINADO PERPETUAMENTE EN EL CONVENTO DE LOS JERÓNIMOS,
DONDE AYUNARÁ Á PAN Y AGUA EL RESTO DE SUS DIAS.—Confie-
se el mas prevenido que para matar á un rey se necesita mu-
cha perversidad, pero para dar un decreto semejante es in-
dispensable gran dosis de insolencia.

Si la Sorbona y el Parlamento se mostraban tan descarada-
mente regicidas, los abogados franceses no quisieron quedar-
se en zaga. Carlos Dumoulin, llamado por sus compatriotas el
Papiniano francés, y que segun de Thou era un esceleute ciu-
dadano, amante de su patria mas que podria ponderarlo;
Carlos Dumouliu en sus *Anotaciones á las Clementinas*, decia:
*Todo comercio está prohibido con los tiranos; pero matarlos
cosa gloriosa es.*—Juan Bodin, quien por su obra de *la Re-
pública*, al decir de un escritor francés, ha inspirado tal vez
el reprobado *Espíritu de las leyes* á Montesquieu; Juan Bo-
din, á quien los filósofos y protestantes del siglo XVIII salu-
daron como á su precursor; mira la cuestion bajo otro punto
de vista. En su citada obra de *la República*, cuya primera edi-
cion se publicó en 1576, lib. II, cap. V, dice este juricons-
ulto, «no admitir que los soberanos por derecho de cuna, que
gobiernan solos y sin intervencion ajena, puedan ser asesina-
dos por sus súbditos; pero si estos reyes son tiranos, autoriza
para matarlos á los extranjeros, teniendo por cierto que es
permitido matar á un tirano por un extranjero, siempre que la
tirania de aquel conste por fama pública ó sea famosa por sus
rapiñas, asesinatos y crueldad. Asimismo es permitido á
todo ciudadano, añade, matar á viva fuerza ó por orden del

Senado, al príncipe que partiendo su autoridad con el pueblo ó con la nobleza, abusa de su poder para torturar á los ciudadanos con asesinatos, violaciones ó robos. De modo, que si el emperador Carlos V hubiera oprimido al pueblo y á la república germánica, podia ser asesinado en toda justicia, porque no gozaba de la suprema autoridad.»

A todo esto añádase que La Chalotais, el célebre breton procurador general, el constante adversario de la Compañía de Jesus, y el fiel discípulo del impío d'Alembert, de quien era el informe que dió contra los dignos Jesuitas, decia: «La doctrina del tiranicidio no ha sido inventada por los Jesuitas.» ¿Qué es inventada? diremos nosotros: nunca los Jesuitas profesaron estas máximas, y si algun Padre se mostró su partidario, porque todo en este mundo los encuentra, nunca han sido, ni en número, ni en condicion, los que indica el autor del inexacto *Retrato al daguerreotipo*. Entre los miles de Padres escritores, nuestro adversario cita ochenta defensores de la doctrina del regicidio: antes le hemos dicho y probado que no poquitos hay de mas incluidos en la lista; ahora le diremos que de mas están todos á escepcion de catorce, y aun estos con las esplicaciones y cortapisas que podríamos poner á muchos, entre ellos Manuel Sa, el cardenal Belarmino, Antonio de Escobar, Mendoza, y aun tal vez el P. Juan de Mariana, cuya mayor defensa es que su libro se imprimió en tiempo y con autorizacion del rey D. Felipe II, monarca, que, como saben todos, no se chanceaba en cuestiones que atañeran á la corona. No entramos en la defensa particular de cada ultrajado jesuita, porque se necesitaria una obra especial; pero retamos al autor de nuestra impugnacion á que nos pruebe la culpabilidad de los ochenta autores *regicidas*. Finalmente, hemos visto el decreto por el cual Claudio Aquaviva, general de la Compañía, única voz autorizada para hablar en nombre de la orden, terminantemente borraba la última duda. Aquaviva era general cuando empezó á cundir la voz de las pretendidas intenciones por los Jesuitas de la doctrina del regicidio: es por consiguiente el

primero que podria hablar : veamos de qué opinion era el último , que no hace mucho tiempo bajó al sepulcro , el Padre Roothaan, muerto en 1853, y cuyas virtudes le hicieron un lugar distinguido en la corte de Roma. A continuacion transcribimos un párrafo del decreto que espidió , no hemos podido averiguar si en 1829 ó 30 : « Como en algunos países se re-
»muevan las cuestiones acerca de la supremacia del Papa sobre
»los reyes en materias temporales , recordamos á este propósito
»á todos los nuestros los preceptos impuestos en virtud de san-
»ta obediencia por los PP. Claudio Aquaviva y Muscio Vitel-
»leschi. Estos preceptos prohiben espresamente á todos los nues-
»tros ocuparse , ni aun lo menos posible, de semejantes mate-
»rias , ni en escritos , ni en discursos ó lecciones dadas en
»público , ni tan siquiera en conversaciones particulares. » —
Roothaan, como Aquaviva , como Vitelleschi , como todos los generales de la órden , no olvidaron el especial encargo de su santo fundador.

Creemos haber vindicado á los Jesuitas de la tacha , con que un autor, eco de varios autores católicos en el nombre, les habia calificado. Por lo que á Jacobo Clemente hace, sujetamos al fallo de la imparcialidad la siguiente cuestion. Enrique III habia sido escomulgado por la Sorbona y declarados incursos en pecado mortal sus defensores ; los parlamentos habian destituido al monarca y escarnecido la monarquía ; los tribunales eclesiásticos y civiles habian relevado á los franceses de su juramento de fidelidad ; los jurisconsultos mas célebres, los que debieran ser guardadores de la ley , hacian gala de atropellarla en este punto; el fanatismo de los *unidos* contra el último Valois habia llegado á su mayor grado de efervescencia, especialmente desde que Enrique hiciera asesinar al duque de Guisa y á su hermano el cardenal ; la mayor parte de Francia habia aceptado y aplaudido el destronamiento de su rey , y éste abandonado de sus antiguos servidores, defendido tan solo por los protestantes que le proporcionó el Navarro, era considerado por la mayoría de los franceses , y por los vecinos de París en especial , un re-

belde que se oponia al fallo de los omnipotentes tribunales, y por consiguiente como un particular á quien su ambicion y tiranía colocan fuera de ley. Esta no fué en modo alguno la obra de los Jesuitas, bien explicita y claramente lo hemos probado; y Jacobo Clemente al empuñar el hierro regicida obró sin duda á impulsos de su fanatismo escitado por el comportamiento de aquellos que dejaron á Enrique hecho una bestia feroz, para que cualquiera se hiciese un acto meritorio en asesinarle. ¿Para qué necesitaba oir á los Jesuitas? La idea era fija en su corazón y el puñal colocado en sus manos. ¿Y quién se lo habia colocado? La Sorbona, los parlamentos, los jurisconsultos franceses, aquellos que algun tiempo despues acusaban á los Jesuitas de faltas que solo ellos habian cometido ¹.

1. Segun hemos probado ya, el autor del inexacto *Retrato al daguerreotipo*, para calumniar á los dignos hijos del gran Loyola, se vale tambien de las armas que le suministra el libelo titulado: *Extrait des assertions* (Estracto de las aserciones), obra de los jansenistas y filósofos de la impiedad del siglo XVIII, refutado completamente entre otros por el ilmo. Sr. Arzobispo de Paris Cristóbal de Beaumont, en su luminosa Pastoral de 28 de octubre de 1763: por manera que nuestro desgraciado autor ni siquiera tiene el mérito de la invencion. En dicho libro, *Estracto de las aserciones*, los impios, unas veces han corrompido textos y suprimido en ellos partes esenciales; otras veces los han alterado por medio de citas defectuosas; otras los han tomado en sentidos enteramente opuestos á los de los autores, como hemos probado en la nota de la pág. 524, relativo al padre Layman. Por medios tan reprobados les ha sido fácil alucinar á los incautos y seducir á no pocos para que creyeran que los Jesuitas profesaban la doctrina del regicidio. Como no queremos se nos crea bajo nuestra palabra, vamos á las pruebas. Para no ser molestos citaremos tres ejemplos, que podriamos multiplicar hasta el infinito.

Al P. Avrigui, autor de las *Memorias Cronológicas y Dogmáticas*, le colocan sin el menor fundamento los impios en el número de los escritores que han enseñado el regicidio. He aquí como se espresa el citado escritor: «No hay quizás doctrina mas disolvente que la que enseña ser en ciertos casos licito matar á los reyes, quienes son siempre los ungidos del Señor, por desarreglados que pudieran ser. David no atentó contra la vida de Saul su perseguidor; y el ejemplo de este hombre segun el corazón de Dios, debiera haber servido de instruccion á todos los doctores cristianos. Sin embargo, entre los sectarios y entre los católicos se encuentran algunos que cediendo

Esta es la verdad pura : quien de ella dudara , consulte las obras de los autores que hemos citado : nuestras citas nunca fallarán. Alentados pues por este nuevo triunfo , y con la fuerza que la razon y la conviccion de la justicia presta á sus defensores , proclamamos esta victoria , la mas gloriosa que podíamos obtener , no para nosotros sino para los dignos hijos de S. Ignacio , de quienes pudiera enorgullecerse su santo maestro.

« á las pasiones de su corazon ó á las vanas sutilezas de escuela , sostienen que es lícito empapar las manos homicidas en la sangre de un príncipe revestido del odioso título de tirano. » En el largo trozo que los impíos citan de este escritor , y que acabamos de copiar , omiten los pasajes que le justifican.

En 1729 el P. de La Sante , solo para rendir homenaje á Enrique IV , habla de este monarca , pintando con vivos colores los fervientes votos de la Francia por la conversion de su rey á la religion de sus padres. El P. de La Sante hablaba en presencia de una numerosa asamblea de obispos , magistrados , sabios de todas especies , ciudadanos de todos estados y profesiones : disculpa al mencionado rey del error á que por algun tiempo dió cabida en su corazon « por falta de educacion , no por vicio de obstinacion » ¿ Donde se descubre aqui ni una sola vez la doctrina del regicidio ?

Ni es mas legítima y equitativa la imputacion hecha al P. Gordon. Lo mismo que el P. de La Sante , ni una sola palabra prefirió que propendiese al regicidio. « ¿ Qué hay que decir (se pregunta á si propio) , de esos crímenes sujetos á la animadversion de la justicia real , y que comunmente se designan en Francia con el nombre de delitos privilegiados ? Consúltese á Navarro y á cuantos autores han tratado en pro ó en contra esta cuestion : por lo que á mi toca , ni pienso ahora , ni se me vino jamás á las mientes escribir nada que pudiese concitar querellas » ¿ Hay en este lenguaje la menor tendencia de parte del autor favorable al crimen de lesa majestad ? Pero los enemigos de la Compañía de Jesus , en su afán de calumniarla , no han reparado en medios , ya oscureciendo , ya alterando , ora sobrecargando , ora inventando pasajes : han recopilado cuantas imputaciones , cuantas acusaciones , cuantos agravios , cuantas injurias de toda especie los herejes de todos los tiempos han proferido y hecho esparcir contra los dignos hijos del inclito Loyola. La guerra á los Jesuitas , como lo hemos dicho y probado , no es mas que una máscara con que se quiere encubrir la guerra á la Iglesia , y hasta al orden social. La esperiencia nos lo ha enseñado.

CAPITULO XXVII.

A NUESTROS LECTORES. —UN LIBRO RECOMENDABLE.

El capítulo de la obra de nuestra impugnación titulado : *El autor á los lectores*, confirma en su primera parte una verdad que desgraciadamente vemos ser tal , es á saber , el escritor del anti-verídico *Retrato al daguerreotipo* pertenece á aquella clase de gentes que ni se arrepienten ni se enmiendan ¹. Dice

1. Digno por cierto es de toda compasión el tan desgraciado autor de nuestra impugnación , á quien , ni los saludables avisos de los Prelados convencen , ni las calificaciones tan terribles que los mismos han hecho de su obra conmueven. Tema pues , y tema con fundado motivo por su salvación , si es que en algo la aprecia , si no retracta las herejías de que está plagada su infernal obra. Mientras no lo haga , nos creemos en el derecho de aplicarle lo que el sabio autor de la *Historia de Su Santidad Pio IX* dice de sus correligionarios :

«En todos tiempos los enemigos del catolicismo han atacado la Compañía de Jesus , centinela de la fe : en todos tiempos han sido los Jesuitas guardias vigilantes de la Iglesia , columnas del catolicismo , notables por su celo y actividad. Ora soldados , ora mártires , han combatido siempre á la herejía , hija del infierno , que se sitúa como una prostituta á las puertas de la santa Iglesia , llamando á todos los que entran y salen con palabras de seducción y licencia , que cautivan el corazón de los débiles.

Sus almas heroicas parecen haber hecho escisión de sus cuerpos , según parecen poco conmovidos ante los ultrajes y persecuciones de los miserables. Firmes , inalterables en el camino apostólico que han seguido , animados de la invencible fe de los apóstoles , y lo mismo que estos hombres sencillos y humildes de corazón que cambiaron la faz del mundo , los Jesuitas han regenerado los pueblos por medio de la palabra hija del Espíritu Santo , que han hecho resonar en los confines de la tierra. Sus encarnizados enemigos no han tenido en cuenta ninguno de sus esfuerzos , ninguna de sus virtudes ; contra ellos han

haberse corrido la voz de que seria cosa muy fácil alcanzar de él una retractacion, y desmiente tal idea, si no con lógica, con fuerza al menos. Nosotros por al contrario estaríamos siempre prontos á rectificar cualquier error siempre y cuando se nos probára ser tal, y si nuestro desgraciado autor fijára por algunos ratos el pensamiento en nuestra refutacion, que está basada en la verdad de la historia y las deducciones del sentido comun, no dudamos que si no á su pluma, á su corazon habíamos de arrancar alguna enmienda. No le queremos suponer mas malo que Lutero, ni mas ciego que Rousseau. Leer, he aquí lo que le falta, y saber distinguir.

empleado la mentira, y cuando no han podido negar sus martirios, los miserables se han reído de ellos, haciéndoles objeto de crueles sarcasmos. De estos mártires, que nada esperan de la tierra, que sufren y mueren como cristianos, que son mas grandes que su infortunio, han ridiculizado la majestad, la dignidad y hasta la fe. Intentan ridiculizar su heroica muerte, mófense de sus dolores, vierten su sangre y la beben en sus orgías, haciendo argumento de sainetes y novelas las persecuciones sufridas por la Iglesia. Despues de haberles negado justicia, les han negado hasta compasion. Son Jesuitas, y por consecuencia deben ser malditos. Su ciencia, sus gigantescos trabajos, sus luchas contra la herejia protestante, sus misiones sublimes, la enseñanza de sus incomparables profesores, todo cuanto han hecho por la humanidad y la civilizacion no ha sido tomado en cuenta alguna. Irreprochable su orden, ni uno de los crímenes de que se les acusa ha sido probado; no importa, las pasiones humanas se han sublevado contra ellos y es fuerza seguir el torrente de la preocupacion. Conveniente es no ofender á los filósofos, á los publicistas, á los legistas, á los libres pensadores, á los sectarios. ¡Abajo los Jesuitas! Se les ha ultrajado, calumniado, insultado, desterrado, encarcelado, robado y asesinado, y ellos han dejado hacer y han rogado por sus perseguidores; no importa. No es lo mas admirable la majestad de su virtud y resignacion, sino la crueldad de sus opresores. Y son los *filántropos* los que no tienen piedad de esos pobres sacerdotes inocentes; son aquellos que se compadecen de la suerte de los asesinos y reclaman la abolicion de la pena de muerte!... Bárbaros para con los Jesuitas, están llenos de simpatía por los mas perversos criminales!....

« Cuando se ataca á los Jesuitas, se quiere atacar á la Iglesia; y sin embargo nadie hace caso de ello. No obstante, todo cuanto se hace contra la Iglesia se hace contra los pueblos, contra su bienestar, contra su reposo, contra la restauracion moral que los verdaderos amigos de los pueblos llaman á grandes voces. »

Para hacer ver la justicia de los cargos que dirige contra los Jesuitas, cita el informe de Antonio Arnaud, procurador de la Universidad de París, hecho á nombre de esta en 1594, informe que dice copia de una obra española titulada: *Retrato de los Jesuitas*, reimpresa en Barcelona por el impresor del rey, durante el reinado de Carlos III, con aprobacion del provisor eclesiástico y regente de la audiencia ¹. Como esta obra y la de Adolfo Boucher son los caballos de batalla de nuestro adversario, hemos de hacer ver lo que vale para que sepan todos las virtudes de la fuente. Por lo que á la de Boucher toca, ya otras veces hemos hablado de ella, y es enlodarse y encenagarse leer sus inmundas páginas. Tiene la ventaja que su propia inmundicia retrae á las gentes de leerla. Por lo que al *Retrato* hace, opinamos lo siguiente:

En el siglo VIII vinieron los moros á nuestra España, Dios sabe por qué y cómo, que de modo muy cristiano no seria, y como á nadie le gusta hacer un mal papel, para legitimar su invasion forjaron un cuento con D. Rodrigo y D. Julian y la hija de éste y la mujer de aquél, que por veridico ha pasado mucho tiempo, y aun es opinion entre algunos. Ara-be fué el primer historiador que se ocupó de esta parte de la

1. Para que nuestros lectores vean la imparcialidad del lazarillo de los corifeos de la impiedad, Aranda, con los Jesuitas, cuando el destierro de los Padres, se les prohibió toda apologia de su orden; la falta de uno solo, que podia cometer un extraño ó un enemigo suyo, debia ocasionar para los demás la supresion inmediata de la pension alimenticia de 2000 rs. Se prohibió á todo español, so pena de alta traicion, hablar, escribir, reclamar contra las medidas del estrañamiento de los Jesuitas, y tener correspondencia con ellos. Ni se esceptuaban de esta última disposicion, la mas arbitraria y despótica que darse pueda, á sus propios padres y hermanos. Hubo sordas fermentaciones en el pueblo, y los grandes se llenaron de indignacion; pero Aranda habia tomado sus precauciones. CALUMNIABA Á SUS VÍCTIMAS Y LLENABA DE TERROR Á LOS QUE SE APRESTABAN EN SU DEFENSA. Ya tiene explicado el cándido autor de nuestra impugnacion, el por qué se permitió publicar en tiempo de Carlos III el libro calumnioso, lleno de falsedades y recopilacion de todo cuanto los católicos en el nombre y los herejes habian publicado contra la benemérita Compañia de Jesus.

historia, y muy natural era que alejando el borron de los moros, viera de pasárselo á los godos, tanto mas en cuanto eran estos los vencidos y aquellos los vencedores. ¿Y habrá quién dé ascenso á semejante fábula, porque se escribió en tiempo del gobernador de España Tarik, en vida de D. Pelayo y de Alfonso el Católico, y se reimprimió y reprodujo mas tarde por autores españoles, aun aquellos de primera nota? Nadie lo dará, que tenga dos adarmes de criterio y sana razon. Otro ejemplo.

Antiguamente todos los monarcas tenian á sueldo en su corte al cronista de sus hechos. Quédannos impresos muchísimos de estos trabajos, y en varios puntos síguense sus dichos, porque nada mas se conserva que despeje la oscuridad que reina en la historia de aquellos tiempos. Nada se le ocultaba al cronista, los mas íntimos secretos del rey le eran familiares, y no obstante las crónicas impresas en vida de muchos que conocieron al protagonista, y aun en vida de muchos de los héroes de que en ellas se habla, estas crónicas, decimos, muchas veces no son verídicas, faltan á la verdad y la mienten. ¿Y cómo se esplica esto? Del modo mas sencillo.

Los monarcas no pagaban á sus cronistas para que relatáran sus faltas, sino para que les pagáran tributo de adulaciones. El cronista de D. Pedro I de Castilla le describe un héroe; el cronista de D. Enrique de Trastámara describe á D. Pedro I un tirano. Esto depende de que Enrique compró la corona al precio muy caro del asesinato de su hermano. Entrambos cronistas nos merecen poca autoridad.

Aplicando estas reflexiones á la cuestion de Jesuitas y al libro citado ¿qué nos importa la época de su publicacion, ó mejor, cuánto no dice en favor nuestro esta época? La de Cár-

1. Cuando en el siglo XVIII se coligaron filósofos y herejes para trastornar la autoridad de la Iglesia y sus institutos, ¿de qué maniobra se valieron para encubrir el objeto formal de sus ataques? ¿Qué contraseña se dieron los enemigos del catolicismo para reunirse y sublevar las pasiones populares? La guerra á los Jesuitas. La verdad de este

los III era; época floreciente que en letras de oro narrará la historia de España. Pero esta época de oro ¿no tiene liga alguna de hierro? ¿En qué tiempo fueron espulsados los Jesuitas? En tiempo de Carlos III. ¿Quién dominaba entonces en los tribunales? Aranda. ¿Qué ideas eran las de este ministro? En otro lugar las hemos consignado y mas tarde lo haremos detalladamente, como tambien las de su alma el conde de Floridablanca ¹.

hecho la comprueban todos los escritos y documentos que á la sazón vieron la luz pública. (Prólogo del traductor de la obra: *La Iglesia, su autoridad, sus instituciones y el instituto de los Jesuitas*, etc.)—«Los Jesuitas han tenido constantemente por enemigos irreconciliables á los herejes y á los incrédulos, es decir, á los enemigos declarados de la Religion y de la Iglesia.» (*Nouvelles considérations sur la Société des Jésuites*.)—La Compañía de Jesus, entre todas las órdenes religiosas, debia principalmente provocar el odio y ser el objeto de los constantes ataques de los incrédulos del siglo XVIII. La poderosa influencia que ejercia para la conservacion de la Religion y de las buenas costumbres; era un crimen imperdonable en el tribunal de los impíos, que habian formado el plan de destruir la Religion. Los escritos de los filósofos, la correspondencia de Voltaire, de d'Alembert y de Federico, rey de Prusia, lo prueban hasta la evidencia. (*Id. ibid.*)

Clemente XIII, dotado de ciencia y piedad suma, defendió durante su pontificado, contra los reyes locamente conjurados con el pueblo de los impíos, esta milicia de Cristo (los Jesuitas), cuya dispersion debia dejar la Religion y los tronos sin defensores. (Discurso preliminar al *Elogio de Pio VII.*) Aqui tiene en resúmen explicado nuestro impugnado autor, la causa verdadera y única de la persecucion de los Jesuitas en el reinado de Carlos III; la misma porque se les persiguió en Francia y otros reinos de Europa, y la misma porque se les ataca ahora.

1. Tambien haremos constar detalladamente los medios inicuos, viles y reprobados de que se valieron los impíos que rodeaban á Carlos III para hacerle enemigo de los Jesuitas y lograr la espulsion de los mismos de sus estados, como tambien el castigo que luego sobrevino á su inmediato sucesor y á la nacion. La injusticia no siempre queda impune en este mundo. Los girondinos siguieron al infortunado Luis XVI al cadalso, y fueron seguidos despues por los montañeses. Desde la época de la espulsion de los Jesuitas en el reinado de Carlos III, data la decadencia de nuestra infortunada patria!

El plan combinado de los herejes era no solo destruir la Religion minando sus principales apoyos, en cuyo número se contaron los primeros los PP. de la Compañía, sino que á todas estas determinacio-

¿Qué tiene, pues, de particular, que en tiempo de Carlos III, de Aranda y de Floridablanca se publicaran libros contra los Jesuitas? Del árbol caído todos hacen leña. La mejor prueba de que aquel tiempo era el de los enemigos de la Religión y de la Compañía es que esta fué espulsada de España por abominables intrigas de los impíos, y cuya infernal victoria fué tan celebrada por todos los enemigos de la fe. Perdidlos los dignos hijos del gran Loyola y sin poderse defender ¿qué extraño es que se imprimieran libros en contra suya? ¿Estrañaria nadie que en un Estado regido por gobierno republicano, escribiera alguno y se circularan aprobadas por los tribunales aunque fuesen cien distintas obras contra la monarquía? Pues en el mismo caso nos encontramos con este libro, del cual al parecer quiere hacerse tan poderoso instrumento. En mal arsenal se provee de armas: nuestro impugnado autor: si no tiene otro, lo que es estas se hallan ya del todo embotadas.

Vayamos ahora á Antonio Arnaud, y sepamos quién es él, antes de apreciar su escrito.

Antonio Arnaud, ó Arnauld¹, según otros, era un abo-

nes presidia un plan político, cuyos cálculos se han dejado sentir después por las terribles consecuencias que han sobrevenido. La pérdida de las Américas, como en otro lugar hemos dicho, no hubiera tal vez tenido lugar para España, si los Jesuitas no se vieran forzados á abandonar aquellas de nuestras hermosas y ricas posesiones, que tuvieron la virtud de civilizar y conservar por mucho tiempo para España. Fácil, muy fácil nos fuera probar plenamente, que á los evangélicos esfuerzos de los Jesuitas se debió por mucho tiempo su conservación, y que á la destrucción de la Compañía se debieron los trastornos y sacudimientos que desprendieron de la corona española una de sus joyas mas preciadas.

1. Arnaud, aunque educado en la religión católica, era un ateo ó deísta de profesion. (Dallas, *Autorités comparées et accusations réfutées*)—El fiscal del consejo de Castilla, D. Francisco Gutierrez de la Huerta, en su elocuente y crítico *Dictámen*, prueba que Arnaud era un *falsario*, y le compara á Lutero y Calvino.—Tales son los Mecenas de que se vale nuestro impugnado autor, para infamar á la benemérita Compañía de Jesus. Aquí se verifica puntualmente lo del Evangelio: *A fructibus eorum cognoscetis eos*. Por sus frutos ú obras los conoceréis.

gado que no necesitaba como Pasquier , acusar brutalmente á los Jesuitas para conquistar un nombre célebre y popular. Enemigo, sin embargo, de la *Liga* , y aun por algunos acusado de hugonote , profesaba la idea vulgar entre algunos , de que los Jesuitas habian sido el alma de la insurreccion. Por esto cuando Enrique IV se sentó en el trono de Francia , no cesó de hostigarle para que desterrase á los dignos hijos del gran Loyola ; pero el rey por al contrario , que habia entrado en el gremio de la Iglesia católica , despreció como se merecia la obra que le habia dedicado el abogado y no dejó de llamar á su lado á los Jesuitas. Arnaud , orador elocuente , participaba del comun defecto en su época de ser sumamente ardiente en las acusaciones , y por esto un escritor francés juzgaba su discurso contra la Compañía de Jesus , del modo siguiente : «Las circunstancias en que fué pronunciado , contribuyeron mucho á concederle gran boga entre los enemigos de la Sociedad. Si ahora se lee á sangre fria , se notará en él el tono acalorado y colérico que nace de la prevencion , mucho mejor que el carácter de la verdadera elocuencia que reúne la verdad de los hechos á la energía de la espresion.» Ya conocemos al autor ; ¿qué dijo en el discurso?

Dijo entre otras cosas: «Es necesario que yo confiese que la cólera y la justa indignacion me hacen salir fuera de mí.» Y esta es la mayor verdad que dijo , pues sarta de insolencias y mentiras como las que se zurcen en aquel mal pergeñado discurso , no las vierte un moro contra Jesucristo. ¿Nos detendremos en refutar sus palabras? Es inútil : Arnaud no hizo mas que recopilar lo que habian dicho todos los enemigos de la Compañía ; engendro de monstruos , precisamente su discurso debia ser una monstruosidad. Pero nosotros no sabemos ¿qué fuerza tiene el dicho de un hombre , que en tres páginas con-signa cien acusaciones sin probar ninguna? Mejor le hubiera servido sentar una sola y justificarla. Sin embargo , como esto no le era posible , creyó de mejor efecto deslumbrar con un cuadro de horrores , que decir lisa y llanamente la verdad. En

este punto el abogado servia fielmente á sus clientes. ¿Qué hubiesen dicho estos si Arnaud en lugar de calificar á los Jesuitas de ladrones, asesinos, perjuros, traidores, regicidas y otras flores por el estilo, les hubiese llamado virtuosos, sabios, humildes y evangélicos? Bueno hubiera puesto la Universidad á su defensor.

Para apreciar debidamente el trabajo de Arnaud, hágase cuenta de que lo hizo á espensas de una corporacion acostumbrada hasta entonces á monopolizar la instruccion en Francia, y que los Jesuitas disputándole la enseñanza, empezaban á obtener el triunfo que mas tarde y aun hasta el presente ninguno ha podido arrebatárles. La presa se escapaba de la Universidad; era preciso retenerla á toda costa. Arnaud por esto en 1594 dejó muy atrás á Boucher de dos siglos y medio después. Y nótese la fecha del discurso: en 1594 era; Ignacio de Loyola no habia visto aprobada su orden por Paulo III hasta 1540, de modo que en solos 54 años, los primeros en que por lo regular las instituciones no se han viciado todavía, pretende Arnaud que los Jesuitas se habian manchado con todas clases de crímenes. No es razonable, no es siquiera moralmente posible: el abogado de la Universidad al hacerse eco de las proferidas calumnias, exageraba, mentia lo que nunca habia existido. ¿Y cree el autor del censurado *Retrato al daguerreotipo* que el discurso de Antonio Arnaud influye para algo en esta cuestion? Poco mas ó menos que nada. Si para probarle la escelencia del Instituto del ínclito Loyola hubiésemos echado mano de los escritos laudatorios de sus miembros, probablemente nuestro impugnado autor hubiese tachado semejantes testigos. Hemos buscado documentos con fuerza oficial, ó bien testos de hombres célebres conocidos notoriamente por su imparcialidad, y aun muchos de ellos por su enemistad declarada y odio á la Compañía. Pero que el abogado de la Universidad contra los Jesuitas dijera un millon de pestes contra ellos, no prueba que fueran mejores ni peores. No hay abogado que en la defensa no haga la apologia de su cliente, ó cuando me-

nos no pronuncie una diatriba contra su adversario, diatriba mas acre en el siglo xvi que en el xix, y por consiguiente mas desvergonzada es la de Antonio Arnaud que la de nuestro autor. Que en la vista de un pleito, y el símil es exacto, diga una parte que la contraria procede de mala fe ó la atribuya vicio ó falta alguna, si no tiene argumentos lógicos en su favor, los jueces no fallan por el simple dicho del letrado. En la cuestion de Jesuitas, Arnaud era el acusador, y juez lo ha sido la opinion pública. Pese á la Universidad y sus defensores, en el asunto de instruccion y educacion que dió pié al escándalo, los Jesuitas merecieron la confianza de la Francia entera y del mundo; desde el príncipe sucesor de la corona al hijo del desvalido obrero, miles y miles de niños y jóvenes y hombres poblaban los bancos de sus cátedras, de donde salieron, como salen todavía en los puntos donde están encargados de la instruccion, los primeros hombres del Estado. Pese á los herejes, la falange jesuítica resistió en el siglo xvi y en los sucesivos el terrible impulso de la infernal filosofía que amenazaba hundir la Europa en un mortífero caos. Pese á todos cuantos hubiesen querido lanzar á los Jesuitas de Francia y del mundo perpetuamente, los Jesuitas subsistieron en Francia, y subsisten en España y en otros puntos de Europa, Asia, Africa y América, y gracias á Dios el pueblo que de cerca les conoce, ha perdido ya aquellos temores y se le ha desvanecido el recelo que fúnestas lecturas le habian inspirado. Ya ese pueblo que ha recobrado la vista lee y compara, y demanda á Antonio Arnaud la credencial de su independencian, esa credencial que no puede poner de manifiesto porque no la tiene, y su falta es cabalmente la que le pone en la imposibilidad de hacer fuerza alguna en el caso.

Finalmente, el autor del tan dignamente censurado *Retrato al daguerreotipo* pretende, que pues en tiempo de Carlos III se toleró la publicacion de un libro que hasta tal punto se desvergüenza con los Jesuitas, le causa estrañeza que se prohiba publicar en el siglo xix lo que otros publicaron en el xviii.

La estrañeza es absurda : porque en tiempo de odio violento contra los Jesuitas , porque en tiempo de triunfo y omnímodo poder para sus enemigos , porque en tiempo del destierro de los hijos del gran Loyola , los gobernantes y censores tuvieran la poca prudencia y menos generosidad de dejar circular tan escandaloso libro ¹ ; no se sigue de aquí que por fuerza hayamos de incurrir ahora en la falta en que se incurrió entonces. Al contrario, enmendarla es de nuestro deber : no se diga que en España la pasion cierra perpetuamente y hasta tal punto los ojos del rostro y los del alma. En el siglo XVIII , gracias á los manejos de los impíos , los Jesuitas salian para un penoso destierro, mientras en el XIX , gracias á que la razon preside en los consejos , los hijos del ínclito Ignacio vuelven á ocupar en todos aquellos puntos de que fueron desterrados el altísimo puesto y el ascendiente á que sus virtudes les habian elevado. Por esto no debe estrañar el autor de nuestra impugnacion que se prohíba hoy dia lo que se toleró en otros tiempos. Los años cambian la faz de los imperios y de los hombres : ya no hay Pombales, Choiseuls, Pompadours y Arandas , pero afortunadamente hay libros que nos enseñan á juzgar del estado de aquellos imperios y del corazon de aquellos hombres. Cese pues la estrañeza , la consecuencia es natural.

Por lo que hace á que los autores de la obra citada : *Retrato de los Jesuitas*, fueran los mas sabios é ilustres católicos del siglo XVIII, bástanos para no creerlo el que ellos mismos lo digan y lo consigne nuestro impugnado autor. Y cuando así no fuera, bastára á convencernos de lo contrario, saber que entre sus mas poderosos argumentos cuéntanse los inmundos discursos del hereje Pasquier , las groseras imputaciones del ateo Ar-

1. Que la obra citada esté corriente de censuras , no prueba que esté corriente de doctrina. Tambien la censura dejó imprimir y circular el herético *Retrato al daguerreotipo* de nuestra impugnacion , y sin embargo la mayoría de los prelados españoles, los centinelas de la fe, han condenado y declarado sus páginas heréticas y tan anti-religiosas como anti-sociales.

naud, los fatídicos sueños de Montclar y todas las rarezas, falsedades y maldades de la gente de su calaña, que ya anteriormente habian publicado en Francia los *Comptes rendus*, libro verdadero almacén de iniquidades, mal original de la mala traduccion ó imitacion que el autor del inmundo *Retrato al daguerreotipo* conoce por *Retrato de los Jesuitas*. Pueden, si gustan, los tales escritores titularse católicos; nosotros podemos poner y ponemos en efecto en duda su catolicismo, y negarle este carácter á la defensa que hacen los enemigos de la Compañía valiéndose de esta arma ya embotada y desacreditada, el arma de los viles, la calumnia. Bien hizo un autor francés cuando á propósito de los ataques dirigidos á los PP. de la Compañía, recordó las palabras del gran padre S. Agustin, que dice: «Estos crímenes de que nos acusan para inducir en error á los hombres poco instruidos, son los mismos crímenes que ellos cometen.»—¡Gran sentencia! Quien se diere en ella por aludido, éste es el reo.

CAPITULO XXVIII.

ENRIQUE IV.—BARRIERE.—LOS JESUITAS REGICIDAS.

ENRIQUE III acababa de perecer bajo el puñal de Jacobo Clemente. La *Liga* continuaba engrosándose y ensangrentando el suelo francés. Enrique IV era el jefe del partido calvinista; Enrique IV que mas tarde por sus hazañas mereció el dictado de *Grande*. Este personaje, altamente digno de ser conocido y juzgado, merece ser analizado, como el protagonista que va á ser de esta parte de nuestra historia. Examinémosle rápidamente hasta llegar en breve al período interesante de su vida.

Nació en 1553 en el castillo de Pau, capital del Bearn. Antonio de Borbon su padre, príncipe débil, mas indolente que pacífico, era el jefe de la rama Borbon, así llamada de un feudo de este nombre adquirido por casamiento con la heredera de los Borbones. Descendia de Roberto de Francia, conde de Clermont, quinto hijo de S. Luis y señor de Borbon. Juana de Albret, madre de Enrique IV, era hija de Enrique de Albret, rey de Navarra. El joven príncipe fué educado en la corte de Francia, bajo la direccion de un sabio preceptor, llamado la Goncherie, que lo fué de Enrique hasta 1566. Entonces su madre, que habia abrazado abiertamente el calvinismo, quiso que su hijo se la reuniera en Pau, donde le dió por preceptor á Florencio Cristian. Sus comidas eran groseras y su traje humilde, yendo siempre con la cabeza desnuda, trepando de continuo por valles y cerros, y adquiriendo esa robustez característica en el rey *grande*. Educado en el calvinismo, destinóle su madre á la defensa de esta secta, y en la Rochela se

le declaró su jefe, dándole por su lugarteniente al príncipe de Condé. Enrique se encontró á los diez y seis años en la batalla de Montcontour, dando indicios de su precoz talento militar. Despues de la paz de San German, firmada el 11 de agosto de 1570, fué llamado á la corte con los mas poderosos señores de su partido. Dos años despues le casaron con la princesa Margarita de Valois, hermana de Carlos IX. El rumor¹, como hemos visto en otro lugar, de una conspiracion tramada por los hugonotes, dió por resultado el degüello de san Bartolomé, poniendo á Enrique en la alternativa de dejar su vida en inminente riesgo ó cambiar de religion, por cuyo último extremo se decidió, abrazando el catolicismo y permaneciendo por tres años prisionero de Estado. Pudo, sin embargo, escapar de la cárcel en 1576, y habiéndose retirado á Alençon, púsose nuevamente al frente del partido de los hu-

1. Cuando la revuelta del príncipe de Condé, de Coligni, de d'An-delot, cuyo plan era APODERARSE DE CARLOS IX, las órdenes dadas en Ginebra y en las ciudades protestantes de Francia se tuvieron tan ocultas y fueron tan puntualmente ejecutadas, que desde el primer momento cayeron en poder de los rebeldes cincuenta ciudades. El espíritu sedicioso, inquieto, amenazador de los sectarios era tal, que el protestante Zimmermann, cuando la toma de la Rochela ocupada por los hugonotes, dijo: «Con la toma de esta plaza ha sido aniquilado un partido que ningun hombre prudente de estado, ningun verdadero patriota podiamirar con ojos tranquilos.»

El espíritu de insurreccion animaba continuamente á estos sectarios. Tenian relaciones secretas para entregar un puerto del reino á los holandeses, correspondencias íntimas con la Inglaterra, y si á esto se añaden los robos, incendios, asesinatos, etc. (véase la nota de la página 493 de esta obra), las resoluciones sediciosas adoptadas en el sínodo de Guyenna, los alborotos de las Cevennas, provocados por los escritos sediciosos del ministro Jurieu y los emisarios pagados por la Inglaterra, hace creer en la existencia de la conspiracion contra el rey, y que los hugonotes de 1685 eran todavía aquellos que Erasmo, Grocio y aun el mismo Coligni, habian tan bien definido, aquellos, cuyos descendientes no habian degenerado ni bajo el reinado de Luis XV ni en 1789. (Baron Henrion, *Historia de Francia*).—Mayer, en su *Galeria filosófica*, dice ser las emboscadas y lazos tendidos para apoderarse de Carlos IX lo que inspiró á este rey el odio invencible que sentia contra aquellos sectarios.

gonotes , suportando todas las fatigas y corriendo todos los peligros de una guerra civil y de religion , falto muy á menudo de las cosas mas necesarias , constantemente sin descanso , y esponiéndose como lo hiciera el último , pero el mas valiente soldado. Vencedor en la batalla de Coutras , dada en 1587 , presentáronle las alhajas y otras magníficas fruslerías de Joyeuse , que habia perecido en el combate. Enrique despreció estas galas , diciendo : «Solo de comediantes es propio envanecerse por los ricos trajes que usan. El verdadero adorno de un general , es su valor y serenidad en la refriega y su clemencia despues de la victoria.» Hermosa frase , digna de figurar la primera entre las máximas de los capitanes célebres.

Por muerte de Francisco , duque de Alençon , hermano único del rey Enrique III , Enrique de Navarra era el heredero presunto de la corona de Francia , y cuando aquel monarca , asustado ante el poder formidable de la *Liga* , probó en vano calmar las iras de los parisienses y hacer que se le absolviera de las censuras que contra él habia lanzado el Romano Pontífice , se entregó al Bearnés , quien auxiliándole muy á tiempo con sus tropas le libró del duque de Mayenne , pronto á atacarle , viniendo luego sobre París. Asesinado Enrique III , Enrique IV era , por ser el mas próximo en parentesco , legítimo rey de los franceses , pero le obstaba una dificultad poderosa. Su religion le escluía del trono por una ley que la Francia católica tenia en tanta veneracion como la sálida. Bajo este punto de vista el abate Fauchet , tan buen orador como profundo filósofo , defendió el movimiento de la *Liga* , justificándolo en los siguientes términos : «No se trata de una simple cuestion , sino de un hecho. Los galos no conocian otra religion en la época de la conquista ; y los francos la adoptaron. Las dos naciones divididas en un principio por las sangrientas huellas de la victoria , confundidas luego por los beneficios del tiempo y de la naturaleza , mostráronse constantemente adictas á esta coaliccion , cuyos lazos de unidad la religion católica tiene á estrechar por la esencia misma de los buenos principios.

»En todas las asambleas generales, muy frecuentes en las dos
»primeras dinastías, el catolicismo era la ley primera y mas
»inviolable. En la tercera raza, á pesar de las odiosas leyes del
»gobierno feudal, esta gran ley se mantenía en todo su vigor.
»Esta es la única ley, desde la existencia de la monarquía,
»que nunca esperimentó variacion alguna en la sancion públi-
»ca. Varias veces habia sido derogada la llamada *ley sálica*,
»por lo que hace á su mas importante objeto, pero nunca lo fué
»la ley nacional del catolicismo.» Puesto sitio á París por las
armas de Enrique IV, algunos escritores poco escrupulosos y
algunos malévolos poco amigos de los sitiados, probaron á cri-
ticar y censurar la conducta de los religiosos partidarios de la
Liga, en cuya falsa opinion les sigue el autor del anti-verídico
Retrato al daguerreotipo. Unos y otros han faltado grosera-
mente á la verdad cuando han supuesto que los eclesiásticos y
los frailes celebraban una especie de revistas militares, yendo
á procesion los hábitos remangados, el casco aferrado, la co-
raza ceñida, en una mano un crucifijo y en la otra un mos-
quete. Semejantes paparruchas nunca hubiesen embadurnado
las páginas de la historia, si no hubiera habido hombres que
hubiesen escrito una fábula insolente y necia, titulada *Sátira*
Ménippée, y otros hombres que cándida ó criminalmente la
dieran crédito. Lo único que hay de exacto en todo esto, y so-
lamente de aquí pudo tomar pié tan ridícula creencia, es que
muchos ciudadanos de suposicion, temiendo por la conserva-
cion de la antigua fe, hicieron juramento en presencia del le-
gado y del embajador de España, de primero morir de ham-
bre antes que rendirse.

Esto, sin embargo, la escasez de víveres dejó sentir su hor-
rible efecto, el pan se vendia á escudo por libra, y luego en
vez de harina se empleaba el polvo de los huesos recogidos en
la carnicería de los Santos Inocentes. Este conflicto podia ser
muy perjudicial á los defensores de la ciudad, cuando el duque
de Parma, de vuelta de los Países Bajos, cayó con formidable
ejército español sobre París, y obligó á Enrique IV á levantar
el sitio.

Entonces comprendió Enrique, que mientras permaneciera en la religion protestante, cuya secta habia vuelto á abrazar, no podia tener esperanza alguna de subir al trono de Francia, y como por otra parte su calvinismo era mas bien fruto de una educacion maleada que de un fondo irreligioso, pensó seriamente en confesar sus errores y abrazar nuevamente la comunión católica. El autor del censurado *Retrato al daguerreotipo* duda de la fe con que Enrique IV abrazó la nueva religion, suponiendo que lo hizo porque *bien valia Paris una misa*¹. Esto no puede imaginarlo quien conozca el último rasgo y sentimiento de este rey. Un dia cierto doctor muy célebre dijo en su presencia:—Profesamos la fe de nuestros padres,—lo cual le corrigió Enrique, diciéndole:—Profesamos la fe de Dios, y la aprendimos de nuestros padres.—Esto prueba cuan susceptible era su carácter en materias religiosas; de modo que despues de una entrevista que los partidarios católicos de Enrique IV tuvieron con los jefes de la *Liga*, el rey abjuró sus errores en S. Dionisio, año 1593, y seguidamente fué consagrado en Chartres. No es prudentemente licito dudar de la sinceridad de esta abjuracion, porque la constancia del rey, enemigo del fingimiento y bien poco hipócrita por señas, cierran toda dificultad á los mas dudosos y aun descreidos. No se crea por esto que digamos fuese ejemplar su vida religiosa ni aun moralmente hablando: al contrario; los católicos le echan en cara su condescendencia con los calvinistas á propósito del edicto de Nantes, y los historiadores que era muy dado al juego y apasionado de las mujeres. A pesar de esto la Francia lloró su pérdida: Enrique IV habia merecido por muchos títulos el renombre de *Grande*. Sin embargo, murió asesinado: los enemigos de la Compañía de Jesus la han hecho cargos por

1. Este sarcasmo injurioso é impio nos prueba mas y mas la ceguedad de nuestro impugnado autor, que supone el corazon de Enrique IV suficientemente bajo para hacer comercio de su fe. El catolicismo de Enrique IV no mereció ser condenado por los obispos, como el del autor del reprobado *Retrato al daguerreotipo*.

este horrendo crimen; el autor del censurado *Retrato al da-guerreotipo* avanza á algo mas, avanza hasta el punto de hacer pesar sobre los Jesuitas la responsabilidad del negro crimen. Nosotros estudiaremos el hecho, lo haremos estudiar á nuestros lectores, y la imparcialidad fallará luego. La defensa esperamos será incontrastable; el mérito, no á nosotros sino á la verdad se lo atribuiremos. Ciertos es que bastára por toda contestacion decir que el mismo desgraciado autor de nuestra impugnacion confiesa en la pág. 164 de su inmunda obra, que la relacion de este hecho la *toma literalmente de la Historia de los Jesuitas de Adolfo Boucher*. Esta confesion nos eximiera de todo corolario: basta á la gente sensata saber que es relacion de Adolfo Boucher para desde luego creer que es falsa, y basta asimismo saber que el autor de nuestra impugnacion no ha encontrado mas obra en que apoyarse que la inmunda, anticatólica y anti todo lo moral de Boucher, para declarar, sin otro precedente, que la causa es mala cuando tales campeones la mantienen. Hablaremos, no obstante, y dejaremos en este punto tan bien sentada la opinion de los hijos del inclito Ignacio, que ninguno, sin incurrir en ridículo, se atreva á sospechar en lo sucesivo. Entremos pues de lleno en la cuestion.

A fines del mes de agosto de 1593, fué reducido á prision Pedro Barriere, soldado, de 27 años de edad, reo de tentativa de asesinato contra la persona de Enrique IV. Sujeto á la prueba del tormento, confeso y convicto, fué condenado al último suplicio. Leyósele la sentencia, reconoció y se arrepintió de su crimen, y ante varios testigos relacionó exactamente todas las particularidades de su atentado. En su consecuencia, el 26 de agosto fué ahorcado y descuartizado luego como regicida. Es de observar que ni M. de Pierrefixe, ni Davila, ni autor alguno de aquellos tiempos se acuerdan de jesuita alguno en esta historia, y mas raro es todavía que Sully, uno de los primeros hombres del protestantismo, si bien se aparta un poco de la generalidad en la relacion del hecho, si bien habla de monges

y de jesuitas y de capuchinos, á quienes atribuye na poca responsabilidad por los escesos de la *Liga*; no habla de cómplice alguno en el atentado de Barriere, ni menos se acuerda de los Jesuitas, á los cuales queria bien mal el autor de las *Memoirias de Sully*. Imposible es que á tan grande hombre se le ocultara tamaña complicidad, y mas imposible que no habiéndosele ocultado á él, él la hubiera ocultado á los demás. Sin embargo, la prudente conducta de Sully no ha sido seguida por todos sus colegas: es que no todos tenían su buena fe, es que muchos escritores tienen la conciencia histórica tan ancha como la conciencia religiosa. Pasquier, el *concienzudo* Pasquier, tenia siempre muy presentes á los Jesuitas para no darles el papel de protagonistas en cuantas tragedias presencié su siglo. Ni ¿cómo puede concebirse que un rey fuera asesinado sin andar los Jesuitas en el lio? Del dicho, pues, de Pasquier han tomado pié los enemigos de la Compañía para complicarla fuertemente en este regicidio, y como el autor del anti-verídico *Retrato al daguerreotipo* dice saberlo por Boucher, y Boucher lo sabe por otro, y de eslabon en eslabon vendríamos á parar en el último, que siempre será el abogado de la Universidad, lo mejor es que copiemos su acusacion, reducida en pocas palabras, siendo inútil que digamos ser del todo conforme con lo dicho en la obra que impugnamos.

En el *Catecismo* de Pasquier¹, parte segunda, pág. 52, es

1. Sobre este inmundo hereje véanse las pág. 482, 83, 84, 85 y 86 de nuestra obra. A la *pureza* de su doctrina debe atribuirse sin duda la predileccion que le tiene nuestro impugnado autor. Nosotros añadiremos, para que lo reflexione y medite bien, la siguiente oportuna reflexion: «Los Jesuitas han tenido constantemente por sus irreconciliables enemigos, los herejes é incrédulos, es decir, los enemigos declarados de la Religion: los amigos pues de la Religion deben considerar á los Jesuitas como una corporacion eminentemente útil al cristianismo: el odio con que se les persigue sin tregua es pues y será siempre el mas hermoso elogio de su Instituto y el testimonio mas triunfante de su inocencia. (*Nouvelles considerations sur la Société des Jésuites.*)» — Apenas hay un libertino que no hable de su moral laxa; un revolucionario que no les acuse del asesinato de Enrique IV; un

donde se leen las siguientes palabras : « Barriere fué á visitar » al cura de S. Andrés *des Arcs* , descubriéndole su intencion , » que el cura encontró muy laudable , dándole de beber , diciéndole que iba á alcanzar grande gloria y tambien el paraíso. Pero que lo mejor era , antes de pasar mas adelante , que » se viera con el rector de los Jesuitas , de quien podria tomar » mas acertada disposicion ; habiendo ido á verle , en muy bellas frases le dió el rector á entender que era muy santa la resolución que tenia adoptada , que era necesario armarse de » gran valor y constancia y confesarse y comulgar. Hízole luego entrar en su celda , y allí le echó su bendicion. Al dia siguiente fué confesado por otro jesuita , al cual no se descubrió » en la confesion , y luego recibió el *Corpus Domini* en el colegio de los Jesuitas , y habló tambien de su intento con otro » jesuita , predicador de París que muy á menudo predicaba » mal del rey , el cual encontró su plan muy santo y meritorio. » Despues de esto compró un puñal etc.» Lo restante , es decir , el modo de que se valió Barriere para llevar á cabo su crimen , por fortuna fracasado , lo veremos á su tiempo.

Esta es , segun Pasquier , la deposicion jurídica y constante del regicida , prestada hasta el momento de exhalar el último suspiro. Lo mas grande , sin embargo , es el fundamento de esta suposicion , pues como era muy natural que alguno preguntára al autor del *Catecismo* ¿ qué motivos tenia para saber y creer aquella ? el concienzudo Pasquier no quiso dejar á nadie en la duda , parapetándose en la siguiente formidable razon , espuesta en su citada obra , pág. 44 , donde dice : « A esto podeis dar fe , pues os lo juro por mi hacienda , vida y

enemigo de la Religion que no repita los mismos cargos contra los Jesuitas , cien veces victoriosamente refutados , y ninguno les hace el único , el verdadero cargo que pesa contra ellos , *el celo por el catolicismo y el admirable talento con que educan á la juventud en los principios de la virtud*. Los Jesuitas cuentan por sus amigos todos los que se hacen gloria de ser católicos en palabras y en obras. (*Des Jésuites , de Mr. de Montlosier , et de l'arrêt de la cour royale.*)

honor, y lo sé por un amigo mio, que es otro yo.» Esta que Pasquier creyó una razon, es para nosotros una sinrazon, pues si hemos probado que al abogado de la Universidad no debe ni puede dársele fe ni crédito alguno, el amigo que se lo contó, único garante de la noticia, por ser *otro él* nos merece poco mas ó menos la misma confianza. Y á pesar de esto, de Thou, Cayet, Mezeray, Arnaud y el presidente de Arlezy, quien mas quien menos han dado ascenso á la noticia, y han manchado el honor de los Jesuitas para no poner en duda el honor de Pasquier y de su anónimo amigo, Poco digna de elogio es la conducta, poco verídica asimismo, y nuestro exámen lo comprobará.

El rector de los Jesuitas acusado, el que fué víctima del odio y malignidad, el que en Francia reemplazó á Matos y á Malagrida de Portugal, el que se supone instigador del crimen de Barriere, sufriendo el castigo sin haber hecho la ofensa, es Pedro Varade ¹. Una sola cosa téngase en cuenta: Barriere fué

1. El P. Varade, á quien los impíos de aquel tiempo, ó sean hugonotes, implicaron en el crimen de los asesinos de Enrique IV (véase la nota de la pág. 509), fué defendido y justificado por un abogado, cuyas razones eran sin réplica las mas convincentes; este abogado era el mismo Enrique IV, quien en su famosa respuesta al presidente de Harlay, vengó el honor y la inocencia de este jesuita y de todos sus hermanos con una fuerza de elocuencia que Harlay y los otros miembros del Parlamento encontraron irresistible. (Mas adelante insertaremos integra esta famosa respuesta de Enrique IV.) Ahora solamente nos limitaremos á decir que los autores, los que pusieron cuando menos indirectamente el puñal en las sacrílegas manos de los asesinos de Enrique III y IV de este nombre, con la Sorbona, fueron el Parlamento de Paris; el Parlamento, que ya en tiempo de Carlos VII declaró que el rey de Inglaterra era legitimo soberano de Francia; el Parlamento que cubrió de oprobio á Enrique III; el Parlamento que prohibió reconocer á Enrique IV, so pena de ser ahorcado; el Parlamento que promovió la guerra de la Fronda; el Parlamento en fin, constituido en vil lazarillo de los corifeos de la impiedad, y como consecuencia natural enemigo implacable de la Compañía de Jesus. (Véase sobre el particular á Cretineau-Joly, *Historia de la Compañía de Jesus; Louis XVI détrône avant d'être roi; Nouvelles considérations sur la Société des Jésuites; La vérité prouvée par les faits*, etc.; *Nouvelle conspiration contre les Jésuites*; etc. etc. etc.)

descuartizado en 1593 y Varade no fué ejecutado en efígie hasta 1595. Varade estaba en París mientras se instruyó el proceso de Barriere: nadie le dijo una palabra mientras la instrucción duró, nunca abandonó la capital, ni aun á la entrada del rey, y si mas tarde salió de París fué con especial permiso del monarca para acompañar á Roma al legado del Pontífice.

Para justificar plenamente á los Jesuitas en general y á Varade en particular, para evidenciar la iniquidad de los magistrados que le condenaron y calumniaron como regicida, haga el lector la siguiente reflexion. Los consejos y comunión que se supone dió Varade á Barriere ¿pudo dárselos despues que este monstruo espiró en la rueda? Lo mas natural, salvo el parecer del tribunal *tan imparcial* que creyó lo contrario, es que las sanguinarias lecciones del jesuita debieran preceder al suplicio del asesino, como es natural que no se acusára á Barriere de regicida dos años despues que por este crimen habia sido descuartizado. No podemos acusar á los cadáveres, como tampoco podemos creer que sean cómplices en delito alguno. La muerte todo lo acaba.

Siendo así ¿cómo se comprende que el tribunal que condenó á Barriere dejara impune á Varade? ¿Por qué no envolvió á este jesuita en el procedimiento? ¿Por qué no se le nombró tan siquiera una sola vez en el decurso de la sustanciacion? ¿Se alzó de la tumba el regicida para entregar un cómplice á la justicia humana? ¿O eran necesarios dos años para leer las declaraciones de Barriere, y si en estas declaraciones se hacia cita de Varade, cómo no se evacuó seguidamente ó cómo tardó dos años en evacuarse? Semejante proceder seria racionalmente inconcebible y una aberracion de la tramitacion forense. De lo cual deducimos que Barriere en nada comprometió á Varade, que este era completamente inocente del crimen supuesto, y que si el tribunal le condenó en efígie, es por la misma razon que mucho tiempo despues de la tentativa de regicidio contra José I, fueron ejecutados en Portugal algunos jesuitas como cómplices en el atentado, cuando ni siquiera se

encontraban en Lisboa al tiempo del crimen, caso que tal crimen hubiese tenido lugar, como ampliamente antes hemos visto. En esta opinion rehabilitadora nos apoya la lógica del mismo Enrique IV, quien enojado por el discurso de M. de Harlay, presidente del Parlamento, que se atrevió á dirigir una invectiva contra los soñados cómplices, y entre ellos Varade, interpeló en voz alta al tribunal diciendo: «Y si algun cómplice existe ¿cómo es le habeis dejado ocultar?» Comprometida pregunta, digna de un monarca *grande* como Enrique IV. ¿Contestaron á ella los jueces? No podian.

Barriere, el propio Barriere confesó, dicen algunos enemigos de los Jesuitas, que quienes habian armado su parricida mano con el puñal sacrilego, eran los sanguinarios consejos de un carmelita, un capuchino y otro sacerdote, que dijo llamarse doctor Aubry. Esta es una declaracion, añaden, que nadie ha desmentido, y aunque no es este para nosotros lugar oportuno para dilucidar si Barriere, suponiendo cierto el hecho, hablaba ó no verdad cuando depuso esta declaracion, lo cierto es que el tribunal la despreció, y el Parlamento no se tomó la pena de proceder contra el carmelita ni contra el capuchino, ni mucho menos soñó nunca hacer responsables de este atentado á los órdenes de los carmelitas ó de los capuchinos, como con la de los jesuitas se intentaba. Tenemos que Barriere no hizo mencion de jesuita alguno, y sin embargo, dos años después que el regicida habia espiado en el cadalso su delito, el Parlamento procede contra el jesuita Varade, y los enemigos del instituto del gran Loyola defienden que sus hijos son las principales causas del peligro corrido por el rey, persistiendo en su ridiculo empeño de acusarles como regicidas ¹. La lógica de estos hombres es de una potencia MUY NUEVA Y RARA.

1. El cargo que se pretende hacer á la Compañía de Jesus de enseñar y profesar doctrinas contrarias á la seguridad de los reyes, fué pulverizado entre otros por cuarenta y cuatro obispos franceses reunidos en París en 1761, los cuales contestaron al rey «que los calvinis-

Si Barriere no nombró ni menos acusó á Varade en sus declaraciones ¿quién pudo ser su acusador? Los mismos escritores que incurren en este delirio, sin esceptuar á Pasquier y dignos colegas, están de acuerdo en decir «que Barriere iba solo á casa de Varade, á quien hablaba *sin testigos*.» En consecuencia Barriere y Varade son los únicos que pudieran dar cuenta de los objetos y conversaciones de estas entrevistas. Barriere, sujeto á la rigurosa pena del tormento, no dijo una palabra; Varade que era el comprometido es bien seguro que no la diría. ¿Quiénes, pues, repetimos, fueron los acusadores de Varade? Hay mas: quieren suponer los anti-jesuitas que Varade instruyó y catequizó á su modo al regicida. ¿Por qué y cuándo? preguntamos nosotros. Barriere no tenia necesidad de instruccion alguna: resuelto á cometer su crimen, á cuantos de él habló, lo hizo como de cosa determinada de antemano. Si hemos de dar fe al dicho de *ciertos escritores* enemigos de la Religion, sus consejeros fueron, como hemos dicho, tres eclesiásticos, y únicamente se cita por su nombre á Crisóbal Aubry, no jesuita, sino por al contrario doctor de la Sorbona, de este orgulloso cuerpo, enemigo constante de los hijos del gran Loyola, y cuyos abogados lanzaron sin el me-

tas fueron los primeros en acusar á los Jesuitas de profesar una doctrina atentatoria á la sagrada persona de los reyes, porque la acusacion de un crimen tan capital era el medio mas seguro para perderles. Las acusaciones, añaden dichos prelados, intentadas hoy dia contra los Jesuitas en tantos escritos como se han publicado (por escritores impios), no son mas que una repeticion de lo que se ha escrito para hacerles odiosos hace mas de 150 años.» Siempre tenemos que sacar la misma consecuencia, á saber, que los enemigos de los Jesuitas, lo son al propio tiempo de la Religion, lo mismo los que les acusaron en tiempo de Enrique III y IV de Francia, que en 1761 y en la actualidad. «Los enemigos de la fe les han perseguido siempre, dicen los mencionados obispos, y cuando se trata de calumniar á los Jesuitas, las *conjeturas mas aventuradas, las suposiciones mas gratuitas, las imposturas mas manifestas*, son nada para semejantes *escritorcillos*.» Puede aplicárseles aquella sentencia de S. Cirilo: *Nihil est facilius scurræ, quam mentiri et temere vituperare*. (S. Cyr. lib. 10 contra Julianum.) Nada hay mas fácil para el charlatan, que el mentir y vituperar temerariamente.

nor fundamento contra los Jesuitas una terrible acusacion de regicidas. Despues de asesorado por tan hábiles maestros ¿qué es lo que Barriere podia aprender con un simple jesuita que otros de sobras no le hubiesen ya enseñado? He aquí la razon de haber dicho antes que no comprendíamos porque Barriere debia aconsejarse de Varade.

El cómo se aconsejó es tambien muy oscuro, muy particular. Barriere permaneció muy pocos dias en París: los pocos que intentan hacer pesar tamaña responsabilidad sobre Varade, afirman que si Barriere visitó por segunda vez al jesuita, fué por no haberle encontrado en casa la primera, de modo que en todo caso una sola conferencia podrian haber tenido, y en una sola conferencia no toman consejo ni se deciden los hombres á tamañas acciones, ó mejor á tan enormes crímenes. El ateo Arnaud lo pretendió en contra, viniendo á la ayuda del hereje Pasquier, pero Arnaud fué desmentido, como consta de la misma *Historia de la Universidad*, t. iv, p. 884, y el autor del cacareado informe no supo volver por su honra, que un mentís ponía en situacion muy crítica ¹.

1. El protestante Sismondi, *Precis de l'histoire de France*, t. 21, que refiere con toda minuciosidad el plan del proyecto de parricidio de Barriere, ni habla de jesuita alguno, ni deja entender siquiera resultara el menor compromiso de las declaraciones de aquel contra algun individuo de la Compañia de Jesus, ni otra orden religiosa. Igual silencio guardan Henrion, *Historia general de la Iglesia*; Rohrbacher, *Historia universal de la Iglesia católica*; el autor de las *Mémoires pour servir à l'histoire des événemens de la fin du XVIII^e siècle*; *Nouvelles considérations philosophiques et critiques sur la Société des Jésuites*; *Louis détroné avant d'être roi*; *Nouvelle conspiration contre les Jésuites, dévoilé et brièvement expliquée*; *Lettres de Clericus*; *La vérité prouvée par les faits, contre les calomnies anciennes et nouvelles*; *Réfutation du libelle: Du Pape et des Jesuites*; *Los reyes y los pueblos*; *Historia del Pontificado*, con otros infinitos que podríamos citar, todos los cuales justifican á los dignos hijos del gran Loyola del cargo que los herejes y libertinos quieren hacer pesar sobre ellos: pero cuando de enemigos de este género se trata, todas las razones y pruebas son inútiles: su principio fundamental es la CALUMNIA; legado del heresiarca Calvino, y el corifeo de la impiedad del siglo XVIII Vol-

Si tantas pruebas no bastan , apelamos al gran testigo , al mejor , al único que puede iluminarnos en este oscuro camino que se llama el pasado. Este testigo incontrastable, inapelable, es la ilustre víctima, es el propio Enrique IV. ¿ Habrá uno solo que se atreva á dudar de la absoluta importancia de esta cita ? Pues bien , muy pocas palabras que la historia ha puesto en los labios de este monarca , son la mas completa justificación de los hijos del ínclito Loyola. Como se ve , no nos andamos por las ramas para evocar robustas pruebas.

M. de Harlay , presidente del Parlamento , que como antes hemos dicho sostuvo ante este tribunal la acusacion contra los Jesuitas , oyó de Enrique IV , « que todos los agravios por aquel magistrado imputados á los Jesuitas, no estaban en modo alguno justificados. » Esta prueba bastaria por sí sola á hacer superfluas cuantas pruebas en contrario se adujeron. Sin embargo no paró aquí la rehabilitacion de Enrique IV. En pleno parlamento dijo tambien el monarca las siguientes palabras, dignas de que los Jesuitas las escribieran en oro : « Por lo que á Barriere hace, en tanto es falso que un jesuita le hubiese confesado , como vosotros pretendéis, como que yo fui advertido del atentado por un jesuita, y otro le dijo que se iba á condenar si osaba cometerle. » Y bien ¿ puede descarse mayor desagravio de los insultos de M. de Harlay y comparsa ? Esta sola frase de Enrique IV echa por tierra todos sus cálculos , y afortunadamente nada han podido decir los enemigos sobre su autenticidad. Las testuales palabras que hemos citado las guardaron para mayor gloria de los Jesuitas aquellos que se las oyeron pronunciar al monarca grande , y á mayor abundamiento se encuentran en las *Memorias* de Villeroi , ministro de Estado ; en la *Historia* de Dupleix , autor contemporáneo é historiógrafo de Francia ; en el *Memorial* de Montholon , que puso de manifiesto la verdad á los ojos de las cá-

taire, quien en su carta á Tiriot de 21 de octubre de 1745 decia : **CONVIENE MENTIR COMO UN DEMONIO, NO CON TIMIDEZ Y EN OCASIONES DADAS, SINO DESCARADAMENTE Y SIEMPRE.**

maras, del rey y de la nacion; en el *Mercurio francés* del año 1604, tomo 2, pág. 170, y hasta en Mathieu, historiador de Enrique IV, que escribia segun las notas é instrucciones que el mismo príncipe le daba. Nos parece que el testimonio del rey no es dudoso, y que el bearnés debia, de una cosa que tan de cerca le interesaba, estar mejor instruido que los abogados de la Universidad, y probablemente supo qué clase de avisos recibió de los Jesuitas, de un modo mucho menos equívoco que lo pudieron saber los impíos Pasquier y Arnaud que hablaban de oídas, y quizás ni aun por tanto. Tratándose como se trataba de la augusta vida del rey, cuya pérdida ó amenaza podia poner en un compromiso la paz del reino y aun quizás las vidas de muchos ciudadanos, es probable que Enrique IV no hubiese obrado únicamente á impulsos de pruebas plenas ó al menos vehementes indicios, sino que hubiera debido apreciar hasta la mas ligera sospecha, como en circunstancias menos escepcionales es costumbre y siquiera por precaucion muy prudente. Dificilmente se comprende que uno salga á la defensa de aquellos á quienes el tribunal acusa de haber querido asesinarlos, y si en un particular fuera laudable tamaña abnegacion y cristiano olvido de las ofensas, pesan sobre la vida de un rey muchas y altas responsabilidades, para que por lo menos trate de apurar quienes son los que atentando á su existencia, daban una prueba tal de maldad, traicion y rebeldía que bastára por sí sola á hacer estallar en el reino incendio devastador. La magnanimidad de los reyes tiene una tasa que la justicia y la política les impone: enhorabuena ejerzan su clemencia en un pobre loco que lo mismo hiriera al rey de Francia que al de Inglaterra y al gran turco; pero muy detenidamente deben examinarse las causas que haciendo levantar un puñal le han hecho caer sobre la sagrada persona de un rey; y si como con Enrique IV sucedia podia haber algun indicio de que Barriere era únicamente el brazo de un cuerpo mas vasto aunque oculto, el rey, los parlamentos, los tribunales, el pueblo francés tenian una obligacion en descubrir hasta el último cómplice,

pues una conspiracion semejante debe extinguirse como el fuego, es decir, por completo: una sola chispa que se deje de apagar puede renovar de nuevo el incendio, amenazando idénticas catástrofes.

A pesar de esto, Enrique IV, cuya prudencia y altas prendas reales nadie desconoce, no tan solo no acusó á los Jesuitas, sino que les defendió de la acusacion de Harlay, y esto ante el tribunal, en lo cual el rey dió una alta prueba de su veneranda justicia, nunca mas resplandeciente que cuando se trata de una causa propia. Si Enrique IV hubiese sido un monarca débil como José I y Carlos II, si antes de la tentativa de regicidio hubiese sido educado por hombres afiliados ó adictos á la Compañía, si tan siquiera sus principios hubiesen sido los de un católico apostólico romano, no extrañaríamos su conducta, ó quizás mejor no nos haria su conducta tanta fuerza. Pero cabalmente es todo al contrario. Enrique IV educado en la secta protestante, poco pudo aprender de Sully, de los duques de Bouillon, de la Trémouille y de los otros jefes del protestantismo, idea alguna que le hiciera formar concepto muy aventajado de la Compañía de Jesus. Muy distinto de esto, desde su infancia se habia puesto gran cuidado en pintársela con colores muy odiosos, porque en aquellos tiempos en que la intolerancia era madre de todo lo malo, el primer deber de un calvinista era, como al presente el de un jansenista y de un libertino, sentir un odio mortal por el Instituto del ínclito Loyola. A pesar de todo, á pesar de que Enrique IV declara pública y terminantemente que los Jesuitas han salvado su vida, los jueces esterminan á los Jesuitas por haber atentado á la vida de Enrique IV. Esta injusticia ¿resulta ó no resulta probada? Contéstenos nuestro impugnado autor.

No hemos de parar aquí: se nos ha puesto en el camino y hemos de recorrerlo todo; se nos ha hecho deslizarse por una pendiente rápida y hemos de llegar hasta el fondo: cuando nos levantemos, el honor de los Jesuitas se levantará con nosotros.

Resulta pues del dicho de nuestros adversarios, que los Jesuitas son los instigadores del atentado de Barriere, y que Varade en particular es uno de sus mas inmediatos responsables. Varade es la victima individual, vayamos á defender individualmente á Varade. Enrique IV dice en público y cierra de este modo la boca á todos los acusadores, que un jesuita le ha advertido el peligro que corria, y otro jesuita ha amenazado con las penas del infierno á Barriere si llevaba á cabo el premeditado regicidio. Dos jesuitas pues trataron de evitar el crimen, lo cual es imposible que nadie nos niegue en razon. ¿A cuántos jesuitas habló Barriere de su intencion en Paris? A dos, segun reconoce el autor del anti-verídico *Retrato al daguerreotipo* con los obligados secuaces de Boucher, Pasquier, Arnaud, Harlay, etc., que están conformes en que habló á Varade y á otro jesuita, cuyo nombre *se ignora*, pues á su confesor, dicen ¡cosa muy rara! no le habló palabra. Y aquí se nos dispensará una brevísima objeccion. Barriere habló de su proyecto á una porcion de gentes, conocidas de él y desconocidas, y cabalmente no dijo palabra de ello á su confesor, á aquel á quien mas interés tenia en decirselo. ¿Se comprende esto racionalmente? Por lo que á nosotros toca reconocemos tener una comprensibilidad muy míope, ya que en ella no cabe semejante anomalía, que sin embargo otros han pasado por alto. Esto consistirá en el modo de ver las cosas, unos las ven desde una altura, otros de otra. Nosotros creemos ver esta desde la altura de la verdad.

Consta en consecuencia, segun lo afirma nuestro impugnado autor, que á solos dos jesuitas habló Barriere de su proyecto, y Enrique IV habla de dos jesuitas, uno que le avisó del atentado y otro que amenazó con eterno castigo al asesino. Forzosamente pues uno de estos dos debió ser Varade, y algunos opinan en la duda que el rector de los Jesuitas fué quien previno al rey, pues su elevada dignidad le hacia mas asequible la alta persona de Enrique IV. Si alguna duda puede quedar, la desvanecerán las palabras del gran rey.

«En tanto es falso, dice, que un jesuita haya inducido á Barriere á atentar contra mi vida, como que un jesuita fué quien me advirtió de que Barriere queria darme de puñaladas; en tanto es falso que un jesuita haya sobornado á Chatel, como que Chatel ha persistido hasta el último momento justificando á los Jesuitas: y á vosotros mismos apelo; si Varade habia armado de un puñal á Barriere, y por declaracion de Barriere lo sabeis vosotros ¿por qué al mismo tiempo que á Barriere no habeis procesado á Varade? Y si Guéret puso el puñal en manos de Chatel ¿por qué no condenasteis con Chatel á Guéret?»—Esta argumentacion de Enrique IV no admite réplica, es la verdadera prueba plena.

Todavía hemos de ir mas léjos, y con el historiador Matthieu por escudo, en su *Historia de la deplorable muerte de Enrique IV* apoyados, diremos: «Un hombre desesperado pros- tituyóse al culpable deseo de asesinar al rey. Comunicólo á un escudero del rey de España, llamado Valdemoro, quien dió parte á de Barraut, embajador de Francia, diciéndole que al tener noticia de tal intento, presentándole la conciencia la enormidad de semejante atentado, habló de ello á un jesuita, que con gran fuerza le distrajo de esta execrable idea, exhortándole á dar aviso al embajador, á fin de que velara por la seguridad de la real persona. De Barraut advirtió de todo á su majestad, y su majestad ensalzó la satisfaccion que el jesuita habia dado á la verdad y á la conciencia ultrajadas.»—La autoridad de Matthieu no es dudosa: como consejero del rey, como historiador de Francia, y sobre todo como confidente que era de Enrique IV, nada se le ocultaba de lo que en la corte tenia lugar. Acogiéndonos pues á la cita de Matthieu, tenemos que no solo los jesuitas franceses nada tuvieron de comun con el asesinato del rey de Francia, sino que aun des-

1. Este y otros cargos análogos contra los Jesuitas; tuvieron su origen en el heresiarca Calvino, como hemos manifestado ya, furioso él y sus secuaces por encontrar siempre de frente á los dignos hijos del gran Ignacio, por cuyo motivo consideraron como punto

de España los beneméritos hijos del gran Loyola velaban por la seguridad de Enrique IV, amenazada por un protervo.

¿Y qué tiene de particular que así fuera? ¿Qué interés abrigaban los Jesuitas en la muerte del bearnés? ¿Les era este enemigo? De ningún modo. Matar los Jesuitas á Enrique IV no se explicaria sino por el gusto de matar; y esta hidrofobia real, no creemos que autor alguno la haya descubierto en la Compañía de Jesús. El rey de Francia se habia mostrado muy adicto á los Jesuitas. El biógrafo Feller dice sobre este particular lo siguiente: «La conducta que observó con los Jesuitas, »enemigos los mas celosos del protestantismo, es una prueba

capital deshacerse de ellos á toda costa. Para hacerles odiosos no hubo crimen que no les imputasen; así es que sus modernos enemigos los incrédulos, nada han podido inventar contra los Jesuitas que los herejes no hubiesen publicado en el siglo xvi y á principios del xvii. Entonces se inventó la fábula de Jesuitas regicidas y otros crímenes atroces, aunque sin prueba alguna; fábula que los incrédulos han renovado por mas que su falsedad haya sido tantas veces demostrada, copiándola de los escritos del ateo Arnauld, del inmundo hereje Pasquier, etc. Los Jesuitas, suponen los impíos, profesan una doctrina que compromete la seguridad de los soberanos. En primer lugar, si así fuese, ¿no serian los Jesuitas amigos de los herejes y de sus fieles discípulos? En segundo lugar, ¿ha habido en el espacio de mas de dos siglos que los Jesuitas han enseñado, tantos soberanos destronados, espulsados ó fugitivos de sus estados, como hemos visto en el espacio de pocos años despues que los Jesuitas han dejado de existir?

El encargo que Calvino hizo á sus discípulos de calumniar á los Jesuitas no fué inventado por este heresiarca. Toda su gloria consiste en apropiarse y erigir en precepto una máxima que no se atrevían á confesar, pero que era bien conocida. Antes de él se habia empleado á menudo la calumnia, principalmente contra las diversas órdenes religiosas. Calvino adoptó y quiso legitimar este *plan de guerra*, limitándole á los Jesuitas, para darle mas fuerza. El angélico doctor Santo Tomás, en su *Apología de las órdenes mendicantes*, Opusc. 19, c. 22, dice: «Que los enemigos de estos religiosos no se limitaban á inventar algunas acusaciones contra ellos, sino que elegian las mas atroces para hacerles sospechosos y odiosos, y hacerles tener por indignos de la sociedad humana, y que al efecto de aterrarles con mas seguridad con sus calumnias, les imputaban los mayores escándalos que ocurrían en la Iglesia.» ¿Es acaso de estrañar que los enemigos de los Jesuitas se esfuerzen en imitar tan nobles modelos?

»mas de su adhesion á la fe romana. Sabido es con cuanta bondad llamó á estos religiosos que el Parlamento habia desterrado, se constituyó en su abogado, les hizo donacion de su palacio de la Flecha y les *legó su corazon.*» Semejantes demostraciones no admiten objecion alguna.

Anteriormente hemos ya citado la carta que dirigió á Clemente VIII con ocasion de la muerte del cardenal de Toledo. Citaremos ahora el primer párrafo de la carta, que fechada en Fontainebleau á los 19 de noviembre de 1603, dirigió al general de la Compañía Claudio Aquaviva. Dice así: «Señor general: he tomado con empeño el restablecimiento en mi reino de vuestra orden, movido por consideraciones dignas de un príncipe cristianísimo, que desea la mayor gloria de Dios y prosperidad de su Estado.» Aquí tenemos bien esplicitamente consignado que Enrique IV, muy léjos de creer á los Jesuitas malos religiosos y malos ciudadanos, como repetidamente está diciendo el autor del censurado *Retrato al daguerreotipo*, les llama á su reino para mayor gloria de Dios y prosperidad del Estado. Por mas que el anti-jesuitismo discurra, todas sus razones juntas no hacen la fuerza de este solo dicho del monarca *grande*. ¿Por qué no lo continuan nuestros adversarios? ¿Por qué no lo impugnan? Porque no pueden, porque como el caballo tascan este freno y babea impotentes.

No hemos agotado todavía nuestras municiones, por al contrario, vamos á sacar ahora las de gran calibre. En 1607 los Jesuitas agradecidos á la proteccion que les dispensára Enrique IV, acordaron darle cumplidas gracias en un discurso que pronunció el P. Armand, estando el rey en Villers-Cotterets. Este discurso no es del caso, pero sí lo es la contestacion que mereció del monarca, cuya copia auténtica se guarda en los archivos de Roma. Es de notar que todas estas demostraciones hechas por Enrique IV, lo fueron no solo posteriormente al atentado de Barriere sino al de Juan Chatel, pues aquel trató de asesinarle en 1593 y este en 1595, y la carta á Aquaviva trae fecha de 1603, y la contestacion al discurso de Armand

es de 1607. Véase por ende la mella que produjo en el rey el anti-jesuitismo. Dijo, pues, el monarca:

«Desde que os conocí os amé y quise, sabiendo que cuantos
»se dirigen á vosotros, sea en busca de instruccion, sea en des-
»carga de conciencia, sacan de ello gran provecho. Por esto
»yo he dicho, que aquellos que aman y temen á Dios no pue-
»den hacer sino bien y permanecen siempre fieles á su sobe-
»rano. Guardad con puntualidad la regla, buena es ella: si
»hasta aquí os he protegido, protegiéndoos seguiré. Encuentro
»muy oportuno, y debeis procurar que así continúe, que el
»Papa no elija obispos ni cardenales de entre vosotros, por-
»que si os entraba la ambicion, incontinenti seriais perdidos:
»todos somos hombres y tenemos necesidad de resistir nuestras
»tentaciones. Cada uno de vosotros puede experimentar en
»sí propio, pero vosotros sabeis resistir á ellas. Yo poseo un
»gran reino; y del mismo modo que los grandes, porque son
»grandes y poderosos, pueden causar grandes males ó grandes
»bienes, así vosotros sois grandes en doctrina y piedad entre
»los servidores de Dios. Vosotros podeis producir muchos bie-
»nes por vuestras predicaciones, confesiones, escritos, leccio-
»nes, discusiones, buenos consejos é instruccion. Por al con-
»trario, si faltarais y os separaseis de vuestro deber, podriais
»causar mucho daño, por la gran confianza que se tiene en
»vosotros.

«Mucho me he alegrado al saber que habeis dado orden de
»que ningun libro se imprima por ninguno de vosotros si hay
»recelo de que pueda ser motivo de ofensa. Haceis muy bien.
»Aquello que será bueno en Italia, no lo será fuera, y lo que
»será muy bueno en Francia, será muy malo en Italia. Es pre-
»ciso vivir con los vivos, y vosotros debeis huir todas las oca-
»siones, hasta las mas remotas, por lo mucho que se os está
»observando y á vuestra conducta asimismo. Sin embargo,
»mejor es que os tengan envidia que no compasion, que si por
»verter calumnias se cortáran todas las lenguas maldicientes,
»muchos mudos se verian, y con dificultad habria quien pu-

»diera hacerse servir. Yo he pertenecido á dos religiones, y to-
»do cuanto hacia siendo hugonote, lo interpretaban como es-
»cesivo celo por su causa: al presente que soy católico, si tra-
»bajo en favor de la religion, dicen que soy jesuita. Yo paso
»por cima de todo esto, y me atengo al bien por ser bien. Ha-
»cedlo vosotros así, y no hagais caso de lo que digan. Si al-
»guno de vosotros, no obstante, incurriere en falta, yo seré
»el primero en corregirle, pero no por esto haré responsable á
»la orden. He aquí lo que vuestro comisionado podrá decir y
»testificar en Roma á vuestro general, á quien encargo se ha-
»ga presente mi cariño. Que de treinta mil alguno incurra en
»falta, no será maravilla. Milagro es que no sean mas; ved
»como entre doce apóstoles se encontró un Judas. Por lo que
»á mí toca os querré siempre como á la niña de mis ojos. Ro-
»gad por mí.»

El aprecio de Enrique IV hacia los Jesuitas no se limitaba á las palabras, los hechos venian en su auxilio. Jesuita era su director espiritual, el P. Coton, célebre religioso y predicador al mismo tiempo del monarca. Algunos malévolos creyeron que el modo de matar á la Compañía era matar al P. Coton, el cual, en efecto, á principios del año 1604 fué herido de una estocada frente su casa, en el momento de apearse de uno de los carruajes de la real casa. Por fortuna la herida no tuvo fatales consecuencias, y proporcionó decir á Enrique IV que «esta era cosa preparada de antemano para dar al P. Coton el gusto de saber cuanto era querido.» Algunos meses despues, el P. Gontheri recibia iguales pruebas de cariño por parte del monarca, á quien tenia en gran veneracion. Él y el padre Coton eran frecuentemente los comensales de Enrique IV en la mesa. Refiere Sully en sus *Memorias*, tomo VI, libro XXXIII, página 308, que un dia estaba el monarca comiendo familiarmente con los dos jesuitas, cuando el duque penetró en la estancia. Enrique al verle no pudo menos que sonreirse al recordar las inquietudes que los calvinistas habian despertado en el ministro á propósito de los jesuitas re-

gicidas , y le dijo : «Para mayor satisfaccion , heme aquí á la mesa , rodeado de estas gentes como veis , y muy y muy seguro de su cariño.» Enrique decia una gran verdad : nunca la ingratitud creció ni fecundó entre los hijos del gran Loyola. Hasta su muerte aciaga colmóles de beneficios ; hasta su muerte correspondiéronle con amor.

No fueron las grandes pruebas de intimidad y confianza los únicos beneficios que el rey proporcionó á la Compañía , testimoniando así su afecto por los Jesuitas : colmóles de favores , honróles constantemente y protegióles , y en la persona de su confesor dióles la mas pública prueba de su real afecto. El P. Cotton habia rehusado el arzobispado de Arles , cuando en 1605 quiso el rey hacerle nombrar cardenal. Asustóse al saberlo el modesto jesuita , y para distraer al principe y disuadirle de un proyecto incompatible con su voto de humildad , solicitó del P. Luis Richeome , provincial de Lyon , pasára á la corte. Richeome presentóse á Enrique IV , dióle gracias por todos sus beneficios y dijo iba á pedirle el último. «Lo que nos atrevemos á rogaros , señor , fueron sus palabras , es que pongais un término á vuestros favores ; no imploramos , no , don ninguno , lo que tememos es una prueba mas de vuestra munificencia ; lo que tememos es que V. M. tenga intencion de elevar á alguno de nosotros á dignidades eclesiásticas.» He aquí los hombres ambiciosos que todo lo atropellaban para saciar su ambicion ; he aquí los hijos del orgullo , como les llama nuestro impugnado autor sin el menor fundamento segun costumbre.

La peticion del P. Richeome sonó de un modo extraño en el oido del monarca , que habia conocido de cerca las debilidades ambiciosas de los partidos. Asombrado Enrique , preguntó : — «¿ Y en buena fe son estos los sentimientos de toda la Compañía?—Sí , contestó el jesuita , estoy seguro de ello , os lo afirmo.—En este caso , prosiguió el rey , estad tranquilos ; quiero mucho á vuestro Instituto y tomé á mi cargo su defensa é intereses.»—Cumplióse el voto del P. Cotton á medida de su gusto ; no vistió el jesuita la púrpura romana , pero supo recom-

pensar tanta humildad con real largueza. Hacia ya tiempo que las ciudades de Moulins, Nevers, Troyes, Reims, Poitiers, Chartres, Viena, Embrun y Sisteron tenían presentadas solicitudes para que en ellas establecieran colegios los Jesuitas. Enrique IV accedió á estos deseos. Fundáronse tres noviciados en Lyon, Ruan y Burdeos, y una Casa Profesa en Arles. Llegan los Jesuitas á contar cuarenta mil discípulos en solo Francia, estiéndense por todas partes, porque el rey les llama con razon *ciudadelas de las almas* y juzga que para el bienestár de sus súbditos deberían lo menos tener los Jesuitas un colegio en cada diócesis. Así lo dice una carta de Coton que se conserva en el archivo de la Compañía.

Convencido además Enrique IV de las ventajas que proporcionaban los Jesuitas á los países en que se instalaban, no quiso que el suelo que le vió nacer se viera privado de ellos. El Bearn vió llegar á los Padres que el rey le destinaba. Esta provincia estaba enteramente dominada por el calvinismo: al efecto de extinguir sin ruido y por medio de la buena educación el espíritu de secta, el mejor medio, y que hasta entonces habia dado los mejores resultados en cuantos países se ensayara, era el de instalar en el Bearn á los beneméritos hijos del gran Loyola. El obispo de Oloron así lo tenia pedido, pero el parlamento de Pau era contrario á este proyecto. Protestantes todos sus miembros, aceptaban por fuerza á los sacerdotes católicos, pero ni aun esta forzosa aquiescencia querian dispensar á los Jesuitas. Sin embargo, y pese á esta grosera oposicion, el rey se creyó mas apto para juzgar á los Padres, que no lo eran su parlamento y antiguos amigos del Bearn. En su consecuencia, anuló el decreto de proscripcion y los Jesuitas entraron en el Bearn.

Por esta misma época, el propio Enrique IV encargaba al baron de Salignac, su embajador en Constantinopla, obtuviera del Sultán un permiso para enviar jesuitas al imperio de Mahomet. Accedió al deseo el Sultán, y cinco misioneros, el P. Canillac al frente, partieron para Oriente. Cuando Samuel

de Champlain descubrió el Canadá y echó los primeros cimientos de algunas poblaciones, juzgaron muy acertadamente los franceses que en vano poder alguno seria bastante á civilizar el conquistado país si no lo tomaba de su cuenta la religion: el Evangelio era el único código que podia y debia promulgarse á aquellas hordas. Enrique IV que de aquellos salvajes queria sacar hombres, llamó á los Jesuitas y les señaló aquellos vírgenes bosques, donde nunca penetrára rayo del sol ni planta de hombre culto. Los Jesuitas partieron, y Enrique tuvo el gusto de ver como no faltaron á su confianza, ni menos destruyeron sus esperanzas.

En julio de 1609 escribió al Sumo Pontífice una sentida carta rogándole encarecidamente procediera á la beatificacion de los PP. Ignacio de Loyola y Francisco Javier, cuyas virtudes debidamente pondera, diciendo luego entre otras cosas: «Y si por ventura faltare algun requisito para perfeccionar tan buena obra, querais suplirla con prudencia y bondad, atendiendo al consuelo que en ello tendrán las almas piadosas, y á las ventajas que han prestado y prestan diariamente á la cristiandad los individuos de la orden de que aquellos fueron fundadores.» Semejante conducta no deja lugar á duda alguna, la MALICIA no puede concebirla.

Finalmente, para dar una prueba, última y solemne, del alto aprecio y consideracion en que Enrique IV tenia á los hijos y á la obra de S. Ignacio, citaremos, y léase con mucha detencion, la carta que en 28 de noviembre de 1607 dirigió á la sesta Congregacion. Dice así:—«A nuestros carísimos y bien amados Padres de la Compañía de Jesus: Habiendo sabido que de todos los puntos del universo cristiano os habeis reunido en Roma para el bien comun de vuestra Sociedad, que miramos como inseparablemente ligado al bien de la misma Iglesia, visto el particular amor que profesamos á vuestra orden, hemos creído útil dirigiros esta carta por la cual os testificamos el constante afecto que sentimos por vosotros todos y cada uno en particular, y que desde luego promete—

»mos concederos todo aquello que dependa de la proteccion de
 »nuestra autoridad. Asimismo os rogamos y exhortamos á que
 »*veleis constantemente, tanto como posible os sea, por la con-*
 »*servacion de vuestras reglas é Instituto, á fin de que mantien-*
 »*gan su antiguo brillo y pureza.* En fin, recomendamos á
 »vuestros santos sacrificios y oraciones los intereses de nuestro
 »reino, nuestra persona y la de la reina nuestra muy amada
 »esposa, y de los hijos que Dios se ha dignado concedernos,
 »prometiéndoos que recompensaremos vuestros trabajos en
 »cuantas ocasiones se ofrezcan de contribuir á la felicidad y
 »engrandecimiento de vuestra orden, como por la esperiencia
 »podreis juzgarlo.—Enrique.»

Probado pues en cuanto aprecio tenia Enrique IV á los Jesuitas y cuantos eran los favores que le debian, y cuanto para bien de la orden podian esperar del Bearnés, nos será lícito preguntar ¿qué interés podian tener los hijos del gran Loyola en que muriera el Bearnés? Si este les hubiera perseguido, despreciado, tolerado siquiera las malas artes de que eran victimas, concíbese llegara á tanto su odio, que pudieran ser criminales hasta el punto de atentar á la vida del monarca; pero á un rey que les prodiga gracia sobre gracia, que les dispensa la confianza que ninguno, que en todas partes les instala y en todas partes les defiende, no es humana, ni prudente, ni razonablemente concebible que los Jesuitas tratáran de asesinarle, pues nadie atenta contra la vida de un protector tan interesante y poderoso como es un rey. Confiese por lo tanto el anti-jesuitismo, que entre Barriere y los hijos del glorioso S. Ignacio no hay punto de contacto alguno. Quien sepa como impug-narnos, hágalo; nosotros tenemos un escudo contra el cual se embotan las armas de la CALUMNIA Y DE LA MALA FE, porque es el escudo de la verdad.

Y cuando faltara alguna prueba, cuando nuestros argumentos y reflexiones, que juzgamos de algun peso, no fueran bastantes á demostrar la completa inocencia de unos hombres, cuyas manos no colorea mancha alguna de sangre, bastara que

el autor del anti-verídico *Retrato al daguerreotipo*, copiando de Boucher y Boucher copiando de Pasquier, se vea en la precision de confesar que ninguna prueba real existe, contentándose con decir *que tal lo suponía la opinion pública*. Este ni es argumento, ni prueba, ni tan siquiera razon. Cuando se pasan tres siglos sobre algun hecho, á la opinion pública se la hace decir lo que mas conviene. Cotéjese esta prueba con las nuestras, y decidase de qué lado está la razon.

1. Ni existe ni ha existido prueba alguna en cuantos cargos los impíos han formulado contra los Jesuitas, como en el decurso de esta obra hemos completamente probado y probaremos. Aun con respecto al regicida Jacobo Clemente, además de las razones tan convincentes que en su lugar hemos consignado, creemos no ser destituida de fundamento la opinion de dos sabios escritores, Steill y Delmans, cuyas luminosas disertaciones tienen por objeto probar, que el asesino de Enrique III no fué Jacobo Clemente, sino un hugonote revestido de sus propios hábitos. Debemos suponer fundada esta opinion, en cuanto es del todo conforme á la doctrina herética, pues segun el principio fundamental del protestantismo, *que cada uno no tiene por regla y juez de su conciencia sino á sí mismo*, el regicida tenia derecho de hacer lo que hizo. Segun este otro principio de Calvino y Lutero, *que Dios obra en otros el bien como el mal*, el regicidio fué una accion divina; doctrinas infames que nuestra santa religion reprueba y condena muy justamente. (Rohrbacher, *Historia universal de la Iglesia católica*, tomó 24.)

CAPITULO XXIX.

DOS PALABRAS Á PROPÓSITO DE SIXTO V.

El autor del ridículo *Retrato al daguerreotipo* supone en la página 163 de su injuriosa obra, primero que Sixto-V era enemigo de los Jesuitas : esto es una falsedad. Supone además criminalmente , haciéndose eco de la mas fea injuria , atropellando cuanto de mas sagrado y honrado hay en este mundo , y haciéndose eco de la mas negra infamia , que los hijos de San Ignacio, los sucesores de Francisco Javier , habian envenenado á Sixto V , por temor de que este Pontífice reformara los estatutos de la Compañía , colocando un mortal veneno á los pies de un Crucifijo que el Papa acostumbraba adorar al hacer sus oraciones. Semejante acusacion es digna del MENTÍS mas solemne, y nosotros lo damos públicamente á los inventores de esta sangrienta y vergonzosa farsa , y á cuantos en su apoyo la transcriban. Este MENTÍS , sin embargo , exige pruebas , y nosotros vamos á darlas.

Sixto V como Pontífice protegió á los Jesuitas contra la Inquisicion de España , y en una carta que escribió al inquisidor general , cardenal Quiroga , á propósito de cierta disposicion que tomó sobre los Jesuitas , decia el Papa : «Y si no obedecéis inmediatamente , yo , el Papa , os depondré de vuestro cargo de inquisidor general , y os arrancaré el birrete de cardenal.» Véase hasta qué punto llevaba el Pontífice el principio de autoridad.

El carácter de Sixto V era impetuoso : á su muerte el pueblo condenó su pontificado : la posteridad es quien se ha en-

cargado de hacer justicia á sus eminentes dotes. Nacido en humilde cuna y fuerte por el prudente rigor de sus leyes, quiso que Roma cambiara de faz durante su exaltacion, y consiguiólo en mucha parte. Cuando no pudo cambiar la posicion de los hombres, cambió la de las cosas, é hizo trasladar de unos sitios á otros de Roma tres obeliscos. Murió; la posteridad, ya lo hemos dicho, ha hecho justicia. La imparcialidad, empero, nos hace que descubramos, y muchos con nosotros descubran, algunas levísimas manchas en el riquísimo manto de sus obras. Sixto V pretendió, contra el parecer de todo el sacro colegio, reformar uno de los capítulos de las Constituciones de la Compañía, y nada pudo disuadirle de la idea. El general Aquaviva fué quien, abrigando idéntico carácter por lo que hace á la viveza de concepcion y á la energía de carácter, le dió el ejemplo de una aquiescencia no esperada de persona. Mientras porcion de cardenales se preparaban á luchar contra el proyecto del Pontífice, Aquaviva, modelo de obediencia, se allanaba á la voluntad de Sixto V, y depositaba en sus augustas manos el escrito de su futura sumision. El Papa, con este paso se dió por satisfecho, colocó el escrito en su bufete y dejó el fallo para otra ocasion. Los jesuitas encaminaban sus fervientes oraciones á Dios y en él pusieron su confianza. En este estado sobrevino la muerte del romano Pontífice. Veamos en qué funda semejante acusacion, si es que fundamento merece llamarse, el autor del anti-verídico *Retrato al daguerreotipo*. Nuevamente nos referimos á la página 163 de su condenada obra.

«Lo que por lo menos no admite duda, dice, es que en las
»circunstancias que hemos descrito falleció Sixto V, y que por
»todas partes circuló instantáneamente la voz de que los Jesui-
»tas le habian hecho envenenar. De aquí se derivó el prover-
»bio romano que dice: *tendremos sede vacante, porque los Je-*
»*suitas rezan sus letanias*; aludiendo á las que rezaron mien-
»tras temieron la reforma de su Instituto.» Cualquiera conocerá que esto dista mucho de ser una razon, pero aun tal como

sea, y valga lo que valga, queremos deshacerla en honor á la verdad.

El origen de la calumnia es el siguiente. Al salir Aquaviva del palacio Quirinal, donde habia ido á deponer la sumision de los Jesuitas á los pies del Pontífice, dirigióse al noviciado de S. Andrés, y encargó á los novicios de la Compañía hicieran una novena para apartar la tempestad que les amenazaba. Celebróse en efecto la novena, y el día último, en el mismo instante en que la campana de S. Andrés llamaba á los novicios al rezo de las letanías, espiró Sixto V. Esta es la verdad, y por cierto que no lo cuenta así nuestro impugnado autor.

Por lo que hace á que Sixto V murió de muerte natural lo prebaremos del modo que se quiera. Cretineau Joly en la *Historia de la Compañía de Jesus*, asegura que este Pontífice á su avanzada edad reunia hallarse estenuado de fatigas y consumido por una enfermedad mortal.—Feller en su *Biografía universal*, dice: *Un trabajo escesivo minábale poco á poco. Murió en 1590 á la edad de 69 años.* Ni Florez ni los redactores de la *Biografía portátil universal*, conocidos por su anti-jesuitismo, dicen una palabra del soñado envenenamiento en los artículos que consagran á Sixto V. Ni Henrion, ni Rhorbacher, ni Fleury, ni Amat, ni Receveur cada uno en su respectiva *Historia de la Iglesia*, ni el conde A. de Beaufort, en su *Historia de los Papas*, dejan entrever, ni aun remotamente, la posibilidad de que Sixto V muriera de otra muerte que la natural, causada por la aniquilacion que en aquel cuerpo produjo el escesivo trabajo á que se habia dedicado. Cuando ocho autores como los que hemos indicado, nada dicen, nada sospechan, es bien seguro que la farsa del envenenamiento del Pontífice es otra de tantas calumnias con que los enemigos bastardos de la Compañía de Jesus han querido desacreditar el célebre Instituto. Semejante conducta es vil y baja, pero nada tiene de nueva. ¿Acaso es la primera vez que en esta historia hemos probado la falsedad de los envenenados tiros que la impiedad ha disparado contra los Jesuitas? Lo extraño sería que así no hubiese sucedido.

Ni nadie debe admirarse de que no nos detengamos mas en probar la inocencia de los hijos del gran Loyola; no necesitan en este punto mas defensa. ¿Ni de dónde habíamos de sacarla? ¿Hay autor de media nota siquiera que se haya entretenido en deshacer lo que nunca ha sido? Enhorabuena el del reprobado *Retrato al daguerreotipo* nos mostrara el fundamento de su acusacion, y entonces saliéramos á impugnarla; pero ante una cosa injustificada, ante una acusacion gratuita y voluntaria que siquiera no tiene un desacreditado autor que la sostenga, ¿cómo hemos de atravesar una sombra, herir un sueño, destruir una quimera? ¿En qué autor podríamos apoyarnos, cuando ninguno, antiguo ni moderno, se ha encontrado en el caso de hacer una defensa desde el momento en que ninguno tampoco ha formulado una acusacion? Todos están contestes en que Sixto V murió de muerte natural; viene ahora un compilador de paparruchas y calumnias y se le antoja decir que murió envenenado; ¿qué le hemos de hacer? Como á su tiempo oportuno nadie habia tenido semejante capricho, nosotros no vivíamos en aquella época para decir al impugnado autor: «No anda Vd. acertado, pues el Papa murió de tal ó cual cosa, en prueba de lo cual se le recetaron tales ó cuales medicamentos.»

Díganos el menos instruido: ¿quién ignora que el rey don Pedro de Castilla murió asesinado por su hermano D. Enrique en los campos de Montiel? Nadie. ¿Y cómo lo saben? Porque así lo dicen uniformes todas las historias. Pues supongamos que un autor que nunca saludara la historia, tuviese la humorada de decirnos que el rey D. Pedro murió de una pulmonía que le dió paseando por las murallas de su castillo: el que quisiera rebatir tan absurda idea. ¿encontraria argumentos directos en historias que hicieran mencion del hecho, ó mejor abandonaria al desprecio semejante fábula, contentándose con reproducir un testo de reputado autor que viniera en confirmacion del popular fratricidio? Pues esto mismo hacemos nosotros. Y créanos el autor del censurado *Retrato al daguer-*

reotipo, si no tiene otras armas que estas, si quiere que el público no se ria mas y mas de su obra, déjese de dar crédito á esas informes invenciones de la delirante imaginacion de Adolfo Boucher y comparsa, destinadas á morir con el crédito y reputacion de sus autores.

CAPITULO XXX.

ENRIQUE IV.—JUAN CHATEL.

Hemos dicho ya otra vez que una de las odiosas calumnias esplotadas con mas éxito por los enemigos de los Jesuitas era la del asesinato de Enrique IV. Hemos concluido un capítulo, probando que este rey léjos de ser enemigo, era muy amigo y protector de estos religiosos, y que, por consecuencia, ningun interés habia en deshacerse de él. Ahora añadiremos: Enrique es quien ha hecho de la orden de los Jesuitas la apología mas completa, apología modelo al propio tiempo y monumento de la elocuencia ardiente, típica, enérgica y concisa, que caracteriza el lenguaje empleado por Enrique IV en las grandes solemnidades y circunstancias críticas. Este documento lo reprodujo el historiador de aquella época Mathieu, biógrafo de Enrique. Dupleix, el *Mercurio francés*, y Montholon lo transcriben asimismo; de Thou confirma su autenticidad; consérvase manuscrito en varias bibliotecas de Europa, donde se encuentra desde la época en que lo pronunció el rey; guardáronle en la memoria los que se lo oyeron pronunciar; imprimióse á la vista del monarca y de toda la corte.... Si este documento no es auténtico, digamos que no hay historia.

El 24 de diciembre de 1603 (diez años habian transcurrido del atentado de Pedro Barriere, y nueve del de Juan Chatel) el presidente de Harlay dirigióse al Louvre acompañado de numeroso séquito de consejeros, para tentar el último esfuerzo á fin de disuadir al rey de su intento de llamar otra vez á los Je-

suitas. De Harlay pronunció á este efecto una larga arenga , y obtuvo él y todos de Enrique IV la siguiente contestacion :

« Yo veo todo lo que vosotros veis , y vosotros no veis todo lo que yo veo. Vosotros me proponeis dificultades que os parecen grandes y de mucha consideracion , y no recordais que todo cuanto habeis dicho es cabalmente lo que á mí me ha pasado de ocho y nueve años á esta parte ; *os haceis los entendidos en asuntos de Estado y entendéis menos que yo en sustanciar un proceso.* Y por lo que á Poissy toca quiero que sepais , que si todos se hubiesen portado como se portaron uno ó dos jesuitas que á propósito se encontraban allí, las cosas hubieran ido mucho mejor para los católicos. Desde entonces ha sido reconocido , no su ambicion , sino su mérito , y *me asombra ver como acusais de ambiciosos á unos hombres , que rehusan las dignidades y prelaturas con que se les brinda , que hacen á Dios voto de no aspirar jamás á ellas , y que nada pretenden , sino es servir gratuitamente en este mundo á todos cuantos solicitan sus servicios.* Y si el título de *Jesuitas* os disgusta ¿por qué no os sucede lo mismo con aquellos que se titulan religiosos de la Trinidad ? Y si os creéis ser tan compañeros de Jesus como ellos ¿por qué no decís que vuestras hijas son tan religiosas como puedan serlo las *Hijas de Dios* en París, y vosotros de la orden del Espíritu Santo tanto como puedan serlo mis caballeros y aun yo mismo ? De todos modos , mejor quisiera yo ser llamado jesuita que jacobino.

»Decísme que la Sorbona les ha condenado , pero ha sido como vosotros , antes de conocerles. Y si la antigua Sorbona , *llevada de sus celos* , no ha querido conocerles, la moderna ha hecho estudios sobre ellos , y no le pesa por cierto. Si hasta ahora no han sido establecidos en Francia , *Dios me reserva esta gloria* , pues á merced tengo establecerles en ella , y si habian ejercido sus oficios provisionalmente , de hoy mas los ejercerán por edicto y sentencia mia. La voluntad de mis predecesores les toleraba , mi voluntad les establecerá.

»La Universidad les ha hecho la oposicion , pero ha sido , ó

porque los Jesuitas lo hacian mejor que ella, testigo la afluencia de los escolares que lenian en sus colegios, ó porque no estaban incorporados á la Universidad, á lo cual no se negarán cuando yo se lo mande, y cuando os veais obligados á pedirme su restablecimiento. Decís tambien, que los mas doctos de vuestro Parlamento nada han aprendido de ellos. Si los mas doctos son los mas viejos, es cierto, por quanto hicieron sus estudios antes que los Jesuitas fueran conocidos en Francia. Pero yo he oido decir que otros parlamentos no opinan del mismo modo, ni aun tampoco todos los individuos del vuestro. Y si nada nuevo se aprendia con ellos ¿en qué consiste que desde su ausencia *vuestra Universidad ha quedado desierta*, y que se les va en su busca á Douay y fuera del reino, á pesar de todos vuestros decretos en contra?

» Llamarles compañía de facciosos porque habian pertenecido á la *Liga* es una injuria del tiempo. Ellos creian obrar bien, como lo creyeron muchos otros que se mezclaron en este asunto, pero se engañaron y han reconocido en mi intencion todo lo contrario que habian creido; pero aun yo creo que si entraron en la *Liga* fué con menos malicia que otros, y juzgo que su propia conciencia, con los favores que he de dispensarles, les aficionará á mi mas que no se aficionaron á la *Liga*.

» Que hacen suyos, decís, á los jóvenes de talento, que van en su busca y escogen los mejores: cabalmente por esto es porque yo les quiero. ¿Por ventura no escogemos nosotros los mejores soldados para ir á la guerra? Y si no tuviera lugar el favoritismo, como entre vosotros sucede ¿admitiriais entre vosotros á aquellos que no fueran dignos de vuestra compañía y de sentarse en el Parlamento? Si os proveyeran de preceptores ó predicadores ignorantes, les despreciariais; porque abrigar privilegiados talentos es porque vais en su busca. *En cuanto á los bienes que decís poseian, es una calumnia y una impostura*, y sé muy bien que por la reunion hecha á mi tesoro, no se han podido mantener en Bourges y en Lyon mas de siete ú ocho regentes, en vez que ellos eran treinta ó cuarenta: y cuando

por este lado hubiera algun inconveniente , yo he de salvarlo en mi edicto.

»El voto de obediencia que hacen al Papa no les obligará con mas fuerza que el juramento de fidelidad que me presten, á no intentar cosa alguna contra el príncipe natural ; pero aun este voto no se estiende á todos sus actos , sino á cuando el Papa quiera enviarlos á la conversion de infieles ; y ¿ no es un hecho que por su ministerio Dios ha convertido las Indias ? Y lo que digo yo muy á menudo , si el español se ha servido de ellos ¿ por qué no ha de servirse la Francia ? ¿ Es peor nuestra condición que la de los demás ? ¿ Es la España mas amable que la Francia ? Pues si España es amable para los suyos ¿ por qué no ha de serlo la Francia para los míos ?

»Posesiónanse de un punto del mejor modo que pueden ; igual hacen todos ; y aun yo mismo ¿ no me he posesionado de mi reino del mejor modo que me ha sido posible ? Añádase , sin embargo , que su paciencia es estremada y que yo soy el primero que la admiro , pues con paciencia y buenas obras llegan siempre al término que se proponen . Y no les quiero menos porque , como decís , sean rígidos observadores de sus votos , lo cual es uno de sus mejores elementos , de modo que nada he querido cambiar en su regla , antes bien es mi voluntad que la conserven . De modo que si algunas condiciones les he impuesto , que tal vez no gusten á los extranjeros , es porque creo mas ventajoso que los estraños aprendan de nosotros que no nosotros de los estraños ; pues sea lo que sea , estoy yo muy bien con mis súbditos . Es cierto que algunos eclesiásticos les han hecho la oposicion ; pero propio es de todos los tiempos atreverse la ignorancia á la ciencia ; y he observado muy bien , que cuando he tratado de su restablecimiento , dos clases de personas se han opuesto particularmente : las que pertenecen á la religion reformada y los católicos de mala vida . Esta ha sido la causa de que apreciára mas y mas á los Jesuitas .

»Tocante á la opinion que del Papa tienen formada , sé que es mucho el respeto que tienen por él , ni mas ni menos

que yo le tengo. Pero vosotros no decís que en Roma querían suspender la publicación de las obras de Belarmino porque no concedía al Papa la jurisdicción que otros le conceden; no decís que días pasados los Jesuitas han sostenido que el Papa no podía errar, pero que Clemente podía equivocarse. De todos modos estoy seguro de que nada añaden á la opinion que otros han formado de la autoridad del Papa, y creo que cuando quisiera hacerse proceso á sus opiniones, deberían procesarse las de la Iglesia católica.

»En cuanto á la doctrina de emanciparse los eclesiásticos de mi obediencia, y la enseñanza del regicidio, preciso seria oír lo que ellos dicen y saber si efectivamente así lo enseñan á la juventud. Una cosa me hace creer que no hay nada de todo esto, y es que despues de treinta años que enseñan á la juventud francesa, han salido de sus colegios mas de *cincuenta mil discípulos* de todas clases y condiciones, han aprendido y vivido con ellos, y NI UNO SOLO SE ENCUENTRA EN TAN GRAN NÚMERO QUE SOSTENGA HABERLES OIDO USAR TAL LENGUAJE, NI OTRO CUALQUIERA PARECIDO Á AQUEL DE QUE SE LES ACUSA. Además, ministros hay que han estudiado con ellos; informen estos de su vida, es presumible que lo harán lo mas perjudicial que puedan, siquiera por escusarse de haber salido de sus bancos. Yo sé que esto se ha ensayado, y que no han tenido mas razon para dar, sino que por lo tocante á sus costumbres nada habia que decir.»

Termina este sublime discurso con las palabras que referentes á la complicidad supuesta de los Jesuitas en los atentados de Barriere y Chatel, copiamos en el antepenúltimo capítulo, que forman la defensa del Instituto¹.

1. No menos explicitos son los testimonios en favor de la inocencia de los Jesuitas en los atentados cometidos contra Enrique IV en la obrita *Des Jésuites de M. de Montlosier*, etc.; el *Journal des Debats de 1820 sur la destruction des Jésuites*; M. Receveur, *Historia general de la Iglesia*; *Nouvelle conspiration contre les Jesuites*, etc.; Dallas, *Lettres de Cléricus*; *Vie privée de Louis XV*; *Nouvelles considérations phi-*

Esta es la voz de Enrique IV alzándose enérgica contra los calumniadores de la Compañía de Jesus, y á fe que el monarca sabia mas de los Jesuitas que los Parlamentos y la Universidad y la Sorbona, y á estos tres cuerpos dió una leccion que pudieran muy bien aprovechar hoy dia los que se constituyen ecos de la grosera fábula que inventaron dos siglos atrás los enemigos del catolicismo. Esta contestacion de Enrique IV al presidente de Harlay, responde á todas las calumnias pasadas, presentes y futuras de que sean objeto los dignos hijos del gran Loyola, que nadie negará tenían en el rey de Francia un bravo y esforzado campeon. Y siendo esto así ¿habrá quien quiera hacernos creer que los Jesuitas conspiraron para acabar con la vida del monarca? Seria una consecuencia absurda que no cabe en cabeza alguna racional, ni en entendimiento sano. Pues qué, en la hora del combate ¿hay nadie que hiera, que mate á su defensor? Cuando en Francia empezaba á descargar la tempestad contra la Compañía de Jesus ¿esta se hubiera deshecho de una áncora salvadora tan fuerte como de necesidad imprescindible? ¿No fué Enrique quien libró la orden de los ataques que se la dirigian? ¿Qué hubiera sido de ella si el monarca *grande*, revistiéndose de toda su energía y hablando el lenguaje de los reyes, no hubiese peleado denodadamente en su defensa, haciendo que á favor suyo quedara el campo? Los Jesuitas de Francia protegidos por Enrique lo eran todo, sin Enrique eran nada, eran como la barquilla cargada de nau-

losophiques et critiques sur la Société des Jésuites; baron Henrion, *Histoire de Francia*; *Des associations religieuses dans le Catholicisme*, etc.; *Mémoires pour servir à l'histoire des événemens de la fin du XVIII^e siècle*; *Historia de los Papas*, por el conde A. de Beaufort; Rohrbacher, *Histoire universelle de l'Eglise catholique*; *La Iglesia*, su autoridad, sus instituciones y el Instituto de los Jesuitas, defendidos contra los ataques y calumnias de sus enemigos; *Avis des Evêques de France sur l'utilité, la doctrine, la conduite, et le regime des Jésuites*; *Los reyes y los pueblos*; *La Historia del Pontificado durante los siglos XVI y XVII*; Henrion, *Historia general de la Iglesia*; *La Verité défendue et prouvée par les faits* etc.; impugnacion de un libelo, titulado: *Du Pape et des Jésuites*, etc. etc. etc.

fragos que sin timonero lucha vanamente contra el furor de las olas. El calvinismo y el luteranismo habian agitado el mar de Francia, y el buque jesuita hubiese perecido sin remedio envuelto en los torbellinos de la herejia.

Por esto la simple reflexion natural hoy induce á creer y afirmar que nunca los Jesuitas atentaron ni pudieron atentar contra Enrique IV, cabalmente el rey que quizás mas franco y firme apoyo les prestó. Pero como no todos se dejan convencer por simples reflexiones, y para algunos el lenguaje de los hechos es mas lógico que el de las suposiciones, por muy robustas que estas sean; puesto que en la obra de nuestra impugnacion quiere inmiscuirse á los beneméritos hijos del inclito Ignacio en el atentado de Juan Chatel, cuya responsabilidad se les cuelga, apelaremos á la defensa, y nuevos triunfos vendrán á ser nuevas coronas de gloria depositadas en el panteon del admirable Loyola y sus sucesores.

Diremos sin embargo antes de todo que segun hemos visto, la obra de nuestra impugnacion no es una historia, sino una novela, y aun otras producciones hay en este género de literatura que merecen mas crédito. ¿Por qué para probar que los Jesuitas eran cómplices de Juan Chatel, debia inventarse un inmundo diálogo, salpicado de groseras ridiculeces, entre los PP. Gueret y Guignard, si no nos hemos de detener en probar que todo él es una pura farsa, ya que es muy probable no hubiera detrás de la puerta taquígrafo alguno que reprodujera la conversacion? Se nos dirá que el tal diálogo está escrito sobre los papeles ocupados al P. Guignard, pero nosotros contestaremos, que el que ha escrito este diálogo no es capaz de probarnos que ha visto estos papeles; y sobre todo que mala garantía es para una historia, que siempre debe ser fidedigna, grave y severa, continuar diálogos de pura invencion, siquiere sean para producir documentos de un mérito tan relevante como el de Dole, desvergonzada reproduccion de cuantas calumnias estaban en boga sobre los Jesuitas, contestadas todas y aniquiladas por los irrefutables argumentos que salieron de

los labios del gran Enrique. Novelesco es pues el relato, y esta sola circunstancia bastara para eximirnos de contestacion, si la calumnia no hubiera tomado pie, y si no pudiera achacarse á temor la retirada.

Diremos en primer lugar, que si la Compañia de Jesus no tuviera defensa en este punto, bastara á probar su inocencia la simple lectura del hecho tal como le relata el autor del *Retrato al daguerreotipo*. De él se desprende que Juan Chatel, antes de hablar á los PP. de la Compañia, tenia formado el proyecto de asesinar á Enrique, que el P. Gueret le disuadió de él, y que obedeciendo el asesino á su sanguinario instinto y mala índole, atentó contra la vida del rey, hiriéndole con un cuchillo de uso comun, sacado de la casa de sus padres. Resulta asimismo que puesto en el tormento, ninguna confesion pudo arrancársele que comprometiera en el atentado á individuo alguno de la Compañia de Jesus, y resulta tambien que en el registro verificado cuidadosamente en el colegio de los Jesuitas, en ningun aposento pudo encontrarse papel ó indicio alguno de complicidad, como no fuera en la celda del P. Guignard, y en una caja que, *se dice*, contenia escritos contrarios al Bearnés. La autenticidad de estos escritos no queda probada sino por la sentencia del tribunal que condenó á Guignard, y luego veremos qué caso puede hacerse de semejante documento.

Entremos de lleno ahora en el exámen de la cuestion. ¿Los Jesuitas son cómplices de Chatel? Empecemos por examinar el hecho, y sirvanos el primero de autoridad M. de Péréfixe, en su *Historia de Enrique el Grande*, pág. 225. «Hacia fines del año 1594, dice, un jóven escolar de edad 18 años, hijo de un ropavejero de París, habiendo entrado con los cortesanos en la cámara de la bella Gabriela, donde se encontraba el rey, quiso herirle de una puñalada en el vientre; pero afortunadamente, habiéndose bajado el rey en aquel momento para saludar á alguno, alcanzóle solamente en el rostro, atravesóle el labio superior y le rompió un diente... El Parlamento con-

denó al parricida á que le fuera cortada la mano derecha, luego atenaceado y despedazado en seguida por cuatro caballos. . . . El padre de este miserable fué desterrado, su casa que hacia frente al palacio, demolida, y en su lugar erigida una pirámide.

» Los Jesuitas, con los cuales este malvado habia hecho sus estudios, fueron acusados de haberle imbuido la perniciosa doctrina de que «es lícito asesinar á un rey hereje ó escomulgado,» y como tenian muchos enemigos, el Parlamento en la misma sentencia del escolar, desterró á toda la Sociedad del reino. Estos padres, á pesar de que el tiempo les era contrario, no dejaron de trabajar en el sosten de su honor, produciendo varios escritos para justificarse de los cargos que se les hacian. Y en verdad que *cuantos no eran enemigos suyos* no creyeron en modo alguno que la Sociedad fuera culpable, de suerte que algunos años despues el rey revocó la sentencia del Parlamento y les llamó nuevamente. » Tenemos por este lesto, que quien acusó á los Jesuitas fueron sus enemigos, y que solo estos dieron fe, ó interiormente no la dieron, á las especies tan maliciosamente propaladas.

Acudamos ahora á la obra inglesa, escrita en 1757, con el título de : *A particular account of the murder of Henri IV.* Así dice : «Juan Chatel, de edad diez y ocho á diez y nueve años, hijo de un rico ropavejero de París, estudió en la Universidad, y puede decirse que salió perfecto en su género. Era un fanático que creia ganar el cielo acuchillando al rey. Cuando le sacaron del tormento, —me acuso, dijo humildemente á su confesor, de haber experimentado alguna impaciencia en la tortura; ruego á Dios que me lo perdone y perdone tambien á mis perseguidores. —Fué descuartizado, y hasta el postrer suspiro solo pareció ocuparse de la palma del martirio, que creia tener merecida por su crimen y suplicio.» En toda esta obra, como tampoco en el *Diario enciclopédico*, febrero de 1757, t. 2, p. 40, se encuentra una sola palabra que pueda indicar la menor complicidad de los Jesuitas con Juan Chatel, ni aun si-

quiera la que pudiera indirectamente resultar del mal fruto que el regicida pudo sacar de la mala interpretacion dada á las lecciones de sus maestros, que por otra parte, como hemos hecho notar, se suponen ser los profesores de la Universidad.

Aleguemos otro testo, y sea por esta vez el continuador de Fleury, autor que no puede acusarse de parcial en favor de los Jesuitas. Este escritor despues de haber detallado el crimen de Juan Chatel, añade: «Este parricida sufrió poco despues dos interrogatorios, uno por el preboste de París y otro en el Parlamento. Uniformes fueron siempre sus respuestas. Preguntósele ¿si habia seguido estudios y con quién? Contestó, que en los Jesuitas del Colegio de París habia estudiado tres años con el P. Gueret, y últimamente *en las escuelas de derecho de la Universidad*; que *por sí solo* habia pensado que matando al rey espiaria sus pecados.... Persistió constantemente hasta en medio de los tormentos, protestando que *ni el P. Gueret, ni ningún otro jesuita habia tenido parte alguna en su crimen*. A pesar de esta declaracion, el Parlamento diputó cuatro consejeros que se trasladaron al Colegio de Jesuitas, en donde registraron todas las habitaciones. Encontróse en la celda del P. Juan Guignard, natural de Chartres, entre varios papeles, uno escrito de su mano en 1589, á la época del asesinato de Enrique III. Era uno de esos libelos que las revoluciones engendran; y la indiscreta curiosidad hace conservar.

»El mismo dia del suplicio de Chatel, el abogado *Dollé Doron*, primer ujier del tribunal, y algunos otros delegados por el primer presidente de Harlay, se trasladaron al Colegio de Clermont, sellando todos sus efectos. Al dia siguiente 30 de diciembre de 1594, los consejeros del tribunal, diputados del Parlamento, pasaron nuevamente al Colegio, practicaron una rigurosa pesquisa en los aposentos que no habian sido todavia registrados, é interrogaron á muchos pensionistas, y el último dia del año 1594, intimóse á los Jesuitas la sentencia que les desterraba de París y del reino.» Ahora viene lo mejor, lo mas

grande, el gran acto de justicia del celoso Parlamento: Sigamos.

«Sin embargo, el Parlamento á principios del año 1595 se propuso sujetar á prueba de tormento á los PP. Gueret y Guignard: el primero nada alegó, pero como tampoco tenia acusador ni acusación determinada, contentáronse con desterrarle. En cuanto al P. Guignard, despues de haberle enseñado los papeles que habian sido encontrados en su celda, fué declarado culpable del crimen de lesa majestad, y como tal condenado al último suplicio. La sentencia que le condenó es fecha del 7 de enero, y el mismo dia llevóse á ejecucion.» — ¡Bien por la justicia y la humanidad!

«Subiendo ya el jesuita la escalera fatal, protestó con mucha tranquilidad de que *ni él ni su Compañía habían tenido parte alguna en el crimen de Chatel...* A pesar de la declaración, no por esto dejóse de ejecutar la sentencia. Tres dias despues, el 10 de enero, el Parlamento desterró perpetuamente del reino al jesuita Juan Gueret, maestro que habia sido en la clase donde entre ciento asistiera Chatel. Por otro decreto se mandaba levantar en la plaza donde se alzaba la casa del regicida, un pilar de piedra tallada con una lápida que dijera el motivo de su erección.» — Esto es lo que se llama enjuiciar sumarisimamente. En ocho dias se sentenció sin pruebas á un hombre y se desterró una orden religiosa. El 23 de enero los Jesuitas desterrados se encontraban ya en Lorena.

Hemos querido trazar el cuadro con todos sus detalles para que el lector pueda mejor penetrar el valor de lo que todavia tenemos que decir. Los autores citados, y los que citaremos, hablan de propia ciencia cuando dicen que la Compañía de Jesus era inocente del crimen de Chatel; no vierten esta opinion por influjo alguno, y sacan en consecuencia que la sentencia que desterró á Gueret es el colmo de la arbitrariedad, la que sentenció á Guignard es el último grado de la injusticia, la que desterró á la Sociedad por un crimen que nunca cometiera, por un crimen que detesta, por un crimen en que ninguna

parte tomó miembro alguno de la orden, es el modelo de la sinrazón, el *non plus ultra* del escándalo. Bien dice en este sentido un escritor francés, que quisiera fueran los Jesuitas poco ó mucho culpables en el atentado de Chatel, siquiera porque la mancha de una tal sentencia no recayera en la magistratura francesa. Consuélese con que por fortuna han pasado ya épocas tan férreas para la religion.

Es de advertir que el autor del anti-verídico *Retrato al daguerreotipo* como todos sus reducidos colegas, complica á la Compañía de Jesus en el atentado de Chatel, solo porque se le antoja decir, que dos jesuitas, los PP. Gueret y Guignard, tomaron parte en él. De modo que dos jesuitas imprimen carácter regicida á tantos y tantos ilustres varones que en el antiguo mundo y en el nuevo empleaban su vida en el bienestar del prójimo, temporal y eterno. Esto es una anomalía, porque un puñado de azúcar no dulcifica el agua del mar, ni dos gotas de tinta ennegrecen la cristalina corriente de un rio.

Esto en la suposicion de que fueran culpables los PP. Gueret y Guignard, lo cual muy lejos de conceder vamos á refutar seguros de la victoria. Solo, sí, tomamos acta de antemano, de que puesto que dos solos jesuitas son los que comprometen á la Compañía, vindicados que estos dos sean, deben por fuerza concedernos sus enemigos, que vindicada queda asimismo aquella. Entremos pues de lleno en la vindicacion, y sea nuestro primer paso abordar la cuestion siguiente: ¿Juan Chatel, acusó en ocasion alguna de complicidad á los Jesuitas? En el tormento ó fuera de él ¿soltó alguna expresion que pudiera comprometerles? Instrúyanos de ello el escritor Dupleix, reputado uno de los mas fieles historiadores de Francia, en su historia de *Enrique el grande*, p. 163, donde se lee:

«Despues del atentado de Juan Chatel, los hugonotes y los LIBERTINOS, bajo pretexto de un ferviente celo por la salud del rey, y apoyándose en el rumor de que este escolar habia estudiado en los Jesuitas, hicieron correr la voz de que estudiaba todavía con ellos, y que habia confesado que aquellos le ha-

bian inducido á cometer un parricidio execrable en la persona de Su Majestad, mediante distintas persuasiones y artificios; de todo lo cual los buenos franceses, *asaz crédulos*, se escandalizaron en gran manera... Los Jesuitas eran asimismo odiados *de algunos de sus propios jueces*, pero ni *PRUEBA* ni *PRE-SUNCION* alguna pudiendo arrancar de los labios del asesino por la violencia de la tortura, á fin de hacer á los Jesuitas cómplices de este atentado, diputaron varios comisarios para registrar los libros y escritos de esta Compañía.»

Resulta de aquí que los magistrados concertaron el modo de hacer aparecer culpables á los Jesuitas, y que furiosos por no haber encontrado en las declaraciones de Chatel lo que en el fondo de sus corazones deseaban, y porque ni *prueba* ni *presuncion* pudieron arrancarse á los labios del asesino, diputaron cuatro comisarios para que suplieran esta falta; de modo que la inocencia de los Jesuitas que debiera suspender las investigaciones de los magistrados, sirvió solo para que fueran aquellas más rigurosas. Ordenóse que enemigos declarados de los Jesuitas practicaran toda clase de registros en las habitaciones de los Jesuitas, y esto únicamente porque no existia *prueba* ni *presuncion* contra ellos. Estos magistrados ¿ofrecen las debidas garantías de imparcialidad?

En la pág. 165 de la citada obra, añade el mismo historiador Dupleix, á propósito de la pirámide que se levantó en el sitio donde existiera antes la casa de Chatel: «En los diversos lados fueron grabadas varias inscripciones para oprobio de los Jesuitas: aquellos que inventaban las mas satíricas y picantes contra su Sociedad eran los *mejor vistos* de los que habian tomado la direccion de la obra.»—Eran los miembros del tribunal. ¡Qué hazaña!

De l'Etoile, enemigo mortal de los Jesuitas, en su diario, año 1595, defiende que Chatel en su interrogatorio descargó de toda responsabilidad á los Jesuitas, incluso al P. Gueret, su antiguo maestro.

Los Sres. de Thon y Mattieu, citados por el mismo autor del

anti-verídico *Retrato al daguerreotipo*, Cayet y las *Memorias de la Liga*, reconocen que Chatel disculpó formalmente á su maestro y á todos los Jesuitas, de haberle aconsejado jamás que asesinara al rey, ni aun de que tuvieran noticia alguna de su designio. Y el mismo De l'Etoile dice, «que Lugoly, teniente de gendarmes, tuvo que disfrazarse de sacerdote y fingirse confesor, para arrancar á Chatel su secreto.»—Esta es otra hazafia, otra gloria, otra infamia del tribunal, que atropellando lo mas justo, lo mas noble, lo mas santo, hizo el hábito del confesor tapujo de un verdadero crimen, hizo mas, hizo de un sacramento torpemente parodiado, innoble instrumento de su mezquina y vil sed de sangre jesuítica.

Un antiguo manuscrito de la biblioteca real (vol. 9033) comprueba esto mismo y afirma positivamente «que Chatel descargó á los Jesuitas y sostuvo hasta el último suspiro que se sospechaba de ellos injustamente.» Así lo dicen el presidente De Thou, lib. 3; Mattieu, t. 2, lib. 1, p. 182; Cayet, lib. 6, p. 436; *Memorias de Sully*, t. 2, p. 457.—Semejantes testimonios debieran cerrar la boca á los calumniadores; los que vamos á producir ahora debieron haberla cerrado á los magistrados. No fué así: la imparcial posteridad hará justicia á todos.

El proceso instruido contra Juan Chatel lo fué á consecuencia de orden espedita por el canceller de Chaverny. No hay duda pues de que nadie puede responder mejor del hecho y de lo que resultare de él que este magistrado; trasladando sus palabras, ofrecemos un argumento irrefutable. He aquí pues como se espresa en sus *Memorias de Estado*, p. 241.

«Bajo pretesto de que Juan Chatel habia estudiado algunos años en el Colegio de los Jesuitas, y como los hombres mas influyentes del Parlamento *les querian mal* de mucho tiempo, buscando un motivo cualquiera *para arruinar aquella Sociedad*; habiendo éste parecido plausible á todos, mandaron y comisionaron algunos de ellos, escogidos entre el número de sus verdaderos enemigos, para registrar y hojear cuánto se en-

«contrara en el Colegio de Clermont, donde en efecto hallaron, ó supusieron haber hallado, como algunos han creído, ciertos escritos de algunos particulares contra la dignidad de los reyes, y algunas memorias contra el rey Enrique III.....»

«El Parlamento puso presos en la Conserjería algunos jesuitas, y á todos los demás arrestó en el Colegio de Clermont; y despues, como adición á la sentencia de Chatel, ordenó que los Jesuitas salieran desterrados de París dentro tercer dia, y del reino á los quince, bajo pena de ser ahorcados. Guignard fué condenado á muerte por sentencia de 7 de enero: el mismo dia se le ejecutó demostrando una admirable constancia. Juan Gueret fué desterrado por sentencia de 10 de enero del mismo año.»—Este fragmento de Chaverny es la prueba mas grande de la inocencia de los Jesuitas, despues de la facilitada por el mismo Enrique IV.

En el ya citado *Diario de Enrique IV* por L'Etoile, t. 2, p. 168], se lee lo siguiente: «Jamás pudo arrancarse confesion alguna á Gueret, sin embargo de haber sido sujetado al tormento, donde mostró una enérgica constancia. Todas las palabras que se le oyeron fueron las siguientes, que repitió varias veces como que era su oracion al Señor:—«Jesucristo, hijo de Dios vivo, que por mí sufristeis, tened piedad de mí, y haced que sufra con paciencia el tormento que me está preparado: yo le merezco, y mayor aun; y sin embargo vos sabeis, Señor, que soy inocente del crimen que se me imputa.»—Ni un ¡ay! ni una queja, ni un suspiro exhalaban sus labios.»

Saquemos una consecuencia de todo esto. En el resignado lenguaje de Gueret, nadie reconocerá el orgullo de un filósofo ni la desesperacion de un malvado: es simplemente la voz de la víctima que se ofrece resignadamente en holocausto. Si los autores de nuestra impugnacion no quieren convenir en la inocencia de la Compañía de Jesús, deben convenir siquiera en que la resignacion y valor, la firmeza y constancia que siempre desplegaron sus individuos, solo las inspiran una conciencia muy tranquila y un corazon muy recto. Sin embargo,

no es esta la cuestión. Juan Gueret fué aplicado al tormento por ser jesuita; este fué su crimen á los ojos de los jueces, que aun en su sentencia confiesan castigarle por haber sido en otro tiempo preceptor de Juan Chatel, cosa que venga bien venga mal se repite varias veces, como si los maestros fueran ó pudiesen ser responsables de las acciones de todos sus discípulos, y mucho menos de aquellos que *en otro tiempo* lo fueron. Gueret habia sido el *maestro*, no el *preceptor* de Chatel, y cuantos de estas relaciones quieran deducir consecuencias desfavorables al jesuita, confunden, como confundieron los jueces, al que da *lecciones públicas* de alguna asignatura ante todos aquellos que quieran escucharle, con aquel que por especial encargo forma el corazón de un discípulo confiado á su cuidado. Es cierto que Chatel estudió filosofía con el P. Gueret; pero deducir de aquí la odiosa consecuencia de que éste es responsable ó cómplice de los excesos de aquel, es lo mismo que hacer á Jesucristo responsable del delito horrendo de Judas, ó á la Sorbona misma de las guerras civiles que promovió el calvinismo, porque Calvino estudió precisamente en la Sorbona. Con dificultad se encontrará criminal alguno que en una edad ó en otra no haya tenido maestros, ¿y á dónde iríamos á parar si demandáramos al profesor cuenta de la conducta que posteriormente observára su discípulo? Juan Chatel, el propio Juan Chatel ¿no habia sido alumno de la Universidad antes de serlo en el Colegio de Clermont? ¿Y despues que salió del Colegio, no volvió á continuar sus estudios en la Universidad? Esta conducta prueba hasta la evidencia que siempre el odio ha sido inconsecuente. De nada se acusa á los primeros maestros de Chatel, cuyas lecciones debieran parecer mas sospechosas por mas de un concepto; de nada se acusa á los últimos maestros de Chatel, profesores bajo cuya enseñanza el sangriento homicida cursaba el derecho; y sin embargo dase tormento, se manda al cadalso y se destierra á los Jesuitas, porque Chatel en uno de los intervalos de sus estudios, comenzados y terminados en la Universidad, habia cursado en un Colegio de la ór-

den; siendo así que el asesino de Enrique III disculpó á los Padres de todos los cargos en sus interrogatorios. Téngase además presente, que los profesores con los cuales habia cursado Chatel humanidades, los profesores de la Universidad, pertenecian al número de aquellos que decidieron solemnemente «que el buen religioso que habia dado de puñaladas á Enrique III no se hiciera reo de pecado alguno.» Mas aun, está probado que los profesores con quienes Chatel estudiaba los prolegómenos de la jurisprudencia al tiempo de perpetrar su crimen, eran los mismos que habian suscrito en tiempo de la *Liga* las mas abominables decisiones. A pesar de esto, el Parlamento no procedió contra los primeros ni contra los últimos; pero sí procedió contra los Jesuitas: mostróse indulgente con todos aquellos que habian pertenecido á los *unidos*; y nada perdonó á los Jesuitas, ni aun siquiera la memoria de sus servicios y el cuadro de sus virtudes. Esto no basta para que no salga un autor como el desgraciado de nuestra impugnacion á decirnos que los Jesuitas fueron los asesinos de Enrique IV¹.

1. A las tan convincentes pruebas que hemos consignado sobre la completa inocencia de los Jesuitas en los atentados contra Enrique IV, añadiremos otras dos nada sospechosas hasta para los mas furibundos anti-jesuitas. Sea la primera la del protestante Sismondi, quien en su *Précis de l'histoire des Français*, tomo 21, despues de disculpar á los dignos hijos del inclito Ignacio de la menor culpabilidad sobre tal atentado, concluye diciendo: «No se sabe qué es mas digno de deplorar, si el fanatismo que armaba á un asesino (Jacobo Clemente) contra el rey, ó la crueldad, la precipitacion y el cobarde servilismo del primer cuerpo de la magistratura, que no se contentaba con hacer morir en medio de los mas atroces tormentos á un jóven culpable (Clemente), sino que hacia estensivos sus castigos á los hombres inocentes; que no se tomaba el tiempo preciso para saber la verdad, y que condenaba en masa, en cuarenta y ocho horas, á un destierro deshonoroso, una numerosa Sociedad religiosa que ni escuchada habia sido, ni defendida, por una tentativa de regicidio, en la cual NO HABIA TENIDO PARTE ALGUNA. Esto era no solo una escandalosa iniquidad, sino un insigne acto de cobardia politica; porque el Parlamento era la misma corporacion que el año anterior sancionaba la revolucion y daba una adhesion mas ó menos tácita al asesinato cometido por Jacobo Clemente. Su severidad en efecto un solo objeto

No acaba aquí todo, porque la acusacion es muy grave, han querido sacar de ella mucho partido los enemigos del nombre de Loyola, entre ellos el autor del censurado *Retrato al daguerreotipo*, y á nosotros toca dar esplicacion cumplida, tan cumplida que á ninguno deje lugar á duda. A este efecto, y debatiendo la cuestion en el terreno de los hechos y del derecho, preguntaremos ¿por qué fué aplicado al tormento el jesuita Gueret? La ley no ha permitido nunca en Francia, ni puede permitir en país alguno civilizado, torturar á un hombre cuando no existen sospechas graves ó siquiera vehementes indicios contra el acusado. ¿Qué sospechas, qué indicios, qué acusadores deponian contra Gueret? ¿Comprome-

tenia, el escusar su antigua oposicion á la autoridad real » La segunda autoridad es tomada del *Dictionnaire de la conversation et de la lecture*, obra en su mayor parte anti-católica, y por consiguiente anti-jesuitica, en la cual, artículo *Juan Chatel*, se lee lo siguiente: «Juan Chatel interrogado primeró en Fort-l'Eveque, despues en la Conserjeria, declaró que habia obrado por INSTINTO PROPIO. El subteniente criminal Pedro Lugoli, disfrazado de sacerdote, intentó vanamente arrancar nuevas miras al culpable por medio de la confesion —El 29 de setiembre Juan Chatel fué condenado al mas atroz suplicio, que con fanático valor sufrió el mismo dia. Se le puso en la mano el mismo cuchillo de que se valió para cometer el crimen, y esta mano fué cortada luego por el verdugo. Seguidamente fué atenaceado, despedazado por cuatro caballos, quemados sus miembros y arrojados al viento sus cenizas. El Parlamento QUERIENDO HACER OSTENTACION DE SU CELO POR LA PERSONA DEL REY, LLEVÓ EL RIGOR HASTA LA INIQUIDAD: condenó á la horca el jesuita Guignard: su cuerpo fué quemado y sus cenizas arrojadas al viento, por mas que NINGUNA PRUEBA EXISTIESE DE QUE FUERA CÓMPlice DE CHATEL » — «El Parlamento que permaneció fiel á los unidos hasta la toma de París por Enrique IV, DESEABA HACER OLVIDAR SU REBELDÍA á la autoridad real por su prontitud en vengarla. Enrique IV no juzgó á los Jesuitas con la prevencion del Parlamento, y mas adelante los honró siempre con su benevolencia.» (Baron Henrion, *Historia de Francia*.) — «Vése en el reinado de Luis XIII á este mismo Parlamento, rebelde á la religion y á su soberano, y que mas adelante debia ser el porta-estandarte de la rebelion y de la impiedad, condenar á una pobre y noble victima con el mayor furor: llenase uno de indignacion al ver la feroz servilidad del Parlamento, encarnizándose contra la mariscal de Ancre, á la cual condenó á un suplicio afrentoso, sin dar empero crédito al crimen de lesa

tióle Chatel en sus declaraciones? Al contrario, justificóle plenamente, y están contestes todos los historiadores, permitásenos repitamos lo que hemos dicho tantas veces, en que disculpó de todo á los Jesuitas, incluso el P. Gueret, su maestro. Indudablemente si este hubiese sido sorbonista, profesor de derecho, ó amigo de los enemigos de la Francia, nada hubiera tenido que ver con el Parlamento, ni este tribunal hubiese querido saber las relaciones que entre el sacerdote y el regicida en tiempo alguno hubiesen mediado. Gueret fué desterrado el 10 de enero de 1593, tres dias después de la ejecución del jesuita Guignard, ahorcado porque, como dice un autor francés, y luego probaremos, *llegó en mal hora* ante el tribunal. Doce dias antes Gueret habia sido des-

majestad divina y humana de que era acusada.» (*Id. ib.*) ¿Debemos pues estrañar su innoble comportamiento con los Jesuitas? — «No obstante, estos religiosos (los Jesuitas) con los cuales no se observaron las reglas ordinarias de la justicia, y á los cuales ni siquiera se quiso oír, fueron espulsados del reino, á escepcion del territorio de algunos Parlamentos mejor dispuestos á hacerles justicia, y cuyos miembros no estaban, como la mayor parte de los magistrados de Paris, infestados del espíritu hugonote ó herético. Resalta mas este odio, porque es contrario á la equidad y á la razon hacer recaer la falta de algunos particulares (en el caso supuesto y no concedido de haberla cometido) sobre toda una Orden que merecía bien de la Iglesia, y que entonces mismo se empleaba eficazmente en reconciliar á Enrique IV con la Santa Sede.» (Carta 15 del cardenal d'Ossat, plenipotenciario de Enrique IV, á Viller, t. 1, p. 372.) — «No debe darse crédito con ligereza á las imputaciones de escritores parciales, ni hacerse caso de los cargos inmerecidos de que el espíritu de partido no se muestra avaro con respecto á los Jesuitas, tan violentamente atacados por ver en ellos los mas formidables enemigos de la herejía. Si hubiesen sido menos temibles á los herejes, estos y los incrédulos no se hubieran dedicado á desacreditarlos.» (Henrion, *Historia de la Iglesia*.) Pero los enemigos de los Jesuitas, que lo son al propio tiempo de la Iglesia, han seguido y siguen lo que dice S. Basilio, discurso X sobre la envidia y el odio: «Se sostiene la mentira, dice el Santo, con indecible osadía; la verdad es oprimida; condenase á los acusados sin oírlos, y los acusadores son creídos bajo su palabra sin ningún exámen.» Parece que el Santo con espíritu profético escribió estas palabras, que al paso que son una completa apologia de los Jesuitas, son tambien una terrible sentencia contra sus enemigos.

terrado, por decreto de la corte de 29 diciembre de 1594, y aun iba comprendido en el famoso edicto de 7 de enero de 1595 atribuido falsamente á Enrique IV, por el cual eran desterrados de Francia todos los Jesuitas; si bien nadie entonces oyó hablar de esta providencia, que al cabo de ciento setenta años fué descubierta *milagrosamente* por algunos de aquellos que fingian Breves y mentian firmas nada mas que al efecto de perder á los Jesuitas. Resulta de todo esto, que el P. Gueret fué solamente condenado á pena de destierro, á la cual es cierto que fué condenado tres veces en doce dias. Ahora bien, si este jesuita era culpable del alto crimen de lesa majestad contra la persona de Enrique ¿por qué contentarse con una pena tan ligera, por qué no hacerle subir la misma escalera que por idéntico delito subió Guignard? El tan-desgraciado autor de nuestra impugnacion en una insulsa novela trágica que copia, por supuesto, de Adolfo Boucher, al dar cuenta del atentado de Chatel, al suponer que una conspiracion de jesuitas habia resuelto la muerte del rey de Francia, viene á suponer que buscando asesino, Gueret fué quien proporcionó á Chatel, es decir, que entre la turba de sicarios que infestaban el reino, fué á escoger el joven monstruo que celebridad tan triste ha dejado en la historia. Gueret en consecuencia es quien prendió fuego en la mina de aquel corazon que ya habia formado el proyecto de asesinar al rey, Gueret es quien instó las salvajes pasiones de aquel cachorro de tigre, Gueret es en fin, si hemos de dar crédito á los autores anti-jesuitas, quien armó el brazo del escolar y le señaló la victima destinada al sacrificio. ¿Cómo pues se concibe, que Gueret sufriera por única pena la de destierro, que comprendia á todos los Jesuitas, mientras Guignard mucho menos culpable, mucho menos comprometido, segun de la asquerosa relacion de Boucher resulta, era condenado á muerte, y en efecto moria en el cadalso? Este es un contrasentido tan manifiesto, que los mismos anti-jesuitas deben reconocer y enmendar si no quieren continuar haciendo

un papel muy ridículo. Así lo creyó el Parlamento de Rennes, y la sentencia de destierro firmada contra el P. Gueret fué conmutada en decreto de muerte. Pero ¿cuándo? En una época en que ya solo para resucitar odios servía; en 1762, es decir, cerca dos siglos despues que el jesuita habia muerto tranquilamente en su lecho. ¡Y luego dirán autores como el de nuestra impugnacion que la venganza de los Jesuitas atraviesa los sepulcros y no respeta ni los cadáveres ni la memoria de sus víctimas!.... Jamás: el anti-jesuitismo sí, lo hace, pues condena á muerte hombres de los cuales ya ni el polvo existe: juzgue la posteridad y diga: si así se portaron con Gueret muerto ¿cómo se habieran portado con Gueret vivo? Y estos son los hombres que decididamente quieren marchar al frente de la civilizacion, que claman con voz estentórea contra los barbarismos cometidos durante los siglos de hierro y apoyan un hecho digno de un satélite de Neron, esto es, la venganza, no ya en los despojos, sino en la memoria de un hombre, que afortunadamente hacia cerca de doscientos años estaba libre y á salvo de los tiros de sus enemigos, escudado con la losa de su tumba.

Vamos al P. Guignard. Este jesuita fué ajusticiado por sentencia del Parlamento, fecha 7 de enero de 1593, «por cuanto los diputados comisionados por la corte para registrar el colegio de Clermont eran *verdaderos enemigos* de los Jesuitas, y en esta cualidad encontraron, ó *supusieron haber encontrado*, en la celda de Guignard, algunos escritos particulares contra el difunto *Enrique III.*» Estas son las palabras escritas por Felipe Hurault, conde de Chiverny, canceller de Francia, en sus *Memorias de Estado*, otras veces ya citadas, y que continuaremos citando, como quiera que la opinion de este autor, sobre ser la mas autorizada, no puede ofrecer sospecha alguna á nuestros contrarios.

«Habiendo sido conducido al suplicio, dice de L'Etoile, sospecho de continuo, que siempre habia tenido presente á su Majestad en sus oraciones. Nunca quiso pedir perdon al rey,

»por cuanto decia que desde su conversion , jamás le habia olvidado en el *Memento* de la misa. Llegado al lugar de su suplicio , protestó de su inocencia , y exhortó al pueblo á obedecer al rey , y respetar á los magistrados. Rogó en voz alta por su Majestad , para que Dios le concediera la gracia del Espíritu Santo... y para que no se diera crédito ligeramente á los falsos rumores que se hacian correr acerca de los Jesuitas , pues estos nunca fueron asesinos de los reyes , como se queria dar á entender , ni tampoco instigadores de aquellos regicidas , á quienes detestaban ; sin que jamás hubiesen procurado ni aprobado la muerte de rey alguno ¹. Estas fueron

4: Si bien en las págs. 516, 17 y 18 de esta obra hemos dejado consignada la doctrina de la Compañía de Jesús contra la infame doctrina del regicidio ; si bien este cargo que se la hacia por los mismos enemigos del trono y del altar quedó completamente desmentido , enfre otras , por las obras : *Les Jésuites justifiés par leurs propres auteurs , sur la doctrine meurtrière et sur les sentiments contraires à l'indépendance des rois ; en l'Appel à la raison des écrits publiés par la passion contre les Jésuites de France*, y en la *Mémoire pour les Jésuites de Franche-Comté* , en las cuales se insertan integros los textos y una curiosa lista de los 81 jesuitas que desde 1580 hasta 1762 habian escrito contra la doctrina regicida , creemos oportuno insertar algunas autoridades que desmientan las calumnias de los impíos , inventadas contra los Jesuitas con respecto á los atentados cometidos contra Enrique III y Enrique IV.

Hemos consignado en esta obra los elogios que los partidarios de la Liga hicieron del atentado cometido en la persona de Enrique III. El sabio jesuita P. Petau se explica sobre el particular de otro modo que los *unidos*, por cuanto califica de horrible parricidio la accion del asesino de Enrique : *Inmani parricidio trucidatur*. El mismo escritor , hablando de la muerte de Enrique IV , no encuentra espresiones para manifestar su indignacion y su dolor : « Me estremezco , dice , al tener que recordar la muerte del mas valeroso y del mejor de los reyes que haya tenido la monarquia francesa. En la misma época en que todos sus súbditos habrian deseado que fuese inmortal , les fué quitado por el hierro de un execrable parricida. » *Horret animus referre fortissimi clementissimique post hoc conditum imperium regis , quem quum omnes immortalem cuperent ; unius detestandi sicarii parricidium absoluti*. (*Racion. temp.* , t.º p , l.º 9 , pág. 594.)

El jesuita P. de Bussiére , en su *Histoire de la Monarchie française* , escribe , que la infame opinion que hacia creer ser lícito matar á un tirano , habia salido del mismo infierno : *Emissa è Tartaro tetra opi-*

»sus últimas palabras antes de subir la escalera.» Y á esto añadiremos nosotros, que en el tránsito supremo de la vida á la muerte no miente hombre alguno, que cara á cara con la eternidad la conciencia dicta las palabras á los labios, y nadie arranca á un hombre más declaracion que aquella que la verdad dicta. Los dolores del tormento se resisten, las seducciones del interés se desprecian, las esperanzas de perdon se olvidan; pero al pié del cadalso, con un pié en este mundo y otro en la eternidad, pronto á parecer en el tribunal de *Aquel* que todo lo pesa y lo sabe, dígase lo que se quiera, no se miente: el que no tiene valor para hablar, enmudece; pero ninguno mancha su alma, ninguno da tortura á su corazon para mentir ante todo un pueblo..... ¿qué es ante todo un

nio licere tyrannum opprimere. (Tom. 11, pág. 483. Ibid. lib. xxiii, pág. 583 y 584.)—El jesuita P. Jouvençy, continuador de la *Historia de la Compañía*, se espresa en estos términos sobre la doctrina del tiranicidio: «La detestamos como contraria á la legislación divina y humana; la condenamos por leyes que nos son propias, y queremos que todos los nuestros la reprueben:» *Hanc vero doctrinam et detestamur ut divinis humanisque legibus vetitam, et propriis legibus condemnamus.* (Hist. Societ. Jesu, part. V, lib. xii, pág. 54.) El jesuita P. Daniel, tan conocido por su *Histoire de France*, refiere del modo siguiente la muerte de Enrique III: «Este detestable parricidio fué cometido por Jacobo Clemente, hombre de espíritu débil, ignorantisimo, que se había dejado arrastrar á este furor por las continuas y horribles invectivas de los predicadores de Paris contra el rey, y por la abominable doctrina entonces en gran boga y enseñada en las cátedras, es á saber, que se podia en conciencia matar á un tirano, como de tal los doctores de la *Liga* calificaban siempre á Enrique de Valois.» (*Histoire de France*, pág. 1402.) El mismo autor, que no había olvidado el episodio de Juan Petit, se valió de él para manifestar de un modo inequívoco sus sentimientos de respeto hacia los reyes y de horror por el parricidio. «El doctor Juan Petit, dice, entró en materia valiéndose de lugares comunes, que tendian todos á establecer la doctrina detestable del regicidio. Esta arenga, á la par que insolente detestable por las máximas que contenia, fue escuchada con gran silencio.» (*Régne de Henri III*, año 1589.)

Se ha querido hacer creer que los Jesuitas estaban apasionados de los principios é intereses de la *Liga*; que eran como su alma, y que en consecuencia habrían influido en el atentado cometido sobre la persona sagrada de Enrique III: para probar lo contrario basta leer la

pueblo? ante Dios que va á juzgar las faltas del ejecutado, ante Dios cuya imagen terrible ó risueña ningun sentenciado puede apartar de su vista. Las palabras de Guignard debemos considerarlas como el espejo donde el jesuita reprodujo sus sentimientos y los de su Orden toda.

«El procurador general de los Jesuitas, dice asimismo de L'Etoile, si como vulgarmente se dice, no hubiera llegado en mal hora, probablemente no hubiera sido condenado...» Desgracia es para los Jesuitas que siempre llegaran en mal hora, y mas esta vez que llegaron á la sazón que habia un parlamento *unido*, un parlamento *rebelde*, un parlamento *hugonote* ó *herético*, en su mayoría.

Hay mas; «los jueces que condenaron á Guignard, porque Luis Masuré, *enemigo declarado de los Jesuitas y comisionado*

vida del jesuita P. Auger por el P. d'Origny: «Enrique III, dice, habia venido á sitiar la ciudad de París: el éxito de esta grande empresa tenia á toda la Europa en admiracion y espectancia, cuando se supo de repente el abominable atentado cometido en Saint-Cloud contra la sagrada persona del rey. No podia ocultarse por mucho tiempo una noticia tan sorprendente al P. Auger: por mas que se le comunicó con toda la circunspeccion posible, quedó aterrado, y dícese que por espacio de dos dias enteros; este religioso, encerrado solo en su celda, sin luz y sin tomar alimento ni descanso, no hizo mas que llorar y rogar por tan amable príncipe, á quien habia siempre honrado con su confianza y ternura.»

El jesuita P. Verjus, en su *Vida de S. Francisco de Borgia*, no solo hace pública la adhesion de los Jesuitas á Enrique III, si que tambien su opinion á propósito de los escesos de la *Liga*. Véase además sobre el particular á los jesuitas P. Griffet en sus *Observations sur l'Histoire de France* del P. Daniel; tomo XI; *Histoire de Louis XIII* por el mismo autor; al P. Bourdaloue, *Sermons des Dimanches*, tomo 1.º; al P. Gibalin en su *Scientia canonica*, tomo 1.º; al P. d'Avrigny, en sus *Mémoires chronologiques, doctrinaux*, tomo 1.º y 3.º; al P. Berruyer, *Nouveau Testament*, tomo III; id. *Histoire du peuple de Dieu*, lib. XVIII; á los PP. Catrou et Rouillé, *Histoire romaine*, tomo XVIII, pag. 367; al P. d'Orleans, en su *Histoire des révolutions d'Espagne*, tomo XV-II; al P. Longueval, en su *Histoire de l'Eglise gallicane*, tomo V; al P. Teófilo Raynaud, en su obra de *Virtute et vitiis*, tomo IV, etc. etc. etc. ¿Qué dirá ahora el autor del tan desacreditado *Retrato al daguerreotipo*, ó mejor, qué podrian contestar á esto los reputadas, verídicos é infalibles Boucher y comparsa?

por el tribunal, encontró antiguos manuscritos de este jesuita, eran cuasi todos los mismos jueces que habian tomado parte en el juicio y sentencia condenatoria del difunto rey en 1589.» Anomalia por cierto bien rara.

Con dificultad podríamos insertar aquí todas las reflexiones á que tantas citas pueden dar lugar, como tampoco otras de gran número de autores que vienen en apoyo de nuestra opinion y pulverizan la del autor del reprobado *Retrato al da-guerreotipo*. Conste sin embargo, que los pasajes últimamente reproducidos son originales de un enemigo de los Jesuitas, testigo ocular de cuanto refiere. Ningun otro autor se ha atrevido á desmentir sus asertos, confirmados por autoridades nada sospechosas. Ya que conocemos el hecho, saquemos en buena lógica las consecuencias.

Guignard al pié del cadalso protesta que es inocente: en el amargo trance no trata de escitar la compasión de la multitud, pero sí exhorta al pueblo á respetar estos mismos jueces que, á pesar de su inocencia, le condenan al mas infame de los suplicios; conjúrale tambien para que no ligeramente crea en las calumnias ¹ y otros cargos que el odio y la malignidad propa-

1. Estas acusaciones, estas calumnias y otras por el estilo que en el decurso de esta obra hemos refutado, dirigidas por los impíos á los dignos hijos del gran Loyola, no deben causar la mas mínima sorpresa á quien de católico se precie: son el legado que el Divino Fundador hizo á sus fieles servidores, segun dice S. Agustin en su *Tratado* sobre el salmo 67, y en este particular nada ha faltado á los hijos del inclito Ignacio de lo que constituye la beatitud evangélica; nada que sepamos, por cuanto hasta por su propio nombre se les ha querido irrogar una injuria. Pero de sobras deben ellos gloriarse de estas persecuciones y de estas calumnias, segun las proféticas palabras de Jesucristo: «Dichosos sereis cuando los hombres por mi causa os maldijeren y os persiguieren, y dijeren con mentira toda suerte de mal contra vosotros.» (S. Mateo, cap. V, v. 11.) El que se admire de que estos religiosos, milicia valerosa de la Iglesia, sean como punto de ataque, al cual se dirigen los mas envenenados tiros, daría á entender que no comprende el destino del cristianismo y los combates que está destinado á sostener. Lícita es la afliccion que causa tan dolorosa necesidad; pero seria capitular en cierto modo con las pasiones ciegas del mundo, el no recordar la historia de la Iglesia y la

lan contra los Jesuitas : forma votos por el rey , asegura que siempre habia rogado á Dios por S. M., repite antes de espirar que los Jesuitas habian siempre mirado con horror á todo aquel que hubiese procurado ó aprobado la muerte de un rey cual-

suerte del nombre cristiano , tanto por lo que fué en el pasado como por lo que ha de ser en lo venidero.

A su aparicion en el mundo el nombre de cristiano fué un crimen irremisible. El divino Autor de este nombre glorioso murió en una cruz, suplicio de los esclavos. Los apóstoles eran hombres *pestilenciales y que metian confusion y desorden*. (Hechos de los apóstoles , cap. xxiv, v. 5.) Roma (pagana) arrojó á los cristianos del interior de sus murallas, los cuales , bajo la impulsión del Cristo , fomentaban continuas sediciones (Suetonio in Claud. cap. xxv); el historiador Tácito, tambien pagano , habla de *esta funesta supersticion* , que si bien habia sido reprimida , estallaba de nuevo. (Annal. xv, 44.)

Tertuliano , á últimos del siglo III , decia á los Césares y al pueblo pagano : « Ahora pues , ya que se tiene odio al nombre cristiano , ¿ cuál es el crimen de este nombre ? ¿ De qué acusar un nombre , con tal que este nombre no signifique alguna cosa bárbara , ó siniestra , de calumniador , ó impúdica ? (Tertul. *Apologet.* cap. 3.)

En cuanto á los crímenes que se les imputaban en los edictos impé- riales y en las proscripciones de los mismos contra todos los que Je- sucristo habia honrado con este santo nombre, el que lea las apologías de los Padres de la Iglesia y las *Actas de los Mártires* , podrá conocer el horror que causaba á los paganos. Uno de los menores vicios de que eran acusados , era el de ser *infructuosos en las cosas humanas* : *Infructuosi negotiis vestris*. (Tertul. *ibid.* cap. 42.) Los cristianos eran para los paganos una secta *vil , incestuosa , adúltera* , etc. etc. Tales fueron nuestros mayores por espacio de algunos siglos. Sus crímenes eran poco dudosos para los magistrados de entonces y para los pre- suntos sabios , que tenian el privilegio de la influencia sobre la masa del pueblo. He aquí de donde venimos , de este abismo de maldiciones y de calumnias. ¡ Y se estrañará que unos religiosos fundados por un Santo ; que unos sacerdotes elevados á tan sublime dignidad , se vean perseguidos , calumniados con tanto frenesi por los herejes , por los revolucionarios de todos los tiempos, y muy particularmente en Fran- cia por los Parlamentos, enemigos constantes de sus soberanos ; y que mas adelante fueron los porta-estandartes de la revolucion contra el trono y el altar ! ¡ Oh ! si así no fuese , los dignos hijos del gran Loyola no hubieran llenado el vasto campo de la Iglesia de flores odoríferas y hermosas , que no han cesado de exhalar un aroma divino ; hubieran dejado de ser aquellos infatigables obreros , que en diferentes edades le han llevado su piadosa industria , su virtud y su sabiduria ; no se hubieran conciliado el odio de los herejes y de sus fieles discípulos de

quiera ; ni una sola palabra dura profiere durante el tiempo que medió de su prision al cadalso ; como no quiera hacérsele un crimen de haber dicho , que los Jesuitas miraron con horror á la Sorbona , cuando esta corporacion dijo : « que no era

todos los tiempos ; no se hubieran visto calumniados , y por mas que hayan sido completamente vindicados , no hubieran visto renovadas hasta la saciedad estas mismas calumnias , estos mismos cargos , estas mismas acusaciones , proferidas por los herejes desde su fundacion y repetidas hasta nuestros dias por los incrédulos : pero en cambio de todo esto , tampoco serian dignos hijos de su santo fundador y fieles discipulós de Jesucristo ; la Compañia de Jesus no hubiese sido confirmada y preconizada por todos los soberanos Pontífices , alabada y defendida por hombres piadosos , de virtud no comun y de genio eminente ; no hubieran llevado á paises lejanos la doctrina de Jesucristo , sellándola con su sangre generosa , y hecho en Europa una guerra constante al error y al vicio ; la liga parlamentaria y filosófica no hubiera estallado contra los Jesuitas , para que luego de dispersada esta falange del cristianismo , la religion y el trono fuesen á abismarse en un sombrío y horroroso naufragio ; en fin , el vasto arsenal de injurias y de calumnias amontonadas contra los Jesuitas desde su fundacion no se emplearia en nuestros dias , por mas pulverizadas , refutadas y desmentidas que estén en tantas y tan diversas obras , en cuyas voluminosas refutaciones se ha hecho notar el odio mezquino , la alteracion de la historia y la falsificacion de testos por los herejes y otros cubiertos con el disfraz hipócrita del nombre de cristianos , al solo objeto de acabar con los Jesuitas para poder destruir á mansalva la religion. Aquí tiene explicado el verdadero católico el *por qué* del odio y animadversión contra los dignísimos hijos de S. Ignacio ; el *por qué* de este odio violento , ciego y necio al mismo tiempo ; aquí tiene explicados los *crímenes* de los Jesuitas ; crímenes para los luteranos , calvinistas y otros sectarios , pero virtudes sublimes , dignas de ser admiradas y seguidas por todo el que se precie de discípulo de Jesucristo. « Para formar concepto sobre el verdadero origen de ese odio implacable contra los Jesuitas , dice el inmortal Balmes en la no menos inmortal obra : *El protestantismo comparado con el catolicismo* , basta considerar quiénes son sus enemigos principales. Sabido es que los protestantes y los incrédulos figuran en primera linea : notándose en la segunda todos aquellos hombres que con mas ó menos claridad , con mas ó menos decision , se muestran poco adictos ó afectos á la autoridad de la Iglesia romana. Unos y otros andan guiados por un instinto muy certero en ese odio que profesan á los Jesuitas , porque en realidad no encontrarón jamás adversario mas temible. » Honor á los Jesuitas ! Los católicos les aman , los herejes les aborrecen : ¿ pueden desear mayor gloria ?

un pecado el asesinato de Enrique III» y al Parlamento «cuando ordenó rogativas públicas para dar gracias á Dios por la milagrosa muerte de este monarca.» Guignard muere sin acusar á nadie por su desgracia ; su conciencia únicamente y el honor de una Sociedad de la cual es miembro , le obligan á alejar de sí la responsabilidad de un crimen que siempre detestara y que sus hermanos miraron constantemente con horror..... Basta ! Á los ojos del hombre razonable , y sobre todo á los ojos del hombre cristiano , un sacerdote , un religioso , íntimamente convencido de su inocencia , y que hasta el último suspiro conserva la mas completa resignacion ; que hasta el fin de su vida es completamente dueño de sus potencias , que exhorta al pueblo la obediencia á los jueces de quienes conoce , de quienes experimenta la sangrienta injusticia..... este sacerdote , este cristiano , sea no sea jesuita , no es ni puede ser un malvado. Calumniesele , no por esto nuestro impugnado autor ni ninguno podrá manchar su memoria.

¿ Y no es bien extraño , como antes hemos hecho presente , que condenáran á Guignard como autor de escritos regicidas , aquellos mismos jueces que cinco años antes habian firmado una sentencia mortífera y sacrilega contra el rey Enrique III? Resuelva el lector imparcial si los mas crueles enemigos del rey eran competentes para juzgar á un jesuita , por haber encontrado , ó *haber supuesto encontrar* en su celda antiguos escritos contra este mismo rey , á cuya Majestad el Parlamento habia procesado. ¡ Cosa rara ! En 1595 el Parlamento de Paris condenó á muerte á Guignard ; por haberse olvidado éste de quemar ó destruir algunos escritos compuestos cuatro ó cinco años antes en favor del Parlamento , y tal vez de órden suya..... Y á este tribunal se fiaba semejante acto de justicia!

Esto suponiendo por un momento que en realidad fuera Guignard el autor de los escritos regicidas , lo cual estamos muy lejos de conceder. Recuérdense bien las palabras transcritas por el canciller de Chiverny , enemigo de los Jesuitas , y se verá como entrañan la inocencia de Guignard. Los hom-

bres mas influyentes del Parlamento , dice , « eran verdaderos enemigos de los Jesuitas » y estos fueron los que encontraron , ó *supusieron quizás haber encontrado* , en la celda de Guignard , ó en la Biblioteca de que era guarda , los escritos sediciosos que sirvieron de cuerpo de delito . Resulta que los enemigos poderosos de los Jesuitas diputaron á otros enemigos para que secundáran sus deseos de esterminar á los hijos del gran Loyola . Y esto no es dudoso : la historia nos ha conservado los nombres de algunos de estos diputados , y ellos bastan para que , quien conozca el corazon humano , se convenza de la incompetencia de tales jueces . Aqui está sino Luis Masuré , enemigo acérrimo de los Jesuitas ; el abogado Dollé , digno campeón de aquellos que pedían el total esterminio de la Compañia ; Doron , primer ujier del tribunal , conocido por su odio hácia los hijos del inclito Loyola ; y así de los demás , como puede verse en de L'Etoile , Fleuri , y otros autores de crédito reconocido . Tantos elementos reunidos , y existiendo como existia una firme voluntad de esterminar á los Jesuitas ¿ qué de extraño tiene que se encontrara en la celda de uno de ellos , ó en la Biblioteca , un escrito , un documento , un papel cualquiera que comprometiese á la Orden ante el tribunal y ante el pueblo ? ¿ Seria tal vez la primera manobra del género vil y bajo que emplearian contra los Jesuitas aquellos que no se atrevian á serlo en el terreno de la razon ? Cuando una resolucion está tomada de antemano , todos los medios son buenos para ciertas gentes como conduzcan al fin . Quien escribió los papeles encontrados en la celda de Guignard , lo sabian sus autores : si estos eran ó no jesuitas , el cancellor de Chiverny deja , ya no que lo dudemos , sino que lo neguemos sin reparo alguno .

Para probar sin embargo la animosidad de los jueces que sentenciaron á Guignard , queremos por un momento suponer , que en efecto los comisionados encontraron en la Biblioteca del colegio escritos injuriosos al rey Enrique III ; supondremos tambien que estos escritos lo eran de Guignard ,

esto es, de su puño y letra; supondremos mas, supondremos que Guignard fuera, no el copista, sino el autor de estos escritos..... ¿Es justa la sentencia del Parlamento? En nuestro concepto, no. Dejémonos de odiosas discusiones que versan sobre hechos falsos, ó cuando menos muy dudosos; hagámonos cargo solamente de que si Guignard habia escrito tales libelos, era en tiempo de los furores de la *Liga*, era en la ocasion aquella en que la Sorbona y el Parlamento estaban al frente de la inteligencia y el gobierno revolucionario; su crimen dejaba de ser punible, despues que el rey habia amnistiado á todos los *unidos*; y en fin, si tan criminal es la conservacion de semejantes escritos en las bibliotecas, que importan la muerte de los bibliotecarios y la destruccion de la Orden á que aquellas pertenecen, pocas serán en Francia las bibliotecas que no se encuentren en el caso de la del colegio de Clermont, y pocos serán los bibliotecarios que no deban seguir á Guignard en el cadalso; pues con dificultad encontraríamos uno de estos depósitos ó archivos de la historia en que no existieran antiguos papeles escritos contra el rey Enrique III. Además ¿QUÉ TENIA QUE VER UN DOCUMENTO CONTRA ENRIQUE III con el regicidio de Enrique IV? Reconózcase que esto de los papeles, como todo lo que en aquella ocasion se propaló por los mas influyentes del Parlamento, fué un pretesto, un simple pretesto para arruinar á la Sociedad. Los comisionados *tenian orden* de encontrar pruebas de delito en el colegio de Clermont, y los magistrados se acordaron tal vez de que durante la *Liga* los Jesuitas habian sido mejores ciudadanos que ellos, recuerdo que alimentaba en su corazon un odio hácia la Sociedad tan injusto como inveterado. El presidente de Grammond, en su *Historia de Francia*, p. 198, se espresa en estos términos: *Nondum causæ aut pretextus irarum exciderant senioribus; nondum sopita penitus in Societatem odia, quæ etsi vetera et injusta manebant.* Todavía no se habian olvidado las causas ó pretextos de odios antiguos; aun no se habian apagado del todo contra la Sociedad estos

odios, por mas inveterados é injustos que fuesen. Aquí tenemos asegurada tambien la antigüedad del odio que los magistrados profesaban á los Jesuitas, odio que existia en tiempo de la *Liga* y despues de ella asimismo. Y de aquí deduciríamos asimismo, que si los magistrados, como queda probado, fueron *unidos*, los Jesuitas no pudieran serlo, pues á haber pertenecido ambos cuerpos á una misma comandita política, el odio del tribunal no tan solo no hubiese explotado tan sangrientamente como lo hizo, sino que ni aun se hubiese ligeramente revelado. Y aquí verán nuestros contrarios, que donde quiso acusarse y hacer á los hijos del gran Loyola un terrible cargo, encuentran estas armas para desviar el golpe y aun contestar una estocada en otro lugar anterior dirigida contra su invulnerable pecho.

A pesar de todo, la Compañía de Jesus fué desterrada de Francia por el crimen de Juan Chatel, del cual estaban completamente inocentes. La misma sentencia que condenaba un regicida á muerte, condenaba una Sociedad benemérita á la ignominia; y mientras se levantaba el cadalso para privar de la vida al reo, se erigia una pirámide para eternizar el oprobio de la Compañía de Jesus, ó mejor, el de sus perseguidores. Porque, digámoslo de una vez, la espulsion de los Jesuitas fué la obra maestra de la política de los hugonotes. Duplessis, famoso ministro de esta secta, en sus *Memorias* t. 2, p. 500, así lo confirma, y de él se desprende que el protestante Sancy fué quien interpuso su crédito *para librar á los calvinistas de una Sociedad nacida para confundirles*. El mismo Duplessis en una carta, fecha á los 30 de enero de 1595, manifiesta su reconocimiento á Sancy por semejante beneficio; diciéndonos al propio tiempo en su citada obra, que la secta triunfante se dió la enhorabuena de semejante victoria, que el esterminio de los Jesuitas fué como la señal de su triunfo, que este acontecimiento fué consignado en sus fastos, la sentencia escrita con caracteres de oro, y el dia en que se llevó á cabo contado en el número de los felices. He aquí plantea-

da la lucha en su verdadero terreno y por sus verdaderos mantenedores; lucha de principios, no de hombres; jesuitas y hugonotes, es decir, catolicismo y calvinismo.

Jaime Bougars, célebre hugonote, que habia sido enviado á Alemania para entablar negociaciones con los príncipes protestantes, dice, en una de sus cartas, lo siguiente, como es de ver en Daniel: *Historia de Francia*, t. 7, p. 254: «Estamos ocupándonos en la espulsion de los Jesuitas. La Universidad se ha conjurado contra estas pestes públicas. Este negocio se verá luego en el Parlamento.» Este es el mejor elogio que pudiera hacerse de la Compañía.

En la *Historia del mundo* por César Campana, t. 2, lib. 13, p. 680, léese lo que sigue: «No fué precisamente el crimen de Juan Chatel que ocasionó la espulsion de los Jesuitas; pues este fué tan solo el pretexto que sirvió á sus enemigos, es decir, á los calvinistas y á sus partidarios, para llevar

1. Hoy día como en los siglos anteriores, los mal llamados filósofos y los herejes, coaligados para derribar la autoridad y las instituciones de la Iglesia, han ensayado de llevar á cabo por la misma maniobra el objeto principal de sus ataques, de reunir todos los enemigos del catolicismo, de sublevar las pasiones populares por el mismo plan, de guerra á los Jesuitas. Conviene pues estar prevenido, es necesario hasta que el mismo clero lo sepa y con él todos los que de católicos se precien: el engaño sería necio y las consecuencias funestísimas: peligroso sería desconocer ú olvidar lo que la historia ha consignado sobre el particular. Cese pues toda prevencion y toda susceptibilidad. No se trata solamente de la defensa de una corporación religiosa que tantos y tan eminentes servicios ha prestado á la Iglesia; trátase de defender á la misma religion. ¿Se habrá olvidado que pocos años despues de la supresion de los Jesuitas en Francia por los Parlamentos, estos mismos Parlamentos, vencedores de la Iglesia, atentaban contra la autoridad real, y pocos años despues el trono y la Iglesia desaparecian con los mismos Parlamentos anegados en un lago de sangre? La misma maniobra hipócrita y desleal trata de renovarse en nuestros días. (*Bibliographie catholique*, t. 1.º) — Otro tanto puede decir la desgraciada España, Portugal y demás naciones gobernadas por la casa de Borbon, coaligadas por las intrigas de infernales ministros, para destruir la Compañía de Jesus, esta valerosa milicia defensora del trono y del altar. La Historia esta patente para demostrar tan amarga verdad.

a cabo el proyecto que de mucho tiempo tenían formado. El odio de los herejes había aumentado con el tiempo: comprendieron que la Sociedad sería siempre un obstáculo insuperable para el progreso de la reforma (herejía) en Francia; y habiendo intentado sin éxito destruirla varias veces, encontraron por fin una ocasion favorable cuando Enrique IV se hizo dueño de París. El Sr. de Harlay, que había sido preso bajo el precedente reinado, y que creía ser deudor de su prision á los Jesuitas, naturalmente tomó partido contra ellos. Los hugonotes no auguraron mal de este magistrado, que sacrificó su reputacion al placer de la venganza. Un tal Bourceret apareció entonces en la escena, presentando en nombre de la Universidad un escrito, que solo la pasion pudo haber dictado. Este escrito no produjo efecto alguno hasta despues del atentado de Chatel, de que se quiso hacer responsables á los Jesuitas, por lo cual fueron arrojados del reino *con gran sentimiento de los mejores ciudadanos, que nunca pudieron comprender fuera justo castigar á toda una corporacion por el crimen de un individuo particular, mayormente cuando la inocencia de estos particulares quedaba tan plenamente probada.* El padre Gueret, á quien en un principio se había acusado, fué puesto en libertad; y sin embargo todos los Jesuitas fueron esterminados por el crimen de este mismo Gueret, *á quien el Parlamento no pudo encontrar culpable.* El duque de Nevers se declaró altamente en favor de los Jesuitas; el cardenal Carlos de Borbon dijo que si era cosa resuelta arrojarles del reino, debía empezarse por arrojarle á él mismo: murió, sin embargo, en ocasion oportuna para no presenciar la ejecucion de la sentencia. — ¿Quién contesta á esto?

El Ilmo. Sr. Marco Battaglini, obispo de Nocera y de Sentino, en su obra: *Anales del sacerdocio y del imperio*, t. 1, año 1603, página 40, no es menos esplicito en este punto, pues dice: «Los Jesuitas fueron desterrados del reino por sentencia del Parlamento, pero el Parlamento se había dejado engañar por los hugonotes, que solo veían en los Jesuitas unos muy te-

mibles adversarios de la reforma. » Esta opinion de un prelado justamente reputado en la república de las letras, bien vale algo mas que la autoridad desautorizada de Adolfo Boucher, fiador de los asertos que transcribe el autor del anti-verídico *Retrato al daguerreotipo*. Si cualquier lector imparcial compara tan solo nuestras citas con las de nuestro adversario, si reflexiona por un momento sobre nuestros argumentos y los suyos, si pesa en fiel balanza las razones de entrambos, pronto verá de qué lado se cae el platillo.

Otro testimonio tenemos aun en Dupleix: *Historia de Enrique el Grande*, p. 191 y 193. Este autor dice que á los religiosos, á quienes no queria descontentarse, se agregaron los libertinos, á la sazón muy poderosos, de donde se deduce, que la sentencia del tribunal fué el fruto de la cábala de los herejes y las intrigas de los libertinos. Y luego añade, que la tal sentencia indignó al Papa y al Sacro Colegio, «mayormente cuando público era que algunos de esta misma Compañía fueron en esta ocasion muy dignos y fieles servidores del rey, entre ellos el P. Commolet, y sobre todo el cardenal Toledo, español, el cual hizo inestimables esfuerzos para hacer dar entera satisfaccion á S. M.» No es menos cierto que la mayoría de cardenales opinaba por la no reconciliacion del rey con la Santa Sede, si antes no eran restablecidos los Jesuitas. Este parecer no prevaleció, y el Papa no hizo mencion de este restablecimiento, por mas que de todo corazon lo deseaba así, por cuanto el cardenal Duperron, embajador de Enrique IV, «declaró del modo mas terminante, que el destierro de los Jesuitas no era efecto de impulsión alguna por parte de S. M.; y entonces el Pontífice no quiso que Enrique IV hiciera á la fuerza lo que se prometia de su recta justicia.» Ya tenemos otra noticia nueva, y es, que no fué el rey, ni á impulsos suyos obraron los que desterraron á los Jesuitas. El testimonio del cardenal Duperron no es equívoco en modo alguno.

El canceller de Chiverny, personaje que merecia la íntima confianza del rey por su celo nada comun en favor del gran

monarca ; Chiverny que no podia defender á los asesinos de Enrique IV contra los guardas de su preciosa vida ; Chiverny, jefe de la magistratura, y que como á tal ninguna necesidad tenia de justificar á los Jesuitas á espensas de sus colegas ; Chiverny hemos visto como se espresa al hablar de los jesuitas Gueret y Guignard y de la sentencia fulminada contra la Sociedad : sepamos ahora como juzga las consecuencias de esta sentencia. En sus ya citadas *Memorias de Estado*, p. 241 y 242, se espresa en los siguientes muy significativos términos: «De este modo fueron arrojados los Jesuitas de París, no sin asombro y gran sentimiento de muchos..... Los individuos del Parlamento confiscaron sus bienes, y despues de haber dispuesto de todos á su antojo, mandaron edificar una muy hermosa pirámide de piedra, á espensas todo de dichos bienes de los Jesuitas. Los enemigos de estos hicieron circular multitud de libelos para que se les creyera corruptores de la juventud y semilleros de doctrinas perversas contra el rey ; á todo lo cual los Jesuitas, habiéndose dulce y pacientemente retirado, no dejaron de dar muy buenas contestaciones, haciendo ver los malos procederes que se habian seguido con ellos, malos procederes que herian de rechazo á la autoridad de la Iglesia, y finalmente á la del Estado.» Estas últimas palabras son remarcables en gran manera, y prueban que pocos cancilleres de Francia conocian mejor el modo de enjuiciar propio del Parlamento.

Continua el mismo Chiverny, y en la p. 272 dice : «En el mes de agosto de 1597, el Parlamento de París por obra de algunos de sus miembros, no estando aun contentos con haber espulsado á los Jesuitas, espidió el día 21 una orden, prohibiendo á todas las ciudades y comunidades consentir que aquellos que hubieren pertenecido á la Compañía de Jesus tuvieran escuela abierta donde quiera que fuese, aun cuando hubieran renunciado á su orden y salido de la Compañía. A tal punto llegaba la extrema animosidad que les profesaban. ¿Por qué los acérrimos enemigos del nombre del gran Loyola

no contestan á esos cargos , ó no reproducen estos testos en sus obras ?

Sigue el canceller en la p. 287 : « En el mes de agosto de 1528 , algunos miembros del Parlamento de París , siempre animados contra los Jesuitas , espidieron un decreto *muy extraordinario* contra el Sr. de Tournon , senescal de Auvernia , por no haber querido echar á los Jesuitas de Tournon , prohibiendo bajo rigurosas penas qué nadie estudiara ó enviara sus hijos , ni á Tournon , ni Moussou en Lorena , ni á colegio alguno de los Jesuitas. Este decreto lleva la fecha del 18 de agosto , y el mismo rey se vió obligado á interponer su autoridad para suspender su efecto. »

Recopilemos. M. de Perefixe en la *Historia de Enrique el Grande*, p. 225 , nos dice que los Jesuitas fueron esterminados *porque tenian muchos enemigos*, y que cuantos no participaban de este carácter , *nunca creyeron culpable á la Sociedad*. Que su espulsion se llevó á cabo *con asombro y sentimiento de muchos* y porque *los protestantes gozaban de gran valimiento y los libertinos eran á la sazón muy poderosos*. Que su esterminio se verificó *contra la voluntad del monarca* , cuyo corazón hablaba en su favor , y *por la estremada animosidad de los miembros del Parlamento de París*. Que fueron desterrados por decretos *muy extraordinarios* , y valiéndose de malos procedimientos , *que herian de rechazo á la autoridad de la Iglesia y del Estado*. El mismo Bayle , jefe de los escépticos , en su *Diccionario histórico* , artículo Guignard , reconoce , que muchos se asombraron al ver « que cuando á lo más existian *presunciones* de que los Jesuitas hubiesen aconsejado á Juan Chatel el atentado que llevó á cabo , se les desterrara del reino. » Y no era por cierto infundado el asombro , pues condenar á toda una Orden por presunciones *no probadas* , antes bien probada su falsedad , solo podia hacerlo el Parlamento de París , potencia protestante que iba á librarse por medio de una inaudita injusticia , de una Orden que era el obstáculo insuperable para el logro de sus fines. El que dudare de esto , lea la historia,

y la experiencia justificará la exactitud del vaticinio.

Finalmente, los Jesuitas, gozando de un poder tan formidable como han querido suponer sus enemigos; los Jesuitas sostenidos por la *Liga*, de la cual dice nuestro impugnado autor fueron correos y principales jefes; los Jesuitas sostenidos por el rey de España y el *déspota ultramontano*, al decir de sus adversarios herejes; los Jesuitas queridos del rey de Francia y de los buenos ciudadanos, como célebres historiadores acreditan; fueron bastante torpes para no valerse de su crédito y poder, á fin de destruir la sentencia que les hería en mitad del corazón. Antes por al contrario, obedecieron sin reclamacion una sentencia, que segun Muratori: *Anales de Italia*, año 1394, *pareció injusta á todas las personas honradas*; una sentencia, que segun Battaglini: *Anales del sacerdocio y del imperio*, año 1603, n.º 14, dictóla el Parlamento *porque se dejó engañar por los herejes*. ¿Y obedecieran los Jesuitas una simple sentencia del Parlamento, si, como sus enemigos aseguran, hubiesen sido los jefes de aquellos que se rebelaron contra su soberano?... No, no podrán lograr ni el autor del reprobado *Retrato al daguerreotipo*, ni alguno de aquellos cuyas huellas ha seguido, hacer de los Jesuitas unos monstruos regicidas; no podrán evitar, que, como dijo Voltaire, la posteridad se levante en su favor, porque la posteridad, despues que desaparece el humo del combate, ve siempre claro á través de la calumnia, por mas que esta calumnia haya imperado durante mucho tiempo.

Concluyamos: «El domingo 8 de enero de 1595, dice l'Etoile en su *Diario de Enrique IV*, t. 2, p. 166, los Jesuitas obedeciendo la sentencia del Parlamento, salieron de la ciudad de Paris, conducidos por un ujier de la corte, y en número de treinta y siete, algunos montados en tres carretas, y los restantes á pié. Su procurador montaba una pequeña jaquilla.»

Y luego en la p. 133 ha dicho tambien el mismo autor: «En enero de 1595, la espaciosa y bella biblioteca de los Jesuitas fué entregada al saqueo y pillaje, figurando los prime-

ros entre los saqueadores muchos señores de la corte de Enrique.

Estas son las noticias que á la verdad histórica y á la lógica de los argumentos hemos arrancado, triunfo conseguido sobre la debilidad de nuestros adversarios, que en punto á fidelidad, no tiene por qué estarles agradecida la crónica. Nombres respetables todos, y tachable ninguno, nombres tan significativos como el de Enrique IV y el de Chiverny, han garantizado nuestras proposiciones: no puede pues hacerse caso de Boucher y del autor de nuestra impugnación despues que han hablado notabilidades, que sobre ser tan competentes, son los contemporáneos y jueces de los mismos que espermentaron su rigor. Víctimas los dignos hijos de la Compañía de Jesus de una acusacion tan falsa como terrible, no les valió que el mismo monarca saliera á su defensa; pero Dios que habia salvado la vida de su majestad, no podia permitir que este tolerase la calumnia por mucho tiempo, y el discurso que antes hemos transcrito del rey Enrique IV, es el mentís mas solemne dado al Parlamento y al anti-jesuitismo todo. No somos nosotros, no, los que defendemos á los hijos del ínclito Ignacio, es su siglo y son los siglos posteriores, es la opinion de los primeros críticos y mas acreditados historiadores, arma de la cual nos amparamos, y es en cualquier mano que sepa manejarla la formidable clava con que Hércules destruyó el gigantesco monstruo. También á nosotros toca destruir un monstruo, el de la impiedad, que ya ruge herido, viéndose inútil para dar felice término en el siglo XIX á la obra que los herejes y los *libertinos* comenzaron en el XVI. ¡Vanos esfuerzos! Al sol le oculta un momento nube importuna; no le apaga. Y el sol es la verdad; puede atormentársela, martirizársela, pero nunca matarla, porque es eterna. Y este constante triunfo de la verdad, es el que nos animó á pregonar y defender, seguros como estábamos del éxito, que la Compañía de Jesus en general, y cada uno de sus miembros en particular, eran completamente inocentes del crimen que Juan Chatel ejecutó en la persona del rey Enri-

que IV. Ahora solo nos resta decir, **LEAMOS LA IMPARCIALIDAD Y JUZGUENOS LA RAZON**.

1. A las pruebas plenísimas que hemos aducido sobre la completa inocencia de la Compañía de Jesús en los atentados contra Enrique III y IV de este nombre, y sobre el injusto destierro de la misma, añadiremos las siguientes del todo convincentes. En la carta que escribió á su augusta esposa el mismo Enrique III, fecha 1.º de agosto de 1589, participándole el atentado, nada dice que pueda remotamente hacer sospechar la menor complicidad por parte de los Jesuitas. Igual silencio se nota en los *Manuscritos de Bethune*, vol. cot. 8966, fol. 66; *Mémoires de la Ligue*, tom. III; Capefigue, *Histoire de la Réforme, de la Ligue et du règne de Enri IV*; Fontanieu, *Portefeuilles*, n. 390-391; carta de Enrique IV al duque de Nevers de 2 de agosto de 1589. — El mismo Enrique IV nada dice de Jesuitas en la carta escrita de su propio puño, despues del atentado de Chatel, á varias ciudades de Francia. Fontanieu, *Portefeuilles*, n. 429-430. M. Capefigue en la historia ya citada, dice lo siguiente: Toda reaccion se aprovecha del primer suceso para hacerle servir á sus ambiciosos ú odiosos deseos.... Si se tienen presentes las averciones parlamentarias y universitarias contra los Jesuitas, ¿cómo no se habia de aprovechar el Parlamento de esta circunstancia para satisfacer sus odios contra esta grande corporacion? (la Compañía de Jesús.) Estos eran tambien los votos de la Universidad, deseos que (el hereje) Pasquier habia tan fielmente manifestado.... pero la instrucción del proceso no ofrecia prueba alguna suficiente para justificar una disposicion general (la del destierro) contra los Jesuitas.... Los políticos (libertinos) arrastraron al Parlamento á adoptar disposiciones violentas, entre otras el decreto odioso que condenaba el duque de Lorena á ser descuartizado por cuatro caballos, etc. y fijados en las puertas principales de la ciudad sus cuatro pedazos; cortados los arboles de las inmediaciones de su palacio, etc., etc. Véase pues que si el Parlamento olvidaba la justicia, en cambio le sobraba la crueldad y la venganza.» El mismo autor en su obra citada dice lo siguiente: «La sentencia del Parlamento fué harto severa. He hecho notar diferentes veces que la magistratura de París queria hacer olvidar su anterior comportamiento con Enrique IV: el Parlamento pronunciaba sentencias de muerte por los mas leves delitos, sin que nadie ignore sus crueldades horriboras, sus tormentos atroces, sus tenazas de hierro, su plomo derretido echado sobre las llagas en el pecho, despues de cortados pedazos de carne, etc. etc.» ¿Y son de extrañar, en vista de lo referido, la sentencia contra el P. Guignard y el destierro de la Compañía de Jesús? — El mismo citado autor, sobre el atentado de Clemente, se expresa del modo siguiente en su referida obra: «Este atentado se dijo haber sido dirigido por la marquesa de Verneuil,

antigua querida del rey. Propaláronse algunas quejas contra los Jesuitas para calmar el odio impaciente del Parlamento, que como la Universidad les odiaba. Los parlamentarios tenían en sus manos la dirección de la opinion pública por medio de folletos, que hacían circular. Los Jesuitas habian conquistado un gran ascendiente sobre el ánimo de Enrique IV, quien apreciaba mucho sus talentos y dulces insinuaciones. Al frente del partido católico en la corte estaba el jesuita P. Coton, uno de los hombres mas distinguidos y mas apreciados del rey. Enrique IV legó su corazón al colegio de los Jesuitas de la Fleche, dándoles con esto una prueba de su adhesión por la opinion religiosa, de la cual eran órganos. Los parlamentarios no obstante perseguían a la Compañía de Jesus; acusáronla de haber asesinado al rey, y entonces se renovaron los antiguos odios por un instante calmados. La posteridad no ratificará el juicio de los partidos, porque no puede acusar sin pruebas a los Jesuitas del atentado de Ravailac, que fué tan solo el resultado de un pensamiento fanático.»

En el archivo de Simancas, cot. B. 90-90, donde se conservan las correspondencias de los embajadores de España en París, no se encuentra una sola palabra de Jesuitas; en sus comunicaciones del asesinato de Enrique IV.—El que lea el *Mausolée royal* del P. Jaime Jorjé, quedará completamente convencido de la inocencia de los Jesuitas en el asesinato de Enrique IV por el infame Ravailac.—Los papeles encontrados (ó que se supuso haber encontrado) en poder del padre Guignard, no eran otra cosa que el eco de la opinion de los unidos, opinion de que habia participado la mayoría de los habitantes de París, reproducida en canciones, folletos, etc. (Mr. Capefigue, en su historia citada.)—Mr. de Lacroix, anti-jesuita, en su *Historia de Francia*, dice lo siguiente: «No puede fijarse la mente sin llenarse de horror, en la calumnia atroz que acusa a los Jesuitas de haber aconsejado y armado a los fanáticos Barriere y Chatel, como si la historia no lo desmintiese al consignar la elocuente respuesta de Enrique IV a los parlamentarios de su tiempo.»—Voltaire, tomo LVIII, dice: «Las necedades cometidas por tantos magistrados habian germinado en la imaginación de Damiens, bastardo de Ravailac.»—Rohrbacher, *Histoire universelle de l'Eglise catholique*, dice: «Los Jesuitas fueron espulsados por el Parlamento de París, con motivo del atentado de Chatel, del cual eran del todo inocentes; pero al Parlamento y a la Universidad de París, que en tiempo de la Liga habian publicado decretos oponiéndose a Enrique IV, les interesaba hacer recaer toda la culpabilidad sobre los Jesuitas, y por consiguiente los desterraron de París, apropiándose sus bienes y libros los individuos de ambas corporaciones.—Era tan violento el odio del Parlamento de París, que cuando Enrique IV firmó en 1603 el decreto del restablecimiento de los Jesuitas, el Parlamento representó al rey, aunque inútilmente, contra esta disposicion. Los Jesuitas progresaron en Francia, no obstante la oposicion de la Universidad de París, que pretendia el monó-

polio de la educacion y arrastraba en su odio al Parlamento: la masa de la nacion opinaba de otro modo. Los Estados generales de 1614 suplicaron al rey avocase á si esta cuestion, y autorizase el restablecimiento de los Jesuitas en todo el reino.»

CAPITULO XXXI.

EL EDICTO DE ENRIQUE IV.

En la página 222 y siguientes del anti-verídico *Retrato al daguerreotipo* continuase un edicto, que es el de espulsion de los Jesuitas, y con decir que la citada obra le inserta, está dicho que ha de ser insultante su contenido á los beneméritos hijos del gran Loyola. El testimonio de Enrique IV, á quien nosotros tantas veces hemos invocado, es sobradamente respetable y tiene de sobras fuerza legal, históricamente hablando, para que así dejemos pasar sin correctivo este capítulo de la obra de nuestra impugnacion. Y por cierto que su autor no ha de dar en la clase de correctivo que sea. Con aparente gravedad y suponiendo dar fe á los que anteriormente asimismo la dieron, dice que el tal edicto está *firmado Enrique, sellado doblemente con el gran sello de S. M. con cera amarilla* etc. etc. Todas estas señas de autenticidad creemos que en otros libros ha visto, porque tambien las hemos visto nosotros. Pero, como decimos, las hemos visto en otros libros, y esto no nos basta para dar fe al supuesto edicto de Enrique IV, antes por al contrario, dudamos de su autenticidad, y la negamos por las pruebas que vamos á dar.

No negaremos que el rey de Francia consintió la espulsion de los Jesuitas por razon de las circunstancias; antes nos hemos ocupado de ello y demostrado su sinrazon: lo que sí negamos es que tal edicto subsista ni haya subsistido nunca. No negaremos tampoco que el edicto existe

registrado en el Parlamento de París con fecha 6 de agosto de 1762, en el de Rouen en 12 de abril de 1763, en el de Tolosa á los 10 y 11 de mayo de 1762, en el de Dijon á los 4 de julio de 1763; pero todo esto no prueba mas sino que en esta época dominaba un espíritu contrario á los Jesuitas, y que los enemigos de estos inventaron en Francia un edicto como inventaron en Portugal un Breve del Papa, y que los registros del Parlamento no están ajenos de faltas y errores, cuya responsabilidad pesa de un modo terrible sobre aquellos magistrados. Afirman estos que el edicto de Enrique IV es auténtico, nosotros demostraremos lo contrario; pretenden que la autenticidad de un edicto consignado en los registros del Parlamento es incontestable, nosotros haremos palpable que este edicto ha sido insertado demasiado tarde y mal intencionadamente en estos registros, donde nunca debia haber constado. Lo repetimos, creemos en los registros del siglo XVIII, no podemos creer en el edicto del siglo XVI.

Y nadie, so pena de reconocida imbecilidad, podrá creer tampoco en la existencia de un edicto de Enrique IV, que es desconocido: 1.º de los escritores franceses y no franceses, católicos y protestantes, ninguno de los cuales hace mencion ni menos trascribe el tal edicto, pues este aparece por primera vez en las historias de dos siglos posteriores; 2.º de los mismos biógrafos de Enrique IV, que le conocieron personalmente y nos han transmitido la mayor parte de sus escritos; 3.º de los ministros, embajadores y agentes de las cortes extranjeras; 4.º de los magistrados, cortesanos y aun de los miembros de los Parlamentos que lo registraron; 5.º del canciller de Francia que debió haberlo dirigido, sellado y espedido; 6.º del Papa, que debió tener gran interés en este asunto; 7.º de los mismos Jesuitas, á quienes por él se proscribia, y que debieron ponerlo en ejecucion; 8.º de la reina de Francia, esposa de Enrique IV; y finalmente de este rey, á quien se supone tan injustamente autor. Por esto decimos que no nos es lícito dar fe á un edicto inconciliable con los monumentos históricos, á

un edicto que falta á todas las reglas de legislación ; á un edicto irregular en su forma , contradictorio en su fondo , mal sellado , falsamente fechado , y ridiculamente concebido ; á un edicto que aparece tan tardíamente espedido y tan póstumamente registrado ; á un edicto en fin injurioso , no solo á los Jesuitas , sino aun á Enrique IV , si Enrique IV fuera su autor. Probaremos estas proposiciones con la rapidez que nos sea posible , y entonces se apreciará en lo que resulte valer la opinión de los anti-jesuitas.

Probemos pues , primero , que el supuesto edicto de Enrique IV fué desconocido de todos los escritores de su época , que por precision , á existir , debieron conocerle. Un edicto de un rey es uno de los actos mas solemnes del poder legislativo ; su carácter esencial es la publicidad. Los franceses no podian materialmente ignorar un edicto del rey de Francia , cuando á todos debió ser público y notorio. Un edicto de proscripción espedido contra una corporacion odiosa á todos los herejes de dentro y fuera el reino , contra una Sociedad que tanto crédito gozaba en la capital , estendida en las provincias , con enemigos en algunas y amigos en todas ; un edicto de esta naturaleza por fuerza debiera causar general sensacion , por fuerza debiera formar lo que se llama época ; ser como una revolucion del Estado : todos los ciudadanos debieron tomarse interés por ella , ora les guiara , ora les animara la pasion. Un edicto de proscripción contra los Jesuitas , es en el orden moral un acontecimiento que no podia ser ignorado de persona alguna , que debió escribirse en todos los registros , consignarse en todas las historias , grabarse en todos los monumentos : un edicto contra los Jesuitas en 1593 , es decir , en tiempo que la Universidad peroraba , escribia é intrigaba contra ellos ; cuando los calvinistas solicitaban su exterminio ; cuando hasta los magistrados traficaban con su honor siquiera fuese perderlos ; un edicto tan conforme con las ideas de la Universidad , con las miras del Parlamento , con los intereses de los religionarios ; un edicto así debió circular de boca en boca ; los doctores , los

magistrados, los hugonotes debieron felicitarse por el buen éxito de sus mutuas intrigas; todos los escritos públicos debieron haberle insertado y hecho circular; un edicto tan á propósito para impedir la reconciliación de la Santa Sede con el rey en tiempo en que este la solicitaba con tanto empeño, un edicto espedido con este objeto y en semejantes circunstancias ¿pudo ser recibido como una cosa indiferente, pudo ser desconocido de todos, pudo pasar desapercibidamente?

Pese el público estas consideraciones, añádalas todo lo que se puede añadir, y diga de buena fe si le parece posible que el edicto de Enrique IV hubiese escapado á todos los historiadores y escritores de aquella época; máxime á aquellos que estudiaron minuciosamente esta cuestión, que se fijaron y escribieron la historia del día 7 de enero, fecha del supuesto edicto, que consignaron cuanto en este día se obró contra los Jesuitas, y aun las sentencias de que fueron objeto. Y los que tanto sabían y tanto conservaron ¿no habían de saber y no habían de conservar un edicto de tanta trascendencia como el de Enrique?

Ahora bien, empecemos por el hereje y cínico Pasquier¹. Este abogado que dedicó los años mejores de su vida en *inventar* y escribir una historia, ó mejor, una farsa escandalosa de la Compañía de Jesús; este abogado que puso en contribución los archivos de las cuatro partes del mundo y en ellos *encontró inefables horrores* que la humanidad ignoraba; este abogado que ha transcrito, compilado, comentado y falsificado todo cuanto

1. Sobre Pasquier y Arnauld, véase lo que dejamos consignado en las págs. 479, 80, 82, 83, 84, 85 y 86 sobre el primero, y sobre el segundo, págs. 557 y 562 de nuestra obra, y á más los autores siguientes: Dallas, *Nouvelle conspiration contre les Jésuites*; Artaud, *Historia de los Papas*; Henrion, *Historia de la Iglesia*; *La vérité sur les Jésuites*; Mr. Picot, *Réponse à quelques critiques*; Collombet, *Historia critica y general de la supresión de los Jesuitas*; Mr. Capefigue, *Histoire de la Réforme de la Ligue et du règne de Henri IV*; Mr. Sainte-Beuve, *Port-Royal*; *Mémoires de la Ligue*; Guilbert, *Mém. hist. et chron.*; *La vérité sur les Arnauld*, etc. etc. etc.

se ha dicho, hecho y proyectado en Europa y en América contra los Jesuitas; ignoraba la existencia del edicto de Enrique IV. En su infame é inmoral *Catecismo de los Jesuitas* transcribe el inmundo y herético Pasquier tres sentencias espedidas contra los Jesuitas en solos doce días, una de ellas es del 29 de diciembre de 1394, otra del mismo 7 de enero de 1595, y otra del 10 de los mismos mes y año. Las tres sentencias son espedidas por el Parlamento; nada insinúa, á pesar de hablar espresamente del día 7 de enero, de edicto alguno dado por el rey. Hay mas: en su citada obra, p. 170, dice que un jesuita presentó un memorial al rey, quejándose de la sentencia del Parlamento, lo cual probablemente no hubiese tenido lugar si la sentencia del Parlamento hubiese sido confirmada por un edicto del rey. En la p. 218 de la repetida obra, dice que los Jesuitas tuvieron el atrevimiento de hacer por medios oblicuos é indirectos, el proceso del *santo* tribunal del Parlamento de París, y esto por el solo motivo de pedir al rey su restablecimiento. Pues si hacer semejante solicitud era procesar al Parlamento, que les habia espulsado, tambien era procesar al rey, si el rey hubiese espedido el supuesto edicto de espulsion. ¿Cómo es pues que Pasquier no hizo mérito de semejante agravio hecho á la persona de Enrique IV? En la p. 306, esclamándose Pasquier con el rey, porque temia el restablecimiento de los Jesuitas á quien S. M. mostraba demasiado afecto, dice: «Los Jesuitas emplean el valimiento de algunos grandes para volver á entrar en gracia, *no obstante la sentencia espedida por el Parlamento de París.*» ¿Por qué no habló Pasquier de la sentencia del rey?

Finalmente y para acabar con Pasquier. Dia por dia y hora por hora, en el citado inmoral y herético *Catecismo de los Jesuitas*, nos habla el cinico abogado de cuantas escenas tuvieron lugar á propósito de los Jesuitas. El mismo autor de nuestra impugnacion puede convencerse de ello, como antes se convenció su predilecto Adolfo Boucher. Nada escapa á Pasquier que pueda causar perjuicio á los dignos hijos del inclito Loyola.

todo lo detalla con una minuciosidad microscópica; solo una cosa calla, solo una noticia no continua, pero da la casualidad que es la mas interesante, el edicto del rey, del cual ni remotamente deja concebir sospechas. ¿Tenemos ó no motivos para decir que Pasquier ignoraba la existencia de este edicto?

Al enemigo de los Jesuitas Pasquier, agreguemos el de otro enemigo y colega del anterior, el abogado Arnaud. Este abogado publicó un libelo contra la Compañía de Jesus, titulado *Franco y verdadero discurso*, dirigido al rey. En él se ocupa preferentemente de pintar los males que necesariamente traeria la no ejecucion de la sentencia del Parlamento, que cita á cada página; y ni cita, ni deja entrever la existencia del supuesto edicto de Enrique IV. Oigamos algunas de las palabras con que testualmente se expresa: « Despues de todo esto, Señor, dice, ¿qué otra cosa mas dulce podia hacer el Parlamento que aprobar lo que la Universidad venia pidiendo? Con gran conocimiento de causa, *nuestro Parlamento espidió la sentencia* por la cual son arrojados de vuestro reino. Vuestra Majestad no ignora que la fuerza de los Estados estriba en la ejecucion de las sentencias de los tribunales supremos. Los Jesuitas atropellarán la sentencia del Parlamento que debió ser inviolable, y les veremos establecidos en un reino, del cual fueron solemnemente arrojados por vuestros Parlamentos. ¿Y este es el caso que se hace del gran senado de Francia? Las sentencias son escritas en mármol, pero en realidad son pisoteadas. No, Señor; justo es que las sentencias de vuestro Parlamento, de vuestro gran Parlamento, del Parlamento de Francia, sean ejecutadas en Francia. » ¿Habla Arnaud de otro edicto que el del Parlamento? Contesten cuantos hayan leído su escandaloso libelo, y contestarán negativamente. ¿Porqué pues al afeár el proceder y al ponderar el perjuicio que resultaria del restablecimiento de los Jesuitas, se hace tantas veces cargo del edicto del Parlamento y nunca del edicto de Enrique IV? ¿Por qué cuando dice, *obedézcase el edicto del Parlamento*, no dice, *obedézcase vuestro edicto*? Porque el tal edicto, como ilusorio

que es , era desconocido de Arnaud , como era desconocido de Pasquier ; dos hombres que por su esencial enemistad con los Jesuitas y con la religion , no hubieran dejado escapar ocasion tan propicia de legar á la posteridad un documento tan importante como el que nos ocupa. Continuemos esta revista con los autores contemporáneos.

Pedro de l'Etoile , otras veces citado , gran ujier de la cancelleria y furibundo enemigo de los Jesuitas , escribió un *Diario* sumamente detallado de cuanto habia presenciado , y particularmente de cuanto se dijo y obró contra los beneméritos hijos del gran Loyola durante los reinados de Enrique III y Enrique IV. Entre las fechas de este *Diario* se encuentra el 7 de enero de 1595 , y en este dia refiere como fué ajusticiado el jesuita Guignard , con otras varias y circunstanciadas noticias , sin hacer mencion de edicto alguno del rey. ¿ Y querrán hacernos creer que este se espidió en realidad , y que el magistrado á quien no se le ocultó la cosa mas minuciosa , pasara ignorante de esta ?

Otro libro conocemos que á ser cierto el edicto de Enrique IV , á buen seguro no hubiese dejado de continuarle. Hablamos y nos referimos á las célebres *Memorias de la Liga*, escritas por un protestante , y que en seis voluminosos tomos en 4.º encierran un repertorio fastidiosamente exacto de cuantas sátiras , anónimos , sentencias y malos tratos fueron objeto los Jesuitas. Nada pasa desapercibido en esta obra , que gira siempre sus ataques sobre la sentencia del Parlamento de París , sin que haga la mas ligera indicacion de edicto alguno del rey. En este libro se lee « que el tribunal del Parlamento de París , conociendo muy bien que los Jesuitas eran una especie de *soldados españoles* , que á toda costa era preciso echar del reino , publicó en 21 de agosto de 1597 un decreto prohibiendo á todo francés recibir jesuita alguno , ya para abrir escuela pública ó privada , ya para dedicarse á ejercicio alguno : pues , dice el decreto , tolerando que los Jesuitas tuviesen escuelas , se haria ilusoria la sentencia del tribunal de

29 diciembre de 1594. Para prevenir esta nueva desgracia, este tribunal ordenó, que el dicho decreto de 29 diciembre de 1594 fuera ejecutado á tenor de su forma y contenido. » ¿Cómo, pues, si existia un edicto del rey, fecha 7 de enero de 1595, un edicto más riguroso y solemne que el del Parlamento, este tribunal no hizo mérito de él en la sentencia de 21 de agosto de 1597? ¿Y como pasó por alto al redactor de las *Memorias de la Liga*, que segun era protestante y como tal enemigo de los Jesuitas, le hubiese impreso no con letras negras sino con caracteres de oro? Los enemigos de los Jesuitas, que conocian la defensa que de ellos habia hecho el propio rey Enrique IV, y todo el partido que sus contemporáneos y la posteridad podian sacar de ella en pro del Instituto de S. Ignacio, ¿cómo no trataron de aminorar el efecto que esta defensa causaria, reproduciendo el edicto del rey como contrapeso de su apología de los Jesuitas? Amigos y enemigos de la Compañía de Jesus, conocieron y continuaron en sus obras la elocuente defensa del rey, escrita con aquella franqueza y fuerza de lógica que conocen ya nuestros lectores. Y sin embargo, esta defensa no era un documento tan solemne, no podia ser un instrumento público como un edicto que en innumerable cantidad de ejemplares debia llegar á las autoridades de todos los pueblos, y estas hacerlo notorio hasta al último vasallo de la corona, pues que á todos se dirigia y todos eran amenazados en él. A pesar de esto, conservóse la defensa y no quedó rastro del edicto. ¿Esto se comprende? De ningun modo: si el edicto fué desconocido á sus contemporáneos, es porque el edicto nunca ha existido. Si no quedara obra alguna de aquel tiempo, pudiéramos dudar; quedan empero muchas, hemos citado algunas, ninguna de ellas escrita por jesuita ni amigo suyo, y el edicto no parece, porque no puede parecer lo que no existe. No por esto se crea que tenemos á Pasquier, Arnaud, l'Etoile y otros sus compañeros por mejores que sus sucesores del siglo XVIII; lo que si creemos que estos no se atrevieron á estampar en sus escri-

los falsedad tan cumplida, por no verse silbados de su tiempo. Los que vinieron despues, pasados doscientos años, no tuvieron tal escrúpulo, y pusieron por obra lo que el refran dice: *á luengas tierras, luengas mentiras*. Este y no otro, sin vanidad, es el verdadero punto de vista de esta cuestion. En nuestro apoyo, á mas de los citados autores, vienen d'Argentré en su *Coleccion*, las *Memorias de Condé* por Lenglet, la *Historia de la Universidad* por du Boulay, la *Colección de Petitpied*, el *Mercurio jesuítico*, todos los *Mercurios* franceses de aquel tiempo, y algunos estranjeros; la *Historia de los Jesuitas* por Hospinien, etc. etc. Ninguno de estos autores tiene noticia del edicto del rey, ninguna de sus obras le menciona; todos sin embargo hablan estensamente de los Jesuitas, y muchos presenciaron las escenas de que la Compañía fué protagonista en los últimos años del siglo xvi.

Una cita muy particular hemos de consignar, y es la de Boitereau, abogado en el gran consejo, por el tiempo en que el supuesto edicto de Enrique IV debió ser espedido y enviado á Dijon como á todos los demás Parlamentos. He aquí sus actuales palabras cuando el restablecimiento de los Jesuitas: «Un edicto de Enrique IV permite á los Jesuitas entrar de nuevo en Dijon, de donde fueron arrojados *por los facciosos*.» La obra en cuyo tomo 1.º Boitereau se espresa en estos términos, es una obra dedicada á la reina. ¿Hubiese tenido su autor la impudencia de llamar *facciosos* á los que espulsaron á los Jesuitas, si el rey hubiese sido quien por un edicto les espulsó? De ningun modo.

Recorramos si se quiere á los autores mas modernos, pero no por esto menos enemigos de los Jesuitas. Ahí está Mezeray, compendiador de M. de Thou; Chalons; Perefíxe, miembro del Parlamento; Bayle, filósofo de la impiedad; el continuador de Fleury, muy aficionado á los calvinistas; el presidente Herault, furibundo parlamentario y por lo general bien instruido en estos detalles históricos;... examinemos una á una las páginas de sus obras; nada dicen del tal edicto, antes por

al contrario en cien pasajes distintos dan á entender cuan soñada ha sido su existencia. Por último, á tantas pruebas negativas, añadiremos una positiva, pero fuerte, incontrastable.

El autor de nuestra impugnación habrá oído hablar de Cayet, célebre en su tiempo por la desvergüenza con que hacia uso de su mal aprovechado talento, y conocido mas particularmente por el odio ciego que profesó á los Jesuitas. Oigamos como se espresa este genio fatal en su *Chron. septenn.* edicion de 1607, 2 vol. en 8.º tomo 1.º lib. VII, p. 434. « Los Jesuitas, dice, habian sido desterrados por *sentencia del Parlamento de París*, en que se mandaba á los otros Parlamentos hicieran cumplir este decreto como dado en el tribunal de los Pares, y de la autoridad de aquellos cuyo contenido debe en todas partes obedecerse. Sin embargo, el Parlamento de Tolosa no quiso dar cumplimiento á la sentencia, alegando por toda razon que ellos no dependian de París, antes por al contrario eran un distrito tan independiente de París, como París de Tolosa. Por lo cual el rey queria hacer un edicto solemne para que la sentencia fuera observada en toda Francia, y á fin de que una vez ejecutada por el tribunal de París, que es el Parlamento de todo el reino, todos los otros parlamentos y tribunales, como subalternos, debieran obedecer sin réplica. Pero la intervencion de la Santa Sede, y el respeto que Su Majestad sentia hácia el Padre Santo y la piedad, impidió la publicacion de este edicto.»

¿Habrá ahora quien sostenga la existencia del debatido edicto? Cayet es testigo ocular; Cayet es el hombre que sin mas intencion que la perversa de dañar á los Jesuitas, propaló mas falsedades que todos los demás enemigos juntos; Cayet es el que para presentar como culpables á los Jesuitas en la tentativa contra Enrique IV por Chatel, compuso por sí y ante sí, sin moverse de su gabinete, un absurdo interrogatorio sostenido por el regicida; Cayet escribe detalladamente los sucesos del año 98, y hasta esta época léjos de hablar de edicto alguno del rey espedido en 7 de enero de 1595, nos dice como la

intervencion de la Santa Sede impidió la publicacion de un *projectado* edicto que pensó hacer Enrique IV para que todos los Parlamentos ejecutáran la *sentencia del Parlamento de París*. ¿Porqué en vez de hacer obedecer el rey al Parlamento, no pensó en hacerse obedecer á sí mismo?

Hemos dicho que el edicto de Enrique IV era desconocido de sus biógrafos, y lo probaremos tambien. Dupleix dice: «El rey deseaba llamar nuevamente á los Jesuitas, pero esto no lo podia hacer sin anular la sentencia recientemente pronunciada por su Parlamento.» ¿Por qué no añade este historiador, que el rey no podia rehabilitar á los Jesuitas sin contradecirse á sí mismo y anular, no solo la sentencia del Parlamento, sino tambien la sentencia que él propio dictára? Esto es lo natural dijera Dupleix si tal edicto hubiese existido; su modo de expresarse prueba que estaba ignorante de él, y si Dupleix estaba ignorante, bien puede creerse que nunca existió tal edicto de Enrique IV.

Lo mismo sucede con Matthieu y el senescal de Tournon, nuevos apoyos de la proposicion que venimos sosteniendo. Quien quiera que conozca la escrupulosidad con que procedian los biógrafos de los reyes, y no ignore que aquellos escritores tenian noticia de los actos mas privados de la vida de los monarcas, ha de estrañar con nosotros y con todos que estuvieran ignorantes por completo de un edicto de tan trascendentales consecuencias y que tanto ruido debió causar en aquel tiempo. Si no consta pues en los antiguos historiadores que debieron ser testigos, si no consta en los biógrafos del rey que de ningun modo podian desconocer el hecho ¿dónde, dígasenos, constará el edicto de Enrique IV; dónde que no sea en la delirante imaginacion de algunos anti-jesuitas? Y cuando decimos algunos, es porque muchos, los mas antiguos, los mas acérrimos y por desgracia los mas provistos de buen criterio, no han querido tomarse la responsabilidad de una noticia tan destituida de fundamento.

Cuando dijimos antes tambien que los ministros y embaja-

dores de Enrique IV ignoraban asimismo la existencia de este edicto, es porque teníamos poderosos argumentos que oponer. Ministros de Enrique eran Villeroi y Sully, y sobre ministros favoritos, y sobre favoritos anti-jesuitas y autores de conocidas y populares obras. Dígasenos en qué paraje, tomo, página, capítulo, ó lo que sea, se hace directa ó indirectamente alusion á esta sentencia real, de la cual no dejan entrever vestigio alguno. Y no basta que no hablen de ella, sino que M. de Villeroi en una carta al cardenal d'Ossat, fecha 30 de noviembre de 1597, á propósito de las sentencias que azotaban á los Jesuitas y á sus protectores, dice estas terminantes palabras: *El rey no tiene parte alguna en estas sentencias, ni menos debe el Papa atribuírselas.* En otra carta que es la 128 de las del cardenal d'Ossat reunidas despues en coleccion, dice tambien: «Enrique IV no tiene parte alguna en las sentencias contra los Jesuitas de Tournon, pues por fuerza habia tenido que tolerar la ejecucion de la sentencia de destierro dada contra los Jesuitas tres años antes.» Estos textos no necesitan explicacion, basta que se lean y se mediten.

Lo dicho es por lo que toca á Villeroi; vayamos ahora á Sully, á ese jefe de los hugonotes, astro del calvinismo. Distintos argumentos podriamos deducir de sus propias palabras, pero entre muchos dígase lo que una vez le dijo al rey: «Todo es de temer de los Jesuitas; y no comprendo cómo despues de una sentencia del Parlamento dada con motivo tan grave como justo, os dejais prevenir aun en favor de una Orden, que solo desgracias puede traernos.» Vamos á ver: ¿por qué este ministro, como Bouillon, Meaupeon, de Thou, y tantos otros de la misma calaña que miraban el restablecimiento de los Jesuitas como una calamidad pública, dejaron de recordar al monarca, no el edicto del Parlamento, que este bien se lo echaban á menudo en cara, sino el edicto que en el supuesto caso él mismo debiera haber escrito? ¿Por qué todos estos hombres de Estado, interesados en la cuestion, no hicieron presente al rey que revocar en un nuevo edicto un edicto antiguo, era

contradecirse á sí mismo, y dar lugar á que en vista del segundo se dudara de la sana intencion del primero? ¿Podian estar ignorantes del edicto? No se diga que sí, porque seria abusar de la candidez, ó mejor, de la paciencia del auditorio.

En la misma ignorancia estaban el duque de Luxemburgo y el citado cardenal d'Ossat. El primero, embajador en Roma, convenció repetidas veces, y entre ellas el 26 de febrero de 1698, al papa Clemente VIII, de que el rey no tenia parte alguna en las sentencias de destierro que pesaban sobre los Jesuitas. De modo que si el rey hubiese espedido el supuestó edicto, debíamos convenir en que ó Enrique IV. y su embajador eran muy falsos, ó el Papa y sus ministros muy torpes, pues vivian ignorantes de una cosa que necesariamente debió de haberse hecho tan pública. Por lo que toca al cardenal d'Ossat, ningun afecto personal sentia por los Jesuitas, y él mismo nos dice que si habia defendido su causa, era mirando por el bien de la Iglesia y del Estado. Este Prelado dice en su carta 129 á M. de Villeroi las palabras siguientes: «Aun cuando nunca hubiera habido Jesuitas en Francia, y aun cuando todos hubiesen sido arrojados incontinenti *despues de la sentenciá dada por el Parlamento*, no creais que hubiere tenido un gran dolor.» En la carta 16, dando cuenta de una entrevista que tuvo con el Pontífice, refiere como el cardenal contestó á este: «En todo caso, si el tribunal se ha escedido en alguna cosa, *creed que no será por culpa del rey.*» ¿Qué diremos mas? El cardenal d'Ossat, que tenia correspondencia con el rey sobre el negocio de los Jesuitas, y que procuraba en Roma impedir la enemistad de Clemente VIII y Enrique IV, recibió de este último una carta, fecha 9 de enero de 1695, es decir, dos dias despues de la publicacion del edicto, si el edicto hubiese sido publicado, y en ella nada le dice el monarca; tanto, que en confesacion dice el Prelado: «Nada encuentro en la carta que pueda ofender al Papa,» lo cual no dijera, á ser como supone nuestro impugnado autor, pues el Papa que por cuenta de los Jesuitas

habia roto con el rey , debía ofenderse, y no poco, de que este, lejos de revocar el edicto del Parlamento, le confirmara con un edicto tan insultante como es el supuesto de Enrique IV.

Dice asimismo en esta carta: «El Pontífice esperaba que V. M. moderaria el rigor del tribunal, haciendo suspender el rigor de la sentencia. Yo contesté al Papa que no queria meterme en esta cuestion de Jesuitas, pero que V. M. daba en su carta las razones por las cuales se habia visto obligado á permitir la ejecucion de la sentencia.» ¿Esto dijera el rey en 9 de enero, esto le contestara el cardenal, y esto creyera el Papa, si hubiese habido de por medio un edicto de Enrique IV anterior á su carta?

¿Hace falta un testimonio mas irrecusable todavia? Séalo el propio rey, que en 4 de octubre de 1598 escribia á M. de Luxemburgo en los siguientes términos: «Tocante á los Jesuitas, quiero conformarme con la voluntad del Santo Padre, es decir, que si no pueden volver aquellos *que fueron desterrados por el Parlamento de Paris*, al menos quiero que permanezcan en el reino los que de él no hubieren salido.» ¿Por qué el rey dice, desterrados por el Parlamento de Paris, y no dice por él?

Como era el edicto desconocido de los embajadores, lo era tambien de los magistrados, y hasta del Parlamento de Paris, que por fuerza debió conocer de él y registrarle. Si el Parlamento conoció de él, no podian alegar ignorancia ni sus presidentes, ni sus abogados generales. Y esto sin embargo, probaremos con buenas autoridades que el fingido edicto no llegó á noticia de los presidentes de Harlay y de Thou, ni de los abogados generales Servin y Marion, los cuatro acérrimos parlamentarios y reconocidos enemigos de la Compañia de Jesus. Nuestros argumentos no se basarán en conjeturas mas ó menos probables, sino en hechos y en instrumentos públicos, que nadie podrá negarnos; se basarán en la verdad, y esta verdad la arrancaremos á los labios de nuestros adversarios mismos. Tal es la fuerza de nuestra razon.

M. de Harlay, como es de ver en las *Memorias de Ville-roi*, t. 2, p. 399, dirigió al rey en la víspera de Navidad del año 1603 un discurso altamente injurioso para los Jesuitas, que terminaba con las palabras siguientes: «El bien de vuestro Estado, y el cuidado que todos debemos poner en la conservación de vuestra persona, nos han movido á espulsar á los Jesuitas lejos de vos y con vuestra autoridad; las mismas razones nos obligan ahora á suplicaros no lleveis á mal, si no podemos consentir su restablecimiento.» Ni en este lugar del discurso, ni en ningún otro habla M. de Harlay de edicto alguno de Enrique IV, y seguro está que á tener noticia de él, no hubiese perdido la ocasion de citarle tan oportunamente. Nos ha movido á espulsar, dice, ó lo que es igual, el Parlamento ha tenido que espulsar, etc. ¿Por qué no dijo, os ha movido á espulsar, es decir, vos, el rey, por el edicto que disteis en 7 de enero de 1595? No lo dijo Harlay, porque no tenia, ni podia tener noticia de él.

M. de Thou, en su *Apología del Catecismo* de Pasquier, continuada al frente de esta crítica obra, no olvida una sola de las sentencias, uno solo de los hechos que pueden perjudicar á los Jesuitas. Preparase diciendo que el historiador no debe pasar por alto minuciosidad ninguna; y en este sentido continua todas las sentencias de que fueron objeto los Jesuitas durante los años 1594, 1595, 1597 y 1598; transcribe no solo las que se espidieron en Francia, sino en Venecia, Dantzick, Thorn y Prusia... Y sin embargo, nada nos habla del supuesto edicto del rey, silencio que es la prueba mas plena de la no existencia de tal documento. Tambien deja entrever en la p. 19, que el rey quería publicar un edicto contra el Parlamento de Tolosa, que protegía á los Jesuitas, *pero disuadióse*, dice, *de ello, gracias á la mediacion de algunos cortesanos*. He aqui la última mano dada sobre nuestros opositores.

Por lo que toca á Servin y Marion, abogados generales, ahí están sus escritos; léanse por donde se quiera; todos cono-

cen la sentencia del Parlamento del año 94, ninguno la del rey del año 95. De sus plumas de acero mojadas en tinta de sangre, no hay injuria ó calumnia contra la Compañía de Jesus que no haya brotado. Todo lo han condenado y han buscado las condenas de todos; solo la del rey, la principal no han sabido encontrar.

Cuando hemos dicho que el edicto de Enrique IV era desconocido de los mismos Parlamentos, no nos atrevimos á sentar proposición que no pudiéramos sostener. Al contrario, el jansenista y falsario M. de Chauvelin dijo ante las cámaras reunidas en 1761, que el edicto de Enrique IV fué enviado á todos los Parlamentos; y contra esto, el Parlamento de París, á pesar de su espíritu altamente impio y contrario á los Jesuitas, dice y declara en 1762, que si bien tiene el edicto, pero no registrado; mientras por al contrario el de Tolosa supone haberlo registrado y no cumplido. Esta es una anomalía que no se comprende fácilmente.

Todos los historiadores sin escepcion dicen que el Parlamento de París espulsó á los Jesuitas por decreto de 29 de diciembre de 1594; algunos añaden á esto que otros Parlamentos, los de Dijon y Ronen, participando de las mismas ideas que el de París, espulsaron á los Jesuitas mediante parecidas sentencias; pero que los de Burdeos y Tolosa rehusaron conformarse con ellos y espedir otras iguales. El mas apasionado lector reconocerá que no sin notable falta de inconsecuencia se pudiera arrojar á los Jesuitas de Borgoña y Normandía por sentencias semejantes á las del Parlamento de París, si hubiera habido de por medio un edicto de Enrique IV posterior á aquella sentencia, y viceversa con los de Tolosa y Burdeos. En decir que el Parlamento de Tolosa recibió el edicto de espulsion de los Jesuitas y que para conservarlos rehusó espedir una sentencia igual á la del Parlamento de París, hay una contradicción palpable. Páse si se hubiera dicho que el Parlamento de Tolosa rehusó registrar el edicto, que hizo sus reclamaciones y que estas fueron atendidas; ó que por la via de hecho

hubiese declarado su imposibilidad de obedecer, siendo para esto preciso que el rey, autor del edicto, autorizara tan irreverente desobediencia, lo cual es todo lo contrario de lo que sucedió. Pero no se reduce á esto toda la cuestion.

Si el Parlamento de París hubiese tenido noticias del edicto que se supone ser de Enrique IV con fecha de enero de 1595, probablemente no hubiese fulminado contra los Jesuitas sus sentencias de 21 de agosto de 1597 y de 18 de agosto de 1598, ó cuando menos hubiera hecho en ellas mencion del cuestionado edicto; tanto mas, cuanto el Parlamento de Tolosa argumentaba al de París, diciendo que este no tenia jurisdiccion mas allá de su distrito; á lo cual el Parlamento de París pudiera contestar con el edicto del rey, que tiene autoridad en todas sus tierras y Parlamentos. El Parlamento de París tuvo que encargar especialmente al senescal de Tournon arrojará de Tolosa á los Jesuitas por cuanto los magistrados de la ciudad se negaban á verificar la espulsion, desobedeciendo la sentencia de aquel tribunal. ¿Por qué tampoco en esta ocasion se mencionó el edicto del monarca, ni cómo es creible que Tolosa rehusara acatar la voluntad de su rey? Podian los tolosenses poner en tela de juicio la fuerza que fuera de París tenían las sentencias del Parlamento de la capital, pero no negar el debido acatamiento á las órdenes del monarca, lo cual hubiese sido un acto de manifiesta rebellion. Como no es comprensible tampoco que el Parlamento de Tolosa hubiese registrado oportunamente el edicto de Enrique IV condenatorio de los Jesuitas, y luego publicara un decreto conservándoles en el país bajo pretexto de que el Languedoc no debia obediencia al Parlamento de París. ¿Qué tiene que ver este con el rey de Francia? A esto llamaria con justicia el ingenioso hidalgo la razon de la sinrazon.

Vamos á otra cosa. Por deber, práctica y costumbre ¿quién debió escribir, sellar y expedir el edicto de Enrique IV, caso que Enrique IV hubiese dictado tal edicto? El canceller de Francia. ¿Quién era canceller de Francia en 1595? Felipe Hurault de

Chiverny. ¿Podia este ignorar la existencia del edicto, si el tal edicto existiera? No es racionalmente presumible. Pues Chiverny vivió y murió en esta ignorancia. Ahí están sino sus *Memorias de Estado*; en ellas se ocupa particular y extensamente de los Jesuitas, y en la pagina 241 dice: «Los Jesuitas fueron arrojados del reino por sentencia de 29 de diciembre de 1594; el jesuita Guignard fué ajusticiado por sentencia de 7 de enero de 1595; otros tres jesuitas fueron desterrados por sentencia de 10 de enero...» etc. Si el canceller de Chiverny hubiera escrito, sellado y dirigido el edicto del rey espulsando á los Jesuitas ¿dejára de continuar la noticia, dijera simplemente *fueron desterrados por sentencia de 29 de diciembre*, mayormente haciendo especial mencion del dia 7 de enero de triste memoria para los hijos del ínclito Ignacio de Loyola? A Chiverny no se le escapó ni podía escapársele nada; no habla del edicto, y esta es quizás la prueba de mas peso que justifica su soñada existencia. He aquí como desvanecemos los gigantes que el anti-jesuitismo forjó; he aquí como derribamos los castillos que la calumnia levantó con piedras falsas; he aquí como lavamos las manchas que la injuria ha impreso en el pendon de la Compañía de Jesus; he aquí como aniquilamos hasta la sombra de sus crímenes.

Cuando dijimos que el Pontífice no tuvo noticia de tal edicto, es porque así nos lo enseñan las citadas cartas del cardenal d'Ossat, pues lo mismo este que el duque de Luxemburgo no podian ignorar ó conocer el edicto, sin que le conociera ó ignorara asimismo el Papa. Una sola reflexion nos bastará en semejante caso: si los embajadores de Enrique IV conocian el edicto, naturalmente debieran ponerlo en conocimiento de Clemente VIII; si este hubiese tenido conocimiento de la real resolucion, á no dudar se dirigiera á los embajadores, uno de los cuales, el cardenal, estaba en Roma espresamente comisionado por el monarca para arreglar las diferencias de las cortes romana y francesa. Hemos visto que el Papa, interesándose por el restablecimiento de los Jesuitas, suplicó al

rey invalidase el decreto del Parlamento de París, *sin que nunca hiciera mérito en conversacion ni escrito alguno del supuesto edicto de Enrique IV.* A ser éste una realidad, cuando el Pontífice se dirigia al rey pidiendo suspendiera los efectos del decreto del Parlamento ¿no era mucho mas natural pidiera la suspension del real edicto, publicado posteriormente y obligatorio de un modo muy superior? El que finalmente quiera entrar en mas detalles y convencerse hasta el extremo de la absoluta ignorancia en que Clemente VIII estaba del edicto de Enrique IV, puede leer á Fleury, *Historia eclesiástica*, tomo 36, p. 505, que nada deja que desear.

¿Y los Jesuitas? Estos sacerdotes, los primeros interesados en los efectos del edicto, las víctimas que debieran ser del real rigor ¿conocieron ó tuvieron noticia del edicto? Ninguna; y si no la tuvieron ellos ¿quién la había de tener? Ahí están los escritos de los Padres de aquel tiempo, ahí se conservan sus historias; ningún documento, ninguna relacion de hijo alguno del inclito Ignacio habla siquiera del tal edicto. Y no se arguya que hicieron caso omiso de él voluntariamente, por cuanto quisieron ocultar su sentencia, pues sobre que la fidelidad de muchas historias está públicamente conocida, siquiera, si era cierto para sincerarse, y si era falso para desmentirlo, debieron hablar del edicto, si tal rumor en aquella ocasion se hubiese propalado. Hablan, sí, de la sentencia del Parlamento; consta que varios jesuitas, entre ellos el P. Maya, solicitaron del rey su anulacion; consérvanse, como es de ver en la *Crónica septentrional*, al año 1604, las respuestas dadas por el rey, y de la demanda y contestaciones claramente se infiere que toda la cuestion versaba sobre la sentencia del Parlamento, sin que ninguno se acordase del edicto real; subsistiendo el cual, de nada servia la revocacion del *parlamentario* decreto. A esta reflexion es inútil ponerle argumento alguno, porque los destruye todos por su base.

En el supuesto edicto del monarca francés se amenaza con castigar como delito de *lesa majestad* el que súbdito alguno del

rey fie la educacion de sus hijos á los Jesuitas, dentro ni fuera del reino. Son palabras tan terminantes como falsas. Veamos como no puede ser así, y como así lo ignoraban los hijos del gran Loyola. En 1603 dirigiéndose Enrique IV á Metz pasó por Verdun. Carlos de la Tour, rector del colegio de Jesuitas, y los Padres del mismo, fueron á rendir su homenaje al monarca, suplicándole al propio tiempo que su colegio pudiera recibir alumnos franceses, á lo cual contestó el rey, que él nunca creyó que los colegios extranjeros se resintieran del decreto, estando en la persuasion de que los alumnos de Pont-à-Mousson habían sido trasladados á Verdun. ¿Y hubiese quedado sin réplica esta contestacion, si los Jesuitas hubiesen conocido el real edicto que terminantemente prohibia lo mismo que solicitaban y el rey afectaba ignorar? No es presumible.

Ignal silencio respecto al edicto observamos en los discursos que fueron pronunciados en la entrevista tenida en Metz entre el rey y los PP. Ignacio Armand, Chastelier, Brossat, y la Tour, en cuya entrevista es de observar que el rey solo se refiere al decreto del Parlamento, asegurando en tono muy amistoso que ningun mal deseaba á los Jesuitas.

Asimismo fácil nos fuera probar, que el general P. Claudio Aquaviva ignoraba la existencia de semejante edicto en el año 1597, dos años despues de su espedicion, como prueban plenamente las *Cartas del cardenal d'Ossat*, carta 118 dirigida á M. de Villeroi, que dice: «Ayer vino á verme el padre general de los Jesuitas, que es un bellissimo sugeto de la casa de Aquaviva, y me enseñó un decreto dado por el Parlamento el 31 de agosto último, en el cual se dispone que la sentencia de 29 de diciembre de 1594 contra los dichos Jesuitas sea ejecutada segun su forma y tenor.» Sigue el cardenal dando repetidas pruebas de que el general Aquaviva ignoraba la existencia del edicto real, pues de lo contrario no hubiese estrañado se hiciera cumplir en toda la Francia un decreto obligatorio solo al departamento de París, puesto que por aquel y no otro Parlamento habia sido espedido. En gracia de la brevedad no

reproducimos íntegra la citada carta; léala empero el que no quiera dar fe á nuestras aserciones y se convencerá de la ignorancia de Aquaviva. Y si este estaba ignorante ¿pudiera tener conocimiento de él un solo jesuita? Convengamos en que la farsa es tan inverosímil como necia, y tan necia como grosera y de mala ley.

En el año 1600, la reina de Francia esposa de Enrique IV, dirigiéndose á Lyon, donde estaba su esposo, pasó por Aviñón. Las autoridades de esta ciudad, deseando festejar á la esposa del soberano, encargaron á los PP. Jesuitas la direccion de los obsequios que se la debian tributar, otro de los cuales fué representar bajo el emblema de los doce trabajos de Hércules, doce victorias ó hazañas del rey. En aquella sazón pendia sobre los Jesuitas la sentencia del Parlamento; si asimismo hubiese pendido un edicto del rey, si este hubiese castigado á los Jesuitas, si los Jesuitas hubiesen sido castigados por el rey, y si los magistrados de Aviñón hubiesen tenido noticia, y sobre todo, si á la reina no se hubiera ocultado ¿se hubiesen encargado los Padres de dirigir los obsequios, los hubiera admitido la reina, los hubiese tolerado el rey, y los hubieran dispuesto los magistrados? Digase que sí, y entonces confesaremos francamente que nada de argumentacion entendemos, y que al presente se discurre de un modo tan nuevo como extraño.

Ahora á no dudar entra lo mejor: vamos á probar que Enrique IV no tenia noticia alguna del edicto de Enrique IV, es decir, que ignoraba su propia obra, que se desconocia á sí mismo. Esto es grande, esto no lo intentan sino los anti-jesuitas. Enrique IV espulsó los Jesuitas, y desconoce esta espulsion hecha de su mano: vamos á verlo. El edicto trae la fecha del 7 de enero de 1595; de esta fecha en adelante deben partir nuestras pruebas. El día 9 de enero de 1595, dos dias despues de la soñada publicacion del soñado edicto, Enrique IV mandaba un voluminoso paquete á su embajador en Roma, dándole cuenta de las razones que le obligaran á sufrir la ejecucion de

la sentencia del Parlamento que expulsaba á los Jesuitas, ordenando al cardenal Ossat las haga presentes á Su Santidad en la hora de audiencia. *Cartas del cardenal d'Ossat 27, al rey.* ¿Quién que conozca un solo rasgo de la vida de Enrique el Grande podrá creerle capaz de cometer semejante superchería? ¿Quién sin insultarle puede presumir en tan magnánimo corazón mentira tan solemne y ruin? ¿Quién le ofende y le calumnia hasta creer que habiendo espedido en 7 de enero un insultante edicto contra los Jesuitas, en 9 del mismo mes escribiera á Roma ocultando hipócritamente su falta, no solo al Papa, sino al cardenal d'Ossat que era su hechura? Nunca; Enrique el Grande pudo haber faltado, pero mentido cobardemente, jamás. Guárdese semejante proceder para aquellos que en el termómetro de la grandeza de alma, se encuentran bajo cero. Si Enrique IV hubiera expulsado personalmente á los Jesuitas, no se hubiera rebajado hasta mentirle una falta á un embajador, no se hubiese escondido para que no le alcanzaran los rayos del justamente irritado Pontífice. Y siquiera hubiese temido esto, ningun peligro corría revelándose á d'Ossat, mucho mas cuando un edicto bien pronto se hace público, y mas á los interesados.

En 1595, el mismo año en que se supone dió Enrique IV su edicto, propúsose á este rey recibiera como legado del Pontífice en Francia al cardenal Toledo, á lo cual el monarca accedió muy gustoso, no sin pesar del presidente de Thou¹ y de

1. El carácter de M. de Thou es retratado al vivo por el sabio profesor de la universidad de Lovaina, el doctor Pacot: «Thou, dice, atrevido sobremanera, enemigo implacable de los Jesuitas, calumniador de los Guisas, escritor, encomiador y amigo de los protestantes, y muy poco justo cuando se trata de la Santa Sede, del concilio de Trento y de cuanto concierne á la religion católica.» *Thuanus audax nimium, hostis jesuitarum implacabilis, calumniator Guisiorum, protestantium exscriptor, laudator, amicus, Sedi Apostolicæ et Synodo Tridentinæ, totique rei Catholicæ parum æquus.* (Dallas, *Cartas de Clericus*. Véase además *Nouvelles considerations sur la Société des Jesuites*; *La vérité sur les Jesuites*, etc. etc. etc.)

Siempre las mismas pruebas nos han dado iguales resultados, á sa-

muchos parlamentarios. Semejante conducta de parte del rey no se explica sino es diciendo que se le fué de la memoria la publicacion del edicto, que desterraba del reino á todos los Jesuitas por crímenes de que el propio Enrique IV debía mas tarde defenderlos ante la Francia y la Europa entera. ¿Se comprende de otro modo que por un edicto espulsára ignominiosamente de Francia á los Jesuitas, y por otra parte aceptára gustoso en su corte, recibiera en su gabinete, y confiára su pensamiento nada menos que á un jesuita?

En 1596, con fecha 14 de octubre, Enrique IV escribió al Papa y al cardenal Aldobrandini, espresándoles cuanto era su pesar por la muerte de este mismo jesuita Toledo. Tan sensible le fué esta, y tanto quiso honrar al difunto hijo del gran Loyola, que acto continuo mandó que todas las ciudades del reino celebráran con gran solemnidad un oficio de difuntos por el alma de Toledo. No contento con esto, asistió en persona al tal oficio en la catedral de Rouen, en donde á la sazón se encontrára; y todo esto sin embargo quiere suponerse que fué obrado por un rey que meses antes habia espulsado rigurosamente y sin distincion á los Jesuitas de su reino, por un edicto en que constaba su crimen de emplear execrables y abominables medios para perder á la nacion y al monarca. No se diga esto, siquiera por respeto á la memoria del rey que por sus hazañas mereció el renombre de *grande*.

Segun la *Cronologia septenaria*, en 1597, indignado Enrique IV contra el Parlamento de Tolosa, «que conservaba á los Jesuitas, á pesar de la sentencia del Parlamento de París» resolvió publicar un edicto para que aquella sentencia se cumpliera en todo el reino. ¡Cosa sorprendente! En 1597 Enrique IV resolvió publicar un edicto, que habia ya publicado, segun dicen los enemigos de la Compañía de Jesus, en 1595, de modo que pensó hacerlo dos años despues de haberlo hecho. La intervencion de la corte romana impidió se llevára á cabo

ber, que los enemigos de la Compañía de Jesus, ó son herejes, ó ateístas, ó católicos en el solo nombre.

la resolución del monarca, según al año 1604 de la obra citada se refiere; resultando que la Santa Sede desvaneció en 1597 una idea realizada en 1595. ¡Esto es sorprendente! El anti-jesuitismo hace volver á pasar los años que ya pasaron, hace mas, hace que las cosas que *él dice* fueron, hayan dejado de ser por su propia confesion. Bien por cierto, muy bien.

Finalmente ¿no es acaso Enrique IV el rey que en 1598 interpuso su autoridad en favor del sénéscal de Auvernia, á quien el Parlamento condenára por sentencia extraordinaria, gracias á no haber querido espulsar á los Jesuitas en el distrito de su mando; no es Enrique IV el rey que contestando al arzobispo de Arles Horacio del Monte, que en nombre del Papa le pidió el restablecimiento de los Jesuitas, *desterrados por el Parlamento de París*, escribió en 4 de octubre de 1598 «que tocante á Jesuitas en todo se conformaba con la voluntad del Pontífice;» no es Enrique IV quien en 20 de enero de 1601 escribió desde Lyon una carta al cardenal d'Ossat habiéndole de un colegio que queria fundar, poniendo al frente á los Padres de la Compañía de Jesus, *por creerles mas á propósito y capaces que ningunos otros para instruir á la juventud*; no es, en una palabra, Enrique IV el rey que en 1604 hizo de los Jesuitas el elogio mas grande que hombre alguno se habia atrevido á hacer?

Pues si todo esto es cierto ¿á qué venirnós con edictos inconcebibles, que se apoyan de un lado en la calumnia y de otro en la mala fe? Dígasenos con franqueza ¿tenemos ó no derecho para negar á nuestros adversarios su existencia?

Sobre todo esto, debemos añadir, que es imposible que dado caso que Enrique IV publicára un edicto le publicára faltando abiertamente á los mas visibles caracteres de la legislación. Si el edicto debia ser obligatorio á todo el reino ¿por qué no se dirigió á todos los Parlamentos del reino? En Dijon el mismo Parlamento declara con fecha de 27 de enero de 1764 que el edicto se dirigió solamente á algunos y determinados Parlamentos. Y otra anomalía, entre esos tribunales que no

recibieron el edicto del rey, se cuenta el primer tribunal del reino, el mismo Parlamento de París. En el edicto háblase particular y estensamente del colegio de Clermont; acúsase á los Jesuitas todos por un crimen de que vanamente quiere hacerse responsables á los Jesuitas de París; estos son los únicos, ó al menos, los primeros criminales; y sin embargo el edicto que acusa, el edicto que infama, el edicto que estermina á los Jesuitas del colegio de Clermont, no ha sido ni fué espedido al Parlamento de París, que debia ser el tribunal encargado de ponerle por obra en este punto. No, no ha saludado los elementos de la legislacion, el que no encuentre semejante promulgacion fuera de toda regla legal y aspecto de sentido común. Un edicto del rey, un edicto obligatorio á todos los franceses, debia ser enviado á todos los Parlamentos, y sobre todos al Parlamento de París. Vea pues el autor del pulverizado *Retrato al daguerreotipo* como vamos destruyendo esta arma que con tanto orgullo tuvo el atrevimiento de blandir.

Si defectuoso es el edicto por lo que hace á los caracteres de la legislacion, no es menos cierto que otro defecto tiene, y es la irregularidad de su forma. La mayor parte de los edictos de los reyes de Francia, y *todos* los de Enrique IV, se distinguen por las fórmulas que constituyen su perpetuidad. Estas fórmulas son dos cláusulas, una inserta al principio, *á todos los presentes y venideros*; la otra colocada al final, *y á fin de que esta sea cosa estable y firme para siempre, hemos hecho sellarla de nuestro sello*; sello que siempre se imprimia sobre cera verde, á escepcion de aquellos edictos que eran remitidos al Parlamento de Grenoble, y á mayor abundamiento iban fechados únicamente del mes y año corrientes. En prueba de ello véase el edicto de Enrique III en *julio de 1588*; el del mismo monarca trasladando el Parlamento de París á Tours, espedido en *el mes de febrero del año de gracia 1589*; el edicto del duque de Mayenne, dado el propio año; el de Enrique IV en *julio de 1591*, revocando dos edictos de su antecesor; el de *febrero de 1594* sobre la obediencia á que es reducida la ciu-

dad de Orleans ; el de *marzo* del propio año de que es objeto la villa de Paris ; el de los mismos mes y año referente á la ciudad de Lyon ; otro sobre el duque de Mayenne , *al mes de enero del año de gracia 1596* ; otro sobre el duque de Mercœur , en *marzo del año de gracia de 1598* ; el de abril del propio año ; el de junio de 1501 sobre minas ; el de setiembre sobre el establecimiento de la cámara real ; el de abril de 1602 sobre desafíos ; el de julio de 1606 , el de enero de 1608 , el de junio de 1609 , el de julio del propio año etc. etc. En todos estos edictos y en cien otros que pudiéramos citar , se encuentran las mencionadas dos fórmulas , la fecha con solos el mes y año , y el sello en cera verde. Todos estos pormenores que se testifican por sus propios originales , los tomamos de un autor francés , que se avergüenza , dice , de tener que enseñar fórmulas legales á los magistrados de Francia de aquel entonces en que se falsificó el edicto de Enrique IV. Y cuando decimos *falsificó* , es porque el tal edicto , ni contiene las cláusulas de perpetuidad , ni está sellado con cera verde , y por añadidura trae la fecha de *siete* de enero de 1595. En vano en enero de 1764 , un furibundo anti-jesuita quiso demostrar en el Parlamento que estos vicios no afectaban á la validez del real edicto ; los franceses que conocian las fórmulas legales ; y muy particularmente las del monarca *grande* , se burlaron del mantenedor , que se llenó de ridículo. Y de ridículo asimismo se llenará todo aquel que defienda tan grosera paparrucha. Malos franceses eran los que así turbaron é insultaron la memoria del rey Enrique IV.

Los mismos que tan fuera de tiempo fecharon el edicto contra uso y costumbre de semejantes documentos , no percibieron tampoco que la fecha de *7 de enero* era evidentemente falsa , como vamos á probar. El autor del censurado *Retrato al daguerreotipo* , que habrá leído el supuesto edicto cuando así le traslada , se acordará de que en él se habla del suplicio de Guignard como de un acontecimiento anterior al edicto , y como una de las causas que indujeron al monarca á publicarle , co-

mo se desprende de aquellas palabras, *por razon de lo cual habiendo sido dicho Guignard públicamente ejecutado*, etc. El jesuita Guignard fué ejecutado el 7 de enero por la noche, en lo cual están contestes todos los autores; luego no es posible que el dia 7 se escribiera y firmára un edicto en que se diera cómo cosa pasada un hecho que habia tenido lugar en la noche de aquel propio dia. Además, sabido es que los Jesuitas salieron de París el domingo 8 de enero. El edicto está registrado por el Parlamento como cosa notificada con fecha del 9 del propio mes, y previene que los Padres de la Compañía de Jesus salgan de la capital dentro tercer dia de la notificacion. ¿Cómo pues si salieron de París el 8, pudo notificárseles en París el 9? ¿Cómo se les pudo hacer marchar si ya habian marchado? ¿Cómo camino de Viena pudo prevenirseles que salieran de París? Esto es inconcebible. No, no es del 7 de enero de 1595 el edicto; su fecha verdadera es á los ciento setenta años pasados sobre el dia de su pretendida publicacion.

Un autor francés, que tiene hechos profundísimos estudios de aquella época, y muy curiosos sobre el edicto en cuestion, dice que el estilo de su redaccion es bárbaro y la ortografia ridícula, haciendo observar que no así los escribia Enrique IV. Luego cita los barbarismos siguientes: *Inducir y persuadir á la libertad de poder atentar contra la vida del rey... Por lo cual habiendo sido ejecutado públicamente dicho Guignard, reconociendo cuan perniciosa era la permanencia de los Jesuitas en Francia*, y otros y otros que se ocurren á cualquiera que haya leído un documento en buen francés. Y cuando conservándose todos los edictos publicados por Enrique, se ve en ellos la pureza del estilo, que solo en el de 7 de enero de 1595 encontrará á faltar el peor gramático, no sin razon decimos, que el edicto fué escrito por un hombre bien corto de alcances, revisado y registrado por magistrados bien topos. Pruébensenos que no, inutillicense nuestras objeciones, confirmadas recientemente en la obra: *La France ancienne et moderne, morale et matérielle*, etc. en la *Verité sur les Jesuites*, etc. etc.

Finalmente el mismo autor á quien acabamos de referirnos, y cuya modestia sin duda le ha obligado á velar su nombre, prueba con testimonios fehacientes, que las variantes que se encuentran en los diferentes textos del mismo edicto, son la mejor y mas segura prueba de su falsedad. El edicto de Enrique IV fué dirigido y consta por entero en los registros de los Parlamentos de París, de Tolosa y de Rouen. Lo mas natural y lo único probable es que un mismo edicto, sea cual fuere el número de copias que de él se saquen, esté concebido siempre en los mismos términos, como que todas aquellas se han debido sacar de un comun y primitivo original. Pero cuando así no es ¿por qué no hemos de negar la autenticidad del tal documento, por qué no hemos de decir, es falso, completamente falso el supuesto edicto? Del rey que se quiera, tómese el edicto que se quiera, y búsquese su testimonio en los registros del Parlamento que se quiera; y se encontrará ser exacto, puntualmente fiel, calcado letra á letra y punto á punto. Probemos hacerlo con el de 7 de enero, eotejemos un mismo edicto en los registros del Parlamento de París y en los del de Dijon, es decir, en el que debió poseer la matriz y en el que defendió con mas teson la autenticidad del edicto. Cien variantes, dice, podría citar, y luego señala veinte y cuatro muy visibles, que en gracia á la brevedad dejaremos de continuar. Lo mismo tiene lugar con respecto al de Tolosa, y lo mismo con respecto al de Rouen.

Y ahora que hemos aducido todas nuestras pruebas, ahora que hemos confrontado la verdad con la falsedad, ahora que piedra á piedra hemos desmoronado el castillo de la calumnia; aguardaremos tranquilos á que se nos desmienta, porque estamos seguros de salir victoriosos. Una sola cosa nos estraña: creimos á los anti-jesuitas ciegos, pero no torpes. ¿Para qué en 1762 y años siguientes se fingió un edicto, á riesgo, como se ha visto, de que fuera probada plenamente su falsedad? ¿Qué honor hace esto á sus autores? ¿Qué favor hace á los que transcriben y repiten la noticia, no solo dándola fe,

sino esgrimiéndola como un arma, que desgraciadamente se embota en la triple coraza con que la verdad, la razon y la justicia han ceñido el cuerpo de los Jesuitas?

Ningun honor, ningun favor, ningun mérito hay en hacerse un escritor eco de una calumnia; en cambio hay descrédito, y este á no dudar cae de lleno sobre los que defienden la autenticidad del desbaratado supuesto edicto de Enrique IV.

CAPITULO XXXII.

REGRESO DE LOS JESUITAS A FRANCIA.

Los autores anti-jesuitas, y por supuesto el de nuestra impugnacion con ellos, califican de venales á cuantos escritores antes, ahora y despues han vuelto por los dignos hijos del inelito Ignacio en sus luchas con los sectarios de Lutero, es decir, á cuantos defienden la pureza de la verdad contra las asechanzas del error. Por mas que la alusion pudiera comprendernos, de ningun modo contestaremos á ella; pero si diremos, que en el bando de la Compañia de Jesus y entre los muchos hombres de nota que han defendido la escelencia del Instituto, son desconocidos los Eugénios Sue y comparsa, y que al pabellon de Loyola le sobra para ondear alto el clavarse sobre las glorias jesuíticas. Los PP. de la Compañia no han tenido necesidad de desacreditar á sus enemigos por medio de insulsas y calumniosas farsas del género del *Judio errante* y de la *Historia pintoresca de los Jesuitas*. Y á esto añadiremos, que el autor de nuestra impugnacion anda escaso, muy escaso de pruebas, cuando siempre nos da el mismo fiador de sus noticias, el nunca bastante ponderado, Adolfo Boncher, lazarillo del autor del censurado *Retrato al daguerreotipo*. Nosotros siquiera nos apoyamos en documentos irrecusables, citamos autores y testigos intachables; y nunca hemos tenido la original pretension de que se diera fe á una noticia porque la encontramos aseverada por hombres del temple y calidad de Boncher. Con que, en diciendo que la historia del regreso de los Jesuitas á Francia está tomada en su mayor parte de este au-

tor, y documentada con discursos pronunciados en el Parlamento de esta y aquella ciudad, tribunales reformistas, y que eran anti-jesuitas porque eran anti-católicos, se vendrá en conocimiento de la exactitud de la relacion. A su impugnacion salimos, y damos por nuestra la victoria. Dentro de poco podrá el lector decidirlo.

El autor del mal parado *Retrato al daguerreotipo* viene á suponer que si Enrique IV llamó de nuevo á los Jesuitas á Francia, no fué por obra de su voluntad sino del terror que habian sabido inspirarle, llegando al extremo de decir, que el monarca francés les restableció para *poder vivir*, para *poder salvar la vida*. Esto no es original; antes que nuestro impugnado autor lo habian dicho muchos de aquellos cuyas principales hazañas han sido llevadas á cabo en las filas del protestantismo, y hasta en este apoyo ha sido citado el ministro Sully, torturando el sentido de sus frases, que por muchas vueltas que se las dé trascienden á luteranismo, como todo lo que atañe al digno personaje. Es pues obligacion nuestra, probar que el rey de Francia llamó nuevamente á los Jesuitas porque así creyó, y no se engañaba, servir á un tiempo mismo los intereses de la Religion y del Estado.

Choisy en su *Historia de la Iglesia*, tomo 10, p. 166, se expresa en estos términos: «Enrique el Grande conocia la inocencia de los Jesuitas y los servicios que habian prestado á la Iglesia;» á lo cual añade Dupleix que el rey «conocia que el comun deseo de los católicos era ver restablecidos á los Jesuitas, cuya ausencia hizo mejor conocer los beneficios y provecho de su presencia.»

El modo de verificarse este restablecimiento, le encontraremos en el *Diario de Enrique IV*, tomo II, pág. 513, y tomo III, págs. 129 y siguientes. Oigamos la relacion. «El 16 de mayo de 1599 y los siguientes dias, se habló mucho en Paris del restablecimiento de los Jesuitas, espulsados por sentencia del Parlamento; pero como el rey ignoraba si estaria en paz ó en guerra con el duque de Saboya, dejöse este asun-

to para mas oportuna ocasion , contra el parecer del canceller (Sr. de Chiverny) y de M. Villeroi , que deseaban eficazmente se concluyera cuanto antes. El jueves 23 de setiembre de 1603 , llegó el rey de San German , de vuelta de su viaje á Normandía ; y decretó el restablecimiento de los Jesuitas. El 9 de diciembre del mismo año , reunióse la corte para el restablecimiento de los Jesuitas , declarando S. M. ser su voluntad que aquella tuviera lugar sin mas contestaciones.

» El rey ordenó al condestable reuniera en su casa á los señores de Bellicore , de Rosny , de Chateaufort , de Pontcarre , de Villeroi , de Meslé , á los presidentes de Thou , Calignon , Jeannin , de Sillery , de Vic y de Canmartin , para entender y examinar todos los escritos redactados á nombre de la Compañía de Jesus , y referentes á su restablecimiento en Francia. Al pronto nada se deliberó , á causa de una disputa que trabaron los Sres. de Sillery y de Rosny ; y para impedir semejantes escenas , se previno al condestable que nada se resolviera sin la presencia de S. M. Sin embargo , el Sr. de Thou añadió que para evitar toda sospecha , se mandáran al Parlamento cuantos pedimentos habia. Al dia siguiente , el Sr. de Rosny pasó á verse con el rey , recordándole entre otras cosas lo que el rey de Inglaterra le encargara decirle de su parte , es á saber , que él miraba á los Jesuitas como unos enemigos , no solo de su religion , sino de todos aquellos que no querian depender de Roma. Al siguiente dia el consejo , compuesto de las personas arriba nombradas , se resolvió en favor del restablecimiento de los Jesuitas. El rey les entregó un edicto confirmandoles en todas aquellas casas de donde no habian sido expulsados , y reponiéndoles en las de París , Lyon y Dijon , haciéndoles al propio tiempo que recobraran todos sus bienes.»

Infinidad de textos podríamos citar de Sully , de Thou , Cayet y otros varios , confirmatorios todos de nuestra idea y principio antes sentado , y por ellos viniéramos en cuenta de que ni las razones de algunos grandes , ni las notas del rey de Inglaterra , ni el influjo de algunos ministros , ni la tenaz opo-

sicion del Parlamento, hicieron mella en el alma magnánima y verdaderamente grande de Enrique IV. Y la razon es obvia: la conversion de Enrique era verdaderamente sincera; ingresado de buena fe en el gremio católico, quiso satisfacer el comun deseo de los católicos; *maxime* cuando no ignoraba los motivos que animaban á Sully, el antipapismo del rey de Inglaterra, y la religion del Parlamento (en su mayoría hugonote), mientras por otra parte estaba convencido del celo y patriotismo de la mayoría de sus consejeros; de que Sully era el jefe de los hugonotes; de que Jacobo I habia llevado el fanatismo calvinista hasta ordenar á todos los sacerdotes católicos que bajo pena de muerte salieran de Inglaterra; de que el Parlamento no tenia mejor religion que el ministro francés ó el inglés monarca, de lo cual no podia dudar en modo alguno, desde que este mismo tribunal calificó el calvinismo de herejía desconocida ó imaginaria.

El Sr. de Perefixe en su *Historia de Enrique el Grande*, viene en nuestro apoyo, y de su relato se desprende que el Parlamento era siempre de la religion de aquellos que aborrecian á los Jesuitas, y que el comun deseo de los magistrados era opuesto al comun deseo de los católicos, y mas aun al deseo del soberano. Contra la voluntad de los magistrados Enrique IV restableció á los Jesuitas, á los Jesuitas á quienes el Parlamento desterrara sin haberles permitido defenderse¹, sin observar regla alguna de procedimiento legal. El rey se determinó por último á hacerles justicia y les llamó á su lado: así tuvo gloriosa reparacion la falta que en su destierro cometiera la nacion francesa. La sentencia del Parlamento prueba solo que los Jesuitas tenian muchos y muchos enemigos; empero todos aquellos á quienes el odio no quitaba el conocimiento, nunca pudieron creer culpables á los Jesuitas. Enrique IV tenía sobrado talento para apreciar debidamente el celo de los

1. Así lo han hecho siempre los impíos, dígalos Pombal, Choiseul, Aranda, etc. etc. etc.

magistrados, de modo es que revocó la sentencia del Parlamento, y para hacer resaltar su injusticia llamó de nuevo á los Jesuitas. Este es el parecer de un hombre que ninguna sospecha de jesuitismo puede ofrecer.

Asimismo un escritor de gran talento, Battaglini en los *Anales del sacerdocio y del imperio*, año 1603, pág. 14, dice que el rey Enrique IV no queria dejarse engañar por los magistrados, que voluntariamente permanecian en el error; añadiendo que el cardenal de Ossat y el Sr. de Bethune, hermano del duque de Sully y embajador en Roma, pidieron á Enrique IV el restablecimiento de los Jesuitas en nombre de Clemente VIII, alegando en su favor que los Jesuitas eran los mas á propósito para hacer resucitar el espíritu del Evangelio, que si bien tenian enemigos era por ser cualidad de la virtud verse siempre perseguida. En una palabra, dicen ambos ministros, el interés de la Religion y del Estado exige que se oponga la Compañía de Jesus al torrente de la herejía y de la impiedad que amenaza hundir el altar y el trono. Tampoco este testo puede ser mas expresivo.

Si los que tan infundada y maliciosamente aseguraron que el rey habia llamado de nuevo á los Jesuitas de miedo que estos supieron causarle, se hubieran tomado la pena de estudiar como procedió el monarca *grande* en el restablecimiento de la Compañía de Jesus, es muy probable no hubiesen escrito los absurdos y consignado los errores, que copiando á los demás y bebiendo en emponzoñadas fuentes ha escrito y consignado el autor de nuestra impugnacion. Sépase por lo tanto que Enrique IV no quiso resolverse por sí mismo, ni fiarse de sus propias luces, temiendo dejarse arrastrar de los impulsos de su corazon, que hablaba muy alto en favor de los Jesuitas. Por esto consultó á ministros sabios y esclarecidos, varones cuyo celo por la Religion, el Estado y su persona misma le eran bien conocidos. El consejo que decidió ser utilísimo el restablecimiento de los Jesuitas, componíase de honrados y verdaderos ciudadanos, que unian á una sincera voluntad por el rey

una experiencia consumada en los negocios. Para que se dé crédito á este aserto, bastará consignar sus nombres, son á saber, Enrique de Montmorenci, condestable de Francia; Pomponio de Bellièvre, canceller de Francia, que habia servido á cinco reyes; Nicolás Brulort de Sillery, que despues sucedió á Bellièvre en la cancellería; Carlos de la Aubespine de Chateaufort, que fué despues ministro guarda-sellos; Calignon, canceller de Navarra; de Vie, el hombre que secundando al conde de Brissac introdujo al rey en Paris (cuando el autor de nuestra impugnacion supone que los Jesuitas se habian unido á la Liga contra Enrique) y mas tarde nombrado ministro guarda-sellos; Luis Lefevre de Canmartin, guarda-sellos asimismo despues del Sr. de Ermenonville; Nicolás de Neuville de Villeroy, ministro de Estado, Andrés Hurault de Maysses, tambien ministro de Estado, el contralor general de postas y el contralor general de hacienda; finalmente el intolerante duque de Sully, y el acérrimo anti-jesuita presidente de Thou.

Ahora bien, todos estos altos personajes opinaron unánimemente que Enrique IV no podia prestar mayor servicio á la religion y á sus súbditos que restableciendo á los Jesuitas; todos decimos, á escepcion del Sr. de Thou¹, pues hasta el duque de Sully unió su voto al voto general. Y qué, diremos al autor del anti-verídico *Retrato al daguerreotipo*, ¿tambien en tan altos y poderosos personajes, tambien en el consejo del rey dominaban los Jesuitas, y tambien allí eran objeto de temor pavoroso? ¿Por qué no lo dice nuestro autor? Si la contestacion dada no era la que la prudencia y la conciencia exigian, los magistrados que el rey hubo de consultar, ó eran unos solemnes canallas ó unos superlativos imbéciles. Ninguno de ellos, sin embargo, puede ser tachado de jesuita, y aun el monarca no podia dudar del modo que debia apreciar Sully esta cuestion, tratándose de la voluntad de los católicos, de quienes

1. Hemos dejado consignado lo que nos dice la historia sobre este hugonote; así pues no debe extrañarse su oposicion al restablecimiento de los Jesuitas.

no era partidario en modo alguno , y de la Compañía de Jesus odiada del rey de Inglaterra , á bien que el odio de este soberano protestante honraba y justificaba á los Jesuitas , como observa muy á tiempo un escritor francés.

Tampoco se le ocultaba al rey ni á su consejo , que durante las guerras civiles los jesuitas de Francia , segun dice Mattieu , no habian participado de la malicia de muchos *unidos* , y que si alguna falta en razon pudiera echárseles en cara , seria la de haber obedecido en aquella azarosa época los decretos del Parlamento. ¿Y hay no obstante quien pueda dudar de los verdaderos sentimientos de Enrique IV? ¿No es un ultraje hecho á su memoria acusarle de una doblez , vicio en todos tiempos opuesto diametralmente á la sinceridad de su carácter? Nuestro impugnado autor , repitiendo cuanto han escrito los enemigos de los Jesuitas , supone que el rey cedió á la violencia y á las importunidades de la corte romana. Pero afortunadamente , ahí está la *Vida del P. Coton* , y en su libro 2.º , p. 81 , se lee , que hablando sobre este particular el rey el segundo domingo de Adviento , indignado de las voces que se habian propalado , dijo «que él probaria á todos como no era *fingido ni mentiroso* , y que si habia acordado esta gracia , no era cediendo á la *importunidad* sino á la *razon*.» Si hemos de invocar otro testimonio , séalo el otras veces citado Dupleix , quien en su *Historia de Enrique el Grande* , p. 346 , no solo viene en nuestro apoyo , sino que esplica las causas que obligaron al rey á retardar por algun tiempo la ejecucion de su plan. «El rey , dice , deseaba firmemente restablecer á los Jesuitas , pero varias consideraciones retardaron su ejecucion. En primer lugar , no podia hacerlo sin anular la sentencia recientemente espedida por su Parlamento , lo cual hubiese parecido injurioso en aquel entonces , siendo así que con el tiempo , que cambia de faz muchos negocios , este acto podia ser mejor recibido. En segundo lugar , estando el rey como estaba en malas relaciones con el español , no podia prescindir de sus vasallos religionarios , quienes resentidos ya por la católi-

ca conversion del monarca, le hubieran abandonado si este hubiese llamado á los Jesuitas. En tercer lugar, el rey temia ofender con ello á la reina de Inglaterra, cuya alianza le era altamente necesaria. Pero desde el momento en que hubo puesto un término á las guerras estrangeras, metido en razon al saboyardo, sufocada la conjuracion del mariscal de Biron, renovado su alianza con los suizos, consolidado la paz en su reino, y visto al rey de Escocia sentado en el trono de Inglaterra, resolvi6se FACILMENTE al restablecimiento de los Jesuitas.»

Los que otra cosa suponen, no conocen la historia, no conocen á Enrique IV. Recuerde nuestro impugnado autor, que este monarca mereció por sus hazañas el epíteto de *grande*, que despues de él solo ha llevado en Francia Luis XIV. ¿Y qué grandeza hubiera sido la suya, si así se dejára intimidar por unos cuantos sacerdotes débiles é inofensivos y por añadidura desterrados? ¿Qué grandeza hubiera sido la suya, si á la conservacion personal hubiera pospuesto la salud y el bienestar públicos? Los pueblos pocas veces se equivocan al calificar á un soberano, y si los pueblos se equivocan no se equivoca la posteridad que juzga imparcial y severa. La posteridad ha confirmado la grandeza del rey Enrique IV de Francia, y así no hubiera sido si este monarca se manchára con la baja que se supone.

Otras mil pruebas reales y físicas existen. Enrique no se contentó con restablecer á los Jesuitas, sino que quiso destruir todos los monumentos que la herejía habia levantado contra la Sociedad, para que no quedára el menor vestigio de la iniquidad de que para con los Jesuitas se hizo culpable el Parlamento. En una palabra, quiso el monarca devolverles, no solo sus bienes, sino tambien su honor que se les habia robado. Este es el lugar de que detallemos los beneficios que Enrique IV prodigó *sobre sus asesinos*, como les llama sin el menor fundamento el autor del anti-verídico *Retrato al daguerreotipo*. No podemos resistir á la tentacion de consignar algu-

nos. Desde luego hizo demoler una pirámide infamante para los Jesuitas, que era como una especie de Arco de triunfo para el Parlamento que la habia levantado, para los hugonotes que habian proporcionado el dibujo y redactado las inscripciones, y para los libertinos que unian sus sátiras á los epigramas de Scaliger y del Parlamento. Seguidamente restableció á los Jesuitas en el Bearn, patria del rey, alojándoles para mejor honrarles en su propia casa. Multiplicó y dotó sus establecimientos en las principales ciudades del reino. Rodeóse asimismo de jesuitas, es decir, de aquellos hombres que tan neciamente se supone atentaron públicamente contra su vida, haciendo de ellos sus amigos y confidentes; y para que su cariño por los Padres pudiera en cierto modo sobrevivirle, ordenó que los Jesuitas, á quienes tanto queria en vida, fueran despues de su muerte los depositarios *de su corazon*; no dudando que los reyes, sus sucesores, al heredar el reino, heredarían su afeccion por los Jesuitas, imitándole en lo de hacerles depositarios de sus corazones, prenda la mejor de un real cadáver, y prueba de afecto tan ostensible, que ninguno puede debilitarla, ni menos negarla con un átomo siquiera de razon. Desde el año 1604 en que el rey restableció á los Jesuitas, hasta el año 1610 en que los franceses tuvieron la desgracia de perderle, tuvo ocasion de probar repetidas veces, si era ó no sincero su cariño por la Compañía de Jesus. Ya por edicto del mes de setiembre de 1603 registrado seguidamente por el Parlamento de Dijon, y á principios de 1604 por el Parlamento de París, el rey permitió á los Jesuitas residir en las ciudades de Tolosa, Auch, Agen, Rodez, Burdeos, Perigueux, Limoges, Tournon, Puy, Aubenas y Beziers, con mas en Lyon y Dijon, y en Anjou les hospedó en su propia casa de *La Fleche*. ¿Qué mas se quiere de un rey?

Un mes despues del registro de este edicto, les entregó letras patentes para establecerse en Amiens y asimismo en Viena y en el Delfinado. En febrero del mismo año les establece en Rouen, les da un colegio y les asigna una renta de seis mil

libras, pagadera de la Bailía presidial y otras jurisdicciones de la ciudad. En 1606, nuevas patentes del rey les establecen en Rennes con una renta de tres mil libras sobre las propiedades del distrito. En 26 de marzo les establece en Reims, y en 26 de julio les autoriza para ocupar nuevamente su colegio de Clermont en París. En todos estos puntos, el vecindario y las autoridades acogieron á los Jesuitas con transportes de júbilo.

Nuevamente en 12 de octubre de 1609, el rey declaró solemnemente «que le constaba ser útil y necesario para el bien de sus súbditos que los Jesuitas enseñaran públicamente la teología en París» y guiado por la misma idea les hizo donación del colegio de Poitiers, y les estableció en Moulins, Euzeray, Cahors, Saintes, Pamiers, etc. En una palabra, á la muerte de Enrique IV, los Jesuitas poseían treinta y cinco colegios en Francia. El rey *grande* defendía y protegía á la *Compañía de Jesus*, porque defendía y protegía á la religion; y este afecto que á los Jesuitas profesaba no se circunscribía dentro las fronteras de su reino, sino que se extendía á Italia, á Constantinopla, y hasta al Nuevo Mundo. Sabido es todo el influjo que interpuso para restablecer á los Jesuitas en Venecia; puesto que el Sr. de Banaye, su embajador en aquella república, y los cardenales Joyeuse y Duperron recibieron sobre este punto terminantes órdenes del monarca. Asimismo encargó al baron de Solignac pasara á Constantinopla, solicitando del Gran Señor permiso para mandar á aquella tierra de infieles misioneros jesuitas. El Gran Señor accedió á la peticion, y el rey de Francia hizo salir para aquel punto á cinco jesuitas bajo la direccion del P. de Canillac, que fueron los restauradores de la mision de Pera, establecida, por decirlo así, en uno de los arrabales de Constantinopla. No paraba aquí la solicitud y la confianza del rey, que queria que los Jesuitas tuvieran establecimientos en la parte que le habia tocado del Nuevo Mundo. Despues que Samuel de Champlain terminó sus descubrimientos á la parte de Quebec y de Río Grande, formóse en aque-

llos países una vasta colonia, conocida despues por Nueva Francia. Los Jesuitas fueron los primeros en ofrecerse para ir y penetrar en los bosques del Canadá, buscando salvajes de quienes hacer hombres, cristianos y franceses. Enrique IV que comprendió toda la abnegacion que en semejante oferta se encerraba, la agradeció como debia, animó á los celosos misioneros, tomóles bajo su proteccion y se encargó de atender á su subsistencia.

A la vista de tantos favores, penetrados los Jesuitas de la mas viva gratitud, elevaron á los pies del trono la espresion del agradecimiento que animaba á las tres provincias de Francia, acompañando al propio tiempo un catálogo de los colegios que debian á su magnificencia y se sostenian por su liberalidad. El rey dirigió la palabra á la comision, y la respuesta que dió, dice un historiador francés, debieran colocarla los Jesuitas en el frontispicio de todas sus casas. Esta respuesta la han conservado muchos, entre ellos Mattieu en el *Panegirico de Enrique IV*, pág. 416 y 417, y dice lo siguiente, sin añadir ni quitar una letra: «La seguridad venga en pos de la confianza: yo me confio á vosotros, fiad vosotros en mí. En este papel recibo los corazones de toda vuestra Compañia, y la experiencia os demostrará cual sea el mio. Siempre he dicho que aquellos que temen y aman bien á Dios, no pueden hacer sino obras buenas y son siempre los mas fieles á su príncipe. Nos, estamos ya desengañados; yo os creia otra cosa de lo que sois, y vosotros no me habeis querido hasta ser otra cosa de lo que fui. Yo quisiera que esto hubiese sido todo; hay, sin embargo, un medio de recompensar el pasado; amadme porque yo os amo.» ¿Tiene objecion esta respuesta?

Antes lo hemos ya insinuado: Enrique IV conocia mejor que otro hombre alguno en su reino el mérito y el fondo de las personas que se dignaba estudiar: su franqueza no le permitia ni aun disimular sus propios defectos, y por lo tanto menos podia perdonar á los demás esta doblez de carácter, que algunos hombres de genio raquítico y mezquino han querido

calificar de política. Por esto estudiando á fondo á los Jesuitas y á sus enemigos habia aprendido á conocer á unos y á otros.

Y no se diga que esto hizo el rey con posterioridad al restablecimiento de los Jesuitas, deduciendo de aquí que nada tiene que ver su conducta posterior con el miedo que le dominaba al llamar nuevamente en Francia á la desterrada Compañía. No podemos consentirlo, pues los esplicitos actos del rey legitimados son por su anterior conducta, como demostraremos por un documento auténtico, que no podrá recusar nuestro impugnado autor. En 20 de febrero de 1601, tres años antes del restablecimiento de los Jesuitas, el rey de Francia Enrique IV escribía en los siguientes términos al cardenal d'Ossat, como es de ver en la coleccion de este prelado, al tomo V. Dice el rey: «He propuesto al cardenal Aldobrandini la union de cierto priorato situado junto á mi casa de *La Fleche*, con un colegio que deseo fundar en dicho sitio, en el cual tengo pensado alojar á los Jesuitas, como que les creo más á propósito y capaces de educar á la juventud que otros ningunos: todo lo que dicho cardenal ha elogiado en gran manera y me ha prometido apoyar junto á Su Santidad. Por todo lo que, yo haré que estas memorias os sean remitidas cuanto antes, á fin de que se lo hagais presente y le dé pronto curso; pues me prometo que esta fundacion hecha en una de mis casas será provechosa al país y favorable á la dicha orden etc.» Ante este documento ¿qué contestará el autor de nuestra impugnacion? ¿Osará decir que Enrique IV obraba supeditado por los Jesuitas por el miedo que estos pudieron causarle, cuando en el tiempo de su mayor desgracia, el rey se muestra tan adicto á la Compañía y consigna en carta privada todos los felices resultados que se promete de uno de sus colegios? No, no es posible que el francés monarca obedeciera á otro impulso que al de su corazon, tan recto, tan esforzado y tan magnánimo como la historia ha consignado en sus páginas. Pretender otra cosa, es ofender la memoria del que mereció ser llamado Enrique *el grande*.

Los autores anti-jesuitas pretenden que estos fueron los asesinos de Enrique IV; pretenden mas, pretenden que el rey estaba convencido de ello, y que dominado solo por el terror que en él supieron despertar y para salvar su amenazada existencia consintió en su restablecimiento. ¿Y quién se encarga de desmentir todos estos asertos? No las palabras sino los hechos del monarca, que da muestras de temer el puñal, el puñal de los Jesuitas, no solo colmándoles de beneficios, sino colocando á su lado y haciendo depositario de sus mas íntimas confianzas al P. Coton, que fué, como vulgarmente se dice, el ojo derecho del rey. Esto le valió no pocos envidiosos, de modo que repetidas veces se vió amenazado de muy cerca el respetable Padre. El monarca parecia aumentar de cada vez mas su afecto á medida que la calumnia se cebaba en el jesuita, y en este concepto leemos en el *Diario de Enrique IV*, año 1604, pág. 438 y 39 las siguientes palabras que hablan muy alto: «En medio de tantos favores reales, el P. Coton no dejó de experimentar algunos disfavores de particulares. Una vez fué atacado en una de las carrozas del rey: la herida no fué mortal, pero el rey tomó con tanto empeño el asunto, que ofreció una cantidad considerable á cualquiera que descubriese á los culpables; quiso asistir en persona á los interrogatorios que algunos de ellos sufrieron; prohibió á los cortesanos visitar al P. Coton en su casa, de miedo que el enfermo no se agravára con las visitas; la misma reina tomó á su cargo el cuidado de proveer á sus necesidades; mandó al jesuita los médicos y cirujanos de la corte; el rey decia en alta voz que esta herida habia llegado muy á tiempo para dar al P. Coton el gusto de ver cuanto era estimado.» «Los culpables, dice Cayet, fueron arrojados de la corte, con prohibicion de volver á ella bajo pena de la vida; añadiendo, que si el P. Coton no hubiese suplicado con grande abinco al rey para alcanzar su perdon, el negocio les hubiera ido muy mal. Por consiguiente los enemigos del P. Coton tuvieron el doble disgusto de ver que su herida habia tan solo aumentado el cariño que

el rey profesaba al jesuita, y que este tuvo ocasion de pedir perdon para sus asesinos.» De modo es que el anti-jesuitismo, empleando los medios viles, traidores y cobardes que en el objeto de su odio suponian, intentaron deshacerse de un amigo leal del rey, levantando sobre su consagrada persona el brazo de los asesinos... Y estos hombres no tienen reparo en acriminar á los Jesuitas, imputándoles unos vicios y unos delitos, de que ellos, ellos solos están manchados.

Finalmente el rey no ignoraba todo aquello que un siglo despues, y dos y tres y cuatro han dicho, dicen y dirán los autores del calibre del de nuestra impugnacion; por esto cuidó que su modo de apreciar á los Jesuitas fuera manifiesto á la posteridad. Por esto decia en pleno consejo hablando de las fundaciones hechas en favor de la Sociedad, que sus fundadores si volvieran al mundo, se alegrarian al considerar el buen uso que de sus bienes se habia hecho; por esto repetia frecuentemente á sus magistrados «que la legislacion de los Jesuitas es el modelo de la política cristiana.» «Buenas leyes tienen, decia Enrique á sus ministros; dejémosles vivir segun sus leyes, y nadie absolutamente me hable de modificarlas ni tocarlas en nada.» En 1608 dijo el rey á un jesuita que se dirigia á Roma: «Padre mio, asegurad á vuestro general que en el fondo de mi alma soy jesuita, por mas que mi ropa sea muy corta;» y poniendo la mano sobre la cruz de su espada, añadió: «decidle, que quiero ser su vicario general por todo lo que atañe á la Compañía en mis reinos, tomándola bajo mi proteccion y salvaguardia y procurando conservarla en toda la integridad de su Instituto.» ¿Para qué mas pruebas? ¿No está el punto suficientemente probado?

En otro lugar de nuestra obra hemos continuado el célebre discurso de Enrique IV dirigido al Sr. de Harlay y á muchos consejeros que el dia vispera de Navidad del año 1603 pasaron al Louvre, intentando disuadir al rey de su proyecto de restablecer á los Jesuitas. Este discurso es una defensa y una apología, y todos los tiros de la calumnia vendrán á embotar-

se siempre contra este escudo con que la grandeza de un rey cubrió á la Compañía. Es irrefutable, porque es lógico; incontestable, porque solo la verdad deja el rey que salga de sus labios. Por mas que el anti-jesuitismo haya trabajado para debilitar esta robusta prueba, la prueba subsiste y es el mas alto timbre de las glorias jesuíticas. Cabalmente se ha querido hacer instrumento contra los Jesuitas, al rey de quien podríamos citar mas y mas esplicitos textos en alabanza de los hijos del gran Loyola. El porque de este cariñoso afecto, se concibe fácilmente: el rey como buen católico debia defender á los Jesuitas contra los parlamentos y magistrados calvinistas, de modo que á un tiempo obraba el monarca por pasion y por convencimiento, siguiendo los impulsos de su corazon y obedeciendo al raciocinio de su profunda cabeza. Por esto nos hemos hallado en el caso de alegar tantas razones y otras mas que pudiéramos haber alegado; razones poderosas, argumentos poderosos tambien, hechos todos públicos, muchos sorprendentes, incontestables y decisivos. Desafiamos al autor de nuestra impugnacion á que diga y pruebe lo contrario.

Para coronar este capítulo, vamos á recordar y transcribir la carta que el propio rey Enrique IV escribió al Sumo Pontífice, pidiéndole canonizara á Loyola y Javier. Dice así la carta autógrafa: «Santisimo Padre: como siempre hemos creído ser deber de un rey cristianísimo, el primero y mas adicto hijo de la Iglesia, honrar la memoria de aquellos ministros que por sus buenas obras, ejemplar vida y devocion singular, no solo durante su vida se han dedicado enteramente á promover la gloria de Dios, sino que tambien despues de su muerte han recibido favores y premios de la divina bondad, que han merecido por santas y religiosas obras durante el curso de esta mortal peregrinacion; animados por un santo deseo de piedad, ya en otra ocasion escribimos á Vuestra Santidad en favor de la canonizacion de los bienaventurados padres Ignacio de Loyola y Francisco Jávier, fundador el uno de la orden de los Jesuitas, y llamado el otro el segundo Apóstol de las Indias.

Ahora que tenemos noticia de que el proceso verbal, que en semejantes casos es costumbre instruir, está para terminarse, no podemos negar, vistos los méritos de dichos Loyola y Javier, la recomendacion que por esta carta hacemos á Vuestra Santidad, suplicándole dé la última mano á esta canonizacion; y que si por acaso faltara aun alguna cosa para llevar á término tan buena obra, quiera suplirla por su prudencia y bondad, considerando el consuelo que recibirán en ello las almas piadosas, *y la utilidad que han traído y traen diariamente á la cristiandad los que profesan la orden de que aquellos fueron fundadores*. Por todo lo cual, habiendo encargado al Sr. de Brèves, nuestro embajador, inste en este sentido á Vuestra Santidad, á lo que él os diga nos remitimos y rogamos á Dios os tenga en su santa y digna guarda.» Esta carta estaba fechada en el mes de julio del año 1609.

Después de tantas y tan robustas pruebas, diga el autor de nuestra impugnacion si tenemos ó no motivos para negar, como rotundamente negamos, que solo el miedo pudo obligar á Enrique á que restableciera los Jesuitas. Si el rey hubiese recelado de ellos, no los hubiese hospedado en su casa ni menos tenido constantemente á su lado; si el rey no les hubiese estimado, no hubiera abogado por ellos ya en Francia ya en las cortes extranjeras; si el rey hubiese desconfiado de ellos, no hubiera dicho á Sully, como es de ver en las *Memorias* de este ministro, t. 6, lib. 23, pág. 308: «Heme aquí sentado á la mesa, rodeado de las gentes que veis, y del cariño de los cuales estoy perfectamente seguro.» Cuando el rey decía estas palabras, comía entre los PP. Colón y Gonthier.

CAPITULO XXXIII.

EL PUÑAL DE RAVAILLAC.

Enrique IV pedía con instancia al Pontífice procediera á la canonización de Ignacio y Javier: semejante votó, sin embargo, no habia de ver cumplido: entre su voluntad y la del Pontífice se interpuso la muerte, la muerte por manos de un traidor asesino, que manchó su cuchillo con la noble sangre de uno de los reyes mas grandes del mundo.

Francisco Ravailiac, nació en Angulema por los años de 1578 ó 1579; y habiendo concebido el execrable proyecto de asesinar á Enrique IV, lo puso por obra el 14 de mayo de 1610. Este monstruo habia sido en un principio ayuda de cámara de un consejero, caudico luego y despues maestro de escuela. Una vez en Angulema fué reducido á prision por deudas, y al ponerse en libertad, refirió haber tenido en la cárcel visiones muy raras. En uno de sus numerosos viajes á París, tomó el hábito de hermano fuldense, de cuya orden tuvieron que arrojarle por visionario. De vuelta á Angulema, oyó decir en casa de un tal Belliard, que el Papa habia amenazado escomulgar al rey, y que éste habia contestado, que si el Papa le escomulgaba, él depondria al Pontífice. Desde aquel momento concibió Ravailiac el proyecto de asesinar al rey. Sin embargo, habiendo vuelto á París, dirigióse en el Louvre á las habitaciones de la duquesa de Angulema, pidiendo á la princesa se sirviera presentarlo al rey para pedirle, segun decia, que obligara á los protestantes á profesar la religion católica, *pues de otro modo él tenia intencion de ma-*

tarle. Esta declaracion consta en el proceso , y es de estrañar en gran manera que así se dejára en libertad á un loco que semejantes planes abrigaba. Volvióse otra vez á su país , donde permaneció algunos meses. Quince dias despues de su arribo á la capital , robó un cuchillo en una hosteria , afilando la punta contra una piedra. Al siguiente dia , pasando por la calle de la Ferronnerie , á tiempo que la carroza del rey habia tenido que detenerse por obstruir el paso varias carretas , asomó el cuerpo dentro el carruaje en el momento en que el rey estaba vuelto hácia el duque de Epernon , sentado á su lado , hablándole al oido , y asestó dos puñaladas al pecho del monarca. A favor de la confusion , quizás el monstruo hubiese podido ocultarse y escapar á sus perseguidores , pero reconociéronle estos por encontrarle en el mismo sitio , sosteniendo todavía en su mano el cuchillo regicida chorreando sangre. Entonces fué preso de órden del duque de Epernon. Terminado el proceso en trece dias , fué descuartizado en la plaza de Greve , el 27 de mayo de 1610 , á la edad de 32 años , habiendo negado siempre que tuviera cómplice alguno.

El autor del reprobado *Retrato al daguerreotipo* , á quien pudiera decirse con Richelieu *que tiene de continuo un jesuita á caballo de sus narices*, empeñado siempre en que ninguna desgracia puede haber sucedido ni crimen puede haberse cometido, del cual no sean inmediatamente responsables los Jesuitas , da tortura á su imaginacion y tira de los cabellos los mas extravagantes testos , para probar que el asesinato de Enrique IV es obra de la Compania de Jesus. Semejante suposicion no es digna de ser rebatida : lástima y desprecio , que no ira , causa. Si de antemano no hubiésemos demostrado las relaciones que existian entre el rey y los Jesuitas , si uno solo pudiera dudar de que el cariño para con los hijos de Loyola animaba al rey , y la gratitud para con el rey animaba á los hijos de Loyola , podríamos delenarnos en demostrarlo , y entonces se comprenderia ser materialmente imposible que los Jesuitas quisieran librarse por medio del asesinato de un rey , bajo

cuya inmediata proteccion habian sido introducidos nuevamente en Francia.

Mil argumentos pudiéramos emplear, mil razones de peso aducir; pero las razones y los argumentos se emplean en destruir cosas existentes y no fantasmas, porque ningun escritor se atreverá por amor propio á negar, que Alejandro Magno v. g. murió del cólera. Hay cosas, que detenerse en ellas solamente, hacerles caso no mas, es darles una importancia que no se merecen. Partos monstruosos de una cabeza calenturienta, cúralos la medicina, pero no la lógica. Bastará á nuestro intento revelar el fondo y origen del ataque que dirige nuestro adversario á la Compañia de Jesus, bastará decir que el responsable es el editor de los pensamientos del autor del censurado *Retrato al daguerreotipo*, es á saber, el cien y mil veces repetido Adolfo Boucher, á quien estraña nuestro impugnado escritor haya pluma que se atreva á calificar de calumniador, impostor y petulante. Pues no lo estrañe, porque Boucher merece todo esto, mas que esto, merece ser llamado impio y hereje. El hombre que con descarado cinismo estampa en una indecente obra las blasfemias que contra la religion católica, sus ritos y sus misterios profiere y escribe Adolfo Boucher, es indigno de que ojos religiosos se posen en sus páginas y mas de que la voluntad del escritor imparcial transija con él. Almacén de herejías, tejido de blasfemias es la obra de Boucher; y si propio fuera de este lugar, página á página, y línea á línea habíamos de recorrerla, porque en cada línea y en cada página hay pensamientos y hay palabras indignas de que hayan sido traducidas y dadas á la imprenta en la católica España. Y nos estraña no poco, que un español las haya reproducido con elogio, y haya fundado la base de su ataque á los Jesuitas en la obra de Boucher, porque es desacreditar una produccion antes de publicarla, matarla antes de nacer. Y lo decimos tan alto porque la razon está de parte nuestra, porque el mismo autor del *Retrato al daguerreotipo* ha de avergonzarse un dia de haber bebido las sucias aguas de

esta fuente. Esto sentado, ocupémonos por un momento de Enrique IV y de Ravallac.

¿Las declaraciones del asesino comprometieron remotamente ó de cerca á los Jesuitas? De ningún modo: el mismo autor de nuestra impugnacion lo confiesa, y á mas de él los primeros historiadores de aquel tiempo y modernos. Feller dice en su *Biografía universal*: « Los dos doctores de la Sorbona que le asistieron (á Ravallac) Filesac y Gamache, nada pudieron arrancarle, tal vez porque nada tenia que decir.» Creteineau Joly en el tomo 3.º p. 124 de su *Historia de la Compañía de Jesús* dice: « Por honor á la humanidad, solo á una imaginacion delirante puede atribuirse este crimen, del cual se ampararon el Parlamento y la Universidad como de un arma para herir á los Padres, constante objeto de su odio y de sus celos.» Nada mientan sobre el particular Alvaro Levi ni otros autores de nota; y las historias mas acreditadas dan del hecho con relacion á los Jesuitas la version siguiente. Exacta de todo punto, no podrá á buen seguro desmentirsenos.

En otro lugar hemos ya dicho, que deseando Enrique IV dar una prueba irrecusable de cuanto era su afecto por los Jesuitas, les habia legado para despues de su muerte su propio corazon; para que le tuvieran en muerte los que le habian tenido en vida. Esto solo bastara para destruir todas las suposiciones que nuestro adversario pudiera alegar contra la Compañía de Jesús, pues el monarca que legára su corazon á una Orden, la daba la mayor prueba de cariño, y esta Orden debia por todos los medios posibles, conservar la preciosa vida de un soberano, que la profesaba tan sin igual afecto. De este argumento no podrán salirse todos los anti-jesuitas reunidos.

Muerto el rey, el provincial Ignacio Armand y el P. Cotton, acompañados de algunos otros jesuitas, segun refiere el verídico historiador Creteineau Joly, partieron para *La Fleche* á depositar el real corazon, que el príncipe de Conti acababa de entregarles. Durante su ausencia fué cuando empezó á cir-

cular el rumor de que Ravaiillac estaba de acuerdo con los Jesuitas. Para esto, como dice el autor del *Retrato al daguerreotipo*, se corrió la voz de que el regicida habia tenido relaciones con el P. d'Aubigny; siendo así que segun resultó despues y consta en el proceso del asesino, una sola vez aquel jesuita habló con él seis meses antes, en la casa profesa, confesando el reo en el tormento que á persona alguna de este mundo habia revelado su proyecto de asesinar al rey. Esto, sin embargo, el Parlamento léjos de desvanecer las sospechas, alimentólas en cuanto pudo. De consecuencia en consecuencia, y fundadas todas en una lógica de nueva especie, hicieron los anti-jesuitas el siguiente argumento, que se propaló mañosamente por la ciudad. Ravaiillac habia hablado con el P. d'Aubigny, luego por fuerza Ravaiillac debia poseer el tratado *De rege et regis institutione*, escrito por el jesuita Mariana. Sin que sea nuestro ánimo analizar este libro, que quizás hoy dia ha sido eclipsado por otras obras y escritos de gente que se llaman liberales y de los que ningun anti-jesuita se ha ocupado con horror; diremos sí que Mariana escribió este libro durante el reinado y á la vista de Felipe II, que éste lo puso en manos de su hijo Felipe III, lo cual es muy raro por contener á no dudarlo palabras funestas contra los tiranos, de modo que recorriendo sus republicanas páginas, deplora cualquiera el abuso de una inteligencia privilegiada y un saber profundo, empleado en una causa tan mala como indefendible.

Pero la acusacion dirigida por esta parte á los Jesuitas, era tan infundada como injusta, y para desvanecer hasta su última sombra, existe la misma declaracion de Ravaiillac, que interrogado sobre este punto, contestó que no conocia el libro ni á su autor tampoco. Y esto era tanto mas cierto, en cuanto segun observa un crítico francés, á la muerte de Enrique IV, quizás no existian en Francia diez ejemplares de esta obra. Además, el libro *De rege et regis institutione* estaba escrito en latin, idioma ignorado por Ravaiillac como asimismo se probó; y por cierto que quien conozca la índole del regicida, confesa-

rá á no dudarlo, que ninguna necesidad tenia por cierto de ir á buscar ejemplos en la historia para fortalecerse en sus monstruosos planes. ¿Por ventura Ravaillac no vivia ya en tiempo de la Liga? ¿Y acaso de aquel entonces no resonaban aun en sus oidos las sentencias proferidas por el Parlamento, los decretos dados por la Sorbona, y las imprecaciones contra el rey de todos aquellos mismos que algunos años despues firmaron su sentencia? ¿Acaso este Parlamento que acusaba de complicidad á los Jesuitas, no era el mismo Parlamento que un dia se atreviera á acusar, juzgar y condenar á los reyes Enrique III y Enrique IV? ¿Pues para qué mendigar mas móviles del criminal atentado de Ravaillac? Ni éste estaba en relaciones con el P. d'Aubigny, ni habia leído á Mariana; pero, sombrío, visionario, fanático ignorante, desde muy léjos venia decidido á poner en obra su infernal proyecto, desde aquella época en que el Parlamento y la Universidad atacaban abiertamente á su rey y señor. Por esto, cuando las semillas que ellos sembraron dieron el fruto, dejaron que los Jesuitas cargáran con la responsabilidad de hechos que siempre condenaron.

Y en tanto es así, y en tanto los Jesuitas no podian responder de este asesinato ni del libro de Mariana, que cuando en 8 de junio de 1610, el tribunal congregado al efecto, condenó el tratado *De rege et regis institutione* á ser quemado delante de Nuestra Señora, el mismo Parlamento en la sentencia que dictó, dejó de llamar á Mariana sacerdote de la Compañía de Jesus, porque comprendió muy oportunamente que nada influia la órden del autor en las ideas por él vertidas, y que seria altamente injusto hacer solidario con esta doctrina un Instituto que reprobaba su fondo, y que mas tarde le condenó solemnemente. Este mas tarde se hizo esperar muy poco, pues como hemos visto anteriormente, el 6 de julio del propio año 1610, el general de la Compañía, Claudio Aquaviva, prohibió en virtud de santa obediencia y bajo muy severas penas, que jesuita alguno, por ningun pretesto, defendiera en obra ó de palabra que era lícito matar á un soberano, ni aun bajo pretesto

de pública tiranía. Esta reprobacion cuadra muy bien con lo que Belarmino, el cardenal jesuita, habia escrito á Blakwell, como se lee en sus obras, es á saber: « Cosa nunca oída era que jamás se hubiese aprobado la muerte de príncipe alguno, siquiera fuese hereje, pagano ó perseguidor, hasta tanto que se encontraron monstruos capaces de cometer este crimen.» Este modo de juzgar la doctrina del regicidio, no necesita de nuestra parte comentario alguno.

A pesar de todo esto, á pesar de que Felipe Corpeau obispo de Aire, Jaime Miron obispo de Angers, los dominicos Coeffeteau y Deslandes, y muchos religiosos y personajes de alto aprecio, salieron como honrados á la justa defensa de los Jesuitas, no por esto sus enemigos cejaron en sus funestas invectivas, y desde el púlpito como desde el foro, en las casas como en las calles, los corifeos de la herejía, los aliados del calvinismo, escitaban abiertamente al pueblo contra los dignos hijos del gran Loyola. El riesgo era inminente, y una vez hubiera estallado la mina con tan mala intencion preparada, las consecuencias habian de ser por necesidad muy sangrientas. Los enemigos de los Jesuitas defendian una causa injusta, pero una causa de vida ó de muerte para los maquiavélicos planes y anti-católicos proyectos que de muy lejos venian alimentando. Por esto la saña de los perseguidores hacia desventajosa la posicion de los vencidos, que faltándoles de repente Enrique IV, su mas decidido protector, estaban á merced de aquel embravecido mar de pasiones maliciosamente escitadas.

Con todo, por encubierta que la justicia se ostente, por mas disfraces con que quiera ocultársela, no faltan ojos que la descubran: la calumnia es como aquellos nubarrones que se colocan delante del sol: tarde ó temprano, por espesos que sean, los rayos del astro del dia traspasan el vapor mas denso. Lo mismo aconteció en esta cuestion. La reina regente, el canciller de Francia y el obispo de París, creyeron que era hora de poner un término á semejantes violencias, volviendo desembozadamente por la inocencia oprimida. En su consecuencia, pu-

blicó el Prelado un escrito, cuyo contenido era el siguiente: « Enrique de Gondy, obispo de París, consejero del rey en su consejo de Estado privado, etc.

» Como quiera que después del cruel parricidio cometido en la persona del difunto rey, á quien Dios absuelva, han circulado por esta ciudad de París varios rumores con notable perjuicio de los Padres Jesuitas; Nos, deseoso de volver por el honor y reputacion de esta órden, estando convencido de que tales rumores provienen solamente de mala voluntad, fundada en una animosidad contra dichos Padres; declaramos por las presentes á todos aquellos á quienes lleguen, que dichos rumores son unas imposturas y calumnias maliciosamente inventadas contra los Jesuitas en detrimento de la Religion católica, apostólica y romana; y que no solamente están dichos Padres limpios de tales imputaciones, sino que tambien su órden, lo mismo por su pureza que por la ejemplar vida de los que la profesan, es grandemente útil á la Iglesia de Dios y provechosa al Estado. En fe de lo cual expedimos las presentes, que hemos querido firmar de nuestra mano, hecho contrafirmar por nuestro secretario, y sellar de nuestro sello. — París al dia 26 de junio de 1610. » ¿Qué contestará á este documento el autor del ridículo *Retrato al daguerreotipo*? En verdad quisiéramos habérmolas con el mismo Adolfo Boucher en persona, para ver qué contestaría á un testimonio tan explicito.

La reina defiende á los Jesuitas, siendo así que los Jesuitas son acusados de asesinar á los reyes. ¿Cómo no se asusta, cómo no la espantan estos hombres? ¿Cómo los conserva en palacio? ¿Cómo les confía la educacion del Delfin? ¿Cómo les hace confesores del jóven rey? ¿Se nos argüirá acaso que la reina era amiga de los Jesuitas? Ni aun podia perder el temor y aun horror que debian inspirarla: amigo de los Jesuitas como ninguno era Enrique IV, y sin embargo se suponía que Enrique IV habia muerto á manos de un instrumento de los Jesuitas. ¿Cómo se concilia una cosa con otra? Difícil lo vemos,

sin reconocer la plena inocencia de los hijos del gran Loyola.

El gran canceller del reino, primer magistrado de Francia, sale asimismo á la defensa de aquellos á quienes acusan los turbulentos miembros de los tribunales. Pero sobre aquel no pesa imputacion alguna, mientras sobre estos, los historiadores de su época y la posteridad hacen pesar una terrible acusacion de revolucionarios y calvinistas. ¿De parte de quién, juzgaria un buen católico, está la razon en semejante caso? Murmura el Parlamento, murmura la Sorbona, las murmuraciones crecen; pero su jefe, hombre ilustre en la francesa historia, cierra las bocas de aquellos que solo las abren para vomitar injurias de mala ley y calumnias.

Finalmente, algunos alucinados, y quizás algunos discolos, señalan desde el púlpito á las masas de antemano enfurecidas, las victimas á quienes deben inmolar. Los obispos defienden á los acusados, y el obispo de París, el único que en este punto tiene derecho á levantar la voz, impone á los demás silencio; hace mas, auna los intereses de la Compañía de Jesus con la gloria de la Iglesia y la salud del Estado. Despues de su declaracion esplicita, solemne y oficial, á ninguno es dable poner en mal sitio al Instituto de S. Ignacio.

Ahora solo nos falta para terminar este punto, abordar tres cuestiones, lo cual terminaremos en muy breve espacio. Primera cuestion. ¿En qué mejoraba la posicion de los Jesuitas la muerte de Enrique IV? Sobre este mismo particular, un observador francés ha hecho la siguiente oportunísima reflexion: «Conveniente es hacer notar un hecho que resalta en esta historia, hecho que aquellos que han acusado á los Padres de complicidad en el asesinato del buen rey han ignorado sin duda, ó por lo ménos han fingido desconocer las consecuencias: tal es la posicion de Enrique IV cara á cara con la Compañía de Jesus y de la Compañía de Jesus cara á cara con Enrique IV, durante los últimos años del reinado de este príncipe.

»Nadie puede ignorar el celo que demostraron por el rey el cardenal Toledo, Possevin, el general Aquaviva y otros jesuitas

de Roma, especialmente en el asunto de su absolucion, hasta el punto de hacerse toda la Compañía sospechosa á los ojos de los príncipes de la casa de Austria; y por otra parte, mientras los reyes de España Felipe II y Felipe III sostenian á los Jesuitas de la Península aliados con los Dominicos, Enrique IV entre los soberanos de Europa mostróse el mas celoso en mantener el Instituto en todo su vigor y pureza, favoreciendo por medio de sus ministros en Roma á los campeones de los Jesuitas en la controversia *De auxiliis*. En Francia colmábase todos los dias de nuevos favores. Y estos religiosos, los jesuitas franceses en especial, contra sus propios intereses ¿hubieran tenido la sangre fria, meditado y ejecutado la muerte de este príncipe? La credulidad, mas que sea contra los Jesuitas, debe tener sus límites.»

Hasta ahora, que sepamos, en medio de tantas y tan terribles acusaciones como la mala fe y la impiedad han dirigido á la Compañía de Jesus, á ninguno se le ha ocurrido calificar de necios ó ignorantes á sus miembros. Y necedad é ignorancia hubiera sido en estos, deshacerse de un soberano, como quizás otro no pudieran prometerse en Francia ni en país alguno del mundo. Amante de los Jesuitas, y sobrado fuerte para hacer respetar á los objetos de su predileccion, lejos de tener interés en su muerte los Jesuitas, debianle tener en que se prolongara por mucho tiempo su vida. Ni otra cosa se comprende, ni otra cosa puede ser: decir en contrario, es sacrificar el raciocinio á la ciega pasion.

Segunda cuestion. Ya que los Jesuitas no tenian interés en la muerte de Enrique ¿quién podia tenerle? Este punto, como se ve, es muy delicado, y nosotros nos guardaremos mucho de señalar con el dedo á este objeto. Bastante haremos, si nos constituimos ecos de algunas historias, y aun así, procuraremos hacerlo con mucho pulso y muy brevemente. Sobre este particular dice el sesudo Feller: «No entraremos en los detalles y circunstancias que nadie ignora sobre el carácter de los personajes á quienes se ha atribuido este detestable parricidio:

diremos tan sólo que es muy difícil decidir si entre estas personas habia algun cómplice del horrible crimen. El duque de Sully asegura que la voz pública señalaba asaz á aquellos que armaron el brazo del monstruo. Pero las *Memorias* de este ministro fueron escritas por sus secretarios en ocasion en que estaba en desgracia con María de Médicis. No es extraño que deje concebir algunas sospechas sobre esta princesa, á la cual la muerte de Enrique IV hacia dueña del reino, y sobre el duque de Epemon, que trabajó para hacerla declarar regente del reino. Sin embargo estas conjeturas odiosas, reproducidas por otros historiadores, no tienen el fundamento necesario para darlas como incontestable verdad. »

No obstante el carácter de María de Médicis no es el mas á propósito para destruir estas conjeturas. Violenta hasta el exceso, ya una vez levantó el brazo para herir á su esposo, bajo pretexto de celos. Celosa y ambiciosa hasta un punto criminal, fué desgraciada mientras vivió su esposo, y despues de la muerte de éste desgraciada tambien. Elevada á la regencia del reino por el Parlamento, gracias á las violencias del duque de Epemon, coronel general de infantería, vióselas comprar partidarios, derramando para ello el tesoro que su esposo acumulára para hacer la felicidad de la Francia. Origen de no pocas guerras civiles que desolaron en pocos años el suelo francés, pocos son los que ignoran sus terribles luchas con el cardenal duque de Richelieu, elevado por la misma María, y á quien mas tarde el rey Luis XIII sacrificóla. No acusamos á nadie: pero si las sospechas de la posteridad deben recaer en alguien ¿quién tiene mas derecho á ellas, María de Médicis ó los Jesuitas, los perseguidos que perdieron á su mejor amigo, ó la ambiciosa que ganó un reino? Nosotros, sin embargo, nos apartamos de una y otra opinion, porque consideramos el crimen de Ravaillac un crimen aislado, y quien pudo inspirárselo, quien hizo que la mano del asesino frenéticamente agitada empuñára convulsiva el puñal regicida, es el objeto de nuestra tercera cuestion; y á fe que no nos in-

elinaremos ni á la reina regente ni á los Jesuitas.

En 1524 escribía Lutero á los príncipes católicos de Alemania: «Vosotros ejercéis una tiranía, que los pueblos no pueden, no quieren y no deben sufrir por mas tiempo.» En 1531 es consultado por los protestantes que traían una conjuración contra sus soberanos, y Lutero contesta: «Que aun cuando hasta entonces habia enseñado no ser lícito resistir á los poderes legítimos, sin embargo que amparándose de las máximas de los jurisconsultos, creía que en tiempos tan inormales, podría uno verse reducido á tal estreñidad, que no solamente el derecho civil, sino la conciencia obligara á los fieles á tomar las armas y á ligarse contra todos aquellos que quisieran hacérles guerra, aunque fuera el mismo emperador.» He aquí el modo de ver la cuestión por el apóstata de Witemberg.

El calvinista Beza no es menos esplicito, y haciendo aplicación de la doctrina de Lutero á la raza de los Valois, escribe las siguientes palabras en sus cartas 37 y 40 sobre el Tiranicidio: «Debe combatirse contra ellos con el mismo valor que animaba á Gedeon cuando presentó la batalla á los madianitas; ó como Judas Macabeo cuando hacia la guerra al tirano Antíoco, á Nicanor y á los paganos.» ¿Era Beza, por fortuna, de la Compañía de Jesús?

El famoso puritano escocés Knox, procedente de la escuela de Ginebra, predicaba en los siguientes términos: «Debieron de haber muerto á la reina María de Escocia, á todos los sacerdotes y á todos los ciudadanos que la defendieron, por haber intentado oponerse al Evangelio de Jesucristo (á la infernal reforma).» Así se espresaba un puritano. ¿Cuándo han dicho tanto los católicos Jesuitas?

Un doctor calvinista, Juan Arthusio, escribía en una de sus obras: «Es necesario resistir á un tirano mientras persiste en su tiranía, matarle, si es preciso, cuando no hay medio para preservarse de sus violencias, y colocar á otro en su lugar.» ¿Y quién habia dicho á este sectario, que el vasallo tenia derecho á levantarse para matar á su rey?

Estéban Junio Bruto, escritor protestante, quien segun Leipnicio no es otro que Huberto Languet, ministro hugonote, declaraba en su obra: *Vindicia contra tyrannos*, p. 318: «Si todos los grandes del Estado, ó la mayoría de ellos, ó uno tan solo trataba de sacudir el yugo de una tiranía manifiesta, le era entonces permitido, despues de haber combinado todos los esfuerzos, si por ningun otro medio pueden defenderse contra la fuerza, matar al tirano, y colocar á otra persona en su lugar.» He aquí la doctrina de los republicanos protestantes, doctrina digna de ellos.

Jorge Buchanan, preceptor de Jacobo I de Inglaterra, Buchanan, astro de fatidico resplandor entre los del protestantismo escocés, escribia las siguientes palabras en su obra: *De jure regni apud Scotos*: «¿Qué clase de guerra será una guerra emprendida contra el enemigo de todo el género humano, es decir, contra un tirano? Será la mas justa de las guerras.» Y luego añade: «El pueblo todo, los particulares todos deben ofrecer recompensas á los asesinos de un tirano, ni mas ni menos que se ofrecen á todo aquel que mata lobos ú osos.» En la historia de Escocia prosigue el mismo autor: «Un tirano es como el blanco señalado al odio de todos los mortales, contra el cual dirigen todos sus tiros y lanzan todas sus flechas.» ¿Qué tal era la doctrina de los anti-jesuitas?

Milton enalteciendo á los viles asesinos de Carlos I, daba la siguiente definicion, que aplicó al mas noble y mas infortunado de los reyes. «Un tirano es un rey de teatro, un fantasma, un máscara de rey, pero no un verdadero rey.» Ya antes, y en esta misma obra: *Defensio pro populo anglicano* habia dicho el mismo autor: «¿De qué injusticia nos hemos hecho culpables para con vosotros? ¿Qué daño os causamos cuando castigamos de muerte á nuestros enemigos, los enemigos del bien público, mas que sean plebeyos, nobles ó reyes?» Adelante!

Claudio Saumaise intentó hacer la apologia del malogrado Estuuardo, y entonces Milton pidió auxilio á los primeros jefes

de su mortífera y disolvente escuela, exclamando en la citada obra: «¿Quereis saber porque nuestro adversario no se atreve á citar mas autores que los de la antigua escuela de otros tiempos? Porque sabe muy bien que tiene tantos enemigos declarados de su doctrina cuantos son los sabios distinguidos del culto reformado. Haga sino la prueba, y verá como le presento en batalla contra él á los Lutero, Zwinglio, Calvino, Bucero, Pedro Paré, y he de aplastarle bajo el peso de su autoridad.» ¿Puede decirse mas? ¿Dudará alguno de quienes fueron los enemigos de la seguridad de los reyes, amenazada de un modo tan inminente? ¿Dudará alguno de cuales fueron los labios que primeros lanzaron al mundo el terrible mote de «gloria al regicida?» Fruto monstruo de una escuela de monstruos, no podia ser en manera alguna profesado por los Jesuitas, demasiado católicos para ignorar los rigurosos castigos que los concilios imponen á los regicidas. Enhorabuena prescindan de ellos los hijos del protestantismo, para quienes un crimen mas es un título añadido al lúgubre catálogo de sus funestos errores: los Jesuitas conocen y respetan el Código penal de la Iglesia católica. Nosotros, no tan solamente negamos que los PP. de la Compañía de Jesus profesaron la doctrina del regicidio, sino que creemos firmemente eran el antítesis de esta idea, el antídoto de la envenenada bebida que á sus contemporáneos sirvieron los calvinistas y protestantes de los siglos XVI, XVII y XVIII. Para convencernos de esta verdad, una sola reflexion bastará. La Compañía de Jesus era, por decirlo así, la bandera enarbolada contra el herético pendon del protestantismo. Todo lema que estuviera escrito en el estandarte de los hijos de Calvino y Lutero, por precisien debía estar proscrito del estandarte de los hijos del gran Loyola: aquellos escribieron *regicidio*, estos por fuerza debian combatirlo. El regicidio se adapta perfectísimamente con las disolventes máximas de la doctrina protestante; pero es incompatible con la perfeccion del catolicismo. Y pues los Jesuitas atacaron y vencieron la herejía protestante, con razon podemos decir que

atacaron y vencieron la doctrina protestante del regicidio, condenada espresamente por muchos individuos de la orden, entre ellos el general Aquaviva y el provincial francés Mathieu.

Hechas todas estas reflexiones, nos será lícito preguntar al lector imparcial ¿quién puso el puñal regicida en manos del asesino de Enrique IV? ¿De quién se inspiró Ravaillac cuando concibió y puso por obra su horrendo crimen? ¿No eran acaso bastantes para decidirle las sacrílegas espresiones de tantos y tantos corifeos del protestantismo, que ensalzaban, aprobaban y hasta ordenaban el regicidio? Quien se nutre de las ideas que dejamos consignadas ¿qué extraño resulte un día el mayor monstruo de la humanidad? Leche de tigres beben los cachorros de las fieras: de su fiera se amamantan, y fieros recorren algun tiempo despues los espesos bosques para dar pábulo á sus instintos sanguinarios. Ravaillac se amamantó moralmente con la leche de las fieras protestantes; ¿qué hay pues de raro en que llegado á la edad de la razon resultára ser tan fiero como sus padres?

No han hecho por cierto falta los Jesuitas siempre y cuando el abuso de los derechos populares ha asaltado los alcázares de los monarcas y ha sentado á los reyes en la banqueta de los acusados, decimos mal de los acusados, de los anticipadamente sentenciados será mejor. No han hecho falta los Jesuitas cuando han rodado cadalso abajo las testas coronadas. Si ahora duda alguno de cual sea el genio maléfico que animó á Ravaillac hasta perpetrar el crimen que llenó de horror á la Francia y al mundo católico, le diremos ser el mismo genio que hizo doblar el cuello de Carlos I bajo el hacha del verdugo de Londres, el mismo genio que ensangrentó las calles de París, separando de sus troncos las cabezas de Luis XVI y María Antonieta, el genio devastador por excelencia, *el Protestantismo*.

CAPITULO XXXIV.

VENECIA.

ANTES de añadir una palabra á lo que llevamos escrito, permitasenos dirigirnos con muy breves líneas al autor del anti-verídico *Retrato al daguerreotipo*, ó quizás mejor, á su consueña Adolfo Boucher. Censura agriamente el primero y califica de mercenaria nuestra pluma, porque llamamos al segundo impostor, calumniador y petulante. Nosotros, que aunque no hagamos alarde de la *apasionada fe y el valor de mártir* del desgraciado autor de nuestra impugnacion, tenemos de la una y del otro el suficiente para no retractar lo que una vez escribimos, si antes no se nos prueba que andamos equivocados, nos ratificamos en las calificaciones que hemos hecho de Adolfo Boucher, á las cuales añadimos las mas terribles todavía de anti-católico, elemento destructor y hereje, y cada una de estas imputaciones le probaremos siempre y cuando él nos lo pida, ó en su nombre el autor de nuestra impugnacion. Poco nos importan los nombres y las citas en que apoye sus dichos el autor de la clínica *Historia pintoresca de los Jesuitas*; el testo mas ortodoxo puede parecer herético despues que haya salido de manos de un hombre como Boucher. Ya estamos cansados de encontrar en la historia del anti-jesuitismo, tristes ejemplos de citas truncadas, de textos falsificados, de documentos supuestos, de nombres fingidos, de pruebas ocultadas, y de toda clase de violencias hechas, que si Pombal fué en ello gran discipulo, es porque la escuela á que pertenecia fué en ello gran maestra.

Dejamos por lo tanto en pié nuestros epítetos con respecto á Boucher, y por cierto que mejor quisiéramos por fortuna equivocarnos, que desgraciadamente como ahora decir tan triste verdad. De buena gana modificaríamos nuestra opinion, pero sería cuando Boucher corrigiera sus errores y herejías. Hecha esta aclaracion, sigamos á nuestro impugnado autor que nos traslada á la república de Venecia.

¿Y para qué nos traslada? Para hacernos leer varias cartas de M. Cassaye, cuyos originales constan Dios sabe donde, explicando *de oídas* el motivo que tuvo el gobierno veneciano para espulsar á los Jesuitas en tiempo todavía del rey Enrique IV. Aquí no hay hechos, no hay historias, no hay nada: hay tan solo un hombre que habla sin prueba alguna, pero habla mal de los Jesuitas y fuerza es dar ascenso á su palabra, tenga ó no tenga pruebas. ¿Porqué nuestro desgraciado autor no las suministra? ¿Porqué no refiere los hechos tal como pasaron? ¿Porqué habla del desenlace de la sangrienta tragedia sin contar el origen y el enredo? Por la muy sencilla razon de que callando se mancha la reputacion de los Jesuitas; hablando se purifica su inocencia; se glorifica su institucion. Por esto nosotros hablaremos, y hablaremos el lenguaje de la verdad, entendido de todos, para que todos cuantos le oigan, hagan completa justicia. Remontémonos á las causas, y ellas justificarán plenamente los efectos.

En la segunda mitad del siglo xvi un célebre protestante, Pablo Sarpi, escribia á sus correligionarios: «Nada es mas esencial que arruinar el crédito de los Jesuitas: arruinando á estos se arruina á Roma; y Roma perdida la *Religion se reformará por ella misma.*» He aquí todó el secreto: en la época de la espulsion de los Jesuitas de los Estados de Venecia, Sarpi dominaba en ellos; Sarpi, el hombre que propalaba la creencia de que los Jesuitas eran unos *tiranícidas*, mientras dirigiéndose al Consejo de los Diez en un libro de trastornadora é inmoral política, se espresa en los siguientes términos: «Si entre los habitantes de tierra firme se encuentra algun jefe de faccion,

estermínese sea cual fuere el precio ; y por ser tan poderosos como son , no se emplee con ellos la justicia ordinaria , y haga el veneno oficio de espada.» Ahora bien , en una época en que el Senado, la nobleza y el pueblo contaban en su seno con representantes del protestantismo , Pablo Sarpi era el hombre de confianza del Dux y del Consejo de los Diez, ese tribunal que creyó secretos y misteriosos los medios de que se valian los Jesuitas , porque secretos, misteriosos y odiosos eran los medios que empleaba aquel tribunal , cuando desde el lúgubre sitio de sus reuniones imponia á Venecia su ley de hierro y muerte. Sarpi , abusando de la popularidad que algunos dotes de escritor le concedieran , proyectó librar su patria á los furores de la herejía , proyectó ; criminal ! protestantizar la católica Venecia. Para preparar esta revolucion , este trastorno religioso , era indispensable malquistar á Venecia con Roma , haciendo que el estandarte de S. Marcos ondeara enemigo ante el estandarte de S. Pedro. No era Pablo Sarpi el único que concibió este proyecto : el apóstata Fulgencio apoderóse asimismo de él , y unidos por el crimen , uno y otro herejes , trabajaron de acuerdo para el triunfo de la causa calvinista , si bien empleando distintos aunque no menos reprobados medios. Fulgencio era el orador de las masas , el predicador de las plazas , el que con sus declamaciones exaltaba á la multitud , levantando en ella tempestades que tal vez se desvanecieran tan fácilmente como se formaron , si Sarpi mas astuto y simulado , mas hipócrita y político no hubiera sembrado venenosas semillas en el corazon de los venecianos. Con infernal maña supo infundir en las almas débiles ciertas mortíferas dudas sobre su independéncia religiosa ; cierta desconfianza hacia lo que él llamaba *usurpaciones* de la Santa Sede y de la corte romana , y cuando hubo desacreditado á los ojos de algunos ilusos al Pontífice y su gobierno , dijo que los Jesuitas eran en Venecia la espresion mas audaz de la ambicion pontificia , y los representantes y defensores de un orden de cosas que á toda costa era preciso destruir. Sarpi sabia de sobras

que cada una de sus palabras resonaba en unos corazones patrióticos, que todo lo hubiesen intentado por defender un fantasma de libertad de que nunca gozaron. Pero el pueblo veneciano se parecía en este punto al pueblo de Roma antigua: libertad, república, siquiera fuere en el solo nombre; y con tal que exteriormente gozaran estos dos apetecidos beneficios, nada importaba que en el interior, liberal y repúblicanamente los magnates y patricios aplastaran á los plebeyos y los señores ciñeran el dogal al cuello de sus esclavos. Por esto Sarpi, preparó, oculto en las sombras de su perfidia, como un malhechor se oculta en las sombras de la noche, la realizacion de sus calvinistas planes, que paso á paso debian llegar. Mucho tiempo duró este estado de indecision, durante el cual el apóstata minaba sordamente el edificio católico que intentaba derribar; pero si de una parte ocultaba sus artificiosas baterías, de otra heria el orgullo veneciano, modo el mas espedito de poner en un conflicto á la república con la Santa Sede. El Senado, que como hemos dicho contaba con un regular número de protestantes entre el de sus individuos, en tres distintos decretos habia violado las inmunidades eclesiásticas, llegando hasta el punto de confiar á tribunales seculares algunos sacerdotes fanáticamente acusados de magia y otros crímenes por el estilo, cuya idea sola parece no podia caber en cualquiera imaginacion que fuere, siquiera estuviera racional y cristianamente organizada.

Luego de sentado Paulo V en la cátedra apostólica, dedicóse á revocar los decretos del Senado veneciano, ordenando al propio tiempo que los sacerdotes presos fuesen juzgados por el Santo Oficio. El Senado se resiste á este mandamiento, y por ello el 17 de abril de 1606 son escomulgados los miembros de este cuerpo. Pero como el golpe no era imprevisto, el Senado habia tomado de antemano medidas para defenderse contra semejante acto, que lo era de legítima autoridad; y en su consecuencia prohibió bajo penas muy severas á todo clérigo secular ó regular recibir y menos publicar rescripto

alguno del Pontífice. A pesar de estas amenazas, el Breve de excomunión fué fijado en las puertas de cinco iglesias en la noche del 2 al 3 de mayo. En 6 del propio mes la república respondia al entredicho con un manifiesto, que despues de haber declarado ilegal y sin efecto la sentencia del Papa, mandaba á todo eclesiástico residente en las tierras del Señorío de Venecia no hiciera caso alguno de ella, continuando en el servicio divino y ejercicio del ministerio pastoral. He aquí que habia llegado ya la época de los compromisos y de los conflictos que hacia tanto tiempo se estaba preparando; he aquí que aquellos que á fuerza de sordas maniobras habian conseguido colocar á Venecia en tan crítica posicion, iban á explotar el fruto de una cosecha que con herejía sembraron. El odio individual y las venganzas particulares levantarou orgullosos las cabezas, porque vieron llegada la hora de sus triunfos, mientras el calvinismo batia sus sangrientas y negras alas por cima la ciudad de S. Marcos y los leones de bronce. El destierro y la confiscacion de bienes eran consecuencia inmediata del culto católico, y con ellos eran castigados los sacerdotes y Ordenes que se resistian al feroz y anticatólico decreto. Venecia resucitó por segunda vez la era de los mártires; ó la apostasía ó el martirio..... Por fortuna los guardadores de la fe pertenecen al número de aquellos valientes, esforzados, nobles y leales hombres de armas que á todo trance defienden un punto, ó mueren como honrados en la brecha. A esta clase pertenecian los dignos hijos del inmortal Loyola: nacidos, como muchas veces hemos dicho, para la lucha, hacian como aquellos bravos guerreros de la edad media que aun durmiendo vestian la armadura y dejaban la espada y yelmo al alcance de la mano para entrar en combate, tan luego como el clarín de las batallas resonára inopinadamente en sus oidos. Tambien los Jesuitas estaban prontos, tambien estaban armados, y de una coraza contra la cual se hiciera pedazos el acero mas bien templado y mejor conducido. Esta coraza, es la coraza de la fe; contra ella podian poco

Sarpi y el Senado y todos los calvinistas de Venecia juntos.

Ello, empero, el 10 de mayo los Jesuitas eran conducidos ante el Senado. ¿De qué se les acusaba? Acusábanles de haber obedecido las órdenes del Pontífice, acusábanles de no haber consentido en protestantizar á Venecia, acusábanles de su catolicismo, acusábanles, este era su gran delito, de haber predicado en defensa de las censuras pontificias. Es decir, católicos por excelencia son culpables ante un autor que *se dice católico*, porque fueron perseguidos de los protestantes, con cuyas máximas y prácticas nunca supieron ni quisieron transigir; milicia del Pontífice, ejército de su guarda, son culpables por su lealtad en defender al Vicario de Jesuista á quien juraron obediencia; inalterables en su fe, firmes en sus católicas convicciones, son culpables porque desde el púlpito las predicán y enseñan; y porque el fuego santo arde en sus pechos son culpables de rigorismo, intolerancia y otros crímenes de que eran reos los acusadores de los Jesuitas.

No obstante, la rigidez mostrada por los PP. de la Compañía, escesaiva tal vez si mirando mas por sus intereses hubiesen descuidado los ajenos, tenia un fin altamente moral, altamente religioso; mientras la rigidez del Senado veneciano, intempestiva y encaminada á un criminal objeto, ocultaba un misterio que á los Jesuitas convenia penetrar, antes no se vieran envueltos en la tempestad calvinista que amenazaba y cuyos furores empezaban ya á descargar sobre los hijos del gran Loyola. Penetráronlo muy en breve, y aunque no se les ocultara su difícil posicion, antes que hombres eran católicos, antes que traidores prefirieron ser mártires. Veamos cómo.

El dux Leonardo Donato, sucesor de Marino Grimani, llamó á su presencia á los PP. de la Compañía y les interrogó sobre qué proyectos tenian formados para atravesar las difíciles circunstancias del entredicho, como si dijéramos vencer con los calvinistas ó morir con los católicos. Y los Jesuitas calumniados, los Jesuitas víctimas de tantas y tan infernales intrigas, los Jesuitas para los cuales el desgraciado autor de

nuestra impugnacion no encuentra calificativos bastante duros, á ejemplo de los herejes, los Jesuitas que segun dice el mismo Cassaye de Fresne, citado favorablemente en el censurado *Retrato al daguerreotipo*, poseian de doce á quince mil ducados de renta sobre el Estado, los Jesuitas dijeron que antes de atender á sus intereses personales, tenian un deber de conciencia que llenar; y por lo tanto, notificaron formalmente, que mientras durara el entredicho, ni se dedicarían á la predicacion, ni celebrarían el santo sacrificio de la misa; y que si el Consejo de la república quisiera forzarles á ello, mejor preferirían el camino del destierro. Respuesta heroica y digna de pechos esforzados, y que bastará por sí sola á confundir todas las injurias y calumnias que á propósito de su destierro de Venecia han forjado el calvinismo y la mala fe contra los beneméritos PP. de la Compañía de Jesus. ¿Qué podrán contestar á esto los que suponen que los Jesuitas obran únicamente guiados por el interés, los que creen que su única mira es amontonar tesoros, y su única mision el adquirirlos por los mas reprobados medios? ¿Qué podrán oponer al irrefutable argumento de los hechos, aquellos que se esfuerzan en pintar á la Compañía sin mas guía ni móvil en sus acciones que la ambicion, sin mas Dios que el oro, sin mas afan que el de su adquisicion á cualquier precio?

Los Jesuitas gozaban de bienestar en Venecia, y no obstante de todo prescinden, todo lo abandonan... menos su fe. De este modo dieron un ejemplo patente al mundo de que los corazones que son verdaderamente religiosos saben despreciar la tentacion de las riquezas, como saben hacerse superiores al temor de las amenazas y de las calumnias: sabian que eran odiados por amor de Jesucristo, segun se lee en S. Lucas.—Guardad vuestras seducciones, dijeron los Jesuitas á los venecianos, despojadnos de lo que es nuestro, privadnos, si quereis, de la libertad, privadnos de la vida; teneis poder para hacerlo; pero no le teneis para nuestras almas ni para privarnos de nuestra honra, que nos llevaremos con nosotros como los anti-

guos se llevaban sus dioses lares al abandonar la tierra de maldicion ; no le teneis para privarnos de nuestra fe , que intacta y pura se conservará en nuestros corazones como en digno santuario.

Católicos eran los Jesuitas ; como un baluarte levantado contra el protestantismo les instituyó su santo fundador ; católicos y defensores del catolicismo , han sido en todos tiempos, y no habian de faltar á su mision en Venecia los que la cumplieron en el mundo todo. Transigir con el calvinismo era su fortuna temporal , atacarle su ruina ; pero el buen religioso nunca obra por la idea de *hoy* , hay un *mañana* mas digno de su atencion ; tras esa tierra que tal vez riega con sus lágrimas y sudor , hay un cielo , y en este cielo un Dios de justicia que una á una pesa las intenciones y cuenta las horas amargas de la existencia. A él obedecian los Jesuitas cuando se negaron á las heréticas exigencias del Senado de Venecia. Este fué el crimen y el castigo.

Les habian propuesto aun mas , habian declarado terminantemente que preferian el destierro á transigir criminalmente con su conciencia ; cual otros esforzados Macabeos estaban resueltos á sufrir el destierro y la misma muerte antes que violar la ley santa del Señor , faltando á la debida obediencia al Vicario de Jesucristo en la tierra. Nada mas deseaban sus enemigos , en particular los exaltados miembros del Senado : quitados los guardianes , el paso quedaba enteramente espedito y la puerta abierta. Partieron en efecto los Jesuitas , como otras comunidades religiosas , víctimas de la mas ruin asechanza ; y aun de esto han sacado ó querido sacar partido sus contrarios para pintar con negros colores el cuadro de su embarque , suponiendo que todo un pueblo católico salió á confundirles y maldecirles en el supremo instante de abandonar las venecianas playas. Nosotros negamos desde luego que tal catolicismo dominara , *al menos públicamente* , en Venecia á la época de la partida de los Jesuitas , y segundo que tal pública condenacion se hiciera de ellos. En muy breves líneas descri-

biéremos las circunstancias de su partida, tomándolas de las *Letras anuales de la Sociedad de Jesus*, libro que en materias de esta clase tiene una autoridad casi oficial. Dice, de consiguiente, así :

«A la hora del *Angelus* llegaron las góndolas, y en ellas depositaron los Jesuitas los pocos objetos que se les permitió llevarse, estando siempre bajo la mirada de los oficiales encargados de espiar todos sus movimientos. En seguida llegó el vicario con los ecónomos, y habiendo recitado las Letanias y las oraciones del itinerario para obtener un feliz viaje, dirigiéronse los PP. á las góndolas. Allí se encontraban todos los numerosos amigos de los Jesuitas, que poseídos de la mayor tristeza deploraban su partida : sin embargo, á ninguno fué permitido saltar á bordo con los Jesuitas. En esta conformidad, distribuidos en cuatro buques y entremezclados con los soldados que les custodiaban, abandonaron á Venecia.» Esta es la verdad del hecho y no otra.

Como ha sido siempre costumbre en tratándose de Jesuitas, desterrados que fueron de Venecia, el Senado publicó las mas severas órdenes, conminando con muy rigurosas penas á todo aquel que defendiera de palabra ó por escrito á los Jesuitas, y aun al que mantuviera correspondencia con alguno de los Padres. Y de paso consignaremos un hecho, á saber, que los Pombales y Arandas, al adoptar iguales despóticas disposiciones en el siglo XVIII, ni siquiera tuvieron el mérito de la invención, no fueron mas que unos tiranos plagiarios! De este modo la verdad no podia arrancar la máscara á la calumnia, y privados los hijos del gran Loyola de alegar sus razones, triunfaba de ellos la razon de la sinrazon. Esto solo bastará para patentizar la male fe de los enemigos de la Compañia, que no solo condenaban sin oir su defensa, sino que aun la privaban de defenderse privada é individualmente : no se contentaban sus enemigos con robarla sus bienes, era preciso robarla su honra. Por fortuna las pasiones se amortiguan, las vendas caen, y la posteridad es mas justiciera que los tiem-

pos testigos de alguna catástrofe. Venecia no tardó en conocer cuán sensible era la pérdida de los Jesuitas. El mismo Cassaye de Fresne, embajador de Francia en la república veneciana, autoridad citada por el autor de nuestra impugnacion, escribía en los siguientes no dudosos términos á M. de Villeroy, ministro de Enrique, refiriéndose á las hostiles disposiciones de la multitud:

«Ya la nulidad y abuso de la excomunion predicase todas las fiestas en todos los distritos de la ciudad: ya este populocho tiene al Papa por enemigo de su tranquilidad, que mejor quiere arrancar de sus almas la fe cristiana que poner coto á su ambicion de riquezas; ya las confesiones de los Jesuitas son la conversacion obligada en tabernas y tascas; anda por tierra la autoridad de los inquisidores, y se permite libremente á los libreros hacer venir toda clase de libros en impugnacion del Pontificado. Dios sabe lo que de esto resultará á los italianos!»

¡Hermoso cuadro! La ciudad de S. Marcos á punto de ser devorada por el monstruo de la herejía... Decimos mal, á punto de ser devorada; devorada era ya, y los enemigos del catolicismo recogian los sangrientos despojos de este combate religioso, en que Dios permitió por un momento el triunfo de los malos para probar la fortaleza de los buenos. Ni unos ni otros desmerecieron de su dictado, pero triunfó por último la causa de la justicia ultrajada y la religion ofendida, que era la causa de los últimos. Veamos cómo tuvo lugar la reparacion.

Sabido es que la organizacion de los Estados venecianos se resentia notablemente del misterio que rodeó siempre á sus principales tribunales. El pueblo supeditado por la secreta policia del Consejo de los Diez, tenia motivos muy personales para creer que existian sociedades que ocultas en la noche del misterio contribuian á la esclavitud de un pueblo, que regido por formas republicanas, era víctima del mas negro despotismo. Estos manejos misteriosos, esta credulidad del vulgo,

que desgraciadamente tenía raíces muy hondas , la explotaron los enemigos de la Compañía de Jesus , y explotando la zozobra de las masas , escitada por el fondo de la política veneciana , logró su apetecido y anti-católico objeto , propalando rumores que se desacreditaban unos por otros. De todos modos , el 14 de junio de 1606 recogióse el fruto de tan maquiavélicas asechanzas , publicando el Senado un decreto por el cual eran desterrados perpetuamente los Jesuitas de los Estados de la república , y ordenando además que nunca serian restablecidos sin el conocimiento del Senado todo; y para colmo de malicia , que nunca se trataria de restablecimiento , sin que ante el Consejo de los Diez y en presencia de doscientos treinta senadores se leyeran previamente los documentos en que se apoyaba el destierro de la Compañía. Aun de este modo , no podia ser restablecida , si por cada seis senadores cinco no eran de opinion afirmativa ; de modo que siendo lo mas comun que en las votaciones prevaleciera constantemente el voto de la mitad mas uno , tratándose del restablecimiento de los Jesuitas era preciso aunar cinco sextas partes de votos. Mas medidas no era posible tomarlas , y no obstante pasaron por la fuerza de la razon , fracasaron porque en vano la malicia intenta morder el marmóreo coloso de la inocencia.

Empero tras tantos años de irreligiosidad , en que la católica Venecia estuvo á punto de hundirse en el precipicio de la herejía , lució una nueva aurora , y á la muerte de Pablo y Fulgencio , los dos apóstatas que consagraron su vida á protestantizar á Venecia , resucitó nuevamente el antiguo espíritu religioso , que por algun tiempo huyera de la pintoresca capital del Adriático. Enrique IV que confirmó su conversion por medio de los actos mas esplicitos de acendrado catolicismo , formó empeño de resucitar en Venecia la fe antigua , y tan bien trabajó para ello , y tanta era la justicia de su causa , que el dia 21 de abril de 1607 , la república se reconciliaba con la Santa Sede , y el pueblo entero agrupado en torno del legado del Pontífice , recibia la absolucion apetecida , y hacia resonar

el aire con sus gritos de júbilo. No paró aquí la salvadora prevision de Enrique IV: los enemigos del catolicismo habian desterrado á los Jesuitas, y los Jesuitas no habian vuelto á Venecia; aun mas, los enemigos del catolicismo trabajaban en secreto para levantar nuevamente la asquerosa cabeza que un rey católico acababa de aplastarles, y quizás hubiesen dado nuevos dias de luto á su patria, si el Bearnés que con ojo atento seguia todos sus movimientos, no hubiera interceptado una correspondencia de los hugonotes, por la cual se enteró de cuanto el protestantismo deseaba ocultar á su perspicacia. La ocasion que el rey esperára con tanta ansia para desmascarar del todo á los herejes ante el veneciano pueblo, se habia ofrecido ya: por esto como celoso católico se apresuró á remitir estos documentos á su embajador en Venecia, el señor de Champigny, cuyo diplomático daba cuenta de su mision el 13 de setiembre de 1509 en los siguientes términos, como es de ver en los *Manuscritos de la Biblioteca real*, volumen. 1013, documento n.º 158, donde á la letra traducido, dice:

«SEÑOR: Estos secretos manejos, de los cuales ha mucho tiempo tenia yo conocimiento, han sido mas claramente descubiertos por la carta, cuya copia ha tenido á bien V. M. mandarme, cabalmente en una ocasion oportuna, pues el período de calma que estamos atravesando, durante el cual los partidos parece han convenido una tregua, permite que empiecen á verse con un poco de mejor ojo, y así pueden considerar con mayor tranquilidad el peligro á que acaban de escapar, y en el cual pudieran nuevamente precipitarse, si no cuidan de que los remedios lleguen al fondo del daño. Antes empero de enseñar á persona alguna estos documentos, me ha parecido del caso suprimir una cláusula demasiado acre que se referia particularmente á la persona del Dux, para no irritar irreconciliablemente á un adversario tan poderoso, impedir que los demás se guarezcan bajo su manto ducal y asimismo que se propale el rumor de las malas consecuencias,

que al decir de algunos, nuestros buenos oficios podrian traer á la república. Como asimismo se hablaba dos veces de los Jesuitas en estos escritos, para disipar toda sombra de que esto era un recurso para hacerles cobrar valimiento, he quitado tambien la primera cláusula, que hacia mencion de ello y no era necesaria por ningun estilo. Hecho todo esto y traducidas al italiano las cartas, he comenzado, valiéndome de un antiguo servidor de V. M., por hacerlas ver á un procurador de S. Marcos, de quien me consta ser partidario de esta causa, el cual se ha quedado maravillosamente asombrado de la nueva. Dejéme entrever, que esta última cuaresma, dos individuos le habian puesto en conocimiento que un ministro de Ginebra se encontraba en la ciudad, y que asimismo se habian presentado á Paolo con un billete del embajador de Inglaterra. Que por aquel entonces no quiso dar ascenso á la noticia, pero que al presente reconoce era exacta. Añadió que era preciso conocieran de este asunto los inquisidores de estado, tres de los cuales eran buenos católicos y que á ellos debia dirigirse el negocio. Tambien tuvo grande empeño en averiguar si pondria de manifesto estos documentos al Colegio, lo cual, decia, fuera el mayor bien que V. M. podria hacer á la república. Al dia siguiente, habiendo tenido una entrevista con otro procurador de S. Marcos, díjome que era necesario proceder sin descanso, que era necesario llevar este asunto al Colegio, que sabia de algunos senadores que no llevarian á bien la nueva, pero que la mayor parte sabrian sacar muy bien su provecho.

»En consecuencia el 12 de este mes fui recibido en audiencia. El Dux no se encontraba en ella á causa de la indisposicion que le aqueja.

»Que no queriendo, les dije, faltar V. M. por su parte á lo que tenia ofrecido, habiendo descubierto por medio de ciertas cartas escritas en Ginebra por un ministro protestante á otro ministro francés correligionario suyo, algunos secretos manejos, que se tramaban en Venecia en perjuicio de la Religion ca-

tólica y de la feliz tranquilidad de esta república, me habia enviado copias de aquellas, cuya lectura manifestará mejor que pudieran hacerlo mis palabras cual era el objeto que se proponian; que V. M. por mas que no pudiera dar ascenso á lo que en ellas de la nobleza veneciana se decia, las transcribia escritas en los mismos términos; que conociendo él por quién y á quién, bajo su palabra respondia de su autenticidad, y que yo mismo las habia traducido al italiano letra por letra. En seguida las puse en manos de un prónotario del Colegio, que las leyó en alta voz, y durante la lectura noté una grande emocion en el rostro de la mayor parte de los senadores. Terminado mi discurso, el vice Dux, tomando la palabra estendióse largamente acerca de los grandes testimonios de la muy leal y cordial amistad que V. M. habia dispensado á la república; añadiendo que este noble y señalado servicio que yo en su nombre acababa de hacerles, les obligaba á tenerle siempre muy presente, así ellos como su posteridad; que por ello de todo corazon daban las gracias á V. M. prometiéndose que Dios les dispensaria la gracia de conservarles su primitiva Religion.

»En suma, puedo asegurar á V. M. que esta accion le ha conquistado mayor gloria y ha hecho mayor bien á la Religion y á la tranquilidad del Estado que persona alguna podia prometerse. Cuando el Papa sabrá la verdad por entero, tendrá ocasion de conocer que despues de Dios á V. M. debe el restablecimiento de la autoridad de la Santa Sede en un sitio de tanta importancia.»

¿Qué contenian estas cartas? se nos preguntará ahora. Entre otras cosas, contestaremos, la causa entera del destierro de la Compañía de Jesus y la historia del complot que para ello se habia formado. El calvinismo no se atrevia á levantar la cabeza en las riberas del Adriático, mientras los Jesuitas permanecieron en Venecia; por esto quiso destruir tan formidables antagonistas, y por un momento los destruyó. Triunfó la herejía de los Jesuitas, pero habia sacado sus cuentas sin contar con Enrique IV, y el Bearnés la probó que sabia des-

truir las tramas mejor combinadas. Cambiada la faz del pueblo, cambiada la situacion.

Un edicto desterraba perpetuamente á los Jesuitas; pero en estas cuestiones no hay perpetuidad que las generaciones no puedan finir, y cincuenta y un años despues del decreto de 1606 los Jesuitas fueron restablecidos en Venecia. El calvinismo habia doblegado la cerviz ante el catolicismo triunfante, Pablo y Fulgencio habian bajado á la tumba con su herejia, y ya solo buenos católicos quedaban en las tierras de la veneciana república: el Senado habia desterrado á la Compañia, y el Senado restableció la Compañia. El pueblo que habia despedido con lágrimas de dolor á los Jesuitas, recibiólos con lágrimas de alegría, dándoles la mas cumplida satisfaccion del pasado agravio.

Glorias, siempre glorias encontramos do quiera que fijemos los ojos en la historia de la benemérita Compañia de Jesus. Adelante! No son estas las últimas.

CAPITULO XXXV.

ACUSACION Y DEFENSA.

El autor de nuestra impugnacion, cansado sin duda de insultar á los Jesuitas por cuenta propia, recurre al sistema de insultarlos por cuenta ajena, y vengan ó no vengan al caso, inserta largas tiradas de algunos autores, tan católicos como el impío Boucher y tan verídicos... ya hemos visto el modo facilísimo con que los *honrados* enemigos de los Jesuitas mutilan, omiten é interpretan los textos de una manera tan elástica como reprobada¹. De todos modos, que los acérrimos

1. No solo han mutilado y adulterado textos los enemigos de la Compañía de Jesus para calumniarla, si que tambien su odio mezquino y repugnante se ha manifestado de un modo singular. En una vida de Santa Teresa de Jesus se han omitido todos los testimonios de ésta grande Santa en favor de los dignos hijos del ínclito Loyola; testimonios en los cuales confiesa públicamente los numerosos consejos recibidos de los PP. Baltasar de Alvarez, Jerónimo Perez, Ripalda, Ribera, etc. todos individuos de la Compañía de Jesus. La misma observacion puede hacerse en una nueva vida de S. Carlos Borromeo, mas estensa que las demás. Ni una palabra se lee en ella de las relaciones intimas del Santo con la Compañía de Jesus y de los servicios que recibió de ella para su propia santificacion y para la reforma de su diócesis; no obstante estos mismos detalles se encuentran en otras vidas compuestas y publicadas por autores que habian vivido con S. Carlos y que son testigos oculares de lo que refieren.

Tratándose de jesuitas siempre nos viene á mano hacer la misma observacion: los aliados de sus enemigos son la calumnia, hija de la herejia, y la mala fe, prueba de la sinrazon. Véanse sobre el particular Collombet, *Histoire critique et generale de la suppression des Jésuites*; P. S. Vert, *Jésuites et leurs ennemis* (Les), *l'Eglise et les libres penseurs*; Bartoli, *Histoire de Saint Ignace de Loyola et de l'origine de la*

enemigos de la religion digan y escriban mal de los Jesuitas, ¿qué tiene esto de particular ¹? De gran peso son las citas en

Compagnie de Jésus; Histoire véritable des doctrines et actes de la Compagnie de Jésus, par Mr. Leclère; *Quelques mots sur les Jésuites*, adressés à MM. Michelet et Quinet, par M. J. A., con los demás autores citados en el decurso de esta obra.

1. Solo tiene de particular el hacer resaltar mas y mas la singular providencia del Señor, su proteccion divina hácia la verdadera religion, su bondad inefable, como esclama Sanderó, sobre toda la santa Iglesia, pues al mismo tiempo en que las blasfemias de Lutero en Alemania y las crueldades del tirano Enrique VIII en Inglaterra, debian al parecer acabar con la profesion exterior de toda religion y con la práctica de la perfeccion cristiana, destruyendo todo respeto hácia el Vicario de Jesucristo y entregando á la execracion los venerables nombres de Papa y Pontífice, el Espíritu Santo infundió su ciencia y ardor á unos hombres como Ignacio de Loyola y sus compañeros, los cuales, no contentos con imitar la perfeccion de las demás órdenes, en combatir la impiedad de Lutero, de Enrique y de los herejes de todos los tiempos, añadieron un cuarto voto á los que ligan las otras órdenes religiosas, sometiendo sus personas y sus trabajos al soberano Pontífice: con esto se obligan á emprender todos sus trabajos, á suportar con una obediencia pasiva, y sin ni aun reclamar lo necesario para su sustento diario, todas las fatigas á que le plazca esponerles para el aumento de la fe católica y la conversion de los infieles ó pecadores. Estos hombres, reunidos y formados para la virtud por el hermoso Instituto de Ignacio, llevaron y llevan el nombre de Jesus y la fe de la Santa Iglesia por toda la tierra; le han hecho conocer á los pueblos mas remotos, y hasta los últimos confines de las Indias, aun á estas mismas naciones del norte de Europa, seducidas por los errores, y hasta en esta desgraciada Inglaterra, separada de la comunión romana por la crueldad de sus tiranos. A espensas de su sangre y de sus vidas, hicieron brillar la antorcha celestial de la verdad bajo el reinado de la misma Isabel, *digna hija* de Enrique VIII, á pesar de sus persecuciones. Puede pues decirse de los dignos hijos del gran Loyola, objeto constante de la persecucion de los herejes y malos cristianos de todos los tiempos, que Dios *posuit nobis semen pro Abel, quem interfecerat Cain*. No deben sorprender, no, al autor de nuestra impugnacion, convertido en lazarillo de todos los herejes, incrédulos y malos cristianos de todos los tiempos, cuando de Jesuitas se trata, estas persecuciones, estas calumnias contra los dignos hijos del inmortal Ignacio de Loyola, de quienes puede decirse al leer la historia de su fundacion, que se cree uno transportado á los tiempos de Nehemias, cuando los judios que reedificaban el templo de Jerusalem, tenian siempre fijo un ojo en su trabajo y el otro en

las discusiones, donde aparecen como testigos de verdad, que hacen muchas veces plena prueba en la jurisprudencia literaria; pero deben concurrir en ellos circunstancias tales, que nadie pueda tachar ni disminuir el valor de sus declaraciones. A esta clase pertenecen los testigos que nosotros hemos ministrado, falange de Santos formada, Pontífices, Prelados de la Iglesia, escritores de primera nota, reyes, magnates y los príncipes de la opinion pública. Buenos son estos testigos, pero todavía los hemos ministrado y los ministraremos mejores, y son los enemigos de la Compañía, el voto de los formidables adversarios de los dignos hijos del gran Loyola, que en repetidas ocasiones han tenido que hacer justicia á sus relevantes méritos, ó se han lamentado otras veces de la firme é invencible oposicion que los Jesuitas hacian á

sus enemigos; en una mano el cartabon y el martillo, en otra el arco y la lanza, cuando despues de haber colocado una piedra como obremos tenian que defenderla como soldados. El autor de nuestra impugnacion podria dedicarse á publicar un catálogo de los enemigos de la Compañía, y un exámen imparcial le daria por único resultado, que, *todos son herejes, ó incrédulos, ó católicos de solo nombre.* Lea á Nicolás Sandero, y verá lo que este autor dice de los *buenos católicos* de su tiempo con respecto á los hijos del inclito Ignacio, mucho antes que los Boucher, Michelet, Sue y comparsa ensuciaran sus heréticas plumas para denigrarles: «Se han hecho correr mas fábulas» sobre los Jesuitas que sobre los monstruos de la antigüedad; su origen, su género de vida, su Instituto, sus costumbres, sus doctrinas, sus obras, han sido objeto de los mas estravagantes y contradictorios comentarios. Se han forjado sueños, que no solo han sido referidos sino que tambien defendidos atrevidamente en público é impresos.» En vano se han publicado *Apologías, Justificaciones*, no hay apelacion del odio anti-jesuitico mas que al tribunal de Dios. Cuadra perfectamente á los anti-jesuitas lo que escribe S. Basilio (*Epist. 81 ad Patrophil.*): *Homines illi, qui nos odio prosequuntur, assiduís nos calumniis gravarunt. Purgavimus nos semel atque iterum, neque aliquid prodesset si perpetuo nos defenderemus.* «Hemos refutado victoriosamente á nuestros perseguidores y calumniadores, aunque inútilmente; vano seria defendernos constantemente.» El santo obispo al darnos una idea de sus enemigos, trazó tambien la biografía de los detractores de la Compañía de Jesus. En apoyo de lo dicho, véanse los autores citados en el decurso de esta obra.

sus heréticos planes. Esto son pruebas, esto son testigos. Ahora que un herético abogado del Parlamento, que un envidioso profesor de la Sorbona, que un maligno jefe de la Reforma, digan ó escriban mal de los Jesuitas, repetimos lo de antes, ¿qué influye en pro ni en contra de los Jesuitas? ¿No es sumamente natural que los malos murmuren de los buenos, y los herejes de los católicos? ¿Pretenderia nadie que los enemigos del catolicismo formáran causa comun con los Jesuitas para la dispensacion de alabanzas mutuas? La oposicion, por dura que sea, de algunos hombres, no perjudica, antes por el contrario favorece, y cuanto mas virulenta sea, mas se desacredita á sí propia.

Por lo demás, si debiéramos defender á los Jesuitas por el mismo sistema que el autor de nuestra impugnacion les acusa, podríamos llenar cientos volúmenes de bien esplicitos testos, cada uno de los cuales valiera mas por su fuerza moral que todos los contrarios reunidos. Pero entonces nos esponíamos á nunca acabar, sin que por otra parte la cuestion quedára mucho mas ilustrada. No lógica de palabras, sino lógica de hechos es lo que pedimos; quédense para las escuelas los silogismos; la cuestion que nosotros ventilamos es cuestion de realidades, es cuestion de historias animadas, es cuestion de personajes cuyas obras no se han perdido todavia para el mundo. De las citas alegadas por el autor de nuestra impugnacion, que le retamos á que nos pruebe las haya confrontado con sus originales, y no sacado de las obras heréticas de los enemigos de la religion, resultan atacados y en su reputacion ofendidos los Jesuitas siguientes: Roberto Bellarmino, Gregorio de Valencia, Vazquez, Torres, Tolet, Suarez, Molina, Rivadeneira, Keller, Andrés, Endemon, Joannet, José Creswel, Leonardo Lessio, Sebastian Heisio, Gretser, Azor, Scribanio, Manuel Sa, Juan de los Salas, Sanchez, Richiome, Martin Becan y Sponder. Ahora bien, si por nuestra parte quisiéramos limitarnos á reproducir cien testos que ensalzaran los talentos y virtudes de estos ilustres hijos de la Compañia de Jesus, á

mano se nos vienen multitud de autores que bien esplicitamente corresponderian á nuestros deseos. Pero no es esta nuestra idea : hechos , hemos dicho , y á los hechos hemos de recurrir. Veamos qué hicieron unos y otros , y sáquese la consecuencia , no por lo que otros dijeron , sino por lo que hicieron ellos.

ROBERTO BELLARMINO nació en Monte-Pulciano en 1542, y á los diez y ocho años vistió el hábito de Loyola. Los superiores de la orden le encargaron la enseñanza de la teología en Lovaina , en cuyo punto predicó con tal éxito , que para oír sus elocuentes sermones iban los protestantes de Inglaterra y Holanda. Despues de siete años de permanencia en los Países-Bajos , regresó á Italia , y el papa Gregorio XIII , admirador de sus talentos , le escogió para dar lecciones de controversia en el colegio que acababa de fundar. Sixto V le agregó en clase de teólogo al legado que en 1590 mandó á Francia , y Clemente VIII le creó cardenal nueve años despues y arzobispo de Capua el 21 de abril de 1602. Paulo V quiso tenerle á su lado y entonces salió Bellarmino de su diócesis , entregándose por entero á los negocios de la corte de Roma hasta 1621 , en que murió en la casa noviciado de los Jesuitas , á donde se habia retirado desde el principio de su enfermedad. Gregorio XV fué á visitar al cardenal moribundo , el cual le saludó con las siguientes palabras : *Domine , non sum dignus ut intres* , etc. , palabras que demuestran hasta qué punto llevaba Bellarmino su respeto por el Vicario de Jesucristo. Gozó la confianza y el respeto de cinco Pontífices y ningun autor como él supo conquistar nombre mas alto , defendiendo la causa de la religion y las prerogativas de la Santa Sede. Su obra titulada *Cuerpo de controversias* ha sido , es y será por mucho tiempo el arsenal donde los teólogos católicos se provean de armas para atacar y vencer á los herejes. Su acendrada fe la constatan otras varias obras á su católica pluma debidas ; su humildad los distintos actos de su vida , en uno de los cuales llegó al extremo de disuadir á algunos de sus colegas car-

denales, que querian ceñir á la frente de Bellarmino la triple corona de S. Pedro.

GREGORIO DE VALENCIA mereció por sus talentos desarrollados en numerosas obras, que el pontífice Clemente VIII le llamára el *Doctor de los doctores*. Era oriundo de España, y de muy jóven fué educado en los Jesuitas, de cuya órden habia con el tiempo de ser una de las primeras lumbreras. Fué catedrático de sagrada teología en los colegios de Alemania, y donde quiera que su inspirada voz resonaba proclamando las glorias del catolicismo, la herejía humillaba su monstruosa cabeza, y los herejes sufrían la mas humillante derrota. Temióle el luteranismo, contra el cual y sus errores escribió varias obras, entre ellas el *Tratado de la Verdadera Majestad y presencia de Cristo*.

GABRIEL VAZQUEZ nació en 1551 en Belmonte del Tajo, Castilla la Nueva. En Alcalá y en Roma enseñó con grande aceptación teología, muriendo con universal sentimiento en 1604. Sus contemporáneos le llamaron el *Agustín de España*, y Benito XIV en su obra de *Synodo diœcesana* le califica de *Lumbrera de la teología*.

TURRIAN, y por su verdadero nombre como otra vez hemos dicho, Francisco Torres, nació en Herrera, diócesis de Valencia, año 1504. En 1562 dióse ventajosamente á conocer en el concilio de Trento, y en 1566, á la edad de sesenta y un años cumplidos, profesó en la Compañía de Jesus, trasladándose á Alemania, en donde continuó escribiendo con el mismo afán y éxito que antes.

TOLET, que creemos sea Francisco Toledo, nació en Córdoba, año 1532, y estudiando en la universidad de Salamanca, su maestro, que era el célebre P. M. Domingo Soto, le llamaba *un prodigio de talento*. Profesó en los Jesuitas, fué enviado á Roma, donde enseñó filosofía y teología, tan al gusto del pontífice Pio V que le nombró su predicador, encargo que desempeñó bajo el pontificado de varios de sus sucesores. Gregorio XIII en prueba del alto concepto en que le tenia,

nombróle censor de sus propias obras; Gregorio XIV, Inocencio IX y Clemente VIII; que le elevó al cardenalato en 1594, confiáronle el desempeño de muchos y muy importantes cargos, entre ellos los delicadísimos de arreglar los asuntos de la Iglesia en los Países Bajos, Alemania y Polonia, comision que terminó del modo mas feliz. Fué el primer jesuita á quien el Papa distinguió con el birrete cardenalicio, quizás en premio de lo mucho que trabajó para la reconciliacion de Enrique IV con la Santa Sede, por lo cual no solo se le mostró agradecido el Pontífice, sino tambien el rey de Francia, que despues de haberle manifestado de cien maneras distintas su gratitud, le dió la última prueba despues de su muerte, haciéndole celebrar unas solemnes honras fúnebres en París y en Rouen. Los muchos y graves encargos que sobre él pesaron, no impidieron que se dedicara á escribir muy sabias obras, entre otras una *Instruccion para sacerdotes*, que mereció ser recomendada por S. Francisco de Sales. Refiriéndose á este jesuita, se espresa Cabassus en los siguientes términos: «Muchos siglos transcurrirán antes no aparezca otro hombre del mérito del cardenal Toledo, personaje que está mas allá de todos los elogios que le han sido tributados.» Es asimismo muy estimada su *Suma de casos de conciencia*.

FRANCISCO SUAREZ, tambien español, natural de Granada, en 1548 enseñó con reputacion en Alcalá, Salamanca y Roma, y llamado á Coimbra adquirió fama de ser el primer profesor de teología. En 1617 murió en Lisboa con tan rara y cristiana tranquilidad, que se le oyó decir: *nunca creí que el morir fuera una cosa tan dulce*. Su memoria era asombrosa, su lógica irresistible, su método de escribir y enseñar facilísimo, su fama europea. Como á Vazquez llamábale Benito XIV *lumbrera de la teología*, y Grotio le califica de profundo filósofo y teólogo de quien apenas se encontraria igual. Bossuet citando á este jesuita, dice: «Suarez, que como es sabido representa toda la filosofía moderna.» Su *Tratado de las leyes*, mereció ser reimpresso en Inglaterra, honor que en

aquella época se dispensaba á muy pocas producciones.

Luis MOLINA dió origen á la opinion que de su autor se llamó molinista. Suscitada cuestion entre los partidarios de este sistema y los tomistas, Paulo V se decidió á poner un término á estas querellas, y como en otro lugar de esta obra hemos ya dicho, en 1607 publicó un decreto por el cual permitia á las dos escuelas enseñar cada una por su sistema, como que las dos estaban de acuerdo en todos los puntos decididos por la Iglesia, y atacaban los mismos errores que la Iglesia condena. Hecho mérito de la aprobacion de Paulo V, atendamos á como sobre el particular se espresa Para du Phanjos en su *Teoría de los seres insensibles*: «Yo no examino aquí, dice, si Molina ha seguido la verdadera marcha del Creador, y si su sistema es algo mas que un sistema: nada de esto sé; pero sí veo y siento que si Molina se engaña en su sistema, se engaña al menos como se engañan los grandes hombres, como se engañan los hombres de genio. En vano la rivalidad ladra y maquina contra tan ingeniosa y filosófica hipótesis; en vano para desfigurarla y calumniarla se compuso una larga y fabulosa historia; en vano la superchería osa fabricar una bula supuesta para anatematizarla y derrocarla; todo esto ha servido únicamente para demostrar al filósofo que el genio triunfa de las cabalas, y que no siempre el amor á la verdad preside en las disputas escolásticas.» Luis Molina nació en Cuenca, de noble familia, por los años 1535 y entró en los Jesuitas en 1553. Enseñó durante veinte años la filosofía en la universidad de Evora, y murió en Madrid, año 1600, á los sesenta y cinco de su edad.

PEDRO RIVADENEIRA nació en Toledo en 1527 y tuvo la honra de que el mismo S. Ignacio le admitiera en el número de sus discípulos por los años de 1540, aun antes de que el Soberano Pontífice confirmara el Instituto de la Compañía de Jesus. En 1542 pasó á París y seguidamente á Padua desde cuyo punto fué enviado á Palermo, donde enseñó públicamente la retórica, dejando en todas partes ilustres y verdaderos

amigos. Trabajó con grande ardor para estender la Compañía en los Países-Bajos, Francia y España, y murió en Madrid á los ochenta y cuatro años de edad. Siempre fué infatigable en el ejercicio de su sagrado ministerio, y de su sano talento consérvanse todavía productos literarios, entre ellos el de todos conocido *Flos Sanctorum*, libro edificante cuya lectura ha contribuido no poco á la conversion de innumerables pecadores.

JACOBO KELLER nació en Seckingen (Alemania) año 1568, y murió en Munich año de 1631. Fué distinguido profesor de bellas letras, filosofía y teología, luego rector del colegio de Ratisbona y del de Munich, y por mucho tiempo confesor del príncipe hermano del Elector y de la princesa de Baviera. Distinguióse particularmente en las cuestiones de controversia, y disputó públicamente con Jacobo Hailbrunner, el mas célebre ministro del duque de Neubourg. Consérvanse de él varias obras contra los luteranos y las potencias que en su favor hacian la guerra á los príncipes católicos de Alemania. Miróle con malos ojos la Sorbona desde que publicó un libro titulado *Misterios políticos*, en el cual estrañaba y se preguntaba muy oportunamente ¿por qué los franceses tomaban partido con los herejes de Alemania, cuando les quemaban sin compasion en Francia? Preguntó á que mas tarde contestó el cardenal Richelieu de la misma manera que la descifrara Keller. Este jesuita es autor de un curioso libro, en que con gran copia de razones combate la opinion de que los Jesuitas enseñaban la doctrina del regicidio. No seria fuera del caso que nuestro impugnado autor leyese este libro, y de este modo se le desvanecerian las espesas sombras que hoy dia sobre este punto le cercan.

JUAN ANDRÉS, una de las primeras glorias de la literatura española, nació en Planas, reino de Valencia, año de 1740. Hizo sus estudios en el colegio de nobles de esta ciudad, dirigido por los Jesuitas, y desde la edad de quince años fué admitido en su noviciado. Desempeñaba una cátedra de retórica

y humanidades en la universidad de Gandía, cuando el conde de Aranda, lazarillo de los filósofos de la impiedad, en 1767, provocó el decreto que expulsaba á los individuos de la Compañía de todos los dominios españoles. El general corso Paoli acogió generosamente á Andrés y á sus compañeros de destierro, y entonces escribió aquel en idioma latino un *Comentario* sobre los padecimientos sufridos por los Jesuitas en su deportacion. Despues de esto se dirigió á Ferrara, donde enseñó la filosofía en una casa de la órden, y en ella hizo profesion en 15 de mayo de 1773. En julio del mismo año, Clemente XIV forzado por algunos soberanos seducidos por sus heréticos ministros, se vió obligado á espedir el Breve que suprimia la Compañía de Jesus, y entonces Andrés se retiró á Mantua. La academia de esta ciudad habia provocado un concurso público para la resolucion de un problema de hidráulica: el sabio Fontana ganó el premio, y Andrés mereció llevarse el *accessit*. En 1776 escribió un *Ensayo sobre la filosofía de Galileo*, obra que causó gran sensacion en el mundo literario. Empezó luego distintos viajes por Italia, delúvose en Viena y Génova, y en todas partes tomaba preciosos apuntes para una grandiosa obra que estaba trabajando y publicó mas tarde bajo el título de: *Orígen, progreso y estado actual de la literatura*, obra voluminosa que ha sido vertida á todos los idiomas europeos, y que aun hoy dia forma la delicia de los literatos. En 1793 escribió otro libro titulado: *Orígen y vicisitudes del arte de enseñar á hablar á los sordos mudos*, en el cual al paso que rendia justos elogios á los abates l'Epee y Sicard, probó que este arte fué inventado por dos monges españoles, Pedro Ponce de Leon, benedictino que vivió en Orihuela á fines del siglo xvi, y Juan Pablo Bonet que sobre esta enseñanza dejó un tratado impreso en Madrid, año 1620. De regreso á Viena publicó un curioso libro sobre la literatura de aquella poblacion, y de vuelta á Mantua la *Relacion de sus viajes en Italia*. En 1796, mientras los franceses se disponian para sitiá á Mantua, se retiró á Colorno.

Verificada en 1799 la evacuacion de Italia por los franceses, Andrés fué escogido por el emperador de Austria para director de la universidad de Pavia; pero las nuevas victorias obtenidas por el ejército francés le obligaron á retirarse á Parma, donde dió á luz una *Coleccion* muy apreciada de las cartas latinas é italianas del sabio Antonio Agustin, arzobispo de Tarragona. Cuando el rey de España solicitó mas tarde de Pio VII el Brevé que se publicó en Nápoles á los 2 de agosto de 1804 restableciendo la Compañía de Jesus, Andrés á pesar de su quebrantada salud, fué de los primeros que acudieron á juntarse con sus hermanos, y del nuevo gobierno obtuvo autorizacion para quedarse en Nápoles, de cuya biblioteca real fué nombrado prefecto, como asimismo individuo de la Academia de antigüedades, de la cual fué secretario despues de la muerte de Francisco Daniel. Tuvo la desgracia de perder la vista en 1813 y por su avanzada edad no se le pudo hacer la operacion de la catarata. Despues de la caida de Napoleón, Fernando VII le dió permiso para establecerse en Roma, donde nuevamente entró en una de las casas de la órden. El 13 de enero de 1817, á la edad de 77 años, murió de enfermedad del pecho, honrado con el favor de varios soberanos, la amistad de los mas ilustres personajes y la admiracion de todos cuantos le conocieron y apreciaron en él las virtudes del sabio modesto y del filósofo cristiano. Su ardiente caridad hacia que muchas veces se despojára de lo mas necesario para socorrer á los indigentes. A mas de las obras que de él hemos citado, escribió muchas otras, donde campea la sólida erudicion y la elegancia de estilo. El nombre de Juan Andrés es imperecedero, y si nos hemos detenido mas en sus apuntes biográficos, es porque este insigne varon no solo es una de las glorias de la Compañía de Jesus, sino un motivo de justo orgullo para España, que se honra con ser madre de tan ilustre sabio.

ANDRÉS ENDEMON-JUAN, nació en la isla de Candía y profesó en el colegio de jesuitas de Roma. Murió en esta misma ciudad, año 1625, dejando escritas varias obras, entre ellas

Admonitio ad regem Ludovicum XIII, en la cual da al monarca excelentes consejos, si bien se muestra partidario de algunas máximas políticas que entonces causaron gran sensación, y posteriormente han sido no solo admitidas, sino defendidas por los mismos que inculpan á este jesuita haberlas sustentado.

CLAUDIO JOANNET, y no Joannes, como le llama el autor de nuestra impugnacion, nació en Dole á los 11 de julio de 1716. Si bien en un principio perteneció á la Compañía de Jesus, el mal estado de su salud le obligó á abandonar el Instituto, trasladándose á París, donde de concierto con el abate Dincourt, publicó durante diez años un periódico destinado á hacer conocer las mejores obras religiosas y á combatir á los modernos incrédulos. El resto de su vida pasó en el retiro y murió en la propia villa de París en 1789. Joannet si bien se mira no puede ser tenido como jesuita.

JOSÉ CRESWEL nació en Londres, distinguiéndose por su rara experiencia, insigne piedad y otras muchas dotes con que á naturaleza plugo favorecerle. Estudió filosofía en el colegio inglés de Roma, y profesó en los Jesuitas el año 1583. Algun tiempo despues fué rector nombrado de aquel colegio, luego vice-prefecto de las misiones inglesas, y posteriormente trabajó no poco en Inglaterra en pro de los católicos reyes de España D. Felipe II y D. Felipe III que le tuvieron en grande aprecio. Fué despues vice-prefecto de las misiones belgas, y murió con la muerte del justo el año 1623. Ocho son las obras que escribió, y todas ellas prueban que su autor estaba animado de los sentimientos de un buen católico.

LEONARDO DE LESSIO, de nacion belga, es uno de los hombres que mas favor hacen á la Compañía de Jesus. Nació en 1554 y entró en el Instituto el 23 de junio de 1572. Era tanta la confianza que sus talentos inspiraban, que se obedecian como salidas de un oráculo las palabras que salian de los labios de este jesuita. Infatigable en su estudio y nunca remiso en servir á sus semejantes, perdió la salud á copia de tantos

trabajos, y tanta era su modestia y actividad al propio tiempo, que falto de carnes y debilitado por sus continuas vigiliass se acusaba de perezoso y poco trabajador. Desempeñó elevados cargos, y murió por fin víctima de su celo y afan científico. Dejó varias obras, y en ellas aprenden los discretos al par que buenas máximas religiosas, sólidos preceptos científicos, de las muchas ciencias que cultivó este Padre, en cuyo tiempo pocos eran los que con tanta justicia como él podían llamarse sabios. Murió en Lovaina á los 15 de enero del año 1623, teniendo 69 de edad, 51 de miembro de la Compañía, 43 de sacerdote, y 33 de profeso de cuarto voto. Era tanta la fama de sus virtudes, que el pueblo le tuvo por mucho tiempo en opinion de santo. Cuando su muerte, deplorada así del pobre como del magnate, varios fueron los que en elegantes versos latinos ó correcta prosa trazaron el elogio del difunto. Así despues de muerto recibió los merecidos honores que siempre renunciára en vida. Aunque de carácter escesivamente dulce, llegaba á tanto su humildad que de continuo suplicaba á los demás padres le reconvinieran por su orgullo y falta de paciencia.

SEBASTIAN HEISSIO, aleman, nació en Augusta, haciéndose célebre desde luego no solo por la escelencia de sus talentos sino por la fama de sus virtudes. Dióse al estudio con todas sus fuerzas, y escribió obras de religion veneradas por la mucha ciencia que demostró en ellas. Murió en Ingolstadt en 20 de junio del año 1614, á los 43 de edad y 23 de profeso. Ardiente en su fe, disputó constantemente contra los herejes, llegando á adquirir por ello gran fama dentro y fuera del reino. Nueve son las obras que escribió, sin que en ninguna de ellas se separara en lo mas mínimo de las leyes, que la moral y la religion imponen á los que imprimen sus pensamientos para ilustrar el pensamiento de los demás.

JACOBO GRETSER nació en 1561 en Marckdorf, Suavia, fué por mucho tiempo distinguido profesor de la universidad de Ingolstadt y murió en este mismo punto á los 64 años de

edad. Igualmente versado en los idiomas antiguos y modernos, en historia y en teología, hizo muchas y muy apreciables compilaciones sobre la antigüedad eclesiástica y profana. La mayor parte de las obras que compuso son contra los herejes, satisfaciendo de este modo el instinto que observamos tienen generalmente los PP. de la Compañía de Jesus. Entre sus victorias religioso-literarias debe contarse la alcanzada sobre los calumniadores de los Anales de Baronio, la cual le valió que el sabio Sponde le calificara de atleta muy diestro y versado en esta clase de ejercicios. Lenglet du Fresnoy, dice, que todo cuanto Gretser ha escrito ó publicado, historia ó dogma, es altamente estimado.

JUAN AZOR, español, profesor en los colegios de Alcalá y Roma, murió en esta ciudad en 1603, dejando entre otros libros que escribió, unas *Instituciones morales*, cuya lectura recomendó eficazmente Bossuet, autorizando el pontífice Clemente VIII su impresion por un Breve especial que es de ver en el frontis del primer tomo.

CARLOS SCRIBANIO nació en Bruselas en 1561 y murió en 1629. Fué profesor y despues rector de los colegios de Bruselas y Amberes, y últimamente provincial de Flandes. Durante cuarenta años que vivió en Amberes, acostumbróse la poblacion á mirarle como el árbitro de todas las riñas y discordias que ocurrían en la ciudad. Hablaba con facilidad cuasi todos los idiomas vivos, y por su ciencia y virtudes mereció repetidas muestras de aprecio por parte de varios príncipes, entre ellos Fernando II, Felipe IV y el archiduque Alberto. Escribió entre otras obras una titulada: *Amphitheatrum honoris adversus calvinistas*, donde puso de manifiesto los artificios y malos procederes de los herejes, con una verdad tal, que aquellos agotaron todos sus recursos para perder al autor. A este efecto escribieron á Enrique IV para que se sirviera hacer quemar este libro; pero ¡cual no seria la sorpresa de los adversarios de Scribanio cuando supieron que el mismo rey Enrique IV habia escrito una carta al autor en elogio de éste,

premiándole y honrándole con letras patentes de naturalización en Francia! En otra de sus obras, *Ars mentiendi calvinistica*, refuta completamente las calumnias de que los Jesuitas eran víctimas por parte de los calvinistas, trazando al propio tiempo un cuadro riguroso de los males causados por la infernal reforma. Los calvinistas nunca pudieron transigir con Scribanio; en cambio los católicos le honran como es debido y le elogian como mereció.

MANUEL SA nació en Villa-do-Condé, Portugal, en 1530 y á los quince años entró en los Jesuitas. Enseñó con aplauso en Coimbra y Roma, consagróse á la predicacion y en la cátedra del Espíritu Santo obtuvo repetidos triunfos en las principales ciudades de Italia. Su fe era tan ortodoxa, que el pontífice Pio V le escogió para que trabajara en una nueva edición de la Biblia, sobre la cual escribió unas notas tan breves como interesantes. Sa murió á los 66 años de edad en Arona, diócesis de Milan, á donde se habia retirado para descansar de sus penosos pero fructíferos trabajos.

JUAN DE LOS SALAS, español, nació en 3 de diciembre de 1553 y profesó en los Jesuitas el 7 de setiembre de 1569. Enseñó sagrada teología en Salamanca, Segovia, Compostela, Barcelona y Roma, donde vivió muchos años. De regreso á España dedicóse á escribir, especialmente sobre cuestiones teológicas, en cuya ciencia era profesor consumado.

TOMAS SANCHEZ nació en Córdoba en 1551, entró en los Jesuitas á los 16 años, desempeñó varios é importantes cargos y murió en Granada en 1610 con la reputacion de hombre de costumbres muy austeras. Este sacerdote escribía sus obras sentado al pié de un Crucifijo. (¿Si hará otro tanto el autor de nuestra impugnacion, al hojear los inmundos escritos de Boucher y comparsa, para formar su censurado y condenado *Retrato al daguerreotipo*?) Entre sus escritos el que mayor nombre le ha dado, por los ataques que de los irreligiosos le mereció, ha sido el *Tratado del Matrimonio*, donde el autor abordó todas las cuestiones á que materias de suyo tan escabrosas

pueden dar origen. Se le ha hecho cargo de que podia ser mas circunspecto y reservado en los detalles; pero se ha de tener en cuenta que Sanchez escribió este libro para los confesores y directores espirituales, bajo cuyo punto de vista ninguna particularidad ofrece su trabajo que pueda ser censurada. Un autor francés, hablando del libro del *Matrimonio*, se espresa en los siguientes términos: «La hipocresía de la secta filosófica y el celo ficticio que el crimen y el vicio muestran cuando quieren atacar á la virtud, fueron causa de las injurias de todos géneros acumuladas contra el jesuita español por gentes cuya corrupcion de alma ha destruido hasta los resortes del cuerpo, por gentes que alimentan la lujuria con lecturas y láminas, donde está pintado el refinamiento de la mas brutal lubricidad con los rasgos de una impudencia asquerosa y repugnante aun para los mas consumados libertinos.»

LUIS RICHOTME nació en Digne, Provenza, año 1544 y defendió con gran celo la fe católica contra los hugonotes. Sirvió el cargo de provincial por dos distintas veces, y últimamente en 1598 fué nombrado Asistente general de Francia. Murió en Burdeos á la edad de 87 años, habiendo merecido gran fama de hombre piadoso por la práctica de las virtudes que le adornaron. Despues de su muerte, el pueblo se acostumbró á venerar su memoria como la de un varon ejemplar.

MARTIN BECAN nació en Hahilwareneck, Brabante, y murió en Viena en 1624. La fama de sus virtudes y talentos llegó hasta Fernando II que le escogió para confesor de su real persona. Animado por su ardiente fe y celo por la causa católica escribió una sólida refutacion de la obra del cismático de Dominis y *la analogía entre el Antiguo y Nuevo Testamento*, donde demostró con erudicion suma las relaciones que existen entre el Evangelio y la Ley antigua, con el encadenamiento admirable que reúne todas las verdades reveladas en un solo cuerpo de doctrina que en consecuencia está perfectamente de acuerdo en todas sus partes. Esta obra es de lectura tan agradable como útil.

— Por mas que hemos buscado, no hemos sabido encontrar ningun Sponde en las listas de escritores de la Compañía de Jesus, y aun creemos no ha existido jesuita de este nombre, siendo probable se le confunda con Enrique Sponde, pariente de Enrique IV de Francia, convertido á la fe católica, de la cual mas tarde fué una de las lumbreras, gracias á los escritos del jesuita Bellarmino.

— He aquí quienes son los varones denunciados y ofendidos en el censurado *Retrato al daguerreotipo*; he aquí en qué nobles corazones no se arredró al cebarse la calumnia, he aquí á qué sabios ultraja la ignorancia, he aquí á qué virtudes atropella la impudicia, he aquí, en fin, á qué astros se atreven á escupir los anti-jesuitas, ignorando que quien al sol escupe

1. Los anti-jesuitas, que son al propio tiempo anti-católicos, como lo hemos probado en el decurso de esta obra, se atreven á todo, y hasta quisieran ver á los Jesuitas mas injuriados que lo fué Job de sus perseguidores; hasta les insultan si tratan de defenderse, diciéndoles como S. Gregorio Nacianceno al filósofo cristiano: «Presentad, no solamente vuestra mejilla izquierda al que os ha dado un bofetón en la derecha, sino que tambien una tercera si fuese posible.» Así pues, si los Jesuitas hablan para defenderse se les llama vindicativos, si callan atribuyen su silencio á culpabilidad y no á la paciencia que rehusa defenderse, á la confusión falta de datos para poder victoriosamente contestar. Enemigos ha habido de la Compañía de Jesus que con la mayor hipocresía la han atacado hasta de innecesaria, pues existían, dicen, otras órdenes religiosas cuando su fundación, no considerando, ú olvidando maliciosamente, que la variedad que existe entre las diversas órdenes religiosas es solo un ornamento mas para la Iglesia. *Alius quidem sic*, dice el Apóstol, *alius vero sic*; cada uno tiene de Dios su propio don, quien de una manera, quien de otra. Una exacta armonía se forma de las disonancias, no de las discordancias. Los vestidos de esta reina (la santa Iglesia), de los cuales habla David en su Salmo 44, ¿de qué clase de tejido se componen? pregunta S. Agustín: los materiales son ricos, los ornamentos y los colores variados: *Pretiosus et varius*; así pues, prosigue el santo doctor, *in veste ista, varietas sit, scissura non sit*: pero intentar convencer á los enemigos de la Compañía de Jesus sería un trabajo á la par que prolijo inútil, perteneciendo como pertenecen á la clase de aquellos de quienes dice el Profeta Rey, en el Salmo 113: «Tienen boca y no hablarán; tienen ojos, pero jamás verán.»

deja caer sobre su propio rostro la saliva que salió de sus inmundos labios. Ya hemos dicho quienes son estos hijos de Ignacio tan ultrajados. ¿Creía nuestro autor que ante la ampulosa acusacion se arredraria la defensa? Se equivocó: al contrario, la defensa se complace en que se individualice la acusacion, porque así se la pone en el caso de individualizar las glorias de los Jesuitas. Nosotros autorizamos al autor de nuestra impugnada obra, para que sin mas autoridad que su voluntad propia lance su anatema contra todos los nombres ilustres de la benemérita Compañía. Mientras él anatematizará, nosotros defenderemos; él hablará el desnudo lenguaje de los hombres y nosotros para contrarestarle emplearemos la fecunda lógica de los hechos ¹. Veinte y cuatro son los jesuitas, cuyos apellidos gloriosos quiso envilecer, mediante media docena de párrafos, al azar encontrados entre los documentos de esa Sorbona orgullosa ², envidiosa é intolerante, que se

1. Ya no hay Pombales y Arandas que prohiban con penas las mas severas á los dignos hijos del inclito Ignacio defenderse y que los defiendan de las acusaciones calumniosas que les dirigian los enemigos de la religion; han cesado aquellos dias que recordaban la edad de oro del cristianismo; la época en que *cristiano* y *santo* eran sinónimos; en que las acusaciones que se hacian contra ellos pasaban por indubitables y conducian directamente á los mayores tormentos; lo que hacia decir á Tertuliano que el solo nombre de cristiano bastaba á los paganos para sentenciarles: *¿Sois cristiano?* La causa se reducía á estas dos letras: *Si*; pues bien, quedais convencido de sacrilegio, homicidio, lesa majestad, etc. etc. etc. Bastaba esta confesion, renunciándose á las pruebas, porque estas habrian tenido por resultado forzoso la absolucion: por esto se les quitaba todo medio de defensa: por esto, dice Tertuliano (Apol. c. 8), se estableció la funesta opinion que tantos crímenes atribuía á los cristianos, y lo que con tanta facilidad se inventaba jamás habria podido probarse. Tertuliano al consignar en su *Apologético* la elocuente defensa de los primeros cristianos, trazó la de la inclita Compañía de Jesus: sépalo nuestro impugnado autor y todos sus partidarios.

2. En el decurso de esta obra y páginas 449, 58 y 59 hemos demostrado el *por qué* del odio mezquino de la Sorbona, aliada constante de los parlamentos, en la persecucion contra la inclita Compañía de Jesus: las razones en que apoyamos nuestros argumentos no pueden ser mas convincentes para los hombres *racionales*; pero los

servia de la soez calumnia para amenguar las glorias científicas y literarias de los Jesuitas; entre los discursos de esos parlamentos ¹ sediciosos y turbulentos, que pintaban con ne-

dignos hijos del gran Loyola se consideran dichosos al verse perseguidos, pues saben que al «bienaventurados sereis cuando fuereis maldecidos, perseguidos y calumniados por *mi nombre*,» viene la promesa de «gozaos y regocijaos por el grande premio que os tengo reservado en el cielo.» El mismo sumo pontífice Paulo IV, en el discurso que dirigió á los PP. de la Compañía de Jesus, en la primera congregación general, ya les predijo tambien lo que les sucedería: «No os imaginéis, les dijo, ser mejor tratados que los santos de la antigua y nueva ley: vosotros experimentaréis igual suerte: muchos no os querrán recibir, ni á vosotros, ni á vuestra doctrina: perseguiros y acabar con vuestra existencia les parecerá una accion meritoria delante de Dios.» *Ne putetis vos meliores esse conditionis, quam legis utriusque sanctos Dei legatos. Similiter vobis continget. Multi enim non recipient vos, nec doctrinam vestram, sed PERSEQUENTUR VOS, et interficient, obsequium se præstare Deo arbitrantur.*

1. Esta persecución parlamentaria honra y enaltece á los dignos hijos del gran Loyola cuando se sabe «que los parlamentos, particularmente el de Paris, en su mayoría eran unos jurisconsultos profanos y libertinos, que propendian á las máximas de los herejes modernos» (Fleuri, *Opusculos sobre las libertades de la iglesia galicana*, pág. 81): cuando se sabe «que el espíritu calvinista del siglo xvi fué principalmente fomentado y propagado en Francia por los parlamentos, y sobre todo por el de Paris, protestante en el siglo xvi, sedicioso y jansenista en el xvii, filósofo (impio), en fin, y republicano en los últimos años de su existencia» (*Bibliot. de la Religion*, t. 17): cuando se sabe «que los parlamentos que pretendian ser los órganos inmediatos de la voluntad real, y que durante la mayor parte del último siglo la combatieron constantemente para llevar á cabo la destruccion de los Jesuitas, valerosos celadores de fe; cuando se sabe que fueron los auxiliares del tirano Pombal y de otros ministros arbitrarios» (Dallas, *Nouvelle conspiration contre les Jésuites*): cuando se sabe «que los parlamentos, compuestos de sofistas, incendiarios y enemigos del trono, habian sido ganados por los filósofos de la impiedad» (*Louis XVI détrône avant d'être roi*): cuando se sabe «que el parlamento se habia convertido en un perseguidor constante de la Iglesia, de sus ministros y de sus hijos, y enemigo acérrimo del rey.» (Proyart, *Louis XVI et ses vertus.*) Véanse, para no ser molestos, la *Vida del padre de Luis XVI*; la de Estanislao I, rey de Polonia; la de su hija Maria Leckzinska; la del Ilmo. señor d'Orleans de la Motte, obispo de Amiens; al conde Maistre, de la iglesia galicana en sus relaciones con la Santa Sede; *Diario eclesiástico*

gros colores el cuadro de los hijos de Loyola, para debilitar los colores no menos negros y si mas falsos de su escandalosa historia; entre los escritos de esos doctores y de esos magistrados, jefes de una escuela cismática y herética, que achacaban á los Jesuitas todos aquellos delitos, todas aquellas falsas máximas, todas aquellas ridículas y criminales proposiciones, que forjáran, sentáran y formuláran en sus tenebrosos antros; entre los simples dichos, finalmente, de escritores sin conciencia, porque vendieron la suya al mejor postor del mercado literario. Esto nunca han sido, ni son, ni serán pruebas; porque no basta decir, el jesuita Bellarmino hizo ó escribió tal cosa; es menester justificarlo: entre la verdad y el dicho de un cualquiera hay una inmensa distancia, la misma distancia que hay de la justicia á la injusticia, la misma distancia que hay de la legalidad á la calumnia. Una acusacion destituida de pruebas es altamente despreciable, una acusacion apoyada en autoridades de Boucher y comparsa es mas despreciable aun, mucho mas despreciable, porque manifiesta la astuta malicia del acusador que sobre no tener pruebas ha ido á buscarlas en vedado, siquiera para ver si por este medio lograba alucinar algun espíritu débil ó alguno de estos criterios faltos de la suficiente robustez para resistir los embates del artificio y arrancar la máscara á los que hipócritamente dan á su rostro un tinte de fanatismo, puritanos literarios que intentan arrancar á la exaltacion lo que en vano pidieran al convencimiento. Por esto se revisten estas obras de ciertas formas, por esto se blande en esta cuestion, puramente de no

ó biblioteca razonada de las ciencias eclesiásticas, por Barruel, t. II; Reflexiones sobre la Memoria dirigida á Francia por un italiano, acerca de las diferencias que ocurren entre el clero y la asamblea; los Proyectos de los incrédulos en daño de la religion, manifestados por el conde Luis Mozzì; Memorias sobre la revolucion francesa, así política como eclesiástica, y de la gran parte que han tenido en ella los jansenistas, por el abate D. Francisco Gusta. Véanse además las páginas 15, 173, 74, 75, 76, 77 y 78 de esta obra, y los autores citados en la misma.

católicos contra católicos, la prohibida arma de la política, por esto se prescinde de los Jesuitas religiosos y se trata únicamente de los Jesuitas filosófica ó diplomáticamente considerados. Y á fe que en este terreno, como en cualquier otro donde quiera plantarse el árbol del gran Loyola, los frutos han de ser sanos y opimos. Así lo hemos visto en el decurso de esta obra, y así para descrédito de nuestros contrarios lo veremos aun.

Veinte y cuatro, repetimos, son los jesuitas á quienes impunemente creyó insultar en las páginas de su obra á que en este capítulo contestamos, y sin embargo, á pesar de repetidas citas que ha hecho, á pesar de las muchas páginas que á ello ha dedicado, no nos ha dicho todavía donde está el mal que cometieron, concretándose á decir que otros dijeron haber en efecto causado un mal con sus escritos, mal que no existe, porque como hemos visto las obras de todos estos hombres merecieron supremas eclesiásticas aprobaciones, y sus autores muchos la gracia particular del supremo Pontífice. Esto no se concibe sino reconociendo la ortodoxia de los escritos de aquellos á quienes en vano quiere robárseles despues de muertos la escelsa y merecida fama de que gozaron en vida. No hay argumento contra esta lógica, y si le hay, hágasenos.

Nosotros que con la conviccion por norma y la historia por maestra, hemos sacudido el polvo de los libros para buscar tras su amarillenta capa la verdad que con tanta ansia apetecíamos, hablamos alto porque hablamos con razon, y con nuestro dedo señalamos las causas, que son el camino abierto que conduce al triunfo. No nos enorgullecemos de él, porque el lapidario no puede jactarse de productor de piedras preciosas sin mas razon que la de haber pulido algunos diamantes. La naturaleza es la madre de estos, y la naturaleza es la verdad. La verdad es nuestra madre, y nosotros caminamos únicamente sobre sus huellas; pero por fuerza las huellas de la verdad deben conducir al Capitolio, como las de la mentira indudablemente conducen á la Roca Tarpeya. Por ella bajan despeñados nuestros adversarios.

Ahora añadiremos mas : ya otras veces en el decurso de esta obra nos hemos vanagloriado como buenos españoles de que el Fundador, el santo Fundador de la Compañía de Jesus hubiese nacido en nuestra madre patria. Este es uno de sus mas preclaros, porque el nombre de Ignacio de Loyola puede brillar en la historia al nivel de los mas ilustres de que pueda vanagloriarse España. Españoles eran asimismo la mayoría de los primitivos compañeros de Ignacio, entre los cuales figura el Apóstol de las Indias, el inclito varón, el modelo de virtudes, S. Francisco Javier. Españoles han sido muchos religiosos que han honrado las filas de la Compañía de Jesus, y quizás ninguna otra nacion como España puede vanagloriarse de haber sido cuna de tantos y tan eminentes jesuitas. El autor de nuestra impugnacion quizás crea ser esto un borron ; no seria extraño que merced á sus odios anti-jesuitas, le pesara que fuesen españoles Pedro Claver y Mariana. Todo al contrario sucede en nosotros, y ahora que hemos defendido y proclamado las glorias de los veinte y cuatro jesuitas á quienes se permitió censurar, permítasenos remarcar con orgullo, que de estos, doce son españoles y entre ellos el célebre Andrés, honor de cualquier suelo que nacer le viera. Por esto cuando vemos que así se ataca á la Compañía de Jesus, salimos á su defensa, animados no tan solo del celo religioso y social que la nobleza de esta causa infunde, sino del entusiasmo nacional que se revela en nosotros al ver como se mancillan las españolas glorias, porque mancilla es la innoble guerra que se está haciendo á una de las fundaciones, que ante cualquier hombre pensador y religioso ennoblece el pais donde se crió aquel, en cuyo pensamiento cupo idea tan gigantesca como provechosa.

CAPITULO XXXVI.

LA VOZ DEL SACERDOCIO.

UNA y cien veces hemos destruido ya el valor que pudiera darse á las palabras y discursos de la celosa Universidad y de los turbulentos Parlamentos ; pero como el autor de nuestra impugnacion se atreve á suponer que tambien el clero francés se mostró enemigo de los Jesuitas , debemos dejar plenamente probado que la voz del sacerdocio siempre se alzó robusta en favor de la Compañía de Jesus , como no podia menos de ser así , cuando la Cabeza visible de la Iglesia , repetidamente , de palabra , por escrito y aun de obra proclamaba las simpatías que en su corazon abrigaba por los hijos del ínclito Loyola. Ahora , que en los tiempos de revuelta de que fué testigo la primera mitad del siglo xvii , que cuando mayor boga alcanzaba la infernal reforma , que cuando los Jesuitas se veian aménazados bajo el peso de la ceguedad de muchos , promovida por la malicia de algunos , hubiera una voz aislada , un eco individualizado que se propusiera arrojar una mancha en la blanquísima historia de la Compañía de Jesus ¿qué puede suponer esto al lado no solo de las virtudes de los calumniados , sino de los respetabilísimos testimonios que el clero de todos tiempos repetidas veces ha alzado en su favor ? ¿ Habrá quien se atreva á dudar de la verdad de nuestros asertos , despues de las muchas citas que en nuestro libro hemos esparramado de Papas , prelados , eminentes sacerdotes y numerosas congregaciones reunidas para dar su dictámen en este particular ? Sin embargo , se ha apelado por nuestro impugnado autor al testimonio de la Iglesia misma , y por el mismo testimonio hemos de

contestarle , y con nombres por cierto que nunca podrá poner en sus labios. La Iglesia tiene una cabeza , empecemos por ella.

El papa Clemente XIII en su escrito dirigido en 1762 á los arzobispos y obispos del reino de Francia , congregados extraordinariamente en París , despues de haberse lamentado de la manera mas aflictiva del mal estado en que se encuentra la Iglesia católica en las tierras del rey cristianísimo , y de los actos de arbitrariedad cometidos por los parlamentos , se ocupa por un breve momento de los Jesuitas. Y téngase en cuenta que Clemente XIII escribia no antes sino despues que escribieron aquellos , con cuyos dichos infundados ha engalanado su obra el autor de nuestra impugnacion. Sus espresiones es probable llegáran á oídos del Pontífice ¿ qué es probable ? llegaron indudablemente , porque cuantos las proferian y cuantos las hacian proferir tenian un interés inmediato en que el Jefe supremo de la Iglesia tomára acta de ellas. Y no obstante , qué fundamento tendrían cuando hasta tal punto el Padre Santo las relegó á despreciativo silencio , y las condenó por las siguientes y bien esplicitas palabras que nadie desmentirá :

« Pero lo que de todo esto es mas funesto para el Estado , lo mas opuesto á los intereses del pueblo fiel , lo mas injurioso para la Santa Sede y para vosotros , es que la faccion ha llegado á tal grado de poderío que pueda oprimir entre vosotros y disipar á la Compañía de Jesus , que en todos tiempos ha visto salir de su seno á los mas ardientes defensores de la fe católica. Su Instituto aprobado por la Iglesia en el concilio de Trento , colmado de elogios y favores por tantos Papas predecesores nuestros , sostenido hasta por la proteccion , poderío y buena voluntad de los reyes cristianísimos y de los más religiosos príncipes , ensalzado por vosotros mismos , no por gratitud sino porque la equidad os dictó la sentencia , protestando altamente en ella que en vuestras diócesis os prestan señalados servicios ; á este Instituto se llena , se le hunde bajo el peso de insípidas y miserables calumnias , represéntasele injuriosamen-

te como una mancha de la Iglesia, y finalmente, para colmo de infamia, á la vista de todo un pueblo se le entrega en manos del verdugo para que le arroje á las llamas. Pero el mayor absurdo es el de aquellos laicos que declaran nulos unos votos sobre cuya validez solo la Iglesia tiene el derecho de fallar.» Este testimonio vale tanto mas, en cuanto es espedido durante una época en que la estrella de los Jesuitas empezaba á palidecer visiblemente. Igual circunstancia concurre en la esposicion de la asamblea general del clero de Francia celebrada en 1762, dirigida al rey, demandando la conservación de los Jesuitas. En este escrito cada página es una apología, cada línea es una gloria para la Compañía de Jesus. En otro lugar hemos transcrito una gran parte de él, motivo que no nos permite reproducirlo nuevamente; pero lo haremos de uno de los párrafos que nuestros lectores no conocen, no porque sea mas lisonjero que otros para los Jesuitas, sino porque se refiere á una de las especialidades en que mas descollaron y descuellan aun los hijos del inclito Loyola, ya no en Francia sino en el mundo entero, ó al menos en aquella gran parte de él, civilizada ó no, que tuvo la dicha, ó la tiene todavía, de ver arraigado en su suelo el árbol santo de Loyola.

«Señor, no nos es dable, dice la asamblea, esponeros con la debida fuerza los inconvenientes que deben resultar de la destruccion de los colegios de Jesuitas en nuestras ciudades y provincias. La educacion es la fuerza y el nervio de los estados; prepara los acontecimientos de las venideras generaciones, y en el interior de los colegios se forman los hombres superiores que deben un dia ser las lumbreras de su nacion y gobernarla, los ministros del Evangelio encargados de guiar al pueblo en la via de salud, los ciudadanos fieles y honrados que son el adorno y dulce consuelo de su patria. Esta educacion no puede sufrir mas variacion que aquella que pueda mas y mas perfeccionarla, y toda interrupcion engendra necesariamente un vacío que temprano ó tarde se hace sentir por medio de las desgracias inherentes á la ignorancia y á la corrupcion.

Estas desgracias , señor , serán la inevitable consecuencia de los decretos que por una sola sentencia cierra todos los colegios de los Jesuitas.

»No os disimularemos , señor , añaden luego , otro de los motivos que nos hacen recelar de los nuevos colegios que han de sustituir á los colegios de los Jesuitas. El objeto principal de la educacion no es solamente la instruccion de los hombres ; su fin es el de educarlos y formarlos para la religion y la virtud ; sin ella hasta el talento puede ser peligroso , y los mas vastos conocimientos pueden tornarse un escollo , no solo para aquel que los posee , sino aun para aquel á quien los comunica. Esta relacion esencial que guardan las instituciones públicas con la fe y las costumbres , es el principio del derecho que tienen los obispos de velar por la educacion. Este derecho está fundado en el de predicar y enseñar que han recibido de Dios , en la santidad de su carácter , en la naturaleza de las ciencias divinas que forman parte de la instruccion , en el carácter eclesiástico que tienen cuasi todos los regentes y catedráticos , en la importancia de la eleccion de libros , aun los clásicos , para la primera educacion , y finalmente en las Ordenanzas reales que exhortan á los obispos para que abran en sus diócesis escuelas y colegios , donde bajo su autoridad sean enseñadas las letras divinas y humanas. Ninguna inquietud sentíamos nosotros (atiéndase bien á esto) mientras la educacion estaba confiada á unas comunidades , cuyo celo y amor por la religion nos era bien conocido. Pero al presente ¡cuál no debe ser nuestra alarma !...»

Los firmantes de esta preciosa esposicion son LOS ARZOBISPOS, OBISPOS Y OTROS ECLESIASTICOS DIPUTADOS , FORMANDO LA ASAMBLEA GENERAL DEL CLERO DE FRANCIA. ¿Se puede encontrar autoridad mas competente , dictámen mas oficial ?

Un solo testimonio citaremos aun , por mas que pudiéramos citar tantos que con ellos se formára un voluminoso tomo , donde cada declaracion seria un monumento levantado á la memoria grata y gloriosa fama de los Jesuitas. En 1761 , el

rey de Francia consultó á varios prelados acerca de la opinion que tenian formada de la Compañía de Jesus. Los prelados fueron asaz explicitos para que desapareciera la última sombra de duda por parte del monarca, dividiendo su informe en los puntos siguientes: Primero, *Utilidad que la Francia reportaba de los Jesuitas, con las ventajas é inconvenientes que podian reportar las diferentes funciones que les estaban confiadas*. En este punto despues de haber trazado un cuadro de los inmensos beneficios que los hijos del gran Loyola prestaban á la nacion, especialmente en todo lo concerniente á la educacion religiosa, civil y literaria, concluyen diciendo: «Adhiriéndonos, pues, señor, al juicio que los soberanos Pontífices y el concilio de Trento han formado de la Compañía de Jesus, y á los testimonios que el clero de vuestro reino, los reyes vuestros augustos predecesores, y vuestra nacion han dado acerca de la utilidad de los Jesuitas, pensamos que no pueden menos que ser de mucha utilidad á la Religion y al Estado.» Esta declaracion admite muy poca réplica.

Segundo punto: *Método que los Jesuitas siguen en su enseñanza y su conducta sobre las opiniones contrarias á la seguridad de las personas de los soberanos*. Despues de haber probado que la version de los Jesuitas regicidas es debida á los enemigos de la Compañía, que por este medio desesperado creyeron malquistarla con pueblos y reyes, concluyen con las siguientes palabras: «La enseñanza que los Jesuitas dan en nuestras diócesis, pública es, señor; personas de todas clases y condiciones la han oido y son testigos. Nosotros nos atrevemos á asegurar á V. M. que nunca han sido acusados delante de nosotros, de sostener la doctrina que se les imputa. Sean interrogados aquellos que han sido educados en sus colegios, que han frecuentado sus misiones, sus congregaciones, sus retiros; nosotros estamos persuadidos de que no se encontrará uno solo que declare haberles oido enseñar doctrina alguna contraria á la seguridad de los soberanos. Al contrario, les debemos la justicia de decir que en sus colegios consagran

su talento y el de sus discípulos á cantar las glorias de nuestros reyes , y á inspirar los sentimientos de respeto y fidelidad debidos á la autoridad y majestad real. »

20 Tercer punto : *Conducta de los Jesuitas respecto á la subordinacion debida á los obispos y superiores eclesiásticos y si intentan algo contra los derechos y funciones de los pastores.* Los prelados prueban en este capitulo , que si bien es cierto que los Jesuitas poseen varias bulas pontificias por las cuales se les dispensa de la jurisdiccion ordinaria , esto , sin embargo , pertenece á la clase de aquellos privilegios de que gozaban todas las comunidades mendicantes y otras no mendicantes , de modo que en este particular los Jesuitas no gozan mas privilegios que otros religiosos , y aun , dicen , en el art. 12 , pág. 447 de sus constituciones , se ordena usar con grande moderacion y prudencia de las gracias en su favor acordadas por la Santa Sede apostólica y únicamente con la mira de la salud de las almas. Sobre este particular no dicen mas de los Jesuitas que tenian dicho para todas las órdenes religiosas.

Cuarto punto : *¿ De qué atemperancia seria susceptible en Francia la autoridad del general de los Jesuitas , tal cual ella se ejerce ?* Sobre este punto se estienden largamente los prelados ; demuestran que la autoridad del general no es tan omnipotente como ha querido suponerse , que tiene muchas y muchas restricciones , que de ningun modo es perjudicial á los intereses nacionales , y que todas las órdenes religiosas están afectas á una obediencia ilimitada para con sus jefes y superiores , diciendo entre otras cosas : « Además , hemos conocido , señor , que la obediencia de los Jesuitas á su general , tal cual está prescrita en las *Constituciones* , y el cuarto voto que no les liga á la Sociedad hasta la edad de treinta y tres años , son como las dos piedras fundamentales de todo el edificio de sus *Constituciones* ; que cambiar estos dos puntos es lo mismo que destruirlo todo ; que restringirlos es desnaturalizar el Instituto y presentar á los Jesuitas un Instituto nuevo , enteramente distinto de aquel á que por votos están unidos ; que estos dos

puntos fundamentales solo podia consignarlos una ilustrada sabiduría, una consumada experiencia, y un genio capaz de ver claramente no solo en el presente, sino tambien en el porvenir; que cabalmente en estos dos puntos radica esencialmente la regularidad de costumbres de esta sociedad y la estabilidad de un régimen que hace á los religiosos propios siempre para desempeñar con provecho el objeto de su Instituto.» ¿Quiérese encontrar defensa mas explicita y autorizada?

En 1.º de enero de 1762, poco despues de haber los prelados evacuado su informe, el arzobispo de París dirige al rey la siguiente carta: «Señor: aunque no haya yo firmado con los demás prelados la contestacion que han tenido el honor de dirigir á V. M., no por esto me adhiero menos formal y plenamente á sus determinaciones sobre los cuatro puntos que les fueron propuestos por V. M. acerca de la utilidad, doctrina, conducta y régimen de los Jesuitas. Por lo que á talento y virtud hace, creo ser el último de los obispos de la Iglesia francesa, y siguiendo la espresion de este sentimiento voluntariamente hubiese suscrito como el último de mis hermanos; pero yo debo mirar por el respeto debido á la Silla que á V. M. plugo confiarme, y no podia comprometer las prerogativas que V. M. mismo, insiguiendo el ejemplo de sus augustos predecesores, se hace un deber de sostener. Esta sola consideracion ha podido impedirme el suscribir á los ventajosos testimonios que otros prelados han dado á favor de los Jesuitas de vuestro reino. Permitidme, señor, que al poner en vuestras manos mi completa adhesion á este acto solemne, implore de nuevo vuestra intercesion y autoridad soberanas en favor de un cuerpo religioso, célebre por sus talentos, recomendable por sus virtudes, digno de vuestra proteccion por los servicios importantes que viene prestando á la Iglesia y al trono.—Tengo el honor de ser vuestro mas humilde —Cristóbal, arzobispo de París.»

Se nos ocurre una reflexion interesante y es ¿quiénes fueron los prelados que dieron su ventajoso informe al rey por lo

que hace á la Compañía de Jesus? Hemos de consignar sus ilustres nombres, y vea el autor de nuestra impugnacion si puede alegar otro documento tan esplicito y que traiga al pie tantas y tan notables firmas. Cuando el público coteje esta cita con las del anti-veridico *Retrato al daguerreotipo*, verá la distancia, la distancia inmensa que media entre la noble causa de la verdad y la causa de la calumnia, perdida antes de defenderse y despues de defendida perdida tambien. Tómese cualquiera la molestia de comparar los nombres de los prelados que vamos á aducir, con los nombres de los herejes, de los cismáticos, de los impíos, y en una palabra, de los autores de que regularmente echa mano el autor de nuestra impugnacion, cuando no tortura textos de grandes talentos ó copia lo que Boucher y comparsa han mentido de insignes varones.

Los nombres de los ilustres sacerdotes firmantes de la contestacion á las cuatro cuestiones propuestas por el rey, son los siguientes: los cardenales de Luynes, Gesvres y Rohan; los arzobispos de Reims, Cambray, Narbona, Embrun, Auch, Burdeos, Arles y Tolosa; y los obispos de Langres, Mans, Valencia, Macon, Noyon, Bayeux, Amiens, Saint Maló, Comminges, Orleans, Chartres, Blois, Meaux, Arras, Angulema, Metz, Verdun, Senlis, Clermont, Rhodéz, Apollonia, Saslat, Dié, San Pablo de Leon, Rennes, Lectoure, Autun, Vence, Evreux, Angers, Canopla, y Digne, con mas el arzobispo de Paris y los dos agentes del clero, Sres. de Broglie y de Fuigné; cuarenta y ocho prelados haciendo unánime coro á la voz del prelado supremo. ¿Puede darse mas convincente prueba, de que el clero francés, muy léjos de ser enemigo de los Jesuitas, admiraba el orden de su Instituto y se interesaba abiertamente por su conservacion? ¿Cuándo el autor de nuestra impugnacion podrá escudarse tras un voto tan eminentemente católico y verdaderamente respetable? Jamás podrá; enmudezca por lo tanto ya que no puede alzar la voz.

Ha apelado el autor de nuestra impugnacion al voto de la magistratura francesa, y con el voto de los primeros magis-

trados de Francia, y sobre todo, con el voto inapelable del rey, hemos probado no solo la escelencia de la Compañía de Jesus, sino el interés que por su conservacion se tomaban los buenos dignatarios de la francesa magistratura. No ha bastado esto; se ha recurrido mal intencionadamente á la voz del sacerdocio, y decimos mal intencionadamente, porque los que no estuvieren prevenidos contra la acusacion, pudieran temer que los Jesuitas provocáran cismas en la Iglesia católica, una y única verdadera. Nosotros hemos espuesto con lealtad y franqueza el voto de este sacerdocio que nuestro adversario llamaba al palenque; y este voto aducido reúne cuantas circunstancias de oficialidad y legitimidad se requieren para el caso. No á la voz de un individuo aislado de la comunidad católica hemos recurrido, sino á la espresion suprema del Pontífice y á la importantísima declaracion de la asamblea del clero francés, congregada oficialmente para emitir su razonado parecer. ¿Porqué no hace otro tanto nuestro impugnado autor? Porque no puede, porque no es dado á los defensores de malas causas encontrar las armas de buena ley, que solo la legitimidad de las empresas proporciona. De los cincuenta y un prelados que el rey Luis XV congregó para informar sobre la Orden de Jesuitas, *cuarenta y cinco* se pronunciaron abiertamente en su favor; adhiriéndose á la Compañía sin restriccion de especie alguna; *cinco* se adherian tambien, aunque proponiendo algunas modificaciones; y *uno*, *solamente uno* se declaró contrario de los Jesuitas. ¿Se quiere saber quien fué? Sépase: fué M. de Fitz James, jansenista intolerante y fogoso, que remitió su informe por separado en una carta donde vaciaba todo el odio que sentia su alma por la Compañía de Jesus, enemiga declarada de su errónea y condenada secta. A pesar de esto, la fuerza de la verdad le arrancó el siguiente notable testimonio: *Por lo que hace á sus costumbres, dijo, puras son, y voluntariamente les hago la justicia de reconocer que quizás no haya en toda la Iglesia órden alguna, cuyos religiosos sean mas regulares y austeros en sus costumbres.* (P. 20 de su carta al rey.)

A pesar de tan manifestos actos en favor de los hijos del gran Loyola, actos á que por sus virtudes se hicieron acreedores ante el mundo entero, el Parlamento de París empezó sus manifestaciones hostiles contra la Compañía de Jesus, y la Iglesia entera tomó partido por estos sus esforzados adalides. Clemente XIII, cuya autoridad paternal acababa de tomarlos bajo su amparo recogiendo en sus Estados á los Jesuitas desterrados de Portugal, despues de haber puesto todo su conato en evitar semejante catástrofe, sintió nuevos temores y zozobra cuando vió que la Compañía amenazaba sufrir en el reino francés las mismas desgracias de que acababa de ser víctima en el reino lusitano. Estos temores, esta zozobra del ilustre Pontífice, como tambien el vivo interés que se tomaba por la causa de los dignos PP. de la Compañía, están atestados por sus breves á los cardenales franceses, á la Asamblea del clero convocada estraordinariamente en 1762 y á los reyes Luis XV y Estanislao. Este último monarca oyó la voz del Pontífice como hijo fiel de la Iglesia católica, y en tanto duró la vida del piadoso rey, los Jesuitas conservaron intactos sus establecimientos y colegios de Lorena. Llegó por fin el momento de hablar el clero francés, y habló, como hemos visto, elevando al trono su voz suplicante para la conservacion de una sociedad religiosa RECOMENDABLE, SON SUS PALABRAS, POR LA INTEGRIDAD DE SUS COSTUMBRES, LA AUTORIDAD DE SU DISCIPLINA, LO VASTO DE SUS TRABAJOS Y CONOCIMIENTOS, Y LOS INNUMERABLES SERVICIOS QUE HA PRESTADO Á LA IGLESIA Y AL ESTADO.» Esta y no otra es respecto á los Jesuitas la voz del sacerdocio.

CAPITULO XXXVII.

LA CHINA.

Ya otra vez lo hemos dicho, la caridad cristiana y el celo ardiente de los Jesuitas no cabia en Europa: el mundo antiguo era estrecho para aquellas almas gigantescas, que llenas del amor de Dios, tendian una mirada á los últimos confines de la tierra y allí ardian en deseos de ir á clavar la salvadora cruz. Desde un principio hemos visto al gran Ignacio de Loyola señalando las Indias al amor santo, puro y noble de Francisco Javier, á quien la posteridad, sin distincion de partidos ni religiones llama el *apóstol de las Indias*. Vemos luego á un Pedro Claver rodearse de miles de negros, que llorando de gratitud y regenerados por su elocuencia persuasiva, le llaman su *padre* y como á tal le aman y respetan. Y esta lista que pudiera ser interminable forma magnífica pareja con aquella otra lista de esforzados campeones, que en tan grande número han regado con sangre los bosques salvajes, en donde la recompensa que aguarda al predicador de la vida es la muerte en el martirio, muerte que los Jesuitas han sabido, ya no desafiarse sino despreciar, porque, como dijo el Divino Maestro, el reino de los justos no es de este mundo. Los beneficios que de las misiones de Jesuitas reportaron los pueblos de allende los mares, escritos están en la historia de España y Portugal, de Francia y de Inglaterra, de Rusia y del mundo todo. Pero donde las páginas de esta historia son mas brillantes, donde el aumento del peligro aumenta los gloriosos timbres de la Compañía de Jesus, donde con mas deslumbradora luz irradia la auréola siempre viva en torno á los

predicadores y á los mártires , es en aquella parte del globo , cerrada al paso del europeo y abierta solamente al amor y al valor de los Jesuitas ; LA CHINA !

Los bienes , los inmensos bienes que á la Iglesia y al Estado prestaron los Jesuitas en aquel punto del globo , el mas difícil de ser trabajado para la fe , ya por la condicion de sus moradores , ya por las leyes del país , no han impedido que nuestro impugnado autor haya hecho un cargo de la conducta de los hijos del gran Loyola en la China , conducta que por al contrario al buen cristiano admira y al hombre pensador arrebatada y sorprende. No estrañamos , sin embargo , que el autor de nuestra impugnacion haya querido lanzar un dardo sobre este blason de la Compañía de Jesus , no lo estrañamos , decimos , pues de sobras sabemos el carcaj en que se provee. Antes que él , su modelo Adolfo Boucher habia inventado farsa sobre farsa y propalado falsedad sobre falsedad , hablando de los Jesuitas en la China ; nada por lo tanto tiene de particular que el discípulo siga las huellas del maestro. Pero tendria , sí , y mucho que estrañar , que dejáramos derribar un árbol que tan opimos frutos ha estado dando por muchos años , y que donde podemos coger hermosas flores para la corona de la Compañía , dejáramos que otros sembráran espinas. Estamos , pues , resueltos , no á sostener sino á probar que la conducta de los misioneros jesuitas en el imperio chino , es digna del aplauso universal.

Debemos advertir antes , que uno de los caracteres que distingue á los enemigos de la Compañía de Jesus , especialmente á los pertenecientes á las escuelas de Quinet , Michelet , Boucher y comparsa filosófico—herética , es el exclusivismo de sus opiniones y fallos , que cegándoles los ojos de la razon , les deja á oscuras en el terreno de la verdad y de la historia. Decimos esto , porque ninguna duda tiene , que la filosofía , los errores religiosos , la política y toda suerte de pasiones han sido origen de que la Compañía de Jesus haya encontrado no pocos antagonistas que se opusieron á su paso por los hasta

cierto punto trillados senderos de Europa ; pero á ninguna persona razonable, á ningun hombre de sano criterio se le ocurre, en ningun escritor de mediana reputación siquiera hemos leído , que las misiones de los Jesuitas en general , y las misiones de la China en particular , no fueran las mas brillantes páginas de una larguísima historia de merecimientos , triunfos y martirios. Pocas palabras serán bastantes para dar á nuestro aserto todo el carácter de lógico y fundamento apeteccible. Cuestionar la reconocida importancia de las misiones , ni es de este lugar , ni debemos hacerlo , porque ni uno solo querrá ponerla en tela de juicio. Si la civilizacion es el primer beneficio que puede llevarse á los pueblos , nunca se ha visto que esta civilizacion la introdujeran los ejércitos y la enseñaran é impusieran por el rigor de las armas ; por al contrario , en alas de la religion ha partido de los misioneros , y la persuasion y el ejemplo han sido las únicas armas de que aquellos se han valido para su celeste conquista. Conquista , sí , pero conquista en que por rara contradiccion , frecuentemente los vencedores son los únicos que riegan con su sangre el campo de la religiosa batalla ; pero la sangre del misionero tiene el privilegio de fecundar el suelo en que es derramada , y los hijos del gran Loyola no escasearon por cierto la suya , aunque generosa , y fértil la tierra sobre que caia , correspondió siempre con riquísimos y copiosos frutos. Esto no lo decimos nosotros , lo dice la historia , lo dice la voz del pueblo beneficiado , esta voz que ni los siglos apagan , ni las pasiones sufocan , porque los hijos la aprendieron de sus padres , estos de los suyos , y en vano es que el huracan de las revoluciones quiera llevarse su último eco entre el torbellino de la anarquía. Dejémonos ahora de consideraciones generales , y concretemos la cuestion á las misiones de Jesuitas en la China , cuya historia nos proponemos contar de la manera mas breve que nos sea posible. Cuando toquemos á su término , venga el juicio : no le tememos. Ahora el celeste imperio nos franquea sus impenetrables murallas : el camino está trazado. ¡ Adelante !

Francisco Javier habia muerto en 1552 á las puertas de la China; cuatro años despues un misionero dominico portugués, Gaspar de la Cruz, penetró en este vasto imperio, pero muy pronto fué desterrado de él, y el suelo chino volvió á quedar sin pastores católicos. Algun tiempo despues, tres jesuitas italianos, el P. Miguel Ruggieri en 1581, el P. Pazio, en 1582, y el célebre P. Mateo Ricci en 1583, fueron á tomar posesion de la herencia, que al parecer el apóstol de las Indias les legára. El cielo bendijo sus trabajos, y aquellos paises hasta entonces enteramente estraños á la fe católica, aquellos hombres que huian el trato de un europeo como el de su mayor enemigo, cambiaron en poco tiempo de faz y la mision hizo rápidos progresos en las provincias chinas. Pero los chinos guardan su imperio como los soldados defienden una ciudadela: depositarios de un culto, de unas costumbres, de unas leyes y de una civilizacion particular, atacar abiertamente desde un principio estos objetos, hubiera sido desgraciara la empresa. Los Jesuitas bien conocieron desde un principio que las leyes del país no permitian á los chinos demostracion alguna exterior, y aunque el P. Melchor Nuñez habló y convenció de la moral y ciencia del cristianismo, no quiso con gran prudencia que un celo intempestivo cerrára para siempre á los suyos las puertas de un país donde tantas maravillas tenian que realizar. De aquí tomó pié la primera acusacion que se hizo contra los Jesuitas. Veamos cómo tuvo lugar.

Los Jesuitas viendo en los discípulos y sectarios de Confucio, de una parte una gran disposicion á la moral cristiana, y de otra un escesivo afecto por las costumbres del país, pusieron con grande afan á estudiar sus hábitos y creencias religiosas á fin de permitirles todo aquello que fuera lícito sin atentar al Evangelio de Jesucristo. Para esto consultaron al obispo de Macao y Japon, y á los teólogos de Roma, y solo llegaron á decidirse despues de diez y ocho años de ilustrada deliberacion. Entonces adoptaron una regla, que despues fué dada por la Santa Sede misma á los Vicarios apostólicos de la

China, prueba inequívoca de la aprobacion del Pontífice, y de la bondad que entrañaba la nueva determinacion.

Esta prevenia que no se obligase á los pueblos chinos á cambiar sus ceremonias, traje y habitudes, á menos que fueran contrarias á la Religión y á las buenas costumbres. Para comprender cuan prudente era este acto, debe saberse que en aquella ocasion la China obedecia á dos sectas, la secta de los bonzos ó doctores del pueblo, y la secta de los letrados. Una y otra practicaban muchas veces idénticas ceremonias, aunque abrigando distintas creencias; así la primera daba un baño de supersticion é idolatría á los ritos que la segunda miraba como actos puramente civiles. En apariencia semejantes prácticas eran malas y peligrosas; los primeros jesuitas que fueron á la China, clamaron contra ellas; pero sus sucesores mas precavidos y adiestrados las examinaron desde cerca, y consultando las costumbres y creencias nacionales, confiaron que las ideas de los letrados, luego de purificadas y modificadas por la doctrina de Jesucristo, tomarian incremento entre el pueblo y reformarian poco á poco sus costumbres. Además, un solo recurso quedaba á los misioneros, recurso extremo y el cual sin embargo no podian rehuir: tienen los pueblos prácticas, que una de dos, ó deben abolirse ó deben santificarse. Abolirlas es peligroso, es comprometido, era entonces esponeerse á una vergonzosa espulsion, seguida indudablemente de males sin cuento, entre ellos, la prohibicion absoluta de poner los pies en lo sucesivo en territorio del celeste imperio. Antes que llegar á este último y fatal desenlace, creyeron y creyeron bien, que podian tolerar ciertas prácticas, atendida la gravedad y especialidad de las circunstancias que en el caso concurrían. Y no se les acuse por esto de contemporizacion con los infieles; el fin legitimaba entonces los medios empleados, y de este mismo principio partieron y por esta misma senda caminaron los primeros predicadores del Evangelio. ¿Por ventura los Apóstoles no toleraron durante mucho tiempo prácticas judaicas abolidas por la ley cristiana? ¿Por ven-

tura S. Gregorio Taumaturgo no estableció que para honrar las fiestas de los mártires se dieran opíparos banquetes, á semejanza de los banquetes con que celebraban los paganos las fiestas de sus dioses? Esto sin embargo, cuando este Santo Prelado subió á la silla de Neocesarea, tan solo diez y siete fieles encontró en toda la diócesis, y cuando la abandonó para subir al cielo tan solo diez y siete idólatras dejaba en ella. En este mismo concepto decia un concienzudo escritor, M. Luquet en sus *Cartas al obispo de Langres*: «De esta manera, tolerando al principio un mal puramente material y no siempre real, se hubiera podido manejar de otro modo á los espíritus, y por este medio lograr que la Religion hiciera rapidísimos progresos en aquellos confines. Tales, á no dudarlo, eran las intenciones de los misioneros de la Compañía de Jesus.» Y prosigue haciendo su mayor elogio.

A pesar de todas estas reflexiones, que se ocurren inmediatamente al hombre menos pensador, nuestro autor quiere atacar á los Jesuitas misioneros de China, en lo cual se hace eco de las mil y una paparruchas que los herejes de los dos últimos siglos han inventado. No obstante, nada de particular tiene, que léjos de aquel teatro así se piense ó quiera pensar en el siglo XIX, cuando en el XVII se intentó acusar y se acusó á los Jesuitas por testigos que pudieron apreciar de propia vista el mérito de sus trabajos apostólicos. Entonces sin embargo se les hizo completa justicia; ¿por qué no ha de suceder otro tanto ahora? Sepamos cómo fué.

Cuando llegaron á la China los nuevos apóstoles que iban en auxilio de los sucesores de Francisco Javier, al mirar con ojos europeos las prácticas usadas por los chinos y toleradas por aquellos misioneros, escandalizáronse inocentemente de aquello que no les era dable comprender sino á los que por algun tiempo habitaban el país y conocían todas las dificultades que debia vencer la mision. De aquí provino que empeñados á quejarse de ello á la autoridad eclesiástica, en 1633 dirigieron un informe, que causó gran sensacion en todas las

Filipinas ; y como solo de muy pocos meses estaban prácticos en el país y tuvieron que recoger las noticias de aquellos que quisieron proporcionárselas, sin cuidar de proceder al exámen de su verosimilitud y fundamento , de aquí resultó una monstruosa querella , que puso en alarma á aquellos religiosos y prelados. El arzobispo de Manila y el obispo de Zebut quedaron tan llenos de asombro , que con la mayor presteza transmitieron la nueva á la santidad de Urbano VIII. Pero para que se vea cuan de ligero procedieron aquellos que dieron la voz de alarma y los que la propagaron , no hay que saber sino que pasado algun tiempo, los dos referidos prelados , conocedores del error y gran falta que habian cometido , escribieron al citado Papa en 1637 , diciéndole : «que mejor informados se creian obligados en conciencia á justificar á los padres de la Compañía de Jesus contra tan injustas acusaciones , y á defender con todas sus fuerzas la inocencia de estos obreros apostólicos , como la verdad á ello les obligaba.» Aquí es de ver detrás de la injusticia la plena reparacion.

A pesar de todo esto, no todos los modernos misioneros quisieron transigir , algunos puntos fueron catequizados por distinto método, en ciertas provincias probaron no tan solo á destruir pagodas sino aun á desobedecer los mandatos del emperador; y el resultado fué que empezaron á sublevarse algunos nacionales contra los misioneros , y que por poco el exagerado celo de algunos de estos destruye el hermoso edificio de los hijos del glorioso Loyola. Cinco edictos soberanos contra la religion cristiana vieron la luz, y como los Jesuitas la habian introducido en el país , hízoseles responsables de los excesos que otros cometieron , y por ello los PP. Julio Aleni y Manuel Diaz fueron desterrados, amargo golpe que solo endulzó el llanto con que les despidieron sus catecúmenos. Hasta entonces no fué dable experimentar el cariño de los nacionales hácia los Jesuitas y los servicios prestados por estos á Dios en provecho de las almas. La provincia que estos dos jesuitas catequizaban producía al año unos nuevecientos idólatras convertidos ;

abandonáronla los jesuitas, y al año siguiente apenas fueron ciento las conversiones. Fò-Cheu, ciudad capital que con sus dependencias acostumbraba á producir quinientas conversiones al año, apenas llegó á producir treinta. Todas las iglesias católicas, á escepcion de una sola, fueron ocupadas por los idólatras, que las emplearon para construir casas, almacenes y hasta establos. He aquí los funestos efectos de la impremeditación.

No por esto desmayaron los Jesuitas. Los hijos del gran Loyola no podían olvidar que al morir su santo fundador les había prevenido que iban á luchar de continuo con los obstáculos que á cada paso se les opondrían. Era un legado apostólico el que recibían, y como los apóstoles debían luchar para vencer y aun morir no pocos en la lucha. Y admirable es ver como esta heroica y esforzada milicia se encuentra siempre pronta para entrar en combate, y cuando el Señor permite que sus adalides sean vencidos en un encuentro, no por esto cejan, antes por el contrario, replegándose nuevamente, triunfan del enemigo, pues pelean en el nombre de Dios y en el nombre de Dios son invencibles. El buen soldado vence ó muere: el buen apóstol convierte ó sube al cielo agitando la augusta palma del martirio. Lo que había sucedido en Roma, lo que había sucedido en Venecia, lo que sucedió en Francia, España y Portugal, sucedió también en el celeste imperio.

Los hijos del gran Loyola no desesperaban nunca, y de aquí fué que habiendo el P. Aleni ablandado poco á poco el ánimo de los magistrados volvió á acercarse á distancia de tres millas de la capital, luego entró en ella sin peligro alguno, rodeado de sus cristianos, y finalmente el 14 de julio de 1637 rescató su iglesia y celebró en ella públicamente los divinos oficios. Esto, sin embargo, debía pasarse mucho tiempo para llegar de nuevo á la altura que antes se encontraban. Muchas veces se destruye en un día, lo que no se reedifica en cinco ó mas años. La posición de los Jesuitas distaba mucho de no haber cambiado, y el mismo P. Aleni, víctima del pasado, desconfiaba un tanto del porvenir. No eran por cierto infun-

dados sus temores ; de un momento á otro podían llegar al país los misioneros de Manila , y llevados de un celo sumamente noble pero precipitado , derribar nuevamente el edificio de las misiones de la Compañía. Pero este temor fué disminuyendo dia por dia , y no sirvió poco para ello la llegada del P. Francisco de Ascalona , misionero franciscano , que se retiraba del campo que intentó fertilizar , vistos los resultados negativos que experimentaba. Cuando este religioso llegó á Fo-Cheu , se hospedó en la pobre habitacion del padre Aleni , á quien dijo , que habiendo reconocido la inutilidad de sus fatigas , por razon de no comprender el idioma ni la escritura de los chinos , ni menos poderse acostumbrar á sus usos y hábitos , regresaba á Manila , de donde habia salido. Añadió asimismo que estaba muy apesadumbrado al ver y reconocer demasiado tarde , como del mismo modo lo reconocian sus compañeros , que para convertir aquellos pueblos , era forzoso emplear medios enteramente distintos de los que regularmente se usaban ; que verdaderamente la conquista de la China no era cosa de hacerse en un dia , mediante un golpe de mano y como por asalto ; que era por al contrario indispensable mucha sagacidad y paciencia , y sobre todo un grande conocimiento de los asuntos peculiares de este reino , fruto esclusivo de muchos años de profundos estudios ; concluyendo con estas notables y precisas palabras : « Si los PP. de la Compañía hubiesen obrado de otro modo del que constantemente han obrado , hoy dia no habria en China ni misioneros ni cristianos. » En efecto , en este país mas que en ningun otro , era necesaria una gran dosis de prudencia y longanimidad ; y si no apréndase en el ejemplo del primer misionero que llegó á la China , que fué el dominico P. Gaspar de la Cruz. Empezó sus trabajos apostólicos por derribar una pagoda , lo cual le valió salir desterrado del imperio de buenas á primeras. Cualquiera comprenderá facilmente que no es este el camino por donde un extraño debe abrirse paso hasta el corazon de los pueblos. Dígalo sino la experiencia.

Para comprender el modo de que se valieron los PP. de la Compañía á fin de lograr el apetecido triunfo , es necesario no perder de vista que su general nunca mandó ni encargó á las medianías mision alguna del Asia. Para formar parte de las evangélicas expediciones , era necesario que concurrieran en el misionero dos cosas , talento y valor. El decidirse al viaje era ya de por sí un acto heroico , pues en una época en que la navegacion no era de mucho tan cómoda , tan segura , ni tan rápida como al presente , todas las probabilidades y experimentos hechos coincidían en que de cada dos misioneros uno moría en la travesía. En 1686 se imprimió una estadística , cuyo prefacio comenzaba de la manera siguiente : «He aquí, amigo lector, el catálogo de CIENTO Y CINCO PP. Jesuitas , que (durante un siglo) por sus escritos y predicacion han propagado la fe cristiana en trece provincias del imperio chino. No incluyo en este número el de aquellos , que saliendo de los puertos de Europa , en número de mas de ciento , llegaron al término de sus deseos , en sus viajes por tierra y mas aun por mar , premiados por Dios antes de avistar la China , semejantes , en esto al menos , á Javier, muerto á la vista del territorio en que no le fué dable penetrar.» A pesar , sin embargo , de que en tales travesías , tantas probabilidades habia de llegar á salvo como de morir en el camino , nunca faltaron obreros nuevos que reemplazaran á los antiguos en las difíciles empresas á que les conducia su ardiente celo por el bien de los pueblos y progreso de la fe. En 1685, Luis XIV debiendo mandar embajadores al rey de Siam , se dirigió á los jesuitas franceses en demanda de misioneros , y no obstante lo comprometido de la empresa , el solo colegio de Luis el Grande le proporcionó mas que espacio habia en los buques para contenerlos. Sirva este ejemplo de elocuente leccion á los que malamente suponen que los Jesuitas se retraian del peligro. Volvamos á la China , y brevemente espongamos la historia de la Compañía de Jesus en aquel territorio que Javier saludó al espirar , como otro Moisés á la vista de la tierra de promision.

Entre los muchos obstáculos que se oponían al paso de los Jesuitas, el mas insuperable sin duda es la desconfianza que los chinos sienten invenciblemente por todo extranjero, desconfianza que está entrañada en el carácter de aquellos habitantes. Los PP. aguardaban la hora propicia, y sin adelantarla con imprudentes provocaciones y demostraciones, quietos permanecían á la puerta, seguros de que un día ú otro les sería abierta. En 1581 el P. Miguel Ruggieri, y en 1582 el P. Pazio lograron introducirse en el país, preparando el camino al P. Mateo Ricci, que un año despues alzaba en él la cruz del Redentor. Mateo era natural de Macerata, y su nacimiento habia coincidido con la muerte de Francisco Javier: era, por decirlo así, el legado que hacia al mundo el Apóstol de las Indias. Muy jóven fué recibido en la Compañía de Jesus; y en la escuela del P. Valignani, á quien los reyes de Europa llamaban el Apóstol de Oriente, aprendió la ciencia y adquirió el deseo ardiente de coronar su sien con el laurel que crece oculto en los campos que el misionero cultiva allá en remotos climas. Este jesuita conocia á fondo el espíritu de los pueblos que se proponia catequizar; tenia estudiados sus gustos, sus costumbres, hasta su docta ignorancia; y por esto se dedicó á instruir jóvenes, cuyo carácter insinuante y abierto conciliara con el de los chinos. Ruggieri, Pazio y Ricci fueron los que mas fácilmente se instruyeron, correspondiendo sobresalientemente á los votos de su director. El sistema de éste habia de ser, como fué, el siguiente. Si S. Francisco Javier conquistaba los pueblos por el entusiasmo sobrenatural que tenia el don de comunicar á las masas, ayudándose de los prodigios que Dios obraba por su intercesion; Valignani que no ejercia el imperio de los elementos, Valignani que no tenia mas recursos que los de un hombre cualquiera, hizo de su indomable energía é infatigable paciència la palanca con que derribó las puertas de la China. Al efecto fundó una especie de noviciado especial, donde sus tres educandos privilegiados, los PP. que antes hemos citado, aprendieran á vencer las difi-

cultades del idioma y se iniciáran en los misterios de la historia del celeste imperio, mientras otros jesuitas empezaban su particular instruccion, encaminada á secundar los trabajos de aquellos y á reemplazarles en el caso de que alguno de ellos sufriera el martirio por aquella religion que se proponian predicar, lo cual no era nada difícil por cierto. A pesar de todo esto, sus primeras tentativas fueron estériles, por cuanto los indígenas guardaban y defendian sus posesiones mejor que los europeos una fortaleza; pueblo susceptible y malicioso, que desdeñaba todo lo que no era chino, no creia en civilizacion alguna que no fuera la suya propia, ni hubiera trocado su gloria por la de nacion alguna. Era preciso conquistar halagando su amor propio, y para ello era necesario una dosis de paciencia y circunspeccion, que hasta entonces solo los Padres Jesuitas supieron demostrar. Ricci que habia estudiado las matemáticas en Roma con el P. Clavio, apenas fué introducido en Tchao-King de orden de aquel virey, captóse la atencion y voluntad de los sabios, mediante los esperimentos astronómicos que hizo en su presencia. Los chinos creian que el mundo era de forma cuadrada, que su país ocupaba la mayor parte de aquél, y que las demás naciones eran todas puntos de muy poca importancia, destinados á hacer resaltar las maravillas del imperio celeste. Atacar lo que de orgullosa tenia esta credulidad, hubiera sido una medida altamente imprudente; por esto el jesuita, á fin de no ofender ni á la verdad ni la susceptibilidad de los chinos, se dedicó á reformar el primer meridiano, y trazó una carta geográfica donde segun los adelantos de la ciencia señaló los diversos puntos que ocupan las naciones del globo. Lo que Ricci preveyó desde un principio, sucedió luego: á fuerza de hablar de las ciencias terrestres, vino un dia en que les tocó su vez á las celestes, y las matemáticas cedieron su puesto al Evangelio. Hízoles el jesuita un rápido compendio de la moral y doctrina cristianas; y como su auditorio se componia de personas inteligentes, pronto comprendieron estas algo de la sublimidad que entrañaba la ley

que por primera vez oían anunciar. Ricci hubiera quizás triunfado, si la nacionalidad china no se hubiese sublevado en el corazón de sus oyentes: el Evangelio no era chino, y por consecuencia los chinos no podían confesar que el Evangelio era mejor que sus falsos, sangrientos y absurdos ritos. Esto sin embargo, siguiéronse de aquí algunos catecúmenos, y esta fué la primera victoria alcanzada en China por los hijos del gran Loyola.

Es preciso comprender también que el carácter fastuoso de los chinos les hace despreciar la miseria, y que ningún influjo, ni mucho menos ascendiente tendrá entre ellos el que se ofrezca á su vista hecho un miserable y viviendo de la limosna pública. Por esto Ricci, desde el momento en que tuvo discípulos que le seguían para aprender su doctrina, con el dinero de que se había provisto en Macao compró una casa en Tchao-King, y por esto también vemos en lo sucesivo que muchos misioneros ostentan un boato de que su carácter y personales tendencias les alejaban. No obstante, esta era una de las medicinas que debían curar á aquellos pueblos enfermos del alma, y los Jesuitas la administraban con el valor del médico que oculta su emoción y la sufoca cuando hace sufrir una cruel operación al mejor de sus amigos. Hay que entender, repetimos, que los Jesuitas, como todos los misioneros, deben cambiar de costumbres á medida que cambian de domicilio, y este es quizás uno de los sacrificios mayores que deben hacer esos nuevos apóstoles del cristianismo. El jesuita que evangeliza un rincón virgen de la América, cuyos habitantes se encuentran todavía en el primitivo estado de naturaleza, puede llegar al país solo y sin recursos, pues un pedazo de espejo roto, un trozo cualquiera de un falso metal, un arma de fuego ó un pañuelo de chillones colores, le asegura la admiración de todo un pueblo, que jamás ha visto producto alguno de aquellos que se elaboran por unas sociedades de ellos desconocidas. El misionero puede estar seguro de que su sola apariencia y traje, la más despreciable alimaña que distribuya, quizás la

mas insulsa cantinela que entone, le atraerá la atención de aquellos atónitos moradores, víctimas de su completa ignorancia, que unas veces es la salvación y triunfo del misionero, otras veces su muerte, dudosa alternativa, que frecuentemente se resuelve por el lado de la sangre. Este es el misionero del salvaje; no tiene que convencer el entendimiento sino doblegar la voluntad: por esto no está espuesto al vencimiento, sino al martirio. Pero cuando se trata de cambiar la faz religiosa de un imperio, cuando el misionero catequiza á unos hombres que buena ó mala tienen entrañada una civilización, cuando se espone á argumentos que á falta de buena base se apoyan en el fanatismo de secta, cuando para enarbolar una cruz deba preceder el derribo de un ídolo adorado por millones de hombres; en este caso el plan de ataque debe ser enteramente distinto, el peligro ofrece dobles escollos como el triunfo dobles palmas. Los chinos no eran unos bárbaros en cuyos oídos resonáran por primera vez los argumentos de la ciencia; los chinos tenían prácticas, costumbres, leyes y religion, que creían lo mejor y mas envidiado del universo. Desconfiaban de todos y todo lo miraban con recelo. En cada europeo que llamaba á sus puertas estaban acostumbrados á ver un enemigo que venia á robarles el tesoro de su civilización é industria, y fanáticos por sus creencias religiosas, un misionero debia hacerseles sospechoso bajo dos distintos puntos de vista. Era indispensable por lo tanto, si debia asegurarse el triunfo, que los Jesuitas debieran hacerse bien querer como hombres y no odiar como reformadores: debían aparentar que transigian con sus ritos; debían, siquiera esteriormente, adoptar sus costumbres, familiarizarse con los indígenas, atraerles mañosamente, captarse sus simpatías, y poco á poco é insensiblemente irlos desarmando para cuando se trabára el reñido combate entre el bien y el mal, la idolatría y el Evangelio. Esto es lo que no se ha querido comprender; y los mismos que para la realización de sus funestos planes echan mano del precepto que el fin santifica los medios, han inculcado á los Jesuitas que

para un fin santo y en cierto modo extraordinario echáran mano de recursos extraordinarios asimismo. Y aun séanos lícito preguntar ¿qué recursos extraordinarios eran estos, ó qué de extraordinario tenían estos recursos, para que así se haya puesto por algunos mal intencionados el grito en el cielo contra los Jesuitas de la China? Prosigamos la historia y lo veremos.

No se crea por cierto que los Jesuitas desconocieran las dificultades y hablillas á que su sistema de evangelizar daría pie. En tanto es así, en cuanto nos refiere un autor francés, que ni Ricci ni sus colegas aguardaron la llegada de los dominicos y franciscanos para apercibirse de los inconvenientes que resultarian, y entablar sobre aquellos la mas amplia é ilustrada discusion. Atiéndase sino á que los opositores del sistema llegaron á la China en 1633, siendo así que desde el año 1628 los misioneros mas experimentados é instruidos se reunieron á fin de discutir el nombre mas oportuno para hacer comprender á aquellos indigenas la idea de la divinidad; y esta discusion se prolongó por espacio de todo un mes, sin que fuera posible aunar todas las voluntades. El historiador Bartoli que refiere este hecho en su historia italiana de la China, añade: «Y no fué esta la primera vez que en este vasto imperio vinieron muchos de seiscientas y ochocientas leguas de distancia, únicamente para comunicarse sus dudas, tanto sobre lo que en conciencia podian tolerar, como sobre los medios mas ó menos á propósito al buen gobierno de la cristiandad y propagacion de la fe.» De aquí se desprende que los Jesuitas no obraban en este punto por mero capricho y sin fundamento.

Sin embargo, el modo de ver y juzgar las cosas, segun que se observan á través de un prisma ó de otro, fué causa de que algunos misioneros dominicos desaprobáran su conducta, produciendo inocentemente un conflicto, por consecuencia del cual se suscitó por los mandarines chinos una persecucion contra los misioneros de todas las órdenes, de los cuales fueron relegados á Canton y encerrados en una misma prision veinte

y tres, son á saber, diez y nueve jesuitas, un franciscano y tres dominicos. Allí cada órden defendió su método, y por último se conformaron con el de los hijos del gran Loyola, como único aceptable.

Entre los opositores á los Jesuitas se encontraba el dominico Navarrete, quien escapándose de la cárcel, trasladóse á Europa, y renovó aquí las discusiones y acusaciones contra los misioneros de la Compañía de Jesus. En tanto que así se portaba Navarrete, el P. Grimaldi, jesuita, se presentaba voluntariamente en la cárcel para suplir el número del fugado, completando el de los cautivos, y logrando de esta manera que los mandarines no se vengáran en los misioneros libres. Y no se crea que la oposicion del dominico Navarrete contra los Jesuitas durára lo que su vida: nada de esto. Algun tiempo despues, por al contrario, demostró que el celo por las almas y el bienestar de la Iglesia dominan á todo otro sentimiento en un corazon apostólico. Cuando en 1678 fué nombrado arzobispo de Santo Domingo, los Jesuitas pensaron evacuar la diócesis, creyendo que no serian del agrado del nuevo prelado sus servicios; pero éste léjos de permitirlo, rogóles encarecidamente que continuáran en sus apostólicas tareas, fundóles un colegio, encargándoles una cátedra de teología, y pocos, muy pocos prelados han ponderado antes y despues como Navarrete, la utilidad que los pastores espirituales y los pueblos pueden sacar del ministerio de la Compañía de Jesus. He aquí como vienen abajo por sí mismas las citas de nuestros contrarios y quedan reducidas á polvo.

No es este el único testimonio favorable que los Jesuitas de la China obtuvieron de los misioneros dominicos, pues Domingo Sarpetri, dominico asimismo, escribia desde la cárcel de Canton: «A todos los que las presentes vieren, certifico en primer lugar que soy de parecer que los PP. misioneros de la Compañía de Jesus en sus prácticas, permitiendo ó tolerando ciertas ceremonias que los chinos usan en honor al filósofo Confucio y á sus difuntos antepasados, no solo no corre peli-

gro de pecar , puesto que su conducta ha sido aprobada por la sagrada Congregacion de la Inquisicion general ; sino tambien porque atendiendo á la clase de creencias de las principales sectas de la China , este sistema es mas útil que el opuesto y mas fácil de conseguir con él buenos resultados, por no decir que es de absoluta necesidad á fin de abrir á los infieles las puertas del cielo. En segundo lugar certifico que los padres Jesuitas han anunciado en este reino á Jesus Crucificado , no tan solo de viva voz , sino por la propagacion de libros que en gran número han escrito; que esplican con mucho cuidado los misterios de la Pasion á sus neófitos , y que en algunas residencias de los PP. llega hasta haber cofradías de la Pasion. En tercer lugar certifico , y en cuanto haya necesidad , protesto con juramento, que si he dado el doble testimonio que se acaba de leer , no ha sido cediendo á las instancias ó á los argumentos de nadie , sino por decir la verdad en unos hechos que yo he presenciado. Como haya llegado á mis oidos que con ocasion de ciertas dudas que fueron propuestas en 1645 á la sagrada Congregacion de la Inquisicion general por el P. Juan Bautista de Morales, hombre verdaderamente apostólico y que obraba celoso de la fe , algunos que quieren mal á la Compañía han publicado en Europa y en las Indias que los misioneros de la China no predicaban á Jesus Crucificado y que permitian á sus cristianos el culto de la idolatría ; por esto temiendo que mi silencio pudiera interpretarse por una aprobacion de las calumnias de aquellos , y deseando reparar en cuanto esté de mi parte la reputacion de los PP. ; he querido declarar mis sentimientos del modo que acaba de verse , sometiéndoles sin embargo en toda ocasion al juicio mas asegurado de la Iglesia romana. En cuyo testimonio escribo esta carta y la firmo de mi propia mano en la casa de Canton en donde estamos desterrados y prisioneros , á los cuatro dias del mes de agosto de 1668.» La autenticidad de esta carta está justificada en diferentes obras donde ha sido reproducida , contemporáneas todas y publicadas á fines del siglo XVII.

Dum fueris Rome romano vivito more; los Jesuitas fueron á la China y debieron vivir segun las costumbres chinas. Así vemos que hablan su difícil idioma, que escriben su mas difícil escritura y visten aquellos trajes que mejor impresion debían causar en el pueblo. Pero cuando á la cuestion de ritos llegaban, estudian profundamente los que van á desarraigar, porque quien conoce los vicios del fundamento, mejor destruirá aquello que se propone derribar. A consecuencia pues de este estudio, comprendieron los misioneros que los mandarines y hombres instruidos declararían en todos tiempos que los honores prestados á Confucio y á sus antepasados, habian sido puramente civiles desde un principio, y que con este carácter puramente civil habian llegado hasta ellos. Esta opinion viene confirmada por la historia de la China y tambien por los monumentos de esta nacion. De otra parte las gentes rudas é ignorantes, sometidas á la influencia de los bonzos, habian hecho una mezcolanza de civil y religioso, de idólatra y no idólatra, que Ricci y sus compañeros comprendieron era necesario reformar, tomando por base la pureza original que un dia tuvieron tales honras, sin mezcla alguna de rito ni práctica religiosa, sino puramente civil. Y esta es la resolucion que la prudencia aconsejaba: abolir el respeto que los chinos profesaban á Confucio era imposible; rectificarlo era todo lo mas que las circunstancias permitian; que muchas veces debe transigirse interinamente un daño menor para llegar después á los resultados que los Jesuitas obtuvieron en la China. Desde este punto de vista debe tomarse verdaderamente la cuestion.

Esto sin embargo no se crea que por su parte consintieran indistintamente los Jesuitas en estas ceremonias. Su condescendencia no alcanzaba mas allá de lo que la mas rigurosa necesidad imperaba. Por el contrario dividieron en tres clases las ceremonias chinas, prohibiendo terminantemente á sus neófitos todas aquellas en que reconocieron las trazas de una supersticion real; asimismo aquellas que si bien eran puramente

civiles en su forma , no obstante no estaban prescritas por las leyes del imperio ; y tan solamente autorizaron , como antes hemos dicho , aquellas á que no podian oponerse sin chocar abiertamente con los hábitos de la nacion. El que dudare de esta verdad no tiene mas que leer la carta que en aquellas circunstancias dirigieron á la Santidad de Clemente XI, donde entre otras cosas se leia : «Nosotros deseáramos de todo corazón que estuviera en nuestras manos abolir todas las prácticas y ritos paganos , en los cuales pudiera sospecharse el mas mínimo daño. Pero el temor de que esta severidad cierre la entrada del Evangelio y las puertas del cielo á un gran número de almas , nos obliga , como hicieron los Santos Padres de la primitiva Iglesia , á tolerar las ceremonias de los gentiles , que son puramente civiles. De modo es así , que en cuanto nos es dable y puede hacerse sin peligro , las vamos desterrando poco á poco y sustituyéndolas con ceremonias cristianas.» Y si esta autoridad no basta , ahí va otra.

«Ya que la cuestion ha sido nuevamente llevada á Roma , y no podrá terminarse sino despues de algunos años y largos trabajos , y ya que cada partido apoya su opinion en el veritable sentido de las ceremonias y de los antiguos textos escritos ; nos ha parecido oportuno para poner término á esta controversia , escoger un medio que sea del beneplácito de Su Santidad , que ante todo desea la uniformidad , y hacer que desaparezcan de este modo todas las dudas originadas de una cuestion que hace tantos años viene agitándose , y de la ansiedad que por este motivo ha atormentado algunas conciencias. Por lo tanto , de acuerdo con la opinion de todos los PP. de la Compañía de Jesus residentes en la corte de Pekin , se ha creido á propósito dirigirse al emperador , pidiéndole una declaracion cierta y fija tocante al verdadero y legítimo sentido de los ritos y ceremonias de su imperio , á fin de constatar si era puramente civil , ó bien si contenia alguna otra mira , por lo que respecta al filósofo Confucio y á sus antepasados. Hemos dicho una declaracion cierta y fija , porque solamente al emperador toca definir

qué es lo que piensa de estas materias. Siendo en efecto el legislador supremo de su imperio, tanto por lo sagrado como por lo político y civil, y teniendo absoluta autoridad para fallar sin apelacion por todo el imperio acerca de lo que debe hacerse y pensarse á propósito de ritos, defina de qué modo deben interpretarse los escritos de los antiguos. Añádase, sobre todo, á la autoridad de su fallo, la alta reputacion que por su ciencia ha sabido adquirirse en todo el imperio.»

Tocante á la procedencia del emperador como juez árbitro, el filósofo Leibnitz, bien poco amigo por cierto de los Jesuitas, se espresa en los siguientes términos: «No comprendo como pueda recusarse el fallo del emperador de la China y de los personajes entendidos de este pais, tratándose como se trata de la significacion de las palabras. Supóngase que hasta entonces hubiese prevalecido una opinion contraria á la de los Jesuitas, pues esta misma opinion debiera cesar desde el momento en que el emperador hubo espuesto en qué sentido se habian de interpretar los ritos y signos del pensamiento.»

El paso este de consultar al emperador fué tomado en el año 1700 por diez sacerdotes de la Compañía de Jesus, residentes en Pekin. Vamos á citar sus laureados nombres, y si quiera la gloria y la ciencia valgan algo para los enemigos de la Compañía de Jesus, han de confesar que buena debió ser la determinacion que tomaran el vice-provincial Antonio Tomás; el rector del colegio Felipe Grimaldi, que antes hemos visto encerrarse voluntariamente en la cárcel para reemplazar el puesto de un adversario suyo; Tomás Pereyra, á quien en 1685 el emperador llevó consigo á la Tartaria; Juan Francisco Gerbillon y Joaquin Bouvet, dignos miembros de la Academia de ciencias de Paris, autores del Mapa general de la China y sus cercanías, tan apreciados en la corte de Pekin que el emperador mandó uno de ellos á Moscovia para arreglar los límites de ambos imperios, y al otro de ellos á Francia para que se trajera cuantos jesuitas pudiese. Además los PP. José Suares, Kilian Stumpf y Juan Bautista Regis, citado por

Montucla como uno de los mas célebres astrónomos; Luis Per-
noti y el famoso Domingo Parrenin, otro de los mediadores en
las contestaciones habidas entre las cortes de Pekin y Moscú,
tan honrado en la primera que en 1741, cuando acaeció su
muerte, los grandes del imperio asistieron á sus funerales de
orden del emperador. Si el sistema de los Jesuitas produjo ó
no produjo buenos resultados, díganlo estas mismas relaciones
que los PP. tenían con los chinos; ya la primera dificultad que-
daba vencida, y para los Jesuitas habia desaparecido la for-
midable muralla de la China. ¿Y no es asombroso el trabajo
de esos infatigables misioneros, que en tan pocos años vencen
las dificultades mas insuperables, vencen hasta el indomable
carácter de los chinos, hablan libremente de su religion al
pueblo, predicánla, tienen neófitos, y lo que es mas que todo
esto, se dirigen al emperador pidiéndole resuelva una cuestion
de ritos, á fin de alejar á los chinos cristianos de los chinos
idólatras, única religion que hasta entonces habia imperado en
aquellos confines, y que los primeros misioneros solo entre la
noche y el misterio se atrevieron á combatir, ó de otro modo
pagaron con sus vidas su fe ardiente que por todo triunfo les
proporcionó la palma del martirio? Triunfo y no mezquino es,
triunfo que debiera hacer enmudecer á cuantos vanamente han
intentado acusar y desacreditar á los sucesores de Francisco
Javier, triunfo debido á la escelencia de los medios empleados
por los inteligentes misioneros, que poseian como consumados la
ciencia que enseña á leer en el corazon de los hombres las ten-
dencias de los pueblos. El llamamiento al emperador prueba
del modo mas evidente y completo que los Jesuitas gozaban en
aquel país de una posicion ventajosa, pues que desde ella po-
dian dirigirse al soberano en demanda de una decision, cuyos
estremos habian por fuerza de ser funestos á las creencias na-
cionales. Hay mas, el emperador desde el momento en que
conocia la existencia de los Jesuitas en su reino, debió preci-
samente conocer el fin que les traia; y esto sin embargo, les
toleraba y contestaba á sus preguntas. ¿Es este ó no es uno de

aquellos triunfos que parecen superiores á las humanas fuerzas y brevedad del tiempo con que se alcanzó?

Uno de los primeros neófitos de Ricci, y mas que neófito discípulo de su ciencia, fué un jóven llamado Chin-Taiso, hijo de un hombre á quien sus talentos habian elevado á las mas altas dignidades. Este jóven profesaba por las ciencias exactas una pasion estremada, pasion que el P. Ricci le ofreció colmar, á cuyo efecto el chino y el europeo, el idólatra y el cristiano estudiaban juntos, vivian juntos y juntos hablaban de Dios en un sentido que pronto el estudiante de matemáticas fué cristiano en teoría. Sin embargo, tal se desarrolló el talento del educando al lado del jesuita, que los mandarines de las poblaciones vecinas, entusiastas por las matemáticas, á la vista de este tan opímo fruto obtenido por Ricci, corrieron á Tchao-Tcheon para saludarle y aprender de su ciencia. Tambien los mandarines de la provincia de Cantón solicitan de él que deje oírse en sus poblaciones; accede el jesuita, rodéanle en todas partes multitud de oyentes, escúchanle con silencioso respeto cuando les habla de Dios, admíranle cuando les hace medir los profundos abismos de la humana ciencia; y anonadados, asombrados, vencidos por las palabras del infatigable misionero, piden todos á una ser regenerados por el bautismo. Este era otro triunfo; no obstante, el jesuita se habia impuesto por ley no otorgar tan augusto sacramento hasta que repetidas pruebas le acreditaran la fuerte voluntad y firme conviccion de los catecúmenos. No ignoraba Ricci que la calidad, no el número de los neófitos debian contribuir poderosamente á la propagacion de la fe católica; aprovecharse de un momento de entusiasmo para deslumbrar á los europeos con el extraordinario provecho de la mision, hubiera sido para otro que no Ricci: este no solo se dirigia al corazon sino á la voluntad; queria que sus educandos obráran no solo por entusiasmo sino por conviccion; no intentaba vestirles la blanca túnica del cristiano hasta tanto que la pureza de la intencion del que lo pedia correspondiera á la pureza del que se lo ves-

lia. Por esto clasificando á los demandantes , á unos otorgóles el sacramento , negóselo á otros , y á algunos los dejó para mas adelante , cuando su educacion cristiana estuviese terminada , acto que prueba la gran circunspeccion y prudencia con que obraban los Jesuitas.

Poco á poco aumentaron los catecúmenos , y como Iglesia naciente los hubo entre ellos que rebosando celo , corrian ciegos á sus antiguos ídolos , injuriábanles , hacíanlos pedazos , ó arrancándolos con violencia de su pedestal derribábanlos ignominiosamente. Por mucho ardor religioso que esto probára, Ricci estaba en el caso de reprimirlo : cada uno de estos actos comprometia el éxito de la mision , y aun desgraciadamente por mucho que el misionero trabajó en ocultarlo , el rumor habia ya cundido , y la multitud , menos ilustrada que los mandarines , volvió á ver en los Jesuitas unos extranjeros , calificativo que en China equivalia á una sentencia de proscripcion. Una noche apelando á la fuerza bruta los Jesuitas fueron atacados , saliendo con vida , gracias al pronto socorro de los magistrados que determinaron castigar con mano fuerte á los fautores del motin. Pero Ricci y sus compañeros Antonio de Almeida y Francisco Petri , pidieron al tribunal les dejára abogar por sus propios asesinos , cuyo perdon eficazmente imploraron. Semejante rasgo de magnanimidad , nunca visto en aquellos confines , donde la venganza era poco menos que adorada , interesó fuertemente el instinto virtuoso de las clases altas , pero en cambio aumentó la dosis de ira que sentia el populacho. Para colmo de desdichas , algunos dias despues , los PP. Almeida y Petri morian en brazos de Ricci , doble pérdida que dejaba á este último al frente de la cristiandad cuyo triunfo tan hábilmente habia preparado. No por esto su corazon desmayó : el ardor de la fe no se enfria tan fácilmente.

Ricci conocia á fondo las leyes y costumbres de la China , y sabia que si el Evangelio debia llegar á los oidos del pueblo , habia de ser despues que los grandes le hubiesen atendido y oido predicar. El bajo pueblo era tan groseramente

fanático como ignorante; de seguro adoptaría aquello que los mandarines adoptasen; pero los mandarines siguiendo la misma gradual de menor á mayor, no quisieron abjurar sus errores, si antes no lo hacia el mismo soberano; por cuanto en China mas que en otro pueblo alguno, el voto del emperador es la regla fija de la conducta de sus súbditos. Ricci con este audaz valor que inspira la doctrina del Salvador á los misioneros de su divino Evangelio, concibe el proyecto de trasladarse á la corte, y cueste lo que cueste, arriesgue lo que arriesgue, está resuelto á penetrar y penetrará. Sin embargo no pocas dificultades se oponian á su resolucion: en primer lugar se encontraba solo, circunstancia que al poco tiempo obviaron con su llegada varios jesuitas, entre ellos el P. Cataneo. Además, el traje que hasta entonces llevarán, les hacia confundir muy fácilmente con los bonzos; y Ricci conocia la necesidad de adoptar otro que no estuviera espuesto á la rechifla de los miserables y al desprecio de los hombres de bien, que tal sentian hácia los bonzos por su irregular y depravada conducta. De modo que esos jesuitas, que en opinion de sus acusadores habian hecho una informe y criminal amalgama de cristianismo é idolatría; esos jesuitas que en opinion del autor de nuestra impugnacion toleraban que sus neófitos se entregaran á los mayores escesos que inspirar puede la falsa escuela de Confucio; esos jesuitas que en opinion de Quinet, Boucher y comparsa lo mismo servian á Buda que á Jesucristo; esos jesuitas ninguna clase de parecido quieren tener con los sacerdotes de la falsa ley, y para que el pueblo sepa distinguirles y diferenciarles de los bonzos, ni en el traje quieren parecerse: desean por el contrario que todo el mundo les conozca, que el pueblo todo sepa quiénes son los que predicán á Buda y quienes son los que predicán á Jesucristo; quieren mas, quieren que cuando suene la hora de la persecucion, los verdugos reconozcan fácilmente y por su exterior á las víctimas. El divino fundador no podia consentir que sus sacerdotes se parecieran, ni aun en el traje, á los sacerdotes

del innoble ídolo de Confucio ; y por esto el cambio de vestiduras tal como lo concibieron los Jesuitas , fué aprobado por el obispo del Japon Martinez y el P. Valignani , entonces residente en Macao. En su consecuencia Ricci vistióse la ropa talar de los letrados chinos , y en esta conformidad acechó la mejor ocasion para penetrar en la corte.

Todos estos detalles son necesarios para que los ilusionados reconozcan su error , los que obran de mala fe enmienden su mezquina conducta , y los leales defensores de la Compañía de Jesus se confirmen mas y mas en la prudente determinacion de no dar crédito á las negras farsas que el anti-jesuitismo herido en mitad del corazon por la verdad pura y limpia , ha inventado en su ciego despecho. La conducta de los Jesuitas observada en todos los paises de sus numerosas y remotas misiones , es digna de los mayores elogios ; pero la observada por los primeros misioneros de la Compañía en China , admira , sorprende , y no se comprende sino realizada por talentos privilegiados y pechos de héroes.

En 1595 sábese en Pekin que Taicosama , monarca del Japon , va á pelear en Corea , y que las hostilidades se extenderán hasta las fronteras de la China. El emperador Van-Lié reúne un consejo militar , y el presidente del tribunal de guerra manifiesta en Tcho-Tchean deseos de consultar al P. Ricci. El mandarin tenia un hijo desahuciado de los médicos , y en su ignorancia supersticiosa acudió al jesuita , creido que un hombre que de tan léjos habia ido á predicar á un Dios de ellos desconocido , tenia poder sobre la naturaleza para verificar el milagro de curacion que el arte se negaba á hacer. El jesuita prometió al mandarin rogar al Dios de los cristianos por la salud del hijo querido , y por toda recompensa solicitó acompañar á dicho presidente hasta la provincia de Kiang-Si. Este viaje á través de la China , este viaje sembrado de toda clase de peligros , no dió mas resultado que poner de manifiesto al jesuita la industriosa actividad y riquezas inmensas del pais.

Como nuestros lectores podrán observar , la China es el

pais que mas dificultades ofrecia para su conversion; á cada paso un nuevo entorpecimiento detenia la marcha de los apóstoles, que palmo á palmo, línea á línea y hombre á hombre iban adelantando en su mision. Nadie estrañará la prudencia y sagacidad con que debieron obrar los Jesuitas y los peligros á que de continuo estaban espuestos, cuando se sepa que Ricci dirigiéndose á Kiang-Si, era el primer europeo que pisaba el suelo de las populosas capitales chinas, que atravesaba sus fértiles campos, que navegaba por sus vastos rios, cuyas orillas están salpicadas con fuertes castillos. Llegado el Padre á Nankin conoció que el temor de la guerra, escitando la malicia de los chinos, les habia hecho tan cautos, ó mejor tan desconfiados, que para ellos todo extranjero ó desconocido era japonés, y por consiguiente enemigo suyo. Por esto, desembarcado en Pekin, no quiso confiar al azar el éxito de su atrevida é interesante mision, y embarcándose en Rio Amarillo, aguardó á que las circunstancias fueran en su ayuda, como tardó muy poco en ser así.

Cambiaron las circunstancias despues de la muerte de Taicosama, y Ricci que desde que viera Nankin habia concebido el proyecto de establecer en esta poblacion el colegio de sus misioneros, empezó la guerra á los sabios de la China, entre los cuales por sus conocimientos en matemáticas tenia gran ascendiente, y á quienes con la energía de la razon, el positivismo de la verdad y la exactitud infalible del compás, probó sus errores, y guiándoles por el camino de lo cierto, insensiblemente les arrastraba hácia el sendero de lo eterno. Estas relaciones tomaron un poderoso grado de intimidad; los mandarines querian que el jesuita asistiera á las ceremonias de su rito; el jesuita por su parte iniciaba á los chinos en los misterios de la fe católica, resultando de aquí que á poco los demás misioneros fueron llamados á Nankin, y empezaron los triunfos evangélicos á premiar los trabajos apostólicos. Uno de los principales jefes del ejército fué el primero en abjurar sus errores y regenerarse en las puras aguas del bautismo. Llamá-

base Sin, y tomó por nombre de cristiano Pablo: á este se siguió su familia en la conversion, á la familia algunos otros catecúmenos, y he aquí el origen de la célebre Iglesia de Nan-kin. Sin embargo sin la autorizacion del emperador no era lícito abrir templo alguno, y mucho menos católico: Ricci no desmayó ante lo gigantesco de esta empresa, que equivalia euasi á convertir al monarca de la China: la fe en su causa le animaba, y por la fe las montañas son trasladadas y no hay imposible en lo humano que no se haya removido. El jesuita conocia á fondo al emperador: sabia por donde podria abrirse paso hasta su lado, y aunque en el empeño arriesgaba no menos que la cabeza, no por esto desistió de su propósito de hacerse favorable el voto del soberano de la China, el poderoso Van-Lié. Este como todo chino era dado con pasion á la astronomía, y Ricci se proveyó de instrumentos perfeccionados que los chinos no poseian, y que pusieron gustosos á su disposicion los comerciantes portugueses de Macao y Goa. Cuando con estos presentes se dirigia á la corte imperial, fué detenido por un gobernador de provincia que trataba de confiscar en provecho propio los donativos del jesuita, pero habiendo llegado á la corte la noticia de las rarezas que poseia el jesuita, entre las cuales se contaba un reloj, que el gobernador calificó de campana que tocaba por sí sola, el emperador mandó que acto continuo el misionero pasara á Pekin con su cargamento. Llegó en efecto en el año 1600, y recibió tan buena acogida de Van-Lié, que muy pronto á todas horas tuvo libre entrada en los aposentos interiores del palacio, donde no penetraban otras personas que los grandes dignatarios del imperio. Construyóse una alta torre para colocar el reloj, y lo que es mas colocó Van-Lié en una de sus estancias dos cuadros, uno que representaba al Divino Redentor y otro á su Santísima Madre. Este es un triunfo que no podrán desmentir por cierto los enemigos de la Compañia de Jesus, triunfo tanto mas notable en cuanto aconteció á los primeros dias de la estancia de Ricci en la corte. Como el jesuita fué objeto por parte del soberano de

un sin fin de gracias acordadas solo á los grandes validos y principales gobernantes, corrió muy válida la voz de que gozaba la amistad y privanza imperial, y aunque el mismo Ricci dijo ser equivocada esta suposicion, no obstante desde entonces fué buscado su conocimiento, solicitando de cerca sus relaciones el gran Colao, ó principal ministro de la China. Ricci tocaba al colmo de sus deseos, llegaba al resultado de sus penosos trabajos. En aquellos momentos el celoso misionero olvidó sus fatigas y penalidades: el número de los catecúmenos aumentaba, y no era de temer que el fanatismo de los falsos creyentes chinos lograra extinguir gubernativamente la obra de la infatigable paciencia y andaz resolucion del P. Ricci. Diez y siete años hacia que este habia penetrado en el celeste imperio: en tal período, corto para la grandeza del plan, las creencias chinas estaban en camino de sufrir un radical cambio en sentido cristiano.

Todo iba de bien en mejor cada dia, y ya el pueblo queria iniciarse en los misterios de una religion que profesaban los principales mandarines, cuando en 1606 el Señor que desde su origen hizo comprender á los Jesuitas que vivirían en continua lucha con los enemigos de su santa causa, permitió que la Iglesia naciente fuera objeto de una violenta y por demás estraña persecución. A consecuencia de algunas diferencias ocurridas, que los Padres de la Compañía solventaron de la manera mas plausible, no faltó quien hiciera entender á los chinos con toda la ridícula malicia que en esto cabe, que la ambicion era el único móvil de los misioneros, los cuales aspiraban nada menos que á ceñir la diadema imperial. Las habitaciones que los Jesuitas se habian construido en las cumbres de los montes, pasaron á los ojos del vulgo incauto como fortalezas que amenazaban la independendencia del país; y hasta llegó á señalarse una flota holandesa, á la cual, segun los calumniadores de la Compañía, debia agregarse el ejército de Canton sublevado, para de mancomun arrebatarse á Van-Lié la corona del celeste imperio. Los crédulos chinos de Macao die-

ron parte de estas alarmantes noticias á los magistrados de Canton ; siémbrese la consternacion en provincias, y el resultado es que algunas repudian la nueva religion que se proponian abrazar, las otras se proponen asesinar á los Padres, y otro de estos, Francisco Martinez, el mismo dia de su llegada á Canton, es denunciado por un apóstata, conducido á prision y muerto en medio de los mas horribles suplicios. He aquí como para gloria de los Jesuitas, á las fatigas del apostolado se agregan las sangrientas pruebas del martirio.

Pero vayamos á la acusacion : los PP. de la Compañía de Jesus aspiraban, segun ridiculos acusadores, al trono de la China..... Semejante suposicion es tan monstruosa, tan inverosímil, tan improbable, que no merece tal vez los honores de la refutacion. En mil distintas ocasiones y en cien variados puntos, los hijos del gran Loyola dieron y han dado despues pruebas inequívocas de la ninguna mella que en ellos hacia la perspectiva de los honores y dignidades que despreciaron repetidas veces, cuando para cumplir con los caprichos de su voluntad hubiese bastado ponerles de manifiesto. ¿Qué dignidades, qué riquezas obtuvieron los Jesuitas de tantos y tantos Soberanos Pontífices y Monarcas, cuya plena confianza merecieron y cuya conciencia repetidamente estuvo á su cargo? ¿Conocen los enemigos de los Jesuitas algun Papa en la Iglesia que antes de la tiara hubiera vestido la sotana de los hijos del ínclito Loyola? ¿Encuentran en el Sacro Colegio de cardenales muchos nombres de Jesuitas? Pocas ó ninguna orden habrá que no cuenten en el número de sus hijos á Soberanos Pontífices, ninguno empero ha pertenecido á la Compañía, y si los profesos de esta merecian ó no como cualesquiera otros sentarse en los pontificios solios, no nuestras palabras, pero si sus obras lo acreditan.

Sin embargo, salgámonos de Europa, dejemos á un lado las mismas Américas donde el P. Pedro Claver desprecia el trono que los numerosísimos catecúmenos que tiene le ofrecen, vengamos á la China : en este pais se nos ha provocado, en este

país nos defenderemos. La historia que vamos á referir de un jesuita, es la historia de todos los Jesuitas.

En 1737, los jesuitas misioneros de Pekin pidieron á sus hermanos de Francia que les fuera mandado un pintor francés. Aquellos Padres querian reunir en tan remotos países todo cuanto su Sociedad tenia de ilustre en ciencias ó en artes, con el objeto de probar á la orgullosa incredulidad de los pueblos de la China cuantos eran los elementos de gloria y las luces de la ciencia ó del genio que brillaban en el país sometido á la Religión, cuya palabra estendian y predicaban los misioneros en el celeste imperio. Hecho el pedido á Francia, presentóse voluntariamente al provincial un jóven que hacia muy poco tiempo se habia ordenado: este jóven se llamaba Juan Dionisio Attiret. Despues de haber aprendido la pintura con los mas célebres maestros de Roma, y estudiado prácticamente en el inmenso taller de la naturaleza, regresó á Francia, donde sus primeras obras fueron coronadas con la mejor acogida del público. Attiret contaba ya con un nombre glorioso y el panorama de su porvenir se desplegaba risueño á sus ojos; cuando de repente, fatigado de los placeres del mundo y de la embriaguez del arte, delúvose en mitad de sus triunfos para entrar en los Jesuitas con el humilde carácter de hermano converso. La solicitud de los misioneros de Pekin le hizo pensar nuevamente en sus pinceles que en medio de sus piadosos ejercicios habia olvidado. Solicitó el pintor le hicieran merced de enviarle á China, y esta merced le fué acordada.

El objeto que se habian llevado los jesuitas de Pekin, era que no mostrándoseles muy favorable el emperador Kien-Long, era necesario insinuarse con él por medio de una dádiva que debiera llamar su atencion hácia el autor y la órden que profesaba. Por consiguiente puede decirse que las esperanzas de la mision pendian de los pinceles del hermano Attiret: puso éste manos á la obra, y al poco tiempo habia terminado un cuadro que representaba la adoracion de los Reyes. Obtenida audiencia del emperador, el hermano presentó su obra, y satisfecha

que fué la curiosidad del soberano respecto al asunto de la composicion, quedó tan prendado así de la pintura como del pintor, que aquella mandó colocar en el interior de su palacio, y al jesuita nombró primer pintor de cámara. A datar desde esta época la vida del hermano Attiret fué un tejido de sacrificios: el primer entusiasmo de Kien-Long por la pintura europea duró muy poco, y por consecuencia fué indispensable que su primer pintor abandonára aquello que mas caro le era después de sus creencias religiosas, es á saber, sus creencias de artista. Forzoso le fué pintar en todos los géneros á tenor de las órdenes que le eran dadas, y conformarse á las irregularidades del mal gusto chino.

El emperador no era aficionado á la pintura al óleo á causa del barniz, y aun las mismas sombras cuando eran muy oscuras le parecian manchas. El hermano Attiret tuvo que resignarse á pintar al temple y á sacrificar la propiedad haciendo muy claras las sombras. A la edad de 35 años, después de haber obtenido tantos triunfos en Europa, y con la conciencia de su talento, vióse el pintor jesuita obligado á comenzar por decirlo así una escuela de dibujo y á tomar lecciones de los pintores chinos. Este sacrificio, esta abnegacion, esta aquiescencia á la necesidad de las circunstancias, no sabrán apreciarlas en su verdadero valor sino los que sean ó tengan alma de artistas. Los pintores chinos, al paso que reconocian la superioridad de sus talentos, hiciéronle observar, que aquellas cosas que él descuidaba como minuciosas en la exacta representacion de las flores, de las hojas de los árboles, la piel de los animales, los trajes de las figuras, y aun las manos de los chinos con las uñas largas, eran detalles, cuya estricta precision era rigurosamente exigida entre ellos, y sin la cual no podia satisfacerse el gusto nacional. Pintar á tenor de estos principios era lo mismo que renunciar á su arte y ensuciar sus cuadros; y sin embargo, Attiret se conformó con ellos siquiera fuese merecer la confianza del monarca y valer-se de ella en bien de sus hermanos misioneros. Desde el

año 1753 hasta el de 1760 fueron inmensos los trabajos del hermano Attiret. Este período de siete años fué el mas brillante del reinado del emperador Kien-Long, y no se pasó un mes, por decirlo así, que no fuera señalado por una nueva victoria. Forzado á seguir al emperador á todas partes, el hermano Attiret tenia que pintar en seguida las batallas de que era testigo, los generales que se habian distinguido en ellas, y los paisajes que atravesaba en sus marchas el ejército. La estremada velocidad con que debia llevar á cabo sus trabajos, le dejaba apenas el tiempo suficiente para pensar en la comida y en el sueño: pero al fin y al cabo, su modestia, dulzura y docilidad le condujeron al término que él deseaba: el emperador se aficionó á él, y los misioneros debieron al pintor la proteccion que por algun tiempo se les dispensó. He aquí los medios de que tenian que echar mano los Jesuitas para alcanzar sus triunfos, medios que solo podian realizar aquellos que, como los hijos del Inelito Loyola, hacian de la paciencia un estudio y un deber. No habia, como hemos visto, sacrificio que no estuvieran prontos á consumir; y al fin y al cabo se salian con la suya, porque Dios secunda los heróicos esfuerzos de aquellos que trabajan para su mayor gloria. Este era el móvil de los Jesuitas, no otro alguno, y cuantos han supuesto ajenas miras en sus actos, cuantos han creido que la ambicion guiaba sus pasos en las misiones de la China, se han equivocado voluntaria ó groseramente, y en vano han querido arrojar tal mancha en el limpio estandarte de la Compañía de Jesus. Pudiéramos dar cien distintas pruebas, pudiéramos escribir cien distintos ejemplos, y abrigamos la íntima confianza de que en este punto hemos de justificar á los Jesuitas como en todos los demás puntos lo hemos hecho. Pero ya que hemos empezado á hablar de la vida de sacrificios del hermano Attiret, ya que hemos visto como por su mediacion é influjo con el emperador, llegó á endulzar un tanto la suerte de los Jesuitas, séanos licito terminar su historia, poderoso argumento que no podrán rebatir nuestros contrarios, porque Atti-

ret ha vivido, los franceses recuerdan perfectamente sus obras, muchas de estas se conservan, y mas aun se conserva su nombre y gloriosa memoria que no perecerá.

Captadas que hubo á favor suyo las simpatías del emperador, visitábasele diariamente el soberano en su taller, que espresamente habia hecho colocar en uno de los aposentos de palacio. El 29 de julio de 1754, uno de los grandes de la corte participó oficialmente al hermano Attiret que el emperador le acababa de elevar al importante cargo de mandarin. Este destino en China es uno de los primeros del imperio: aceptando, no tan solo se abria ante sus ojos un porvenir de grandezas y fortuna, sino que se mantenía en una esfera desde la cual podia auxiliar poderosamente á sus hermanos. Esto empero, el código del gran Loyola exigia á sus hijos las virtudes de la mas estricta humildad, y esta prenda estaba reñida con el supremo cargo de que el emperador queria revestir al pintor jesuita. El corazon sencillo y religioso de éste sobresaltóse con la noticia, y su primer cuidado fué irse á arrojar á los pies del primer ministro, conjurándole para que intercediera con él junto al emperador, á fin de que le fuera permitido rehusar una dignidad tan poco en armonía con su humilde rango, del cual estaba decidido á no salirse. Pasmóse el ministro de una renuncia, de que nunca hasta entonces habia presenciado un ejemplo, y viendo que nada podia vencer la modestia de Attiret, le propuso, que ya que no queria aceptar los honores de mandarin, aceptase siquiera el sueldo; pero el jesuita, cuyo desinterés corria parejas con su modestia, se empeñó en rehusar una cosa y otra.

Al dia siguiente el emperador mandó á buscar al hermano Attiret, haciéndole distintas preguntas acerca del motivo que pudo guiarle á hacer renuncia del honor con que se le premiaba; pero el jesuita arrojándose á sus pies supo escoger tan tiernas espresiones y sólidos argumentos para justificar su resistencia, que el monarca convino gustoso en la renuncia del pintor: los anales de las misiones han continuado apreciando debidamente

semejante rasgo de hasta entonces desconocida abnegacion y modestia. Finalmente la naturaleza del jesuita no pudo por mas tiempo resistir tan incómodo y continuado trabajo : el día ocho de diciembre de 1768 murió en Pekin á la edad de sesenta y seis años. Su vida habia sido edificante y por esto su muerte fué llorada por todos los católicos de China.

Nos hemos detenido en pintar el carácter y circunstancias de la vida de este jesuita , para que se vean y aprecien los detalles de esas peligrosas misiones , y admiren debidamente los anti-jesuitas esa obra de sobrehumana prudencia , de paciencia inagotable que llevaron á término en la China los beneméritos hijos del ínclito Loyola. A pesar de esto , la calumnia se ha cebado en ellos , y cien acusaciones ridículas y absurdas han sido dirigidas á la Compañía de Jesus , á propósito de estas apostólicas misiones. El mismo éxito de ellas hizo que desde luego encontráran émulos. En su consecuencia cuantos han querido empañar esas páginas de oro de la historia de la Compañía , han fulminado su anatema contra los misioneros , y buscando atrevidamente un escudo en aquello mismo que iban á herir , supusieron la religion verdadera comprometida en China por los sucesores de Francisco Javier , que luego fueron acusados , no solo de transaccion sino de participacion con los pariahs y los bracmanes. Hacer al catolicismo trampantojo de tan irreligioso plan , solo podia salir de la cabeza de aquellos hombres perdidos que en todos tiempos han abundado , y para los cuales la religion léjos de ser un objeto venerado , es tan solo un blanco al cual criminalmente asestan toda clase de tiros. La idea venia de muy léjos : distintas veces desde el origen de estas misiones , como hemos visto , el indiscreto celo de algunos y la malicia de otros trataron de perjudicar á la buena reputacion del Santo Instituto ; estas calumnias léjos de desvanecerse con el tiempo , aumentaron en proporciones ; habia muchos interesados en que así fuera , y la calumnia es como la bola de nieve que se despeña por la helada superficie de un monte , al principio no es mayor que una piedra , y rodando va

adquiriendo el tamaño necesario para aplastar y hundir bajo su peso la choza imprudentemente colocada en su camino. Veamos cómo fué.

Cuando los portugueses se establecieron en las Indias, ignorando la division de castas y los límites que los naturales habian señalado á cada una de ellas, tomaron pariahs á su servicio : esto bastó para que fuesen mirados como gente infamada, y este anatema que desde entonces pesó sobre todos los europeos , hízose estensible á los misioneros , que se vieron imposibilitados de intentar siquiera la conversion de las clases altas. Ni aun la fuerza moral que acompaña siempre á las acciones y maravillas obradas por los milagros, podian nada con los braamanes : enhorabuena convenian los que mas en la divinidad de Cristo y en la superioridad de su doctrina , pero á sus ojos los ministros de este Dios se habian degradado , y tener trato con ellos equivalia á deshonorarse y renunciar al beneficio de los privilegios de castas. Esta preocupacion estaba tan sumamente arraigada en aquel pais , que el mismo S. Francisco Javier no pudo triunfar de ella : en ninguna parte obró tantos milagros como en esta península de las Indias , y sin embargo, ni una sola familia noble se habia dejado vencer por la sublimidad y uncion de sus predicaciones. El motivo nos le dan á una todos los autores que han tratado esta cuestion : aquellos chinos estaban íntimamente convencidos de la superioridad de la doctrina católica , ni faltaban operarios ni medios para revestir las ceremonias del catolicismo de aquella solemne pompa que penetra hasta el fondo del alma ; pero los nobles del pais se hubieran avergonzado de profesar un culto , cuyos sacerdotes no despreciaban el trato de una raza en China proscrita por humilde del trato de los poderosos. Mas claro , el orgullo de la aristocracia china no podia comprender ni apreciar debidamente todo el mérito y toda la escelencia de una religion que á todos trata por un mismo igual , religion que en vez de tesoros exige fe , en vez de blasones esperanza.

Cuando el P. de Nobili , sucesor de Francisco Javier , llegó

á Maduré, asombróse sensiblemente considerando el poco fruto que comparativamente á lo numeroso del vecindario alcanzaban los celosos misioneros. El nuevo apóstol que el cielo escogiera para renovar y estender los triunfos de S. Francisco, preguntábase á sí mismo ¿por qué conociendo las causas de la deplorable esterilidad que reinaba en el campo del Señor, no procuraban removerlas aquellos que estaban destinados á cambiar de faz el celeste imperio?

De la misma manera que se habia ensayado con fruto el estender la religion católica entre las clases inferiores, ¿por qué no se habia de estender en las clases elevadas? La divina gracia podia herir sus corazones ridiculamente orgullosos, y hacer que descendieran hasta el pueblo esos bracmanes hasta los cuales era imposible hacer remontar á las clases bajas. Si así se conseguia, atendida la influencia de que gozaban los sacerdotes y doctores, por fuerza los resultados debian ser ópimos y abundantes. Sin embargo para llegar á este caso, era preciso respetar el carácter de esos naturales, adoptar sus costumbres y acomodarse á sus preocupaciones hasta donde el espíritu evangélico lo permitiera. ¿Por qué no hacerlo? ¿Qué mal habia en ello? Sus compañeros se habian hecho hermanos de los pariahs, los pariahs habian oido la voz del Señor; ¿por qué para lograr lo mismo de los bracmanes, no se habia de adoptar igual proceder, siempre y cuando la dignidad de los misioneros no se comprometiera con esta conducta? El fin justifica los medios, dicen los filósofos, y por cierto que si así es, el fin no podia ser mas glorioso y los medios nada tenian de irregulares, si se atiende, como antes hemos dicho, á la índole especial de la nacion china. Tampoco este proceder era nuevo, y ejemplos pudieramos citar que abonaran plenamente la conducta y modo de obrar de los Jesuitas.

Cierto es que los primeros apóstoles de Jesucristo predicaron al pueblo antes que á los grandes; pero no lo es menos que S. Pablo recorrió las grandes ciudades y penetró osadamente en las sinagogas, atacó al areopago y venció la obstinacion de

los cónsules. El mismo S. Francisco Javier, en cuyo solo nombre se estrellan todos los ataques de los impíos, empezó á predicar á los pescadores y acabó por los reyes: cuando quiso llegar á la corte de Bungo, despojóse de su pobre sotana y vistió un traje riquísimo. Estos ejemplos y mil otros que pudiéramos citar, prueban, primero, que la instruccion catequística debe empezar por el pueblo, que luego debe estenderse á los grandes y poderosos, y que cuando para llegar á estos se hace preciso el sacrificio de una costumbre, de un traje, ó bien hacerse superior á las preocupaciones que solo en las almas pequeñas hacen mella, la duda es la pérdida de tiempo, la pérdida de tiempo es la imposibilidad de adquirirlo nuevamente, y esta imposibilidad es la muerte del alma, que el misionero debe evitar á toda costa. Este proceder es precisamente el que siguieron los Jesuitas. Sus primeros pasos habian sido dados entre los humildes, y durante cincuenta años habian vivido esclusivamente entre los pariahs; pero habia llegado el tiempo de pensar seriamente en el resto de la poblacion, y he aquí porque el nuevo superior de aquellas difficilísimas misiones quiso poner por obra otro sistema que no era el seguido hasta allí. Sin embargo no se crea que el prudente P. Nobili queria obrar arbitrariamente por sí y ante sí; nada de esto: lo que hizo fué comunicar el plan á sus superiores, y consultarlo al arzobispo de Cranganor y á los mas sabios europeos que encontró en las Indias. Su provincial y hermanos de la Compañía aprobaron el plan, el arzobispo le bendijo, y los sabios opinaron que era el único de que podian esperarse favorables consecuencias. Con esta seguridad y aprobacion se apresuró á poner por obra sus proyectos. Todos los misioneros se habian estrellado en la altanería de los bracmanes; pero desde el momento en que el P. Nobili iba á poner por obra su plan, ya no les habia de ser dable á los potentados chinos decir en despreciativo tono viendo á un jesuita: *He aquí á un ministro del Dios de los pariahs.*

CAPITULO XXXVIII.

LOS JESUITAS BRACMANES.

ARENAS el P. Roberto de Nobili llegó á Maduré, evitó en apariencia todo trato con los europeos, de cuyo traje y costumbres se despojó, yendo léjos de las riberas á habitar una choza de césped junto á las moradas de los bracmanes. A fin de informarse de los usos de aquella grandeza, alquila un criado, que si bien pobre pertenecia á una familia aristocrática del pais, y de él aprende las ceremonias y urbanidad usadas entre las personas distinguidas, á las cuales copia luego con escrupulosa exactitud. A fuerza de constante estudio se familiariza con el idioma vulgar de las gentes á quienes va á dirigirse, cultiva luego el idioma que se habla en la corte, y en seguida se dedica al *samscrit* ó idioma de los misterios de la ciencia y la religion. Tal era su voluntad y tanto su estudio, que á los pocos meses se le hubiese creido natural de Maduré. Ya tenia la primera dificultad vencida, y habia llegado la hora de mostrarse al público, lo cual hizo vestido con el traje de los *saniassis* ó bracmanes penitentes. Desde su llegada empezó á mortificar su cuerpo, dedicándose por completo á la vida mas austera. Se abstenia de comer carne, pescado, y aun huevos, y de beber vino ó cualquier otra especie de licor espirituoso; comia una sola vez al dia y únicamente legumbres, arroz ó lacticinios. Esta vida penosa la llevaba el jesuita sin quejarse, sin murmurar, resignado, sufría como sufren los misioneros, padecia como padecen los mártires. Las espinas de este valle de lágrimas son palmas en el cielo.

Cuando los bracmanes indios vieron al bracman europeo vestido como ellos , hablando como ellos y como ellos igual en todo, desde el peinado hasta el calzado, corrieron todos á verle y oírle. Sin embargo , se les ofrecieron algunas dudas sobre sus títulos de nobleza. Produjo el jesuita algunos testimonios , juró , como era cierto , que descendía de una casa ilustre , y convencidos los magnates chinos y previo el debido exámen , el bracman romano fué jurídicamente conocido por Tatouva Podagar Souami , es decir, maestro en las veinte y cinco ó veinte y seis circunstancias que se necesitan para ser un verdadero sabio. En su consecuencia , hete aquí que toda la ciudad de Maduré se pone en movimiento : de continuo las puertas de su casa son ocupadas por los curiosos ; y cuanto mas estos se afanan en visitar al misionero , mas el misionero se muestra escaso en dejarse ver , pues á los ojos de los indios , aquello tiene mas mérito que es mas difícil de encontrar. Jouvency dice á propósito de este rasgo característico de los chinos , que únicamente porque se esconden y su encuentro ofrece dificultad , es porque se muestran afanosos en buscar el oro y las perlas , mas preciosas desde el momento en que mas se ocultaban á su vista. Bien pronto los vastos conocimientos del jesuita , su fino trato y vida penitente , le valieron una numerosa clientela de discípulos , y desde el momento en que creyó llegada la ocasion abrió una escuela , donde al par de las ciencias humanas esplicaba el Evangelio de los cristianos, doctrina que poco á poco fué cundiendo entre aquellas gentes , que la declararon noble y digna de los indios. Para confirmarlos mas y mas en este propósito , no habia flanco por donde no les atacara , ni menos preocupacion ó tradicion nacional que no desvirtuára á los ojos de los que las abrigáran , ora dirigiendo sus argumentos á la razon , ora arrastrando sus corazones por la fuerza persuasiva de su vigorosa elocuencia. El resultado de esta predicacion de nueva especie vino á confirmar su bondad. Seducidos, convencidos de la verdad evangélica y de los misterios de la religion que el jesuita profesaba y enseñaba , al

poco tiempo de cátedra, sesenta bracmanes se prosternaban delante de la cruz y caia sobre sus cabezas la reparadora agua del bautismo; y no habian pasado cuatro años de la residencia de Nobili en Maduré, que ya dos nobles indianos, abandonando patria y familia corrian á Cranganor, y echados á los pies de su arzobispo, le pedian el santo sacramento de la Confirmacion, sin el cual no podian pasarse sus transformadas conciencias. Mas aun: hasta el mismo monarca, el rey de Maduré, discípulo del jesuita, parecia inclinarse hácia una religion, cuya nobleza tan bien pintó á sus ojos el misionero. Esta era la mas importante conversion: si el P. Roberto asegura este neófito, el catolicismo se asienta en la China, ya no mas ídolos, ya no mas leyes de Confucio; la cruz del Redentor iba á campear única y sola en aquellos confines, y la India cambiaba de aspecto enteramente en breve tiempo. Esto es lo que iba á suceder, este habia de ser el triunfo preparado por la fe del sucesor de S. Francisco Javier. Pero los bracmanes se apercibieron de ello, temieron los resultados de tamaña conversion, vieron en un momento derribados los altos castillos de su orgullo y ambicion, y resolvieron evitar á todo trance lo que para ellos iba á ser una catástrofe funesta. Para esto era necesario derramar sangre inocente, pero siempre lo fué la de los mártires y no por esto dejó de verterse á raudales. El desgraciado monarca fué atraído á una pagoda, y en ella, en nombre y de orden de las divinidades del reino, diéronle muerte, cortando luego su cadáver en pequeños pedazos que hicieron desaparecer. Para justificar esta desaparicion, que podia ponerles en un conflicto, hicieron correr la voz de que los dioses para premiar sus virtudes, le habian arrebatado en vida al cielo. Fácil es que allí subiera, pero seria regenerado por el bautismo de sangre que su piedad le valió. Así lo refieren Jouvency y Ranquet, este último testigo presencial, y otros muchos autores que han hablado de la historia de China.

Nadie nos negará que este es un triunfo asombroso conseguido por el P. Nobili; y preguntamos nosotros ahora á nues-

tros propios enemigos ¿hubiese conseguido este mismo triunfo si hubiera empleado distintos medios? Indudablemente no. Si el misionero se hubiese mostrado al público como un regenerador, si hubiera ostentado los negros hábitos de los ilustres hijos del gran Loyola, si hubiera levantado en alto y públicamente la imagen del Crucificado, en una palabra, si se hubiera portado en la India, insiguiendo la misma línea de conducta que la prudencia aconseja á los beneméritos misioneros de Europa; es muy fácil, es cuasi seguro que antes de despegar los labios se los hubiese sellado la mano del verdugo, ó cuando menos se le hubiera echado por sedicioso de una ciudad que de otro modo vino á ser en breve campo de sus victorias. Esto no podrá negarlo el mas furibundo anti-jesuita.

Al lado de tantos triunfos adquiridos por este método, diga el anti-jesuitismo en masa ¿qué perjuicio se irrogaba con esto á la religion ó á los pueblos? ¿A qué preceptos faltaba el Padre Nobili? ¿Había por ventura renegado de su fe? ¿Había acaso con su mal ejemplo inducido á error ó á pecado á sus correligionarios? ¿Obraba por ventura á impulsos de algun bastardo sentimiento, sirviéndose de la religion como un pretesto ó un medio? Nada de esto: los hechos lo han atestiguado y continuarán atestiguándolo. Pura era la intencion del misionero, y así como la victoria coronó sus primeros esfuerzos, del mismo modo pudo haber encontrado la muerte en aquel campo, donde en pro del Señor con tanto ardimiento combatía. El Evangelio, el Evangelio de Jesucristo era el único tema de su predicacion; ese Evangelio á nadie promete para este mundo senderos de flores, bien saben los que caminan sobre sus huellas que las flores solo están en el cielo, y que en la tierra crecen las espinas. Prosigamos esta relacion, y haciéndolo, coloquemos nuevas piedras en el edificio de las glorias de la benemérita Compañía de Jesus, que hizo brillar en China el sol de la civilizacion y de la religion cristiana.

Los triunfos obtenidos por el P. Roberto de Nobili eran demasiado asombrosos para no escitar poderosamente la atencion

de un pueblo que todos los días los presenciaba: al propio tiempo su conducta era harto extraordinaria para que los indianos no encontráran en ella algo que censurar por la sola razón de que no la podían comprender. Del mismo modo, había una porción de brahmanes interesados en desacreditar al misionero, porque éste abría los ojos á muchos que hasta entonces los habían tenido cerrados, y sabido es que no siempre conviene que vean unos lo que pasa en otros. Existían en Maduré unos cuantos hombres que explotaban la ignorancia de sus compatriotas, y por ningún estilo podía convenirles la propagación de una doctrina que hubiera acabado por arruinarles y desacreditarles ante el país. Así fué que se vió cuando menos podía esperarlo, envuelto en una acusación de fastuoso é idólatra. Todo en él parecía supersticioso y criminal, su traje, las costumbres que había adoptado, hasta el título de brahman que públicamente llevaba. Esto, sin embargo, la continua y solemne aprobación de los arzobispos de Goa y Cranganor, sellaron por mucho tiempo los labios de los detractores del jesuita, hasta que llamado el primero de estos prelados á Europa, su sucesor se puso, por decirlo así, á la cabeza de los enemigos de Nobili. Este, no obstante, seguro de la aprobación de sus superiores y confiado en trece años de experiencia, seguía por el sendero de sus triunfos apostólicos, cuando en 1618 fué repentinamente citado ante el tribunal del nuevo arzobispo. El misionero obedece humildemente la orden y llega á Goa acompañado del anciano arzobispo de Cranganor, que quiso ir con él para defender su causa, su causa que necesitaba poderosos defensores, pues para que se vea todo el daño que los espíritus débiles pueden hacer, bastará que digamos que aun los mismos PP. Jesuitas, cuando vieron á su compañero vestido con un traje tan distinto del de los sacerdotes de Jesucristo, creyeron que era indispensable retirar de Maduré y de la misión á un hombre que en concepto de ellos se había hecho idólatra en lugar de ganar prosélitos para el Evangelio. A estas violentas pruebas se sujetó la fe del P. Nobili, y por cierto que otro me-

nos valeroso y amante del prójimo hubiese sucumbido á ellas.

Sacamos, sin embargo, una consecuencia de esto, y es que en vano se acusa á los PP. de la Compañía de haberse hecho bracmanes, cuando estos mismos padres reprobaron la conducta del P. Nobili, que por nueva y estraordinaria no podian en un principio comprender. Y en tanto es así, que como sucede con todas las novedades que tienden á destruir usos y costumbres inveteradas, el mismo superior de los Jesuitas P. Palmerio, no se dignó siquiera mirar al jesuita, en tanto vistió el traje de los chinos. Nosotros que por nuestra parte, no podemos menos de ponderar como es debido y ponderarán todos, la sagaz y prudente conducta del P. Roberto de Nobili, preguntamos al autor de nuestra impugnacion y á todos los que fulminan censuras contra la Compañía de Jesus y sus misiones de China ¿es prudente ó no es prudente la conducta seguida por el jesuita mal llamado bracman? Si es prudente ¿por qué se ataca á los que la siguieron y obtuvieron de este modo evangélicos triunfos? Y si no es prudente ¿por qué se atropella por esto al Instituto en masa, cuando vemos que los jesuitas de China mismos se retraen de seguir las huellas de Nobili? No es la falta de todos la falta de uno solo, y condenar á todo un cuerpo por la falta de uno de sus miembros no es justo ni procedente.

Decimos esto, no para censurar en modo alguno la conducta del jesuita bracman, sino para que se vea con cuanta falta de razon y aun de datos obran los acusadores de la Compañía de Jesus.

Graves fueron los compromisos que corrió el P. Roberto á consecuencia de tales acusaciones; y lo mas raro de esto es el origen ó motivo de la acusacion. Cuatro extremos tenia esta, á cual mas inocente, por no decir mas ridículo. Primero, acusábanle porque llevaba el título de bracman; segundo, porque traia un signo en la frente; tercero, porque de cuando en cuando se permitia algunas abluciones; cuarto, porque se ceñia con un cordon compuesto de ciento y ocho hilos de color

amarillo. Este es el origen de todas las acusaciones.

El acusado habia compuesto una memoria para probar que él adoptaba los distintivos de la nobleza china, pero no la supersticion de los nobles; pero tan arraigada y poderosa era la prevencion, que ninguno quiso en un principio leer esta apología: cuando por fin la razon se abrió paso á través del descontento, todos la leyeron y todos se pusieron del lado del jesuita calumniado. No sucedió así en el tribunal del arzobispado de Goa. Varios fueron los acusadores y las acusaciones dirigidas contra el P. Roberto. La primera de ellas estaba concebida poco mas ó menos en los siguientes términos: ¿Era necesario hacerse bracman para convertir infieles al cristianismo? ¿No era bastante esponer la doctrina de una Religion tan elocuente y divina? Y si los indios la rechazaban despues de haberseles anunciado por los medios ordinarios ¿no era suya la culpa y no era mejor que los misioneros se hubieran desprendido de ellos, lavándose las manos? La respuesta es bien sencilla: cuando los misioneros no tuvieran corazon, cuando ganar ó perder miles de almas para Dios les importára poco ó nada, entonces pudieran levantar en su pecho un altar al egoismo y obrar como les aconsejaba el acusador. Ciertó que de este modo nunca el cristianismo hubiera hecho un prosélito en China, cierto que la verdadera Religion corriera riesgo de ser escarnecida y ultrajada por aquellos idólatras; pero cierto no menos tambien seria que los enemigos de los Jesuitas dejarán á estos en paz, mas que la viña del Señor hubiese producido espinos y no frutos, y nunca la Cruz brillára en el pecho de un discípulo de Confucio.

A pesar de todo esto, á pesar de las reclamaciones del obispo de Cranganor que conocia perfectamente de qué lado estaba la verdad y de qué lado estaba el error, el espediente fué remitido á Roma, y en esta ciudad intrigó tanto la ignorancia y el anti-jesuitismo, que el propio cardenal Bellarmino, jesuita y tio del P. Roberto de Nobili, llegó á prevenirse contra su sobrino hasta el punto de escribir á éste una carta con va-

rias reconvenções tan amargas como inmerecidas. Pero como en vano se oponen espesas nubes para impedir que lleguen hasta la tierra los benéficos rayos del sol, Almeida el portugués, inquisidor á la sazón en Goa, defendió la causa del jesuita acusado, y el 31 de enero de 1623, Gregorio XV autorizó al P. de Nobili para que hasta tanto que la Santa Sede hubiese examinado el asunto con la madurez que requeria, prosiguiera sus trabajos apostólicos sin introducir innovacion alguna en el fecundo método que hasta entonces habia seguido. Roberto Nobili, el esforzado apóstol á quien cinco años de oposicion y contradicciones no pudieran desanimar en la penosa carrera que caritativamente habia emprendido, continuó sus evangélicas tareas con nuevo esfuerzo, escudado por el decreto del Pontífice y la conviccion de que no padecia por causa suya el reino de Jesucristo. Cuarenta y cinco años vivió el apóstol atado al yugo blando de su mision: la recompensa de ésta fué la conversion de cerca de cien mil chinos idólatras, hermosa corona, glorioso timbre de un misionero. ¿Y se hubiesen convertido estos cien mil hombres si el P. Roberto se hubiese dado por vencido ante la oposicion, si por temor á los bastardos tiros de que era blanco hubiera renunciado al plan que desde un principio se trazára? No, mil veces no. Pero el jesuita tenia fe en Dios que le habia inspirado el método, tenia la generosidad y caridad bastante para sacrificarlo todo por sus hermanos, y el valor que la santidad de una causa infunde para arrostrar y vencer los peligros. En vano la palma del martirio se balanceaba constantemente á su vista, lejos de temerla levantaba la mano hácia ella, porque para el misionero celoso, el martirio es una cosa prevista y quizás anhelada. En vano asimismo la calumnia intentó manchar su conducta; el jesuita sacudíase sus manchas, ni mas ni menos que los israelitas sacudieron el polvo de sus sandalias al entrar en la tierra de promision. En vano finalmente, la edad y los achaques conspiraron para derribar aquel hermoso y robusto árbol que desafiaba orgulloso toda suerte de tempestades; su pobla-

da copa sombreaba las nubes , y cuanto mas anciano , mas noble y fiero arrostraba el ímpetu de los huracanes y prestaba robusto apoyo á las hiedras que en su tronco se enroscaban. Hermosa es la corona del jesuita misionero de China , donde brillan cien mil conversiones engastadas como otras tantas piedras preciosas.

Pero los cedros del Líbano han caído uno en pos de otro y el P. de Nobili debia caer tambien. A los sesenta y seis años de edad y cuarenta de mision , sus superiores le obligaron á recogerse en Meliapur , para que viviera con menos penas y fatigas los pocos dias que le quedaban de vida. No tardó mucho en llegar para él la muerte. Separado de sus ovejas , no sabiendo donde vaciar aquella abundancia de celo evangélico que en su seno se guardaba , murió el 16 de enero de 1656 , venerado como un santo en toda aquella region que habia evangelizado. Su cadáver fué enterrado á una legua de la ciudad de Maduré , y la tumba que le encierra , aun hoy dia es visitada por naturales y estranjeros : aquellos la miran como un objeto de peregrinacion , estos como el monumento modesto , el timbre glorioso de una Compañía que tantos Nobilis habia dado á sus distintas y remotas misiones.

En el momento mismo en que la mision de Maduré perdía su fundador , digno sucesor de Francisco Javier , cumplia ocho años un tierno niño consagrado á Dios desde la cuna. Tambien habia de ser bracman cristiano , tambien su celo debia ser asombro de la India. Este niño se llamaba *Juan de Brito*.

CAPITULO XXXIX.

CHINA.—JUAN DE BRITO.—CONSTANTE BESCHI.

JUAN de Brito decia frecuentemente cuando era todavía muy niño :—Yo he de dar á los maravas ó mi fe ó mi sangre.—El Señor quiso premiar cumplidamente tanto celo, y permitió que diera ambas cosas á los indios. Este jesuita pertenecia á una familia ilustre, y cuando su vocacion le llamó á Goa en 1673, tuvo que triunfar heroicamente de los obstáculos que por una parte le ofrecian las lágrimas y súplicas de sus parientes, de los grandes de la corte, del nuncio apostólico y hasta de don Pedro, regente del reino de Portugal, de quien habia sido paje y amigo de la infancia. Partió por fin, y estando al frente de la mision de Marava, una fuerte persecucion suscitada contra él le obligó á alejarse, pero al partir denotó su intencion de regresar cuanto antes para colocarse nuevamente á la cabeza de la numerosa cristiandad que habia conquistado, merced á unas fatigas y trabajos increíbles. A punto se encontraba de volver á hallarse entre sus fieles, esponiéndose á todas las persecuciones de los idólatras antes que abandonar su evangélico trabajo, cuando sus hermanos le mandaron á Europa con el importante cargo de procurador general de la mision de Maduré. Llegó efectivamente á Lisboa en 1687, y el rey quiso retenerle proporcionándole pingües beneficios en la corte; pero el celoso misionero que solo en sus catecúmenos pensaba, se escusó lo mejor que pudo, y terminados los asuntos que le habian traído á Europa, volvió á emprender esforzado la penosa travesía que en algunos meses conducia á Goa desde Lisboa. Tan luego como llegó á dicho punto, fué destinado de nuevo á

Maduré con el cargo de visitador , y al paso que desempeñó las funciones de su nuevo oficio con un celo digno de todo elogio, dedicóse á sus favoritas misiones , sin cuidarse para nada de las fatigas de su largo viaje y de los dolores que le ocasionaba una grave enfermedad contraída durante la travesía. Seguidamente y cumpliendo su empeño , se trasladó al lado de sus queridos maravas , y con evangélico celo recorrió una á una todas sus iglesias. Repetidas veces se vió en peligro de perder la vida , por las persecuciones que en todas partes le suscitaba el odio de los sacerdotes idólatras ; pero el Señor bendecía sus trabajos apostólicos , y los repetidos triunfos que obtenía animaban su valor y aumentaban sus fuerzas. Treinta mil paganos bautizó en la sola provincia de Marava durante su misión , desgraciadamente breve. A tantas conversiones puso el sello con la del príncipe Teriadvén , uno de los principales señores del país , hermoso y satisfactorio triunfo , mas hermoso porque le proporcionó llamar á las puertas del cielo con la palma del martirio. La popularidad que le valió esta conversion fué causa de su muerte : así en esto como en todo el discípulo seguía las huellas del divino Maestro. El motivo de su pérdida fué el siguiente :

Teriadvén convertido al cristianismo , declaró á sus numerosas mujeres que la nueva ley que habia abrazado no le permitia tenerlas á todas , sino á una sola. Que en este concepto tomaria por esposa á una de ellas y cuidaria de la suerte de las demás. Conformáronse bien ó mal la mayor parte ; pero una de ellas , mas irritada que sus compañeras , fué á quejarse al soberano de aquel país , de quien era sobrina , acusando de su desgracia al P. Brito , á quien trató de mago. Los bracmanes que únicamente aguardaban una ocasion para ensañarse con el misionero , apoderáronse de su persona y conduciéndole ante el soberano agobiáronle á fuerza de malos tratos , y finalmente condenáronle á muerte. Brito vió llegar la hora de su suplicio con el placer que siente el fatigado viajero cuando toca al término de su penoso viaje ; abrazó fervoroso á sus verdu-

gos, y aguardó el golpe fatal con una serenidad que admiró y edificó á todos los concurrentes. Así el 4 de febrero de 1693, á los cuarenta y cinco años de edad terminaba sus dias en el martirio el celoso apóstol, que beatificado posteriormente por la Santa Sede, es otra de las innumerables joyas de la Compañía de Jesus.

Este ilustre misionero, este santo, tambien como Roberto de Nobili se despojó de sus vestiduras europeas y se adornó con el traje de los indios: tambien abandonó el traje de los sacerdotes de Jesucristo por el de los bracmanes; y ¿habrá uno, uno solo que se atreva á decir que Juan de Brito renegó de su fe en la India? El jesuita mártir cedió en esto á la necesidad, cedió como habia cedido el P. de Nobili, cedió como cederian cuantos pisáran el indiano suelo con la firme resolucion de fundar en país idólatra un templo abierto á la verdadera religion, y frecuentado por aquellos que corrian ciegos al abismo á no detenerlos en su borde la potente mano del misionero. Juan de Brito no rehusó seguir las huellas de Roberto Nobili, no rehusó sujetarse á las austeras y á veces ridículas penitencias de los bracmanes indios, porque muchas veces las victorias se obtienen por donde menos se esperan, y Juan de Brito las alcanzó tan señaladas que solo el martirio era digno de coronarlas. La obra y el sistema de Nobili quedaba aprobada y santificada de hecho desde el momento en que la Santa Sede beatificaba á Juan de Brito, que habia caminado sobre sus huellas.

Del modo que la buena semilla sembrada en tierra abonada produce abundante y nutritivo fruto, así la semilla de los misioneros jesuitas estaba destinada á producir repetidos héroes de prudencia, abnegacion y valor. Sobre el cadáver de Francisco Javier brotó Roberto Nobili, sobre el de este brotó Juan de Brito, y sobre el de este esclarecido mártir de la fe, brotó tres años despues Constante Beschi, italiano de nacimiento y que pronto alcanzó una celebridad tan justa como universal en la India toda. Goa vió desembarcar á este jesuita á principios del siglo XVIII, y mas tarde una nacion entera fué testigo de

sus triunfos. También caminó sobre las huellas de Nobili, porque estas huellas conducían directamente á la salvación de las almas y esta era la única y caritativa mira de los misioneros. Nuestra pluma no exagera; el retrato de Beschi tal como le vamos á copiar, es sacado de un original indiano: un hijo de aquel poético país es quien ha trazado el precioso bosquejo.

Desde el primer día de su llegada á la India en el año 1700 adoptó no tan solo las costumbres y método de vida de aquellos nobles, sino que adornó su persona con todos aquellos signos exteriores que en la India denotan distinción ó nobleza. Con este salvo-conducto que por decirlo así le prestaba en el país su naturalización y modo de vida adoptado, recorría con seguridad el país todo y en todas partes disputaba con los mas sabios, que no se desdeñaban de alternar con un hombre que igualaba esteriormente su ostentación hija de la vanidad y tan halagüeña para el carácter chino. Esto no impedía al P. Beschi que socorriera largamente á los pobres peregrinos, se dedicara á cien distintas obras de misericordia, hiciera regalos á las iglesias y oratorios católicos, y aprendiera diversos idiomas cuyo conocimiento le era indispensable para su objeto; todo lo cual en manera alguna hubiera podido hacer siguiendo la práctica de los misioneros anteriores á los Padres de la Compañía de Jesus. No censuramos proceder alguno por esto: los adelantos los trae el tiempo en su progresiva marcha: los Jesuitas se aleccionaron en la antigua experiencia, y si bien bajo un mismo punto de vista siguieron un plan enteramente distinto, no lo fueron menos los resultados.

Tan luego como se familiarizó con el idioma y los dialectos del país dedicóse á la lectura de sus poetas, y luego escribió para curar los males de aquella gentilidad, enfermedad que en la India se propagaba de padres á hijos, aquellos libros admirables, que en expresión de un natural de la China, á semejanza de una montaña de oro donde reflejen los rayos del sol, arrojan por todas partes torrentes de luz. Entre estos libros y trabajos literarios figuran 3615 estrofas escritas en alabanza de

San José en un poema titulado: *Tembavani*, dividido en treinta y seis cantos. Este poema fué compuesto en 1726, y en 1728 fué vertido del verso á la prosa por su propio autor, cosa que asombró á los mas sabios del reino. En él espuso los misterios de la religion, combatió las supersticiones, atacó y pulverizó el gentilismo, dió á todos sublimes instrucciones, y refirió un gran número de hechos de la Historia Santa, con tal abundancia de datos, tanta elegancia de estilo y tal orden en las materias, que los europeos mas inteligentes y los que en la China se llaman sabios, ciegos partidarios de la doctrina de Confucio, miraron la obra como un prodigio, y como efecto de una especial y celeste asistencia el que pudiera en un idioma extraño y tan sumamente difícil, escribir con tanta riqueza, pureza y precision. Los sabios y poetas de la India, admiradores de la sublimidad de genio del P. Beschi, para demostrar la estimacion en que tenian sus talentos, acordaron cambiar su antiguo nombre de *Dairianada*, ó sea Constante, en el de *Viramamouni*, que quiere decir hombre eminente y sapientísimo, con cuyo nombre fué conocido por todos de entonces en adelante.

Es necesario estar en todos los pormenores de las costumbres y carácter indianos, para poder apreciar en todo su valor y fallar con estricta justicia la conducta de los hijos del gran Loyola en China. Los chinos mas que otra nacion alguna se pagan del exterior de los hombres, y nunca misionero alguno hubiese llamado la atencion si no hubiera deslumbrado antes con esta pompa oriental tan á propósito para seducir los ánimos de aquellos pueblos. Hay mas aun: la ciencia en China no consiste solamente en saber hablar: por un raro capricho de aquellos sabios es indispensable estudiar la ciencia mimica. Muchas veces resuelven los signos los problemas que no resuelven las palabras: testigo de ello el propio Beschi. En cierta ocasion presentáronse á él dos *pandarones*, ó penitentes del país; derrotados en el campo de la discusion oral, quisieron vencer la ciencia del jesuita en el terreno de los enigmas mi-

micos. Trocados los cumplimientos de estilo , á que los chinos dan mucha importancia , pasaron á las cuestiones enigmáticas. Los dos *pandarones* levantaron dos dedos , creídos que el jesuita interpretaria el ademan por venir dos en número , mientras que dando ellos al signo otro superior valor derrotaban de este modo á su contrario. Pero Beschi estaba prevenido para todo , y acto continuo dió del simbolo las esplicaciones siguientes: el sol y la luna , padre y madre , cielo é infierno , verdadero y falso sacerdote , bien y mal , pecado y virtud , amigo y enemigo , alegría y tristeza , muerte y vida , abrir y cerrar , con otros muchos mas sentidos. Despues de dar esta esplicacion , que dejó confusos á sus adversarios , levantó Beschi un solo dedo y con la mano izquierda dió una palmada en la derecha. Los *pandarones* quedaron sin saberse qué responder , hasta que el jesuita les interpretó el signo , diciéndoles : solo hay un Dios , creador de todas las cosas , y que fuera de su servicio todo es falsedad y mentira. Los dos penitentes se retiraron sin pronunciar una sola palabra , derrotados de nuevo por el bracman europeo.

En otra ocasion , nueve *pandarones* de gran fama en todo el país , fueron á encontrar al jesuita , resueltos á obtener la victoria á cualquier precio. Conviniéronse antes ambas partes contendientes que el vencido quedaria á merced del vencedor , y bajo estas bases comenzó la discusion que duró un mes entero. Concluida los *pandarones* se declararon vencidos y seis de entre ellos solicitaron ser bautizados : los tres restantes pasaron por la humillacion de ver cortadas sus largas cabelleras , en las cuales cifran su orgullo los sabios de la China. Destráronse de corridos los tres penitentes , y su cabello trenzado fué colgado como un trofeo en el vestibulo de la iglesia de Tironcavalour.

Referimos estos casos para que se vea cuan distinto modo de obrar tienen los chinos , y así á ninguno llamará la atencion la extraordinaria conducta del P. Beschi , fundada en principios de alta utilidad. Además , no se crea tampoco que el lujo

de la China se parezca en nada al lujo de Europa : muchas veces, por no decir las mas de ellas , los palacios de los braamanes no ofrecen tantas comodidades, y menos ofrecian en aquellos tiempos, como la mas modesta habitación de nuestras ciudades. El exterior es el todo ; por el exterior se obtienen los triunfos y sufren las derrotas.

De todos modos, no por los medios sino por los resultados debe juzgarse de esta cuestion , y los resultados fueron tan fecundos para el P. Beschi como lo habian sido para sus predecesores. Cuando su muerte, acaecida en 1742 ; su mano habia vertido el agua de la regeneracion sobre la cabeza de miles de infieles. A esto se llama triunfar.

Sin embargo, de aquí ha tomado pié el anti-jesuitismo para dirigir sus envenenados dardos á los hijos del gran Loyola ; de aquí han partido sus acusaciones á que algunas almas harto cándidas han dado fe ; de aquí se han esparcido por Europa aquellas noticias de jesuitas mandarines , que abrigaban nada menos que el audaz proyecto de derribar el trono del celeste imperio. ¡Impostura! Los Jesuitas no pensaron en tiempo alguno derrocar tronos ni levantarlos, ó mejor, el único trono que quisieron derribar fué el del gentilismo , el de la impiedad ; el único que quisieron edificar sobre las ruinas del otro fué el de la religion de Jesucristo. Por esto la secta de los impíos , la secta de los gentiles que rinden culto á bastardas pasiones que han tenido el atrevimiento de deificar, la secta de los que han jurado guerra á muerte al cielo y á Roma , han rugido de ira al leer , al ver con sus propios ojos que el cristianismo iba á pasear triunfante por la India en hombros de los Jesuitas , y penetrando furtivamente y con dañino proyecto en el sagrado terreno de las intenciones, han disparado los tiros de la calumnia contra aquellos que con mano fuerte blanden el estandarte victorioso del Señor. Llevando, no la malicia sino el último grado de la mala fe á su último extremo, hasta emperadores han querido hacer de los humildes Jesuitas..... Digamos, empero, que si nuestro impugnado autor así lo dice , aunque le

hacemos la justicia de opinar que así no lo cree, es porque antes lo dijo y escribió su predilecto Adolfo Boucher, que no ha dicho mas verdad ni se ha mostrado mas cuerdo en todo esto, que en cuánto contra los Jesuitas ha dicho y escrito en su obra, que seria abominable, si ya ni uno solo al leer sus páginas, no comprendiera de sobras que una á una han sido dictadas por el odio y la pasión.

Estos hombres que se han constituido acusadores de la Compañía de Jesus, estos hombres que citan como ejemplo de una vida anti-evangélica al P. Beschi, estos hombres que quieren dar á entender á los demás que el sendero de los Jesuitas brotaba en lugar de espinos flores de oro, han fingido ignorar ó quizás nunca han querido saber que el mismo P. Beschi tan festejado, rodeado al parecer de tanta opulencia, y dominando por sus soñadas intrigas al mismo emperador, estuvo á punto de morir ajusticiado, despues que se le martirizó bárbaramente, porque no tenia una escasa cantidad de dinero para satisfacer la codicia de un cualquiera que por derecho de la fuerza ordenó su prision verificada al pié del ara santa. ¿Y sabe el anti-jesuitismo que se ha cebado en la memoria de ese glorioso varon, porque no murió mártir Constante Beschi? Porque el verdugo á quien se ordenó su ejecucion dijo que estaba demasiada oscura la noche para acertar el golpe. Y cuando ofrecieron al jesuita librarle del suplicio mediante una cantidad de dinero ¿sabe tambien el anti-jesuitismo cual fué la respuesta del ilustre confesor?—Esta suma, dijo, no la poseo; pero si la tuviera no la emplearia en rescatar mi vida sino en comprar mi muerte.

Estas palabras son las que enmudecen á toda clase de acusaciones; estos hombres son los que están sobre toda calumnia. En vano los impíos forjan historias de jesuitas bracones poseídos de ambiciosas miras..... Nadie da fe á sus palabras: la ambicion de los Jesuitas era mucha, pero no se parecia en nada á las miserables ambiciones de que la humanidad es comunmente víctima y despojo.

CAPITULO XL.

A NUEVAS ACUSACIONES NUEVAS DEFENSAS.

REPETIDAS veces lo hemos dicho : cuando cogimos la pluma para vindicar el buen nombre y escelsa fama de la Compañía de Jesus, lo hicimos rebosando fe nuestro corazon y porque una voz secreta gritaba á nuestra conciencia ¡Bien! ¡adelante! Hemos adelantado , hemos penetrado en el santuario de la historia disipando con la antorcha de la verdad las espesas sombras del oscurantismo ó de la impiedad , y gracias á Dios pensamos llegar al término de este viaje crítico seguros de haber arrancado algunas máscaras , esclarecido algunos hechos , y dado , como decirse suele , á cada uno lo que es suyo , á los Jesuitas el aprecio , á los impíos el desprecio de esta y las venideras sociedades.

Tras la divina enseña de los hijos del ínclito Ignacio nos hemos lanzado allende los mares : allí habia llegado el soplo benéfico de las misiones ; pero allí habia llegado tambien el hálito envenenado de la calumnia. Ni aun en los remotos confines de la China , donde merced á la Compañía de Jesus brilló un día esplendente la estrella del cristianismo , ni aun en la China , decimos , temieron los impíos atacar la inespugnable fortaleza de los Jesuitas. Ya hemos visto los embates que sufrieron á propósito de sus braçmanes : sin embargo , como los mas envenenados tiros se estrellaron en la robusta coraza de los ínclitos hijos del gran Loyola , como pese á sus maquiavélicos planes los jesuitas braçmanes continuaban siendo el asombro de la China y aglomerando triunfos sobre triunfos , creyeron los ene-

migos del nombre de Jesucristo deber dar nuevo giro á sus planes , tal vez cambiando el punto por donde querian dar el asalto , hallarian alguno mal defendido por donde pudieran abrirse paso hasta el corazon. Pero afortunadamente los Jesuitas estaban prevenidos para toda clase de asechanzas : la experiencia les habia dado á conocer que sus encarnizados enemigos no duermen nunca : era pues de todo punto necesario estar de continuo alerta , y alerta estuvieron , y la nueva calumnia se desvaneció ni mas ni menos que se habian desvanecido cien calumnias antiguas. Veamos cuál fué esta nube que por un momento quiso hacer sombra á los rayos de las glorias de la Compañía de Jesus y de sus misioneros.

Para que nuestros lectores se hagan pleno cargo de la importancia católica que tenian los servicios de los Jesuitas , citaremos antes una carta del célebre misionero P. Bouchet , dirigida á su compañero el P. Gobieu con fecha 1.º de diciembre del año 1700. Así decia : «Nuestra mision de Maduré se encuentra en un estado mas floreciente que nunca. Este año hemos tenido que sufrir cuatro grandes persecuciones ; á uno de nuestros misioneros hicieron saltar las muelas á palos , y actualmente me encuentro en la corte del rey de estos paises á fin de conseguir la libertad del P. Borghese , que hace cuarenta dias se encuentra preso en las cárceles de Trichirapalli con cuatro de sus catequistas , á todos los cuales han cargado de hierros. Sin embargo , como otras tantas veces ha sucedido , la sangre de nuestros cristianos vertida por Jesucristo se convierte en semilla para una infinidad de prosélitos. Estos últimos cinco años , en mi solo distrito , he bautizado mas de ONCE MIL personas , y desde que estoy en la mision unas VEINTE MIL. Estoy encargado del culto en TREINTA pequeñas iglesias á donde concurren mas de TREINTA MIL cristianos : no puedo deciros el número de confesiones que he oido , pero creo que pasan de cien mil. Muy á menudo habreis oido decir que los misioneros de Maduré no comen carne , ni pescado , ni huevos , que no beben vino ni licores , que viven en arruinadas chozas cu-

yos techos solamente de paja están cubiertos, sin cama, sin sillas, sin muebles, que comen sin mesa, sin servilletas, sin cuchillos, sin cucharas, sin tenedores. Todo esto parece asombroso; pero creedme, caro padre, no es esto lo que nos da mayor pena. Aquí los misioneros tienen otras muy distintas penalidades, sobre las cuales el P. Martin os escribirá mas detalladamente el año próximo.» Estas penas de una naturaleza distinta de las que afligian aparentemente á los Jesuitas, son las penas morales que estaban sufriendo desde que al padre de Nobili se le ocurrió la feliz idea de catequizar á la aristocracia del país, con el asombroso éxito que todos conocemos afortunadamente.

Sin embargo, cuatro años despues de escrita esta carta, que en parte hemos trasladado, desembarcaba en Pondichery el patriarca de Antioquia Carlos Tomás Maillard de Tournon, mas tarde cardenal, enviado á las Indias con el especial encargo de examinar sobre el mismo terreno la antigua y ruidosa cuestion de los ritos malabares. Que tal influirian en su ánimo algunos pocos adversarios de los Jesuitas, y que manejos emplearian para desacreditarles con el legado, dígalo el decreto que á los pocos meses de su llegada, en 23 de junio de 1704 espidió, en cuyo decreto, léese entre otros el siguiente párrafo: «No podemos permitir que los médicos espirituales rehusen para la salud de las almas, los deberes de caridad que los médicos gentiles, aun los de familia ó casta noble, no se desdennan de prestar para la salud del cuerpo á los enfermos de condicion la mas baja y abyecta, á los cuales se llaman pariahs.» Este es el caballo de batalla de los enemigos de la Compañía de Jesus; este es el grande argumento que ponen á la conducta de los Jesuitas en China, caballo que vamos á derribar, argumento que vamos á deshacer, tan luego como hayamos visto en que consiste. Pulverizado el cacareado embrollo de los jesuitas bracmanes y reconocida por todos la grande utilidad que el país reportaba de su conducta, creyeron que el mejor modo de hacerles odiosos al pueblo, apareciendo como culpables á

los ojos de toda la cristiandad, seria el propalar que los jesuitas convertidos en bracmanes por ambicion despreciaban el catequizar á los pariahs por orgullo, y que así la clase baja indiana estaba falta de misioneros y auxilios espirituales.

De todas las acusaciones dirigidas contra los jesuitas de la India, esta ha sido sin duda la mas terrible, pero como la mas terrible es asimismo la mas infundada y la mas odiosa. Llegó á deslumbrar hasta los perspicaces ojos de un legado, y por consecuencia de ella ha quedado el fragmento que acabamos de reproducir, fragmento que desfigurado y aislado por los enemigos de la Compañía, queda como una mancha estampada en el limpisimo libro de sus misiones chinas. Pero afortunadamente no faltaron entonces, como no faltan ahora, celosos defensores de la virtud ultrajada, y el castillo de la impiedad será á no dudarlo derribado piedra sobre piedra.

En primer lugar, con una falacia digna en un todo de su anterior conducta, callan los anti-jesuitas la historia de la mision de este legado y suprimen varios párrafos de su decreto, donde resplandece en toda su pureza la inocencia de los Jesuitas. Nosotros revelaremos esta historia, que es la siguiente:— Apenas llegó á Pondichery, cayó enfermo el visitador apostólico, viéndose en la imposibilidad de examinar las cosas por sí mismo. ¿Y á quién fió este encargo? A dos jesuitas superiores de la mision, por cuyas noticias juzgó y espidió su decreto. ¿Qué prueba esto? Prueba evidentemente que el legado pontificio tenia en grande estima á los Jesuitas, y que si en la mision de estos, algunos particulares, que muy pocos serian, pudieran haber faltado involuntariamente un tanto á sus obligaciones, por su diverso modo de pensar en los medios que debian emplearse para la conversion de los infieles, por lo menos la inmensísima mayoría era inocente de esta falta, si la habia, de la cual en manera alguna puede hacerse solidaria á la Compañía de Jesus. Tenemos que por la declaracion del propio legado, los hijos del gran Loyola no pueden avergonzarse por un decreto que ellos mismos dic-

taron. Y si otra prueba mas plena se quiere del alto aprecio en que el legado tenia á los Jesuitas, seguidamente trasladamos otro de los párrafos del citado decreto, párrafo que no han insertado los anti-jesuitas, sin duda porque no entraba en sus cálculos hacer la apología de sus enemigos. En este párrafo, despues de haber pintado cuanto se debe á los misioneros que en medio de las asperezas del gentilismo han hecho brotar las flores del Evangelio, se espresa en los términos siguientes: «Hubiéramos ido allí, deseosos de compartir sus trabajos como sus alegrías, si una larga enfermedad no nos lo hubiera impedido. Pero lo que no hemos podido obtener inmediatamente por nosotros mismos, ha sido felizmente suplido por los buenos oficios que á Nos y á la Santa Sede han prestado los PP. Venancio Bouchet, superior de la mision de Carnate, y Carlos Miguel Bartoldo, misionero de Maduré; hombres eminentes por su doctrina y celo por la propagacion de la fe. Perfectamente instruidos, por su larga permanencia en el país, de las costumbres, idioma y religion de sus moradores.....» etc. etc.

Bien claramente se ve que quien practicó la visita fueron dos jesuitas, y por lo tanto aun cuando los enemigos de los inclitos hijos del gran Loyola quieran suponer, escudados en el párrafo transcrito en un principio, que el legado descubrió abominaciones en la orgullosa conducta de los misioneros, debemos deducir en buena lógica, que el tal legado cuando escribió el tal párrafo no lo hizo de propia ciencia sino por extrañas relaciones, y por consecuencia venimos á parar en lo que desde un principio hemos dicho, es á saber, que el legado al escribir el párrafo objeto de esta cuestion, obró por inspiracion de los enemigos de la Compañía de Jesus, que eran asimismo los enemigos del nombre cristiano¹.

1. El celo, algun tanto indiscreto, del Ilmo. Sr. Tournon, efecto del poco conocimiento de los usos y costumbres de la China, y los informes de algunos pocos interesados en desacreditar á los Jesuitas por los progresos que hacia el cristianismo en el celeste imperio, gracias

Sin embargo, aun cuando la inmensísima mayoría de los Jesuitas fuera inocente, conforme resulta de las palabras del legado, y por ende pudiéramos decir que si son inocentes las cabezas, tambien tienen que ser inocentes los miembros en general; no obstante, queda al parecer una acusacion en pié, y nosotros nos hallamos en el caso de probar, que si algunos jesuitas para mayor éxito en su empresa y mejor servicio de Dios insiguieron las costumbres y frecuentaron las sociedades de los bracmanes; otros por su parte dedicaron espresamente toda su atencion y cuidados á la educacion y auxilio de la clase menesterosa, denominada de los pariahs, que nunca fué de los hijos del gran Loyola abandonada, y menos, mucho menos despreciada. Los discípulos seguian de sobras en esto la conducta del divino Maestro.

En tanto es así, en tanto los Jesuitas se dedicaron con interés y hasta privilegiadamente á la clase desvalida, en cuanto por espacio de mucho tiempo, como hemos visto antes, fueron despreciados de los grandes por rozarse y alternar con los plebeyos. De aquí vino ó nació la conducta observada por el padre Nobili; y si bien los jesuitas bracmanes por su especial posicion y respetando en esto prudentemente las leyes del país se retrajeron esteriormente de todo trato y comercio, no solo con los indios plebeyos sino aun con los jesuitas que no se contraban en su categoría; otros padres misioneros, especial-

á sus incesantes trabajos apostólicos, fueron la única causa de los disgustos del Sr. Tournon y de su contradiccion en sus procedimientos, debida en gran parte á su poca salud y á no poder examinarlo todo por si mismo. En este imperio, como en los demás puntos del globo, los dignos hijos del gran Loyola manifestaron igual celo, igual ardor, los mismos vivísimos deseos de sufrir toda clase de penalidades, y hasta la muerte, para la conversion de los infieles. El mismo emperador dijo al Ilmo. Sr. Tournon las siguientes palabras: «Mis ardientes deseos son ver convertidos todos mis súbditos al cristianismo; vuestro poco tacto lo ha echado todo á perder.» Véase sobre el particular, además de la mayor parte de los autores citados en el decurso de esta obra, las dos siguientes: *Defensa de los misioneros de la Compañía de Jesus en la China*, impresa en Colonia año 1701, y *Lettres edificantes et curieuses, concernant l'Asie, l'Afrique, l'Amérique*, etc.

mente los que habitaban poblaciones de la costa y eran de todos tenidos y mirados como europeos, no tenían trato sino con las razas envilecidas, á las cuales catequizaban con ardiente celo, porque la nobleza de los títulos nada supone delante de Dios, que solo examina la nobleza del corazón. Entre estos misioneros figuraba el P. Manuel Lopez, que aun ochenta y dos años despues del felicísimo ensayo de Roberto de Nobili, á la llegada del legado á Pondichery, todavía habia rehusado vestir el traje chino, y vivia catequizando una colonia de pescadores, sin que nunca hubiese querido despojarse de su negra y raída sotana del colegio.

Lo que habia pues de cierto en esto era que los misioneros jesuitas transigiendo por necesidad con unas preocupaciones, que no ellos sino los antiguos moradores del pais establecieron, dividieron sus miras, y unos las encaminaron á los brahmanes y otros á los pariahs, sin que por efecto de las leyes chinas los pariahs pudieran tener trato con los brahmanes, so pena de un rigoroso castigo; ni los brahmanes pudieran descender hasta los pariahs, so pena de quedar *ipso facto* reducidos á esta envilecida condicion. De modo es que no una vez sola se vió encontrarse dos misioneros antiguos é íntimos amigos, y seguir de largo sin saludarse siquiera, no visitándose sino es ocultamente y recelándose de todos en sus mas frívolos tratos. En prueba de lo cual existe todavía la Bula de Benedicto XIV, donde se lee lo siguiente: «Cuando escitados por la doctrina de Cristo Señor nuestro y por el ejemplo de los Pontífices que nos han precedido, buscábamos con ansiedad el medio mas á propósito para obtener aquello que tanto desearon nuestros predecesores; los misioneros de la Compañía de Jesus, á quienes están especialmente confiadas las misiones de Maduré, Maissour y Carnate, despues de habernos pedido una declaracion tocante á los pariahs, se han ofrecido muy á tiempo, si así Nos lo aprobábamos, á delegar algunos misioneros, que se ocupasen especialmente de la conversion y direccion de los pariahs. Esperamos que este medio será suficiente para su con-

version y salud : le admitimos pues con paternal alegría , y creemos que á causa de las circunstancias del tiempo , era preciso aprobarlo y recomendarlo. El original de esta proposicion tal como nos ha sido hecha , firmada de mano de su general , ha sido depositada de orden nuestra en los archivos de la Inquisicion romana y universal para que en ellos sea conservada.» No es por lo tanto siquiera sostenible la especie de que los Jesuitas despreciaban el catequizar á los pobres ; antes por al contrario el mismo especial cuidado ponian en los unos que en los otros , y las cien mil confesiones que en corto espacio habia oido el P. Bouchet , es probable no salieran todas de los labios de la aristocracia china. Detenernos mas en este punto hasta ridiculo seria á fuerza de inútil.

Reasumiendo : los jesuitas de la China han sido acusados de diferentes abusos : veamos cómo. Llegaron y predicaron á la multitud ; la multitud les dió oídos , y cata ahí que los jesuitas son despreciados de los nobles y acusados por sus enemigos de querer promover una revolucion en el pais. Algunos jesuitas para llegar hasta los grandes de la nacion adaptaron el traje y las costumbres de los brahmanes , y mientras repetidos triunfos coronaban la obra de su ardiente fe , fueron acusados de orgullosos que se aficionaban á los nobles despreciando á los plebeyos. Ostensiblemente se dividieron en misioneros de los brahmanes y misioneros de los pariahs , y entonces fueron acusados de conspiracion por suponerseles la torcida idea de querer sublevar el pais. Fundaron una cristiandad y se les acusó de querer fundar un reino ; convirtieron un príncipe y se les supuso la intencion de pretender una corona ; morian como los mártires y fueron acusados de vivir como unos renegados. Pero todo lo ha puesto en claro la historia , y la posteridad ha hecho justicia. Finalmente , á fines del mes de setiembre del año 1759 llegaba á Goa la embarcacion que era portadora de la orden que mandaba encadenar á los jesuitas de la India portuguesa. Con decir que esta orden estaba espedita por Pombal , el verdugo de sacerdotes , el verdugo de

mujeres, el verdugo de niños, el tirano de su patria, el enemigo declarado de la religion, nos eximimos de hacer toda ulterior reflexion. Cargados fueron de hierro los misioneros, pero era muy poca cosa el señor marqués de Pombal para desanimar la fe de aquellos confesores y domar el valor de aquellos mártires. Algunos jesuitas burlaron la vigilancia de sus perseguidores, y escapándose de los calabozos en donde les ahorró la impiedad y despotismo de Carvalho, continuaron predicando en algunos estados independientes y reducidos, hasta la supresion total de la Compañía en el año 1773.

Resta tan solo esponer brevemente cual fué la conducta de los ínclitos hijos del gran Loyola desde la publicacion de la Bula de Benedicto XIV hasta la última época de su mision. Los dos primeros jesuitas que se brindaron para la instruccion de los pariahs, fueron los PP. Arcángel de Origny y Bartolomé Barbosa, el uno secretario del provincial y el otro profesor de teología; pero ambos hacian suma falta, ya en el gobierno de la provincia, ya en el colegio, y los superiores se vieron en la precision de no admitir sus ofertas. Entonces dos jóvenes jesuitas se dieron prisa á terminar sus cursos y aun interrumpieron los de teología dogmática que tenian comenzados para dedicarse á la educacion de los pariahs: estos jesuitas eran los PP. Antonio José y Joaquin Paolino. A estos se juntaron los PP. Manuel Suarez y José de Lemos, y los cuatro partieron juntos para Maissour á primeros de enero de 1747. Solo aquel, dice una carta fechada en Goa, que conoce estas regiones y sus costumbres podrá comprender los prudentes cuidados que este viaje exigia. En primer lugar era preciso vestir un traje enteramente distinto del de los otros Padres, no tomar otros compañeros que aquellos que estuviesen dispuestos á seguirlos á todas partes, no montar en caballos sino en bueyes y aun estos sin sillas ni riendas... Pero todo esto es nada si se compara con las incomodidades de un largo viaje en un pais sin paradores, sin un miserable techo siquiera debajo el cual poder despertar. Las posadas que en escaso número se encuentran, solo á los

altos personajes abren sus puertas ; los pariahs no se atreven á penetrar por ellas , y generalmente la sombra de los árboles es su único abrigo. En 1752 el P. Timoteo Javier trabajaba en compañía de los cuatro jesuitas que partieron en 1747 , y en 1756 la mision de Maissour contaba con siete misioneros para las tres distintas clases de aristocracia , y cinco para la sola clase de los pariahs. La proporcion por lo tanto era mas favorable á los últimos que á los primeros. Trasladémonos ahora á la mision francesa de Pondichery.

Esta mision se componia de antiguos y respetables misioneros que habian encanecido en los trabajos apostólicos y á cuya direccion corria una cristiandad de mas de quince mil almas. Siete eran estos misioneros y el mas jóven de ellos contaba sesenta años de edad. Esta numerosa cristiandad aumentaba todos los dias con las nuevas conversiones que hacia el P. Artaud , llamado el Apóstol de los pariahs. Los beneficios que la mision proporcionó á esta casta que las demás de China miraban como envilecida , fueron inmensos. No se pasaba semana sin que el P. Artaud convirtiera á siete ú ocho de estos infelices , y muy á menudo á muchos mas : estas gentes se reunian todos los dias en la iglesia á las seis de la mañana y á la una de la tarde para aprender el catecismo y rezar sus oraciones. El número de los convertidos era muy considerable y no se pasaba dia sin bautizarse alguno. Así lo encontramos en la veridica obra *Memorias de las Indias*, t. 8, p. 324, y en otras muchas que pudiéramos producir en caso necesario.

La provincia de Malabar , de la cual dependia todo el Maduré , no se mostró menos solícita y generosa que la de Goa en mandar misioneros á los pariahs. Entre estos dignos jesuitas que todo lo sacrificaron al cumplimiento de su deber , figuraron Tomás Celaya , Fernando Pimentel y Juan Alexandri. Y en prueba del especial afecto que profesaban y cuidados que dispensaban los Jesuitas á las razas plebeyas de la China , se conserva todavía la carta que en 12 de febrero de 1749 , el general de los Jesuitas Francisco Retz escribió al P. Alvarez,

provincial de Malabar, en cuya carta decia: «He recibido vuestras cartas del mes de octubre de 1747 y con el mayor cuidado las he leído. De grande alegría me han servido las noticias que me dais de los padres destinados á los pariahs y del feliz éxito de su empresa, á pesar de las dificultades que parecen ser superiores á las humanas fuerzas y quitar toda esperanza. A Vuestra Reverencia conjuro y eficazmente le encargo secunde á estos obreros con el mayor celo posible, escitándoles á intentar todos los días nuevos esfuerzos para la gloria de Dios y salud de las almas. Me hareis grande obsequio si me mandais una relacion detallada y minuciosa de sus trabajos, progreso de la mision y número de los pariahs convertidos.»

Esta carta prueba el especial cuidado que el general en nombre de la Compañía ponía en la instruccion de los pariahs, y bastaria por sí sola á rechazar las calumnias de que en este punto fué victima inocente la Sociedad de los Jesuitas. Y para que se vea á donde llegaba el rigorismo de los chinos en este punto, y cuan prudentes obraron los misioneros en establecer la diferencia entre brazmanes y pariahs, sépase que mas tarde se vieron en la necesidad de establecer dos distintos superiores, á fin de que los jesuitas que catequizaban á la clase noble y los que dirigian sus cuidados á la clase plebeya no se vieran en la precision de mantener unas relaciones que la naturaleza del caso podia hacer peligrosas.

Cinco años despues, en 1.º de enero de 1755, otro general de la Compañía, Ignacio Visconti, escribia al P. Salvador Dos Rey, provincial, en los términos siguientes: «Habiendo mandado al Malabar el mayor número y los mejores misioneros que he encontrado, Vuestra Reverencia sin duda les habrá ya visto, y con ellos creo habreis podido atender por el momento el decreto pontificio, suslituyendo con nuevos obreros aquellos que han fallecido ó se han retirado. Si esta remesa no basta y Vuestra Reverencia necesitara mas, dirijase á sus vecinos de la provincia de Goa y pídale misioneros. Apruebo el nombramiento de los PP. Lorenzo de Costa y Pedro Machado

para la mision de los pariahs. » Esta carta y la otra que hemos trasladado se conservan todavía originales.

A últimos del año que siguió á los terribles edictos de José I en Portugal, dos años antes que el parlamento de París los publicára de igual naturaleza, trece años antes de la supresion total de la Compañía y del encarcelamiento en el castillo de San Angelo del P. Lorenzo Ricci, este general célebre por sus desgracias relataba las persecuciones que estaba sufriendo la Compañía, y terminaba su carta diciendo que no podia mandarle misionero alguno porque no tenia donde embarcarlos; pues el medio que le proponia el P. Silverio de mandarlos en buques franceses, era imposible por cuanto el gobierno de Francia se habia negado á admitirlos en sus embarcaciones. ¡ Cosa particular ! Ochenta años despues, la Francia que se negaba á conducir en sus buques á los Jesuitas, acusaba á estos de haber dejado perecer las cristiandades de China dejándolas sin misioneros !... Justicia humana, ¿ cómo te han tratado algunos hombres ?

La tierra que los Jesuitas habian regado con su sangre, el país en donde habian resonado sus evangélicos discursos, las sociedades cristianas que habian fundado los ínclitos hijos del gran Loyola, vieron desaparecer de su seno á esos esforzados misioneros, que sembraron con tanta habilidad como recogieron con abundante fruto. Hasta la destruccion de la Compañía los jesuitas que operaban en reinos independientes ejercieron su santo ministerio á despecho del opresor ministro de Portugal; despues del aciago decreto de Clemente XIV cayeron los Jesuitas y fenecieron las cristiandades. Pombal comenzó su infernal obra; pero desde entonces Portugal fué perdiendo sus dominios de las Indias hasta llegar á hoy dia, en que de su antiguo esplendor solo conserva un título cuasi vano y una memoria harto triste. Los portugueses que han llorado lágrimas de sangre por sus pasadas grandezas, se habrán acordado mas de una vez de los dignos sucesores de S. Francisco Javier.

CAPITULO XLI.

LUIS XV Y DAMIENS.

El impío Voltaire, el hombre que por sus ideas y posicion social ha intentado hacer mas daño á los Jesuitas, decia en una de sus abominables cartas : *Ya debeis saber que no soy muy amigo de los Jesuitas, pero levantaria la posteridad en favor suyo si les acusára de un crimen de que la Europa y DAMIENS les han justificado. Si otra cosa dijera, ME CONSTITUIRIA EN VIL* ECO DE LOS JANSENISTAS. Estas palabras trazadas por la pluma del príncipe de los filósofos de la impiedad, del jefe de aquella secta monstruosa que dió por resultado á fines del pasado siglo la destruccion de la Compañía de Jesus, el martirio de Luis XVI y la profanacion de todo lo mas sagrado en Francia, es la prueba mas plena, mas robusta de la inocencia de los Jesuitas en el atentado contra la persona de Luis XV. Es mas que esto aun, es la llave que nos conduce á la verdadera ciencia que esplica de donde partió el calumnioso tiro que vanamente quiso herir el buen nombre de los ínclitos hijos del gran Loyola. Nos esplicaremos.

El autor de nuestra impugnacion vanamente tortura su entendimiento y estruja la esponja empapada en hiel contra los Jesuitas, para que arroje ya no un chorro de conyiccion en este punto, pero ni aun siquiera algunas gotas del licor de la duda. Se ha mirado en el espejo de Adolfo Boucher y nada ha encontrado alli; ha revuelto los libros de otros autores no menos sin fe, no menos probados por su enemistad contra los Jesuitas, y nada ha encontrado tampoco: se ha mirado luego á

si mismo, y solo ha encontrado el convencimiento de su propia impotencia. Y cuidado, que cuando el autor del reprobado *Retrato al daguerreotipo*, no reproduce siquiera una cita buena ó mala, no consigna siquiera un hecho cierto ó dudoso, no establece siquiera un antecedente venga ó no venga al caso, no encuentra en ninguno de esos autores que han plagado de errores y falsedades sus libros, una falsedad, un error que establecer como fundamento de su absurda tésis; prueba inequívoca es de que ni la mas ténue nube empaña en este punto el esplendente sol de los sucesores del gran Ignacio de Loyola, el apóstol Javier y Francisco de Borja. Solo la voz pública, dice, señaló á los Jesuitas con el dedo.... Esto, aun cuando nada supusiera para el caso, es un error. La voz pública calló, la voz pública no nombró á un jesuita siquiera, la voz pública repitió las palabras del execrable regicida cuando dijo una y mil veces que *ningun cómplice tenia*, y le despreció como hombre sin religion y de corazón duro cuando frente á frente con el suplicio que inevitablemente le aguardaba, osó decir, que á haberse dado muerte á cuatro ó cinco obispos él no se hubiera visto precisado á hundir su cuchillo en el pecho de un rey. Damiens era uno de esos hombres á quienes el hastío de la vida conduce directamente á la locura y al crimen; lo reconoce así el autor de nuestra impugnación, y debe reconocer tambien que en Damiens condujo á una cosa y á otra. Damiens era un criminal, Damiens era un loco; su razon y su corazón padecian un estravío cuyo peso no contrabalanceaba la religion, esa divina áncora salvadora á donde se agarran los desgraciados. El acontecimiento fué ruidoso, la Francia y la Europa entera se puso alerta para recoger las palabras que saldrian de los labios del criminal; pero aquellos labios no se despegaron sino para sonreir irónicamente en el tormento, con el cinismo de los réprobos, con el hielo de los locos. Cuando el fuego encendido en la pira por la mano del verdugo calcinó el último miembro del que fué Damiens, entre aquellas humeantes cenizas quedó guardado para siempre el secreto, si

lo hubo, y nadie, nadie en el mundo pudo sondear aquel impenetrable abismo.

Pero existia en Francia un numeroso partido, y á los impíos designios de ese partido la Compañía de Jesus hacia sombra. Voltaire nos ha descifrado el secreto, y cualesquiera que sean sus palabras, nunca podrán ser dudosas para los enemigos de los Jesuitas. Voltaire niega que los Jesuitas sean regicidas; Voltaire niega que los Jesuitas hayan atentado contra la vida de Luis XV; Voltaire dice que el mismo Damiens justificó á los Jesuitas, y finalmente Voltaire añade que si otra cosa decia, se constituiria en vil eco de los JANSENISTAS. Esta es la llave del laberinto. Por aquel tiempo ya la impiedad habia tirado descaradamente la máscara, ya la impiedad filosófica habia arrojado el guante á la divinidad católica, y los partidos rebeldes aguzaban en la oscuridad el puñal de las luchas morales que es la calumnia. Calumniados una y mil veces fueron los Jesuitas, calumniados fueron por los jansenistas, calumniados por todos los herejes, calumniados tambien á propósito de la tentativa de regicidio contra Luis XV; calumniados! lo repetimos en muy alta voz, porque el oráculo de los filósofos de la impiedad, en cuyas cavernas se forjó el agudo dardo, nos iluminó la oscuridad en que celebraban sus conciliábulos los impíos. Los jansenistas veian estrellarse todos sus malignos esfuerzos en el incontrastable escudo con que la piedad y la ciencia cubria á la Compañía de Jesus; los jansenistas incapaces de luchar frente á frente con los católicos, pidieron á la maledicencia lo que á la razon no podian pedir, y viendo en el atentado de Damiens un medio, explotáronle como medio tambien sin advertir que la farsa no era nueva, y que ya la Europa les habia absuelto de la acusacion que en Portugal y en la misma Francia les habian dirigido otras muchas distintas veces á propósito del rey José y de los dos Enriques. Por esto la nueva calumnia no encontró eco, porque aun los mismos filósofos de la impiedad, que eran á la sazón el partido mas poderoso y fuerte de

Francia, ya nada se prometian de esos cuentos á que nadie daba crédito; por esto negamos lo que dice el autor de nuestra impugnacion, que á falta de pruebas quiere suponer que la opinion pública señalaba con el dedo á los Jesuitas; ni la opinion pública hizo tal cosa, ni la absurda relacion salió del círculo fatal de los jansenistas, que en vano trataron de ganar á los filósofos sus dignos amigos, con semejante fábula: Voltaire en nombre de todo un partido la rechaza indignadamente.

Si á nosotros se nos preguntára ¿de dónde partió el golpe que hirió á Luis XV por mano de Damiens? diríamos que partió de Damiens mismo, y que si alguna secta pudo mover su ánimo fué la de los jansenistas, estos hijos primogénitos del heresiarca Calvino, cabalmente aquella que quiso echar este borron á los católicos, haciendo responsables de él á los genizaros de la Santa Sede, como llamaban á los Jesuitas los filósofos de la impiedad. No haremos sin embargo como nuestro impugnado autor que da fe á los hechos nada mas que porque así lo dice Adolfo Boucher: sentaremos en muy breves palabras los hechos, y al fin de ellos no diremos nada, no deduciremos nada, pero dejaremos que nuestros lectores deduzcan lo que sea lógico deducir. Roberto Francisco Damiens nació en 1714 en Tienlloy, y ya desde su niñez dejó vislumbrar de sobras lo que un dia debia esperarse de él, pues por sus travesuras criminales era conocido en todo el pais por *Roberto el diablo*. Dos veces se alistó en el ejército, y una de ellas encontróse en el sitio de Philipsburgo. De regreso á Francia entró en clase de criado en el colegio de los jesuitas de París, de donde salió en 1738 para casarse. Estas fueron las únicas relaciones que mediaron entre el regicida Damiens y la Compañía de Jesus. Despues que por su mala conducta fué despedido de varias casas de la capital, tuvo que emprender precipitadamente la fuga á consecuencia de habersele descubierto un robo de doscientos cuarenta luises de oro. En seguida anduvo errante por las inmediaciones de Saint-Omer por espacio de cinco meses; desde aquí se trasladó á Dunkerque y á

Bruselas , en cuyos puntos se le oyó declamar de una manera estravagante en favor del partido jansenista , al cual Luis XV habia tomado la resolucion de poner á raya , conducta que le valió el apodo de energúmeno de San Medardo. En Poperingue , pequeña poblacion junto á Ipres , oyéronsele pronunciar las siguientes significativas palabras : «Si yo vuelvo á Francia.... Y volveré , y moriré allí , y tambien morirá el mas poderoso de la tierra , y oireis hablar de mí.» Estas frases al parecer estravagantes , pero que la esperiencia demostró ser una emanacion de un plan desde mucho tiempo meditado , pronunciábalas el regicida en agosto de 1756 : el 31 del mismo mes regresó efectivamente á Paris. En los primeros dias del año siguiente viósele en Versailles , donde durante tres dias estuvo tomando fuertes dosis de opio. Sin duda se producía voluntariamente esta irritacion , para decidirse mas ciegamente por el partido del horrible crimen que cometió á las seis menos cuarto de la noche del 5 de enero.

Esto por lo que toca á los hechos que tuvieron lugar : si ahora intentamos analizar la parte moral de aquel ánimo pervertido , encontraremos que todos los contrastes mas heterogéneos tenian cabida en su alma. De un lado vanidoso y buscando de continuo un medio para hacerse célebre , de otro picado de curiosidad y noticiero de oficio : taciturno en su carácter , obstinado en sus proyectos , atrevido en su ejecucion , sin rubor por su deshonra , mentiroso , tan pronto hipócritamente devoto como fanáticamente malvado ; criminal sin corazon ó abrumado bajo el peso de sus aparentes remordimientos , en continua irritacion producida por los ardores de su sangre siempre en ebullicion , incomprensible como hombre cuerdo , incurable como loco , antes y despues del crimen , en su vida y en su muerte ofreció un problema de difícil resolucion. Sin embargo , establecidos estos antecedentes , verídicos porque están tomados de la obra de M. Le Breton , magistrado presencial del hecho , vengamos á las consecuencias. Damiens reunia para ser un regicida las graves circunstancias de ser malo

por natural desde niño , de haberse dado al crimen sin pudor alguno , de padecer la manía de singularizarse y hacerse célebre , y de pertenecer á la clase de los fogosos predicadores jansenistas , que do quiera predicaban contra el rey , porque el rey habia querido poner un término á sus planes anti-católicos. No diremos cual de estas causas armó su brazo ó si fueron todas á la vez , lo que sí diremos es que de todas estas causas no resulta el mas mínimo indicio para presumir la mas remota complicidad en individuo alguno de la Compañía de Jesus. El autor de nuestra impugnacion quiere que recaiga alguna sospecha en el cardenal de Fleuri; pero bastará decir para desvanecer toda presuncion , que á la época de la tentativa de asesinato contra Luis, el cardenal de Fleuri habia muerto. Además, diremos á nuestro autor impugnado, que así como él encarga no confundir á este Fleuri cardenal con el Fleuri abate , nosotros le encargamos no le confunda tal vez con Carlos Fleuri, por cuanto Andrés Hércules de Fleuri , cardenal de este nombre, nunca fué jesuita ni cosa parecida ; y no lo decimos porque temiéramos que un hombre de su calidad pudiera comprometer el buen nombre de la Compañía , antes por al contrario, este prelado como preceptor de príncipes fué un digno sucesor de Bossuet y Fenelon , como ministro caminó dignamente sobre las huellas del español Cisneros , timbre esclarecido de las iberras glorias. En vano pues el anti-jesuitismo trata de fingir lo que no es , en vano quiere hacer responsable á la Compañía de Jesus de un delito que abominó y condenó , en vano da tortura á su imaginacion para dar con un antecedente en que apoyarse siquiera sea delgado y flaco como un cabello.... sus fiscalizaciones se tornan elogios , y cuanto mas quieren deprimirlos mas ensalzan á los dignos hijos del inclito fundador San Ignacio de Loyola. Voltaire tiene razon , Damiens justificó á los Jesuitas del crimen de regicidio : Voltaire no ignoraba sin duda por qué manos fueron aguzados los puñales de Clemente Ravailac y Damiens. El que finja ignorarlo , pregúntelo á los que anegando la Francia en un mar de san-

gre levantaron el cadalso de Luis XVI y Maria Antonieta.

No nos cansaremos de repetirlo porque es una leccion para el porvenir; á mediados del pasado siglo, un partido filosófico se desenmascaró, combatiendo cara á cara á un partido religioso. Ambos contendientes tenian esforzados campeones, pero no eran unas mismas las armas con que combatian: mientras el partido católico con el valor que presta la fe y la resignacion que conduce al martirio, predicaba en beneficio de los pueblos que se encaminaban al abismo; los filósofos de la impiedad, que estaban interesados en un desquiciamiento social, vibraban contra tan nobles espadas los viles puñales de las pasiones escitadas por la calumnia. A este efecto se combinó un plan terrible, y las víctimas fueron acusadas de los delitos que cometieron sus verdugos. A los Jesuitas se les atribuyó la doctrina del regicidio, á los Jesuitas quisieron hacer responsables de la tentativa de asesinato contra Luis XV; pero díganos el autor de nuestra impugnacion, los verdaderos regicidas del siglo XVIII, los que abusando del desencadenamiento revolucionario, hicieron rodar en el cadalso las cabezas coronadas, los que atropellando toda clase de leyes divinas y humanas hicieron entrega al verdugo del nieto de S. Luis ¿eran los hijos del gran Loyola, eran los Padres de la Compañia de Jesus? ¿Eran por ventura jesuitas Robespierre, Danton, Marat, y aquellas furias que agitaron en Francia la fatídica antorcha de todas las mas innobles y sangrientas pasiones revolucionarias? Estos fueron los regicidas, estos fueron los que uno á uno clavaron el arma homicida en el corazón de los monarcas y de la monarquía. Y sin embargo este calificativo ¡regicidas! que en todo rigor de derecho les comprendia, quisieron hacerlo pesar sobre la Compañia de Jesus, pero vanamente, porque la Compañia supo contestar á esos malignos fuegos y destruir las baterias de sus arteros enemigos. Por eso al presente, en que la luz de la razon ha disipado ya las tinieblas en que algunos hombres sumieron voluntariamente los hechos culminantes de algunas épocas culminantes tambien,

ya los autores de ideas como las del de nuestra impugnacion se ven precisados á acusar de una manera vaga á los Jesuitas, por cuanto no se atreven á consignar un solo hecho por temor de ser desmentidos de una manera ignominiosa. Nosotros por al contrario consignamos datos irrecusables que testifican la plena inocencia en qué estuvieron los Jesuitas por lo que toca al crimen de Damiens: y si los fanáticos por un partido, si los acalorados oradores de este partido pueden hacer en cierto modo responsable de los crímenes que cometen á este partido, cuando la esperiencia demuestra que entre las ideas del partido y la índole del delito hay una perfecta analogía, nosotros nos atrevemos á acusar á los jansenistas del siglo XVIII por el delito cometido por Damiens, jansenista como ellos y como ellos arrebatado partidario de esas máximas que cabalmente como una fortaleza contra otra se alzaban ante el alcázar del catolicismo, defendido por sus bizarros y constantes aliados los ínclitos PP. de la Compañía de Jesus. Esta es nuestra refutacion, que no dudamos un momento será apreciada en todo lo que vale: pudiéramos estendernos mucho mas, pero las buenas causas, cuando se presentan claras, no creemos necesiten difusos defensores ¹.

1. Véase desde la página 581, hasta la página 621 inclusive de esta obra.

CAPITULO XLII.

EL P. GIRARD Y LA CADIERE.

Todos los medios son aceptables cuando conducen á un buen fin : esta es la máxima que se atribuye á los Jesuitas , y que nosotros por al contrario queremos poner en boca de los impíos , diciendo , los medios mas reprobados son admitidos por los irreligiosos como conduzcan á un mal fin , que es el objeto de los impíos. Hubo una época en que el fin de los anti-católicos era la abolición de la Compañía de Jesus ; los medios que para ello se emplearon eran dignos del objeto y de los causantes de este objeto. Ya antes hemos visto como no hubo crimen que no se atribuyera á los hijos del ínclito Loyola : no parecia sino que en sus tiempos todos los hombres eran buenos , y que solo los Jesuitas ponian en juego todas aquellas malas pasiones que de otro modo hubiesen permanecido adormecidas. Si hubo intrigantes , los Jesuitas les enseñaron la intriga ; si hubo ambiciosos , los Jesuitas despertaron esta ambicion ; si hubo conspiradores , los Jesuitas promovieron estas conspiraciones ; si hubo regicidas , los Jesuitas les inculcaron estas máximas..... A lo dicho , los hombres de los siglos de los Jesuitas pertenecian á la humanidad perfeccionada , y los Jesuitas eran las serpientes tentadoras de estos hombres. Faltaba empero acusarles de un crimen , pero como nada mas fácil que acusar á un hombre y nada mas fácil que pretender que por un hombre se desacredita una comunidad , una órden , los inventores de mil tramas contra los Jesuitas, inventaron una mas y creyeron logrado su objeto. Pero nada tampoco mas fácil que volverse contra el que

las dispara las saetas de la calumnia, y encontrar el descrédito allí donde algunos creyeron encontrar la honra. Hemos visto ya como el jansenismo, ó sea el calvinismo, el jansenismo, ese enemigo de la Compañía de Jesus en el siglo XVIII, lanzó un dardo contra los Jesuitas á propósito del crimen de Damiens; ahora faltaba acusarles de seductores... No habian de detenerse ante esta pequeñez los que falsificaban Bulas pontificias, y para hacer sospechar de los Jesuitas hacian subir al cadalso en Portugal una familia entera de nobles inocentes á quienes deshonoró primero y martirizó en seguida. Tratando de buscar víctima, le cupo tan terrible suerte al P. Girard, buscando medio se lo proporcionó Catalina Cadiere. llamada por unos la hermosa Cadiere y por otros la loca Cadiere.

Juan Bautista Girard nació en Dole en 1680, haciendo célebre muy luego su nombre por la especialidad de sus talentos. Despues que se distinguiera como profesor de humanidades y de filosofía, consagróse á la predicacion y á la direccion espiritual de las almas, empleos que llenó con tanta asiduidad como buen éxito. La gran fama que adquirió por sus virtudes y elocuencia persuasiva, dones que no puede negarle el autor de nuestra impugnacion, hicieron que muy pronto su confesionario se viese rodeado de multitud de mujeres, muchas de las cuales, notables por su desordenada conducta, cambiaron enteramente de vida, y en la soledad del claustro pidieron á Dios de todo corazon que el arrepentimiento borrara sus antiguas faltas. En 1728 se le nombró director del Seminario real de marina en Tolon, en cuya ciudad conquistó igual fama de sabio, prudente y virtuoso que habia tenido en Aix. Entre las numerosas penitentas que frecuentemente se encontraban arrodilladas ante el P. Girard, encontrábase Catalina Cadiere, jóven de diez y ocho años, corazon exáltado y dominada de una pasion especial.

Esta pasion consistia en un deseo vehemente de hacer hablar á todos de sus virtudes. Si estas eran reales ó fingidas, si la Cadiere era una santa ó una loca ú otra cosa peor, no lo dire-

mos nosotros , ni tampoco lo ha dicho el autor de nuestra impugnacion : los hechos en que tomó parte nos inclinan á opinar que esta mujer padecia una de esas afecciones que teniendo origen en el corazon , acaban por impresionar funestamente la cabeza. Quizás por voluntad propia nunca hubiera sido mala , pero su índole se prestaba á servir de instrumento como sirvió para un mal fin. La penitenta al parecer tenia particular predileccion por el P. Girard , cabalmente porque este jesuita la predicaba de continuo , y la Cadiere en su acalorada fantasia llegó á creer que cuantas mas penitencias y mas rigores se impondria, mas llegaria á estenderse la fama de sus virtudes. Es particular la reputacion de santidad que esta mujer gozaba entre la clase baja , y especialmente entre los marineros : referiales como muchas veces tenia divinos éxtasis y visiones , y muchos la daban crédito , y aun su mismo confesor creyó en un principio realidad las visiones de esa mujer , encaminadas á un fin desconocido ó quizás no motivadas por mala intencion alguna sino hijas de una fantasia acalorada. No obstante , el P. Girard creyó ver en la conducta de su penitenta algo que diferia bastante de su virtuoso empeño , y fuese defecto fisico ó vicio moral , el caso es que procuró alejar de sí buenamente á la Cadiere , lo cual consiguió no sin mucha resistencia de parte de ella. Desde entonces tomó esta por director espiritual un famoso jansenista , y por lo mismo muy conocido por el odio que profesaba á la Compañía de Jesus, el cual creyendo por este medio abrir inmensa brecha en la muralla de los Jesuitas dió á entender á su penitenta que escribiera una deposicion y en ella acusára al P. Girard de haberla seducido , y que despues de haber abusado de su candidez la habia hecho perder el fruto que llevaba. Para que se vea la malicia que entrañaba la acusacion , no hay mas que atender á que como por el delito de infanticidio mas rea se hacia la mujer que el Padre , aquella para evitar el castigo correspondiente á un crimen que sin embargo no habia existido, acusó á Girard de mago y hechicero. Esta acusacion prueba al par que la falsedad del cargo , la

impudencia y el cinismo con que Catalina Cadiere echaba su honor por el lodo y consentia su deshonor á trueque de su venganza. Como Catalina gozaba de gran prestigio entre el pueblo, la noticia de su deposicion corrió instantáneamente por toda la poblacion, y el dia de la vista de la causa toda la marinería y populacho asediaban desde las primeras horas de la madrugada la sala de la audiencia, y á voz en grito pedian el castigo del jesuita, sin saber todavía si Girard era un seductor ó Catalina una calumniadora. A pesar de esta ignorancia, estaba el populacho tan bien preparado, que distintas veces se hizo temible una explosión revolucionaria y las tropas se vieron en la necesidad de hacer uso de las armas. Los agentes que instigaban secretamente á estas masas no se cansaban de señalar á su venganza al jesuita, á fin de que el clamor de esas turbas sangrientas intimidara el ánimo de los jueces, que segun concede nuestro impugnado autor no las tuvieron todas consigo en algunos momentos. Ahora bien, la prueba mas completa de la inocencia del P. Girard es que á pesar de esas robustas y temibles prevenciones, á pesar de esas amenazantes conflagraciones y de esos gritos de muerte proferidos por una muchedumbre escitada ocultamente por algunos enemigos de los Jesuitas y de la religion, á pesar de que en el año de la ocurrencia 1731 la estrella de los Jesuitas habia palidecido y tocaba ya en su ocaso momentáneo, á pesar de que una sentencia absolutoria podia poner en gran riesgo á los magistrados que la dictaron, á pesar de todo esto, decimos, el tribunal absolvió al P. Girard y mandó que la acusadora fuese encerrada en un convento, castigo harto blando si se considera la enormidad de la calumnia y las funestísimas consecuencias á que pudo haber dado lugar. ¿Se quiere una prueba mas plena de la inocencia del acusado?

La historia conserva aun el nombre del jansenista que contribuyó á la deposicion de la Cadiere; Nicolás se llamaba y era ardoroso discípulo de la doctrina del hereje Quesnel. Conserva asimismo la historia la relacion de un hecho que es la llave de

este enigma. La Tour du Pin de Montauban, obispo de Tolon, testigo de gran peso é intachable, remitió su declaracion por escrito al tribunal, y al propio tiempo dirigió una Memoria al Parlamento. En ambos documentos decia, que habiendo puesto entredicho al nuevo confesor Nicolás y al P. Cadiere, por haber hecho representar públicamente á su penitenta y hermana el papel de poseida, estos dos desgraciados se le presentaron al dia siguiente rogándole les devolviera sus licencias ó de otro modo se las recogiera asimismo al P. Girard. Denegóse el obispo á esta peticion, y entonces los dos suplicantes le amenazaron con llevar el asunto á los tribunales, diciendo que ellos sabian como perder al P. Girard, y añadiendo que como se decidieran para ello, nada habia de faltarles en lo sucesivo, puesto que de resolverse á hacerlo *se les habia ofrecido la cantidad de cincuenta mil libras*. Estos son los acusadores de la Compañía de Jesus, y todavía hay quien se estrañe y declame en contra de la sentencia absolutoria del tribunal..... Sin embargo, no la dieron los magistrados sin reunir antes las mas robustas pruebas, y todos los insultos de los abogados acusadores, todas las farsas mímicas de Catalina, se desvanecieron ante una prueba plenísima de los abogados del acusado: esta prueba fueron las cartas originales del jesuita Girard á Catalina Cadiere, cuyo contenido probaba hasta la evidencia cuan engañado tenia la penitenta á su confesor. Estas cartas no puede recusarlas nuestro impugnado autor, porque obran en el proceso que en seis volúmenes se imprimió á su tiempo en Francia.

He aquí vindicado el honor del P. Girard que se habia querido poner en tela de juicio. Acusando al jesuita se ha querido acusar á toda la Compañía de Jesus; mala máxima es, pero ya que así se ha pretendido, la defensa de uno solo sirva asimismo para todos los hijos del gran Loyola, aunque en este particular bien defendidos están por ellos mismos. Nosotros que acostumbramos á sacar partido hasta de las acusaciones que se dirigen á estos esforzados campeones del catolicismo,

queremos que conste por estos hechos, que efectivamente existió en el siglo XVIII un terrible complot para perder en el concepto público á los Jesuitas, que ese complot es el que inventó sangrientas farsas de regicidio y obscenas fábulas de seductores, que este complot anduvo dando tropiezos hasta que otros mas poderosos tomaron sobre sí el compromiso de acabar con la Compañía, y que hoy dia en que han desaparecido de la escena europea los Pombal, Choisseul y satélites, la sociedad ha hecho justicia á los calumniados y la hora de la rehabilitación ha sonado para ellos. Por esto nada adelanta nuestro impugnado autor con hacerse eco de las anticuadas calumnias que asimismo Adolfo Boucher almacenó antes en su libro: si no tiene otras armas con que combatir á los Jesuitas, si no tiene otras pruebas con que justificar sus acusaciones, todas las calumnias parecidas á las de la Cadriere son muy poca cosa ó nada para desacreditar á la Sociedad madre de S. Luis Gonzaga y otros cien modelos de virtud.

Que los enemigos de los Jesuitas no reparan en los medios cuando se trata de desacreditar á la Compañía, es cosa que de puro sabida la teníamos olvidada; pero que pudiera faltarse á la historia de un modo tan impudente como se ha faltado á propósito de la fingida herencia de Ambrosio Guys, es cosa que nunca se nos habia ocurrido, ni aun pudimos pensar remotamente en ella. Supone nuestro impugnado autor, y le hacemos la justicia de creer que en este punto como en muchos otros no ha sido mas que el eco de una antigua calumnia, que Ambrosio Guys era un hombre riquísimo á quien los jesuitas de Brest comprometieron y engañaron hasta el punto de robarle, esta es la verdadera espresion, sus capitales, procurando despues su muerte por medios criminales y negándose á hacer entrega así del cadáver como de la fortuna. Esta farsa que data del año 1716 se desvaneció plenamente, se pulverizó en átomos de un modo tan solemne y público, que ninguno osó dudar por un momento de la inocencia de los Jesuitas en este particular. A pesar de esto el autor de nuestra impugna-

cion, no tan solo la da crédito, sino lo que es mas afirma formalmente que la Compañía de Jesus fué condenada á restituir ocho millones á los herederos de Ambrosio Guys. Nosotros negamos el hecho, y si nuestro impugnado autor lee este libro, por fuerza tendrá que opinar con nosotros y confesar la torpe calumnia de que en el siglo XVIII fueron víctimas los Jesuitas.

La verdad del hecho es la siguiente: En 1716 un artesano marsellés llamado Espíritu Berenguer, y Honorato Guerin, sacerdote suspenso por su obispo, llegaron juntos á Brest, reclamando una fortuna de mas de dos millones que debió dejar segun ellos uno de sus parientes llamado Ambrosio Guys, que creian habria muerto en Brest hácia el año 1701. Cuantas diligencias al efecto se practicaron no dieron el menor resultado, por cuanto nadie se acordaba de haber conocido á un hombre tan poderoso y aun la autoridad local nunca oyó hablar de él. Transcurrieron vanamente dos años, y nadie tenia presente ni al muerto ni á sus herederos, cuando repentinamente los Jesuitas fueron acusados de haber acogido á Ambrosio Guys, que desembarcára enfermo, y haberle despojado de sus tesoros. Decíase mas, decíase que Guys habia sido muerto por los Jesuitas, y que el abate Rognant, cura de la parroquia de San Luis habia hecho transportar el cadáver al hospital, donde habia sido enterrado.

La acusacion era formidable, y por esto mismo los Jesuitas se aprestaron para la defensa con las mejores armas que hallaron á mano: el gobierno por su parte quiso tomar cartas en el asunto y comisionó á Le-Bret, primer presidente del parlamento de Aix, para instruir este espediente. Este magistrado que á su elevado cargo reunia el de intendente de la provincia, dió orden para que fueran interrogados los parientes de Ambrosio que habitaban en Marsella. Todos declararon unánimes que Guys ya viejo y en el estado mas deplorable que darse pueda, se embarcó para Alicante en 1661, y que por diversos conductos habian tenido noticia de que no habia hecho mas fortuna en España que en Francia. No satisfecho aun

el presidente citado escribió á Alicante, y desde esta ciudad le fué remitida por la parroquia de Santa María el óbito que obraba en los libros de sus archivos á la página 258 y decia lo siguiente: «Ambrosio Guys, francés de nacion. El viernes 6 de noviembre de 1665, *por amor de Dios*, se enterró al susodicho en esta iglesia, con asistencia de todo el clero, en cumplimiento de lo dispuesto por el vicario general foráneo de esta ciudad de Alicante y su partido.» Esta acta, legalizada por tres escribanos y refrendada por el cónsul francés, era el mentís mas completo que podia darse á los autores de la villana acusacion dirigida contra los Jesuitas. En efecto, ¿qué riquezas eran las de un hombre á quien se enterró *por amor de Dios*, ni cómo fué engañado y muerto por los jesuitas de Brest y enterrado en el hospital de S. Luis de esta ciudad, el que murió en Alicante y fué enterrado en su parroquia de Santa María? — Todos cuantos habian dado fe á las maledicencias de la calumnia, se vieron precisados á enmudecer ante este irrecusable testimonio que sellaba todas las bocas. A mayor abundamiento el parlamento de Bretaña, á cuyo tribunal habian deferido el conocimiento de esta causa los propios herederos de Ambrosio Guys, despues de repetidas y minuciosas informaciones y averiguaciones, absolvió á los PP. Jesuitas de la acusacion, facultándoles para demandar en juicio una indemnizacion por los perjuicios que el proceso pudo haberles ocasionado. ¿Se quieren todavía mas pruebas de falsedad tan evidente?

Ya los herederos de Ambrosio Guys se habian olvidado de esta herencia y la fábula estaba muerta como otras mil que en cien distintas ocasiones habian circulado contra los Jesuitas, cuando la calumnia que nunca muere, inventó el medio mas desatinado que darse pueda y el mas criminal que pudiera habersele ocurrido. Era en aquel tiempo en que el funesto Pom-
bal se encontraba en el apogeo de su poder, y sus intrigas anti-jesuitas encontraban eco en las cortes de España y Francia. Entonces apareció en este último reino un documento destina-

do á hacer revivir la cuestion de la millonaria herencia de Ambrosio Guys: este documento se titulaba: *Sentencia del consejo de estado del rey, condenando á todos los Jesuitas del reino solidariamente á devolver á los herederos de Ambrosio Guys los efectos de su herencia, ó á entregar por via de res- titucion la cantidad de ocho millones de libras.* El 3 de marzo de 1759 tuvieron noticia los jesuitas de Paris de este decreto. La audacia de sus autores era inusitada, pero nada de particular por otra parte tenia que fingieran un decreto del parlamento, los que le habian fingido del rey y tambien del Papa. Pero el consejo de estado, cuya honradez ajaba el apócrifo escrito, quiso volver por su honra, y el 30 de marzo espidió una sentencia anulando el supuesto edicto. Esta sentencia que se conserva aun en los registros del parlamento, decia entre otras cosas: «Su Majestad ha creido no deber dejar subsistir la creencia de un decreto que nunca ha sido espedido, y á su justicia corresponde hacer castigar severamente á cuantos sean convencidos de haber tenido parte en la fabricacion de dicha sentencia, ó de haberla impreso, vendido, ó de cualquiera otra manera haberla hecho circular entre el público.»

La falsificacion era en efecto digna de un escarmiento, y el autor del falso decreto le hubiese sufrido riguroso, si temiendo la fatal suerte que le estaba destinada, no hubiese convertido el calabozo donde estaba preso en teatro de su suicidio. Este es el fin que tuvo el decreto apócrifo que como poderosa arma blandia el autor de nuestra impugnacion. Si se hubiera tomado el trabajo de estudiar á fondo el hecho y no fiarse de las apariencias, probablemente no hubiera incurrido en tan capitales errores ni le hubiéramos desmentido de una manera tan pública.

Al final del capítulo que vamos contrarestando en este nuestro, inserta el autor de nuestra impugnacion un estenso edicto del parlamento de Ruan por el cual se declara abolida la Compañía de Jesus en aquel distrito, sus individuos son desterrados, y conminados con graves penas cuantos tengan direc-

tas ó indirectas relaciones con los Jesuitas. No podemos atinar á qué viene tal decreto en tal sitio : si es para que sepan sus lectores que los Jesuitas fueron abolidos por los parlamentos, pocos habrá que lo ignoren , y que ignoren asimismo qué clase de opiniones dominaban á esos parlamentos que se adelantaban ilegalmente á los decretos de la corona y á las decisiones de la Santa Sede, es decir, que atropellaban sin consideracion á la Iglesia y á la monarquía. Si es para continuar los considerandos de la sentencia, en verdad no merecian ellos ser continuados, pues nada nuevo se consigna en ellos, ni menos prueban en modo alguno que la Compañía se hubiera hecho rea de los delitos de que se la acusa. Esta sentencia es mejor que todo esto la espresion del odio que algunas determinadas personas profesaban á los Jesuitas , es el primer soplo del huracan impío-filosófico y revolucionario que devastó la Francia pocos años despues. Por lo que toca á las acusaciones de que los Jesuitas son víctimas en este documento, á tres se reducen , las tres pulverizadas de antemano. Una de ellas es la de los regicidios , y aun los miembros del tal parlamento tienen atrevimiento de decir que á la relegacion de los Jesuitas les mueve el interés que se toman por la seguridad de las personas de los soberanos, amenazadas por los discípulos del gran Loyola: esto dicen los señores parlamentarios , cuando ellos fueron quienes poco tiempo despues levantaron un cadalso para cada noble, y el primero de ellos para los reyes de Francia, *cuyas vidas hacían peligrar los Jesuitas.*

La segunda acusacion se reduce al supuesto despotismo del general de la Compañía , argumento de que ya nadie se habia acordado por viejo y que todos habian despreciado por ridiculo. Pero en fin algo habian de decir los parlamentarios, y nada tiene de particular que el que nada sin esperanza se acoja á una tabla por mala que sea. La tercera acusacion inculpaba á los Jesuitas el sostener errores contrarios á la Religion católica. Este es el colmo de la ignorancia ó de mala fe. Acusar de no católicos á los Jesuitas, es decir , al baluarte que el gran

Ignacio de Loyola puso bajo pié de guerra para combatir á Lutero y todos sus sucesores, á los ilustres sacerdotes que durante su vida se consagraron á la defensa de la Santa Sede y de su infalible doctrina, á los esforzados campeones que tienen el honor de ser motejados por los filósofos de la impiedad con el noble epíteto de *columnas del catolicismo*, llamar á los Jesuitas anti-católicos y acusar á la Compañía de sostener opiniones no católicas, es negarse á la evidencia, cerrar los oídos á la verdad y el corazón á la justicia. ¿Y quiénes son los que ponen en duda las opiniones jesuíticas tocantes á religion? Los miembros de un parlamento, los miembros de uno de aquellos tribunales filósofos, anti-religiosos y revolucionarios que dieron la mano á la revolucion del año 89 para que paseara por la Francia su orgullosa mirada y su antorcha devastadora. Uno de esos tribunales, padres de ese engendro monstruoso y anti-católico, que dió por resultado el endiosamiento de la razon, cuya imagen en los altares sustituyó la del Crucificado, como la de algunas infames cortesanas reemplazó en las capillas la de aquella Purísima Virgen, que desde el cielo rogaba porque cesáran tan sacrílegos atentados. Y estos hombres que tenían por norte, segun nos descifran cien autores de entre ellos mismos, derrocar la Compañía de Jesus porque sobre ella estribaba el edificio de los católicos franceses, cuya ruina vanamente intentaron los impíos, esos hombres, repetimos, acusan de anti-catolicismo á los Jesuitas... Vanamente lo hacen, porque el espíritu religioso de los hijos del ínclito Loyola es harto público y notorio, como y tambien que á usanza de los antiguos, su fe y solo su fe costó la vida á esos mártires de sus creencias. No hubieran sufrido tantas persecuciones, si su conciencia les hubiera permitido transigir con las impías exigencias de los filósofos del siglo XVIII.

Por lo tanto, el decreto del parlamento de Ruan nada prueba, nada supone contra los Jesuitas; primero porque sus considerandos han sido desmentidos uno á uno de una manera incontrastable; segundo, porque el parlamento no tenia faculta-

des para abolir de la manera que lo hizo una sociedad religiosa; y tercero, porque aun estas mismas censuras del parlamento son á los ojos de las gentes católicas y sensatas otros tantos timbres de gloria con que engalanan el templo de sus martirios, pues como dijo diferentes veces el gran Richelieu, muchos quieren á los Jesuitas nada mas que por la clase de enemigos que tienen. Tan cierto es que hay calumnias que ennoblecen al inocente que es objeto de ellas.

Nuestro impugnado autor que siempre ha huido las batallas campales, prefiriendo plantear las cuestiones en el campo de las individualidades, ya que no pueda herir á toda la Compañía de Jesus, intenta hacerlo con el jesuita Busembaum, y no Bousembaux, suponiéndole autor de un libro que encierra doctrinas casuistas. No es de nuestra incumbencia probar, como podríamos hacerlo, que en todo caso Busembaum solo reprodujo ideas que encontró en los libros de aquellos mismos que despues le acusaron por ellas. Tampoco nos detendremos en probar que ese *casuismo* era ignorado del mismo que ignorándolo le transcribia en sus libros.... Que Busembaum pensara de esta ó de aquella manera, en nada afecta á la totalidad del ilustre instituto del gran Loyola; además escribia segun las doctrinas que en su tiempo estaban en boga, y nadie le negará que á una virtud sólida no reuniese una vasta erudicion.

CAPITULO XLIII.

LA CONSPIRACION DE LA PÓLVORA.

INUAGURA nuestro impugnado autor la tercera parte de su obra haciendo un extracto de cuantas calumnias, fábulas y cosas peores ha sembrado en su obra: pero como en otra ocasion ampliamente hemos refutado victoriosamente cuantas acusaciones se han dirigido contra la Compañía, nos parece de todo punto inútil repetir ni detalladamente ni en extracto aquello mismo que se ha dicho ya á los lectores. En esta revista de crímenes, que el autor de nuestra impugnacion ha tenido el original capricho de pasar, ninguna novedad encontramos, salvo el pleno convencimiento que hemos adquirido de que el odio anti-jesuitico le ha privado hasta de aquel espíritu de nacionalidad, último que se desarraiga del corazon del hombre. El autor del anti-verídico *Retrato al daguerreotipo* reniega de las conquistas de Felipe II, nada mas que porque el monarca era católico y como tal amigo de los Jesuitas. (En otro lugar de su reprobada obra ha dicho que Felipe *el prudente* era enemigo de la Compañía de Jesus.) Imposible nos parece que un español pueda condenar aquel tan glorioso período de la historia de su patria, y solamente podemos atinar con la llave de este proceder, suponiendo que el autor de nuestra impugnacion ha copiado en este punto á su espejo Adolfo Boucher, el cual como francés no podria perdonar á Felipe II el delito de haber ganado la célebre batalla de San Quintin, y haber conducido los ejércitos españoles hasta el pié de los muros de Paris, cuya ciudad por compasion no asaltó.... Felipe II tiene

un derecho al respeto de todos los historiadores y de todos los buenos españoles.

El autor del censurado *Retrato al daguerreotipo*, á falta de sólidos argumentos apela al recurso del terror, y siembra su obra de relaciones de ajusticiamientos y descuartizamientos, de modo que toda ella no parece sino un cementerio de ahorcados. Los suplicios que describe son asquerosos, inhumanos y anti-civilizados, y ciego en su odio, no repara que de este modo sirve admirablemente la causa de los Jesuitas, puesto que al paso que hace una pintura exacta de la situacion de aquella época de hierro, prueba hasta la evidencia por repetidos ejemplos, que los enemigos de la Compañía de Jesus y de sus apostólicos trabajos eran tan anti-religiosos como feroces, cosas que raramente dejan de ir juntas: diganlo sino las persecuciones de los emperadores en la época de los mártires, época que no se ha perdido, felizmente, para las nobles víctimas y por desgracia de sus verdugos.

Pero traslademos el lugar de los acontecimientos á un punto nuevo: sea Inglaterra el teatro de las nuevas luchas sostenidas por la Compañía de Jesus; y puesto que al autor de nuestra impugnacion le place hablar de la conspiracion de la pólvora, uno de los hechos mas notables del Reino Unido, hablaremos de ella, tomando la cuestion en su verdadero punto de vista. Para ello será indispensable que en rápido bosquejo tracemos el de un terrible período de la historia de tres soberanías harto célebres.

Las persecuciones contra los católicos comenzaron en tiempo de Enrique VIII, cuya locura le hizo ambicionar dos títulos supremos, el de rey y el de papa, fiando al hacha del verdugo la escomunion de todos aquellos que no querian obedecer á este raro pontificado. Sobrevino despues el reinado de María Tudor, tan calumniado por los autores protestantes, y la nacion entera, libre del yugo que le impusiera el sanguinario y lujurioso Enrique, volvió á entrar sin esfuerzo y como por una pendiente en la religion católica, de que la habían momentá-

neamente alejado la violencia y la astucia. El partido católico era el mas numeroso de Inglaterra, y protegido por la reina iba á ser indudablemente el mas fuerte cambiando los destinos de la Inglaterra, cuando la Providencia, cuyos decretos son impenetrables, quiso que la muerte prematura de esa celosa protectora de la religion dejara sin acabar tan hermosa obra, pasando el trono de Inglaterra á su hermana Isabel, corazon sin fe y de hiena, y cuya religion era acomodaticia á las circunstancias. Su conciencia seguia el movimiento de sus intereses; y tal vez con dificultad se encontrarian en la historia hombres tan profundamente perversos como los ministros de que se rodeó, políticos de una habilidad verdaderamente infernal, y que supieron aprovecharse de ella halagando las pasiones de la reina, abusando de sus lúbricas debilidades, cuyo secreto habian descubierto, y conduciéndola á su ruina por un sendero tapizado de flores. A tenor de los divinos principios de la religion católica, el matrimonio de sus padres Enrique VIII y Ana Bolena era ilegítimo, y por tanto la corona de Inglaterra pertenecia en todo rigor á la desventurada María Stuardo, reina de Escocia, que ya en otra ocasion habia intentado hacer prevalecer estos derechos. En este estado, el consejo presidido por Isabel resolvió que la religion que declaraba bastarda á la reina, no podia en manera alguna ser la buena religion, y por tanto la razon del egoismo y la ley de la conveniencia propia aconsejaban á Isabel que se echára en brazos de los protestantes, los cuales á buen seguro no reparaban en bastardías.

Semejante conducta la proporcionaba la enemistad de una gran parte de sus súbditos, enemistad que podia serla tanto mas peligrosa en cuanto María Stuardo, que por muerte de Francisco II se habia quedado reducida á su simple reino de Escocia, atravesó nuevamente el mar, sino como rival de Isabel, cuyos derechos habia reconocido, al menos como heredera suya, cualidad que no han osado disputarla sus mas acérrimos enemigos. En las virtudes de esta desventurada princesa descansaban las esperanzas de los católicos, al paso que eran

un objeto de terror para sus opresores , circunstancia que la valieron toda clase de persecuciones y calumnias , hasta tanto que la infeliz María abrumada bajo el peso de su desgracia , vino á ponerse en manos de su mayor enemiga. Libres ya los ministros de Isabel de la inquietud que les inspiraba la desventurada escocesa , creyeron que habia sonado ya la hora del es-terminio para los católicos. Entonces comenzó la mas violenta persecucion contra la Iglesia de que exista memoria desde los césares romanos : las multas , confiscaciones , calabozos , tormentos y cadalsos , fueron otros tantos medios de que se valieron los tiranos. La mayor parte de los sacerdotes morian en el cadalso con el suplicio de los traidores , que consistia en colgarles de una horca para infamarles , y á los pocos momentos cortaba el verdugo la cuerda , abria con su cuchillo el pecho del sentenciado , le arrancaba el corazon , y en seguida partia el cuerpo en cuatro pedazos. Semejantes descripciones son el cúmulo de la barbarie y de la asquerosidad ; ningun ser humano puede ser partícipe de los sentimientos de estos hombres sanguinarios , y por fuerza el nombre de esos verdugos ha de pasar á la posteridad manchado con la sangre inocente de sus víctimas. Pero basta , Dios habrá pesado ya estos crímenes en la balanza de su justicia.

No era menos triste la suerte que esperaba á los laicos , los mas de los cuales por el solo delito de ser católicos morian en inmundos calabozos donde estaban hacinados , y los mas dichosos de los perseguidos eran los que morian de miseria , despues que arbitrariamente se les habia despojado de todos sus bienes. Un gran número de ingleses se espatriaron voluntariamente de una tierra donde les era forzoso optar entre la apostasía y el martirio , y los mas desventurados fueron aquellos que por sustraerse á una ruina ó muerte inevitables , fingieron aparentemente dar su aprobacion á unas leyes que de todo corazon detestaban. Esto no lo decimos nosotros , lo dice la historia , y por desgracia lo dice tambien el estado actual de la Irlanda católica , que prueba evidentemente las fatales conse-

cuencias de la política seguida por los sucesores de los ministros de Enrique VIII é Isabel, dos soberanos, los mas crueles y cínicos de que hacen mencion las historias.

Por efecto natural de todos estos rigores sucedió, que como los sacerdotes mártires de su religion no tenian quien les reemplazara, los pocos que quedaban en Inglaterra previeron que en breve término el culto católico quedaria abandonado en el reino por falta de ministros. Un piadoso eclesiástico llamado Guillermo Allen, á quien el autor de nuestra impugnacion llena de denigrantes epítetos, sin duda por ser un modelo de virtud, queriendo prevenir esta desgracia, concibió el proyecto de abrir en el extranjero colegios destinados á reemplazar aquellos que habian sido suprimidos en Inglaterra. El éxito de esta noble tentativa sobrepujo á sus esperanzas, pues de todos los puntos acudieron á estos colegios multitud de jóvenes católicos, animados del mas ardiente celo por la propagacion de esta religion, por la cual estaban prontos á sacrificarlo todo. Siguieron asiduamente sus estudios, ordenáronse al fin de ellos, regresaron á Inglaterra, y muy pronto, á pesar de las mas activas pesquisas y repetidos suplicios que en su sistema de terror inventaban los perseguidores del catolicismo, la Inglaterra vióse como inundada de estos generosos misioneros que se sucedian y multiplicaban todos los dias, y que sabian arrostrar toda clase de peligros, aun cuando el martirio fuera término de su noble apostolado.

Defensores de una misma causa y animados por un mismo celo, los Jesuitas solicitaron el honor de compartir los riesgos que se agolpaban al paso de estos ilustres misioneros: los Jesuitas estaban muy prácticos en los peligros de las misiones; habian desafiado las flechas de los salvajes y la iracundia de los gentiles, y no se habian de asustar por cierto ante los cadalsos de los satélites de Isabel y sus ministros. Y preguntamos nosotros ahora ¿qué cosa buena podian ir á reportar en provecho propio los Jesuitas que deseaban partir para Inglaterra? ¿Qué mala idea puede haber en arrojar-se en la llama

que se alzaba en torno de los católicos? Contéstenos si es posible este argumento.

Y sin embargo, preciso fué que los hijos del inclito Ignacio gozaran de una gran reputacion de poderosos, preciso fué que los Jesuitas figuraran como los primeros adalides del catolicismo, preciso fué que sus armas fueran asaz temibles á los infernales reformistas, cuando dos solos padres de la Compañía de Jesus, Person y Campian, designados para la mision de Inglaterra, sembraron á su llegada tal terror en el consejo de la impúdica y cruel Isabel, causaron mas espanto á los protestantes, que no habia causado la legion de misioneros que les habia precedido. Que el reino hubiese estado abocado sobre un abismo, que hubiesen atravesado el estrecho los tercios españoles, que todo el partido católico hubiera tomado las armas contra sus opresores, no hubiese ocasionado todo junto la mitad del trastorno que á los llamados reformistas causó la sola noticia del arribo de dos indefensos jesuitas, que solos con su fe iban á emprender una lucha de gigantes contra una secta defendida por un ejército de verdugos. Convocóse el parlamento por extraordinario, y en él los ministros denunciaron con aterrador énfasis los pretendidos horribles complots del Papa, que mandaba jesuitas á Inglaterra para predicar una doctrina de *corrupcion*, que de tal manera tuvieron el cinismo de calificar á la religion católica. Segun los pérfidos y crueles consejeros de estado, bajo la apariencia de las misiones los dos jesuitas estaban encargados de sembrar los gérmenes de la anarquía y de la revolucion, proponiendo para evitar la soñada catástrofe que se adaptaran nuevas y mas rigurosas medidas contra los católicos, al lado de las cuales los pasados actos de un despotismo sin freno podian ser clasificados entre las mas benignas indulgencias. Para que se vea á qué grado de escándalo llegaron estas persecuciones bastará decir, que el sacerdote que cometia *el delito* de celebrar el santo sacrificio de la misa era condenado á la multa de doscientos marcos y un año de cárcel, y el católico que frecuentaba por una sola vez un tem-

plo de su religion pagaba cien duros de multa por mes lunar. Tan luego como rigieron estas disposiciones, ascendió á mas de cincuenta mil el número de los acusados ante el consejo, que del interior de sus hogares pasaron á respirar el ambiente metafítico de los calabozos ingleses. La mas escrupulosa policía practicaba toda suerte de registros y pesquisas, y el llamado delincuente no tenia medio de escapar al suplicio, como tampoco el amigo en cuya casa se ocultára ó por casualidad fuese encontrado. Así trataban los infernales reformadores de extinguir la sacra llama de los fieles, como si Neron y Diocleciano hubieran alcanzado algo con sus crueldades.

Inmediatamente todos los agentes de la policía secreta se echaron sobre las huellas de los dos jesuitas: el P. Campian fué preso, despues que durante un año pudo burlar sus pesquisas. Luego que cayó en poder, no de sus enemigos sino de los enemigos de su religion, pasó á cumplimentar la sentencia á que de antemano le habia condenado la ira de sus verdugos: murió en el cadalso con el suplicio de los traidores. Para los hombres abominables terminó su vida como el criminal, para Dios la terminó como el mártir. He aquí la obra de Enrique VIII y de Isabel, de estos dos abortos de la naturaleza.

Por lo que hace al P. Person, algunos meses despues, cediendo á las reiteradas súplicas de sus amigos, cuya seguridad con su presencia comprometia, consintió en volver nuevamente al continente, evitando los multiplicados lazos que el gobierno de Isabel á cada paso le preparaba. Esto hicieron los reformadores, y retamos al autor de nuestra impugnacion á que pruebe que hemos exagerado al colorear tan sombrío cuadro.

El terror inspirado por estas persecuciones prolongadas por las astutas maniobras de sus ministros, duró hasta el fin del reinado de Isabel. Para poner el sello á sus crímenes, los gobernantes determinaron á la reina á que firmára la sentencia de muerte contra la desventurada María Stuarda, persuadiéndola que para ella no habria seguridad, mientras la vida de esta reina continuára sirviendo de pretesto á las pretendidas

conjuraciones de los católicos. Cuando desapareció este peligro, cortando el verdugo la inocente cabeza de la reina mártir, entonces los ministros que solo por el terror podian continuar dominando la nacion, hicieron que Isabel concibiera sospechas de la corte de España: continuamente estaban mandando al continente agentes secretos con encargo de suponer conjuraciones y denunciarlas luego: estos agentes recibieron orden de multiplicar sus delaciones para hacer concebir serios temores á la reina. Pero todos sus esfuerzos para salir triunfantes de la odiosa maniobra, se estrellaron contra la vigilancia de los Jesuitas, á los cuales se mandó un agente infatigable por si conseguia introducir en su pecho el espíritu de venganza que debia inspirarles la desastrosa suerte de Campian. Este maquiavélico agente es célebre en la historia; pocos son los que no conocen el nombre de Parry; pero por mas que todas sus instigaciones cerca de la Compañía de Jesus resultáran inútiles, los consejeros supieron convencer á la reina que existia un verdadero complot contra su persona, tramado por el partido católico, y que solo á la vigilancia de sus ministros debia el haber escapado á los puñales de los asesinos. Entonces el odio de Isabel estalló con nueva furia contra los católicos, y nuevas crueldades ensangrentaron el reino. Dar hospitalidad á un sacerdote, reconocer la supremacia del Papa, eran crímenes que se expiaban en el cadalso, y una estadística de sangre dice que durante los catorce últimos años del reinado de Isabel, sesenta y un eclesiásticos, cuarenta y siete laicos y dos mujeres pagaron con su vida su constante confesion católica apostólica romana.

La muerte de esta mujer, que los anales católicos inscribirán en el funesto catálogo de los Calígulas y Domicianos, era la única esperanza de salvacion que era dable alimentar á sus víctimas, y aun en el caso de que Dios la enviara la muerte no era menos inminente el riesgo que ofrecia el carácter y modo de pensar del sucesor al trono. La política recelosa de la reina no dejaba vislumbrar quien fuese este heredero, y aunque el

rey de Escocia era el único príncipe que pudiera hacer valer sus legítimos derechos á la real sucesion, esto sin embargo las públicas demostraciones de Isabel daban á comprender bien claramente que no era de su devocion el presunto heredero. La posicion de este era de cada dia mas difícil, y no pudiendo contar con las simpatías de la reina, trató Jacobo de sacar partido de las intrigas políticas, á cuyo efecto procuró buscar adeptos en todas las cortes que tenian influencia en el real consejo. A este efecto dirigióse á los gabinetes de España y Francia, prometiéndoles tolerancia completa para los católicos de los tres reinos, y aun dejaba entrever en sus correspondencias que no era imposible abjurára una vez en el poder sus errores protestantes, para abrazar la religion de sus mayores, de la cual su infeliz madre habia muerto mártir.

Sumamente feliz Jacobo en el manejo de estas intrigas, logró llegar al término de sus deseos. El ministerio inglés, al cual el real candidato habia hecho promesas enteramente distintas, se declaró plenamente en su favor, y los católicos renunciaron á sus primitivas miras sobre un príncipe español, trabajaron en favor de un candidato que les satisfacía, segun sus reales promesas, las módicas pretensiones del partido, reducidas á tolerancia en el ejercicio de la religion católica. De este modo subió Jacobo al trono de Inglaterra sobre los hombros de ambos partidos.

Sin embargo, poco, muy poco tardaron en desvanecerse las esperanzas que los católicos habian fundado en este soberano: Jacobo era protestante fanático, que se rodeó de todos los consejeros de Isabel. Comenzó por violar su palabra solemnemente empeñada, prohibiendo el culto católico bajo penas tan severas como las de su antecesora, y se creyó libre de sus formales compromisos suspendiendo el rigor de las leyes penales contra los refractarios. Pero esta ligera espresion de indulgencia, alarmó al partido puritano, á la sazón formidable ya, que acusó altamente al rey Jacobo de favorecer *el papismo*, y como no habia querido alistarse en el partido de los fanáti-

cos que tantas desgracias debia ocasionar en los tres reinos, amplió la acusacion y le tildó de perseguidor de los discípulos del *Evangelio puro*. Este partido era el que dominaba en la cámara de los comunes, y esta cámara era la que dominaba en la nacion. Jacobo, por otra parte, era un rey débil que de continuo se creia mal seguro en el trono: dejóse amedrentar por los clamores y actitud hostil de esos fariseos, y como por otra parte aborrecia de muerte á ese *papismo*, cuyas miras era acusado de favorecer, al cabo de un año y violando la fe jurada, decretó una nueva persecucion contra los católicos, persecucion que estos estaban muy acostumbrados á sobrellevar, porque desde su origen la Iglesia de Jesucristo está familiarizada con los sayones de la impiedad. Jacobo quiso alistarse en su número, y deseando sacrificar á los católicos en aras de los protestantes y de los puritanos especialmente, no tan solo suscitó nueva y violenta persecucion, sino que hasta quiso destruir mediante una despreciable esplicacion el efecto que pudo haber hecho, lo que los fanáticos enemigos de los católicos llamaron tolerancia. Jacobo dijo que nunca su intencion habia sido la de perdonar á los refractarios las penas á que estaban condenados; que solamente habia suspendido su ejecucion durante un período de tiempo, por la esperanza que abrigaba de que esta indulgencia les moveria á *conformarse*; que habiéndose engañado en esto y aumentando la *obstinacion* de los católicos á medida de la *dulzura* soberana, habia llegado el momento de abandonarles á todo el rigor de la ley. El momento que habia llegado, era el de arrojar la máscara hipócrita.

Desde este momento se suscitaron nuevas y mas terribles persecuciones, de nuevo tambien se empleó el sistema de las crecidas multas, y lo que es peor los católicos fueron obligados á pagar no solo las que se les imponian, sino las que á tenor de la *ley* debieron de haber pagado durante el período en que la persecucion se hizo menos temible. Semejante estado era imposible de sostener; la Inglaterra estaba abocada sobre

un abismo é iba á hundirse en él. Entonces fué cuando la desesperacion y la venganza inspiraron á un hombre el crimen que nos ocupa. Fué así:

Entre las víctimas de la política impia de Enrique VIII, Isabel y Jacobo, se contaba un tal Roberto Catesby, oriundo de antigua y opulenta familia, que de muchas generaciones vivia en Ashby Saint Legers, y era propietario de un respetable patrimonio en Warwick. Su padre sir Williams Catesby habia sido una vez reducido á prision como refractario; pero desde el momento en que su hijo fué dueño de sus acciones, abandonó el antiguo culto y se entregó á todos los excesos de una juventud licenciosa, perdiendo su fortuna á fuerza de cometer locuras y estravagancias. En 1598 volvió á profesar nuevamente la religion en que habia sido educado, y desde este momento el objeto primordial de todos sus pensamientos fué el de libertarse á sí y á sus hermanos del férreo yugo que les oprimia. Dominado por esta idea y por la exaltacion de su ánimo, con justicia indignado, concertó con algunos amigos un ataque contra el conde de Essex, otro de los cuales á quienes se atribuia gran parte del malestar de los católicos. Esta tentativa se frustró, y su jefe herido en la refriega fué preso y conducido á la cárcel. Sin embargo, como en aquella sazón los gobernantes mejor querian el dinero que la sangre de los católicos, vendieron al conspirador su libertad por la suma de tres mil libras esterlinas. No se crea que nosotros aplaudimos por ningun concepto el proyecto de Catesby, pero sí diremos que en el último resultado era una oposicion que la fuerza hacia á la fuerza, y de todos modos plácenos consignar que ni Catesby era jesuita ni cosa parecida. Esto sucedió antes del advenimiento del rey Jacobo al trono de Inglaterra, y cuando el escocés se presentó como real candidato, Catesby le hizo vigorosamente la oposicion, y no habiendo podido salir adelante en su empeño, creyó como algunos y esperó un acto de tolerancia y libertad de parte de aquel que no escaseó promesas mientras escaló el solio real. Pero esta ilusion tardó muy poco en des-

vanecerse : la tempestad se abria paso por todos lados y de un instante á otro iba á estallar. Catesby nuevamente volvió á sus antiguos planes que solo por un momento habia abandonado.

Catesby comprendió que toda tentativa de insurreccion seria infructuosa , ya porque el partido católico era el mas débil , ya tambien porque no encontraban eco las ideas sediciosas que en él intentaba sembrar. La esperanza de encontrar proteccion en los príncipes de la misma religion no era menos ilusoria , por cuanto los reyes de España y Francia , por uno de aquellos actos que solo la política esplica , habian reconocido la soberanía de Jacobo. Entonces fué cuando su corazon le sugirió un horrendo plan , para cuya realizacion no necesitaba ni el auxilio de los extranjeros , ni la asociacion de muchos cómplices ; plan tan atroz por su principio como sangriento por su ejecucion , plan difícil de concebir como pudo engendrarse en la cabeza de una criatura humana , y que solo puede conceptuarse como hijo de unos hombres á quienes la desesperacion habia privado del sentido comun. Este plan consistia en hacer volar el palacio del Parlamento por medio de una mina, envolviendo en esta horrible destruccion al rey , á los lores , á la cámara baja, á todos los que decretaban las leyes de esterminacion contra los católicos y á todos los encargados de ponerlas por obra. Los protestantes han querido despues atribuir este proyecto al catolicismo : nosotros rechazamos esta suposicion, porque el catolicismo no se alimenta de sangre ni inspira tan desalentados proyectos. La conspiracion de la pólvora fué concepcion de un católico en el nombre , porque nosotros negamos á Catesby este solemne dictado , este dictado que se funda en un principio de amor y mansuetud , este ejercicio de una religion que nunca produjo sediciosos sino mártires. Intentar que el catolicismo dió origen á la esterminadora idea que presidió en la conspiracion de la pólvora, es un absurdo , tan absurdo como llamar ejército de traidores al ejército en que un soldado hiciera traicion á sus banderas , pasándose al enemigo. En vano pues querrá hacerse á un partido cómplice de un

hombre , y un hecho aislado delito que afrente á toda una porcion de personas pacíficas é inocentes.

Cuando Catesby hubo madurado su fatal proyecto , comunicó á su amigo íntimo Tomás , el mas jóven hermano de Roberto Winter , habitante de Huddington. En su juventud habia servido como voluntario en el ejército real , y posteriormente habia sido empleado como agente en la corte de Madrid por el partido español de Inglaterra. Pero Winter se estremeció de horror á esta comunicacion , y declaró á Catesby que este proyecto era el mas criminal é inhumano que pudiera concebirse ; pero su autor supo presentárselo como el único medio de hacer cesar la persecucion y de rechazar las tiranías de los gobernantes. Winter empezó á dudar , ya no se negaba del todo , pero tampoco aprobaba medio tan estremo.

Por aquel tiempo llegó al pais el condestable de Castilla Velasco , encargado de ajustar la paz entre España é Inglaterra. Los dos amigos conspiradores resolvieron diferir la ejecucion de su espantoso proyecto hasta tanto que hubieran solicitado la intervencion de España cerca de Jacobo. A este efecto Winter tuvo una sesion con el embajador español en Bergen , y desde este punto se trasladó á Ostende , donde encontró á Guy Fawkes , soldado de fortuna , valiente y fiel y experimentado en la guerra , auxiliar que podia ser muy útil para el proyecto que entre manos tenian. Guy consintió en regresar á Inglaterra con Winter , pero segun declaracion de este mismo , hasta algun tiempo despues no tuvo noticia del plan ni del papel que en él le tocaba representar. Por ahora vemos que tres son los conjurados , ninguno de ellos es jesuita , ni puede remotamente suponerse que obráran instigados por la Compañía de Jesus.

Antes del regreso de Winter , Catesby comunicó su plan á dos personajes llamados Percy y Wright , el primero pariente si bien lejano é intendente del conde de Nortumberland , que ya otra vez se habia aliado con Catesby cuando la tentativa contra el conde de Essex. Tambien á la subida al trono de Jacobo , Percy creyó en las reales promesas ; pero tan luego como

el monarca desmintió sus propias palabras, renegando de sus compromisos, el antiguo revolucionario sintió nacer en su pecho el espíritu de venganza. Cuando Catesby le comunicó su plan, pidió algun tiempo para deliberar, dió por fin su consentimiento y propuso hacer entrar en la conspiración á Juan Wright su cuñado, el mejor tirador de espada de su tiempo, partidario de los católicos y cansado de tantas persecuciones como habian llovido sobre él.

Reunidos los cinco conspiradores juráronse mutuamente el mas inviolable secreto, y como para cimentar mas y mas este juramento, los cinco recibieron el sacramento de la Eucaristía de manos del P. Gerard, misionero jesuita. Este es otro de los motivos en que el anti-jesuitismo se apoya maliciosamente para deducir que los beneméritos hijos del gran Loyola estaban complicados en la horrible conspiracion de la pólvora, como si por comulgar á cinco personas se hiciera un sacerdote co-reo de sus crímenes. Pero á mayor abundamiento, y para completa destruccion de los asertos de los impíos, tenemos un párrafo de la historia de Inglaterra compuesto por el Dr. Lingard, el cual nos refiere de un modo que no da lugar á duda la verdad del hecho, y decimos que no da lugar á duda, porque este historiador escribió en vista de documentos originales de la mayor importancia que le facilitaron las bibliotecas y archivos del reino. Oigamos las testuales palabras del Dr. Lingard. «Este hecho (el de la comunión) fué revelado, dice, por las confesiones de Winter y de Fawkes (Guy), que de los cinco eran los dos solos que entonces vivian ya; pero ambos á dos declararon que el P. Gerard *no conocia su secreto*. Winter declaró que los cinco se prestaron mutuamente juramento en un cuarto donde no habia otra persona, y que en seguida pasaron á otra sala para recibir el Sacramento. Guy dijo que los cinco se reunieron en una casa situada en mitad de un campo, junto á la granja de San Clemente, donde conferenciaron y convinieron en el plan, que allí juraron solemnemente llevarle á cabo con toda su fuerza y poder, y no revelar el secreto á persona al-

guna, salvo aquellas que se creyeran á propósito para contribuir al éxito del plan: que en la misma casa, añadió, recibieron el Sacramento de manos del jesuita Gerard en cumplimiento de su anterior voto y secreto, pero que *Gerard ignoraba cual era su intento*. La confesion de Winter obra á la página 50 del proceso, y la de Guy Fawkes fué dada el 9 de noviembre y está firmada por el declarante con fecha 10 del propio mes. La declaracion fué leida al tribunal, *escepto en aquella parte que disculpaba á Gerard*: antes de llegar á este punto hay tirada una linea en el original, con las palabras *huc usque*, escritas de mano de sir Eduardo Coke, que *no creyó del caso se leyera un párrafo donde constaba la justificacion de aquel á quien queria acusar*. Tal es la relacion del historiador Lingard, hecha á la vista del proceso original, y por cierto que el espíritu de iniquidad y falsedad inherente al protestantismo se revela por entero en las dos simples palabras *huc usque*. ¿Se quiere seguir mas abominable conducta?

El condestable Velasco nada pudo obtener de Jacobo en beneficio de los católicos, por mas que estos hicieron mil protestas de obediencia y ofrecian pagar una cantidad anual en sustitucion á las enormes y arbitrarias multas con que todos los dias eran vejados. Los cinco conjurados creyeron por lo tanto que era llegada la ocasion de obrar.

Buscando un medio para llevar á cabo su horrendo atentado, encontraron para alquilar una casa junto al antiguo palacio de Westminster, cuya casa tenia un jardin á propósito para sus planes. Percy alquiló esta casa como si le conviniera para habitacion, y en ella el dia 11 de diciembre dió entrada á sus cómplices, que nuevamente repitieron su juramento de guardar el secreto aun con peligro de su vida. En uno de los lados del jardin habia un viejo edificio pegado al palacio del Parlamento: por este punto empezaron á abrir su mina con tanto ardor, que de las veinte y cuatro horas del dia diez y seis dedicaban al trabajo, y las ocho restantes al descanso, y aun mientras trabajaban unos, descansaban los restantes. Duran-

te el día profundizaban la mina , y de noche esparcían la tierra por el jardín. De los cinco cómplices cuatro se dedicaban á este trabajo , y el otro de ellos que era Guy Fawkes , como era desconocido de la poblacion , tomó el nombre de Johnson , fingióse criado de Percy y constantemente espiaba los alrededores de la casa. El 26 de diciembre , á los quince días de un trabajo no interrumpido , Fawkes informó á sus cómplices de que por acuerdo tomado en sesion del 24 el Parlamento prorogaba la presente legislatura. Entonces los conjurados se separaron para ir á pasar las Pascuas en sus respectivas casas , acordando mutuamente que á fin de evitar toda clase de sospechas , durante su ausencia , no se escribirían , ni tampoco se enviarían mensaje alguno. Todo esto obra en el proceso original por declaracion de Winter. Antes de separarse empero , Catesby pudo observar que los cómplices de su crimen mostraban alguna incertidumbre sobre la equidad de la empresa , pues si bien concedían que estaban en su derecho al destruir á aquellos que les destruían , no podían justificar á sus ojos la muerte que iban á sufrir muchos católicos , que por fuerza debían encontrarse envueltos en la misma catástrofe que les libertaba de sus enemigos. Como por mas que habia hecho no pudo vencer los escrúpulos de sus amigos , creyó del caso desvanecerles lo que él llamaba una preocupacion , valiéndose de un medio que tranquilizará las alarmadas conciencias de sus cómplices. Este medio la casualidad por una parte y una injustificable superchería por otra , se lo inspiraron en mal hora.

El rey habia concedido permiso á sir Carlos Percy para levantar un regimiento de caballería , y Catesby obtuvo , por medio del conde de Salisbury , un permiso del monarca para aceptar el mando de una compañía. Esta circunstancia les proporcionó el medio de proveerse de armas y caballos para su uso , y al propio tiempo puso á este último en el caso de alejar las dudas que se habian ofrecido á sus amigos sin hacer traicion á su secreto. Para esto y colocado al frente de su compañía , hizo entender al P. Garnet , provincial de los Jesuitas ,

que se encontraba á punto de alistarse al servicio del archiduque, mas que si bien no tenia duda alguna de la justicia con que se hacia la guerra, no se atrevia á tomar parte en ella por cuanto indudablemente los estragos de los ejércitos ocasionarian la muerte de algunos inocentes, y que las mujeres y los niños débiles serian tal vez comprendidos en la matanza de que solo debieran ser víctimas los enemigos armados. La pregunta que hacia Catesby á Garnet se reducía á saber, si bajo este concepto ¿le era lícito tomar parte en esta guerra? El jesuita contestó, que segun la opinion de todos los teólogos de todas las comuniones, la obediencia en tal caso era legítima, pues de otro modo ningun ciudadano tendria derecho á rechazar al injusto agresor de su patria.—Esta contestacion satisfizo á Catesby que la aplicó al complot preparado, y demostró á sus cómplices que los escrúpulos que sentian eran únicamente hijos de un sentimiento de cobardia.

Este es otro de los fundamentos de acusacion dirigidos contra la Compañía de Jesus, pues el magistrado procurador del rey, el mismo sir Eduardo Coke que borró las espresiones justificatorias de la inocencia del P. Gerard, pretendió que la pregunta dirigida por Catesby al P. Garnet, era; si para el bien y propagacion de la causa católica contra los herejes ¿era legítimo destruir algunos inocentes entre los culpables? Pero Coke nunca dió prueba alguna de esta asercion, mientras el P. Garnet y Greenway aseguraron constantemente ser del modo que antes hemos indicado. Pero sea de uno ó de otro ¿qué tendria que ver la pregunta y la respuesta con la conspiracion de la pólvora? ¿Qué delito cometió el P. Garnet? ¿Qué complicidad pudo resultar entre él y los conjurados? Ninguna: la contestacion afirmativa del jesuita, fuese dada á una pregunta ó á otra, es una contestacion que la daria cualquiera. Nadie por cierto ignora que en las guerras perecen muchos y muchos inocentes, nadie deja de odiar estos azotes de la humanidad; y sin embargo desde los tiempos mas antiguos ha habido guerras, y muchas de ellas se han llevado á cabo bajo

un principio legítimo y hasta santo. Josué en nombre de Dios peleó contra Gabaon; los españoles en nombre de Dios pelearon durante setecientos años contra los infieles enemigos de su patria; el ermitaño Pedro en nombre de Dios predicó las cruzadas, y cien ejemplos pudiéramos citar de buenas y justas causas sostenidas en el campo de batalla. ¿Y no es muy natural, no es inevitable que en estas contiendas haya corrido la pura sangre inocente al lado de la negra sangre del culpable? ¿El plomo, el acero y el fuego han hecho nunca distinciones entre sus víctimas? Desengañémonos, Garnet dió en lo que cabe una contestacion encerrada en los límites de la mas rigurosa conciencia. Si de esta contestacion se hizo un mal empleo, la culpa no es del jesuita, sino de Catesby.

Para abreviar diremos, que el número de los conjurados se aumentó hasta doce, y que entre ellos estaba Francisco Tresham, rico heredero, cómplice de Catesby y Percy cuando la tentativa contra el conde de Essex, y desde entonces constantemente perseguido por sus opiniones católicas. El carácter de este hombre es asaz conocido: ni le distinguia una grande audacia, ni su fidelidad era de las mas probadas; antes bien frio, reservado, interesado y variable, no debió nunca formar parte de una reunion de conjurados, ya que por desgracia ha habido quien conspire con tan siniestros fines. Pero Tresham era riquísimo y los fondos de Catesby estaban agotados; necesitaba dinero, dirigióse á su amigo, y éste, previo el acostumbrado juramento, prometió aprontar una suma de dos mil libras esterlinas. Sin embargo, desde aquel instante, Catesby perdió su acostumbrado reposo, asaltábale mortal duda sobre la lealtad de su nuevo cómplice y el reposo de sus noches era turbado por horribles pesadillas de fatalísimo augurio. Esto no obstante, colocados en la rápida pendiente del crimen, quisieron los conjurados llegar al fondo del abismo. Todo estaba preparado, y el plan destructor combinado de un modo y ramificado con todas las esperanzas de buen éxito.

El programa de este horrible complot era el siguiente

1.º Se hizo una lista de todos los pares y miembros de la cámara de los comunes á quienes queria salvarse, fuera por sus opiniones católicas, ó bien por la oposicion que anteriormente hicieran á las rigurosas leyes penales que pesaban sobre el partido perseguido. Los individuos de esta lista, si se encontraban en Londres el dia de la apertura del parlamento, acordóse se les remitiria un mensaje que les impediria presentarse en Westminster, cuyo mensaje se mandaria á una hora bastante tarde, para que de ningun modo pudiera por este medio descubrirse el artificio y frustrarse el éxito de la conspiracion.

2.º Se confió á Guy Fawkes el desesperado encargo de pegar fuego á la mina. A espensas de Tresham debia encontrarse en la orilla un buque que le condujera inmediatamente á Flandes, donde debia publicar un manifiesto para justificar este acto, espidiendo diferentes cartas en que implorára el auxilio de las potencias católicas. Asimismo se fijó que estando ya preparado el terreno en Flandes, al regreso de este buque Fawkes lo cargaria con municiones de guerra y tripularia con voluntarios, que secundáran el movimiento verificado en Londres.

3.º Percy, que en calidad de gentil-hombre pensionario entraba fácilmente en palacio sin escitar sospecha alguna, recibió encargo de apoderarse de la persona del jóven príncipe Carlos, y bajo pretesto de velar solamente por su seguridad meterle en un carruaje preparado al intento y conducirlo al punto general de reunion de los conspiradores.

4.º El punto de reunion se fijó en Dunchurch, desde donde Digby, Tresham, Grant y sus asociados debian trasladarse á la casa de lord Harrington, y apoderarse en ella de la jóven princesa Elisabel.

5.º Catesby se encargó de proclamar al heredero presunto en Charing-Cross, y á su llegada al condado de Warwick de publicar una declaracion aboliendo los tres impuestos mas onerosos de la nacion: el monopolio, la proveeduría y las tutelas.

6.º Convinieron en nombrar un protector que ejerciera la

autoridad real durante la menor edad del soberano. La persona elegida para este cargo nunca se ha podido averiguar quién era.

Quizás el lector se estrañe de lo vasto de este plan y califique de descabellada una empresa, cuya realizacion era punto menos que utópica. Tambien nosotros la juzgamos una quimera, pero quimeras por este estilo inventa la desesperacion, y los conjurados con la idea fija en el fin no repararon en si poseian ó no los medios.

El P. Garnet estaba completamente ignorante de todo esto; en prueba de ello se conserva una carta suya dirigida al jesuita Person, donde entre otras cosas se lee lo siguiente: «Por lo que podemos juzgar los católicos se encuentran tranquilos. Sin duda continua asistiéndoles su antigua paciencia, y contarán con el rey ó su hijo para que en todo tiempo pongan un remedio á sus males.» Esta carta estaba fechada en 28 de agosto, y hasta aquel entonces vivia en la conviccion de que sus consejos habian influido favorablemente en el ánimo de Catesby. Sin embargo, pronto salió de su error: el jefe de los conjurados le confió su plan bajo el sagrado de la confesion, y desde entonces el jesuita sintió nacer en su pecho el volcan de la duda. De una parte, si no descubria el secreto do quiera le asaltaba el pensamiento el desgarrador cuadro de la terrible esplosion; de otra parte, divulgando el secreto que solo en confesion se le habia comunicado, se hacia reo de un delito de aquellos que con mas rigor castigan los sagrados cánones: de un lado la voz de la humanidad le pedia que hablára, mientras por otro la voz de sus deberes religiosos le imponia silencio. Interin pesaba como se merecia la comprometida posicion en que se hallaba, afeó y condenó del modo mas solemne la conspiracion, amenazando á los conspiradores con todos los castigos eternos si persistian en su criminal intento. Esta es la verdad pura, tal como la arrojan documentos auténticos que al escribir su historia tuvo á la vista el Dr. Lingard. Para disuadir á Catesby, no perdonó Garnet sermones

ni viajes, pero el último de Harrowden á Congthon fué tardío, por cuanto el jefe conspirador tuvo necesidad de aproximarse á Londres, en direccion á cuyo punto habia ya partido.

Catesby habia llegado á Wite-Webbs acompañado de Fawkes, y allí mientras celebraba una sesion con Winter le sorprendió la inesperada visita de otro de los conjurados, el citado Tresham. En sus maneras denotaba tal embarazo, y tan mal por cierto sabia ocultarle, que los dos amigos se alarmaron, y mas cuando le escucharon exigir que se participara el riesgo que corria á su cuñado lord Mounteagle, aconsejando al propio tiempo que se prorogara la ejecucion del plan, pues segun decia, aparte que en aquella ocasion no podia aprontar el necesario caudal, lo mismo tenia llevar su proyecto á término al abrirse el parlamento que al cerrarse, y para el caso de que su idea fuera aprobada, ponía á disposicion de los conjurados un buque que tenia en el Támesis, para que pudieran pasar cómodamente á Flandes, donde debian aguardar la hora propicia. Semejante proposicion confirmó las sospechas de Catesby, mas creyó que el disimulo seria prudencia en este caso, y aparentó avenirse con las razones de Tresham. Este, segun mas tarde dijo, llevó en esta conferencia el intento de aniquilar la conspiracion sin comprometer á los conspiradores.

Algunos dias despues, lord Mounteagle dió un banquete en una de sus quintas, y mientras estaban á la mesa, uno de sus pajes le entregó una carta de parte de un hombre de elevada estatura, cuyas facciones á causa de la oscuridad de la noche no habia podido descubrir. Mounteagle abrió la carta, y al ver que no tenia fecha ni firma y que estaba escrita con muy mala letra, ordenó á uno de sus servidores que la leyera. La carta anónima decia como sigue:

«Milord: Por causa del cariño que profeso á algunos de vuestros amigos, me tomo interés en vuestra conservacion; por esto os advierto que jugais vuestra vida si no buskais un pretexto para no asistir al Parlamento. Dios y los hombres se

disponen para castigar la perversidad del siglo : no recibais con desden esta advertencia , retiraos á vuestras tierras , donde podreis aguardar con toda seguridad el desenlace , por cuanto si bien no hay ninguna apariencia de tumulto , sé sin embargo que este Parlamento va á recibir un terrible golpe , sin que pueda ver quien le va á herir . Este consejo no es para despreciado , puede hacer vuestro bien sin que os cause perjuicio alguno , pues el peligro habrá desaparecido desde el instante en que hayais quemado esta carta . Yo espero que Dios os hará la gracia de que hagais buen uso de esta carta , y yo os recomiendo á su santa proteccion .» Al dia siguiente todos los conspiradores tenian noticia de esta carta y todos á una convinieron en que Tresham era su autor . Lo que ignoraban era hasta que punto su cómplice les habia comprometido .

Tres dias despues Tresham , que de algun tiempo á aquella parte evitaba toda clase de reuniones con los conjurados , pareció ante Catesby y Winter : la resolucion de estos dos hombres estaba tomada ; si Tresham se presentaba dudoso ó habia mudado de opinion , acababan con su vida . El traidor , si lo era , no dió muestra alguna de turbacion , rechazó las acusaciones que se le dirigian , juró y protestó de su inocencia y por este medio salvó la vida . Mas tarde Fawkes fué á visitar la mina y halló en ella todos los secretos señales que habia dejado . Entonces para probar que ningun recelo abrigaba por lo tocante á la traicion de Tresham , se ofreció para visitar diariamente la mina hasta el 5 de noviembre , dia en que debian inaugurarse las sesiones del Parlamento .

Para abreviar diremos que la carta dirigida á lord Mounteagle pasó á manos del rey , que por ella se celebró un consejo de ministros , y que fuese quien fuese el descubridor , se vino en conocimiento de que se trataba de una mina . Llegó por fin el ansiado dia 5 de noviembre , y á las dos de la madrugada Fawkes se dirigió hácia la puerta de la cueva subterránea . No bien habia puesto el pié en ella cuando se le echó encima un peloton de soldados mandados por Tomás Knevelt . Fawkes es-

taba vestido en traje de camino , traía en el bolsillo tres fósfor-
ros , y detrás de la puerta habia dejado una linterna sorda.
Comenzó el registro , y debajo unos aparentes montones de
carbon se encontraron dos toneles y treinta y dos barriles de
pólvora. Instantáneamente corrió la nueva de la conspiracion
tramada , la mayor parte de los cómplices huyeron , los cató-
licos se negaron á responder al llamamiento de insurreccion
que los desbandados jefes les predicaban , y cuantos pudieron
ser habidos fueron encerrados en la torre , juzgados por un
tribunal , sujetos al tormento y condenados á la muerte de los
traidores.

Pero no bastaba esto : los ministros de Jacobo quisieron sa-
car partido de este acontecimiento , y por sola la razon de que
los conjurados eran católicos quisieron hacer responsables del
hecho al catolicismo , y pues los Jesuitas eran columnas visibles
del catolicismo , los Jesuitas debian por fuerza ser columnas de
la conspiracion. No hay que decir que nunca los ministros cre-
yeron tal , pero así les interesaba hacerlo creer á los demás.
En vano los conjurados respondieron repetidas veces de la ino-
cencia de los Jesuitas , en vano ante el tribunal proclamaron en
alta voz ser *falsos* , *completamente falsos* los cargos que se ha-
cian al P. Garnet , en vano éste produjo irrecusables testimo-
nios de su ignorancia hasta el momento de la confesion de
Catesby , en vano se escudó en la inviolabilidad del secreto
confesado , todo en vano , porque la sentencia estaba de ante-
mano trazada y el convencimiento para nada hacia falta. Y
pues no de los conjurados sino de los jesuitas acusados , hemos
tomado la defensa , vamos á reasumir los principales cargos
hechos á los jesuitas Garnet , Greenway y Gerard ; vamos á
consignar sus respuestas , y las respuestas de sus abogados ; y
seguros estamos de que nos darán la razon cuantos nos lean
despreocupadamente.

Garnet fué acusado de haber resuelto en favor de los cons-
piradores la cuestion de si era ó no lícito confundir en una mis-
ma destruccion á los inocentes y á los culpables. Contestó que

la cuestion que habia resuelto se limitaba al caso de guerra, que era el que se le habia ofrecido resolver, en cuya creencia así lo habia resuelto, pero que estaba completamente ignorante de que semejante pregunta tuviera relacion alguna con una conspiracion. Que en este caso variaba la cuestion por completo, y que el mismo Catesby, como se desprende de la declaracion de Winter, nunca quiso convencer á los conspiradores sino para en el caso de guerra espresado. Tambien así mas ampliamente lo hemos demostrado antes.

Acusáronle asimismo de haber proporcionado cartas de recomendacion á Fawkes y á Baynham, cuando el primero pasó á Flandes y el segundo á Italia. Contestó que esta costumbre seguia con todos los nobles católicos que se las pedian; á Fawkes se la dió en el sentido de que su intencion era pasar al servicio del archiduque, y á Baynham porque dijo salir para Roma con ánimo de pintar á los ojos de Su Santidad el cuadro deplorable de la situacion de los católicos ingleses. Para que estas cartas fueran prueba de complicidad en la conspiracion, hubiera sido necesario probar antes que Garnet conocia los culpables deseos de sus portadores, deseos que se probó ignoraba por entero.

Tambien fué acusado de conocer el complot por la via de la confesion, y de que el 1.º de noviembre habia rogado por el buen éxito de la causa católica en los siguientes versículos latinos: *Auferte gentem perfidam credentium de finibus*. A esto contestó que nunca habia rogado por el éxito del complot, sino porque cualesquiera que fueran los acontecimientos, Dios los dirigiera para su mayor gloria. En cuanto á la alusion de los versículos latinos dijo ser puramente accidental, pues formando parte del rezo de aquel dia, lo mismo los hubiese recitado conociendo el complot, que ignorándolo.

Acusáronle tambien de haber recibido el 6 de noviembre un mensaje de Catesby por conducto de Bates, criado y confidente de aquel conspirador. Garnet negó que fuese dirigido á él este mensaje, sino á lady Digby de parte de su esposo, sin

que ni tan solo hubiese querido ver á un hombre que estaba comprometido en tan horrible conspiración.

De todos modos, ninguna de las acusaciones que se dirigieron á Garnet eran probadas, como tampoco las dirigidas á Gerard y á Greenway, también de la Compañía de Jesús. Por lo que toca á Gerard la acusación menos fútil que contra él se dirigía, era la de haber trabajado en la mina. Contra esta improbable acusación existe una declaración de Fawkes prestada el 8 de noviembre, en que dice que solo *gentlemens* trabajaron en la mina. Finalmente son tantas las pruebas que militan en defensa de Gerard, que el citado historiador Lingard, después de haber pesado todos los cargos y descargos, exclama: «Por lo que á mí toca, después de haber leído cuanto se ha escrito en justificación suya, no puedo dudar de su inocencia.»

En cuanto á Greenway se le hizo cargo de tener noticia del hecho, por conducto del doméstico Bates, habiendo aconsejado á este que siguiera en todo las órdenes de su amo. El jesuita en un documento particular afirma sobre la salvación de su alma que Bates nada del hecho le había declarado, y Bates mismo en una carta escrita antes de su suplicio, afirma haber él dicho que *sospechaba* que Greenway sabía algo del complot. Pues si Bates nada más sospechaba que el jesuita sabía algo, ¿cómo se pretendió que Bates se lo hubiese revelado todo? En este caso, Bates no hubiese *sospechado* sino afirmado la ciencia de Greenway, porque no hubiera podido quedarle la menor duda de ella. Y la mejor prueba de la inocencia de este jesuita, es que habiéndosele propuesto antes de su encarcelamiento que se escapara á Flandes, negóse resueltamente á ello, porque ni en apariencia quiso parecer culpable. Nada de lo que nosotros decimos dicen los documentos tales como los publicó el gobierno, pero lo dicen los originales, donde consta el padrón de la injusticia de aquel tribunal que condenó sin pruebas.

A pesar de todo los jesuitas fueron presos, porque el plan estaba trazado y de un modo ú otro era preciso que aparecie-

ran culpables. Garnet fué la víctima en que mas se cebaron, y aunque el procurador del rey no cumplió nada de lo que habia ofrecido, es á saber, probar la complicidad del jesuita en la conspiracion, esto sin embargo para verle de arrancar alguna declaracion que pudiera comprometerle, se le tendieron distintos lazos, entre ellos darle á entender que su compañero Greenway habia declarado de una manera enteramente distinta. Garnet contestó, que si Greenway habia declarado del modo que se suponía, sus razones tendria para ello, pero que en cuanto á él debia afirmarse á lo que tenia dicho, sobre que no tuvo mas noticia del complot que las que se le comunicaron bajo el inviolable secreto de la confesion. El mismo Jacobo pareció estar satisfecho de la defensa del jesuita, y tal impresion debió causar y tan robusta debió de ser, que en lugar de mandarle brevemente al cadalso como con los demás se hizo, se le hicieron sufrir tres interrogatorios mas, en los cuales persistió siempre afirmándose en lo que tenia dicho. Las causas de estas dilaciones se esplican asaz claramente: la intencion de los tribunales protestantes de Inglaterra no se satisfacía con hacer subir al cadalso á dos ó tres jesuitas, era preciso que toda la Compañía de Jesus sufriera una muerte moral. Para esto pidieron al tormento lo que la conviccion y la verdad les negaban, pero el tormento no tiene poder sobre las almas fuertes, porque sobre el dolor está la esperanza de la rehabilitacion póstuma, y detrás del martirio está la palma y la gloria.

Al cabo de seis semanas transcurridas sobre el día de la vista, los jueces convencidos de que nada podrian obtener de un hombre del temple del P. Garnet, firmaron la sentencia de muerte. Sobre el mismo cadalso protestó de su inocencia, repitiendo que nunca habia formado parte del sangriento complot, y que solo podia acusarse de no haber revelado en un principio las sospechas que concibió. El pueblo espectador, admirado de su piadosa conducta, dió señales inequívocas del sentimiento que en su desgracia le cabia, y hasta el mismo verdugo sintió nacer, quizás por primera vez, en su pecho

una compasion que los jueces no habian sentido : Garnet no fué descuartizado hasta que el verdugo estuvo seguro de su muerte.

Así terminó la conspiracion de la pólvora , que estuvo á punto de sembrar la desolacion y el espanto en el reino inglés. Comenzada en la oscuridad de una cueva , acabó en la plataforma del cadalso : murieron en él los conspiradores , y en su desgracia envolvieron á los inocentes. Achaque es de esta clase de actos : no es la de Garnet la primera sangre inocente que ha enrojecido las manos del verdugo. Fatalmente es muy probable que tampoco sea la última.

En vista de todo lo espuesto , que es la verdad pura bebida en las históricas fuentes del Dr. Lingard , de Cobbet , *Reforma protestante en Inglaterra é Irlanda* ; de *El Papa y la Inglaterra* , ó *Cuadro histórico de la persecucion protestante contra los católicos en Inglaterra* , por el marqués Leschassier de Méry de Montferrand , y otros historiadores de no menos buena fe é intachable reputacion , ¿ qué cargos pueden dirigirse á la Compañía de Jesus ? Garnet era el único que próximo á estallar tuvo noticia de lo que se estaba preparando , pero la tuvo bajo el impenetrable velo del secreto de la confesion. Al momento emprendió viajes en direccion á los puntos habitados por los conspiradores , recorrió á la persuasion con ellos y nada logró ; ¿ qué es lo que Garnet debia hacer en este caso ? Si debiéramos oir las voces de aquellos magistrados que firmaron la sentencia de Garnet , su conducta debió ser la siguiente : atropellar las leyes de la Iglesia y el sagrado de la confesion , transigir con su conciencia de sacerdote y convertirse el ministro del altar en delator. Pues nosotros nos atrevemos á decir que tal conducta dista mucho , muchísimo de ser canónica : verdad es que los que así se la exigian debian curarse muy poco de cánones ni de concilios. De otro modo es imposible que lleváran á mal un acto tan propio de un sacerdote , que trata de cumplir con su deber en la forma por Dios establecida.

En vista, sin embargo, de este manifiesto empeño que hay para atribuir á la Compañía de Jesus cuantas maldades surjan en la mente humana, y no habiéndose escapado tampoco á la acusacion de culpabilidad por lo que hace á la conspiracion de la pólvora, nos creemos en el deber de repetir una reflexion que ya otras veces hemos hecho. La Compañía de Jesus nunca ha podido sufrir un ataque directo de sus enemigos: por esto se ha tratado de hacerla responsable de faltas ajenas. Para llegar á este fin era preciso envolver en la calumnia, ya que no pudiera ser al Instituto entero, al menos á alguno de sus miembros, y á este efecto se ha tratado en todos tiempos de hacer solidaria á la Compañía de Jesus con cada uno de los innumerables individuos de que se ha compuesto. Si un jesuita enseñó gramática latina á un regicida, los Jesuitas son responsables del regicidio; si otro jesuita era confesor de un conjurado, la Compañía de Jesus provocó y alimentó la conspiracion, y así de los demás, y siempre con la misma injusticia.

Hemos demostrado que Garnet no tenia parte alguna en la conspiracion de la pólvora; pero si por un momento pudiéramos conceder ó se nos probára que efectivamente este jesuita podia ó debia violar impunemente el secreto de la confesion y revelar las noticias de que un penitente le hizo sabedor; si por un momento nos pluguiera conceder mas, nos pluguiera conceder que Garnet y Greenway fueron los principales autores de la conspiracion de la pólvora, lo cual nuevamente negamos, ¿podria decírsenos, qué tendria esto que ver con la Compañía de Jesus, ni por qué ley racional debiera el todo hacerse responsable de los estravíos de la parte, y de una parte tan mínima? Si efectivamente pudiera ser que dos jesuitas se hubieran metido en esta conspiracion, ¿qué clase de compromiso contraia la Sociedad, cuando estaba ignorante de todo, y las cartas de Garnet al general de la Compañía protestaban todos los dias de la sumision de los católicos? ¿Seria lícito porque un hombre de la comunidad católica se entregara sin freno á todos los vicios que engendran todos los crímenes, decir

que el catolicismo enseña la práctica de todos los desórdenes y el ejercicio de todos los delitos? Jamás creemos que tal absurdo pueda caber en humana mente, siquiera regularmente racional. Y sin embargo este es el sistema que se ha seguido por los enemigos de los ínclitos hijos del gran Loyola.

Semejante sistema no podrá encontrar eco en ningun corazon donde se alberguen grabados con indelebles caracteres, los eternos principios de lo justo y de lo injusto. Cuando nosotros acusamos lo hacemos con pruebas, cuando rebatimos una acusacion con pruebas la rebatimos tambien, y cuando á una corporacion en masa queremos achacar algun hecho, es porque á todos ó la mayor parte de los individuos que la componen, puede probárseles que bebieron en iguales fuentes el licor que produjo en todos iguales resultados. Si v. g. hemos acusado á los filósofos de la impiedad en general de haber atentado contra la existencia de los Jesuitas, es porque la impía filosofía iba de comun acuerdo hácia un mismo norte, la destruccion del catolicismo, la destruccion de la Silla de San Pedro, y á tan bastardos planes hacian sombra unos mismos hombres, los Jesuitas calificados por los que así creían insultarles de *columnas del catolicismo y genizaros de la Santa Sede*. Así es como un cuerpo se hace responsable de las obras de sus representantes.

A pesar de todo, como la mas diminuta chispa basta para prender fuego á la pólvora, la obra de los impios llegó á término por entre los embates de las revoluciones, ni mas ni menos que el voluminoso objeto arrastrado al mar por entre las turbulentas aguas del desbordado rio. La abolicion de los Jesuitas va á ocuparnos por fin, y ciertamente que deseábamos llegar á este punto, porque este punto es en toda verdad el culminante de la cuestion, y vamos á tratarle dándole toda la importancia que se merece y haciendo palpables los mas recónditos manejos de que se valió la impiedad para llegar á este objeto. Poseemos libros y documentos que quizás por primera vez van á encontrarse reunidos prestándose mutua fuerza, y de seguro que al descorrer el velo que oculta tantas mezqui-

nas intrigas , al echar abajo las máscaras que encubren tan hipócritas rostros , mas de uno que descansan en el sepulcro , llevarian si pudieran las manos á la cara para ocultar su vergüenza. Es que en esta cuestion la diplomacia filosófica esgrimió todas sus armas para vencer la resignacion de la fe.

Y nosotros que al grito de *¡adelante!* nos lanzamos tras un libro por la tortuosa senda de sus errores hijos de una funesta ceguedad , vamos á entrar en los palacios de los reyes y de los favoritos con la misma segura planta , con que antes hemos penetrado en la choza del salvaje ó del pastor sencillo.

Porque cuando la antorcha de la conviccion disipa las sombras , el pié avanza impulsado por la fuerza irresistible que presta la defensa de una buena causa.

Porque cuando el viajero camina por el sendero de la verdad , las mas largas jornadas le alientan , las mas duras fatigas se le hacen llevaderas y aun gustosas.

Porque cuando la conciencia está satisfecha , la pluma obedece al pensamiento , y el pensamiento es el espejo fiel del corazón.

CAPITULO XLIV.

EL SIGLO DE LOS FILÓSOFOS DE LA IMPIEDAD.

LAS impías semillas sembradas en el siglo xvi dieron plenísimo fruto en el siglo xviii: el engendro de la vieja Alemania debía retoñar en la Europa toda, y particularmente en Francia: España y Portugal, que de continuo tuvieron cerradas sus puertas al protestantismo, no pudieron menos que abrirlas á la infernal filosofía. Hubo particularmente una época en que esta plaga moral dominó vertiginosamente á los pueblos, sentada en el trípode que la formaran tres ministros, trípode mas funesto á los pueblos cristianos que aquellos de los antiguos, desde el cual la inspirada voz del falso oráculo mandaba la muerte á los subterráneos, anticipadas tumbas del pueblo fiel.

Entonces fué cuando derribadas las mas nobles instituciones, conculcados los mas sagrados derechos, y profanados los santos templos, se escandalizó el orbe viendo paseadas por las calles de una poblacion hasta entonces culta, á las mas inmundas mujeres, recibiendo homenaje de un pueblo loco que tributaba en ellas el culto que públicamente se profesaba á la diosa Razon. Entonces fué cuando una mal llamada libertad empuñando el azote de la mas desenfrenada tiranía, sacudia las espaldas de los pueblos uncidos al yugo de sus desordenadas pasiones; entonces fué cuando el espíritu revolucionario prendió fuego en el corazon de los hombres y las naciones marcharon á pasos de gigante hácia el abismo de su perdicion; entonces fué cuando empezó á aguzar sus dientes envenenados el cáncer roedor de las sociedades; entonces fué cuando revol-

cionada la tranquila paz del hogar doméstico, holláronse los vínculos de familia, y dejando de alumbrar la luz de la civilización cristiana, quedaron los pueblos envueltos en el caos mas espantoso. Desde este momento, entre las confusas sombras que proyectan algunos grupos, vemos como los hombres bu-llen en un lodazal, y allá á lo léjos, como presagio de lo que muy luego debia suceder, cien y cien cadalsos levantados con mil y mil cadáveres hacinados en torno y una corona real hecha pedazos, sobrenadando por cima la sangre de toda una familia coronada, que desde el trono pasó á sentarse en la banqueta de los acusados, y de la banqueta al funesto tablado de los reos de muerte.

Envueltos en este torbellino que arrastró en su borrascosa carrera desde el palacio del magnate hasta la choza del pordiosero, que derribó sacrilegamente desde el majestuoso templo del Señor hasta la humilde ermita, desapareció la ínclita Compañía de Jesus, no como árbol que cae de viejo y carcomido, sino como poderoso roble cuya raíz secretamente roen una plaga de despreciables insectillos. Pero procedamos en buen orden y no analicemos los funestos efectos de la borrasca, hasta tanto que hayamos visto como se aglomeraron las nubes, como se preñaron y como descargaron por fin.

La antigua sociedad estaba triplemente combatida; de un lado la amagaban las doctrinas de los filósofos enciclopedistas, en guerra abierta con los principios del cristianismo constitutivo de las sociedades. De otro lado los intereses encontrados de aquellos que poseían y aquellos que ambicionaban poseer; y de otro lado el odio inveterado en los corazones de las dos falanges que representaban el último sol de la sociedad antigua, y la primera aurora de la sociedad nueva. Lo mas particular en esto, es que los soberanos, primeros interesados en cortar de raíz el mal grave que amenazaba, léjos de esto, tuvieron la debilidad, ó mejor cometieron el error de secundar la nueva escuela. El historiador César Cantú dice á propósito de esto las siguientes, breves, pero oportunas palabras: «Es preciso

que el liberalismo de nuestros dias convenga , por mas sensible que le sea , en que las nuevas ideas fueron no solamente toleradas , sino protegidas por los soberanos.» Los resultados de esta conducta , escritos están con la sangre de Luis XVI. Veamos sin embargo cual fué el comportamiento de los monarcas , y por que sensible graduacion llegaron los filósofos de la impiedad á erigirse en dominadores del siglo XVIII , dominacion que por desgracia disputan todavía al catolicismo , á la moral y á la recta razon.

Cárlos III, despues de haber ocupado durante veinte y cuatro años el trono de Nápoles , sucedió en el de España á su hermano D. Fernando. Las vejaciones , ó al menos las que así se llamaron , que empleó con el pueblo de Madrid el marqués de Esquilache , ministro de hacienda y guerra , provocaron en 1766 un levantamiento en la capital de la monarquía española , levantamiento que tenia por objeto al parecer la muerte del ministro , pero que terminó por pedir su destitucion y la rebaja de los impuestos con algunas otras franquicias. No obstante , como los ánimos no estaban del todo calmados , el rey fió el encargo de apaciguarlos á cuatro jesuitas , que sin mas armas que su Crucifijo , terminaron con una revuelta que amenazaba hacer impotente aun la intervencion de los esforzados tercios españoles. Tamaño acontecimiento , inusitado por aquel entonces en España , llamó poderosamente la atencion del rey , que dotado de esquisita penetracion adivinó habia sido efecto de la diplomacia francesa , por lo cual empezó á mirar con malos ojos al omnipotente ministro del rey de Francia , á quien la historia conoce con el nombre de duque de Choiseul. Demanden nuestros lectores informes de este ministro á cualquier buen católico , y sabrá quien era el duque de Choiseul , afiliado entre los filósofos de su siglo , ante quienes se comprometió , auxiliado por la cortesana Pompadour su protectora , á la cual se dieron para que inclinase el ánimo del desgraciado Luis XV, 600,000 pesos , la mayor parte en diamantes , para llevar á término la espulsion de los Jesuitas.

El duque conoció que era preciso alejar y disipar los recelos del monarca español, y en su maquiavélica diplomacia discurrió hacer responsables del motin á los Jesuitas, es decir, á aquellos que cabalmente le habian apaciguado. Pero la misma facilidad con que lograron su intento y el del rey, dió pié á que el ministro francés intentára probar que ninguno podia apaciguar un tumulto en tan poco espacio sino eran los mismos que le habian provocado. Desde entonces Carlos III empezó á mirar con malos ojos á los Jesuitas, especialmente odiados de Abarca de Bolea, conde de Aranda, sucesor de Esquilache en el ministerio.

Al propio tiempo imperaba en Portugal el ministro Pombal, haciendo pesar sobre el reino lusitano su férreo despotismo. Otra vez hemos hecho el retrato de éste hombre de ominosa memoria para los católicos, y de sangriento recuerdo para su patria; pero á fin de que nadie pueda dudar de nuestra veracidad y conozcan todos sin máscara al eje sobre que giraba principalmente el plan de destruir á los Jesuitas, reproduciremos unas breves palabras del historiador citado César Cantú, autor que no puede ser tachado de partidario por la causa de los Jesuitas. Dicen así: «Hizo entrar en el fisco gran número de propiedades que los reyes precedentes habian adjudicado á varias familias, así en Asia como en Africa, prohibió la celebracion de matrimonios entre los *fidalgos*, despojó á los hijos de los títulos que ganaron sus padres, quitó á la inquisicion el derecho de sentenciar sin la real aprobacion, destruyó los registros donde estaban inscritos los nombres de aquellos á quienes habia condenado, *peleó de todos modos contra la jurisdiccion romana*, rechazó la Bula *In cæna Domini* y la autoridad del Jefe supremo de la Iglesia. Estableció un poder sin limites, que rayaba en tiranía. Antes, con una severidad oriental habia sentenciado á la horca á algunos que cometieron robos cuando el desastre de Lisboa, y muy á menudo hacia ahorcar á muchos como ladrones, solo porque se quejaban de miserias que él no sabia remediar. En un solo dia envió suma-

riamente al cadalso á CIEN personas. Ofreció veinte mil cruzados de recompensa á cualquiera que denunciara á un ciudadano que hubiese criticado su conducta ó la de los agentes del gobierno. Hizo un crimen de lesa majestad toda resistencia á la voluntad soberana, es decir, la suya. Las órdenes que espedia terminaban comunmente por la siguiente frase: *no obstante toda ley contraria*. Correa Garção, llamado el Horacio portugués, redactor de la *Gaceta*, por haberse permitido decir algunas verdades, fué encerrado en una prision, donde se le dejó morir. El obispo de Coimbra por haber publicado una pastoral contra los malos libros que circulaban libremente, fué encerrado de orden del ministro en un subterráneo.» Tal es el bosquejo que un escritor tan sesudo como imparcial hace del héroe de la abolicion de los Jesuitas. Filósofo tambien de la escuela de los impíos, rendia culto á las ideas que reprobaban cuantos querian evitar que la sociedad se precipitara en un abismo.

Pero el héroe de aquella filosofía, el favorito del siglo fué á no dudarlo Federico II rey de Prusia, desde el año 1740 hasta 1786. Impiamente cáustico en materias religiosas, escéptico en política é incrédulo en filosofía, reíase mordazmente de Dios, de los reyes, de los diplomáticos y de los filósofos, alcanzando con la fuerza del epigrama á donde su padre alcanzara con el baston, ó tal vez mas léjos. La educacion de este rey habia sido muy descuidada; apenas conocia uno que otro autor francés, y sus maestros de continuo tenian que corregir sus composiciones, fueran escritas en prosa ó en verso. Estableció prácticamente la libertad de imprenta, aunque ninguno como él fué objeto de mas punzantes libelos. Refiérese entre otro de sus rasgos que un día habiendo observado que mucha gente se afanaba por leer un pasquin contra su persona, mandó que lo pegáran mas bajo, para que pudiera ser leído mas cómodamente.

No se crea por esto que Federico II obrase bajo los impulsos de un sistema de esa mal llamada libertad que no estaba dis-

puesto á hacer disfrutar á sus pueblos ; al contrario , decia muy á menudo : «Estamos perfectamente de acuerdo con mi pueblo ; yo le dejo hacer todo lo que quiere , y él deja que yo haga todo lo que me acomoda.» Máxima digna de un escéptico , que solo en su provecho propio tiene fe. Ni nunca tuvo tampoco confianza en su pueblo , ni le temió tampoco. Sabia que no amor , sino respeto era lo mas que podia prometerse de sus súbditos , y por esta razon toda su esperanza estaba siempre en el ejército fundada. Cuando se le hablaba de alguno que le tuviera mala voluntad , decia por toda respuesta :— ¿ Cuántas bayonetas tiene á su disposicion ?— Fácil es de colegir que un monarca de este género no podia conquistar grandes simpatías , pues el despotismo sin traba nunca ha sido llevado en paz por los pueblos. Sin embargo de esto los filósofos le pusieron sobre las nubes , comparándole á Antonino y á los mas selectos príncipes de la antigüedad : los alemanes por su parte no se atrevian á decir mal del todo de un rey que reunia para ellos las dos grandes cualidades de valor personal y descuido en las maneras , las cuales lisonjeaban el tipo de aquellas nacionalidades , sin que el rey pensára siquiera en ellas. Rehusaba el rey otorgar poder alguno arbitrario á los magistrados ó ministros , no se crea que por ciego amor á la justicia , sino para reservarse solo el monopolio de ella , reduciendo á prision á muchas gentes nada mas que por mero capricho ú odio personal. Todo lo hacia por sí mismo , y aun se prestaba aquellos servicios que otros personajes á gran distancia de él hubieran encargado á sus subalternos. Para su servicio tan inútiles eran los talentos como la probidad , pues para los oficios que con el rey se desempeñaban bastaba con ser una máquina dócil á la impresion que S. M. la daba. Su única divisa era , *no dejemos nada para mañana* , por lo cual todo lo despachaba sobre la marcha , y cuando decimos todo , queremos decir que despachaba la correspondencia y en seguida se dirigia á revistar sus guardias con la minuciosidad que lo haria un sargento. La Prusia era una verdadera autoeracia , y

el rey que tenia por cabeza no creia en la fuerza de las leyes y de la propiedad sino en la del ejército y del dinero. Bajo este punto de vista no cuidó poco ni mucho del engrandecimiento de sus pueblos, y cuando le pareció que era del caso ocuparse de sus súbditos, publicó uno despues de otro infinidad de reglamentos para el comercio, la fabricacion y la agricultura, reglamentos que como fruto de un hombre que ignoraba de que se las habia, destruian las riquezas de que eran objeto muy léjos de realzarlas. Como á filósofo, si bien quiso marchar, no al lado sino al frente de los titulados reformadores de la sociedad, no pudo desprenderse de ciertas antiguas preocupaciones, ridiculas las mas é hijas de su terrible despotismo, como v. g. conceder muy pocos pasaportes, y á los que los obtenian fijarles el gasto que podian hacer por el camino y señalarles improrogables dias en que regresar de su viaje.

Un historiador italiano hace del protector de los filósofos la siguiente descripcion: «Los filósofos no tienen por que vanagloriarse mucho de su discípulo. Su política fué la de un despota sin fe ni remordimientos, que se dió prisa á hacer olvidar su Anti-Maquiavelo. Siguiendo el parecer de los filósofos, creyó que el amor á la verdad consistia en desfigurarla, dudarla y negarlo todo: en su correspondencia particular demostró un desprecio cínico por toda creencia; pero aplicando el egoismo teórico de esta escuela á sus intereses como rey, decia: *quando quiera castigar alguna de mis provincias, mandaré un filósofo que la gobierne*. Amaba la libertad, pero mientras no ponía en duda sus reales derechos.» Mas tarde el espíritu de Federico II sufrió una bélica revolucion, y en honor de la verdad sea dicho, dió pruebas de mejor guerrero que diplomático, y aunque sus tropas no estaban muy acostumbradas á salir á campaña, muy pronto el continuado ejercicio y el no menos continuado palo les hizo aprender la nueva táctica, obra del rey. Federico II guerrero no fué menos despota que Federico II el literato: por lo regular hacia de las victorias motivo para las agresiones, sin cuidarse de si eran ó no legítimas unas

conquistas, que á él le bastaba saber que eran provechosas. Ya conocen nuestros lectores otro de los corifeos de la filosofía que imperó contra los Jesuitas en el siglo pasado.

Los reinos del Norte no escaparon mejor á la invasion filosófica francesa. Los rusos eran esclusivamente guerreros, porque guerreros les habia hecho Pedro I. Este monarca que abrigaba en su mente los mismos vastos planes de Luis XIV y de Federico, vióse en posicion de realizarlos, gracias á que el absoluto ascendiente que los soberanos rusos tienen en sus pueblos, hizo de sus vasallos el primer ejército del mundo sin voluntad propia, pero inoculada por igual en cada soldado la voluntad del soberano. A la formacion de este ejército y al engrandecimiento de la Rusia contribuyeron las imprudencias de Carlos XII, la poca union de los polacos, los desastres de Luis XIV y el abatimiento del Austria. Las consecuencias fueron que cuantas tierras baña el Báltico obedecian las leyes de Rusia, cuyas tributarias eran la Polonia y la Suecia. En semejante estado de engrandecimiento, sobrevino el año 1763, y subió al trono Catalina II; esta mujer extraordinaria, por extraño contraste nacida para todo lo grande y para todo lo malo. Sus estados que ya á la sazón ocupaban la octava parte del mundo conocido, necesitaban no guerras sino civilizacion; esto sin embargo Catalina nunca dejó que el arma estuviera pacífica en el brazo de sus soldados; do quiera levantaba poblaciones, pero descuidaba el darlas habitantes; llamaba á los mejores artistas de todos los pueblos, y los artistas se morian de hambre en Rusia; llamaba á sus reinos á los Jesuitas desterrados, y al mismo tiempo su corte era el centro de todos los filósofos de la impiedad; en una palabra, mujer que se pagaba de su fama, hubiese querido que la Europa toda y el mundo entero creyeran que su corte era un eden mas que hubiese sido un báratro. Otra de las circunstancias características de esta mujer era el deseo de ser elogiada, que constantemente estaba arraigado en su corazon. Gustaba por lo tanto que li-sonjeáran su talento, ponderáran sus conocimientos y pusieran

los filósofos sobre las nubes hasta los ukases de irrealizable ejecucion, que publicaba hoy para revocarlos mañana, si ya no era que después de escritos hasta de su publicacion se olvidaba muchas veces. Por este medio Catalina II llegó á reina.

Partidaria de los filósofos, cuando los enciclopedistas fueron inquietados en Francia, quiso llamarlos á San Petersburgo para que alli pudieran terminar su abominable obra. A D' Alembert propuso se encargara de la educacion de su hijo. Tuvo á su lado á Diderot, con quien gustaba de conversar mientras no le hablaba de la libertad de los pueblos y del porvenir que esperaba á los reyes, tocante á cuyo punto, pese á todas las filosofías, Catalina no era mas liberal ni progresista que Federico. Segun hemos observado en cuantas lecturas hemos hecho, todos los partidarios de la moderna filosofía aseguran, que esta y sus predicadores no tienen mas objeto que la libertad de los pueblos y de los hombres; sin embargo nosotros vemos que así los antecedentes de las personas que se pusieron al frente del movimiento revolucionario, como tambien las consecuencias de este mismo movimiento fueron altamente despóticas, y sino ahí va citado otro ejemplo.

Imperaba en Austria desde 1765 José II, sucesor de María Teresa, reina que mientras estuvo sentada en el trono, guardó intacta su reputacion, á pesar del mal ejemplo que sus vecinos la dieran. Convencida de la importancia de su mision, sabia dar á su título de emperatriz todo el brillo de que era digno. Federico de Prusia se burlaba frecuentemente de su devocion, pero sus pueblos hablaban siempre de ella con un respeto que la posteridad le profesa todavia. María Teresa no sentia gran cariño por José, porque le juzgaba de natural grosero y duro de corazon. Dijo una vez la reina á un célebre artista: — «Si yo quiero que el rey proteja las bellas artes, es para que le desembrutezcan; tiene muy duro el corazon.» — Mientras madre é hijo reinaron juntos, estuvieron muy poco de acuerdo: aquella queria mantener su herencia por medio

de la paz , y este trataba de engrandecerla por medio de la guerra. En cuanto á estudios , José II los habia hecho muy regulares en derecho público , pero la lectura de los charlatanes economistas , que entonces gozaban de gran favor , y el frecuente trato con algunos impíos innovadores , le imbuyeron la manía de las llamadas reformas , que al parecer eran la moda de aquellos tiempos. En vano su madre quiso disuadirle de estas ideas , José tenia los ojos fijados en Francia , y tan luego como se vió dueño único del trono de Austria , empezó á introducir en su reino la política y las infernales reformas francesas con harto disgusto de sus pueblos , que hasta entonces lo habian pasado muy bien sin semejantes innovaciones. La descripcion de este monarca filósofo la hace del modo siguiente un autor , que no es por cierto jesuita ni ciego partidario de ellos.

«La filosofía no hizo que José olvidára sus hábitos despóticos. Como se fijára en algun objeto , ni entendia de razas , ni de costumbres , sentimientos ó derechos de los extranjeros. Todo aquel que se le resistia era un miserable. Se mezclaba en las cosas mas frívolas , en el modo de vestir , en las campanas ; queria cambiar en algunos años no mas , aquello que el carácter de los pueblos no produce sino en el espacio de muchos siglos , y como si abrigára el presentimiento de que sus dias debian ser muy breves , en solos los tres primeros años de su reinado publicó trescientas sesenta y seis ordenanzas generales para todos sus estados , independientemente de los edictos particulares , todos destinados á morir por un igual. Sus códigos civil y criminal , publicados en los años 1786 y 1787 , redactados precipitadamente , exigieron desde luego interpretaciones y reformas. José abolió la pena de muerte , pero no para los delitos de estado. Prodigó los apaleamientos y la marca en el rostro , mantuvo los horribles calabozos donde la respiracion era sufocada por los robustos hierros , y el pan y el agua bastaban apenas á la vida de los presos. Dispuso que las condenas no perjudicáran á la mujer , hijos y parientes del sentenciado , pero en cambio confiscó los bienes de los criminales

de estado sin cuidarse del porvenir de sus hijos. Creó lo que él llamaba crímenes políticos, que eran castigados rigurosamente, autorizando al juez instructor de la causa para encubrir su nombre, que siempre era ignorado del acusado....»

Tocante á ideas religiosas difería notablemente de las de su madre, que nunca quiso tolerar en sus estados mas culto que el de la Iglesia católica. José por al contrario, por medio de infernales planes, preparó el terreno y secundó lo mejor que pudo el movimiento protestante, restringió las prerogativas pontificias, y caminó por el sendero que los filósofos de la impiedad trazaban á sus adeptos. Revocó el edicto de Fernando II que prohibía á los austriacos todo otro culto que el católico, dejó que los judíos se mezcláran en toda clase de negocios, aseguró la libertad religiosa para los protestantes de Hungría, y confió toda clase de destinos á los griegos cismáticos sin mas juramento que el que sus creencias les permitian. Los hijos varones nacidos de matrimonios mistos de católicos y sectarios debían ser educados en la fe católica, si la profesaba el padre; de otro modo quedaba á voluntad de sus parientes: las hembras debían ser educadas en la fe de las madres. Hizo del matrimonio un contrato puramente civil; por consecuencia se reconoció la legitimidad del divorcio, y los hijos naturales tuvieron los mismos derechos que los legítimos. Si damos importancia á estos detalles es para que se vea por aquí el estado en que se encontraban las cortes de Europa en el siglo de la espulsion de los Jesuitas. Lo que pasaba en Austria pasaba en todas las demás naciones: quizás alguna salvó las apariencias mejor que otra; pero en el fondo todas sentían iguales impresiones, y tan mal parado salió el catolicismo de manos de unas como de manos de otras. Téngase en cuenta sin embargo que no hablamos de los pueblos, sino de sus gobernantes.

Resuelto José II á reunir en una sola mano, la suya, todas las fuerzas de la monarquía, prohibió á sus súbditos que tuvieran clase alguna de relaciones con la Santa Sede, supri-

miendo al mismo tiempo las libertades eclesiásticas. Mandó asimismo que ningun Breve fuese publicado sin su aprobacion, abolió los recursos á Roma para los asuntos reservados, y autorizó por odio á la religion á los obispos para que dieran dispensas de matrimonio por razon de parentesco. Por sí y ante sí nombró prelados para las iglesias, entre otras la de Milan, de cuyo nombramiento no hizo sabedores ni al Papa ni al consejo municipal. Al gobernador de Lombardía ofició diciéndole, que se creia con derecho para disponer de todos los beneficios eclesiásticos; y habiendo el Sumo Pontífice manifestado á este rey el sentimiento que le inspiraban tamaños excesos, José le devolvió el Breve, diciendo que no estaba redactado en los términos que era conveniente, es decir, segun sus ideas y máximas protestantes. Quiso hacer traducir la liturgia en lengua vulgar, suprimir los ornamentos eclesiásticos, las imágenes, procesiones, peregrinaciones y cofradías. Hizo arrancar de los Breviarios el oficio de S. Gregorio VII, prohibió á los monasterios la obediencia á los superiores que residian fuera del país, quiso que cada religion se subordinara á un provincial dependiente del obispo, sin que pudieran las comunidades mandar diputado alguno á los capítulos que se celebraban fuera del imperio, ni tampoco elegir en superior á ningun extranjero, ni permitir que religioso alguno hiciera el viaje á Roma. Destruyó dos mil y veinte y cuatro monasterios, redujo el número de los monges de treinta y siete mil á diez y siete mil, privando á estos de coro y otros ejercicios piadosos bajo pretexto de que eran perjudiciales á la salud. Despojó á los obispos de Lombardía de la direccion de los seminarios, que reemplazó por una escuela de teología única en Pavia, agregándola el colegio germánico de Roma. Nombró para profesores de esta escuela á varios furibundos jansenistas, tales como Pedro Tamburini y José Zola. Asimismo corrió el rumor de que queria confiscar todos los beneficios, haciendo á la Iglesia asalariada del Estado. Llevó á tal extremo sus minuciosas reformas anti-católicas, que hasta tarifó lo que podia gastarse en los

funerales, y las horas en que podían estar abiertas las iglesias y ser tocadas las campanas. Por estas razones el filósofo Federico, su colega real, llamaba à José, *mi querido sacristán*. Tal era el hombre que regia los destinos de un pueblo católico, y que tan poderosa influencia había de tener en los destinos de Europa.

Como el rey José de Portugal estaba dominado por Pombal, Carlos III por Aranda, y Luis XV por el duque de Choiseul, el emperador de Austria obedecía asimismo los caprichos de su ministro el príncipe de Kaunitz, acérrimo partidario de los filósofos, y que tenía una sola respuesta para todas las quejas que se le dirigían, es á saber, que todo debe ceder ante la voluntad soberana, una vez el que impera está resuelto á llevar adelante un plan cualquiera. El emperador por su parte correspondía maravillosamente á esta máxima, tanto que una vez al superior de un convento que le hacía algunas observaciones, contestó:—¿Qué quereis que os diga? Marchaos donde no haya leyes de estas.—A un obispo, que despues de haberle espuesto en un sentido discurso las obligaciones del orden episcopal, le pidió instrucciones, contestó estas lacónicas palabras:—La instrucción es que yo quiero ser obedecido.—Nombró para rector del seminario de Brunn á un tal Plorer: rehusó admitirle el obispo, porque el agraciado pertenecía al gremio de los jansenistas, y aunque así se lo dieron entender al emperador, confióle el mismo destino en el seminario de Viena. Rehusóle asimismo y por igual motivo el arzobispo Migazzi, y José léjos de penetrarse de la razon que asistía al prelado, le hizo incurrir en desgracia y forzóle á abandonar su Sede. Finalmente fundó la universidad de Bonn, dejando el encargo á los protestantes á fin de que exclusivamente se dedicáran á propagar las máximas filosóficas del emperador.

Pio VI, pontífice reinante, no pudo menos que alarmarse ante unas providencias que amenazaban hundir la nacion austriaca en el abismo de la impiedad; pero el Papa en su fervoroso celo por la causa católica no recordó que de Alemania

brotara la primera chispa protestante, y que todos aquellos medios muy prudentes en circunstancias normales eran cuasi infructuosos en el delicado trance en que se encontraba la Iglesia en Austria. Los tiempos habian cambiado notablemente: ya ante la amenaza de los rayos del Vaticano no bamboleaban los alcázares reales, ya ante la excomunion del Pontífice no se doblaban los reyes, porque en sus corazones iba mermando la fe á medida que la filosofía tomaba creces, y en vano Pio VI se dirigió, ora suplicante, ora enérgico al emperador. Sus representaciones quedaron sin respuesta, y el Pontífice haciéndose superior á este grosero desaire, resolvió visitar en persona al emperador José. El Papa confiando en la justicia de su causa, en su imponente aspecto y en su elocuencia persuasiva, se puso en camino, despues que durante toda una noche estuvo haciendo oracion sobre el sepulcro de los Santos Apóstoles.

José dispensó al Pontífice toda suerte de honores y distinciones, pero evitó constantemente el entrar con él en discusion formal, prohibiendo que persona alguna le visitara sin su permiso. Kaunitz, su ministro favorito, era acérrimo partidario de la secta filosófico-impia, como Choiseul, Aranda, Pombal y Tanucci: Kaunitz es aquel miserable ministro á quien el Papa presentó afablemente la mano, y que lejos de llevarla á sus labios como debia, la estrechó familiarmente como se estrecha la de un igual, circunscribiéndose, como por desprecio, á hablarle de bellas artes. En vano repetidas veces el noble Pontífice quiso demostrar su desagrado por ciertas medidas; llena aquella corte de partidarios del filosofismo, nadie le hizo caso, hasta el punto de que avergonzado de un ceremonial que parecia guardarsele por befa, profundamente afligido por la inflexibilidad de José, y ofendido de que se fingiera mentirosamente un respeto que no se sentia hácia la Santa Sede, mientras abiertamente se la despojaba de sus mas bellos privilegios, abandonó desconsolado á Viena, despues de haber permanecido un mes en ella y rogado infructuosamente se cortase el mal que tantos estragos

causaba á la religion y al estado. Tales eran los reyes que regian la Europa en el pasado siglo XVIII.

Al lado de estos soberanos figuraban ministros dignos de ellos: quizás á estos consejeros mas que á aquellos reyes se deban los tristes efectos de aquel período que se llamó de filosofía, y que mejor pudiera llamarse de escándalos. Nos falta sin embargo retratar á un hombre de sien coronada; luego retrataremos á aquellos que arrancando moralmente las diademas á sus reyes, las ciñeron á su frente. Luis XV de Francia es el hombre que nos resta dibujar en la galería régia del siglo XVIII. Luis XV fué indudablemente el que preparó los desórdenes de que fué víctima Luis XVI, ni mas ni menos que Witiza precipitó á la España en el derrumbadero donde cayó durante el reinado de Rodrigo. El rey de Francia vió como á sus pies se tramaba la conspiracion, y ni supo ni quiso sofocarla; vió el volcan próximo á estallar y no trató de disminuir el horror de sus inevitables estragos: seguro de que los rayos de la tempestad no descargarían en su tiempo, no se cuidó de la suerte de sus sucesores, por mas que á su vista se levantára el cadalso para sus hijos y nietos. El egoismo de Luis XV acabó de hundir á la Francia en el abismo abierto por los filósofos de la falsa libertad; el monarca no se portó ni como buen padre de su familia, ni como buen padre de sus pueblos. Luis XVI subió al trono y tomó las riendas del gobierno, pero, ¿cuándo? Cuando el carro de las instituciones y del estado iba ya precipitado por el despeñadero de la revolucion. Vanamente por lo tanto quiso detenerle: sus fuerzas no le bastaban.

No se crea sin embargo que Luis XV careciera de talento; con una conducta menos licenciosa no hubiera dejado reinar á los favoritos, sistema que tarde ó temprano conduce al malestar nacional. Mientras Rousseau escribia sus libros y Choiseul desangraba al pueblo francés, Luis XV se encerraba en Trianon ó Versailles donde le aguardaban la Pompadour ó la Dubarry. En aquellas estancias donde la fastuosa opulencia pa-

recia insultar la miseria de los innumerables que por la calle pedían un bocado de pan, ó bien se tendían sobre el empedrado en las frías y húmedas noches de París; en aquellas estancias donde se disipaba en una noche lo que hubiera bastado para que un pueblo de mendigos comiera al día siguiente hasta saciar su nunca satisfecho apetito; en aquellas estancias donde se firmaban á favor de una cortesana donaciones de palacios, donde hubieran podido cómodamente establecerse no pocas fundaciones de beneficencia; en aquellas estancias á donde no llegaba ni la voz del pueblo, que lloraba ó rugía por las calles, que se arrastraba pidiendo ó se levantaba amenazando; en aquellas estancias donde no se pensaba en el porvenir y se echaba al olvido el pasado, se tramó la conspiración contra los Jesuitas secundada por el duque de Choiseul desde el fondo de su bufete ministerial, donde iba á fundirse todo el oro que se escapaba á la codicia de las cortesanas favoritas. En este gabinete, al contrario de lo que sucedía en aquellas estancias, se tenía noticia de todos los males que aquejaban al reino, todos los días se daba cuenta exacta de las lágrimas que se habían derramado en Francia, paso á paso y línea á línea constaba lo que los pueblos iban adelantando en su ira, y sin embargo, como los verdugos de los tiempos bárbaros aumentaban los dolores á medida que el rostro de la víctima denotaba mas sufrimiento, así en aquel gabinete á medida que la Francia se iba aniquilando de hambre, se la despojaba de su último recurso, se la arrebatava el último mendrugo que tenía para llevar á la boca. Todo esto veía ó podía ver el rey Luis XV, y también contemplar como la nueva secta filosófica iba sembrando sus trastornadoras máximas en un pueblo que por causa de su malestar solamente trastornos soñaba. El hambre es á las revoluciones lo que la pólvora á las minas. Ahora bien, este ministro que no quiso sacar al rey del fatal letargo en que estaba sumido; este rey que dejó que sus sucesores subieran por una misma escalera al trono y al cadalso; estas cortesanas favoritas que eclipsaban con su lujo insolente el brillo de la fa-

milia real; todos estos juntos decimos tramaron la conspiracion que debia dar por resultado la espulsion de los Jesuitas. Permítasenos por lo tanto decir que nada honra mas á los hijos inclitos del gran Loyola que la índole de las persecuciones que sufrieron, y el haber caido en la época aquella en que cayeron tantas y tan venerandas instituciones, en que uno tras otro venian abajo los altares católicos, en el siglo finalmente que se llama de los filósofos. La era de los Dioclecianos siempre ha sido fecunda en sangre de mártires.

CAPITULO XLV.

POMBAL. — ARANDA. — FLORIDABLANCA. — CHOISEUL.

Ya que conocemos el espíritu de los pueblos en el siglo XVIII, ya que conocemos el espíritu de sus reyes, ya que sabemos el modo de pensar que tienen sus ministros, conozcamos asimismo á los jefes del ominoso complot que tenia por objeto la destruccion de los Jesuitas. Cuatro hombres entraron á formar parte de él, los cuatro ministros omnipotentes, los cuatro dominados de unas mismas pasiones, los cuatro alistados en una misma causa, y los cuatro uniformes en los medios de llegar al término de sus infernales deseos. Estos cuatro hombres cargaron todo su peso y el peso de todas sus intrigas en la balanza donde iban á pesarse los destinos de los Jesuitas, y si su maquiavelismo triunfó momentáneamente de la razón y de la justicia, es porque en los inescrutables designios de la Providencia, quiso ésta saber cuales eran los hijos que seguian su ley á todo trance. La experiencia demostró, que ni una sola de sus víctimas se separaba de la línea de sus deberes, y que la resignacion la ayudaba á suportar la fatigosa carga de los insultos y vejaciones de que fueron blanco los Jesuitas. Pero los hombres que tienen fe, nunca olvidan aquella máxima del Divino Maestro: « Si el mundo os odia, sabed que antes que á vosotros me ha odiado á mí. Mas todos estos malos tratamientos os los harán sufrir por causa de mi nombre, porque no conocen á Aquel que me ha enviado. » Estas sublimes palabras tienen en nuestro caso una inmediata aplicacion. No eran los Jesuitas los odiados, no; el catolicismo debia ser la víctima, y

como ha sucedido siempre en semejantes casos , al pié de los altares debian morir los buenos ministros. Ignacio creó su compañía para colocarla frente á frente del naciente protestantismo ; trabóse desde luego la lucha , y la tropa de Jesus siempre estuvo pronta para entrar en los combates , de que la justicia de su causa y el valor de sus defensores , la sacó en todos tiempos vencedora. Como el soldado leal camina siempre á la sombra de su bandera , los Jesuitas nunca desampararon la enseña del catolicismo ; por esto la impiedad les motejó con el honroso título de genizaros de la Santa Sede. Cuando llegó el momento de dar el golpe al trono de S. Pedro , cuando sonó la hora de tirar la máscara y emprender nuevamente la lucha del error contra la verdad , los que á consecuencia de las derrotas sufridas anteriormente no se atrevieron á atacar de frente al objeto de su odio , apelaron á la guerra sorda de la intriga diplomática , y derribando el edificio por sus apoyos , esperaron verle venir abajo con todo su peso. Pero se engañaron , porque el gran apoyo del catolicismo es el catolicismo mismo , inmortal en su esencia como el Dios de que es emanacion. En vano vinieron abajo las columnas jesuitas , inútilmente se desmembró la falange custodia del santo alcázar de la fe de Jesucristo : bajo las ruinas del templo murieron los filisteos sin que ni una sola piedra hiriera el Arca Santa. La impiedad se dió á sí misma la muerte cuando creyó herir mortalmente al objeto de su odio , hiriendo á los Jesuitas. Pero quede sentado, como siempre hemos dicho , que atacados fueron los esforzados hijos del gran Ignacio , no por quienes eran ellos en sí , sino por los principios que representaban : la lucha era del protestantismo contra el catolicismo.

Los cuatro hombres que se asociaron para derribar el edificio del ínclito Ignacio de Loyola , sobre cuyas ruinas habian de afirmar su omnipotencia , fueron D. Sebastian José Carvalho , conde intruso de Oeyras y marqués novicio de Pombal, D. Pedro Pablo Abarca de Bolea , conde de Aranda ; D. Francisco Antonio Moñino , conde de Floridablanca , y Estéban

Francisco de Choiseul Staisville, duque de Choiseul Amboise. El primero nos es asaz conocido: es el verdugo de los Távoras, es el responsable de todas las debilidades de José de Portugal, es el autor de la mayor parte de las desgracias que aun hoy dia pesan sobre Portugal, es el digno imitador de Enrique VIII, que como este soez tirano concibió el proyecto de apartar y segregar á la nacion del gremio católico, para hacerla formar comunidad aparte con el título de Iglesia portuguesa. Todos estos títulos y muchos mas podria agregar Pombal á sus flamantes condado y marquesado, ridículos títulos con que quiso encubrir su oscuro origen y abrirse paso entre una nobleza que no le admitia en su seno, cabalmente porque no sabia el ministro hacerse superior á los privilegios de cuna. Hijo del pueblo renegó de su origen: por la misma razon la nobleza le despreció constantemente, por mas conde y marqués que se hiciera nombrar, gracias á la debilidad del rey.

El conde de Aranda sirvió mas como instrumento que como móvil. Su permanencia en Francia le hizo trabar relaciones íntimas con los filósofos, y uniéndose á ellos en sus impías miras, cargó sobre sí la odiosa responsabilidad de la espulsion de los Jesuitas en España. Sus amigos han querido pintárnosle como un grande amigo y defensor de la religion; pero si así es, no se comprende como las obras fueron tan diversas de los sentimientos. El conde de Aranda sentia una repulsion irresistible por todo lo que eran comunidades religiosas. Un autor francés haciéndose cargo de las circunstancias por demás heterogéneas de su vida, se espresa en los siguientes términos: «La posteridad le mirará ó como un enemigo del cristianismo, ó como un talento falso, que dando cabida á algunas preocupaciones de aquellas que mas estrañas son en su pais, creyó encontrar la salvacion de la religion en aquello mismo que formaba su ruina.» Y digan lo que quieran sus apologistas, ninguna duda tiene que la destruccion de los Jesuitas fué obra de los filósofos y que Aranda era otro de los superiores iniciados en la secta reformista. Al que dudáre de ello le convenceremos hasta la

evidencia de la manera mas plena que darse pueda. Tenemos materiales para hacer que caiga la venda de los mas ciegos y preocupados.

Por lo que al conde de Floridablanca se refiere, bastará decir que fué el agente de los enemigos encarnizados de la Compañía de Jesus, colocado en Roma para arrancar su supresion á los achaques de Clément XIV. Los medios que empleó para ello fueron, como veremos, de tal naturaleza, que el Pontífice fatigado bajo el peso de tantos asedios, no pudo menos de exclamar: — ¡Nó los Jesuitas, sino la presencia de Floridablanca me dará la muerte! — Es decir que entre las mil calumnias inventadas por el anti-jesuitismo, hasta dieron á entender, ó quisieron hacer temer al Papa, que no estaba seguro de su vida mientras subsistiera la Compañía de Jesus. Semejante conducta no es de estrañar en los anti-católicos de aquellos tiempos. Sentimos vivamente tener que echar algunas manchas en las brillantes páginas de la historia de unos españoles, cuyos talentos honran á la patria, pero el escritor imparcial no debe tener afectos ni odios, del mismo modo que el defensor de una causa no puede menos que aprovecharse de cuantos recursos le proporcione la naturaleza del asunto, siquiera sea preciso hacer aparecer alguna deformidad en el cuerpo que se creyó perfecto. Floridablanca fué un sabio, fué un gran ministro, pero como Pombal tenia ciertas circunstancias que rebajaban en gran manera su mérito á los ojos de todo hombre pensador é imparcial. Oseuro de nacimiento como el ministro portugués, quiso hacerse noble de real orden, y la nobleza se desdénó en este punto de mirarle como á su igual; por esto se vengó en los nobles, despojándoles de una porcion de privilegios, de que él no podia gozar. La venganza por lo tanto no era ajena á su corazon, si bien esta venganza no se saciaba inhumanamente con sangre como lo hacia el tirano favorito portugués, que á decir la verdad levantó la bandera y capitaneó la conspiracion diplomático-impia contra los Jesuitas. Tambien como Pombal el conde de

Floridablanca bebió las lecciones de la filosofía infernal de sus tiempos, y su historia religiosa, sin ser tan escandalosa como la del tirano portugués, no pecó de canónica. Desgraciadamente el conde gobernó en una época en que la cruzada impía contra Roma se había hecho general en la mayor parte de las cortes de Europa, invadidas por el espíritu filosófico, y en la de España era colega de Floridablanca el marqués de Campo-
manes, cuyo voto era de grande influencia en el consejo, y cuyo modo de juzgar la corte romana, ó sea la religion, es por demás conocido. Abrase sino por donde se quiera su obra de la *Defensa de las regalías*.

El duque de Choiseul ya era otra cosa: con decir que el partido filosófico estableció sus reales durante el siglo XVIII en Francia y que este ministro mereciera por su conducta el dictado de protector de este partido, vendremos á parar al pleno conocimiento de las ideas dominantes en él. Lo mas particular en este caso es que al par que se hacia el amigo del monarca, era á su lado el defensor de los parlamentos; de los parlamentos revoltosos, impíos, anti-monárquicos; de los parlamentos donde hervia el fuego de la revolucion anti-católica. Choiseul favorecia á unas corporaciones, baluartes del partido irreligioso, que derribando de los altares la noble imagen del Divino Redentor elevaban profanamente sobre su pedestal la impúdica imagen de la diosa Razon, á que vergonzosamente se rendia culto. El duque de Choiseul es responsable de estos escesos, porque fué causa primordial de ellos, porque cuando pudo sufocarlos dióles por al contrario rienda suelta; y es responsable asimismo de las sangrientas escenas que mas tarde tuvieron lugar en Francia, las cuales convirtieron á este reino en un vasto cementerio. No exageramos, no, y en confirmacion copiaremos del *Conservador*, tomo 1.º, pág. 370, el cálculo individual de las víctimas de aquella espantosa revolucion, ó sea en lenguaje revolucionario, *regeneracion filosófica*, que fué el de *ocho millones quatrocientas setenta y seis mil trescientas cincuenta y nueve!!!* El autor de la *Vida privada de Luis XV*,

juzga al ministro francés en los siguientes términos : « Este ministro revoltoso y audaz, intentando promover toda clase de revoluciones, no solo en las cortes y en los estados, sino tambien en el corazon de los pueblos, partidario decidido del libre pensamiento, fué reconocido por los filósofos modernos, cuya secta empezaba á tomar gran consistencia, digno de ser su protector, y él correspondió á esta eleccion demostrando el mayor celo por la propagacion de su doctrina. Uno de sus principios era la estirpacion de los monges y destruccion de los conventos. El duque comprendió que no podia triunfar, mientras subsistieran los Jesuitas : era preciso por lo tanto comenzar por ellos. » Por lo tocante á los servicios que prestó á su rey eran digno preludio de las escenas que debían conducir al cadalso al nieto é inmediato sucesor de Luis XV. El consejero duque, léjos de contenerle precipitaba al monarca y á la monarquía en un abismo : Luis XVI resbaló por la pendiente que empezó á recorrer su abuelo. Este que tenia el suficiente talento para conocer los planes de su ministro, aliado con el sedicioso Parlamento de Paris, le relegó en 24 de diciembre de 1770 á una de sus propiedades. La carta del rey, que otra vez en el decurso de esta historia hemos citado, decía al favorito filósofo : « El desagrado que me causan vuestros servicios me obligan á desterraros á Chanteloup, á donde os trasladareis en el término de veinte y cuatro horas. Mas léjos os hubiera enviado á no ser por el particular afecto que profeso á la señora duquesa de Choiseul. Teneos cuenta que vuestra conducta no me obligue á tomar otra determinacion. » Esto basta para juzgar del ministro.

Ya conocemos á los cuatro omnipotentes favoritos, que tomaron de su cuenta la ruina de los Jesuitas. Patentes los autores del plan, vamos á descifrar la trama; vamos á ver los ocultos ardides y manejos; vamos á ver las palaciegas intrigas de que el anti-jesuitismo se valió para envolver á la Compañía de Jesus en la funesta tela de su odio.

CAPITULO XLVI.

EL PRIMER SOPLO DEL HURACAN.

HEMOS visto ya y nadie ignora que la señal de persecucion general contra los Jesuitas , dióse en Portugal á fines del siglo xviii ; sin embargo de que en ningun país católico habian gozado de mas influencia ni parecian estar mas arraigados. El crédito de que gozaba en el reino fidelísimo la Compañía de Jesus no podia estar mejor cimentado de lo que estaba , ni con mas justicia adquirido. Portugal , reino cuasi insignificante en Europa , poseia varios territorios allende los mares ; territorios que estaban en el verdadero estado salvaje y que pudieran compararse á un diamante en bruto , cuyos rayos estuvieran eclipsados por la espesa capa de barro que los cubria. A los Jesuitas debieron los soberanos portugueses los inmensos establecimientos que poseian en la India , en Asia y en la América meridional. Estas conquistas sociales , estos desmontes de terreno , estas ciudades edificadas , este comercio establecido , consiguieronlo paso á paso los Jesuitas , cuando ya el convencimiento era íntimo de que las armas sirven para conquistar , y no para fundar y menos para conservar los paises. Los terrenos ultramarinos de los portugueses están regados con la sangre de los mártires de la Compañía de Jesus y laborados por sus infatigables misioneros. ¿Qué tiene de extraño pues que el pueblo , que siempre sabe distinguir á sus protectores de sus tiranos , se mostrara adicto á los nobles hijos del inclito Loyola ?

Este influjo de que merecidamente gozaban los Jesuitas, dis-

gustó en gran manera al ministro ambicioso , corrompido ; al ministro á quien se contaba entre los fautores mas ardientes de las nuevas doctrinas filosóficas , cuyo veneno empezaba á circular por todas partes y mas particularmente en los gabinetes de los príncipes , donde algunos ministros trabajaban para establecer el sistema del mas insensato despotismo. Este ministro , marqués de Pombal , concibiera proyectos innovadores , á los cuales los Jesuitas á fuer de católicos no podian menos de hacer la oposicion , y esta oposicion justa y fundada prometia ser insuperable , tanto mas cuanto no ignoraba que los PP. de la Compañía estaban trabajando para que se abrieran los ojos del monarca á la luz de la razon y echára del ministerio á un hombre funestísimo para la nacion. Hemos visto tambien las pérdidas y tenebrosas maniobras de que se valió para abusar del débil y voluptuoso José I , cuya confianza habia merecido halagando su pereza y sus capitales vicios ; hemos visto como hubo un hombre tan escesivamente inicuo que fallando á su elevado ministerio se asoció á esta obra de destruccion ; hemos visto como estos dos hombres asociados para el crimen empezaron por engañar á los pueblos y acabaron por engañar al mismo Pontífice , esgrimiendo siempre el arma fatal de la calumnia. Hemos visto asimismo como se falsificó un Breve del Papa , y como se forjó una soñada conspiracion contra la vida de José I , en la cual quiso hacerse cómplices á los Jesuitas ; hemos visto como por causa de esta conspiracion , que nunca existiera , perecieron en el cadalso todos los individuos de dos de las mas nobles familias portuguesas , sin perdonar ni aun á sus criados ; hemos visto como á consecuencia del mas ridículo proceso , y no pudiendo conseguir que el jesuita Malagrida apareciera como cómplice en el forjado regicidio , se le acusó de crímenes imposibles , por los cuales este anciano de setenta y cinco años fué quemado vivo á la vista del pueblo de Lisboa , al cual durante cincuenta años habia catequizado con su elocuencia y edificado con sus virtudes ; hemos visto como en todos los corazones se levantó un grito de horror , de modo que

el mismo Voltaire llegó á decir , que en este asunto *el exceso del ridiculo y de lo absurdo habia corrido parejas con el exceso de lo bárbaro* ; finalmente hemos visto como por efecto de tantos crímenes y de tantas imposturas, en 3 de setiembre de 1759, los Jesuitas fueron espulsados de los dominios portugueses , ó mejor , de los dominios de Pombal.

Como los enemigos de la Compañía estaban ramificados en todas partes y tenian un interés inmenso en destruir la obra del inclito Ignacio , como el soldado tiene inmenso interés en destruir los fuertes de su enemigo ; no bien el nuevo marqués de Pombal trazó el negro camino por donde se llegaba al término de los deseos del partido anti-católico , todos se echaron tras sus huellas , y por una misma senda llegaron á un mismo fin.

Empezaba á resonar en Europa el rumor de las disposiciones crueles que caracterizaron la destrucción de los Jesuitas de Portugal , cuando de repente asomó en Francia la nube precursora de la tempestad que iba á envolverles en el reino cristianísimo. Los filósofos del siglo XVIII , los jansenistas, los parlamentos y los ministros de Luis XV unieron contra el comun enemigo de sus pretensiones impías todos sus intereses , odios y celos , secundando los esfuerzos de una cortesana vengativa, cuya hipocresía acababan de hacer patente á los ojos de los franceses los PP. de la Compañía de Jesus. Tantos poderes y tantas pasiones aprestadas para el combate no podian menos de obtener el triunfo en una lucha , no solo contra unos inofensivos sacerdotes , sino contra un principio religioso puesto en oposicion con las ideas de un siglo altamente infestado del espíritu filosófico. Acordado entre los corifeos de la impiedad el plan de destruir á la religion por medio de los príncipes , á los príncipes por medio de los pueblos , y á los pueblos por los excesos de una libertad mal comprendida y peor dirigida , el primer punto designado para el ataque fué la corporacion religiosa que á sus destructores planes como inespugnable baluarte se oponia , por medio de la educacion que facilitaba á toda la juventud de su tiempo , educacion cristiana y monár-

quica, es decir, educacion basada en el sentido de adoracion á Dios y respeto á las potestades de la tierra, que lo son todos los gobiernos legalmente constituidos. Para llegar al colmo de estas esperanzas aliáronse formidablemente el jansenismo y la magistratura. De este aserto se encuentran multiplicadas pruebas, no solo en las diversas obras, sino en la correspondencia entonces secreta y hoy dia pública de los principales jefes de esta trama infernal. Decia D'Alembert: «La filosofia está á punto de vengarse de los Jesuitas.... Ya la fortuna no les sonríe; ved sino como andan reñidos con los hombres de los parlamentos: estos sin sospecharlo sirven la causa de la razon (la impiedad). Son los ejecutores de la alta justicia de la razon, de la cual reciben órdenes. Hablando con toda propiedad la filosofia es quien por boca de los magistrados ha dictado la sentencia contra los Jesuitas: el jansenismo ha sido el pretendiente. Para destruir el fanatismo (entiéndase la religion verdadera) es preciso empezar por los Jesuitas, que son sus granaderos.» Semejantes auténticas espresiones creemos que no necesitan comentario alguno.

Por aquel tiempo aparecieron una porcion de folletos clandestinos, destinados á corromper la opinion pública: profusamente repartidos por los agentes del partido filosófico, eran el veneno que se administraba gratis á los incautos. — «Estos folletos no se venden, decia el cinico Voltaire, sino que se les regala á personas adeptas, las cuales los distribuyen á los jóvenes y á las mujeres. Uno de estos libelos mas atroces se dividia en tres partes, y su solo título revelaba el funesto proyecto abrigado por sus autores. Hablaba la primera parte de la *necesidad de destruir á los Jesuitas*; la segunda de la *necesidad de separar al Delfin del trono*; y la tercera de la *necesidad de destruir la autoridad de los obispos*. Este libro se titulaba *la triple necesidad*, y demuestra como todos los de su clase el gran interés que manifestaban los rebeldes filósofos para deshacerse de los Jesuitas, que eran su horrible pesadilla. La existencia en Francia de un complot anti-jesuita se demuestra, no solo por cien

distintos testos originales de sus jefes, sino tambien por el irrecusable testimonio de los hechos. Anteriormente hemos hecho ver como este complot tramó una vergonzosa farsa á propósito de la herencia de Ambrosio Guis, y nuestros lectores no ignoran cuan resplandeciente salió de esta prueba la inocencia de los PP. de la Compañía. Habiendo fracasado esta tentativa comenzaron nuevamente sus ataques, valiéndose para ello de la conducta observada por el P. Lavalette, cuyo nombre se ha hecho tan célebre en los anales de los Jesuitas. Este es uno de los caballos de batalla de nuestros adversarios, y por la importancia que en los futuros acontecimientos tuvo, merece que le esplayemos sin faltar en un ápice á la verdad, á fin de que se convenzan nuestros lectores de la imparcialidad con que tratamos los hechos.

Antonio de Lavalette nació el 21 de octubre de 1707, oriundo de una ilustre familia. En 1741 partió para las Antillas, y se fijó en la Martinica con el cargo de procurador general de las misiones. Estas se encontraban en un estado de penuria desconsolador, y el jesuita que abrigaba uno de aquellos corazones capaces de cualquier empresa por colosal que sea, concibió el proyecto de remediar la escasez que reinaba en aquellos puntos, contra la opinion del anti-jesuitismo que ha querido dar á entender que la Compañía disponia de los primeros tesoros de Europa. Lavalette obró á tenor de su proyecto, cuando de pronto en 1753 fué denunciado al gobierno francés y á los superiores de la Compañía como negociante entregado al comercio temporal. Por consecuencia de esta denuncia, Rouillé ministro de marina, y el P. Visconti general de la Compañía, le comunicaron la orden de evacuar la mision y trasladarse á Francia donde debía justificarse. Así lo hiciera inmediatamente Lavalette, si Hurson, intendente de las islas del Viento, no se hubiera constituido oficialmente en defensor del jesuita. El 17 de setiembre de 1753 escribia al general Visconti la siguiente carta: — «Mi reverendísimo Padre: os participo la estraña sorpresa que me ha causado, y tambien á

todas las personas honradas de este país, la orden que hemos recibido de mandar á Francia al P. de Lavalette bajo pretexto de que se dedica á comercio extraño de su profesion. Tres años hace que el Sr. de Bompar y yo gobernamos esta colonia, y lejos de haber abrigado la menor sospecha contra el P. de Lavalette bajo este punto de vista, siempre le hemos hecho la justicia mas completa en este punto y en cuantos atañen á su ministerio. Y aun hay aquí personas para quienes el sacerdote no es de su agrado, y tambien no han podido menos que sorprenderse de la orden en cuestion. Comienzo pues por aseguraros y juraros que nunca el P. de Lavalette, de cerca, ni de lejos, se ha dedicado al comercio extranjero. Este testimonio le será librado por mí, por el Sr. de Bompar y por todos los empleados de este punto. Podeis estar seguro de ello y hablar muy alto en este particular, sin temor de que se os contradiga, que cuanto mas en claro se pondrá este asunto, mas resaltarán su inocencia y la maldad horrible de sus acusadores.» —Se estiende luego en esta carta, probando que el ministro de marina ha de haber sido sorprendido por algunos malévolos, y termina diciendo: — «A todos estos motivos agregaria la consideracion que merece una Orden como la vuestra y los infinitos beneficios que la estoy viendo proporcionar en estos paises, gracias al celo de sus superiores, sobre todo del P. Guillin y despues del P. Lavalette, los cuales trabajando en la mision han hecho gran bien á muchos hombres que sin ellos lo hubieran pasado muy mal. Si no estuviera seguro de la plena inocencia del P. Lavalette y de su conducta, puedo aseguraros que no os hablaria un lenguaje tan afirmativo.» —Pero es el caso, que si bien licitamente, el P. Lavalette se habia dedicado al comercio humano. La intencion era purísima y los medios de realizacion mas puros, si cabe. Las tierras de la mision eran fecundas: en muchos objetos como azúcar y café el producto era superior al consumo; pero en cambio habia carencia total de algunos objetos, como telas, harina, vino, y otros articulos de indispensable consumo. Cambiar lo que so-

braba por lo que faltaba no creemos que fuera ningun crimen; y esto es cabalmente lo que en un principio hizo el P. Lavalette. A pesar de esto, sin embargo, á pesar de la carta del intendente de la Martinica al P. Visconti, á pesar de otras varias cartas que en el mismo sentido recibió el P. Forestier, provincial de Francia, el jesuita acusado fué llamado ante sus superiores, y obediente emprendió la travesía. Así hubiera terminado todo, si á las reiteradas instancias de los habitantes de la Martinica, que profesaban gran cariño al P. Lavalette, este jesuita no hubiese sido nuevamente devuelto á las misiones de América.

La primera vez que el misionero abordó en la Martinica, encontró que la mision estaba en un descubierto de ciento treinta y cinco mil libras tornesas. Desde el momento su sueño dorado, el móvil de todas sus acciones fué reparar esta pérdida y cubrir esta deuda. A este efecto mejoró las tierras de labranza, contrató negros para trabajarlas, multiplicó los arriendos, y al poco tiempo llegó á ser el mas inteligente y acaudalado colono del país. Su prosperidad corrió muy pronto parejas con su empeño: sus esperanzas se vieron coronadas con las mas abundantes cosechas, con el producto de estas satisfizo parte de las deudas, hizo frente á los empréstitos que tenia contratados, y en breve gozó de un crédito respetabilísimo en el país y extranjero.

A su regreso, procedente de Francia, encontró algo desordenados los asuntos temporales de la mision. Era en mayo de 1755: los jesuitas, compañeros del P. Lavalette, como la mayoría de sus hermanos, entendian mucho mejor el Evangelio que el comercio; eran modelos para misioneros, inútiles para comerciantes. Lavalette dedicóse de nuevo á su trabajo favorito, reparó los tristes efectos del descuido temporal de sus hermanos; y como si su viaje á París y los ánimos que le habia dado el ministro hubiesen comunicado nuevo vigor á su corazon, nueva actividad en sus obras, al cabo de algun tiempo vió cual empezaban á ser realidades los vastos planes que

un día acarició cual si fueran dulces ensueños. Desde este momento es cuando el P. Lavalette, con el laudable fin indicado, dedicóse al comercio por mayor de los frutos de la misión. Pero aun de este modo no se vaya á creer que el jesuita se hiciera digno de los severos reproches de que ha sido blanco: al contrario. Celosos é infatigables se encontraban distribuidos por todo aquel país numerosos y evangélicos misioneros, que todos los días aumentaban considerablemente el rebaño de Jesucristo. Lavalette secundó su obra apostólica tomando sobre sí la administracion temporal de los negocios de la misión. Así descartados de estas heterogéneas ocupaciones los misioneros, podian entregarse con mayor libertad á sus apostólicos trabajos, sin inquietarse por el régimen de una administracion incompatible con los evangélicos trabajos á que estaban destinados. El estado penoso en que, como antes hemos dicho, se encontraba aquella remota misión, no permitia que sus individuos se entregaran á su hermosa y divina obra con aquella libertad y abstraccion total de las cosas mundanas, que la indole de una propaganda religiosa exige. Por esto hemos dicho que el P. Lavalette, aun dedicándose, como lo hizo, al comercio, favorecia y no perjudicaba los intereses de aquella fecunda misión de las Américas. Veamos ahora cual fué la posterior conducta observada por este jesuita, objeto de tantos odios y acriminaciones.

Para realizar de un modo mas en grande sus vastos planes, parecióronle pocas las propiedades rústicas de la misión, por lo cual compró inmensos terrenos en la Dominica, y para desmontarlos y esplotarlos reunió hasta dos mil negros. Cuando necesitó un millon en dinero, su crédito estaba tan sólidamente arraigado en Marsella y otros pueblos marítimos, que al momento algunos comerciantes se lo adelantaron. Lavalette entraba en una senda peligrosa, en una senda para él tanto mas comprometida en cuanto la recorría sin permiso de sus superiores y en la íntima seguridad de que nunca le obtendria; pero seguro de los recursos de su genio y actividad, se lanzó

intrépido hacia el porvenir, confiado en que la gran distancia en que se encontraba de Europa, haria invisibles sus actos lo mismo que su persona, en contra de aquellos que suponen en la Compañía de Jesus un sistema de espionaje y policia de doble vista.

El P. Lavalette estaba trabajando sus posesiones de la Dominica, cuando una epidemia devastadora sembró la muerte en una gran porcion de sus negros. Este primer desastre no le desanimó en modo alguno, pero los vencimientos de los plazos estaban al caer y era forzoso pagar a los acreedores. Para solidar su reputacion, no le quedaba mas recurso que contratar un segundo empréstito con condiciones onerosísimas, y para cubrir este déficit trató de conseguir multiplicados beneficios, y sin abandonar el comercio, se improvisó mercader y banquero. Ya no se contentó con el cambio de sus productos coloniales por productos de Europa, antes por al contrario compra y vende, y temeroso de que en los mercados franceses sus producciones podrian llamar la atencion de los jesuitas, para mantener a sus jefes en la mas absoluta ignorancia de su conducta, en vez de enviarlos á Francia envió á Holanda los buques que habia fletado. En todas partes tenia correspondientes: no bien llegaban sus buques á Europa, eran descargados y vueltos á cargar para América, en cuyos puertos tenia asimismo el jesuita sus agentes de comercio. Su fortuna crecia como la espuma, su inteligencia parecia dominar los acontecimientos; todos los casos contrarios habia previsto, todos á escepcion de uno, el caso de guerra. Cuando héte aquí que de repente estalla este azote entre Francia y la Gran Bretaña; los corsarios ingleses infestan los mares, desde 1735 capturan sin declaracion de hostilidades, segun acostumbra esta nacion, á cuantos buques mercantes navegan con pabellon francés, y en el número de los presos cuéntanse los del jesuita, que en poco tiempo pierde mas de quinientas mil libras tornesas. Lavalette quiere hacer frente á esta imprevista pérdida; pero ya el rumor se habia esparcido y por consiguiente su crédito era

vacilante: los Jesuitas tuvieron noticia de un comercio que hasta entonces se les habia ocultado, y en vista de la situacion quieren castigar al comerciante obligándole á hacer bancarota, mas no una bancarota simulada de aquellas que dejan á los acreedores sin esperanza, sino una bancarota que castigue al culpable en su orgullo, y á los prestamistas restituya unos intereses sagrados. Esta opinion consultóse con varios comerciantes y no fué aprobada, y mientras iban y venian cartas, celebrábanse y se repetian consultas, los acreedores de Lavalette intentaron algunas querellas ante los tribunales, por consecuencia de las cuales la Compañía de Jesus fué condenada solidariamente á pagar treinta mil francos que Lavalette debia á la viuda Grou. Los Jesuitas consultaron esta sentencia con distintos jurisconsultos distinguidos, que unánimemente opinaron era injusta y contraria á derecho; pero en el estado actual de los asuntos públicos, los Jesuitas ya no eran capaces de derecho en Francia, ó mas bien dicho, los tribunales franceses no podian reconocer el derecho de los Jesuitas. Aconsejóseles que apeláran de semejante fallo al Parlamento, tuvieron la cándida buena fe de hacerlo así, y fué ponerse las mismas ovejas en manos del lobo.

Por lo que toca á que los Jesuitas no debian ser solidariamente responsables de los empréstitos y deudas de otro de ellos, tenemos á la vista el dictámen de ocho célebres abogados de la corte consultados á este propósito, y que dice así: —«Esta consulta opina, en vista de los hechos y medios detallados en la memoria, que la casa de la Martinica es la única obligada, que no solamente no ha lugar á la solidaridad, que no puede provenir sino de una ley ó convencion espresa, sino que no existe clase de accion alguna contra las casas de Francia ú otras de la Orden. Deliberado en Paris á los 6 de marzo de 1761. Firmados L'Herminier, Gillet, Maillard, Jaboué, de la Monnoie, Babile, Thevenot, D'Epaule.» —Esta certificacion dejaria duda de la injusticia de la sentencia, sin embargo, los tribunales la confirmaron y algunos fallaron posteriormente en

el mismo sentido. No tiene nada de particular : el odio no era encaminado personalmente al P. Lavalette, como no era encaminado á ningun jesuita individualmente : la Compañía de Jesus era el blanco de los impíos y á ella se apuntaban los tiros. Haciéndola solidaria de la deuda de Lavalette, haciendo responsables á miles de hombres de la conducta de uno solo, no un jesuita sino la Orden de los Jesuitas aparentaba ser la que se entregaba al comercio y la que hacia bancarota. El golpe no estaba mal premeditado, y como los ánimos tampoco estaban mal preparados, resultó de aquí que nueva acusacion lanzó el anti-jesuitismo sobre los hijos del gran Loyola. Pero á fin de que se vea con cuanta pureza de intencion obraron los Jesuitas y cuan inocentes eran de las faltas cometidas por Lavalette, trasladaremos aquí un curioso documento que original se conserva todavía, librado por el P. Francisco de la Marche, cuarto enviado extraordinario á las Antillas, para instruir de orden del general de la Compañía el proceso del Padre Lavalette. En vano los ingleses dueños de la isla, quisieron defender al acusado, la justicia del jesuita instructor fué inexorable, porque la obraba en nombre de una Compañía ultrajada é inexorable tambien. La sentencia que el P. de la Marche dictó contra Lavalette decia así : — «Despues de haber procedido de palabra y por escrito á las informaciones convenientes, ya por lo que hace á nuestros Padres como á los extranjeros, acerca de la administracion del P. Antonio de Lavalette, desde que obtuvo el manejo de los asuntos de la mision de la Compañía de Jesus á la Martinica ; despues de haber interrogado á dicho P. de Lavalette delante de los principales Padres de la mision ; despues de haber oido los descargos del acusado ; atendido á que consta de estas observaciones : 1.º Que se ha entregado á actos de comercio, al menos en el foro esterno, en desprecio de las leyes canónicas y de las leyes particulares de nuestro Instituto. 2.º Que ha ocultado este comercio á nuestros Padres de la isla de la Martinica, y particularmente á los superiores de la Sociedad. 3.º Que sobre el comercio del su-

sodicho han sido hechas directas y vivas reclamaciones tanto por los Padres de la mision cuando tuvieron noticia de ello, como por los superiores de la Sociedad, tan luego como el rumor, incierto aun, de esta clase de negocio llegó hasta ellos, de modo que á toda prisa determinaron mandar un visitador extraordinario, que estableciera otra muy distinta administracion; Nos, despues de haber deliberado en exámen justo, frecuente y maduro con los mas esperimentados Padres de la mision de la Martinica; despues de haber encaminado á Dios las mas vivas oraciones, en virtud de la autoridad á Nos conferida, y por decision unánime de nuestros Padres: 1.º Queremos que el P. Antonio de Lavalette sea privado absolutamente de toda administracion, así espiritual como temporal. 2.º Mandamos que el dicho P. Antonio de Lavalette sea lo mas pronto posible enviado á Europa. 3.º Ponemos en entredicho al P. Antonio de Lavalette, y le declaramos suspenso de todo ministerio sacerdotal, hasta tanto que sea absuelto por la autoridad del reverendísimo Padre general de la Compañía de Jesus, al cual reconocemos, como conviene, todo derecho sobre nuestro juicio. Dado en la principal residencia de la Compañía de Jesus en la Martinica, á los 25 de abril de 1762. — Firmado, Juan Francisco de la Marche de la Compañía de Jesus.»

En este propio dia fué comunicada la sentencia al P. Lavalette; el cual se conformó con ella, manifestando su arrepentimiento en un escrito, y posteriormente vivió en Inglaterra expulsado de la Compañía. Esta es la historia verídica del tan cacareado comercio y quiebra del P. Lavalette, que dió pié á los impíos enemigos de la Compañía para empezar contra ella sus formales ataques. Nosotros que hemos referido los hechos sin atenuar en lo mas mínimo la responsabilidad que pesa sobre el jesuita acusado, nos creemos con derecho para preguntar ¿qué clase de relacion media entre un jesuita de América y todos los jesuitas del mundo? Queremos, si se quiere, reconocer que el P. Lavalette se dedicó á un comercio que le estaba prohibido, no porque fuera inmoral en sí, sino porque era

ajeno á su profesion , ¿ pero quiere hacerse solidaria la responsabilidad del jesuita en la falta como se la hizo solidaria en la indemnizacion? Para justificar que los superiores de la Compañía no solo ignoraban sino tambien que reprobaban y condenaban semejantes actos ¿no basta por ventura que al primer rumor llamen á sí al acusado y le amenacen rigurosamente, y que tan luego como el rumor se convierta en realidad se mande ex-profeso un juez instructor que con la mayor severidad siga el proceso hasta terminarlo por una sentencia condenatoria, cuya pena aumentó en la consulta el general de la Orden? Si estas no son palpables pruebas del descontento con que el espíritu de la Compañía reprobó semejantes actos, diremos en honor de la verdad , que nada en materia de pruebas sabemos y que cuanto hasta aquí nos han enseñado para apreciar debidamente los hechos , es inútil.

Sin embargo , la Compañía de Jesus , para no defraudar á unos hombres que habian tenido relaciones comerciales con un individuo que antes pertenecia á la Orden , se pusieron de acuerdo con el P. Lavalette para saldar buenamente las cuentas que se fueran presentando. Cerca de ochocientos mil francos se habian ya pagado , cuando los agentes del partido anticatólico que á toda costa anhelaba la destruccion de los Jesuitas , se atravesaron de por medio, y por medio de sus intrigas persuadieron á algunos de los acreedores de que el mejor modo de salvar sus intereses , era el presentarse ante los tribunales de justicia , demandando en ellos no al P. Lavalette ó la casa de la Martinica , sino al Instituto todo solidariamente responsable de la deuda. Como se previniera , hubo un escándalo.

El Parlamento de París , enemigo declarado de la religion y del rey , y por lo mismo enemigo irreconciliable de la Compañía , intrigó tambien por su parte , y por efecto de las intrigas de unos y otros , vióse en ocasion de poder tener entre manos y juzgar al objeto de su odio. Desde este momento era inútil todo juicio : la sentencia estaba escrita de antemano por los cómplices de la impiedad. Seguro del éxito , el tribunal dió la ma-

por popularidad á este acto. Los abogados de los acreedores, que tenían el campo libre para desbacerse en invectivas contra el Instituto, renovaron las antiguas calumnias, y olvidándose de la causa que estaban llamados á defender, prescindieron del comercio del P. Lavalette para fijarse en la Compañía de Jesus, á la cual se hizo responsable de una porción de delitos de que era inocente.

Cómo el terreno estaba muy bien preparado, cada invectiva era acogida con prolongados aplausos, mientras los defensores de la Compañía no pudieron casi despegar los labios, pues sus discursos eran sufocados por los gritos y silbidos de la muchedumbre. Desde aquel momento nadie desconoció el desenlace que debía tener semejante causa. El Parlamento falló por la solidaridad de los Jesuitas, y declaró que todos los bienes de los Jesuitas estaban afectos al pago de la deuda contraída por el P. Lavalette. Esta sentencia ni se apoyaba en ley alguna, ni menos tenía visos de justicia, pues en ningún código se encuentra establecido que paguen las quiebras de un comercio aquellos que ni comerciaron ni menos tuvieron noticia de que hubiera quien lo hiciese.

No es esto solo: los acreedores mismos del P. Lavalette dijeron que en las posesiones de la Martinica había lo suficiente para pagarse de sus créditos, y aun cuando esto no hubiera bastado, bastaba que los Jesuitas, malamente hechos solidarios de esta deuda, señalaran valores suficientes para cubrirla. Sin embargo el tribunal no opinó de este modo, y la razón no se escapó á ninguna persona de buen criterio. Era preciso que este golpe no descargara aisladamente contra un jesuita sino contra la Compañía de Jesus como corporación; no se quería que un jesuita fuese reconocido como comerciante, sino todos los Jesuitas; no se contentaban con el pago de la deuda, era preciso echar un borron sobre los que no la habían contraído; la intencion no era de condenar al P. Lavalette, sino de infamar á la Compañía de Jesus. Por esto en la sentencia no solo se consignó que estaban afectos á la responsabilidad

de la quiebra los ornamentos y bibliotecas de los Jesuitas, sino tambien los bienes que constituian las fundaciones hechas á favor de sus colegios y de los cuales estos colegios eran meros usufructuarios. De este modo se conseguia que todos aquellos que por su piedad ó amor á la instruccion tenian intencion de donar alguna cosa á los Jesuitas, se retrajeran de su propósito por temor de que se empleáran en el comercio humano las donaciones que hicieran para el culto divino, ó bien para la enseñanza de la juventud. Así se conseguia tambien que por falta de fondos los colegios de la Compañía debieran cerrarse á la multitud que todos los dias corria nuevamente á sentarse en sus bancos, y por este medio se planteaba en Francia una educacion filosófico-impía que era el sueño dorado de los enemigos de la religion. En efecto, mientras los Jesuitas poseyeran una llave tan importante como es la educacion de la juventud que á su tiempo debiera formar la poblacion francesa, era probable que nunca penetrara en Francia un átomo siquiera de protestantismo. Este era el origen de la envidia que cegaba á muchas corporaciones, y entre ellas á la universidad, que veia despobladas sus clases desde que se habia generalizado la instruccion de los Jesuitas. Por esto cuando llegó el tiempo oportuno, probaron y lograron socavar el edificio de la Religion y de la Compañía de Jesus por su verdadero cimiento, arrancar el árbol por su raiz; y esta raiz y este cimiento eran la educacion.

Pero volviendo al P. Lavalette y á su quiebra, debemos decir que á falta de otro pretesto mas oportuno, los enemigos de la Compañía se aprovecharon de este, y por aquí empezó el violento ataque que sufrieron los Jesuitas. Desde este momento, desde la condenacion de la Sociedad como solidariamente obligada á responder de las acciones de un hombre, empezó á arrojar humo el volcan de las innobles pasiones por mucho tiempo comprimidas. Este humo era precursor de la terrible esplotacion que debia derribar el edificio del inclito Ignacio de Loyola y envolver entre las olas de su lava pueblos y reyes, tronos y altares.

CAPITULO XLVII.

PREOCUPACIONES.

LAS contiendas religiosas inauguradas en el siglo xvi tomaron muy distinto carácter en el siglo xviii. Sin dejar de ser una misma la lucha entre el catolicismo amenazado y el protestantismo amenazador, otro monstruo tan terrible, si cabe, como el que engendró Lutero, vino á infundir en los ánimos acalorados y mal prevenidos de los pueblos, ideas destructoras, cuya semilla ha fructificado poderosamente con posterioridad. Esta lucha que todavía tiene en conmocion á los pueblos de la Europa culta; esta lucha contra la cual se han armado las primeras lumbreras de la ciencia, apoyadas por cuantos desean la tranquilidad de las sociedades; esta lucha que ha derramado ya mucha sangre y parece no haber satisfecho aun sus carnívoros intentos; esta lucha se llama del rico y el pobre, ó quizás mejor, del que no tiene contra el que tiene. Por consecuencia de los repetidos combates que frecuentemente se traban, un hombre, no hay que decir á qué bando pertenecía, ha llegado á pensar y escribir: *La propiedad es un robo*; y cuando tales principios se sientan, nada de particular tiene que los que bajo esta bandera militan cometan toda clase de excesos, especialmente contra aquellos de quienes se figuran que poseen unas riquezas cuasi siempre ilusorias.

La lucha pues desde el siglo xviii fué tanto como religiosa social, y quizás si se atacó el principio religioso fué porque mientras dominára el catolicismo, era imposible contar con la realizacion de unos principios diametralmente opuestos á los

principios de conformidad y respeto, que para todas las categorías y en todos los hombres exige la fe católica. Era por lo tanto indispensable destruir el catolicismo si había de reinar el socialismo; pero al propio tiempo comprendieron algunos malévolos que el mismo socialismo había de servir de palanca para levantar en masa el catolicismo, empujándole bruscamente hacia su ruina. Pero por fortuna los cimientos católicos son algo mas seguros que se creían los filósofos, y todas las fuerzas de sus enemigos congregadas bastaron apenas para levantarle momentáneamente para que cayese sobre ellos mismos arraigándose con nueva fuerza. Sigue la lucha, pero sigue asimismo la Iglesia católica tan inamovible como es y será según la promesa de su divino Fundador.

Sin embargo, la mayoría de los pueblos, que siempre son honrados y pacíficos, menos cuando una mano oculta empuja sus pasos, se hubiera indudablemente negado á declararse en guerra abierta con la religion de sus padres, y era preciso dar un rodeo para llegar á un mismo término. Minando los cimientos, sabemos todos que se derriba un edificio; pero el caso estaba en que los que ponían los medios estuviesen ignorantes del fin, bien así como vendados los ojos camina el ciego hacia el abismo, sin recelar siquiera que cada paso de los suyos es un paso mas andado hacia una muerte próxima. Los pueblos crédulos secundaron los intentos péfidos: lo demás la experiencia vino á demostrarlo.

Hagamos ahora inmediata aplicacion de esta teoria. Los llamados filósofos, enemigos irreconciliables del catolicismo y por lo tanto enemigos irreconciliables de las órdenes religiosas, trataron de destruir á estas últimas, como que sobre ellas descansaba en parte el edificio de su culto, predicacion y enseñanza. Entre estas órdenes, objeto de un odio especial y de unos ataques terribles, figuraba la primera la Compañía de Jesus. Hacer desde luego fuego á la religiosidad de esta orden, hubiera sido errar por entero el golpe, porque aun los mas avanzados en las nuevas ideas, no las tenían tan arraiga-

das que se pudiera contar á todo trance con ellos para una prueba tan ruda. Además, un ataque á la religion ponía en guardia á muchos corazones contra los asaltos de una infernal filosofía que se inauguraba atropellando las creencias, que es lo mas santo y venerable de un pueblo, mientras atacando simplemente la moral de las órdenes religiosas, inmediatamente podian contar con la duda de muchos; la duda es la desconfianza, de la desconfianza al no respeto no hay mas que un paso, y del no respetar á los ministros de una religion á no creer en ella, la distancia es poquísima. Este era el plan de los filósofos, ciertamente el mejor que podia ocurrírseles para llevar á cabo sus abominables intentos. En su consecuencia las órdenes religiosas fueron atacadas en su parte moral, como hemos visto.

Inaugurada en mal hora la lucha, y rotas las hostilidades entre los que tenían y los que no tenían, la Compañía de Jesus, al igual de todos los demás Institutos religiosos, fué acusada, como si esto constituyera delito, de poseer tesoros. Este era el verdadero punto de vista de la cuestion: los Jesuitas tenían: ergo lo que tenían los Jesuitas por fuerza lo habían robado y lo estaban robando á los que nada tenían. El argumento puede no ser lógico, pero es revolucionario, y en la época en que se hizo era concluyente. La deducción que de aquí sacaron algunos ilusos fué, todo lo que poseen los Jesuitas debe repartirse entre el pueblo; la deducción que hicieron los principales enemigos de la Compañía, los que dirigian el movimiento anti-jesuita y por lo mismo anti-católico fué: todo lo que poseen los hijos de Loyola debe repartirse entre nosotros. No habia por cierto unidad de pareceres, pero habia en cambio unidad de miras, y distribuyéranse los tesoros entre el pueblo ó entre los magnates, el caso es que de todos modos los Jesuitas eran despojados de sus propiedades. A una y otra voluntad se atravesó posteriormente un solo obstáculo: los tesoros de la Compañía de Jesus, posteriormente á su estincion, víose que no habían existido sino en la mente de sus adversarios: el desengaño fué tan sensible como inesperado, sensible para los que habían

soñado en enriquecerse con los bienes de los Jesuitas , inesperado para aquellos crédulos que dieron ascenso á los cuentos de aquellos que en cada colegio creyeron hallar los tesoros de Creso. Todo esto lo demostraremos luego.

No obstante es lo cierto que sobre la Compañía de Jesus pesa una acusación tan infundada como ridícula : esta acusacion es la de tener riquezas y el modo de tenerlas. A lo primero , contestaremos , que nunca ha sido delito en una comunidad el tenerlas , lo que sí podria serlo es el hacer mal uso de ellas. La Compañía de Jesus por fuerza debia tener á su disposicion cuantiosos fondos , pero aun de este modo no tendria riquezas. La riqueza es relativa en todos casos : una familia compuesta de dos personas , sin mas obligaciones que la de mantenerse á sí propias , puede llamarse rica con aquello mismo con lo cual una familia numerosa y con crecidas y onerosas obligaciones se llamaria pobre , y lo seria en realidad. Ninguna duda tiene que los Jesuitas hacian voto de pobreza , ninguna duda tiene tampoco que los Jesuitas cumplian admirablemente con este voto , y ninguna duda tiene asimismo que los Jesuitas poseian riquezas. Estos tres extremos , que al parecer se rechazan uno á otro , no son sino muy compatibles. Todo consiste en la administracion y empleo de estas riquezas , pues el mero administrador de un tesoro , no se puede llamar rico porque lo guarde en su casa. De otro modo todos los empleados en las fábricas de moneda serian muy ricos , pues continuamente están , no solo manejando , sino fabricando moneda. Y sin embargo nadie llamará ricos á estos hombres que viven de su jornal , como nadie llamará rico al coronel de un cuerpo que tiene en su poder una crecidísima cantidad , que á menudo se le repite , pero con la obligacion de distribuirla entre dos ó tres mil hombres. Pondremos de todo esto un ejemplo aun mas palpable. Los religiosos de la Merced eran pobres por lo que toca á su voto : muchas veces , cuasi siempre , viajaban admitidos de compasion en los buques y comiendo lo que la caridad de los marinos y de los pasajeros les proporcionaba ; y sin embar-

go en estos mismos viajes llevaban consigo cuantiosas riquezas que hubiesen hecho la fortuna de toda la tripulacion. ¿Cómo se concibe pues esta compatibilidad de miseria y grandeza? De la manera mas sencilla: estos religiosos eran los meros depositarios de un tesoro que no les pertenecía, que habian recibido con determinado objeto, y tocar á él hubiera sido el mas negro y odioso de los abusos y de las irreligiosidades. ¿Cuántas veces se viera que los religiosos portadores de cuantiosas sumas, quedáronse en rehenes por no poder satisfacer el precio de su propio rescate?... Esto prueba que una comunidad puede recibir cuantiosos donativos sin dejar por esto de ser pobre, y manejar pingües tesoros sin faltar por esto al voto de pobreza que á todos obligaba. Aplíquese esta teoría al caso de los Jesuitas y el resultado vendrá á ser el mismo, aun cuando se niegue por parte de algunos.

Los Jesuitas tenian rentas, los Jesuitas recibian dones; los Jesuitas ¿eran ricos, faltaron al voto de pobreza? Nó. Mucho, muchísimo dinero se necesitaba solamente para mantener y atender á la precisa subsistencia de los numerosísimos sucesores del inclito Ignacio de Loyola, tanto mas en cuanto cubrian estos las cinco partes del mundo y tenian necesidad de casas y colegios, ya para albergarse, ya para cumplir con el privilegiado objeto de su instituto.

Reflexione sino cualquiera en el coste material del solo importante ramo de las misiones, y conocerá aproximadamente que hay necesidad de cuantiosos fondos para atender como es debido y como lo hicieron los Jesuitas á este glorioso objeto de sus afanes. Miles de hombres distribuidos en centenares de puntos, debian hacer toda clase de sacrificios pecuniarios para arrancar del estado salvaje á aquellos que en el estado salvaje corrian inminente riesgo de perder la salud del alma. En las misiones no basta atender al misionero, es preciso pensar en los catecúmenos y pensar de un modo que halague sus instintos y satisfaga sus necesidades, para que aquellos que empiezan á recorrer el sendero de la civilizacion católica, no se re-

traigan de ella faltos de aquellos medios, mediante los cuales el presente hace que se mire con horror el pasado. En este concepto, muy frecuente es que un solo misionero que por si no pasara de hacer un gasto insignificante, necesita sumas considerables para atender á las exigencias naturales y aun precisas de una numerosa grey confiada á su celo. Sucedia entonces, como sucede ahora, que una parroquia de muchos miles de catecúmenos estaba dirigida por cuatro ó seis padres de la Compañía: si pues la idea se fijara en que cuatro ó seis padres jesuitas hacian un gasto en América ó en la China de mucha importancia, con razon se dijera que sin duda comian oro y bebian plata; pero si se atiende á que estos mismos cuatro ó seis padres debian satisfacer las necesidades de cuatro ó seis mil individuos, con razon se dirá que asombra el modo tan sumamente económico que tenian de administrar los fondos que á su confianza estaban abandonados. Si posible fuera que pudiéramos formar un cálculo exacto de los miles y miles de individuos que vivian por cuenta de los Jesuitas en las remotas regiones de las cinco partes del globo, imposible nos habia de parecer que aun con los caudales de que disponian los Jesuitas pudiesen comer siquiera la mitad de ellos. Y sin embargo comian y vestian y satisfacian sus prudentes necesidades, problema que solo era dable resolver á la caridad y celo de los PP. de la Compañía de Jesus. Esta es una proposicion que aritméticamente la probaríamos.

Sin salirnos de las misiones, no debe olvidarse tampoco que se necesitaba un verdadero tesoro para cubrir los naturales gastos de los continuos viajes que por su causa estaban haciendo los Jesuitas. Estos viajes tenian por fuerza que ser tanto mas caros en cuanto las distancias eran siempre larguissimas, los pasajes muy caros en aquellos tiempos, y para muchos puntos era preciso fletar un buque á propósito, pues ninguno hubiera hecho rumbo de cuenta propia hácia unos paises que no ofrecian motivo alguno de comercio temporal. Dos hombres solos por lo tanto tenian necesidad frecuentemente de armar un bu-

que de algun porte y para un viaje de muchos meses, sin cargamento á la ida, sin cargamento á la vuelta, y esto cualquiera comprenderá que tenia que ser muy frecuente y que habia de importar cuantiosas sumas. Pero los Jesuitas las dieron contenidos, con tal que por fruto de su viaje convirtieran uno solo de sus hermanos sumido en las tinieblas de la ignorancia; porque á los ojos del que es verdadero amante del prójimo la salvacion de un hombre no tiene precio. No se crea tampoco que cesaran estos gastos tan luego como el misionero llegaba al término de su viaje: el viaje de un misionero no tiene término. Su vida está consagrada á sus neófitos, como su persona camina siempre á la sombra de los que muchas veces huyen de él con espanto. Las familias salvajes y aun las tribus y pueblos vagan errantes, sin que se pueda asegurar que se detendrán un dia en su carrera, ora terrestre, ora marítima. Y el misionero que de la noche á la mañana se encuentra sin sus catecúmenos; el misionero que repetidamente rechazado en un punto tiene necesidad de trasladarse á otro donde la semilla evangélica caiga sobre mas fértiles tierras; el misionero que habiendo abordado en un punto recibe orden de sus superiores de trasladarse á otro que está á una remotísima distancia, no tiene mas remedio que viajar, viajar siempre, muchas veces sin mas medios que su fe ni mas proteccion que la de Dios. Sin embargo, estos viajes tienen que pagarse, porque ni los salvajes, ni los infieles, ni los navegantes están á la disposicion de la Compañía de Jesus para sus empresas. Estos gastos nadie se los abona á la Compañía, siendo así que son sumamente crecidos y que los pueblos todos están interesados en la civilizacion de las remotas poblaciones.

No es este solo el gasto que las misiones acarrear á la Compañía de Jesus: mision supone civilizacion, civilizacion supone sociedad y sociedad supone habitacion y comodidades, usos y costumbres europeos. No bien una colonia entera, muchas veces, abandona el camino del error é ingresa en el gremio de la verdadera religion, coloca al misionero en la obligacion de

proporcionarle todas aquellas conveniencias que son desconocidas en el estado salvaje. Asi es que inmediatamente vemos levantarse casas en los terrenos que antiguamente solo tenian cuevas, amuéblanse modestamente á la europea, y muy pronto en el centro de un bosque se forma un pueblo, que ensanchándose progresivamente á medida que aumenta el número de los catecúmenos, llega con el tiempo á ser una poblacion de regulares y á veces grandes dimensiones. El nuevo mundo está sembrado de estos testimonios de la cultura, celo y desprendimiento de la Compañía de Jesus. Y preguntamos nosotros ahora, estos edificios, estos muebles, estas iglesias, estos ornamentos, estos comestibles, que representan innumerables caudales ¿se los daban gratis á la Compañía de Jesus? ¿Los trabajadores y los materiales se los regalaban y conducian gratuitamente desde Europa? Se nos argüirá tal vez, que por efecto de esta misma civilizacion trasplantada por los Jesuitas de un mundo á otro, los mismos salvajes se les convertian mas tarde en personas útiles; pero á esto contestaremos que si así no hubiese sido, no creemos, ni nuestros adversarios tampoco, que los hijos de Loyola pudiesen mantener á sus expensas pueblos enteros, y no pocos, en las cinco partes del mundo.

La enseñanza, este ramo tan importante en toda sociedad culta y cristiana, era otro de los objetos á que con mas preferencia atendieron los Jesuitas, y que mas cuantiosos desembolsos exigia. Atiéndase para comprender esto á que la enseñanza facilitada por los PP. de la Compañía sobre abrazar todos los ramos del saber humano, hasta los últimos adelantos de la ciencia y de las artes, era facilitada á todas las clases de la sociedad, y á la mas numerosa que es la mas pobre, era facilitada gratuitamente. Y no se crea que se tratára de un colegio ó dos, pues bien puede asegurarse sin temor de exagerar, que hubo una generacion entera, ó mas, educada por los Jesuitas, lo cual pesaba no poco á la universidad, que de dia en dia veia escapársele el monopolio de la instruccion que hasta entonces ejerciera.

Estos colegios , esta enseñanza universal , esas cátedras teóricas y prácticas , digan nuestros propios adversarios , diga el mismo autor de nuestra impugnacion , ¿ se plantean y se sostienen sin fondos ? Nosotros quisiéramos tener la sobrenatural influencia que hace levantar á los muertos de sus tumbas , para que alzándose los innumerables discípulos de la Compañía de Jesus entonáran el himno de gratitud que se debe á sus maestros : su potente voz resonaria en los oídos de esos escritores que critican y aun desagradecen la enseñanza de los Jesuitas , y seguros estamos de que en semejante caso reformarian sus ideas , porque les hacemos la justicia de creer que no se negarian á la evidencia.

Permítasenos aquí una reflexion. Los adversarios de la Compañía de Jesus , que quieren ó creen marchar á paso de ferrocarril por la senda del progreso y de la perfeccion , no nos negarán que á estos términos se llega por la via de la ciencia , que es el impulso irresistible que empuja á los pueblos hácia un horizonte que la ignorancia envuelve en tinieblas : ahora bien , esta ciencia que hace á los hombres cultos , esta cultura que hace á los hombres buenos , y esa bondad que hace á los hombres libres de una bien entendida libertad ¿ quién la enseñó , quién la guardó , quién la inculcó y quién la predicó sino los Jesuitas ? Si ellos , como absurdamente se ha pretendido , hubieran querido esclavizar los hombres á su capricho ó individuales designios ¿ hubieran neciamente arrancado la venda de la ignorancia que cegaba á los pueblos ? Sin duda nó ; y sin embargo los Jesuitas abrieron de par en par al pueblo las puertas de sus colegios , donde las ciencias eran profesadas. Nó , los Jesuitas no querian al pueblo embrutecido por su ignorancia ; al contrario , hacíanle partícipe de su ciencia , porque la ciencia conduce directamente á la claridad de los objetos , y esta al conocimiento de la verdad. En este estado intelectual , cada hombre de por sí se encuentra en el caso de conocer las asechanzas que la impiedad arma á su paso , y bastante á defenderse contra ellas , adquiere el pleno convencimiento necesario

para afirmarse mas y mas en las creencias de la verdadera fe. Esto es lo que nadie pondrá en duda con fundamento racional, y esto es lo que practicaban los Jesuitas. No eran por lo tanto enemigos del progreso científico, antes por al contrario marchaban al frente de él seguidos de sus discípulos. Decimos esto porque de mucho tiempo hay un empeño por parte de los enemigos de las comunidades religiosas, de hacer ver que estas eran enemigas del progreso científico y que su dominacion, que nunca ha sido tal, era debida á la ignorancia en que voluntariamente dejaban al pueblo. Nosotros por al contrario, estamos prontos á sostener y probar que desde la edad media en que las ciencias y las artes, huyendo de la guerra, corrieron á refugiarse en los claustros, las comunidades religiosas fueron las que dispensaron la educacion á todas las clases de la sociedad, hasta que generalizada la instruccion emanada de los conventos, algunos discípulos se encontraron en posicion y con luces para ser maestros. Y si esto indudablemente es así ¿quién negará que en el ramo de enseñanza los Jesuitas se llevaron la palma sobre todos? ¿Quién dudará un momento de la sabiduría de los maestros que se sentaban en sus cátedras? ¿Quién desconocerá el mérito de las muchísimas obras que dieron á luz? ¿Quién, si tanto se nos apura, se hará tan ciego que desconozca que aun en política y administracion, sus autores han sido los primeros que han consignado los derechos de ciudadanía y enseñado la economía á los pueblos? ¿Qué otro autor, por ideas libres que le hayan animado, con tal que no se haya apartado del buen sendero que la razon y la religion trazan, ha ido en tiempo alguno mas lejos que Mariana en la via del progreso?

Si posible nos fuera examinar una á una las obras que en el sentido de la libertad bien entendida de los pueblos han escrito algunos autores jesuitas, seguros estamos de que muchos que anatematizan sus libros sin haberlos leído, habian de adquirirlos y leerlos para fortalecerse mas y mas en sus ideas.

A pesar de esto, los inclitos hijos de S. Ignacio han sido

constantemente acusados de fomentar la ignorancia de los pueblos por aquellos mismos cuyo crédito solamente en esta ignorancia, puede apoyarse.

Reanudando el hilo de las acusaciones, queremos rebatir y contestar la que se dirige á la Compañía de Jesus y es compa-
ñera de la de los supuestos tesoros radicados en sus colegios, cual es que semejantes riquezas las esplotaban los Jesuitas de la conciencia de sus penitentes, haciendo del confesionario mina para saciar su ambicion. Semejante cargo mereciera ser condenado al desprecio por absurdo, si en manos del anti-jesuitismo no hubiese sido blandido, no precisamente contra la Compañía de Jesus sino contra la Iglesia, amenazada en uno de sus mas importantes sacramentos. Se engaña ruda ó maliciosamente quien creyere que en el confesionario los ínclitos hijos del gran Loyola podian dedicarse á otra ocupacion que la sagrada de purgar la conciencia de los pecadores, constituyéndose en celosos ministros de un Dios de amor que desarma su justa cólera no bien el arrepentimiento crece en el corazon de sus ofensores. Pero como la intencion de los anti-jesuitas, hemos dicho cien veces y diremos otras tantas, no ha sido nunca atentar á los Jesuitas porque eran Jesuitas, sino porque eran el mas firme baluarte que la religion católica oponia á los herejes reformadores, creyeron muy oportuno atacarles en la administracion de un delicadísimo sacramento, no tanto por desacreditar á sus ministros como para desacreditar el sacramento.

En todos tiempos y casos semejantes la conducta seguida por estos hombres anti-católicos ha sido la misma: lo que no han podido atacar de frente, han procurado atacarlo por el lado oblicuo. No hay sacramento que los llamados reformadores no hayan satirizado y procurado desacreditar, pero por fortuna los sacramentos descansan sobre muy sólidas bases y no han de removerlos los ataques de la impiedad. Por lo que toca á que su sistema constante nunca ha sido declararse abiertamente contra un sacramento de la Iglesia, sino ir zapando aquella

parte que humanamente se han creído la mas flaca , pudiéramos citar , si el ejemplo de la penitencia no bastara , el ejemplo del matrimonio. ¿Qué han hecho los enemigos de este sacramento para desterrarle de la opinion del público religioso? ¿Han tratado acaso de entrar en polémica científica con los campeones teólogos y canonistas de la religion católica? Nada de esto : lo que han hecho ha sido poner en ridículo los efectos , para que nadie contrajera este sacramento por temor á este ridículo. En caso de lucha científica su derrota era segura , mientras en caso contrario lograban con una sátira lo que era imposible lograr de otro modo. Ahí están sino las inmundas novelas de Balzac , Sué y Soulié , léalas quien tenga el suficiente valor y esperiencia para leerlas sin peligro de mancharse entre aquel lodazal de impurezas , y contéstesenos luego si tenemos ó no motivo para opinar de este modo. La impiedad nunca ha abordado de frente estas cuestiones en que sabia iba á estrellarse de fijo , pero en cambio ha pedido y obtenido quizás del escéptico recelo lo que no hubiese obtenido ni podido obtener de la persuasion. Lo que se ha hecho con el sacramento del matrimonio , ha querido hacerse asimismo con el sacramento de la penitencia.

Cabalmente es comun opinion que donde los Jesuitas llenaban mejor y mas cumplidamente el objeto de su sagrado cargo , era en el confesionario y en la direccion de las conciencias : así y solo así se comprende que tantos reyes y principales señores eligieran directores espirituales entre los PP. de la Compañía de Jesús , y á buen seguro que ni los monarcas ni los diplomáticos que les rodeaban hubieran tolerado que rigiera la conciencia el ministro del Señor que quisiera explotar la mina en provecho propio ó de su órden. ¿Cómo si su comportamiento era tan indigno , habia quien los tuviese á su lado?

Para tener semejante fama , es preciso haberla merecido por repetidos hechos que se hayan hecho públicos , y á la verdad nosotros quisiéramos que estos pretendidos hechos se consignáran para tener el gusto de destruirlos , ni mas ni menos que

anteriormente lo hemos hecho con la soñada herencia de Ambrosio Guys. ¿Dónde constan estas espoliaciones hechas á los penitentes, dónde se encontraron estos tesoros y heredades que amontonaban con insaciable codicia? Constan en la calenturienta imaginacion de Adolfo Boucher y Eugenio Sué, y á la verdad no podemos menos de estrañar como el fecundo novelista anti-jesuita, que tan bien supo explotar su *Judio errante*, no escogió para su objeto un hecho histórico, y no que anduviera á caza de insulsas farsas y escribiera voluminosos tomos para venirnos á probar la que nadie con sentido común pudo creer, es decir, que la Compañía de Jesus no retrocede ante el crimen ni ante el asesinato cuando se trata de hacer ingresar en su caja algunos millones. Sué ha padecido una equivocacion, ó mejor ha cometido una falta. Ya que no tenia en verdad despojo alguno histórico, real, efectivo que referir, podia buenamente y con la sana intencion del anti-jesuitismo, dar de buenas que la relacion de la familia Rennepont era un hecho positivo, lo cual podia ser una mentira, pero tantas contiene mas importantes el libro, que cuasi cuasi podria pasar esta desapercibida, á pesar de su bulto. Fuerza es que se desengañe el autor de nuestra impugnacion, el triunfo de los Jesuitas lo han asegurado sus propios enemigos, las armas contra la Compañía dirigidas se han vuelto contra los mismos que las blandian, y si no tienen mejores campeones nuestros adversarios que autores como el del *Judio errante*, nos placera repetirle que un emigrado republicano del vecino imperio nos ha dicho en repetidas ocasiones, que la lectura del libro de Eugenio Sué le habia hecho gustar por los Jesuitas unas simpatias que nunca habia sentido. En vano se les acusa de ambiciones que nunca han probado, en vano se les ataca en el santo sacramento de la penitencia, en vano para escitar la codicia de las masas y concitar su odio, se habla de los tesoros de los Jesuitas como de los de Creso; todo esto les favorece á los ojos de la gente honrada. «Yo les quiero, decia Richelieu, solo porque vosotros les odiais.»

El verdadero tesoro de los Jesuitas eran los Jesuitas mismos, ó por mejor decir, los mas infecundos terrenos, las mas áridas regiones producian en manos de los Jesuitas como verdaderos tesoros, sin que uno sepa qué es lo que debe admirar mas, si el sabio modo de esplotacion que empleaban, ó bien el prudente método de su distribucion. Porque no nos cansaremos de decirlo, un jesuita era únicamente el administrador de los bienes, que no para él, sino para las necesidades del prójimo y mayor éxito de su sagrado encargo se le confiáran. Administradores de buena fe porque eran voluntarios, interesados en que sus bienes produjeran lo mas posible porque de este modo se aumentaban los medios indispensables para recorrer mas libremente el camino de su sagrado ministerio, ajenos á todo pensamiento terrestre porque eran dignos imitadores del que dijo: *Mi reino no es de este mundo*, si no pudieron despreciar como corporacion las riquezas, es porque tales riquezas les eran indispensables para cumplir su sagrado deber, que no consiste el voto de pobreza en no pagar lo que se gasta ó pedir prestado para no volver lo que se pide. Jesucristo, el Divino Maestro, predicó la pobreza y dió el mas hermoso ejemplo de ella; esto sin embargo ordenaba á sus discípulos pagáran todos los gastos que por su causa se ocasionáran, sin esperar á que se los reclamasen. El mismo proceder seguian los Jesuitas, y á fe que si tan amantes eran de las riquezas, no se nos citará uno solo que las empleara en provecho propio.

Solo por un efecto de refinada mala fe puede confundirse el voto personal de pobreza con el voto de una comunidad, que no puede carecer de medios si ha de llegar al fin de su institucion. Ya lo hemos dicho: sin riquezas no se hacen frecuentes, largos y dificiles viajes; sin riquezas no se levantan casas, iglesias, colegios y pueblos; sin riquezas no se atiende al culto en toda su estension en las cinco partes del mundo; sin riquezas no se instruye en todos los ramos del saber humano á la juventud de toda la Europa y otros paises mas remotos. Quisiéramos que los enemigos de la Compañía de Jesus y el autor

de nuestra impugnacion entre ellos, se tomáran la pena de discurrir un momento sobre el particular que vamos á sujetar á su criterio. Las rentas que poseian los Jesuitas al tiempo de su estincion, rentas que tantas codicias despertaron, constan del inventario tomado por sus propios enemigos, y consta asimismo el número de iglesias y colegios que levantaron los inclitos hijos del gran Loyola y en donde sin interrupcion se facilitaba á todo cristiano y á todo jóven pasto espiritual y pasto cientifico. No se cuente lo que devengarian tan gran número de sacerdotes y caledráticos, si como ahora tuvieran que haber sido remunerados por el gobierno, pues partimos del principio, como antes se ha dicho, de que el jesuita está obligado por su institucion á facilitar graciosamente á sus semejantes cuanto tiene y puede valer, sea en doctrina evangélica, sea en ciencia humana. Ni sacerdotes pues, ni profesores queremos que devenguen un solo real; tienen hecho voto de pobreza, pertenecen á la clase de órdenes mendicantes, y llevamos, pues tanto se nos apura, nuestro rigorismo hasta el punto de que ninguno de ellos debe alimentarse, ni vestirse, ni tener libros, ni otra cosa alguna fuera de aquello que la caridad ajena quiera buenamente regalarles. Sin embargo, calcúlese á tenor de lo que hoy dia importa, cuanto deberian percibir estos sacerdotes por razon del culto en las miles de iglesias, capillas y santuarios que así en Europa como en lejanas regiones levantaron y tuvieron abiertas á la veneracion de los fieles, á fin de que no se entibiára la fe ardiente que habian hecho brotar en los pueblos, muchos de los cuales oyeron por primera vez en los labios de los Jesuitas el santo nombre de Dios y la divina ensenanza de su Evangelio. Esta suma importaria millones y no pocos, y sin embargo es poca cosa al lado de los guarismos que arroja otro cálculo que es el siguiente: Nadie podrá negarnos que los Jesuitas no solamente poblaron de colegios la América, la India y otros remotisimos puntos, sino que en Europa la instruccion de la juventud corria cuasi esclusivamente á su cargo. En estos colegios, donde enseñábanse toda clase de ciencias por los

hombres mas distinguidos en ellas , en estos colegios todos los ramos del saber estaban representados á la altura en que les habian colocado los últimos adelantos y descubrimientos. Quien en toda clase de ciencias experimentales poseia los mejores y mas completos gabinetes eran los Jesuitas ; quien para coadyuvar á la instruccion y solidar el ingenio humano habia formado las mejores bibliotecas, tambien eran los Jesuitas ; quien en sus tiempos echó á pique la antigua pedagogia de las universidades y sacó á la ciencia del estado rutinario en que sus antiguos profesores la colocaron , por no querer seguirla en el rápido viaje que á través de los años en alas del progreso hacia , tambien fueron los tan áasperamente combatidos hijos del inclito Loyola. Ahora bien , calcúlese qué es lo que las universidades cuestan anualmente en Francia y en España y en Portugal , y en Italia y en Alemania y en la Europa entera ; réstese de esta fabulosa cantidad lo que devenguen por sus sueldos los catedráticos , y el resultado que quede será lo que los Jesuitas empleaban en la instruccion pública, sin solicitar subvencion del gobierno ni exigir una limosna de sus discipulos, en la inteligencia que eran estos tan numerosos que como hubiesen pagado no mas por via de estipendio , matrícula ó como quiera llamársele , una cuarta parte de lo que pagan ahora , ó menos , entonces sí que con razon pudieran decir amigos y enemigos de la Compañía de Jesus , que esta orden nadaba en las mayores riquezas.

Sin embargo , preciso era que estos cuantiosísimos gastos se satisficieran de un modo ú otro , y por ende venimos probando que aun cuando la orden de los Jesuitas poseyera rentas que á primera vista parecieran pingües , nada era esto comparándolo á los enormes gastos á que les obligaba precisamente el objeto de su fundacion. Antes lo hemos dicho ya : todas las riquezas son relativas , pues enormemente mas rico es aquel que posee cuarenta mil reales de renta si no tiene que gastar mas de veinte mil , que no es aquel que posee un millon si tiene gastos por millon y medio. Esto no lo negará nadie que ten-

ga sentido común, y por nuestra parte aplicando la cuestion á los Jesuitas, retamos á cualquiera que nos pruebe que las riquezas de los Jesuitas eran comparativamente superiores á los gastos inherentes á su institucion. Por lo cual concluimos, que ó los Jesuitas debian abandonar los nobles fines para que fueron constituidos ó satisfacerlos mal, lo cual tal vez hubiese sido peor; ó bien concédase que estas riquezas que se les veian en cara les eran tan indispensables como indispensables son los medios para llegar al fin que cada uno se propone. Y sino véase qué es lo que hacia aquella cacareada universidad de París, que costaba un tesoro á la nacion, y que por cada discipulo notable que salió de sus bancos pudieran citarla diez sus rivales de la Compania de Jesus.

Hemos insinuado que los bienes de los Jesuitas producian mucho mas administrados por estos, que no produjeron posteriormente cuando fueron ocupados por los respectivos gobiernos. Este ejemplo se ha repetido posteriormente en distintas ocasiones, y ninguna nacion lo ha palpado de mas cerca que nuestra España. Abolieronse en 1835 las comunidades religiosas, confiscáronse las sus bienes que se suponian inmensos y en realidad eran muchos, creyóse con el producto de su venta poder estinguir este devorador cáncer de la nacion que se llama la *Deuda española*, y ¿qué sucedió? que los bienes que primero se llamaron de los frailes, y despues se llamaron nacionales, pasaron á manos particulares, y la nacion se desprendió de unos bienes, que nada le costaban, que valian mucho y sacó un resultado que puede llamarse nada. Y no se crea que este mal éxito fuese debido al infimo precio por que se enajenaron dichas fincas; esto si bien contribuyó al escaso resultado que dieron, sin embargo no puede creerse fuera el principal motivo que hizo estrellar los cálculos de los mas prudentes. La causal verdadera fué la siguiente. Los economistas cegados por teorías cuya deformidad solo en la práctica aparece entera, creyeron que debian ser fabulosas las riquezas que bastaban á alimentar cómodamente á tan gran número de personas, y aun

les dejaban pingües sobrantes para edificar templos y conventos, servir espléndidamente el culto divino, y atender aparte al objeto para que, cada orden fué instituida. Sin embargo, la experiencia se encargó de demostrarles cuan vanos eran sus cálculos. ¿Y quiere saberse el por qué? Es bien fácil, por lo mismo que se engañaron en el siglo pasado los que para apoderarse de sus riquezas no cesaron hasta derribar el alcázar de Ignacio de Loyola. La riqueza, consista en los valores que se quiera, aumenta ó disminuye segun el sistema de explotacion que se emplee. Así fué que no bien los gobiernos tuvieron en sus manos y bajo su inmediata administracion las rentas de los Jesuitas, parecióles imposible que se creyeran eran ricos unos hombres que nó poseían, atendido su gran número é importancia de sus obligaciones, lo que el mismo gobierno hubiese necesitado para mantenerlos á todos decentemente.

Consistia esto en primer lugar en el modo de explotar los terrenos: los Jesuitas en este punto eran propietarios, administradores, directores y obreros. Dedicábanse á todas las industrias y para todas ellas sobrabanles brazos. Supongamos las siete regiones del Paraguay que antes de la mision de la Compañía eran terrenos áridos é incultos, pues los del país vivian en estado salvaje, y los europeos no habian desmontado ni laborado un palmo del país, ni se atrevian á ello. Esto nada producía á la nación propietaria, y sin embargo en manos de los Jesuitas era una mina, nó solo porque ellos fueron los primeros que idearon hacer brotar la semilla en aquel virgen suelo, sino porque los numerosos obreros que para ello se necesitaban, los encontraron con todos los requisitos indispensables y sin costarles una vigésima parte de lo que hubieran costado al propietario particular ó á la nación que hubiese ideado llevar á cabo tan colosal obra. Podian ir los españoles, podian ir los portugueses, y con sus mosquetes cargados hasta la boca intentar doblegar al trabajo la indómita cerviz de aquellos salvajes; mas fácil hubiera sido que por al contrario aquellos salvajes hubieran dado cuenta de portugueses y españoles.

y entonces los señores se hubieran visto obligados á huir ante la brutalidad de los isleños, sembrando en el camino víctimas en vez de granos. Estas metamorfosis que transforman al indomito hijo del bosque en hijo obediente de la civilización, no las consigue la fuerza brutal de las armas, sino la irresistible potencia de la religión: para obtener semejante triunfo no soldados se necesitan, sino misioneros del verdadero Dios. Esto hicieron los Jesuitas, y á los pocos años de su establecimiento en aquel país hasta entonces salvaje, crecía una vegetación lozana y rica, y fundada quedaba una sociedad, que mirada bajo el punto de vista comunista, dejara atrás en su pasmosa realidad los sueños de todos los Cabel actuales.

Tentados de codicia los enemigos de la Compañía de Jesús, despojáronles á rajatablas de sus posesiones del Paraguay, como en otra ocasión hemos explicado largamente, y creyeron que los mismos productos que sacaba la Compañía sacarían ellos no bien fuesen dueños de las reducciones. Las reducciones eran ricas, las reducciones daban pingües productos, luego para obtenerlos no había necesidad de otra cosa que poseionarse de estas reducciones. El cálculo parecía seguro, y como el cebó era apetitoso y la ambición mucha, contra ley y derecho la Compañía de Jesús fué despojada de sus propiedades y arrojada de aquel país que había evangelizado y conquistado para la civilización de la Cruz. Sin embargo, ¿qué sucedió? ¿Cumpliéronse los cálculos de los ambiciosos? Nada de esto: el Paraguay sin los Jesuitas convirtiéndose en fuente sin agua, sus pacíficos habitantes huyeron nuevamente á los antiguos bosques, y el terreno fértil que correspondía al trabajo con pomposos frutos, quedó nuevamente abandonado, y creció otra vez la espina donde poco antes creciera la ufana y rica espiga, reina de los campos fértiles.

He aquí por un ejemplo entre ciento de igual fuerza que pudiéramos citar, probado como decíamos bien y con fundamento que los bienes de la Compañía de Jesús tenían en sus manos un valor que manos extrañas no sabían, ó mejor no podían

darles. Y nadie mejor que sus propios enemigos pudieran responder de esto, puesto que ellos fueron los que se llevaron el chasco en este punto, aunque no en otros que llevaban proyectados cuando el protestantismo, el judaismo, la francmasonería, el valimiento político y la impudicia hicieron causa común y reunieron sus terribles fuerzas para abolir la Compañía de Jesús, que era en todos tiempos el obstáculo insuperable á sus anarquistas planes. A mas de esto, asimismo creemos haber probado que las riquezas atribuidas á los Jesuitas solo existieron en la mente de sus enemigos, pues si bien es innegable que poseian cuantiosas rentas, tambien lo es que mas cuantiosos eran los gastos á que estaban afectas por su institucion. Tambien creemos haber demostrado que las acusaciones tan repetidas como asquerosas de que ha sido blanco la Compañía por lo que toca al modo de adquirir sus rentas, no tenian mas fundamento que la palabra de los dignos corifeos de Eugenio Sué, comprometida en libros de moral tan insolente y relajada como el *Judio errante*, algunas de cuyas páginas son la negacion mas absoluta de toda creencia religiosa. Del mismo modo hemos consignado que no conocen y calumnian vilmente á los Jesuitas cuantos les suponen capaces de abusar en provecho propio del sacramento de la penitencia, en el cual han dado constantes ejemplos de arrostrar todo peligro y sacrificar su vida antes que violar el secreto de la confesion. No obstante, estas causas reunidas fueron las que hábilmente explotadas por los enemigos de la Compañía, pudieron comunicar á la Francia el fuego que Pombal habia prendido en el reino fidelísimo. Pero el fuego se ha disipado, y no bien se ha purificado la atmósfera de la última nube del negro humo de la calumnia, ha brillado la luz de la verdad y ha aparecido radiante el sol de la despreocupacion. A su luz vamos á examinar la historia de la abolicion de esta benemérita Orden, mas benemérita cuanto mas son los ataques que la impiedad la ha dirigido.

CAPITULO XLVIII.

ROMPIMIENTO DE HOSTILIDADES.

Cuando los poderosos resuelven la ruina de algun objeto, nunca faltan pretextos para llevarla á cabo. Esto no es de nuestros dias: Esopo lo criticó en una de sus mejores fabulas, y por cierto que nunca han faltado lobos voraces para acabar con los inocentes corderos. Resuelta la destruccion de los Jesuitas y esplicada por sus mismos enemigos la idea que presidió en este acto de la injusticia humana, que no era otra que alejar del catolicismo sus mas robustos apoyos, preciso era que á su vez se empezára por alejar los apoyos de la Compañía de Jesus. Opinán algunos que el proyecto databa desde el destierro del Parlamento en 1753, que la ocasionó á consecuencia de la enérgica resistencia de los Jesuitas á la voluntad del rey en cuestiones que atañian á la Iglesia, el odio del partido jansenista. Esta congregacion de impíos atribuyó la firmeza del rey y de su consejo á las sugerencias de los Jesuitas, empeñados en defender á todo trance la bula *Unigenitus*. Esta bula que condenaba gran número de proposiciones sustentadas por los discípulos de Jansenio con escándalo hasta del partido no católico, fué promulgada por Clemente XI en 8 de setiembre de 1713, previas muchas formalidades y veinte y tres sesiones celebradas bajo la inmediata presidencia del Pontífice, por los cardenales Spada, Ferrara, Fabioni, Cassini y Tolomei. El partido jansenista herido mortalmente por esta bula y derrotado por la firmeza del monarca, se creyó perdido si acto continuo no empezaba el ataque contra los hijos de S. Ignacio, tan

temibles para él. Hizo pues alianza con los enemigos de la Compañía de Jesús, interesados todos en su destrucción; *armó lazos al justo porque era contrario á sus obras*, según la sentencia del Sabio, c. 2, y. 12, y acto continuo se rompieron las hostilidades á que el trabajado Instituto del gran Loyola habia de sucumbir, porque Dios permite muchas veces que los suyos caigan en desgracia á fin de probar su constancia en las adversidades. No la desmintieron los Jesuitas, pudiendo decir con Tertuliano (Apolog. c. 8.): «Nuestra gloria la forma el ser perseguidos y condenados por tales enemigos (de la religion y de la sociedad).»

Formada la resolución, se les acusó de dirigir según sus miras al arzobispo de París, de gobernar en todo al obispo de Mirepoix, de instigar el odio que el conde de Argenson sentia hacia los parlamentos, y de inspirar al Delfin sentimientos desventajosos hacia la magistratura. Sin embargo, eran estos tiros aislados, otros de tantos que ya desde su origen habian sido dirigidos á la Orden, y para fijar en toda propiedad los hechos, preciso será que digamos que hasta 1757 no empezó el ataque formal que habia de producir el resultado apetecido. Y fijamos esta época porque en ella fué cuando el ministerio gobernante entró en las miras del parlamento, si ya por conveniencia propia no las despertó ó acrecentó por lo menos este ministerio. Desde 1753 hasta 1757 la corte habia cambiado enteramente de aspecto, y nada favorablemente á los Jesuitas por cierto. El obispo de Mirepoix, tan respetado del rey por sus virtudes como apreciado por sus talentos, habia bajado á la tumba. La silla ministerial que apenas calentó el cardenal de la Rochefoucauld, pasó al Sr. de Jarente, personaje poco popular para que pudiera levantar la voz como él hubiese querido, demasiado cortesano para sacrificar la fortuna á la conciencia, y que no pasaba de ser un esclavo de la cortesana Pompadour que le habia elevado, y cuyos caprichos obedecia por temer á que no le derribara aquella que habia tenido valimiento para remontarle. El conde de Argenson, ministro

enérgico, sabio, protector de la Iglesia, adicto no solo por deber si que tambien por obligacion á la familia real, amigo del rey y enemigo de las ideas anarquistas é impías de los Parlamentos, este hombre leal y religioso habia sido sacrificado á las exigencias de la querida del monarca, omnipotente en el ánimo del soberano, con harto pesar y escándalo de la nación francesa. Igual suerte habia sufrido Machault, otro de los hombres en un principio mas adicto á los Parlamentos, y su acérrimo enemigo tan luego como descubrió los infernales planes y tendencias de aquellos tribunales. El marqués de Paulmy, hijo del marqués de Argenson y partícipe de las opiniones de su padre, amenazaba inminentemente caer de su puesto. Y finalmente el arzobispo de París, siempre enérgico, siempre virtuoso y consecuente siempre á los nobles principios á que habia consagrado su larga carrera, poseia todavia la estimacion del rey, pero no su antigua é íntima confianza, que por tantos actos tenia justamente merecida. Por esta descripcion comprenderán nuestros lectores que se habia trabajado no poco en cuatro años por los enemigos de los ínclitos hijos del gran Loyola y de la religion, para despojarles de todos aquellos amigos que en el próximo combate que iba á librarse podian servir de apoyo á los contendientes destinados de antemano al sacrificio.

Corria como antes hemos dicho el siglo de la incredulidad y del escepticismo. La Francia estaba abocada á uno de estos abismos á que le empujaba el brazo de la revolucion. La Iglesia conmovida en vano recorria á sus habituales armas, pues el Señor permitia que los suyos padecieran por algun tiempo para que despues fuera mas glorioso su triunfo, segun el Salmo 65, v. 12; bien así como despues de la borrasca aparece mas radiante el sol en el azul del firmamento. A secundar los planes de los reformistas vino un poderoso elemento; un elemento que en tiempo posterior ha conmovido las sociedades; un elemento que lo mismo ha dado opimos frutos al bien que al mal; un elemento que, como el caballo indómi-

to, pugna por romper el freno, y roto este freno, abusando de sus fuerzas, se precipita á todo escape hácia el abismo de su perdicion. Este elemento es la prensa. La prensa combatió á los Jesuitas, y los escritores filósofo-impíos en todos sus discursos y obras se esforzaron en demostrar que la abolición de los Jesuitas era una necesidad para los pueblos. Por una singular anomalía, muy frecuente en la historia de las persecuciones de los dignos hijos de S. Ignacio, prohibióse á estos que se defendieran con las mismas armas con que eran atacados, duelo desigual librado entre la impiedad triunfante y la Iglesia aparentemente vencida. Téngase presente que en este juicio seguido por los impíos contra sus víctimas los Jesuitas, negóse á estos lo que se concede al último de los reos, al último de los criminales rechazados de la sociedad por sus crímenes, negóseles el derecho de defensa, sagrado que los mas déspotas y bárbaros tribunales han concedido á sus procesados. Sin embargo; inútil hubiera sido, pues la sentencia estaba firmada de antemano: solo quedaba á los dignos hijos del inclito Ignacio, levantar los ojos al cielo como la casta Susana, tomar en sus labios las mismas palabras que aquella virtuosa hebrea, y esclamar en el fondo de su corazón: «O Dios eterno, que conoces las cosas ocultas, que sabes todas las cosas aun antes que sucedan, tú sabes que estos han levantado contra mí un falso testimonio; y hé aquí que yo muero sin haber hecho nada de lo que han inventado maliciosamente contra mí.» (Daniel, c. xiii, v. 42 y 43.) Inútil hubiera sido que un nuevo Daniel se hubiese presentado ante aquellos jueces, para hacerles presente su iniquidad, exclamando: «¿Tan insensatos sois, ó hijos de Israel, que sin forma de juicio, y sin conocer la verdad del hecho, habeis condenado á una hija de Israel? Volved al tribunal, porque éstos (los filósofo-jansenistas) han dicho falso testimonio contra ella.» (Id. v. 49.) Inútil hubiera sido, volvemos á repetir, porque aquellos jueces inicuos habian resuelto en sus conciliábulos acabar con la inclita Compañía de Jesus, por los frutos copiosos que iba dan-

do á la Iglesia desde su fundacion. Continuemos ahora siguiendo las peripecias de este proceso de sustanciacion tan original como improcedente.

El partido jansenista despreciado en aquel período en que la razon y el buen sentido religioso dominaban en Francia, creyó llegada la hora de su rehabilitacion y revancha, sirviéndose como medio de favorecer los proyectos de los magistrados contra la autoridad real, porque ya en aquel entonces la soberania francesa no pasaba de ser una mera fórmula.

El rey que aborrecia igualmente á los magistrados que usurpaban su poder y á los Parlamentos que favorecian esta usurpacion, no podia resistirse sino muy débilmente á sus recios embates, pero al menos convencido íntimamente de quienes eran sus amigos y sus enemigos, sabia y podia aun mantener en su verdadero sitio á unos y á otros. En estas circunstancias tuvo lugar el atentado de Damiens contra Luis XV, triste preludio del atentado de la nacion contra Luis XVI. La noticia del crimen alarmó á la Francia entera, y la corte y el rey se creian andar sobre el cráter de un volcan. Quizás no andaban del todo equivocados, porque al poco tiempo el volcan estalló con espantoso incendio.

Es muy particular y digno de notarse que la destruccion de los Jesuitas en Francia, lo mismo que en Portugal, fué precedida de una tentativa de regicidio, y que en este hecho se apoyaron los ministros enemigos de la Compañia para empezar formalmente sus ataques. En Portugal se dijo haber sido amenazada la vida del rey José, y se hizo á los Jesuitas responsables de un crimen, que es muy probable ni existió siquiera. No obstante á causa de él murieron en el cadalso muchos y distinguidos personajes. Poco tiempo despues, la Compañia era castigada *in solidum* por un delito imaginario, y del cual, caso de ser real, era completamente irresponsable. El regicidio por lo tanto sirvió al tirano Pombal de maravilloso pretesto para sus planes contra la Compañia.

¡Rara coincidencia! Los que con el mismo designio camina-

ban sobre las huellas del ministro portugués se aprovechan de una circunstancia enteramente igual, y el atentado de Damiens derriba el edificio de Loyola en el reino cristianísimo. Nada queremos adelantar sin fundamento, nada queremos suponer con malicia; pero, ¿no hay motivo suficiente para achacar la responsabilidad de uno y otro hecho á aquellos que quisieron exigirla á los Jesuitas? Hemos probado en otra ocasion que el atentado contra el rey de Portugal no fué sino obra de su vengativo ministro; veamos si existen datos suficientes para sospechar que el atentado contra el rey de Francia nació de los mismos jueces que le castigaron.

No bien se esparció súbitamente la noticia del crimen y la prision del agresor, no bien ni tiempo se habia tenido para explorar el ánimo del regicida, sondeando el oscuro corazon de Damiens, en cuyas respuestas no es dable encontrar una palabra que á nadie acuse, propalóse por todas partes la voz que señalaba á los Jesuitas como responsables del crimen. ¿Quién hizo correr esta voz? ¿De dónde era hija esta acusacion? ¿Por qué se repitió de repente por aquellos que no tenían derecho á sospechar de nadie, puesto que ni una línea del proceso les era conocida, ni aun cuando la conocieran podia servir de fundamento á esta acusacion? Este es un arcano: quien propaló la voz no lo diremos, pero lo que no tiene duda alguna es que no fueron los Jesuitas ni sus amigos. La voz empero circuló y muchos llenos de candidez la dieron ascenso, resucitándose por los anti-jesuitas todas las absurdas acusaciones de regicidios predicados y defendidos en escritos y sermones. Sin embargo, del fondo de este mar que bulle, por donde menos es de esperar se levanta una voz potente, que de un solo golpe cierra los labios á toda una escuela. Esta voz no podia ser rebatida porque clamaba contra su propio interés, vencida y subyugada por un sentimiento que se sublevó en su corazon ante la monstruosidad de tal calumnia. Es nada menos que Voltaire quien sale á la defensa de los Jesuitas, y el 3 de marzo de 1763 cuando el proceso estaba terminado, cuando el de-

lincente habia expiado su crimen en un patíbulo afrentoso y doloroso, escribía á Damilaville, otro de sus aventajados discípulos en la impiedad, las siguientes líneas que otras veces hemos citado, pero que no hemos analizado como analizaremos ahora: «Ya sabeis que no soy amigo de los Jesuitas, pero levantaria á la posteridad en su favor si les acusára de un crimen de que la Europa y Damiens les han justificado: si otra cosa dijera, me constituiria en vil eco de los jansenistas.» Examinemos esto.

Que Voltaire no era amigo de los Jesuitas nadie lo pondrá en duda, y por consiguiente que léjos de tener un interés en defenderles, le tenia y muy grande en acusarles para que mas pronto se aboliera el ilustre cuerpo que él llamaba de genizaros de la Santa Sede. Pero dice el tristemente célebre filósofo, que *levantaria á la posteridad en su favor si les llamára regicidas*; y razon tiene en hablar de esta manera, porque en efecto, si algunos con menos talento que Voltaire han querido lanzar tamaña mancha en la historia de la benemérita Compañía de Jesús, la posteridad justiciera se ha levantado á su favor y ha rechazado con indignacion esta calumnia. En el año que corremos anda ya desacreditada, sin que en su derrota haya podido encontrar esta patraña mas defensores que el autor de nuestra impugnacion y algunos otros secuaces que lo son del error, porque no se han querido tomar la molestia de beber en la pura fuente de la verdad. Añade el patriarca de Ferney que la Europa y Damiens les han absuelto de tamaña crimen; lo cual quiere decir que la Europa, al tiempo de escribir el filósofo, habia ya despreciado esos vanos clamores del anti-jesuitismo, sin que diera ascenso á las ridículas farsas de aquellos que por lo visto creian á los Jesuitas invulnerables en el terreno de la legalidad, puesto que para herirles tenian que recurrir á la vil calumnia. Damiens tambien les ha justificado, y estas palabras son altamente significativas, porque prueban que de las declaraciones del regicida se desprende la inocencia del Instituto, y cuando Voltaire da ascenso á esta inocencia,

preciso es que brillara como el sol del mediodía. Resulta por lo tanto que es calumnia y no otra cosa la especie propalada y en mal hora esplotada de la complicidad de los Jesuitas en el atentado de Damiens, pero falta averiguar quien fué el autor de esta calumnia. Nadie podía serlo, contestaremos nosotros, sino los interesados en ella, y como es preciso descifrar quienes eran estos interesados, el mismo Voltaire nos lo dice también. *Si otra cosa dijera*, concluye, *me constituiría en vil eco de los jansenistas*; luego los jansenistas son los autores de la calumnia y ecos suyos cuantos la propalaron. En buena lógica no creemos que nadie pueda contradecirnos, ni tampoco que la autoridad de Voltaire sea sospechosa á los enemigos de la Compañía de Jesús, en cuyo número figura entre los primeros el padre de la filosofía herética del siglo xviii.

Fáltanos sin embargo averiguar ¿qué interés tenía el partido jansenista en que los Jesuitas aparecieran como reos del atentado contra Luis XV? Peliagudo y difícil es el asunto, pero no imposible de resolver. Nadie tiene interés en que el inocente aparezca culpable sino es aquel que en justicia es el verdadero responsable de un hecho. Si los jansenistas no hubiesen tenido parte en el atentado de Damiens, no le hubieran atribuido á los Jesuitas, sino es para otro fin no menos odioso.

Voltaire nos deja comprender que los jansenistas fueron los fautores de la calumnia, luego podemos asegurar que este partido fué el verdadero autor del intentado regicidio. No dejaron de sospecharlo algunos en este sentido, y si se nos preguntara ¿qué interés tenía en este crimen? contestaríamos que el mismo interés que Pombal tenía en propalar el rumor del atentado contra el rey José. De un modo ó de otro se hacían recaer las sospechas en los Jesuitas, y esto por fuerza debía malquistar á la Compañía con el rey. Sin embargo Luis XV no dejó de sospechar de qué lado le venía el golpe, y ya estaba dispuesto á dejar estallar su cólera contra los Parlamentos, animados del espíritu filósofo-jansenista, cuando temió que el rigor solo

aprovecharia para despertar los vengativos instintos de los castigados. Por desgracia dió á comprender que abrigaba este recelo, y los Parlamentos se creyeron mucho mas fuertes desde el momento en que el monarca no se atrevia á afrontarlos y reprimirlos. La consecuencia natural de todo esto es que los Jesuitas, objeto del odio implacable de los vencedores, perdieron un cincuenta por ciento de su influencia ya amenazada, y los Parlamentos seguros del dominio que ejercian en el rey resolvieron aprovecharse de este apogeo para dar el golpe de gracia á la Compañía.

Como si tantas calamidades no bastáran para alejar de la corte á los Jesuitas, sobrevinoles una nueva calamidad, que es no obstante uno de los mas bellos episodios de esta historia. Perdida su influencia en la corte y alejados por medio de bastardas intrigas del ánimo del rey, quedábales un poderoso apoyo á que arrimarse, y este apoyo vino espontáneamente á ofrecérseles, asegurándoles su antiguo valimiento y mucho mas. Si aceptaban las proposiciones asaz sencillas que se les hacian, podian estar seguros de su omnipotencia; pero por su parte habian de prescindir por un momento de su conciencia, habian de acallar los impulsos de su recto corazon, y con esto no transigian nunca los dignos hijos del gran Loyola. Sus enemigos les acusan de ser los defensores de aquella máxima, *todos los medios son buenos para llegar al fin propuesto*. Nosotros rechazamos esta acusacion y se la dirigimos de frente á sus enemigos, que no podrán por cierto echársela de encima. Todos los medios son buenos, no para los Jesuitas sino para aquellos que proyectan regicidios para atribuirselos á sus contrarios; para aquellos que inventan breves y bulas á fin de que los monarcas crean malamente que los hijos del ínclito Loyola han caído en la desgracia del Pontífice; para aquellos que disfrazan á los oficiales de sacerdotes, y en el umbral de la muerte de un penitente usurpan sacrilegamente el sagrado carácter del confesor; para aquellos finalmente que usan en sus combates armas envenenadas para acabar traidoramente con sus enemigos. Pe-

ro nó para los dignos hijos de S. Ignacio , que en el reinado de Luis XV y en el tiempo de su desgracia prefirieron permanecer fieles á sus nobles principios y perecer en su defensa antes que sacrificar sus convicciones religiosas y sociales. Cuando nosotros hablamos , hemos dado constantes muestras de que tenemos pruebas plenas en que apoyarnos , pero la que daremos ahora en nada desdecirá de cuantas hasta aquí hemos consignado. Harto pública y escandalosa es en Francia y en Europa la historia á que nos referimos.

Nadie que haya saludado la historia del francés imperio ignora las relaciones que mediaron entre el rey Luis XV y la marquesa de Pompadour , relaciones que la Francia llora todavía. Mad. de Pompadour ejercia una ilimitada influencia en el ánimo del rey , y los resultados de ella los esplican la revolucion del año 89 y Luis XVI subiendo al cadalso. Luis XV fué el Witiza de Francia , Luis XVI fué D. Rodrigo. Un autor francés describe en las siguientes breves líneas los efectos de esta vergonzosa tutela en que una culpable pasion habia colocado al rey. «Esta señora (la Pompadour) solo una voluntad tenia , y era la de gobernar al reino lo mismo que gobernaba al rey. Los filósofos y los jansenistas se habían escudado tras ella , y al abrigo de las adulaciones con que la embriagaban , obtenian el derecho de impunidad para propagar sus principios en todas las clases de la sociedad. Naciendo el vicio en el mismo trono , arruinando este trono á la Francia con locas prodigalidades y deshonorándola con culpables negociaciones , no por eso asustaba á los grandes panegiristas de tamañas virtudes , antes por al contrario se hacian patrocinar por este mismo vicio y en señal de adoracion le rendian un tributo bien inferior á lo que de él recibian. Esta alianza era á cual mas impura y vergonzosa. La cortesana y los filósofos unidos á los jansenistas y á los doctores de economía política , pasaban mutuamente por todo , y de este modo nada reciprocamente les avergonzaba ; hablaban de dar al pueblo saludables ejemplos , de emancipar el entendimiento humano , y de honrarle por una noble regenera-

cion, mientras doblaban la rodilla ante las impurezas reales, en cuyas aras ofrecían corruptoras poesías ó impudentes adulaciones. Tenían que decidirse por el vicio triunfante, ó por la virtud humillada; y la elección no podía ser difícil.» Tal era la Francia, y á ello habia sido arrastrada por los enemigos de la Compañía de Jesus. Nadie nos niegue la exactitud del cuadro, como tambien que entre tan sombrío paisaje no se destaca la figura de un solo individuo jesuita.

Debemos ahora esplicar cual fué esta conducta observada por los Jesuitas que tantos elogios nos merece. Cuando el atentado de Damien, el rey Luis XV vislumbró por un momento todo lo feo que cabia en su conducta y prometió renunciar al mal ejemplo que daba á sus pueblos, moralizándose en el sentido que conviene á un rey que se titulaba cristianísimo. Entonces Mad. de Pompadour creyó escapársele el poder que tanto habia ambicionado, y no creyó ó no supo encontrar medio mas oportuno para no perder la gracia soberana, que seguir al rey por el camino que habia emprendido. Además las lisonjas de los filósofos, las adulaciones de los jansenistas ya no halagaban su orgullo: la cortesana tenía el suficiente talento para comprender que estas demostraciones no de espontaneidad procedían, sino del precio que hasta aquel dia habia puesto á ellas. Buscando por consiguiente mejores y mas desinteresados amigos, se dirigió á los PP. de la Compañía de Jesus. Como su omnipotente voluntad nunca habia sido contrariada, antes por el contrario los más poderosos solicitaban su alianza, creyó buenamente que los Jesuitas no perderian tan buena ocasión de vengarse de sus enemigos; pero la cortesana Pompadour no sabia aun quienes eran los hijos de S. Ignacio. Determinada á llevar á cabo su plan, resuelta á recobrar el ascendiente que sobre el rey tenía y que entre muchas causas su edad, que ya pasaba de mucho de la juventud amenazaba hacerla perder, y conociendo que era preciso ofrecerse á los ojos del pueblo enteramente distinta de lo que hasta entonces habia sido para que este pueblo no continuára odiándola como hasta entonces

la había odiado , lo cual podia acabarla de perder en el concepto real , pidió á la hipocresia lo que antes pidiera á su belleza y juventud , y tirando la máscara voluptuosa de que se hallaba revestida , trató de cubrirse con otra máscara religiosa , fiando á los Jesuitas que la prestáran un baño de verdad y legalidad , tal cual á sus intentos convenia.

Para engañar mejor á los que de cerca la examinaban , mandó condenar la puerta que desde sus aposentos conducia á los aposentos del rey , oia misa todos los dias , dispuso que en sus habitaciones se construyera un oratorio , desterró de su tocador los libros de relajada moral , aparentó querer reunirse nuevamente con su ultrajado esposo , fingió una correspondencia epistolar con éste , en que aparecia perdonada por aquel á quien habia deshonrado , y en una palabra tomó cuantas precauciones habian de engañar á los crédulos y deslumbrar á los cándidos. Por último quiso dar el golpe de gracia á su aparente conversion , y dirigiéndose al P. de Sacy le pidió su absolucion. Pero el jesuita estaba en guardia contra los ataques y asechanzas de su penitenta , y por de pronto rehusó favorecer y legalizar una conversion que no creia sincera. Dos años duró este combate entre el jesuita y la marquesa , ésta comprometiéndose á aquel en una absolucion forzada , y aquel poniendo por garantía de la conversion de su penitenta que apartára la ocasion próxima , abandonando la corte y el lado del rey , que era lo que la nacion ambicionaba mas. Pero en los cálculos de la marquesa no entraba el derribar la piedra de escándalo , antes por al contrario queria afirmarla mas y mas con sus hipocresías , y el jesuita que estaba resuelto á no obrar contra su conciencia , se levantó contra la cortesana y resueltamente se negó á secundar por medio de una infamia aquel trampantojo religioso , invento de una mujer que empleaba la religion , no como fin , sino como medio.

Igual precio pusieron los PP. Perisseau y Desmarests á la absolucion del monarca , y habiendo conocido que éste no se hallaba dispuesto al sacrificio que se le exigia , fuertes defen-

sores de la santidad del sacramento de la penitencia, se retiraron sin la gracia real, pero con la conciencia satisfecha. Pudieran los enemigos de los Jesuitas antes de condenarles, haberse hecho cargo de esta conducta.

Este fué uno de los principales motivos por los cuales la marquesa de Pompadour aborreció de muerte á los Jesuitas y juró su ruina. Herido en lo mas vivo su amor propio, era imposible que una mujer que todo, inclusa la majestad, lo habia gobernado en Francia á su antojo, perdonára á unos humildes sacerdotes indefensos, la injuria que segun ella la habian hecho y la nacion entera habia presenciado. Digamos no obstante que la conducta del P. de Sacy y sus hermanos mereció los elogios de todas las personas honradas.

Otra de las causas del odio que la cortesana Pompadour profesaba á los Jesuitas, fué que cuando la tentativa de Damiens, recibió un aviso anónimo que la suplicaba saliese de la corte, y aunque este billete, como espresion que era de la voluntad de la nacion entera, podia ser escrito por el último de los ciudadanos franceses, cansado del yugo impuesto por la tal cortesana; sin embargo, ésta opinó que el aviso le venia de los Jesuitas, sin mas fundamento que el haber sabido que antes del regicidio frustrado, el Delfin y el conde de Argenon se habian comprometido á echarla de la corte, y como el conde corria bien con los Jesuitas, juzgó que á estos se debia el odio que la profesaban el sucesor al trono y el ministro de la corona, como si no hubieran sido suficientes causas para suscitar la mala voluntad de entrambos, el vergonzoso papel que hacia desempeñar al primero y las trabas que continuamente oponia al gobierno del segundo. Ahora añadiremos, que no obstante lo espuesto, si el aviso en realidad la hubiese venido de los Jesuitas, lejos de incomodarse por él debia agradecersele, pues solo podia resentirse de tan buen consejo aquella que estaba resuelta á no abandonar la corte, mientras las debilidades del monarca la mantuvieran en su tan elevado como indigno puesto. La marquesa de Pompadour, asociada y tal vez

causa de los desórdenes de Luis XV, empujaba el carro francés hácia el abismo de la revolucion, y el Delfin de sus tiempos, el blanco de su constante ataque, puede agradecerla una buena parte de la trágica muerte de Luis XVI.

A estos dos motivos de odio añadía la ignoble marquesa un vivo resentimiento hácia la Compañía por el sermón predicado por el P. de Neuville el día de la Purificacion del año 1737, señalado en Francia con tan notables como dolorosos acontecimientos. Se trataba de una fiesta religiosa, á que asistía el rey con toda la corte, y es inútil decir que en distinguido puesto debia aparecer la cortesana, escarneciendo la verdadera nobleza y buena fama de las nobles señoras que no habian infamado los escudos de sus maridos ni los propios. Aprovechándose el jesuita de la ocasion que reunia en el templo á la corte de Francia en peso y á su rey con ella, dirigióse al monarca recordándole los beneficios que el Señor sembrara en el camino de su vida, ya cuando niño le libertó de la ruina de su casa para sentarle en el trono, ya cuando en Metz le sanó milagrosamente de su grave enfermedad; y no descuidó el orador tocar, si bien con delicadeza suma, el último beneficio que del Señor recibiera, sacándole á salvo del puñal de Damiens. Todos estos acontecimientos refirió para demostrarle, que Dios le habia tomado bajo su escelsa proteccion, y por lo tanto concluyó el jesuita exhortando al rey para que continuára firme y constante en el sendero de la salvacion y en la práctica de las virtudes, á que según antes hemos dicho, se mostró inclinado el rey en los primeros tiempos que transcurrieron sobre el atentado de que por poco fué victima. En la disposicion en que el soberano se encontraba, parecióle muy bien el sermón, y á la corte parecióle lo mismo; pero no le pareció otro tanto á la marquesa, que en la reforma de costumbres del soberano, veia su indudable desprestigio. Desde aquel entonces, opinó la marquesa que las palabras del jesuita eran otras tantas alusiones á su persona, y como nada quedaba sin venganza de todo cuanto podia ofender el orgullo de la omnipotente

cortesana, nuevamente su corazón formó votos contra la Compañía de Jesús. Todo el mundo sabe, que en breve se vió otra vez en disposición de poder realizar estos votos, pues si bien el real cautivo amenazaba escapársele en un principio, luego volvió á quedar envuelto en las redes que le tendió la cortesana. La nación fué como antes patrimonio de los caprichos de una mujer, y esta mujer se halló nuevamente con poder bastante para atacar de frente á los beneméritos hijos de S. Ignacio de Loyola.

Uno de los primeros medios que puso en planta fué dirigir una extensa carta á Su Santidad, donde con la mayor sagacidad é hipocresía suponía que resueltos así ella como el rey á renunciar á la vida licenciosa que hasta entonces habian llevado, se dirigieron á los PP. de la Compañía para que les reconciliaran con la religion, á lo cual se habian aquellos opuesto con no poco escándalo de la corte y del pueblo. La sutileza con que estaba escrita esta carta, que se encontró entre los manuscritos del duque de Choiseul, no pudo engañar la penetración del Pontífice, que opinó por no entrometerse en ello, puesto que él no estaba en el caso de juzgar las conciencias y escrúpulos de los jesuitas confesores. Así fué como fracasó este primer ataque, y se convenció la Pompadour de que serian vanas cuantas intrigas empleara para poner en desacuerdo á la Compañía de Jesús con la corte de Roma, que sabia apreciar sus astucias como ellas se merecian.

Los planes de la marquesa encontraron muy pronto un aliado formidable en el duque de Choiseul. El ministro de Luis XV no se crea que aborrecia á los Jesuitas por su carácter de tales; les aborrecia simplemente porque eran religiosos; porque rendia tributo á la impiedad de su siglo. Lacretelle en su *Historia de Francia durante el siglo XVIII* se expresa respecto á él en los siguientes términos: «En su juventud habia cedido Choiseul á la moda dominante de insultar á la religion. Cuando fué poderoso, aparentó respetarla. Cuando tuvo que dirigir la lenta abolicion de los Jesuitas,

hizo todo lo posible para que no se creyera que inmolaba estos religiosos á la impiedad reinante.» El ministro ha dicho después en su memorial á Luis XVI, que por su parte estaba muy léjos de ser contrario á la Compañía de Jesus, y si bien su conducta probó todo lo contrario, no obstante ayuda á creer que la guerra hecha por él á la Compañía era efecto mas de interés propio que de conviccion, doble motivo para que su conducta sea mas y mas reprehensible. Hay un historiador genovés, enteramente imparcial y sin compromiso alguno de nacionalidad siquiera, que en muy breves líneas retrata la conducta del ministro y de la favorita. Dejémosle hablar, es Sismonde de Sismondi en su *Historia de los franceses*, y dice así: «Mad. de Pompadour aspiraba á tener reputacion de energía de carácter, y creyó haber hallado ocasion para ello demostrando que era capaz de dar un golpe de estado. Esta misma pequeñez de alma tenia influjo sobre el duque de Choiseul. Ambos á dos estaban muy seguros de poder alejar la atencion pública de los acontecimientos de la guerra. Prometian hacerse populares adulando á un tiempo mismo á los filósofos y á los jansenistas, cubriendo los enormes gastos de la guerra con la confiscacion de los bienes de una orden rica, en lugar de acudir á las reformas económicas, que hubiesen entristecido al rey y á la corte.» Esta última frase explica por sí sola la conducta del ministro. En efecto, el rey necesitaba ser adormido en continuas fiestas y diversiones, la corte seguia su ejemplo, el pueblo hacia por seguirla, la Francia de dia en dia iba empobreciéndose mas y mas, y era indispensable al valimiento de Choiseul escogitar un medio que llenára momentáneamente las arcas nacionales, sin que el rey tuviera que disminuir en nada su presupuesto, lo cual le hubiera advertido de que el reino se encontraba rodando sobre el abismo. Encontraron á mano los Jesuitas, las circunstancias favorables para los perseguidores se mostraron contrarias para los vencidos y héte aquí que se rompieron acto continuo las hostilidades. Ambos partidos fueron y se mostraron dignos el uno

de su fe y valor para el martirio, el otro de su impiedad y relajadas medidas y costumbres. Cayó vencido el primero, pero gloria cabe en algunas derrotas, y la de los Jesuitas fué por cierto una de ellas. Algunos años despues vino su rehabilitacion; luego sobreviniéronles nuevas desgracias, en seguida nuevos triunfos.... La prosperidad no les hizo orgullosos ni pudo doblegarles la desgracia: nada es bastante para inmutar al hombre que abraza su corazon tras el invulnerable abrigo de la religion; al hombre que sabe, segun enseña el Apóstol, que le es necesaria la paciencia para merecer los premios celestiales.

CAPITULO XLIX.

PRIMERAS DESCARGAS.

El 17 de abril de 1761 una sentencia del Parlamento de París que conocía de la quiebra del P. Lavalette ordenó, que los Jesuitas depositaran en el tribunal un ejemplar de las constituciones de su Orden. Este exámen que pretendia hacer el Parlamento y para el cual era del todo incompetente, correspondia muy bien á la sentencia que un año antes, el 18 de abril de 1760, habia espedido el mismo tribunal, suprimiendo de *motu proprio* las congregaciones de los Jesuitas. A pesar de ser manifiesta la utilidad de estas reuniones, á pesar de que otras distintas órdenes las celebraban públicamente y autorizadas para ello, no obstante las congregaciones de los Padres fueron acusadas de conventículos clandestinos, sospechosos, peligrosos para el gobierno y dignos de la animadversion de los tribunales. Seguro el Parlamento del apoyo que le prestaría el ministro y tambien la cortesana Pompadour, suprimió estas congregaciones, creyendo herir de este modo al Instituto que de tanto tiempo venia amenazando. Pero lo mas particular fué que mientras por sospechosas se destruian las congregaciones de los Jesuitas, se protegía abiertamente á las lógiás masónicas, que desde entonces empezaron á multiplicarse en Francia de un modo asombroso. En nombre de la religion se atacaba á los Jesuitas, y al mismo tiempo se daban cartas de ciudadanía á los masones. El motivo era bien manifestó. Estas sectas masónicas y anti-cristianas debieron su origen á los judíos, quienes las fundaron en Francia, Alemania, Inglater-

ra, Italia y España. Su santo y seña, nos dice un autor que las ha estudiado muy á fondo, era la abolicion de los Jesuitas, intentada por toda clase de medios, pues poco habian de discurrir sus miembros para comprender que mientras subsistiesen los Jesuitas, poco adelantarian las sociedades secretas en sus planes de destruccion contra la Iglesia y la monarquía. El oro de los judíos mantenía todas estas lógicas, pues llegaron á presumir en un momento de necio error, que sobre las ruinas del catolicismo, se reconstituiria el pueblo deicida condenado á vagar errante y disperso sobre la faz de la tierra. Tales eran los socios reunidos para acabar con la Compañía de Jesus. Por consecuencia directa de semejantes *golpes de estado*, veinte y ocho años despues estallaba la sangrienta revolucion de Francia. En 1789 no existian en el reino cristianísimo los combatidos hijos del ínclito Loyola, pero muchos de los franceses estaban inscritos en estas sociedades que se llamaban de *iluminados*.

Nombrada la comision del Parlamento que debía examinar las constituciones de los Jesuitas, el rey Luis XV que no estaba falto de penetracion sondeó hasta cierto punto las miras de aquel tribunal, y conociendo que la monarquía no se libraria á su tiempo de los ataques que entonces se dirigian á la religion en la persona de sus celosos ministros, quiso atenuar el funesto resultado que habia de dar el exámen hecho por la comision del Parlamento, asociándola otra comision del consejo real. Seis fueron los consejeros nombrados, pero no por esto surtió efecto el benéfico plan de Luis. La comision del Parlamento llevada de su odio ciego é impío contra los Jesuitas, condenaba el Instituto *in totum*, mientras la comision del consejo pretendia solamente que se modificáran algunos artículos. Pero los Jesuitas no podian consentir ni lo uno ni lo otro, y recordando su energía ante el peligro que les amenazaba en las bases capitales de su Instituto, rehusaron noble y esforzadamente la especie de capitulacion con que sus enemigos les brindaban. El mismo rey les instó á que aceptáran las proposiciones

del consejo , tomando él sobre sí la responsabilidad de hacer conformar con ellas al Parlamento ; pero los Jesuitas que sin murmurar obedecieron la injusta sentencia que les despojaba de sus bienes bajo el pretexto no cumplido de atender á las deudas del P. Lavalette ; los Jesuitas que supieron resignarse y abandonar sus bienes terrenos en manos de sus enemigos , encontraron nuevas fuerzas para defender su Regla , la Regla de S. Ignacio , á propósito de la cual habia dicho Paulo III , *el dedo de Dios está aquí*. Podia el Parlamento disponer de sus personas y de sus fortunas , pero nó de su conciencia y de su honor. Fieles á su bandera , dijeron con los primitivos cristianos , ¡ antes mártires que apóstatas !

Conociendo que esta inflexible tenacidad favorecia notablemente á los Jesuitas ante todas aquellas personas religiosas que sabian hacer una prudente distincion entre la obediencia que honra y la obediencia que infama , los enemigos de la Compañía decidieron hacerla perder el terreno que esta habia ganado á los ojos del pueblo. El instrumento de que se valieron entonces fué la imprenta. Solicitóse á este efecto la pluma de los jansenistas , y la Francia se vió inundada de libelos , que todos tendian á hacer odioso el cuerpo que se queria derrocar. Los primeros frutos de esta conspiracion literaria , fueron una calumniosa historia de la Compañía de Jesus , y una obra titulada : *¿ Quién entre Lutero , Calvino y la Compañía de Jesus ha causado mas perjuicios á la Iglesia cristiana ?* — Por el solo título de esta obra puede juzgarse de la índole de sus autores y de su respeto á la religion. Los Jesuitas sostenidos por los Papas en todos tiempos , los Jesuitas llamados por los mismos filósofos *columnas del catolicismo* puestos en parangon con Lutero y con Calvino , es decir , con dos herejes jefes y padres de una comunidad tambien de herejes , era un insulto no solo á la Compañía sino al Papado , no solo al Papado sino á la verdadera religion.

Lo que contenian estas obras es bien fácil de presumir : contenian cuanto puede inspirar á los escritores de partido la im-

punidad, el favor, el interés y el odio hacia una clase determinada, y por este medio todos pudieron públicamente leer y poseer el mas escandaloso almacen de injurias contra los Jesuitas. Verdad es que llevando estos libros el sello de la pasion, no tenian mas mérito que el furor con que estaban escritos, y que este sello apasionado que á la legua descubrian los hombres de talento, perjudicábales notablemente á los ojos de estos. Porque en efecto, ¿qué es lo que contenian los libros con tanta profusion sembrados? Una repeticion mal forjada de cuanto habian vomitado hasta aquella época los escritores calvinistas y los primeros solitarios de Port-Royal, foco del jansenismo, y en aquella época propagados por el odio, acogidos por la malignidad, aseverados por la envidia, y despreciados por la gente de bien. Sin embargo, como por inerme que parezca una gota de agua contra una peña, resulta que al fin y al cabo la agujerea, por torpes y destituidos de razon que parecieran estos escritos, al fin y al cabo hicieron su efecto en algunas masas ciegas, y como las mas absurdas impulaciones, á fuerza de ser repetidas, obtienen poca ó mucha acogida, los libros del jansenismo comenzaron entre algunos á operar la revolucion de tanto tiempo preparada. Respecto al sistema que se seguia en la propagacion de estos escritos, era el mas sencillo. Como los enemigos de la Compañia de Jesus estaban muy bien provistos de arca, y á falta de las propias los judios hubieran vaciado voluntariamente las suyas con este objeto, la edicion de estos folletos y obras se hacia crecidísima y se mandaba á todos los pueblos de Francia, para que ni en uno solo dejarán de morir las simpatías por los Jesuitas. Insigniando el sistema de la propaganda protestante, Voltaire mismo nos dice que á su consejo semejantes libros no se vendian, sino que facilitados gratis á la multitud, léalos esta, lo cual no hubiese hecho si tuviera que comprarlos de su dinero. La cuenta no era mala por cierto, y estaba basada en el sistema que constantemente han seguido los enemigos de nuestra santa religion, que lo son de los pueblos.

Entre las obras que el odio concibió y redactó la calumnia, se encuentra una cuyo título es el siguiente: *Estracto de las aseeriones peligrosas y perniciosas de todo género, que los llamados Jesuitas en todo tiempo y con toda constancia han sostenido, enseñado y publicado.*—En esta produccion monstruosa, que dejaba atrás á cuantas en contra de la Compañía habian sido escritas, se suponian falsamente adoptados y predicados por ésta, los mayores crímenes, incompatibles á primera vista con hombres hasta entonces reputados por tan virtuosos como ilustrados, y como tales conceptuados y reputados justamente desde hacia dos siglos, esto es, desde su fundacion, por la Iglesia toda.

Lo mas particular es, que los competidores de la Compañía de Jesus no observaban que poco á poco iba cayéndoseles la máscara y se presentaban á los ojos de todos los buenos en su horrible deformidad, verificándose puntualmente con ellos, lo que se lee en el cap. 3 del profeta Nahum: «Descubriré tus infamias ante tu misma cara, y mostraré á las gentes la desnudez tuya, y á todos los reinos tu oprobio.» Efectivamente, no pudiendo negar que desde su origen todos los santos les habian ensalzado y bendecido, siendo público que sus constituciones habian sido la admiracion de un virtuosísimo Pontífice y tambien de sus sucesores, que en todos tiempos se negaron á mudarlas y reformarlas, patentizado que concilios y gobiernos, santos y reyes, y escritores eminentes habian ensalzado, admirado, respetado y simpatizado y protegido la Compañía de Jesus; la consecuencia es clara que cuantas acusaciones contra ésta se dirigian, volvíanse contra sus protectores, que en este supuesto debian ser los cómplices, encubridores y defensores de todos los crímenes que á los Jesuitas eran imputados. Nadie puede negarse á este argumento.

No es de este lugar rebatir uno á uno los cargos que por los *Estractos de las aseeriones* se dirigian á los ínclitos hijos del gran Loyola, pues los mas los hemos refutado en el curso de esta obra, y los que no, lo iremos haciendo á medida que los

encontremos al paso. Séanos no obstante lícito decir que si los Jesuitas hubiesen querido oponer aserciones á aserciones, muchas y muy raras las pudieran haber recogido en las colecciones del Parlamento de París y en los registros de sus deliberaciones, aserciones comprobadas por una larga serie de hechos auténticos, desde el proceso criminal que intentó seguir contra Enrique III hasta los últimos actos parlamentarios que pusieron á Luis XVI y á su reino en manos de la revolucion. A pesar de esto, el Parlamento de París no se avergonzó de prohibir esta obra sin exámen, y cuando decimos *sin exámen* es porque hacemos al tribunal el inmerecido favor de creer que así procedió, pues no creemos que deliberadamente y con conocimiento de causa hubiera dado por buena una produccion que contiene nada menos que SETECIENTAS CINCUENTA Y OCHO FALSEDADES probadas hasta la evidencia. Pero siguiendo el Parlamento por el camino que se habia trazado, y mirando fijamente á su norte que era la destruccion de la Compañía, no tuvo escrúpulo alguno en hacer valer esta obra como arma destructora, aprovechándose de ella y por ella condenando á los Jesuitas, que ni siquiera pudieron hacer valer el derecho de defensa que á todo acusado asiste.

Las calumnias vertidas por los jansenistas y sus asociados en los diferentes escritos que publicaron, eran propagadas y difundidas de palabra por hombres, que olvidándose de su carácter y posicion daban á entender á la nacion francesa, que solo á los Jesuitas se debian los males que aquejaban al reino en distintos conceptos y hasta por causa de la cortesana Pompadour.

Verdaderamente chasqueado el rey en sus intenciones, quiso por un acto de solemne justicia destruir las preocupaciones que el pueblo podia concebir con respecto á los Jesuitas por los ilegales medios que emplearan los enemigos de la Compañía. Además su espíritu irresoluto y su autoridad debilitada por los sediciosos parlamentos, necesitaba una prueba plena que solidara sus simpatías por los objetos del odio de aquel

tribunal. En efecto, Luis XV pasó este espediente á la asamblea de los obispos, que se reunió en Paris en número de cincuenta y un prelados. Esta consulta la hemos ya especificado en otra ocasion, séanos empero licito citar en gracia de la oportunidad dos párrafos del informe que la asamblea remitió al rey. Empieza en los siguientes términos: — «SEÑOR: Al pedirnos en semejante ocasion el mantenimiento de los Jesuitas, nos hacemos eco del voto unánime de todas las provincias eclesiásticas de vuestro reino. No pueden éstas pensar sin alarmarse en la destruccion de una sociedad de religiosos recomendables por la integridad de sus costumbres, la austeridad de su disciplina, la estension de sus trabajos y luces, y los servicios sin cuento prestados á la Iglesia y al Estado.» — He aquí la introduccion del informe: sigue constantemente en este mismo sentido y concluye de la manera siguiente: — «Todo, señor, os habla en favor de los Jesuitas. La religion os recomienda á sus defensores, la Iglesia á sus ministros, las almas cristianas á los depositarios del secreto de sus conciencias, un gran número de vuestros súbditos á los respetables maestros que les han educado, toda la juventud de vuestro reino á los que deben formar su talento y su corazon. No os negueis, señor, á tantos votos reunidos, no consintais que en vuestro reino, contra las reglas de la justicia, contra las de la Iglesia, contra el derecho civil, sea destruida una Sociedad entera sin haberlo merecido. El interés de vuestra autoridad lo exige, y nosotros hacemos profesion de ser tan celosos de la vuestra como de la nuestra.» — Esta fué la contestacion que recibió la consulta del rey.

Una cosa es digna de notarse en ella. Los jansenistas, los filósofos y todos los asociados en la propaganda anti-jesuita-impía, para mejor llegar al funesto término de sus deseos, trataron en todos tiempos y muy particularmente en esta época, de malquistarles con la Iglesia, ó con sus representantes. A este efecto dirigieron especialmente sus miras á que les fueran enemigos todos los obispos, valiéndose, como otras veces hemos dicho,

de alarmar sus celos y autoridad , suponiendo que los Jesuitas atentaban á las prerogativas de los prelados de la Iglesia , pues tenian bulas plagadas de concesiones, inmunidades y fueros con que la Santa Sede menoscababa las prerogativas y derechos episcopales. Por bien calculado que fuera el ataque, se estrelló ante la dignidad y talento de los obispos, que siempre han sabido estar en guardia contra los ataques de la impiedad. Pastores del rebaño cristiano , velan asiduamente por sus ovejas, y su guarda y vigilancia se redobla á medida que los animales rapaces se aproximan y tratan de devorar las reses , bien sea empleando la fuerza ó la astucia. No siempre son lobos , á veces son zorras.

Por lo tanto el documento de la asamblea de los obispos franceses no solo es un monumento levantado á la gloria y honra de los Jesuitas , sino un testimonio irrecusable que habla mucho y muy alto en favor del episcopado , que así supo hacerse superior á las calumnias con que se pretendia asaltar su buena fe. Esta demostracion de tan respetabilisima asamblea tiene una fuerza inmensa en nuestro caso : inespugnable á los ataques de los anti-jesuitas , tiene doble valor y aun triple , primero por el carácter de las personas que la suscriben , segundo porque la redactan aquellos mismos con quienes tanto se trabajó para que aborrecieran á los ínclitos hijos del gran Loyola , y tercero porque se espidió en una época en que salir á la defensa de la Compañía , era equivalente á solicitar su propia desgracia. Pero los obispos católicos están sobre todas las prevenciones que en su ánimo suscitan los impíos , y valiéndose de la independencia en que les coloca su posicion , emiten su voto libre, espontáneo y eco tan solo de los sentimientos que la rectitud inspira. No lo hicieron así los magistrados , ni la Universidad , ni el Parlamento ; comprometidos sus miembros en la destruccion de los Jesuitas , ó debian seguir adelante en su empeño ó renunciar á sus destinos. Tamaña abnegacion no la tienen todos; para ello es necesario estar animado de aquella firmeza que inspira la religion cristiana , y los enemigos de la Compañía lo

eran y lo son del nombre de Cristo. El que mas hizo siguió la conducta réproba de Pilatos : creyó en la inocencia de los Jesuitas , pero firmó su sentencia.

Mientras así hablaban los obispos franceses , el Parlamento iba despojando á los Jesuitas de cuanto tenian , y aun cuando por causa de la quiebra del P. Lavalette , la Compañía vió confiscados sus bienes que valian doble de lo que uno de sus miembros debía pagar , no obstante los acreedores del jesuita de la Martinica nada percibieron de sus respectivos créditos. Singular moralidad que esplicaba bien á las claras los intentos de los incompetentes magistrados. Y á todo esto los Jesuitas se dejaban despojar sin murmurar , y en la borrasca desatada que el buque de su Instituto corria , nada les importaba perder el cargamento si tan siquiera sacaban ileso el pabellon. Esta osadía de los anti-jesuitas y esta asombrosa aquiescencia de los hijos de S. Ignacio , al paso que admiraba á los filósofos para entrar en liza , les hacia renunciar al poco miedo que la resistencia de las víctimas pudiera haberles infundido. En sus correspondencias se espontanean jocosamente y dejan ver claramente el objeto que se llevan y el sistema de sus operaciones , á todo lo cual servian admirablemente los diputados del Parlamento , los magistrados de los tribunales , los doctores de la Universidad , los ministros de la corona , las queridas de los reyes , las pasiones del trono y el escepticismo popular.

En testimonio de lo que acabamos de decir produciremos una carta de otro de los corifeos de la impiedad D'Alembert , escrita á su maestro Voltaire. Esta carta data del 4 de mayo de 1762 , esto es , diez y nueve dias antes de la memoria presentada al rey por la asamblea del clero francés. Dice así : — «En cuanto á nosotros , desgraciada y torpe nacion , los ingleses nos precisan á ser trágicos en el exterior , y los Jesuitas cómicos en el interior. El desocupo del colegio de Clermont nos tiene mas atareados que lo de la Martinica. Por vida mia que el asunto es grave , y el Parlamento no sabe á donde va á parar. Creyendo servir á la religion , á la razon (impiedad) es á la que

sin duda sirven. Debiendo ser los ejecutores de la alta justicia contra la filosofía, sin apercibirse toman órdenes de ella, de modo que los Jesuitas podrán decir á S. Ignacio: *Padre, perdónalos, porque no saben lo que se hacen*. Lo que tengo por muy extraño es que la destruccion de estos fantasmas, creidos tan terribles, se lleva á cabo de la manera mas tranquila. La toma del castillo de Aremberg por los hannoverianos, no ha costado mas que la ocupacion de los bienes de los Jesuitas al Parlamento.»

¿Se quiere mas impúdico lenguaje? ¿Puede espresarse en términos mas técnicos la idea que presidia á los enemigos de la Compañía de Jesus? ¿Puede darse una frase mas cinica que la que termina esta carta tan asquerosa y digna de un filósofo?

El obispo de Uzès, enterado de que el Parlamento de Tolon caminaba en este punto sobre las huellas del de París, pues habia dispuesto que del libro *Estracto de las aserciones* se remitiera un ejemplar á cada uno de los prelados del departamento, contestaba al tribunal con fecha 13 de agosto de 1762 en los siguientes términos: — «Esta coleccion solo puede haber sido hecha para sorprender la religion de los magistrados, para indisponer y sublevar el espíritu público, *mal instruido*, contra una corporacion religiosa, apreciable por sus virtudes y talentos. Si se hubiera desconfiado de las manos sospechosas que habian trabajado esta coleccion de aserciones, si se hubiera hecho examinar por personas inteligentes y no sospechosas, bien pronto hubieran apercibido en ella, no un verdadero celo por la sana doctrina, sino un deseo formado de infamar y perder á una corporacion, cuyo afecto por la religion y sumision á las decisiones de la Iglesia disgustan é irritan. A pesar de los esfuerzos de los *esttractadores* para dar una apariencia de novedad á esta coleccion y hacerla á propósito para conmovér al público, hubiesen tambien descubierto que era solo una repeticion de las mismas aserciones dirigidas de antes contra la Iglesia católica por autores protestantes, y seguidamente contra los Jesuitas por escritores interesados en que la multitud se

ocupara de la Compañía; colecciones condenadas á su tiempo al fuego por muchas cortes soberanas, como libelos infamatorios.»—Este es un nuevo testimonio del aprecio en que los prelados tenían á la Compañía de Jesus, y es al mismo tiempo el testimonio mas patente del caso que debe hacerse y valor que debe darse á escritos del mérito é indole de los *Estractos de las aserciones*, libro del género á que pertenece la obra de nuestra impugnación, libro en el cual no se sabe lo que mas debe admirarse, si la mala fe con que fué compilado, ó la perversa intencion de sus autores, pudiendo aplicarse á estos lo que decia S. Atanasio en su *Apolog. Monach*: «Aborrece el demonio á los cristianos, pero á los monges dignos (léase Jesuitas) no puede tolerarlos.»

CAPITULO L.

UNA CONSPIRACION.

No se crea por todo lo que hemos dicho que los Jesuitas no contáran con buenos amigos entre los miembros de algunos parlamentos y corporaciones : esto seria suponer que todos los franceses entraron en la anti-católica liga , y por fortuna dista mucho de ser así. La Francia en los terribles momentos de crisis porque pasó durante la segunda mitad del siglo XVIII dió por medio de sus hijos, no una sino mil pruebas de que no se habian perdido para todos las hermosas y santas tradiciones del reinado de S. Luis. Ni antes ni despues de la espulsion de los Jesuitas faltaron hombres decididos y de firmes creencias que defendieron á todo trance la sagrada comunión en que habian sido educados , y para los cuales la monarquía francesa y la religion católica fueron objeto de veneracion y culto en todos tiempos, aun los de mas difícil prueba. Testigo de esto las innumerables listas de proscripción que mantenian léjos de la patria á sus mas esclarecidos hijos , y el funcionar continuo de la guillotina que acababa para siempre á los infelices que tenían el valor de desafiar la cólera del tribunal regicida y azote de la religion en Francia. Nó , no faltaron honrados patricios, pero tampoco faltaron por cierto deshonorosos verdugos. Dios así lo dispuso.

Hubo un tiempo , es durante la época en que nos encontramos de nuestra historia ; en que algunos parlamentos contaban en su seno mayor número de miembros aun no impurificados, que de magistrados corrompidos, vergüenza de su nación. Así

fué que cuando el Parlamento de París dió la señal de ataque contra los Jesuitas, su voz de fuego fué contestada por muy pocos satélites, y aun en los mismos parlamentos de París, de Rennes, Rouen y Tolosa una minoría, por desgracia impotente, tomó á pechos la defensa de la inocencia oprimida. Así fué que los verdugos de los Jesuitas tuvieron que emplear, ora el despotismo, ora la astucia, para desarmar á estos competidores é inutilizar sus heroicos esfuerzos. En Burdeos, Perpiñan, Pau, Metz, Dijon, Grenoble y Aix, el partido filosófico tuvo que hacer inmensos sacrificios y emplear toda clase de recursos los mas ilegales para asegurarse una pequeña mayoría, que probaba las pocas simpatías que el plan inspiraba, y lo poco que podia contarse con los diputados el dia decisivo. Era preciso por lo tanto recurrir en estos parlamentos á medidas estremas.

En Aix sobre todo el anti-jesuitismo solo pudo triunfar valiéndose de uno de aquellos tiránicos actos que preludiaban perfectamente las determinaciones que mas tarde debian adoptar aquellos tribunales. Estaban cuasi en empate el número de votos favorables y contrarios á la Compañía, y al efecto de asegurar la ruina de esta, veinte y nueve magistrados tuvieron el atrevimiento de condenar á veinte y siete de sus colegas de Parlamento, que declararon, que en conciencia no podian fallar este gran proceso, hasta tanto que por sí mismos se hubiesen convencido de la verdad de los puntos capitales de la acusacion. Estos nobles y esforzados patricios, al frente de los cuales se hallaba el intrépido y virtuoso presidente D'Eguille, fueron condenados á prision y á destierro por su noble comportamiento.

En Tolosa el dia de la votación que debia decidir de la suerte de la Compañía, dos consejeros, los Sres. de Azema y de Pibrac, conocidos por sus ideas religiosas, dirigíanse cada uno por su camino hácia el Parlamento; cuando hete aquí que unas personas apostadas se interponen en su camino, deteniéndoles con especiosos pretestos, hablanles de asuntos intere-

santes para aquellos magistrados , y la conversacion se prolonga por harto tiempo. Mientras que así se les entretiene , llega la hora de la sesion , las puertas se cierran , la deliberacion empieza , y los dos consejeros fraudulentamente eseluidos no pueden votar , asegurando de esta manera la victoria á los anti-jesuitas. De tales y semejantes medios se valieron aquellos que deseaban arruinar á todo trance el edificio de Loyola , aquellos que acusaban á los Jesuitas de practicar la máxima, *todos los medios son buenos como conduzcan al fin propuesto* , aquellos que señalaban con el dedo de su odio á los que no caminaban bajo sus inmundos principios. Mientras tanto , cuatro cortes soberanas , Franco Condado , Alsacia , Flandes y Artois , provincias á donde no habia llegado todavía el hálito abrasador y mortífero de la *filosofía* , declararon á los Jesuitas , no solo inocentes de todos los crímenes que les imputaban los demás tribunales , sino tambien los mas fieles súbditos del rey y mas seguros garantes de la moralidad del pueblo. La misma reina de Francia , princesa reinante de Lorena por muerte de su padre el rey Estanislao , obtuvo de Luis XV que los Jesuitas de aquel pais no serian inquietados mientras durára la vida de la princesa. Por desgracia esta hija , esposa y madre de reyes sobrevivió solos dos años á su padre.

A pesar de todo no era cosa que los enemigos de los Jesuitas desistieran de su empeño , cuando tan formidables eran , cuando todas sus esperanzas estaban puestas en la destruccion de la Orden , y cuando habiendo tirado la máscara , era imposible que engañaran á nadie por lo tocante á su conversion. Siguió por lo tanto la trama adelante , los franceses veian formarse la tempestad , y ya sordos rumores anunciaban que pronto estallaria en toda su fuerza. Solamente los Jesuitas confiando en su inocencia , acostumbrados desde su fundacion á ver nacer y desvanecerse borrascas repetidas de esta naturaleza , poniendo mas seguridad de la que menester era en la proteccion que por aquel entonces el rey manifestaba querer nuevamente dispensarles ; solamente los Jesuitas , decimos , perma-

necian serenos en medio de la tormenta, sin que fuera bastante á hacerles comprender todo el peligro que corrían el mismo decreto de supresion de las congregaciones, antes mencionado. Quizás se les hiciera increíble que sus enemigos emplearan los ruines medios que en realidad emplearon, quizás la trama principal estaba tan bien urdida que solamente les fué dable conocer unos accesorios que mucho mejor supieron despreciar; pero al fin y al cabo no pudieron dudar de la realidad, por cuanto en los primeros dias del mes de enero de 1760 adquirieron las pruebas jurídicas de la conspiracion que contra ellos se estaba formando. Desde entonces no pudieron ya dudar: la evidencia se ofrecia á sus ojos.

El marqués de Choiseul Beaupré (no se confunda con el duque de este nombre), capitan de marina, habia descubierto toda la intriga por medio de una querida, á quien otro de los agentes secretos de la trama habia tenido la imprudencia de descubrirla. Entre otras de las particularidades que divulgó esta mujer á su segundo amante, fué la de que el marqués de Estainville, recientemente nombrado ministro, estaba de acuerdo con el Parlamento, y que negociando con los agentes de este cuerpo les animaba á perder á los Jesuitas. Un descubrimiento de tamaña importancia era precioso para Choiseul, que no podia perdonarle á su primo el duque el haberle alejado de los consejos ministeriales, en los cuales estuvo á punto de entrar, como tampoco el que hubiera sido preferido el conde de Choiseul Champagne para la embajada de Viena, que á su decir le habia sido prometida. Creyendo por lo mismo que habia encontrado una magnífica ocasion para vengarse, pudiendo mucho en él este deseo, fuese á estos y les descubrió por entero la conspiracion. Quizás en este acto llevaba el marqués la idea de hacerse bienquisto del Delfin que era partidario como todo buen católico de la Compañía, y llegar por este medio á los altos puestos que su ambicion amenazaba escalar. Era á mediados de enero, cuando el marqués de Choiseul acompañado del conde de Martigny su aliado, se dirigió á la

habitacion del P. Allanie, provincial de Francia, y revelóle todo cuanto habia llegado á su noticia. El P. Allanie escribió la declaracion de Choiseul y de Martigny y les suplicó que la firmáran, á lo cual se negaron los denunciadores, y esto fué quizás lo que salvó á Choiseul en lo sucesivo, cuando cambiando de modo de pensar, de amigo de los Jesuitas se convirtió en su verdugo. El futuro ministro no obraba por afecto á la Compañía sino por ambicion.

Siñ embargo, tampoco al pronto hicieron uso los Jesuitas de su descubrimiento, ya porque así lo creyeran prudente atendido á lo crítico de las circunstancias, ya porque sospecháran de la intencion con que Choiseul habia hecho sus revelaciones; pero si por un momento pudieron dudar de su veracidad, pronto la realidad vino á disipar la última sombra de esta duda. Todo por aquel entonces parecia animar y servir á los Jesuitas para que contestáran golpe por golpe á los que les eran dirigidos. El Sr. Lefebvre de Amencourt, consejero del Parlamento de París, pertenecia al número de aquellos que asistian á los conciliábulos secretos, aunque mas bien parecia entrar en ellos para servir á los Jesuitas que para perjudicarles. La rectitud de sus sentimientos se sublevó ante los odiosos complots que veia tramarse, y resuelto á contrabalancear su funesto efecto, previno de ello á uno ó dos jesuitas con quienes tenía conocimiento. No habia tiempo que perder; antes que rompieran las baterías, era preciso inutilizar sus fuegos. El rompimiento debia verificarse de un dia á otro, y hasta se sabia que los primeros tiros debian dirigirse contra el noviciado y el colegio de París, los cuales debian ser cerrados segun la voluntad de los conspiradores. Los Jesuitas salieron por fin de su aparente estupor, y buscaron un remedio al mal que les amenazaba. Este remedio consistia en una memoria en donde se esponia todo el plan de destruccion formado contra la Sociedad y los resortes que debian tocarse para llevarle á cabo. Espre-sábase en ella la ocasion, el lugar y la fecha de las asambleas que se habian celebrado á este efecto, el nombre de las perso-

nas que asistían á ellas, y los mas minuciosos detalles que se pudieran pedir. Asimismo acusaban nominalmente al conde de Stainville, ministro de negocios extranjeros, de ser el agente y móvil mas poderoso de los conjurados, en prueba de lo cual se acompañaban autógrafas varias cartas del conde dirigidas al Parlamento. Redactada y documentada la memoria por el marqués de Choiseul y el Sr. Lefebvre de Amencourt, fué presentada al Delfin, quien la puso en manos del rey: éste tan luego como se hubo enterado de ella, dió muestras de un pesar sombrío, mas ni dió á entender la causa, ni tampoco tomó providencia alguna para contrarestar los efectos de la trama. La impúdica Pompadour, atenta siempre á espiar los menores movimientos del rey, observó que algo extraordinario pasaba á S. M. y á fuerza de engaños y manejos dignos de tan consumada cortesana, acabó por arrancarle su secreto. Luis XV, siempre débil ante esta fatal mujer, cometió la imprudencia de ponerla de manifiesto la memoria, que como era de suponer pasó de manos de la Pompadour á las del ministro acusado conde de Stainville, que era su cómplice. Este comprendió de sobras que, ó debía neutralizar forzosamente la acusacion ó estaba perdido sin remedio, pues en las cartas originales producidas se encontraban no pocas frases altamente injuriosas para el Delfin y aun para la persona del rey. Lo mas esencial para él era retirar estas cartas á toda costa: para ello contaba con el poderoso auxilio de la Pompadour; pero la marquesa no tenía las cartas, que una vez acompañadas volvieron á poder del Sr. de Amencourt.

Como en aquella sazón el ministro no sospechaba del magistrado, contentóse en un principio con hacerle rogar por el Sr. de St. Florentin, y despues por el Sr. de Berrier que le devolviera aquellas cartas; pero no habiendo podido recobrarlas de este modo, trasladóse en persona á casa del Sr. de Amencourt, y en ella adaptando el tono imperioso que le era natural, usando de terribles amenazas, supo alcanzar á la fuerza aquello que no pudo alcanzar de la súplica. Las cartas

vinieron por fin á su poder, y una vez tranquilo sobre este punto, negó atrevidamente todas las acusaciones que se le dirigian. Sin embargo, los Sres. de Berrier y de St. Florentin fueron encargados de proceder á las informaciones, pero íntimos amigos de Stainville y vendidos á la impúdica Pompadour, es el caso que todos sus pasos condujeron á alejar las sospechas que trocadas podian ser en realidades si el Sr. de Amencourt no hubiese soltado la prueba. El marqués de Choiseul se vió por este acto desarmado sin testimonio alguno que poder alegar en su apoyo, por cuanto el Sr. de Amencourt, no tan solo se habia despojado del único medio de defensa que les quedaba, sino que temiendo la venganza de los poderosos no tuvo el valor necesario para declarar públicamente aquello mismo que en secreto habia dicho tantas veces.

Por consecuencia de esta intriga el ministro de Stainville fué declarado inocente, y de acuerdo con la Pompadour trató de hacer recaer todo el peso de su enojo en aquellos enemigos que por un momento creyeron aplastarle. Así fué que el marqués de Choiseul fué reducido á prision y conducido al castillo de Vincennes, de donde salió á los dos meses, gracias á las instancias de su familia, pero con orden expresa de trasladarse á Brest, donde debia tomar el mando de una pequeña escuadra. No se confunda á este marqués de Choiseul con el Choiseul ministro que fué posteriormente, implacable enemigo de la Compañía de Jesus, pues este de quien hablamos, ni menos tuvo tiempo de llegar á Brest: atacado en el camino de un vómito de sangre, murió en Rennes sin mas socorro que el de su fiel ayuda de cámara. Del mismo modo habia muerto de antemano la querida de este marqués, que fué como hemos dicho antes la que habia vendido el secreto de la conspiracion anti-jesuita. Tambien el conde de Martigny, otro de los que quisieron proteger á la Compañía, fué atacado de una enfermedad de rara languidez, de la cual solo con grandes esfuerzos se curó al cabo de diez y ocho meses de padecimientos. Si estos accidentes fueron naturales ó criminalmente provocados, di-

galo el autor de nuestra impugnacion, que tan á la ligera acusa á los ilustres hijos de S. Ignacio de crímenes que nunca existieron. Los contemporáneos del marqués de Choiseul acusaron al ministro de su muerte y de la de sus amigos, pero los grandes crímenes exigen grandes pruebas, y por lo mismo nos abstenemos de admitir esta acusacion. No procedian por cierto con tantos miramientos los enemigos de la Compañía de Jesus.

El ministro no creyó satisfecha su venganza aun, y por mas que el ataque que se le habia dirigido era puramente político, sin que los Jesuitas se hubieran propasado á otra cosa que á consentir la presentacion al rey de la memoria exactísima que redactó y documentó Choiseul, sin embargo aprovechándose de que este durante su permanencia en Vincennes habia dicho conocer á los PP. Allanie, Fiteau y Bertier, la policía dispuso la comparecencia de estos. Desgraciadamente el primero estaba practicando su visita de provincial, la cual terminó con su muerte en Rennes pocas semanas despues que muriera tambien en el mismo punto el marqués de Choiseul Beaupré. Si se hace un poco de atencion á que el P. Allanie era á quien el marqués habia hecho su confianza y quien habia visto las pruebas de la conspiracion tramada por el ministro, se hará estraña á no dudar esta muerte ocurrida de repente y coincidiendo con la de todos aquellos que estaban iniciados en la trama de Stainville. Insiguiendo sin embargo nuestro sistema de no adelantar ataques sin pruebas, consignamos el hecho como mera sospecha.

No fué á pesar de todo esta la ocasion de los furibundos ataques y de las brutales invectivas: la tempestad deluvo sus efectos porque estaba en el ministerio el mariscal de Belle-Isle, y con este hombre no se jugaba como hacian con los demás. El mariscal conocia á los Jesuitas mucho mas que sus colegas, por cuyo motivo era en el consejo su mas firme defensor, y aunque nunca quiso hacer la corte á la Pompadour, mujer á quien aborrecia como buen francés, sin embargo go-

zaba de grande influencia en el ánimo del rey, influencia debida á una larga vida de servicios consagrados á su patria, á su carácter firme y á su independenciancia que nunca puso trabas á sus labios ni á sus movimientos. El mismo rey le tenia un cierto respeto, mezclado de este sentimiento vago de temor que inspira á los soberanos un buen ministro en quien se acostumbra á ver una palanca del Estado, y de este modo se explica como los enemigos de los Jesuitas tuvieron que ceder de su empeño, por mas que no se conciba, segun el parecer de algunos autores, que los Parlamentos y el ministro de Stainville hubiesen ido tan léjos si no hubiesen obrado de conformidad con la voluntad del rey. Pero el mariscal de Belle-Isle murió, y con él murieron las inquietudes del anti-jesuitismo. El rey nombró para sustituirle en el ministerio de la guerra al duque de Choiseul: desde este instante la Compañía de Jesus recibia una herida profunda, mortal. El duque de Choiseul era la sentencia que ponía á la víctima en manos de sus verdugos. Asi terminó esta conspiracion que formada contra los Jesuitas, prometió en un principio caer anonadada bajo el peso de sus propias injusticias y calumnias, y posteriormente volvió á dejarse sentir mas que nunca fuerte, mas que nunca amenazadora. El resultado poco tardaremos en experimentarlo.

CAPITULO LI.

LOS EXTRACTOS DE LAS ASERCIONES.

HEMOS hablado ya de un libro que sin duda es el que en determinada ocasion causó mas perjuicios á los Jesuitas. Este libro es el arsenal de las armas blandidas contra la Compañía en todos tiempos, y por cierto que lástima causa á la verdad ver á escritores modernos, entre otros el de nuestra impugnación, haciéndose eco de tan ruin libro, ó insiguiendo la comenzada alegoría, haciendo guerra con unas armas que se han embotado ya en la triple coraza que la religion, la justicia y la verdad han ceñido á cuantos han salido á competir por la causa de los oprimidos. Entre estos adalides de tan noble causa, en el número de estos hombres sabios, piadosos y esforzados que voluntariamente, ó mejor obedeciendo á los mandatos de su conciencia sublevada ante tantas vilezas como diariamente se cometian; en el número de los autores que no cita una vez sola el autor de nuestra impugnación, y aún estamos seguros de que no les ha leído, pues á ser así habia de modificar un tanto su opinion respecto á la Compañía de Jesús; entre estos hombres que prestan á nuestra pobre opinion una fuerza irresistible, se encuentra el valiente competidor de los *Estractos de las aserciones*, el Atanasio del siglo XVIII, Mons. Cristóbal de Beaumont, dignísimo arzobispo de París en aquella época. Desde mucho tiempo el ilustre prelado luchaba contra las estralimitaciones de los tribunales seculares en materias eclesiásticas, á los cuales podia decir con mucha oportunidad y justicia, lo que el grande Osio, gloria inmortal

del nombre español, dijo al emperador Constancio: «No te entrometas en los asuntos eclesiásticos ni debes mandarnos en esta materia, en la cual debes mas bien aprender de nosotros. A tí Dios te ha dado el imperio, á nosotros ha confiado las cosas que pertenecen á la Iglesia; y así como se opondría á la divina ordenacion el que quisiese usurpar tu autoridad, así tambien guárdate de hacerte criminal, usurpando la jurisdiccion de la Iglesia.» Casi en los mismos términos se esplican S. Ambrosio y el papa S. Gelasio. El emperador Teodosio escribiendo al concilio Efesino, se espresa aun con mas energía: «Digno de toda censura es, dice, el que no siendo contado en el número de los santos obispos se entromete en negocios y consultas eclesiásticas.» Lo propio repite el emperador Valentiniano escribiendo á los obispos de Asia; pero todas estas consideraciones hubieran sido inútiles con unos magistrados anticatólicos. No tiene por consiguiente nada de extraño que Mons. de Beaumont fuera objeto de los mas rudos ataques por parte de aquellos que aspiraban á la mas completa impunidad en todos sus actos. Siempre se ha observado que los enemigos de la Iglesia, lo mismo antes de ahora que en nuestra época, han seguido una táctica egoísta y exclusivista. Para ellos han reclamado la libertad de poder abordar y discutir toda suerte de materias por mas que á todas luces perteneciera su examen á la potestad eclesiástica; y cuando esta, en uso de la autoridad que las leyes de la Iglesia y las particulares de cada nacion le conceden, ha querido ejercer el derecho de examen y aprobacion ó reprobacion, entonces los amantes de la *libertad* á su manera entendida, los que predicán una libertad que solamente para ellos debe ser libre, estos hombres, decimos, se han levantado atronadores contra los Prelados queriendo ponerles una mordaza en nombre de la libertad del pensamiento. Frecuentes, escandalosas y modernas escenas de este género pudiéramos citar, en que quedaria probada hasta la evidencia esta usurpacion de poderes por hombres que decian obrar en nombre de la libertad, y no eran sino liberticidas. Lo que á tantos prelados ha sucedido, sucedió

al arzobispo de París: desde su elevada posicion dijo lo que en conciencia pensaba, y esto le valió continuas acusaciones y persecuciones.

El arzobispo tenia guerra declarada á la filosofia y al jansenismo, á estas sectas infames, mas nociva aun esta última que la primera por cubrir su violenta oposicion á la autoridad y decisiones de la Iglesia con la capa de la mas fina hipocresia, y en aquel entonces tan numerosa en Francia que podia decirse lo de S. Jerónimo hablando á los padres del concilio Ariminense: «Estremeci6se el orbe, temiendo ser arriano (jansenista):» de la infernal filosofia estaba infectado el parlamento, y el digno prelado haciendo frente á estos enemigos del Estado y de la Iglesia, resolvi6 combatirles y les combati6 en todos sus actos. El peligro en que vi6 á la Compañía de Jesus le inspir6 nuevo ardor para la lucha, y no contento de unirse á la asamblea episcopal en su esplicita demostracion antes citada, public6 aparte una razonada pastoral de que en otra ocasion hemos hecho mérito, en que discutia uno á uno todos los ataques, reduciéndolos á la nada y desenmascarando bizarramente á sus autores. El parlamento de Paris sali6 á la refutacion de esta pastoral y en su escrito se propas6 hasta querer enseñar á su legitimo y dignísimo prelado los principios de religion, que á buen seguro no conocia ó no practicaba aquel sedicioso cuerpo. No bastaba esto aun, pues de miedo de que la pastoral abriera los ojos al pueblo en una cuestion de vida ó muerte para el parlamento, conden6 el escrito de monseñor de Beaumont á ser roto y quemado por mano del verdugo, procurando que su noble autor sufriera además una pena infamante. Luis XV, el débil Luis XV, el Witiza de Francia, di6 parte al parlamento de que el arzobispo de Paris habia sido desterrado al convento de la Trapa, único recurso de un monarca, cuyo primer deber era sostener la inocencia oprimida, y el segundo castigar á los opresores. El parlamento tanto mas fuerte cuanto mas era la debilidad del rey, le dirigi6 las mas espresivas gracias en un documento donde la acritud, el odio,

el espíritu de independencia y la irreligion campeaban á través de los epítetos mas denigrantes dirigidos al ilustre prelado, al cual llamaban faccioso, fanático, etc. etc. Cuanto mas temible se les hacia la inflexible voluntad é irresistible lógica del prelado, tanto mas era el empeño que el parlamento ponía en denigrarla y acusarla ante el rey hasta llegar á decir, que el oponerse á los excesos de los tribunales armados contra la religion, era de parte de un prelado un verdadero atentado contra el soberano. Es decir, que el arzobispo, colocado por la Iglesia para gobernar y velar por sus ovejas, segun el Apóstol, debia permitir que los mas rapaces animales se introdujeran en el redil, y si armándose de las armas de la religion intentaba oponerse á estos criminales excesos, el prelado faltaba á los ojos del parlamento y se hacia reo de lesa majestad. Este modo de ver las cuestiones es muy propio del parlamento de París, pero mas propio es de hombres como el arzobispo el no dejarse intimidar ni por las amenazas ni por el castigo, antes por al contrario defender á las nobles y desgraciadas víctimas que los magistrados sacrificaban á la filosofía y al jansenismo. En este regulador modeló su conducta monseñor de Beaumont, de cuyo trabajo vamos á ocuparnos para ver la fe que puede darse á los *Estractos de las aserciones*.

Este libro habia sido remitido al de Beaumont, como á todos los demás prelados, acompañado de una circular donde se decia, que «el celo que animaba al arzobispo por el bien de la religion, le llevaria á tomar todas aquellas medidas que la solicitud pastoral exige en materias tan importantes.» El noble prelado, despues de haber espuesto las mas útiles teorías para el exacto aprecio, exámen y juicio de los libros, sienta la siguiente primera cuestion:—¿Es necesario ó útil el atacar á la doctrina de los Jesuitas?—Y contesta diciendo:—El celo de que nos suponen revestido los magistrados me ha convencido de que no era necesario ni útil ofrecer al público semejante compilacion, en apoyo de cuyo parecer alegaba una requisitoria del Sr. Gilbert de Voisins, abogado general, espe-

didada en 9 de agosto de 1726 en circunstancias idénticas.—Preguntaba luego el prelado, ó mejor afirmaba que—La doctrina de las *aserciones* era injustamente atribuida á la Compañía de Jesus—para lo cual se apoyaba en que treinta y cinco años antes un tribunal creado para juzgar á los Jesuitas habia fallado por la absolucion completa de la Sociedad, y siendo cierto que posteriormente tales doctrinas no habian sido defendidas, predicadas ni enseñadas por los Jesuitas, estos no podian ser condenados en 1762 por el mismo tribunal que les habia absuelto en 1726. Sentado este notable precedente, continua el prelado abordando la segunda cuestion.

—¿Se ha atacado, dice, á los Jesuitas con el pulso y exactitud convenientes?—La primera respuesta que da á esta pregunta es demostrar las faltas esenciales de pulso cometidas por los redactores de los *Estractos de las aserciones*, ya por lo que hace á las falsas consecuencias de una mal entendida uniformidad de doctrina, ya por lo que toca á la pretendida coalicion de miras que es la supuesta base de la enseñanza de los Jesuitas y el principio de un soñado despotismo del general de la orden. Esto demuestra el arzobispo por medio de ejemplos y citas que no pueden mentir. Sobre esta misma cuestion de exactitud propuesta, ataca victoriosamente las traducciones infieles, infidelísimas de los redactores de los *Estractos de las aserciones*. Esto es tanto mas culpable en cuánto se hace decir por este medio á un escritor lo que nunca dijo ni menos sintió. El idioma en que cuasi todos los jesuitas han escrito sus principales obras es el latino, y en la version de los textos al francés hay tantos errores capitales, dice el arzobispo, que citándolos pudíeráse llenar un tomo. Como prueba, sin embargo, traslada cuatro textos y sus respectivas infieles traducciones, que hacen sentar á los jesuitas Arsdekin, Trachala, Layman y Henriquez proposiciones reprobables y reprobadas que nunca soñaron en defender. Y luego citando las páginas testuales de los *Estractos de las aserciones*, prueba que sus autores han confundido al Dr. Angles con S. Agustín, que han suprimi-

do en un testó el nombre de pila de Juan Sanchez, teólogo extraño á la Sociedad, lo cual le hace confundir con el jesuita Tomás Sanchez; que han confundido á Ovendo, religioso franciscano, con el jesuita Oviedo, y al doctor Enrique de Gand con el jesuita Enriquez. Finalmente, en la cuestion propuesta demuestra el arzobispo que han faltado los redactores de los *Estractos* en la eleccion de los materiales, pues las obras en que se han provisto eran todas debidas á los primitivos y mas encarnizados enemigos de la Compañía y la mayor parte ó todas ellas estaban justamente condenadas por la Iglesia. Para esto, se acompaña con un muy oportuno testó de S. Agustin que dice: «Nada mas temerario que consultar para la doctrina de los libros á aquellos que por alguna razon particular han declarado la guerra á los autores de estas obras.» Por lo tanto ni pulso ni exactitud demostraron estos escritores, antes por al contrario atolondramiento y mala fe.

La tercera cuestion que el prelado toca es:—¿Se ha procedido con imparcialidad en el exámen de la doctrina de los Jesuitas?—Y contesta desde luego negativamente, por cuanto la obra no es otra cosa que una monstruosa compilacion de cuantas injurias, calumnias y denuestos se han prodigado por los herejes de todos tiempos, no solo al instituto de S. Ignacio, sino al catolicismo. No bastándole esto al prelado, demuestra la parcialidad evidente de los redactores de los *Estractos*, que atribuyen la responsabilidad de ciertas proposiciones á los Jesuitas cuando su Instituto encarga que la doctrina de su enseñanza y profesion sea la mas segura, sólida y aprobada. Al propio tiempo esta falta de imparcialidad la demuestra de una manera que no deja lugar á duda. En efecto, mientras de la manera mas dura se condena á los jesuitas Bellarmino, Valencia, Tirino, Suarez, Salmeron, Gretzer, Becan y otros muchos que han hablado en sus obras del poder de los pontífices y de los reyes, nada se habla ni se habló nunca de las obras de Mamachi, Berti y varios otros, cuya doctrina fué propia y sobre ella caminaban los padres de la Compañía que tan ri-

gorosamente fueron tratados por los autores de los *Estractos de las aserciones*. No diremos que esto exima de responsabilidad á los jesuitas citados si efectivamente faltaron á sus deberes de escritores, lo cual hemos negado con buenas razones en otra ocasion y con buenas razones negaremos aun; pero si es cierto que demuestra falta de imparcialidad, como dice el arzobispo.

No obstante, ello es cierto que pesa una acusacion sobre algunos jesuitas y que el no contestarla directamente pudiera traducirse por falta de recursos; lo cual no podia tolerar el celoso prelado, y para su defensa dice antes que todo: «Os citaremos el ejemplo del último siglo. La Francia contenia en su seno á una multitud de hombres ilustres, para quienes nuestras máximas y sana moral eran tan caras como para nosotros. ¿Cuál ha sido su modo de apreciar á estos escritores jesuitas, que hoy dia son inscritos como culpables en un catálogo que debe pasar á la posteridad como un monumento de oprobio?» Este modo de apreciar, este juicio es el trasladado por monseñor de Beaumont. En la imposibilidad de hacerse cargo de todos los Jesuitas y de todos sus defensores, empieza por el cardenal Bellarmino, como quiera que este fuese una de las lumbreras de la Compañía, y que por esta misma razon contra él se dirigieran los principales ataques. M. Dupin habia dicho setenta años antes, á propósito del libro de las *Controversias* de este jesuita, que *es uno de los mejores libros que en este género se hubiesen escrito*; y hablando en seguida de las obras del cardenal, sin especificar ninguna de ellas en particular, añade que *están llenas de una moral purísima y sólida piedad*. M. Pontas, en prueba de abundar en los mismos sentimientos, transcribe este elogio en la lista de escritores que encabeza su Diccionario. M. Godeau, no menos apreciable y reputado autor, dice lo siguiente: «Bellarmino es muy conocido por su doctrina, y el mundo católico recibe todos los dias tantos beneficios de su libro de las *Controversias* que superfluo seria en este punto añadir mi particular elogio al de toda la Iglesia.»

El cardenal Toledo y su obra para la *Instrucción de los sacerdotes* son otras de las cosas atacadas en los *Estractos de las aserciones*, donde están citadas cuatro veces con acusaciones nada menos que de simonía, perjurio, lesa majestad y probabilidad. Y sin embargo, este libro tan execrable, este libro que á ser ciertas las imputaciones mereciera la mas unánime reprobacion de la humanidad entera, este libro es recomendado como obra utilísima para los sacerdotes en los Estatutos sinodales nada menos que de Bossuet obispo de Meaux, Vialard obispo de Chalons-sur-Marne, Godeau obispo de Vence, Camus cardenal obispo de Grenoble, Joly obispo de Agen, y otros no menos notables.

El arzobispo de Paris continua manifestando y probando, que la obra de Lessio *Del derecho y de la justicia*, fué considerada por S. Francisco de Sales como utilísima y la mas á propósito para solventar las dificultades que se ocurren en estas materias; que la *Teología moral* de Azor es incluida por Bossuet en el catálogo de los libros de que los jóvenes eclesiásticos pueden servirse para adquirir la ciencia propia de su santo ministerio; que Tirin, Gretzer y Becan han recibido muy particulares elogios del Dr. Dupin, el uno por haber recogido cuanto hay de mejor en los demás comentaristas, el otro por haber compilado excelentes memorias para aquellos que quieran trabajar sobre las materias que él ha tratado, y el tercero por haber compuesto una Teología de las mas claras y metódicas que se han dado al público.

Seguidamente nos ofrece Mons. Beaumont el testimonio del Dr. Mabillon, quien incluye en el catálogo de autores los mas á propósito para formar una biblioteca eclesiástica, á muchos de los censurados por los redactores de los *Estractos de las aserciones*. Estos autores lo son Tirin y Salmeron de unos excelentes comentarios sobre las Escrituras, Lorin de un magnífico trabajo sobre los Salmos, los ya indicados Bellarmino, Azor y Toledo, Vasquez, Tannere, Valencia y Suarez por sus obras, los opúsculos y algunos tratados de Becan, los

opúsculos de Gretzer, el tratado de Molina *Del derecho y de la justicia* etc. Téngase en cuenta que el Dr. Mabillon es uno de los hombres que se han dedicado preferentemente á la enseñanza de la juventud, para lo cual ha debido hacer profundos estudios de las obras didácticas que cita, y es muy probable que no recomendara á unos autores á quienes se supone serlo de obras que conducen directamente á la rebeldía, al asesinato, al latrocinio, al perjurio, y á otros crímenes de la misma gravedad.

Finalmente, en prueba tambien de la falta de imparcialidad antes marcada, demuestra el arzobispo como los autores de los *Estractos de las aserciones* suponen ser los Jesuitas autores de la doctrina del probabilismo, siendo así que mucho tiempo antes de que los Jesuitas tratáran de ello, ya lo habia hecho Miguel Salonio en 1592, y tambien Bartolomé Medina, Diego Alvarez, Domingo Bannes, Pablo Nazario, Ledesma y Martinez, todos estos tomistas; los doctores Isambert, Gannage y Duval la sostuvieron con gran reputacion en la Sorbona, y que otros profesores la enseñaron sin oposicion alguna en Salamanca. De modo es que Concina, célebre dominico de Italia, en su *Historia del Probabilismo*, dice que atribuirle á los Jesuitas es la impostura mas evidente. A pesar de esto, los fieles autores de los *Estractos de las aserciones* copian un testo de Concina y tienen la torpe habilidad de suprimir los nombres de Medina, Mercado, Lopez y Bannes que en la historia citada figuran los primeros como propagadores de esta doctrina. Este es el *imparcial* proceder de los anti-jesuitas: para ellos no hay autoridad literaria que no desprecien, ni testo literal que no se crean con derecho á truncar, lo cual les anima luego para juzgar á los Jesuitas por su propio proceder y acusarles de delitos con que nunca han manchado su purisima historia. Esta falta de imparcialidad observada por los redactores de los *Estractos de las aserciones*, es la misma que se observa en la obra de nuestra impugnacion y en todas las obras debidas á autores acostumbrados á mirar la cuestion á través de un fal-

so prisma. ¿Cuándo será que se acostumbren á mirar por un prisma fiel?

La cuarta cuestion que dilucida el denodado arzobispo es : —Si bajo el pretexto de atacar los errores de los Jesuitas, se apartan de las verdades que *enseña* la Iglesia. —Como este es uno de los principales puntos que debe ventilar un celoso prelado, consagra á él el de París una buena parte de su pastoral, y á fe que asombra el ver las monstruosas proposiciones sentadas por los hombres que han tratado de derribar á la Compañía de Jesus. En cuanto á esto, no hemos de citar á otro individuo que al implacable M. Quinet, que en su inmunda obra llega á decir en la pág. 38, que el catolicismo es una *secta herética*, escomulgando en seguida al Papa y al episcopado porque no adoptan el *credo* de la unidad de su invencion, unidad que encierra y concilia todas las religiones y todas las filosofías. Esta es la verdadera mira, este el verdadero plan del anti-jesuitismo.

La quinta cuestion que ventila el arzobispo es una de las mas interesantes y que mejor prueba con cuán ilícitas armas fué atacada la Compañía de Jesus por los autores de los *Extractos de las aseeriones*, pues suprimiendo frases enteras en los textos citados, hacen decir á muchos jesuitas lo que nunca pensaron. Algunos ejemplos citaremos. Al P. Daniel le acusan de idolatría por las líneas siguientes de su *Cleandro y Eudoxia*: «Este artículo de la idolatría es el mas cruel para los Jesuitas, y yo les he dicho muy á menudo que en algun modo era un punto decisivo. Por cuanto supuesto una sola vez que sea cierto, el resto parece creible, ó al menos no tan increíble.» No dicen mas nuestros impugnados autores, dejando entrever que el P. Daniel podia creer en la verdad de la idolatría, lo cual nadie pudiera sospechar si hubieran copiado las líneas en que á renglon seguido dice: «Pero estando completamente probada la falsedad de este punto, nada hace ver de una manera mas evidente y de un modo mas capaz de indignar á las gentes de bien, la rabia y obstinado furor de los enemigos de esta

Compañía.» Al P. de Avrigny, autor de las *Memorias cronológicas y dogmáticas*, se le acusa de enseñar el regicidio en esta obra, y no continúan por cierto sus acusadores el siguiente trozo del primer tomo: «Tal vez no haya doctrina mas revolucionaria que aquella que enseña que algunas veces es permitido matar á los reyes, que sean cuales fueren sus desarreglos, son siempre los ungidos del Señor. David no atentó á la vida de Saul su perseguidor; y el ejemplo de este hombre, cuyo corazon puede decirse habia formado el Señor, pudiera haber instruido á todos los doctores cristianos. Sin embargo, ya entre los sectarios, ya entre los católicos, existe un gran número que en las pasiones de su corazon ó en las vanas susceptibilidades de escuela han encontrado motivos para creer que era lícito bañar las manos mortíferas en la sangre de un príncipe tirano.» Como estos dos pudiéramos citar una multitud de ejemplos. Si semejante proceder es lícito, diremos por nuestra parte que no comprendemos la última regla de esta crítica de nueva ley, caprichosa y á la libre voluntad de cualquiera.

La sexta cuestion dilucidada por el arzobispo es referente á si en el ataque á los Jesuitas se ha guardado la equidad debida, y como formidable prueba en contrario justifica que todas las pruebas que los autores de los *Estractos de las aseveraciones* hacen valer contra la doctrina de los Jesuitas, están tomadas de los sitios siguientes. 1.º De obras publicadas sin la aprobacion de los superiores y generales de la Compañía, contra lo espresamente mandado en el Instituto de esta, y que por lo tanto alejan toda responsabilidad de la Orden, puesto que la Orden no las habia aprobado. 2.º De obras corregidas por sus mismos autores en todos aquellos puntos que se les echan en cara, lo cual equivale á una negacion de la mala doctrina que antes pudieran contener, pero que ya no afecta á sus arrepentidos y momentáneamente ciegos autores. 3.º De obras cuyas ediciones fueron impresas mucho tiempo despues de la muerte de sus autores y sin la aprobacion de los superiores de la Com-

pañía, resultando su falta completa de autenticidad y veracidad. Existe además en esta abominable obra una complicidad imaginaria, resultante de una confusa amalgama entre jesuitas muertos y vivos, nacionales y extranjeros, adictos á un principio ó á otro; prueba evidente de que sus autores no entendían cosa alguna de aquello que escribían. De otro modo es imposible que cometieran unas equivocaciones de tantísimo bulto.

Toca luego la pastoral la execrable doctrina del regicidio, imputada á los Jesuitas, y no tan solo aleja de algunos de ellos en particular las sospechas que los *Estractos de las aserciones* intentaron hacer concebir de ellos, sino que recapitulando la opinion de los mas adelantados en este punto, demuestra por los mismos textos de unos y otros que tal doctrina no ha existido nunca en ellos, y que acusarles es una aberracion, por cuanto insiguiendo en este punto el sistema de los autores de los *Estractos de las aserciones*, vendriamos á parar en que iguales acusaciones podrian dirigirse á S. Francisco de Sales, Bossuet, Mabillon y Benedicto XIV, con otros varios. Es inútil por otra parte que el prelado se estendiera mas en este punto: el mundo entero sabe que el regicidio no lo han tan solo predicado, sino llevado á efecto los anti-jesuitas.

Llega Mons. de Beaumont al fin de esta parte de su pastoral, y se propone recapitular los perniciosos efectos que pueden producir los *Estractos de las aserciones*.—No vayamos mas lejos, dice; la obra que acabamos de examinar puede causar tantos males, que la imaginacion se indigna y el corazón se siente lastimado por la lectura de una coleccion tan perniciosa. Es un cuadro de vicios y crímenes, que enseña el mal á aquellos que le ignoran, que se ofrece al paso de aquellos que le huyen, que presta recursos á aquellos que le enseñan, que proporciona pretextos á los que les cometen: es una escuela donde aparentando defenderlos se atacan los buenos principios, donde queriendo reformatas se corrompen las costumbres, y donde se vierte el veneno del error bajo pretexto de un falso celo por el dogma.

Luego pregunta el prelado con no poca razon:—¿Cómo es posible que una obra publicada sin necesidad y compilada sin exactitud, una obra en que se han violado todas las reglas de la imparcialidad, de la equidad y de la verdad, una obra en una palabra reproductora de casi todos los libelos que los parlamentos han condenado, haya servido de fundamento para la proscripción de los Jesuitas? Ya habreis observado que todos los autores citados en esta vasta compilacion son anteriores al año 1715, en que Luis XIV, por decirlo así, puso el sello al establecimiento de los Jesuitas en Francia, por la declaracion que á este propósito publicó aquel príncipe. Esta declaracion fué registrada sin reclamacion alguna por todos los tribunales superiores del reino..... Hay mas aun: los escritores enemigos de la Sociedad se han esforzado en hacerla odiosa publicando compilaciones y *Estractos de aserciones*, para probar que su enseñanza era corrompida en el dogma y en la moral: estos libelos que se reproducen bajo nuevos títulos y diferentes formas, han sufrido siempre toda clase de condenaciones de parte de los magistrados. En nuestro poder existen las sentencias que sucesivamente han proscrito estas producciones tenebrosas como injustas, calumniosas é infamantes. Entre estas sentencias están las de los parlamentos de Paris, Burdeos y Aix, con mas la del consejo de Estado y Chatelet de Paris, todas ellas condenatorias de obras del calibre de los *Estractos de las aserciones*. Y sin embargo, en estos envenenados raudales bebieron los autores de esta compilacion, que en justicia debia experimentar igual suerte. Pero en esta sazón existia una gran diferencia: en tiempo de Luis XIV los parlamentos condenaban estas obras; en tiempo de Luis XV los parlamentos no solo las consentian sino que las redactaban.

Si hemos consagrado un capítulo entero al exámen de una obra como los *Estractos de las aserciones*, es para que sepan todos la índole de esta obra que no merecia poco ni mucho crédito, y no obstante fué el poderoso instrumento de que se valió el anti-jesuitismo para acabar con la inclita Compañía de

Jesús. Y ahora nos será lícito preguntar con el sabio, prudente y esforzado arzobispo de París ¿cómo puede comprenderse que con tan mal libro se destruyera tan bueno, tan santo instituto? Imposible parece, y sin embargo, nada hay mas cierto, y tambien lo es que ni antes ni despues se habian empleado contra los Jesuitas armas de mejor ley. Abranse sino las reprobadas páginas de las obras de Michelet, Quinet, Gioberti, Sué y tantos otros como so capa de filantropía y libertad han disparado sus tiros al alcázar de Loyola, y todas ellas son plagios de otras tantas calumnias, salvo lo que de original tienen y son las herejías especiales y propias de cada uno de sus autores. Abranse asimismo las páginas de la obra de nuestra impugnacion, y lástima por cierto causa ver que un español, colocándose en un mal terreno, haya tenido que limitarse á la reproduccion de unos autores, ninguno de los cuales merece fe ni como crítico, ni como religioso mucho menos. Pero la inocencia oprimida, y la verdad calumniada necesitaba un campeón, y nosotros con mas fe que fuerzas propias hemos salido á serlo. Solo quisiéramos que cotejados imparcialmente uno y otro *Retrato*, dijeran personas entendidas en la materia, cual de los dos se parece mas al original.

CAPITULO LII.

TRIUNFO MATERIAL Y DERROTA MORAL DEL
PARLAMENTO.

EL memorable 6 de agosto de 1762 reunióse en sesión el parlamento de París. En este supremo momento, á pesar de que el santo y ecuménico concilio de Trento habia calificado de *piadoso* el Instituto de S. Ignacio; á pesar de las repetidas aprobaciones y alabanzas con que le habian honrado y enaltecido cuantos Papas desde su fundacion se habian sentado en la silla de S. Pedro; á pesar de que los mas eminentes escritores aun del bando no católico habian públicamente ensalzado los méritos, talentos y virtudes de los Jesuitas; á pesar de que muchos y muchos santos venerados en los altares habian consignado el voto de admiracion que les arrancára la Compañía de Jesus; á pesar de las últimas y razonadas esposiciones de la reunion de prelados y de la asamblea del clero francés, impetrando del rey la utilísima conservacion del Instituto; á pesar de que la juventud entera del reino solicitaba que no se la despojára de los maestros que fueron de sus padres, y los padres pedian el sosten de los maestros de sus hijos; á pesar de que desde los mas remotos confines de la América y del Asia llegaba á Francia la voz de los salvajes civilizados que encarecian la utilidad de no perder y matar una Orden que como les habia arrancado á ellos podia arrancar de las tinieblas á muchos miles de sus hermanos; á pesar del grito unánime que en defensa de los Jesuitas alzó la cristiandad entera; á pesar de los desesperados esfuerzos que hizo la justicia despreciada y la razon escarnecida; el parlamento de París arrogándose una ju-

risdjecion que no tenia, fallando sobre materias dogmáticas reservadas á los guardadores legítimos, reconocidos y consagrados de la fe de Jesucristo, apelando como de abuso de las señalencias emanadas de la Santa Sede, fiándose del testimonio de sus comitentes con preferencia sobre el de los obispos, y fallando en vista de unos testigos evidentemente falsos, imponiendo forzoso silencio á los testigos que se ministraron en pro y condenando á ser quemadas las memorias que pudieran haber esclarecido la cuestion; constituyéndose en árbitro, acusador y testigo; sin haber precedido citacion de los Jesuitas, sin escuchar sus reclamaciones, sin haber jurídicamente contestado á sus apologías, contra toda ley, contra todo derecho, contra todas las jerarquías y contra todas las competencias, declaró que el Instituto de S. Ignacio era inadmisibile por su naturaleza en toda nacion civilizada, como contrario al derecho natural y atentatorio á toda autoridad temporal y espiritual. Además mandó el parlamento que ningun jesuita pudiera desempeñar cátedra alguna en universidad ni colegio, ni pudiera ejercer cura de almas, ni obtener empleo alguno público, si antes no prestaban juramento ¿de qué dirian nuestros lectores? de profesar y enseñar las llamadas libertades de la iglesia galicana y los cuatro artículos del clero francés contenidos en la declaracion de 1682. Es decir, se les privaba de toda funcion civil y canónica si no apostataban infamemente de sus principios, si no renegaban de los fundamentos de su santa fe, si no destruian por un solo acto toda una historia de constancia y heroicidades. ¿Es posible que los Jesuitas firmáran tan ruímente el padron de su infamia?

Nó, los Jesuitas no firmarán; los Jesuitas que han arrosado serenos el furor de los elementos desencadenados, la cuchilla de los infieles y las cruces y flechas de los salvajes, sabrán hacerse superiores á todas las amenazas, á todas las vejaciones, á todos los intereses y á todos los martirios. Esforzados adalides de una causa justa, santa, morirán al pié de sus banderas antes que abandonarlas á sus enemigos, y ninguna

fuerza humana será capaz de arrancar un perjurio á los labios que una vez han prestado un juramento. Nunca como en este angustioso trance fueron mas dignos de admiracion los dignos hijos del gran Loyola. De CUATRO MIL jesuitas franceses, solamente CINCO obedecieron el decreto del Parlamento, que les guardaba su fortuna si consentian en un perjurio.

La sentencia condenatoria de los tribunales anti-jesuitas escandalizó á la Francia, escandalizó á los mismos miembros de estos tribunales, escandalizó aun á los mismos filósofos de la impiedad que eran los primeros bonificados. El presidente d'Eguille, sublevada su dignidad, se dirigió al rey en los términos siguientes:— «Estas son, señor, circunstancias que quisiera poder ocultar á mí mismo, y tanto mayor ha sido mi sorpresa, en cuanto no debia esperar tal proceder de una reunion de magistrados honrados y probos (hablaba de los de su departamento de Aix), entre los cuales ni uno solo era capaz de cometer una injusticia por interés personal. Mas segun parece, los desmanes cometidos en corporacion, no afectan individualmente á las personas, la iniquidad desaparece dividida entre muchos, y para todo son audaces en no existiendo responsabilidad criminal. Esto no quiere decir que no sea trabajosa y repugnante la condescendencia, pero el primer paso le da por el mal ejemplo, la vanidad da el segundo, en seguida la ambicion da el tercero, el honor mal entendido, la vergüenza de volverse atrás cuando hay de por medio preocupaciones y compromisos de compañerismo, una soñada gloria é interés, la cólera y finalmente las pasiones todas desbordadas, corrompen sordamente el alma mas bella y terminan por poner el corazon y el entendimiento en una especie de convulsion habitual, donde ya no hay vista para la verdad, amor para la justicia y tal vez libertad para el bien; de modo que involuntariamente y sin apercibirse de ello, los hombres mas honrados, los corazones mas humanos, andan en direccion al mal lo mismo que los mas perversos, y como estos se determinan por la necesidad del momento. La cuestion de los Je-

suitas dará al mundo un triste ejemplo.» — ¿Podíamos defender de otro modo mejor á los dignos hombres tan vilmente calumniados, que reproduciendo los mismos testimonios de los presidentes de aquellos tribunales que firmaron su sentencia? Un solo medio tal vez quepa mejor y es el que vamos á dar.

Nadie dudará de que los filósofos protestantes eran los que mas ventajas debian reportar de la supresion de los Jesuitas, y que naturalmente debian estos ser los antípodas de aquellos. Ninguna afeccion por lo tanto podian sentir los unos por los otros, y sin embargo el célebre Schoell, á propósito de este decreto de supresion se espresó en los términos siguientes: — «Este decreto del parlamento lleva visiblemente el sello de la pasion y de la injusticia, y consecuentemente *la reprobacion inmediata de todos los hombres de bien, que no obran por prevencion*. Exigir de los Jesuitas el juramento de sostener los principios conocidos por libertades de la Iglesia galicana, *es una tiranía*, por cuanto y aunque estas parecieran muy ciertas, no obstante segun la opinion de los mas sabios doctores eran muy problemáticas, y aunque fueran verdaderas nunca podrian ser artículos de fe. Pretender forzar á los Jesuitas á que siguieran una moral opuesta á la moral de su orden, era fallar abiertamente en un hecho histórico, á todas luces falso y controvertible. Pero enfermo el entendimiento humano, como le tenia la generacion de aquella época, enmudece la razon y el juicio se ciega con la prevencion. A las persecuciones contra ellos suscitadas, solamente la resignacion opusieron los Jesuitas. Estos hombres que se decia estaban prontos á prescindir de la religion, negáronse á jurar lo que de ellos se exigia, y de cuatro mil padres que habia en Francia, solamente cinco se sometieron á él.»

El decreto del parlamento de París fué secundado y aplaudido por aquellos que no podian de otro modo llevar á cabo sus bastardos planes; pero pueblos hubo en que tales maquinaciones fueron abiertamente reprobadas, y entre ellos la Lorena, donde imperaba Estanislao de Polonia, declaró por bo-

ca de sus magistrados, que los Jesuitas *eran los mas fieles súbditos del rey de Francia y las mas formidables garantías de la libertad de los pueblos*. Ni se crea tampoco que la misma Francia dejara de prohibir á aquellos que durante dos siglos habian labrado el campo espiritual é intelectual de cuatro generaciones; tamaña ingratitud no era de esperar de la gente de bien que nunca deja de haberla en una nacion grande y un dia cristianísima. Por terrible que sea una peste, no todos se infestan del horroroso contagio. Por esto Voltaire escribia á D'Alembert el 18 de febrero de 1763: — «Los Jesuitas no han sido aun abolidos del todo; los hay en Alsacia y predicán en Dijon, Grenoble y Besanzon. En Versailles hay once.» — Esta reaccion moral que la opinion pública de buena ley preparaba á los beneméritos hijos de S. Ignacio, no podia menos de llamar la atencion del parlamento, y entonces no supo encontrar mejor defensor de su ilegal proceder que el verdugo. Dos sacerdotes cometieron el noble delito de censurar las disposiciones del tribunal liberticida y legalicida, y por este solo pretendido crimen fueron sentenciados y ahorcados. Esto estremece á los nobles corazones, esto es digno, no de los tiempos de la edad media, sino de los tiempos de Neron. El cristianismo puro fué entonces y antes y despues la mejor garantía para asegurar á sus confesores la palma del martirio. Bastará pues decir que los Jesuitas eran segun Cristo.

Inútil es decir que á la supresion de los Jesuitas siguióse inmediatamente la confiscación de sus bienes, otra de las causas principales que animaban á los enemigos de la Compañia, y el parlamento que se apropiaba sus magníficos templos, sus preciosos ornamentos y sus selectas bibliotecas, asignó por todo emolumento á los Jesuitas privados de ganarse la vida honradamente merced al empleo de las particulares circunstancias que en cada uno concurrían, la cantidad de treinta y dos cuartos, que el parlamento de Languedoc rebajó para con los de su provincia á diez y ocho cuartos.... Treinta y dos cuartos, diez y ocho cuartos se queria que bastáran para que un hombre

echado de su casa é inutilizado para todo servicio se proporcionára techo, comida y vestido. Tanto hubiese valido que se les condenára á morirse de necesidad ó á mendigar el sustento de puerta en puerta.

Para que se vea hasta qué punto llevaron su rigor algunos despiadados parlamentos, copiaremos una anécdota que encontramos en una obra francesa. Cada vez que pasaba por Tolosa una cuerda de presidiarios condenados á galeras, era costumbre que los Jesuitas costeaban su comida durante su permanencia en la capital, y los hijos de S. Ignacio, á fin de mantener mas vivo en el corazon de sus discípulos el espíritu de humildad, los mas ilustres en alcurnia de aquellos de sus neófitos eran los encargados de servir á la mesa á los entes degradados que iban condenados por la ley á sufrir el castigo de sus crímenes. Poco tiempo habia transcurrido despues de la supresion provisional de la Compañía, cuando una nueva cuerda pasó por la ciudad, y el parlamento, insiguiendo la antigua costumbre, dispuso que los presidiarios comieran á expensas de los Jesuitas, y en consecuencia se comunicó la órden al encargado de satisfacer su corto salario á los Jesuitas, previniéndole que por cada presidiario se fijaba el gasto en veinte y seis cuartos. Noticioso el pueblo de este suceso, no pudo menos de estrañar y poner en ridiculo que el parlamento señalara veinte y seis cuartos por comer á un presidiario, cuando á un sacerdote por todo gasto se le señalaban diez y ocho. Corridos de vergüenza los señores del parlamento, reunieron todas las salas y acordaron conceder á los Jesuitas lo mismo que les concedian los demás tribunales del reino, treinta y dos cuartos, lo cual proporcionalmente era mucho menos de lo que tocaba á un presidiario. Pero téngase en cuenta que esta insignificante pension, solo se concedió á los jesuitas profesos: los novicios no gozaban de ella. Los parlamentos querian á toda costa matar la Orden, y á este efecto destruian ramas y troncos y raices, para que nunca pudieran retoñar. Y al mismo tiempo, sin embargo que se les llamaba á la vida civil, cer-

rándoles las puertas del claustro y despojándoles de lo que á los ojos de todas las leyes legales era su propiedad, se les consideraba muertos para sus derechos, se les hacia incapaces para heredar, se les mataba moralmente, como religiosamente se les habia muerto con prioridad de tiempo. He aquí la obra de los impíos, la obra de los revolucionarios, la obra de los parlamentos.

Puesta ante los Jesuitas la alternativa de optar entre el perjurio ó la deportacion, optaron unánimemente por este último extremo, sin que de sus labios saliera la mas mínima queja. Choiseul y el parlamento se mostraron inexorables: la sentencia se llevó á cumplimiento. Ni respeto de edad, ni privilegios de talento, ni méritos de servicios contraidos, ni debilidad de las enfermedades, nada fué respetado, nada fué tenido en consideracion. Sin mas porvenir que el que aguarda en el otro mundo á los fieles servidores del Señor, salieron todos hácia la triste tierra de su destierro. Ni aun la sombra del real alcázar valió al P. Bertier, tan virtuoso como sabio y á cuyo celo estaba confiada la educacion de los infantes. Por mas que su ausencia fuese hasta cierto punto sensible al rey, el débil Luis XV no tuvo la suficiente energía para hacer respetar á lo menos el sagrado de su casa, y consintió que el parlamento conculcara por la centésima vez el respeto debido á la corona. No fué esta la última ocasion en que los parlamentarios se escedieron de sus derechos: tampoco fué este el último de los sangrientos desórdenes de Francia.

CAPITULO LIII.

S. M. LUIS XV.

SEVEROS cargos hemos dirigido al soberano de Francia. Le hemos acusado de debilidad, circunstancia altamente perjudicial para un monarca, por cuanto da lugar á que abusando de su nombre y á la sombra del trono, sobre el cual debiera sentarse siempre la justicia, se cometan los mas torpes desafueros, permitiendo de este modo que el pueblo tenga derecho á murmurar y algunas veces á maldecir á la persona que debiera ser el objeto de todas sus bendiciones. Débil fué Luis XV, esta debilidad le hizo esclavo de sus pasiones, y sus pasiones le sujetaron al yugo de una cortesana y de unos ministros hechuras suyas que le hicieron resbalar á él y al trono de sus padres por la rápida y terrible pendiente que desde el sôlio de Carlomagno empuja al cadalso de Luis XVI. La nacion francesa tiene motivos mas que suficientes para demandar cuentas á la memoria de Luis XV. Nosotros hemos dicho que este rey se habia propuesto defender á los Jesuitas, no lo negaremos, pero ¿qué defensa era esta que hecha por un rey es vencida por un parlamento que apenas cuenta con una débil mayoría, contrarestada por el voto de muchos parlamentos, cada uno de los cuales valia tanto como el de París? Luis XV supuso que su voluntad fué coartada por los mismos Jesuitas, y cuando sus contemporáneos le achacaron la responsabilidad de la supresion de la Orden, escusóse con que se engañó ó por lo menos desconoció los planes del parlamento. Nosotros que admitimos y probamos en otra ocasion las simpatías del monarca por la Compañía de Jesus, pero que queremos que la responsabili-

dad recaiga sobre quien en justicia debe recaer , no admitimos esta excusa dada por el rey , y queremos consignar y defender nuestra opinion de que el rey conocia la trama que se armaba contra los Jesuitas , y no tuvo resolucion ni voluntad de cortarla , como podia y debia hacerlo. No se dirá de nosotros , que ciegos enemigos de los parlamentos regicidas , no sabemos descubrir las imprudencias de algunos soberanos , compárticipes de una responsabilidad demasiado grande.

Es un hecho innegable y que la historia se ha encargado de probarnos , que para la supresion de los Jesuitas los parlamentos se pusieron de acuerdo con los ministros de la corona , que estos les animaron en sus proyectos y les secundaron en sus medidas : los magistrados de Aix , Besanzon , Pau y Colmar , bien alto lo dijeron , y el Sr. de la Chalotais , procurador general del parlamento de Bretaña , cansado de las repulsas que observaba en todas las asambleas al denunciarles el Instituto de S. Ignacio , cometió la imprudencia de publicar que si de aquel modo obraba , lo hacia porque tenia órdenes para ello , y citó una carta del Sr. de St. Florentin. ¿ Podia el rey ignorar estas maniobras ? ¿ Acaso mas de una vez no se le habia dado cuenta de ellas ? Si los ministros abusaban indignamente de la autoridad y nombre del monarca , ¿ por qué en vez de separarlos de su lado , como debia , todos los dias depositaba en ellos mayor confianza ? Cabalmente despues de estos sucesos , Mr. Berryer unió á su ministerio el ministerio de los sellos , el fatal duque de Choiseul reunió á su cartera de la guerra la cartera de marina , el cargo de comandante general de suizos y grisonos , multiplicados titulos de nobleza , y empleos y honores sin cuento para su familia. Y mientras tanto , ¿ qué es lo que hacia S. M. el rey Luis XV ? En brazos de la cortesana Pompadour olvidaba á los Jesuitas , olvidaba á la nacion y olvidaba á su nieto. Semejante conducta ¿ es digna de aplauso ?

Cuando aparecieron los decretos provisionales del parlamento de París en 6 de agosto de 1761 , decretos que eran como

el preludio de la total ruina de los Jesuitas que ya comenzaban á efectuar , la reina , el delfin , toda la familia real , el canciller del reino , y cuantos jesuitas gozaban de un tanto de reputacion , solicitaron con vivas instancias su casacion . A sus votos se unieron los de la Francia toda , porque toda la Francia al primer momento se llenó de sorpresa y de indignacion . Hablabase de estos decretos como de un prodigio de furor , de lirio y estravagancia . La corte entera se asoció á este movimiento , y S. M. Luis XV en lugar de aprovecharse del espíritu público , como debiera haberlo hecho si fuera adicto ó buen defensor de la Compañía de Jesus , se limitó á sobreseer por un año la ejecucion de los decretos . El parlamento por al contrario , de su propia autoridad redujo á seis meses los doce de suspension que ordenára el rey en sus patentes y destruyó el efecto de estas por un decreto altamente injurioso para la autoridad real . ¿ Y qué hacia mientras tanto S. M. Luis XV ? Toleraba que impunemente el parlamento se abrogara poderes que no tenia , pasara insultantemente por cima sus órdenes , y debilitara la autoridad real que era ya poco mas que una quimera . Esto hacia S. M. Luis XV , adormecido en los brazos de la impúdica Pompadour . ¿ Podemos nunca tolerar ni menos aplaudir esta conducta ?

Cuando la asamblea de los prelados franceses declaró en voz muy alta la inocencia de los Jesuitas , el rey de Francia tuvo una magnífica ocasion para salvar la causa de los Jesuitas . Cincuenta prelados hemos visto que se reunieron , y la causa del Instituto defendida contra los parlamentos , apareció radiante de toda su pureza , y el rey podia con gran fundamento fallar que las cuestiones religiosas debian ser dilucidadas por los dignatarios de la religion . Si el rey hubiera querido oponerse sinceramente á la ruina de la sociedad , podia muy bien apoyarse en la autoridad de la Iglesia , único juez competente para conocer en materias doctrinales y espirituales . ¿ Y qué efecto produjeron las instancias del Papa y las manifestaciones del clero todo ? Tan poco efecto , que el edicto del

mes de febrero de 1762 contenia disposiciones enteramente contrarias á los unánimes votos de la Iglesia. Lloró ésta la pérdida irreparable de la Compañía de Jesus, y mientras el parlamento atropellaba las distancias y revolueionaba las jerarquias ¿qué hacia S. M. Luis XV? Cerraba los ojos á ese trastorno social y en los brazos de la Pompadour, que le estrujaban como los de otro Anteo, dejaba vivir sus funestas pasiones mas que muriera el reino de su nieto.

La primera sentencia definitiva promulgada contra los Jesuitas, la espidió el parlamento de Rouen en 12 de febrero de 1762, sin guardar respeto á medida alguna y violando por un igual todas las leyes de la jurisprudencia, de la beneficencia, de la moderacion y de la equidad. Por esta sentencia la autoridad de la Iglesia era relajada y ultrajada de una manera tan escandalosa, que indispensable se hacia una reparacion pública, solemne, pronta. A este efecto se cita para consejo en Versailles, donde se reunen todos los miembros. El Sr. de Fleselles toma la palabra y con la mayor energia demuestra todos los vicios de la sentencia y pide que ésta sea anulada. Todos cuantos asistieron á este consejo, se adhirieron unánimemente á este parecer, esceptuando al Sr. de Berryer y el fatal duque de Choiseul, es decir, á los dos cabezas de la conspiracion. Sin embargo, ni el uno ni el otro tuvieron razones que alegar en contra, reduciéndose el duque á decir que él no podia fallar porque no habia leído la sentencia, y el Sr. de Berryer á que en efecto la sentencia era tan condenable que él opinaba por no echarlo á la tremenda, puesto que el parlamento mismo se habia de avergonzar en breve de ella. A pesar de la unanimidad del consejo, el rey terminó la sesion sin resolver cosa alguna. De este modo el atentado del parlamento de Rouen, atentado escandaloso, quedaba impune, y de este modo los parlamentos se animaban uno tras otro para dar á la Compañía de Jesus el golpe de muerte que debia matar tambien á la nación y á la Religion, á lo menos por un determinado tiempo. Y en lugar de evitar tamaños escán-

dalos ¿qué hizo S. M. Luis XV? Durmió el sueño de la torpeza en brazos de la Pompadour, descansándose en el funesto duque de Choiseul.

El consejo de Artois, de antiquísimos tiempos juez soberano en materias criminales, rehusó dar cumplimiento á las sentencias del parlamento de París y prohibió á los Jesuitas de su distrito que se conformáran con ellas. Por consecuencia de esto, entre ambos tribunales medió una polémica, que por mucho tiempo fué defendida con gran calor por ambas partes. Los Estados de Artois sostenian con mas empeño su causa por cuanto era cuestion de fueros provinciales, y la mayoría de las personas versadas en la ciencia de la legislacion, opinaban en pro del consejo. El rey podia fallar con toda justicia á su favor, y de este modo conservar cinco casas á los Jesuitas. Y sin embargo ¿qué es lo que hizo S. M. Luis XV? Dejar que el parlamento de París venciera en el fallo, y por añadidura despojar al de Artois de su derecho de conocer en última instancia de los negocios criminales, derecho consagrado por las leyes del reino y la costumbre de los siglos. ¿Así queria proteger el rey á los Jesuitas? Raro modo.

En diciembre de 1762 se trataba en Versailles de fallar definitivamente las disensiones que de algunos meses reinaban entre los parlamentos de París y Aix. Para conservar á los Jesuitas en esta última provincia, ninguna necesidad habia de recurrir á medidas violentas, pues le bastaba al rey declararse favorable al partido sensato que apoyaba con gran copia de razones esta opinion. Todo parecia debía inclinar al rey en este sentido, pues un gran número de magistrados así lo demandaban con instancia, tal era el voto general de toda la provincia, y á mas los parlamentos de Tolosa, Dijon, Grenoble, Besançon, Pau y Douay, muy bien dispuestos á favor de la Compañía, al parecer aguardaban tan solo una decision de esta naturaleza para declararse abiertos defensores de los inclitos hijos de S. Ignacio. La misma autoridad real estaba interesada en ello, siquiera para poner coto á los excesos de

la faccion contraria, que en el distrito mismo de Aix, sin respetar las órdenes de S. M. habia fijado el 3 de enero para pronunciar una sentencia definitiva. El Delfin, el canceller del reino y el ministro Federico de Brou, apoyaron en el consejo la conservacion de los Jesuitas con tal conviccion y energia que llegaron hasta decir al rey que si en esta cuestion abandonaba al presidente D'Eiguille y su partido, podia contar que ninguna clase de autoridad tenia ya en sus reinos. De este mismo parecer fueron los mariscales de Soubise y de Etrees y el contralor general. En contra de estos estaban los duques de Choiseul y de Praslin, los Sres. de Saint Florentin, Gilbert des Voisins y D'Aguesseau de Fresne. A pesar de esto, el mayor número de los consejeros se declaró por los Jesuitas; cuando S. M. el rey Luis XV que en todas ocasiones hasta aquel entonces se inclinára al mayor número de votos, en esta ocasion falló segun las inspiraciones de la minoria, y este fallo vago, sin sentido, prueba evidentemente que el monarca no obraba por conviccion, sino por indolencia ú otra cosa peor, es decir por las seducciones de la Pompadour. Irritóse el consejo, irritáronse no pocas provincias, la majestad real secundó con su fallo un acto de rebeldía al trono, hirvieron todas las malas pasiones, los revolucionarios alentados por esta conducta empezaron á afilar la cuchilla que debia herir de muerte á Luis XVI, la Francia sintió unas convulsiones como si estuviera edificada sobre el cráter de un volcan, el trono ya no era trono, la ley ya no era ley, la justicia ya no era justicia; y mientras tanto ¿qué es lo que hacia S. M. el rey Luis XV? Cerraba los oidos al rumor del volcan que estallaba, y dormíase en brazos de la Pompadour, sin ver que el impúdico lecho del abuelo serviria de cadalso al nieto.

Ya se ve por lo dicho que no eran infundados los cargos que dirigiamos contra este rey: el fundamento de todos ellos es la debilidad del monarca. Luis XV habia dado muestras de tener grandes simpatías por la Compania de Jesus, la habia colmado de beneficios, la habia puesto repetidas veces bajo

su proteccion, y sin embargo consintió su supresion, la consintió pudiéndola evitar. Pero su debilidad, esta fatalidad que ha pesado sobre algunos reyes, le hizo arrancar un consentimiento á que su corazon repugnaba. Tímido de carácter, esta timidez subió de punto despues de los tristes acontecimientos del 5 de enero de 1737. Las personas que le rodeaban, interesadas en provocar y favorecer esta misma debilidad, fiaron á ella su omnipotencia. Para ello le dieron á entender que el atentado cometido contra su persona era una consecuencia de la fermentacion en que el reino estaba desde muchos años, y que esta fermentacion era ocasionada y sostenida por las cuestiones teológicas de los Jesuitas y jansenistas. Que el jansenismo era un partido violento y peligroso por cuanto se creia sostenido por todo el parlamento, y que el único medio de acallar sus iras era sacrificarle los Jesuitas. A esto añadieron con hipocresía suma, que verdaderamente era una cosa muy dura apelar á tan doloroso extremo con una corporacion de religiosos tan útil; pero que de otro modo no sería posible acabar de una vez estas divisiones que agitaban á la Iglesia y alteraban la tranquilidad del Estado y del soberano. Semejantes insidiosos discursos, repetidos con gran arte y continuadamente, produjeron al fin y al cabo el resultado que se habian propuesto los enemigos de la Compañía de Jesus.

Pero dedúzcase por su mismo sentido la mala fe con que se obraba. El motivo de las disensiones que agitaban el reino francés, era al decir de los pérfidos consejeros la lucha de los Jesuitas con los jansenistas, esto es, de la religion y de la herejía. Esta última, representada por un partido *violento* y sostenida por el parlamento, era altamente temible, pues hemos visto que hasta se atrevia á la vida de los reyes: ahora bien, el medio mas apto de cortar estos abusos era sacrificar á los católicos mansos é inocentes en aras de los *impíos violentos y peligrosos*. Si esto es justicia, confesamos ingenuamente que hasta ahora nos habiamos equivocado en gran manera cuando creimos que justicia era sinónimo de cosa justa.

Es digno de notarse que en tanto que Luis XV, sumido en el letargo de sus pasiones dejaba que la Pompadour, impúdica cortesana, y el duque de Choiseul, traidor ministro, acabaran con la Compañía de Jesus, el Delfin de Francia, el que un dia debia llamarse Luis XVI en el trono de Francia, gestionaba con todo su poder para que no fuesen separados de la nacion los Jesuitas. A pesar de él destruyóse la Compañía: minada por este punto la religion, pronto vino abajo el alcázar de la Iglesia, y faltos los pueblos de piedad, la Francia entraba en el periodo de su revolucion. Por un mismo tiempo se erigian templos á la diosa *Razon* y caia en la guillotina la cabeza de un monarca.

CAPITULO LIV.

UN EPITAFIO.

HEMOS visto nacer en Francia á la benemérita institucion de S. Ignacio. La hemos seguido á través de los espinosos senderos que la fe la hacia recorrer , y siempre la hemos encontrado digna de su santo fundador y de la proteccion que constantemente la dispensó la Iglesia. Ensalzada por los prelados y honrada por los reyes, nos hemos detenido particularmente en la página de su historia que atañe al reinado de Enrique IV , como quiera que algunos pretendieron hacer padron de infamia lo que era para los Jesuitas timbre de gloria. Enrique el bearnés , el monarca *grande* , ha dado el mas solemne *mentis* á los detractores de los Jesuitas , y ha tendido su mano y legado su corazon á aquellos que se le pintaron como los enemigos de su causa y de su persona. Llegada la Compañía á grande altura , la misma mano de la impiedad que la hirió en Portugal hirióla tambien en Francia ; uno mismo fué el pretesto y uno mismo fué el resultado. Pombal y Choiseul , animados de una misma idea y combatidos por un mismo obstáculo , probaron de vencerle , y lo lograron haciendo triple alianza con la impiedad , las malas pasiones de los reyes y el verdugo. Esta alianza fué aceptada por la filosofia del siglo diez y ocho , cuadró perfectamente á la molicie de José y á la debilidad de Luis , y el senado portugués y el parlamento de París estendieron la órden para el ejecutor de la alta justicia. Los hombres de bien y religiosos cerraron los ojos para no ver , taparon sus oidos para no oir , pero mientras tanto la herejía iba corriendo las ramas al árbol de la religion , ya que la era imposi-

ble matar las raíces. Murió la Compañía : nosotros que la hemos acompañado en sus últimos momentos, que hemos asistido con nuestros lectores á su sublime agonía , que hemos cerrado la losa de su glorioso panteon , estamos obligados á escribir un epitafio para el sepulcro de los jesuitas franceses. Pero nosotros somos muy poco pára tan grande objeto, nuestra voz es muy débil para que resuene , como seria nuestro deseo , por las últimas regiones á donde hubiera llegado la mas leve de las acusaciones dirigidas á la Compañía de Jesus. Afortunadamente las causas nobles nunca están faltas de padrinos esforzados , y la de los Jesuitas era y es en el dia tan digna , que las mas brillantes plumas , los mas distinguidos genios han consagrado su pensamiento y un lugar en sus obras á los que , prescindiendo de su religiosidad acrisolada , habian dedicado sus tareas con notable éxito á todos los ramos del saber humano. Díganlo sino sus discípulos , díganlo sus colegas , díganlo los rabiosos celos de aquellos encopetados doctores de la universidad de París , que merced al sólido talento y profundos estudios de los hijos de S. Ignacio vieron no pocas veces bambolear el alcázar de su pedantería, revestido con un baño de ciencia superficial. Y no se tema , no se suponga que tengamos la debilidad de ir en busca de apologistas al campo feraz de la Compañía : por mas que estuviéramos en nuestro derecho al hacerlo , pruebas repetidas y constantes hemos dado en cada una de las páginas de nuestra obra , de que la rehabilitacion de la Compañía de Jesus , tan odiosamente ultrajada , la fiábamos esclusivamente á la verdad de los hechos y al voto de sus públicos enemigos. La justicia tiene un poder mágico que al corazon mas endurecido hace brotar confesiones que muchas veces no eran de esperar de aquellos que las hacen. Si algunas veces saliéndonos del testimonio de los que forzosamente habian de ser enemigos de la Compañía , ó al menos ningun motivo concurría en ellos para que fueran sospechosos de simpatía por los sucesores de S. Ignacio , hemos pedido su parecer á la Iglesia , es porque , como repetidas veces

y últimamente hemos dicho, el testimonio y el parecer de la Iglesia nos ha parecido muy consecuente y oportuno en materias eclesiásticas. Pero no es hora ya de hablar en estos términos; hemos visto caer á los Jesuitas de Francia y tenemos ofrecido un epitafio para su tumba. Otros le han escrito, otros que no son sospechosos.

Dejemos hablar el primero al abate Lamennais, al hombre que desgraciadamente imitando á los orgullosos ángeles cayó desde tan alto á tan bajo, al talento privilegiado que remontándose en alas de la religion, precipitóse al impulso de la mano airada del Señor. Lamennais juzga de hechos consumados y los juzga de la manera siguiente:

En sus *Reflexiones sobre el estado de la Iglesia de Francia durante el siglo XVIII*, pág. 16, dice:—«He hablado de abnegacion, y al pronunciar esta palabra se fija el pensamiento con dolor sobre esta Orden en otro tiempo tan floreciente y cuya existencia entera fué un continuo ejercicio de abnegacion propia en beneficio de la humanidad y de la religion. *Bien sabian esto los que la destruyeron y fué para ellos la razon de destruirla*, como lo es para nosotros el pagar siquiera un tributo de gratitud y reconocimiento tal como por sus innumerables beneficios se merece. ¿Quién seria capaz de enumerarlos? Mucho tiempo podrá transcurrir, pero siempre se echará de ver el vacío inmenso que han dejado en la cristiandad, y que tan difícil será de llenar, estos hombres tan ávidos de sacrificios que hacer como otros lo están de placeres que gozar. ¿Quién les ha reemplazado en nuestros púlpitos? ¿Quién les reemplaza en nuestros colegios? ¿Quién en lugar suyo se brindará á llevar la fe y la civilizacion con la gloria del nombre francés á los bosques de América ó á las vastas regiones del Asia, tantas veces regadas con su sangre? Acúsa-seles de ambicion: yo quiero que la tuviesen ¿qué corporacion no la tiene? La de los Jesuitas era *hacer bien á sus semejantes*, cosa que por lo general (y por singular estraneza) los hombres con dificultad perdonan. Que querian dominar por todas par-

tes, nos dicen. ¿Y en cuáles dominaban á escepcion de aquellas regiones del Nuevo Mundo, donde por primera y última vez se vió realizada la utopia de felicidad, que han soñado los poetas y llevó á cabo la influencia de los Jesuitas? Dicese que eran peligrosos á los soberanos. *¿Y acaso tiene la filosofía derecho para dirigirles esta acusacion?* Sea empero lo que se quiera, *abro la historia, leo sus páginas, encuentro acusaciones escritas, voy en seguida en busca de las pruebas, y encuentro en lugar de ellas la plena justificacion de los acusados.*»—Así se espresa el célebre abate, y sobre estas líneas pudiérase fundar una defensa de los Jesuitas y una apología de sus actos que ocupára muchos y voluminosos tomos, pues para ello bastaria que siguiéramos las huellas de los hijos de S. Ignacio, ora en el santuario estuviéramos pendientes de su evangélica elocuencia, ora en la cátedra profundizáramos por ellos guiados los mas escollosos abismos de la ciencia, ora apoyándonos en un palo y desviándonos con torpe paso á través de un desierto de abrasada arena, con el valor de la fe corriéramos, bañada en sudor la frente, en busca del martirio, ora gozáramos las delicias de una vida activa y patriarcal en las márgenes del Paraguay, convertidas de mausion de salvajes en poblaciones cultas y de una civilizacion tanto mas sana en cuanto se basa en la religion y el amor fraternal, *comunismo* que únicamente aquella enseña teórica y prácticamente.

Tampoco será sospechoso el testimonio del protestante Lactelle en su obra *Historia del siglo XVIII*. En ella nos dice lo siguiente:—«Mad. de Pompadour no podia haber olvidado con qué empeño el partido del Delfin la habia espulsado de palacio, cuando el crimen de Damiens hizo temer por la vida del rey. Sabia muy bien cuán accesible en medio de sus desórdenes era Luis á los terrores de la religion, y que bastaba un solo instante de remordimiento para incurrir en desgracia con un rey que ya no estaba muy prendado de sus encantos. Los Jesuitas, y de acuerdo con ellos la reina y sus hijas, el Delfin y la Delfina y muchos señores españoles de gran represen-

tacion, espiaban el instante de hacer entrar á Luis en un piadoso arrepentimiento: la Pompadour ocupada en defenderse contra la familia real, queria quitarla el apoyo de los Jesuitas. Si el rey consentia su sacrificio, separábase para siempre de su familia y por mucho tiempo se cerraban las puertas á su ingreso en la religion. Mad. de Pompadour habia tomado ya la resolucion de perder á los Jesuitas, cuando encontró en el duque de Choiseul un aliado que partiera con ella la direccion de los negocios. Este ministro para darla una prenda de su sinceridad, no temió el malquistarse con el heredero del trono, y muy pronto los enemigos de la favorita fueron los suyos.»—Tampoco creemos venga mal este testimonio que en el epitafio de los Jesuitas es una garantía de lo que en otra ocasion hemos dicho, es á saber, su caida en Francia honra á la Compañia de Jesus; las intrigas de un mal ministro y de una impúdica cortesana no deshonoran, antes enaltecen á sus victimas.

El conde José de Maistre, este profundo pensador religioso, ese escritor lumbrera ante cuyo mérito se prosternan numerosos admiradores, ha querido asimismo consagrar el voto de admiracion que la noble conducta de los Jesuitas les habia para con él conquistado. En su *Ensayo sobre el principio generador de las constituciones* habla en los siguientes términos: —«¿Cuál es el filósofo que ha ideado nunca abandonar su patria para trasladarse á los desiertos de América á caza de salvajes para despojarles de los vicios de la barbarie y enseñarles la moral? Mas han hecho aun estos filósofos, pues han escrito hermosos libros probando que el salvaje era el hombre natural, que nada mejor podíamos desear que parecernos á este tipo. Condorcet ha dicho que los misioneros solo habian llevado al Asia y á América vergonzosas supersticiones; Rousseau ha dicho que los misioneros no le parecian mucho mas sabios que los conquistadores. Finalmente su cómplice ha tenido valor para ridiculizar del modo mas grosero á los pacíficos conquistadores que la antigüedad hubiera divinizado. Sin embargo, ellos son,

ellos los misioneros que han obrado esta maravilla , tan léjos de las fuerzas y aun de la voluntad humana. Ellos solos han recorrido de un extremo á otro la América para crear hombres , ellos solos han realizado lo que la política no se hubiera atrevido ni aun á concebir. Pero nada en este género iguala á las misiones del Paraguay , allí es donde del modo mas ostensible se ha demostrado la autoridad y el poder esclusivo de la religion para civilizar á los hombres. Mucho se ha ensalzado este prodigio , pero no lo bastante. El espíritu del siglo XVIII y otro espíritu su cómplice han tenido valor para ahogar en parte la voz de la justicia y hasta la de la admiracion. Un dia tal vez , porque es de esperar que estos grandes y nobles trabajos vuelvan á comenzar, en el seno de una ciudad opulenta , edificada sobre un antiguo pinar , se levantará una estatua al padre de estos misioneros. Entonces podrá leerse en su pedestal: Al Osiris cristiano , cuyos enviados han recorrido la tierra para arrancar á los hombres de la miseria , del embrutecimiento y de la ferocidad , enseñándoles de agricultura , dándoles leyes , dándoles medios para conocer y servir á Dios , no por la fuerza de las armas , de que nunca tuvieron necesidad , sino por la dulce persuasiva , los cantos morales y el poder de los himnos , hasta el punto de que les creyeran ángeles.—Cuando uno piensa , prosigue el elocuente conde, que este Orden legislador que reinaba en el Paraguay por el único ascendiente de la virtud y del talento , sin nunca apartarse de la mas humilde sumision para con las legítimas autoridades , hasta las mas descarriadas , que esta Orden , digo , venia al propio tiempo á afrontar en nuestras prisiones , hospitales y lazaretos todo lo que la miseria , la enfermedad y la desesperacion tiene de mas asqueroso y repugnante , que estos mismos hombres que al primer llamamiento corrian á echarse en la paja al lado de la indigencia , no tenian el ademan cortado en los mas aristocráticos círculos ; que subian á los cadalsos para dirigir sus últimas palabras á las víctimas de la justicia humana , y que desde estos teatros de horrores subian al púlpito para predicar

delante de los reyes; que manejaban el pincel en China, el telescopio en los observatorios, la lira de Orfeo en medio de los salvajes, y que habian educado á todo el siglo de Luis XIV; cuando por último se medita que una detestable coalicion de ministros perversos, de magistrados delirantes y de innobles sectarios, ha podido en nuestros dias destruir esta maravillosa asociacion y aplaudirse de ello, se figura uno ver aquel loco que poniendo triunfante el pié sobre un reloj, decia: yo te impediré el que hagas ruido..... Pero ¿qué es lo que estoy diciendo? Un loco no puede ser culpable.»—Y tiene razon el conde de Maistre, que los verdugos de la Compañía de Jesus eran culpables y no locos, y tiene razon tambien cuando le parece imposible que hombres civilizados destruyeran la obra mas grande que los hombres produjeran en el espacio de muchos siglos, la obra mas gloriosa en su origen, mas fecunda en utilísimos resultados y sacrificada con mas honra en aras de la fe cristiana, la santa fe de los mártires.

Finalmente vengamos á tiempos mas modernos, y trasladémonos al órgano de la prensa, enemigo mas irreconciliable de los Jesuitas, el *Diario de los Debates*, y á otro de sus mas célebres redactores, el Sr. de Saint Marc Girardin. La revolucion arrojaba de Francia á aquellos que dos años antes habian de nuevo espulsado de ella á los Jesuitas. Saint Marc Girardin, profesor de historia en la Sorbona, con noble esfuerzo se atrevia á pronunciar con elogio el nombre de los Jesuitas. La cadena de sus lecciones le llevó á tratar de los dignos hijos de S. Ignacio, y el jóven catedrático no pudo menos que trazar el cuadro de una Orden religiosa, que á partir de su origen dijo desempeñar el principal papel en el mundo católico.—«Esta Orden no es otra que la de los Jesuitas, exclamó, que á no dudar ha sido objeto de muchas acusaciones, pero al presente que el tiempo de su favor ha pasado, ha llegado para ella el tiempo de la historia.»—Y despues de haber manifestado que la Compañía nacida en la misma época que el protestantismo, se encontró desde su aparicion cuerpo á cuerpo

con esta secta impidiendo su propagacion á mas de media Europa ; despues que la mostró atendiendo á esta lucha y al propio tiempo dedicándose con sin igual actividad á mil otros trabajos , ya dejándose oir en los púlpitos con elocuencia grave , majestuosa y desconocida hasta aquel entonces , ya favoreciendo de palabra y por escrito , en sus cátedras y en sus libros el movimiento progresivo de la humanidad , ya estableciendo la civilizacion por medio de la religion , concluye demostrando los incalculables beneficios que asimismo prestaron , civilizando al precio de su sudor y de su sangre á infinitos salvajes conquistados á filo de espada. La abnegacion de Saint Marc Girardin no podia menos de causar viva impresion en la prensa , y la elocuencia y brillantes rasgos con que hizo la defensa de los Jesuitas , causó como era de esperar gran sensacion y rectificó envejecidas opiniones. Julio Janin , el célebre folletinista del *Diario de los Debates* , exclamó arrebatado de entusiasmo por su colega y por la causa que defendia :—«¡ Valor grande ! El nombre de Loyola ha sido rehabilitado plenamente , enteramente en un curso público ! Convenid con nosotros en que este es un progreso inmenso , convenid con nosotros en que por fin la enseñanza entra en el sendero de la justicia.»—Nada mas podian esperar los Jesuitas : su causa se refundia en la causa de sus enemigos : los mas célebres redactores del *Diario de los Debates* , el cañon que mas tiros disparó contra la Compañía , salian á su defensa á la faz de toda la Francia.

Tal es el epitafio que á la memoria de los Jesuitas franceses consagramos en nuestra obra. Estrañados del reino , pese á las protestas del Delfin y á las instancias del Pontífice , la posteridad se levantó en su favor como el mismo Voltaire temia. Pero á este epitafio falta un concepto que pruebe plenamente la humildad de los hijos de Loyola , la resignacion con que suportaron su desgracia , y la energía con que defendieron su honor amenazado por sus enemigos. Este concepto es un documento oficial , la despedida de los Jesuitas al rey antes de partir para su destierro , el á Dios dirigido al que tantos bene-

ficios pagaba mandándoles fuera de Francia á comer el negro pan de la miseria y de la proscripción, amargo y bañado en lágrimas. El día mismo de su partida recibió el rey el siguiente escrito:

— «Señor: Vuestro parlamento de París acaba de dar un decreto disponiendo que todos cuantos individuos componen la Sociedad de los Jesuitas y se hallen comprendidos en territorio de esta corte, presten el juramento que se les ha exigido. Por lo que hace al último artículo de este juramento que atañe á la seguridad de vuestra sagrada persona, están prontos á suscribirle, aun cuando sea menester con su sangre. Una sola sospecha que hiciere dudar de sus sentimientos en el particular les llena de aflicción, y no se hallarán testimonios, ni pruebas, ni seguridades, que no se hallen prontos á dar á la faz del mundo entero para convencerle de que en materia de fidelidad, sumisión y respeto hácia vuestra sagrada persona, han profesado, profesan y profesarán siempre los mas sanos principios, y se creerian dichosos dando la vida por la de V. M., por la defensa de su autoridad, y por el sosten y mantenimiento de los derechos de su corona.

» Por lo que atañe á los restantes artículos contenidos en la fórmula del juramento exigido por vuestro parlamento de París, los Jesuitas se toman la libertad de representar humilde y respetuosamente á V. M. que su conciencia no les permite someterse á ellos, por cuanto si los votos con que se han ligado á Dios, insinuando la forma del Instituto que han abrazado, se encuentran rotos y anulados por acuerdo de los tribunales seculares, subsisten en el foro interno, y por lo tanto se encuentran con obligacion de cumplirlos delante de Dios, en cuanto posible les sea; y en semejante estado no pueden, sin faltar al primer juramento prestado ante los altares, prestar otro segundo, tal como es el enunciado en la siguiente fórmula: De no vivir en adelante en comunidad ó aisladamente bajo el imperio del Instituto y de las Constituciones de la Sociedad que se llama Compañía de Jesus; de no seguir correspondencia

alguna con el general y superiores de dicha Sociedad ú otras cualesquiera personas diputadas por estos, ni con miembro alguno residente en país extranjero.

»En otro escrito mas largo y detallado que este no puede ser, hacíamos ver á V. M. palpablemente todos los inconvenientes y resultados de una medida que el honor y la conciencia no permiten á los Jesuitas secundar. Si tan desgraciados fueran que se ligáran con obligaciones tan heterogéneas de su estado, incurrieran en la cólera del cielo, en la reprobacion de los hombres de bien, y V. M. misma no podria en adelante considerarlos como súbditos dignos de su proteccion. Por todo lo espuesto, señor, humilde y respetuosamente suplicamos á V. M. que ponga á los Jesuitas de su reino, vasallos tan fieles cuanto desgraciados, á cubierto de las terribles persecuciones que les están haciendo sufrir vuestro parlamento de París y otros varios, y no cesarán de dirigir al cielo sus mas fervientes oraciones por la conservacion de V. M. y gloria y prosperidad de su reinado.»—El original de este documento se encuentra aun conservado en los archivos de Roma.

Luis XV recibió este escrito, y tuvo valor para contestar únicamente:—«Sé que en efecto son estos vuestros sentimientos.»—Y sin embargo permitió que los Jesuitas fuesen estrañados, permitió que despojándoseles de sus bienes quedarán reducidos á la mayor miseria, permitió que por via de limosna se les diera lo que no bastaria á un mendigo, cinco sueldos, menos de lo que se daba á un presidario.

Una sola reflexion nos resta que hacer en este capítulo. Si para los Jesuitas no habia sagrado alguno, si para los Jesuitas todos los medios eran buenos y lícitos como condujeran al fin propuesto, si los profesores del regicidio enseñaban la doctrina del perjurio ¿cómo tan enérgicamente se negaron á prestar un juramento, cómo prefirieron el destierro á jurar una cosa que repugnaba á su conciencia? ¿Porqué no se quedaron en Francia á conspirar para su restablecimiento, prestando al efecto un juramento, que según sus supuestas máximas á nada les

obligaba? ¿Porqué arrostrar todos los peligros antes que formulariamente pronunciar un *si juro* que en modo alguno les comprometeria, frase rutinaria que se la llevára el viento y que no les imponia la mas minima obligacion? Convengamos ingenuamente en que este solo rasgo bastára para destruir cuantas acusaciones en este particular les pudieran ser dirigidas. Un juramento siempre fué sagrado para los ínclitos hijos del gran Loyola: al ingresar en la Compañía prestaron el de observancia á su Instituto; obedecer las órdenes del parlamento equivalia á un perjurio. Los Jesuitas no miraron al peligro sino al deber: no habia degenerado la obra de S. Ignacio; el árbol de la verdadera fe no produce frutos de apostasia.

Entusiastas de todo lo bello, entusiastas de todo lo grande, entusiastas de todo lo bueno, entusiastas de todo lo útil, entusiastas de todo lo santo, á vosotros nos dirigimos para que digais si son los Jesuitas dignos del epitafio que les hemos escrito. Nuestra pluma pobre ha pedido brillantes rasgos á otras plumas ricas, y la dificultad no ha consistido, por cierto, en encontrarlas sino en escogerlas: tantas se nos han ofrecido. Al despedirnos por ahora de los Jesuitas de Francia, dejamos á los imparciales que les hagan justicia. Ya muchos se la han hecho, muchos se la harán aun, y los sucesores de las víctimas de Choiseul y de la impúdica Pompadour, dicen confiados con aquel publicista francés: *El favor acaba donde la historia empieza.*

CAPITULO LV.

CONSIDERACIONES.

¿QUIÉNES fueron los enemigos de los Jesuitas que ocasionaron en Francia su ruina? El jansenismo y la filosofía. ¿Quiénes fueron los instrumentos de que se valieron estos partidos? El duque de Choiseul y la cortesana Pompadour. ¿Quién salió á la defensa de los Jesuitas? El Papa, el Delfin, la reina, el episcopado francés, el episcopado católico, la minoría de los tribunales y los hombres de bien. ¿De qué era cuestion la supresion de los Jesuitas? Cuestion religiosa era. ¿Qué queria el jansenismo? Destruir la religion católica. (El jansenismo es un sistema anárquico, que haciendo liga con el protestantismo y filosofismo une á ellos sus fuerzas para acabar si pudiera con la Iglesia de Jesucristo. *Biblioteca de la religion*, tomo 20.) ¿Qué queria la filosofía? Destruir todas las religiones. ¿Qué queria el duque de Choiseul? Seguir en Francia las huellas del tirano Enrique VIII de Inglaterra, como Pombal las habia seguido en el reino portugués. ¿Qué queria la cortesana Pompadour? Retener á toda costa la omnipotencia de que gozaba con el rey. ¿Por qué el Papa defendia á los Jesuitas? Porque con razon los impíos les llamaban genizaros de la Iglesia católica y todo jefe está obligado á conservar sus mejores soldados. ¿Por qué les sostenia el episcopado francés? Porque adivinaba la intencion de sus enemigos. ¿Por qué les sostenia el episcopado católico? Porque era cuestion de vida ó muerte para la impiedad. ¿Por qué les sostenian el Delfin y la reina de Francia? Porque preveian la futura suerte del reino. ¿Por qué les

defendia la minoria de los tribunales? Porque no todos los franceses renegaron de su patria y de su fe. ¿Por qué les defendian los hombres de bien? Porque todos los hombres defienden por lo comun las causas propias y la de los Jesuitas era la de los hombres de bien.

¿Hay alguien que con fundamento pueda impugnarnos estas respuestas? La esperiencia se encargó de comprobarlas; por fortuna no podemos engañarnos, porque hablamos de hechos públicos y consumados y caminamos sobre bases ciertas, datos de todos conocidos. Veamos lo que nos dice esta esperiencia. A los pocos años de la supresion de los Jesuitas los templos del reino cristianísimo se vieron convertidos en una abominable desolacion, parecida á la que predijo el profeta (Daniel c. 9, v. 27), y confirmó el Redentor (Matth. c. 24, v. 15) en orden al templo de Jerusalem; profanados los vasos del culto y renovados en ellos los insultos de los Baltasares (Daniel c. 5, v. 3), los Antiocos (lib. 2 de los Macab. c. 5, v. 21), los Heliodoros (ibid. c. 3, v. 23); ultrajadas las santas imágenes peor que lo fueron por los antiguos iconoclastas: desiertos quedaron los santuarios, como de Jerusalem se lamentó el profeta (Thren. c. 1), viuda la señora de las gentes y tributaria á los jefes de la impiedad la princesa de las provincias: llorando estaban los caminos de Sion por no haber quien asistiese á las solemnidades que del todo habian cesado. Viéronse dispersas las piedras místicas del santuario, desplomadas de sus cimientos sus mas firmes columnas, proscrito el clero, separada del aprisco de la Iglesia una de las mas ilustres porciones de su rebaño: la Francia no hubiera tenido que deplorar tamaños males si infernales conspiradores no hubiesen sabido minar el trono de los Luises, y pegando fuego á la mecha, que voló, en fin, por culpa del afeminado monarca, voló con él la inclita Compañía de Jesus, firme baluarte de la religion y de los tronos; pocos años despues de la supresion de los dignos hijos de S. Ignacio, la revolucion entonaba el himno de triunfo, sangrienta serenata dada á los parlamen-

tos y á la impiedad. Luis XV habia muerto, pero antes de morir pudo vislumbrar los terribles efectos de todas sus imprudencias. Con los Jesuitas desquiciaron los ímpíos á la religion, dejaron de resonar los cánticos de los sacerdotes al pié de los altares, pero en cambio una muchedumbre desenfrenada insultaba á las víctimas al rededor de la guillotina; cayeron los Jesuitas y sobre sus ruinas se levantó el templo de la diosa *Razon*; cayeron los Jesuitas y en pos de ellos vinieron los tribunales revolucionarios y el comité de salud pública; cayeron los Jesuitas y á poco se empezaron á formar las listas de proscripcion; cayeron los Jesuitas *regicidas* y el nieto de S. Luis subia al cadalso á donde le siguieron todos los individuos de su familia ó su mayor parte; cayeron los Jesuitas y los ayes de la Francia de 1789 resuenan aun por Europa; cuyo número de víctimas sacrificadas, segun el *Conservador*, periódico que se publicaba en París en 1818, tom. 1.º, pág. 370, no bajó de ocho millones cuatrocientas setenta y seis mil trescientas cincuenta y nueve en sola la Francia.

No se crea por esto que aquellas personas que en el fondo de su corazon sintieron arder la llama que prende en los hombres honrados á favor de la inocencia oprimida, desampararán á los Jesuitas en los tiempos de su desgracia. Desde Estanislao de Polonia que los conservó en su reino, hasta el último párroco que les dió un oscuro asilo en sus curatos, los dignos hijos del gran Loyola experimentaron toda clase de favores, bálsamo consolador que mitigó el dolor que tantas llagas abiertas debian causarles, pudiendo decir en cierto modo con el profeta rey (salmo 65, v. 12): pasamos por el fuego y por el agua, y nos llenaste despues de consuelos. Desde la altura de la cátedra evangélica en que se mostraban elocuentes profesores de la divina ciencia, en el fondo del confesionario en que se mostraron como siempre prudentes directores espirituales, los Jesuitas diseminados, proscritos, ocultándose á sus verdugos como los primitivos mártires en las catacumbas romanas, nunca dejaron de permanecer fieles á su institucion, nunca dejaron

secar el campo que tan bien habian fecundado con sus virtudes. Las naciones de Europa que tenian los ojos fijos en este combate atlético en que de un lado los defensores de la fe combatian contra las huestes de la impiedad, tendieron la mano á los nobles y esforzados gladiadores á quienes Dios permitió que por un momento fueran víctimas á fin de probar su constancia, como permitió que los mas agudos y asquerosos males hicieran presa en el cuerpo de Job para asegurarse de hasta donde llegaban las virtudes y ejemplar constancia de este varon justo. Secretos son de la Providencia.

Terminado para la Francia el período revolucionario, tranquilo y transparente el que antes fué borrascoso mar de sangre, los pueblos avergonzados de su propia obra, volvieron los ojos atrás y al aspecto de los hechos fueron en averiguacion de sus causas. Entonces comprendieron que cuando las ideas religiosas, cuando las creencias santas huyen de las naciones, entonces Dios abandona por un momento á los pueblos extraviados que le abandonaron á su vez, y que el único medio de salvacion está en volver nuevamente al punto de partida, es decir, á la práctica de las virtudes cristianas que debe ser el elemento principal de los pueblos. Algunos hombres interesados en que las naciones se hundan en el abismo de sus desenfrenos, hombres no liberales sino liberticidas, llaman á esto retroceso, y al retroceso hacen sinónimo de oscurantismo, despotismo y muerte. Nunca, porque el viajero extraviado no pierde el tiempo que pasa en recorrer el trecho que dista del buen sendero, y al volver nuevamente á él, aleccionado en el pasado procura no extraviarse otra vez. La nacion francesa, aleccionada por una revolucion palpitante que duró muchos años fecundos en grandes hechos, trató de reparar sus males, y la primera operacion que practicó al efecto fué distinguir á los hombres y á las cosas, colocando á unos y otras en su verdadero lugar. Una mirada retrospectiva les colocó frente á frente de los Jesuitas, y conocedores de su historia abrióles nuevamente, como despues veremos, las puertas que tras ellos

se cerraron, al parecer para siempre. No retrogradó por esto la nacion francesa, antes por al contrario desde entonces la vemos marchar al frente de la civilizacion europea, y es en vano que los asesinos de los nobles y generosos arzobispos y los secuaces de estos asesinos, vociferen contra su madre patria, suponiendo su carro encallado en mitad de la via del progreso solamente porque, gracias á la proteccion de Dios, no ha podido ampararse del poder una ilusa demagogia que hubiera querido resucitar escenas que la inexorable historia ha condenado ya. Y nosotros preguntamos ahora ¿no dice nada este llamamiento que la Francia hizo á los deportados de Choi-seul, á las víctimas de la cortesana Pompadour?

Mucho dice, pues en voz muy alta clama por la propagacion y el triunfo de las sanas ideas de una libertad bien entendida, no de aquella libertad exagerada que se proclamaba en Francia cuando la espulsion de los Jesuitas. Proclamaban sus enemigos la *libertad de conciencia*, y sin embargo los católicos eran cruelmente perseguidos, lanzados al destierro y condenados á penas infamantes. ¿Donde estaba pues la libertad de conciencia para los católicos? Proclamaban asimismo los enemigos de la Compañía de Jesus la *libertad en política*, y sin embargo los que permanecian fieles á su legítimo rey, los que se negaban á renegar de sus principios, los que rehusaban alistarse en una bandera de sangre, los que acompañaban con sus lágrimas al nieta de S. Luis que subia al patíbulo, estos eran incluidos en las fatales listas de proscripcion y no eran *libres* de traspasar las fronteras de su patria, dentro de las cuales les aguardaba una ignominiosa muerte. Proclamaba tambien el antijesuitismo la *libertad de imprenta*, y no obstante negaba á los Jesuitas el derecho de defenderse por medio de las armas con que eran atacados, negábanles el derecho santo, obligatorio, de sostener los sagrados dogmas de la fe católica, la fe de la Francia, la fe en que se habian criado, la fe que habian jurado, la fe que era atacada por medio de esta misma imprenta. Proclamaban tambien los enemigos de

los Jesuitas la *libertad de enseñanza*, y no obstante se ordenaban cerrar bajo severísimas penas todos los colegios de la Compañía de Jesús, sin mas delito que profesar las doctrinas católicas, aborrecidas de los mandarines de aquellos tiempos, y en especial de la Universidad, opositora en todo de los hijos del gran Loyola. Proclamaban en una palabra *la libertad*, y los Jesuitas no la tenían para vivir reunidos bajo una constitucion religiosa, cuando tantos y tantos se reunian en distintos focos de corrupcion, conspirando contra la Religion y el Estado. ¿Quién por lo tanto en esta Francia tan libre garantia los derechos de los Jesuitas, estos derechos que tenían comprados con mil títulos dignos de la gratitud de sus compatriotas, estos derechos basados en la misma libertad cuyo nombre sacrílegamente se invocaba, cuya sombra costó á la nacion raudales de sangre? Porque eran católicos, porque eran sacerdotes, porque eran fieles á sus votos, porque no eran anarquistas, porque no transigian con ministros traidores ni con impúdicas cortesanas, se les consideró reñidos con la libertad, y empezó en ellos la lista de las víctimas. Nosotros negamos por tales razones que esto sea libertad, porque la libertad es una, igual para todos, y no podia negar á los Jesuitas lo que concedia al último de los ciudadanos franceses.

Hemos querido destruir una preocupacion, cual lo era el que los dignos hijos de S. Ignacio eran enemigos de la libertad y que esta era quien se habia visto obligada á sacrificarlos en nombre de lo que representaba. Creemos que el cuadro por nosotros trazado es exacto, y que no pueden tacharse de enemigos de la libertad los hombres que no solamente por ser fieles discípulos de Jesucristo la profesan, sino que hasta se desprenden de la suya para proporcionarla á sus hermanos del desierto, ignorantes de este su precioso derecho, por mas que la absurda filosofia enemiga de los Jesuitas hubiese defendido que el estado de salvaje era el natural del hombre. Si la libertad del salvaje fuera la verdadera libertad, tendríamos de convenir en que la libertad seria una cosa *muy salvaje*.

Otra de las circunstancias particulares que ofrece la espulsion de los Jesuitas en Francia es la que se desprende de una fraccion del discurso pronunciado por el diputado Charles en el parlamento de Rouen , que fué uno de los primeros en secundar los esfuerzos del parlamento de París. Dijo así :— «Sea lo que sea de esta Sociedad contra la cual nos vemos forzados á invocar las leyes, no podemos ocultarnos que ha contado en su seno y contiene aun corazones rectos, hombres capaces de servir á la religion , al rey y á la patria , ciudadanos virtuosos , súbditos fieles y cristianos sinceramente adictos á las verdaderas máximas. De modo que al condenar la corporacion , no ha sido nuestro ánimo condenar á cada uno de sus individuos en particular.»—Resulta de aquí que los Jesuitas individualmente no tan solo no merecian reprension alguna , sino que eran por al contrario virtuosos sacerdotes y honrados ciudadanos , dignos de todo aprecio , segun confesion de sus propios enemigos. No podemos comprender por lo tanto , como es posible que estos hombres tan buenos fueran tan malos reunidos en corporacion , ni creemos que persona alguna lo comprenda , si ya no es que las constituciones de la Sociedad por viciosas engendraran tales vicios. Sin embargo , estas constituciones obligaron al primer Pontífice que las examinó á decir que el dedo de Dios estaba en ellas , y cuantos Pontífices posteriormente las examinaron elogiáronlas á su vez hasta llegar á Clemente XIII , juez supremo en materias de disciplina y de moral , que al ver el huracan desencadenarse contra los Jesuitas , no por ser ellos quienes eran , sino por ser ellas , las constituciones , lo que eran , dirigiéndose al mundo católico dijo :— «Para rechazar la grave injuria hecha á la vez á la Iglesia y á la Santa Sede , declaramos de nuestra espontánea voluntad y cierta ciencia , que el Instituto de la Compañía de Jesus respira piedad y santidad en el mas alto grado ; por mas que haya habido hombres que despues de haberle desfigurado por medio de despreciables interpretaciones , no han temido en calificarle de irreligioso é impío , insultando de este modo de la

manera mas ultrajante á la Iglesia, acusada asimismo de haberse groseramente engañado, hasta el punto de juzgar y declarar solemnemente piadoso y agradable á Dios lo que en sí era irreligioso é impío, y de este modo haber caído en un error tanto mas criminal en cuanto lo habria padecido por mucho tiempo, es decir, por mas de doscientos años, habiéndose manchado con mancha tan terrible, lo cual habia de ser en grave detrimento de las almas.»

Colocada por lo tanto la cuestion en este que es su verdadero terreno, dígasenos cómo se nos aclara el siguiente argumento: los Jesuitas no eran condenables como individuos, pues de ello les eximian sus virtudes: los jueces supremos del catolicismo ponderaban y ensalzaban sus constituciones; luego una de dos, ó se engañaron completamente sus enemigos ó no eran estos hijos de la única Iglesia verdadera: en el primer caso la cuestion está dirimida desde luego, en el segundo la ganamos nosotros á los ojos de todas las personas religiosas. No apetecemos mas triunfo: los enemigos de la fe católica tienen los ojos vendados, la preocupacion les ciega. De ellos se puede decir con el Salmista: *tienen ojos y no ven, tienen oidos y no oyen.*

Para que se vea hasta donde llega la ceguedad de estas gentes no hay mas que atender, como luego veremos, al especioso pretesto que se buscó en España para lograr el mismo resultado que en Francia. En esta nacion, no esencialmente católica, el pretesto fué las constituciones católicas de la Compañía de Jesus: elogiaron á los Padres y condenaron al Instituto, porque el Instituto era puramente católico, y los filósofos árbítrios de los destinos de la nacion no tenian porque ocultar su odio al catolicismo, en que estaba calcado el Instituto de S. Ignacio. Por al contrario en España, nacion esencialmente católica, timbre que de muchos años la esclarecia, el pretesto no fueron las constituciones de la Compañía sino los individuos de ella, que al decir de sus enemigos se apartaban de sus principios. Lo mismo sucedió en Portugal; de modo

que en una memoria impresa en 1790 para el restablecimiento de los jesuitas en los Países Bajos, se lee la siguiente curiosa observacion: — «En Portugal los jesuitas fueron destruidos bajo pretesto de que no observaban las reglas de su *santo Instituto* (obsérvese que el Instituto es calificado de *santo*) y en Francia su crimen consistia en observar este Instituto *perigroso, detestable é impío*. Un cambio podia acomodarlo todo, y consistia en enviar á los jesuitas de Francia á Portugal para que observasen su regla, y á los de Portugal á Francia para que no la observáran.» —

Esta es una prueba evidente de que todos los pretextos fueron rebuscados, y que solo la circunstancia de estar el reino francés infestado de protestantismo, y limpios de esta plaga los reinos español y portugués, pudo hacer que en Francia se atentára á unas instituciones, á una religion que desembozadamente se atacaba, mientras en España y Portugal no impunemente se hubieran atacado las santas creencias del pueblo entero: de aquí la diferencia radical que se nota en el pretesto y que patentiza las miras de los enemigos de la Compañía de Jesus.

Ultimamente, el mérito contraído por los Jesuitas en los diferentes ramos á que se dedicaron, patentizado está á los ojos del mundo entero para que nunca pueda faltarles su gratitud. En el solo ramo de la enseñanza pública lograron captarse las mayores simpatías aun de aquellos que siendo sus enemigos declarados, no tenian reparo alguno en confiar la educacion religiosa, moral y cientifica á los Padres de la Compañía de Jesus. El ilustre O'Connell, el fogoso agitador de la Irlanda, en época muy reciente, en un discurso pronunciado en Corn-Exchange el 11 de octubre de 1843 dijo públicamente: — «Se ha dicho que yo era jesuita; no me cabe este honor; pero mis cuatro hijos han sido educados por los jesuitas, y si el cielo veinte y cuatro hijos me hubiera dado, á todos les hubiera hecho educar por los jesuitas.» — Este testimonio tiene dos valores, uno por haber salido de los labios del célebre O'Connell,

otro por haber sido pronunciado en una época en que la posteridad ha tenido tiempo mas que suficiente para juzgar á la Compañía de Jesus. ¿ Por qué pues este tenaz empeño de desacreditarla , por qué esta voluntad decidida de hundirla , por qué esta inflexible resolucion de pintarla con los mas negros colores , atribuyéndola una multitud de escesos y hasta crímenes de que el inapelable tribunal de la historia redactada por los hombres de mas autoridad les ha absuelto? Despues de cuanto se ha escrito en .contra , y despues de las plenas refutaciones que se han hecho ¿ á qué vienen recopilaciones de escritos como las de nuestra impugnacion ? ¿ Acaso la esperiencia no ha demostrado que no hay ataque contra la religion , cuyas primeras descargas no vayan contra los Jesuitas ? Si nuevamente se pretende infamar , perseguir y aniquilar á los Jesuitas , insiguiendo los planes de los jefes de la impiedad del siglo XVIII , como medida necesaria para acabar con la religion , cejad , les diremos , en vuestros planes ; cejad , insensatos , recordad la promesa de AQUEL que no puede engañarse ni engañarnos cuando dijo á Pedro , y en la persona de este á todos sus sucesores los romanos Pontífices : *Tú eres Pedro , y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia , contra la cual NO PREVALECEERÁN LAS PUERTAS DEL INFIERNO!!!* Nosotros , y con nosotros todos los verdaderos españoles , todos aquellos que de católicos se precian , diremos á los enemigos de los Jesuitas , que lo son tambien de la religion , como lo hemos probado en el decurso de nuestra obra : **¿ QUIÉN CONTRA DIOS ?**

CAPITULO LVI.

LOS JESUITAS EN ESPAÑA.

En pos de los ínclitos hijos del escelso Ignacio de Loyola hemos recorrido en alas de la historia Italia, Francia, Portugal, América y China, con otros estados europeos y ultramarinos, santificados con la presencia de los mas ilustres misioneros de la Compañía. Nuestro bordon de peregrinos se hunde en la tierra de España, saludamos el sol que iluminó la cuna de Loyola. El país que dió el ser al ínclito fundador de la Orden no podia dejar de ser ilustrado por sus sucesores. Vamos á ver por lo tanto como los Jesuitas correspondieron á su santo fundador en la nacion ibera, y despues de haber asistido al teatro de sus glorias, les acompañaremos como á sus hermanos á la arena de sus martirios. Ni España fué la nacion que menos beneficios reportó de los Jesuitas, ni correspondió con menos ingratitud á ellos. Vamos á verlo.

Tomamos la relacion del generalato de S. Francisco de Borja, este ilustre español, que despues de haber usado la seda de los nobles y el acero de los soldados, vistió la humilde sotana de los Jesuitas, renunciando á las vanidades con que el mundo se ofrecia á sus ojos. El nuevo general creyó el sitio mas á propósito para casa profesa la ciudad de Valladolid: el P. Jerónimo Ripalda obtenia el cargo superior en Castilla, el P. Juan Fernandez tenia la direccion del colegio, y la casa profesa y el colegio de Medina estaban bajo el gobierno del P. Baltasar Alvarez, el director espiritual de Sta. Teresa de Jesus. El generalato de S. Francisco de Borja se distinguió en

España por los muchos nobles de alta alcurnia que se alistaron en la sagrada milicia del gran Loyola, siempre distinguida por los mas eminentes varones, pues hasta monarcas veremos trocar la corona y el manto real por el bonete cuadrado y la negra solana de los Jesuitas. Sin embargo nunca la humildad tuvo mejores patronos, pues vemos que á instancia de Antonio de Córdoba, favorito del gran César Carlos V, los Jesuitas reunidos en congregacion general acordaron que el título honorífico de *don* se suprimiria entre los individuos de la Compañía.

Celosos de la mayor propagacion de la fe, en Cádiz y en Granada, corriendo mil riesgos se dedicaron á evangelizar á los moros, muy numerosos en aquellos puntos, y ejemplos prácticos de la sublime máxima del Crucificado *amaos como hermanos*, procuraban por todos los medios posibles hacer desaparecer de entre españoles y árabes las disensiones de raza que tanta sangre costó á España en sus continuas revoluciones.

Aconteció en 1559, reinando en España Felipe II, el monarca á quien la historia ha llamado *el prudente*, y ocupando los Jesuitas una casa en el Alrezin, que rebelándose los moros contra el rey, viéronse los Padres precisados á abandonar su asilo, y solo entonces se vió hasta qué punto llegaba el ascendiente de los hijos del inclito Loyola. Por mas persecuciones que hubiesen sufrido de los moros, predicáronles con tanto ardor, pintáronles tan al vivo su situacion, que los llamados *cristianos nuevos*, denominacion dada á los moros convertidos, fueron los primeros en apaciguarse, sometiéndose gustosos á una especie de servidumbre al rey, tanto mas sensible para ellos en cuanto no pudieron olvidar aquellos para ellos venturosos dias en que la nacion española atrastraba las cadenas con que la habian traidoramente sujetado. El triunfo de los Jesuitas llegó á mas, pues despertando en sus encallecidos corazones un verdadero arrepentimiento, hicieron buenos cristianos de unos cristianos en apariencia, y hasta lograron hacerles desprender de su pasion por las riquezas, obligándoles á restituir

espontáneamente los caudales adquiridos por medio de la usura. Felipe II resuelto á reprimir con mano fuerte los excesos de estos súbditos rebeldes, adoptó contra ellos las mas rigurosas medidas; pero entonces fijaron toda su atencion en los Jesuitas, como quiera que á sus predicaciones debieran los mas de sus pasados descalabros. Batidos sin embargo en las ciudades, retiráronse á los montes de las Alpujarras; pero Felipe II no era hombre que se dejara insultar impunemente. Al punto el célebre don Juan de Austria tomó el mando del ejército que debia operar contra los sarracenos, y como se temiera alguna tentativa por parte de los moros de Africa, dispuso el rey que el almirante de Castilla Luis de Requesens, á la sazón en los Países Bajos, viniera con una escuadra á vigilar el litoral. Lo mismo en el ejército de D. Juan que en las galeras del almirante, el provincial de los Jesuitas dispuso que un buen número de estos esforzados sacerdotes compartieran los peligros de la guerra, llevando á los heridos y moribundos toda clase de auxilios, así materiales como espirituales. Ni uno de esos intrépidos Jesuitas faltó á su deber, pero algunos de ellos le sobrepujaron, rodeándose de aquella auréola de gloria que visitando enfermos contagiosos con peligro inminente de su vida conquistaron tambien Javier el apóstol de las Indias y Francisco de Regis. Con la armada se embarcó el P. Cristobal Rodriguez, y llegado á Málaga se encontró con que en el hospital de aquella plaza habia mas de setecientos enfermos y heridos. Al momento se constituyen los Jesuitas en sus enfermeros. No bastaba esto á sus esfuerzos y celo: las galeras en que venian embarcados estaban llenas de forzados atados á los bancos á pesar de haber cumplido el tiempo de sus condenas. Semejante abuso no podian tolerarle los Jesuitas, y por lo mismo resolvieron cortarle á toda costa. Pero corrían dias de guerra, y no era facil redimir los sufrimientos de estos desdichados, sino era adquiriendo una buena cantidad de dinero con que reparar tales injusticias. Los Jesuitas estaban muy acostumbrados á semejantes actos de espontáneo sacrificio, así es que la cantidad

que necesitaban y no tenían resolvieron mendigarla. Semejante resignacion, semejante valor sobrepuja á todo elogio. ¿Quién sino se hubiese resuelto á correr de puerta en puerta recogiendo la moneda de oro del rico y el óbolo del pobre para llevar á cabo una obra muy meritoria á los ojos de Dios y de la sociedad; pero á la cual no estaban obligados sino es por el vínculo de sus virtudes? A fuerza de paciencia y constancia recogieron la cantidad necesaria, los forzados vieron caer sus cadenas al impulso de la caridad de los hijos de Loyola, que asimismo obtuvieron del gobierno la creacion de un empleado público que vigilára incesantemente porque los forzados que hubiesen cumplido su condena fueran inmediatamente puestos en libertad.

En el año 1571, repuestos los Jesuitas en su casa del Alre-zin, á consecuencia de la victoria obtenida contra los moros por el duque de Arcos, una fiebre pestilencial se desarrolló funestamente en España, cebándose con especialidad en los árabes, que desterrados de Granada, se encontraban pobres y desnudos, maldecidos del pueblo que les atribuía los efectos de la terrible plaga y abandonados de todo socorro humano. En tan doloroso trance, los Jesuitas olvidan, como encarga el Evangelio, los antiguos atropellos de que habian sido el blanco, y no viendo en los moros sino á sus prójimos esponen generosamente sus vidas para disputar á la muerte las de sus semejantes. Entre las víctimas de su cristiano celo en la Compañía de Jesus, se contó al P. Bartolomé Canova, prefecto de los estudios, con muchos de sus hermanos. Azota el contagio las poblaciones de Alcalá y de Guadalajara, y sin que pueda hacerles miella el desastroso fin de los de Salamanca, los de estas dos poblaciones contraen nuevos merecimientos al cielo y á la gratitud de sus compatriotas. Allí se les vió recoger á los apestados por las calles, cargarlos sobre sus espaldas, y conducirlos al hospital que su caridad habia improvisado. Semejante conducta escita los generosos sentimientos de los españoles, y cediendo la preocupacion y el temor an-

te estas pruebas de abnegacion evangélica , secundan los esfuerzos de los Padres , y los antiguos enemigos se convierten en enfermeros de los objetos de su odio. Desarrollada en Toledo la epidemia , el número de los atacados era tan grande que fué preciso acomodarles á todos en un lecho comun , y cuando alguno de estos infelices llegaba á punto de recibir los sacramentos , los heróicos hijos de S. Ignacio , con un valor á toda prueba , tendíanse entre los cadáveres y los cuerpos de los moribundos , pegando sus oidos á los labios del penitente , para guardar de este modo el inviolable secreto de la confesion. El día 29 de abril de aquel aciago año , el P. Juan Martinez fué á tenderse junto á un moribundo para no levantarse mas : un ataque de epidemia fulminante arrebató al confesor antes que al penitente. Declarado el mal en Cádiz , huyeron desde los primeros instantes todas las autoridades de la poblacion y con ellas los principales negociantes y aun los profesores en la ciencia de Hipócrates. Tamaño abandono debia por fuerza aumentar prodigiosamente el número de las víctimas. En tal conflicto , el rector del colegio de los Jesuitas P. Pedro Bernard , reuniendo á todos los empleados civiles que no habian huido ante el peligro , estableció un lazareto y dirigió una carta á Sebastian Diaz , hábil y esforzado médico de Sevilla. Corresponde al médico al llamamiento y se organizan los necesarios socorros : el P. Jacobo de Sotomayor con otro sacerdote llamado P. Rodrigo Franco se encargaron de la direccion espiritual de las almas , y el hermano Lopez de la asistencia á los enfermos. El 4 de mayo estos dos intrépidos jesuitas espiraron al lado de los moribundos á quienes asistian.

Este cuadro que hemos bosquejado rápidamente probará hasta qué punto llevaban el sacrificio por sus hermanos los ilustres hijos de S. Ignacio , los colegas de S. Juan Francisco de Regis. España lo presencié , España vió á estos hombres evangélicos ir en busca de una muerte cuasi segura , impulsados solamente por sus generosos sentimientos , por esta fe que cierra los ojos al peligro material cuando se trata de ga-

nar un alma para Dios. Y á tantos beneficios ¿ cómo se correspondió? Ahí está la historia; abridla, leedla, ella os dirá en honor de la verdad, que por aquel entonces el pueblo se mostró agradecido á sus ángeles tutelares de la tierra, y que las generaciones venideras son las que han olvidado ó fingido ó procurado olvidar la historia de los Jesuitas de España en 1571 y muchas otras épocas.

Durante este tiempo el cardenal Alejandrino, legado del Papa, y el general de los Jesuitas S. Francisco de Borja atravesaban las fronteras españolas: el día 30 de agosto de 1571 llegaban á Barcelona. El tercer general de los Jesuitas ofrecia en su juventud algunos puntos de contacto con su santo maestro Ignacio de Loyola. Tambien como éste pertenecia á una de las primeras familias de su patria, tambien como éste en sus primeros años habia seguido la carrera de las armas, y tambien se habia distinguido en su profesion hasta el punto de ocupar uno de los mas importantes destinos de la nacion, cual era el vireinato de Cataluña que desempeñó de un modo digno de perpetuarse en mármoles. La grata memoria de su gobierno no se habia estinguido en el corazon de los catalanes. El pueblo acogió con grandes muestras de alegría al legado del Pontífice y al general que habia trocado la espada por el hábito religioso. El rey Felipe II mandó un diputado que saludara á su antiguo caballero y le manifestara cuanto placer le cabia en encontrarse nuevamente reunido con un antiguo amigo. Borja no por esto se envaneció, ni el tumulto de las fiestas pudo ahogar en su corazon el deseo en él constante de hacer bien á cuantos se encontraban en su derredor. Cataluña era su mansion entonces y Cataluña, la provincia de su antiguo mando, debia conservar del general de los Jesuitas la buena memoria que conservaba del general del ejército. A su celo se ofreció una ocasion oportuna por las diferencias de mucho tiempo sostenidas entre los capítulos de la provincia y los oficiales del rey, á propósito de la interpretacion que cada una de estas clases daba á los derechos que la competian. Estas diferencias

habian tomado tales proporciones , que en vano el Papa habia nombrado en árbitros para terminarlas á los obispos de Mallorca y Menorca , pues su intervencion nada pudo recabar de los disidentes. Por consecuencia cada partido se mostraba siempre mas exigente, cuando la presencia de Borja hizo nacer en ambos un mismo pensamiento , es á saber, nombrarle para árbitro de sus disensiones. El discípulo de Loyola con el prestigio que su antigua posicion le habia granjeado con los oficiales del rey , y el prestigio que asimismo su elevado carácter de general de una órden religiosa le granjeaba con los capitulares , unido á sus especiales talentos y consumada prudencia , hizo que terminara en breve este proceso eclesiástico y civil de un modo satisfactorio para entrambas partes. Lleno de admiracion el Santo Oficio por tan brillante resultado , acordó publicar en latin los opúsculos espirituales del P. Francisco de Borja.

El viaje del general hasta la corte de Felipe II prometia ser una continua ovacion. En Valencia lo mismo que en Barcelona , los mas nobles señores y los mas humildes pecheros prosternábanse á su paso pidiéndole su bendicion. El cardenal legado abandonó toda la gloria del triunfo al verdadero objeto de él , pero Francisco de Borja siente sublevarse su humildad y quiere de todos modos sustraerse á los obsequios que en todas partes se le preparan , y á este fin suplica al cardenal le permita llegar á Madrid por otro camino distinto del que debia llevar el legado. Accedió éste á la demanda , y el nobilísimo general de los Jesuitas tomó con los Padres de la Orden un camino estraviado para llegar á la corte. No bien tocó al término de su viaje , presentóse al monarca *prudente* , á ese coloso de los reyes , que parecia destinado por el Señor para estar sobre todos los hombres y sobre todos los pueblos. En aquella alma impenetrable á toda influencia estraña, penetraron con la fuerza del dardo las palabras de Francisco de Borja, que enteró al rey de los grandiosos proyectos de Pio V. Felipe II no titubeó , porque todo lo que era grande , todo lo que era animado y fecundado del principio religioso, hallaba cabi-

da en el magnánimo y católico corazón del monarca, digno hijo y sucesor del César Carlos, tan calumniado de los ignorantes como ensalzado por los políticos. El rey de las Españas se alistó voluntariamente en la Cruzada promovida por el Pontífice, y á la cual declinó toda la fuerza de su poderío incontrastable en la tierra.

Era para España una gloriosa época aquella en que los héroes de San Quintín conducían á Madrid los trofeos ganados á los enemigos, aquella en que los hombres como el duque de Alba servían de asta á la bandera española en Flandes, aquella en que los monarcas erigían á Dios templos como el del Escorial en gratitud al Juez árbitro de todos los combates. Al presente cabenos únicamente el consuelo de pensar en lo que fuimos, y el pesar de verter abundantes lágrimas de españolismo al pensar en lo que somos. El huracán de los siglos que ha arrebatado tantos objetos, también ha arrebatado á los hijos de Loyola y Borja, y el desencadenado elemento que nos ha traído las ideas filosóficas, se nos ha llevado las creencias religiosas. Lo que hemos ganado ó perdido en el cambio escrito está en la historia de nuestra patria.

Seducido por la piadosa y evangélica elocuencia de Francisco de Borja, Felipe el *prudente* ordena al célebre almirante D. Juan de Austria que reúna en Mesina las escuadras coaligadas. El memorable Andrés Doria, el almirante de Venecia Barbarigo, el marqués de Sta. Cruz y Marco Antonio Colonna bajo las inmediatas órdenes del de Austria, mandaban la poderosa armada cristiana. En estas naves donde tantos esforzados varones combatieron, en estas naves cuya memoria no se borrará mientras el mundo será mundo, se embarcaron los jesuitas á compartir las glorias y los peligros de los compañeros de Miguel Cervantes. El P. Cristóbal Rodríguez iba embarcado en la galera capitana de D. Juan de Austria, el P. Juan de Montoya en la del marqués de Sta. Cruz, el P. Martin Becingucci en la de Barbarigo, y muchos otros en la de Doria. Becingucci cayó herido en el combate al lado del almirante vene-

ciano: los infieles hirieron al mismo tiempo al guerrero de Venecia y al guerrero de Dios. La formidable escuadra se dió á la vela bajo la enseña de S. Pedro y el 7 de octubre de 1571 daba proa á los turcos en el golfo de Lepanto. Lo que allí sucedió, escrito está en el corazon de cuantos se glorian de pertenecer á las naciones combatientes. La cruzada al mando de D. Juan de Austria no fué menos temible para los enemigos del nombre de Jesus, que la que cinco siglos antes capitaneára Godofredo de Bouillon. En la del siglo xvi, Pedro el ermitaño se llamaba Francisco de Borja.

CAPITULO LVII.

EL PAPA, EL REY, LA INQUISICION Y LOS JESUITAS.

FRANCISCO de Borja habia muerto : su generalato habia pasado á Claudio Aquaviva. La Compañía de Jesus iba sembrando por España iglesias y colegios , un rey eminentemente católico les hacia descansar en la seguridad de que nunca la herejía haria su triunfante entrada en la península mientras se conserváran enteras las espadas que la habian ido á dar muerte en los Países Bajos : Portugal sujeto á los dominios españoles ofrecia la misma seguridad en este punto. Todo parecia presagiar una época feliz para el instituto de S. Ignacio , cuando el Señor que encrespa las olas del mar pacífico como si las aguas se encrespáran al soplo de su formidable aliento, permitió que se levantára la tormenta para poner á prueba la ciencia , valor y paciencia de sus marinos espirituales. Los hechos fueron los siguientes.

Es muy difícil trazar en breves palabras el carácter de Felipe II: no tan solo era un rey , sino que era el espíritu de la monarquía y del mando identificado en él. Cuando decia *yo el rey*, queria decir, yo la monarquía, yo el mando, yo en quien están identificados todos los poderes y autoridades de España , yo única voluntad que soberana y exclusivamente impera. Convencido de su superioridad queria que todos los demás fueran sus inferiores, y seguro de que era capaz de dirigirles á todos, á ninguno queria emplear sino era en clase de instrumento. A todos atendia en el consejo, pero una vez lanzado en un camino , le recorria hasta el fin : si caminaban á su espalda le gustaba , si seguian á su lado lo toleraba á ve-

ces, si marchaban á su frente ó encuentro se los llevaba por delante. Sin embargo, piadoso y buen católico, no se hacia nunca sordo á las voces de la religion, y quando cometia algun yerro, reconocíalo humildemente y reparábalo como rey. Sucedió por lo tanto con los Jesuitas lo que con todos le sucedia: convencido de lo útiles que eran á la causa del catolicismo, alabábales, protegíales y glorificábales; pero convencido de cuan útiles podian asimismo ser á la causa de su política, intentó dominarles para utilizarlos como medios. Los Jesuitas lo comprendieron y rehusaron el puesto que se les señalaba por muy elevado que él fuera y por mas que muchos le ambicionaron. Los hijos de Loyola necesitaban toda su independencia para obrar en todo segun los principios de su instituto: les era muy caro el porvenir religioso de España, pero les importaba muy poco de la política de Felipe II por mas que esta política pudiera colocarles en una eminente altura. Convencido el rey de que era de todo punto inútil cuanto por este medio intentara, é incapaz por otra parte de hacerles una forzosa que ni como á rey le convenia ni como á religioso aprobaba, creyó que el mejor medio era abandonarles á sí mismos en medio de los ataques que se les dirigian, como se les dirigieron antes y se les dirigirán siempre por ser el patrimonio que el Señor tiene reservado á los suyos. Así fué que nada intentó contra los autores de algunas obras teológicas que se permitieron censurar las doctrinas de los Jesuitas.

Sobrevino por esta época un contratiempo surgido del seno de la misma Sociedad. Esta, como todo el mundo sabe, era fundacion de un español: Ignacio de Loyola habia sido su primer general; Lainez, español asimismo, habia sucedido á S. Ignacio, y Francisco de Borja, tambien español, habia sucedido á Lainez. Claudio Aquaviva, general en aquel entonces, no era español, y los padres de esta nacion, por una opinion injustificable, se resintieron de que la eleccion no hubiera recaido en uno de sus compatriotas, como hasta entonces habia sucedido siempre así. El descontento habia cundido en

algunos colegios, cuando el jesuita P. Jacobo Hernandez, con especiosos pretestos solicitó su secularizacion de la Compañía. Ligado á ella con fuertes votos, las razones alegadas por él no parecieron suficientes al general, que se denegó á sus pretensiones, y Hernandez para vengarse en la corporacion, tomó el papel de delator calumnioso y se presentó en denuncia al Santo Oficio, quien procedió judicialmente contra la Compañía de Jesus, y estralimitándose del asunto, no solo procedió á procesar algunos jesuitas, sino que exigiendo le fueran presentadas las Constituciones de la Sociedad, de *motu proprio* se propuso reformarlas, cosa que ni estaba en sus atribuciones, ni en otras que en las de la Santa Sede, ocupada á la sazón por el memorable pontífice Sixto V, que ha querido pintarse como enemigo de los Jesuitas.

Pero á fin de que se vea cuan infundada es semejante razon, ya rebatida en otro punto de esta obra, veamos como procedió el Pontífice en esta delicada cuestion entre elementos tan poderosos. Viendo que en vano de órden suya su Inter-nuncio en Madrid habia tomado partido por los Jesuitas, viendo que en vano el general de la Compañía habia diputado á Felipe II al P. Bartolomé Perez, puesto que la Inquisicion procedia cada dia con mayor publicidad y mas estralimitaciones, avocó á su tribunal supremo el asunto, mandando terminantemente á la Inquisicion que cesára en el conocimiento de dicha causa. Esto es lo que cabalmente disgustaba á la Inquisicion y á los revoltosos, de modo que en tal conflicto, el jefe de aquellos Dionisio Vazquez propuso que fuese nombrado para España un comisario especial independiente de la jurisdiccion del general de la Orden. Esta providencia se conoce á la vista que habia de desunir las provincias de la Orden, y que esta dejaria de cumplir con los deberes de su instituto, que tan á satisfaccion habia llenado hasta entonces, desde el momento en que la faltára aquel principio de unidad que la hacia fuerte, pues partiendo todos los rayos de un mismo centro y moviéndose todos los resortes á impulsos de una misma volun-

tad, era como la obra de S. Ignacio habia llegado á adquirir aquella fuerza invulnerable que no hubiese nunca tenido obrando las provincias independientemente, pues dice de sobras la esperiencia, divide y reinarás.

A pesar de que el jesuita Dionisio Vazquez fué el motor de esta proposicion que contaba con el apoyo de poderosos personajes, cuando se reunió la congregacion de la Orden, rechazó la demanda, porque en vano fué intentar que los padres hicieran traicion á sus juramentos ó apostataran de sus votos. El general de la Orden trató de trasladar algunos jesuitas para cubrir las bajas experimentadas en los puntos donde se habia desarrollado la peste que azotaba el país, pero los inquisidores dispusieron que ningun jesuita pudiera salir de los dominios de Felipe II sin permiso de la Inquisicion, aun cuando fuera llamado espresamente á Roma.

Tamaña desobediencia, tamaños atentados no podían pasar desapercibidos ni tolerados por Sixto V que poseia en el mas alto grado el don de mando y la conviccion de su autoridad. Así fué que no bien supo las noticias que acababan de ocurrir en desprecio de las prescripciones de sus antecesores y de las suyas propias, exclamó justamente indignado: —¡Cómo! ¿Así se juega con Nos y se arrogan el derecho de prohibir la apelacion á nuestra Sede apostólica? ¿Y son los mismos hombres á quienes hemos ordenado que nos comunicáran las actas de la causa de Marcenio y que no nos han obedecido?—Con razon ofendido, se dirigió por escrito al cardenal Quiroga, inquisidor general de España, y mandóle severamente: 1.º Que hiciera inmediata entrega de cuantos libros tuviera en su poder la Inquisicion y pertenecieran á la Compañía de Jesus; y 2.º de mandar á Roma el proceso instruido contra los Jesuitas. Temeroso de que no se le obedeciera, añadió en el oficio de su propia mano:

«Y si no obedecéis al instante mismo, yo el Papa os depondré de vuestro cargo de inquisidor general y os arrancaré vuestro birrete de cardenal.» El cardenal no tuvo mas reme-

dio que obedecer y entonces se apercibió la Inquisicion de su irregular modo de proceder. El 19 de abril de 1588, despues de haber mandado el proceso á Roma, la Inquisicion declaró á Marcenio y demás jesuitas encausados libres y absueltos de todos cargos. Estas persecuciones, como observarán nuestros lectores, son el patrimonio de los santos. Ya el papa Pablo IV lo predijo á los padres de la Compañía reunidos en la primera congregacion general, diciéndoles: «No os imagineis ser mejor tratados que los santos de la antigua y nueva ley: experimentaréis la misma suerte.» Desde la fundacion de la Compañía, el Señor empezó á esponerla á la persecucion: su santo fundador solo temía para ella una calma grande. S. Francisco Javier temblaba al ver suspendida la persecucion contra él ó contra su instituto; S. Francisco de Borja esperaba ver desde el cielo á la Compañía siempre perseguida. El Señor multiplicó los hijos de Israel por las persecuciones de Faraon y la del pueblo cristiano por la de los tiranos. El mismo que envió á S. Pablo el aguijon de la carne para que lo sublime de las revelaciones no le llenase de orgullo, dispuso esta y otras persecuciones contra la Compañía de Jesus, para que el aprecio y las alabanzas de los hombres no escitasen su vanidad. «¡Desgraciada la Compañía de Jesus, escribia el venerable P. Luis de Granada el 31 de marzo de 1556 á un padre jesuita, el dia que le falten los combates y las persecuciones!»

A pesar de lo crítico de las circunstancias y de las intestinas revueltas por que la Compañía habia pasado, no por esto era menos estimada de los pueblos, ni dejaba de adelantar terreno en la península española. Aparte los colegios que tenia ya abiertos en 1586, fundaba otro colegio en Jerez, en 1587 fundaba otro en Sevilla, y esta ciudad agradecida á los beneficios que los padres la dispensaban, votábanles una casa profesa. En 1588, los habitantes de Arrubal, cerca de Logroño, solicitaban de los padres que abrieran un colegio en la poblacion. El monarca quiso darles una nueva prueba de su confianza, y cuando armó la poderosa escuadra que se llamó *la*

Invencible, pues solo á los vientos desencadenados pudo deberse su destrozo, Felipe II quiso que los jesuitas montáran en aquellas formidables galeras para auxiliar y animar espiritualmente á los que iban á combatir el poderío de la Inglaterra. Al propio tiempo, el P. Salazar se dirigia en peregrinacion á Jerusalem, y en nombre de S. M. católica visitaba los Santos Lugares, cumpliendo de este modo con un voto del soberano. No por esto Felipe II desistia de sus proyectos sobre la Compañía. Nombrado visitador general de las órdenes de España el obispo de Cartagena, tenia del rey el encargo de uniformar las diversas constituciones de cada instituto, armonizándolas de un modo que por fuerza debia ser atentatorio á la independendencia de cada una de ellas. En efecto, aparte la mayor gloria de Dios y exaltacion de su santa fe ¿qué clase de armonía puede existir en la mayor parte de las órdenes religiosas, cuando cada una de ellas tiene un instituto distinto y unas constituciones tan variadas como variadas son las respectivas atribuciones de cada sociedad? ¿Qué armonía puede existir entre los hijos de Sto. Domingo, por ejemplo, instituidos para la enseñanza y la predicacion, y los religiosos de la Merced instituidos para la redencion de cautivos?

Los Jesuitas fueron de los primeros en reconocer esta imposibilidad, y uniformes ante el peligro que igualmente amenazaba á todos, declinaron la intervencion que se les imponia y apelaron de ella al Papa y al rey. Por mas que ambas potestades tuvieran encarnado en ellas el don de autoridad, y por mas que los deseos de Felipe II fueran siempre órdenes, el general Claudio Aquaviva no quiso rendirse sin pelear, pues desde la altura de su talento comprendió que se trataba de introducir modificaciones capaces de destruir en su esencia el espíritu de la Compañía. Así fué que á pesar de la repulsion que en España se sentia por un extranjero que obtenia el mando honroso que sucesivamente habian inaugurado tres españoles, se resolvió á entablar negociaciones.

Una circunstancia vino á favorecer sus planes, afectando la

fibra religiosa y de justicia que era la mas poderosa en Felipe II. El P. Dionisio Vazquez, el motor de la sedicion que tenia por objeto el nombramiento de un superior especial é independiente para los jesuitas de España, murió en 1589, y en sus últimos momentos manifestó un verdadero dolor por los escesos á que su persistencia habia dado lugar. Los remordimientos del jesuita hicieron en el ánimo del monarca una impresion profundísima. Aquaviva con el objeto de que el rey se convenciera de cuán inútiles y peligrosas eran las modificaciones intentadas, dispuso que pasáran al Escorial, habitual residencia de Felipe, los padres Acosta y Parsons, este último muy apreciado del monarca, que tenia en él toda aquella confianza que era compatible con el carácter reservado del rey *prudente*. El P. Parsons se dirigió valerosamente al rey y le espuso con resuelta franqueza la verdadera situacion de la Compañía. Conmovido por su discurso el monarca, desde luego comenzó por revocar la orden á que antes hemos aludido y que prohibia á los jesuitas de España salir de los dominios de S. M. católica. El jesuita legado no se dió por satisfecho con este triunfo, antes comenzó por hacer ver al rey cuan infundados eran los cargos que se dirigian al general por su supuesto despotismo, y hasta qué punto era indispensable para la unidad de los trabajos de la Compañía, que el poder y la direccion residiera en una sola persona. Felipe II que por sí mismo comprendia de sobras esta necesidad y que era el mas firme adalid del poder uno, base de su fuerza, se dejó fácilmente convencer de la necesidad de acceder á las demandas de Aquaviva. En su consecuencia, convencido de que las medidas adoptadas podian arruinar á la Compañía, procedió acto continuo á su revocacion, escribiendo en este sentido al general para que nombrara por sí mismo los visitadores. Aquaviva nombró á los PP. Gil Gonzalez y José Acosta. El P. Parsons habia triunfado: la Compañía de Jesus nada debia temer por aquel entonces en España. Mas fuerte despues que habia probado su resistencia en los combates intestinos y en la oposicion momen-

tánea del rey y de la Inquisicion, se preparó para hacer gozar á los pueblos los benéficos frutos que siempre daba el árbol de Loyola.

Muerto Sixto V y elevado á la silla de S. Pedro Clemente VIII, suscitóse en España otra polémica muy parecida á la anterior y alimentada ó favorecida como aquella por el rey y la Inquisicion, Felipe II animado por aquella voluntad enérgica que todo lo queria sujeto á su dominio, y el Santo Oficio que celoso de las prerogativas de la Compañía, creía por ellas rebajados sus derechos. Jerónimo Acosta fué quien esta vez desempeñó el papel que en la otra le habia tocado á Dionisio Vazquez; pero Felipe II no se dejaba sorprender ni llevar de sus pasiones. A los ruegos de Aquaviva, el rey trasladó la acusacion que se le habia dirigido contra la Compañía á don Garcia Loaysa, preceptor del infante, uno de los hombres mas doctos de su tiempo, á fin de que examinándola emitiera su juicio sobre ella. D. Garcia interrogó al jesuita Acosta, el cual quiso convencerle de que la Compañía seria mucho mas floreciente y se gobernaria mucho mejor en España, modificadas que fueran algunas de sus reglas, y sobre todo nombrando para la península un comisario especial y absoluto. Loaysa conoció la intencion del sedicioso y contestóle:— «No soy de vuestro parecer, y tengo para mí por cierto, que S. Ignacio, lo mismo que Sto. Domingo y S. Francisco, estuvo verdaderamente inspirado para la fundacion de la Orden. Un solo Vicario de Jesucristo basta para dirigir la Iglesia universal; ¿porqué no ha de bastar un solo general para el gobierno de la Compañía?»

Sin embargo, algunos meses despues, cuando el general Aquaviva se ausentó de Roma, para ir á conciliar como delegado de la Santa Sede las diferencias habidas entre los duques de Padua y de Mantua, una parte de profesos demandaron que se reuniera una congregacion general, que pusiera un término á tantas disidencias. El Papa y el rey apoyaban esta pretension.

Aquaviva fijó el 4 de noviembre de 1593 para la reunion

de la congregacion general : llegado este plazo vino el dia en que debía fallarse por los mismos interesados la causa de la reforma de los Jesuitas. Imposible era que esta asamblea compuesta de tantos respetables sacerdotes pudiera aprobar las injustificadas pretensiones de unos cuantos revoltosos. En efecto la congregacion general , fiel á las miras de su santo Fundador , declaró por inmensa mayoría , que no podian consentir se introdujera innovacion alguna en la obra de S. Ignacio. La congregacion terminó sus sesiones, espulsando buenamente de su seno á Enrique Henriquez , que sin el permiso del general Aquaviva se habia permitido publicar una obra de Teología moral , que fué juzgada en sentido muy enconstrado. Así tuvo fin la nueva alarma promovida contra los jesuitas españoles.

De esta y de la anterior han tomado pié los detractores de la Compañía de Jesus, y entre ellos el de nuestra impugnacion, para decir que desde el momento de su aparicion en España , los Jesuitas se dividieron en bandos , promoviendo grandes escándalos y dando lugar á que la Inquisicion tuviera que ocuparse de sus asuntos. Permítanos quien tal diga hacerle presente que en todo esto no hay de verdad sino que la Inquisicion en tiempo de Felipe II quiso probar si reduciria á los Jesuitas á su jurisdiccion. Estos celos de la Inquisicion , que la política de Felipe II alimentó, lejos de destruirlos, como podia muy bien haber hecho , en nada desfavorecen á la Compañía, antes la pusieron en ocasion de medir su firmeza , haciéndose admirar de aquellos que ilusionados pudieron por un momento no comprender debidamente la índole del Instituto de los Jesuitas. naciente puede decirse en España , índole especial que les hacia considerar como una familia extranjera en su propia patria. El jesuita profeso en todas tierras era peregrino : hijo de la obediencia , ora pisára el suelo de España ó de Francia , ora permaneciera en Europa ó en América , su embajador era el provincial, su corte como á capital del cristianismo era Roma.

Que los Jesuitas se dividieran en bandos y fueran ocasion de escándalo , ni podemos comprenderlo ni menos consentirlo. No

negaremos que algunos, muy pocos jesuitas, llevados de un entusiasmo nacional mal entendido, secundaron momentáneamente los planes de algunos ambiciosos tocante á un punto que sin ellos comprenderlo era de vida ó muerte para la Compañía, pero no es menos cierto que esta siguió su curso triunfal, pasando victoriosa por cima de todas las oposiciones de buena ó mala fe, y que salvada por su propia fuerza dió un hermoso ejemplo de unidad, negándose á servir de instrumento en manos de un monarca que comprendía lo mucho que valían los Jesuitas. Nacidos estos para la lucha, lucharon; alerta contra los ataques maléficos, á su vigilancia debieron sin duda el haber sacado incólume el precioso depósito de sus Constituciones; fieles discípulos del Crucificado, Dios permitió que para mayor semejanza no faltáran algunos Judas entre tantos y tantos apóstoles. Y la pureza en que se mantuvo la Orden á través de tantas pruebas y calamidades, demuestra de un modo evidente que en aquel hermoso jardín de tantas virtudes, no podía echar raíces la semilla del vicio.

CAPITULO LVIII.

—

ESPAÑA.—NUEVAS PERSECUCIONES, NUEVOS TRIUNFOS.

EL generalato de la Compañía de Jesus habia pasado á Muscio Vitelleschi : en el trono de la nacion española se sentaba Felipe III.

Habia pasado ya la borrasca suscitada contra los Jesuitas, pero oíanse á lo léjos todavía los mugidos del huracan y era preciso reparar los estragos que causára el azote. El sistema constante de todos los superiores de la Compañía, era ganar la voluntad de los pueblos por medio de los beneficios que les aportaban los hijos del ínclito Loyola. En las llanuras de Aragon, Andalucía y Castilla y en los montes de Asturias, vivian infinidad de españoles, no solo en la mayor pobreza, sino tambien en la mas completa ignorancia. El general que podia disponer de tan buenos soldados quiso que en estos pueblos descuidados resonára la divina palabra, y llegáran los consuelos de la fe á unos hombres al parecer olvidados de sus hermanos. En este concepto, de órden superior se ponen en movimiento varios PP. de Gandía, Tarragona, Bilbao, Salamanca, Tortosa, Cádiz, Barcelona, Compostela, Jaen, Leon y Zaragoza. Esto acontecia en 1616. Agradecida la península á las pruebas de amor que los Jesuitas la habian dado, quiso por su parte darles un público testimonio de alto aprecio, y en 1617 entre las aclamaciones de la multitud y por ante un pueblo que se arrojaba á su paso fué trasladado de Roma á Madrid el cadáver de S. Francisco de Borja, honor de España, timbre esclare-

cido de la Compañía de Jesus. El mismo rey Felipe III y el duque de Lerma, nieto de S. Francisco, se agregaron al cortejo fúnebre y triunfal á un mismo tiempo, y el monarca queriendo dar á los Jesuitas una muestra de su real aprecio, fundóles nuevos colegios y por todo y para todo otorgóles su poderosa proteccion. Sin embargo el favor de este rey á los Jesuitas, no impidió que estos se circunscribieran estrictamente á su deber, sin que por esto se mostráran desagradecidos. Vino un dia en que Felipe III, imitador en este punto de la política de Felipe II, quiso emplear tambien á los Jesuitas como instrumento, y sucedió que lo mismo en 1618 que en 1590 los Jesuitas hicieron comprender al rey que no querian ni podian faltar á los deberes de su conciencia. Por lo mucho que este hecho honra á la Compañía, no podemos prescindir de consignarle, y quizás de este modo se convencerán algunos de que los Jesuitas no empleaban medios rastreros para asegurarse la amistad de los reyes y de sus ministros, antes bien preferian salirles al encuentro, por mas que el choque fuera desigual.

En la citada época de 1618 la hacienda española se encontraba muy apurada, y el rey y su ministro creyeron que el mejor medio de procurarse fondos era imponer una contribucion forzosa á la ciudad de Sevilla. En este concepto se espidió una orden á los magistrados de aquella ciudad para que de todos modos se recaudára el impuesto ordenado.

Se encontraba por aquel entonces en Andalucía un jesuita llamado P. Jaime Montoya, el cual por lo vasto de sus talentos y prudencia de sus consejos gozaba de gran reputacion entre el pueblo, que le miraba como un oráculo. Felipe comprendió que su proyecto de impuesto no encontraria obstáculo alguno, si el jesuita se decidia á apoyarlo. A este efecto comisionó al duque de Lerma para que sondeára las intenciones del Padre, y le propusiera en nombre de S. M. que si se obligaba á decidir á los magistrados y habitantes de Sevilla á pagar el impuesto, el rey se comprometia á que otra de las obras que tenia escritas el jesuita se publicára bajo la proteccion del Sumo

Pontífice. A esta proposicion en que se interesaba el amor propio de un escritor para exigir una contribucion ilegal, contestó Montoya las palabras siguientes, dignas de que las aprendieran de memoria tantos y tantos escritores como han traficado ignoblemente con su pluma:—«Es cierto, dijo, que ante todas cosas deseo someterme á la majestad real, pero en cuanto á este impuesto, que seria una manifiesta opresion, mejor quiero quemar con mi propia mano todas mis obras que dar mi aprobacion á la órden del rey.»—Esta enérgica respuesta hizo profunda mella en el monarca, quien convencido de que en vano exigiria la contribucion, suspendió los efectos de la referida órden.

En 1621 Felipe III se sentia mortalmente atacado de la enfermedad que debia llevarle al sepulcro. En su lecho de agonía, quiso dar á la Compañia de Jesus otra prueba de su real deferencia, y llamó para que le asistiera en sus últimos momentos al P. Jerónimo de Florencia, elocuente orador, y varón digno de todo elogio bajo todos conceptos. Cuando la muerte hubo cerrado los ojos del monarca, entró á sucederle el rey Felipe IV. Nadie por cierto que conozca un poco la historia podrá suponernos que este soberano pudiera ser poco ni mucho influido de los Jesuitas. Galante por escelencia, sin duda fué su corte la antitesis de la corte de Felipe II. Era muy fácil encontrar en los salones de su palacio gentiles damas, apuestos galanes y célebres escritores; pero pocos religiosos pisaron las regias estancias, donde el rumor de una fiesta ahogaba el eco de la fiesta anterior y preludiaba el de la que debia sucederla. Esto no obstante, Felipe IV no tan solo no desconoció el mérito de los Jesuitas, sino que su proteccion escedió á la proteccion que les habia dispensado su antecesor. No bien empuñó las riendas del Estado, indujo á sus súbditos á que creáran en sus respectivos distritos colegios de Jesuitas, á fin de que insiguiendo la idea de los Padres, se generalizara en todas las clases la educacion, base de la florecencia de los Estados. Las disposiciones del rey fueron acatadas, y en Orense, Segorbe, Baeza, Mo-

ron, Tortosa, Palma, Manresa, Vich, San Sebastian y Alicante se abrieron colegios dirigidos por los PP. de la Compañía, esforzándose estos en procurar á sus educandos el mayor adelanto en el sendero de la religion y de la ciencia. Todo parecia por fin sonreír á los Jesuitas, y durante treinta años experimentaron tan solo aquellos contratiempos ligeros que en vano combatian á un Instituto eminente. Algunos escritores celosos de las glorias literarias de la Compañía, algunos impíos, temerosos de ver desvanecidas sus indignas esperanzas fundadas sobre la nacion española, y algunos oposicionistas por sistema, intentaron dirigir algunos cargos á los Jesuitas, pero inútilmente se esforzaron: ni aun entre sus confabulados pudieron hallar eco. Pero como quiera que la malicia todo lo aprovecha y la enemistad raras veces duerme, un hecho aislado dió pié al anti-jesuitismo para inaugurar en España la acusacion que algunos años despues debia dirigirse en Francia contra el padre Lavalette. Fué de la manera siguiente.

Por mas que se diga de los inmensos tesoros de los Jesuitas, opinion que en otro lugar hemos desvanecido, es lo cierto que muchos de sus colegios tenian cuantiosos gastos y muy pocas entradas. Esto aconteció con el de Sevilla, al frente del cual se hallaba un hermano coadjutor, quien en busca de recursos puso parte de los caudales que le estaban confiados por la Orden en el comercio. Operaciones desgraciadas, tempestades siempre imprevistas y la omnipotente voluntad de Dios, hicieron que el administrador del colegio de Sevilla perdiera completamente sus fondos, declarando en quiebra su caja. Dos medios quedaban á la Compañía, ignorante de este comercio: el uno alegar esta ignorancia, espulsar al jesuita comerciante de su seno, dejando á sus acreedores que se las compusieran con él, extremo á que indudablemente hubiera apelado la Compañía si obrára de mala fe y de connivencia con el coadjutor; ó bien adoptar el recurso que adoptó y probar por este medio hasta qué punto los Jesuitas comprendian lo que debe entenderse por moralidad. En efecto, los superiores del administrador de

Sevilla ofrecieron reembolsar á todos los acreedores , ofrecimiento que con la mayor exactitud se llevó á cabo. Y seguidamente , en atencion á que el coadjutor no podia continuar perteneciendo á una sociedad que con su reprobable conducta habia comprometido , y en atencion tambien á que con su comercio humano habia infringido uno de los principales artículos de las Constituciones de S. Ignacio , fué espulsado ignominiosa y justamente de la Orden , dando de este modo un solemne y público testimonio de cuan ajena era esta al comportamiento del coadjutor. Este por su parte , quedó reducido á la mayor miseria , pero nunca salió una queja de sus labios , comprendiendo cuan merecida era su triste suerte , pues tan imprudentemente habia dado ocasion á que una Orden ilustre fuese blanco de la calumnia. La calumnia no desaprovechó por cierto tan buena ocasion. La Compañía de Jesus en España sufrió las mismas acusaciones que mas tarde sufrió en Francia y en América. A tal punto llegó sobre este particular , que los autores de la *Enciclopedia* , al artículo *Jesuitas* , dijeron , que en 1646 , los PP. hicieron bancarota en Sevilla , precipitando en la miseria á muchas familias. La mejor vindicacion que podemos hacer de la Compañía en este punto , es decir que tales palabras están escritas en la *Enciclopedia* , libro el mas impío : cuantos no pertenezcan á la raza de filósofos impíos , nos comprenderán de sobras y no necesitan mejor defensa.

En 1665 murió Felipe IV : el trono de España pertenecia á su hijo Carlos II bajo la régencia de su madre D.^a María Ana de Austria. Si funesto para la nacion fué el reinado del rey poeta , durante el cual como joyas desprendidas de un aderezo , caian de la corona de España el Rosellon , Cerdaña , Jamaica , Portugal y parte de los Países Bajos ; durante el cual los veteranos guerreros españoles se desprestigiaban en Italia y en Bélgica ; durante el cual se insurreccionaban en el interior Cataluña y en el exterior Nápoles ; durante el cual por último pesó sobre España el férreo favoritismo del conde-duque de Olivares ; si funesto , decimos , fué este reinado , mas lo fué el de

su sucesor, Carlos II llamado *el hechizado*. Todas las minorías son plagas para las naciones, pero para España lo han sido cruelísimas. Menor de edad heredó Pedro I de Castilla á su padre, y el mas ignorante conoce la triste historia de este rey. Su padre D. Alfonso habia dejado un bastardo llamado D. Enrique de Trastámara. Felipe IV tambien dejó un bastardo; se llamaba D. Juan de Austria.

El nuevo D. Juan de Austria se creyó tan influyente y tan grande como el héroe de Lepanto, de Tunez y de Flandes, y ambicionó el poder que el testamento de Felipe IV le negaba. La regencia del reino era su bello ideal, pero entre su ambicion y la renuncia de la reina se oponia un poderoso obstáculo. María Ana de Austria tenia por director un aleman como ella, hombre célebre en la historia, tan elogiado por unos como censurado por otros, individuo de la Compañía de Jesus y sin duda alguna uno de los mas brillantes talentos de su siglo. Este ministro se llamaba el P. Everardo Nithard. Profesor de filosofía y moral en la universidad de Gratz, llamó por sus conocimientos y virtudes la atencion del emperador Fernando III que le confió la educacion de los infantes, entre los cuales se contaba el archiduque Leopoldo Ignacio, heredero que fué de la corona. Cuando María Ana de Austria dejó la corte de su padre para unir su mano con el monarca español, se llevó consigo al P. Everardo en calidad de confesor. Felipe IV rodeado de placeres, no se apercibió hasta que tocó á su ruina de que en sus manos no solo se habia desmembrado la España, sino tambien que se habian gastado miserablemente los fabulosos tesoros del Nuevo Mundo. Rodeado de córtesanos, aniquilado por la privanza del conde-duque de Olivares, próximo á una bancarota, do quiera volvia los ojos encontraba escelentes poetas que componian escelentes comedias, apuestos galanes que bailaban admirablemente, hermosas doncellas que vestian á la última moda, pero ni un solo hombre de estado, ni una sola fuerza motriz que sacára adelante el carro de España, atascado en el camino del desorden. Everardo Nithard era aleman y je-

suita. Tenia sesenta años de edad , por lo cual no estaba falto de esperiencia , habia vivido muchos años en una corte cuya riqueza consistia esclusivamente en su economía , habia estado en íntimos tratos con los primeros hombres de un estado donde florecen los primeros talentos en todos los ramos de las ciencias , y por último su verdadero mérito le habia de atraer la atencion de Felipe IV como le habia atraído la de Fernando III. Conocedor de los males que aquejaban á España , hizo brillar el remedio á los ojos de su rey , y hasta los oídos de este llegó , por primera vez quizás , la palabra economía , única que podia salvar de un conflicto á la nacion . Felipe aniquilado bajo el peso de tanto adulador cortesano , sonrió á los planes reformadores del jesuita , pero aquel cuerpo gastado debia pagar un tributo á la muerte , tributo muy temprano. Felipe se hundió en la tumba que hasta cierto punto él mismo se habia abierto.

Muerto el rey , la regenta del reino quiso compartir el poder con el jesuita en cuyo celo descansaba , y le invistió de los cargos de inquisidor general y ministro de Estado ; pero el jesuita fiel á su voto de humildad , se negó á aceptar tan importantes destinos , pretestando que su regla le eximia de ellos. Pero María Ana que do quier volvia los ojos no encontraba un hombre en quien apoyar su debilidad , insistió en su empeño , y para vencer la obstinacion del jesuita escribió á la Santidad de Alejandro VII. El Papa comprendiendo las razones alegadas por la reina espidió un Breve que se publicó en Madrid á los 26 de setiembre de 1666 , confirmando el nombramiento de inquisidor general en la persona del jesuita Everardo Nithard. En este mismo Breve se hace mérito de la resistencia del Padre á dejarse investir de estos cargos.

Don Juan de Austria sabia de sobras que en vano atacaria de frente á la reina , porque el respeto al trono es otro de los principios identificados en el corazon de los españoles , y en este concepto creyó mucho mejor atacar el jesuita. Nunca faltan en una corte descontentos y ambiciosos , y sabido es que en todos tiempos la caída de un ministro ha sido muy deseada de

todos los pretendientes. Engrosóse por lo tanto el partido del bastardo, y á trueque de conseguir sus designios no temió atacar la misma virtud de la reina, suponiendo á María Ana capaz de una pasión que la deshonrara. Digamos empero que semejante calumnia no obtuvo éxito, y que por lo tanto tuvieron los rebeldes que escogitar otros medios que surtieran mejor efecto. Una circunstancia vino á favorecerles. Sabido es que las leyes de España, tratando de prevenir la introduccion de cualquier error religioso en el pais clásico del catolicismo, previnieron que nadie pudiera ejercer cargo alguno público si no acreditaba que hasta la mas remota antigüedad sus ascendientes estaban limpios de toda profesion herética, lo mismo en la linea paterna que en la materna. Los padres del jesuita Nithard profesaban el culto luterano, en ninguna parte tan estendido como en Alemania, y esta noticia, prudentemente esparcida hizo que muchos españoles, entre ellos la mayoría del clero, se manifestaran hostiles al Inquisidor. No se crea que por esto culpemos á los españoles de aquella época; la ley estaba escrita, y aunque la posteridad ha echado un velo sobre el origen de las familias y ha apreciado á los hombres por lo que ellos son y no por lo que sus padres fueron, no por esto estaban menos en su derecho los que blandian esta poderosa arma contra el ministro. Consignamos no obstante este hecho porque se vea que pocos medios de ataque contra el P. Everardo tendrian aquellos que tuvieron que desacreditarle ante la opinion pública valiéndose de un medio ó denunciando una falta de que era tan poco responsable. D. Juan de Austria aprovecha asimismo la ocasion de los desastres ocasionados á los ejércitos españoles por los ejércitos de Luis XIV para achacar al jesuita la responsabilidad de semejantes fracasos, y adoptando una resolucion que honra muy poco á su modestia, se presenta como el único hombre capaz de vencer en la guerra á la nacion francesa. No es de nuestro ánimo suponer que un simple sacerdote ajeno á la táctica bélica pudiera hacerlo mejor que un guerrero experimentado, no negaremos que el hijo de Felipe IV

y María Calderon tenia dotes de militar muy relevantes; pero nadie nos negará que atendidas las ambiciosas miras del bastardo y el numeroso partido que las favorecia, hubiese sido una grande imprudencia en María Ana confiarle el mando de las tropas españolas, que quien sabe á donde hubiera conducido D. Juan. En esta crítica situacion la reina quiso castigar al rebelde premiándole al mismo tiempo, pues por mas que en manera alguna pudiera merecerle simpatias el bastardo, al fin y al cabo era hijo de un rey, y no estaba desposeido de algunas dotes. D. Juan de Austria fué nombrado gobernador de los Países Bajos, pero aunque este destino que en otro tiempo habia desempeñado el gran duque de Alba hubiese bastado para satisfacer la ambicion de un rebelde cualquiera, el bastardo no se dió por satisfecho y resueltamente vino sobre Madrid. Al tener noticia de esta notoria desobediencia, la reina le prohibió acercarse á veinte leguas á la redonda de la corte, y entonces retirándose á Consuegra, dejó de ser guerrero para ser conspirador, y aun algunos añaden, no lo aseguramos, que desde su retiro tramó alguna asechanza contra la vida del P. Nithard. Este por su parte, colocado á impulso de las circunstancias en tan elevado puesto, que nunca ambicionára, no poseia aquella energía de carácter, aquel talento político que se necesita para gobernar á una nacion, y mas á una nacion en el estado en que entonces se encontraba la nacion española. De consejero á ministro universal hay una gran distancia.

La reina María Ana era madre y conocia de sobras á don Juan. El heredero del trono era un niño enfermizo, incapaz de luchar con la futura ambicion de un bastardo formidable. Temerosa la madre ordenó por via de precaucion, legitimada por la conducta anterior y posterior de D. Juan, que éste permaneciera arrestado en el alcázar de Toledo. El cumplimiento de esta medida destruia todas las esperanzas del bastardo, el cual prefiriendo á todo trance sumir á la patria en los horrores de la guerra mejor que cejar en su propósito, se escapó á orillas del Ebro, fortificándose en Flix. El 23 de fe-

brero de 1669 se pone á la cabeza de las tropas que se reunieron á su rebelde bandera, y se constituye abiertamente en agresor. El jesuita ministro pide por toda defensa que D. Juan justifique y pruebe las calumnias que esparce: habla con la voz de la inocencia oprimida; pero esta voz llega muy pocas veces á los oídos de los ambiciosos para los cuales todo obstáculo debe ser removido. Nithard estaba apoyado por la reina, pero la reina no tenia en quien apoyarse sino en Nithard: ambos á dos luchaban asidos á una débil tabla contra los furrores de una borrasca desencadenada. D. Juan declara públicamente que no desistirá de su empeño hasta tanto que el jesuita salga para un destierro, es decir, hasta que desaparezca el obstáculo de su ambición. El P. Everardo comprendió á D. Juan; podia resistirse, pero su resistencia hubiera ensangrentado á la España, y el jesuita no podia consentir que por su causa ó por la del bastardo se derramara una gota de sangre. En la *Relacion de la salida de España del P. Nithard*, impresa en español y en francés en Paris, año 1669, leemos lo siguiente:—«Mucho tiempo habia que el jesuita pedia permiso para retirarse. Un domingo, despues de haber confesado á la reina, se arrojó á sus pies y la instó para que no se opusiera á su marcha. María Ana arrancó en lágrimas, persistió en su negativa, pero como la salida del padre era cuestion de estado, vióse obligada á ceder á la fuerza de las circunstancias. En 1669 Nithard pudo alejarse. D. Juan habia tomado las armas el 23 de febrero, y el 25 la reina madre firmaba el decreto siguiente:—

«Juan Everardo Nithard, religioso de la Compañía de Jesus, mi confesor, consejero de Estado é inquisidor general, habiéndome suplicado le permitiera salir del reino, aunque muy satisfecho de su virtud y otras buenas cualidades, lo mismo que de su celo y buenos cuidados para mi servicio, teniendo en cuenta las instancias que me ha dirigido y tambien otras consideraciones, le otorgo licencia para que se retire donde le plazca, en Alemania ó en Roma. Empero como en testimonio de

mi satisfaccion y gratitud por los servicios que ha prestado al Estado, quiero que conserve sus títulos, cargos y sueldos. Además quiero que salga revestido del título de embajador extraordinario en Alemania ó en Roma.—Yo la reina.»—La retirada del P. Nithard alejaba un conflicto inminente: D. Juan vencedor de la reina madre no hubiese tenido tampoco inconveniente en ratificar los honores concedidos al jesuita; pero Everardo se negó desde el momento á admitir toda clase de recompensa, título ó sueldo, dándose por satisfecho con que se le firmára un decreto de destierro que tanto habia deseado.

Y no se crea, no, que ciegamente admitimos hechos consignados en escritores interesados en defender el ministerio del P. Nithard. El historiador protestante inglés Coxe hace justicia al jesuita de un modo como pocos se la han hecho. Hablando en una de sus mas célebres obras, *España bajo los Borbones*, de la defensa que de sus actos escribió el jesuita, se espresa el citado autor en los siguientes términos: «Es una obra llena de sabiduría, que revela gran talento y respira la buena fe y la conviccion de la inocencia. El P. Nithard reduce en ella á justas proporciones las acusaciones vagas y no probadas de don Juan, príncipe por otra parte estimable bajo otros conceptos, pero ambicioso y colérico, y que en esta ocasion echó mano de medios que condenan el honor y la conciencia.»—En otro sitio de la propia obra se espresa el mismo autor en los términos siguientes: —«Debemos decir en alabanza de este desgraciado ministro (Nithard) que dió un singular ejemplo de desinterés. Rehusó todos los ofrecimientos de dinero que le hicieron muchas personas, entre otras el cardenal de Aragon y el conde de Peñaranda, prefiriendo, segun sus propias palabras, abandonar la España como simple sacerdote, ni mas ni menos que habia entrado en ella. No sin gran trabajo pudo hacérsele admitir un donativo de doscientas pistolas que le obligó á tomar su protectora para el viaje á Roma, sin que pudieran lograr que aceptara una pension de dos mil piastras, ni tampoco la embajada que le fué ofrecida.»—¿Imitarian muchos esta conducta?

Por fin, se cumplieron los deseos de D. Juan de Austria : libre de su involuntario rival , fué desde luego generalísimo y primer ministro de Carlos II. Pero sucedió con él lo que con muchos ha sucedido antes y despues. El programa del ministro efectivo distó mucho de ser el programa del ministro aspirante. Los pueblos empezaron á comprender la verdad , y muy en breve palparon los resultados del gobierno de D. Juan. En efecto , las consecuencias de sus rebeldías , los frutos de su mando , escritos están en la historia del reinado de Carlos II. Mientras el bastardo de Felipe IV se desacreditaba en la práctica, el P. Everardo Nithard se hacia admirar en Roma por sus virtudes , entre las cuales la que mas descollaba era su admirable humildad. El Papa , sin embargo, habia relevado de hecho los votos del jesuita , desde el momento en que obligó á este á aceptar las distinciones de que le colmió la regenta de España ; así fué que al poco tiempo de su residencia en Roma fué consagrado obispo de Edessa , y el 22 de febrero de 1673, siendo ya de edad muy avanzada, la santidad de Clemente X le decoró con la púrpura romana. Así mientras el nuevo ministro era anatematizado por los mismos que fiando en sus promesas le elevaron al poder , el jesuita víctima de la ambicion de un hombre , se veia colmado de honores tales que nunca los codiciara su ambicion.

Mucho se ha hablado de los Jesuitas á propósito de este hecho , dirigiéndose severos cargos á la Compañía por la conducta del P. Nithard á quien algunos católicos en el nombre han pintado con colores muy negros. Nosotros tenemos por sistema no ocultar ninguna de las acusaciones que se han dirigido contra los Jesuitas , antes por al contrario , plácenos sacirlas al encuentro para refutarlas victoriosamente con los sólidos argumentos de que por fortuna abundamos. Por esto sostenemos con los hechos á la vista que el P. Nithard , léjos de merecer tamañas censuras , merecia que los españoles respetaran al hombre que por un momento galvanizó , si nos es posible hablar de este modo , á la nacion española.

Durante todo el reinado de Carlos II, España pareció participar del letargo que dominaba al monarca, niño toda su vida. En vano los Jesuitas probaron á disipar, á vencer, á iluminar ese aire sombrío, esa apatía letárgica, ese espíritu adormecido de que participaban los españoles todos como si influyera en ellos el temperamento del monarca, siempre encerrado, ora en el fúnebre recinto de los cadáveres reales del Escorial, ora en los bosquecillos del Prado, donde se consumía lánguidamente su existencia. Durante este reinado, en poco ó nada figuraron los Jesuitas. La nación al parecer muerta, necesitaba toda la fuerza de una catástrofe para salir de su postración: los Jesuitas eran poco para sacarla de ella. Felipe IV y Carlos II habían ahogado el gran principio de vida nacional que importáran á España la espada de Carlos V y la política de Felipe *el prudente*.

CAPITULO LIX.

LA CORTE DE FELIPE V.

La guerra de sucesion está escrita con sangre en la historia de España. Sus azares pocos españoles los ignoran. La política de Luis XIV habia de antemano colocado la corona de España en las sienes del duque de Anjou. El archiduque Carlos de Austria salió á combatírsela. En esta ocasion de supremo conflicto para los Jesuitas, los dignos hijos del gran Loyola no obedecieron á otro móvil que la voz de su conciencia. Felipe de Anjou habia apoyado su derecho en las armas católicas, el austriaco habia pedido socorro á los sectarios germanos y anglicanos, que naturalmente le impusieron sus condiciones. Los hijos del inclito Loyola se decidieron por el partido católico, y con ellos la mayor parte de España, salvo Cataluña que con las islas Baleares se pronunció por el rey Carlos. No intentamos rebajar el mérito de los catalanes en aquella azarosa y sangrienta lucha, en la cual se cometieron tantos crímenes y llevaron á cabo tan grandes hazañas. El rey se vengó duramente en sus enemigos: Barcelona en particular vió asaltados sus muros y saqueado su recinto por las armas del francés, y cuasi todos los pueblos del principado participaron de las cadenas que hasta los cuchillos encadenaban á las mesas de los labradores. Quizás si los ingleses de lord Peterborough hubiesen cuidado mas de defender la causa del archiduque que de sembrar la herejía en una nacion eminentemente católica, la suerte que favoreció las armas del de Anjou se hubiera declarado por el de Austria. Pero por al contrario, en vez de salir al campo á combatir las huestes francesas contra-

restando con las armas el efecto de las armas, guardaban sus bayonetas para resguardar á los predicadores que tras el apoyo de la fuerza propagaban en Barcelona y otros puntos las máximas del error. Los Jesuitas defensores de la verdad católica no podían tolerar tamaños escándalos, y por lo mismo salieron al combate armados únicamente de su elocuencia, pero escudados por el broquel de la Religión. Sin embargo no por ser católicos dejaron de ser humanos, antes por al contrario, porque eran lo primero fueron lo segundo, y acreditaron esta humanidad con sus mismos enemigos. Gerona fué testigo de esta caridad evangélica, y durante los horrores de su sitio vióseles prodigar toda clase de auxilios á sus desgraciados habitantes. El Marqués de San Felipe en sus *Memorias para servir á la historia de España en tiempo de Felipe V*, dice:—«Muchos religiosos abandonaron la ciudad; pero los Jesuitas asistieron siempre con una ejemplar caridad á los pobres y enfermos, que eran en gran número durante tan crueles peligros.»—Semejante conducta es doblemente digna de elogio.

Al cabo de tan sangrienta lucha, Felipe V llegó á sentarse en el trono de España. Desde que saliera de Francia, le había seguido en todas sus escursiones el P. Daubenton, jesuita, designado al efecto por Luis XIV. Daubenton estaba acostumbrado á leer en el ánimo del rey, pero esta preponderancia que le daba el familiar trato con el príncipe, le fué desde luego disputada por el ascendiente que una mujer adquirió sobre la reina Luisa de Saboya, ascendiente que desde luego se hizo temible por sus consecuencias á Luis XIV. Esta mujer se llamaba la princesa de los Ursinos, muy entendida en diplomacia y que se servía de su talento para favorecer las miras de su ambicioso carácter. Creyendo útil á sus planes que se alimentára una disension entre el rey y la reina, empezó por prevenir á esta contra la Francia, dominando al mismo tiempo el carácter débil de Felipe, y comprometiendo segun sus planes la tranquilidad de los dos Estados. No hemos de detenernos en trazar el carácter y las miras de esta mujer, por-

que el recuerdo de su valimiento pesa demasiado en la memoria de los españoles todos.

El P. Daubenton conocia estos planes y por lo mismo que era adicto al monarca, á la Francia y á la España, se propuso cortarlos. En efecto, España le debe el primer destierro que sufrió la princesa, que demasiado segura de su ascendiente sobre la reina, descuidó de defenderse de los ataques que el jesuita la dirigia con el rey. Pero al poco tiempo de su destierro, entró de nuevo la princesa en Madrid, y mas precavida despues que experimentó los funestos efectos de su descuido, logró vengarse del jesuita, que á su vez salió desterrado de la corte. Al P. Daubenton sucedió el P. Robinet, tambien jesuita. Duclos en sus *Mémoires secrets*, le juzga de la manera siguiente: — «Nunca confesor alguno convino mas en su puesto, y sin embargo nadie le deseaba menos. Lleno de virtud y talento, imbuido de las mas santas máximas, celoso francés aunque igualmente apasionado por el honor de España su segunda patria; él fué quien aconsejó al rey que reformara la Nunciatura desde el momento en que el Papa reconoció al archiduque por rey de España.» — Este hombre evitó á España un acontecimiento desagradable, y que la amenazaba desde la muerte de la reina Luisa acontecida en 1712.

La princesa de los Ursinos habia adquirido en el ánimo de Felipe V el mismo ascendiente que ejerciera en el de la reina difunta. Su ambicion desde este momento desenfrenada soñaba nada menos que en unir su mano con la del monarca; pero como en otro lance la habia salido al encuentro el P. Daubenton, en este caso fué el P. Robinet quien se anticipó á ella desbaratándola. El confesor sabia que si Felipe se llegaba á avergonzar de semejante alianza, dejaba esta de ser temible. Por lo tanto aprovechó la ocasion de hallarse el rey en presencia de muchos señores de la corte, y habiéndole preguntado el monarca, siempre aficionado á saber noticias de Francia: — ¿Qué es lo que pasaba en París? — Señor, contestóle el P. Robinet, en París se dice que V. M. va á casarse con la

princesa de los Ursinos. —Nunca—replicó el rey con sequedad. El jesuita habia logrado su objeto: la mano del monarca no habia de pertenecer á la princesa.

A pesar de los servicios que el P. Robinet habia prestado al rey, no pudo evitar que llegára el día de su desgracia; pero el motivo de ésta era otro de sus mas esclarecidos timbres. En la obra citada, *Memorias secretas* por Duclos, se lee lo siguiente: —«Una accion justa y razonable fué causa de su desgracia. El arzobispado de Toledo, riquísimamente dotado, estaba vacante. El cardenal del Indice le solicitó, valiéndose al efecto de la intermediacion de la reina. El rey antes de resolver quiso consultar con su confesor. Este fué de parecer distinto al de la reina y dijo, que teniendo ya el cardenal la fortuna que era necesaria para su dignidad, lo mas conveniente era distribuir bien las mercedes, porque el número de éstas era infinitamente menor que el de los pretendientes y aun que el de las necesidades. En consecuencia propuso para el arzobispado de Toledo á Valero Lesa, español, ya por ser preferible á un extranjero, ya porque su nombramiento seria bien recibido de toda la nacion. Este Valero era simple párroco de una aldea cuando el rey le agració con el obispado de Badajoz, en cuya elevada dignidad, lo mismo que en la humilde posicion de que habia salido, no vió mas que deberes para llenar, sin que nunca se le viera parecer por la corte. El P. Robinet hizo comprender al rey que los españoles, á cuyo valor, amor y constancia debia la corona, se creerian recompensados con el nombramiento de un compatriota como Valero, y que nombrar á éste era lo mismo que distribuir entre los pobres las rentas del arzobispado de Toledo por las manos de un prelado que no sabia hacer otro uso de ellas. Efectivamente el rey le nombró en marzo de 1715. La reina y su ministro se resintieron vivamente de la victoria de Robinet: sus consecuencias les asustaron. Ligáronse contra una virtud tan peligrosa, y á fuerza de seducciones y de intrigas lograron alejar de la corte á un hombre que no deseaba otra cosa. Ro-

binet, llevándose consigo el aprecio y buena memoria de los españoles, se retiró á una de las casas de los Jesuitas en Strasburgo, donde vivió y murió tranquilamente, despues de haber edificado por su conducta á la órden.—El abate Gregorio y el Sr. de Maurepas están enteramente contestes en este pasaje de la historia de España.

Como última prueba de su confianza, antes de separarse de Robinet quiso Felipe V le indicára el confesor que en su concepto mejor le conviniera: el jesuita le designó al P. Daubenton, que como hemos visto habia ya desempeñado este cargo, en el cual se habia hecho apreciar de los españoles todos, y que lo habia perdido únicamente por las maquinaciones de una mujer intrigante. Daubenton ocupaba en su órden el importante destino de asistente por Francia junto al general en Roma. El papa Clemente XI le dispensaba su entera confianza; mas á pesar de su edad avanzada y de lo encumbrado de su posicion, no bien el niño á quien habia educado, no bien la conciencia que habia dirigido, hizo un llamamiento á su celo despues de diez años de separacion, el jesuita olvidó pasados agravios é ingratitudes y voló al lado, no del monarca, sino del penitente que le habia llamado. El gobierno español estaba en manos de Alberoni, quien deseoso de trasladar su nombre á la historia revestido de la auréola gloriosa que circunda los de Cisneros y Richelieu, no temia comprometerse con las cortes extranjeras, abarcando un plan que tras el aparente engrandecimiento de España, tendia á su completa ruina, indisponiéndola con todas las cortes europeas. Daubenton adivinó estos planes ambiciosos, y antes que permitir que España se abrasára en el fuego que el ministro iba á prender en toda Europa, dirigióse francamente al rey, y sin perder un átomo de su calma habitual, le espuso con verdad la situacion. Alberoni no pudo resistirse á la gravedad de la acusacion que sobre él pesaba: el rey abrió los ojos, y el poderoso ministro cayó del poder. El jesuita confesor fué mas que nunca el árbitro de la conciencia del rey y de los destinos de España. No obstante vi-

no un momento de mal fundado real enojo, y el P. Daubenton fué su víctima. Mucho tiempo hacía que en el ánimo del rey germinaba una idea de abdicacion: su vida entera, su reinado todo era un tejido de guerras y revoluciones, influencias traidoras, disgustos continuos. Felipe V deseaba descansar, necesitaba dar reposo á aquel cuerpo que tantos trastornos políticos y pesares domésticos habian fatigado. Confió el proyecto á su confesor, y luego temió que este lo hubiera revelado á la corte de Francia. Ni tenia indicios de ello, ni menos fué en busca de pruebas: por desgracia los enojos de los reyes los han llorado muchas veces las naciones con lágrimas de sangre, y desgraciado el hombre sobre cuya cabeza se descargan. Felipe quiso hacer probar su enojo á Daubenton, y la inocencia no pudo resistir la humillacion del reproche: el confesor fué atacado fulminantemente de apoplejía en presencia misma del monarca. Tarde conoció éste su error: el jesuita por al contrario sintió claramente acercarse la hora de su muerte. El 7 de agosto de 1723, refiere el marqués de S. Felipe, el P. Daubenton murió con edificacion suma en el noviciado de los Jesuitas. Allí se hizo transportar desde el momento en que se conoció enfermo de peligro, para tener el consuelo de morir en la casa de S. Ignacio. Su muerte fué acompañada de pruebas tan manifiestas de piedad y religion, que hizo impresion suma en muchas personas. El rey que continuó dispensando su confianza al jesuita hasta el momento de su muerte, le suplicó designára por sí mismo á su sucesor. Daubenton le indicó al P. Benitez. Para honrar dignamente al guia de su infancia y de su edad madura, Felipe V ordenó que la corte, los ministros y los oficiales de la corona asistieran á los funerales del padre, á quien hizo dispensar los honores reservados á los grandes del reino. ¡Honrosa, pero asaz tardía reparacion!

Daubenton en medio de su calma fria, abrigaba una energia de carácter, única que podia animar la debilidad del rey. Muy al contrario de proteger las miras de la corte de Francia respecto á los planes de abdicacion abrigados por Felipe, des-

aconsejó constantemente á éste su proyecto, contrariando las pretensiones del duque de Orleans. Su sucesor el P. Bermudez no tuvo tanta firmeza, y limitándose esclusivamente á sus atribuciones de director espiritual, dejó al príncipe en libertad de obrar conforme su voluntad le dictara. Por último el 15 de marzo de 1725, Felipe V renunció el trono en favor de su hijo Luis I, monarca cuasi ó del todo niño, de quien la historia se ha ocupado muy poco. Su corto reinado, que solo duró cinco meses, no es notable por hecho alguno de estos que forman época en los anales de una nación. Muerto en edad temprana, el 6 de setiembre del propio año 1725, su padre Felipe V con luto en el corazon y el alma desgarrada condenóse á empuñar nuevamente el cetro de España.

Esta es la verdad de los hechos, y los citados son los jesuitas que figuraron en la corte de un monarca de tan distintas maneras juzgado. En vista de esta exacta relacion ¿cuáles son los cargos que pueden dirigirse á la Compañía de Jesús? Enhorabuena todos los hombres que han poseído la confianza de los reyes, se hubiesen hecho dignos de ella como los PP. Daubenton y Robinet.

CAPITULO LX.

CÁRLOS III.

HEMOS asistido á la destruccion de los Jesuitas en Portugal y en Francia. Tambien nos hemos echado tras las huellas que la Compañía dejó impresas en España, y al par que hemos visto á sus individuos morir socorriendo á los apestados, sentarse en las cátedras de sus gratuitos y populares colegios, predicar en las iglesias, acompañar al combate á los soldados, y merecer por mil títulos el cariño de los pueblos, hemos visto tambien á los mismos sacerdotes poseer la confianza de un Felipe II, Felipe III, Felipe IV, Maria Ana y Felipe V, es decir, de toda la línea de soberanos desde su instalacion en la península hasta la época á que hemos llegado de Carlos III, esceptuando á Carlos II *el hechizado*, de cuyo monarca no hemos querido ocuparnos, pues ninguna influencia tuvieron los Jesuitas en un reinado tan funesto para España, y aun este alejamiento de los destinos públicos prueba para quien conozca la época del *hechizado* que quizás la suerte de España hubiera sido otra, si el triunfo de D. Juan de Austria sobre el P. Everardo Nithard no hubiera cerrado á los hijos del gran Loyola la puerta que conducía hasta el real aposento. El reinado de Carlos II para quien conozca los antecedentes que le precedieran, es la mejor defensa de los Jesuitas en sus relaciones con los reyes. Enrique IV y Felipe II pudieran abonar nuestras palabras. No por esto, no por los muchos beneficios que sus virtudes aportaron á España, dejó la nacion de verlos desaparecer de su seno, pero digase en honor de los Jesuitas y en obsequio á los

españoles, que ninguno de estos tuvo noticia ni aun presentimiento de la catástrofe que iba á estallar, hasta tanto que sus efectos se la revelaron. La espulsion de los Jesuitas de España es otro de los *crímenes de falsificacion* debidos al funesto complot de Choiseul, Carvalho y demás filósofos, secundados por el conde de Aranda, que dejándose arrastrar del espíritu del siglo, vino á tributar su ofrenda en aras de la impiedad. Es una historia curiosa que prueba evidentemente hasta qué punto es en los reyes temible la ceguedad, y hasta donde pueden llegar las tristes consecuencias del valimiento de un hombre indigno.

Antes, sin embargo, debemos hacer resaltar las consecuencias de la salida de los Jesuitas de España, como lo hemos hecho con los Jesuitas de Francia: los hechos hablen con su lenguaje inspirado por la verdad, y las reflexiones háganlas cuantos se crean con la suficiente imparcialidad para hacerlas. Fueron espulsados los Jesuitas de España en tiempo de Carlos III. En la corona de la monarquía española habia engastadas preciosísimas joyas, y en el Nuevo Mundo poseia riquezas bastantes á labrar la felicidad de la nación entera. ¿Qué se han hecho estas conquistas de Cristóbal Colon, Hernan Cortés, Francisco Pizarro, y tantos otros ilustres navegantes que á la vuelta de sus viajes depositaban por via de ofrenda á los pies del trono mundos enteros? ¿Qué se han hecho aquellas vastas regiones del Paraguay, que un dia fueron la riqueza de Portugal como mas tarde fueron la riqueza de España? ¿Qué se ha hecho de aquel reino de Méjico, Perú, Chile; qué se ha hecho aquel mundo americano que escitaba la codicia de los mas poderosos reyes europeos? ¿Qué se ha hecho? Las facciones intestinas le han destrozado, la mala administracion le ha perdido, los que antes le miraban con temor nos le han arrebatado, y como memoria dolorosa de lo que un dia fué la América para la España, réstanos la isla de Cuba, de continuo combatida por un pueblo ávido de conquista, que con desvelo incesante espía el momento oportuno en que una imprudencia

de parte del gobierno español venga á favorecer sus ambiciosas miras. Por cierto que causa tristeza volver los ojos á lo pasado cuando se han fijado en el aciago presente. Esto no son opiniones, este es el voto público, esta es la historia triste de las Américas españolas.

Trasladémonos á la península. Los Jesuitas fueron espulsados en tiempo de Carlos III: desde este monarca hasta Fernando VII que los restableció ¿qué ganó la monarquía española? Todo hispano que se ponga lealmente la mano sobre el corazón, diga si desde unos tiempos á otros hemos ganado ó hemos perdido. Si Carlos III convencido de su imperdonable error, pudiera levantar de la tumba su inteligente cabeza y tener una mirada por el desgraciado país español, de fijo habia de estremecerse ante la triste realidad que nuestro estado haria resaltar á sus ojos. Pero el mismo Dios que encadena las olas del mar, suscita á veces las tempestades; el Dios de las naciones que las concede ministros como Jimenez de Cisneros, las azota á veces con ministros como el tirano Pombal; el Dios que ilumina la inteligencia de un S. Agustín, tolera á los heresiarcas como Lutero; finalmente el Dios que probó la virtud de los Jesuitas en sus prósperos tiempos de Enrique IV, quiso medir su constancia y probar su firmeza en tiempo de Carlos III.

Afortunadamente para los dignos hijos del gran Loyola parece escrita la máxima del Divino Maestro:—Si el mundo os aborrece, sabed que antes me ha aborrecido á mí: pero todo esto lo padecereis por causa de mi nombre.

CAPITULO LXI.

IMPRUDENCIAS, TRAICIONES Y BAJEZAS.

Ya hemos dicho que imperaba en España el Sr. D. Carlos III : príncipe guerrero y diplomático, no era á pesar de esto un Carlos V en la táctica, ni un Felipe II en la política. Sin embargo no negaremos que el monarca tenia dotes verdaderamente reales, si bien estaban en parte sufocadas por dos grandes defectos, su impetuosidad y tenacidad que no conocian límites. Así fué que mas de una vez dió pasos injustificables y dictó providencias, cuya impolítica solo disculpára el estado de irascibilidad en que estaba el monarca al dictarlas. Una de ellas fué la supresion de los Jesuitas.

Choiseul, que no se habia contentado con su doble triunfo en Francia y Portugal, fijó sus ojos en España, en la España de Carlos III que á pesar de haber pasado por las dilapidaciones de Felipe IV y las imbecilidades de Carlos II despertaba aun la envidia de las naciones sus hermanas. Pero en España Choiseul tenia que luchar con un obstáculo formidable: Carlos III no era un monarca débil como Luis XV ó estragado como José I : debia por lo tanto buscarse en la armadura de sus buenas cualidades un punto descubierto y por allí abrirse paso hasta el corazon. El rey de España era hombre : convencido de la influencia que sus reinos ejercian en el mundo, era orgulloso de su grandeza. Por este flaco le atacó Choiseul. El rey de Francia tenia la prerogativa de que en las cortes extranjeras sus embajadores ocupaban el primer lugar despues de los del emperador de Alemania, que ocupaban entre todos el de pre-

ferencia. Esta prerogativa, en apariencia y aun en mucha parte de realidad de pura etiqueta heráldica, halagaba al monarca francés que se veía distinguido y honrado por ella sobre todos sus demás hermanos. Choiseul renunció este privilegio en favor de los embajadores de la nación española, sacrificando á sus futuros planes uno de los timbres nacionales, que nada significan ni valen en un hombre, pero que acarician los pueblos con orgullo. El rey de Francia se negaba repetidamente á renunciar su privilegio, pero el ministro falaz le dió á entender que era el único medio para hacerse propicia á la nación española, cuya marina pudiera ser un poderoso y decisivo auxiliar en la ruinosa guerra que el francés sostenia con la Inglaterra. Carlos III envanecido con esta distincion, creyó que de nadie podia fiarse mas que del ministro que así llenaba uno de sus mas ardientes deseos, haciendo desaparecer y renunciando á un privilegio que mortificaba su orgullo, y en consecuencia Choiseul obtuvo por completo la gracia y confianza del rey de España á costa de un sacrificio de gloria nacional.

Pero á los intentos del ministro no bastaba esta confianza, pues Carlos III era presumible fuese partidario de los Jesuitas, por cuanto lo mismo en Nápoles que en Madrid les habia dado repetidas pruebas de su afecto, y cuando el tirano Pombal se propuso hundir á la Compañía de Jesus bajo el peso de sus calumniosos y asquerosos libelos, Carlos se apresuró á recoger y condenar estos escritos que despreció como ellos se merecian. Además, la nación española no se prestaba á un cambio de ideas como la francesa. Francia voluble, Francia del siglo XVIII atea, no podia ser comparada á España constante en sus convicciones, inalterable en su fe católica, y que se gloriable de ser la patria de S. Ignacio, fundador de la Compañía, y de los santos Francisco Javier y Francisco de Borja, dos de sus mas gloriosas lumbreras. Era preciso aguzar el ingenio algo mas que le aguzó Carvalho en Portugal, y trazando sus planes estaria el ministro francés, cuando la casualidad

empezó á servirle mucho mejor que él quizás hubiera discurrido. Por esto hemos dicho muchas veces : *Dios lo permitió...*

Ministro de Carlos III era el marqués de Esquilache , napolitano de origen , y como extranjero poco amigo de los españoles , quienes por su parte le pagaban con igual moneda , como decirse suele. Esquilache por fines particulares que á primera vista nada aparentan poder tener de común con la política y la ciencia del gobierno , dictó algunas órdenes concernientes al traje acostumbrado de los españoles de capa y sombrero de alas anchas , y además sobre su diversion favorita de las funciones de toros. El pueblo á quien el ministro se hizo por estos actos mas y mas odioso , se levantó en Madrid el 26 de marzo de 1766 , pidiendo á gritos por las calles la cabeza del ministro. Las revoluciones empiezan por poco y acaban á menudo por mucho : frecuentemente son como la llama , que primero es chispa y despues fuego voraz. El motin contra el ministro Esquilache prometia tomar serias proporciones : el mismo rey Carlos III , á pesar de contar con el cariño de sus madrileños , creyó oportuno alejarse de la corte y refugiarse en Aranjuez. Esta accion que al rey pareció prudente llevar á cabo , fué quizás una lamentable imprudencia. El pueblo de Madrid quedaba sin gobierno en un período revolucionario ; abandonado á sí propio en un momento en que la ceguedad tumultuaria podia conducirle á los mayores excesos , amenazaba desbordarse como el impetuoso rio que rompe con violencia el dique opuesto á su curso devastador. Era pues indispensable que alguno arriesgára su existencia , saliendo á contener esforzadamente la rebelion que se engrosaba por momentos. ¿Quién era capaz de salir á la calle y decir á un pueblo en el momento de su apogeo revolucionario—¡ Atrás!—¿ Quién amansa al leon cuando ruge irritado y amenaza despedazar á cuantos se pongan al alcance de sus formidables garras ? Sin embargo no faltaron hombres que llenos de un noble desprendimiento , se lanzaron inermes á la calle , decididos á interponer su influjo y elocuencia para sofocar la rebelion. Estos hombres fueron los

Padres de la Compañía, que con el Crucifijo en la mano, invocaban de los turbulentos madrileños aquellos sentimientos de humanidad y obediencia á las potestades que tanto recomiendan la religion católica. Por el prestigio que ejerce su voz, por la influencia que han adquirido con sus virtudes, por el grande amor y confianza que inspiraban al pueblo, no bien aparecen en las calles predicando la paz, cesan de todo punto las hostilidades, retiranse los amotinados á sus casas, y una revolucion que amenazaba devorarlo todo termina felizmente á los unánimes gritos de—¡ Vivan los Jesuitas!—con que el pueblo acoge y aclama á los que han espuesto generosamente sus vidas por salvar á Madrid y á la nacion entera de un formidable conflicto. Alejado el peligro, regresó á la corte Carlos III, donde fué recibido con las mas vivas aclamaciones por parte de su pueblo, que saludaba entusiasta á un monarca, de quien España habia recibido no pocos beneficios. Aquí parecia deber tener un término esta cuestion.

A pesar de esto, el soberano español, que con algo de justicia podia juzgarse á sí propio por buen político y aun guerrero, no pudo menos que sentir la humillacion que le habia cabido en su fuga, tanto mayor en cuanto el motivo visible de la sedicion no habia sido otro que una cuestion de trajes, mas propia para ocupar á sastres y sombrereros que no á diplomáticos. No solamente debia de estar corrido por esto, sino tambien por haber manifestado evidentemente su temor é impotencia para sufocar un motin, que se deshizo á la simple aparicion de unos cuantos sacerdotes, que por cierto no se hicieron preceder ni seguir por los arcabuceros del ejército real. Tales consideraciones debian hacer por fuerza mella en un alma del temple de la de Carlos III. Sin embargo no podia abrigar queja alguna contra la Compañía de Jesus, antes bien debia estarla reconocido, y estas ocurrencias hubiesen pasado sin consecuencias á no esplotarlas no hábilmente sino arteramente el Choiseul de ingrata memoria para el orbe católico.

La revolucion de Madrid derribó como era muy natural el

gobierno de Esquilache, en reemplazo del cual nombró el rey al conocido Abarca de Bolea, conde de Aranda, que en la cuestion de los Jesuitas desempeñó un papel tan ominoso para los buenos como poco honroso para él. El partido de la impiedad por medio de Choiseul espidió las sentencias; Pombal y Aranda fueron los verdugos encargados de llevarlas á cabo. El nuevo ministro español estaba afiliado por compromiso y por vocacion en la secta filosófico-impia, y cuenta que esto no lo decimos nosotros, sino los mismos jefes de esa escuela, enemiga irreconciliable de los Jesuitas y de la religion y principalmente interesada en su ruina. En nuestro apoyo citaremos en primer lugar al célebre protestante alemán Schlosser, el cual en el primer tomo de su tan reputada obra de la *Historia de las revoluciones políticas y literarias de Europa durante el siglo XVIII* se espresa en los términos siguientes:—«El conde de Aranda, el mismo que habiendo abandonado sus empleos de España y habiéndose hecho nombrar embajador en París brilló durante diez y seis años en la sociedad de los filósofos etc.»—Citaremos tambien al asimismo protestante Schoell, quien al tomo 39 de su grande obra *Curso de historia de los Estados europeos*, retrata al ministro Aranda con los colores que vamos á ver:—«Ebrio de los incienso, dice, que los filósofos franceses quemaban en su altar, no veia mayor gloria que la de ser contado entre los enemigos de la religion y de los tronos.»—Ya se ve pues que el duque de Choiseul estaba completamente seguro del ministro español para sus anti-jesuiticos proyectos.

Sabedor el francés de la humillacion en que el español monarca se creia sumido, se aprovechó de ella para hacer brotar la duda en su corazon, indisponiéndole de este modo con los Jesuitas, ó predisponiéndole cuando menos en contra suya. A este efecto trató de hacer concebir al monarca una sospecha ruin: los Jesuitas que sufocaron la rebelion ¿serian acaso sus autores? Este maquiavélico plan no tenia mas apoyo que la facilidad con que los Jesuitas apagaron el incendio revolucio-

nario, de modo que de aquello mismo que debia formar su mayor elogio, sacaron sus enemigos armas para combatirles. El rey llegó á darlas algún crédito; por consecuencia de ello la Compañía que un dia le habia sido tan querida y que despues del motin le habia sido poco menos que indiferente, empezó á hacérsele odiosa. Y no por esto los perseguidos Jesuitas eran menos inocentes del delito que se les atribuía. Un testigo irrecusable alegado por un autor irrecusable tambien en este punto se ha encargado de acreditarlo. El testigo es el duque de Alba, el autor Cristobal Murr, célebre entre los protestantes. Entre los secretos que nos han sido divulgados por su famoso *Diario*, vemos al tomo noveno, que el duque de Alba, heredero del título pero no de la fe de aquel duque de Alba que combatió al frente de los tercios de Felipe II, en 1776, diez años despues del motin contra Esquilache, se dirigió por escrito al rey haciéndole una revelacion importantísima, que tambien habia comunicado al inquisidor general el señor Felipe Bertran obispo de Salamanca. Esta revelacion era concerniente á la revolucion *de los sombreros*, como por este nombre era conocida la de 1766. Alba se acusaba en este documento no solo de haber fomentado la rebelion, sino de haber achacado el delito á los Jesuitas para hacerles mas odiosos á los ojos del pueblo y del rey. Tambien se acusó de otras varias cosas, como luego hemos de ver.

Preparado de este modo el terreno, y desconfiando el rey de unos religiosos á quienes suponía fautores de revoluciones en mengua de la corona, creyó Choiseul que era llegado el momento oportuno de dar á los Jesuitas el golpe de gracia: el plan estaba trazado en París, sus ejecutores en España nada le objetaron: Aranda y Alba no veían mas órdenes que las de los filósofos, y en su nombre obraba Choiseul. Vamos á ver cual fué el medio empleado y si con justicia merece que un protestante célebre le califique de *atroz* y *grosera calumnia*.

Un dia del año 1764 y á la hora en que la campana del Colegio de Madrid llamaba á los Padres de la Compañía al re-

refectorio, un hombre desconocido se presentó á las puertas de la casa, pidiendo por el superior, para quien era portador de un paquete de cartas cerrado. Rompió el superior el sobre con ánimo de enterarse de su contenido, y el portador le hizo presente que no era asunto que urgiese y que por lo tanto podía dejarlo para despues de la comida: hizolo así el superior y se trasladó sin recelo al refectorio. Cinco minutos despues la policía llamaba á su vez á las puertas del convento, portadora de una orden para proceder al registro de las celdas, en las cuales se proponian á su decir encontrar documentos sospechosos. Nada opuso el superior seguro de su inocencia, y acto continuo penetrando los esbirros en su habitacion se apoderaron del paquete que pocos minutos antes habia recibido. Por mera fórmula se procedió luego al registro de las demás celdas, sin que diera resultado alguno. ¿Qué contenia este paquete que así llamaba la atencion de la policía y con tanto afan era buscado?

Este paquete contenia unas fingidas cartas del general de la orden Lorenzo Ricci, por mano maestra falsificadas y en las cuales el jefe de la Compañía de Jesús decia tener las pruebas suficientes para probar que Carlos III era fruto criminal de un adulterio; y luego se hablaba del proyecto de despojar á la península de sus reducciones del Paraguay, erigiéndolas en posesion independiente bajo el gobierno de los Jesuitas.

Detengámonos aquí. Nadie pondrá en duda lo infernal de semejante plan; pero lo que dudarán algunos es de la verdad de nuestra relacion si no la apoyamos en robustos datos. En primer lugar semejante conducta debiera hacérse nos estraña en otras personas que no fueran los jefes de la conspiración que desde lo antiguo amenazaba á la Compañía de Jesús. ¿Acaso no fueron estos los que en Portugal falsificaron un Breve del Pontífice y en Francia un edicto de Enrique IV? ¿Qué tiene pues de singular que falsificaran cartas de un religioso que no podian ser tan fácilmente desmentidas? Convengamos en que lo de España fué un plagio de lo otro, mas grosero si cabe y

llevado á efecto con peor intencion y refinamiento de insolente audacia.

Asombrados por tanto atrevimiento, dudáramos, negaríamos el hecho, pero no podemos dudar ni negar desde el momento en que le revelan y le dan fe aquellos que por su conocida enemistad con la Compañía de Jesus, debieran ser los primeros en ocultarle. El protestante inglés Coxe, en su obra *España bajo la dominacion de los Borbones*, al tomo 5.º pagina 4.ª dice:—«De mucho tiempo el ministerio francés se ocupaba de la caida de los Jesuitas en los demás paises, y con preferencia de su espulsion del territorio español. A este efecto Choiseul no perdonó medio ni intriga para hacer cundir la alarma sobre sus principios y carácter, atribuyéndoles todas las faltas que prometian hacerles incurrir en desgracia. Ningun escrúpulo opuso PARA HACER CIRCULAR CARTAS APÓCRIFAS BAJO EL NOMBRE DE SU GENERAL y otros superiores, y propalar odiosas calumnias contra algunos individuos de la sociedad. Por todas partes circulaban rumores relativos á los supuestos complots de los Jesuitas y á sus conspiraciones contra el gobierno español. Para hacer mas verosímil la acusación, SE FALSIFICÓ UNA CARTA, QUE SE SUPUSO ESCRITA POR EL GENERAL DE LA ÓRDEN EN ROMA Y DIRIGIDA AL PROVINCIAL DE ESPAÑA. Esta carta le mandaba promover insurrecciones, y le fué entregada de modo que fuera fácil de interceptar. Pero la causa principal que produjo su espulsion fué el triunfo de los medios empleados para hacer creer al rey, que á consecuencia de las intrigas de los Jesuitas habia tenido lugar la revolucion de Madrid, y que todavía estaban maquinando contra su propia familia y persona. Imbuido en esta opinion, Carlos se trocó de celoso protector en enemigo implacable, y se apresuró á seguir el ejemplo del gobierno francés, arrojando de sus Estados á una sociedad que tan peligrosa le parecia.»

Tambien Leopoldo Ranke adoptó esta misma idea, pues en su *Historia del Papado*, tomo 4.º dice:—«Persuadieron á Carlos III de España de que los Jesuitas habian concebido el

proyecto de sentar en su trono á su hermano Luis.» —Asimismo es apoyada por Cristobal Murr ; y Sismondi en su *Historia de los franceses*, tomo 29, se espresa en los siguientes términos :—«Carlos III conservaba un profundo resentimiento por la insurreccion de Madrid, que creia obra de alguna intriga extranjera ; pero lograron hacerle creer que era obra de los Jesuitas, y este fué el principio de su desgracia en España. Rumores de complots, acusaciones calumniosas, CARTAS APÓCRIFAS DESTINADAS Á SER INTERCEPTADAS, Y QUE EN EFECTO LO FUERON, acabaron de decidir al rey.» —Esta unanimidad de pareceres se halla asimismo confirmada por el historiador protestante Schoell, quien en su *Curso de historia de los Estados europeos*, tomo 39, dice :—«Desde el año 1764, en que el duque de Choiseul habia espulsado á los Jesuitas de Francia, persiguió á la órden en España. Empleáronse todos los medios para hacerla un objeto de terror para con el rey, y á esto llegaron por medio de una ATROZ CALUMNIA. Asegúrase que le pusieron de manifiesto una pretendida carta del P. General Ricci, de la cual se acusa al duque de Choiseul de ser autor, carta en la cual el general anunciaba á su corresponsal que habia logrado reunir los documentos que probaban que Carlos III era hijo de un adulterio. ESTA ABSURDA INVENCION hizo tal efecto en el rey que se dejó arrancar la órden de espulsion de los Jesuitas.» —Otro historiador inglés, el protestante Adam, en el tomo 4.º de su *Historia de España*, no solo abunda en la misma opinion, sino que se estiene hasta buscar el origen de tales persecuciones, y dice :—«Sin temor á las consecuencias, pueden ponerse en duda los crímenes y malas intenciones atribuidas á los Jesuitas, y es mas natural creer que un partido enemigo no solo de su establecimiento como corporacion, sino de la Religion cristiana en general, suscitó una ruina, á la cual los gobiernos se prestaron con tanta mayor facilidad en cuanto era cosa que favorecia notablemente sus intereses.»

A mayor abundamiento, la historia nos ha querido descor-

rer un poco el velo del misterio que encubría á los falsificadores de cartas como las del general Ricci, y aunque todos convienen en que la idea salió del duque de Choiseul, que en esto de falsificar era maestro, no son ni el protestante Cristóbal Murr, ni el católico Creteineau Joly los únicos que aseveran que el poco ha citado duque de Alba se acusó á si mismo al rey y al prelado de Salamanca de haber sido otro de los autores de la supuesta carta. Pero á fin de que se vea hasta donde llega la imprudencia y el poco talento de los enemigos de la Compañía, hemos de referir un hecho curioso, que nos conserva una obra impresa en el año 1800, y que lleva por título: *Del restablecimiento de los Jesuitas y de la instruccion pública*. Dice así:—«Bueno será que aquí añadamos una particularidad interesante para la historia de los medios empleados en perder del todo á la Compañía de Jesus en el ánimo de Carlos III. Además de la pretendida carta del P. Ricci, existen otros documentos falsificados, y entre tantas mentiras una carta en que se habia imitado perfectamente la letra de un jesuita italiano, y que contenia una sangrienta invectiva contra el gobierno español. A las instancias que hacia Clemente XIII para que se le presentáran pruebas para convencerse é ilustrarse, se contestó remitiéndole esta carta. Entre los individuos encargados de examinarla se encontraba un prelado, que despues se llamó Pio VI. Pasando por ella la vista, notó desde luego que el papel era de fábrica española, y le pareció algo extraordinario que para escribir desde Roma hubieran ido á España por papel. Volviendo nuevamente á examinar este documento á la luz del dia, apercibióse tambien de que el papel no solo llevaba la marca de una fábrica española sino la fecha del año en que habia sido fabricado. Esta fecha era de dos años con posterioridad á la fecha de la carta; de donde se deduce que la tal carta estaba escrita en aquel papel dos años antes que el tal papel existiera. La impostura y la falsificacion eran bien claras, pero ya en España se habia dado el golpe, y Carlos III no era hombre para reconocer y enmendar un verro.»—

Los enemigos de los Jesuitas y de la Religion imitaron en esta infernal trama al emperador Maximino, quien para esponer al odio á Jesucristo y á sus discípulos hizo publicar y distribuir en todas las escuelas públicas del imperio romano, una obra de Satanás, intitulada : *Actas de Pilatos*, relacion fiel, decia, del proceso y sentencia de Cristo, sacada de los archivos del Pretorio de Jerusalem, y llena de odiosas imputaciones contra su divina inocencia : dicha obra obtuvo el resultado apetecido, y cuando un cristiano se presentaba al público todos gritaban : *al fuego ! al fuego !* Apenas hay un solo apolo-gista de la Religion que no se queje de un artificio tan indigno, empleado para hacer odiosos á los cristianos. Véase, pues, que los modernos Maximinos, los Pombal, Choiseul, Aranda, etc., que emplearon tan indignos medios contra los Jesuitas, solo fueron unos dignos imitadores de aquel tirano, enemigo de la Religion, como ellos.

Tales eran los medios empleados contra los Jesuitas. ¿ Quién se resiste á ellos ? Se concibe el pelear contra un enemigo noble que lucha con armas descubiertas y nobles tambien ; pero es imposible vencer al bandido emboscado ú oculto bajo nuestros pies, mucho mas si emplea armas envenenadas : tales eran las empleadas por el anti-jesuitismo, porque la calumnia es un veneno tan activo como el que mas, y tanto mas temible en cuanto toma todas las formas, entra en todas partes, trasmite-se por todos los conductos y siempre hiere traidoramente. En semejante caso, como veremos luego, no puede decirse que hubiera lucha, puesto que no habia combatientes sino víctimas y verdugos. No exageramos por cierto.

Es de advertir que la trama contra los inclitos hijos del gran Loyola en España no fué tan secreta ni se llevó con tanta discrecion que no traspirara algo de ella, y aunque nadie hizo caso entonces de algunas particularidades que tuvieron lugar, bueno será que consignemos que desde el principio del año 1766 las revelaciones de un jansenista anunciaron la trama, y un mes antes de descargar el golpe él mismo repitió sus pro-

nósticos de un modo positivo, anunciando para muy en breve el desenlace. Semejante conocimiento de los hechos con tanta anticipacion y tan léjos del teatro de los acontecimientos, denotaba la existencia de una intriga, pero tan vagamente lo denotaba, que los inocentes acusados no pudieron ponerse en guardia de modo alguno. Los principales hilos de esta trama verdaderamente infernal, no se conocieron hasta algunos años despues: al presente no solo conocemos uno á uno todos los pasos practicados por los conspiradores, sino que se conserva autógrafa la correspondencia del conde de Aranda y sus hechuras, correspondencia que no puede dejar duda sobre la existencia de los hechos que denunciarnos. Por esta misma correspondencia venimos en conocimiento de que en tan odiosa trama el honor de la invencion pertenece al duque de Choiseul, y al conde de Aranda únicamente le cupo el de la ejecucion. ¡Lástima que tan poco honrosamente empleara sus talentos!

El plan de atribuir á los Jesuitas el motin contra el ministro Esquilache era muy oportuno para preparar el ánimo del monarca, y por lo que hace al pensamiento de las cartas interceptadas, obró en ello Choiseul como hombre que conoce á fondo el corazon de aquel á quien va á dirigir una terrible escotada. Carlos III debía por fuerza temblar de ira al pensar que habia en sus reinos quien conspirara para presentarle á los ojos de sus vasallos como á fruto criminal de un adulterio, á él tan celoso de su honra, tan pundonoroso, tan altivo y tan enérgico en sus resoluciones. Por fuerza la revelacion del supuesto complot debia obrar en él con una velocidad extraordinaria, y no tiene nada de particular que cuando le fué presentada la falsificada carta de Ricci, exclamara en un arranque de horror mezclado de un temor muy natural: «La vida será un suplicio para mí en tanto exista un jesuita en el mundo.» Aquí querian llegar los enemigos de los Jesuitas. Ya colocado el rey en la pendiente de su escitada ira, esa pasion de que debieran los monarcas huir siempre con el mayor temor, de-

jóse precipitar de la cima hasta el abismo sin que ni aun la voz de un Pontífice penetrara en sus oídos, cerrados y sordos por la explosión de su preparada venganza. Esta preparación se verificó en el silencio y la soledad, no con la solemnidad del acto público de justicia, sino con el recelo y aislamiento del que teme ser sorprendido en una ocupación vergonzosa ó criminal. La existencia del complot pudo descubrirse, el golpe de la supuesta carta pudo conocerse de donde venia, pero lo que ni los Jesuitas ni hombre alguno pudieron descifrar es de qué muerte morirían los hijos del gran Loyola. De esto se ocupaba día y noche el ministro filósofo-impío Aranda con una actividad y destreza dignas de mejor causa.

No se cuidó el rey de probar la autenticidad de las cartas que tan fatal golpe habían descargado en su corazón, y si no procedió á un acto tan natural como justo, es porque su herida era de aquellas que se enconan á la luz, porque la vergüenza de haberlas recibido las envenena. Era una mancha arrojada en su honor lo que inquietaba al rey, era una imputación humillante para su amor propio, y toda prosecución pública debía por fuerza divulgar un secreto que el monarca tenía interés inmenso en ocultar. No porque el tal adulterio hubiese existido nunca ni porque Carlos III hubiese tenido que recelar mancha alguna en sus puros y limpios blasones, pero en materias de honor, el manosearlas es matarlas. Divulgar la existencia de semejante carta era divulgar una noticia altamente ofensiva para la majestad real, de que tan celoso se mostró siempre Carlos III. Por esto dijimos que el medio era traidor, porque así como en secreto hería al rey, en secreto el rey debía vengarse por no esponerse á peores consecuencias. Así fué que primero se apercibieron los pueblos del riguroso castigo que de la supuesta ofensa. Si en la carta falsamente imputada al general Ricci se hubiera tratado puramente de conspiraciones políticas ó asuntos de estado, el rey hubiese podido publicarla, el general Ricci verla y desmentir con pruebas el hecho. Por esto discurrieron tan bien como infame-

mente los que escitaron la cólera del rey por medio de una cuestion personal, que imposibilitaba acercarse al agraviado y al ofensor supuesto, mientras el odio del primero debia estar tanto mas terrible en cuanto mas comprimido y oculto tuvo que guardarse en el fondo del corazon. ¡ Dignos procederes por cierto !....

Desde el momento en que Carlos III herido en lo mas vivo de su orgullo dejó entrever claramente que estaba resuelto á deshacerse de los Jesuitas, Aranda que habia triunfado ya en los medios, preparó secretamente los resultados. No hay que decir que todas las personas, muy pocas por cierto, que se asoció, eran en esta cuestion simples hechuras suyas. Por de pronto se estableció el mas riguroso espionaje respecto á cada uno de los PP. de la Compañía existentes, cuyo sistema, si bien no dió resultado alguno, sirvió para hacer creer al rey que los Jesuitas eran personas sospechosas y que debian ser espíados en todos sus pasos. Los espías depusieron lo que sabian y lo que no sabian de la vida pública y privada de sus espíados, y pertrechado el ministro con este fárrago de acusaciones incoherentes, se presentó ante el consejo real cuando lo creyó oportuno, en cuyo tribunal sustuvo la acusacion el fiscal Ruy de Campomanes, tristemente célebre por la tenacidad con que sostuvo el exagerado derecho de las regalías. Campomanes era otro de los que Aranda se habia asociado para tan infernal empresa. Imposibilitados los enemigos de la Compañía de encontrar lunares en la conducta de los blancos de su odio, y asimismo imposibilitados de sostener la acusacion por lo que hace á la fingida carta de Ricci, porque el rey queria que nadie entoviese el objeto de su repentina enemistad para con la órden, Campomanes cumplió su cometido del modo mas ridiculo. El protestante Juan de Muller, que ha hecho á los Jesuitas todo el mal que ha podido, se ve obligado á espresarse en los siguientes términos, al tomo 4.º de su *Historia universal*, donde dice:—«Campomanes hizo un crimen en los Jesuitas la humildad de su exterior, las limosnas que distribuian, los cui-

dados y consuelos prodigados á los enfermos y á los presos , acusándoles de emplear semejantes medios para seducir al pueblo en provecho propio.»—Convengamos en que si estos seducían al pueblo , lástima grande para el pueblo es que no encuentre mas seductores de este género.

En la acusacion sostenida por Campómanes , no entra el fiscal á examinar ni profunda ni aun superficialmente el espíritu del Instituto , ni la disciplina ni las costumbres de los Jesuitas. Al trabajo de Campomanes se llama comunmente cubrir el espediente , y en efecto se portó como quien está seguro del resultado y trata de llenar puramente las fórmulas. ¿Para qué se necesitaba mas ? La sentencia de los Jesuitas estaba firmada de antes por el rey y por los jueces : este aparente baño de legalidad solo sirvió para hacer resaltar mas y mas lo injusto de aquel procedimiento , pues no tan solo no tenian los acusados defensor alguno en el tribunal , sino que hasta estaban ignorantes de que tuviera lugar tal acusacion. Hay mas ; desde mucho tiempo antes de que tal vista tuviera lugar en el consejo , estaban espedidas las órdenes y tomadas las medidas para la espulsion de los Jesuitas , como vamos á ver ; era por consiguiente bien inútil esta fantasmagoría de tramitacion judicial , vergonzosa parodia de la ley del procedimiento ultrajada por sus ministros.

Retrocedamos sin embargo algun tiempo y veamos por qué sendero marchaban los que habian formado el plan de derrocar en España el edificio del gran Loyola. Por de pronto se tomaron las mas prudentes y minuciosas determinaciones para preparar el golpe fatal , por cuanto queria ocultarse la noticia de la conspiracion , no solo á los verdaderos culpables , sino al Papa , al clero , á la nobleza y al pueblo. El aprecio en que eran tébidos los Jesuitas hacia temer con fundamento que se levantaria un formidable partido á su favor , y el impío Aranda tenia formado el proyecto de obrar sin obstáculo. Además ¿quién le aseguraba que por la noticia del peligro que corrían no quisieran los Jesuitas descubrir su origen ? Siendo así era

muy fácil que secundados por los cuatro elementos religioso-sociales ante dichos hubieran dejado la verdad en su lugar, y entonces no tan solo Aranda faltaba á sus compromisos con Choisenl y los filósofos de la impiedad, sino que lo mas presumible era que no se sentára en tal caso por mucho tiempo en su sitio de ministro. Carlos III tampoco hubiera podido dejar sin castigo al consejero que tan vilmente abusára de su posicion en un asunto tan personal si bien de no poca trascendencia. Por lo tanto á solas tres personas se asoció el ministro, y fueron D. Manuel de Roda, el conde de Floridablanca y el citado Campomanes; y en el gabinete particular del rey, el ministro borroneó, escribió por sí y espidió á las cuatro partes del mundo las órdenes referentes al destierro de los Jesuitas. Estas órdenes estaban firmadas por el rey y contrafirmadas por Aranda en su calidad de presidente del consejo de Castilla, y en lenguaje tan enérgico y terminante estaban escritas, que habia nada menos que *pena de muerte* contra el que osára interpretarlas ó modificarlas. Cada pliego de los dirigidos á los gobernadores generales de las provincias y alcaldes de los puntos en donde residian los Jesuitas contenia tres sellos, el del rey, el del consejo supremo de Castilla y el de Aranda su presidente: estas precauciones denotaban que el contenido del pliego era una comision secreta de la mas alta importancia. En el segundo carpete, cerrado con las mismas formalidades, estaban escritas estas palabras: *Bajo pena de muerte no abrireis este paquete hasta el día 2 de abril de 1767, al caer de la tarde.* ¿A qué venian estas palabras que entrañaban tan terrible orden y amenaza?

No es difícil adivinar á qué venia esta terminante orden, pues interesado el ministro en que los Jesuitas ignoráran siempre sus planes, no estaba seguro de que los gobernadores ó alcaldes no los divulgáran sino escondiéndoselos á ellos mismos. Lo que contenia el pliego no era muy largo y decia:—«Os revisto de toda mi autoridad y real poderío para que inmediatamente os trasladeis con las fuerzas necesarias á la casa de los

Jesuitas. Prendereis á todos los religiosos, y en el término de veinte y cuatro horas les hareis conducir en calidad de presos al puerto *tal*, donde serán embarcados en buques destinados al efecto. En el momento mismo de la ejecucion, hareis sellar los archivos, la casa y los papeles particulares de los Jesuitas, sin permitir á ninguno de ellos que se lleve consigo otro equipaje que su libro de oraciones y la ropa estrictamente necesaria para el viaje. Si despues del embarque existiera en vuestro distrito un solo jesuita, aun cuando fuera enfermo ó moribundo, sereis castigado con la pena de muerte.—Yo EL REY.»—¿Se ha visto nunca orden mas cruel? ¿No es verdad que léjos de parecer dictada en tiempo de Cárlos III hace recordar los primeros siglos del cristianismo? Y sin embargo, pretenden los anti-jesuitas que los amigos de la verdad y de la justicia ensalcen esté comportamiento y glorifiquen la conducta de un ministro que obra de una manera digna de un Diocleciano y demás verdugos de la Religion. No, es imposible: cuantos en su pecho sientan arder la santa llama de lo justo, cuantos aprendan á respetar el infortunio no merecido, cuantos vean en la historia, no el espejo de sus hipócritas pasiones sino el juicio de unos acontecimientos que la posteridad ha juzgado ya, es imposible, repetimos, que llamen á esto un acto de justicia.

Hemos supuesto que el rey de España habia cedido á un deseo de venganza, y que la espulsion de los Jesuitas habia sido no solo tolerada sino provocada y sostenida por el monarca, no porque atendiera con ella á llevar á cabo un golpe político, sino para saciar su saña en unos hombres á quienes supuso capaces de conspirar contra la seguridad de su Estado, y mas que todo contra la pureza de su sangre. Si despues de las razones que hemos espuesto, quedára alguna duda á los mas incrédulos acerca del móvil que impulsó al monarca, la desvanecerán hasta su última sombra los siguientes párrafos estractados de la sentencia de los Jesuitas. Dicen:—«Será muy oportuno hacer comprender á los obispos, municipalidades, capítulos y otras asambleas ó cuerpos políticos del reino, que

S. M. se reserva á sí solo el conocimiento de los grandes motivos que han determinado su real voluntad á adoptar esta justa medida administrativa en uso de la autoridad tutelar que le pertenece.»—De modo que una determinacion de tanta y tanta trascendencia se llevó á cabo sin que los pueblos, que eran sus primeras víctimas, supieran por qué ni para qué, y es muy probable que siendo la voluntad del rey que nadie conociera la causa, es muy fácil que esta fuera ignorada aun de los mismos que en el consejo supremo de Castilla firmaron el decreto condenatorio. Aunque por lo que toca á la mayoría de estos, tampoco sería extraño que lo supieran por el tirano-ministro Aranda, si es que ya muchos no estaban, como es muy presumible, comprometidos de antemano en el odioso complot filósofo-impio.

En el mismo decreto se lee tambien:—«S. M. impone á sus súbditos el mas absoluto silencio en este punto, á fin de que ninguna persona escriba, publique ni propague obras referentes á la espulsion de los Jesuitas, ya sean en pro ó en contra, sin especial permiso del gobierno; que el comisario encargado de velar en la prensa lo mismo que sus subdelegados deban ser declarados incompetentes para conocer en esta materia, por cuanto todo lo que la atañe debe ser enteramente movido y llevado á cabo bajo la inmediata autoridad del presidente y ministros del consejo extraordinario.»—Semejantes precauciones no las toma un hombre, mas que sea un rey, sino es para esconder alguna cosa que le atañe muy personalmente, y cuya publicidad pudiera ponerle en grave conflicto. Pero el rey al condenar al silencio sus actos, olvidó que lo mas difícil de guardar es un secreto, que habia muchos noticiosos de la verdad de los hechos, y que tiempo á venir, por mas que prohibiera á todos ocuparse ni en pro ni en contra de los Jesuitas, esta cuestion debia ventilarse en el palenque de la historia donde la verdad tiene siempre asegurado el triunfo. El móvil que impulsó á Carlos III es hoy dia público, y sus propias palabras corroborarian este aserto, si fuese que alguno aparentara du-

dar de él , que no podemos creerlo. La acusacion de bastardía es la que suscitó la borrasca anti-jesuitica , y lo único que pudiera disputarse es si al obrar el rey como obró tuvo á la vista un documento bastante solemne para poder por él dictar tan rigurosa é injusta sentencia. Nuestra opinion le es poco favorable : el documento era falso ; lo comprueban todos los autores cuyos textos hemos reproducido , y cien otros mas que en gracia de la brevedad no reproduciremos. Pero nosotros queremos que el autor de la carta falsificára tan bien la letra de Ricci , que la hubiese equivocado con la verdadera el mismo general de los Jesuitas. Ni aun así tiene disculpa el rey. Un monarca , y un monarca como Carlos III, en asuntos de tan colosal responsabilidad , debia de haber obrado con mucha mas prudencia de la que demostró. ¿ Acaso el crimen de falsificacion era nuevo en la historia para no sospechar de que en este delicado asunto pudiera haber su buena parte de ello ? ¿ Bastaba que una letra se pareciera á la de Ricci para que forzosamente debiera de ser suya ? ¿ Qué diligencias hizo el rey para averiguarlo ? ¿ Acaso en la administracion de justicia , y mas en la parte criminal , es dable sentenciar por simples apariencias ? De ningun modo : la conducta que debia seguir el rey estaba trazada , la que siguió se la trazó él mismo sin consultar sino á su irrita cólera. ¿ Por qué si la injuria emanaba del general de la órden no se dirigió á él directamente ? ¿ Por qué , ya que el pontífice Clemente XIII le pedia por los Jesuitas y le estimulaba á poner en claro esta odiosa trama , por qué no comisionaba á su embajador en Roma , hombre nada parcial , antes gran enemigo de la Compañía , para poner en claro lo que habia de verdad en la supuesta carta del general Ricci ? ¿ Por qué no se dió noticia á las inocentes víctimas de la acusacion á fin de que contestáran á unos cargos que tan fácilmente podian disipar ? — Por esta misma facilidad que temian los conspiradores anti-jesuitas : en este punto comprendemos que el rey cegado por su escitado enojo pudiera cerrar los ojos á la administracion de justicia ; pero á quien no podemos menos de condenar , contra

quien las voces animadas por los instintos de la justicia no pueden estar mudas, es contra el impío ministro que despues de despertado en el ánimo del rey un odio injusto hácia una clase benemérita, comprometió la real majestad haciéndola precipitar por un abismo de ilegalidades y de atropellamiento del derecho, que afean el glorioso recuerdo de Carlos III. El ministro como la persona que era sobre quien recaía la parte ejecutiva de este asunto, debió abrir al rey los ojos y no cerrárselos, debió detenerle en el precipicio de la injusticia y no empujarle á él, debió esclarecer la verdad y no ofuscar el real ánimo en cuestion de tal trascendencia.

De verificarlo así estamos muy seguros que habria resaltado la inocencia de los Jesuitas, y especialmente la de su general, á quien tan fea mancha se imputaba. Robustecido nuestro parecer con testos de gran valia, hemos opinado y defendido que era apócrifa, supuesta y falsificada la conducta atribuida á la Compañía; ahora añadiremos á esto que no tan solo la opinion de los eminentes escritores lo prueba como nosotros lo decimos, sino que lo prueba asimismo la razon natural y el buen juicio, siquiera se tome cualquiera el trabajo de seguirmos en las siguientes reflexiones: Cerca de seis mil jesuitas, todos los de España y las Américas españolas fueron comprendidos sin distincion en una misma orden de destierro. ¿Es posible, preguntaremos nosotros, aun suponiendo que lo del motin y la carta fueran obra de los Jesuitas, que ya hemos probado lo contrario; es posible que seis mil hombres fueran cómplices de un mismo crimen, ó que los misioneros del Paraguay hubiesen tomado parte en el motin de Madrid, para que así sufriesen todos una misma condena? Hablaban Choiseul y Aranda de complots tenebrosos, de conspiraciones secretas.... nosotros aceptamos su existencia; pero ¿quién es que conspiraba contra quién? ¿Sobre quién recaen con mas vehemencia las sospechas, sobre unos religiosos de quienes nunca habia habido sospecha hasta aquel entonces, ó sobre sus enemigos que ya en Francia y en Portugal se habian señalado con los mismos vicios

á propósito de las mismas obras? Y si tal complot anti-jesuita no existia ¿por qué un año antes de su destierro de España, ya el bando anti-religioso con las seguridades del convencimiento y de las noticias fidedignas anunciaba como próxima la caída de la Compañía? ¿Por qué se hablaba en este sentido en Francia mucho antes que el rey de España abrigara la mas mínima sospecha de los Jesuitas? Confiésete que las imprudencias y precipitaciones de los coaligados en tan odiosa trama, nos han descubierto buena parte de sus repugnantes medios empleados.

Además, si los Jesuitas eran tan omnipotentes en el Paraguay y si su intencion hubiera sido la de erigirse con aquellas Reducciones en estado independiente ¿cómo se concibe que unos cuasi soberanos se dejarán prender y desterrar por los enviados del rey de España, cuando á una exclamacion suya un pueblo entero se habria levantado en su defensa, y esto si que no es patraña ni sueño sino realidad? ¿Cómo no aprovecharon tan hermosa ocasion de hacerse independientes, á lo cual hasta parecia animarles el instinto de propia defensa? Solamente se concibe esto concibiendo al propio tiempo la inocencia y la abnegacion de los ínclitos hijos del gran Loyola, inocencia y abnegacion que está asimismo comprobada por el apoyo visible que en todos sus apurados trances y en este muy particularmente les prestó la Santa Sede y todas las personas de buenos sentimientos religiosos, mientras que en el bando de sus enemigos figuraban tan solo personas reconocidas por la guerra abierta que tenian declarada á la religion y á la sociedad. Esta circunstancia es en tal cuestion de un peso enormísimo, pues plantea el hecho en su verdadero terreno, lucha del orden religioso y moral con la impiedad anárquica.

Además ¿cómo se comprende que fuera condenada una Compañía entera, una orden religiosa numerosísima, cuando en tiempo alguno ninguno de sus miembros habia sido acusado ni aun dado lugar á sospechas así en España como en Roma? Se concibe que un miembro de una sociedad se aparte del buen sendero y su descarrio pase desapercibido entra miles de

sus hermanos ; pero es inconcebible que una órden entera pudiera conspirar por mucho tiempo , no tan solo á mansalva , sino sin que se divulgára la mas mínima noticia , sin que dejase abrigar una sola sospecha. Ignora tal vez un general que uno de sus oficiales subordinados conspira en favor de este ó aquel movimiento , pero no puede ignorar el espíritu que domina en su ejército , so pena de cerrar los ojos á la luz. Apuradamente el número de los jesuitas supuestos conspiradores no bajaba de seis mil , si hemos de sacar la cuenta por los que fueron castigados , y por cierto que tan escesivo número no es el mas á propósito para conservar un secreto , que á ser cierto debiera contar con muy estensísimas ramificaciones y crecidísimo número de afiliados. Sin embargo , ni antes ni despues oyó nadie hablar de conspiracion alguna , ni menos la imparcial historia ha querido fijarse en un hecho , que aun favoreciéndosele , solo merece ser calificado de sandez credulidad. ¿ En qué libro respetable se encuentra la especie de que los Jesuitas quisieran despojar del reino á Carlos III ? ¿ Qué autor se ha hecho cargo , siquiera fuese para adoptarla ó refutarla , de esta nueva , que á ser cierta no dejara de figurar por cierto en los anales de un reinado tan estudiado por los hombres mas ilustres ? Convengamos en que semejantes absurdos solo merecen de la gente sensata un ejemplar desprecio , y por esto se les ha condenado , despreciándoles , al silencio. ¿ Cómo por último los Jesuitas conspiradores , que por fuerza debian estar en alarma , cual lo está siempre aquel que maquina algo culpable , cómo , repetimos , incurrieron en el craso descuido de dejarse sorprender encima de una mesa , sin resguardo alguno , un documento de una importancia tal como la carta del general Ricci ? ¿ Cómo vivian tan descuidados , y cómo siendo conspiradores tenian tan estúpidos agentes , y cómo discurrían tan poco , que aun despues de la ocupacion de la carta de Ricci , si el provincial hubiera estado enterado de su contenido , nada sospecharon de la inevitable catástrofe que les amenazaba viniéndoseles encima ? ¿ Cómo viéndose descubiertos no trata-

ron de neutralizar el golpe , ó al menos de parapetarse contra él , contando como contaban con el seguro y eficacísimo apoyo de la nobleza y el pueblo ? ¿ Y cómo al estallido del castigo , no resolló uno siquiera de los precisos afiliados de esta vasta trama , de esta gigantesca conspiracion , que tenia por objeto nada menos que despojar á un rey célebre de la monarquía mas rica de Europa ? No , no son estos los signos que caracterizan á los grandes conspiradores y á las grandes conspiraciones , no son estos los síntomas que acompañan á esta clase de enfermedades políticas. El que pretenda probar lo contrario , cuenta por mucho con la candidez de sus lectores , cuya comprension á nuestro modo de ver agravia , suponiéndoles capaces de dar ascenso á relatos tan destituidos de fundamento.

Debemos añadir á esta otra prueba moral que hemos encontrado. Despues de la abolicion de la Compañía , el general Lorenzo Ricci expiaba delitos que no cometiera en el castillo de Saint Angelo en Roma. Allí los tormentos físicos y los padecimientos de su noble corazon hicieron bien pronto profunda presa en su trabajado cuerpo. Religioso por escelencia , quiso antes de morir recibir como buen cristiano los sacramentos de nuestra santa madre Iglesia. Habia cumplido su deber como católico y el sacramento de la penitencia habia purificado su alma , á fin de presentarse al Señor despojado de las humanas pasiones y libre de los lazos terrenos. Pero le faltaba aun un noble deber que cumplir , y para ello escogió el solemnísimos momento de recibir el Santísimo Viático. En esta suprema ocasion , en este imponente trance en que nunca miente el labio del cristiano , que fluctua entre la vida y la muerte , Lorenzo Ricci , general de la Compañía de Jesus , ante todas las personas reunidas en la cárcel de su aposento , PROTESTÓ EN ALTA VOZ DE SU INOCENCIA Y DE LA INOCENCIA DE LOS JESUITAS , palabras que guarda la historia y que salieron de la boca de una ilustre víctima , de un noble mártir , como una resignada acusacion que Dios mismo dictára á un moribundo para que por mas tiempo no fuera la inocencia blanco de la calumnia.

Esta prueba solo la apreciarán debidamente los que comprendan cuan formidable y respetable es para el cristiano aquel momento, en que los ojos de un cuerpo que va desprendiéndose de la vida empiezan á atravesar el espacio en busca del supremo Juez, que pronto debe fallar sin apelacion de la causa que mas importa al buen cristiano. Nuestros adversarios para quienes la idea de la eternidad y del trance postrero quizás no tenga nada de terrible, creerán que no es una prueba la protesta que hace un hombre interesado; no intentaremos convencerles; demasiado infelices son con su escepticismo, y hasta tanto que se curen de esta enfermedad no nos atrevemos á aplicarles un remedio para curar su razon de las preocupaciones que al presente reinan en ella.

Finalmente, al decir de sus enemigos, no hay un crimen que los Jesuitas no hayan cometido; no hay nacion en donde sus odiosas doctrinas no hayan dado mas odiosos frutos, no hay trono que no hayan subyugado; no hay pueblo que no hayan pervertido, y la sentencia de su proscripcion es el justo castigo de sus excesos, de sus crímenes. A su desaparicion aplaudieron, segun el anti-jesuitismo, todas las naciones y los hombres honrados se dieron por ella el mas cordial parabien. Si esto fuera cierto, sabrian decirnos ¿porqué estos pueblos nuevamente los llamaron á su seno; porqué estos hombres honrados no dejaron, como no dejan hoy dia, de mandar á sus hijos á los colegios de la Compañía; porqué los reyes los introdujeron otra vez en sus consejos; porqué los cristianos les confiaron nuevamente la direccion de sus conciencias; porqué España y el nieto de Carlos III fueron los primeros en reconocer su error y en suplicar á un Pontífice de grata memoria que no por mas tiempo se privára á la Iglesia y al Estado de tan robustas colunas y eminentes capacidades? Esta conducta no tiene mas explicacion que una. Pueblos y reyes, gobernantes y gobernados dejáronse un dia dominar por el espíritu filosófico, que todo amenazaba derribarlo en su raudo vuelo impulsado por el funesto huracan de la impiedad. En esta época

vertiginosa, todo lo que era bueno, católico, santo, fué envuelto en un mismo anatema. Pero como tras la tempestad viene la bonanza, como tras la calentura viene el reposo, como tras las tinieblas viene la luz, tras el imperio de la razón filosófica vino el imperio de la virtud religiosa, y los pueblos reconociendo su error lloraron lágrimas de arrepentimiento al pié de los altares que habian derribado. Una saludable reacción se verificó en los espíritus, un benéfico cambio en la temperatura de los corazones, y por consecuencia precisa los que antes fueron condenados como culpables, entonces fueron rehabilitados como mártires. Desgraciadamente este período de ceguera, no por ser corto habia dejado de hacer muchas y muy nobles víctimas. Entre las reputaciones que nuevamente se rehabilitaban, una de las primeras fué la de la Compañía de Jesús, y uno de los puntos que primero suscribió al desagravio fué la nación española.

Esta es la historia, paso á paso seguida, de la espulsión de los Jesuitas de España: ya que hayamos visto nacer y crecer esta tempestad religiosa, veamos como descargó: puesto que hemos presenciado los preparativos del verdugo, asistamos asimismo al suplicio de las nobles víctimas.

CAPITULO LXII.

SENTENCIA DE PROSCRIPCION.

Las autoridades de las poblaciones españolas y americanas en cuyos distritos radicaban casas ó colegios de la Compañía de Jesus, habian recibido todas la orden terminante que mas arriba dejamos transcrita. Vino por fin el dia señalado en el carpete, rompióse el sobre, y el secreto dejó de serlo para los encargados de llevarle á cabo. No sin asombro de cada uno y con extrema repugnancia de no pocos se tomaron las precauciones debidas, que por su parte el gobierno de Madrid se habia cuidado de no descuidar. En consecuencia, á la misma hora de un mismo dia, fueron ejecutadas las terribles, crueles y terminantes órdenes desde un punto á otro de España, del norte al mediodia del Africa, en Asia, América y todas las islas del español dominio. Como el verdugo ministro Aranda habia previsto, el golpe fué descargado tan de improviso, que ni remotamente sospecharon de él, no solo los Jesuitas, pero ni aun los magistrados y autoridades encargadas de darle ó llevarle á cabo. Este mismo estupor hizo que se llevara á cabo con mayor inflexibilidad y prontitud.

Por su parte el ministerio nada habia descuidado á fin de ver colmados sus deseos: los buques de transporte se encontraron prontos á darse á la vela en los puntos indicados por las circulares. Las órdenes que tenian sus capitanes eran uniformes y se reducian á embarcar á los Jesuitas que les fueran entregados, trasportarlos bien ó mal como pudieran y desembarcarlos en el primer puerto de los Estados Pontificios á

que pudieran arribar. Si algun comandante de buque se atrevia á desembarcar un solo jesuita fuera del punto designado ó contravenir en lo mas mínimo á las órdenes que se le habian comunicado , la pena que le aguardaba era la de muerte. Se- mejante proceder que por mucho que tenga de despótico , es á nuestro modo de ver bien poco ingenioso , era tenido por el impío conde de Aranda , como fruto de la mas consumada diplomacia , y mucho tiempo despues se aplaudia aun de ello y hablaba como de la mejor de sus obras políticas. Por cierto que nosotros no sabemos ver en ella mas allá de una intriga de mal género , seguida tenebrosamente y terminada por un procedimiento tal como el último oficial de policia lo hiciera para apoderarse de los malhechores á quienes estuviera dando caza. Verdad que la de Pombal no reveló tampoco mucho mas talento , y á ninguna de las dos va en zaga por lo grosera la de Choiseul.

Entregados estaban los PP. de la Compañía á sus habituales tareas cuando de repente vieron allanado su domicilio y despiadadamente fueron arrancados á sus virtuosas prácticas , á sus utilisimos trabajos y á sus piadosos retiros para ser tratados como los mas abominables criminales , cargados de cadenas , encerrados en una cueva y todo entre los horrores de la noche , como la infeliz victima que de improviso en la oscuridad se ve asaltada por desalmados bandidos. ¿ Qué otra cosa podrian decir los hombres de corazon recto que tratáran de juzgar esta sentencia fallada y ejecutada sin que hubiera precedido acusacion ni tan siquiera defensa ? La justicia se subleva al verse de este modo atropellada , el corazon late airado al ver como así se huellan los mas nobles derechos de la humanidad , y por último la razon busca en vano un motivo plausible que la explique debidamente esta aberracion de todo sentimiento , este asesinato legal de tan nobles sentenciados. La injusticia de no conceder á los Jesuitas la defensa , y el condenarles sin ser oidos , lo que no se niega hasta al mayor criminal , fué reconocida y motejada públicamente hasta por

las naciones mas imparciales y aun las menos dispuestas á tomar partido por los Jesuitas. Llegada á Londres, corrió luego en los periódicos de aquella nacion, congratulándose de haber nacido en un país, donde á nadie se condena sin ser oido.

Hallándose todavía arrestados los dignísimos hijos de san Ignacio en sus colegios, publicó el célebre *Gacetero* de Holanda, que el *gobierno español*, *despues de haber desterrado á los Jesuitas*, ESTABA OCUPADO BUSCANDO ENTRE SUS PAPELES LA CAUSA DE SU DESTIERRO. Así se pensaba y escribia donde era respetado el derecho natural de los hombres y observado el de la justicia, tan conculcado en España por Aranda y secuaces!!!

La sorpresa de tamaña injusticia era por consiguiente general en los Jesuitas, á un solo impulso latieron sus corazones todos, pero no habia lugar á reclamacion alguna y no quedaba mas arbitrio que la resignacion, que como prenda cristiana que es, nunca abandonó á los ínclitos hijos de S. Ignacio.

A todos los Jesuitas cogió de improviso la noticia, pero no por esto dejáronse dominar del abatimiento. La sentencia de proscripcion comprendia á todos los PP. indistintamente, y todos los PP. indistintamente se adelantaron para que se cumpliera en ellos. Aranda queria hacer algunas escepciones, porque entre el número de victimas se contaban personas que á su gran talento unian un poderoso influjo proporcionado á su posicion social, y á ellos no se atrevia el verdugo ministro por mas que les odiara como á sus hermanos. Entre el número de los que podian escapar á la venganza del tirano ministro, se contaban los PP. José y Nicolás Pignatelli, sobrinos del papa Inocencio XIII, hermanos del embajador de España en Francia, y á entrambos se propuso retirarse al seno de sus familias, donde les aguardaban todos los regalos de una vida libre y sembrada de placeres. El primero de los dos hermanos, el P. José, se encontraba enfermo, la travesia podia serle mortal y nuevamente se le instó antes y despues de embarcado, hasta el puerto mismo de Tarragona, que se abstenga de hacer

tan penoso viaje. Pero su resolucion estaba tomada, y á las repetidas instancias y observaciones que se le dirigieron contestó con la energía que inspira la virtud, que preferia ser pasto de peces y comido de gusanos antes que abandonar á sus hermanos de la Compañía. Así el noble desprendimiento de algunos esforzados varones confundió las pretensiones del conde de Aranda, echándole bizarramente en cara su inicuo proceder.

Estos son los hechos que callan los escritores anti-jesuitas y callan tambien los que tuvieron lugar en el Paraguay, donde bastaba para dar pié á la insurreccion una sola palabra que hubiese salido de los labios de los Jesuitas. Y sin embargo en todas partes la obediencia fué igual y pasiva, y en su postrer despedida á esos pueblos á quienes habian hecho hombres y cristianos, los Jesuitas no recomendaron otra cosa á sus hermanos que fe, paciencia y resignacion. Esto es lo que callan muchos escritores. Algunos sin embargo han tenido á honra el ser imparciales, y entre ellos el escritor francés Mr. Pages, en sus *Viajes* tomo 2.º pág. 190, se espresa en los siguientes términos: «No puedo terminar este merecido elogio de los Jesuitas, sin hacer notar que en la situacion en que se encontraban los indigenas y atendido el grande cariño que profesaban á sus pastores, con muy poca escitacion por parte de estos, se hubiera podido dar márgen á desórdenes de aquellos que llevan consigo la violencia y la insurreccion, y yo mismo les he visto obedecer el decreto de su espulsion con todo el respeto que se merece la autoridad civil, y al propio tiempo con la calma y firmeza de las almas verdaderamente heroicas.» No es menos esplicito el protestante Sismondi, cuando dice en su *Historia de Francia*, que «en Méjico, el Perú, Chile y las Filipinas fueron igualmente sorprendidos en sus colegios en un mismo dia y hora, siendo ocupados sus papeles, y arrestadas y embarcadas luego sus personas. Temiase que se resistieran en las misiones, donde eran casi adorados por los nuevos convertidos; pero al contrario, mostraron la

mayor resignación y humildad, mezcladas á una calma y firmeza que rayaban en el heroísmo.

Estos son los hombres calumniados y á los cuales quiere suponerse la intención de revolucionar los dominios españoles. Cuando la posteridad juzgue del hecho, no se olvidará, como no se ha olvidado hasta el presente, del juicio de sus propios enemigos.

Hacinados como reses en los barcos de transporte, padeciendo toda suerte de privaciones y al cabo de un viaje largo y penoso, llegaron los emigrados, según hemos dicho, al puerto de Civitavecchia, sin que su valor disminuyera de un solo punto, á pesar de que muchos habían pagado con la vida el delito de haber caído en desgracia con un ministro-verdugo. Este había contado poder domar la fiera noble de algunos de los sentenciados, pero convenciéndose muy luego á pesar suyo de que la Compañía de Jesús que no tenía apóstatas en Francia ni en Portugal, tampoco los tenía en España, las tentativas de Aranda dirigieronse especialmente á los jóvenes novicios, contando con la debilidad de sus pocos años y con las seducciones de una patria querida para resolverles á optar por la apostasía como único medio de escapar al penoso destierro. Así fué que seguro de su éxito mandó disponer muchos menos buques que eran necesarios, pero su imprevisión resaltó mas y mas cuando los valerosos novicios contestaron enérgicamente que caminando sobre las huellas de sus directores ni un momento dudaban en seguir á estos por la senda del martirio. Como en los primitivos tiempos del cristianismo, la persecucion habia convertido á los niños débiles en esforzados campeones de una causa santa. Así fué que siendo muchos mas los embarcados que la capacidad de los buques que les contenian, y agregándose á esto que al llegar á la rada de Civitavecchia el gobernador que no estaba prevenido no quiso recibirles, estos desgraciados, dice el protestante Sismondi, entre los cuales se contaban muchos ancianos y enfermos, amontonados en los barcos, se vieron en la precision

por espacio de muchas semanas, de recorrer la costa bordeándola para buscar un punto de desembarco. Muchos, añade, perecieron en la travesía.

Esta conducta del ministro escudada en la autoridad real ¿no debia por fuerza llamar poderosamente la atencion del Pontifice? ¿Podia Clemente XIII contemplar impasible, como la nacion española que con orgullo se titulaba esclusivamente católica y en el reinado de un monarca sabio, virtuoso y prudente como Carlos III, se cometiera tan escandaloso atentado contra los religiosos de una orden que desde su origen habia sido el mas inespugnable baluarte de la fe? No por cierto, y aun añádase que su estrañeza y disgusto debia ser tanto mas en cuanto de nadie era conocido el motivo que inspirara tan terrible acuerdo. Queria el Pontifice conocer porqué se desembarcaban en sus dominios tantos jesuitas, tenia un derecho como cabeza visible de la religion de conocer los motivos porque eran castigados tantos religiosos, y sabedor de la verdad debia concluir en Roma el proceso comenzado en Madrid, castigar si habia culpa y absolver en caso contrario. A este efecto en 16 de abril de 1767 se dirigió Clemente XIII á Carlos III para que en nombre de la religion y del honor depositara en su pecho las causas que motivaran la espulsion de los Jesuitas. Si este precioso documento del ilustrado Pontifice no tuviera tanta estension, tendríamos un especial gusto en trasladarle íntegro, porque indudablemente éste y el discurso de Enrique IV son los dos documentos mas autorizados, solemnes ó irrefutables de la inocencia y preclaras virtudes de la Compañia de Jesus. Reproduciremos no obstante sus primeros párrafos; en ellos habla el corazon de un padre amante que se dirige á un hijo para pedirle cuenta de la persecucion de sus hermanos, que tambien son hijos suyos. Empieza así:

«De cuantos golpes hemos sufrido durante los malaventurados nueve años de nuestro pontificado, el mas sensible para nuestro paternal corazon, ha sido el que V. M. nos acaba de anunciar. ¡Con que vos tambien, hijo mio, vos, el rey cató-

lico, Carlos III á quien queremos con todo nuestro corazón, habeis colmado el cáliz de nuestros sufrimientos y sumido nuestra vejez en un torrente de lágrimas que nos precipitará á la tumba ! El piadoso rey de España se asocia á los que prestan su brazo, ese brazo que Dios les ha dado para proteger su servicio, la honra de la Iglesia y la salvación de las almas ; á los que prestan su brazo, repito, á los enemigos de Dios y de la Iglesia, á los que piensan destruir una institucion tan útil y tan afecta á la misma Iglesia, que debe su origen y su lustre á esos santos héroes que Dios eligió en la nacion española para la estension de su gloria por toda la redondez de la tierra ! ¿ Por ventura, señor, algun individuo de esta orden ha conspirado contra vuestro gobierno ? Si así fuere ¿ porqué no castigais al culpable sin castigar á los inocentes ? Ponemos á Dios y á los hombres por testigos, de que la corporacion, el instituto y el espíritu de la Compañía de Jesus son inocentes, y no solamente inocente es la Compañía, sino piadosa, útil y santa en su objeto, en sus leyes y en sus máximas. »

Este es el lenguaje del convencimiento: Clemente estaba seguro de la inocencia de la Compañía de Jesus : y tan seguro que el Vicario de Cristo ponía á Dios por testigo de ella. Sin embargo, no se crea que la pasion le cegara, y bien pudo sospechar sin acriminar por esto al Instituto de los Jesuitas, que alguno de sus individuos pudiera haber delinquido, pues no de otro modo el buen corazón del Pontífice podia comprender como el rey castigaba delitos que no habian existido. Por esto el Papa añadía al rey, que si le eran designados los culpables y su crimen, se comprometía á castigar severamente á cuantos se olvidaran de sus deberes de sacerdotes y de súbditos.

La pretension del Pontífice no podia ser mas justa ; sin embargo el rey se escusó y limitóse á contestar « que para evitar al mundo un grande escándalo, siempre guardaria oculta en su corazón la abominable trama que motivaba aquellos rigores ; que podia Su Santidad creerle bajo su palabra, y que la segu-

ridad y reposo de su existencia dependian del mas absoluto silencio en este punto. Pero estas evasivas no bastaban para desalentar al celoso Clemente; no era ya cuestion de un Instituto religioso, sino que en este instituto estaba simbolizado el primado de S. Pedro, y su espulsion de Portugal, Francia, España, América é Indias en un siglo de conspiraciones filosóficas y propagandas anti-católicas; probaba de sobras que habia un fin particular en estas persecuciones, fin que afortunadamente era visible para todos. Remover los apoyos del catolicismo, destruir el místico ejército que desde su origen habia militado impávido en las banderas de la verdadera religion, dejar que Roma quedase espuesta á los ataques de la ambicion y á los insultos de la herejía, sin que doquier volviera los ojos encontrase un amigo, este era el proyecto y en él eran inocentemente comprometidos por ser vilmente engañados, aquellos mismos reyes que al parecer debian oponer mayores obstáculos al paso devastador de la secta filosófica. España, la nacion católica, Francia el reino *cristianísimo*, Portugal el pueblo *fielísimo* á la Cruz del Redentor inauguraban los escesos de los reformistas filósofos; se hacia indudable por lo tanto que existia un vasto plan contra la religion, y nadie tendrá la candidez de suponer que Clemente XIII debiera asistir á él con los brazos cruzados. No se ataquen pues maliciosamente las obras del Pontífice, que mas que en el uso de su derecho estaba en el cumplimiento de su deber cuando apoyó de todo el peso pontificio la causa de los Jesuitas que era su causa, no en el sentido egoista que algunos han querido dar á esta mancomunidad de intereses, sino en el sentido del enlace que mediaba entre las persecuciones tan violentamente suscitadas contra la Compañía de Jesus y los trastornos que amagaban y empezaban á estallar contra la Iglesia de Jesucristo.

Por lo tanto Clemente XIII, si bien no echó mano de los grandes recursos reservados á la Santa Sede, sin embargo se dirigió en un Breve á Carlos III y en él le dijo: «Que los actos contra los Jesuitas ponen evidentemente su salvacion en peligro,

que el cuerpo y el espíritu de la sociedad son inocentes, y que aun cuando alguno de estos religiosos se hubiera hecho culpable, no era justo tratarles á todos con tanta severidad sin aparecer antes acusados y convictos.» Nada al parecer era mas incontestable.

Al lado de Clemente XIII militaba decidido en apoyo de los Jesuitas y á fin de esclarecer la verdad de los hechos, el cardenal Torregiani, secretario de Estado. Este ilustre Prelado pidió con energía á los representantes de España en Roma Azpuru y Azara que presentáran los documentos comprobatorios de la culpabilidad de los Jesuitas; interpeló á estos embajadores delante de todo el cuerpo diplomático para que hicieran públicos los delitos que los hijos del gran Loyola pudieron haber cometido cuando con tanto rigor eran tratados, ó bien qué quejas tenia el gobierno español del pontificio para insultarle en sus propios estados, haciendo en él un desembarco de víctimas inocentes y españolas, sin que antes tuviese siquiera la delicadeza de prevenírselo al Sumo Pontífice, cuyo corazon debia sentir tanto mas esta herida en cuanto era descargada por quien menos se esperaba. Los representantes de España enmudecieron, pero comprendieron de sobras que representaban un malísimo papel ante los diplomáticos de la Europa entera si no hallaban medio de salir de este mudismo. Dirigiéronse por lo tanto á su gobierno y este osó amenazar al cardenal Torregiani con que si tanto se le provocaba, se veria en la precision de dar cuantas esplicaciones fuesen necesarias. No deseaba mas el ministro de Clemente XIII que estaba seguro de la justicia de su causa; instó nuevamente, nuevamente comprometió á los embajadores; nuevamente los embajadores se dirigieron á su gobierno; pero el gobierno de Aranda se veia absolutamente privado de dar las esplicaciones que se le habian pedido por la muy sencilla razon de que su cólera no tenia mas fundamento que el odio de la falsa filosofia hácia los Jesuitas, ni otro instrumento que una carta falsificada, cuyo criminal atentado debia ser patente desde el momento que en

Roma se tuviera noticia del contenido de los papeles embargados en Madrid.

¿Se quiere mayor ridículo para los representantes de una potencia que esta situacion en que les colocaba la política de Aranda, que no contaba á buen seguro con la constante proteccion del Papa por los Jesuitas, y el tenaz empeño del ministro de estado romano para aclarar la verdad que de sobras comprendia era intencionadamente oscurecida? El motivo que el Papa tenia para proteger tan decididamente á los hijos de Loyola, nos lo esplica entre ciento el protestante Sismondi cuando nos dice que Clemente XIII veia en los Jesuitas á los defensores mas hábiles y constantes de la Religion y de la Iglesia, que tenia una gran vocacion por su órden, que sus desgracias le arrancáran incesantes lágrimas, y que particularmente se acusaba de la muerte de los desgraciados que la encontraron en Civitavecchia; que dió disposiciones para que sin distincion todos los deportados que llegasen así de Europa como de América fuesen distribuidos inmediatamente por los Estados Pontificios, como así se hizo, y mas adelante muchos de ellos adquirieron una gran reputacion literaria. A pesar de este auténtico testimonio, y de otros veinte asimismo tan auténticos que en gracia á la brevedad no reproducimos, hay quien ha sostenido que el Papa se negó á dar entrada á los jesuitas que de tan feo modo le eran remitidos.

Cierto es, como hace poco hemos dicho, que el gobernador de Civitavecchia se habia negado al desembarco de los buques que venian cargados de jesuitas proscritos, pero no puede deducirse de aquí en manera alguna la absurda consecuencia de que semejante acto fuera una treta del general de la Compañia, ni menos que Clemente XIII se negase á admitir á los ilustres emigrados. Estos nunca acusaron por tal medida ni á su jefe ni al jefe de la Iglesia, porque les era imposible desconocer los motivos por los cuales interinamente se llevaba á cabo. No ignoraban, como nadie ignora y solo el anti-jesuitismo finge ignorar, que las mas de las poblaciones de los Esta-

dos romanos son sumamente pobres, efecto en gran parte de la indolencia de sus habitantes, que prefieren la holgura á la riqueza. Un desembarco imprevisto de seis mil hombres, debía por fuerza acarrear un compromiso á la poblacion donde fuesen á parar, y que de todos modos no podia decirse estuviese sobrada de subsistencias. Si el Pontífice hubiera tenido noticia del *regalo* que iba á hacersele, como sarcástica ó impíamente decia el ministro español, á buen seguro no hubiera tenido paseando por los mares á aquellos que tanto concepto le merecian y merecieron; pero en la sorpresa de su arribo consentir su inmediato desembarco era ponerles en un conflicto, por cuanto nada de particular hubiese tenido que los pueblos hubieran visto con malos ojos á aquellos que hubieran aumentado considerablemente el número de consumidores sin aumentar el de los comestibles. Se nos argüirá que esta era cuestion de poco tiempo, por cuanto acto continuo ó muy en breve podian adoptarse las convenientes disposiciones, ora para importar en el punto de desembarco las necesarias provisiones, ora para distribuir á los Jesuitas en distintos puntos de los Estados romanos. Pero nadie desconocerá que esto es precisamente lo que se hizo, con sola la diferencia que el gobernador creyó mas prudente dejar á los Jesuitas sobre el agua, tanto mas en cuanto le serian desconocidas las incomodidades que venian sufriendo, que no desembarcarlos esponiéndoles á toda suerte de conflictos.

Debe además tomarse en cuenta que la llegada de los Jesuitas á los dominios del Papa fué inesperada, y que como antes hemos visto nadie, á escepcion de cuatro personas, tenia noticia anticipada, no solo de su destierro, sino de las causas que le motiváran. Un golpe tan terrible y hasta cierto punto tan escandaloso no podia haber tenido lugar sino á consecuencia de algun horrendo crimen por parte de los penados, y esto es precisamente lo que ignoraban el Pontífice, sus ministros y delegados. No podia creerse que España, una potencia amiga y aliada de Roma, bajo el reinado de un monarca piadoso que hasta en-

tonces se mostrara tan respetuoso para con la Santa Sede , no podia creerse, decimos , hubiese dirigido tal insulto á la corte romana , y antes que dar crédito á esta suposicion , era mucho mas prudente poner en claro ese hecho antes que en duda la buena fe de una nacion amiga. La entrada franca y amiga de los Jesuitas desterrados en los Estados del Pontifice , antes que éste conociera los motivos de su destierro, podia poner en un conflicto á entrambas cortes , y cualquier persona animada de buen sentido puede conocer con cuanta prudencia y lealtad obraba la corte de Roma en oposicion á la incalificable conducta de la de España. Pero desde el momento en que pedidas por el gobierno pontificio esplicaciones sobre el destierro de los Jesuitas , los agentes españoles y embajadores en Roma , no pudieron ó no quisieron esplicar el móvil de la conducta de su gobierno , la Santa Sede empezó á ver claro en el asunto y momentáneamente reparó las desgracias de tanto y tanto inocente que en extraño suelo debian encontrar la proteccion y amor que su patria les negaba, ó mejor los mandarines de su patria.

Para que se juzgue de las medidas adoptadas por los perseguidores de la Compañia en España y al mismo tiempo de la heroica constancia de los Jesuitas, reproduciremos un fragmento de una carta escrita por el ministro Roda en San Ildefonso á los 28 de julio de 1767 á D. Nicolás de Azara :— «Sabemos , escribe , lo que V. dice que los Jesuitas de mar han escrito á los de ahí , porque algunas cartas *han torcido el camino y han llegado á mis manos*. En ellas hablan de la que antes han recibido de Roma : se lee la instruccion que de ahí se les ha dado ; *aplauden la resolucion del Papa de no admitirlos* , y sufren estos trabajos como un martirio por el bien de la Iglesia perseguida. Los aragoneses son los mas fanáticos , y todos desean perder la vida por la Compañia. »—

Dejando aparte esta glorificacion de los trabajos sufridos por los Jesuitas confesada por uno de sus mas implacables enemigos y verdugos , fijémonos tan solo en la sencilla relacion que hace el diplomático de cuan sin remordimiento ni pudor alguno son

interceptadas las cartas de unos Jesuitas á otros Jesuitas. Esto es muy noble, muy digno, muy propio de los admiradores de Choiseul, de los imitadores de Pombal. ¿Qué es lo que podemos dejar de creer de unos hombres que sin reparo alguno firman su propia vergüenza y descrédito, sin cuidarse de que la posteridad recogerá éstos documentos para echárselos en cara á sus apologistas? Si la violación de los secretos es política, si la interceptación de la correspondencia es diplomacia, si la sentencia sin juicio es justicia, entonces podremos creer en la legalidad de los procedimientos seguidos en España á propósito de la espulsion de los Jesuitas; pero mientras el honor sea honor y los gobernantes los primeros deban acatar sus leyes, diremos de Aranda y de Roda y de todos sus impíos secuaces que faltaron abiertamente á ellas y que es pasmosa la impudencia con que ellos propios lo reconocen.

La espulsion de los Jesuitas estaba consumada en España, por consecuencia precisa sus bienes, los bienes de las víctimas pasaron á ser propiedad de los sacrificadores: esto se ha visto siempre. Cuando el Estado, particularmente en nuestra nacion, ha confiscado los bienes de esta corporacion ó aquella, comprándose el voto público á fuerza de repetir que los bienes secuestrados servirán para aliviar la miseria del pueblo, acostumbra á suceder que el erario nacional se queda tan exhausto como antes y en cambio aumentan considerablemente los erarios particulares, en cuyo favor al fin y al cabo ha venido á hacerse el despojo.

Como en la espulsion de los Jesuitas de nuestro suelo se siguió en todo y por todo el mismo sistema que Choiseul habia observado en Francia, llegó el momento en que ocupadas sus temporalidades se pensara en asignarles una pension, segun así lo hiciera el gobierno francés. Esta pension era ó se fijó en cien pesos anuales para los sacerdotes y noventa para los legos. Cinco reales diarios á un hombre á quien se destierra de su patria y despoja de sus bienes, no se nos figura que sea mucho; sin embargo como aun esta corta pension fué debida

á la humanidad del rey, el ministro que mejor probablemente los hubiese querido ver morir de hambre, encontró medio de hacer ilusoria, siempre y cuando á él le pluguere, esta limosna real. El medio le conocemos porque tristemente consta en el archivo de nuestras leyes. La pragmática sancion de Carlos III en que espulsa á los Jesuitas de España, consta en la *Novísima Recopilacion*, lib. 1, tit. 26, ley 3, y en ella á fuer de españoles, sentimos vivamente leer las siguientes contradictorias palabras:—«Y aunque no debo presumir que el cuerpo de la Compañía, faltando á las mas estrechas y superiores obligaciones intente ó permita que alguno de sus individuos ó miembros escriba contra el respeto y sumision debida á mi resolucion, con título ó pretesto de apologías ó defensorios dirigidos á perturbar la paz de mis reinos, ó por medio de emisarios secretos conspire al mismo fin, en tal caso, no esperado, cesará la pension á todos ellos.»—Séanos dable analizar rápidamente estas palabras.

Carlos III dice que *no puede presumir* y que *no espera* el caso en que los Jesuitas intenten perturbar la paz de sus reinos: esto consigna en un documento solemne; y sin embargo los Jesuitas fueron espulsados de España bajo el pretesto de que trastornaban el orden público. ¿Cuál de los dos pretestos es especioso? ¿Es especioso el de la pragmática sancion? No puede ser, por cuanto está escrito despues de descargado el golpe mortal para los Jesuitas y en documento que les amenaza con un nuevo castigo. No es probable por lo tanto que á no estar el rey convencido de cuan inofensivos eran en este punto los Jesuitas, les hubiera guardado tales consideraciones y consignado su convencimiento de que nunca tratarian de perturbar la paz de sus estados. Si de tal modo lo hubiese creído el rey, de muy distinta manera se redactára el decreto, siendo indudable que diria, que temiendo se tratára de alterar el orden público por parte de los Jesuitas, se veía obligado á amenazarles ó reprimirles con la determinacion etc. Este reconocimiento que el rey hace de la mansedumbre y obediencia de

los Jesuitas , es á todas luces el INRI de su injusta sentencia.

A pesar de estas importantes observaciones hagámonos cargo del castigo. Insiguiendo la inveterada costumbre del anti-jesuitismo de que las faltas de uno sean purgadas por todos, se dispone , que si uno tan solo escribe , ya no contra la obediencia sino contra el respeto debido á la resolucíon del rey de espulsar á los Jesuitas , todos estos dejarán de percibir la pensíon que se les asigna. Y ahora preguntamos nosotros ¿ es justo que de la falta de uno respondan todos ? ¿ Es equitativo que porque un soldado abandone sus banderas un ejército entero sea condenado al suplicio de los desertores ? ¿ Es racional que porque un periódico inserte un artículo condenable , todos los periódicos sean denunciados , juzgados y condenados ? ¿ Es cordura que porque en un pueblo se cometa un asesinato , suban al patíbulo todos los habitantes de aquel pueblo ? Pues esto mismo se practicó con la Compañía de Jesus en España.

Apropiándose el gobierno sus bienes , tuvo por conveniente señalarles una pensíon mezquina é insuficiente. Uno solo de sus miembros entre seis mil , que á impulsos de su dolor , tratára de dar expansion á su desconsuelo , quejándose de los que contra ley le habian puesto de tan mala suerte, este solo influia sobre todos los demás para hacerles perder la pensíon. Era preciso por lo tanto que seis mil hombres dispersos , en diverso estado y con fortuna varia , estuviesen en continua alarma y recelo , temiendo que uno solo de ellos se escediera á quejarse de su desgracia. Este era un suplicio con que no contaban sin duda , suplicio tan inmerecido como horroroso , que dejaba á seis mil religiosos á merced del capricho de uno de ellos. La razon se resiste á estas consideraciones.

Supongamos por un momento un caso nada imposible. Para condenar á los Jesuitas , en Portugal hemos visto falsificar un Breve del Papa , en España una carta del general Ricci : ¿ no era muy factible que se falsificára asimismo una obra , un escrito cualquiera , público ó anónimo de un jesuita ? Y en tal caso ¿ quién salvaba á la Compañía del castigo prefijado ? ¿ No

les desterró el rey por una supuesta carta del general sin cuidarse de averiguar si la tal carta era auténtica ó falsificada? ¿Pues qué tendria de extraño que segunda vez se les condenara por una obra apócrifa, tanto mas en cuanto podia circular impresa, en cuyo caso ni aun el inseguro medio de comprobar las letras les quedaba? ¿No se concibe que por este medio era la cosa mas sencilla del mundo, merced á un delito imaginario, sumir en la mas real y positiva indigencia á seis mil inocentes? Esto sin embargo consta en el libro de nuestras leyes: bien hicimos en asegurar que á fuer de buenos españoles lo sentíamos vivamente.

No es por cierto indispensable para tocar los funestos efectos de este decreto, recurrir á falsificaciones ni mentiras. ¿Para nada se cuenta con la seducción? ¿Para nada se cuenta con la irresistible fuerza que siente el hombre calumniado cuando una mano pérfidamente diestra vibra la cuerda de su vindicacion? Seis mil eran los Jesuitas españoles desterrados: por escogido que fuera el cuerpo, por inocente que estuviese de todos los cargos que se le dirigian, por mas que sus miembros dieran al mundo el mas bello ejemplo de la práctica de las virtudes cristianas ¿era acaso imposible que en el número de seis mil hombres se encontrara *uno, uno solo*, que abrumado por sus padecimientos, á la vista de los padecimientos tan inmerecidos de sus hermanos, á la vista de los escritos calumniosos que en España publicaban los jansenistas contra los Jesuitas, lanzara de su pecho una exclamacion mal comprimida de enojo, un grito de ira mal sufocado?

Y aun cuando el temor de sumir en la indigencia á sus hermanos fuera suficiente á comprimir esta manifestacion de un enojo justamente despertado; aun cuando tomando en cuenta que todos se pusieran de acuerdo é hicieran promesa de no escribir ni aun siquiera su propia defensa ó la apología de una orden que tan mal veia recompensados los servicios que prestara al trono mismo; aun cuando buenamente se hubiesen creído á sí mismos capaces de llevar la abnegacion á tan heroico

estremo ¿para nada por ventura se debe contar con las asechanzas de los servidores del verdugo Aranda, que pondrian en un caso dado el dedo en la llaga, escitando páfidamente las pasiones de este ó aquel jesuita, el que creyeran mas á propósito para llevar á buen término sus planes? El hombre mas valiente, mas circunspecto, sabrá contenerse delante de su enemigo ó tratándose de él, mientras este enemigo no le instigue para hacerle salir de sus casillas; pero desde el momento en que frente á frente ó por bajo mano se le renueve su odio provocado por justísima causa, es muy difícil que el amor propio del hombre resista á tan terrible prueba. Era por lo tanto muy consecuente temer que la pensión ofrecida á los Jesuitas cesára el mismo dia en que un diestro emisario del anti-jesuitismo alarmára el corazon de aquel de los padres menos fuerte ó dispuesto mejor para el caso.

Tantas estorsiones y rigorismo tanto ejercido contra unos inocentes religiosos, que siempre habian sido admirados por los grandes como sus mas hábiles directores, por el pueblo como sus mas sabios maestros, y por todos los hombres religiosos como el ejemplo mas digno de imitar, debieron por fuerza indignar á estas clases; así es que desde luego se notó entre ellas una viva fermentacion, la cual sin duda hubiese estallado, á no ser porque el ministro tomára á un mismo tiempo las precauciones que de un solo golpe debian acabar con los Jesuitas, y las medidas que en el interior debian impedir toda tentativa favorable para los dignísimos hijos del gran Loyola. Para colmo de vejaciones se prohibia á todo español, *bajo pena de alta traicion*, hablar, escribir ó reclamar contra estas medidas y hasta tener correspondencia con los Jesuitas. De este modo se tenia á los padres ignorantes de los movimientos de sus amigos, y á estos se imponia una mordaza, por mas que con toda su conviccion reprobáran un destierro que era el preludio de la ruina moral y material de España, así en la península como en sus colonias. A pesar de esto el episcopado español no pudo resolverse á permanecer en silen-

cio ante este ultraje hecho á la Iglesia en muchos de sus mejores hijos , y el mismo Carlos III oyó de un obispo echarle en cara la iniquidad de su decreto. Roda mismo , por mas que quiere seducir á Azara dándole á entender que los prelados españoles se han puesto del lado del rey y del ministro , no puede menos que insertar en una de sus cartas las siguientes palabras : — «Solamente sabemos que el de Toledo y su vicario general estén en contra , pues han escrito mil *necedades* á Roma. No estrañáramos que los de Cuenca , Coria , Ciudad-Rodrigo , Teruel y algunos otros hiciesen otro tanto. » — Esto es una confesion contraria á la supuesta aquiescencia del episcopado español : esta ilustre corporacion no podia á buen seguro tolerar y menos aprobar tan trascendentales abusos.

Por lo que toca á la opinion del pueblo citaremos en nuestro abono un solo hecho. Era el 4 de noviembre de 1768, dias del rey. Habian transcurrido diez y nueve meses de la espulsion de los Jesuitas ; pero ausentes y todo , como presentes existian en la memoria del pueblo , que era quien de mas cerca habia experimentado sus favores. Esta corta relacion la tomamos , segun nuestra costumbre , de un enemigo de la Compañia de Jesus , el protestante Coxe. — «El dia de S. Carlos , dice , cuando el monarca se presentó al pueblo desde uno de los balcones de palacio y se dispuso á dispensar este dia una gracia de interés general , con grande asombro del soberano y de la corte toda , las voces y gritos de un gentío inmenso hicieron llegar á sus oidos el voto unánime de la multitud que pedia á su rey el permiso para que los Jesuitas volvieran á España. » — Esta demostracion de nada habia de servir á los ilustres desterrados , antes al contrario sirvió para irritar mas y mas los ánimos del monarca ; pero ante la gente que reflexiona consta en la historia como una protesta solemne y pública hecha por este pueblo á quien se supone fué enemigo de los Jesuitas , y al cual aun hoy dia por bastardos medios quiere arrastrarse por el sendero opuesto á sus convicciones.

Este es el fiel relato de la espulsion de los Jesuitas de Es-

pañía : por mucho tiempo estuvo envuelto en el misterio mucha parte de él : este tiempo fué el de la dominacion de sus enemigos. Imposibilitados los acusados para defenderse , imposibilitados sus amigos para hacer oír la verdad , el misterio tan necesario para las malas causas rodeó por mucho tiempo esta historia. Perdido se hubiera la mayor parte de ella , si para gloria y vindicacion de la Compañía de Jesus , su justificacion no hubiera salido de aquel mismo regio alcázar , de donde algunos años antes saliera la sentencia de su destierro. No hemos de tardar mucho en llegar á este bello episodio de nuestro libro. No es nuestro ánimo, no, echar un borron en la ilustre memoria de Clemente XIV ni aun en la de Carlos III. El único delito del primero fué el no haber separado de su lado á los que le instaban sacrificase á la Compañía de Jesus para evitar el cisma con que le amenazaban unos monarcas ilusos , ciegos instrumentos de sus impíos ministros : el de Carlos III en particular fué su ceguedad : consejeros pérfidos guiaron sus pasos por la oscuridad , cuidando de que nunca se abrieran sus ojos : estos diplomáticos , estos ministros , estos embajadores son los verdaderos responsables de las tristes consecuencias á que dieron lugar : «Reyes de la tierra , esclamaremos con el elocuente orador D. José Mateo Aguilar , en el sermon de san Ignacio ; reyes de la tierra , disteis en vuestros estados el golpe de muerte á la Compañía de Jesus , é inmediatamente desapareció con ella la sombra tutelar que os resguardaba , desenfrenóse la rebellion y vuestros tronos se derrumbaron : la sangre de la Compañía de Jesus clama contra vosotros. Reyes de la estirpe de Borbon , firmasteis el horrendo decreto de espatriacion y de estincion , y el cielo en su enojo firmó luego el justísimo decreto de espatriacion , de prisiones , de guillotina y muerte contra los reyes Berbones. El mundo todo lo ve y glorifica al Señor.» Sentimos vivamente que tales circunstancias concurren en hombres como Aranda y Floridablanca ; pero somos historiadores imparciales , y la patria no pone una venda delante de nuestros ojos. Al terminar nuestra obra ,

quedará en este punto muy tranquila nuestra conciencia. Podemos decir á nuestros lectores con el evangelista S. Juan, aunque en otro sentido: Os decimos lo que hemos visto y oído: *Quod audivimus, quod vidimus oculis nostris... testamur et annunciamus.*

CAPITULO LXIII.

NÁPOLES, PARMA, MALTA.

ANTES que rey de España, Carlos III habia sido rey de las Dos Sicilias. Cuando partió de Nápoles para la corte de Madrid, dejó el trono á su hijo D. Fernando IV. Dedúcese de esto, que si bien alejado de esta parte de la Italia, el monarca español no por esto era menos monarca de su antiguo reino. Fernando IV era muy jóven aun quando recibió en sus manos las riendas de un imperio: era preciso por lo tanto buscar quien sirviera de guia al jóven rey, y el jurisconsulto Tanucci fué ascendido al cargo de primer ministro. Tanucci pertenecia en cuerpo y alma á la moderna escuela filosófica, el rey pertenecia tambien en cuerpo y alma á su padre, y Nápoles sino en cuerpo pertenecia en alma á Madrid. Por aquella época, la casa de Borbon dominante en muchos reinos de Europa, parecia arrastrada por una mano invisible que la empujaba á su abismo. Envolviala en su inmensa tela el filosofismo del siglo xviii que tantos tronos debia hacer bambolear, y sin embargo, muy léjos de precaverse para la tormenta, rodeabase de aquellos consejeros que mas en peligro debian poner al trono por sus ideas. Bajo pretesto ó capa de una mal llamada libertad, inculcaban al pueblo las mas disolventes máximas revolucionarias: las consecuencias, cien veces lo hemos dicho y repetiremos otras tantas, tardaron poco en dejarse sentir. Mientras Choiseul y Aranda esparcian estas semillas por España, Tanucci como ellos filósofo y como ellos enemigo de la religion, trabajaba para hacerlas triunfar en Nápoles. Este reino no ha sido mas feliz que Francia y España.

Tanucci obedecía ciegamente á Carlos III porque sabia que Carlos III era el verdadero rey de Nápoles; mas todo lo que tenia de humilde y flexible con el soberano español, tenia de orgulloso para con D. Fernando y de duro en su gobierno. El monarca napolitano era un fantasma de soberanía: lo mismo que sucedia con José I y el tirano Pombal sucedia tambien con Fernando IV y el verdugo Tanucci: aquel reclamára en balde una autoridad que de hecho residia en su padre; Tanucci era el brazo que Carlos III hacia pesar sobre Nápoles, por lo tanto la voluntad del ministro atemperada á los deseos del rey de España, era la verdadera, la única ley del napolitano reino. No es difícil en vista de estos antecedentes comprender que la espulsion de los Jesuitas de este punto, habia de ser una consecuencia lógica é inevitable de su espulsion en España.

Puede asegurarse sin exageracion que el destierro de los Jesuitas de los estados de Fernando IV no costó mas allá de una carta de Carlos III en que así ordenaba se hiciera. El rey no habia de imponer un veto á la voluntad de su padre, bajo cuya tutela puede decirse poseia el reino: el ministro por su parte caminaba sobre las huellas de los filósofos y no deseaba otra cosa que estirpar á los hijos de S. Ignacio como incompatibles con los impíos planes de los reformistas, que eran sus planes. De consiguiente, esta espulsion de los Jesuitas del reino de Nápoles, nada prueba, nada dice en pro ni en contra del Instituto: Nápoles podia considerarse en este punto como una provincia española: quitar de allí á los PP. de la Compañía era lo mismo que quitarlos de Barcelona, Madrid, ó cualquier otro punto de la península española. Pretender, como pretende el autor de nuestra impugnacion, que la espulsion de los Jesuitas de Nápoles es un borron en la historia de la Compañía, es un absurdo que cualquiera esta en el caso de reconocer al primer golpe de vista. Obsérvese que ni siquiera se buscó un pretexto para su destierro, que no se intentó tan solo formarles una apariencia de causa, y que para escándalo de la justicia ni aun se buscó cubrir aquellas fórmulas y apa-

riencias legales que en España para irrisión del procedimiento hizo seguir el ministro Aranda á los seducidos tribunales españoles.

Por lo que á Tanucci hace , tuvo la candidez de no discurrir medio alguno para llegar á su objeto , y á fin de no encontrar obstáculo alguno y temeroso sobre todo de que la corte romana le imposibilitára de llevar á cabo su intento , creyó que lo mejor era encubrir su plan con el velo del misterio , y adoptar en todo y por todo el sistema de Aranda. En efecto tomadas las necesarias medidas , á una hora misma todos los jesuitas de los Estados napolitanos fueron hechos prisioneros , embarcados y conducidos á las playas de los Estados eclesiásticos. Fácilmente se comprende con esto que semejante espulsion fué una triste parodia de la española.

El edicto de destierro , fechado en 1767 , no dejaba entrever que el rey tuviera motivo alguno fundado para proceder con aquel rigor. Fernando IV , ó mejor el verdugo Tanucci , se limitaban á decir simplemente , que en uso de la plenitud de su autoridad , decidían no tener mas jesuitas en sus reinos , antes bien los enviaban á los del Sumo Pontífice. Esta absoluta falta de considerandos , prueba la inocencia de la Compañía y que en vano en aquellos países que habian edificado con sus virtudes , se buscaria un lunar en que pudieran sus enemigos apoyarse para proceder con el rigor con que procedieron. ¿ Quién no comprenderá desde luego que la sinrazon de esta sentencia se desprende de su misma falta de razones ? ¿ Quién no verá que el antijesuitismo era impotente para acusar legalmente á sus víctimas , desde el momento en que ni un solo cargo se les hacia en el documento en que mas debieron constar , si los hubiera habido ? Espulsados fueron los Jesuitas de Nápoles como lo fueron los de muchos puntos , pero el Señor que todo lo dispone para su mayor gloria y la de los que le sirven fielmente , quiso que en todos estos puntos el INRI de la inocencia apareciera sobre el patíbulo de las víctimas. Tanucci como Aranda , Choiseul como Pombal creyeron causar gran

daño á los Jesuitas abrumándoles bajo el peso de mil calumnias y fulminándoles rigurosas sentencias hijas del mas refinado despotismo ; pero se engañaron en sus cálculos. Todo hombre que sienta y medite , todo hombre que juzgue por la razon y no por la pasion , sabrá apreciar el valor de la conducta de un Tanucci, ministro que no se contuvo ni ante el espectáculo de su propia dignidad rebajada notablemente en este hecho.

Para mayor honra de los jesuitas de Nápoles , y á fin de que se convenza cualquiera de que su espulsion fué tan solo una consecuencia de su espulsion de España , leemos en un reputado historiador , y se apoya por no pocos autores de gran valía , que el rey Fernando se negó desde un principio á firmar el destierro de la Compañía , pareciéndole como le parecia cosa imposible que merecieran tan riguroso castigo unos hombres de quienes él mismo , siendo su discípulo , habia tenido ocasion de admirar las virtudes. Tanucci no sabia qué contestar á tan concluyentes razones , y solo se escudaba en la razon de estado y en ser aquella la voluntad de su augusto padre Carlos III. Ni aun así parecia el príncipe dejarse convencer , hasta que el ministro pudo seducir á su confesor , uno *de esos pocos* religiosos que desdoran á sus hermanos , palaciego mas que obispo , y ambicioso mas que cristiano , y este logró seducir el ánimo de su real penitente , quien finalmente puso su firma en el fatal decreto. El dia 3 de noviembre se descargó el golpe. Las puertas de las casas y templos de la Compañía fueron forzadas ó echadas abajo ; mientras la policia ocupaba todos los papeles y archivos , los Jesuitas sin mas equipaje que la ropa puesta salian escoltados por la fuerza armada y eran conducidos á las playas de Pouzzole , todo llevado á cabo con tanta precipitacion , que segun refiere el cardenal Coletta , los Jesuitas que fueron sacados de Nápoles á media noche , al apuntar el sol del siguiente dia ya se hacían á la vela para Terracina. Entre los diversos lances que sucedieron , ocho jesuitas agobiados bajo el peso de sus años residian en Sora , y Tanucci como si se tratára de apoderarse de una numerosa partida de

salleadores, destacó para prenderlos un cuerpo nada ménos que de cuatrocientos ballesteros. Los PP. de la Compañía pudieron decir como Jesucristo su Divino Maestro:—Tantos venís contra mí...—Tales eran las obras del ministro, y éstos discípulos de una nueva escuela que quiere regenerar la sociedad llaman despotas y crueles á sus enemigos... Si los Tanucci y los Pombal eran libres y apóstoles de la libertad, será probablemente de una libertad que impone una argolla de hierro á todo el que no piensa como piensan los que gobiernan los pueblos, mas que este gobierno sea ruinoso y mas que el voto de la mayoría le condene. La libertad napolitana en tiempo de Tanucci consistia en un verdadero despotismo ministerial, porque no creemos que la libertad autorizara el destierro de los Jesuitas, porque no creemos que la libertad autorizara la confiscacion de sus bienes, porque no creemos que la libertad autorizara que dispusiese de las cosas ajenas, ni mas ni menos que si fueran propias; porque no creemos que la libertad autorizara á un hombre para poner en pública subasta el moviliario que pertenecia á unos hombres no procesados; porque no creemos que la libertad autorizara para hacer barras para la casa moneda las imágenes de plata de las iglesias particulares; porque no creemos que la libertad autorizara á hombre alguno para que con el hacha ó el martillo en la mano, hiciera trizas el religioso monograma de la Compañía, timbre y blasón santo que se habia cubierto de gloria bajo el sol de las cinco partes del mundo; porque en una palabra no creemos que la libertad autorizara á nadie para conculcar los derechos adquiridos por una sociedad benemérita y pasar por cima los votos del pais que bien á las claras manifestó sus deseos de que no se hubiera desterrado ni ofendido en nada á los Jesuitas. Pues con autorizacion ó sin ella, todo esto hizo Tanucci, y no dudamos que algunos que se titulan liberales dirán que secundó de este modo la causa de la libertad de una manera asombrosa. Nosotros confesamos que su conducta nos parece muy anti-liberal, y mas propia de un hombre despóticamente abso-

luto hasta con su propio monarca. Tal es nuestra opinión.

Por las mismas razones que Nápoles debía obedecer lo que se le intimara de España, Parma y Malta obedecían las intimaciones de Nápoles. No bien en este último punto fueron espulsados los Jesuitas, el gran maestro de la isla de Malta y el duque de Parma se apresuraron á seguir su ejemplo, como niño que obedece las órdenes de su padre. Ni el uno ni el otro quisieron que la posteridad se devanara los sesos discurriendo á qué causas atribuir la espulsion de los PP. de la Compañía de estos dos insignificantes puntos. Nada de odio para con los Jesuitas, ninguna queja de su conducta, ninguna mira particular en su espulsion animó á sus sacrificadores; pero Malta y Parma son los satélites de Nápoles, y dado el golpe en este punto, podia considerarse como dado asimismo en aquellos. Efectivamente al año siguiente el gran maestro de la orden de Malta proscribia de la isla á los Jesuitas, sin mas razon, segun dice él mismo en el edicto, que ser tal la voluntad de la corte de Nápoles, de cuyo reino era el de Malta simple feudatario. Solamente de este modo se comprende como la isla de Malta, baluarte que fué de la cristiandad en medio del Océano, diera un paso reconocido como tan poco religioso. Por lo que hace al duque de Parma, ducado reducido, sin fuerza propia y deshecho el dia en que á cualquier monarca se le antoje dejar caer un puñado de hombres sobre aquellas costas, el ducado de Parma, decimos, estaba regido por un sobrino de Carlos III. ¿Podia ni debía desobedecer la voluntad de su tio? Agréguese á esto que tenia por ministro á un tal Felino, digno émulo de Tanucci, vendido enteramente á Carlos III, amigo de los incrédulos, enemigo de la Santa Sede y contrario acérrimo de todo sano principio religioso. ¿Se necesitaba tanto siquiera para que los Jesuitas de Parma, en cortísimo número, fuesen espulsados de aquel cortísimo territorio? Los reinos de Italia supeditados por la política de Carlos III no podian tener mas voluntad que la del rey de España.

Ninguno creemos esté en su derecho, incluso el autor de

nuestra impugnacion, al formular un cargo contra los Jesuitas, y especialmente del reino de Nápoles, isla de Malta y ducado de Parma. Un destierro ya sabemos no significa otra cosa que la venganza de un partido cuando triunfa de otro: asi es como en las luchas nacionales, los culpables ó considerados tales por un bando, son héroes para otro bando. En la lucha de la impiedad contra la religion los Jesuitas militaban en la causa santa; cayeron, pero no de cobardes ni traidores; la posteridad no por esto les admira ó respeta menos: los primitivos cristianos que dieron su vida por la fe, no han sido menos honrados de los verdaderos fieles por mas que murieron con castigos infamantes. No, no es el suplicio el que degrada á un hombre, es el crimen: el inocente en vano será deshonorado por una sentencia. Tras la infamia de que injustamente se quiere cubrir á un hombre viene la rehabilitacion, en pos de las persecuciones viene el triunfo, en pos de este el premio, y los dignos hijos de S. Ignacio no ignoraban que este era grande en el cielo, segun la promesa del Divino Maestro: «Pusieron los ojos en el autor y consumidor de la fe, Jesus... que sufrió, segun el Apóstol en su carta á los hebreos, toda contradiccion de los pecadores contra su persona, y por esto no se fatigaron ni desfallecieron:» pues esta sola consideracion, dice el P. Scio, hace sufrir con paciencia y constancia las mayores aflicciones y trabajos. Este fué el *modelo* que siguieron los Jesuitas, y por esto, en medio de las injustas prisiones, en medio de los inmerecidos destierros se hicieron dignos de admiracion, hasta de sus mas constantes enemigos, los protestantes imparciales. En vano, pues, muy en vano los detractores del Instituto del gran Loyola, inscribirán en sus obras con grandes caracteres: los Jesuitas fueron desterrados de Portugal, de Francia, de España, de Nápoles, de Parma y de Malta; porque posteriormente estos pueblos han vuelto á llamar á sus antiguos bienhechores y los monarcas les han hecho justicia. De nada sirve por lo tanto que el autor de nuestra impugnacion quiera hacer constar estos he-

chos como otras tantas pruebas de los supuestos delitos cometidos por la Compañía : de nada sirve tampoco que fulmine severos cargos contra los dignos hijos de S. Ignacio , y les atribuya doctrinas anti-sociales y aun poco ortodoxas : la verdad está mas alta que sus diatribas y todos pueden leerla.

En el decurso de nuestra obra hemos dejado consignada la mala fe que anima al anti-jesuitismo , los medios bastardos y reprobados de que se ha valido y vale para denigrar á varios individuos de la Compañía de Jesus , alterando , truncando y mutilando textos y hasta cambiando apellidos para atribuirles doctrinas , que ni habían consignado en sus obras , ni enseñado en sus cátedras. Todos estos cargos han sido por nosotros victoriosamente pulverizados ; y si otros de esta misma especie los hemos dejado pasar desapercibidos , para no molestar la paciencia de nuestros lectores y ensuciar el papel con semejantes fábulas , como por ejemplo los supuestos *Tratados de la religion Malabar* , *Rimont* , etc. etc. , no ha sido por falta de datos y de razones convincentes : para rebatirlos podriamos haberlos destruido sin el menor trabajo por nuestra parte , tomando como propia la brillante refutacion que de aquellos se lee en el *Diario de Palma* , correspondiente al 12 de julio de 1855 , debido á la elocuente pluma del Sr. Quadrado ; pero al fin y al cabo hubiéramos tenido que venir á esclamar despues con este profundo escritor , CALUMNIA ; arma favorita , único legado que dejara al anti-jesuitismo su infernal maestro el heresiarca Calvino , como lo hemos probado en diferentes partes de nuestra obra.

Tambien el anti-jesuitismo , en su loco frenesí de desacreditar á los dignísimos hijos de S. Ignacio , ha querido esplotar la carta del Sr. Palafox al papa Inocencio X. Mucho se habló acerca de la autenticidad de esta carta , fundándose los impugnadores de ella en la espresa negativa del mismo Sr. Palafox en su *Defensa canónica* , impresa en Madrid en el año de 1652 , y en las palmarias contradicciones que se notaban entre sus asertos y la misma carta , y aun entre aquellos y esta y los de

otras obras anteriores y posteriores del mismo Sr. Palafox. Los postuladores de la causa de beatificación del Sr. Palafox negaron constantemente fuese suya la carta dirigida al papa Inocencio X, carta que fué censurada por veinte obispos españoles, quienes unánimemente la tacharon de calumniosa, satírica, mentirosa, etc. etc. El mismo Sr. Palafox, no satisfecho con haberla desmentido en su mencionada *Defensa canónica*, al dirigirse á los jesuitas de Méjico, los desafía á que le presenten su original. No obstante, la autenticidad de esta carta ha dejado de ser un problema, por haberse encontrado su original, escrito y firmado de puño y letra del Sr. Palafox, entre los documentos del archivo pontificio. ¿Qué podrá decirse, pues, sobre la fuerza de un documento, que desconoce su propio autor, que impugnan los postuladores de su causa de beatificación, que está lleno de inculcables inconsecuencias, que fué severamente calificado por veinte obispos españoles, y que por último pone en evidencia su índole en el mero hecho de no querer su autor confesar su fragilidad, ó sea su culpa, sino por el medio indirecto del arrepentimiento?

Al efecto se cita la edicion con notas de las cartas de santa Teresa de Jesus, hecha por el mismo Sr. Palafox en 1631, y entre aquellas la 33, en la cual, despues de haber dicho «que la passion nos puede engañar fácilmente y representarnos como bueno lo que realmente no lo es,» dice lo siguiente: «Confieso públicamente mi arrepentimiento por los agravios que preocupado hice, etc. etc.» Y en el cap. 6.º, número 4.º de una obra posterior de dicho Sr. Palafox, que tiene por título *Direcciones pastorales*, que concluyó pocos dias antes de su muerte, exhorta á los obispos á que principalmente se valgan de los Jesuitas, cuya *sabiduría, vida perfecta y carácter peculiar de su Instituto, es uno de los mas eficaces y ventajosos auxilios que puedan tener los prelados para el cabal desempeño de sus graves é importantes obligaciones de su apostólico ministerio*. Aun en el escrito en cuestion, el Sr. Palafox afirma «que la Compañía de Jesus es una *orden admirable*, doc-

ta, útil, santa y digna de la particular proteccion de S. M.»

A mayor abundamiento, y para completa justificacion de los dignos hijos de S. Ignacio, trasladaremos parte del discurso pronunciado el 28 de enero de 1777 por el cardenal Calini, en presencia del Sumo Pontífice y del consistorio, cuando á instancias del obsecado Carlos III se trataba de proceder á la beatificacion de Palafox. Advertiremos de paso á nuestros lectores, que este discurso fué pronunciado despues de arrancada la supresion de la Compañia de Jesus á Clemente XIV:

«Un solo argumento alegaré, dice, argumento que desde
 »la introduccion de la causa de Palafox se ha presentado siem-
 »pre como un obstáculo para su beatificacion: este argu-
 »mento no ha cesado de ser el objeto de nuestras deliberacio-
 »nes, y hasta ahora ha quedado en toda su fuerza; tal es la
 »carta escrita por el señor Palafox á Inocencio X, en la cual
 »el obispo de Osma, entre las muchas injurias que vomita
 »contra las órdenes religiosas, derrama torrentes de malicia
 »contra la Compañia de Jesus, afirmando que es corrómpida
 »y dañosa á la Iglesia de Dios. Cien años hace que se escribió
 »esta carta, y desde entonces, ¿en dónde y cuándo se ha en-
 »contrado en los Jesuitas señal alguna de corrupcion? Acábase
 »de terminar, Santísimo Padre, este largo y deplorable proce-
 »so que ha seguido á la destruccion de la Compañia de Jesus,
 »y que hubiera debido preceder á ella. Vos mismo habeis teni-
 »do en vuestras propias manos las piezas justificativas; juzgad
 »pues si puede hallarse en ellas sombra ó apariencia de fal-
 »ta. Despues de tantas investigaciones, de tantos medios em-
 »pleados, de tantas discusiones, vos mismo podeis testificarlo,
 »Santísimo Padre, así como puedo afirmarlo yo con entero co-
 »nocimiento de causa; nada, absolutamente nada ha podido
 »descubrirse de que resulten cargos á la Compañia.» En ver-
 »dad quisiéramos que á tal defensa correspondiera una contes-
 »tacion digna, no porque nos creamos superiores á nadie, si-
 »no porque confiamos en la escelencia de nuestra causa como el
 »paladin confia en la perfeccion de su armadura de combate.

Quisiéramos asimismo que nuestros contrarios leyeran esta refutación en nuestra presencia, por cuanto estamos seguros de que un desusado rubor pregonaría á pesar suyo su derrota; y cuando así no fuera, cuando el amor propio pudiera en ellos mas que el buen juicio y la pasión les impidiese ser justicieros, entonces diríamos con Tobias, al cap. 6, vers. 17:—*Son como el caballo y el mulo que no tienen entendimiento.*

con la mayor comodidad para viajar con la Compañía; no les
 costaba un céntimo, y era preciso en el momento. Contaban para
 ello con sus propias fuerzas, tantas como les daban a hacer
 para salir de los brazos del mundo exterior; pero no creían que
 esta formidable potencia fuera de escocitar una resistencia
 poderosa, impenetrable. Frente a frente de estos truenos se ele-
 vaba otra trono; era a esta vez el poder que se alzaba en el
 cielo; el otro sistema de esta familia se veían otros hombres;
 para el caso Carlos III había un elemento. XIII gusto; para un
 hombre no había un elemento. Pudo creer al
 ver la imposibilidad que el gobierno de los Estados Romanos se
 vería imposibilitado de hacer con las siguientes fuerzas que
 iban a desplayarse a su vista, como si su solo aspecto hubiera
 unido a los de antaño; pero no tuvieron en cuenta que
 su posición especial pone al Pontífice en el caso de hacer res-
 pecto sus derechos mas que otro cualquiera soberano, y que
 cuando más a los reyes de sus derechos, mejor cumplir con el
 deber que le compete hacia el principio de los apóstoles y en la
 persona de Jesús a todos sus sucesores. De él como rey, como
 cal, es superior a todos los demás en lo espiritual. De él, más
 difícil, es decir esta triple corona que hace de un papa un so-
 berano, el árbitro de muchos soberanos; muy difícil es, espe-
 cialmente, para no haber fallado hombres que han sabido no doble-
 gar la cabeza ante el poder de tanto imperio, porque el mismo

CAPITULO LXIV.

CLEMENTE XIII.—INTERREGNO.

Los soberanos de gran parte de Europa se habian coaligado con la mayor ceguedad para acabar con la Compañía : no les bastaba su destierro , era necesaria su muerte. Contaron para ello con sus propias fuerzas, fuerzas colosales bastantes á hacer bambolear los tronos del mundo entero ; pero no creyeron que esta formidable palanca habia de encontrar una resistencia poderosa , inamovible. Frente á frente de estos tronos se elevaba otro trono ; cara á cara con estos poderes existia otro poder ; al otro extremo de estos hombres se veian otros hombres ; para el ciego Carlos III habia un Clemente XIII justo ; para un Aranda impío no faltaba un Torregiani religioso. Pudo creer el anti-jesuitismo que el soberano de los Estados Romanos se veria imposibilitado de luchar con las gigantescas fuerzas que iban á desplegarse á su vista , como si su solo aspecto debiera amedrentarle de antemano ; pero no tuvieron en cuenta que su posicion especial pone al Pontífice en el caso de hacer respetar sus derechos mas que otro cualquiera soberano , y que cuanto mas celoso sea de sus derechos , mejor cumplirá con el legado que Jesucristo hizo al príncipe de los apóstoles y en la persona de éste á todos sus sucesores. Débil como rey temporal, es superior á todos los demás en lo espiritual. Difícil, muy difícil es ceñir esta triple corona que hace de un pequeño soberano el árbitro de muchos soberanos ; muy difícil es , repetimos ; pero no han faltado hombres que han sabido no doblegar la cabeza bajo el peso de tanto imperio , porque el mismo

Jesucristo prometió asistir á su Vicario. Entre estos hombres que con entereza tanta empuñaron las llaves de S. Pedro, merece contarse el santo pontífice Clemente XIII.

Como el primero de los pontífices, como el gran Sixto V, y como muchos otros que han dominado la Europa desde la cátedra de S. Pedro, Clemente XIII era de humilde origen, pues su padre fué tan solo un simple mercader de Venecia. Desde el mostrador hasta la Santa Sede hay una distancia inmensa. Compréndese por lo tanto cuanto talento, cuanta firmeza de voluntad y cuan relevante virtud cabria en aquel cuerpo nacido tan bajo y destinado á figurar tan alto. Estas transformaciones sorprendentes que premian el talento, la constancia y las virtudes de una humilde cuna con el solio mas influyente y fuerte del mundo, no las realiza sino es el catolicismo, verdadera religion de la *Igualdad*, que á ningun hombre pide sus pergaminos para conferirle un puesto de los mas elevados; que á nadie pregunta ¿de dónde vienes? sino ¿á dónde vas? Compréndanlo de una vez los apóstoles de una mal llamada y peor basada igualdad.

Clemente XIII, rey temporal y jefe espiritual, como á uno de los sucesores de S. Pedro, se encontró envuelto en este torbellino que doquier se levantaba contra el Instituto del gran Loyola, y aunque la infernal filosofía y las pasiones trataban de ofuscar ó desvirtuar los hechos y sus tendencias, la penetrante mirada del Pontífice sorprendió en un momento de donde partia el golpe y á donde iba dirigido. Desde aquel mismo instante tomó una resolucion decisiva, y se puso por deber y por conviccion del lado de los dignísimos Jesuitas, no porque fueran tales Jesuitas, sino porque así como ellos eran celosos defensores de la Iglesia, la Iglesia podia decirse herida y maltratada desde el punto en que se hiriera y maltratára á sus defensores. El anti-jesuitismo pretende que es un absurdo ó algo peor, decir que la causa de los Jesuitas era la causa de la Iglesia: nosotros no podemos creer que tal absurdo sea, y quizás no parezca tan exagerado, si lo sentamos de un modo distinto

aunque tengamos que venir á parar á una misma consecuencia. Digamos pues que la causa de la Iglesia era la causa de los Jesuitas, y tendremos que estos estaban consagrados á la defensa de aquella, como efectivamente por su institucion é historia vemos ser así, y entonces nada de extraño tiene que las heridas causadas á un cuerpo se reflejárán en el otro, bien sea que los Jesuitas padecieran por los daños causados á la Iglesia, bien que esta se resintiera de los golpes descargados sobre uno de sus mas interesantes miembros.

Clemente XIII declarándose abiertamente en favor de los Jesuitas se hizo digno del elevado puesto en que se hallaba sentado, y contrajo el solemne compromiso de defender á todo trance la existencia y la honra de la Compañía de Jesus. En este concepto, puesto que los reyes obcecados y los ministros filósofos despreciaban las armas espirituales que blandia el Sumo Pontífice, creyó de su deber recurrir á los derechos que su soberanía temporal le daba, y obró en consecuencia de estos derechos. Veamos qué uso hizo de ellos.

El protestante Sismondi, en su *Historia de los franceses*, tomo 29, pág. 375, se espresa en los siguientes términos, que son la llave de esta cuestion nuevamente suscitada por Clemente:—«Por poco fundada, dice, que fuese en su origen la pretension de la Iglesia á la soberanía de Parma y Plasencia, era por lo menos un hecho establecido de muchos siglos atrás en el derecho público; y aunque las grandes potencias al disponer por los diferentes tratados del siglo XVIII de la herencia de Farnesio no tuviesen en cuenta la prerogativa pontificia, sin embargo con su silencio respecto á aquella, no abolieron un derecho constantemente reclamado por la Santa Sede y por los habitantes de estos Estados, que en él fundaban sus garantías.»—Queda pues sentado que Clemente XIII, soberano de los Estados Pontificios, tenia un derecho á la soberanía ó al protectorado del ducado de Parma. Cuando pudo convenirse de que el duque reinante, vasallo suyo, se negaba á escuchar las amonestaciones que sobre la espulsion de los Jesui-

tas le fueron dirigidas, recordó que el que habia dado la orden de destierro no podia darla porque era un feudatario suyo, y desoir el súbdito las paternales voces de su señor es un desaire y una rebelion; lo primero no puede dejarse pasar sin correctivo, lo segundo merece reprimirse. Tolerar semejantes desmanes era rebajar el prestigio y la dignidad de la tiara, y esto no era dable esperarlo de Clemente XIII. Por lo tanto, mientras como Pontífice por la bula *In cæna Domini* excomulgaba á los administradores del ducado de Parma, por sentencia de 20 de enero de 1768 anulaba los decretos espeditos sin autorizacion por el duque de Parma y Plasencia. Pontífice y soberano, habia cumplido con ambos cargos: su conciencia quedaba tranquila; habia hecho todo lo posible por los dignos hijos del gran Loyola, por la inocencia oprimida.

Antes de morir, sin embargo, habia de sentar por nuevas pruebas la enérgica decision que habia tomado. Choiseul herido en su orgullo por el decreto pontificio referente al ducado de Parma, quiso desquitarse exigiendo de Clemente XIII su revocacion. El marqués d'Aubeterre, embajador de Francia en Roma, presentó al Pontífice una nota en este sentido, pero tan grosera y exigentemente redactada, que el Papa extraordinariamente conmovido al leerla, hubo de esclamar estas sentidas testuales palabras, que entre otras encontramos en la *Historia de la caída de los Jesuitas* por el conde de Saint-Priest:—«Al Vicario de Jesucristo, dijo, se le trata como al último de los hombres. Sin duda será muy fácil despojarle porque no tiene armas ni cañones; pero todo el poder humano no es bastante para hacerle obrar en contra de su conciencia.»—Choiseul creyó que Clemente se doblaria al peso de los años y disgustos que le acababan; pero Clemente en medio de su agitada ancianidad supo encontrar la necesaria firmeza para hacer frente á las injustas pretensiones del diplomático francés. Este, sin embargo, no se dió por vencido, y en 10 de diciembre de 1768 el embajador se dirigió con una segunda nota al ministro de estado cardenal Torregiani. Esta vez el tirano

de Portugal se unia á los deseos de los cuatro obcecados Borbones , que solicitaban la total ruina de la Compañía ; pero no por esto se dió á partido el virtuoso cardenal ministro. Las exigencias de los principes estaban robustamente apoyadas por la inmensa fuerza que representaban en Europa sus estados ; sin embargo Torregiani con la noble entereza de un gobernante que tiene que habérselas con potencias muy superiores , contestó á Aubeterre : — « Por la fuerza pueden los principes hacer lo que quieran , pero por concesion estén seguros de que nunca han de lograr la menor cosa . » — Esta contestacion que fué dada delante de los embajadores de las demás potencias , pudo convencer á estas de que en vano solicitarian de la corte romana una estincion que estaba tan léjos de la mente del Pontífice y de su ministro por ser injusta. Prosiguió no obstante la lucha , y la Santa Sede sin mas armas que su decision y la justicia de la causa que defendia , llegó á hacer temer á cinco soberanos , dos de ellos de las primeras potencias del globo , que en vano se habian empeñado en esta campaña contra el santo Instituto del gran Loyola , es decir á favor de la impiedad contra la Religion.

Desgraciadamente en lo mejor de la lucha y cuando mas asegurado parecia el triunfo de la justicia , Clemente XIII se vió repentinamente atacado de una aguda enfermedad , que súbitamente le hizo descender á la tumba. Aquella alma esforzada que tanto habia resistido á los embates de la impiedad de su siglo , se veia finalmente libre de los tormentos morales á que unos gobiernos filósofos le condenaron en los últimos años de su vida. La cristiandad lloró la muerte de su cabeza visible , los Estados Pontificios se apresuraron á honrar la memoria de su buen padre , los Jesuitas vieron derribarse el mas colosal apoyo con que hasta entonces contaron , y hasta las bellas artes consignaron en bronces y mármoles y pinturas las sublimes virtudes de que se hallaba revestido Clemente XIII , el dique contra el cual se estrellaban los péfidos é ímpios intentos de un Pombal , de un Choiseul , de un Aranda , de un Tanucci , ó de un Felino.

Acabamos de decir que las bellas artes consignaron las virtudes del Pontífice, y no podemos menos de citar un hecho que aun hoy dia pueden admirar cuantos visiten la basílica de S. Pedro en Roma. Cánova, el inmortal escultor que animó los mármoles á los golpes de su cincel maestro, estuvo encargado de trabajar el panteon de Clemente XIII. Buscando una alegoría que diera á comprender el carácter del Papa difunto, he aquí la que representó en esta obra, una de las mejores que de su cincel se conservan. A los pies del Pontífice yacen tendidos dos hermosos leones, dormido el uno, el otro en vela y en actitud de mostrar sus garras y defenderse. El primero representa, segun la misma explicacion del autor, el carácter pacífico y confiado del Pontífice; el segundo demuestra la actitud que tomó Clemente XIII cuando se trató de la injusta espulsion de los Jesuitas, ó sea la obstinada resistencia que opuso á los que exigian su espulsion y estincion. Cuando el ilustre Cánova labró estos mármoles, ya los Jesuitas no existian como Instituto religioso; sin embargo el inmortal estatuario quiso pagarles este tributo de admiracion, y rendirselo asimismo al Pontífice que tanto defendió á los Jesuitas, desplegando la noble entereza y la colosal fuerza que las atribuciones alegóricas suponen en el leon. Al rendir Cánova este homenaje á la memoria de la Compañía de Jesus, no solamente quiso demostrar sus propias simpatías por ella, sino cuan sensible debía ser su ruina para todos los profesores y amantes de las Bellas Artes. En efecto, ¿quiénes como los Jesuitas se mostraron conocedores en este ramo, y qué orden como la suya elevó estos magníficos templos que son la admiracion de nuestros arquitectos, escultores y pintores? Una obra construida por los Jesuitas se da á conocer en medio de todas por su grandiosidad y buen gusto: ahí quedan muchas de ellas, y hasta que el fuego de la revolucion ó la mano del tiempo derribe estas moles de piedra, el mundo tendrá preciosos restos, legados soberbios que la Compañía de Jesus hizo á todos los puntos del globo que tuvieron la dicha de ser animados con su presencia.

Esto no lo negará el anti-jesuitismo , porque escrito está en mármoles y bronce.

La caída de Clemente XIII, esa robusta encina que aun carcomida por los años desafiaba la tempestad , hizo sonreír de alegría á los enemigos de la Religion y de los Jesuitas , cuyo mas poderoso é incontrastable antagonista acababa de desaparecer. Desde el 21 de mayo de 1758 se encontraba gobernando la Compañía el general Lorenzo Ricci , hombre de una virtud á prueba , de un talento despejado y cultivado , pero no á propósito quizás para dirigir esta lucha en que los Jesuitas veíanse amenazados por los primeros soberanos de Europa , en el momento mismo en que se hallaban privados de su mas firme apoyo. Además contaba sesenta y seis años de edad , y no es esta la mas á propósito para ponerse á la cabeza de una lucha tan desesperada como gigantesca. Rugía desencadenada la tempestad , y su mano era asaz débil para empuñar el timon de la Compañía. Hizo sin embargo mucho mas que podia esperarse de él , y si la borrasca doblegó el mástil del bajel del gran Loyola , no fué sin que los Jesuitas estuvieran de antemano convencidos de que su sentencia estaba firmada. Cayeron por lo tanto , pero cayeron manteniéndose en pié hasta el último momento , y como el robusto atleta á quien cargan un peso exagerado aun para sus hercúleas fuerzas.

Resuelta en los conciliábulos de la impiedad la destruccion de los Jesuitas , lo primero que debian procurar sus enemigos era asegurarse de los sentimientos que dominarian en la persona que debia suceder á Clemente XIII. Este afán de destruir á la Compañía de Jesus , demuestra evidentemente que eran especiosas é infundadas las causas que se alegaron para su expulsion , pues si en efecto hubieran sido perjudiciales á las naciones en que habitaban , todo estaba concluido desde el momento en que el gobierno de estas mismas naciones les alejaba de su seno , y es por lo mismo incomprensible esta tenacidad manifestada por las cortes anti-jesuitas para que la Iglesia aboliera la orden. Estas pretensiones demostraron claramente que

se reconocía únicamente en Roma el poder de desatar ó romper los votos que Roma habia atado; y si esto indudablemente era así ¿ cómo un monarca católico por sí y ante sí se atrevió á dar un paso de tanta trascendencia respecto de un orden religiosa, sin consultar ni prevenir siquiera de antemano al Sumo Pontífice? Malamente hemos dicho que la tenacidad del anti-jesuitismo era incomprensible, pues ella misma demuestra que la guerra librada á la Compañía, no la hacia una nacion á los individuos de su seno, sino un partido, que nadie ignora quién era, á una corporación que era para él sumamente temible.

Solamente de este modo se explica el empeño con que fueron perseguidos los Jesuitas hasta en su último reducto que era Roma. Para los filósofos de la impiedad, mientras existieran los Jesuitas, estos dignísimos celadores de la fe, existía una falange formidable, que se opondría constantemente como un muro de bronce á sus infernales deseos. En Roma lo mismo que en Lisboa, que en Madrid, que en Nápoles, los Jesuitas dejaban pesar todo el poder de su influjo sobre las doctrinas irreligiosas que sobradamente por desgracia cundian, y fundadamente era de temer que la Europa y el mundo entero se resintieran de esta sana y saludable influencia, que era la muerte de los impíos reformadores, ó mejor destructores de todo lo bueno, de todo lo santo. Además, en tanto que el sumo Pontífice tuviera á su alrededor esta guardia, que como otras veces hemos dicho, mereció de uno de los corifeos de la impiedad el honroso título de *gentzaros de la Santa Sede*, en vano los ejércitos filosóficos atacarían á la piedra fundamental de sus infernales deseos, el Papado, ó sea la Religión, por cuanto desde que el mismo heresiarca Lutero anunció esta diabólica idea, siempre los Jesuitas, de continuo los dignos hijos del inclito Loyola habian salido triunfantes del palenque, del combate del error contra la verdad, en que esforzadamente entraron para pelear las batallas del Dios de Israel. No podian desconocer los infernales filósofos que los benemé-

ritos hijos del inclito Loyola contaban con un gran prestigio entre la nobleza y el pueblo católico, y entre todos aquellos á quienes no comprendían las palabras del Apóstol en su carta á Tilo, aquellos que dicen conocer á Dios, mas le niegan con sus obras, y que mientras este prestigio no desapareciera, vanamente se intentaría atraer estos dos cuerpos á las miras de la infernal filosofía. Inútilmente se habia intentado calumniar á los Jesuitas, inútilmente se les habia pintado con los mas negros colores por aquellos de quienes dice Isaías, cap. 5: «¡Ay! de aquellos que llaman á lo malo bueno;» inútilmente se hizo pesar sobre ellos una sentencia condenatoria; los hombres honrados de todos los partidos, todos aquellos, que segun doctrina del Apóstol en su carta 3.^a á los gálatas, «no estaban fascinados para no obedecer á la verdad» comprendieron, que aquellos jueces no eran competentes, y que solo por la fuerza y la violencia y no por la razon y la justicia se habian hecho obedecer. Este triunfo material era una derrota moral que no se escondia á los ojos del anti-jesuitismo, y cansado de luchar sin fruto en el ánimo de unos pueblos que respiraban buen sentido á toda prueba, plantearon la cuestion en su verdadero terreno, y dijeron: A los hombres de convicciones religiosas no se les convence sino por un acto que lleve un sello de esa misma religiosidad: inútilmente condenaremos nosotros á los Jesuitas mientras la religion no les condene asimismo. La religion no podia condenar á estos esforzados Matatías, porque uno de los principales caracteres de la religion es la justicia, y la justicia no condena á la inocencia. Pero la religion tiene un representante en la tierra, y este representante por ser hombre está en algunas cosas sujeto á las debilidades humanas. Era por lo mismo forzoso que la condenacion viniera de la Santa Sede, que la madre sentenciara á sus hijos, que el general vendiera á sus soldados. De esta manera los espíritus débiles entrarian en duda, ya porque es muy respetable un decreto que emanara de tan alto, ya porque es incomprensible que una tan sublime autoridad

condene sin justo motivo á sus mas celosos subordinados y defensores. Si esto se lograba, por fuerza debia sufrir un golpe muy rudo el prestigio de los Jesuitas, golpe de que tardaria mucho tiempo en reponerse. Durante el pontificado de Clemente XIII intentóse vanamente este resultado, pero su muerte hizo concebir nuevas esperanzas.

No obstante Roma no deja engañarse fácilmente y la mejor prueba es que el entero catálogo de Pontífices desde Paulo III hasta Clemente XIII, ó sea desde el ínclito Ignacio de Loyola hasta Lorenzo Ricci, todos se habian mostrado celosamente adictos á los Jesuitas, por mas que la maledicencia, la envidia y la impiedad hubiesen intentado desacreditarles. Roma no obra sin conviccion de que obra bien, ni destruye sin motivos para destruir. Si Sixto V hubiera obrado con la ligereza del obcecado Carlos III, mas tarde se hubiera arrepentido de su precipitacion. Los medios que se habian empleado con todos los Papas para hacerles concebir antipatías por la Compañía de Jesus, no habian dado resultado alguno; se hacia preciso por lo tanto recurrir á otra clase de medios. Para ganar al Pontificado, era indispensable ganar antes al Pontífice: esto es mucho mas difícil que ganar á un ministro ó un embajador.

Habia no obstante un empeño decidido y los medios de seduccion no faltaban: la Sede pontificia estaba vacante. De la eleccion del nuevo Papa dependia el triunfo: las cortes interesadas en la abolición de los Jesuitas, pusieron principalmente su cuidado en asegurarse de los embajadores que tenian en Roma, como quiera que de ellos dependia en mucha parte el bueno ó mal resultado.

Era embajador de Francia, segun antes hemos dicho, José Enrique de Esparbes, marqués de Aubeterre, mariscal de Francia, y uno de aquellos hombres que mientras fué soldado, parecia mejor que un general del siglo XVIII un paladin de la edad media; mas luego, cuando abandonando el campo por la corte, trocando la espada por la pluma y renunciando

á ser militar para ser diplomático , se puso en contacto con los vicios é impurezas de la corte , su coraza que le habia defendido de las lanzas enemigas , no fué suficientemente dura para librarle de impregnarse de aquellos mismos defectos que antes habia criticado tan repetidas veces. Resultó de aquí que renunciando á sus buenas cualidades militares , conservó únicamente de su antigua carrera la altanería y absolutismo , propios de los grandes oficiales , acostumbrados á lanzar á la muerte ejércitos enteros , que obedientes se lanzan al peligro sin titubear. El marqués de Aubeterre creyó que el modo de intimidar la corte romana seria el tratarla con militar dureza , pues si así se habia hecho respetar y obedecer de generales de gran nombradía y valor ¿ qué no sucedería tratando con religiosos incapaces por su carácter y posicion de responder con bélica arrogancia , á la arrogancia bélica del victorioso mariscal de Francia?

De consiguiente , audaz por carácter , audaz por su carrera , audaz porque trataba con débiles , y mas audaz porque audaz le mandaba ser la corte francesa , este embajador fué el que rompió y sostuvo con mas empeño el fuego de las diabólicas exigencias de su corte junto al conclave , que muy en breve debia nombrar un sucesor para ocupar la vacante que dejaba Clemente XIII. Lo primero que hizo , secundado por el embajador español , fué pedir osadamente que no se reuniera el conclave sin que llegáran los cardenales franceses y españoles convocados al efecto. El objeto que llevaban en esta pretension es harto manifiesto , pues teniendo todos los cardenales voz y voto en la eleccion del Pontífice , se comprende que habia de ser utilísimo el refuerzo español y francés que probablemente no habia de favorecer con su voto á candidato alguno que no fuese de la aprobacion de sus respectivos gobiernos. Entre estos cardenales que no llevaban mas mira que halagar á los ministros de su corte , para que á su vez los ministros halagáran el amor propio de las eminencias , encontrábase uno que estaba llamado á representar un gran papel en este acontecimiento.

Hablamos del tristemente célebre cardenal francés de Bernis. Primero ministro y protector de Choiseul, y luego víctima y desterrado por su propio protegido, la vida de este hombre verdaderamente interesante para nuestra historia, tenia dos faces. En la primera veíase al almibarado cortesano, de refinada elegancia, carácter afable y costumbres no del todo severas: en la segunda, ó sea cuando su destierro á su diócesis de Alby, se le encuentra transformado en un venerable Prelado, practicando toda clase de virtudes episcopales. Bernis era incapaz de sentir aversion por cosa alguna, nunca se habia euidado de los Jesuitas ni menos de estudiar su Instituto: no les era por lo tanto ni enemigo ni partidario. Uno de los flacos que tenia á pesar de todo este Prelado, flaco muy propio y comun de los hombres que han pasado los mejores años de su vida en las cortes de los príncipes, era un gran deseo de figurar, pueril pasion que desdecia en sumo grado de un personaje que era cardenal y habia sido ministro y embajador. Atacósele por este lado débil, y dándole á entender que su trato y talentos diplomáticos habian de seducir forzosamente á los miembros del conclave, prometiéronle para mas adelante la embajada de Roma, si conseguia que el anunciado consistorio nombrase un Pontífice adicto á los Borbones, que era lo mismo que decir enemigo de los Jesuitas. Bernis aceptó sin meditar el papel que le ofrecian desempeñar, y no se crea que por odio á los Jesuitas, sino porque se habia halagado su vanidad suponiéndole en el conclave una influencia que no tenia. Estraño se hará que si realmente el cardenal de Bernis no contaba con este influjo, se pusiera tanto empeño en mandarlo al conclave, pero todo se explica si se atiende á que por este medio el marqués de Aubertre tenia noticia de cuanto pasaba en el ánimo de los cardenales, valiéndose de estas comunicaciones para adoptar en su vista sus medidas y ponerse en relaciones con su gobierno. El papel que Bernis debia desempeñar no era muy digno, segun se ve; sin embargo tuvo la candidez de aceptarle, sin sospechar el ridículo tan grande que se le venia encima.

En efecto, el cardenal de Bernis creyó de buena fe que no bien tomaria él asiento en el conclave y se pondria en relaciones con los ancianos cardenales, incapaces á su juicio de sorprender una intriga bien tramada, seducidos por su fina amabilidad y melosidad francesa, los habia de arrastrar á donde se le antojára sin resistencia ninguna; pero Bernis conocia muy poco al Sacro Colegio. Roma no distribuye sin razon sus púrpuras, y de buenas á primeras se encontró con un partido fuerte y virtuoso, apellidado de los *Zelanti*, que por poco dan al traste con todas las diplomacias borbónicas y finezas de Bernis. Indignados con sobrada razon los cardenales que componian esta gran porcion del conclave, de que algunos principes y embajadores intentáran dar paso á la corrupcion por las puertas del Vaticano, apresuraron la eleccion del Pontífice, sin curarse de las injustas exigencias de España y Francia, y por dos votos que le faltaron para obtener la mayoria prescrita, no fué ascendido á la cátedra de S. Pedro el cardenal Chigi, sacerdote ejemplar y cuya energía de carácter no hubiese nunca tolerado que la Compañía de Jesus fuera sacrificada á la mal entendida política de unos ministros filósofos. Cuando Aubertre y Azpuru tuvieron noticia de que por poco sus planes quedan desvañecidos de un solo golpe, dieron rienda suelta á su indignacion, y exigiendo nuevamente que todo quedára en suspenso hasta la llegada de los cardenales franceses y españoles, amenazaron con la mayor impiedad al conclave, de que si en la futura eleccion del Papa no eran atendidos los deseos de los principes que representaban Francia, España, Portugal y Nápoles, se separarian acto continuo de la comunión romana, es decir, que seguirian el ejemplo (bien poco faltaba por cierto) del verdugo de Inglaterra Enrique VIII!!! ¡Qué lenguaje! ¡Qué catolicismo! «el del hombre animal que no percibe aquellas cosas, que son del Espíritu de Dios,» segun S. Pablo, en su carta 2.^a á los Corintios; ó bien el de aquellos de quienes dice Ezequiel, capítulo 12: «Tienen ojos para ver y no ven, tienen orejas para oir y no oyen;» ó de aquellos otros, de

quienes dice el Sabio , cap. 2 : « Su malicia les ha cegado. »

Semejante amenaza brutal , impla , que no otra calificación merece , y que por otra parte tampoco estrañamos en tales ministros , pues de semejante árbol no podían prometerse otros frutos , segun S. Mateo , cap. 7 , y S. Lucas , cap. 6 , prueba de un modo evidente que para estos ministros , para estos embajadores , la Religion era un hábito de quita y pon , una farsa sin consecuencias , una creencia no arreglada á las exigencias de la razon y no alimentada por la voz de la conciencia ; era en fin la consecuencia de unos hombres vanos , en los cuales no se halla la ciencia de Dios , segun el Sabio , cap. 13. Imposible nos parece que Carlos III autorizase á sus ministros á expresarse en tales términos. Se concibe , si , en el débil y voluptuoso Luis XV , dominado por la Herodias del siglo XVIII , la impúdica Pompadour , á la cual , porque inclinase el ánimo de su real amante contra los Jesuitas , se le habia dado la cantidad de 600,000 pesos ; pero de un monarca como Carlos III , lo repetimos , por mas criminal que nos parezca en haber desoído la voz paternal de Clemente XIII , voz que no era otra que la de la justicia ; por mas que á ejemplo de los tiranos de los primeros siglos del cristianismo no hubiese permitido reclamar sus derechos á los Jesuitas , como de aquellos refiere Tertuliano en el exordio de su *Apologeto* , lo volvemos á repetir , se nos hace del todo imposible ; mas prudente , mas acertado será buscar la causa de tal ceguedad en sus pérfidos consejeros , afiliados en los clubs de la impiedad , que le rodearon y sitiaron constantemente para no dejarle conocer la verdad , inspirándole y aconsejándole providencias opuestas á su magnánimo y piadoso corazon : en los pérfidos consejeros de estos reyes que no conocían ni el valor de la Religion ni el respeto que se la debe , y que por lo tanto pudieron sin escrúpulo sacrificar á los Jesuitas , porque aun quando á consecuencia de este sacrificio hubiera debido venir abajo el edificio católico , sin remordimiento , sin peso alguno sobre el corazon ni sobre la conciencia , hubieran sacrificado á la Compañía de Jesus. Despues de

una semejante amenaza, nada debe ya estrañarnos de los medios que emplearon un Aranda ó un Choiseul: pésele bien el valor de su exigencia, que no es ni mas ni menos sino el siguiente.

Si el Sagrado Colegio no se da á partido, si los príncipes de la Iglesia no rinden culto á la simonía, si los principales ministros de la verdadera religion no acallan la voz de su conciencia, si los que deben dar ejemplo de justicia no sacrifican toda clase de escrúpulos, cuatro potencias se separarán de la comunión romana, ó lo que es lo mismo, cuatro ministros de una sola plumada sumirán á cuatro pueblos en el revuelto piélagos del cisma y de la herejía. De modo que segun los Arandas, Choiseuls, Tarucci y allegados, la religion se compra y se vende, y los pueblos deben sujetarse servilmente á lo que dispongan sus gobernantes, no solo en cuestiones civiles sino tambien en materias religiosas; y sin reflexionar, de real órden deben renunciar á las creencias de sus padres, porque así á un ministro plugo disponerlo, gracias á que el conclave no quiso dejar poner precio á su conciencia... Convengamos en que estas máximas son harto disolventes, y que ninguna persona religiosa puede aprobar proceder tan altamente escandalosos é impíos.

Aranda y Choiseul, y en su nombre Aubeterre y Azpuru, no tuvieron reparo alguno en dirigir semejante amenaza á la primera corporacion del mundo religioso, en el solemne momento de elegir al Vicario de Jesucristo: los cardenales tuvieron mas miramientos, y antes que poner á la Europa en un conflicto, prefirieron aguardar la llegada de los franceses y españoles. No han faltado escritores que reprobasen esta concesion del Sagrado Colegio, como una muestra de debilidad y desconfianza del aplomo y seguridad con que la nave de san Pedro rompe en todas las ocasiones las olas mas embravecidas; nosotros no sabríamos verdaderamente á quien dar la razon. Suspendida la eleccion volvieron las intrigas á ponerse en manejo, y entonces fué cuando el cardenal de Bernis recibió las

instrucciones completas de su corte, y entre ellas la siguiente: —«El rey no ha formado plan alguno de personalidad, ya sea respecto al trono pontificio, ó ya para escluir á tal ó cual miembro del Sagrado Colegio. S. M. se halla en el caso de no querer aplicar á estos ó aquellos una esclusion auténtica. No obstante ocasion puede haber en que fuese preciso usar de aquella prerogativa, y seria cuando los cardenales de Luy-nes y de Bernis se persuadieran de que podia reunir el número de votos necesarios para la eleccion de Papa, una persona, cuyas preocupaciones personales, afectos particulares, ó celo inmoderado é imprudente, pudieran hacer peligrosa su administracion, y aun tal vez perniciosa y fatal á la religion y á la tranquilidad de los Estados católicos. Pertenecen á este número los cardenales Torregiani, Boschi, Buonaccorsi y Castelli.» —Estos cardenales eran tenidos con fundamento por adictos á los Jesuitas, por cuanto durante el anterior pontificado sostuvieron el teson con que Clemente XIII rechazó las indignas proposiciones que tocante á la Compañía de Jesus se le hicieron. Esta *esclusion* que se indica opondria la corte de Francia á algunos cardenales, no se crea que sea un derecho del soberano, que forzosamente deba acatar el Sagrado Colegio; nada de esto. Esta *esclusion* se reducía á que las cortes de Madrid, París y Viena algunas veces mandaron un aviso al conclave, previniendo amistosamente que la eleccion del cardenal tal (uno solo) para Pontífice supremo, no seria de su agrado. Esto no era un derecho sino una gracia, y tantos fueron los abusos que en este sentido se cometieron cuando el conclave que nos ocupa, que reaccionándose desde este punto la tal gracia, volvió el Sagrado Colegio de entonces en adelante á recobrar su plena independencía, sin esclusiones de ninguna corte que vinieran á entorpecer la marcha libre del conclave.

Lo primero que hizo Bernis, no bien tomó asiento en el conclave y se convenció con harto disgusto de su amor propio de que no bastaban los finos modales franceses para seducir á

los purpurados romanos, fué violar los secretos de la deliberacion y ponerlos en noticia del marqués de Aubeterre, el cual por este medio los ponía en conocimiento del duque de Choiseul para que obrara en vista de ellos. Esta violacion era indigna; esta violacion era un medio reprobado por la moral y la conciencia; pero Bernis obraba consecuente á los ofrecimientos que le habian sido hechos, y dañaba á los Jesuitas sin mas objeto que favorecerse á sí propio. Desde entonces empieza su famosa correspondencia, páginas arrancadas al secreto de los archivos, y que hoy dia son otras tantas antorchas que esclarecen esta historia.

El cardenal francés se desespera asimismo por su parte de no hallar una persona que sirva sus intereses una vez ascendida al solio pontificio. Esto nos prueba que el conclave no estaba tan gangrenado como quieren suponer los enemigos de Roma, y que faltaba groseramente á la verdad el ministro que decia, que apenas sería dable hallar un cardenal que al precio de la destruccion de los Jesuitas no comprara el sentarse en la Silla de S. Pedro. El de Bernis les ha observado minuciosamente á todos, sabe lo que puede dar de sí cada uno de ellos, y con fecha 14 de abril escribe al marqués d'Aubeterre entre otras cosas lo siguiente: — «Todos nuestros amigos tienen mayores deseos que cabeza, lo cual siento muchísimo.» —

A todo esto los cardenales españoles no habian llegado aun, ausencia inesplicable y que inquietaba no poco al de Bernis, pues el conclave se cansaba de estar reunido, y podía muy bien seguir adelante en la eleccion, en cuyo caso el anti-jesuitismo perdía una porcion de votos que le hacian suma falta. La corte española pretestaba para la tardanza de sus cardenales la mucha distancia y la falta de medios de transporte; pero en realidad, quizás lo que queria Carlos III era dejar á los franceses y napolitanos que cargaran con la odiosidad de la intriga, y llegar al puro tiempo de la votacion, á fin de que sus cardenales no comprometieran la dignidad del rey católico. Además, entre los dos agentes españoles, Azpuru y Azara,

acababa de estallar una guerra sorda , que amenazaba romper las negociaciones y destruir los innobles manejos del anti-jesuitismo. Azara llegó á comprender que en esta sangrienta y cínica farsa , estaba llamado á representar un papel odioso , y por lo mismo rebelándose contra las órdenes que tenía recibidas , ora se oponia á los designios de Azpuru , ora hacia que saliesen fallados los cálculos del diplomático. El enojo de este llegó hasta acusar de jesuitismo á su colega ; y se hacia sumamente temible que este rompimiento de hostilidades frustrara tal vez tantas tramas y manejos. Los agentes franceses no podian contemplar sin temor esta division , y por lo tanto dirigieron al gabinete de Madrid para que la hiciera cesar. Desgraciadamente, Azara no bien tuvo que optar entre su conciencia y su honor ó su persona y su fortuna , no tuvo el valor suficiente para sacrificar lo segundo á lo primero. ¡ Triste condicion la de los hombres , que amantes de su comodidad , no saben morir con honra antes que vivir sin ella ! Azara se dió á partido sacrificando sus propias ideas y convicciones , y decimos sacrificándolas , porque Azara no era enemigo de los Jesuitas , pero en cambio fué amigo ó secuaz por lo menos de los filósofos de la impiedad. Hizo todo lo posible para volver á la vida á un jesuita íntimo amigo suyo á quien hospedó en su propia casa , pero no por esto dejó de contribuir á la destruccion de la orden. Luego hemos de seguir mas paso á paso á este diplomático.

Al fin y al cabo de tanto intrigar , y puestos en juego todos los resortes , llegó el momento de pasar , como quien dice , un balance de los frutos que se habian recogido , puesto que tanta semilla se habia arrojado.

Hubo cardenales que estaban fuera de toda clasificacion en la que los Borbones hicieron de buenos y malos , pero tambien los hubo que merecieron de los clasificadores el honroso dictado de *pésimos* , es decir , mas malos que los quince que de malos fueron calificados. Seis fueron los cardenales *pésimos* , seis cuyos nombres debe venerar el catolicismo , porque se ofre-

cieron denodados á defender los derechos de la Iglesia romana, amenazados por los filósofos de la impiedad. Los que merecieron la honra de ser llamados *pésimos*, son los cardenales Torregiani, Castelli, Buonacorsi, Chigi, Boschi y Rezzonico. Contra estos en vano se emplearon toda clase de medios: firmes en el palenque desde donde defendian el honor del Sagrado Colegio, ninguna consideracion, ninguna amenaza fué bastante á hacer que por un momento no mas se olvidáran de sus deberes. *Pésimos* en boca del anti-jesuitismo, equivale á decir esforzados católicos, celosos príncipes de la Iglesia, nobles purpurados, cuya conciencia rigurosa, cuyo corazón recto, cuyo juicio ilustrado rechazaba del modo debido y despreciaba tanto como se merecian las viles proposiciones de un Pombal, de un Choiseul, de un Aranda. No, no se habia estinguido en el Sagrado Colegio la memoria reciente de Clemente XIII, y al lado del cardenal Torregiani militaban aun cinco cardenales dispuestos á seguirle en su digna marcha, arrancando la máscara á los emisarios de la anarquía y de la impiedad. *Pésimos* llamáronles las cortes; el catolicismo les llama sus hijos predilectos, sus bravos campeones.

Aquí creemos sea oportuno lugar para hacer una reflexion muy sencilla, pero que viene segun creemos muy al caso. Juan Francisco Albani, cardenal de este nombre, calificado de malo en la clasificacion anti-jesuita, dijo un dia en el conclave que la causa de los Jesuitas era la causa de la Iglesia misma. Véase por esto como no andábamos tan fuera de razon cuando sentamos y defendimos esta misma idea. Y en tanto se comprendia así, y en tanto los príncipes de esta Iglesia abundaban en el mismo pensamiento, en cuanto vemos á las cortes borbónicas declarar, al cabo de mucho tiempo de intrigas y ocultos manejos, que tan solo pudieron deslumbrar á once cardenales; y decimos deslumbrar que no convencer, porque deslumbrados, engañados fueron, y solamente á estos rastreros medios pudo el anti-jesuitismo deber su triunfo. Patente es el juicio de los cardenales, y los dignos hijos del gran Loyola

nunca hubieran sido condenados , mientras la Iglesia católica hubiera podido marchar libre y sin trabas , y no andar entre agentes de la impiedad , que propiamente arrancaron á un hombre débil un decreto que él mismo y la Religión lloraron por mucho tiempo. El partido de los Jesuitas era el de la mayoría , el edificio del inclito Loyola era inespugnable atacado frente á frente , pero el genio del militar mas sagaz y el valor del mas temible guerrero , no libran á una ciudadela de la traidora mina que abrió mano enemiga. Adonde no pudo alcanzar la razon , llegó la impiedad con el engaño doloso y la violencia.

La mayoría de los miembros del Sagrado Colegio no estaban tan desprovistos de razon que no conocieran de qué punto venia el ataque ; así es que muchos cardenales manifestaron resueltamente que de ningún modo se contára con ellos , pues en razon no podian prestarse á condenar un Instituto como el de los Jesuitas , cuando sus acusadores no cumplieran con lo que se les exigia , que era presentar las pruebas de la acusacion. *En Roma , dijeron con noble entusiasmo , para condenar á un acusado , son necesarias algunas mas pruebas que el odio inespliable de un rey y los devotos cálculos de una mujer perdida.*

El papel que representaba España en esta lucha diplomático-religiosa , era á primera vista menos indigno , pero en el fondo encerraba tanta ó mayor dosis de malicia. Bernis se habia ofrecido á desempeñar la parte mas odiosa , pero llegado que hubo á la cuestion de pruebas , todas sus intrigas estuvieron á punto de estrellarse , por cuanto estas pruebas que se le hacian indispensables para justificar el odio que la corte de Francia tenia á los Jesuitas , le faltaron en lo mas critico de la situacion. No sucedió así respecto á España : como el motivo de la espulsion de los Jesuitas hemos visto que permaneció secreto aun para el mismo Pontífice , nada tenia que justificar. En este sentido escribe el embajador Azpuru al conde de Aranda , y en su carta no hace escrúpulo alguno de llamar á cada cosa por su nombre , sin considerar que el dia en que su correspondencia

se hiciera pública, el anti-jesuitismo no tendria un lugar bastante oculto para ir á esconder en él su deshonra. Este dia ha llegado, y la verdad aparece desnuda por confesion de sus propios violadores.

— «Mas afortunado V. E. (escribe el embajador al ministro español) que el gobierno del rey cristianísimo, *no tiene necesidad de torturar los hechos y la ley para herir á la Compañía de Loyola*. Su majestad ha decretado, y su decreto ha sido al punto ejecutado sin apelacion. El silencio entre nosotros vale mas que todos los procedimientos, puesto que Bernis tiene que afanarse para defenderlos, mientras yo no tengo mas que callar. Una acusacion muda se traduce de mil maneras. La Francia ha cometido la falta de soltar su última palabra sin presentar las pruebas: en el conclave se las piden, mientras que nosotros tenemos derecho para impedir toda discusion en este punto, y quién duda que esto es preferible. Con efecto, nosotros no tenemos que manifestar la culpabilidad de los Ignacianos sobre tal ó cual punto. El secreto del rey contesta á todo, y lleva consigo la muerte de los Jesuitas como condicion *sine qua non*. *Poco importa que el crimen se halle ó no probado, si el acusado está condenado. Habrá alguna resistencia; pero al fin se llegará á consumir el sacrificio.*» — Este escrito desnudo de todo velo encubridor de sus groseras formas, revela secretos importantísimos. En primer lugar el embajador español reconoce que el objeto de sus esfuerzos es *herir á la Compañía de Loyola*, y que los franceses para llegar á este resultado *han tenido que torturar los hechos y la ley*. Esta confesion evidencia las vedadas armas con que el anti-jesuitismo combate, y si para herir á la Compañía de Jesus es necesario torturar la ley, no estaremos sino muy en nuestro derecho diciendo que fué ilegal la supresion de los Jesuitas. Siendo así, nada tiene de extraño, que *importe muy poco que el crimen esté ó no esté probado*, odiosa máxima que por sí sola retrata de una sola pinchada á los enemigos de los Jesuitas, y que caracteriza los medios de que se valieron los diplomáticos borbónicos.

Hasta aquel entonces tanta intriga reunida solo habia servido para preparar los ánimos del Sagrado Colegio, pero la designacion pontificia no estaba hecha aun; y no estaba hecha por cuanto el mismo Bernis llegó á temer que las cortes habian de verse imposibilitadas de hacerlo. Contábase con que el conclave se compondría á lo mas de cuarenta y seis cardenales; diez de estos á juicio de Francia no eran *papables* por insignificantes, y aunque las cortes de España y Francia tenían derecho á dos exclusivas, en sus listas figuraban VEINTE Y TRES cardenales á quienes formalmente escluian del supremo pontificado. Veinte y tres escludidos y diez inútiles son treinta y tres, hasta cuarenta y seis restan trece. De estos trece habia que quitar dos napolitanos, además á Sersale y Stoppani que desagradaban á la corte de Francia, á Malvezzi por igual motivo, á Perelli y á Pirelli, porque tenían pocas simpatías en el conclave, y á Ganganelli porque en vista de su conducta se le tenía por muy tímido. De modo que de trece quitando ocho quedaban cinco elegibles, sobre los cuales hubieran querido las cortes que radicára la eleccion. Bernis mismo llegó á comprender que tanta exigencia superaba á lo que podia esperarse de una reunion de tan altos prelados, tanto más en cuanto la gran mayoría de ellos era contraria á las miras que las cortes tenían puestas en la eleccion. Por esto preguntaba Bernis á Aubeterre *¿podrá encontrarse un papa?* Y luego añadía: — «El honor de las coronas es el que me hace hablar. Es imposible que estas hagan un Papa escludiendo á mas de la mitad del Sagrado Colegio. *Esto no tiene ejemplo.* Es preciso entrar en razon y no poner al Sagrado Colegio en el caso de disolverse, protestando de violencia. Es de todo punto imposible trazar un plan de conducta sobre otro plan de una exclusiva tan general que no deje apenas sino cuatro ó cinco personas, de las cuales algunas son aun muy jóvenes. En una palabra, se quiere coger á la luna con los dientes y esto es una quimera.» —

No pararon en esto las violencias, antes al contrario, no

bastándoles las violencias morales, recurrieron á las violencias materiales. Las tropas de la casa de Borbon penetraron osadas y conquistadoras, violando el siempre respetado derecho de gentes, en territorio de los dominios romanos, ocupando sin mas razon que la sinrazon de la fuerza las poblaciones de Aviñon, Benevento y Ponte Corvo. Desde estos puntos no se hicieron escrúpulo alguno en amenazar directamente al Sagrado Colegio, prometiendo seguir mas adelante en sus hostilidades si el conclave no correspondia á sus deseos. ¡Escandalosa violacion que bastára por sí sola á desacreditar la mejor causa! Esto no lo refiere el anti-jesuitismo, esto no lo cuenta el autor de nuestra impugnacion; pero esto es cierto, y todo el mundo lo sabe y consta en la historia de estos tres puntos, que mas tarde debian tener una grande influencia en la futura suerte de los dignísimos hijos de S. Ignacio.

A tantos bastardos manejos, á tantas intrigas de mal género, debe añadirse otra, no menos escandalosa ni menos cierta. La corte de Francia no estaba contenta con tener en Roma al cardenal de Bernis y al marqués d'Aubeterre, que en el conclave y en los círculos diplomáticos condujeron á buen puerto el buque de sus bastardas pretensiones. Al efecto de tener mas instrumentos, mantuviéronse otros agentes de menor categoria, los cuales recibian un sueldo determinado á fin de proteger las intrigas de sus superiores y darles cuenta de su parecer amoldado á las circunstancias que corriesen y al porvenir que se fuera despejando. Otro de estos agentes, que ponian su habilidad á sueldo del que se la pagára, era un francés llamado Dufour, acérrimo enemigo de la Compañia de Jesus, no menos irreverente que el marqués d'Aubeterre, y tan convencido como éste de que todos los medios serian aprobados como condujeran á la destruccion de los inelitos hijos de S. Ignacio.

Dufour, juzgando á los cardenales por sí mismo, que era juzgarlos por cosa muy mala ciertamente, proponia muy sencillamente comprar los votos de cinco ó seis cardenales de los

mas influyentes, los cuales á su vez se encargáran de seducir á sus colegas. Este infame plan estaba revelado con tanta impudencia, que en una de sus cartas se leen las siguientes ultrajantes palabras:—«Se podrá desde luego añadir al trato hecho con aquellos á quienes no se entregue el dinero sino despues del conclave, que garantida por la palabra del cardenal encargado de las instrucciones de la corte, se aumentará á la suma principal la cantidad de..... por cada voto que el amigo haya adquirido; pero á condicion de que el cardenal encargado de las instrucciones de la corte, esté de ello convencido, y que el que se haya captado se sepa de fijo que no está comprometido por otra parte.»—¿Es ó no es esto el colmo de la iniquidad y de la desvergüenza? Háblase del voto de los cardenales como pudiera hablarse de una mercancía puesta á pública venta; llega el escándalo hasta el punto de imponerse condiciones para la entrega del dinero, vil precio de una simonía mucho mas vil..... Y podrá decirnos cualquier anti-jesuita que defienda estas intrigas, ¿por ventura es dable encontrar en el Sagrado Colegio de cardenales, un prelado solo que estime su honor en tan poco que así le venda á sus enemigos? El mismo Azara cree irrealizable el plan, y reconoce que no se encontrará un solo sacerdote tan imprudente que quisiera confiar su honor á tantas personas. Así lo escribe al marqués d'Aubeterre con fecha 16 de abril, y por cierto que el español decia mucha verdad. Olvidemos este hecho escandaloso, y volvamos á Bernis y d'Aubeterre, que continúan intrigando para llegar á sus fines.

La condicion *sine qua non* para el nombramiento de un sucesor de Clemente XIII era la destruccion de los Jesuitas; esta destruccion debia garantirse de antemano, mediante que el que quisiera ser Papa firmára con prioridad un documento en que se comprometiera á abolir á los inclitos hijos de S. Ignacio. Y sin embargo, á pesar de que d'Aubeterre habia dicho que cualquier cardenal hubiera comprado la tiara al precio de este decreto, ninguno por lo visto convenia á las coronas, si ya

no es que las coronas se convencieron de que ningún cardenal que gozara de un poco de prestigio, querría aceptar semejante encargo. Bernis hace en este punto absoluta justicia al conclave. «Dos grandes dificultades, dijo, se atraviesan en este negocio; la primera es que hay pocos hombres en el Sagrado Colegio que estén persuadidos de la verdad política de la destruccion de los Jesuitas, y que por consiguiente se atrevan á dar este gran golpe. El crédito de los Jesuitas en el colegio de cardenales, la aprobacion que una tan larga serie de Papas han dado á las constituciones de esta órden, harán siempre gran impresion en el Papa, sea el que quiera, y con mayor razon en el que á la debilidad de carácter reuna una edad avanzada. Y además, aun cuando el Pontifice nombrado tuviera resolucion para llevar á cabo tamaño decreto, y reuniera asimismo la superioridad suficiente para prescindir de una órden tan afecta á la Santa Sede, *aun suponiendo que no le detuviese el temor de suicidar á la Santa Sede*, jamás se resolveria á proceder á la destruccion sin guardar al menos las formas de las reglas canónicas, sea cual fuere la promesa ó compromiso con que pudiera haberse ligado. Los príncipes temporales pueden obrar más de priesa en ocasion semejante; pero al Soberano Pontifice no le es permitido arreglar su conducta sino sobre la observancia de los cánones.» Es imponderable lo que pesan y significan estas palabras en un hombre como el cardenal Bernis. Por corrompido que fuera este hombre, no dejaba de conocer que era imposible favorecer ciertas exigencias de la corte, sin atropellar las últimas consideraciones. El marqués d'Aubeterre no era de mucho tan mirado, su teología era la disciplina militar; se le habia puesto en la cabeza que lo mejor seria exigir del futuro Papa un compromiso por escrito, y nada era capaz de hacerle abandonar semejante empeño. Conociendo Bernis que en vano trataria de convencer á este hombre, quiso sin embargo dar á conocer sus razones, y en este concepto dirigióse directamente al duque de Choiseul con carta fecha 12 de abril. En ella le decia terminantemente lo que

sigue: «Exigir del Papa futuro la promesa por escrito ó delante de testigos de la destruccion de los Jesuitas, seria esponer visiblemente el honor de las coronas por una violacion de todas las reglas canónicas. Si un cardenal fuese capaz de acceder á un trato semejante, se le deberia creer mas capaz aun de faltar á él. Un sacerdote, un obispo instruido, ni pueden aceptar ni proponer condiciones de esa especie.»—El sistema seguido por la corte de Francia merecia la desaprobacion de su mismo agente, porque hasta los hombres mas impudentes se resentian de este atropello de todas las reglas, y no podian menos que augurar mal del desenlace de una empresa que empezaba con medios tan reprobados.

Discordes los pareceres, multiplicadas las intrigas, fatigados los cardenales, y de cada vez mas exigentes las cortes de la casa de Borbon, propúsose para candidato al cardenal Malvezzi, candidatura que hubo de retirarse, por cuanto comprendióse desde el momento que el conclave rechazaria en su mayor parte á un personaje de quien tan poco podia prometerse la Iglesia católica.

Este nuevo fracaso y la perspectiva de que no adelantaban un palmo de terreno en el ánimo de aquellos cardenales que fieles á su obligacion resistian constantemente los esfuerzos de los Borbones, obligó á los embajadores de España y Francia á tomar otra clase de medidas. La derrota de todas sus intrigas era muy temible, y de ahí provino que ciegos ante el peligro, se acogieran á un sistema mas ridiculo, si cabe, y mas bajo, el sistema de las amenazas. Ya hemos visto como las tropas de los Borbones invadieron tres poblaciones de los Estados Pontificios, hemos visto asimismo como los embajadores de las cortes coaligadas dijeron que si el conclave no elegia un Papa á su gusto, las cortes no le reconocerian; ahora falta que digamos, que al objeto de atemorizar mas de cerca al Sagrado Colegio, Azpuru y Aubeterre, fingiendo que temian fuese nombrado un Pontífice no hostil á los Jesuitas, anunciaron que iban á salir de Roma, abandonando sus embajadas,

á cuyo efecto y para mejor representar la comedia hicieron prepararse habitaciones en Frascati. Imposible parece que la pertinacia anti-jesuítica no cesára ante unos medios tan poco dignos, y mas imposible parece aun que haya quien quiera blandir como arma la espulsion de los Jesuitas y su destruccion cuando á nadie se ocultan las pérfidas maniobras que pusieron en juego para ello los embajadores de las respectivas casas de Borbon.

Emplear la fuerza contra la conviccion, es cosa únicamente para quien lo hizo y para con quien se hizo, pues como habia dicho Clemente XIII era muy fácil intimidar á Roma, que no tiene soldados ni cañones para contestar á los de sus enemigos. Esta táctica fué sin embargo la única que su talento sugirió á los embajadores, táctica que podia ganarlo ó perderlo todo en un dia, pero que no mereció desde luego la aprobacion del cardenal de Bernis. Digamos en obsequio de la verdad, que este estaba ya cansado del ridículo papel que estaba representando, y que de muy buena gana se hubiera alejado de figurar en tan ruines intrigas, si no le hubieran sujetado en Roma dos cosas distintas. La una era que abrumado de deudas, pues él mismo confiesa ascender estas á mas de doscientas mil libras tornesas, pensaba no sin fundamento reparar estos descalabros con las fuertes sumas que se le remitian para desempeñar su odioso papel, sumas de tanta consideracion, que de una sola vez el banquero Laborde, al partir Bernis para su viaje, le hizo á manos dos letras valor de ciento treinta mil libras, una de treinta mil sobre Turin y otra de cien mil sobre Roma. De este modo esperaba Bernis rehacer su fortuna á espensas de las arcas del rey cristianísimo, que derrochaba sus tesoros para herir en el corazon á la Iglesia que regeneró á Clodoveo y por la cual murió S. Luis.

Otra de las causas que sujetaba al prelado en la ciudad de los Papas, era la promesa que le habia sido hecha de nombrarle embajador de Francia en Roma, promesa que no podia tener cumplimiento si los diplomáticos rompian las relaciones

entre las potencias. He aquí explicado el motivo porque Bernis desaprobó la retirada del marqués de Aubeterre, que ponía en un compromiso su ambición personal. Para llevarla á cabo sacrificó sus escrúpulos y obligaciones, y tan adelante fueron él y los suyos en sus exigencias, que el mismo cardenal Orsini, otro de los que desgraciadamente se prestaron á favorecer la conspiracion, escribió al cardenal francés el billete siguiente:—«Eminencia: el correo de España ha llegado y he recibido una carta de Azpuru, con la adjunta copia. Se la mando á Vuestra Eminencia para que reflexione sobre ella. Hoy, despues del escrutinio, hablaremos. Persisto en nuestras primeras convenciones. Vos sois arzobispo, y sacerdote y no podemos concurrir á hacer un Papa simoníaco. No dudo que el eminentísimo cardenal de Luynes será del mismo parecer.»—Compréndese por este billete que el cardenal Orsini fué engañado, pues creyendo tomar parte en una intriga puramente diplomática, se encontró envuelto en una conspiración que repugnaba á su carácter sacerdotal. Comprar el papado era una cosa que solo á Aubeterre y Dufour pudo haberse ocurrido.

Otro de los personajes que secundaban las miras de la casa de Borbon era Mr. Kaunitz, plenipotenciario austriaco, el cual fué á Roma para apoyar á los Jesuitas de orden de la emperatriz madre, y que faltando á su deber entró á formar parte de la alianza verificada contra la Compañía de Jesus. Veamos ahora rápidamente los motivos que tenia el Austria para tender á los Jesuitas en desgracia una mano amiga, aunque Mr. Kaunitz, partidario acérrimo de los enemigos de la religion, faltára á sus compromisos con la emperatriz.

CAPITULO LXV.

AUSTRIA.

La historia de los Jesuitas de Alemania es indudablemente uno de los pasajes mas bellos y honrosos de la Compañía. Ignacio de Loyola confió esta porcion de Europa á Salmeron y Canisio: alli habia nacido el protestantismo, y por lo mismo alli debian ser enviados los mas espertos defensores del catolicismo. Guillermo, duque de Baviera, les aguardaba en Ingolstadt, cuya universidad les recibió con los honores debidos á tan distinguidos maestros. Salmeron explicaba las epístolas de S. Pablo, y Canisio comentaba á Sto. Tomás. De la cátedra trasladábanse al hospital y del hospital á las escuelas de párvulos, donde no se desdenaban de enseñar á los niños los primeros rudimentos del saber humano. En 1550 Canisio fué nombrado rector de la universidad, y la ciudad consignó en sus registros un titulo de gloria al jesuita, á quien se califica de *el incomparable Canisio*. A la muerte del duque Guillermo recomendó á su sucesor Alberto que no retirara de los Jesuitas la confianza que en ellos habia depositado su padre.

Canisio habia cambiado de faz á Ingolstadt y se disponia á hacer otro tanto con Naumburgo, Strasburgo, Frisinghe y Aichstadt, cediendo en este punto á las súplicas de sus respectivos obispos, cuando el rey Fernando, suegro de Alberto, escribe á Ignacio de Loyola diciéndole que la presencia de Canisio es de grande necesidad en la capital de Austria. Parte Canisio y Fernando queda tan contento del jesuita que quiere fundar en Viena un colegio para la Compañía. Dirigese en es-

te concepto á Ignacio de Loyola , y éste le manda seis coadjutores , al frente de los cuales se halla Nicolás de Launoy. Canisio y sus nuevos obreros reaniman la fe abatida , siembran doquiera la religiosa semilla , fundan un seminario , practican toda clase de buenas obras , y cuando el emperador quiere premiar al jesuita con la mitra episcopal de Viena , Canisio vuelve la vista de este simbolo de honor , al que ha hecho voto de no tocar. En cambio , cediendo á las instancias del monarca y obedeciendo las órdenes de Loyola , publica su *Catecismo de la doctrina cristiana* , de que van hechas mas de quinientas ediciones á despecho del protestantismo , que veia escapársele la codiciada presa. La fama de los Jesuitas resonó por la Alemania entera , y los pueblos se apresuraban á pedir les fueran enviados tan apostólicos obreros. El Vaivoda de Transilvania llamábalos á sus Estados , el arzobispo de Gran queríalos en Hungría , el obispo de Breslau en Silesia , el rey Segismundo en sus reinos de Polonia. Para atender á tantos deseos opinó Canisio que no habia otro medio como plantear nuevos colegios , y en 1555 fundó el segundo de Alemania en Praga. Creciendo de dia en dia el crédito de los Jesuitas y palpando los pueblos los efectos de su predicacion y educacion , vino llegado el momento de que fuera preciso crear una provincia , que se llamó de la Germania superior , y á cuyo frente se colocó á Canisio. Esto tenia lugar en 1556 , ocho años despues que dos solos jesuitas penetraban en Alemania.

Si de esta época nos trasladamos al año 1622 , veremos como todos los príncipes que habian dado entrada á la infernal reforma en sus estados , unidos á los reyes de Inglaterra, Suecia y Dinamarca , se coligan para echar de Alemania á los españoles. Pero si bien se mira , poco ha de costar el descubrir que el objeto de esta alianza poderosa no era ni arrojar á los españoles ni impedir el sucesivo acrecentamiento del poder austriaco , sino el combatir frente á frente al catolicismo , fiando á la fuerza de las armas el triunfo que no podian esperarse en el terreno de la discusion. Al frente del ejército confedera-

do marcha Cristiano de Brunswik, que se hace llamar obispo de Herbestadt, y cuya doble bandera revela á las claras todo el pensamiento que le anima, pues mientras en uno de sus pendones tiene pintada una liara róla, en otra trae escrito el siguiente lema: *amigo de los hombres, enemigo de los jesuitas*. Sin embargo junto á Hoesting es atacado por Tilly, el cual deshace las tropas de su contrario y se deja caer sobre Heidelberg. Entran los Jesuitas en esta ciudad conquistada por las armas católicas, y los luteranos no sabiendo como vengarse, acuchillan traidoramente á Ernesto de Mansfeld, y bárbaramente hacen envenenar al P. Arnoldo Becop. Los Jesuitas no se arredrán ante la muerte: el martirio es un premio para ellos, y buscándole parten para Constantinopla los PP. Jorge Nag y Gaspar Puckler, á fin de consolar y rescatar á los cristianos esclavos en Turquía. Esta conducta es su mayor elogio.

En medio de tantas calamidades y complicaciones, sobreviene el 20 de enero de 1624 y en él muere el P. Martin Becan, confesor del emperador, consumado teólogo, infatigable adversario de la herejía y defensor tan acérrimo de la religion verdadera que por efecto de sus consejos el emperador Fernando II, la emperatriz su esposa y el canceller Ulrico Eggember hicieron voto público de defender triunfante á todo trance la religion de los apóstoles en todo el imperio germánico. En honor sea dicho del César alemán, el voto fué cumplido, y mereció el emperador que Gustavo Adolfo dijese, que la única cosa que le hacia recelar del éxito de su titulada empresa reformista, eran las virtudes de Fernando. Ahora sépase que este era educando de los Jesuitas.

La enseñanza difundida por los Padres, sus predicaciones y sus controversias, la caridad no interrumpida por los sufrimientos del cuerpo, les habian captado un ascendiente entre los pueblos, de que tuvieron desde luego injustos celos los prelados herejes. Incapaces de seguir á los Jesuitas por este sendero penoso, creyeron mucho mas cómodo calumniar á aquellos que no se atrevian á imitar. A este efecto trataron de

perderles en el concepto de los pueblos como enemigos de la religion y del culto, mientras los bravos Jesuitas enseñaban, predicaban y defendian esta religion y este culto, ya desde lo alto de la cátedra del Espíritu Santo, ya en la tribuna de la cátedra, ya en el palacio de los reyes, ya en la buhardilla del mendigo, ya en la choza del salvaje. Asi ensañándose en la Compañía, creyeron llegar mas pronto á su objeto, arrastrando de nuevo la voluntad de los pueblos; pero no contaban indudablemente que estos mismos pueblos debidamente ilustrados por los Jesuitas comprenderian de sobras la intencion que guiaba á este brazo, y que simpatizarian tanto mas con la órden de Jesus en cuanto mas la herejía se ensañara contra ellos. Por esto mientras la impiedad saqueaba las casas y colegios de la Compañía, los católicos por un sentimiento de gratitud religiosa reparaban estos desastres. Constante Fernando en la idea de arrojar á la herejía de sus dominios y á los protestantes que intentaban desmembrar su poder, encontró en los Jesuitas á sus mas ardientes auxiliares. En 1626 ordenó un nuevo empadronamiento para los herejes convertidos por los Jesuitas, y su número escedió de un millon. Era de ver á los infatigables Padres, ya en el gabinete del emperador, ya entre las filas del ejército, ya entre los luteranos vencidos, ya en el campo de los llamados reformistas vencedores, no darse tregua ni descanso, y despreciar como de costumbre el peligro.

El príncipe de Bohemia Lichstentein les animaba á reedificar los colegios derruidos, y segun dice Ranke, el nuncio Carlos Carafa estaba asombrado al ver el gentio que acudia á las iglesias de Praga, donde los dias festivos por la mañana veíanse constantemente dos ó tres mil fieles prosternados devotamente ante los altares. El plan del emperador era acabar con los rebeldes en Bohemia, Hungría y Austria, pero ya las victorias conseguidas por la fuerza de las armas debian ceder el campo á los combates de la inteligencia: la educacion era el arma mortífera que debia herir de muerte á la herejía. Esta máxima quisieron los Jesuitas inculcar al emperador, siquiera porque

de su triunfo se evitaba un sensible derramamiento de sangre. Fernando comprendió la razón, y por un decreto imperial del 28 de agosto de 1629 mandóse á los luteranos restituir los bienes de que habian despojado á los católicos, y una parte de estos bienes restituidos ordenaba la Santa Sede que pudiera destinarse á la ereccion de seminarios, pensiones, escuelas y colegios, así de Jesuitas como de otras órdenes. El proyecto no podia ser mas excelente, pues de fijo ganando á la juventud por medio de una educacion verdaderamente cristiana, se contenian los progresos de la herejía, y la Alemania podia prometerse de la nueva raza una fe á toda prueba, bastante á destruir las asechanzas de la impiedad.

Por mas que algunos hayan tratado de calumniar al emperador Fernando por esta medida que calificaron de despojo, siendo así que á todas luces no pasaba de ser una restitucion, las inmensas ventajas y positivos resultados que habia de proporcionar no se escaparon á ninguna persona de buen sentido, ni aun á los mas acérrimos enemigos de la Compañía de Jesus. Entre estos se contaba, como antes hemos dicho en esta obra, un hombre de grande influencia, llamado Gaspar Schopp, conocido en las muchas invectivas que escribió contra los Jesuitas con los nombres de Scioppio, Alfonso de Vargas, Melandro, Juníperos de Ancona y Geraldo. A este hombre cita varias veces en apoyo suyo el autor de nuestra impugnacion, y por cierto que si de parcialidad puede tacharse, será indudablemente en sentido anti-jesuita. Ahora bien, este infatigable enemigo de la esclarecida orden de Loyola escribia en 14 de julio de 1650 lo siguiente: — «Creo obrar prudentemente indicándoos algunos medios que podreis aconsejar al Papa y á los cardenales al objeto de utilizar para la propagacion y conservacion de la religion los productos de los bienes eclesiásticos, que con posterioridad al edicto deben ser restituidos á la Iglesia. En primer lugar es preciso atender al gran número de obreros evangélicos que son necesarios en este país devastado por la herejía. La baja Sajonia forma por sí sola un gran rei-

no ; y ¿dónde están los sacerdotes suficientes para cultivar esta provincia? En el bajo Palatinado , los Jesuitas se ven precisados á ejercer las funciones de coadjutores de las parroquias á menos que no quieran abandonar á estos pobres pueblos. Si el emperador persevera en sus designios , paréceme que el cielo ofrece por este conducto cuantiosos recursos al Soberano Pontífice. El solo ducado de Wirtemberg encierra de sesenta á setenta monasterios ; sus rentas serán empleadas de una manera utilísima fundando seminarios ; el duque de Wirtemberg educa á mas de cuatrocientos jóvenes herejes con las solas rentas de sus dominios sagrados : lo mismo está pasando en otras provincias. El mayor bien que puede hacerse es educar á una numerosa juventud en los principios de la religion católica , y formar doctores y maestros para los pueblos. Lo que es por mí , si conociese á otros que á los Jesuitas para desempeñar tan importantes cargos , me apresuraria á ofrecérselos , y aunque no apruebo todo lo que se hace en casa de los Jesuitas , me veo en la precision de confesar , y no me atrevo á negarlo , que después de Dios , á los PP. de la Compañía es debido que la religion católica no haya sido completamente desterrada de Alemania. Seria pues muy bien hecho que de un monasterio de Wirtemberg , cuya renta asciende á veinte mil florines , se funden cuatro colegios de Jesuitas , donde estos enseñen las letras divinas y humanas y tomen á su cargo el formar buenos sacerdotes para los monasterios y para las iglesias , con el mismo éxito que han alcanzado en Dillingen. Y si el soberano no encuentra otro medio mas ventajoso , practíquese este en la Sajonia , en el Palatinado y en las demás provincias.»

Por lo mismo que el catolicismo recibía tan continuos favores de la Compañía de Jesus , se comprende sobradamente que á la par de las simpatías de los fieles se captaba el odio de los infernales innovadores. El camino de sus glorias estaba regado con su propia sangre , y por el sendero de sus triunfos dejaban á menudo numerosos mártires. Llamados al principado de Friedland por el general Waldstein , el P. Mateo Burnat con-

virtió al catolicismo la ciudad de Duben, y se dedicaba á evangelizar las campiñas de los alrededores, cuando el duque creyendo que por medio de las armas alcanzaria mas prontamente su objeto, levantó un ejército que se dirigiera contra los husitas, por mas que los PP. de la Compañía le daban á entender que no con la espada sino con la persuasion pelea el soldado de Jesucristo. Desde este momento, desde el instante en que católicos y protestantes vinieron á las manos, los Jesuitas empezaron á doblar la cabeza en el ara del sacrificio. Mateo Burnat fué asesinado al pié del altar en la iglesia de Libun; el colegio de Sagan es asaltado por los sectarios que degüellan sin piedad á los Padres; Weimar, á la cabeza de los protestantes, propaga la muerte y el incendio por los colegios de Leidenmaritz, Eger, Hradreg, Nueva Praga y Glogau; y mientras de un lado asesinan al P. Jeremías Fischer, los satélites de Weimar sacrifican á John Meag, Martin-Ignacio y Wenceslao Tronoska. La obra de Weimar era secundada en el corazon del imperio por Gustavo Adolfo: vencedor de Tilly en la batalla de Breintefeld, la sangre de los jesuitas Passok y Cramer indicó á la Compañía en sus anales este dia funesto para el catolicismo. Passok fué encontrado en el campo de batalla auxiliando á los moribundos y heridos, ofreciéronle salvarle la vida si blasfemaba de la Madre de Dios, y por su constancia en bendecir á la Santísima Virgen recibió la muerte. Cramer fué descubierto en el acto de confesar á un soldado agonizante, y acercándose á él el príncipe de Lavenburgo, le hizo saltar la cabeza de un pistoletazo. Luego, léjos de avergonzarse por tan vil cuanto cobarde accion, blasonóse por ella delante de varios generales.

La guerra de los protestantes contra los católicos de Alemania era secretamente fomentada por el duque de Richelieu, ministro de Luis XIII, á fin de debilitar el poderio de la casa de Austria; (á la proteccion decidida de varios monarcas franceses, celosos de las glorias del César Carlos, de su hijo Felipe II y de otros soberanos españoles y austriacos, debe el in-

fernal protestantismo su propagacion y el no haber sido aniquilado en su cuna ; y esto que aquellos soberanos franceses continuaban titulándose *reyes cristianísimos!!!*) ; y á este efecto pactó con Gustavo Adolfo que por todos los medios posibles evitara el establecimiento de los Jesuitas. Richelieu habia sacado el cálculo segun sus intereses. Impidiendo el establecimiento de los Jesuitas impedia el acrecentamiento del catolicismo ; de este modo alejaba de Alemania la unidad religiosa ; esta desunion producía una continua guerra , y la guerra cercenaba el poder imperial que era el plan diplomático de Richelieu. Pero muy pronto conoció el duque ministro las consecuencias que traía el perseguir á los Jesuitas , por cuanto los protestantes iban mucho mas allá de lo que se habia pactado , y entonces modificó en este sentido el convenio y comisionó al marqués de Feuquieres que suprimiera del tratado la parte de persecucion de los Jesuitas , pues ni el duque de Richelieu les tenia enemistad , antes bien les manifestaba grande aprecio , ni á las miras de la Francia podia convenir tampoco el triunfo completo religioso de los protestantes.

Mientras Gustavo Adolfo hizo la guerra , ninguna consideracion quiso guardar á la Compañía de Jesus , como quiera que en ellos veía á los mejores defensores del emperador ; más desde el momento en que murió el rey de Suecia , Luis XIII desde Dijon escribió al general Bannier recordándole el cumplimiento de lo estipulado en los siguientes términos : — «Primo mio : muchas razones me recomiendan á la Compañía de Jesus : sus individuos son personas de una gran piedad y consumada prudencia , cuyas virtudes arraigan en mí la bien fundada persuasion de que los negocios de nuestra hermana la reina de Suecia no recibirán por ellos perjuicio alguno en los puntos ocupados por el ejército que mandais. Deseo , siendo así , que mi recomendacion cristiana obtenga por vuestra mediacion , el permiso para estos Padres de residir en aquellos lugares con plena libertad para cumplir con su ministerio , garantiéndoseles todas las posesiones que obtenian. Mi deman-

da es en todo conforme á los tratados concluidos con mi hermano el difunto rey de Suecia y renovados con mi hermana la reina. Confio en que procurareis se lleve á término de la manera mas breve posible para los PP. Jesuitas, y por vuestras diligencias os demostraré mi satisfaccion cuantas veces tenga ocasion para ello.» —Este documento es una apologia.

Por su parte Fernando II continuaba dispensándoles toda su confianza y proteccion, porque esta proteccion y esta confianza eran hijas de su fe. El emperador simpatizaba con ellos hasta el punto de que habiendo aparecido un escrito del nombrado Scioppio, calumniando á la Compañia, porque no pudo obtener de ella lo que en sus heréticas miras deseaba, mandó un ejemplar al general de la orden Muscio Witeleschi con la siguiente carta: —«Mi Reverendo Padre en Jesucristo, mando á Vuestra Reverencia *la mentira de las mentiras*, que me ha hecho reir é indignar á un tiempo. Si Vuestra Reverencia desea que demos un testimonio en contra, con gran placer lo haremos, para conservar intacto el honor de la Compañia de Jesus, nuestra madre, y rehabilitarla en la forma mas amplia y solemne que darse pueda. Conserve Dios á la Compañia y á Vuestra Reverencia, á cuyas oraciones me recomiendo. Todo de Vuestra Reverencia, FERNANDO. Ebendoff 17 de setiembre de 1633.» —La Alemania por boca de su emperador justifica á los Jesuitas.

El plan del emperador era uniformar el culto en Alemania, bien convencido no solo de la escelencia y verdad del catolicismo, sino tambien de que los pueblos divididos por distintas creencias, tarde ó temprano olvidan que son hijos de una misma patria: donde no hay unidad de principios religiosos no hay unidad de intereses nacionales; dígalos sino el papel que desde Enrique VIII está desempeñando la católica Irlanda relativamente á la protestante Inglaterra. Si Fernando demostró alguna severidad respecto á los llamados reformistas, no se olvide que estos al atacar la religion del emperador atacaban asimismo su trono, y que con las armas en la mano que-

rian imponer á los pueblos la secta de Lutero y de Juan Huss. Y téngase entendido que nunca el emperador apeló á los tormentos ni al verdugo para cortar la cabeza á la hidra de la herejía, y que su rigorismo no sacrificó á humildes sacerdotes y ancianos indefensos, como hicieron las huestes luteranas.

A todo esto los Jesuitas proseguían en su apostolado y de cada dia adquirían nuevo ascendiente sobre los pueblos y mas proteccion de los grandes; así como tambien cada dia los impíos les perseguían con mas encarnizamiento. Muchos Padres habian sufrido el martirio, otros padecían los horrores de la esclavitud, entre ellos Andrés Calocer, Mateo Cuber, Hermann, Kadisk, Knippman, Leon Jorge, Stredon y Laubsky; pero ni el celo ni el valor de los hijos de S. Ignacio amenguó por esto. La guerra era sin cuartel; los Jesuitas sin embargo como buenos discípulos del Divino Maestro, procuraron devolver bien por mal, favores por ofensas, vida por muerte. Esta era la venganza de los Jesuitas, tal como la revelan los hechos históricos que pasamos á describir tal cual están consignados.

El conde de Thurn, jefe de los rebeldes de Bohemia, fué hecho prisionero por Waldstein en la batalla de Steiman sobre el Odér en el año 1633. Aguardábase en Viena con feroz impaciencia la llegada de este personaje considerado por aquellos alemanes como un gran criminal, y de antemano saboreaba la poblacion el cruel placer de la venganza. Los Jesuitas no obstante creyeron que mas propio era de un monarca católico el perdonar que el castigar; imploraron por lo tanto el perdón del rebelde, y de Thurn fué puesto en libertad.

El P. Federico de Spée, aleman, que tanto se habia desvelado á favor de la humanidad, á la cual habia consagrado su vida, libertando á su patria de las preocupaciones contra los sortilegios y de los tormentos crueles á que eran sentenciados estos desgraciados por los tribunales, hallóse en la ciudad de Tréveris el 6 de mayo de 1635, á tiempo que penetraba en ella el ejército imperial, vencedor de los franceses: eran estos

enemigos de la patria, protectores y auxiliares de los ejércitos protestantes, mas el virtuoso jesuita solo vió en ellos á sus hermanos en desgracia, y comprendió que tenia una obligacion moral de socorrerles como hubiera hecho con sus compatriotas. Por su influjo son puestos en libertad mas de cuatrocientos prisioneros, y muchísimos heridos debieron la existencia á sus cuidados asíduos. Religioso y caritativo por escelencia, creyó que su deber era hacer toda clase de sacrificios, y últimamente ya no pudo sacrificar mas que la vida. Tres meses y un dia despues de la victoria de los imperialistas, el P. de Spée murió rendido á las fatigas de su apostólico trabajo, que tanta sangre habia ahorrado á la Alemania.

Dos años despues el P. Lamormaini, confesor del emperador, asistia en su trance postrero á su real penitente. En el propio año de 1637, Fernando III sucedia en el imperio de Alemania á su padre Fernando II: Bernardo de Sajonia Weimar desempeñó durante este reinado el papel que Gustavo Adolfo habia desempeñado durante el reinado de su antecesor. La Suecia y la Francia se aliaron para la guerra, y Alemania sufrió las tristes consecuencias de ella. Treinta años duró el combate: uno de sus mas culminantes episodios fué el sitio de Praga por Carlos Gustavo. Peligraba la patria y la faltaban brazos para defenderla. Ante este deshonor para la Alemania, Jorge Plachy, jesuita y profesor de Sagrada Escritura en aquella Universidad, sintió arder su pecho en el noble fuego patriótico y tomó súbitamente una resolucion suprema. Acordóse de Moisés conduciendo el pueblo escogido al combate, acordóse de S. Hermenegildo negándose á obedecer á su propio padre para defender la religion verdadera, y el sacerdote se levantó trocado en soldado de su fe. A su voz empuñan las armas los estudiantes, reanímase el valor decaido, y como sucedió en nuestra España durante la guerra de la independecia, los sacerdotes, los monges y entre ellos un cuerpo de setenta jesuitas mandados por el P. Andrés de Buisson corrieron denodados á la brecha á secundar los heróicos esfuerzos de Jorge Pla-

chy. Nada era el riesgo para aquellos valientes: la patria peligraba, la religion estaba amenazada y Praga era el dique opuesto á los pasos de conquistadores é infernales reformistas; por lo tanto habia un decidido empeño de salvar á Praga. Como los cruzados del siglo XI, los defensores de Praga se agrupaban en torno el estandarte del Crucificado, y no se desmintió en esta ocasion la gran frase, *con este signo vencerás*.

El ejército del rey de Suecia convenciéndose por último de que en vano persistiria en querer tomar un punto tan bien defendido, y levantó prudentemente el sitio. Los imperiales victoriosos quisieron hacer justicia á su libertador el P. de Plachy, y á fin de honrar sus heroicos esfuerzos, la oficialidad del ejército le ofreció espontánea y justamente una corona mural. Por su parte el emperador conociendo que al jesuita se debía la salvacion de Praga, dirigió al general de la Compañía una carta autógrafa en latin, concebida en los siguientes términos:

—«Reverendo, adicto y muy querido Padre: doy gracias á Dios por el feliz éxito de este amor por la patria, de este celo ardiente por el bien comun de la religion, de que los PP. de la Compañía de Jesus establecidos en Praga han dado utilísimo ejemplo, hasta la estremidad acreditado, en la gloriosa defensa de tan querida ciudad. Su buena conducta nos es mas grata de dia en dia. Entre muchos otros defensores nos han sido citados con unánimes elogios los grandes servicios del padre Jorge Plachy, cuyo valor y destreza han escitado, armado y sostenido á la juventud de nuestras escuelas. Hemos juzgado la cooperacion de vuestra Compañía y los servicios del P. Plachy dignos de recibir la seguridad de que nos han servido de un gran consuelo. Y tan agradables nos han sido, que en todas ocasiones os quedaremos reconocido y dispuesto á favorecer vuestra órden con munificencia imperial y real. Si, os prometo mi afecto imperial y real. Viena 16 de diciembre de 1648.—FERNANDO.»—

Los rasgos característicos de los PP. de Spée y Plachy probarán á los mas anti-jesuitas dos cosas; una que es completa—

mente infundada la idea de que los Jesuitas han alimentado las hogueras del fanatismo y de la ignorante intolerancia, y que su reinado ha sido señalado por el oscurantismo en que han querido sumir á los pueblos. El P. de Spée dió un ejemplo incontrastable de que léjos de encenderlas la Sociedad de Jesus estinguía hogueras, y muy al contrario de trabajar para que los pueblos persistieran en los errores de la ignorancia, comprometíanse en sus obras al efecto de despojar á los hombres sencillos de sus preocupaciones, y de su fuerza á los opresores.

Por su parte el P. Plachy se nos ofrece como el símbolo del patriotismo alemán que lucha contra los injustos conquistadores de su patria. Su voz reanima el fuego nacional que un temor mal concebido habia empezado á estinguir, y la independencia alemana erige un monumento al esclarecido jesuita. He aquí como es un error el creer que los hijos esclarecidos del gran Loyola son enemigos de la libertad; antes bien la defienden á costa de su sangre, y dejan en la trinchera los ensangrentados cuerpos de sus hermanos. Pero los mal encubiertos enemigos de la Compañía han querido ofrecerles á los ojos del público como los antípodas de toda idea noble y libre, y por esto pintándoles como unos liberticidas han creído sublevar contra ellos el espíritu público, que odia por lo regular todo lo que es esclavitud. Los Jesuitas no podían ser enemigos de la libertad, porque eran fieles imitadores y discípulos del que murió por libertar á los hombres. Ahora si por libertad se entiende licencia, si por libertad se entiende irreligion, si por libertad se entiende anarquía, entonces es muy fácil que los Jesuitas sean enemigos de la libertad; aunque nosotros opinamos que esto no sería libertad sino esclavitud, y la peor de todas las esclavitudes, la del vicio.

Para comprender cual se debiera los servicios prestados por los Jesuitas, preciso fuera seguir día á día sus pasos en aquella azarosa guerra llamada de los *treinta años*, especialmente en su segunda época, cuando los suecos pusieron al borde

del précipicio á la casa de Austria. Mauricio de Nassau confiaba al verdugo el triunfo de sus infernales ideas, y hasta sus mismos correligionarios empezaban á desbandársele para dividir y subdividir la diabólica reforma en esta multitud de iglesias parciales é insurgentes, que son el verdadero cáncer del protestantismo. Entre los muchos cadalsos que entonces se levantaron, fué uno de ellos el de Barneveld: su muerte acabó de irritar los indignados ánimos contra el intolerantismo de los protestantes. Entonces viéronse multiplicar las capillas detrás de los mostradores, y en el sentido de esta favorable reacción aprovechada por los Jesuitas, llegó el año de 1620, y la muerte del archiduque Alberto hizo romper nuevamente las hostilidades entre Mauricio de Nassau y la España. Como si los horrores de la guerra no bastáran á ensangrentar, como si sus fatigas no fueran bastantes para destruir las fuerzas de los Jesuitas, un azote mas terrible se declaró entre ambos ejércitos: este azote fué la peste que se llamó de Mansfeld, del nombre del general al servicio de Holanda, que así se llamaba. Desde aquel momento mas peligro hubo en visitar los hospitales que en pelear en el campo de batalla. Los Jesuitas sin embargo, despreciando el riesgo, corrian á todas partes y se les veia do quiera habia un enfermo á quien socorrer, un moribundo al que auxiliar. Testigos fueron de sus heroicos esfuerzos Bruselas y Lovaina, y Malines, donde perecieron mártires de su caridad los PP. Proost, Gaillard, Wiring y Seriants; y tambien es testigo la ciudad de Amberes, donde por igual causa espiraron David Tachmans, Jorge Vanderlaemen y los coadjutores Vanderbos y Sperrmaher. Este amor por el prójimo á prueba de muerte, no habrá quien pueda negárselo á los dignos hijos de San Ignacio.

Tantos combates empero, tantos sacrificios y tantos trabajos parecian no bastar al corazon de los Jesuitas. Presumen antes al contrario que su mision es adelantarse do quiera empuñando el estandarte de Jesucristo, y así es como en 1623, en lo mas ardiente de la famosa guerra, conciben el proyecto de

penetrar en Dinamarca, y aunque los PP. Coster, Lesio y Saily mueren en pocos meses consumidos y aniquilados por tantos trabajos, no por esto tales pérdidas disminuyen el valor de sus hermanos. En todos tiempos la sangre de los mártires ha regado la viña de Jesucristo, siempre mas fértil y lozana; los Jesuitas no economizan ciertamente la suya. Dinamarca es el teatro de su nuevo apostolado, y uno de los primeros cuidados de los misioneros es socorrer á los protestantes que se encuentran privados de su libertad. Estos desgraciados que pueblan las cárceles de Amberes y Dunkerque, carecen de todo socorro y consuelo. Los hay entre ellos alemanes, ingleses y escoceses, mas para los Jesuitas únicamente hay hombres desgraciados, cautivos, lejos de sus amigos, de su familia, de su patria. Por un igual hacen á todos partícipes de su celo, y ellos corresponden bendiciendo por un igual á los religiosos. Pero faltaba aun la piedra que debia coronar el religioso monumento.

El jefe del ejército protestante era Felipe de Mansfeld: la batalla de Fleurus le fué desgraciada: derrotado y hecho prisionero de los españoles, Gonzalo de Córdoba, *el gran capitán*, tenía encerrado en la ciudadela de Amberes con el cuidado que merecia aquel personaje, la parte mas preciosa del botin de la guerra. Felipe era protestante. El P. Guillermo Cretere de la Compañía de Jesus, concibió el arriesgado proyecto de convertirle á la verdadera religion de Jesucristo. Solicita y obtiene permiso para entrar en relaciones con el general vencido, cáptase poco á poco su confianza, entra con él en religiosa discusion, y la elocuencia del jesuita y la justicia de la causa que defiende introducen paso á paso la conviccion en el ánimo del protestante. Al poco tiempo el P. Cretere triunfa del prisionero. Felipe de Mansfeld es católico, y no bien se ve libre de los hierros que le sujetan á la ciudadela, abjura sus errores al pié mismo del altar de la iglesia de los Jesuitas. Bien vale este triunfo lo que el de Gonzalo de Córdoba, y no costó una gota de sangre.

La provincia que menos trabajada estaba por la guerra era la galo-belga, como mas inmediata que se encontraba de las fronteras de Francia: por esto mismo dejóse sentir en ella la buena influencia de la Compañía con preferencia á otras. Ya desde el año 1616 los principes Juan y Gil de Mean, fundaban un colegio en su patria la ciudad de Huy; Francisco Brunel hacia lo mismo en Maubenga; los religiosos de San Waast daban á los jesuitas de Arras; las canonisas de Sta. Gertrudis y el obispo de Namur les brindaban una casa en Nivelles; Florencio de Montmorency y Francisco Grenier les establecian en Armentieres, donde los sermones del P. Carlier reformaban visiblemente las relajadas costumbres. Tamaña aceptacion prueba evidentemente los servicios que los pueblos se esperaban de ellos.

No se engañaron por cierto: la correspondencia no fué menos que el favor. La peste se declaró en Lilla, y cada jesuita se constituyó un enfermero: melidos todo el día entre los atacados, á muchos de ellos arrancaron de las garras de la muerte, y no pocos dignos hijos del gran Loyola compraron pagando con su vida las vidas de sus hermanos. Lo mismo aconteció en Tournay, donde los Jesuitas disputaron á los PP. agustinos el derecho de sacrificarse preferentemente por la salud y eterno reposo de los enfermos y moribundos.

En 1620 una peste de otro género, el hambre dieztaba á los habitantes de Douay. Las autoridades habian agotado las subsistencias, y no tan solo el pobre, pero aun los ricos, estaban condenados á morir de necesidad. El cuadro era horroroso, y mucho mas á los ojos de aquellos que saben comprender el valor de las desgracias y compadecerlas cristianamente. Los Jesuitas que presenciaron esta calamidad, no se limitaron á compadecerla, quisieron remediarla. A este efecto reunieron á sus discípulos, diéronles cuantos víveres pudieron reunir, y privándose hasta de lo mas necesario, hicieron que por sus manos fuese distribuido entre los necesitados el pan de la caridad. Este brillante rasgo ha pasado desapercibido por el anti-

jesuitismo, pero no para los hombres honrados. Francisco de Montmorency le presenció, y admirador de tantas virtudes, sintió que su corazón simpalizaba de cada día mas con los hijos esclarecidos del gran Loyola. Este personaje se encontraba en la cumbre de los honores y de las grandezas: por su cuna y por su talento, veía deslizarse ante sus ojos el mas dorado porvenir. Sin embargo, los Jesuitas y sus brillantes actos de caridad le hicieron pensar que existían otra clase de placeres mas dulces, como eran el consagrar la vida al amor del prójimo y en servicio suyo. Su determinación estaba hecha: desde el colmo de la grandeza quiso descender al abismo de la humildad, renunciando al mundo se consagró á Dios, y como Loyola el fundador, despojóse de sus dignidades para vestir la sotana de los Jesuitas. Francisco de Montmorency y su ingreso en la Compañía, es el cuadro viviente, es la gloriosa epopeya de los padres jesuitas de Douay.

Mientras la Holanda protestante perseguía á los Jesuitas, la Bélgica católica les tendía do quiera una mano amiga. En 1628, Ana y Esther Jansen y su allegada Juana Keyser ofrecían á los Jesuitas el encargarse de una casa de noviciado en Lierra. Francisco Vander Burg, arzobispo de Cambrai, y Juan de Flobeeg fundaron en 1632 la casa de Ath. En 1636 de veinte y cuatro padres reunidos para asistir á los pestíferos de Bethune, once pagaron con la vida su cristiana caridad. A la peste sucedió la guerra; lo que no pudo destruir ni aun el amago de una muerte cuasi inevitable, lo destruyeron las armas de los protestantes. El colegio quedó arruinado, pero pronto el conde de Nedonchel, convencido de la importancia de los servicios de los Jesuitas, se hace un deber de tenderles generosamente una mano amiga.

El protestantismo rugía desesperado al considerar el rápido incremento que mediante los esfuerzos de los Jesuitas tomaba la fe católica. La conversión de Felipe de Mansfeld no es la única de que pudieron vanagloriarse los Jesuitas por aquel entonces, obtenidas sobre los principales personajes de la guer-

ra. El duque de Bouillon, gobernador de Utrech, catequizado por el P. Juan Bautista Boddens, rector del colegio, abjuró sus errores: esta abjuracion privaba á los sectarios de uno de sus mas robustos apoyos. Los protestantes no pudieron vengarse del duque, y por esto volvieron su cólera contra los Jesuitas. En 1633 Utrech se habia sometido á los holandeses con la condicion de que los católicos y los Jesuitas serian completamente libres, aquellos para seguir en su culto y éstos para ejercer su ministerio. Pero los vencedores negándose al cumplimiento de lo pactado, empezaron á adoptar toda clase de medidas opresivas. Murmuraron de ellas los católicos, y el P. Boddens, catequista del duque de Bouillon, y el P. Gerardo Paerman reclamaron con energía el cumplimiento de lo pactado, y por ende exigieron que los protestantes se mostrasen tolerantes con los católicos, como los católicos se mostraban obedientes á la politica de los protestantes. Por muy justas que fueran estas pretensiones, ningun caso hicieron de ellas los opresores. Con razon enojados de este comportamiento, opinase que los católicos tramaron una conspiracion para entregar la ciudad á los españoles; esta conspiracion fué denunciada por un soldado, y al revelar detalladamente los planes y nombres de los conjurados, ni el de un solo jesuita pronunció siquiera. Pero como apuradamente el mayor odio era dirigido contra la Compañia de Jesus, los protestantes ofrecieron al soldado delator una cuantiosa suma y la impune libertad, si consentia en acusar á los padres jesuitas. Fué aceptada esta infame propuesta, y los tres padres Boddens, Paerman, y el coadjutor Nottin fueron reducidos á prision y careados con el soldado. Este, que no tuvo valor suficiente para sostenerse en su calumniosa acusacion, empezó á balbucear y mostrarse irresoluto; y entonces los protestantes calculando todo el daño que por aquí podia sobrevenirles si el delator referia á alguno la verdad del hecho, encargaron su eterno silencio al hacha del verdugo. Digno premio para una accion inmoral y criminal como la que se habia llevado á cabo.

Con pocos dias de intervalo, uno tras otro los tres padres fueron conducidos al cadalso en el mes de junio de 1638. Sus labios no se despegaron sino para bendecir á Dios y rogarle por los que jurídicamente les asesinaban. Este refinamiento de crueldad, de que solo encontraríamos otro ejemplo en la administracion portuguesa de Pombal cuando el supuesto regicidio de José I. llevóse á cabo por aquellos que perseguían á la Compañía de Jesus por suponerla favorecedora de planes retrógrados, que amenazaban, á su decir, renovar los horrores y barbaridades de la edad media. Apóstoles de una mal entendida ilustracion, predicadores de una libertad que se impone por medio del tormento, achacan á otros los delitos que ellos tienen cometidos. Lo que ellos dicen de los Jesuitas, es lo que la historia debiera decir de ellos.

Trasladémonos últimamente á la época en que todas las malas pasiones desencadenadas conspiraban para la abolición de los Jesuitas. Los parlamentos y los enciclopedistas de Francia, comprendiendo que de la educacion de la juventud dependia el triunfo de la impiedad, procuraron por todos los medios y lograron al fin alejar de las cátedras á los PP. de la Compañía: desde aquel momento cantaron victoria. Pero otras naciones hubo, y el Austria fué una de ellas, que aun cuando dominadas por el vértigo protestante, no quisieron consentir este verdadero *suicidio literario*, suicidio que pronosticó el filósofo Federico II y ha comprobado el eminente Chateaubriand. Aquel rey no se hizo escrúpulo ninguno de escribir á D'Alembert las palabras siguientes:—«Con el tiempo os sentireis en Francia de la destruccion de esta órden, y la educacion de la juventud la echará á menos durante los primeros años.»—El poeta francés va mucho mas léjos y es de sobras esplicito en sus manifestaciones.—«La Europa sabia, dice, ha sufrido una pérdida irreparable con los Jesuitas. Desde su caída, la religion no ha podido aun levantarse del todo. Hasta su último momento, los Jesuitas se sostuvieron perfeccionándose siempre. La destruccion de esta órden ha causado irreparable daño

á la educacion y á la literatura. Al presente ya se conviene en ello.» —Semejantes testos abonan suficientemente el mérito y la utilidad que los pueblos reportaban de los esclarecidos hijos de S. Ignacio. Nadie puede oponerse á ello : si la educacion es la primera necesidad de los pueblos , y si los Jesuitas dejaban con su estincion un inmenso vacio en esta educacion , conveniamos todos en que fué un acto cuando menos sumamente imprudente é impolitico el que solicitaron las cortes de la casa de Borbon : pronto , muy pronto estos descarriados monarcas por los pérfidos consejos de sus no menos pérfidos ministros , esperimentaron los funestos efectos de esta estincion . « ¿ Porqué bramaron las gentes , pregunta el Real Profeta , salmo 2.^o , y los pueblos meditaron cosas vanas ? » Y se contesta á sí mismo , diciendo : « Porque se mancomunaron los principes contra el Señor , » destruyendo á los dignos hijos de S. Ignacio , los mas firmes apoyos de la religion y de los tronos.

La Alemania , la nacion sabia por escelencia , no quiso cometer tamaño error : antes que todo los Jesuitas eran los maestros de la juventud que salia ilustrada de sus aulas , y este solo titulo les hacia acreedores á toda clase de consideraciones aun en los tiempos de su desgracia.

Las descripciones de sus colegios deleitan á los espíritus sensibles , los padres amantes de sus hijos lamentan la carencia de colegios montados como los de los Jesuitas , la instruccion elemental y primaria se resiente de su pérdida , la superior busca en vano á sus mas sobresalientes profesores , cuantos jefes de familia se encuentran en el caso de no regatear la educacion de sus hijos , mándanlos al extranjero á los colegios que aun conservan los Jesuitas , y para honra de la instruccion que se facilita en ellos ahí está el gran dicho del ilustre Daniel O'Connell : — Cuatro hijos tengo educados en los Jesuitas , y cuantos tuviere en los Jesuitas se educarian. —

Tamaños servicios prestados por la Compañia de Jesus á la Alemania en paz y en guerra , en el hospital y en el campo de batalla , en la cátedra y en la iglesia , no podian esconderse á

la penetracion de los imparciales , y menos á la ilustracion de María Teresa , emperatriz madre. Resuelta á conservar en sus estados á una Orden que doquiera sembraba la instruccion , madre del bienestar general ; una Orden que derramando la sangre de sus miembros habia defendido el trono imperial en épocas bien críticas ; una Orden que habia sufrido resignadamente el martirio por no esponer la fe de los pueblos á una apostasia ; una Orden que en tiempo de peste habia dado la vida de sus individuos por salvar la de los vasallos del imperio ; una Orden que en tiempo de hambre habia vaciado generosamente sus existencias para atender á las necesidades públicas ; una Orden que en una palabra tantos sacrificios habia hecho para la libertad y bienestar de la Alemania en general y del Austria en particular , María Teresa mandó á Roma al príncipe de Kaunitz con encargo de velar por la seguridad de la conservacion de la Compañía de Jesus. La emperatriz madre no queria seguir el ejemplo de ingratitud que la estaban dando las mayores potencias de Europa , especialmente Francia , España y Portugal , las tres que mas favores tenian recibidos de la Compañía de Jesus, ya en la península, ya en sus posesiones trasatlánticas.

Circunstancias ajenas á su voluntad , hicieron que María Teresa se viera imposibilitada de defender á los Jesuitas como hubiera querido , pero no por esto dejó de poner de su parte todos los medios que juzgó conducentes á alejar la tempestad. Luego tendremos ocasion de dar las pruebas. El Austria habia obtenido inmensas ventajas de los Jesuitas , la emperatriz María Teresa creyó de su deber el pagarlas ; en esto se portó no solo como buena amiga sino como reina prudente. Los Jesuitas se instalaron en Alemania cuando el protestantismo amenazaba pasarlo todo á filo de espada. El trono imperial y católico de Fernando amenazaba venir abajo al impulso de los rudos embates de la herejía. La Alemania dividida, ensangrentada y saqueada por la guerra civil , amenazaba abismarse en la anarquía. Los Jesuitas se constituyeron los defensores del trono y

de la religion , y su ejemplo , sus discursos y su influencia evitaron no pocas catástrofes. Maria Teresa no ignoraba lo que el Austria y sus emperadores debian á los PP. de la Compañia de Jesus.

Cuando en 1769 se promovió la guerra contra los Jesuitas , la emperatriz madre no pudo desconocer de donde partia el golpe. Los protestantes con el nombre de filósofos atacaban de nuevo el catolicismo : el plan sin embargo no era puramente religioso , la esperiencia se encargó de demostrar que tambien era politico. La emperatriz previó lo que iba á suceder y creyó que la situacion no era nueva , pues se parecia muchísimo á aquella durante la cual se establecieron en el pais los hermanos de S. Ignacio. En igualdad de circunstancias , la reina Maria Teresa no discurrió mal adoptando el sistema que algunos años antes puso por obra su predecesor Fernando. En consecuencia pensó abandonarse en manos de los católicos que ya mas de una vez habian salvado el imperio , y á este efecto creyó del caso apoyar en el conclave á los Jesuitas , como quiera que esta comunidad era la que mayores servicios habia prestado en todos conceptos durante la anterior guerra. El cálculo estaba muy bien sacado : las circunstancias sin embargo pudieron mas que sus buenos deseos.

El principe de Kaunitz no era el mejor embajador que podia mandar con este encargo á Roma. Los diplomáticos de las cortes de Borbon conocieron al golpe que léjos de ser el enviado un enemigo temible , podia ser esplotado en sentido bien distinto de aquel para el cual estaba sostenido en Roma. Kaunitz tuvo el don de enemistarse con todos : su conducta fué la mas á propósito para ello ; sin embargo , es cierto que voluntariamente se inclinó , como era de esperar de su impiedad , al partido del filosofismo. Sus hechos así lo indican por lo menos.

Hemos hecho ver en este capítulo los motivos que á nuestro modo de ver debian interesar al Austria y á la Alemania entera por los Jesuitas. Ahora es preciso reanudar el interrumpido hilo de la narracion , llegar nuevamente á las puertas de Roma ,

penetrar en este conclave del que estaban pendientes tan grandes destinos, y seguir por entre las tinieblas de sus intrigas á los agentes de los Arandas, Choiseuls y Pombales. Nunca como ahora fuimos á entrar en un período tan curioso como importante de esta historia : el esterminio de los Jesuitas es á todas luces la gloriosa apoteosis de la Compañía de Jesus.

CAPITULO LXVI.

LA ELECCION DEL CONCLAVE.

Las feas intrigas y reprobados manejos empleados para destruir á la Compañía de Jesus, nadie los revelará mejor que sus propios enemigos. Apelando á sus mismas confesiones, no se nos tachará de parciales ni podrán rebatirse nuestros testos. Este es el sistema que no nos cansaremos de repetir, venimos siguiendo desde un principio, sistema que no puede ser el de nuestros adversarios, por cuanto sus testos y citas, debidos son todos al apasionado lenguaje de algun enemigo del nombre católico y del gran Loyola.

Dejamos al conclave reunido, indeciso todavía en la elección del Pontífice; dejamos al cardenal de Bernis intrigando, á los embajadores amenazando, al Sagrado Colegio impacientándose, y á la mitad ó mas de los cardenales objetos de inmerecida exclusiva. El marqués D'Aubeterre (los lectores menos instruidos sin duda quedarán sorprendidos al ver figurar á tantos individuos de la nobleza francesa entre los enemigos de la religion; á una sorpresa tan justa contestará por nosotros el sabio conde J. Maistre, en su obra *Del Papa*: «La nobleza »francesa lo perdió todo por su alianza monstruosa con el principio malo en el último siglo»); D'Aubeterre, repetimos, terco en sus empeños no habia desistido de su audaz y simoníaco proyecto de exigir del futuro Papa una promesa escrita, que contuviera la estincion de la Compañía de Jesus; Bernis es quien nos enterará del estado de esta pretension y del puesto que ocupaba en el borrascoso conclave. El 2 de mayo

de 1769 dirige una abultada carta al embajador de su nacion , y en ella le dice entre otras cosas lo siguiente :— « Resta el delicado asunto de la exigencia de la promesa , sobre el cual no me es posible cambiar de dictámen. Como la cosa no urge , los señores cardenales españoles (la España contó por desgracia cuatro ó cinco eclesiásticos que se declararon contra los Jesuitas , solo por condescender á las exigencias de Carlos III) verán por sus propios ojos , ya la imposibilidad moral de poner en ejecucion este medio , ya el peligro que correríamos sin provecho alguno , dando ocasion á un escándalo que hiciese hablar á la Europa entera. En todo caso los cardenales españoles quedarán en libertad de manejar á su placer este asunto. Por lo que á mí hace , no tomaré parte en él ni directa ni indirectamente , y aun suponiendo lícito el medio , seria necesario un volúmen para haceros comprender que es tan poco aplicable como peligroso. Tengo la seguridad de que con media hora que pudiese hablaros , seriais de mi parecer. Creo no pondreis en duda que seria muy ventajoso para mí el ver terminada la cuestion de Jesuitas por la eleccion de un Papa , pues por lo que á mí toca esta cuestion es como una espina que desearia arrancar del pié. Pero aparte toda regla , este medio es realmente impracticable.» —

Los candidatos al supremo Pontificado eran por esta fecha los siguientes : El cardenal Colonna , el cardenal Espinola , Paranciani , de Rossi , Chigi y Pozzobonelli. Mas es el caso , que á pesar de todas las intrigas puestas en juego para sacar un Papa á gusto de las cortes de la casa de Borbon , de los seis candidatos que tenian probabilidades , ninguno satisfacía los deseos de los conspiradores. Colonna era sobradamente aplicado y piadoso , y por lo mismo se juzgó que seria hartó amigo de los Jesuitas. Espinola no carecia de talento , pero se hacia temible á la España , que le escluyó de sus protegidos. Paranciani y de Rossi eran dos sugetos , sobre cuyas opiniones no se tenia juicio formado , y por lo mismo , con ninguno de ellos podia garantirse la supresion de la Compañía de Jesus. Chigi

tenia un regular partido en el conclave, pero era de aquellos cardenales que estaban persuadidos, y con razon, de que destruyendo á los Jesuitas, la Santa Sede se suicidaba, y por consiguiente no hay que decir si habia de temer la oposicion de las cortes borbónicas. Restaba Pozzobonelli, arzobispo de Milan y encargado de negocios de la corte de Viena. Hablando Bernis de este prelado, se espresa en estos términos: — «Es muy delicado atacar de frente á un sugeto como Pozzobonelli, tan apreciado por sus costumbres y virtudes eclesiásticas.» — Sin embargo, las coronas se opusieron vivamente á la eleccion de este cardenal por las razones que el francés espresaba del modo siguiente: — «Hace ya mucho tiempo supliqué á Mr. D'Aubeterre, quien me sirvió eficazmente, que hiciese cuanto fuera posible para que la corte de Viena estimase justa nuestra oposicion á que saliese electo este cardenal, débil por naturaleza, *amigo oculto de los Jesuitas* y que nunca puede convenir á las dos coronas á causa de su adhesion á la bula *In cæna Domini*, que ha defendido valerosamente á pesar de las órdenes de la corte de Viena. La emperatriz es piadosa, y su conciencia dirigida mucho tiempo ha por los Jesuitas, se resistirá á consentir en su destruccion.» — De modo que sin compasion á la Iglesia, se escluye de la eleccion á una porcion de cardenales, unos por ser demasiado instruidos, otros por ser demasiado virtuosos, otros en fin, y estos son los mas combatidos, por ser ó presumirse que son demasiado amigos de los Jesuitas. Este es el único defecto de Pozzobonelli y de muchos otros; pero este defecto basta para las cortes para que no puedan sentarse en la Silla de S. Pedro. Las cortes quieren un Papa que les obedezca ciegamente en todas sus exigencias, un Papa que se comprometa á cumplir el sacrificio de los Jesuitas, un Papa que cierre los ojos ante el abismo en que los reyes amenazaban hundir una de las mas firmes columnas de la Iglesia, y con estas condiciones cualquiera era á propósito para Pontífice Supremo. No obstante, la mayoría de los electores del Sagrado Colegio estaba muy distante de participar de las opiniones

de los embajadores de las cortes, las cuales podían contar solamente con tres ó cuatro cardenales de su devoción preocupados hasta el punto de no vacilar en posponer verdaderos intereses de la Iglesia á consideraciones puramente temporales; cardenales que nunca habían visto á Roma sino en el mapa, y que ignorantes del pulso con que la corte romana trata los negocios, pensaron que su sola presencia les alcanzaria la victoria. Pero afortunadamente para la honra romana, los prelados dignos de ser tales lucharon denodadamente y se mantuvieron firmes en sus puestos.

Mientras tanto el cardenal Pozzobonelli aumentaba diariamente el número de sus partidarios, lo cual hizo pensar seriamente en el modo de salirle al encuentro é impedirle el triunfo. Como medio para llegar á este objeto, defendieron los anti-jesuitas un principio, conviene á saber: que no es conveniente elegir Papa en la persona de un diplomático. Pozzobonelli era embajador de Viena, y por lo mismo era inconveniente su eleccion. Este sistema y el que veremos se empleó luego, prueban una escasez de recursos, una limitacion de talento, una pobreza de medios que hace formar exacto juicio de quienes eran estos embajadores, estos ministros, estos intrigantes de alta categoría, que para alcanzar sus propósitos no sabían servirse de otros medios que la coacción, la amenaza, la fuerza, la violencia. ¡Dignos recursos!...

El marqués D'Aubeterre y Azpuru acabaron por cansarse de tantas contemplaciones, como ellos llamaban á sus intrigas, y animados por el deseo de llegar al fin propuesto de un modo ó de otro, declararon al conclave por intermedio de Bernis, que estaban resueltos á abandonar á Roma, rompiendo sus relaciones diplomáticas: el francés añade en su carta al cardenal la siguiente espresion: *es preciso atemorizarles*; como si dijera: es preciso obtener por la fuerza, lo que no pudo obtenerse de las intrigas y cabalas de la diplomacia. El consejo del embajador al cardenal no era nuevo, como sabemos, pero no por esto era menos indigno de un ministro de un rey católico.

Era ya visto que Bernis no servia para manejar esta cuestión, y mucho menos desde el momento en que se planteára en el terreno de la violencia y coaccion puestas de manifesto: el prelado francés, á pesar de sus defectos, estimaba en algo mas su dignidad como eclesiástico, como diplomático y como hombre. El anti-jesuitismo peligraba quedar sin un activo iniciador de sus pretensiones en el conclave, si desgraciadamente para la buena causa no hubiera llegado á Roma el cardenal Solis. Habia entre este prelado y Bernis la misma diferencia que hay entre el carácter francés y el español. Bernis era frívolo, incapaz de sostener una intriga diplomática, mucho frontispicio y asequible á ser desarmado por los aduladores que se tomáran este trabajo. Solis por al contrario, era una naturaleza impenetrable, lacónico en el decir, taciturno, dominante y resuelto. Todos los medios parecíanle lícitos si le conducian á un fin que él creyese lícito, y por desgracia parecióle que lo era el exigir al futuro Pontífice la simoníaca promesa de supresion de la Compañía de Jesus.

Es de advertir, sin embargo, que el cardenal de Solis era calificado de amigo de los Jesuitas, tanto que el embajador francés previno contra él al cardenal de Bernis en una carta en que le decia: *Lo que es Solis pasa por adicto á los Jesuitas*. La verdad de todo es, que el español habia sido partidario de la Compañía, mientras lo fué asimismo el rey de España: en este sentido el 17 de junio de 1759 se habia dirigido por escrito á Clemente XIII, pidiéndole se sirviera amparar á los Jesuitas contra los enemigos que les combatian. Esta comunicacion se encuentra en el *Diccionario erudito* de Merodi, tomo 3.º, pág. 143; mas tan luego como Carlos III demostró su odio ciego é implacable contra los dignos hijos de S. Ignacio, gracias á las tramas de Choiseul y de Aranda, Solis cambió súbitamente de opinion y no tuvo inconveniente en trabajar para la destruccion de la Compañía de Jesus. Tal era el nuevo enemigo de la Orden que salia al palenque.

Entre los cardenales que formaban parte del conclave, y

otro de los muy pocos que estaban exentos de exclusion por parte de las cortes, era el ya otras veces citado cardenal Ganganelli. Este es el protagonista de esta parte de nuestra historia, y puesto que pronto debe figurar en ella como parte principal, justo es que le conozcamos, ó al menos que no ignoremos como se fijaron en él los ojos para la eleccion.

Teníanse de él varias noticias, aunque vagas todas y destituidas de fundamento. La mas remota constaba en una nota que la corte de Francia pidió á su embajador en Roma, respecto á los individuos que componian el Sagrado Colegio algunos años antes de la muerte de Clemente XIII. Esta relacion no era otra cosa que un tejido de fábulas, una amalgama de anécdotas destituidas de fundamento. Pero creemos sumamente importante trasladar esta noticia biográfica, con honores de nota diplomática, como quiera que por ella empezaron las cortes á tener noticia del que un dia debia ser llamado Clemente XIV. Decia esta nota:—«Cualquiera diria que este fraile franciscano que ha llegado por su destreza al cardenalato, camina sobre las huellas de Sixto V. No es posible traslucir su inclinacion, ni por lo que á Francia atañe, ni por lo que atañe á las demás naciones tampoco. Se le encuentra siempre del lado de los que mas favorecen sus miras, y es Zelanti ó anti-Zelanti, segun de qué parte sopla el viento. Pone todo su estudio en hacerse grato á todos, y parece ser en todas ocasiones del partido del último que habla. No se atreve á ponerse en oposicion con los soberanos; teme á las cortes y por esto las respeta. El Papa le tiene en grande aprecio, y por sus secretas maniobras obtiene de él cuanto desea. Pero como está mezclado en mil asuntos, sus intrigas han disminuido en el Sagrado Colegio el crédito de que gozaba, y en el primer conclave se descubrirá indudablemente su ambicion, por muy oculta que la tenga bajo su capilla. Es necesario ganar á este cardenal en todos aquellos negocios que dependan del Santo Oficio, porque en él su voto arrastra el de los demás. En cuanto á los asuntos eclesiásticos que conciernen á la

Francia, no se pueden fiar enteramente á él; pero el temor de descontentar al rey podrá únicamente determinarle á secundar las miras siempre justas y pacíficas de S. M. por el sosten de la religion.»—

Esta nota, que se conserva en los archivos del gobierno francés, y de la cual las líneas transcritas forman la pág. 22, fué continuada, imitada ó ampliada por Bernis, desde el momento que tomó asiento en el conclave. Creyendo el cardenal francés que á su corte la convendría tener noticia de quienes eran los prelados electores, y de la índole especial de cada uno, escribió tambien su relacion, y en ella bosqueja la fisonomía moral de Ganganelli con las siguientes pinceladas:— «Afecta mucho miramiento por la corte de Francia, y asimismo parece está muy bien con la de España. Ha sucedido al célebre Passionei en el cargo de relator del proceso de canonización de Palafox: todo el mundo se ha asombrado de su valor en aceptar semejante comision en las circunstancias presentes. No es amigo de la Compañía de Jesus, al menos así parece. Generalmente se le cree capaz de los mas atrevidos designios como pueda llegar al fin que se proponga.»—

Rechazamos las dos descripciones, y proclamamos que respetamos mucho la dignidad de los miembros del Sagrado Colegio, y la del cardenal Ganganelli con ellos, para que demos asentimiento á unos retratos trazados por mano á todas luces apasionada. No es de olvidar que Ganganelli era el único fraile que entonces habia en el Sagrado Colegio, circunstancia que ya en aquel tiempo era un motivo de escitar la bilis aun de ciertas personas cuya sincera piedad y celo religioso no les eximia de pagar tributo á ciertas preocupaciones de la época. ¡Justos juicios de Dios!

Sin embargo por aquellas descripciones era conocido en Francia el futuro Clemente, siendo de notar que le hacian tan poco favor aquellos mismos á quienes tan bien sirvió en su empeño; mientras los Jesuitas desterrados y abolidos por este Pontífice, le rindieron por mano de uno de sus célebres historiadores ana-

listas, el P. Julio Cordara, un tributo de aprecio y de estricta justicia. La pintura del jesuita desde el momento se echa de ver que está trazada por mano mucho mas verídica y mucho mas segura. No diremos que sea precisamente el retrato exacto de Ganganelli, pero sí que está mucho mas parecido que el trazado por el embajador y el cardenal franceses, y sobre todo prueba cuan desapasionadamente obraban los dignos hijos de S. Ignacio al escribir la historia. Dice así:

—«Ganganelli observó particularmente una conducta que le mereció la reputación general de un buen religioso y de varon poseído del santo temor de Dios: era jovial por naturaleza, y no se retraía de usar algunos chistes en el decurso de su conversacion; sus costumbres eran puras, segun el testimonio de sus amigos y los hermanos de su orden. No sólo fué intachable su vida, sino que se dedicó con ardor al estudio, distinguiéndose especialmente por su saber. Añadiré á esto que siempre manifestó aprecio singular á la Compañía de Jesus, como pueden acreditarlo los jesuitas de Milan, Bolonia y Roma, ciudades donde Ganganelli enseñó filosofía y se dió á conocer á nuestros Padres. Es un hecho constante que donde quiera que Ganganelli encontró jesuitas, mantuvo relaciones íntimas con ellos, y complaciase en que se le contase en el número de sus amigos. Cuando el papa Clemente XIII le concedió el honor de la púrpura, declaró que hacia cardenal á un jesuita vestido de franciscano, y aun los mismos Jesuitas participaban de igual opinion. No niego que despues de su encumbramiento á la dignidad cardenalicia Ganganelli nos hizo la oposicion, puesto que desde entonces rompió sus relaciones con nuestros Padres y tomó á pecho la causa de Palafox, enlazándose en estrecha amistad con Roda, el embajador del rey de España. De lo cual se ha inferido que condecorado con la púrpura comenzó á dirigir sus miras hácia la Sede Pontificia. Como hombre de suma perspicacia, comprendió tal vez que no podia aspirar á Cabeza de la Iglesia el que en público se mostrara afecto á los Jesuitas, lo cual le hizo adoptar una línea de conducta diame-

tralmente opuesta. Sin embargo, este cambio solo se verificó en el exterior: su corazón y su voluntad no mudaron, y con mucha razón el cardenal Orsini llamaba al cardenal Ganganelli jesuita disfrazado.»—Hasta aquí la relación del sabio jesuita el P. Julio Cordara.

Las exclusivas dejaban muy poco que escoger en el Sagrado Colegio; así fué que buscando candidato, Bernis fijó por último sus miradas en Ganganelli. Este era el primer triunfo del franciscano; sin embargo tuvo la suficiente energía de voluntad para encerrarse en su acostumbrada reserva. No soltó una sola prenda que pudiera comprometerle delante de los Jesuitas; no por esto, empero, perdió la esperanza el francés.

Interminable sería nuestra tarea si hubiéramos de reproducir aquí todos los incidentes de esta lucha, que la preocupación y aun el odio contra los dignos hijos de S. Ignacio sostuvieron en este conclave contra el verdadero espíritu de la Iglesia. Muy largo sería también reproducir íntegra la correspondencia entre Bernis y el marqués D'Aubeterre, correspondencia que probaría hasta lo sumo los reprobados manejos y aun las violencias que las cortes emplearon contra la Compañía de Jesús. Digase en honor del Sagrado Colegio que tan resueltamente defendió la causa católica en esta lucha, que el cardenal de Bernis en pos de tantas intrigas y aun después que reveló toda la energía que el embajador francés reclamaba, no había alcanzado nada, por más que en repetidas cartas ponderaba lo esquisito de su trabajo. Era indudable que sin otro agente los Borbones hubiesen visto frustradas sus esperanzas. En vano Bernis se opuso á la elección de muchos cardenales haciéndolos objeto de sus exclusivas; todos los propuestos eran contrarios á las coronas, y aun llegó á sospechar que la táctica de los Jesuitas consistía en hacerles proponer candidatos inadmisibles para su objeto, al efecto de que el conclave se irritara al fin contra el furor de las exclusiones y en un momento de indignación prescindiera absolutamente de toda consideración con respecto al anti-jesuitismo.

Hemos dicho ya que Bernis se ponía en relaciones con Ganganelli, sin obtener de ellas el menor resultado. Desde entonces no dudó en calificarle de candidato sospechoso y peligroso. Bernis, sin embargo, no comprendió á Ganganelli. El cardenal Solís fué quien tuvo el don de penetrar á través de la impasibilidad de su exterior, y de leer en aquella mente que á tantos otros parecia impenetrable. Solís comprendió muchas de las ideas de Ganganelli hasta el punto de conocer que habia encontrado al hombre que buscaba. El cardenal Ganganelli era el único del Sagrado Colegio que pertenecía á una órden religiosa; el español dedujo infundadamente de aquí que sentado aquel en el trono pontificio daria forzosamente ocasion á una rivalidad entre franciscanos y jesuitas, favoreciendo indispensablemente las miras de las coronas. Pero esta garantía no era aun bastante para el cardenal Solís, otro de los defensores de la promesa escrita. Propúsose esta á Ganganelli; pero en vano; el cardenal se negó rotundamente á ello: nosotros, conformándonos con el parecer de todos los hombres de sano juicio tenemos por calumnia y ultraje á la memoria de Ganganelli la suposicion de que compró el papado al precio del sacrificio de los Jesuitas.

Mas eran tantos los escluidos y tan poco dispuesto se hallaba el conclave á acceder á los deseos del partido Borbon, que en tan críticos momentos empezaron á pensar en Ganganelli, no porque les conviniera absolutamente, sino por serles menos desfavorable que ningun otro. Ganganelli sin embargo nunca dejó adivinar la atencion que en él habian fijado las cortes; hasta tal punto que el cardenal Bernis, de quien para nada se habia utilizado Solís, escribia una y otra carta al marqués D'Aubeterre, pintándole el conflicto en que le ponía la propuesta votacion en favor de Ganganelli. Lo que mas asustaba á Bernis era la buena armonía con que corrian el cardenal candidato y el cardenal Albani que estaba al frente del partido favorable á los Jesuitas.

Con efecto, Ganganelli nunca dejó de manifestarse ami-

go de aquellos á los cardenales de esta opinion , hasta tal punto que en cierta ocasion dijo en presencia del cardenal Castelli:—«Nunca daré mi voto al cardenal Stoppani , porque si llegára á ser Papa , estoy seguro que vejaria á los Jesuitas.»—Estas que debian creerse garantías , conciliaron las diversas opiniones que dividian á la mayoría de los cardenales , conformes todos en la necesidad de conservar á los Jesuitas , milicia que , al decir del mismo Ganganelli , siempre estaba dispuesta á pelear y morir por la Iglesia. Bernis que conocia su opinion , temia no sin fundamento los resultados de esta eleccion , que ponderaba á D'Aubeterre y al rey como sospechosa y peligrosa , en atencion á que recaia en favor de un hombre protegido por todos los *fanáticos* , es decir , por los católicos previsores.

No podia siquiera sospechar el cardenal Bernis el ridiculo papel que estaba haciendo ; por esta razon al advertirle D'Aubeterre de inteligencia con Azpuru , é iniciado ligeramente por Solis , Bernis empezó á comprender que la política del español le habia burlado como á un niño. Entonces trató de hacerse el importante y familiarizarse con Ganganelli para darle á entender , que á la Francia , por su mediacion , deberia la tiara. El desenlace del drama tocaba á su término , pero el triunfo no era aun seguro.

Como si la ruina del alcázar santo del gran Loyola fuese destino providencial para probar mejor su fortaleza , los mismos que durante el conclave se constituyeron en baluarte inespugnable de los derechos de la Iglesia y de la dignidad del catolicismo , aunaron sus esfuerzos en pro del candidato que debia destruir en breve sus lisonjeras esperanzas. Como es muy natural , los empeños y las solicitudes se multiplicaron en los últimos dias. Bernis y D'Aubeterre no cesaban un instante ; al contrario de los españoles , quienes lo mismo fuera que dentro del conclave , conducian el asunto sin dejar sospechar la mano directora.

Amaneció por fin el 19 de mayo de 1769 ; el conclave pasó

á elegir el sucesor de Clemente XIII. En el propio día el cardenal Camarlengo de la Santa Iglesia anunciaba á Roma la eleccion del cardenal Ganganelli, noticia que debia transmitirse al mundo entero: el nuevo Papa se llamaba Clemente XIV.

CAPITULO LXVII.

CLEMENTE XIV Y SU PONTIFICADO.

La intriga diplomática habia tocado á su término : cada uno habia puesto de su parte lo que habia podido , y el que no habia puesto , tambien se vanagloriaba como si hubiera hecho algo. Por de contado , cambió desde el momento el ministerio. Aquel enérgico Torregiani y aquellos dignos compañeros de gobierno que con tanto teson sostuvieron la dignidad de la Santa Sede en tiempo del Papa anterior , fueron sustituidos por Pallavicini , Negroni y Malvezzi ; y ya transferido el poder , comenzaron los favores á satisfacer antiguas deudas. El confesor de Carlos III es nombrado arzobispo , Azpuru es nombrado arzobispo de Valencia , el hermano del tirano Pombal es nombrado cardenal , Bernis es confirmado embajador del rey de Francia en Roma , y aun el librero Nicolás Pagliarini , antes impresor de un volúmen calumnioso contra la benemérita Compañía de Jesus , por el cual habia sido desterrado por el Papa anterior , con admiracion universal fué ennoblecido por el nuevo gobierno , que le nombró caballero de la Espuela de oro. En cambio se solicitaba el destierro de varios cardenales , entre ellos Antonelli y Garampi , y el de todos aquellos cuya recta conciencia creyeron muy difícil sino imposible vencer. Mal agüero debian formar los beneméritos Jesuitas por este comienzo , y es muy probable que al ver á sus protectores separados del poder y desterrados de Roma , y al considerar como sus conocidos enemigos iban llenando las vacantes de aquellos , llorara la ilustre Compañía de Jesus su pró-

xima ruina. Desde la exaltacion de Ganganelli, ó al menos desde los primeros pasos y medidas de su pontificado, los dignos Jesuitas pudieron creerse víctimas, sin que les valiera la brillante defensa que pudieron hacer é hicieron de sus actos; pero hay sentencias escritas de antemano, y una de estas era la de los dignísimos hijos de S. Ignacio. Y no se crea que esto lo decimos por Ganganelli, ni que queramos hacer pesar sobre este Papa la odiosidad de la medida; nada de esto. Trazaremos el retrato del nuevo Papa, le seguiremos hasta el trono, de donde ha de pasar á un lecho de dolor, pasearemos nuestra mirada sobre la sien que ciñe triple corona, que un dia le hará doblar la frente bajo su propio peso, y quizás podamos hacer ver á nuestros lectores que la primera víctima de las tristes circunstancias que entronizaron á Ganganelli, fué el propio Ganganelli. Bosquejemos rápidamente su carácter.

Lorenzo Ganganelli tuvo desde su niñez algunos puntos de contacto con Sixto V. Como éste nacido en pobre cuna, como éste vestido desde muy jóven con el humilde hábito del Seráfico S. Francisco de Asís, como éste dotado de un aventajado talento y un particular dominio sobre sí mismo, tambien como éste puso su humilde mirada en la tiara de S. Pedro. Un presentimiento interior le hacia pensar en el Vaticano, una mano invisible le empujaba hácia Roma, una órden célebre á la cual fué ó tuvo que manifestarse ingrato, se encargó de facilitarle el camino. Esta órden era la Compañía de Jesus. Cuando su general el P. Lorenzo Ricci se interesó con el papa Clemente XIII para que Ganganelli fuera condecorado con la púrpura, y cuando el jesuita P. Andreucci se encargó gustoso de practicar las informaciones de costumbre á fin de que el ignorado franciscano se sentára en los bancos de los principes de la Iglesia, poco pudieron pensar ni uno ni otro que vendria un tiempo en que su protegido, á la vuelta de pocos años destruiria á los propios autores de sus grandezas, á aquellos mismos religiosos y á aquella misma órden que puso en las nubes cuando en 1743, presidiendo un certámen teológico, esclamó

dirigiéndose á los Jesuitas : — «Si alguna vez hubiera podido creer, ó siquiera suponer, que estuviera en mis facultades elegir objeto para mi disertacion en alguno de los muchos ramos que abraza la ciencia sagrada, en el mismo instante se hubieran alzado ante mí esos tan ilustres hombres de vuestra Compañía, cuyo considerable número é indisputable mérito hubiesen disipado todas mis dudas.» — Y despues de haber elogiado particularmente á muchos célebres individuos de la Compañía, concluye por decir : — «Sea cual fuere el lado donde dirija mi vista y cualquiera la ciencia y estudio que recorra, encuentro siempre PP. de vuestra Compañía que en él se han hecho célebres.» — Así juzgaba Ganganelli á los Jesuitas, así los juzgó tambien el cardenal Montaldó (Sixto V). Ante uno y otro fueron calumniados los dignos hijos de S. Ignacio, uno y otro quisieron hacer pesar su autoridad sobre la Compañía.... Ganganelli sin embargo la sacrificó, y Sixto V la llevó á buen puerto. La posteridad ha hecho justicia á entrambos, y ha consignado la enérgica dignidad del segundo y la suma debilidad del primero.

Desde la exaltacion de Ganganelli, los filósofos de la impiedad empezaron á poner en juego sus recursos para la abolicion de la ilustre Compañía de Jesus; seguros del éxito esclamaban como sus compañeros, de quienes nos habla el libro de la Sabiduría, capítulo 2.º: «Armemos lazos al justo porque es contrario á nuestras obras y nos echa en cara los pecados de la ley, y haciendo ver á todos la falsedad de lo que enseñamos, reprueba nuestra doctrina y reprende nuestras costumbres. Nos redarguye hasta los pensamientos, porque los descubre todos, y pone de manifiesto la culpable malicia de ellos.»

Clemente XIV llevado en brazos del pueblo romano, que aplaude siempre y vitorea al Papa nuevo, siquiera porque á su exaltacion se siguen grandes fiestas; Clemente XIV, decimos, opinó equivocadamente, que esto podria ser popularidad, y que contando con el cariño de sus súbditos solo necesitaba para ser completamente feliz adoptar para con las cor-

tes una política conciliadora con la cual pudiera ir cicatrizando poco á poco las heridas abiertas de mucho tiempo en el cuerpo católico, cabalmente por los mismos que solicitaban la abolición de los mas brillantes defensores de la Iglesia. El proyecto del nuevo Papa no era malo, mas era irrealizable. Ganganelli quizás contó con poderle llevar á cabo una vez sentado en la Silla de S. Pedro; pero los filósofos de la impiedad todo lo habian atropellado, y no era fácil que desistieran de su diabólico empeño, mayormente cuando llevaban mas de la mitad de vencida, con la escandalosa proteccion que les dispensaban los ministros de unos soberanos que se honraban con el título de católicos.

Sin embargo, tampoco contaban con la seguridad completa del triunfo: de sobra comprendian que la Compañía de Jesus era un formidable baluarte de la Santa Sede; que por medio de ella el Señor quiso abatir el orgullo de la bestia infernal; que con ella iba á enjugar las lágrimas de su santa Esposa la Iglesia; que iba á plantar un jardin de cedros, que serian la gloria del monte Líbano. (Véase sobre el particular el sermón predicado el 31 de julio de 1813 en la iglesia de Montesion de la ciudad de Palma, por el sabio y virtuoso Dr. D. José Amengual.) Todo esto sabian y por lo mismo dudaban aun de la estincion de esta Santa Compañía, porque no se les ocultaba que muy inesperto habia de ser el general que sacrificase los mejores soldados de su ejército. El filósofo D'Alembert, digno discípulo de Voltaire, como éste impio y cínico, pero dotado de la misma perspicacia que el odioso patriarca de Ferney, escribia al rey de Prusia lo siguiente al primer mes de la eleccion de Clemente XIV:— «Dícese que el franciscano Ganganelli no se las promete buenas á la Compañía de Jesus; y que S. Francisco de Asís podria muy bien acabar con S. Ignacio. Se me figura que, franciscano como es, el Padre Santo hará una gran simpleza en licenciar sin mas ni mas su regimiento de guardias. Si esto sucediere se realizara un convenio igual al que celebraron los lo-

bos con las ovejas, cuando aquellos establecieron como condición primera, que estas despidieran á los perros: su inmediata suerte de todos es sabida. Sea de esto lo que quiera, no deja de ser harto singular, que mientras de un lado sus majestades católica, apostólica, cristianísima y fidelísima destruyen á los granaderos de la Santa Sede, vuestra herejetísima majestad sea la única que los conserve.» — Creemos oportuno explicar el sentido de esta última frase, porque hace muchísimo honor á la Compañía de Jesus y revela admirablemente el plan de los impíos.

Nadie ignora que el rey de Prusia Federico II era á un tiempo filósofo-rey y rey de los filósofos: para él la filosofía era una política como otra cualquiera; pero comprendia tan bien el espíritu disolvente de sus adeptos, que muy á menudo se le oyó decir, que cuando quisiese castigar á alguna provincia, mandaria á ella de gobernador á un filósofo. En cambio, para dar una prueba del particular aprecio en que tenia á la Silesia, mantuvo en ella á los Jesuitas por mas que los enciclopedistas se burláran de su resolución; y es que Federico II comprendia de sobras la utilidad que los pueblos reportaban de los Jesuitas, y ninguna dificultad le arredró cuando se confirmó en la resolución de beneficiar á la Silesia, con los frutos que le habia de proporcionar la presencia de los dignos hijos del gran Loyola.

Y hasta tal punto se consideraba inconveniente la destrucción de la Compañía de Jesus, y tales eran las dificultades que para su propósito esperaban por parte de la Santa Sede, que aun los mismos filósofos no podian persuadirse de ello; de suerte que D'Alembert, sabedor de la resistencia que el Papa oponia á los que no perdonaban diligencia para violentar su conciencia, escribia al propio Federico II con fecha 7 de agosto lo siguiente:—«Se asegura que el Papa franciscano se hace tirar mucho de la manga para abolir á los Jesuitas. Nada me estraña, pues solamente proponer á un Papa el destruir milicia tan valiente, es como proponer á V. M. que licenciase su

regimiento de guardias.»—Si esto opinaban los incrédulos y los protestantes de buena fe ¿qué es lo que opinarian los católicos? Bien dijo el cardenal que en el conclave sostuvo, que nombrar un Papa abolicionista equivalia por parte de la Santa Sede á un suicidio. Por esto seria absolutamente incomprensible la conducta de Clemente XIV, si la historia no consignára el tejido de intrigas y la fuerza de las coacciones de que fué víctima el Sumo Pontífice.

El Papa no podia desconocer lo que conocian los mismos mal llamados filósofos; más la situacion era de cada vez mas crítica. Pasados los primeros dias del entusiasmo popular, que pudieran, si nos es licito hablar así, embriagar á Clemente XIV entre vítores y homenajes, echó una mirada en derredor suyo, y se encontró solo, sin mas apoyos que aquellos que quisieron poner junto á él las cortes aliadas. Cada cual puede figurarse el continuo asedio que sufría el Pontífice. De otra parte para nada podia contar con sus ministros, escogidos todos por las casas de Borbon, y por consiguiente acérrimos defensores de una mala causa; y mucho menos con los antiguos amigos del Papa anterior, aquellos que como Torregiani y Albani no quisieron faltar á lo que les dictaba su conciencia. A propósito se habia encontrado medio de alejarlos del lado de Clemente, donde hubieran podido contrarestar denodadamente los proyectos de la infernal filosofía. El Papa fluctuaba en el mayor compromiso y en la mas insegura posicion. De un lado el asedio de que era víctima le obligaba á desprenderse de la inclita Compañía de Jesus; de otro lado no se podia decidir á sacrificar á la Compañía, ensalzada por diez y nueve Pontífices, confirmada por el Santo Concilio de Trento, y de la cual todos los dias trazaba la cristiandad los mas colmados y debidos elogios. En tan dura alternativa, Clemente XIV, harto débil para romper con las cortes, y no prescindir de la amenaza del cisma, y bastante previsor para no romper con los Jesuitas, celosos defensores de la Santa Sede, intentó vanamente apelar al sistema de las contemplaciones. Esta especie

de escapatoria no pudo salvarle ; los Borbones le habian rodeado de diplomáticos que le abrumáran bajo el peso de sus exigencias.

Prosiguiendo en su plan de contemporizacion , que como hemos dicho era hijo de un buen pensamiento , pero no menos irrealizable que bueno , el Pontífice se malquistó de pronto con los Jesuitas , tratóles con aspereza y aun negóse á recibir al general de la Compañía que se habia presentado al objeto de felicitarle en las festividades de S. Luis Gonzaga y S. Ignacio. Nada recabó con esto : retirando el Pontífice su proteccion á la Compañía de Jesus , la dejaba espuesta al furor de sus enemigos , sola , inerme , debilitada por tan continuadas luchas. En este lastimoso estado , cierto es que Clemente pudo decir : *Ecce homo !* pero no es menos cierto que el partido filosófico clamaria inevitablemente : *Crucificalle ! Crucificalle !* El sistema del Pontífice no era para dar ningun resultado , porque ni los Jesuitas podian pasar por él , ni á los gobiernos borbónicos satisfacía la enérgica voluntad que tan á las claras habian demostrado. Si la cuestion hubiera sido de mayor ó menor influencia , si se hubiera tratado de rebajar á la Compañía de Jesus del elevado puesto á que habia sido ascendida con toda justicia por la Iglesia , uniforme en reconocer , proclamar y recompensar los servicios prestados por los dignos hijos de S. Ignacio , comprendemos que esta especie de desapego , real ó aparente , que mostró Clemente , pudiera por algun tiempo entretener los deseos de filósofos y católicos , contemporizando con unos y otros ; pero Clemente debió conocer que la cuestion no estaba planteada en este terreno , sino en el de existir ó no existir. La conservacion de la Compañía de Jesus habia de indisponer forzosamente al Papa con las cortes ó con los filósofos de la impiedad que es lo mismo ; por al contrario su abolicion habia de indisponer al Papa con su propia conciencia , con la Santa Iglesia en general y con la piadosa tradicion de mas de dos siglos , cuya historia enarra los altos hechos y religiosas hazañas de los beneméritos hijos del gran

Loyola. Clemente debia optar sin ambages por uno ú otro estremo : satisfacer al un bando y al otro era materialmente imposible. Por al contrario Cárlos III, este rey obcecado y colérico, mostraba de cada dia mayor impaciencia; el impío y tirano Pombal, era de cada vez mas insolente; Choiseul, el lazarillo de la impúdica Pompadour, mas arrebatado; y el digno discípulo del heresiarca Calvino, el ambicioso Tanucci, mas osado. La tempestad amenazaba por todos lados contra los dignísimos Jesuitas; un solo punto les quedaba, un solo protector les deparraba el cielo, empero protector débil para luchar contra tales enemigos: este protector era María Teresa, emperatriz de Austria, que no podia dar al olvido lo mucho que los Jesuitas habian hecho por su patria.

Hemos dicho que Kaunitz era el embajador de esta potencia en Roma, y tenia sobrado talento diplomático para desconocer las intrigas y coacciones de que era víctima Su Santidad. Kaunitz, filósofo declarado, y aun grosero, no era, como es de presumir, amigo de los Jesuitas; entraba por al contrario, faltando á las órdenes de su soberana, en las miras de los Borbones y deseaba como el que mas la estincion de la Compañía: pero veíase obligado á cumplir sus instrucciones.

La emperatriz habia ordenado espresamente á su embajador amparar con la proteccion del Austria la causa de los Jesuitas. El dia en que estos se vieran amenazados, el embajador creyó que esta ocasion era llegada, y á despecho suyo el 14 de junio de 1769, bien poco tiempo despues de la exaltacion del Papa, se presentó en audiencia á Clemente XIV. El embajador habló al Pontífice por el interés mismo de la Iglesia, y en él apoyado, hizo constar que su soberana jamás consentiria en la destruccion de los Jesuitas. El Pontífice se ofreció á hacer todo cuanto estuviera en sus manos para evitar al catolicismo esta calamidad, y un mes despues, como si quisiera dar un testimonio público del aprecio que profesaba á la Compañía de Jesus, publicó un Breve especial para conceder muchas indulgencias á los Jesuitas que partian para las

misiones. En este Breve se leían las siguientes palabras: — «Derramamos con placer los tesoros de las gracias celestiales sobre aquellos que sabemos que procuran con el mayor ardor la salvacion de las almas, por su ardiente caridad para con Dios y para con el prójimo, y por su infatigable celo por el bien de la religion. Como comprendemos entre estos fervientes obreros á los religiosos de la Compañía de Jesus, y sobre todo á aquellos á quienes nuestro amado hijo en Jesucristo Lorenzo Ricci ha designado para que salgan este año y en los siguientes á distintas provincias para trabajar en ellas en la salvacion de las almas, deseamos igualmente conservar y acrecentar con favores y gracias espirituales el celo activo y emprendedor de estos religiosos.» — Este lenguaje contrastaba visiblemente con las medidas de rigor que hemos dicho tomó el Soberano Pontífice respecto de la Compañía: llamar *muy amado hijo* al general de los Jesuitas, y negarse á recibir sus felicitaciones; hacer el mas colmado elogio de los religiosos de la Compañía, y cuando veía á alguno de ellos arrodillarse á su paso para recibir su bendicion, volver la cabeza como distraido para no dársela, contrastes eran demasiado visibles para que uno y otro partido no tratara de buscar la verdad apetecida. Los diplomáticos españoles de Roma desconfiaron por lo pronto del Pontífice, y comprendieron que dificilmente el Papa desarmaría su místico ejército militante. Esta idea no abandonaba al embajador español: ya en 3 de julio la habia insinuado por escrito al conde de Aranda en los siguientes términos: — «El Papa nos la quiere jugar, mas el rey no debe dejarse engañar por sus tretas. Su odio á los Jesuitas es una superchería y todas estas añagazas las emplea para irse evadiendo del asunto, mientras busca un medio honroso de salvar á cualquier precio la existencia de los Jesuitas. S. M. debe empeñarse ahora mas que nunca en pedir formalmente la destruccion de la Compañía y negarse á todo acomodamiento.»

Un autor de severa crítica y estricta imparcialidad, señala y hace notar una cosa curiosa, cual es, que de todos los mo-

narcas de Europa, el único que personalmente puso empeño en la destruccion de los Jesuitas, fué Carlos III de España: ya hemos visto las intrigas de que se valieron los impíos cortesanos para hacer abrigar á este rey sospechas y odios personales que necesitáran un desagravio y una venganza tambien personales. Las demás naciones que entraron en la alianza contra la Compañía de Jesus, ninguna tuvo á su rey interesado en el asunto. Nápoles, Parma y Toscana obedecieron ciegamente las órdenes de España: Carlos III era aun el rey de esta porcion de Italia: el rey Fernando no tuvo voz ni voto en la deliberacion. José de Portugal adornecido entre placeres, lo mismo ó tan poco sabia del negocio de los Jesuitas como de los demás de su reino: tenia al frente de los negocios á su genio malo que era el tirano Pombal, y este fué, segun hemos visto, el que tomó á su cargo espulsar á la sagrada milicia, á la cual debia su omnipotente posicion. En Francia un ministro y una cortesana, entre quienes se dividia la autoridad real de Luis XV, fueron los que se empeñaron, el primero para afirmarse en su ministerio y la segunda para vengarse de un pretendido ultraje, en estirpar á los dignos hijos del gran Loyola: el monarca francés, escribe el mismo Choiseul, como veremos luego, no hace en esto otra cosa que dar gusto á su primo de España. Un rey por lo tanto, un rey engañado por el partido filosófico; un rey sabio, justo, prudente, pero cegado por pérfidos consejeros y malos ministros, es el que llevará á cabo la abolicion de una Orden religiosa, de cuyos frutos está lleno el Universo entero, y muy particularmente sus propios estados.

En contra de esta alianza celebrada por un rey ciego y vendido con los corifeos ó representantes del partido filosófico, estaban los tres electorados eclesiásticos, el Palatinado, la Baviera, Silesia, Suiza, Polonia, los dominios del Austria en Bohemia, Hungría, Italia y los Países Bajos. En todos estos puntos abundaban los establecimientos de la Compañía como abundaban en España, Francia, Portugal, etc.; pero sus soberanos no eran gobernados como unos maniqués por minis-

tros filósofos, y consideraban á los Jesuitas como los apóstoles de una doctrina sana y de unas costumbres puras, en cuya conservacion estaban interesados los pueblos y los reyes. No se dejó de consultar la opinion de estas y otras cortes para ver si se las podria hacer entrar en la impia alianza anti-jesuitica, pero el resultado de esta tentativa fué bochornoso para los que la intentaron y gloriosa para los Jesuitas. La respuesta de la emperatriz María Teresa fué digna de tan gran soberana como religiosa mujer. Yo no quiero saber, dijo, si los Jesuitas han merecido la suerte que les ha esperado en Francia, España y Portugal. Por lo que á mí toca, no tengo sino por que alabar-me de su celo y trabajo en mis estados, y por lo mismo juzgo su permanencia y conservacion como importantísima al bien de la religion y de mis pueblos. En esta persuasion mi deber es mantenerles y otorgarles toda mi proteccion.»—En Polonia eran los Jesuitas cuasi los únicos directores de la educacion y de la conciencia de la poblacion en masa. Las primeras familias del estado, la nobleza más antigua del reino, venia á sentarse en los bancos de sus cátedras y á postrarse en sus confesionarios, donde se sentaban y postraban al mismo tiempo los hijos de los artesanos y de los pobres. Por esto consultado el primado de Polonia, contestó que la supresion de los Jesuitas causaria al estado y á la religion un trastorno cuyas consecuencias eran muy dificiles de calcular. A lo cual añadió el rey de Polonia, que á pesar de su deferencia por la Santa Sede, creeria faltar al primero de sus deberes, si no hiciera uso de todo su poder para sostener á la Compañía de Jesus.—Aun el mismo Federico II el filósofo, quiso rendir, como antes hemos visto, su tributo de admiracion á los dignos hijos del gran Loyola. Cuando la Silesia pasó á ser dominio de la Prusia, mereció conservar todos sus establecimientos católicos. Federico el enciclopedista, Federico el protestante, fué consultado sobre la supresion de los Jesuitas: he aquí lo que contestó:—«Los Jesuitas de mis estados cumplen los cargos que les están confiados con tanto celo y éxito, que despojarles de ellos seria

una injusticia.» — Vanamente los filósofos de París le pidieron que se allanase á sus instancias en este punto, comprometiéndole á ello ya por medio de súplicas, ya por medio de burlas: en definitiva el rey de Prusia escribió á D'Alembert en los términos siguientes: — «He prometido garantir la religion católica en Silesia, y para ello no he encontrado mejores sacerdotes, mejores maestros y mejores súbditos que los Jesuitas. Poco me importa que les destruyan en otros puntos; mi obligacion es protegerles en la Silesia. Los filósofos de París encontrarán muy malo este modo de pensar; pero mi filosofia me manda ser fiel á las promesas que hago.» — Esta contestacion mereciera que los Jesuitas la escribieran en letras de oro y la dieran á leer á todos sus enemigos, para que sus pretensiones é invectivas se estrelláran en este muro levantado por un príncipe de la filosofia. Asimismo los electores de Tréveris, Colonia, Maguncia y Baviera, el elector palatino, los cantones suizos de Lucerna, Friburgo y Soleura, y por último la república de Génova, no ocultaron sus simpatías por la Compañía de Jesus que tanto bien habia hecho en las respectivas poblaciones de sus estados; antes por al contrario se dirigieron los gobiernos todos de estos numerosos pueblos al Sumo Pontífice, á fin de que no fuese privado el catolicismo de los ópimos y benéficos frutos que proporcionaba la Compañía de Jesus, gérmen de tan apostólicos trabajos. Fácil es concebir que semejantes respuestas no habian de ser del agrado de las cortes, y asimismo es fácil comprender que faltan groseramente á la verdad los enemigos de los Jesuitas cuando dicen que la cristiandad entera pidió su abolicion al Sumo Pontífice, y que todos los soberanos apoyaron y aplaudieron su supresion. La cristiandad por al contrario no intervino en el asunto sino para apoyar la inocencia de los Jesuitas contra las calumnias de los filósofos de la impiedad. Los soberanos estaban limitados al ciego y engañado Carlos III; los demás no eran los reyes de Francia ó Portugal sino sus espíritus malos. Esta es la verdad del hecho.

De los príncipes coaligados contra los Jesuitas, el mas em-

peñado en terminar brevemente el asunto era el monarca español. Verdad es que á los motivos de enojo que se le hicieron sentir y abrigar, se unía la privanza de Aranda, Campomanes, Roda y Azara, todos ellos mas ó menos comprometidos con el bando filosófico-impio y reconocidos por lo mismo como enemigos pronunciados de los Jesuitas. Carlos III y sus ministros se pusieron con infatigable pertinacia sobre las huellas del Pontífice, y con un empeño digno de mejor causa, quisieron ponerle como se llama entre la espada y la pared. Este por su parte, con mas temor que energía, continuaba en su eterno plan de contemporización, y creyó que á fuerza de halagar á las cortes, estas acabarían por olvidar sus pretensiones acerca de los Jesuitas. Muy bien da cuenta de esta época el historiador italiano César Cantú en su *Historia de los cien años*, cuando dice: — «El mundo católico estaba batido en brecha por la irreligion, que amenazaba los tronos y los altares; y sin embargo los reyes parecían hacer causa comun con ella, atacando al jefe de la Iglesia, y proyectando establecer en todas partes patriarcas nacionales independientes de Roma: el Papa creyó que ya no era tiempo de resistirse y que le convenia ceder, *olvidando que un poder exclusivamente moral debe dirigir la opinion y nunca someterse á ella.*»

No es nuestro ánimo por cierto injuriar la memoria de Clemente XIV. Dios quizás dispuso la supresion de los Jesuitas y la persecucion de los católicos para probar en la adversidad el temple de alma de sus servidores. Pero queremos si consignar que el Papa se equivocó en los medios á que echó mano para este caso, y que de sus contemporizaciones vino á sacar simplemente que los Borbones se creyeran aun mas temibles de lo que eran en realidad. Clemente veia las cosas desde un extremo enteramente opuesto: esto no nos prueba sino que Ganganelli queria evitar un conflicto al catolicismo, conflicto que tenia empeño en remediar. Llevado de esta mira, recordó que su antecesor habia puesto en entredicho el ducado de Parma por haber procedido á la espulsion de los Jesuitas sin

conocimiento de la Santa Sede , de la cual era feudatario el duque. Clemente XIV quiso poner un término á estas diferencias , y nuevamente mandó su bendicion papal á los estados de Parma y reanudó las relaciones de aquella corte con la de Roma. En cambio el duque parmesano se ofreció á servir de mediador con las cortes de Borbon en el asunto de los Jesuitas ; mediacion que intervino con mejor buena fe que resultando , por cuanto los aliados persistieron en su tenaz empeño de destruir la Compañía de Jesus, y para apoyar con mayor fuerza sus pretensiones , ocuparon los principados de Aviñon , Benevento y Ponte Corvo , llegando su audacia hasta amenazar poner sitio á la ciudad eterna , á fin de que el pueblo romano forzara al Papa á firmar la supresion de los Jesuitas. Este sistema de rigor nos evidencia que Clemente XIV no suprimió voluntariamente á los Jesuitas , antes bien fué preciso para ello que se adoptáran todas aquellas medidas contra el derecho natural y de gentes , que no dudaron en atropellar los ministros filósofos que predicaban por Europa una cruzada que llamaban de la libertad , y se inauguraba privando de ella al hombre que mas la necesita en la tierra, al poder que con mas independencia debe obrar , al Vicario de Jesucristo.

Todos los actos de Clemente justificaban su sistema de con-temporizacion , la actitud del duque de Parma despues que el Papa le levantó la escomunion vino á confirmar las presunciones de las cortes sobre la política del Pontífice , hasta que este mismo asediado por los embajadores y por la correspondencia extranjera , creyó inútil encubrir por mas tiempo sus designios , y resuelto á salirse de una situacion que cada dia se le hacia mas molesta , seis meses no eran transcurridos de su pontificado que se dirigió por escrito al rey de Francia Luis XV en los siguientes términos :—«Por lo que á los Jesuitas toca , no me es posible censurar y mucho menos extinguir un Instituto ponderado por diez y nueve de mis predecesores , tanto mas en cuanto le ha confirmado el Santo Concilio de Trento , y segun vuestras máximas de Francia el Concilio ge-

neral es superior al Papa. Si así se quiere, yo convocaré otro concilio general, donde todo se discuta en justicia, el cargo y el descargo, y donde sean oídas las defensas de los Jesuitas, pues lo mismo con ellos que con cualquiera otra orden religiosa debo mostrarme equitativo y protector. De otra parte, la Polonia, la Cerdeña y aun el mismo rey de Prusia me han escrito en su favor; por lo cual no puedo contentar á unos príncipes con desagrado de otros, segun de su estincion resultaria así.»—Por lo que á Luis XV toca; que ningun interés tenia en la Compañía de Jesus y que para nada se habia metido en este asunto de que se encargaron voluntariamente su ministro y su querida la cortesana Pompadour, ningun inconveniente habia en la convocacion de este concilio general que debia fallar sobre la suerte de los Jesuitas de un modo inapelable y el mas solemne que reconoce la Iglesia. El duque de Choiseul no veia tampoco motivo de negarse á la proposicion, muy creido de que podria poner por obra en el concilio las mismas intrigas que en el conclave; y por lo que á Pombal toca la idea de la convocacion de un concilio al efecto la habia insinuado mas de una vez, y tambien insinuára las torpes maquinaciones que debian emplearse en la sagrada asamblea sin escrúpulo alguno.

Todos convenian en el medio á escepcion de Carlos III que era mas impaciente que todos. Desaprobó la reunion del concilio y las razones que para ello alegó tenian por señas poquísima fuerza. En el supuesto que el concilio podia ser general, nacional ó provincial, dijo que en el primer caso se le hacia temible la influencia de los cardenales y la mayoria de los obispos, partidarios de la Compañía de Jesus, en cuyas escuelas y cátedras habian sido educados y cursaron las ciencias divina y humana. Para el caso de reunir concilios nacionales ó provinciales, dijo temer sucediera en esta cuestion lo que habia sucedido con los Templarios, absueltos, entre otros, por los concilios provinciales de Salamanca y Tarragona. Estas razones en boca del rey de España atestiguan el íntimo conven-

cimiento en que estaba Carlos III de que la cristiandad no consentiría la supresion del Instituto del gran Loyola. En efecto, si los cardenales representando el Sagrado Colegio eran amigos de los Jesuitas; si los obispos representando á los sucesores de los apóstoles eran amigos de los Jesuitas; si los concilios nacionales ó provinciales representando el clero de una nacion ó provincia eran tambien amigos de los Jesuitas, ¿quiénes eran las personas autorizadas para condenar á la Compañía de Jesus? Carlos III reconoce bien esplicitamente en estos inconvenientes, que el catolicismo en masa se declararia contra sus deseos y entonces seria necesario desistir del empeño vista la derrota.

Entonces, repetiremos nosotros, ¿quiénes en sentir de Carlos III debian condenar á los Jesuitas? Puesto que la Iglesia católica no era, seria la Iglesia reformista, seria la filosofía enciclopédica, seria la secta protestante que desde su origen venia atacando á los dignísimos hijos de S. Ignacio. En efecto, esta es la verdad histórica. El Papa era una persona débil, el rey de Francia una persona nula, el de Portugal un niño mal criado, el de Nápoles un servidor del español y el de España un monarca ciego; y los filósofos aliados con los ministros, ó los ministros aliados con los filósofos creyeron que nunca se presentaria mejor ocasion para esplotar los ánimos reales contra los Jesuitas.

A pesar de esta formidable alianza, el anti-jesuitismo adelantaba muy poco terreno, en términos que el mismo duque de Choiseul, otro de los primeros jefes de la trama, con fecha 26 de agosto de 1769 se dirigia al cardenal de Bernis, y en su carta le daba á entender dos cosas, primera que no sabia si habian obrado bien ó mal en solicitar de una manera tan exigente la supresion de los Jesuitas; y segunda que ignoraba cual fuese el resultado de esta pretension contrariada por muchos otros príncipes.

Queríamos probar que en la cristiandad y en su centro que es Roma, existió un proyecto vasto y de mucho tiempo con-

certado para extinguir á la Compañía de Jesus; queríamos probar tambien que al frente de los conspiradores estaban los filósofos secundados por los hombres de Estado, y queríamos probar asimismo que esta conspiracion resolvió hacer sentir sus efectos devastadores é impíos antes del conclave, en el conclave y despues del conclave que elevó á Clemente XIV. Creemos haber desempeñado este punto, y que muy pocos podrán dudar de la preexistencia de esta liga filosófica que junto á la Silla de S. Pedro dejó sentir sus efectos de una manera terrible. Esta liga formidable porque se componia de cinco cortes y representaba el fuerle en aquel entonces partido de los enciclopedistas, no tenia mas objeto que arrancar un decreto de estinción de manos de un anciano atribulado, débil y achacoso. ¿Habrá quien niegue la existencia de esta liga?

Ahora bien: el anciano hizo mas resistencia de la que en un principio se figuraron, y por lo mismo se buscó el modo de hacerle ceder, porque la exigencia de la filosofia no toleraba contrariedades, y de un modo ú otro debia venir abajo el Instituto de Loyola. Ya conocemos á los campeones, veamos ahora qué clase de armas emplearon en el combate.

CAPITULO LXVIII.

AGONÍA DE LA ÓRDEN.

Decidido estaba y claramente se veía que Clemente XIV no se resolvía á firmar la supresión de la Compañía de Jesus por las simples denuncias de algunos diplomáticos mal avenidos con su conciencia. Era por lo tanto indispensable doblegar y torcer el juicio del Pontífice, como en otro sentido se habia torcido el de Carlos III. Para esto los enemigos de la Compañía no tenian que discurrir mucho, porque desde el origen del Instituto, sus enemigos al querer atacarle habian recurrido constantemente á un mismo medio, la *calumnia*. Esta se habia posado distintas veces en el sendero que recorrían los beneméritos hijos del gran Loyola, y nunca pudo conseguir que los pueblos pronunciaran un fallo contrario á los Jesuitas, porque la inocencia de estos religiosos resplandecia pura y sin mancha, destacándose en el negro cuadro de las torpes asechanzas de sus enemigos. A pesar de la inutilidad del recurso, volvióse á emplear nuevamente en el pontificado de Clemente, y esta vez, por desgracia, con mas éxito que en las anteriores. Verdad es que el Pontífice no estaba ya con fuerzas para desenvolver la trama que se habia urdido, y verdad es tambien que los diplomáticos que rodeaban al Papa, cuidaron mucho de alejar de su lado á los Jesuitas calumniados y á sus amigos, por temor de que vindicándose como indudablemente hubieran hecho, Clemente hubiera adivinado de qué parte provenia el golpe.

¿Y qué hacian en tanto los Jesuitas? Esa Compañía de Jesus tan temida, esa Sociedad que tenia en sentir de los impíos espías y amigos en los tronos y en las cabañas, que abarcaba el mundo entero cuando cual otro Anteo estendia sus gigantescos brazos; este Instituto que manejaba los reyes á su albedrío, que dispensaba todas las gracias y cometia todos los crímenes, que amasaba los tesoros y seducia por dinero á sus enemigos; este poder temible á cuya omnipotente voluntad no resistian los imposibles, ese cuerpo de multiplicados oídos al cual nada se ocultaba y para el cual ni aun en la confesion habia secretos, esta Compañía de Jesus en fin, pesadilla de los filósofos, coco de los impíos ¿qué hacia, en qué se ocupaba, porqué no daba señales de vida?

Si su voz resonaba de un modo ó de otro en el oído de todos los reyes y manejaba á estos á medida de su voluntad, digásenos ¿por qué no intentaron vindicarse y hablar á Carlos III arrancándole la venda que cegaba sus ojos? Si hemos visto que sus mas encarnizados enemigos estaban faltos de dinero y eran tan amantes de él, que por dinero y solo por dinero servian los intereses de los Borbones, ¿porqué no empleaban sus tesoros en comprar á estos diplomáticos que ponian su conciencia y sus talentos á sueldo del que queria comprarlos? Si sus intrigas en Roma la hacian dueña de este cardenalato que era quien debia elegir al Papa que á su vez debia dar vida ó muerte al Instituto ¿porqué no intrigaba para asegurarse de la eleccion, haciendo que recayese en un Torregiani, Albani, Pozzobonelli ó cualquier otro de los cardenales de quienes los Jesuitas no pudieran sospechar? Si queria sostenerse á despecho de las cinco cortes aliadas para su destruccion ¿porqué no ponía en juego los recursos con que contaba en muchas otras potencias de primer orden cuyos soberanos no ocultaron por cierto las simpatías que sentian por los dignos hijos de S. Ignacio? Y finalmente, si solamente escitando odios y promoviendo divisiones podia subsistir esta Compañía ¿porqué no explotaba los odios y las divisiones de los mismos diplomáticos comisio-

nados para arrancar á Roma el decreto de la estincion de la Orden? Nada era mas fácil que esto: los embajadores, los agentes, los ministros se despreciaban mutuamente, promovíanse ocultas guerras, lanzábanse mútuas acusaciones, y nunca se ocurrió á los Jesuitas aprovecharse de estas circunstancias para introducir la division y la confusion entre sus enemigos, siendo así que este era el medio mas fácil y mas comun de evitar su desgracia. Convengamos en que esta quietud de los dignos hijos del gran Loyola dice mas que cuantas diatribas inventen sus enemigos. El que se resigna pasivamente á desempeñar el papel de víctima, el que sufre los rudos golpes que se le descargan sin volver siquiera los ojos hácia el que le maltrata, un mártir de abnegacion es, un ejemplo de mansedumbre, un verdadero discípulo de Jesucristo. Y esto hicieron los Jesuitas, y les llamaron sin embargo *provocadores de trastornos!!!*

Esta mansedumbre, esta humildad, esta resignacion lejos de disminuir la cólera de sus enemigos, la ensoberbeció y dió mas creces. Por un momento, la Compañía de Jesus vió un punto azul sereno y despejado en el negro y nublado horizonte de su porvenir. El duque de Choiseul, su constante azote, que habia suscitado contra ella la animadversion de la corte de Francia, cayó del poder en que le mantenía una impura cortesana. Los pueblos franceses respiraron como si se les hubiese quitado un peso de encima, los Jesuitas creyeron que en Francia al menos se les haría justicia. Las prodigalidades de Choiseul habian empobrecido el tesoro, el pueblo pedía economías, el rey le dió para gobernarle al duque de Aiguillon. No era éste de aquellos declarados enemigos de los Jesuitas; antes por al contrario habia sido su discípulo y mas de una vez habia hecho el elogio debido de la Compañía de Loyola. Mas por desgracia, en el estado á que habian llegado los asuntos referentes á la supresion, la Francia no podia volverse atrás, ligados como estaban sus intereses con los intereses de España, y sabiendo el nuevo ministro como de ningún modo podia ignorar que Carlos III haría cuestion gravísima de

estado el retirarse la Francia del empeño entablado en Roma. El duque de Aiguillon se limitó á dejar hacer , y como siempre el gobierno español siguió con la iniciativa del asunto.

Mas los embajadores , así de España como de Francia , no manifestaban ya aquella decidida actividad por la supresion de la Compañía , pues por lo que á Bernis toca le iba muy bien con el sistema de las blanduras , y por lo que hace á Azpuru , desde que ambicionaba el capelo de cardenal , le pareció mas del caso ser algo más deferente y respetuoso con el Sumo Pontífice , que de todos modos era el dispensador de los birretes encarnados. No por esto se crea que cesó el asedio que sufría Clemente XIV.

Mas como si el Papa se fortificára mas y mas en la inocencia de los Jesuitas á medida que sus enemigos se conjuraban para oprimirla , Cárlos III veía como todos los dias Roma iba ganando nuevos plazos , cosa que le disgustaba sobremanera y le hubiese disgustado mucho mas si hubiera sabido el uso que de estos plazos hacia el Pontífice.

Así habian pasado muchos meses y así prometian pasarse muchos : las cortes borbónicas exigiendo y el Pontífice con-temporizando , falto de la energía necesaria para tronar contra los filósofos con todo el peso de la ira justamente provocada. Llegó luego el año 1772 , y en él murió el embajador de España Azpuru siendo reemplazado por D. Francisco Moñino , conde de Floridablanca , personaje muy conocido en la historia de España de estos últimos tiempos. El nuevo embajador habia sido en otro tiempo abogado de los Jesuitas , mas toda su vida hubiese vegetado en la mas humilde y desconocida esfera , si Cárlos III no hubiese juzgado oportuno utilizarse de los talentos de Moñino , trocando al abogado en diplomático. Floridablanca creció desde entonces como la espuma , y agradecido á la proteccion del rey , se hizo suyo como se dice en cuerpo y alma. El nuevo embajador tenia agradable presencia , finas maneras y dulce persuasiva , esto tratándose de lo que dejaba traslucir á las gentes. En su interior era tenazmen-

te inflexible , duro , y privado de todo sentimiento compasivo que pudiera servirle de perjuicio ú obstáculo en su camino. Sabia de sobras que el rey de España tenia un decidido empeño en esterminar la Compañía de Jesus. No ignoraba que los embajadores todos de las potencias aliadas estaban obligados á secundar sus medidas , comprendia qué clase de hombre era el Papa con quien debia luchar , y estaba convencido de que el buen ó mal éxito de su empresa decidiria de su porvenir hácia los mas altos puestos ó los mas profundos abismos. Por lo mismo debe suponerse que el ataque seria terrible y que Clemente podria resistir muy poco al poderoso embate del audaz Moñino. A su llegada , el cardenal de Bernis comprendió de sobras que su intervencion en el asunto estaba de mas y se retiró prudentemente , dejando el campo libre al español .

Quedaron solos los dos campeones : el atleta acechaba los movimientos del antagonista que se proponia aniquilar. Clemente azorado de antemano , temblaba á la sola proximidad de Moñino , como el pájaro sencillo tiembla á la proximidad de la venenosa serpiente. El español comprendió el pleno dominio que ejercia sobre el Pontífice y resolvió acabar con su presa, antes esta no se rehiciera ó recibiese refuerzo. Si la historia no nos hubiera conservado las testuales palabras del embajador español , si no tuviéramos noticia exacta de muchas de las escenas que mediaron entre el Papa y el diplomático , noticia de que no podemos dudar atendida la índole de los autores en que se encuentra , negariamos indudablemente la verdad de los hechos tal como ha llegado hasta nosotros. Tan imposible nos parece el descaro que se empleó con Clemente XIV. No es mas altanero ni grosero el dueño con su siervo que el enviado del rey católico de España lo fué con el jefe supremo de la Iglesia ; y sin embargo , los que sin rubor ni piedad insultaban al sucesor de S. Pedro y le pedian y exigian que deshonrase de una plumada sola la autoridad de Roma y el Papado , decian obrar en nombre de la *Religion* y ser *hijos obedientes del catolicismo*. Mas en vano frente á frente con la

posteridad han querido cubrirse con esta máscara , porque la posteridad justa á su vez , colocada frente á frente con los verdugos de los Jesuitas , les señala con el dedo y llama con acento aterrador : — ¡ Azotes del catolicismo ! ¡ Instrumentos de aquella filosofía que fué y es aun madre de la impiedad !

Y no se crea por cierto que sea exageracion nuestra fruto de un justo enojo ; todo al contrario , lo que decimos sabremos probarlo y los propios autores responderán por nosotros. Por fortuna aquellos escritos en que los diplomáticos coaligados para perder á la Compañía de Jesus revelábanse confidencialmente sus reprobados manejos unos á otros , por fortuna , decimos , no se han perdido todos , y su publicacion es el bochorno del anti-jesuitismo como es la plena vindicacion de la Compañía. En 16 de julio de 1772 Floridablanca desde Roma se dirige al marqués de Grimaldi , ministro de Carlos III , dándole cuenta de una entrevista tenida entre el embajador y el Papa. En esta comunicacion le espresa como el Santo Padre en tono suplicante le pidió un nuevo respiro , á lo cual contestó el inflexible y osado embajador : — «No, Santo Padre , arrancando el raigon de una muela , es como el dolor cesa :» añadiendo con singular hipocresia : — «Por las entrañas de Jesucristo , yo suplico á Vuestra Santidad que vea en mí un hombre lleno de los mejores deseos de paz y conciliacion ; pero temed que cansado al fin el rey mi señor , llegue á aprobar el proyecto adoptado por mas de una corte , de suprimir todas las órdenes religiosas. Si quereis salvarlas , continuó , no confundais su causa con la de los Jesuitas.» — Ganganelli repuso : — «¡ Ah ! Desde mucho tiempo conozco que se camina á este fin. Se quiere aun mas : la ruina de la religion católica , el cisma , la herejia tal vez ; he aquí el secreto pensamiento de los príncipes.» — Véase en testimonio de verdad la *Historia de la caida de los Jesuitas* por el conde de Saint-Priest , pág. 153 , en que hace referencia al original de Moñino.

Era de todo punto indudable á los ojos de aquellos diplomá-

licos, como lo es á los ojos de cualquier imparcial, que Clemente XIV comprendia los planes ulteriores de los que le pedian la supresion de los Jesuitas. Por lo mismo se hacia indispensable recurrir á otros medios, puesto que el de engaño y diplomacia hasta entonces seguido, ni habia dado resultados ni prometia darlos. Floridablanca, sin embargo, no era hombre que se diera por vencido al primer empuje; estaba resuelto á todo y por lo mismo no quiso guardar consideracion alguna. Vemos ya que principia por quitarse la máscara que le sufoca, y dejando á un lado contemplaciones y respetos, trata al Santo Padre, no como á un igual, sino como una persona de la cual por fuerza sino de grado se quiere arrancar un decreto. Aunque representante oficial de un rey que se decia católico, cuyos antepasados desde muchos siglos dieron como era justo, un ejemplo de sumision y respeto á la Sede de S. Pedro, no titubea en descubrir un plan trazado de emancipacion religiosa, y como si el culto y el porvenir de un pueblo dependieran esclusivamente de la enojada voluntad de su monarca, llega la audacia hasta el punto de exigir la supresion de la Compañía de Jesus, so pena de sacrificar en aras de un soberano ciego y obcecado á todas las demás órdenes religiosas, que nada tienen que ver con la cuestion de los Jesuitas. ¿Es esto lógico? ¿Es justo? ¿Es racional siquiera? O las órdenes religiosas merecen ser estinguidas ó no lo merecen; ó son culpables ó son inocentes. En el primer caso, ¿á qué conservarlas? Y en el segundo caso, ¿por qué se habian de estinguir si el Papa no suprimia los Jesuitas? Este modo de obrar atestigua de sobras todo el pensamiento de los fieros enemigos levantados contra los dignísimos hijos de S. Ignacio.

El Papa comprendió que con diplomáticos de esta naturaleza todo razonamiento estaba de mas, y aunque no se sentia con la energía y fuerza que era necesaria para tronar con estas cortes filosóficas y lanzar de su presencia á sus representantes, ni mas ni menos que Jesucristo echó á los vendedores del templo que profanaban, quiso, empero, ya que no des-

pedir la embajada, interesar siquiera el corazón del embajador. Pretendíase manchar la memoria de un anciano débil y enfermizo, impotente para luchar con los que le exigían su deshonra: Clemente ya que no pudo mandar, probó á enternecer. Se espontaneó con Moñino, le pintó su situación como jefe de la Iglesia, á quien se exige que venda á esa misma Iglesia, imploró los auxilios de una amistad que invocaba en el español; todo en vano. Moñino parecía haber ido á Roma despojado de toda simpatía, de todo sentimiento de humanidad; con una calma é impassibilidad estoicas oja al Pontífice sin dar la mas mínima muestra de sentimiento. Entonces Clemente, sirviéndose de su misma debilidad como instrumento, empleando sus propios achaques como recurso, habló á Moñino de su quebrantada salud, de sus muchos padecimientos, pidiéndole le dejara bajar en paz y con honor á la tumba que sus dolencias le abrirían muy pronto.... El español por todo consuelo dió á entender su incredulidad acerca de este último punto, y Clemente escitado por esta desconfianza, que era un mentís harlo directo, descubrió uno de sus brazos desnudo, y mostró al cruel é inhumano Moñino un humor herpético que totalmente le cubría. El corazón del conde de Floridablanca no se mostró por esto mas conmovido: Carlos III habia sabido escoger á este hombre; al enviar á Moñino á Roma habia enviado á un embajador de piedra, á un tirano. Y como Floridablanca comprendia que diariamente dominaba mas y mas al Pontífice y con sagaz aplomo y fria serenidad contaba los momentos que la víctima tardaria en rendírsele, de continuo se interponía en el camino del Pontífice como su genio maléfico, dispuesto siempre á robar al Papa su última esperanza. Solo aquellos que comprenden lo irresistible de la influencia de un hombre sobre otro, solo aquellos que sepan lo que pesa una mirada siempre fija en un mismo punto, espiando á una misma persona, solo aquellos que mediten lo que influiría en el espíritu de un niño el sufrir continuadamente las mas severas amenazas de un hombre feroz y desnaturalizado: solo estos

pueden comprender lo atroz del martirio que Floridablanca hacia sufrir á Clemente XIV , martirio que acababa la vida al jefe de la cristiandad , á la cabeza visible de la Iglesia católica.

El combate era desigual y por lo mismo debia durar muy poco. Como todos los débiles que luchan con robustos atletas antes de rendirse hacen un esfuerzo supremo, así Clemente XIV brilló por un momento con una ráfaga de energía , la última que le quedaba. Floridablanca por medio de intrigas y amenazas le habia dominado del todo , y creyó que su ascendiente era bastante para dirigirse á él en todos tonos. Hemos visto que temerosas de perder el tiempo en vano , las potencias aliadas habian ocupado los principados romanos como en garantía de la supresion de la Compañía de Jesús. Aviñon y Benevento eran parte de este terreno secuestrado para arrancar á la fuerza de un Pontífice , lo que de su conviccion no se podia esperar. Floridablanca creyó llegado el momento de entrar en tratos y propuso á Clemente la restitution de los principados á cambio del decreto de supresion , especie de limosna con que se pagaba una injusticia. Al oir esta deshonrosa proposicion, exclamó el Pontífice: — «Tened entendido que un Papa dirige las almas , pero no trafica con ellas.»—Y este fué el último rasgo de energía que desplegó el Pontífice , víctima del conde de Floridablanca.

Ya una sola esperanza quedaba á los Jesuitas ; esta esperanza era María Teresa. Mas como si Dios mismo hubiera dispuesto su derrota para medir sus fuerzas , los dignos hijos del gran Loyola vieron frustrárseles este último recurso. Mientras el Austria sirvió de escudo á la Compañía de Jesús , tuvo á su lado la Polonia , Baviera , Tréveris , Maguncia , Colonia , el Palatinado , los cantones suizos y las repúblicas de Venecia y Génova. Esto prueba , aunque sea repeticion , que mucha parte de Europa se habia declarado amiga de los Jesuitas. Mas desgraciadamente el hijo de María Teresa, José II, ambicionaba las riquezas que presumió atesoraba la Compañía. El prín-

cipe tomó á su cargo el decidir á su madre la emperatriz, con la condicion de que se le garantizaria la propiedad de los bienes de los Jesuitas. Así para mayor semejanza con el Divino Maestro, la orden de los Jesuitas fué vendida por dinero á los que á voz en grito exigian su muerte. Clemente XIV vió desaparecer la proteccion del Austria, último punto en que pensó atrincherarse para defender á los Jesuitas, y desde entonces cayó en el mayor abatimiento y postracion.

Los enemigos de los Jesuitas suponen, bien que sin el menor fundamento, que si los hijos de S. Ignacio perdieron la proteccion de la emperatriz Maria Teresa, débese atribuir á que el jesuita Parhamer su confesor, reveló la confesion de su real penitente, añadiendo que Carlos III se hizo con la carta en que constaba esta sacrilega infraccion del sigilo sacramental, la cual remitida á la emperatriz madre fué bastante para que abandonára la defensa de la Compañía. El craso error ó la maliciosa calumnia que esto encierra se revela de una manera irrecusable, con solo manifestar que el P. Parhamer nunca fué confesor de Maria Teresa, y que muy al contrario de dar ocasion á la mudanza de la emperatriz, ésta y su hijo le tuvieron en su corte con grandes muestras de favor y aprecio, así antes como despues de la supresion de la Compañía. Mas *estaba escrito* que los Jesuitas sucumbieran bajo el peso de la calumnia, y en efecto sucumbieron, pero no sin honra, como se intentó.

Una vez Clemente XIV hubo agotado sus fuerzas y una vez la Compañía vióse desamparada de sus protectores, sus enemigos empezaron un nuevo ataque, á que hasta entonces no se habian atrevido. Habian vencido físicamente al Papa, pero les faltaba vencerle moralmente. Esto no se conseguia sino por medio de la calumnia, ningun escrúpulo sin embargo hicieron de ella, como lo hemos dejado consignado en diferentes partes de nuestra obra y probaremos sucesivamente.

El escritor francés M. Pablo Lamache, abogado de los tribunales de París, así se espresa á propósito de las injusticias

de que fueron objeto los beneméritos hijos del inclito S. Ignacio :—«Forzoso es decirlo , grandes fueron los abusos del poder , las vejaciones de todo género ejercidas contra los Jesuitas . Cuando uno examina en detalle las intrigas é iniquidades de que fué objeto la Compañía , se encuentra inducido á creer que Clemente XIV para descargar su memoria de un peso tan escesivo como es la violenta supresion de una órden ilustre , se esforzó para obligar á los Jesuitas á que ellos mismos pidieran su secularizacion .» —Es cuanto pudiera decir un escritor tratando de abonar la conducta de un Pontífice , que tuvo la debilidad de abandonar á los Jesuitas á sus verdugos para evitar un cisma . Otros suponen de acuerdo en un todo con las ideas que antes hemos emitido , que si el Papa permitió que tales desmanes se cometieran contra los Jesuitas , fué con el intento de desarmar la cólera de sus verdugos , dándoles esta especie de satisfaccion á medias . Mas las cortes obcecadas no se contentaron , y el ministro español dijo un dia reasumiendo el pensamiento de las cortes aliadas :—«¿ A qué vienen estas inútiles vejaciones ? Lo que se pide no son violencias en detalle sino simplemente la supresion de la Compañía .» —O todo ó nada , la exigencia de los ciegos Borbones no pasaba por menos .

Y como decirse suele que del árbol caído todos hacen leña , y como habia un grandísimo interés por los impíos en pintar á los Jesuitas como unos monstruos y en desacreditarles ante la opinion pública , ningun medio dejó de emplearse para llegar á este resultado . En Bolonia Malvezzi , visitador apostólico , permitiése inaugurar una especie de persecucion , probando en vano si podia introducir la apostasia en las filas de los dignos hijos del gran Loyola , para lo cual se dirigió con preferencia á los PP. más jóvenes . Para hacer mas irresistible la seducccion , nada omitió de cuanto le condujera mas directamente á su objeto , haciendo uso de las ventajas de su posicion , el respeto de su edad , el brillo de los sofismas , y la tentacion de las promesas . Y á pesar de tantos esfuerzos reunidos , ni uno de aquellos valerosos soldados quiso dejar su puesto de honor , y de sus

labios salió el solemne juramento de permanecer tales jesuitas hasta su último suspiro. Anteriormente los verdugos Pombal y Aranda habian empleado iguales medios, bien que en vano.

Los Jesuitas estaban amenazados de morir de un momento á otro, como aquellas casas socavadas por sus cimientos que bambolean y se desploman al primer sople del huracan que en otro tiempo hubieran resistido con la mayor firmeza. El rey de Prusia, como ya hemos dicho, fué el que mas resistió á las exigencias de las cortes: como iniciado en todos los secretos de los filósofos, sabia de sobras á donde conducia la supresion de los Jesuitas y se opuso á ello con el mayor calor, no cediendo de su empeño sino con la condicion de que los Jesuitas de sus estados se despojarian simplemente de su traje, pero serian conservados en sus establecimientos y se les protegeria en el ejercicio de sus funciones.

Se despojó tambien á los PP. del Colegio de los Irlandeses y se intentaba hacerlo del Colegio germánico, de aquel célebre colegio fundado por el mismo S. Ignacio y que tantos servicios tenia prestados al catolicismo contra los protestantes. Alacar á los Jesuitas el derecho sobre el Colegio germánico, era desconocer la verdad, cerrar los ojos á la luz. En vano se intrigó para obtener una sentencia condenatoria; por mucho que los tribunales desearan servir á los filósofos y á las cortes borbónicas, la causa de los Jesuitas era harto justa para poderse perder. Y sin embargo mayor fué aun el escándalo. La sentencia absolutoria nunca llegó á ponerse en ejecucion, era preciso que de un modo ú otro salieran perjudicados los Jesuitas, aun quando debieran atropellarse todas las leyes de la mas severa justicia.

Mas donde se ve el estado de abatimiento del Sumo Pontifice y se prueba palpablemente que los enemigos de los Jesuitas habian empuñado las riendas del Estado, que se cayeran de las manos trémulas de Clemente, es en el hecho que pasamos á relatar. Floridablanca, este satélite del filosofismo, habia establecido una imprenta en las cercanias de Roma: desde alli

vomitaba contra la Compañía de Jesús toda suerte de folletos impíos y calumniosos, con los cuales creía adquirir prosélitos para la obra de la supresión. Los Jesuitas leían estos ultrajantes papeluchos, mas nunca contestaron á ellos, porque muchas veces se rebaja el hombre que contesta á algunos tiros marcados, y además porque los beneméritos hijos del gran Loyola sabían de sobras que era inútil cuanto intentasen para alejar su desgracia. Pero un día Floridablanca se permitió atacar directa y groseramente al Vicario de Jesucristo en un folleto titulado: *Reflexiones de las cortes de la casa de Borbón sobre el Jesuitismo*. En él la dignidad del Pontífice era rebajada, sus actos espuestos á la befa pública, en una palabra la tiara era pisada bajo los pies de un embajador impío, que para mayor seguridad se cubría con la careta del anónimo. Los Jesuitas pudieron sufrir sin quejarse los propios males; pero consentir en el descrédito del sucesor de S. Pedro, permitir que á mansalva se le insultara por un embajador, que como avergonzado de su modo de obrar cuidaba de esconderse para ello en la oscuridad; esto jamás podían consentirlo, porque se rebelaban dentro de su pecho los sentimientos católicos de su corazón. Un jesuita, el P. Benvenuti, salió á la defensa, no de la Compañía sino del Papa. En su libro negó que el Pontífice pudiese haber vendido al Instituto, y dejó en el lugar que correspondía al Vicario de Jesucristo, á la cabeza visible de la Iglesia católica, á la cual habían siempre sido tan adictos los Jesuitas. Esta venta, pacto ó promesa hecha por Clemente XIV antes de su elevación al Pontificado de extinguir la Compañía de Jesús, refutada por el P. Benvenuti, es desechada con indignación en las memorias manuscritas de los Jesuitas, y se ha encontrado, dice el P. Proyart, la siguiente nota en los archivos que nos dejaron en herencia: «Oímos del mismo papa Pío VII, relativo á la estincion de los Jesuitas, la confirmacion de los siguientes hechos: Que la promesa que hizo Clemente XIV al embajador español de extinguir la Compañía fué posterior á su exaltacion al Pontificado.

Que dada esta fatal promesa, el referido embajador no cesó de reclamar su ejecucion. Que en el acto de firmar el Breve de estincion se apoderó del Papa aquel espíritu de inquietud que le agitó constantemente hasta el sepulcro. Este hecho, dice Pío VII, nos fué confirmado por el prelado doméstico que presentó la pluma á Clemente XIV para firmar el Breve. » El P. Benvenuti pues no hizo mas en la citada impugnacion que consignar su opinion conforme en un todo con la de sus demás hermanos. Justo era que Clemente agradeciese esta defensa; pues nada de esto, porque se tuvo la pérfida habilidad de desfigurarle los hechos y se sorprendió como tantas otras veces su debilidad; así es que el jesuita Benvenuti tuvo que salir de Roma desterrado. Retirado á Florencia, ni aun allí se vió libre de las persecuciones de sus enemigos, y últimamente el rey de Polonia tuvo que darle un asilo. Tan mala ingratitud no se comprende, y por lo mismo nosotros apresurándonos á alejar la responsabilidad del Pontífice, opinamos que debe recaer toda en aquellos diplomáticos que le rodeaban y dominaban, que le mimaban y seducian con halagos ó bien le amedrentaban con sus terribles amenazas. Y cuando esto sucedia, ¿era dable que los Jesuitas tuvieran esperanza alguna de compasion? ¿Qué digo compasion? Ni aun podian tener la de que se les hiciera la justicia de llamarles victimas. Bien hicieron en retraerse de salir al palenque, guardando absoluto silencio.

Tenemos demostrado que el pueblo, ese pobre pueblo, en cuyo nombre tanto se perora sin que él haya dado poderes á nadie; el pueblo, al cual se imputan unas ideas que nunca ha tenido á propósito de los Jesuitas; el pueblo, cuya soberanía invocan aquellos que mas esclavo le quieren; el pueblo estaba á favor de los Jesuitas, pese á todas las calumnias de todos los conjurados para su pérdida. Tambien la nobleza, ese formidable poder que ha rodeado de continuo los tronos; ese cuerpo sin duda el mas influyente de un estado; esa corporacion respetable por lo que puede y por lo que representa;

tambien estaba á favor de los Jesuitas. Luego no era universal el grito que se levantaba de ¡abajo la Compañía! luego no es cierto que la cristiandad entera pidiese su abolicion al Papa, luego es falso que la supresion del Santo Instituto de Loyola fuese una exigencia de la mayoría del siglo. Amigos y muchos amigos, partidarios y muchos partidarios tenian los Jesuitas, y si estos no echaron mano de las influencias con que podian verdaderamente contar y no emplearon la fuerza que podian para contrabalancear el poder de sus infernales enemigos, sépase apreciar en lo que vale esta santa abnegacion con que se resignaban al estado de víctimas.

No se crea sin embargo por esto que los dignos hijos del gran Loyola se hubiesen olvidado de lo que á su dignidad debian, antes al contrario supieron hacerse respetar de aquellos que pretendian rebajarles en el concepto público. Mas esta noble resignacion que debia ser admirada y respetada, solo les sirvió de mayor pena.

Tal fué la agonía de esta ilustre orden, agonía digna de ella, resignada como la del justo, impassible como la del inocente, que ha resuelto dejarse morir sin quejarse. Los dignos hijos de S. Ignacio recibian todos los dias uno tras otro tiro de sus enemigos, y aunque la bala penetrase hasta el corazon, permanecian inmóviles y firmes en su puesto de honor. El mundo entero tenia los ojos fijos en ellos y se admiraba no poco de su quietismo, como se admiraria de que un atleta se dejara abofetear por un niño; pero los Jesuitas conocian por su propio talento, lo mismo que el Divino Redentor por su esencia, es decir, *que estaba escrito*, y en vano se apelaba de tales sentencias. Por esto cruzados los brazos como los mártires delante de sus tiranos, aguardaron el golpe fatal, y ni aún su proximidad pudo amedrentarles. Vieron con la serenidad de la inocencia como unos nuevos príncipes y fariseos compraban su existencia, vieron adelantarse al que debia besarles traidoramente en el rostro, vieron detrás á la turba filosófica preparada para comenzar el martirio, vieron

tambien la cruz sobre el monte de la impiedad , mas el dolor no hacia mella en sus ánimos , y caminando sobre las huellas del Redentor sabian á no poderlo dudar que al fin de la calle de Amargura se hallaba el Calvario:

CAPITULO LXIX.

DOMINUS ET REDEMPTOR.

CUALQUIERA que conozca siquiera sea ligeramente la historia del Instituto del gran Loyola, sabe de sobras lo que quiere decir este título. En los oídos de los buenos católicos suena con el lúgubre efecto de la campana de la muerte, su lectura les afecta como la de una sentencia que condena al justo al último suplicio. *Dominus et Redemptor* equivale á decir, aquí murió la orden de los Jesuitas, aquella orden que hizo temblar á Lutero y á los suyos, aquel Instituto que cobijó bajo el manto de la religion católica á las cuatro partes del mundo, aquella Compañía que blandiendo la espada de la fe y de la ciencia, hizo doblar la rodilla á los colosos de la impiedad. *Dominus et Redemptor* son tres palabras que el catolicismo ha llorado por mucho tiempo, porque al final del Breve que así empezaba, dejaba de existir la inclita orden de S. Ignacio, la madre de Francisco Javier, de Francisco de Borja, Luis González, Francisco de Regis y mil mártires y confesores. *Dominus et Redemptor* equivale á decir, la filosofía de la impiedad ha levantado la cabeza en la misma Roma de S. Pedro y por un breve momento ha hecho alarde de su triunfo á la sombra del mismo Vaticano.

Clemente XIV era muy débil, Clemente XIV no era enemigo de los Jesuitas. Sabia como sabian todos los católicos que el herir de muerte á los Jesuitas era herir de rechazo á Roma, ó sea á la religion, que se privaba de sus granaderos. A pesar de esto se privó de ellos. Dominado por Floridablanca, bajo el

influjo de la coalicion de una porcion de cortes obsecadas, empenadas en obtener la supresion de la Compañia, nada mas que porque así lo exigian un rey engañado, un ministro despota y una cortesana sin pudor, hija de un carnicero y ennoblecida con el titulo de marquesa de Pompadour, el débil Ganganelli quedó anonadado, sin voluntad, sin fuerzas, sin poder, ante la amenaza del cisma. Viendo sin embargo que sus simpatias por los Jesuitas no se disminuian ni como á hombre ni como á Pontífice, trataron de atacar los flacos que en este punto pudiera tener, y el plan surtió el apetecido efecto. Al hombre se amenazó con el veneno de los Jesuitas, al Papa con el cisma. Para evitar una cosa y otra pedíasele tan solo que decretase la supresion de la Compañia de Jesus. El Papa conocia de sobras á los Jesuitas, pero tambien conocia de sobras á sus enemigos. Por esto podia despreciar la amenaza del supuesto veneno, pero no la del cisma: esta idea le amedrentó realmente, y quizás no recordó lo suficiente que el Señor tiene prometido que contra su Iglesia no prevalecerán en ocasion alguna las puertas del infierno.

Era el dia 21 de julio de 1773 en que comenzaba el novenario de S. Ignacio de Loyola. Las campanas del convento de Gesu anunciaban esta solemnidad: su eco llegó á los oidos de Clemente: pregunta el Papa: «¿Porque tocan las campanas de los Jesuitas?—Por S. Ignacio, le contestan.—Os equivocais, replicó consternado, no tocan por los santos, sino que doblan por los muertos.»—Aquí Clemente podia añadir—y los muertos son los Jesuitas.—En efecto, aquel mismo dia, el 21 de julio de 1773 Clemente XIV, sucesor de S. Pedro, Vicario de Jesucristo y cabeza visible de la Iglesia católica habia firmado el Breve *Dominus et Redemptor*.

Varios son los autores que se han ocupado de este importantísimo documento. Luego veremos la opinion de los mas respetables en todos sentidos, mas antes séanos lícito hacernos cargo de alguno de sus párrafos, que interesa conocer á nuestros lectores. El Breve está fechado en Santa María la Mayor y

contrasignado por el cardenal Negroni. Empieza enumerando varios institutos y órdenes que han sido suprimidos por la Santa Sede, si bien estos, como v. g. la orden de los Templarios, no fueron abolidos sino despues de un maduro exámen y á consecuencia de los procedimientos judiciales de los tribunales encargados de juzgarles, lo cual no sucedió con los Jesuitas. Se espresa luego en estos términos :

«Despues de haber tenido presentes estos ejemplos y otros de mucho peso y autoridad, y deseando marchar confiado y con seguro paso en la resolucion de que hablaremos mas abajo, no hemos omitido diligencias ni investigaciones para conocer á fondo cuanto conciérne al origen, progresos y actual estado de la orden religiosa llamada la *Compañía de Jesus*, y hemos visto que habia sido instituida por su santo fundador para la salvacion de las almas, conversion de herejes y sobre todo de los infieles, y finalmente para mayor incremento de la piedad y de la religion; y que para llegar mas fácil y felizmente á este objeto deseado, habia sido consagrada á Dios por el voto de pobreza evangélica, tanto en comun como en particular, esceptuando las casas de estudios ó de bellas letras, á las cuales se permitió poseer rentas, pero de suerte que no pudiesen distraerse ni aplicarse en ventaja, utilidad ó uso de la Compañía.» En llegando á este punto enumera los privilegios concedidos á la naciente Compañía por Paulo III, Papa que la constituyó legal y religiosamente, y luego añade : «Los demás predecesores nuestros manifestaron en lo sucesivo la misma munificencia y liberalidad hácia esta Compañía. Y en efecto, Julio III, Paulo IV, Pio IV, Gregorio XIII, Sixto V, Gregorio XIV, Clemente VIII y otros soberanos Pontífices han confirmado, aumentado, ó determinado mas particularmente los privilegios concedidos á esos religiosos.»

Por estos párrafos vemos de una manera indudable que el Papa conocia de sobras el religioso y utilísimo origen de la Compañía, y el decir como dice en otro punto que desde el nacimiento de ella fué origen de disensiones en la Iglesia, mal

se aviene con la largueza y declarada proteccion que recibió desde su fundacion de los Papas, jefes y encargados espresamente de velar por la prosperidad, buena armonía y unidad que debe reinar en la santa Iglesia. El Breve encierra una notable contradiccion, contradiccion en que quizás Clemente XIV incurrió voluntariamente, para que este documento fuera el Iuxta de la Compañía de Jesus, como ya otras veces hemos insinuado, y al par que nosotros lo sospechan varios autores de nota. No serian por cierto tantos los delitos de los Jesuitas, ni amenazarian turbar la paz de la Iglesia, cuando cincuenta y un años despues de su instalacion, un Pontífice antecesor de Clemente se portó con los dignísimos hijos de S. Ignacio del modo que se desprende del párrafo del Breve de supresion, que pasamos á reproducir. Dice:

«Gregorio XIV, *de gloriosa memoria*, apenas elevado á la cátedra de S. Pedro, dió de nuevo por su Bula de 28 de junio de 1591 la mas estensa aprobacion á la Compañía de Jesus. Confirmó y ratificó todos los privilegios que la habian concedido sus predecesores, y sobre todo el de escluir y despedir á los individuos de la órden, sin necesidad de emplear forma alguna judicial, es decir, sin practicar de antemano informacion alguna, sin instruir expediente, sin observar ningun trámite judicial, sin conceder demora; ni aun la esencial solamente por la inspeccion de la verdad del hecho, sin mirar mas que á la falta, ó á que hubiese motivo suficiente de espulsion, y no á la calidad de las personas ú otras circunstancias análogas. Impuso además el mas profundo silencio, y sobre todo prohibió bajo pena de excomunion que se incurria en el acto al que osare atacar directa ó indirectamente á la Compañía, las constituciones, decretos de la misma, ó pensare introducir en ella cambio alguno.» Examinemos como se merece este párrafo.

Un Papa, segun el mismo Clemente XIV, no tan solo aprueba y ensalza á la Compañía de Jesus; sino que castiga con pena de excomunion á la persona por el mero hecho de atacar

aun indirectamente al Instituto ; dos reflexiones se nos ocurren desde luego. ¿Es posible que Gregorio XIV protegiese de tal manera á los Jesuitas, si no se hubieran hecho dignos de ello , y mas si se hubieran manchado con los delitos que se les atribuyen con tanta injusticia ? Y si tal aberracion no se comprende en el pontífice Gregorio XIV, ¿se comprende mas facilmente cómo es que el papa Clemente hace en un Breve condenatorio mencion de una Bula que basta por si sola á justificar plenamente los servicios prestados por la Compañía de Jesus á la causa de la religion ? No , de ninguna manera se comprende , y por esto dicen los mejores escritores en este punto , que el mayor elogio que puede hacerse de los Jesuitas está incluido en el Breve de su supresion. Hace luego una historia sumarisima del espíritu de la orden en tiempos posteriores , historia llena de contradicciones , en la cual el Papa deshace con el escrito los actos reales de su vida , y llega á la cláusula terrible , condenatoria , á la cláusula de la supresion , que dice así :

«Despues de haber empleado tantos medios que hemos creído necesarios , y auxiliados , como nos atrevemos á creer , con la inspiracion del Espíritu Santo ; obligados por otra parte por los deberes de nuestra dignidad á procurar mantener y afianzar con toda nuestra autoridad el reposo y la tranquilidad del pueblo cristiano , á estirpar completamente cuanto podria perjudicarle en lo mas mínimo ; habiendo reconocido además que la Compañía de Jesus no podrá ya producir esos frutos abundantes y esas considerables ventajas para que fué instituida , aprobada por tantos Pontífices y dotada de tan bellisimos privilegios , siendo cuasi imposible que la Iglesia disfrute de una paz verdadera y sólida mientras esta orden subsista ; obligado por razones tan poderosas y por *otros motivos que las leyes de la prudencia y sabia administracion de la Iglesia nos sugieren y que guardamos en el fondo de nuestro corazon* ; siguiendo las huellas de nuestros predecesores y en especial las de Gregorio X en el concilio general de Lyon ; puesto que tambien se

trató de una orden comprendida en el número de las mendicantes, tanto por su instituto como por sus privilegios; después de un maduro examen, de nuestra cierta ciencia y por la plenitud de nuestra autoridad apostólica, suprimimos y estinguimos la Compañía de Jesus, destruimos y anulamos todos y cada uno de sus oficios, funciones y administraciones, etc.

Este párrafo, si bien se examina, encierra no solo sendas contradicciones, sino tambien comparaciones enteramente discordantes y que por sí solas bastarian á demostrar-nos la poca base del Breve. Antes nos ha dicho que desde su origen la Compañía de Jesus habia sido causa de disturbios en la Iglesia, y ahora nos dice que la Compañía de Jesus en un principio habia *proporcionado abundantes frutos*, y este principio no podia ser tan breve, por cuanto durante su tiempo, por declaracion del mismo Clemente, *muchos* Papas la aprobaron y la enriquecieron con hermosos privilegios. Asimismo el Pontífice, al suprimir la Compañía de Jesus, dice caminar sobre las huellas de sus predecesores, y aun precisa la cuestion de supresion de órdenes. En esto anda el Breve desacertado. El Papa debiera haber recordado que nunca predecesor alguno suyo habia suprimido ningun instituto, si antes no hubiera mediado el competente juicio. Roma que como cabeza de la religion debe dar ejemplo de la mayor prudencia en la administracion de justicia, Roma no podia faltarse á sí misma en un asunto tan delicado como es la supresion de una orden religiosa. Pudiera Clemente XIV haberse acordado entre otros de Clemente V, cuando de acuerdo con Felipe el *hermoso* procedió á la supresion de la orden de los Templarios. Convocados por el Pontífice todos los obispos de la cristiandad, mas de trescientos prelados examinaron el proceso y oyeron la acusacion y la defensa, y aun de este modo, el concilio por boca de sus miembros todos, á escepcion de cuatro, opinó y dispuso que los caballeros templarios fuesen citados y oidos individualmente por el tribunal. Reunidos los concilios provinciales, uno á uno

fueron compareciendo los caballeros templarios, y el Papa no pronunció su fallo hasta tanto que la instruccion quedó de todo punto terminada. En cambio para los Jesuitas no prece-
dió juicio alguno en forma ni fuera de ella; para los Jesuitas no hubo concilios ni tribunales; para los Jesuitas no hubo au-
diencias ni defensas, y su sentencia ni es conforme á las leyes
canónicas, ni á los tribunales seculares, ni á las costumbres
de la Iglesia, ni siquiera á la dignidad humana. En 1310,
reinando aun las férreas ideas de la edad media, se condena á
una orden, pero se condena guardando todos aquellos precep-
tos que la razon ha dispuesto para que los enjuiciamientos no
degeneren en otras tantas arbitrariedades. En cambio en 1773,
cuando el sol de la civilizacion hacia tanto tiempo que estaba
alumbrando á la Europa, se estingue una benemérita y anti-
gua Compania religiosa sin mas actuacion previa que las exi-
gencias de unas cortes y la impia inflexibilidad de un embaja-
dor. Frutos de la infernal filosofia. El párrafo que acabamos de
reproducir está asimismo en abierta contradiccion con el que
á continuacion reproducimos, y dice así:

«Pero como el fin que nos proponemos y que anhelamos al-
canzar es velar para el bien general de la Iglesia y la tranqui-
lidad de los pueblos, y socorrer al propio tiempo y consolar á
cada uno de los individuos de la Compania, á los cuales ama-
mos tiernamente en el Señor, á fin de que viéndose libres de
las contestaciones, disputas y sinsabores de que han sido *vic-
timas* hasta el dia, cultiven con mas provecho la viña del Se-
ñor y trabajen con mayor éxito en la salvacion de las almas;
establecemos y ordenamos que los individuos de dicha Com-
pania que no hayan pronunciado mas que los votos simples y
que no estén todavía iniciados en las órdenes sagradas, sal-
drán todos, relevados de esos votos, de sus casas y colegios
para abrazar el estado que cada uno juzgue mas conforme á su
vocacion, á sus fuerzas y á su conciencia; en el espacio de
tiempo que fijarán los ordinarios, y que se crea suficiente pa-
ra que aquellos puedan proporcionarse un empleo ó cargo, ó

encontrar algún bienhechor que los recoja , sin que lo estienda empero mas allá de un año , empezando á contar desde la fecha de las presentes ; de la misma manera que en virtud de los privilegios de la Compañía podian ser escludidos de ella sin mas motivo que el que dictasen á sus superiores la prudencia y las circunstancias , y sin que se hubiese hecho antes ninguna citacion , estendido ningun acto y observado ninguna forma judicial.

» En cuanto á los que han sido elevados á las órdenes sagradas , les permitimos , ó que dejen sus casas y colegios , ó que entren en alguna orden religiosa aprobada por la Santa Sede en la cual deberán cumplir el tiempo de prueba que prescribe el Concilio de Trento , si no están ligados á la Compañía mas que por votos simples ; pero si han pronunciado votos solemnes , el tiempo de prueba será únicamente de seis meses en virtud de la dispensa que á este efecto les concedemos ; ó bien permanecer en el siglo como sacerdotes y clérigos seculares , enteramente sujetos á la autoridad y jurisdiccion de los ordinarios de los lugares en que fijarán su domicilio : ordenamos además que se señale á los que permanecerán en el siglo y hasta que encuentren una colocacion , una pension conveniente sobre las rentas de la casa ó colegio en que habitan , teniendo siempre presente cual sea la renta de dichas casas y las obligaciones que les están afectas . »

Este párrafo encierra un elogio de los Jesuitas , tal como nosotros no sabriamos hacerlo. Clemente XIV no condena en su Breve la Compañía , antes bien hace de ella una brillante pintura , segun antes hemos visto . Supuso únicamente , esto no lo negará el autor de nuestra impugnacion , que los miembros de la Compañía se habian apartado del espíritu de su Santo Fundador , y habian dado lugar á varias disensiones . Luego el mal no estaba en el Instituto sino en los que formaban parte de él , no en las constituciones sino en los constituidos . A las primeras ningun ataque se las dirige ; no es asimismo á los segundos , luego los perjudiciales , los que ponian en

zozobra á la religion , eran los Jesuitas , no por lo que ellos representaban sino por lo que eran. Y sin embargo en el transcrito párrafo se colma de alabanzas á los dignos hijos del gran Loyola , y lo que es más , se les permite que entren á formar parte de las otras comunidades religiosas aprobadas por la Santa Sede. Si los Jesuitas hubiesen sido tan malos , que una obra tan hermosa como la de S. Ignacio hubieran desconceptuado ; si su ambicion y otras pasiones hubieran trastornado el buen régimen de la Compañía de Jesus ¿ cómo el Papa les queria *tiernamente* , cómo hasta les asignaba una pensión , cómo permitia que fueran á *contaminar* las otras órdenes , cómo en fin podia prometerse que el trabajo de hombres tan perversos pudiera redundar en fruto y aprovechamiento de las almas ? Esta es una contradiccion palpable , ó mejor los que se contradicen aquí son los enemigos de la Compañía que suponen que Clemente XIV la condenó ante el tribunal de la razon humana , y citan en su apoyo al Breve en cuestion. Otro párrafo contiene éste que escita nuestra atencion y se presta á reflexiones que atestiguan las parcialidades de que fueron los Jesuitas víctimas posteriormente.

« Mandamos , además , y prohibimos , en virtud de santa obediencia , á todos y á cada uno de los eclesiásticos regulares y seculares , cualquiera que sea su grado , dignidad , calidad y condicion , y especialmente á aquellos que hasta ahora han sido adictos á la Compañía de Jesus ó pertenecido á ella , que se opongan á esta supresion , la ataquen , escriban y hablen de ella , de sus causas y motivos , del Instituto , de las reglas , constituciones y disciplina de la orden estinguida , ó de otra cualquier cosa relativa á este asunto , sin un espreso permiso del Soberano Pontífice. Asimismo prohibimos á todos y á cada uno en particular , bajo pena de escómunion reservada á Nos y á nuestros sucesores , que osen atacar ó insultar con motivo de esta estincion , de viva voz ó por escrito , con disputas , injuriando , afrentando ú otro cualquier género de desprecio y menos aun , á los que hayan pertenecido á dicha

orden. Exhortamos á todos los príncipes cristianos, cuya adhesión á la Santa Sede nos es conocida etc.»

El Breve termina con la parte formularia de estos casos, mandando que nadie pueda poner obstáculos á su cumplimiento, y que nunca mas en lo sucesivo pudiera ser revocado por título ni bajo concepto alguno. El anti-jesuitismo, y con él por supuesto, el autor de nuestra impugnacion, toman en gran consideracion y glosan como un himno de triunfo esta cláusula de perpetuidad, y repiten con una formalidad ridícula que los Jesuitas están abolidos por un decreto pontificio que mandaba espresamente que ninguno en lo sucesivo pudiera revocarle. De aquí deducen que no está en atribucion de persona alguna el restablecimiento de la Compañía. Imposible nos sería dar crédito á tamañas candidices, si el autor de nuestra impugnacion no incurriera asimismo en ella. A bien que la intencion fácilmente se comprende: hay una gran parte de público que ignora lo que son formularios, y para estos lectores la cláusula de perpetuidad del Breve ilusiona á primera vista su razon. Mas ninguno hay que si se detiene á reflexionar un solo momento no comprenda lo que realmente vale y significa. La Bula del Papa que fundó la Compañía tiene la misma cláusula de perpetuidad que tiene el Breve de supresion y que tiene asimismo la Bula de restablecimiento. Y sin embargo un Breve derogó lo fundado, y una Bula restableció lo derogado. Y así las cosas cambian, y así por un momento cambiaron para los Jesuitas.

Despues del rápido exámen que hemos hecho del tal documento, seános permitido sentar por principio, que el Breve *Dominus et Redemptor*, no solamente no condena á la Compañía de Jesus, sino que es evidentemente incumplimentable, y segun respetabilísimas personas que citaremos, nulo. Schoell, el protestante Schoell, haciéndose cargo de este documento en su *Curso de historia de los Estados europeos*, tomo 44, página 83, dice:—«Este Breve no condena la doctrina, ni las costumbres, ni la disciplina de los Jesuitas. Las quejas de las

cortes contra la Orden son los solos motivos de supresion que se alegan, y el Papa la justifica por precedentes ejemplos de órdenes suprimidas para conformarse con las exigencias de la opinion pública.»—Testos de esta naturaleza pudiéramos reproducir á cientos.

Cesar Cantú, en su *Historia de los cien años*, refiriéndose á lo mismo dice:—«Este Breve encerraba el elogio de la Compañía, S. Ignacio, segun aquel, la habia fundado sobre sólidas bases; los Pontífices habian recompensado sus grandes servicios, concediéndola distintos privilegios y honores.»—Y luego añade:—«A todos fué absolutamente prohibido hablar ó escribir sobre la supresion ó los institutos de la antigua Compañía. Esto era lo mismo que poner al universo católico en absoluta necesidad de desobedecer. En medio de las abominaciones echadas en cara á los Jesuitas, no es dable encontrar un solo culpable. Las pruebas de los delitos cometidos por los dignos hijos de S. Ignacio debian encontrarse en los archivos que les fueron ocupados: de este modo la posteridad hubiera podido añadir su reprobacion á la reprobacion de los contemporáneos, mas la posteridad ésta es la hora en que aguarda aun esas pruebas.»—A lo cual añadiremos nosotros que las pruebas encontradas posteriormente, son las de la inocencia de la Compañía y de la malicia de sus injustos ó ímpios perseguidores.

El conde de Albon se expresa en los siguientes términos:—«La corte de Roma armada de una espada, se adelanta para consumir un sacrificio que ha de asombrar al universo, inmola unas víctimas cuyo valor no desconoce, y que nunca debieron haber caido bajo estos golpes.»—Pablo Lamache añade á esto:—«Cuatro años de dolorosas luchas habian dado á entender suficientemente la repugnancia del Soberano Pontífice. Aun mas: en el momento mismo en que cede, el Papa no hiere á la Compañía abolida, contentase con suprimirla para obedecer á las necesidades políticas y restablecer la buena armonía entre la Santa Sede y las cortes de Borbon. De esta ma-

nera (dice luego refiriéndose al testó del Breve) el Papa salva á la vez el honor de las víctimas y el honor de la Iglesia, la cual no hubiese podido sin criminal error, como en alta voz lo habia dicho Clemente XIII, aprobar durante doscientos años una sociedad compuesta de principios y elementos tan perversos.»—Incomprensible seria en efecto si no conociéramos la historia de Clemente XIV y no supiésemos de sobras de qué modo fué sacrificado su reposo á las exigencias de janse-nistas y filósofos y de sus infernales protectores.

La futilidad de los cargos que se hacian á la Compañía de Jesus, consignada está en las siguientes palabras de Lally-Tolendal, insertas en el *Mercurio*, en su número correspondiente al 25 de enero de 1806. El autor del artículo, cuyo solo nombre nos comprueba sus ideas anti-jesuitas, dice en él: —«Creemos poder sostener desde este momento que en opinion nuestra la destruccion de los Jesuitas fué cuestion de partido y no de justicia; fué tambien un triunfo orgulloso y vengativo de la autoridad judicial sobre la autoridad eclesiástica, y aun diríamos sobre la autoridad real, si tuviéramos tiempo para esplicarnos. Diremos tambien que los motivos eran fútiles; que la persecucion fué bárbara; que la espulsion de muchos miles de personas, lanzadas de sus casas y de su patria por metáforas comunes á todos los institutos monásticos, por libros viejos sepultados en el polvo y compuestos en un siglo en que tantos casuistas habian profesado la misma doctrina, fué un acto el mas arbitrario y tiránico que pueda ejercerse, que de él resultó generalmente el desórden que entraña toda grande iniquidad, y que en particular se abrió una herida, hasta aquí incurable, á la educacion pública, y especialmente á la educacion monárquica.»—¿Quiere darse mas esplicito parecer sobre un hecho tal como la supresion de los Jesuitas?

¿Mas á qué cansarnos en juzgar un documento que todos han analizado ó por mejor decir desmenuzado, sin que ni un solo imparcial le haya encontrado bochornoso para la Compañía de Jesus?... Cuando el espíritu de la sentencia es injusto,

vanamente se le quiere hacer justo por la forma. Y esto es precisamente lo que sucedió en este caso. Preferimos por lo tanto correr un velo á la redaccion del Breve, y estudiar el efecto que produjo su contenido, ó lo que es lo mismo, la supresión de la Compañía de Jesús.

En Roma el conde de Saint-Priest nos dice, que la nobleza y el Sagrado Colegio se disgustaron en extremo, mas que sin embargo guardaron silencio. El cardenal Bartolomé Pacea en sus *Memorias históricas*, describe las diferentes impresiones que experimentó el pueblo de Roma, primero cuando la supresión de los Jesuitas por Clemente XIV y luego cuando su restablecimiento por Pío VII. — «Me acuerdo muy bien, dice, de los distintos efectos que estas dos medidas produjeron. El 17 de agosto de 1773 veíase pintada en el semblante de la gran mayoría de los romanos la mayor sorpresa y dolor, causados por la publicacion del Breve *Dominus ac Redemptor noster*. Por el contrario, imposible es dar cuenta de los gritos de júbilo, de las aclamaciones y de los aplausos del buen pueblo de Roma, cuando el 7 de agosto de 1814 acompañó á Pío VII desde el Quirinal hasta la iglesia de Jesús, donde fué leída la Bula de restablecimiento, y en seguida á su regreso al Quirinal. Su marcha tuvo toda la apariencia de un verdadero triunfo.» —

Nos referimos á un testigo presencial y que escribia en época en que todos habian sido y eran tambien testigos presenciales, y por lo mismo supondremos que nadie pondrá en duda la veracidad de entrambos hechos, que indudablemente á no ser ciertos hubieran sido desmentidos por los enemigos del restablecimiento de la Compañía, gracias á que su pluma nunca ha podido ser enfrenada. Mas si se objeta que el pueblo romano no era voto en un asunto canónico, y que tratada la cuestion en terreno eclesiástico, solo la Iglesia tenía derecho á hacer oír su opinion, permítasenos poner fin á esta materia, reproduciendo el elocuente y razonado escrito del arzobispo de París y clero de Francia; Francia patria de Bernis, de Choiseul y del marqués d'Aubeterre.

El documento á que nos referimos tiene un valor inestimable, por cuanto es debido á uno de los mas distinguidos príncipes de la Iglesia católica, el cual en una época tan comprometida para los amigos y admiradores de la Compañía de Jesús, tuvo el valor y la fe necesarios para abrazar y defender la causa de los oprimidos contra los opresores. Por otra parte nadie dudará de la ejemplar piedad del Ilmo. Sr. de Beaumont, arzobispo de París, llamado con justicia el Crisóstomo de su siglo, quien en este asunto hablaba á nombre del clero francés, acorde en un todo con dicho prelado sobre el particular. Clemente XIV, firmado que hubo el Breve de estincion de la Compañía, escribió al arzobispo de París para su aceptación; mas el noble prelado, al cual no intimidaban las amenazas de los filósofos, y que en decir de un elocuente historiador, marchaba con la frente mas alta que la borrasca, en 24 de abril de 1774 contestó al Sumo Pontífice en los términos siguientes:

— «Este Breve no es otra cosa que un juicio personal y puramente particular. Entre muchas cosas que el clero de Francia ha echado de ver en él, le ha llamado la atencion privilegiadamente la espresion odiosa y poco mesurada empleada para caracterizar la bula *Pascendi munus* etc., espedida por el santo padre Clemente XIII, cuya memoria siempre será gloriosa, Bula revestida de todas las formalidades. Se ha dicho que esta Bula fué arrancada mejor que obtenida, la cual á pesar de esto tiene toda la fuerza atribuida á un concilio general, no habiendo sido espedida sino despues que todo el clero católico y aun todos los príncipes seculares fueron consultados por el Santo Padre. El clero de comun acuerdo y unánime voz, alabó estremadamente el deseo concebido por el Santo Padre y solicitó con ansia su ejecucion. Concebida fué y publicada mediante la mas general y solemne aprobación. ¿Y no es acaso en esto en lo que consiste verdaderamente la eficacia, la realidad y la fuerza de un concilio general, mas si cabe, Santo Padre, que en la union material de algunas personas, quienes

aunque físicamente unidas , pueden no obstante estar muy distantes la una de la otra en su modo de pensar , en sus juicios y en sus miras ? En cuanto á los príncipes seculares , si algunos hay que no se hayan unido á los demás para darla positivamente su aprobacion , su número es poco considerable. Y sin embargo , ninguno reclamó contra ella , ninguno se opuso á ella , y aquellos mismos que abrigaban deseos de espulsar á los Jesuitas , permitieron que se la diera curso en sus Estados. Así es como considerando que el espíritu de la Iglesia es indivisiblemente único , solo y verdadero , como en efecto es así , estamos obligados á creer que no puede equivocarse de una manera tan solemne. Y sin embargo , nos hubiera inducido á error , dándonos por santo y piadoso un instituto que ahora es maltratado tan cruelmente , y sobre el cual la Iglesia y por ella el Espíritu Santo , se espresa en estos mismos términos : « Sabemos de cierta ciencia que respira un muy fuerte olor de santidad , » poniendo el sello de su aprobacion y confirmando de nuevo , no solo el instituto en si mismo , sino tambien los miembros que le componen , las funciones que ejercen , la doctrina que en áquel se enseña y los gloriosos trabajos de sus hijos que brillan admirablemente , á despecho de los esfuerzos de la calumnia y á pesar de la borrasca de las persecuciones. Se engañaría en efecto la Iglesia , y nos engañaría á nosotros mismos , queriéndonos hacer admitir el Breve destructor de la Compañía , ó bien suponiendo que puede hermanarse así en su legitimidad como en su universalidad , con la Bula de que hemos hablado. Dejamos aparte , Santísimo Padre , las personas que nos seria muy fácil designar y nombrar , así eclesiásticas como seculares , que se han estraviado y hecho cómplices en este asunto. A decir verdad , todas ellas son de carácter , condicion , doctrina y sentimientos , por no decir mas , poco ventajosos , lo cual bastará para que aseguremos con juicio formal y positivo , que este Breve que destruye la Compañía de Jesus , no es otra cosa que un juicio aislado y particular , pernicioso , poco honroso á la tiara y perjudicial á la gloria de la Iglesia y á la pro-

pagacion y conservacion de la fe ortodoxa.» Permitasenos una palabra sobre esta parte de la contestacion al Breve.

La reflexion del celoso arzobispo de París no podia ser mas justa ni oportuna. Efectivamente, el Breve arrancado á Clemente era una ofensa hecha á la Iglesia católica. Cuasi todos los Pontífices desde Paulo III hasta Clemente XIV, no tan solo nada malo habian tenido que decir de la Compañia de Jesus, sino que la habian colmado de elogios y prodigado muchos privilegios, á que por sus méritos se habia hecho acreedora. Luego todos estos Pontífices se habian engañado, luego faltaron á la verdad cuando se dijeron asistidos de la gracia del Espíritu Santo, luego la Iglesia católica por mas de doscientos años estuvo viendo y permitiendo como á su sombra los Jesuitas se entregaban á toda suerte de escesos, y léjos de reprimirlos y denunciarlos, los encubrió lo mejor que supo y les colmó de elogios y beneficios... ¿Es esto humanamente presumible? ¿Se querrá por ventura que irroguemos tamaña injuria á la Iglesia católica? Jamás podremos consentirlo. Y sin embargo, ello es preciso que, ó Clemente XIV se equivocára en la apreciacion de los Jesuitas, ó bien que se equivocáran veinte y tantos Pontífices. Si hubiera de juzgar el menos imparcial ¿hácia cual de estos dos lados inclinaria el fallo? Indudablemente hácia el arzobispo de París: si Clemente XIV pudo contradecirse á sí mismo, todos sabemos por que clase de influencias, por que clase de promesas, por que clase de coacciones se arrancó un Breve á un débil y achacoso Pontífice hasta obligarle á esclamar cierta ocasion, llorando, que se le precisaria á abdicar y retirarse al castillo San-Angelo. Ahora prosigamos la insercion de este importantísimo documento, que es el monumento de las glorias de la Compañia, coetáneo á la sentencia sin prueba y sin defensa de su proscripcion.

— «De otra parte, Santísimo Padre, prosigue el Ilmo. señor de Beaumont, no es posible que yo me encargue de obligar al clero á que acepte dicho Breve. En este particular, seguro estoy de que no sería escuchado, aun cuando fuera tan

desgraciado que me prestara á hacer para ello uso de un ministerio, que deshonraria. Reciente es aun la memoria de esta asamblea general que yo tuve el honor de convocar, por orden de Su Majestad, para examinar la necesidad y utilidad de los Jesuitas, la pureza de sus doctrinas, etc. Encargándome de semejante comision, irrogaria una notabilisima injuria á la religion, al celo, á las luces y á la rectitud con que estos prelados espusieron al rey sus sentimientos sobre los mismos puntos que se encuentran en contradiccion y destruidos por este Breve de estincion. Verdad es que si quiere demostrarse que ha habido una necesidad de llegar á este punto, colorando la supresion con el especioso pretesto de la paz, la cual no puede subsistir mientras subsista la Compañia; este pretesto, Santísimo Padre, todo lo mas podria bastar para destruir todas las corporaciones celosas de esta Compañia, canonizando á ésta sin otra prueba, y este mismo pretesto es el que nos autoriza á formar del dicho Breve un juicio muy justo, pero sobrado desventajoso. ¿Porque qué clase de paz es esta incompatible con la subsistencia de la Compañia de Jesus? Esta reflexion tiene algo de terrible, y nunca podremos comprender como semejante motivo ha tenido la fuerza de inducir á Vuestra Santidad á un acto tan arriesgado, tan peligroso y tan perjudicial. Indudablemente la paz que no ha podido conciliarse con la existencia de los Jesuitas, es aquella que Jesucristo llama insidiosa, falsa y engañosa; en una palabra, aquella que lleva el nombre de paz y no es paz: *Pax, pax, et non erat pax*; esta paz que adoptan el vicio y el libertinaje, reconociéndola por su madre, que jamás hace alianza con la virtud, que por el contrario fué siempre enemiga capital de la piedad. Precisamente es á esta paz, á la cual los Jesuitas de las cuatro partes del mundo han declarado una guerra viva, animada, sangrienta, sostenida hasta el último rigor y con el mas grande éxito. Precisamente es contra esta paz por lo que han empleado sus vigilias, su atencion, su vigilancia, prefiriendo los mas penosos trabajos á una inerte y estéril ociosidad. Pre-

cisamente es para esterminalarla que han sacrificado sus talentos, sus penas, su celo, los recursos de su elocuencia, queriendo cerrarle todas las avenidas por donde intentára introducir la discordia en el seno del cristianismo, teniendo á las almas bajo su custodia para libertarlas de ella, y cuando desgraciadamente esta fatal paz habia usurpado terreno y amparádose del corazon de algunos cristianos, entonces iban los Jesuitas á combatirla hasta en sus últimas trincheras, arrojábanla de allí al precio de sus sudores, y no temian arrostrar los mayores peligros, sin esperar mas recompensa de su celo y de sus santas espediciones que el odio de los libertinos y la persecucion de los miserables. De esto pudiéramos alegar infinidad de pruebas bien públicas en una larga serie de acciones memorables, que nunca ha sido interrumpida desde el dia en que se la vió nacer hasta el dia fatal en que la Iglesia les ha visto morir. Estas pruebas no son oscuras ni ignoradas de Vuestra Santidad. Por lo tanto, nuevamente lo repito, si esta paz que no podia subsistir con esta Compañía, si el restablecimiento de una tal paz ha sido realmente el motivo de la destruccion de los Jesuitas, hélós aquí cubiertos de gloria que terminan como han terminado los apóstoles y los mártires; pero las personas de bien se han desconsolado, y hoy dia su supresion es una llaga asaz sensible y dolorosa hecha á la piedad y á la virtud. La paz que no puede conciliarse con la existencia de la Compañía de Jesus, no es esta paz que une los corazones y que cada dia crece en virtud, piedad y caridad cristiana, que hace la gloria del cristianismo y eleva infinitamente el triunfo de nuestra santa religion. Y aunque probar esto sea facilísimo, no se crea que pueda probarse por un corto número de ejemplos que esta Compañía pudiera ofrecernos desde el dia de su nacimiento hasta el dia fatal y por siempre deplorable de su estincion; sino por una porcion innumerable de hechos que atestiguarán que los Jesuitas fueron siempre y en todos tiempos las columnas, los promotores y los infatigables defensores de esta sólida paz: es preciso repdirse á la evidencia de

los hechos que traen la conviccion á todos los animos.»

El arzobispo de París es tan enérgico y tan lógico en este punto de su carta como en todos los demás. La única razon de algun peso que el Breve de supresion encierra, es la necesidad de conservar la paz de la Iglesia: ilusion de que cuando Clemente no era mas que cardenal, fué víctima; creyó él que podria apaciguarse la tempestad suscitada contra la Iglesia por unos gobiernos que tenían la audacia de llamarse todavía católicos, arrojando á los Jesuitas, como en otro tiempo al profeta Jonás, en medio de las olas agitadas; pero elegido Papa sintió nacer la duda en su alma, y frecuentemente se preguntaba á sí mismo, si la guerra á los Jesuitas ocultaba la guerra á la misma religion; si queria desarmarse á la Iglesia, derribar sus muros, arrancarle su milicia mas esforzada para hacerse mas facilmente dueños de encadenarla y destruirla. Tales eran sus ansiedades, sus incertidumbres y las agitaciones de su alma y de su conducta durante los cuatro años de su pontificado; pero al ver que los gobiernos borbónicos y el de Portugal eran mas y mas opresores á medida que oponia mas resistencia á sus inicuos planes; que despojaban con frenético ardor á la Iglesia, atacaban todos sus derechos y amenazaban con mas audacia romper el lazo de unidad católica, volvió á sus primeras ilusiones y sacrificó á los Jesuitas. Podia hacerlo como á Vicario de Jesucristo, pero delante de Dios y en su conciencia Clemente XIV jamás creyó que los Jesuitas mereciesen semejante castigo: creyó su estincion necesaria á la paz de la Iglesia, ilusion fatal que los sucesos no tardaron en desvanecer; ilusion que explica las terribles circunstancias en que se encontró su pontificado; ilusion que borró su responsabilidad delante de Dios y le valió el milagro acaecido en su muerte; ilusion en fin que debe desarmar el juicio de la posteridad.

Mas esta paz, preguntamos nosotros, ¿la turbaban los Jesuitas? No por cierto; antes al contrario en todas ocasiones habian estado al lado del Vicario de Jesucristo, defendiendo la unidad del catolicismo, que es su fuerza y la ga-

ranía de esta paz invocada. Si en los últimos días del primer período de su existencia, los impíos, los jansenistas y los filósofos intentaron turbar la paz de esa Iglesia, como el herejearca Lutero lo intentó un día, ¿era esto una razón para que el Papa les sacrificara la Compañía de Jesús? Supongamos que las malas personas de un pueblo se levantaran un día contra las personas honradas del mismo; ¿debería la autoridad para acallar el motín castigar á los hombres de bien para complacer á los criminales? Pues esto mismo sucedió con la supresión de los Jesuitas; mas por desgracia, si bien Clemente conocía de sobras de qué lado estaba el delito y de qué lado estaba la inocencia, fué suficientemente débil, fué suficientemente martirizado para acceder á los deseos de los verdaderos autores de la intranquilidad de la Iglesia, creyendo aplacarles. Mas esto no destruye por cierto el argumento del Ilmo. Sr. de Beaumont ni el nuestro tampoco. Mas justo, mas digno hubiera sido castigar á los verdaderos culpables, reprimiendo con mano fuerte sus excesos, y no ceder á sus anti-religiosas exigencias. La paz que compraba Clemente espulsando á los Jesuitas, era la misma paz con que brindaban los lobos á las ovejas, poniendo por precio de ella la separación de los perros guardianes. El pontificado se desprendió de los que habían merecido ser llamados genizaros de la Santa Sede; lo que después sucedió todos lo sabemos. Contra esta paz tronó el Prelado francés, porque conocía de sobras sus antecedentes y preveía sus consecuencias. No se hicieron estas de aguardar; mas como no pretendemos anticipar los hechos, permitasenos proseguir la inserción y examen de este importantísimo documento.

— «Por lo demás, prosigue, como no pretendo hacer en este escrito la apología de los Jesuitas, sino simplemente esponer á los ojos de Vnuestra Santidad algunas de las razones, que en el presente caso nos dispensan de obedecerle, no citaré los lugares ni los tiempos (se refiere á los lugares y tiempos en que tuvieron lugar las hazañas de la Compañía), no pudiendo ig—

norarlo Vuestra Santidad y siendo cosa sumamente fácil el aseguirarse por sí misma. Además, Santísimo Padre, no sin sorpresa hemos observado que el susodicho Breve de estincion, hacia altos elogios de algunas personas, cuya conducta no los mereció jamás de Clemente XIII, de santa memoria, antes léjos de esto, juzgó siempre oportuno apartarles de su lado y comportarse respecto á ellos con la mas escrupulosa reserva. Esta diversidad de juicio merece que se pare en ella la atencion, visto que aquel no juzgaba dignos ni aun de la dignidad de la púrpura á aquellos mismos á quienes Vuestra Santidad juzga dignos de la tiara. La firmeza del uno y la connivencia del otro se manifiestan asaz claramente. Mas finalmente quizás podria escusarse la conducta del último si no supusiera el conocimiento de un hecho, que no puede de tal manera disfrazarse, que no se vea claramente que él es quien ha dirigido la pluma en la confeccion del Breve. »—

Aquí se conoce que el arzobispo de Paris se refiere á alguno de los miembros del Sagrado Colegio, de quien sospecha haber protegido la estincion de los Jesuitas y aun haber redactado el Breve. Es en efecto de notar, como en otra ocasion hemos observado, que los antiguos cardenales amigos de Clemente XIII y de la Compañia de Jesus, fueron separados del lado de Ganganelli, quien rodeado de unos pocos hechuras de las cortes de Borbon, particularmente de la de España, cedió al continuo asedio de que fué victima. Uno de estos, el principal, por mas doloroso que nos sea el tener que confesarlo; el que no dejaba en paz al infortunado y achacoso Clemente XIV, fué Carlos III, el perseguidor constante de los Jesuitas, el que no temió rebajarse á sí mismo, escribiendo á varios otros soberanos para que se uniesen á él é instasen sin descanso la estincion de la Compañia de Jesus. Todos los pasos dados por este obcecado monarca se habian estrellado ante la firmeza apostólica de Clemente XIII, quien á sus repetidas instancias, á sus tropelías, pedia pruebas, que no pudo dar porque no existian. Por esto la muerte de este digno sucesor de S. Pedro

fué tan sentida de los buenos católicos, cuanto celebrada por los impíos. Su muerte no pareció natural; ¿fué obra de los filósofos? Esta sospecha ¿seria autorizada por estas palabras de Clemente XIII: «Perdono mi muerte á los que jamás me han perdonado mi adhesion á una Orden (la Compañía de Jesus), que siempre he considerado como uno de los mas firmes baluartes de la Iglesia»?

La alegría cínica que la muerte de este dignísimo Pontífice causó á los enemigos de los Jesuitas, ó sea de la religion, pareceria confirmar aquella sospecha. Carlos III, al saberla por el correo que le envió su embajador Moñino, no supo ocultar su grande satisfaccion. Para nosotros no nos sorprende este comportamiento, ni sorprenderá tampoco al que de católico se precie, cuando sepa las simpatías que le mereció el incrédulo Tanucci; y si á esto añadimos que esté obcecado monarca tenia la pretension de ser *reformador* y aun tal vez la de filósofo, cuyas sospechas confirman mas y mas la consideracion de los hombres que merecieron su confianza y las leyes que publicó para restringir mas y mas la libertad de la Iglesia, ni extrañamos el continuo asedio, ni las hechuras que procuró rodeasen á Clemente XIV, de las cuales fué víctima; ni tampoco los pasos dados con el sucesor de Clemente para impedir el restablecimiento de la Compañía. Carlos III y sus corifeos, agotaron todos los medios para alcanzar la estincion de la Compañía, y no dudamos, y con nosotros no lo dudan muchos autores, que esta fué presentada á Clemente XIV en último recurso como caso de conciencia, y este fué indudablemente el motivo que decidió la conducta del Pontífice. Contra estos pocos principes de la Iglesia principalmente que así fallaron á su deber y comprometieron la dignidad pontificia habla el párrafo del arzobispo, que se lamenta de que hombres tan poco dignos hayan merecido la confianza de un Papa en un asunto tan grave. Y luego concluye diciendo:

«En una palabra, Santísimo Padre, el clero de Francia que constituye uno de los cuerpos mas sabios é ilustres de la Santa

Iglesia, que no tiene otra mira ni otra pretension que verla de cada dia mas y mas floreciente, habiendo maduramente reflexionado que la recepcion del Breve de Vuestra Santidad no podía sino oscurecer su propio esplendor, no ha querido ni quiere consentir un paso que en los futuros siglos mancillara la gloria en cuya posesion se mantiene no admiliéndole; y pretende por su actual justisima resistencia, transmitir á la posteridad un testimonio solemne de su integridad y celo por la fe católica, y prosperidad de la Iglesia romana, y particularmente por el honor de su Jefe visible. Estas son, Santísimo Padre, algunas de las razones que nos determinan, á mi y á todo el clero de este reino, á nunca permitir la publicacion de un tal Breve, y á declarar sobre este punto á Vuestra Santidad, como por la presente hago, que tales son nuestras disposiciones y las de todo el clero; que por lo demás nunca dejará de rogar conmigo al Señor por la sagrada persona de Vuestra Beatitud, dirigiendo nuestras humildísimas súplicas al Padre de las luces, á fin de que se digne derramarlas abundantemente sobre Vuestra Santidad, para que le descubran la verdad, cuyo esplendor le han oscurecido.»—Y ponía su firma al pié, Cristobal de Beaumont, arzobispo primado de Francia.

Esta carta no podia ser mas enérgica, y por fuerza debió causar suma impresion á Clemente. No era sin embargo sino el preludio del juicio que un dia formaria la sociedad. El Papa deberia por cierto de sufrir terriblemente al recibo de semejante carta de un príncipe de la Iglesia católica en nombre del clero católico de toda una nacion, carta que encerraba un mudo reproche á la fácil docilidad de Ganganelli. El prelado francés, sin embargo, no hizo mas que reducir á escrito el pensamiento de muchos otros prelados católicos, y anticiparse al fallo de la posteridad. Terrible ha sido ésta con el Pontífice, que á nuestro ver por mas desgraciado que culpable no merecia ser tratado con tanto rigor. El cardenal Antonelli, uno de los mas ilustres contemporáneos de Pio VI, tan célebre por su piedad como por sus talentos, es otro de los que han colocado

al pontífice Clemente XIV en una posicion mas exacta, describiendo imparcialmente la historia del Breve de supresion y del Papa que lo suscribió. El informe de Antonelli sobre la validez ó no validez del susodicho Breve, dice entre otras cosas lo siguiente:

— «La cuestion estriba en si la abolicion es válida ó no. Lo que es por mí, digo sin temor de engañarme, que el Breve en que se la destruye (á la Compañia de Jesus) es nulo, inválido é inícuo, y que en consecuencia la Compañia de Jesus *no ha sido destruida*. Y lo que yo adelanto á decir, apoyado está en multitud de pruebas, de las cuales me contentaré con alegar una parte. Vuestra Santidad (se dirige á Pío VI) lo sabe tambien como monseñores los cardenales, y el hecho no es sino muy público, para escándalo del mundo.... UNA FACCIÓN DE HOMBRES QUE ACTUALMENTE ESTAN EN DISENSIONES CON ROMA, Y CUYO ÚNICO OBJETO ERA TURBAR Y DESTRUIR LA IGLESIA DE JESUCRISTO, negoció la firma del Breve.... En este INFAME TRÁFICO se ha hecho al Jefe de la Iglesia UNA VIOLENCIA MANIFIESTA, ENGAÑÁNDOSELE CON FALSAS PROMESAS É INTIMIDÁNDOLE CON VERGONZOSAS AMENAZAS. No se descubre en este Breve huella alguna de autenticidad; hállase destituido de todas las formalidades canónicas necesarias en toda sentencia definitiva. Añadid que no va dirigido á persona alguna, aunque se le hace pasar por una carta en forma de Breve. Es de creer que este Papa engañado olvidó á propósito todas las formalidades, á fin de que su Breve, que solo á LA FUERZA SUSCRIBIÓ, pareciera nulo á todos.» —

Este informe se hace mucho mas estensivo y tiende á probar con sólidas razones que el Breve *Dominus ac Redemptor* es legalmente nulo. El cardenal Antonelli adelanta además otra idea, que aunque nueva, quizás no sea del todo errónea. Colocando al Papa en la verdadera y crítica situacion que verdaderamente ocupaba, opina que Clemente, forzado á suprimir los Jesuitas, lo hizo en un Breve en que adrede hizo faltar algunas de las principales condiciones, burlando de este

modo las intenciones de las cortes. Ciertó es que por aquel entonces la supresion se llevó á cabo, mas cierto es asimismo que la posteridad tiene un derecho á esclamar con el cardenal Antonelli, la Compañía de Jesus *nunca ha sido destruida*. Quizás era ésta la única prueba de cariño que el Papa podia darla en aquellas circunstancias. Colocado el infórtunado Papa en medio de circunstancias tan críticas, y cuandó no le quedaba otro recurso contra las exigencias de unos monarcas obcecados, estinguió la Compañía de Jesus por medio de un Breve, como hemos dicho, y no por una Bula, documento de mucha mayor importancia, omitiendo espresamente, á no dudarlo, ciertas formalidades acostumbradas, entre otras la de fijarse en el campo de Flora y en las puertas de S. Pedro, y el de notificarse á los Jesuitas en la forma prescrita por el derecho. Es cierto que el Papa podia suprimir los Jesuitas sin informaciones jurídicas, sin procedimientos judiciales; pero todas estas formas estrañas á las leyes canónicas y á los tribunales de la Iglesia como á los seglares, ¿no anuncian acaso una voluntad secreta de dar al fallo las menos solemnidades y garantías posibles?

Estas reflexiones son de un cardenal, interrogado al efecto por Pio VI en 1775, dos años despues de la estinción, y pocos meses de acaecida la muerte de Clemente XIV: «El cuerpo de la Compañía de Jesus, dijo, no queda estinguido, existe ciertamente..... Vuestra Santidad puede observar si hoy dia la Compañía está real y verdaderamente estinguida.» En efecto, el mismo Clemente XIV permitió á los jesuitas de la Silesia prusiana y de la Rusia blanca observar sus reglas y vivir en comunidad, bajo la autoridad de un vicario general, de dos asistentes y de un provincial. Con razon pues puede decirse con el cardenal Antonelli, que la Compañía de Jesus *nunca ha sido destruida*.

De todos modos la impiedad del siglo XVIII habia triunfado: el Breve hemos dicho que era fechado en 21 de julio de 1773 y lo mas natural y acostumbrado era que se promulgase el

mismo día. Sin embargo la corte de Viena retardó su publicación, por temor de que los bienes de los Jesuitas pasaran á poder del clero, cuando el emperador José II no había entrado en la alianza de las cortes sino para apropiárselos. Este retraso favorecía las incertitudes del Papa; que le hubiese querido perpetuar eternamente, mas entre su voluntad y sus medios se interpuso el brutal é implacable conde de Floridablanca. Asediando nuevamente al Pontífice y asaltando repetidas veces su vacilante determinacion, logró un nuevo triunfo. El 16 de agosto de 1773 apareció por fin el tan codiciado y disputado Breve.

Para cuando llegara este caso todos los papeles estaban de antemano distribuidos. Una vez publicada la sentencia, poco tardó en comenzar el martirio.

CAPITULO LXX.

ÚLTIMOS MOMENTOS DE CLEMENTE XIV.

Firmó el Papa el Breve de abolicion : todo estaba acabado para la Compañía de Jesús; mas no para Clemente. El historiador Crelineau Joly refiere haber oido de boca propia del papa Gregorio XVI, que no bien Ganganelli acabó de poner su firma, cayó desmayado sobre el mármol del pavimento. Nada de particular tiene, añadiremos nosotros, que el Papa cayera, pues con el decreto que acababa de suscribir, se privaba de uno de sus mas robustos apoyos. Desde aquel momento se apareció á sus ojos la verdad de lo que acababa de hacer : su debilidad y las amenazas de un cisma, que en un momento habia causado veinte y tantas mil víctimas, aparte el daño que á la religion se causaba, se ofreció desnuda á su vista, y fué desde el acto el cruel torcedor de su conciencia. Algunos enemigos de la Compañía, queriendo pintar el acto de la firma del Breve como una accion meritoria, niegan á Clemente hasta la justicia de su remordimiento. ¡Pobre anciano, á quien ni aun se concede el derecho de haber llorado sobre los tristes efectos de su debilidad !... Á los disgustos ocasionados por las contradicciones de las potencias, particularmente de la casa de Borbon, vinieron á juntarse otros mucho mas amargos, que hicieron del resto de sus dias una serie no interrumpida de disgustos, imposible de describir. No podia olvidar que con la estincion de los Jesuitas se habia dado en Europa un golpe fatal á la educacion y otro no menos terrible á las misiones lejanas, habiéndose asegurado con ella, en con-

tra de lo que habia creído, el triunfo de la impiedad, de la herejía y del libertinaje. Esta idea, que tenia siempre presente, llenaba su alma de amargura é inflamaba su imaginación. Frecuentemente, cuando se creía estar solo, se le oía esclamar: «Se me ha arrancado el Breve por la violencia! sí, por la violencia!» Cierta dia cuando celebraba el santo sacrificio, se le escapó esta queja de amargura: «¿Qué quiere todavía de mí el rey de España? ¿Aun no he hecho demasiado por él?»

Absorbido dia y noche en estas ideas que envenenaban todos sus momentos, se volvió sombrío y melancólico.

Se concibe fácilmente la amargura de que estaria lleno su corazón al calcular las funestas consecuencias que á la religion reportaria la estincion de los Jesuitas.—Perdon! perdon, exclamaba el infeliz Clemente.—*Compulsus feci*, añadía. Confesion digna de su arrepentimiento.

Tambien por fortuna y para descargo del desgraciado Pontífice, tenemos relaciones de autores, no tan solo verídicos, sí que tambien presenciales, que confirman lo anteriormente dicho y nos pintan al Papa sumido en el lecho del dolor; estos son los que nos confirman en la idea de que el arrepentimiento fué tan vivo, que llegó hasta privarle de la razon. Altas son las jerarquías de los personajes que así opinan, entre otros el conde Fantuzzi, el cardenal Carlini, y hasta los papas Pío VI y Pío VII. El mismo cardenal Simone, auditor de Clemente XIV, nos ha dejado las mas preciosas y exactas noticias sobre la impresion que al Pontífice causó la firma del Breve. El historiador se refiere al dia siguiente de la victoria de los Borbones y filósofos de la impiedad.—«El Papa se hallaba, dice, casi desnudo recostado sobre su lecho, suspiraba y de tiempo en tiempo se le oía repetir: «Dios mio! Estoy condenado!... El infierno es mi morada... Ya no hay remedio...» Fr. Francisco me rogó que me acercase al Papa y le dijera alguna palabra. Lo hice así, mas el Pontífice no me contestó, diciendo siempre: «El infierno es mi morada!» Traté de sosegarle y callaba. Así pasó un cuarto de hora mas, y

luego dirigiendo á mí sus ojos dijo : « Ah ! Ya he firmado el Breve... No hay remedio. » Contestéle que aun quedaba uno, que era retirar el decreto. « Es imposible, exclamó nuevamente, se lo he dado á Moñino, y á estas horas el correo que le lleva á España habrá partido. » Y bien, Santo Padre, repuse, un Breve se destruye con otro Breve... « Ah ! Dios mio ! repuso. Tampoco puede ser... Estoy condenado... Mi morada es el infierno !... No hay remedio !... » — La desesperacion de Clemente duró mas de media hora. »

En la larga serie de los Pontífices, Clemente XIV es el primero que ha sufrido tan rudo ataque en su razon. El primero, decimos, y el último, es decir, el único. No era este sin embargo el único tormento que estaba reservado al Papa. Los católicos le acusaban por el Breve, los impíos le felicitaban por él. Clemente no podia desconocer el valor de estas acusaciones y de estas felicitaciones de la impiedad triunfante. Mas si como los mismos monarcas coaligados para arrancarle el decreto de supresion, debieran castigarle por él, hete aquí que Luis XV de acuerdo con los obispos de Francia prohibió su publicacion en aquel reino; el rey de Prusia y la emperatriz de Rusia hicieron otro tanto *bajo pena de muerte*, y hasta el mismo obcecado Carlos III que es quien mas porfió para obtenerle, le encontró luego insuficiente y demostró al Pontífice su disgusto porque no habia sido hecha la supresion por medio de una Bula. Los demás gobiernos recibieron el Breve con disgusto y testificaron el disgusto con que asimismo le habian recibido los pueblos; únicamente Pombal que veia en la supresion de los Jesuitas el triunfo de la impiedad y el medio para enriquecerse con sus despojos, hizo cantar un *Te-Deum* en Lisboa. Federico II de Prusia se resistió aun á que los Jesuitas se despojáran de sus hábitos, á lo cual solo accedió por las reiteradas súplicas de los dignos hijos del gran Loyola, mas con la precisa condicion de que con traje ó sin él habian de continuar dirigiendo, ocupando y disfrutando sus colegios, casas y bienes de Silesia. A pesar de que en el Breve se prohi-

bia esto espresamente, el rey de Prusia manifestó su terminante voluntad y Clemente no tuvo mas medio que ceder, nueva humillación que le estaba reservada, y que aumentó de punto cuando el soberano de Prusia escribió al soberano de los filósofos Voltaire las siguientes palabras:—«Ganganelli me deja á mis *queridos jesuitas*, que son perseguidos en todas partes. Yo conservaré la preciosa simiente, para proporcionársela un día á los que de nuevo querrán cultivar una planta tan rara.»—En vano D'Alembert y el patriarca de Ferney quisieron disuadirle de esta idea; por toda respuesta les contestó:—«He debido conservar esta orden: si no es entre los Jesuitas, en nuestros reinos no se encuentra un católico letrado. No encontramos una sola persona capaz de desempeñar sus cátedras... Por lo mismo es preciso ó conservar á los Jesuitas ó dejar perecer todas las escuelas.»—Estas palabras de un rey filósofo son un reproche para los reyes que se llamaban católicos.

Tan repetidos y terribles golpes obraron no solo contra su razon, sino mortalmente contra su naturaleza. Ganganelli se hizo enfermizo, y vino por fin un día en que la muerte llamó de nuevo á las puertas del palacio del Papa. Clemente XIV se encontraba frente á frente con la eternidad, y su intranquila conciencia necesitaba un hombre virtuoso, un varon apostólico á quien confiarse en su postrer momento. Mas donde quiera que volviese la vista, solo enemigos de su tranquilidad encontraba. Malvezzi se habia colocado á la cabecera del moribundo para recoger su último suspiro. No era por cierto este el hombre que necesitaba Ganganelli. Las medidas sin embargo estaban tan bien tomadas, que solo podian penetrar en el cuarto del moribundo los que eran adictos al partido de la casa de Borbon. Era indispensable un milagro, y el milagro fué obrado.

San Alfonso de Ligorio, el varon ejemplar que ha dejado escritas tantas y tan piadosas obras, evidente testimonio no solo de sus talentos sino de sus virtudes y celo por la salvacion

de las almas , era á la sazón obispo de Santa Agueda en el reino de Nápoles. Este fué el santo destinado por la divina Providencia para consolar y para recoger el último suspiro de Clemente XIV. El Señor, á cuya voluntad nada resiste, obró un milagro á este propósito, y el milagro consta en el proceso de la canonización del santo.

—«Estando, dice, el venerable siervo de Dios en Asienzo, pequeño lugar de su diócesis, el 21 de setiembre de 1774, tuvo una especie de deliquio parecido á la epilepsia. Sentado en un sofá permaneció dos dias enteros en una misma postura, sumido al parecer en dulce y profundo sueño. Quiso uno de sus servidores despertarlo, mas su vicario general, D. Juan Nicolás de Rubino, mandó que no le incomodasen, aunque no por esto le perdieran de vista. Despertó por fin sin la menor novedad ni estrañeza, y tirando del cordon de la campanilla acudieron sus servidores. Como notára cierta admiracion y estrañeza en todos ellos :—¿Qué hay de nuevo? les preguntó. —Lo que hay, señor, es, contestaron, que hace dos dias que no hablais ni comeis, ni disteis hasta ahora señal alguna de vida.—Vosotros, dijo el siervo de Dios, me habeis creído dormido; ¿no es así? Pues nada de esto; sabed que he ido á asistir al Papa en su postrer momento, el cual á estas horas ha muerto ya.—Efectivamente, á poco despues llegó la noticia á dicho pueblo de que Clemente XIV habia muerto entre las ocho y nueve de la mañana, precisamente en el momento mismo en que el siervo de Dios, vuelto de su letargo, hizo sonar la campanilla.»—Esta es la relacion que consta en la *Informatio animadversiones et responsio supra virtutibus V. S. D. Alphonsi Mariæ di Ligorio*, impreso en Roma, año 1806, y conocido y leído de muchas personas.

No dudamos por cierto que este hecho extraordinario producirá un sonris de desprecio en los labios de algunos de esos que se titulan espíritus fuertes, cuya fortaleza se reduce á su escepticismo; de esos, que ni aun pueden asemejarse á los judíos, quienes al ver los prodigios obrados en la crucifixion de

nuestro adorable Redentor, se admiraban aunque no se convertían, como dice muy oportunamente el P. S. Agustín; de esos, que aun cuando viesan secarse de repente el Mediterráneo lo atribuirían á un efecto natural y no al poder del AUTOR de la naturaleza; con estos no hablamos, porque á estos les falta la fe, fundamento y base de la creencia, y en vano intentaríamos convencer á unos hombres que hacen gala de su incredulidad y que creen insultar llamando *debiles* á los que afortunadamente tienen fe. Nosotros nos dirigimos á nuestros hermanos en religion, que están convencidos de que el Señor por su omnipotente poder y en los misterios de su altísima sabiduría, permite y hace que se trastornen en determinadas ocasiones las leyes de la naturaleza, sujetas todas á su simple voluntad. Por otra parte, sabido es de todos los verdaderos católicos; que Roma discurre con muchísimo tino y grave pulso cuando procede á la averiguacion de los milagros obrados por alguna criatura humana en nombre del Señor y asistido de su poder sin límites. Roma habló en la beatificación de S. Alfonso de Ligorio, y para el católico la milagrosa asistencia del obispo de Santa Agueda en la última hora de Clemente XIV queda plenamente probada, y el Papa tuvo siquiera el consuelo de reconciliarse y de ser asistido por un prelado tan ejemplar.

Mas si para los hombres quedará eternamente en secreto lo que pasó en la misteriosa y sobrenatural conferencia del Papa y del santo obispo, en cambio públicos é históricos son los últimos momentos de Ganganelli. En su lecho de muerte, cuando por lo regular el cuerpo va decayendo y pierde su robustez, la debilidad del paciente trocose en energía, su enajenacion en lucidez, por un momento abarcó su historia pasada, su situacion presente y la fama de su porvenir. La transformación del Papa fué completa, verdaderamente milagrosa, y este cambio, este trastorno que sufrió la naturaleza, esta reaccion que en el sentido moral experimentó Clemente, no se explica sino por la postrera asistencia de un santo. Digase lo que se quiera, solo un milagro pudo trocar el juicio y

moral del Pontífice de la manera que vamos á explicar.

Se le habia obligado á crear *in petto* once cardenales, cardenales que no hay que decir si eran ó no hechuras de las cortes borbónicas enemigas de la Compañía de Jesus. El delirio que aquejaba de continuo al Papa, impidió que el cardenal Malvezzi obtuviera el poderle hablar para recordarle el cumplimiento de su promesa. Mas despues de su misterioso coloquio con San Ligorio, Clemente pareció sereno y tranquilo ante el cardenal. Aprovechándose éste de los preciosos momentos que el estado del enfermo le deparaba, suplicó nuevamente al Papa que terminase su obra, porque los once electos eran de indispensable necesidad á las cortes para tener mayoría en el conclave electoral que en breve debia reunirse. Mas el Pontífice, que en aquel supremo instante tenia el pleno convencimiento de la importancia de su mision, el Pontífice que por un milagro de la Omnipotencia acababa de reconciliarse con el Señor en los brazos de un santo, mostróse enérgicamente digno de su última mision. «No puedo ni debo hacerlo, contestó; el cielo juzgará de mis motivos.» En vano los enemigos de su tranquilidad espiritual insistieron en la demanda; en vano el mismo Malvezzi con otros varios se arrodillaron á sus pies, suplicándole hiciera los codiciados nombramientos... Clemente, á quien la divina gracia alentó en aquel terrible momento, auxiliándole con sobrenaturales fuerzas, contestó resueltamente: — «No, no! Voy á la eternidad, y yo sé el porqué.» —

Amaneció por fin el 22 de setiembre de 1774, y en él espiró santamente Clemente XIV, que contaba á la sazón 68 años, 10 meses y 22 dias de edad. Habia gobernado la Iglesia durante 5 años, 4 meses y 3 dias, notándose como cosa que es bien de admirar que su gobierno duró año por año, mes por mes y dia por dia los mismos que habia durado el gobierno de Sixto V, con quien hemos dicho tenia tantos puntos de contacto. A los 80 años de su muerte la posteridad ha juzgado y juzga; sí, le ha juzgado y juzga, y compadece al que gobernó la Iglesia en circunstancias tan difíciles, tan es-

traordinarias, tan anómalas, en que los mismos que debían defender á la religion, único baluarte de los tronos, fueron los primeros en conspirar para alejar de Clemente XIV á sus mas leales consejeros, á sus mas fuertes defensores. La posteridad ha juzgado y juzga á Clemente XIV, y le justifica diciendo, que con la dolorosa supresion de los Jesuitas creyó calmar la tempestad suscitada contra la Iglesia. La posteridad le ha juzgado y juzga, y recuerda cuanto sufrió su paternal corazon, y le rehabilita por las lágrimas amargas que derramó cuando el Breve de supresion fué notificado á la casa profesa de Roma. La posteridad le ha juzgado y juzga, y repite las célebres palabras de Ganganelli: «Los Jesuitas son harto virtuosos para provocar un cisma,» con lo cual dió á entender que obedientes se someterian á lo que el Vicario de Jesucristo dispusiera de ellos por mas sésible que les fuera la sentencia. La posteridad le ha juzgado y juzga, recordando cuanto hizo para salvar á la Compañía de Jesus, cuanto padeció despues del sacrificio, la continua inquietud que le aquejaba, los remordimientos que le atormentaron y el duro desengaño que sufrió cuando la esperiencia vino en confirmacion de sus presentimientos, y pudo convencerse de que con efecto la supresion de los Jesuitas aseguraba el triunfo de la impiedad, de la herejía y del libertinaje.

Desde este momento cambia por completo el carácter de Clemente, una viva afliccion se apodera de su ánimo, y para calmar su dolor, no halla mas lenitivo, en espresion de sus intimos confidentes, que pensando en reparar el daño causado á la cristiandad, del cual era él inocente responsable á los ojos del mundo. Mientras el cielo aproximaba este momento favorable, que nunca llegó para el infortunado Clemente, quiso dejar en manos de su confesor una manifestacion irrecusable de su arrepentimiento, una *retractacion* formal del Breve *Dominus ac Redemptor*, Breve que declara ser fruto de la violencia. El tiempo ha descornado el velo que enebria este hecho. La RETRACTACION ya no es un misterio; *data de 29 de junio*

de 1774, está escrita en latin y trasladada por entero en la historia de los Jesuitas, publicada en aleman por el protestante Pedro Felipe Wolff, impresa en Zurich en 1791, parte tercera, pág. 296 y siguientes; autor y obra nada sospechosos á nuestros adversarios.

CAPÍTULO LXXI.

MAS CALUMNIAS.

HEMOS visto ya que muerto Clemente los únicos elogios que en Italia se tributaron á su memoria, salieron de las plumas de los Jesuitas. Los enemigos de estos por el contrario llevaron su odio mucho mas allá de la tumba; á la muerte debia seguirseles la infamia. La muerte del Papa habia ido acompañada de síntomas extraordinarios, delirio, convulsion, luego tranquilidad y razon... Los que no creyeron ó no quisieron creer en el influjo de los remordimientos, achacaron la enfermedad, el delirio y la muerte á la administracion de un mortal veneno. Por consecuencia de ello tuvieron que buscar quien se le hubiera administrado, y como Malvezzi y Bernis y otros por el estilo siempre se hallaban prontos en tratándose de irrogar alguna calumnia á los Jesuitas, estos fueron acusados del atentado. No hay que decir que algunos autores, ó mejor calumniadores, se hicieron eco de esta especie absurda, y que el de nuestra impugnacion hace lo mismo, fingiendo ignorar todo el desdoro que cabe en constituirse espendedor de semejantes vilezas. Aunque debiéramos despreciar tamañas injurias, no queremos que en cuestion de tanta trascendencia, se atribuya nuestro silencio á falta de pruebas, mayormente cuando las tenemos tan robustas, que imposible nos parece que nuestros opositores no se hayan hecho cargo de ellas antes de estampar sus infames y maliciosos dichos. No nos estraña sin embargo su conducta: recuerden nuestros lectores que á la muerte de Sixto V, los enemigos de la Compañía

ña propalaron calumnias de este mismo género, calumnias que entonces como ahora rebatimos como rebatiremos. Ya desde luego podríamos afirmar, que si Clemente XIV hubiese muerto violentamente, á ninguno menos que á los Jesuitas podría acusarse, por cuanto ya antes hemos dicho que desde la eleccion del Pontífice los PP. de la Compañía encontraron cerradas las puertas de su palacio, incluso el general de la orden, que ni aun en los dias de gran solemnidad pudo conseguir presentar sus homenajes al Pontífice. Sabido es asimismo que al Papa se le rodeó de hechuras de las cortes aliadas, y que por lo tanto difícil ó mejor imposible hubiera sido á los dignos hijos de S. Ignacio deslizarse hasta derramar la muerte en el centro del palacio papal.

Y si solamente el espíritu de venganza animaba su brazo, suposición que parece imposible quepa en mente alguna, ¿cómo la víctima fué Clemente y no fueron los que *le forzaron* á espedir el Breve de supresion? ¿Acaso no era mucho mas fácil hacer cesar la causa haciendo que desapareciera el efecto? ¿Por ventura no debían estar los Jesuitas mucho mas ofendidos de Bernis, Malvezzi, D'Aubeterre, y sobre todos del conde de Floridablanca? Y sin embargo, ninguno de estos padeció por esta causa, prueba evidente de la inocencia de los Jesuitas.

Mas saquemos la cuestion de este terreno, donde malamente se ha colocado. ¿A qué viene discutir si los Jesuitas pudieron ó debieron envenenar á Clemente XIV ó á los diplomáticos? ¿Por ventura hay siquiera un alma RACIONAL que suponga fué violenta la muerte de este Papa? ¿Hay acaso quien crea en buena fe que Clemente fué envenenado? Quédese semejante absurdo para los que no han saludado la historia, ó para aquellos que tienen un interés inmediato en propalar una calumnia de tan mal género, como la que inmediatamente vamos á pulverizar.

Los inventores de tan absurda especie suponen que el Papa fué víctima del veneno á que llaman *agua tofana*, veneno

químico, y agua que nunca ha existido sino en la imaginación acalorada de algun charlatan. *El agua tofana* con que se supone fué envenenado Clemente, es una paparrucha que nunca ha existido, es una invencion del charlatanismo y no de la química, es un licor de que nunca ha podido descubrirse una gota siquiera. Diciendo solamente que el Papa fué envenenado con *el agua tofana*, no tan solo los sostenedores de esta proposicion se ponen en ridiculo, sino que proclaman la falsedad del atentado, porque es falso el instrumento del delito. Mas ¿porqué, se nos preguntará, si el agua tofana no existe, los calumniadores de los Jesuitas han señalado este veneno y no otro, como fácilmente pudieran haber hecho? Respondemos á esto que por una razon muy sencilla. Imposible era á los anti-jesuitas probar materialmente el emponzoñamiento de Clemente, ni menos señalar sus huellas, ni menos aun indicar á punto fijo sus autores. Así fué que para dejar concebir sospechas del envenenamiento de Clemente, andaron sus contemporáneos, como andan sus secuaces contemporáneos nuestros, recogiendo palabras sueltas del difunto, torturando frases del mismo, y dando á cada una de sus acciones una interpretación heterogénea á la verdadera. Aquellas frases que mas en contra de los filósofos é ímpios podian justamente entenderse, quisieron aplicarlas á los Jesuitas, y aunque entonces y ahora todas las personas de SANA RAZON se han reído de ello, sin embargo la calumnia mancha siempre poco ó mucho, y esta hemos dicho cien veces era la divisa de los fariseos del siglo XVIII. Mas de todos modos, la acusacion queda completamente destruida, como vamos á demostrarlo del modo mas solemne.

Federico II, rey de Prusia, contestando á d'Alembert, dice al sofista francés en su carta de 15 de noviembre de 1774 lo siguiente: «Os ruego que no creais de ligero las calumnias que se propalan contra nuestros buenos padres. Nada hay mas falso que el rumor que ha circulado del envenenamiento del »Papa.... que murió de resultas de una disipacion total de

»humores vitales. Se le hizo la autopsia, y no se le encontró
 »indicio alguno de veneno.» Cualquiera comprenderá fácilmente que á tener fundamento la absurda acusacion, no hubiese sido por cierto Federico II de Prusia el campeón que hubiera roto lanzas por los Jesuitas.—Beccatini, en su *Storia di Pio VI*, tomo 1.º pág. 34, dice: «En la actualidad
 »nadie sostiene (refiere los rumores que circularon cuando
 »la muerte de Clemente) esta hipótesis, y hasta el cardenal
 »de Bernis, despues de haber sido el partidario del envenenamiento; ha confesado muchas veces que no creia en él.»
 —Cancellieri, *Storia di solenni possesi dei summi Pontifici*, pág. 409 y 515, dice lo siguiente: «Que á causa de la acri-
 »tud y corrupcion de los humores en el cuerpo del difunto Papa, no pudo, segun se acostumbra, estar espuesto los tres
 »primeros dias despues de su muerte, con los pies desnudos.»
 —El conde José de Gorani, escritor milanés que con tanto ardor abrazó la causa de la revolucion francesa, y que fué un enemigo declarado de la Iglesia y de los Jesuitas, niega el envenenamiento de Clemente, CUYA FÁBULA RECHAZA CON DESPRE-
 cio en sus *Memorias secretas y críticas de las cortes y gobiernos de Italia*.—Estos testimonios que podríamos multiplicar hasta lo infinito, vienen confirmados por los doctóres Noel Salicetti y Adinolfi, médico el uno del palacio apostólico, y el otro del Papa, quienes describiendo las causas y los efectos de la enfermedad de Clemente, en una memoria circunstanciada fecha 11 de diciembre de 1774, que pusieron en manos del prelado Archinto, mayordomo de Ganganelli, se espresan en los siguientes términos: «Nada tiene de extraño que despues de
 »veinte y ocho ó treinta horas se hubiesen encontrado las car-
 »nes en estado de putrefaccion. Nadie ignora que el calor era
 »entonces excesivo y que soplabá un viento abrasador, capaz
 »de producir y aumentar la corrupcion en poco tiempo. Si en-
 »tre el tumulto que causó entre la multitud ese triste aconte-
 »cimiento se hubiera atendido á la impresion que causa el
 »viento de mediodia en los cadáveres, aunque estén embal-

»samados , como lo son por lo comun los de los soberanos
»Pontífices ; á que se hizo la autopsia y diseccion de todas las
»partes , que se examinaron con detencion y que fueron vuel-
»tas en seguida á sus puestos , no se hubieran esparcido tan-
»tos falsos rumores entre el populacho , inclinado naturalmen-
»te á creer lo maravilloso de las opiniones extraordinarias.

»Tal es mi opinion acerca de esa enfermedad mortal que ha
»comenzado lentamente , durado largo tiempo , y cuyos sínto-
»mas nada equívocos , antes al contrario claros y palpables , he-
»mos reconocido en la anatomía que se ha hecho del cuerpo
»en presencia de casi todo un público ; y todos los que han
»asistido á ella , por poco espertos que sean , ó que estén exen-
»tos de prevencion , ó libres de todo espíritu de partido , han
»debido reconocer que la alteracion de las partes nobles no de-
»be atribuirse legítimamente sino á causas puramente natura-
»les.»—Para desvanecer la infame superchería que presumió
hundir para siempre á los Jesuitas en la opinion del universo
entero , fuerza era que la cirugía con su escalpelo en la mano
interrogara el mudo pero irrecusable testigo de un cadáver.
Ante un público , dicen los doctores , fué hecha la operacion ,
y las entrañas del Pontífice y las demás partes de su cuerpo
sanas de la corrosion de tósigo alguno , patentizaron ante todo
el pueblo romano que los acusados como verdugos eran las
víctimas de unos verdugos los mas bajos y mas cobardes.
La calumnia quedaba probada por el honor y el saber , faltaba
todavía otro testimonio para probar mas y mas la inocencia de
los Jesuitas , este era el del P. Marzoni , general de los conven-
tuales , amigo y confesor que habia sido de Clemente XIV.
Los calumniadores vencidos en un terreno apelaron á otro , é
hicieron correr la voz de que el Papa le habia revelado que
creia morir envenenado. El tribunal de la Inquisicion le in-
terrogó y contestó con la siguiente declaracion :

«Yo el infrascrito ministro general de la orden de los con-
»ventuales de S. Francisco , constándome que jurando se fo-
»rma á Dios soberano é infinitamente verdadero por testigo ,

«cierto de lo que digo, sin violencia alguna, en presencia de
 »Dios que sabe que no miento, y con estas palabras llenas de
 »verdad y escritas y trazadas de mi propio puño, juro y ates-
 »tigo á todo el universo que en circunstancia alguna me dijo
 »Clemente XIV que hubiese experimentado los menores sínto-
 »mas de veneno. Juro tambien que nunca he dicho á nadie
 »que el mismo Clemente XIV me hubiese revelado, ó que ha-
 »bia sido envenenado, ó qué habia experimentado los menores
 »efectos de veneno. Pongo á Dios por testigo. Dado en el con-
 »vento de los Doce Apóstoles de Roma el 27 de julio de 1775.
 »Fr. Luis María Marzoni, ministro general de la orden.»—
 El referido P. Marzoni, á pesar de que los Jesuitas se hallaban
 diseminados por el globo y de que sus adversarios de Francia
 y España gozaban en Roma de un crédito extraordinario, no
 retrocedió, como hemos visto, ante el cumplimiento de su de-
 ber. Clemente XIV hablaba por los labios de su propio confes-
 sor, y la declaracion del P. Marzoni es una voz que saliendo
 de la tumba de un Pontífice, destruye las infames calumnias que
 se propalaran en la seguridad de que Ganganelli no podia ser
 interrogado más allá de su sarcófago de Pontífice. Mas la voz
 del Papa no habia muerto con su cuerpo, el mundo conserva-
 ba de ella un eco fiel, y este eco que era el P. Marzoni repitió
 la verdad al oído de Roma toda, y Roma lo trasmitió al oído
 del mundo entero. Queda pues probado de un modo irrecusa-
 ble y por la evidencia de los hechos, que Clemente XIV no
 murió víctima de los Jesuitas, antes estos lo fueron del Breve
 que promulgó, bien á pesar suyo, como lo hemos demostra-
 do. El conde Marco Fantuzzi, sobrino del cardenal de este
 nombre, que fué uno de los concurrentes de Ganganelli en el
 conclave de 1769, en sus *Memorias inéditas*, se expresa del
 modo siguiente: «Por mas que se haya dicho y escrito, Cle-
 »mente XIV quiso conservar á los Jesuitas, y para llevar á
 »buen término este asunto creyó bastarse á sí mismo: pensó
 »que á fuerza de promesas y favores concedidos á sus enemi-
 »gos, y fingiendo aversion á la Compañía de Jesus, ganaria

»tiempo y concluiría por conjurar la tempestad..... Por este
 »tiempo murió el confesor de la emperatriz ; el que le sucedió
 »era contrario de los Jesuitas y sedujo á María Teresa. El Papa
 »se vió perdido y no halló medio de tergiversar la palabra da-
 »da. Se habia comprometido mucho con Moñino , Bernis y Al-
 »mada , y al fin , aunque contra su voluntad , tuvo que dár el
 »golpe fatal de la estincion.»—Se arrastró al Papa mas allá
 de lo que él preveía ; se le empujó al abismo , y se le mató á fin
 de escalar , por decirlo así , la Santa Sede y llegar mas pronto
 á la revolucion que se preparaba. Los Jesuitas habian dejado
 de existir : las pasiones de Carlos III , la codicia de José II y la
 juventud de Luis XVI hacian imposible su reinstalacion. Mas
 no hay tempestad por deshecha que sea , que no termine con la
 salida del Iris , ni espesa nube que al fin y al cabo no sea atra-
 vesada por los rayos. Nube espesa es la calumnia , tempestad
 la intriga ; mas la virtud no siempre es la victima : viene un
 dia en que se la hace justicia , y cuando suena la hora de la
 rehabilitacion , la gloria de esta sobrepuja con mucho á los an-
 tiguos desastres , tanto mas cuando estos desastres son hijos
 bastardos de la calumnia , que una vez desvanecida no deja
 mas huella , pese á los impíos , que el agua del mar en la arena
 de la playa.

Aunque el Breve de estincion estaba firmado en 21 de julio ,
 no se hizo la notificacion á la casa profesa hasta el 16 del si-
 guiente agosto , y á las ocho de la noche. Igual chasco se lle-
 varon poco mas ó menos en Roma , que en Portugal , España
 y otros puntos , donde creyeron apoderarse de soñados tesos-
 ros. Así Dios quiso castigar la avaricia de aquellos hombres
 que sacrificaron á los Jesuitas , poniendo su conciencia á dis-
 posicion de los que mas quisiesen pagarla. Lo dijimos y lo re-
 petimos ahora : los dignos hijos del gran Loyola cumplieron
 puntualmente sus votos de pobreza , y los tesoros que falsa-
 mente se les han atribuido , son otros tantos inventos de la ma-
 licia para desprestigiar el santo Instituto.

Aquella misma noche fueron presos el general de la Com-

pañía Lorenzo Ricci, sus asistentes y el secretario general, y conducidos al castillo de San Angelo, donde experimentaron las mas duras privaciones, sin mas luz que la que recibian por una ventana de seis pulgadas de abertura. Falta ya á la ínclita Compañía de Jesus dispersa por el globo su general, el sucesor de los Stos. Ignacio de Loyola y Francisco de Borja.

La cabeza sigue á los miembros. El interrogatorio ó interrogatorios que sufrió el general, él mismo se ha encargado de consignarlos, dejándolos escritos de su propio puño y letra, y tomados de este original y constatada su exactitud y precision por el mismo juez, fueron impresos en Roma en junio de 1775. Ningun cargo, ninguna acusacion pudo jamás, no justificarsele, pero ni aun hacersele: sin embargo, su prision continuaba ¿y se quiere saber por qué? Porque Carlos III, este monarca obcecado é iracundo, así lo exigia. Este odio perseverante de Carlos III embarazó no poco al cardenal Angel Brascchi, elevado á la silla de S. Pedro el 15 de febrero de 1775, quien tomó el nombre de Pio VI, cuyo advenimiento saludó con amor el pueblo romano. Seguro de la inocencia del general de la Compañía, de sus asistentes y del secretario general, quiso que la comision nombrada por su antecesor, bajo la influencia de la España, para encausar á estos dignos religiosos diese el fallo: la comision disirriólo tanto como pudo, pero se vió obligada y absolvió á aquellos á quienes se habia tan cruelmente acusado. Lorenzo Ricci iba á ser puesto en libertad, proclamándose de este modo su inocencia, cuando se sintió atacado de una terrible enfermedad, y en 19 de diciembre fué necesario se le administrase el Viático. El general de la Compañía se debia todo á su Orden, y quiso y pudo servirla hasta su último aliento. El digno sacerdote iba á encontrarse cara á cara con la eternidad; la víctima iba á libertarse de sus verdugos, el prisionero rompía sus cadenas, el momento era supremo, solemne, el mundo entero estaba aguardando con ansia las palabras que saldrian de sus elocuentes labios. Pidió el Viático, y cuando se vió en presencia de su Dios, y

en torno de su cama el gobernador del castillo, algunos oficiales, soldados y prisioneros; ante esta numerosa reunion pronunció su última y dignísima protesta, á tenor de una declaracion que habia escrito y firmado algunos dias antes de su muerte, y dice así:

«La incertidumbre del momento en que Dios tendrá á bien llamarme á sí, y la certeza de que este momento supremo se acerca; atendida mi edad avanzada, los muchos, prolongados y graves males que he sufrido harto superiores á mi debilidad, me advierten que llene de antemano mis deberes, puesto que puede fácilmente suceder que la naturaleza á mi última enfermedad me impida cumplirlos en la hora de la muerte. Por lo tanto, considerándome á punto de comparecer ante el tribunal de la verdad y justicia infalibles, que es el solo tribunal de Dios; despues de una larga y madura deliberacion, y de haber rogado humildemente á mi misericordiosísimo Redentor y supremo Juez, que no permita que me deje arrastrar por la pasion, especialmente en uno de los últimos actos de mi vida, ni por ningun resentimiento, ni por otro afecto ó fin vicioso, sino solamente porque es mi deber ofrecer un testimonio á la verdad y á la inocencia, hago las dos protestas y declaraciones siguientes: Primeramente declaro y protesto que la estinguida Compañía de Jesus no ha dado motivo alguno para su supresion, y lo declaro y protesto con esa certeza que puede tener moralmente un superior que está bien informado de lo que pasa en su Orden. En segundo lugar declaro y protesto que no he dado motivo alguno, ni aun el mas leve, para mi prision, y lo declaro y protesto con esa certeza y evidencia que tiene cada cual de sus propias acciones. Hago esta segunda protesta únicamente porque es necesaria á la reputacion de la estinguida Compañía de Jesus, cuyo superior general era. Por lo demás, no pretendo que en consecuencia de estas mis protestas se pueda juzgar culpable delante de Dios á ninguno de los que han perjudicado á la Compañía de Jesus ó á mí, como asimismo me abstengo yo de semejante juicio. Solo Dios conoce los

pensamientos del hombre; únicamente él ve los errores del entendimiento humano, y sabe si son tales que disculpen el pecado; solo él penetra los motivos que hacen obrar, el espíritu con que se obra, los afectos y movimientos del corazón que acompañan el acto; y puesto que la inocencia ó la malicia de una acción eterna depende de todo eso, dejo que los juzgue AQUEL que interrogará las obras y sondeará los pensamientos.

»Para cumplir con los deberes de cristiano, protesto que con el auxilio de Dios he perdonado siempre y perdono sinceramente á todos los que me han atormentado y afligido; primeramente por todos los males que se han causado á la Compañía de Jesús, y por el rigor con que se ha tratado á los religiosos que la componían; en seguida por la extincion de esta misma Compañía y por las circunstancias que han acompañado dicha extincion; y en fin, por mi encierro y por la dureza con que se me ha tratado; y por lo que eso haya perjudicado á mi reputacion; hechos que son públicos y notorios en todo el universo. Ruego al Señor que por su bondad y misericordia, y por los méritos de Jesucristo perdone, primero mis numerosos pecados, y luego que perdone á todos los autores y á los que han cooperado á dichos males ó injusticias; y quiero morir con este sentimiento y plegaria en el corazón. Finalmente, ruego y conjuro á todos los que vean estas mis declaraciones y protestas, que las den toda la publicidad posible; y lo ruego y conjuro por todos los títulos de humanidad, justicia y caridad cristiana que puedan inclinar á cada uno á que cumpla ese mi deseo y voluntad.—De mi propia mano.—Lorenzo Ricci.»—He aquí las últimas expresiones y voluntad de la Compañía de Jesús, reveladas por su general Ricci. En este documento, que respira en cada una de sus líneas la mayor verdad y franqueza, estriba, por decirlo así, la defensa de la Compañía de Jesús, en los azarosos tiempos que atravesó durante la última mitad del siglo pasado. Nada de imprecaciones, nada de desobediencia, nada siquiera de quejas. Su voz es humilde, mas su humildad llega al fondo de sus corazones.

Es la voz de la madre fuerte y generosa á quien la voluntad de Dios priva de sus hijos para probar su constancia; es la voz del justo que repite las consoladoras máximas del Evangelio; es la voz del hombre virtuoso, que quiere presentarse ante el tribunal del Eterno, sin odios, sin pasiones, sin venganzas. Así murió Lorenzo Ricci, así murió la Compañía de Jesus, gloria de la Iglesia y martillo de la herejía.

CAPITULO LXXII.

LAS CONSECUENCIAS.

Los reyes, las cortes, los diplomáticos y los filósofos conjurados contra la existencia de la Compañía de Jesús habían triunfado: su alegría era inmensa; los pueblos no reían como sus señores: más toda causa produce sus consecuencias, y la supresión de los Jesuitas debía producirlas y las produjo. Cuando vino el tiempo de palpar los resultados, hubieran vuelto atrás los ojos y quizás uno á uno hubieran derramado una lágrima á la memoria de la Compañía de Jesús, de ese elemento de orden y moralidad, palabras tantas veces invocadas, que con el ejemplo de sus virtudes en todas partes era germen de instruccion y dique opuesto á los excesos de arriba y á los desmanes de abajo. Veamos las consecuencias de la supresión de una madre tan fecunda en todo género de virtudes.

¿Dónde están, Portugal, tus posesiones de América y África? ¿Qué has hecho de las colonias americanas, de que ni una sola te ha quedado? ¿Dónde están los inmensos tesoros que otras veces tus buques te aportaban del Brasil? ¿Cómo es que uno de tus reyes para escapar á los hierros de un cautiverio, tuvo que emigrar de tus playas, refugiándose en tierras tan lejanas? ¿Por qué la filosofía de la impiedad, que abrasa cuanto toca, encontró abiertas tus puertas que hasta entonces jamás le habían sido franqueadas? ¿Dónde está tu poderío, imperio lusitano? Patria del rey Juan II, dinos ¿qué eres? Responderá por nosotros el *Tijd*, N. H. C., periódico holandés:—Hubo una época en que Portugal ocupaba uno de los

primeros puestos entre las cortes de Europa : su gobierno era leal y poderoso ; la religion y las costumbres prosperaban ; el pueblo estaba dedicado al trabajo ; sus posesiones ultramarinas gozaban de una celebridad poco común , no tanto por las riquezas que derramaban sobre la madre patria , sino tambien por la felicidad de estos pueblos civilizados y ennoblecidos por la saludable influencia de la religion.

De un siglo á esta parte solo le queda el recuerdo de esta prosperidad. ¿Cuál es la causa?... Pombal , el hombre de estado mas pérfido que jamás haya existido , entregó el Portugal á la codicia de la Inglaterra , abrió sus puertos cuasi sin condicion á sus manufacturas , aniquiló la autoridad de sus reyes , persiguió á la religion , desterrando y asesinando con un odio encarnizado á los sacerdotes , bajo el frívolo pretexto de que eran jesuitas. Pombal fué quien abandonó las colonias portuguesas á los mas exigentes , embruteció y corrompió las costumbres con su ejemplo y con sus disposiciones , que llevaban el sello de la inmoralidad.

Desde esta época data la decadencia de Portugal , que insensiblemente llegó bajo el nivel de cuasi todos los pueblos de Europa. Su débil oposicion no pudo impedir el tener que someterse á la voluntad y á la ley del extranjero. Las guerras que con este sostuvo solo dieron algunos momentos de tregua á su agotado suelo , y si bien fué contado entre los estados independientes , en la realidad dista mucho de serlo. La Inglaterra le impuso su férrea mano y le dominó como uno de aquellos países conquistados , á los cuales por gracia dispensa su proteccion.

A Pombal debe Portugal esta suerte , estas humillaciones ; á Pombal , el favorito del parlamento francés , el fiel ahijado de Choiseul , el ídolo de Voltaire y de los enciclopedistas. Esta es la obra de Sebastian José Carvalho , primer marqués de Pombal !!!—

España , dinos tú ¿dónde están tus inmensas posesiones de América? ¿Dónde están tus vastos dominios en los cuales

nunca se ponía el sol? ¿Qué has hecho de Méjico? ¿Qué has hecho del Perú? ¿Qué has hecho del Paraguay? ¿Qué has hecho de Chile? ¿Dónde están aquellas galeras que diariamente abordaban en tus playas cargadas con las riquezas de un nuevo mundo? ¿Dónde están tus vasallos de todos los colores? ¿Qué se han hecho tus escuadras que dominaban cual señoras los mares? ¿Dónde están tus ejércitos victoriosos? ¿Qué es de tí, reino de Carlos I y Felipe II? ¿Cuál es la causa de haberse ido desprendiendo uno á uno de tu diadema tus mas ricos florones? Hela aquí.

«Poco despues del bárbaro destierro de los Jesuitas del territorio español, este desgraciado reino, dice un elocuente escritor, dejó de tener vida propia y no fué mas, aun en la actualidad, que una especie de factoría inglesa ó francesa, segun las opiniones ó bandería á que pertenecen sus ministros. La España gozaba de paz, cultivaba con grande éxito las letras y las artes, llevaba sus conquistas y su gloria con la civilizacion cristiana hasta los confines de ambos mundos; pero despues de la bárbara espulsion de los Jesuitas pierde en breve su gloria, sus conquistas, su paz, y entra en la carrera sangrienta de las revoluciones. Cuando el tiránico destierro, la España contaba con noble orgullo entre sus hijos á jesuitas literatos, sabios y matemáticos distinguidos. Los nombres solos de un Andrés, Arteaga, Aymerich, Burriel, Cerdá, Colomé, Eximeno, Isla, Lampillas, Lasala, Masdeu, Montengon, Nuij, Serrano y otros muchos, serán siempre muy caros á la literatura; pero desde 1767, época de su bárbara espulsion, las ciencias y las letras han descendido por una pendiente siempre mas y mas inclinada hasta el abismo en que se las ve hoy dia. El mundo sabio se ocupa apenas de la patria de un Ximenéz, y si la voz elocuente de un Balmes ó de un Donoso Cortés viene á resonar de repente y llama la atencion de la Europa hacia esta nacion desventurada, que ni su unidad católica ha sabido conservar, pronto, muy pronto queda sofocada por la muerte, como si la maldicion de Dios pesase sobre ella.» Esta

es la obra de uno de los corifeos de la impiedad, Abárea de Bolea, conde de Aranda!!!

Francia! tú que en la segunda mitad del pasado siglo quisiste marchar al frente del movimiento filosófico y fuiste la primera en intrigar para recabar la estincion de los Jesuitas, que hacian sombra á los inicuos planes de los impíos; tú has visto, despues de conseguidos tus planes, echar raices en tu suelo la mas sangrienta y espantosa revolucion. Tú has visto, consentido y sido causa de que se propaláran las mas disolventes máximas, de que se atropelláran los mas sagrados derechos, de que se conculcáran los mas eternos principios. Tú has visto confundidas todas las clases, condiciones, corporaciones y órdenes de la sociedad; tú has visto destruir todas las comunidades religiosas por la misma mano que derribando la imágen del Redentor espuso á la adoracion del pueblo á una prostituta; tú has visto reinar en tu recinto el imperio del puñal y de las llamas. Ya no habia Jesuitas, pero habia convencionales; ya no habia conventos, pero habia clubs tenebrosos donde se decretaban numerosas muertes; ya no habia libros escritos por esclarecidos hijos de S. Ignacio, pero habia interminables listas de proscripcion; ya no habia altares, pero en cambio hubo cadalsos, donde fueron sacrificados durante la revolucion, segun el *Conservador*, tomo 1.º, pág. 378, ocho MILLONES CUATROCIENTAS SETENTA Y SEIS MIL TRESCIENTAS CINCUENTA Y NUEVE PERSONAS, enorme cifra que representa multitud de enormes crímenes. Despues, monárquica un día, republicana otro día, hoy con un rey, ayer con un cónsul, mañana con un emperador, cada quinquenio has señalado con un cambio radical y cada año con una nueva revolucion, hasta que venga un día en que el viajero llegue á desconocer del todo á la patria de Enrique IV y Luís XIV.» Esta es la obra del nuevo duque de Choiseul!!!

Nápoles! ¿acaso tú no has sido conquistada, reconquistada, arruinada y dominada por un hijo de la revolucion, mientras tus legítimos reyes iban fugitivos? ¿Por ventura no has sido

devorada por la secta de los carbonarios adeptos, y por ventura no has sido agitada por las convulsiones de la filosofía moderna que destruye cuanto alienta? Pues esta, oh! Nápoles! es la obra del impío Tanucci, fiel ejecutor de los consejos de Carlos III!!!

Malta y Parma! los dos otros estados atados al carró de España y que servilmente caminasteis sobre sus huellas, como perros que pisan los pasos de sus dueños ¿qué es de vosotros? El segundo no existe para España, el primero no existe para nadie: el segundo vió saqueadas sus casas y diezmados sus hijos para saciar la ambicion de un *coloso*; el primero perdió su independendencia, trocándola por la de una colonia de la Inglaterra. Id unos y otros y contadlo á vuestros hijos para que os den las gracias!!!

Austria! donde un ministro Kaunitz, partidario de la infernal filosofía, sedujo á su soberano contra los Jesuitas, vió desaparecer para siempre de la corona de su imperio un rico florón, la Belgica, invadidos sus estados, saqueados y empobrecidos sus pueblos por las enormes contribuciones que el nuevo *azote* de Dios le impuso. Así quedó vengada la impía aquiescencia que diste á la estincion de los Jesuitas, de estos ángeles tutelares de los tronos y de la felicidad de las naciones!!!

CAPÍTULO LXXIII.

PIO VI Y PIO VII.

Ya hemos dicho que el cardenal Angel Braschi fué elegido Papa el 15 de febrero de 1775 y que tomó el nombre de Pio VI. Los romanos conservarán eternamente su nombre en la memoria por los muchos beneficios que aportó á la ciudad de los Césares y de los Papas. Pio VI comprendia la suma falta que hacian á la religion los dignos hijos de S. Ignacio, y desde su exaltacion á la cátedra de S. Pedro pensó seriamente en remediarla: las circunstancias eran dificiles, Carlos III reinaba todavia, y tenia por ministro á su segundo ángel malo Floridablanca. El Papa encontró el medio de favorecer oculta-mente á los Jesuitas, conservando la Compañía en Prusia y en la Rusia Blanca: delante de varios testigos profirió las siguientes palabras, las cuales prueban que Pio VI no consideraba estinguida la Compañía de Jesus: *Approbo Societatem Jesu in Alba Rusia dejentem; approbo, approbo*. Apruebo la Compañía de Jesus existente en la Rusia Blanca; la apruebo, la apruebo. Pero la gloria de la resurreccion completa de la inclita Compañía de Jesus, martillo de los herejes, estaba reservada á Pio VII, elegido Papa el 14 de marzo de 1800. En efecto, el 7 de marzo de 1801 firmó el Breve *Catholicae fidei*, por el cual restablece solo públicamente en Rusia la Compañía: en 30 de julio de 1804 dirigió otro Breve al rey de Nápoles, restableciendo en aquel reino el glorioso instituto de S. Ignacio de Loyola, y el 7 de agosto de 1814 publicóse en Roma, en medio de las aclamaciones y aplausos, la Bula *Sol-*

licitudo omnium Ecclesiarum, por la cual se decidió á hacer para el cristianismo lo que hasta entonces no habia hecho sino en el interés de algunos reinos. Nuevamente pues la Santa Sede y los monarcas de Europa reparaban un momento de obcecacion en unos, de debilidad en otros, de ceguedad en todos.

Mas antes de llegar á esta Bula, que es, por decirlo así, el nuevo bautizo de la Compañía y que como complemento digno de este cuadro debe figurar en su final para cerrarle de un modo digno, permítasenos que brevemente nos ocupemos de los asuntos de España. Despues de la muerte de Carlos III, Carlos IV su hijo, que ningun motivo de queja tenia contra los Jesuitas, autorizó tácitamente su nueva entrada en la Península; mas desde el momento en que los vió reconocidos oficialmente en las Dos Sicilias y en Rusia por dos distintos Breves pontificios, creyó que semejantes documentos eran un insulto á la memoria de su padre, y ciego como éste, sin motivo alguno que justificara su contradictoria conducta, mandó que otra vez salieran de sus dominios los hijos del gran Loyola. En vano los proscritos pidieron gracia, en vano el pueblo con ellos pidió que se suspendieran los rigurosos efectos de esta orden, en vano desde Cádiz se dirigió al rey una razonada esposicion para que levantara este infundado destierro, que no tenia razon ni motivo plausibles..... Carlos IV tenia á su lado unos consejeros que costaron á España muy caros y que hicieron derramar á la religion amargas lágrimas, y los Jesuitas emprendieron resignados el camino de la emigracion.

Poco tardaron, sin embargo, en hacerse sentir las consecuencias: todos conocemos la historia de aquellos tiempos; todos sabemos que en pos de los Jesuitas salió el rey para el mismo destierro, porque en todas las naciones y en todos los tiempos en pos de la religion se ahuyenta la monarquía. Esto es lo que previó y supo evitar Fernando de Nápoles. Mas la borrasca que la Compañía de Jesus corrió por segunda vez en España, fué de corta duracion. El principio religioso y el principio monárquico son inherentes en el corazón de los

españoles. Desde el momento en que Napoleón, conculcando nuestra religion y atropellando á nuestros reyes entró traideramente en nuestro país, lunar que bastára á afear las glorias todas del Capitan del siglo, los españoles al rededor de sus templos y á la sombra del palacio de sus reyes, se batieron como españoles en la memorable guerra de la Independencia. Tristísimos fueron sus resultados para el emperador de Francia, cuyos orgullosos ejércitos vinieron á estrellar sus bríos contra los muros de Gerona, Zaragoza y Ciudad Rodrigo. Mas á pesar de esto, rudos embates sufrieron nuestros reyes, que obligados á obedecer la voluntad del vencedor, tuvieron que abandonar sus estados para ser conducidos presos y desterrados á los usurpados dominios de Napoleón. Al cabo de cien campañas y despues de apurados los recursos diplomáticos, vino un dia en que D. Carlos IV se vió en la precision de abdicar la corona en su hijo Fernando VII. Quizás en estos críticos momentos le ocurrió la idea de comparar su suerte desgraciada á la desgraciada suerte de los Jesuitas que él habia provocado. Mas despues del agravio cabia la reparacion.

El nuevo monarca D. Fernando VII trajo el calificativo de *El deseado*. Cautivo durante mucho tiempo, entró nuevamente en España, y vió á su reino, digno de mejor suerte por su heroismo, abrumado por toda suerte de males. Mas estos pueblos que acababan de sostener gloriosamente una guerra de seis años por su Dios y por su rey, estaban contentos y se creían pagados con que este rey se encontrara entre ellos y con que la religion católica volviera á su antiguo estado. Para llegar á este resultado, la unánime opinion señalaba como el principal medio el restablecimiento de los Jesuitas. Todas las principales ciudades del reino, todas las altas corporaciones del Estado, y en particular aquel bizarro ejército de voluntarios que al ver en peligro á sus reyes trocó las provincias españolas en otros tantos campos de la Vendée, reclamaban del rey una medida que para todos debia ser benéfica. Fernando sabia que las acusaciones contra los Jesuitas

eran una calumnia inventada por la malicia y la impiedad ; y en prueba de que su voto era el mismo de toda la península en este punto , dirigióse en este sentido al Papa , quien en 15 de diciembre de 1814 contestó al rey animándole en su piadoso propósito.

Por consecuencia de todo , en 15 de mayo de 1815 espidió Fernando el decreto formal del restablecimiento de la Compañía de Jesus en todos sus dominios. En este decreto debia de hacerse por fuerza alusion al espedido en 1767, y Fernando lo hizo tanto mas gustoso en cuanto de esta manera podia vengar á los Jesuitas de una afrenta. He aquí como se expresaba en este punto en su mencionado real decreto :—« Los votos de tantas y tan notables personas , que me han dado las mas señaladas pruebas de su lealtad, de su amor por la patria y del interés que nunca han dejado de tomarse por la felicidad temporal y espiritual de mis súbditos, me han determinado á examinar con mayor madurez y profundidad las imputaciones que se han hecho á la Compañía de Jesus. *Y he venido en conocimiento de que su pérdida habia sido tramada por los celos de sus mas implacables enemigos, que son igualmente los enemigos de la santa Religion, base esencial de la monarquía española.* »—Y ahora séanos lícito hacer algunas breves oportunísimas reflexiones : si los Jesuitas hubieran sido enemigos de Carlos III ; si su general Lorenzo Ricci hubiera escrito una carta, revelando la conspiracion tramada para destronar á ese monarca ; si le hubieran supuesto indigno del trono por ser ilegítimo fruto de un adulterio ; si todo esto hubiese sido verdad ; es comprensible que Fernando VII , rey de España, nieto del desgraciado Carlos III, llamára á los hombres que insultaron la estirpe de su abuelo que era su estirpe , que intentarón derribar á su abuelo de un trono que era su trono , que infamaron y deshonoraron á la reina mujer de Carlos III que era su abuela ; y es comprensible que no solo llamase á estos hombres , sino que les colocase á su lado , que les colmara de beneficios , que tratára por todos los medios posibles de hacer-

les olvidar el pasado agravio? Nosotros decimos plenamente convencidos que es imposible, que es un absurdo, que es moralmente incomprensible de todo punto.

La satisfacción y alegría de los españoles no fué menos grande que la de los napolitanos, cuando vieron al P. Manuel de Zúñiga, provincial de Sicilia y comisario general de la orden en España, entrar por las puertas de Madrid con los PP. Juan de Osuna y José de Silva, precedidos por los miembros de todos los demás Institutos religiosos de la corte, que con los Franciscanos y Dominicos á la cabeza salieron procesionalmente á recibir á los ilustres desterrados. El pueblo aclamaba á los recién llegados, cuya memoria no habian podido extinguir ni los muchos años de ausencia ni el trastorno de la guerra que acababa de terminar.

Así en España un monarca reparaba los efectos de la ceguera de otro monarca, como en Roma un Pontífice reparaba los efectos de la debilidad de otro Pontífice. Y del mismo modo que Pio VII probó á la cristiandad que solo una coacción pudo arrancar á Clemente XIV el Breve *Dominus ac Redemptor*, Fernando VII probó á los españoles que la animosidad tan solo pudo ser causa y dar motivo á la conducta del seducido y obcecado Carlos III. Unos actos se habian revocado por otros actos iguales, mas solemnes, mas legales. Así terminaron las luchas entre el jesuitismo y la impiedad; mas cuando decimos terminaron, queremos decir solamente por aquel entonces; mas en lo sucesivo probóse nuevamente que los Jesuitas, como pronosticára su santo fundador, habian de estar preparados de continuo para la lucha. Gloriosa fué esta en todos tiempos, y aun cuando el huracan revolucionario se ha desencadenado no pocas veces en España, nunca entre sus pliegues ha podido arrebatar de entre los buenos españoles la memoria de los buenos oficios de la inclita Compañía de Jesus.

CAPITULO LXXIV.

LA AURORA DE JUSTICIA.

VERÍDICOS historiadores hemos dado á conocer la sentencia que pesó sobre los dignos hijos del gran Loyola : nuestros lectores pueden haber examinado su contenido y fallado en conciencia. Mas ya que conocen la sentencia que condena , justo es que conozcan la sentencia que absuelve ; mas , que reha- bilita. En la historia de la Compañía de Jesus y de la religion quisiéramos escribir esta Bula con letras de oro. Dice :

«El mundo católico unánimemente pide el restablecimiento de la Compañía de Jesus. Todos los dias recibimos á este efecto las mas eficaces súplicas de nuestros venerables hermanos los arzobispos y obispos y de las mas distinguidas personas , en especial desde que son generalmente reconocidos los abundantes frutos que esta Compañía ha producido en los paises antes mencionados. La dispersion misma de las piedras del santuario durante las últimas calamidades (que hoy dia vale mas deplorar que traer á la memoria) ; la destruccion de la disciplina de las órdenes regulares (gloria y sosten de la religion y de la Iglesia católica , al restablecimiento de las cuales dirigimos toda nuestra atencion y cuidados) exigen que cedamos á un deseo tan justo y general. Nos creeríamos culpables de un grave delito ante Dios , si en estos grandes peligros de la república cristiana , despreciáramos los socorros que nos concede la especial providencia de Dios , y si colocado en la barca de Pedro , agitada y combatida por continuas tempestades , rehusáramos valernos de los remeros vigorosos y espe-

rimentados que se ofrecen espontáneamente para romper las olas de un mar que á cada instante amenaza con el naufragio y la muerte. Movido por tantos y tan poderosos motivos, hemos resuelto poner por obra hoy, lo que hubiéramos querido hacer desde el principio de nuestro pontificado. Despues de haber implorado con fervientes oraciones la asistencia divina, despues de haber oido el parecer y los consejos de un gran número de nuestros venerables hermanos los cardenales de la Santa Iglesia Romana, hemós decretado de ciencia cierta y en virtud de la plenitud de la autoridad apostólica de ahora para siempre, que todas las concesiones y facultades concedidas por Nos únicamente al imperio de Rusia y al reino de las Dos Sicilias, se extiendan en adelante á todos los Estados. Y por lo tanto, concedemos y otorgamos á nuestro muy querido hijo Tadeo Brzozowski, al presente general de la Compañía de Jesus, y á los otros miembros de esta Compañía que legítimamente delegare, todos los poderes convenientes y necesarios para que los dichos Estados puedan libre y legítimamente recibir á todos aquellos que desearan ser admitidos en la órden de regulares de la Compañía de Jesus, los cuales bajo la autoridad del general interino, serán recibidos y distribuidos segun las necesidades en una ó muchas casas, en uno ó muchos colegios, en una ó muchas provincias, donde arreglarán su método de vida á la regla prescrita por S. Ignacio de Loyola, aprobada y confirmada por las Constituciones de Paulo III. Declaramos además (y para ello les concedemos facultad) que puedan libre y lícitamente dedicarse á educar la juventud en los principios de la religion católica, á formarla para las buenas costumbres, á dirigir los Colegios y Seminarios. Les autorizamos para confesar, predicar la palabra de Dios, administrar los sacramentos en los lugares de su residencia con el consentimiento y aprobacion del Ordinario. Tomamos bajo nuestra tutela y bajo nuestra inmediata obediencia y la de la Santa Sede apostólica, todos los colegios, casas, provincias, é individuos de la órden y todos aquellos que ingresaren en ella, re-

servándonos sin embargo, como tambien á los Pontífices romanos nuestros sucesores, el derecho de establecer y prescribir todo aquello que creamos conveniente para consolidar mas y mas dicha Compañía, hacerla mas fuerte y limpiarla de abusos, si jamás (lo que Dios no permita) se introdujerén en ella. Ahora nos falta exhortar de todo nuestro corazon y en nombre del Señor, á todos los superiores, provinciales, rectores, individuos y discípulos de esta Compañía, para que se muestren en todos lugares y tiempos fieles imitadores de su Padre, que observen con exactitud la regla dada por este gran fundador, y que obedezcan con un celo siempre creciente las advertencias útiles y los consejos que dejó á sus hijos. Finalmente, recomendamos en el Señor con grande instancia la Compañía y todos sus individuos á nuestros estimados hijos en Jesucristo los ilustres y nobles principes y señores temporales, como tambien á nuestros venerables hermanos los arzobispos y obispos, y á todos los que están constituidos en dignidad. Les exhortamos y suplicamos, no solo que no tolerén que estos religiosos sean molestados en manera alguna, sino que velén para que sean tratados con bondad y caridad, conforme es muy conveniente.»

He aquí las principales cláusulas de la Bula de Pio VII, Bula espedita, segun él mismo nos dice y nadie ha impugnado, á instancias del mundo católico, que unánimemente solicitó el restablecimiento de los Jesuitas, siendo de notar que el Pontífice lo que encarga con mas esmero es la práctica puntual de la primitiva regla, tan insultada y calumniada por los impíos anti-jesuitas.

Conste pues que cuando el autor de nuestra impugnacion y todos los de su opinion, dignos por cierto de lástima, proclaman que los Jesuitas están perpetuamente abolidos por la Santa Sede, ocultan una importantísima verdad y faltan á ella. La Santa Sede pudo por un momento desconocer sus intereses y dejarse supeditar por las influencias de algunos astutos diplomáticos agentes de la impiedad filosófica; pero muy pronto

volvió en sí de su instantánea distraccion y recobró la energía que la hacía falta. Por su parte el pueblo de Roma justificó plenamente estas ideas.

La Bula de Pio VII fué promulgada en la iglesia de los Jesuitas de Roma, ante el Sagrado Colegio y los patricios de la ciudad. El P. Panizoni, en nombre del general Brzozowski, la recibió de manos del Papa. Todos los antiguos Jesuitas que pudieron concurrir á la augusta ceremonia, se encontraban allí reunidos, saludando con lágrimas de piedad filial á su Madre resucitada, á su orden que salía de la tumba. Entre estos esforzados ancianos se contaba el P. Montalto de edad de ciento y veinte y seis años, y que contaba de jesuita ciento y ocho. Mas no por esto su fe ni su valor habrían envejecido: á donde no llegaban sus quebrantadas fuerzas, llegaba su voluntad, su corazon.

La cristiandad sonrió satisfecha de la obra de Pio VII: los Jesuitas volvian á ocupar su puesto de honor al lado del sucesor de S. Pedro. Desde entonces ningún Pontífice ha dejado de tender una mano amiga y protectora á los que desde su fundacion fueron el mas robusto dique opuesto por el catolicismo á las olas montantes de la impiedad, ora se llamára esta reforma ora se llamára filosofia. Despues de la muerte vino la resurreccion: para los ínclitos hijos del gran Loyola, en pos de la noche de la calumnia, amaneció la aurora de la justicia. ¡Honor á Pio VII! ¡Honor á la Compañía de Jesus! ¡Honor á la Iglesia católica, madre de estos adalides!

CONCLUSION.

HEMOS terminado nuestro trabajo : hemos hecho la relación fiel y justificada de uno de los acontecimientos mas grandes de la historia del catolicismo. Hemos visto á un militar que renunciando al mundo , plantaba un árbol en el terreno de la Religion. Y aun cuando el árbol era tierno , regado con el liquido de la fe , creció frondoso y dió benéfica sombra al mundo entero. La Compañía de Jesus , cuyo pensamiento surgió en la mente de un bizarro capitán , á la muerte de su primer general , cedió una herencia de luchas y de combates contra la impiedad. El Señor que todo lo dispone á mayor gloria de sus siervos , permitió que los sucesores del ínclito Loyola sufrieran algunos reveses. Mas el Señor permitió asimismo que en la cuna del cristianismo la sangre de los mártires hiciera fructificar el verjel de la fe , y sin duda consintió las desgracias de los Jesuitas , no solo como una prueba de sus virtudes , sino como un medio para hacer mas patente al mundo entero su piedad. En efecto la historia de las respectivas persecuciones de los Jesuitas , léjos de ser para la Compañía una mancha como pretenden sus impíos detractores , es el mejor timbre de su gloria. Recordémoslo sino.

De Alemania no hubieran sido espulsados , si instituidos especialmente para luchar y batir el protestantismo naciente , no hubieran querido cumplir su obligacion como buenos y esforzados. Alemania , cuna del protestantismo , vió á los primeros Jesuitas luchar con Lutero y sus discípulos con el ardor que solo inspira la conviccion de una santa causa : si transigiendo con su conciencia , transigido hubiesen con los reformistas hijos de la impiedad , á buen seguro no habria tenido lugar su espulsion de Alemania.

Tampoco se hubieran visto perseguidos en Inglaterra , si sacudiendo la autoridad de los sucesores de S. Pedro , se hu-

bieran querido someter á la infalibilidad sacrilega del adúltero, sanginario y brutal esposo de Catalina de Aragon. Si enhorabuena para los enemigos del nombre católico, hubieran pasado por los escándalos de Enrique, por el impío papado de la impura y cruel Isabel y por las crueldades de Jacobo, ni hubieran regado las calles de Londres con la sangre de sus mártires, ni hubieran sido espulsados de Inglaterra.

Ni menos la llamada reina del Adriático, la ciudad de San Marcós, la célebre Venecia espulsara de su seno á los dignos hijos de S. Ignacio, si estos hubiesen preferido la autoridad de Fra Paolo á la autoridad del Jefe de la Iglesia. Mas una república de tiranos que bajo este nombre imponian la ley á un pueblo esclavo; unos tribunales de sangrientos jefes que no podian tolerar el prestigio que habian alcanzado los Jesuitas predicando las saludables máximas de la Religion, desterraron á los esforzados miembros de la Compañía, cual si se tratara de otros tantos conspiradores, á quienes por gracia no se arrojaba en el canal Orfano.

Malta tampoco se hubiese visto privada de nuestros héroes, si nuestros héroes no se hubieran opuesto á los excesos licenciosos de algunos caballeros de Malta. Mas porque tronaron contra su depravacion y pidieron el castigo de ella al gran maestre de la orden, los tales caballeros, olvidándose de su mision lograron que fueran espulsados de la isla tan importunos censores.

Si en Portugal no hubieran contrareestado el despotismo del sangriento Pombal, y salido al encuentro de sus planes cismáticos, que conducian el lusitano reino al abismo á que Enrique VIII condujo la Inglaterra, nunca el ministro de José I, el plebeyo que odió á los nobles mientras fué plebeyo, el noble que insultó á los plebeyos cuando fué noble, el tirano que mas sensible é inocente sangre haya quizás hecho derramar en Portugal, hubiera manchado su nombre con la espulsion de los Jesuitas en el modo y forma con que la llevó á cabo el marqués advenedizo, el responsable de la mala memoria que ha dejado su rey.

Si el conde de Aranda y muchos diplomáticos españoles, seducidos por las lisonjas de los filósofos de la impiedad del último siglo, no hubieran interpuesto la venda de la calumnia entre la Compañía de Jesus y Carlos III; si no hubieran hecho nacer en el corazón del monarca español una sospecha terrible; si no hubieran tenido la infernal habilidad de impedir que el rey descubriese la verdad, que tanto interés había en ocultar; si no se hubieran negado á servir los intereses de los jansenistas, volterrianos, filósofos y demás impíos del siglo pasado en España; también es seguro que jamás Carlos III hubiera trocado en odio el afecto que profesaba á los Jesuitas, y mucho menos consintiera su cruel é ilegal espulsion.

Tampoco Nápoles y Parma procedieran á su espulsion si los impíos Tanucci y Felino no se colocaran á retaguardia del francmasón Aranda, y estas dos naciones no caminaran sobre las huellas del desatentado gobierno español. Y finalmente, los Jesuitas nunca hubieran salido de Francia á no haberse denegado á ponerse al servicio de una astuta cortesana, la impúdica Pompadour. Tampoco hubieran sido espulsados de aquel reino si no hubieran combatido las ideas impías que brotaban en universidades y parlamentos; si no hubieran salido al paso de la sanguinaria y horrorosa revolucion, oponiéndose como se opusieron á sus explosiones. La reunión de tantas circunstancias, las amenazas de un cisma hechas por los gobiernos de la casa de Borbon, á los cuales pronto un ejemplar castigo patentizó su obra de iniquidad, vencieron á un Papa, mas débil que culpable, que creyó evitar aquel proyecto infernal sacrificando la ínclita Compañía de Jesus. Mas pronto la esperiencia le demostró, que privándose de estos ilustres y denodados celadores de la fe, la impiedad lo invadía todo y amenazaba destruirlo todo. Mas prudente hubiera sido despreciar las amenazas de los gobiernos borbónicos y del tirano y sanguinario Pombal y seguir los prudentes consejos del rey de Cerdeña, república de Génova, Cantones católicos suizos, rey de Polonia, emperatriz de Austria, Delfin de Francia, de Mme. Lui-

sa, que lloraba en el claustro los desórdenes de su augusto padre, y muy particularmente los consejos y sabias observaciones del episcopado francés y demás reinos católicos.

Cayeron, es cierto, los Jesuitas, pero cayeron como el atleta, que debilitado por una lucha desigual va doblando una en pos de otra las rodillas, y vuelve á levantarse, nunca mas cubierto de gloria, nunca mas radiante con la aureola del triunfo. Cayeron, pero los que los habian sacrificado cayeron tambien muy pronto detrás de ellos. El sucesor de Clemente XIV murió en el destierro, el de Luis XV sobre el cadalso, el de Carlos III, el de José I de Portugal, el rey de Nápoles, el infante de Parma, anduvieron errantes y fugitivos; los parlamentos desaparecieron todavía mas pronto en Francia para no parecer mas, y en nuestros dias hemos visto á Carlos X y Luis Felipe no retardar su caída, luego de haber abandonado á los mas firmes apoyos de la religion y del orden social. Lo repetimos, su espulsion tiránica es para los Jesuitas un título de gloria; mas sus persecuciones nos recuerdan los primeros siglos de la Iglesia. Sus enemigos con el mayor énfasis describen las continuas luchas que sostuvieron, y no ven, ciegos y obcecados, que estas luchas son el cumplimiento de una profecía, que se refiere á los Jesuitas y á todos los fieles discípulos de Jesucristo. «Dichosos »sereis cuando los hombres por mi causa os maldijeren, y os »persiguieren, y dijeren con mentira toda suerte de mal contra vosotros» (S. Mateo, c. v, v. 2); y esta otra: «Acor- »daos, les dice Jesucristo, de aquella sentencia mia que ya »os dije: No es el siervo mayor que su amo. Si me han perse- »guido á mí, tambien os han de perseguir á vosotros.» (San Juan, c. xv, v. 20). Y por el Apóstol, en su carta segunda á Timoteo, c. iii, v. 12: «Todos los que quieran vivir virtuo- »samente, segun Jesucristo, han de padecer persecucion,» (ó bien de los enemigos de la fe, ó de los malos cristianos). Era preciso que se cumplieran estos divinos oráculos en la Compañía de Jesus, por ser obra de Dios. Los dignos hijos

de S. Ignacio se han consolado y consolarán siempre en medio de estas persecuciones, en estos combates del error contra la verdad, del mal contra el bien, de la impiedad contra la religion, porque no olvidan estas palabras del Redentor: «Si »fuerais del mundo, el mundo os amaria como cosa suya; pero como no sois del mundo sino que os entresaqué yo del »mundo, por eso el mundo (los impíos y malos cristianos) os »aborrecen» (S. Juan, cap. xv, v. 19). Todas estas autoridades parecen escritas espresamente para nuestro caso: el que las lea verá en ellas aludida la historia de los Jesuitas.

Es inútil que nos estendamos mas sobre este punto. Todos saben que desde el restablecimiento de la Compañía de Jesus los pueblos han palpado de nuevo los beneficios que su presencia trae: en vano han cambiado los gobiernos. Si una voz desautorizada (la de la impiedad ó de los malos cristianos) se ha levantado en contra, cien voces á cual mas respetables (las de todos los católicos) se han alzado en su defensa: los nombres solos de sus apologistas valen mas que todas las diatribas de sus contrarios.

España ha visto en julio de 1854 una revolucion hecha para derribar, segun decian, á un gobierno que atentaba contra la libertad constitucional. Sin embargo en Loyola existia un colegio y noviciado de PP. Jesuitas recientemente abierto, y los pueblos, léjos de incomodar á los dignos hijos de S. Ignacio, han salido á su defensa, no bien ha amenazado el peligro. Un ministro, de quien tan tristes recuerdos conserva la Iglesia, un ministro ávido sin duda de aplausos que debiera tener en menos todo hombre, ha dispuesto la traslacion de los Jesuitas á las islas Baleares, y los pueblos vascongados; los españoles libres por escelencia; los que en el corazon de una monarquía hereditaria tan antigua como Ataulfo, han conservado sus antiguos fueros y privilegios, los pueblos vascongados, repetimos, despues de una revolucion hecha en nombre del partido liberal progresista, han suplicado al gobierno y hecho suplicar por sus diputados, los diputados en

las Cortes constituyentes de 1854, que por ningun concepto se les prive de la presencia de los Jesuitas, que se atraen las bendiciones de todas aquellas comarcas; y es que el pueblo vascongado y todo el que de católico se precie, sabe lo que tiene y lo que pierde con los Jesuitas ó sin los Jesuitas; pero el aludido ministro, sordo á los clamores de los católicos, sordo á las súplicas de los dignos guipuzcoanos que elevaron al gobierno una reverente y digna representacion, ha llevado á cabo su desacertado plan, mandando cerrar el colegio de Loyola.

Hemos alzado nuestra humilde voz en cuanto nos ha sido dable, atendida nuestra quebrantada salud: estamos en el fin y confesamos es muy débil para terminar de un modo que corone dignamente el edificio que hemos levantado á la memoria del inclito S. Ignacio de Loyola, gloria y ornamento de la nacion española, y de sus dignos hijos. Nuestros lectores habrán admirado con nosotros en el decurso de esta obra las relevantes virtudes del Santo Fundador de la Compañía, las del apóstol de las Indias S. Francisco Javier, de S. Francisco de Borja y de tantos otros astros de la Compañía de Jesus, que brillan en el cielo; y llenos de un santo entusiasmo habrán exclamado mas de una vez como nosotros con el Profeta-Rey: «Dios es admirable en sus Santos.»

Por nuestra parte solo nos toca dar las mas rendidas gracias al Todopoderoso, por haberse dignado concedernos lo que tanto anhelábamos, la salud para la conclusion de esta obra, la salud en medio de tantas y tan dificiles vicisitudes como hemos atravesado. En nosotros se ha verificado puntualmente lo que dos varones insignes en virtud y letras nos dijeron en un principio, animándonos á publicar la defensa de la ínclita Compañía de Jesus: «El Señor, por intercesion de su digno siervo Ignacio y demás Santos de la Compañía, le concederá la salud

para llevar á cabo tan santa empresa.» Nuestra gratitud es grande; sino tanta como el beneficio se merece, al menos tanta como cabe en el corazón humano. Al soltar la pluma que tomamos al principio de la obra, nos encontramos satisfechos, no de nuestro trabajo, sino de la constancia que en todo él nos ha animado. Sabemos de sobras á quien debemos este beneficio, y por esto invocamos su nombre al final con la misma fe que lo invocamos en un principio. He aquí porque del fondo de nuestra alma esclamamos con el santo profeta Daniel, cap. 2, v. 23: «A tí, ó Dios de nuestros padres, te doy las gracias, y te alabo porque me has dado fortaleza.»

MELCHOR BONFILL, PBRÓ.,

Beneficiado y Comensal de la iglesia de S. Juan de Jerusalem,
Misionero apostólico, socio de la Academia Católica de Roma,
de otras varias academias literarias, etc., etc.

A LOS DIVERSOS AUTORES CONTINUADOS EN EL DECURSO DE LA OBRA EN CONFIRMACION DE NUESTRAS DOCTRINAS, DEBEMOS AÑADIR LOS SIGUIENTES QUE HEMOS CONSULTADO.

Blanchard, *Précis historique de la vie et du pontificat de Pie VI*; Esame, e risposta alle lettere di S. Carlo, stampate in Lugano; Castera, *Historia de Catalina II*; Chateaubriand, *Misceláneas*; Amado Guillon, *Mártires de la fe durante la revolucion francesa*; Perrin, *Viaje al Indostan*; P. Paulino á S. Bartholomeo, *India orientalis christiana*; Mde. Leczinska, *Historia de los consejeros*; Langlés, *Viaje de Holmes á la China*; Coletta, *Storia di Napoli*; *Del restablecimiento de los Jesuitas y de la educacion pública*; *Procesos verbales de las asambleas generales del clero de Francia*; *Manuscritos del duque de Choiseul*; Humboldt, *Ensayo político sobre la Nueva España*; Baldeus, *Historia de las Indias*; Haklyit, *Coleccion de viajes*; Juveney, *Historiæ Societatis Jesu*; Patrignani, *Pie memorie d'alcuni religiosi della Compagnia di Gesù*; Du-bois, *Mœurs et cérémonies des peuples de l'Inde*; *Lettres édifiantes et curieuses, mémoires des Indes*; *Précis pour servir de Réponse aux accusations faites contre les Jésuites*; *Mes doutes sur l'affaire présente des Jésuites*; *Le Rédacteur véridique; Europe ecclésiastique*; *Témoignages remarquables*; *Flores Cardinalium*; Leclerc, *Biblioth. choisie*; *Du rappel des Jésuites*; Gérard, *Narration*; *Réponse aux Lettres provinciales*; etc.; *Discours prélimin. de la Réponse aux extraits des Assertions*, etc.; Cobbet, *Reforma protestante en Inglaterra é Irlanda*; Ferrand, *Espíritu de la Historia*; M. Joux, Pierre, *Cartas sobre la Italia, considerada con respecto á la Religion*; *Las tres causas en una, la Religion y los tronos perseguidos en los Jesuitas*; Alzog, *Historia de la Iglesia*; Winter,

Historia de la doctrina evangélica en Baviera ; Smetz , ¿ *Qué es lo que la Orden de los Jesuitas ha hecho para la ciencia?* Nicolás , *Del protestantismo y de todas las herejías* , etc. ; Arlincourt , *La Italia Roja* ; Soulavie , *Mémoires historiques de la cour de France* , etc. ; A. Archier , *Esquisse historique sur la Compagnie de Jésus* , etc. ; Paciandi , *Lettres* ; Rabbé , *Résumen de l'Histoire du Portugal* ; *Voyage du ci-devant duc du Châtelet en Portugal* ; Alcide d'Orbigny , *Voyage dans l'Amérique méridionale* ; Ch. Stoffels , *Du Catholicisme et de la Démocratie* ; *La Réforme contre la Réforme* ; P. S. Vert , *Les Jésuites et leurs ennemis, l'Eglise et les libres penseurs* ; Balbani , *Appel à la raison des libelles publiés par la passion contre les Jésuites* ; Dazès , *Il est temps de parler* ; Balbani , *Observations sur la conduite du ministre de Portugal dans l'affaire des Jésuites* ; Dazès , *Compte rendu au public des comptes rendus* , etc. ; Picard et Achaintre , *Les Jésuites peints par Henri IV et jugés par Montesquieu* , Raynal , Buffon , etc. ; *Lettres analytiques de quelques entretiens dans les quelles un docteur en théologie* , etc. ; Réponse au livre intitulé : *Extraits des Assertions* , etc. ; Annat , *Réponse aux Lettres provinciales* , etc. ; Abrassevin , *Recueil de Pièces sur les Jésuites* , etc. ; *Témoignages remarquables dans la cause des Jésuites* ; Alonso de Rojas , *Al Rey nuestro señor por la provincia de la Compañía de Jesus de la Nueva España* ; Boyer , *Histoire de l'Herésie constitutionnelle qui soumet la Religion au magistrat, depuis Luther* , etc. ; Chauliac , *Le Protestantisme confundu, et la vérité du catholicisme démontrée* ; Madrolle , *Le Prêtre devant le siècle* ; P. M. Alvarado , *El Filósofo Rancio* ; *Encyclopedie catholique, article Jésuites* ; Pagès , *Voyage aux Philippines* ; Mr. de Mofras , *Exploration de l'Oregon et de la Californie* , y otros varios que podríamos citar y tenemos á la vista , que omitimos en obsequio de la brevedad.

ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULOS Y MATERIAS.

	Pág.
Advertencia del autor.	5
Autoridades á favor de los Jesuitas.	6
Introduccion.	7
CAPÍTULO I..... El siglo xvi.	25
CAP. II..... D. Ignacio de Loyola.	36
CAP. III..... Loyola el fundador.	46
CAP. IV..... La primera piedra.	58
CAP. V..... Roma.	79
CAP. VI..... El General.	95
CAP. VII..... La muerte del justo.	121
CAP. VIII..... Francisco Javier.	148
CAP. IX..... Bobadilla.	169
CAP. X..... La Compañía en España.	180
CAP. XI..... La Compañía en España. — Melchor Cano.	192
CAP. XII..... Francia.	209
CAP. XIII..... Generales Jesuitas.	239
CAP. XIV..... La Liga y las Dragonadas.	263
CAP. XV..... Portugal.	279
CAP. XVI..... Carlos Borromeo. — Ribera. — Mena.	298
CAP. XVII..... Portugal. — Expedicion de Africa.	318
CAP. XVIII..... Los eslabones de una cadena impia. — Pombal.	344
CAP. XIX..... Los impíos eslabones de una cadena. — Intrigas abominables.	384
CAP. XX..... Benedicto XIV y Clemente XIII.	407
CAP. XXI..... ¡ Abajo la máscara !	427
CAP. XXII..... El porqué del anti-jesuitismo. — Francia.	449
CAP. XXIII..... Los privilegios de la Orden.	458
CAP. XXIV..... Francia.	469
CAP. XXV..... Un catolicismo nuevo. — La Liga. — Va- rios jesuitas.	490

CAP. XXVI.	Enrique III y Jacobo Clemente. — Soñados regicidas.	515
CAP. XXVII.	A nuestros lectores. — Un libro recomendable.	538
CAP. XXVIII. ...	Enrique IV. — Barriere. — Los Jesuitas regicidas.	549
CAP. XXIX.	Dos palabras á propósito de Sixto V.	576
CAP. XXX.	Enrique IV. — Juan Chatel.	581
CAP. XXXI.	El edicto de Enrique IV.	622
CAP. XXXII.	Regreso de los Jesuitas á Francia.	651
CAP. XXXIII. ...	El puñal de Ravallac.	667
CAP. XXXIV. ...	Venecia.	682
CAP. XXXV.	Acusacion y defensa.	697
CAP. XXXVI. ...	La voz del sacerdocio.	719
CAP. XXXVII. ...	La China.	729
CAP. XXXVIII. ...	Los jesuitas bracmanes.	766
CAP. XXXIX. ...	China. — Juan de Britto. — Constante Beschi.	775
CAP. XL.	A nuevas acusaciones nuevas defensas.	783
CAP. XLI.	Luis XV y Damiens.	795
CAP. XLII.	El P. Girard y la Cadiere	803
CAP. XLIII.	La conspiracion de la pólvora.	815
CAP. XLIV.	El siglo de los filósofos de la impiedad.	845
CAP. XLV.	Pombal. — Aranda. — Floridablanca. — Choiseul.	862
CAP. XLVI.	El primer soplo del huracan.	868
CAP. XLVII.	Preocupaciones.	883
CAP. XLVIII.	Rompimiento de hostilidades.	903
CAP. XLIX.	Primeras descargas.	920
CAP. L.	Una conspiracion.	931
CAP. LI.	Los extractos de las aserciones.	940
CAP. LII.	Triunfo material y derrota moral del parlamento.	954
CAP. LIII.	S. M. Luis XV.	961
CAP. LIV.	Un epitafio.	969
CAP. LV.	Consideraciones.	980
CAP. LVI.	Los Jesuitas en España.	990
CAP. LVII.	El Papa, el rey, la inquisicion y los Jesuitas.	999
CAP. LVIII.	España. — Nuevas persecuciones, nuevos triunfos.	1009
CAP. LIX.	La corte de Felipe V.	1022

ÍNDICE.

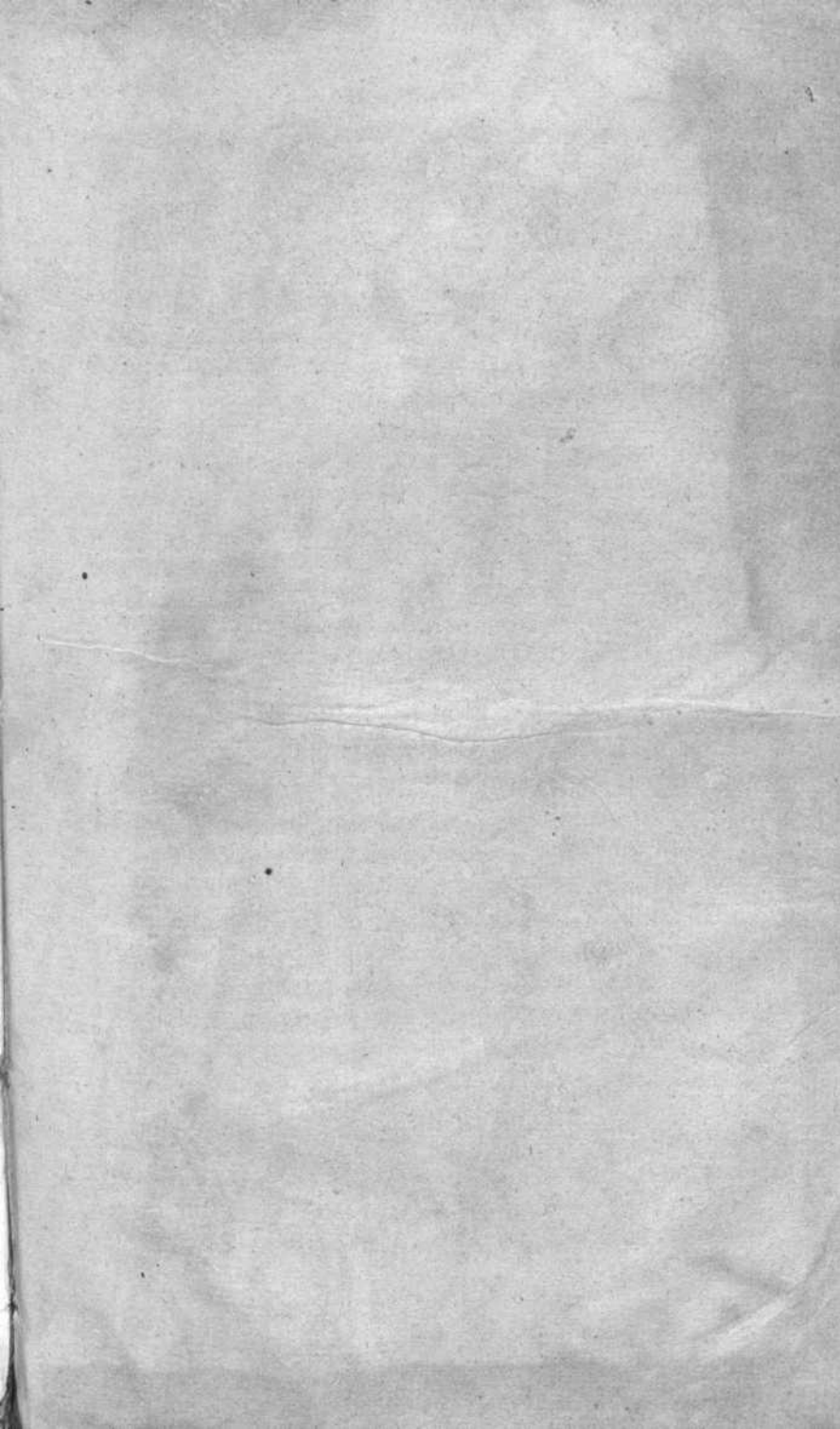
1255

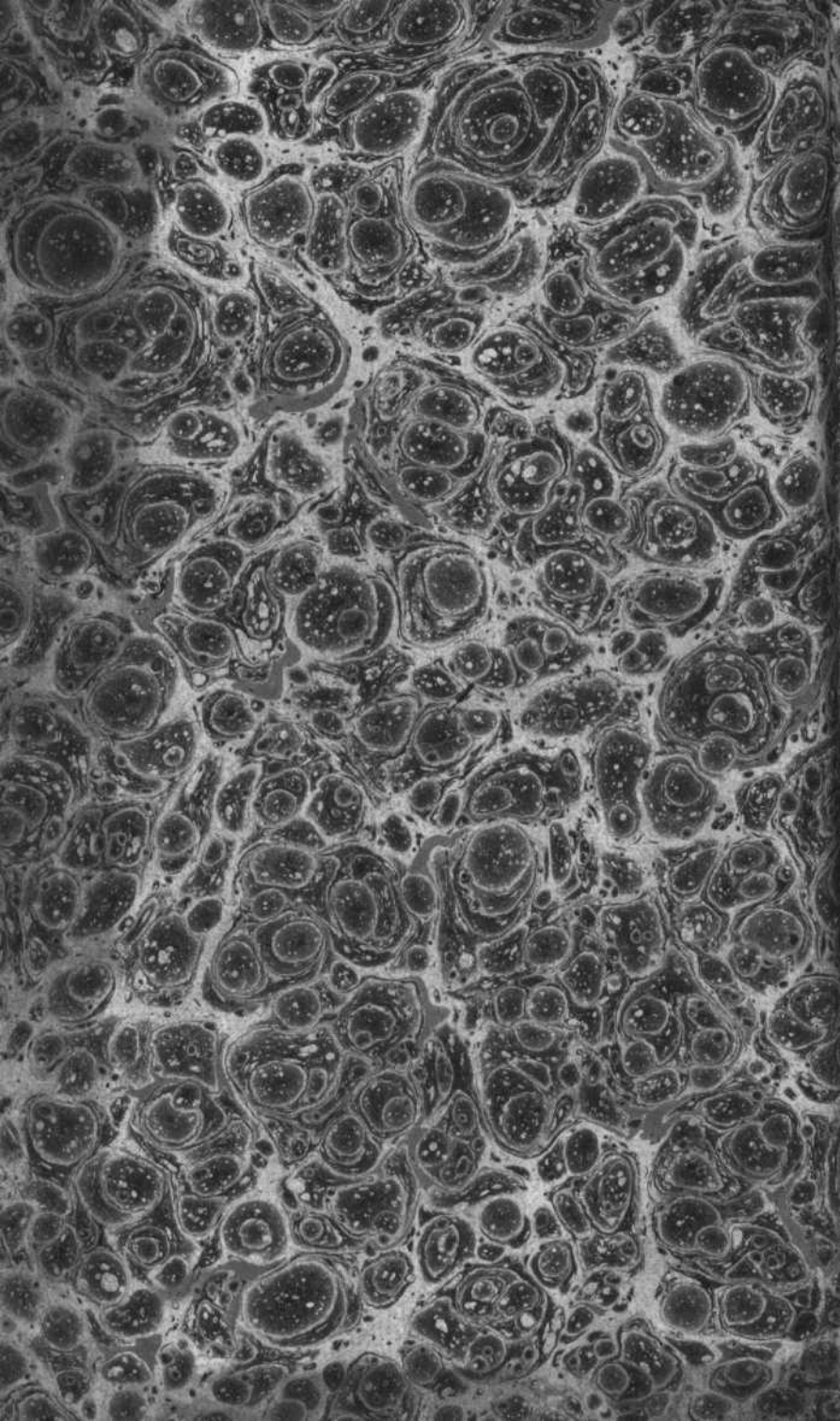
CAP. LX.....	Cárlos III.	1029
CAP. LXI.....	Imprudencias, traiciones y bajezas..	1032
CAP. LXII.....	Sentencia de proscripcion.	1057
CAP. LXIII.....	Nápoles, Parma, Malta.	1077
CAP. LXIV.....	Clemente XIII.—Interregno.	1088
CAP. LXV.....	Austria.	1116
CAP. LXVI.....	La eleccion del conclave.. . . .	1139
CAP. LXVII....	Clemente XIV y su pontificado. . . .	1151
CAP. LXVIII....	Agonía de la Orden.	1168
CAP. LXIX.....	Dominus et Redemptor.	1184
CAP. LXX.....	Últimos momentos de Clemente XIV.	1210
CAP. LXXI.....	Mas calumnias.	1249
CAP. LXXII.....	Las consecuencias.	1230
CAP. LXXIII....	Pio VI y Pio VII.	1235
CAP. LXXIV....	La aurora de justicia.	1240
Conclusion.		1246

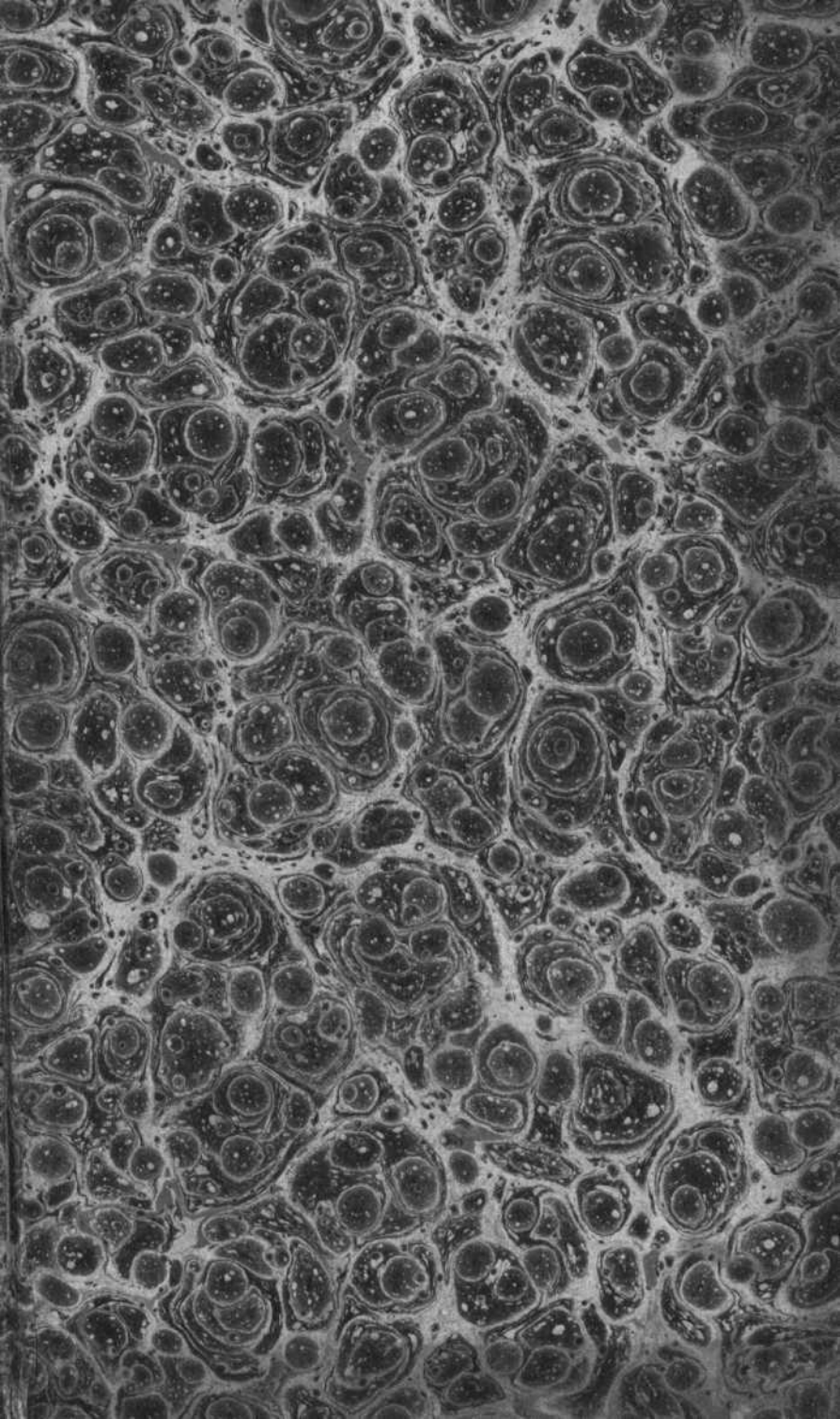
FIN DEL ÍNDICE.

ERRATAS.

Pág.	Lin.	Dice	Léase
25	8	españoles	españolas
41	32	Asuncion	Anunciacion
195 (en la nota)	7	16 años	23 años cumplidos.
485	19	Anvers	Amberes
986	15	al	el
987	31	al	el
994	10	secreto	sigilo
1020	29	al	el
1022	15	rey	archiduque
1022	27	al	el
1023	8	al	el
1027	16	al	el
1050	23	irrita	irritada
1054	17	Saint	San
1061	13	con	de
1066	31	emigrados	desterrados
1069	34	que sea	que no es
1080	30	cardenal	general
1092	36	ó	y
1093	10	eu	en
1105	7	fallados	frustrados
1119	26	Rauke	Ranke
1131	13	se esperaban	esperaban
1159	22	de Roma	en Roma









RETRATO

DE LA

COMPANIA

DE JESUS

G 37589